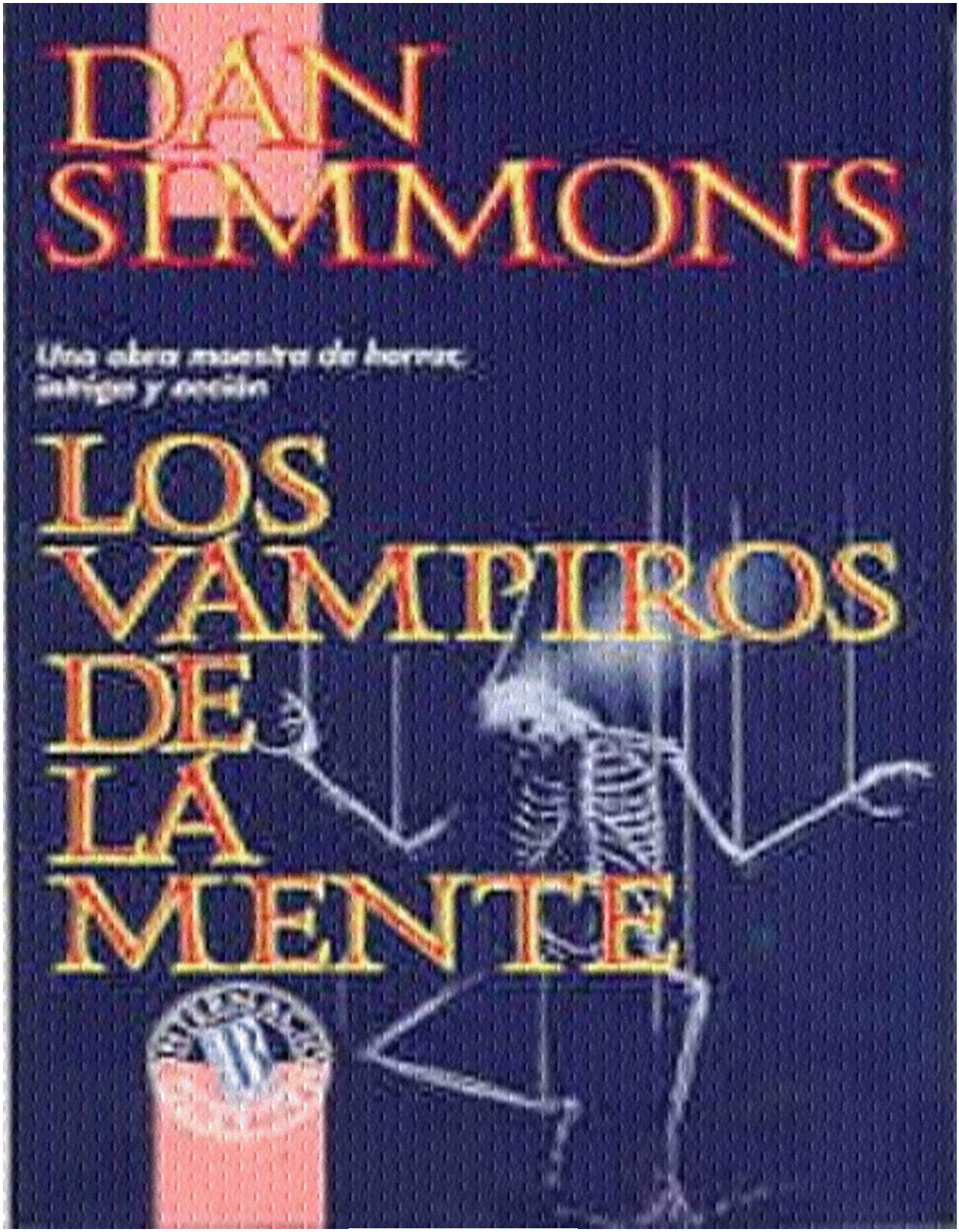
Los Vampiros de la Mente
Dan Simmons



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

AGRADECIMIENTOS:

En cualquier libro que concluye con éxito la larga travesía hasta su publicación han colaborado más cerebros y manos que los del autor, pero una novela de este tipo y volumen acumula más deudas que la mayoría. Me gustaría expresar mi agradecimiento a algunas de las personas que ayudaron a Los vampiros de la mente a desafiar tormentas y mareas para llegar finalmente a puerto:

A Dean R. Koontz, cuyo bondadoso estímulo fue tan perfectamente oportuno como generoso.

A Richard Curtis, por su estimada persistencia y profesionalidad.

A Paul Mikol, con aprecio, por su impecable gusto y amistad.

A los miembros del Milford-Minor del verano de 1986, cuya escandalizada reacción me confirmó que iba por buen camino.

A Arleen Tennis, mecanógrafa extraordinaria, por los cálidos días de verano delante de las casi últimas versiones de las revisiones revisadas.

A Claudia Logerquist, por haberme recordado pacientemente que las diéresis y diacríticos no tenían que salpicarse al azar, como la sal.

A Wolf Blitzar, del Jerusalem Post, que me descubrió el mejor puesto de falafel en Haifa.

A Ekken Datlow, quien dijo que esta novela no tendría continuación.

Agradecimientos muy especiales para:

Kathy Sherman, por su entusiástica, rápida y desinteresada colaboración artística y por sus aún más desinteresados honorarios.

Mi hija Jane, cuya paciente espera a que papá «acabara su horrible libro» se prolongó durante dos tercios de su vida.

Karen, que estaba ansiosa por ver qué pasaría después.

Y por último, mi más sincera gratitud a Edward. Bryant, el caballero y gran escritor a quien este libro está dedicado, y que -pese a no haber sufrido condena por traición y locura- puede perfectamente ser descrito como el Ezra Pound de su generación.

No, inmundo consuelo, no desesperaré, no me cebaré en ti.

No desharé -por débiles que sean- estos últimos lazos del hombre. En mí o, más cansadamente, no puedo ya llorar...

Gerard Manlei Hopkins

PRÓLOGO

Chelmno, 1942

Saul Laski se encontraba entre los que estaban a punto de morir en el campo de exterminio y pensaba en la vida. Tiritaba de frío en la oscuridad y se obligaba a recordar detalles de una mañana de primavera: una luz dorada que rozaba las pesadas ramas de los sauces cercanos al arroyo, un campo de margaritas blancas más allá de los edificios de piedra de la granja de su tío.

El barracón estaba en silencio, sólo interrumpido ocasionalmente por una tos áspera y por el ruido furtivo de la paja en la que Muselmünner, el muerto en vida, buscaba calor en vano. En alguna parte, un viejo tosía en un espasmo destructor que traducía el final de una lucha larga y desesperada. Lo encontrarían muerto por la mañana. O, aunque sobreviviese hasta el amanecer, no acudiría a la llamada matinal a formar en la nieve, lo que significaba que no llegaría al mediodía.

Saul se apartó de la luz del proyector, que penetraba por los helados cristales, y apoyó la espalda en las muescas de madera de su litera. Las astillas le arañaron la espalda a través de la fina tela que lo cubría. A medida que el frío y la fatiga lo dominaban las piernas empezaron a temblarle sin control. Saul se agarró los delgados muslos y los apretó hasta que los temblores cesaron.

«Viviré.» Este pensamiento era una orden, un imperativo que se clavó tan profundamente en su conciencia que ni siquiera su hambriento y dolorido cuerpo se veía capaz de desafiarlo.

Cuando era un chaval, pocos años antes, una eternidad antes, y su tío Moshe le prometía llevarlo a pescar a su granja, cerca de Cracovia, se había inventado el truco de pensar, justo antes de quedarse dormido, en una piedra lisa, oval, en la que escribía la hora y el minuto en que quería despertarse. Después imaginaba que la piedra caía en un estanque de aguas transparentes y se hundía hasta las profundidades. En cada una de estas ocasiones a la mañana siguiente se despertaba en el momento preciso; despabilado, activo, respirando el aire fresco del alba y saboreando el silencio que precede al amanecer, en aquel intervalo frágil antes de que sus hermanos y hermanas se despertaran para acabar con la perfección.

«Viviré.» Saul cerró los ojos con fuerza y vio cómo la piedra se hundía en el agua clara. Su cuerpo volvió a temblar; apretó la espalda con más fuerza contra el áspero canto de las tablas. Por milésima vez intentó acurrucarse más al fondo de su hoyo de paja. Había sido mejor cuando el viejo señor Shistruk y el joven Ibrahim compartían la litera con él; pero Ibrahim había sido fusilado en la mina y el señor Shistruk se había sentado durante dos días delante de la cantera y se había negado a levantarse incluso cuando Gluecks, el jefe de la SS, había soltado a su perro. El viejo había agitado su huesudo brazo casi con alegría; un débil adiós a los prisioneros que miraban, cinco segundos antes de que el pastor alemán le desgarrara la garganta.

«Viviré.» Esta idea tenía un ritmo que iba más allá de las palabras, que superaba al lenguaje. Ponía un contrapunto a todo lo que Saul había visto y experimentado durante los cinco meses pasados en el campo. «Viviré.» La afirmación vibró con una luz y un calor que compensaron parcialmente el frío, el pozo vertiginoso que amenazaba ahondarse dentro de él y consumirle. El pozo. Saul había visto el pozo. Con los otros, había echado terrones de tierra negra sobre los cuerpos aún calientes, algunos todavía retorciéndose, como aquel niño que movía débilmente los brazos como saludando a un pariente que llegase a una estación de ferrocarril o agitándose en el sueño. Había echado la tierra sucia con la pala y había extendido la cal de los sacos, demasiado pesados para ser levantados, mientras el guardia de la SS se sentaba y dejaba balancear las piernas al borde del pozo, con sus manos suaves y blancas apoyadas en el negro cañón de acero de la pistolaametralladora y un pedacito de yeso en la ruda mejilla, donde se había cortado al afeitarse, un corte que iba cicatrizándose mientras formas desnudas se agitaban débilmente a la vez que Saul echaba tierra en el pozo, con los ojos enrojecidos por la nube de cal que flotaba como niebla en el aire de invierno.

«Viviré.» Saul se concentró en la fuerza de esa cadencia y no hizo caso de sus miembros temblorosos. Dos literas encima de él, un hombre sollozaba en la noche. Saul notaba cómo los

piojos corrían por sus miembros buscando el centro de su declinante calor. Se acurrucó más, porque había comprendido el objetivo que guiaba a las sabandijas, las

cuales respondían a la misma orden inconsciente, ilógica, incontestable, de continuar.

La piedra cayó más profundamente en los abismos azules. Saul podía distinguir las bastas letras mientras se balanceaba al borde del sueño. «Viviré.»

Sus ojos se abrieron de golpe cuando un pensamiento le enfrió más profundamente que el viento que silbaba a través de los resquicios de las ventanas. Era el tercer jueves del mes. Saul estaba casi seguro. Ellos venían el tercer jueves. Pero no siempre. Quizá no este jueves. Apretó los antebrazos sobre su cara y se ovilló, acentuando su posición fetal.

Estaba casi dormido cuando la puerta del barracón se abrió súbitamente. Eran cinco: dos guardias de la Waffen-SS con metralletas, un suboficial del ejército, el teniente Schafner y un joven oberst que Saul nunca había visto antes. El oberst tenía una cara pálida, aria, con un mechón de pelo rubio que le caía sobre la frente. Las linternas de los recién llegados iban y venían por las filas de literas dispuestas como una estantería. Nadie se movió. Saul podía oír el silencio mientras ochenta y ocho esqueletos contenían la respiración en la penumbra. Él también la retuvo.

Los alemanes avanzaron cinco pasos en el interior del barracón. El aire frío los precedía y sus imponentes siluetas se perfilaban contra la puerta abierta, mientras su aliento se mantenía suspendido a su alrededor como en pequeñas nubes heladas. Saul se hundió aún más en la quebradiza paja.

-Sie! -tronó un grito. La luz de la linterna había caído sobre una figura desnuda con gorra, agachada en las profundidades de una litera baja a seis filas de Saul-. KommenSie!Schnell!

Como el hombre no se movió, los guardias SS le arrastraron brutalmente hasta el pasillo. Saul oyó cómo los pies desnudos arañaban el suelo.

-Sie, raus. Sie!

:Ahora tres muselmánner estaban de pie, como inertes espantapájaros plantados ante las imponentes siluetas. La procesión se detuvo a cuatro literas de la fila de Saul. Los guardias se volvieron para recorrer con sus linternas a lo largo de la fila central de literas. Se reflejó un montón de ojos rojizos, como de ratas asustadas que mirasen desde el interior de ataúdes entreabiertos.

«Viviré.» Por primera vez la palabra sonaba más a plegaria que a decisión. Nunca se habían llevado a más de cuatro hombres de un barracón.

-Sie.

El hombre de la linterna se había girado y enfocaba con su linterna la cara de Saul, que no se movió. Ni respiró. El universo se redujo al dorso de su propia mano, a pocos centímetros de su cara. En ese sitio su piel era blanca como una larva. Los pelos del dorso de la mano eran muy oscuros. Saul los miró con una profunda sensación de temor. La luz de la linterna le volvió casi transparente la carne de su antebrazo. Pudo ver las capas musculares, la forma elegante de los tendones, las venas azules que pulsaban suavemente de acuerdo con los salvajes latidos de su corazón.

-Sie, raus.

El tiempo empezó a girar y a transcurrir con mayor lentitud. Toda la vida de Saul, cada segundo, cada éxtasis y cada tarde banal, olvidada, había conducido a aquel instante, a aquella encrucijada. Sus labios agrietados se estiraron en una sonrisa triste. Había decidido hacía mucho que no se lo llevarían durante la noche. Tendrían que matarle allí mismo, delante de los demás. Por lo menos impondría a sus asesinos el momento de su muerte. Una gran tranquilidad cayó sobre él.

-Schnell! -le gritó uno de los SS, y ambos avanzaron.

Saul estaba cegado por la luz, sintió el olor de lana húmeda y de schnapps dulce en el aliento del hombre, notó el aire frío en la cara. Su piel se contrajo en espera de que unas manos rudas cayeran sobre él.

-Nein -dijo el joven oberst.

Saul le vio solamente como una silueta tras el resplandor blanco de la luz.

-Zurücktreten!

El oberst dio un paso al frente mientras los SS retrocedían rápidamente. El tiempo parecía congelado mientras Saul miraba la forma oscura. Nadie habló. La niebla de los alientos seguía suspendida en el aire del barracón.

-Komm! -murmuró el oberst. No era una orden. Fue suave, casi cariñoso, como si estuviese llamando a su perro favorito o incitando a un niño a dar sus primeros e inseguros pasos-. Komm her!

Saul rechinó los dientes y cerró los ojos. Les mordería cuando viniese. Les atacaría en el cuello. Les mordería y rasgaría y destrozaría venas y cartílagos hasta que tuvieran que disparar; tendrían que disparar, se verían obligados a...

-Komm!

El oberst golpeó ligeramente su rodilla. Los labios de Saul se torcieron en un gruñido. Saltaría sobre esos hijoputas, desgarraría el jodido cuello del hijoputa delante de los demás, le arrancaría las entrañas a su...

-Komm!

Entonces Saul lo notó. Algo le tocó. Ninguno de los alemanes se había movido un solo centímetro, pero algo le dio un terrible golpe a

Saul en la base del espinazo. Gritó. Algo le tocó y después entró en él.

Saul sintió la intrusión tan vivamente como si alguien le hubiera metido una barra de acero por el ano. Sin embargo, nada le había tocado. Nadie se había acercado a él. Saul gritó de nuevo y después sus mandíbulas fueron cerradas por alguna fuerza invisible.

-Komm her, Du Jude!

Saul lo notó. Algo estaba en él, enderezando su espalda, haciendo que sus brazos y piernas se agitaran en violentos espasmos. Sintió algo parecido a un tornillo en su cerebro, que apretaba con insistencia. Trató de gritar, pero aquello no le dejó. Se desplomó con violencia sobre la paja, con los nervios quebrados y los pantalones empapados de orina. Después volvió a arquearse abruptamente y cayó al suelo. Los guardias retrocedieron.

-Aufstehen!

Su espalda se curvó una vez más, con tanta fuerza que cayó de rodillas. Sus brazos temblaban y se agitaban involuntariamente. Podía notar algo en su cerebro, una presencia fría envuelta en una corona ardiente de dolor. Ante sus ojos danzaban imágenes.

Saul se puso de pie.

-Geh!

Uno de los SS soltó una carcajada, seguía percibiéndose el olor de lana y acero. Saul tuvo la vaga sensación de astillas frías bajo los pies. Caminó tambaleándose hacia la puerta abierta y hacia la suave luz que se vislumbraba tras ella. El oberst, que no se movió de donde estaba, golpeaba con un guante en su muslo. Saul bajó por los peldaños del exterior a trompicones; casi cayó, fue enderezado por una mano invisible que estrujaba su cerebro y enviaba fuego y agujas que recorrían todos sus nervios. Descalzo, sin sentir el frío, anduvo al frente de la procesión a través de la nieve y el fango congelado, hacia el camión que lo esperaba.

«Viviré», pensó Saul Laski, pero la cadencia mágica se deshilachó y desapareció ante un vendaval de carcajadas silenciosas y heladas que pudo más que él.

LIBRO PRIMERO
APERTURAS

1

Charleston, viernes 12 de diciembre de 1980

Nina iba a atribuirse el mérito de la muerte de ese beatle, John. Pensé que era de muy mal gusto. Tenía su álbum de recortes abierto sobre mi mesilla de café de caoba, recortes de periódico meticulosamente colocados por orden cronológico, las noticias de muertes registrando todas sus «alimentaciones». La sonrisa de Nina Drayton era radiante, como siempre, pero sus pálidos ojos azules no reflejaban la más mínima muestra de entusiasmo.

-Deberíamos esperar a Willi -dije yo.

-Claro, Melanie. Tienes razón, como siempre. ¡Qué tontería de mi parte! Ya conozco las reglas.

Nina se irguió y empezó a caminar por la habitación, tocando distraídamente los muebles o lanzando anodinos comentarios acerca de una figurilla de cerámica o de una pieza de encaje. Esta parte de la casa había sido el invernadero, pero ahora lo usaba como cuarto de costura. Algunas plantas recibían todavía la luz de la mañana. El sol hacía que fuera un lugar cálido y confortable durante el día, pero ahora que el invierno había llegado, era demasiado frío para usarlo de noche. Tampoco me gustaba la impresión que producía la oscuridad al caer la noche sobre todos esos cristales.

-Me gusta esta casa -aseguró Nina. Se volvió y me sonrió-. Debo decirte que siempre tengo muchas ganas de volver a Charleston. Deberíamos tener todas nuestras reuniones aquí.

Yo sabía que Nina detestaba esta ciudad y esta casa.

-Willi se sentiría ofendido -dije-. Sabes cuánto le gusta exhibir su casa de Beverly Hills. A sus nuevas chicas.

-Y chicos -añadió Nina, y rió. De todos los cambios y tristezas de Nina, su risa era lo que menos había cambiado. Era todavía la risa fuerte pero infantil que yo había oído por primera vez hacía mucho tiempo. Entonces me atrajo hacia ella, una adolescente solitaria y sensible al calor de otra, como una mariposa nocturna, a una llama. Ahora sólo servía para enfriarme y ponerme sobre aviso todavía más. Muchas mariposas nocturnas habían sido atraídas por la llama de Nina durante muchas décadas.

-Pediré el té -dije.

El señor Thorne lo trajo en mi mejor porcelana de Wedgwood. Nina y yo nos sentamos en los cuadrados de sol que se desplazaban lentamente y hablamos en voz baja de cosas sin importancia: comentarios sobre economía igualmente incompetentes por ambas partes, referencias a libros que la otra no había conseguido leer y chistes acerca de la poca categoría de la gente que se encuentra uno hoy en día cuando se viaja en avión. Alguien que espiara desde el jardín podría haber pensado que se trataba de una sobrina envejecida, pero aún atractiva, de visita en casa de su tía favorita. (No me permití la hipótesis de que alguien nos tomara por madre e hija.) La gente suele considerarme una persona bien vestida, incluso con estilo. Dios sabe cuánto me hacen pagar por enviarme directamente las faldas de lana de Escocia y las blusas de seda de París. Pero al lado de Nina siempre me sentía desaliñada. Ese día ella llevaba un elegante vestido, de color azul claro, que, si yo había identificado correctamente al diseñador, debía de haber costado varios miles de dólares. El color hacía que su tez pareciese aún más perfecta que de costumbre y resaltaba el azul de sus ojos. Su pelo se había vuelto tan gris como el mío, pero de algún modo ella conseguía hacerlo menos evidente llevándolo largo y sujeto por detrás con un simple pasador. Eso a Nina le daba un aire joven y chic y me hacía consciente de que mis rizos cortos, artificiales, brillaban con un reflejo azul.

Poca gente sospecharía que yo tenía cuatro años menos que Nina. El tiempo había sido amable con ella. Y ella se había «alimentado» más a menudo.

Nina dejó la taza y el platito y volvió a deambular por la habitación. No era propio de ella mostrar esas señales de nerviosismo. Se detuvo delante de la vitrina. Su mirada pasó sobre los hummels y las piezas de estaño hasta que se detuvo, sorprendida.

-Dios mío, Melanie. ¡Una pistola! Qué lugar tan extraño para guardar una vieja pistola.

-Es una reliquia familiar -le expliqué-. Muy valiosa. Y tienes razón, es un lugar absurdo para colocarla. Pero es la única vitrina con cerradura que tengo en casa, y la señora Hodges a veces trae a sus nietos cuando viene de visita.

-¿Quieres decir que está cargada?

-No, claro que no -mentí-. Pero los niños no deben jugar con estas cosas -expliqué con poca convicción. Nina asintió con la cabeza, pero no se molestó en esconder la condescencia de su sonrisa. Se dirigió a la ventana que daba al sur y miró hacia el jardín.

¡Vaya, vaya! El hecho de que no reconociera aquella pistola aclaraba muchas cosas acerca de Nina Drayton.

Cuando lo mataron, Charles Edgar Larchmont era mi novio desde hacía cinco meses y dos días. No habíamos hecho las amonestaciones formales, pero íbamos a casarnos. Esos cinco meses habían sido una versión en miniatura de la época: ingenua, coqueta, formal hasta llegar al amaneramiento y, sobre todo, romántica. Romántica en el peor sentido de la palabra: entregada a ideales empalagosos o insulsos que sólo un adolescente -o una sociedad adolescente- conseguiría soportar. Éramos niños jugando con armas cargadas.

Nina, que entonces era Nina Hawkins, también tenía novio, un inglés alto, torpe y bienintencionado, Roger Harrison. Había conocido a Nina en Londres un año antes, durante los primeros días del Grand Tour de Hawkins. Manifestando a todas luces su capricho -otro absurdo de aquellos tiempos infantiles-, aquel inglés alto la había seguido de una capital europea a otra hasta que, después de ser firmemente reconvenido por el padre de Nina (un pequeño sombrerero sin imaginación, siempre a la defensiva respecto a su dudosa posición social), Harrison volvió a Londres para «arreglar sus asuntos», pero se presentó más tarde en Nueva York justamente cuando Nina era enviada a casa de su tía en Charleston para poner fin a otro flirteo. Impávido, el torpe inglés la siguió hasta el sur, sin preocuparse por los protocolos y las pacatas costumbres de la época.

Éramos un grupo alegre. El día después de conocer a Nina en el baile de junio de la prima Celia, los cuatro remontamos el río Cooper en una barca alquilada para una excursión a la isla Daniel. Roger Harrison, serio y solemne en todo, tejía un perfecto contrapunto para el irreverente sentido del humor de Charles. No parecían importarle las bromas amables y no tardó en sumarse a la risa general con su peculiar forma de reír.

Todo aquello le encantaba a Nina. Los dos hombres le prestaban atención y mientras Charles nunca dejaba de mostrar la primacía de su afecto por mí, estaba claro que Nina Hawkins era una de esas chicas que no dejan nunca de ser el centro de la galantería y atención en cualquier reunión. Las distintas capas sociales de Charleston tampoco eran ciegas al encanto de nuestro cuarteto. Durante dos meses de ese ya lejano verano, ninguna fiesta estaba completa, ninguna excursión adecuadamente planeada, ningún acontecimiento social era considerado un éxito si nosotros, los cuatro alegres bromistas, no habíamos sido invitados o decidíamos no asistir. Nuestro feliz dominio de la escena social de la juventud era tan evidente que las primas Celia y Loraine consiguieron convencer a sus padres de que partieran dos semanas antes para sus estancias anuales de agosto en Maine.

No estoy segura de cuándo Nina y yo concebimos la idea del duelo. Fue quizá durante una de aquellas largas noches, cuando una se deslizaba hacia la cama de la otra, cuchicheando y riéndonos tontamente, sofocando nuestra risa cuando el crujir de uniformes almidonados nos avisaba de la presencia de nuestras criadas de color, que se movían por las habitaciones en penumbra. Sea como fuera, la idea era consecuencia natural de las pretensiones románticas de la época. La imagen de Charles y Roger batiéndose en duelo por algún puntillo de honor relacionado con nosotras nos conmovió de una manera física que ahora reconozco como una simple forma de excitación sexual.

Habría resultado inofensivo, de no ser por nuestra «aptitud». Habíamos tenido tanto éxito en nuestra manipulación del comportamiento masculino -una manipulación que era esperada y

alentada en esa época-, que ninguna de las dos había sospechado que había algo anormal en la forma como nosotras podíamos trasponer nuestros caprichos a las acciones de otras personas. La parapsicología no era conocida entonces, o más bien, conocida sólo por los practicantes de los juegos de sociedad inspirados en el espiritismo. En todo caso, nos divertimos con fantasías murmuradas durante varias semanas y después una de nosotras -o quizás ambas- usó la «aptitud» para convertir la fantasía en realidad.

En cierta forma fue nuestra primera «alimentación».

No recuerdo la supuesta causa de la disputa, quizás alguna interpretación deliberadamente errónea de uno de los chistes de Charles. No recuerdo a quiénes comprometieron Charles y Roger para servir de padrinos en aquella excursión ilegal. Recuerdo la expresión ofendida y confusa en la cara de Roger Harrison durante aquellos días. Era una caricatura del miedo, de la confusión de un hombre que se encuentra en una situación que no ha provocado y de la que no puede escapar. Recuerdo a Charles y los cambios de su voluble temperamento, los ataques de malhumor, los períodos de rabia y las lágrimas y besos la noche anterior al duelo.

Recuerdo también con gran claridad la belleza de aquella mañana. Desde el río flotaba la niebla entremezclada con los difusos rayos del sol naciente mientras nos dirigíamos al lugar del duelo. Recuerdo a Nina extendiendo la mano y apretando la mía con una excitación impetuosa que penetró en mi cuerpo como una descarga eléctrica.

Gran parte de aquella mañana se ha borrado de mi memoria. Quizás en la intensidad de esa primera «alimentación» subconsciente yo haya literalmente perdido la consciencia mientras me hundía en las ondas de miedo, excitación, orgullo... de machismo... que emanaban de nuestros novios, preparados para afrontar la muerte en aquella mañana encantadora. Recuerdo que sentí el choque de comprender que todo aquello estaba pasando en realidad, mientras escuchaba el paso de botas altas sobre el césped. Alguien contaba los pasos. Recuerdo vagamente el peso de la pistola en mi mano. La mano de Charles, me parece, nunca lo sabré con seguridad, y un segundo de claridad fría antes de que la explosión rompiera la sucesión y el olor acre de la pólvora me hiciera volver en mí.

Fue Charles quien murió. Nunca podré olvidar la increíble cantidad de sangre que manó del pequeño agujero redondo dibujado en su pecho. Cuando llegué junto a él, su camisa blanca estaba teñida de rojo. En nuestras fantasías no había sangre. Tampoco la visión de Charles con la cabeza colgando, su boca babeando sobre el pecho ensangrentado mientras sus pupilas desaparecían tras los párpados para mostrar unos ojos completamente blancos, como dos huevos empotrados en su cráneo. Roger Harrison sollozaba mientras Charles daba sus últimas y estremecidas boqueadas en aquel campo de inocencia.

No recuerdo absolutamente nada de las confusas horas posteriores al duelo. Fue a la mañana siguiente cuando abrí mi bolso de tela y encontré la pistola de Charles entre mis cosas. ¿Por qué había yo guardado el revólver? Si hubiera querido conservar algo como recuerdo de mi amor caído, ¿por qué ese extraño trozo de metal? ¿Por qué quitar de sus dedos muertos el símbolo de nuestro irreflexivo pecado?

En efecto, decía mucho sobre Nina que no hubiese reconocido la pistola.

-Ha llegado Willi.

No era el señor Thorne anunciando la llegada de nuestro invitado, sino la amanuensis de Nina, la odiosa señorita Barrett Kramer. La apariencia de Kramer era tan asexuada como su nombre: el cabello corto y negro, los hombros poderosos y una sonrisa dura, agresiva, que yo asociaba con lesbianas y criminales. Parecía tener algo más de treinta años.

-Gracias, Barrett, cariño -dijo Nina.

Fui a recibir a Willi, pero el señor Thorne ya lo había hecho entrar y nos encontramos en el vestíbulo.

-¡Melanie! ¡Estás magnífica! Cada vez que te veo pareces más joven. ¡Nina!

El cambio en la voz de Willi era evidente. Los hombres seguían siendo dominados a primera vista por Nina después de una ausencia. Hubo abrazos y besos. El mismo Willi parecía más disoluto que nunca. Su americana deportiva de alpaca tenía un corte exquisito, su jersey de

cuello alto escondía con éxito las líneas desgastadas de su cuello, pero cuando se quitó su garbosa gorra deportiva, las largas greñas de pelo cano que había peinado hacia un lado para esconder su intrusa calvicie estaban en desorden. La cara de Willi estaba sonrojada de excitación, pero se veía aún el rojo entramado capilar de la nariz y las mejillas que mostraban a las claras el abuso del alcohol y las drogas.

-Señoras, creo que ya conocen a mis compañeros... Tom Reynolds y Jensen Luhar.

Los dos hombres se adelantaron para saludar. El señor Reynolds era delgado y rubio, y sonreía sin descubrir los dientes. El señor Luhar era un negro gigantesco, curvado hacia delante, con una mirada triste, magullada, y una cara tosca. Estaba segura de que nunca antes había visto a esos peleles de Willi.

-¿Por qué no vamos a la sala? -sugerí. Fue una procesión torpe que acabó con los tres sentados en las sillas recargadamente tapizadas dispuestas en torno de la mesa de té georgiana que había sido de mi abuela-. Más té, por favor, señor Thorne. -La señorita Kramer consideró aquello la señal para salir, pero los dos peones de Willi se quedaron indecisos en la puerta, apoyándose de forma alternativa en uno y otro pie y mirando el cristal de la vitrina como si la mera proximidad de ellos pudiese partir algo, lo cual, de hecho, no me hubiera sorprendido.

-¡Jensen! -Willi chasqueó los dedos. El negro dudó y después presentó un caro maletín de cuero. Willi lo puso sobre la mesa de té y, con sus dedos cortos y anchos, abrió la cerradura con un estallido-. ¿Por qué no van a hablar con el empleado de la señora Fuller para que les consiga alguna bebida?

Cuando se marcharon, Willi sacudió la cabeza y le sonrió a Nina: -Perdón, querida.

Nina puso su mano en la manga de Willi. Se inclinó con aire expectante.

-Melanie no me ha dejado empezar el «juego» sin ti. ¿No es terrible por mi parte querer comenzar sin ti, querido Willi?

Willi frunció el ceño. Después de cincuenta años, todavía se picaba si le llamaban Willi. En Los Ángeles era. Big Bill Borden. Cuando volvía a su nativa Alemania -lo cual no era frecuente, por los peligros que ello suponía- era una vez más Wilhelm von Borchert, señor de casa solariega, bosque y montería. Pero Nina le había llamado Willi cuando se habían conocido en 1931, en Viena, y Willi había quedado.

-Tú empiezas, Willi -dijo Nina-. Tú primero.

Yo recordaba bien la época en que pasábamos los primeros días de
nuestra reunión conversando y contándonos mutuamente los últimos
avatares de nuestras respectivas vidas. Ahora no había tiempo ni para una charla rápida.

Willi enseñó los dientes y sacó nuevos recortes, libretas de notas y un montón de casetes del maletín. Cuando había cubierto la pequeña mesa con el material, el señor Thorne llegó con el té y el álbum de recortes de Nina desde la sala de costura. Willi despejó con rapidez la mesita.

A primera vista se podía observar cierto parecido entre Willi Borchert y el señor Thorne. Ambos tenían la cara colorada, pero la tez de Willi era resultado de excesos y emociones; el señor Thorne no conocía nada de eso desde hacía muchos años. La calvicie de Willi era desigual y estaba meticulosamente camuflada -una comadreja con sarna-, mientras que la cabeza pelada del señor Thorne era lisa, sin ninguna arruga. Nadie podía imaginar que sobre el cráneo del señor Thorne hubiera florecido pelo alguna vez. Ambos tenían los ojos grises -lo que un novelista hubiera llamado fríos ojos grises- pero los del señor Thorne eran fríos con indiferencia, fríos con una claridad que venía de una absoluta falta de emociones o de pensamientos turbios. Los de Willi tenían el frío de un invierno tempestuoso del mar del Norte, y a veces se enturbiaban con un velo cambiante a consecuencia de las emociones que le embargaban: orgullo, odio, apego al dolor y a los placeres de la destrucción. Willi nunca se refirió a su uso de la «aptitud» como «alimentarse» -yo era, evidentemente, la única que pensaba en esos términos-, sino que hablaba a veces de «caza». Pensaba quizás en los bosques oscuros de su patria cuando acechaba a su cantera humana por las calles estériles de Los Ángeles. Yo me preguntaba si Willi soñaba con el bosque. ¿Recordaba las chaquetas de caza de lana verde, los aplausos de los criados, el rostro de sangre del jabalí agonizante? ¿O recordaba el ruido de las botas altas sobre los adoquines y el golpeteo de los puños de sus tenientes en las

puertas? Quizá Willi todavía asociaba su «caza» con la oscura noche europea del horno en cuyo funcionamiento había colaborado.

Yo lo llamaba «alimentar». Willi lo llamaba «caza». No oí nunca a Nina llamarlo de forma alguna.

-¿Dónde está tu VCR? -preguntó Willi-. Lo tengo todo grabado.

-Oh, Willi -dijo Nina en un tono exasperado-. Ya conoces a Melanie. Es tan anticuada. No quiere tener un vídeo.

-Ni siquiera tengo televisor -recalqué yo.

Nina rió.

-¡Diablos! -exclamó Willi-. Es igual. Tengo otras cosas aquí. -Arrancó las gomas de las pequeñas libretas de notas-. Aunque sería mejor un vídeo. Las estaciones de Los Ángeles hicieron una gran cobertura del Estrangulador de Hollywood y yo publiqué en el... Bueno, tanto da.

Lanzó los videocasetes dentro del maletín y lo cerró.

-Veintitrés -dijo-. Veintitrés desde que nos encontramos hace doce meses. No parece que haya pasado tanto tiempo, ¿verdad?

-Enséñanoslo -rogó Nina. Se inclinaba y sus ojos azules parecían muy brillantes-. Sentí curiosidad desde que vi al Estrangulador entrevistado en «Sesenta Minutos». ¿Era tuyo, Willi? Parecía tan...

-Ja, ja, sí, era mío. Un don nadie. Un hombrecillo tímido. Era el jardinero de un vecino mío. Le dejé vivo para que la policía pudiera interrogarle, para borrar cualquier duda. Se colgará en su celda el mes que viene cuando la prensa haya perdido interés. Pero esto es más apasionante. Miradlo. -Willi nos alcanzó diversas fotografías en blanco y negro. Un ejecutivo de la NBC había asesinado a los cinco miembros de su familia y había ahogado a una actriz de serial en su piscina. Después se había apuñalado repetidamente y había escrito «50 ACCIÓN» con su sangre en la pared de la caseta de baño.

-¿Reviviendo viejas glorias, Willi? -preguntó Nina-. ¿«Muerte a los Puercos» y todo eso?

-No, maldición. Creo que debería obtener un premio a la ironía. La chica debía ahogarse en el programa. Estaba en el guión.

-¿Fue difícil de ser «usado»? -Era mi pregunta. Sentía curiosidad a mi pesar.

Willi enarcó una ceja.

-La verdad es que no. Era alcohólico y muy dependiente de la cocaína. Quedaba poco de él. Y odiaba a su familia. Como la mayor parte de la gente.

-La mayor parte de la gente en California, quizá -matizó Nina

con una sonrisa forzada. Era un comentario extraño en Nina. Su padre

se había suicidado arrojándose bajo un tranvía. Pregunté:

-¿Dónde estableciste contacto?

-En una fiesta. El lugar de siempre. Él compró la coca a un director que había arruinado una de mis...

-¿Tuviste que repetir el contacto?

Willi frunció el ceño. A pesar de que mantenía su ira bajo control, su rostro se puso más rojo.

-Ja, ja. Le vi dos veces más. Una vez sólo le observé desde mi coche cuando jugaba al tenis.

-Premio a la ironía -concedió Nina-. Pero has perdido ese premio por el contacto repetido. Si fuera tan vacío como dices, deberías

haber podido «usarlo» después con un solo toque. ¿Qué más tienes?

Tenía el surtido habitual. Patéticos asesinatos en barrios bajos. Dos muertes domésticas. Una colisión en la autopista, que degeneró en un tiroteo fatal.

-Yo estaba entre la multitud -dijo Willi-. Establecí contacto. El tenía un arma en la guantera.

-Dos puntos -dijo Nina.

Willi había dejado una buena para el final. Un antiguo astro infantil, famoso en otros tiempos, había tenido un curioso accidente. Había salido de su apartamento de Bel Air mientras

éste se llenaba de gas y después había vuelto para encender una cerilla. Dos personas más habían muerto en el incendio que siguió a la explosión.

-Sólo recibes el mérito por él -dijo Nina.

-Ja, ja.

-¿Estás seguro de esto? Podría haber sido un accidente.

-No seas ridícula -espetó Willi con brusquedad. Se volvió hacia mí-. Éste fue muy duro de «usar». Era muy fuerte. Obstruí su recuerdo de haber abierto el gas. Tuve que sostenerlo durante dos horas. Después le obligué a volver al apartamento. Luchó para no encender la cerilla.

-Deberías haberle hecho usar el mechero -dijo Nina.

-No era fumador -gruñó Willi-. Lo había dejado hacía un año.

-Sí -me sonrió Nina-. Creo haberle oído decir eso a Johnny Carson.

No podía saber si Nina se estaba burlando de él.

Los tres nos dedicamos al ritual de atribuir puntos. Nina fue la que más habló. Willi pasó de la tristeza a la expansión para después volver a ensombrecerse. En cierto momento extendió la mano y me dio una palmadita en la rodilla cuando reía y pedía ayuda. No dije nada. Finalmente desistió; atravesó la sala hasta la licorera y se sirvió un vaso alto de bourbon de la garrafa de mi padre. La luz del ocaso enviaba sus últimos rayos horizontales a través de las vidrieras de las ventanas saledizas y lanzó un tinte rojo sobre Willi mientras estaba junto al armario de roble. Sus ojos eran pequeños como ascuas rojas en una máscara de sangre.

-Cuarenta y uno -dijo finalmente Nina. Levantó la mirada impetuosamente y mostró la calculadora como si comprobara algún hecho objetivo-. He contado cuarenta y un puntos. ¿Qué tienes tú, Melanie?

-Ja -interrumpió Willi-. Magnífico. Ahora pasemos a tus pretensiones, Nina.

Su voz era sorda y vacía. Incluso Willi había perdido algún interés en el «juego».

Antes de que Nina pudiese empezar, el señor Thorne entró e informó de que la cena estaba servida. Pasamos al comedor, Willi sirviéndose otro vaso de bourbon y Nina agitando las manos en cómicas ilustraciones de la interrupción del «juego». Cuando estuvimos ante la gran mesa de caoba, yo asumí mis funciones de anfitriona. Después de décadas de tradición, en la mesa estaba prohibido hablar del «juego». Durante la sopa discutimos la nueva película de Willi y la compra de un nuevo almacén para la cadena de tiendas de Nina. Parecía que la columna mensual de Nina en Vogue iba a ser, clausurada, pero un sindicato de prensa estaba interesado en comprarla.

Mis dos huéspedes se deshicieron en elogios acerca de la perfección del jamón cocido, pero yo pensé que el señor Thorne había hecho la salsa demasiado dulce. Las ventanas transparentaban ya una oscuridad completa antes de que nos acabáramos el mousse de chocolate. La luz que emitía la araña hacía que en el pelo de Nina bailaran reflejos de luz, mientras yo temía que el mío brillara más azulado que nunca.

De repente, se oyó un ruido en la cocina. La cara del enorme negro apareció tras la puerta de batientes. Su hombro se curvaba hacia unas manos blancas y su expresión era la de un niño quejumbroso.

-... ni hablar si piensas que estamos sentados aquí como...

Las manos blancas le arrancaron del campo de visión.

-Perdón, señoras.

Willi rozó sus labios con la servilleta y se levantó. Todavía se movía con elegancia a pesar de su edad.

Nina miró su mousse. Una orden áspera llegó desde la cocina junto con el chasquido de un bofetón. Era el bofetón de la mano de un hombre, duro y llano como el tiro de un rifle de pequeño calibre. Levanté la mirada y vi al señor Thorne junto a mi codo retirando los platos de postre.

-Café, por favor, señor Thorne. Para todos. Él asintió con la cabeza, su sonrisa era afable.

Franz Anton Mesmer lo conoció, aunque no lo entendió. Sospecho que Mesmer debía de tener un pequeño toque de «aptitud». Las seudociencias modernas la estudiaron y le dieron otro

nombre, le negaron la mayor parte de su poder, confundieron sus usos y orígenes, pero continúa siendo la sombra de lo que Mesmer descubrió. No tienen idea de qué es «alimentar».

Me causa enorme desasosiego el actual aumento de la violencia. A veces, realmente me dejo sumir en la desesperación, ese profundo pozo de desesperanza sin futuro a lo que Hopkins llamó «inmundo consuelo». Observo el matadero americano, los habituales ataques a

papas, presidentes y otras gentes de rango, y me pregunto si hay muchos que poseen la «aptitud» o si la carnicería, simplemente, se ha convertido en la moderna forma de vivir.

Todos los humanos se alimentan de la violencia, de los pequeños ejercicios de poder sobre otros, pero pocos han conocido -como nosotros- el poder fundamental. Y, sin esa «aptitud», pocos conocen el placer sin parangón de capturar una vida humana. Sin la «aptitud», hasta los que se alimentan de vida son incapaces de saborear el flujo de emociones que fluyen entre el cazador y la víctima, el efecto estimulante del atacante que ha ido más allá de todas las reglas y castigos, la extraña, casi sexual, sumisión de la víctima, en ese último segundo de verdad en el que todas las opciones resultan imposibles a raíz del ejercicio del poder absoluto sobre el otro.

A mí me desespera la violencia moderna, su naturaleza impersonal y azarosa que la ha hecho accesible a tantos. Yo tenía televisión hasta que lo vendí en pleno apogeo de la guerra de Vietnam. Aquellos higienizados pedazos de muerte -hecha distante por las lentes de la cámara- no significaban nada para mí. Pero creo que tenían un sentido para ese ganado que me rodea. Cuando acabó la guerra y con ella los televisados recuentos diarios de cadáveres, los telespectadores pidieron más y más, y las pantallas y calles de esta dulce y moribunda nación lo suministraron en inmunda y grotesca abundancia. Es un vicio, no hay duda.

No lo entienden. Observada sin más, la muerte violenta. es una triste y manchada tapicería de confusión. Pero para los que, como nosotros, se han «alimentado», la muerte puede ser un sacramento.

-¡Mi turno! ¡Mi turno! -La voz de Nina aún se parecía a la de aquella beldad que acababa de llenar su tarjeta de danza en el baile de junio de la prima Celia.

Volvimos a la sala. Willi había terminado su café y le pidió un coñac al señor Thorne. Yo me sentía molesta por la actitud de Willi. Comprobar que nuestros colaboradores más íntimos mostraban cualquier sugestión de comportamiento imprevisto era ciertamente una señal de debilitamiento de la «aptitud». Nina no pareció haberse dado cuenta.

-Los tengo todos en orden -dijo Nina. Abrió su libro de recortes sobre la mesa de té ahora vacía. Willi los hojeó cuidadosamente, a veces haciendo una pregunta, más a menudo asintiendo con un gruñido. Yo murmuré un acuerdo ocasional, aunque no conocía a ninguno de ellos. Excepto al beatle, claro. Nina dejó ése para el final.

-Dios mío, Nina, ¿fuiste tú? -Willi parecía casi furioso. Las «alimentaciones» de Nina iban a parar siempre a suicidas dé Park Avenue y a riñas matrimoniales que terminaban con disparos de armas de señora, caras y de pequeño calibre. Este tipo de cosa estaba más en el crudo estilo de Willi. Quizá sintiera que su territorio estaba siendo invadido-. Quiero decir que te arriesgaste mucho, ¿verdad? Es tan..., ¡diablos!..., tan público.

Nina rió y dejó la calculadora.

-Willi, cariño, el «juego» consiste en precisamente eso, ¿no te parece?

Willi se dirigió a la licorera y volvió a llenar su copa. El viento sacudía ramas desnudas contra el cristal emplomado de la ventana salediza. El invierno no me gusta. Incluso en el Sur marca mucho el espíritu.

-Ese tío, ¿cómo se llama...?, ¿no compró el arma en Hawai o en algún sitio por el estilo? -preguntó Willi desde el otro lado de la sala-. A mí me parece que fue por su propia iniciativa. Quiero decir que él ya le perseguía.

-Willi, querido -la voz de Nina era ahora tan fría como el viento que rastrillaba las ramas-, nadie dijo que fuera un hombre estable. ¿Cuántos de los tuyos son estables, Willi? Pero yo hice que pasara, cariño. Escogí el lugar y el momento. ¿No comprendes la ironía del lugar, Willi? Después de aquella pequeña broma al realizador de aquella película de brujería hace unos años. Lo saqué directamente del guión.

-No lo sé -dijo Willi. Estaba sentado pesadamente en el diván, derramando coñac sobre su americana deportiva, sin darse cuenta. La luz de la lámpara se reflejaba en su cráneo. Las

marcas de la edad eran más visibles de noche, y su cuello, allí donde desaparecía en el jersey, era todo piel reseca y tendones-. No lo sé. -Me miró y, de súbito, sonrió, como si compartiéramos una secreta conspiración-. Podría ser como aquel escritor, ¿eh, Melanie? Podría ser como ése.

Nina miró las manos en su regazo. Sus dedos bien cuidados estaban blancos en las puntas.

Los vampiros de la mente. Así iba a titular su libro el escritor. A veces me pregunto si realmente escribiría algo. ¿Cómo se llamaba? Era un típico nombre ruso.

Willi y yo recibimos un telegrama de Nina: VEN DEPRISA. ERES NECESARIO. Al día siguiente yo volaba hacia Nueva York. El avión era un Constellation de hélice ruidoso y pasé casi todo el vuelo asegurándole a la azafata, excesivamente solícita, que no necesitaba nada, que en verdad me sentía bien. Era obvio que había decidido que yo era una abuela que volaba por primera vez.

Willi consiguió llegar veinte minutos antes que yo. Nina estaba muy turbada y más cerca de la histeria de lo que nunca la había visto. Había estado en una fiesta en la parte baja de Manhattan dos días antes -no estaba tan turbada como para olvidar decirnos qué nombres importantes estaban allí- y se encontró compartiendo un rincón, una marmita de fondue y confidencias con un joven escritor. O más bien, el escritor compartía confidencias con ella. Nina lo describió como del tipo desaliñado, de barba corta y rala, gafas gruesas, americana deportiva de pana sobre una vieja camisa escocesa, del tipo que, según Nina, salpicaba invariablemente todas las fiestas de éxito en esa época. Ella estaba suficientemente al día como para no llamarle beatnik, porque ese término hacía poco que se había vuelto passé, pero nadie conocía aún el término hippie, que, en cualquier caso, tampoco se podía aplicar. Era un escritor de los que se ganan la vida a duras penas, en esa época por lo menos, vendiendo sangre y novelando seriales de televisión. Se llamaba Nicholas no sé qué.

Su idea para un libro en el que ya trabajaba desde hacía algún tiempo, le había contado a Nina, era que muchos de los asesinatos que se cometían actualmente eran en realidad el resultado de un pequeño grupo de asesinos psíquicos, a los que llamaba «vampiros de la mente», que usaban a otros para ejecutar sus espantosos crímenes. Dijo que un editor ya se había interesado por su proyecto y al día siguiente le ofrecería un contrato si él aceptaba cambiar el título por El factor zombie y le ponía más sexo.

-¿Y qué? -le preguntó Willi a Nina, aburrido-. ¿Me haces atravesar todo el continente para esto? Yo podría comprar esa idea para hacer una película.

Ése fue el pretexto que usamos para interrogar a este Nicholas cuando Nina dio una fiesta improvisada la noche siguiente. No asistí. Según Nina, la fiesta no fue un gran éxito, pero le dio a Willi la oportunidad de tener una larga conversación con el supuesto joven novelista. En la casi patética ansia del escritor por entablar negocios con Bill Borden, productor de Memorias de París, Tres en ritmo y por lo menos dos películas más en technicolor completamente olvidables que circulaban ese verano por los autocines, reveló que el libro consistía de un esquema muy gastado y una docena de páginas de notas. De todas maneras, podría hacer una adaptación para el señor Borden en cinco semanas, quizá tres semanas si le mandaran a Hollywood para tener el estímulo creador adecuado.

Más tarde, esa noche, discutimos la posibilidad de que Willi comprara una opción de la adaptación, pero Willi no disponía entonces de mucho dinero en efectivo y Nina insistía. Por fin, el joven escritor se abrió la arteria femoral con una cuchilla de afeitar y corrió gritando hacia una estrecha callejuela de Greenwich Village, hasta morir. No creo que alguien se molestara alguna vez en hojear sus notas.

-¿Podría ser como con ese escritor, ja, Melanie? -Willi me dio una palmadita en la rodilla. Yo asentí con la cabeza-. Era mío -continuó Willi-, y Nina intentó quitarme el mérito. ¿Recuerdas?

De nuevo hice un gesto afirmativo. De hecho, no había sido ni de Nina ni de Willi. Yo había evitado la fiesta para poder establecer contacto más tarde sin que el joven se diera cuenta de que lo seguían. Lo hice con facilidad. Recuerdo estar sentada en una pequeña tienda

demasiado calurosa, frente al edificio de apartamentos. No fue nada difícil. Acabó tan rápidamente que casi no sentí sensación de «alimentarme». Después volví a tener consciencia de los radiadores chisporroteando y del olor a salchichón cuando la gente corría hacia la puerta para ver qué eran esos gritos. Me acuerdo de que me bebí mi té con lentitud para no tener que salir antes de que la ambulancia se marchara.

-¡Tonterías! -dijo Nina, ocupada con su pequeña calculadora ¿Cuántos puntos?

Me miró. Yo miré a Willi.

-Seis -dijo él encogiéndose de hombros. Nina hizo un pequeño espectáculo de la suma de los números.

-Treinta y ocho -dijo, y suspiró teatralmente-. Ganas otra vez, Willi. O mejor, me bates de nuevo. Ahora tenemos que oír a Melanie. Has estado tan callada, querida. Debes de tener alguna sorpresa.

-Sí -dijo Willi-, te toca ganar. Hace algunos años que te toca.

-Nada -dije yo. Había esperado una explosión de preguntas, pero el silencio sólo era roto por el tictac del reloj que se hallaba en la repisa de la chimenea. Nina miraba hacia el otro lado, hacia algo oculto por las sombras del rincón.

-¿Nada? -repitió Willi.

-Hubo... uno -dije yo finalmente-. Pero fue por casualidad. Pasaba por allí cuando estaba robándole a un viejo..., fue por casualidad.

Willi estaba agitado. Se puso de pie, se dirigió hacia la ventana, giró una vieja silla de respaldo recto y se sentó a horcajadas, con los brazos cruzados.

-¿Qué significa esto?

-¿Abandonas el «juego»? -preguntó Nina cuando se volvió para mirarme. Dejé que la pregunta sirviera de respuesta.

-¿Por qué? -preguntó Willi bruscamente. En su excitación, la erre sonó doble, dura.

Si yo hubiese sido educada en una época en que las chicas pudiesen encogerse de hombros, lo habría hecho. Pero, al no ser así, me di por satisfecha con deslizar los dedos por una imaginaria costura en mi falda. Willi había hecho la pregunta, pero yo miraba directamente a los ojos de Nina. Finalmente respondí:

-Estoy cansada. Creo que me estoy haciendo vieja.

-Te harás mucho más vieja si no «cazas» -dijo Willi. Su cuerpo, su voz, la máscara roja de su cara, todo mostraba una gran ira apenas controlada-. Dios mío, Melanie, ¡ya pareces más vieja! ¡Tienes un aspecto horrible! Es por eso que «cazamos», mujer. ¡Mírate al espejo! ¿Quieres morirte como una vieja sólo porque estás cansada de usarlos? ¡Puaj!

Willi se puso de pie y nos dio la espalda.

-¡Tonterías! -La voz de Nina sonaba fuerte, confiada, una vez más al mando-. Melanie está cansada, Willi. Debes ser amable. Todos pasamos por épocas así. Recuerdo cómo estabas tú después de la guerra. Como un cachorro apaleado. Ni siquiera salías de tu pequeño apartamento miserable en Baden. Incluso después de que te ayudamos a llegar a Nueva jersey, sólo mirabas enfurruñado a tu alrededor mientras te compadecías de ti mismo. Melanie inventó el «juego» para ayudarte a sentirte mejor. Por eso, ¡cállate! Nunca le digas a una mujer cansada y deprimida que tiene un aspecto horrible. Sinceramente, Willi, a veces eres un terrible schwüchsinniger. Y un patán.

(En alemán, «melancólico».) (Nota del Traductor)

Yo había imaginado muchas reacciones a mi anuncio, pero ésta era la que más temía. Quiero decir que Nina también se había cansado del «juego». Tenía que significar eso.

-Gracias, Nina, querida -dije-. Sabía que lo entenderías.

Ella se inclinó y tocó mi rodilla para tranquilizarme. Incluso a través de mi falda de lana pude sentir el frío de sus dedos blancos.

Mis invitados no querían quedarse a pasar la noche. Imploré. Protesté. Les recordé que las habitaciones estaban preparadas, que el señor Thorne ya había quitado los edredones.

-La próxima vez -dijo Willi-. La próxima vez, Melanie, querida. Pasaremos un fin de semana como antes. Una semana.

Willi estaba mucho más animado desde que había recibido su premio de mil dólares de cada una de nosotras. Se había enfurruñado pero yo había insistido. Había aplacado su ego cuando el señor Thorne le trajo un talón a nombre de William D. Borden.

Le volví a pedir que se quedara, pero él protestó diciendo que tenía un vuelo a medianoche para Chicago. Tenía que hablar acerca de una pieza de teatro con un escritor que había ganado un premio. Después me abrazó; sus compañeros estaban en el vestíbulo detrás de mí y yo sentí terror por un instante.

Pero se marcharon. El joven rubio mostró su sonrisa blanca y el negro agitó la cabeza con un gesto que interpreté como una despedida. Después quedamos solas. Nina y yo.

Aunque no exactamente. La señorita Kramer estaba junto a Nina al fondo del vestíbulo. El señor Thorne estaba fuera de mi vista, detrás de la puerta de la cocina. Le dejé allí.

La señorita Kramer dio tres pasos adelante. Yo sentí que mi aliento se detenía por un instante. El señor Thorne puso su mano en la puerta de batientes. Entonces la fornida morena fue hasta el armario del vestíbulo, cogió el abrigo de Nina y volvió para ayudarla a ponérselo.

-¿Estás segura de que no quieres quedarte?

-No, gracias, cariño. Le he prometido a Barrett que volvería esta noche a Hilton Head.

-Pero es tarde.

-Tenemos reservas. De todas maneras, gracias, Melanie. Seguiré en contacto.

-Sí.

-Espero que sí, querida. Tenemos que hablar. Sé cómo te sientes, pero tienes que recordar que el «juego» sigue siendo importante para Willi. Tenemos que encontrar una forma de terminarlo sin herir sus sentimientos. Quizá podríamos visitarlo la próxima primavera en Karinhall o como sea que llama él a ese triste lugar suyo en Baviera. Un viaje al Viejo Continente te ayudaría mucho, querida.

-Sí.

-Seguiré en contacto. Cuando este negocio con el nuevo almacén esté resuelto. Tenemos que pasar algún tiempo juntas, Melanie: solas las dos, como en otros tiempos. -Sus labios besaron el aire cerca de mi mejilla. Cogió mis antebrazos con fuerza durante unos segundosAdiós, querida.

Llevé las copas de coñac a la cocina. Thorne las cogió en silencio.

-Asegúrate de que la casa está bien cerrada -le dije.

Él asintió con la cabeza y fue a verificar las cerraduras y el sistema de alarma. Eran sólo las diez menos cuarto, pero yo estaba muy cansada. «La edad», pensé. Subí por la ancha escalera, quizá lo mejor de la casa, y me puse el camisón. Se había desatado una tempestad y el repiqueteo de la lluvia en la ventana marcaba un ritmo triste.

El señor Thorne apareció cuando yo estaba cepillándome el pelo y deseando que fuera más largo. Me volví. Se llevó la mano al bolsillo de su chaleco oscuro. Cuando la sacó, brillaba en ella una navaja. Asentí con la cabeza. Él cerró la navaja y la puerta. Escuché sus pasos por la escalera hasta la silla del vestíbulo en la que pasaría la noche.

Creo que esa noche soñé con vampiros. O quizá pensaba en ellos antes de dormirme y un fragmento de mi pensamiento permaneció conmigo hasta la madrugada. De todos los terrores que la humanidad se inflige a sí misma, de todos sus patéticos pequeños monstruos, sólo el mito del vampiro tiene algún vestigio de dignidad. Como los humanos de los que vive, el vampiro responde a sus propios oscuros impulsos. Pero al contrario de su mezquina presa humana, adopta sus sórdidos medios para el único fin que podía justificar sus acciones: la inmortalidad material. Son seres nobles, y tristes.

Willi tenía razón: me había hecho vieja. El año anterior se había cobrado más que toda la década precedente. Pero yo no me había «alimentado». A pesar del hambre, a pesar del reflejo de la edad en el espejo, a pesar del oscuro impulso que había dominado nuestras vidas durante tantos años, yo no me había «alimentado».

Me dormí tratando de recordar los rasgos de la cara de Charles.
Me dormí con hambre.

2

Beverly Hills, sábado 13 de diciembre de 1980

En medio del césped que se hallaba ante la casa de Tony Harod había una gran fuente circular en la que la estatua de un sátiro de pezuña hendida orinaba mientras miraba el cañón de Hollywood con una mueca perpetua, que podía interpretarse como una aversión afligida o como un desprecio burlón. Quienes conocían a Tony Harod no tenían dudas sobre qué expresión era la más apropiada.

La casa había pertenecido antes a un actor del cine mudo que, en lo mejor de su carrera y después de luchar mucho, había dado el difícil salto a las películas sonoras para morir de cáncer de garganta tres meses después de que su primera película se estrenara en el Graumann's Chinese Theater. Su viuda se negó a abandonar la enorme propiedad y se quedó durante treinta y cinco años como un guarda de un mausoleo, a menudo sableando a sus viejos conocidos de Hollywood y a sus antes desdeñados parientes con el fin de pagar los impuestos. En 1959, cuando murió, la casa fue comprada por un guionista que había escrito tres de las cinco comedias románticas de Doris Day estrenadas hasta entonces. El escritor se quejaba del jardín venido a menos y de mal olor en la sala del segundo piso. Acabó por endeudarse tanto que se voló los sesos en el cobertizo de las macetas; fue descubierto al día siguiente por un jardinero que no denunció la muerte, temeroso de que la policía se percatase de su condición de extranjero ilegal. El cadáver fue descubierto de nuevo doce días más tarde por un abogado del Sindicato de Guionistas que había acudido a visitar al difunto para discutir su próxima defensa en un pleito por plagio.

Entre los siguientes propietarios de la casa había una famosa actriz que vivió allí durante los tres meses que se sucedieron entre su quinto y su sexto matrimonio, un técnico de efectos especiales que murió en el incendio de un economato y un jeque árabe que pintó el sátiro de color rosa y le dio un nombre judío. El jeque fue asesinado en 1979 por su cuñado cuando pasaba por Riyad en peregrinación y Tony Harod compró la finca cuatro días después.

-Es asombrosamente estupenda -había dicho Harod al corredor de fincas cuando estaban de pie en el camino de losas y miraban al sátiro que orinaba-. Me la quedo.

Una hora después entregaba un cheque por seiscientos mil dólares como pago al contado. Todavía no había visto el interior de la casa.

Shayla Berrington conocía las historias acerca de los actos impulsivos de Tony Harod. Sabía de aquella vez que Harod había insultado a Truman Capote delante de doscientos invitados, y del escándalo de 1978, cuando él y uno de los colaboradores más cercanos de Jimmy Carter habían estado a punto de ser detenidos por posesión de narcóticos. Nadie había ido a la cárcel, no se había podido probar nada, pero se decía que Harod había gastado una broma al desventurado georgiano. Shayla se inclinó para ver el sátiro cuando su Mercedes con chófer se deslizaba por la curva hasta la entrada principal. Tenía la aguda consciencia de que su madre no estaba con ella. En esta salida particular también faltaba Loren (su agente), Richard (el agente de su madre), Cowles (su chófer y guardaespaldas) y Esteban (su peluquero). Shayla tenía diecisiete años, era una modelo de éxito desde hacía nueve y una estrella de cine los últimos dos, pero cuando el Mercedes se detuvo delante de las puertas recargadamente cinceladas de la mansión de Harod, se sintió como una princesa de cuento de hadas obligada a visitar a un ogro feroz.

«No, no un ogro -pensó Shayla-. ¿Cómo llamó Norman Mailer a Tony Harod después de la fiesta de Stephen y Leslie la primavera pasada? Un pequeño gnomo malvado. Tengo que pasar por la cueva de este pequeño gnomo malvado para hallar el tesoro.»

Shayla sintió la tensión en los músculos de su cuello cuando tocó el timbre. Se consoló pensando que el señor Borden estaría allí. Le gustaba el viejo productor, con su distinción europea y su agradable acento. Shayla volvió a sentir la tensión cuando pensó en la reacción de su madre si las mujeres más viejas descubrían que había arreglado en secreto aquel encuentro. Shayla estaba a punto de dar media vuelta y marcharse cuando la puerta se abrió.

-Ah, la señorita Berrington, supongo. -Tony Harod estaba en la entrada vestido con una bata de terciopelo. Shayla le miró y se preguntó si llevaba algo bajo ella. Podían verse algunos pelos grises en la mata negra de su pecho desnudo.

-¿Cómo está? -saludó Shayla, y siguió a su supuesto productor

asociado hasta el vestíbulo. A primera vista, Tony Harod no era un candidato obvio a gnomo. Era ligeramente más bajo que la media (Shayla medía un metro setenta y siete, alta incluso para una modelo, y Harod no podía medir más de un metro sesenta); sus largos brazos y enormes manos parecían desproporcionados colgando de su cuerpo delgado, casi de muchacho. Su pelo era muy oscuro y tan corto que unos flequillos se encrespaban sobre su frente alta y pálida. Shayla pensó que quizá la primera sensación de un gnomo oculto era la palidez de su piel, que parecía más apropiada para un habitante de una ciudad del nordeste, cubierta de hollín, que para una persona que residía desde dos años atrás en Los Ángeles. Su cara era huesuda, afilada, y la endurecía el corte, sardónico de una boca que parecía tener demasiados dientes, pequeños, y una lengua rosada y rápida, que se movía constantemente para humedecer su fino labio inferior. Sus ojos eran muy profundos y parecían algo magullados, pero fue la intensidad de su oscura mirada lo que hizo que Shayla inspirara profundamente y se detuviera en la entrada de azulejos. Shayla era sensible a los ojos (sus propios ojos la habían ayudado a hacer de ella lo que era) y nunca había encontrado una mirada que la impresionara tanto como la de Tony Harod. Lánguidos, de pesados párpados, casi ausentes en su desinterés burlón, los ojos menudos y castaños de Harod parecían proyectar un poder y un desafío que contrastaba enormemente con el resto de su apariencia.

-Entra, muchacha. ¿Dónde está tu séquito? No pensé que te trasladaras a ninguna parte sin una multitud que haría que el gran ejército de Napoleón pareciera una sesión de traseros del club de admiradores de Richard Nixon.

-¿Qué? -preguntó Shayla, y enseguida se arrepintió. Dependía demasiado de esta reunión como para quedarse atrás por puntos.

-¡No importa! -dijo Harod, y retrocedió para mirarla.

Metió las manos en los bolsillos de la bata, pero no antes de que Shayla tuviese tiempo de apreciar sus dedos extraordinariamente largos y pálidos. Pensó en el Gollum de El Hobbit.

-¡Joder, eres terriblemente bella! -sentenció el hombrecilloYa sabía que eras una maravilla, pero eres aún más impresionante en carne y hueso. Debes de dejar a los chicos de la playa hechos polvo.

Shayla se puso rígida. Estaba preparada para sufrir alguna impertinencia, pero cada vez detestaba más las obscenidades.

-¿El señor Borden ya ha llegado? -preguntó fríamente.

Harod sonrió, pero sacudió la cabeza.

-Me temo que no -dijo-. Willi tuvo que ir a visitar a unos viejos amigos al este, creo que en algún lugar del sur... Bogsville, Redneck Beach...

Shayla vaciló. Se había considerado preparada para establecer el trato que deseaba con el señor Borden y su productor asociado, pero la idea de conversar sólo con Tony Harod la hizo temblar. Habría dado alguna excusa para irse, pero esa iniciativa quedó anulada por la aparición de una bella mujer.

-Señorita Berrington, permítame que le presente a mi ayudante, María Chen -dijo Harod-. María, ésta es Shayla Berrington, una joven actriz de mucho talento que podría ser la estrella de nuestra nueva película.

-¿Qué tal, señorita Chen? -Shayla evaluó a la otra mujer. De unos treinta años, su ascendencia oriental manifiesta sólo en sus pómulos hermosamente esculpidos, su abundante cabello negro y un ligero sesgo de los párpados, María Chen podía fácilmente ser también modelo. La ligera tensión, tan natural entre dos mujeres atractivas en el momento de ser presentadas, se disipó de inmediato debido al calor de la sonrisa de la mayor de ellas.

-Señorita Berrington, es un placer conocerla. -El apretón de manos de Chen era firme y cálido-. Hace mucho tiempo que admiro su trabajo publicitario. Tiene una calidad poco frecuente. Creo que el anuncio a doble página de Avedon en Vogue era magnífico.

-Gracias, señorita Chen.

-Por favor, ¿por qué no me llama María? -Sonrió, se echó el pelo hacia atrás y se volvió hacia Harod-. La piscina está a la temperatura adecuada. He suspendido todas las llamadas durante los próximos cuarenta y cinco minutos.

Harod asintió con la cabeza.

-Después de mi accidente en la autopista de Ventura, la primavera pasada, me ayuda mucho pasar algún tiempo en el yacuzi cada día -explicó él. Sonrió débilmente cuando la vio vacilar-. Regla de la piscina: hay que llevar bañador. -Harod se desabrochó la bata para mostrar uno rojo con sus iniciales formando un monograma doradoMaría puede conducirla a un vestuario, ¿o prefiere discutir la película en otra ocasión cuando Willi pueda estar aquí?

Shayla pensó rápidamente. Dudaba de que pudiera mantener mucho tiempo este negocio en secreto ante Loren y su madre. Esta podría ser su única oportunidad de conseguir la película con sus propias condiciones.

-No traigo bañador -dijo.

María Chen rió y respondió:

-Eso no es problema. Tony tiene bañadores para todas las formas y tamaños de invitados. Hasta tiene algunos para cuando lo visita su madre.

Shayla rió también. Siguió a la otra mujer por un largo vestíbulo, a

través de una habitación llena de confortables compartimientos, que estaba dominada por una gran pantalla de televisión y por estanterías llenas de equipamiento electrónico de vídeo, y después por otro pequeño vestíbulo hasta un vestuario forrado de cedro. María Chen abrió unos cajones que revelaron cantidad de bañadores de hombres y de mujer en diversos estilos y colores.

-La dejaré cambiarse -dijo María Chen.

-¿Estará usted con nosotros?

-Quizá más tarde. Tengo que mecanografiar alguna correspondencia de Tony. Disfrute del agua y no haga caso de las maneras de Tony. A veces es un poco rudo, pero es muy íntegro.

Shayla asintió con la cabeza mientras la otra mujer cerraba la puerta. Shayla miró entre los montones de bañadores. Los estilos variaban desde reducidos bikinis franceses a maillots sin tirantes y bañadores de dos piezas más tradicionales. Las etiquetas llevaban los nombres de Gottex, Christian Dior y Cole. Shayla eligió un bandeau anaranjado que no era escandaloso pero que estaba cortado lo bastante alto para mostrar sus muslos y sus largas piernas de modo que la favoreciera. Sabía por experiencia cómo aparecían sus pechos pequeños y firmes y cómo se vería sólo una sugerencia de pezones hinchando el fino tejido de licra. El color complementaría el verde avellana de sus ojos.

Shayla salió por otra puerta a un invernadero cerrado por tres lados por paredes de cristal curvado donde la proliferación de plantas tropicales capturaba gran parte de la luz. La cuarta pared tenía otra pantalla de proyección junto a la puerta. Altavoces no visibles emitían música clásica. El ambiente era húmedo. Shayla podía ver una gran piscina que brillaba en el exterior a la luz matinal. En ella, Harod estaba reclinado en la parte poco profunda y se tomaba un trago largo. Shayla sintió que el aire caliente y húmedo la oprimía como una sábana mojada.

-¿Por qué has tardado tanto, chica? He empezado sin ti.

Shayla sonrió y se sentó al borde de la pequeña piscina. Quedó a un metro y medio de Harod, no tan lejos como para que constituyera un insulto, ni tan cerca como para sugerir intimidad. Dio un puntapié distraído al agua espumeante, levantando las piernas con los pies estirados para mostrar los músculos de las pantorrillas y los muslos.

-¿Podemos empezar? -sugirió Harod. Exhibía su sonrisa fina y burlona; su lengua se asomó para humedecer el labio inferior.

-No debería haber venido -dijo Shayla en voz baja-. Mi agente trata este tipo de cosas. Siempre consulto a mi madre antes de decidir cualquier nuevo proyecto..., incluso un contrato de modelo para un fin de semana. He venido porque el señor Borden me lo pidió. El señor Borden ha sido muy amable desde...

-Sí, sí, está loco por ti -interrumpió Harod, y puso su bebida sobre los azulejos-. El asunto es éste: Willi compró los derechos de un best-seller titulado El tratante de blancas. Es un libro de mierda sistemática escrito para analfabetos de catorce años y amas de casa con lobotomía

que hacen cola para comprar las nuevas novelas baratas cada mes. Un material idiota para cuadrapléjicos intelectuales. Naturalmente, vendió unos tres millones de ejemplares. Nosotros compramos los derechos antes de que se publicara. Willi tiene a un tipo en Ballantine que le avisa cuando uno de estos pasteles de mierda promete ser un éxito.

-Usted lo hace parecer muy interesante -dijo Shayla en voz baja.

-Jodidamente cierto. Claro que la película no usará la mayor parte del libro, conserva la línea de la historia y el sexo barato. Pero tenemos gente competente metida en ello. Michael May-Dreinen ha empezado a trabajar en el guión y Schubert Williams ha aceptado ser el realizador.

-¿Schu Williams? -Shayla estaba sobresaltada. Williams acababa de dirigir a George C. Scott en una película de gran éxito para la MGM. Miró la superficie burbujeante de la piscina-. Me parece que no es nada que pueda interesarnos -dijo-. Mi madre..., es decir, ella y yo tratamos de ser muy cuidadosas con el tipo de vehículo que elegimos para encauzar mi carrera en el cine.

-Ajá -dijo Harod y sorbió lo que quedaba de su bebida-. Hace dos años empezaste en La esperanza de Shannerly, con Ryan O'Neal. Una chica a punto de morirse encuentra a un estafador en iguales circunstancias en una clínica mexicana. Ambos desisten de buscar falsas curas y encuentran la verdadera felicidad en las pocas semanas que les quedan. Cito a Charles Chaplin: «Sólo la presentación a la crítica de esta abominación de sacarina sería suficiente para poner a los diabéticos en coma.»

-La distribución y la promoción fueron pobres y...

-Deberías estar muy contenta con eso, chica. Después, el año pasado, tu mamá te metió en Al este de la felicidad, de Wise. Ibas a ser otra Julie Andrews en ese timo de mierda barata de El sonido del moco. Pero no lo fuiste, y no estamos en los sesenta, con niños floridos; son los jodidos ochenta y aunque no soy tu agente, señorita Berrington, diría que la mamá y la banda te han empujado bastante lejos por el valle de la mierda en lo que respecta a tu carrera cinematográfica. Intentan convertirte en algo parecido a Marie Osmond. Sé que eres miembro de la Iglesia de los Santos del Último Día, ¿y qué? Tenías clase en las portadas de Vogue y Seventeen, y ahora estás a punto de mandarlo todo al carajo. Intentan hacerte pasar como una quinceañera ingenua, pero es demasiado tarde para eso.

Shayla no se movió. Su cerebro corría pero no era capaz de expresarse con palabras. Su impulso era decirle a ese pequeño gnomo malvado que se fuera al diablo, pero no lo lograba y continuaba sentada al borde de la piscina. Su futuro dependía de los minutos siguientes y su mente era un embrollo.

Harod salió del agua y caminó sobre los azulejos hasta una barra de bar colocada entre los helechos. Se sirvió un vaso alto de zumo de pomelo y se volvió hacia Shayla.

-¿Quieres algo, muchacha? Tengo de todo, aquí. Hasta ponche hawaiano, si hoy te sientes especialmente mormona.

Shayla sacudió la cabeza.

El productor se dejó caer otra vez en el yacuzi y colocó el vaso contra su pecho. Miró un espejo que había en una pared y asintió con la cabeza de manera casi imperceptible.

-Muy bien -dijo-. Hablemos de El tratante de blancas o como sea que se llame finalmente.

-No creo que estemos interesadas...

-Recibes cuatrocientos mil dólares de adelanto -explicó Harod-, más un porcentaje de taquilla... que nunca verás, con la contabilidad que hay. Lo que realmente recibirás es un nombre que puedes explotar en cualquier estudio de la ciudad. La cosa será una auténtica bomba, chica, créeme. Yo puedo oler una película taquillera antes de que el segundo borrador de la adaptación esté mecanografiado. Esta es grande.

-Me temo que no, señor Harod. El señor Borden dijo que si yo no estaba interesada después de escuchar la primera propuesta, podríamos...

-El rodaje empieza en marzo -cortó Harod. Bebió un sorbo largo y cerró los ojos-. Schu calcula doce semanas, o sea que tú cuenta con veinte. Rodaremos en Argelia, en España, algunos días en Egipto y unas tres semanas en los estudios Pinewood para las partes del palacio en el gran escenario sonorizado que hay allí.

Shayla se puso en pie. El agua brilló en sus piernas. Puso las manos en las caderas y miró al hombrecillo inmerso en la piscina. Harod no abrió los ojos.

-Usted no escucha, señor Harod -exclamó ella-. He dicho no. No haré su película. Ni siquiera he visto el guión. Bien, puede coger su Tratante de blancas o lo que sea y...

-¿Y metérmelo en el culo? -Harod abrió los ojos. Shayla pensó en un lagarto saliendo de su letargo. El agua formaba espuma alrededor de su pálido pecho.

-Adiós, señor Harod -dijo Shayla Berrington, y le dio la espalda. Había dado tres pasos cuando la voz de Harod la hizo detenerse.

-¿Te dan miedo las escenas de desnudo, muchacha? Ella vaciló, después continuó.

-Te dan miedo las escenas de desnudo -repitió Harod, y ahora no era una pregunta.

Shayla estaba casi en la puerta cuando se volvió. Sus manos desgarraron el aire.

-¡Ni siquiera he visto el guión! -Su voz se quebró y se sintió asustada por hallarse casi a punto de llorar.

-Claro, hay algunas escenas de desnudo -explicó Harod como si ella no hubiera dicho nada-. Y una escena de amor que hará mojar las bragas a las adolescentes. Podíamos usar una doble, pero no hay necesidad. Tú puedes hacerlo, muchacha.

Shayla sacudió la cabeza. Sintió una furia creciente que no podía expresar. Se volvió y alargó a ciegas el brazo hacia el pomo de la puerta.

-Espera.

La voz de Tony Harod era más suave que nunca. Casi inaudible. Pero tenía algo que la hizo detenerse con más firmeza que un grito. Parecía que unos dedos fríos apretaban su cuello.

-Ven aquí.

Shayla se volvió y caminó hacia él. Harod yacía con sus manos de delgados dedos cruzadas sobre el pecho. Parte del cerebro de Shayla gritó de pánico y protestó, mientras otra parte se limitaba a observar con creciente admiración.

-Siéntate.

Ella se sentó al borde de la piscina, a un metro de él. Sus piernas cayeron en el yacuzi. La espuma salpicó sus bronceados muslos. Se sintió fuera de su cuerpo, mirándose con una objetividad casi clínica.

-Como decía, puedes hacerlo, muchacha. ¡Mierda, todos somos un poco exhibicionistas! Sólo que tú recibirás una pequeña fortuna por hacer lo que de todas formas quieres hacer.

Como si luchara contra un terrible entorpecimiento, Shayla levantó la cabeza y miró a los ojos a Tony Harod. En aquella luz moteada, sus pupilas parecían haberse dilatado hasta el punto de reducir su pálida cara a dos sendos agujeros negros.

-Como ahora -dijo Harod en voz baja, muy baja. Quizá ni siquiera había hablado. Las palabras parecían deslizarse hasta un lugar en el cerebro de Shayla como frías monedas que cayeran en aguas oscuras-. Realmente hace mucho calor aquí. No necesitas el bañador. ¿Verdad? Claro que no.

Shayla miró fijamente. Distante, en el extremo más lejano del túnel de su cerebro era una niña a punto de echarse a llorar. Observaba con una sorpresa tranquila mientras su brazo se levantaba y su mano deslizaba lentamente el extremo del bandeau y lo hacía pasar bajo el elástico. Tiró de él con fuerza y el tejido se deslizó; ella notó la resistencia que le oponía el bulto de sus pechos. Estiró el otro extremo. Los pezones se marcaron bajo la tela. Podía ver la leve línea roja que desaparecía allí donde el elástico había apretado su piel. Miró a Tony Harod.

Harod sonreía apenas y asentía con la cabeza.

Como si antes le hubieran concedido permiso para hacerlo, Shayla bajó el bañador con un gesto brusco. Sus pechos se balancearon con suavidad cuando se liberaron de la tela naranja. Tenía el cutis muy blanco, sólo salpicado de alguna que otra peca. Sus pezones estaban turgentes y se erguían con rapidez al contacto del aire fresco. Eran castaños, muy anchos y perfilados por algunos pelos oscuros que Shayla consideraba demasiado bellos para depilárselos. Nadie lo sabía. Ni siquiera su madre. No habría permitido que nadie, ni el mismísimo Avedon, le fotografiara los pechos.

Miró de nuevo a Harod, pero su cara era sólo una mancha blanca. La sala parecía inclinarse y girar a su alrededor. El ruido del reciclador de la piscina aumentó hasta que latía en

sus oídos. Al mismo tiempo, Shayla sintió que algo se agitaba dentro de ella. Un calor agradable empezó a colmarla. Era como si alguien le hubiese tocado directamente en el cerebro para acariciarla en el centro de placer como sin duda una palma y unos dedos le acariciarían el sensible montículo entre sus piernas. Shayla jadeó y se arqueó involuntariamente.

-Hace de verdad mucho calor -dijo Tony Harod.

Ella se pasó las manos por la cara, tocó los párpados con algo semejante al asombro y después deslizó las palmas por el cuello, por la clavícula, y se detuvo apretando con fuerza el pecho, donde empezaba la carne pálida. Podía sentir el pulso que latía en su garganta como un pájaro en su jaula. Después deslizó las manos más abajo, arqueándose de nuevo mientras las palmas resbalaban sobre sus pezones, que se habían vuelto dolorosamente sensibles, levantando los pechos como el doctor Kemmerer le había enseñado a hacer cuando tenía catorce años, pero sin examinarlos, sólo apretándolos, sometiéndolos a una presión agradable que la hacía gemir de forma reprimida.

-Realmente, no hay necesidad de bañador -cuchicheó Harod. ¿Él había cuchicheado? Shayla estaba confusa. Le miraba directamente y sus labios no se habían movido. Su ligera sonrisa mostraba sus dientes pequeños, como blancas piedras afiladas.

Era igual. Todo le era igual a Shayla, excepto verse libre del maillot que la ceñía. Estiró el tejido hacia abajo, lo pasó por la comba de su vientre y levantó las nalgas para pasar el elástico por debajo. El bañador se redujo sólo a un pliegue de tejido arrollado en una pierna; terminó de liberarse de él con un puntapié. Se miró, el arco interior de los muslos y la línea vertical de vello púbico, no totalmente en v, que se elevaba hasta el límite de su bronceado. Durante un segundo volvió a sentirse mareada, esa vez con una sensación distante de choque, pero entonces sintió que las caricias empezaban de nuevo en su interior y se inclinó hacia atrás, apoyada sobre los codos.

El yacuzi lanzó chorros de agua caliente contra sus piernas. Ella levantó una mano y recorrió lentamente una vena azul que latía bajo la pálida piel de su pecho. El mínimo roce encendía su carne. Parecía que los montículos de sus pechos se contraían y se hacían más pesados en el mismo instante. El ruido de la piscina parecía sincronizado y después sincopado con los sordos latidos de su corazón. Levantó la rodilla derecha y dejó caer la mano junto a la parte interior de su pierna. Su propia palma se deslizó más arriba, rompiendo las gotitas de agua que brillaban en el vello dorado de sus muslos. El calor la llenaba, la controlaba. Su vulva pulsaba con un placer que había conocido sólo en esa penumbra culpable antes de dormirse, conocida antes sólo a través de un filtro de vergüenza que ahora faltaba; nunca lo había sentido con esta irresistible sensación de calor y urgencia. Los dedos de Shayla encontraron los pliegues húmedos de los labios de su vulva y los separó con un jadeo suave.

-Demasiado calor para un bañador -dijo Tony Harod-. Para los dos.

Tomó un sorbo de zumo de pomelo, se puso en pie sobre los azulejos y dejó de nuevo el vaso al borde de la piscina.

Shayla se deslizó sintiendo los azulejos fríos bajo su cadera. Su largo cabello cayó alrededor de su cara cuando se arrastró hacia delante, con la boca ligeramente abierta, usando los codos como palanca. Harod reposaba inclinado hacia atrás sobre los codos, dando distraídos puntapiés en el agua. Shayla se detuvo y lo miró. En su mente las caricias se intensificaron, encontraron su centro y se deslizaron con lentitud por tortuosos caminos. Sus sentidos registraban sólo el flujo y reflujo de la fricción lubrificada. Shayla jadeó e involuntariamente apretó los muslos con fuerza mientras oleajes sucesivos de orgasmos preliminares la recorrían como ondulaciones. El murmullo subió de tono en su mente, adquiriendo un carácter sibilante e insistente que formaba parte del placer.

Los pechos de Shayla tocaban el suelo cuando se arrastró ante Tony Harod y le bajó los shorts de baño con un movimiento frenético que era al mismo tiempo violento y delicado. Estiró la tela fruncida sobre sus rodillas hasta el agua. El vello negro bajaba desde el vientre. Su pene era pálido y estaba fláccido; se movía con lentitud en el interior del nido de pelos negros.

Ella le miró y vio que su sonrisa había desaparecido. Sus ojos eran

como agujeros en una máscara pálida. No había calor en ellos. Ni excitación. Sólo la intensa concentración de un depredador mirando fijamente a su presa. A Shayla no le importó.

No se daba cuenta de lo que veía. Sabía sólo que la caricia en su mente se había intensificado, había ido más allá del éxtasis hacia el dolor. Un placer en estado puro inundó, como una droga, su sistema nervioso.

Shayla apoyó su mejilla en el muslo de Harod y cogió su pene con la mano derecha. Él se la apartó distraídamente. Shayla se mordió el labio y gimió. Su mente era un torbellino de sensaciones que sólo registraba los aguijones de la pasión y del dolor. Sus piernas se crisparon en espasmos imposibles de dominar y se retorció contra el borde de la piscina. Recorrió con sus labios la piel salada del muslo de Harod. Probó su propia sangre cuando alargó la mano para coger los testículos de Harod en su palma. El hombrecillo levantó la pierna derecha y la empujó delicadamente de lado hacia la piscina. Shayla continuó aferrándose a sus piernas, luchando por no ser rechazada, haciendo pequeños ruidos mientras su boca y sus manos lo buscaban.

María Chen entró, conectó un teléfono a una toma en la pared y lo dejó en el suelo junto a Harod.

-Washington -dijo, miró una vez a Shayla y salió.

El calor y la fricción abandonaron la mente y el cuerpo de Shayla y dejaron en su lugar una brusca frialdad que la hizo gritar de dolor. Miró ciegamente durante un segundo y, después, retrocedió hacia la burbujeante piscina. Empezó a temblar con violencia y se cubrió los senos con los brazos.

-Harod al habla -dijo el productor tras descolgar el teléfono. Se levantó, dio tres pasos y se puso su bata de felpa.

Shayla miraba con herida incredulidad cómo su cuerpo pálido se cubría. Empezó a temblar con más intensidad. Los escalofríos recorrían su cuerpo. Clavó sus uñas en los cabellos y bajó la cara hacia el agua espumeante.

-¿Sí? -preguntó Harod-. ¡Hostia! ¿Cuándo? ¿Están seguros de que iba a bordo? Joder! Sí. ¿Ambos? ¿Y el otro..., cómo se llama? joder! No, no. Me cuidaré yo. No. He dicho que me cuidaré yo. Sí. No, cuente con dos días. Sí, voy allá.

Colgó el teléfono con violencia, caminó hacia una silla de mimbre y se desplomó sobre ella.

Shayla se arrastró hasta donde pudo y cogió el maillot que flotaba en la piscina. Aún temblando, mareada por el asco, se puso en cuclillas en el agua burbujeante para ponerse el bañador. Sollozaba sin tener conciencia de ello. «Esto es una pesadilla», era el pensamiento que resonaba en su perturbado cerebro.

Harod cogió un mando a distancia y lo apuntó hacia la gran pantalla de proyección que había en una pared, se encendió de inmediato y mostró una imagen de Shayla Berrington sentada al borde de una pequeña piscina. Miraba a un lado, con una mirada vacía, sonreía como si disfrutara de un sueño y empezaba a quitarse el elástico del bañador. Sus pechos eran pálidos, los pezones estaban erectos, las aréolas grandes y visiblemente marrones hasta con mala luz...

-¡No! -gritó Shayla, y golpeó el agua.

Harod se volvió y pareció reparar en su presencia por primera vez. Sus finos labios se torcieron en un simulacro de sonrisa.

-Me temo que nuestros planes han cambiado un poco -dijo él, en voz baja-. El señor Borden no participará en esta película. Yo seré el único productor.

Shayla detuvo sus frenéticos golpes en el agua. Los mechones húmedos de sus cabellos le caían sobre la cara. Tenía la boca abierta y la saliva se escurría por su barbilla. Excepto sus sollozos desenfrenados, el único sonido era el zumbido del reciclador.

-Conservaremos el programa de rodaje -comentó Harod casi distraídamente. Levantó los ojos hacia la gran pantalla. Shayla Berrington se arrastraba desnuda sobre los azulejos. Apareció el torso desnudo de un hombre. La cámara enfocó la cara de Shayla mientras frotaba su mejilla contra un muslo pálido y velludo. Sus ojos brillaban de pasión y su boca pulsaba redonda como la de un pez-. Me temo que el señor Borden no producirá más películas con nosotros -dijo Harod. Su cabeza giró hacia ella y los faros negros de sus ojos parpadearon lentamente-. De ahora en adelante estamos sólo tú y yo, muchacha.

Los labios de Harod se torcieron y Shayla pudo ver sus pequeños dientes.

-Me temo que el señor Borden no producirá más películas con nadie. -Harod volvió a mirar hacia la pantalla-. Willi ha muerto -añadió en voz baja.

3

Charleston, sábado 13 de diciembre de 1980

Cuando desperté, el sol brillaba entre las ramas. Era uno de esos días de invierno cristalinos, templados, que hacen que la vida en el Sur sea mucho menos deprimente que la pura supervivencia ante un invierno yanqui. Podía ver el verde de los palmitos sobre los tejados. Cuando el señor Thorne me trajo la bandeja del desayuno, le dije que abriera un poco la ventana. Mientras tomaba el café, podía oír a los niños que jugaban en el patio. Algunos años antes el señor Thorne me habría traído el periódico de la mañana sobre la bandeja, pero hacía mucho tiempo que yo había aprendido que leer las locuras y los escándalos del mundo era profanar la mañana. En realidad, cada vez me interesaba menos por los asuntos de los hombres. Hacía doce años que vivía sin periódicos, teléfono o televisión, y no había sufrido efectos nocivos excepto si se considera negativa la creciente autosatisfacción. Sonreí al recordar el disgusto de Willi por no poder mostrar sus videocasetes. Era tan infantil.

-Hoy es sábado, ¿verdad, señor Thorne? -Asintió y yo le indiqué con un gesto que se llevara la bandeja-. Hoy saldremos -dije-. Un paseo. Quizás iremos al fuerte. Después cenaremos en Henry's, y a casa. Tengo que preparar ciertos asuntos.

El señor Thorne vaciló y casi tropezó al salir de la habitación. Dejé de ceñirme por un instante la bata. No era normal que el señor Thorne hiciera un movimiento desprovisto de gracia. Comprendí que también él se estaba haciendo viejo. Enderezó la bandeja y los platos, meneó la cabeza y se dirigió a la cocina.

No estaba dispuesta a dejar que los presagios de la vejez me trastornaran en una mañana tan bella. Me sentí llena de nueva energía y resolución. La reunión de la noche anterior no había ido bien, pero tampoco había ido tan mal como podría haberse esperado. Yo había sido honesta con Nina y Willi con respecto a mi intención de abandonar el «juego». En las semanas y meses siguientes, ellos -o por lo menos Nina- empezarían a reflexionar sobre las ramificaciones que esto podía traer consigo, pero cuando decidiesen reaccionar, juntos o por separado, ya haría mucho tiempo que me habría marchado. Tenía ya nuevas (y viejas) identidades esperándome en Florida, Michigan, Londres, el sur de Francia y hasta Nueva Delhi. Michigan, por el momento, ni hablar. No estaba acostumbrada a un clima duro. Nueva Delhi ya no era el lugar hospitalario con los extranjeros que conocí cuando residí allí durante algún tiempo antes de la guerra.

Nina tenía razón en una cosa: un regreso a Europa sería beneficioso para mí. Añoraba la espléndida luz y el cordial savoir vivre de los campesinos de los alrededores de mi vieja residencia de verano en las afueras de Toulon.

El aire del exterior era estimulante. Me puse un sencillo vestido estampado y mi abrigo de primavera. El vestigio de artritis en mi pierna derecha me molestó mientras bajaba la escalera, pero usé el viejo bastón de mi padre. Un joven criado negro lo había cortado para él el verano que nos trasladamos de Greenville a Charleston. Sonreí cuando salí al encuentro del aire cálido del patio.

La señora Hodges salió de su portal hacia la luz. Sus nietos y los amigos de éstos jugaban alrededor de la fuente seca. Desde hacía dos siglos el patio era compartido por los tres edificios de ladrillos. Sólo mi casa no había sido dividida en pisos o apartamentos baratos.

-Buenos días, señorita Fuller.

-Buenos días, señora Hodges. Un hermoso día. -Sí, mucho. ¿Se va de compras?

-Sólo un paseo, señora Hodges. Me extraña que el señor Hodges

no esté fuera. Los sábados acostumbra trabajar en el patio.

La señora Hodges frunció el ceño cuando una de las chiquillas corrió entre nosotras. Su amiga vino chillando detrás con el jersey al viento. -Oh, George ya está en el puerto deportivo. -¿Durante el día?

Muchas veces me divertía con la marcha del señor Hodges al trabajo por la noche; su uniforme de guardia de seguridad impecablemente planchado, su pelo gris que le sobresalía por debajo de la gorra, la fiambrera negra del almuerzo cogida firmemente bajo el brazo. El señor Hodges era tan curtido y patizambo como un viejo cowboy. Era uno de aquellos hombres que

están siempre al borde de la jubilación, pero que probablemente comprenden que la inactividad sería una especie de sentencia de muerte.

-Oh, sí. Uno de esos hombres de color del turno de noche en el edificio del almacén se marchó y le pidieron a George que ocupara su puesto. Le dije que era muy viejo para trabajar cuatro noches por semana y además el fin de semana, pero ya sabe cómo es George.

-Bien, déle mis saludos -le dije. Las chicas que corrían alrededor de la fuente me ponían nerviosa.

La señora Hodges me siguió hasta la puerta de hierro forjado.

-¿Se marchará estas vacaciones, señorita Fuller?

-Quizá, señora Hodges. Es muy probable.

Después el señor Thorne y yo salimos a la acera y nos dirigimos hacia Battery. Algunos coches pasaban lentamente por las calles estrechas, los turistas miraban las casas de nuestro casco antiguo, pero el día estaba sereno y tranquilo. Cuando entramos en la calle Broad, vi los mástiles de los yates y veleros antes de ver el agua.

-Por favor, compre los billetes, señor Thorne -dije-. Creo que me gustaría ver el Fuerte.

Como es típico de la mayoría de la gente que vive cerca de atracciones turísticas populares, no había reparado en ellas durante muchos años. Era un acto de sentimentalismo visitar ahora el Fuerte. Un acto motivado por mi creciente aceptación del hecho de que tendría que dejar esos lugares para siempre. Pensar en mudarse es algo totalmente diferente a enfrentarse realmente a ello.

Había escasos turistas. El transbordador se alejó del malecón hacia las plácidas aguas del puerto. La combinación de sol caliente y el monótono zumbido del diésel me hizo dormitar durante un rato. Me desperté cuando entrábamos en la oscura masa del fuerte de la isla. Durante un momento acompañé al grupo de visitantes, disfrutando de los silencios de catacumba de los niveles inferiores y del sonsonete estúpido de la guía del parque. Pero cuando volvimos al museo, con sus dioramas cubiertos de polvo y sus pequeñas bandejas de oropel con diapositivas, subí por la escalera de nuevo hacia el parapeto. Le hice una señal al señor Thorne para que se quedara en lo alto de la escalera y fui hasta las defensas. Sólo había otra pareja -una pareja joven con un bebé en una incómoda cuna india y una cámara barata- en la muralla.

Fue un momento agradable. Una tormenta de mediodía venía de occidente y proporcionaba un fondo oscuro a las agujas de las iglesias iluminadas, las torres de ladrillos y partes de la ciudad. Desde una distancia de tres kilómetros se podía ver el movimiento de la gente en el paseo de Battery. El viento soplaba delante de las nubes y lanzaba cabrillas contra el balanceante transbordador y contra el malecón de madera. El aire olía a río, a invierno y a lluvia al anochecer.

No era difícil imaginar aquel lejano día. Las granadas habían caído en el fuerte hasta que las capas superiores fueron poco más que protectores montones de escombros. La gente había aplaudido y gritado desde los tejados, detrás de Battery. Los vivos colores de los vestidos y sombrillas debieron de haber sido exasperantes para los artilleros yanquis. Por fin uno de ellos había disparado un tiro sobre los tejados atestados. La confusión que siguió debió de resultar divertida desde el lugar que ocupaba.

Un movimiento del agua gris me llamó la atención. Algo oscuro se deslizaba a su través; algo oscuro y sigiloso como un tiburón. Me desperté de mis recuerdos cuando reconocí en esa masa en movimiento un submarino Polaris, viejo pero sin duda útil todavía, que se deslizaba por las aguas oscuras sin emitir un solo sonido. Las olas se curvaban y se rizaban sobre el casco liso como una piel de marsopa, formando a ambos lados una estela blanca. Había varios hombres en la torreta. Vestían pesados abrigos y sombreros calados hasta los ojos. Unos inverosímiles binóculos colgaban del cuello de uno de los hombres, quien supuse que sería el capitán. Señalaba algo más allá de la isla Sullivan. Lo miré. Los contornos de mi visión empezaron a desvanacerse mientras yo establecía contacto con el agua. Desde lejos me llegaban sonidos y visiones.

Tensión. El placer de la espuma salada, de la brisa del nordeste. La ansiedad de las órdenes cerradas abajo. La conciencia de los bajíos de arena que acababan de avistarse al lado del puerto.

Me asusté cuando alguien se me acercó por detrás. Los puntos que oscilaban al borde de mi visión se escaparon cuando me volví.

El señor Thorne estaba allí, junto a mí. Sin que le hubiera llamado. Había abierto la boca para decirle que volviera junto a la escalera cuando descubrí la causa de su aproximación. El joven que había estado haciendo fotos con su pálida esposa se dirigía hacia mí. El señor Thorne se movió para interceptarle.

-Perdóneme, señora. ¿Podrían hacernos una foto?

Asentí con la cabeza y el señor Thorne cogió la cámara que le tendían. Resultaba minúscula en sus manos de largos dedos. Dos fotos bastaron para que la pareja quedara satisfecha con la inmortalización de su presencia allí. El joven sonrió como un idiota y meneó la cabeza. El bebé empezó a llorar cuando sopló un viento frío. Miré de nuevo hacia el submarino, pero ya había pasado, su torreta gris era ahora una delgada línea que unía el mar y el cielo.

Estábamos casi de vuelta a la ciudad, el transbordador oscilaba en dirección a la grada, cuando una desconocida me habló de la muerte de Willi.

-Es terrible, ¿verdad? -La locuaz anciana me había seguido hasta la sección despejada de la cubierta. Aunque el viento se había vuelto incómodamente fresco y yo me había movido dos veces para escapar de aquella estúpida cháchara, era evidente que aquel personaje me había elegido como blanco de conversación para el tramo final de la excursión. Ni mi reserva ni la disuasiva presencia del señor Thorne parecían descorazonarla-. Debe de haber sido terrible -continuaba ella-. En la penumbra...

-¿Qué ocurrió?

Una oscura premonición motivó mi pregunta.

-El accidente de avión. ¿No oyó hablar de eso? Debe de haber sido terrible, caer en el pantano... Esta mañana le he dicho a mi hija...

-¿Qué accidente de avión? ¿Cuándo?

La anciana se encogió un poco ante la acritud de mi tono, pero no se borró su vacía sonrisa.

-Ah, la noche pasada. Esta mañana le he dicho a mi hija...

-¿Dónde? ¿Qué avión?

El señor Thorne se acercó cuando oyó el tono de mi voz.

-La noche pasada -repitió ella con voz trémula-. El de Charleston. El periódico que estaba en el salón lo cuenta todo. ¿No es terrible? Ochenta y ocho personas. Yo le he dicho a mi hija...

La dejé junto a la barandilla. Había un periódico arrugado cerca de la cafetería; bajo un titular de cuatro palabras podían leerse algunos detalles de la muerte de Willi. El vuelo 417 a Chicago había despegado del aeropuerto internacional de Charleston a las 12.18. Veinte minutos después estalló en el aire cerca de la ciudad de Columbia. Fragmentos del fuselaje y partes de los cuerpos habían caído en el pantano Congarese donde unos pescadores nocturnos los encontraron. No hubo supervivientes. La FAA, el NTSB y el FBI estaban investigando.

Mis oídos zumbaron y tuve que tomar asiento para no caerme. Mis manos súbitamente húmedas se pegaban al tapizado de vinilo verde. Los pasajeros pasaban cerca de mí de camino hacia las salidas.

Willi estaba muerto. Asesinado. Nina lo había matado. Durante algunos vertiginosos segundos consideré la posibilidad de una conspiración, un rebuscado trabajito de Nina y Willi para confundirme y hacerme pensar que sólo era una amenaza. Pero no. No había ninguna razón. Si Nina hubiese incluido a Willi en sus planes, no habría habido necesidad de maquinaciones tan absurdas.

Willi estaba muerto. Sus restos estaban sembrados sobre una zona pantanosa, maloliente y oscura. Era demasiado fácil imaginar sus últimos momentos. Se reclinaba en el confortable asiento de primera clase, con una copa en la mano, quizá murmurándole algo a uno de sus palurdos compañeros. Después, la explosión. Gritos. La súbita oscuridad. Una arremetida brutal y la caída final en el olvido. Me estremecí y apreté el brazo metálico de la silla.

¿Cómo lo había hecho Nina? No era probable que hubiera utilizado a uno de los hombres de Willi. No estaba más allá de los poderes de Nina «usar» a los propios peones de Willi, especialmente en vista de su «aptitud» debilitada, pero no había razón para hacerlo. Podía haber «usado» a cualquier pasajero de ese vuelo. Habría sido difícil. El elaborado paso de preparar la bomba, el supremo esfuerzo de bloquear todo el recuerdo, y el casi increíble hecho de «usar» a alguien mientras estábamos juntos tomando café y coñac. Pero Nina lo podía haber hecho. Sí, podía. Y el momento. El momento exacto sólo podía significar una cosa.

El último de los turistas había salido de la sala. Sentí la ligera sacudida que significaba que habíamos atracado en el malecón. El señor Thorne estaba de pie junto a la puerta.

El momento elegido por Nina significaba que intentaba enfrentarnos a los dos al mismo tiempo. Por supuesto lo había planeado mucho antes de la reunión y de mi tímido anuncio de retirarme. ¡Cómo debía de haberse divertido! ¡No me sorprende que reaccionara tan generosamente! Pero había cometido un gran error. Al ocuparse primero de Willi, Nina lo apostó todo a la posibilidad que yo no supiera la noticia antes de poderse ocupar de mí. Sabía que yo no tenía acceso a las noticias diarias y que salía muy raramente. De todas maneras, era improbable que Nina dejara algo al azar. ¿Sería posible que pensara que yo había perdido completamente la «aptitud» y que Willi representaba una amenaza mayor?

Yo sacudía la cabeza mientras salía de la sala hacia la luz gris de la tarde. El viento penetraba a través del abrigo fino. La vista desde el muelle era borrosa y me di cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas. ¿Por Willi? Willi había sido un tonto débil y pomposo. ¿Por la traición de Nina? Quizás era sólo el viento frío.

Las calles del casco antiguo estaban poco concurridas. Ramas desnudas chasqueaban contra las ventanas de las casas. El señor Thorne seguía a mi lado. El aire frío hacía más intenso el dolor artrítico de mi pierna derecha, que subía hasta la cadera. Me curvé más sobre el bastón de mi padre.

¿Cuál sería su próximo movimiento? Me detuve. Un trozo de diario arrastrado por el viento topó contra mi tobillo y continuó su viaje. ¿Cómo vendría hasta mí? No desde muy lejos. Estaba en algún lu gar de la ciudad. Lo sabía. Aunque era posible «usar» a alguien a larga distancia, ello requería una gran relación, un conocimiento casi íntimo de esa persona, y si el contacto se perdiera sería difícil, si no imposible,

restablecerlo a distancia. Ninguno de nosotros sabía por qué era así. Ahora no importaba. Pero la idea de Nina aún allí, cerca, hizo que mi corazón empezara a latir con fuerza.

Desde lejos no. Fuera quien fuese la persona que ella «usaba», vendría hacia mí. Yo vería a mi atacante. Conocía bastante bien a Nina; eso por lo menos lo sabía. Sin duda, la muerte de Willi había sido su «alimentación» menos personal imaginable, pero había sido una mera operación técnica. Desde luego Nina había decidido ajustar viejas cuentas conmigo y Willi se había convertido en un obstáculo para ella, en una amenaza pequeña pero significativa que tenía que ser eliminada antes de continuar. No me costaba imaginar que para el cerebro de Nina, su elección de la forma de morir de Willi sería interpretada como un acto de compasión, casi una señal de afecto. No conmigo. Era consciente de que Nina quería que yo supiera, aunque por poco tiempo, que ella estaba detrás del ataque. En cierto sentido su vanidad sería mi aviso. O por lo menos eso esperaba.

Tuve la tentación de marcharme de inmediato. Le podía decir al señor Thorne que sacara el Audi del garaje y en una hora podríamos estar lejos de la influencia de Nina, camino de una nueva vida al cabo de pocas horas. Había cosas importantes en la casa, claro, pero los fondos que yo había guardado en otro lugar sustituirían la mayor parte. Sería casi una alegría dejarlo todo atrás junto con la identidad abandonada que lo había acumulado.

No. No podía irme. Todavía no.

Desde el otro lado de la calle, la casa tenía un aspecto tétrico y malévolo. ¿Había sido yo quien había cerrado aquellas persianas del segundo piso? Se asistía a un vago movimiento en el patio; vi a la nieta de la señora Hodges y a una amiga corriendo de una puerta a otra. Permanecí indecisa en la curva y golpeé con el bastón de mi padre contra el árbol de corteza negra. Era estúpido temblar así, lo sabía, pero hacía mucho tiempo que no me veía. obligada a tomar una decisión a la fuerza.

-Señor Thorne, por favor, inspeccione la casa. Cada habitación, y vuelva enseguida.

Soplaba un viento frío mientras yo seguía con la mirada la chaqueta negra del señor Thorne que se perdía en la penumbra del patio. Allí de pie, sola, me sentí terriblemente expuesta. Miré la calle arriba y abajo, buscando el pelo negro de la señorita Kramer, pero la única señal de movimiento era una mujer joven que empujaba un cochecito de niño al fondo de la calle.

Las persianas del segundo piso se levantaron y la cara del señor Thorne apareció, muy pálida, durante un minuto. Después me dio la espalda y yo continué mirando el rectángulo oscuro. Un grito en el patio me asustó, pero era sólo esa chiquilla..., ¿cómo se llamaba?..., llamando a su amiga. Kathleen, eso era. Las dos estaban sentadas al borde de la fuente y abrían una caja de galletas. Las miré fijamente y me tranquilicé. Incluso conseguí burlarme un poco de mi paranoia. Durante un segundo pensé «usar» al señor Thorne directamente, pero la idea de quedar desamparada en la calle me disuadió. Cuando se está en contacto completo, los sentidos todavía funcionan, pero a veces son

algo distantes.

«Deprisa».

La idea fue enviada casi sin querer. Dos hombres bajaban por la acera de mi lado de la calle. Crucé para colocarme delante de mi portal. Los hombres reían y gesticulaban. Uno de ellos me miró.

«Deprisa.»

El señor Thorne salió de la casa, cerró la puerta tras de sí y atravesó el patio hacia donde estaba yo. Una de las chicas le dijo algo y le ofreció la caja de galletas, pero él la ignoró. Al otro lado de la calle, los dos hombres seguían andando. El señor Thorne me entregó la gran llave de la puerta principal. La dejé caer en el bolsillo de mi abrigo y le miré de forma incisiva. El asintió con la cabeza. Su pálida sonrisa se burló inconsciente de mi consternación.

-¿Está seguro? -pregunté. El volvió a asentir con la cabeza. ¿Ha verificado todos los cuartos? -Nuevo gesto afirmativo-. ¿Las alarmas? -Igual-. ¿El sótano? -Igual-. ¿Ninguna señal de alteración? -El señor Thorne movió negativamente la cabeza.

Mi mano fue hacia el metal del portal, pero vacilé. La ansiedad llenaba mi garganta como si fuera bilis. Yo era una vieja tonta, cansada y con frío, pero no conseguía decidirme a abrir aquel portal.

-Venga. -Atravesé la calle y me aparté enérgicamente de la casaIremos a cenar a Henry's y volveremos más tarde. -Pero yo no iba en dirección al viejo restaurante; me alejaba sin dirección de la casa en lo que íntimamente sabía que era un pánico ciego. Sólo empecé a calmarme cuando llegamos al puerto y caminamos a lo largo de la muralla de Battery. No había nadie más a la vista. Algunos coches pasaban por la calle, pero para llegar hasta nosotros cualquier persona tendría que atravesar un espacio ancho, vacío. Las nubes grises estaban muy bajas y se mezclaban con las olas picadas y encrespadas de la bahía.

El aire libre y la luz del anochecer que se apagaba lograron volverme a la vida y empecé a pensar con mayor claridad. Fuesen cuales fueran los planes de Nina, seguro que habían sido lanzados en desorden debido a mi ausencia durante todo el día. Dudo que Nina se quedase si hubiera existido el mínimo peligro para ella. No, seguro que estaría volviendo a Nueva York en avión cuando yo estaba temblando en el paseo de Battery. Por la mañana yo recibiría un telegrama. Casi

podía adivinar las palabras exactas: MELANIE ¿NO ES TERRIBLE ESTO DE WILLI? MUY TRISTE. ¿PUEDES VENIR CONMIGO A LOS FUNERALES? BESOS, NINA.

Empecé a comprender que mi vacilación había nacido de un deseo de volver al calor y a la comodidad de mi casa, pero también de algo más. Sólo tenía miedo de abandonar este viejo capullo. Ahora podía hacerlo. Esperaría en un lugar seguro mientras el señor Thorne volvía a la casa para recoger la única cosa que no podía abandonar. Después sacaría el coche del garaje y cuando llegase el telegrama de Nina, ya estaría lejos. Sería Nina quien se estremecería en la oscuridad en los meses y años futuros. Sonreí y empecé a elaborar las órdenes necesarias.

-Melanie.

Mi cabeza se volvió bruscamente. El señor Thorne hacía veintiocho años que no hablaba. Ahora lo estaba haciendo.

-Melanie.

Su cara estaba distorsionada por una sonrisa que era un rictus y mostraba sus dientes negros. Tenía un cuchillo en su mano derecha. La hoja centelleaba cuando me volví para mirarlo. Miré en sus vacíos ojos y grises y lo supe.

-Melanie.

La larga hoja describió un arco poderoso. Yo no podía hacer nada para detenerlo. Cortó la tela de la manga de mi abrigo y continuó su camino hacia mi carne. Pero al volverme, mi bolso se había balanceado conmigo. El cuchillo rasgó el cuero, lo atravesó, perforó mi abrigo y llegó a hacerme sangrar en la base del tórax. El bolso me había salvado la vida.

Levanté el pesado bastón de mi padre y golpeé en el ojo izquierdo al señor Thorne. Se tambaleó, pero no hizo ningún ruido. Una vez más, el cuchillo rasgó el aire, pero yo había dado dos pasos atrás y la visión del señor Thorne estaba nublada.

Cogí el bastón con ambas manos y lo giré de nuevo, dándole a mi agresor un golpe brusco. Increíblemente, encontró de nuevo el mismo ojo. Retrocedí tres pasos más.

La sangre corría por el lado izquierdo de la cara del señor Thorne y el ojo magullado colgaba sobre la mejilla. La sonrisa burlona continuaba, su cabeza se levantó, alzó con lentitud la mano izquierda, arrancó el ojo rasgando bruscamente un filamento gris y lo lanzó al agua de la bahía. Vino hacia mí. Me giré y me hice a un lado.

Intenté correr. El dolor en mi pierna derecha me obligó a aflojar veinte pasos después. Quince pasos aún más rápidos y mis piernas estaban sin oxígeno; mi corazón amenazaba estallar. Sentía rezumar una humedad por mi lado izquierdo y experimentaba un escozor -como un cubo de hielo contra la piel- donde la hoja del cuchillo me había tocado. Una mirada atrás me mostró que el señor Thorne se dirigía hacia mí más deprisa de lo que yo me movía. En situación normal me podría alcanzar en cuatro zancadas. Es difícil hacer que alguien corra cuando le «usas». Sobre todo cuando el cuerpo de esa persona está reaccionando a un choque y trauma. Miré atrás... otra vez, resbalando en el pavimento escurridizo. El señor Thorne tenía una amplia sonrisa. De la órbita vacía le manaba sangre, que le manchaba los dientes. No había nadie más a la vista.

Bajaba por los peldaños, cogido a la barandilla para no caer. Bajaba por la acera torcida y subía por el camino de asfalto hacia la calle. Las luces de los faroles vacilaban y se encendían a medida que yo pasaba. Detrás de mí, el señor Thorne superó los peldaños con dos saltos. Mientras subía por el camino le agradecí a Dios por haber llevado zapatos de tacones bajos para el paseo en barco. ¿Qué pensaría la gente al ver esta extraña persecución entre dos viejos? No había nadie.

Entré en una calle lateral. Tiendas cerradas, almacenes vacíos. Cortar a la izquierda me llevaría a la calle Broad, pero a mi derecha, medio bloque más adelante, una figura solitaria había salido de un almacén oscuro. Me dirigí hacia allí, ya incapaz de correr, a punto de desmayarme. Los dolores artríticos de mi pierna eran más intensos de lo que nunca pude imaginar y estaban a punto de hacerme caer en la acera. El señor Thorne estaba veinte pasos atrás y se aproximaba rápidamente. El otro era un negro alto, delgado, con una chaqueta marrón de nailon. Llevaba una caja de lo que parecían fotografías sepia enmarcadas. Me contempló cuando me acerqué y después miró sobre mi hombro hacia la persona que se hallaba unos diez pasos atrás.

-¡Eh!

El hombre tuvo tiempo para gritar una sola sílaba y después yo llegué con mi mente y «empujé». El se retorció como un títere mal manipulado. Su mandíbula cayó, sus ojos se pusieron vidriosos y pasó ante mí tambaleándose en el mismo momento en que el señor Thorne me alcanzaba.

La caja voló por el aire y se oyó cómo el vidrio se partía contra los ladrillos de la acera. Dedos largos, castaños, alcanzaron una garganta blanca. El señor Thorne lo apartó, pero el negro se agarró tenazmente y los dos giraron como una torpe pareja de baile. Yo llegué a la salida del callejón y apoyé la cara contra el ladrillo frío para reanimarme. El esfuerzo de

concentración mientras «usaba» a ese negro no me permitió descansar siquiera un segundo. Miré los torpes tropiezos de los dos hombres altos y me resistí a un absurdo impulso de reír.

El señor Thorne clavó el cuchillo en el estómago del otro, lo sacó y lo volvió a hundir. Las uñas del negro estaban incrustadas ahora en su ojo sano. Sus fuertes dientes intentaban morderle la yugular. Desde lejos sentí la fría intrusión de la hoja una tercera vez, pero el corazón

aún latía y todavía podía ser usado. El hombre saltó, rodeando la cintura del señor Thorne con sus piernas, mientras sus mandíbulas se cerraban sobre su musculosa garganta. Sus uñas se clavaron dejando marcas de sangre en la piel blanca. Los dos hombres cayeron.

«Mátale.» Los dedos avanzaron hacia el ojo, pero el señor Thorne extendió la mano izquierda y apartó la fina muñeca. Los débiles dedos continuaron agitándose. Con un tremendo esfuerzo, el señor Thorne colocó el brazo contra el pecho del otro y levantó su cuerpo como un niño sobre su, padre recostado. Sus dientes arrancaron un trozo de carne, pero no produjeron ningún daño vital. El señor Thorne puso el cuchillo entre ellos, arriba, a la izquierda, y después a la derecha. Seccionó la mitad de la garganta del negro con el segundo golpe y la sangre borbotó sobre ambos. Las piernas del negro sufrieron dos espasmos. El señor Thorne lo lanzó a un lado, se volvió y caminó apresuradamente por el callejón.

De nuevo a la luz, la luz del crepúsculo que desaparecía, vi que había llegado a un callejón sin salida. Los fondos de almacenes y el lado de metal sin ventanas del puerto de Battery conducían hasta las aguas de la bahía. Una calle continuaba a la izquierda, pero era oscura, estaba desierta, y era demasiado larga para intentar huir por ella. Miré hacia atrás a tiempo de ver la silueta negra que entraba en el callejón detrás de mí.

Intenté establecer contacto, pero no había nada allí. Nada. El señor Thorne podría perfectamente ser un agujero en el aire. Más tarde me preocuparía en saber cómo había hecho esto Nina.

La puerta lateral del puerto deportivo estaba cerrada. La puerta principal estaba a casi cien metros y se hallaría también cerrada. El señor Thorne salió del callejón y giró la cabeza a ambos lados, buscándome. En la débil luz, su cara marcada parecía casi negra. Empezó a acercarse a mí, tambaleándose.

Levanté el bastón de mi padre, rompí el cristal de una ventana y metí la mano entre los añicos. Si arriba o abajo había un cerrojo estaba perdida. Sólo encontré una simple cerradura de pomo y un cerrojo cruzado. Mis dedos se deslizaron sobre el frío metal, pero el cerrojo resbaló cuando el señor Thorne llegaba a la acera detrás de mí. Entonces yo estaba dentro y corría el cerrojo.

Estaba oscuro. El frío salía del suelo de hormigón y se oía el ruido de muchos pequeños barcos que se balanceaban en sus amarraderos. A unos cincuenta metros, se veía luz en las ventanas del despacho. Tenía la esperanza de que hubiera un sistema de alarma, pero el edificio era lo bastante viejo y el puerto poco importante para eso. Empecé a dirigirme hacia la luz cuando el brazo del señor Thorne rompió el cristal de la puerta que estaba a mis espaldas. El brazo se retiró. Un tremendo puntapié hizo añicos la bisagra superior y astilló la madera alrededor del cerrojo. Miré hacia el despacho, pero únicamente el sonido de un programa de radio salía de la puerta demasiado lejana. Otro puntapié.

Giré a la derecha y salté noventa centímetros hasta la balanceante proa de un yate. Cinco pasos y estaba en el pequeño espacio cubierto de la cabina de proa. Cerré el frágil tablero de acceso y miré con atención a través del plexiglás rayado.

El tercer puntapié del señor Thorne hizo que la puerta volara hacia dentro, quedando colgada de largos listones de madera astillada. Su forma oscura llenó el hueco. El cuchillo en su mano derecha reflejaba una luz distante de la calle.

«Por favor. Por favor, escucha el ruido. »

Pero no hubo ningún movimiento en el despacho, sólo las voces metálicas de la radio. El señor Thorne dio cuatro pasos, se detuvo y saltó al primer barco en fila. Era un fueraborda descubierto y el señor Thorne estaba de nuevo en el hormigón en seis segundos. El segundo barco tenía una pequeña cabina. Se oyó un desgarro cuando el señor Thorne abrió con un puntapié la pequeña escotilla y volvió al pasillo. Mi barco hacía el número ocho de la fila. Me pregunté por qué él no oía el salvaje martilleo de mi corazón.

Cambié de posición y miré la portilla de estribor. El plexiglás oscuro lanzó la luz fragmentada en rayas y dibujos. Vi fugazmente su cabello blanco por la ventana y al poco tiempo cambió la emisora de la radio. La música alta resonó en el cuarto. Fui hasta la otra portilla. El señor Thorne salía del cuarto barco.

Cerré los ojos, aminoré la frecuencia de mi respiración, intenté recordar las innumerables noches en que había observado una figura vieja y patizamba que arrastraba los pies por la calle. El señor Thorne acabó su inspección del quinto barco, un yate más largo, con diversos huecos oscuros, y volvió al malecón.

«Olvida el café en el termo. Olvida el crucigrama. ¡Vea mirar!»

El sexto barco era un pequeño fueraborda. El señor Thorne lo miró, pero no entró. El séptimo era un velero bajo, con el mástil plegado y la vela recogida sobre la caseta del timón. El cuchillo del señor Thorne cortó la gruesa lona, que sus manos ensangrentadas arrancaron como una nube que se rasgara. Después pegó un salto hasta el hormigón.

«¡Olvida el café' ¡Vea mirar! ¡Ahora!»

El señor Thorne saltó a la proa de mi barco. Lo sentí balancearse bajo su peso. No había dónde esconderme, sólo un pequeño armario bajo el asiento, demasiado pequeño para mí. Desató las cintas de lona que ataban los cojines al banco. El sonido de mi descompasada respiración parecía resonar en el pequeño espacio. Me puse en posición fetal detrás del cojín, mientras las piernas del señor Thorne pasaban por

la portilla de estribor.

«Ahora.»

Súbitamente su cara llenó la cinta de plexiglás a menos de treinta centímetros de mi cabeza. Su mueca increíblemente amplia se ensanchó todavía más.

«Ahora.»

Entró en la caseta del timón.

«Ahora. Ahora. Ahora.»

El señor Thorne se puso en cuclillas ante la puerta de la cabina. Intenté reforzarla con las piernas, pero mi pierna derecha no obedecía. El puño del señor Thorne rompió los finos listones y me agarró el tobillo.

-¡Eh, tú!

Era la voz trémula del señor Hodges. La luz de su linterna se dirigió hacia nosotros.

El señor Thorne empujó la puerta. Mi pierna izquierda se dobló dolorosamente. Su mano izquierda me cogía firmemente del tobillo a través de las tablillas partidas, mientras la mano con el cuchillo se aproximaba por el agujero.

-¡Eh! -gritó el señor Hodges, y después mi mente empujó. Con mucha fuerza. El viejo se paró. Dejó caer la linterna y desató la hebilla de su pistolera.

El señor Thorne movía el cuchillo adelante y atrás. El cojín casi se me había escapado de las manos, mientras tiras de espuma llenaban la cabina. La hoja rasgó la punta de mi dedo meñique cuando el cuchillo volvió atrás de nuevo.

«Hazlo. Ahora. Hazlo.»

El señor Hodges cogió el revólver con ambas manos y disparó. El tiro se adentró en la oscuridad mientras el sonido hacía resonar el hormigón y el agua.

«¡Más cerca, idiota! ¡Deprisa!»

El señor Thorne empujó de nuevo y su cuerpo se introdujo en el agujero. Dejó mi tobillo para liberar su brazo izquierdo, pero casi instantáneamente su mano estaba de nuevo en la cabina para cogerme. Estiré el brazo y encendí la luz del techo. La oscuridad me miró desde su órbita vacía. La luz, a través de las tablillas quebradas, derramó haces amarillentos sobre su cara destrozada.

Me deslicé hacia la izquierda, pero su mano, que agarraba mi abrigo, me hacía caer del banco. Estaba de rodillas, liberando su mano derecha para acuchillarme.

«¡Ahora!»

El segundo disparo del señor Hodges hizo blanco en la cadera derecha del señor Thorne. Gruñó cuando el impacto le empujó hacia atrás, haciéndole caer sentado. Mi abrigo se rasgó y los botones hicieron un ruido metálico en la cubierta.

Antes de volver hacia atrás, el cuchillo cortó el mamparo, cerca de mi oreja.

El señor Hodges caminó con paso inseguro hasta la proa, estuvo a punto de caer y terminó por avanzar despacio por el lado de estribor. Empujé la escotilla contra el brazo del señor Thorne, pero él no soltó mi abrigo y continuó atrayéndome hacia sí. Caí de rodillas. El cuchillo volvió, cortó de nuevo la espuma y alcanzó a rasgarme el abrigo. Lo que quedaba del cojín voló de mis manos. Hice que el señor Hodges se detuviese a un metro de distancia y apoyase el arma contra el techo de la cabina.

El señor Thorne hizo retroceder la hoja y la empuñó como una espada de torero. Yo podía sentir los gritos silenciosos de triunfo que salían de los dientes manchados, como un vaho venenoso. La luz de la locura de Nina ardía detrás de aquel único ojo.

El señor Hodges disparó. La bala cortó la espina dorsal del señor Thorne y continuó hasta el imbornal de la portilla. El señor Thorne se arqueó hacia atrás, extendió los brazos y cayó en la cubierta como un gran pez que acabara de ser sacado del agua. El cuchillo cayó en el suelo de la cabina, mientras unos dedos blancos continuaban golpeando nerviosamente contra la cubierta. Hice que el señor Hodges avanzara, apoyara la boca del arma contra la sien del señor Thorne, un poco más arriba del ojo que le quedaba, y disparara de nuevo. El sonido fue sordo y hueco.

Había un botiquín en el cuarto de baño del despacho. Hice que el viejo se quedara en la puerta mientras yo vendaba mi dedo meñique y me tomaba tres aspirinas.

Mi abrigo estaba destrozado y la sangre había manchado mi vestido estampado. El vestido nunca me había gustado mucho -siempre creí que me hacía parecer poco elegante-, pero el abrigo era uno de mis preferidos. Mi pelo era un desastre. Estaba lleno de pequeños trozos de materia gris. Me pasé agua por la cara y me arreglé el pelo lo mejor que pude. Sorprendentemente, no había perdido mi harapiento bolso, aunque gran parte de su contenido había desaparecido. Coloqué las llaves, el billetero, las gafas de leer y los pañuelos en el bolsillo grande de mi abrigo y dejé caer el bolso detrás del lavabo. Ya no tenía el bastón de mi padre; no recordaba dónde lo había dejado.

Con cautela, le quité el pesado revólver al señor Hodges. El brazo

del viejo continuó estirado, y los dedos, curvados en el aire. Después de hurgar durante algunos segundos conseguí abrir el cilindro. Quedaban dos círculos brillantes de cobre. ¡El viejo loco andaba por allí con las seis recámaras cargadas! «Deja siempre una recámara vacía bajo el percusor.» Charles me había enseñado eso aquel alegre verano, mucho tiempo atrás, cuando estas armas eran sólo excusas para pasear por la isla y hacer prácticas de tiro, interrumpidas por los gritos agudos de nuestras risas nerviosas cuando Nina y yo dejábamos que los firmes brazos de nuestros serios profesores nos recogieran tras la sacudida del disparo. «Siempre se deben contar los cartuchos», decía Charles, y yo casi me desmayaba contra él, contra su aroma varonil a jabón de afeitar y a tabaco en esos días cálidos y brillantes.

El señor Hodges se movió ligeramente mientras mi atención vagaba. Su boca se abrió y su dentadura postiza quedó colgando. Miré su viejo cinturón de cuero, pero allí no había más balas, y yo no sabía dónde las guardaba. Lo sondeé, pero poco quedaba en la confusión de pensamientos del viejo, excepto un recuerdo desconcertante de la boca del arma puesta contra la sien del señor Thorne, la explosión, la...

-Venga -dije. Equilibré las gafas en la cara ausente del señor Hodges, le devolví el revólver y dejé que me condujera fuera del edificio. Fuera estaba muy oscuro. Nos movíamos de farola a farola. Habíamos caminado seis manzanas cuando los violentos temblores del viejo me recordaron que había olvidado ordenarle que se pusiera el abrigo. Apreté mi tornillo mental y él dejó de temblar.

La casa tenía el mismo aspecto que..., Dios mío..., sólo cuarenta y cinco minutos antes. No había luces. Entramos en el patio y busqué la llave en el bolsillo demasiado lleno de mi abrigo. El frío aire nocturno me mordía. Procedentes de las ventanas iluminadas, al otro lado del patio, llegaban las risas de las niñas, así que me apresuré para que Kathleen no viera a su abuelo

entrando en la casa. El señor Hodges iba delante con el revólver en la mano. Le hice encender la luz antes de entrar.

La sala estaba vacía, tranquila. La luz de la araña en el comedor reflejaba las superficies pulidas. Me senté un minuto en la silla de tipo Williamsburg en el vestíbulo para dejar que el ritmo de mi corazón se sosegara. No hice que el señor Hodges bajara el percursor de la pistola que todavía empuñaba. Su brazo empezaba a temblar por la tensión y el peso del arma. Finalmente, me levanté y fuimos hasta el fondo del vestíbulo, hacia el invernadero.

La señorita Kramer salió por la puerta de batientes de la cocina con el pesado atizador de hierro alzado. El revólver se disparó inofensivamente contra el suelo cuando el brazo del viejo crujió al recibir el impacto del atizador. El revólver se desprendió de su temblorosa mano, mientras la señorita Kramer levantaba su arma por segunda vez.

Me giré y corrí hacia el vestíbulo. Detrás de mí oí el sonido de melón reventado por el atizador al chocar contra el cráneo del señor Hodges. En vez de correr hacia el patio, subí por la escalera. Un error. La señorita Kramer saltó por la escalera y llegó al dormitorio pocos segundos después. Vislumbré sus ojos muy abiertos, enloquecidos, y el atizador en alto antes de cerrar de un golpe la pesada puerta. El pestillo se cerró justo cuando, desde el otro lado, la morena se lanzó contra la madera. El grueso roble no cedió. Después escuché el ruido de metal contra la puerta y el marco. Y otra vez. Y otra.

Maldiciendo mi estupidez, recorrí con la mirada la habitación, pero allí no había nada que pudiese serme de alguna ayuda, ni siquiera un teléfono. Ni siquiera un armario donde pudiera esconderme, sólo el antiguo guardarropa. Fui rápidamente hasta la ventana y la abrí. Mis gritos llamarían la atención, pero no antes de que aquel monstruo entrara. Ahora atacaba los bordes de la puerta. Miré afuera, vi sombras en las ventanas del otro lado, e hice lo que tenía que hacer.

Dos minutos más tarde, yo apenas era consciente de la madera que cedía alrededor del pestillo. Oía, lejos, el chirriar del atizador contra la recalcitrante chapa de metal. La puerta se abrió hacia dentro.

La señorita Kramer estaba empapada en sudor. Tenía la boca abierta y colgante y la baba resbalaba por su barbilla. Sus ojos no eran humanos. Ni ella ni yo oímos el ruido de zapatos de lona detrás de ella.

«Deprisa. Levántala. Amartíllala. Usa las dos manos. Apunta.»

Algo avisó a la señorita Kramer. Avisó a Nina, diría yo, porque la señorita Kramer ya no existía. Se volvió y vio a la pequeña Kathleen en la barandilla con la pesada arma de su abuelo apuntada y amartillada. La otra chica estaba en el patio llamando a su amiga.

Esta vez Nina supo que tenía que afrontar la amenaza. La señorita Kramer levantó el atizador y giró hacia el vestíbulo precisamente cuando la pistola se disparaba. El culatazo hizo caer a Kathleen hacia atrás, escaleras abajo, mientras un ramillete rojo se abría sobre el pecho derecho de la señorita Kramer. Giró en redondo, pero se agarró a la barandilla con la mano derecha y corrió por la escalera detrás de la niña. La liberé en el momento en que el atizador caía, se levantó, cayó de nuevo. Fui hasta lo alto de la escalera. Yo tenía que «ver».

La señorita Kramer me miró mientras ejecutaba su terrible tarea. En su cara salpicada sólo era visible el blanco de sus ojos. Su camisa masculina estaba empapada de su propia sangre, pero todavía se movía, aún funcionaba. Cogió el arma con la mano izquierda. Su boca se abrió más y un sonido salió como vapor escapándose de un radiador viejo.

-Melanie... Melanie...

Cerré los ojos mientras aquella cosa empezaba a subir por la escalera hacia mí.

La amiga de Kathleen entró por la puerta abierta con sus pequeñas piernas temblando. Subió los peldaños en seis saltos y envolvió sus finos y blancos brazos alrededor del cuello de la señorita Kramer un fuerte abrazo. Cayeron hacia atrás, escaleras abajo, sobre Kathleen.

La chica parecía estar poco más que magullada. Bajé y le giré la cabeza. Una mancha azul se esparcía por su pómulo y había cortes en sus brazos y su frente. Sus ojos azules parpadeaban sin comprender.

La señorita Kramer se había desnucado. Cogí la pistola cuando me dirigía a ella y di un puntapié al atizador para apartarlo. Su cabeza formaba un ángulo imposible, pero aún respiraba. Su cuerpo estaba paralizado, la orina manchaba ya la madera, pero sus ojos aún parpadeaban y

chasqueó sus dientes con gesto obsceno. Tenía que apresurarme. Se oían voces de adultos llamando desde la casa de los Hodges. La puerta que daba al patio estaba abierta de par en par. Me volví hacia la chica:

-Levántate.

Ella parpadeó y se puso de pie, empezando a sentir su dolorido cuerpo.

Cerré la puerta y cogí un impermeable de color marrón del perchero. Me llevó sólo un minuto pasar el contenido de mis bolsillos a los del impermeable y quitarme mi arruinado abrigo de primavera. Ahora se oían voces llamando en el patio.

Me arrodillé al lado de la señorita Kramer y cogí su cara entre mis manos ejerciendo una fuerte presión para mantener inmóviles sus mandíbulas. Sus ojos estaban de nuevo en blanco, pero yo le sacudí con violencia la cabeza hasta que los iris fueron visibles. Me incliné hacia delante, hasta que nuestras mejillas se tocaron. Mi susurro sonó más fuerte que un grito.

-Voy tras de ti, Nina.

Dejé caer su cabeza sobre la madera y me dirigí rápidamente al invernadero, mi sala de costura. No tuve tiempo de coger la llave en el piso superior, así que usé una silla Windsor para romper el cristal de la vitrina. El viejo revólver casi no cabía en el bolsillo de mi abrigo.

La chica continuaba en el vestíbulo. Le di la pistola del señor Hodges. Su brazo izquierdo formaba un ángulo extraño y me pregunté si se había roto algo. Se oyó un golpe en la puerta y alguien probó el pomo.

-Por aquí -murmuré yo, y dirigí a la chica al comedor. Pasamos por encima de la señorita Kramer en el camino, y después salimos al callejón, a la noche.

Había tres hoteles en esta parte del casco antiguo. Uno era un motel, caro pero moderno, a unas diez manzanas, confortable pero comercial. Lo rechacé inmediatamente. El segundo era una casa de huéspedes pequeña pero familiar, a sólo una manzana de mi casa. Era un sitio agradable, pero no selecto, exactamente lo- que yo escogería de visita en otra ciudad. Lo rechacé también. El tercero estaba dos bloques y medio más adelante, un viejo palacete de la calle Broad transformado en hotel, con antigüedades en todas las habitaciones, inmoderadamente caro. Corrí hacia allí. La chica se movía rápidamente a mi lado. La pistola estaba aún en su mano, pero hice que se quitara el jersey y ocultase con él el arma. Me dolía la pierna y me apoyaba a menudo en la chica cuando nos apresurábamos bajando por la calle.

El gerente de Mansard House me reconoció. Sus. cejas se arquearon, sorprendidas, durante una fracción de segundo, cuando reparó. en mi aspecto desaliñado. La chica se quedó a unos tres metros, en el vestíbulo, oculta en las sombras.

-Busco a una amiga -dije yo alegremente-. La señora Drayton. El gerente empezó a hablar, hizo una pausa, frunció el ceño sin darse cuenta y lo intentó de nuevo.

-Lo siento. Nadie con ese nombre está registrado aquí.

-Quizá se haya registrado con su apellido de soltera -argumenté-. Nina Hawkins. Es una señora mayor, pero muy atractiva. Algunos años más joven que yo, de pelo gris largo. Quizás esté con una amiga..., una joven atractiva, morena, que se llama Barrett Kramer.

-No, lo siento -dijo el gerente en un tono extrañamente monótono-. ¿Quiere dejar un recado por si llegan más tarde?

-No -contesté yo-. No tengo ningún recado para ellas.

Traje a la chica al vestíbulo y avanzamos por un corredor que conducía a los salones y escaleras laterales.

-Perdón -dije a un botones que pasaba-. Quizás usted pueda ayudarme.

-Sí, señora.

El chico se detuvo y lanzó su larga cabellera hacia atrás. Sería complicado. Si no quería perder a la chica, tendría que actuar rápidamente.

-Busco a una amiga -le expliqué-. Una señora mayor, pero muy atractiva. Ojos azules. Pelo gris largo. Viaja con una joven de pelo oscuro, rizado. ~,

-Lo siento, señora. No hay nadie así registrado en él hotel.

Extendí la mano y le toqué la frente. Liberé a la chica y me concentré en él.

-¿Está seguro?

-Es la señora Harrison -dijo. Sus ojos me miraron-. Habitación 207. Ala norte.

Sonreí. «Señora Harrison› Dios mío, qué tonta era Nina. De súbito, la chica empezó a lloriquear y se desplomó contra la pared. Tomé una decisión rápida. Me gusta pensar que fue por compasión, pero también es cierto que su brazo izquierdo estaba inutilizado.

-¿Cómo te llamas? -le pregunté, cortando amablemente su lloriqueo. Sus ojos se movieron, confundidos, de izquierda a derecha-. Tu nombre -pedí.

-Alicia.

Fue sólo un cuchicheo.

-Muy bien, Alicia. Ahora quiero que te vayas a casa. Deprisa, pero no corras.

-Me duele el brazo -se quejó Alicia. Sus labios empezaban a temblar.

Le toqué la frente de nuevo y «empujé».

-Te irás a casa -le dije-. El brazo no te duele. No recuerdas nada. Esto es como un sueño que olvidarás. Vete a casa. Deprisa, pero sin correr. -Le quité la pistola, pero la dejé envuelta en el jersey-. Adiós, Alicia.

Ella parpadeó y atravesó el vestíbulo en dirección a la puerta. Yo miré a ambos lados y le entregué el arma al botones.

-Guárdala bajo el chaleco -le dije.

-¿Quién es?

La voz de Nina sonaba despreocupada.

-Albert, señora. El botones. Su coche está a la puerta y quería bajarle el equipaje.

Se oyó el sonido de un cerrojo y la puerta se abrió una rendija, con la cadena puesta. Albert parpadeó y sonrió tímidamente, lanzó su pelo hacia atrás. Yo me apreté contra la pared.

-Muy bien. -Quitó la cadena y se apartó un poco. Se había girado ya y estaba cerrando la maleta, cuando yo entré en la habitación.

-¡Hola, Nina! -dije en voz baja. Su espalda se irguió, pero hasta ese movimiento era gracioso. Yo podía ver la marca en la colcha, donde había estado echada. Se volvió lentamente. Llevaba un vestido rosa que yo no había visto antes.

-Hola, Melanie. -Sonrió. Sus ojos eran del azul más suave, más puro que yo había visto. Hice que el botones la encañonara con el arma del señor Hodges. La amartilló. Nina cruzó las manos ante sí. Sus ojos no dejaron de mirarme en ningún momento.

-¿Por qué? -pregunté.

Nina se encogió de hombros ligeramente. Por un momento, creí que iba a reírse. No aguantaría que se riese, con aquella risa fuerte, infantil, que me había tocado tantas veces. En vez de eso, cerró los ojos. Sin dejar de sonreír.

-¿Por qué lo de señora Harrison? -pregunté.

-Oh, querida, sentí que le debía algo. Quiero decir, al pobre Roger. ¿Nunca te conté cómo murió? No, claro que no. Y tú nunca me lo preguntaste, querida Melanie.

Sus ojos se abrieron. Yo miré al botones: su mano continuaba firme. Sólo le faltaba hacer un poco más de presión en el gatillo.

-Se ahogó, querida -dijo Nina-. El pobre Roger se lanzó desde ese buque..., ¿cómo se llamaba?..., el que le llevaba de regreso a Inglaterra. Tan extraño. Y acababa de escribirme una carta proponiéndome que nos casáramos. Es una historia terriblemente triste, ¿verdad, Melanie? ¿Por qué te parece que lo hizo? Creo que nunca lo sabremos.

-Creo que nunca lo sabremos -asentí.

Di la orden silenciosa al botones de que apretara el gatillo. Nada.

Miré rápidamente a mi derecha. La cabeza del joven se volvía hacia mí. Yo no le había mandado hacer eso. El arma empezó a girar en mi dirección. La pistola se movió lentamente, como una veleta que girara con el viento.

«¡No!»

Me esforcé hasta que las cuerdas de mi cuello se marcaron bajo la piel. Giró más lentamente, pero no se detuvo hasta encañonarme. Nina rió. Su risa retumbó en la pequeña habitación.

-Adiós, querida Melanie -dijo, y volvió a reír. Rió y le sacudió la cabeza el botones.

Yo miré hacia la boca del revólver, mientras el percusor caía. Sobre una recámara vacía. Y otra. Y otra.

-Adiós, Nina -dije yo, y saqué la gran pistola de Charles del bolsillo de mí impermeable. La explosión me sacudió la muñeca y llenó la habitación de humo azul. Un pequeño agujero, más pequeño que una moneda, pero perfectamente redondo, apareció exactamente en el centro de la frente de Nina. Durante un segundo ella se quedó de pie como si no hubiera sucedido nada. Después cayó hacia atrás, hasta sentarse en la cama, y después cayó hacia delante, al suelo.

Me volví hacia el botones y sustituí su inútil arma por el antiguo pero bien conservado revólver. Por primera vez, me di cuenta de que el chico no era mucho más joven que Charles, por aquel entonces. Tenía el pelo casi exactamente del mismo color. Me acerqué a él y le besé levemente en los labios.

-Albert -dije en voz baja-, quedan todavía cuatro cartuchos. Hay que contar siempre los cartuchos, ¿verdad? Ve al vestíbulo. Mata al gerente. Mata a otra persona cualquiera, a la primera que se te ponga

a tiro. Pon el cañón en tu boca y aprieta el gatillo. Si falla, dispara otra vez. Oculta el arma hasta que llegues al vestíbulo.

Salimos a la confusión general del vestíbulo.

-¡Llamen a una ambulancia! -grité-. Ha habido un accidente. ¡Que alguien llame a una ambulancia!

Varias personas obedecieron a toda prisa. Yo me desmayé y me apoyé en un caballero de pelo cano. Las personas se apiñaban alrededor, algunas se asomaban a la habitación y soltaban exclamaciones. De súbito, se oyó el sonido de tres disparos en el vestíbulo. Aprovechando la nueva confusión, me deslicé por la escalera de servicio y salí por la puerta de incendios hacia la noche.

4

Charleston, martes 16 de diciembre de 1980

El sheriff Bobby Joe Gentry se balanceó en su silla y tomó otro sorbo de su refresco de cola. Tenía los pies apoyados sobre su desordenada mesa y el cuero de su cinturón crujió cuando se recostó en la silla. El despacho era pequeño, cerrado por una pared y por viejos tabiques de madera que lo separaban del ruido y del bullicio del resto del edificio del Ayuntamiento. La pintura que se desconchaba de la madera vieja era de un tono diferente al verde institucional que se desconchaba de la pared. El despacho estaba lleno a rebosar, con la enorme mesa del sheriff, tres archivadores altos, una mesa larga repleta de libros y carpetas apilados, una pizarra, desordenados estantes colgados de repisas, y dos sillas oscuras, de madera, tan cubiertas de fichas y papeles sueltos como la mesa.

-No me parece que pueda hacer mucho más por aquí -dijo el agente Richard Haines. El hombre del FBI había apartado algunas carpetas y se encaramaba al borde de la mesa. La raya de la pernera de sus pantalones era afilada como un cuchillo.

-No -estuvo de acuerdo el sheriff Gentry. Eructó suavemente y puso la lata de bebida sobre su rodilla-. No creo que haya motivos para que te quedes por aquí. Puedes volver a la base.

Los dos oficiales de la ley parecían tener poco en común. Gentry tenía sólo algo más de treinta años, pero su estatura alta ya se encaminaba hacia la gordura. Su vientre apretaba ya la camisa gris del uniforme y desbordaba al cinturón como una caricatura de periódico. Su cara era colorada y ligeramente pecosa. A pesar de las entradas, y de la papada, Gentry tenía el tipo de mirada franca, vagamente traviesa, en la que los rasgos del chaval que había sido eran aún visibles en la cara del hombre.

La voz del sheriff Gentry era suave y tenía ese deje cansino de buen tipo que se había recientemente hecho familiar a los americanos a través de la proliferación de miles de radios FM, innumerables canciones country y una serie aparentemente infinita de películas de Burt Reynolds para los autocines. La camisa abierta de Gentry, el vientre terso y la voz calma hacían juego con la sensación general de amable desaliño sugerido por su desordenado despacho, pero había una gran ligereza, casi una cierta gracia, en sus movimientos, que no contrastaba con esa imagen.

El agente especial del FBI, Richard M. Haines, tenía un aspecto y un temperamento más consistentes. Era unos diez años más viejo que Gentry, pero parecía más joven. Usaba un traje de verano gris claro de tres piezas y una camisa beige de Jos. A. Bank. Su corbata de seda de color vino era el número 280235 del mismo catálogo. Llevaba el pelo moderadamente corto, cuidadosamente peinado, con un leve toque grisáceo en las sienes. Haines tenía una cara cuadrada, con facciones regulares acordes con su físico delgado. Hacía ejercicio cuatro veces por semana para mantener su vientre liso y duro. Tenía también una voz llana y firme, honda pero sin acento. Era como si el difunto J. Edgar Hoover hubiese diseñado a Haines como el arquetipo del agente del FBI.

No sólo las apariencias separaban a los dos hombres. Richard Haines había pasado tres años de mediocres estudios en la Universidad de Georgetown antes de ser reclutado para la agencia. Su entrenamiento en el FBI había completado su educación. Bobby Joe Gentry se había formado en la Universidad de Duke, en las especialidades de arte e historia, antes de ir a la Universidad del Nordeste para hacer un doctorado en historia. Había llegado a la policía a través de su tío Lee, un sheriff del condado que trabajaba cerca de Spartanburg y que contrató a Bobby Joe como ayudante a media jornada durante el verano de 1967. Un año más tarde, Bobby se había licenciado y estaba sentado en un parque de Chicago, viendo cómo la policía perdía el control de la situación, y la emprendía a golpes con los manifestantes pacifistas que se estaban dispersando pacíficamente.

Gentry volvió al Sur, pasó dos años enseñando en el Morehouse College de Atlanta y, después, cogió un empleo como guardia de seguridad, mientras trabajaba en un libro sobre el Gabinete Breedman y su papel durante la Reconstrucción. Nunca terminó ese libro, pero acabó

por disfrutar de la rutina del trabajo de guardia a pesar del problema constante que le suponía mantener su peso dentro de los límites exigidos. En 1976 se fue a vivir a Charleston y entró en la policía como oficial de patrulla. Un año después, rechazó una oferta para pasar un año como profesor asociado de historia en la Universidad de Duke.

A Gentry le gustaba la rutina del trabajo policial, los contactos diarios con borrachos y locos, y la sensación de que ni un solo día en su empleo era exactamente igual. Un año más tarde, se sorprendió a sí mismo cuando presentó su candidatura a sheriff de Charleston. Y sorprendió a otras personas cuando fue elegido para el cargo. Un periodista local escribió que Charleston era una ciudad extraña, una ciudad enamorada de su historia, y que la idea de un historiador haciendo de sheriff les había resultado simpática a sus habitantes. Gentry no se consideraba un historiador. Se consideraba un poli.

-Entonces, si no me necesita -se excusó Haines.

-¿Mmmm? ¿Qué pasa? -preguntó Gentry. Su atención se había desviado. Aplastó la lata vacía y la lanzó a la papelera, donde rebotó contra otras latas aplastadas y cayó al suelo.

-He dicho que me parece que voy a consultar a Gallagher y sigo hasta Washington esta noche si no me necesitas. Estaremos en contacto a través de Terry y del equipo del FAA.

-Sí, perfecto -dijo Gentry-. Bien, apreciamos mucho tu ayuda, Dick. Tú y Terry sabéis más sobre esto que todo nuestro departamento junto.

Haines se levantó para salir justo cuando la secretaria del sheriff asomó la cabeza por la puerta. La mujer llevaba un peinado de veinte años atrás y gafas de diamantes falsos con una cadenita.

-Sheriff, está aquí aquel psiquiatra de Nueva York.

-Joder!, casi lo había olvidado -dijo Gentry, y se puso de pie-. Gracias, Linda Mae. Dile que entre, por favor.

Haines se dirigió a la puerta.

-Bien, sheriff, tiene mi número por si algo...

-Dick, ¿puedes hacerme el favor de quedarte? Había olvidado que venía este tío, pero puede darnos algunas informaciones sobre el caso Fuller. Me telefoneó ayer. Dijo que era el psiquiatra de la señora Drayton, que estaba en la ciudad en viaje de negocios. ¿Te importa quedarte unos minutos más? Después puedo hacer que Tommy te acompañe al motel en una de las unidades si tienes que correr para coger el avión.

Haines sonrió e hizo un significativo gesto con las manos.

-No hay prisa, sheriff. Escucharé con mucho gusto lo que ese psiquiatra tiene que decir.

El agente del FBI se sentó en una de las dos orillas, sacando una bolsa blanca de McDonalds del asiento.

-Gracias, Dick, te lo agradezco -dijo Gentry, y se pasó la mano por la cara. Caminó hasta la puerta cuando se oyó golpear y la abrió para dar paso a un hombre bajo, con barba, que llevaba una americana deportiva de pana.

-¿El sheriff Gentry? -El psiquiatra pronunció su nombre con una «g» dura.

-Soy Bobby Joe Gentry. -Las enormes manos del sheriff se cerraron sobre la mano extendida del otro hombre-. Usted debe de ser el doctor Laski, ¿verdad?

-Saul Laski.

El psiquiatra no era excesivamente bajo, pero parecía empequeñecido al lado de Gentry. Era un hombre delgado, de frente alta, y pálida, una maraña de barba entrecana y tristes ojos marrones, que parecían corresponder a un hombre más viejo. Una de las bisagras de sus gafas estaba cogida con un trozo de cinta adhesiva.

-El agente especial del FBI Richard Haines -le presentó Gentry con un gesto amplio-. Espero que no le importe, le he pedido a Dick que estuviera presente. De todas maneras, estaba de visita y he pensado que podría quizás hacerle preguntas más inteligentes que las mías.

El psiquiatra asintió con la cabeza, mirando a Haines.

-No sabía que el FBI se ocupaba de asesinatos locales -dijo Laski. Su voz era suave, el acento inglés era muy leve, tenía controlado a la perfección la sintaxis y el acento.

-Normalmente no -dijo Haines-. Pero hay diversos factores en esta situación que pueden caer bajo el mandato del FBI. -¿Qué factores? -preguntó Laski.

Haines cruzó los brazos y se aclaró la garganta.

-Secuestro para empezar, doctor. También violación de los derechos civiles de una o más de las víctimas y además, por norma, ofrecemos la ayuda de nuestros especialistas forenses a las agencias locales de la ley.

-Dick está aquí a causa de ese avión que explotó -le explicó Gentry-. Por favor, siéntese, doctor Laski. Espere, quitaré todo esta porquería. -Llevó algunas carpetas de revistas y vasos de plástico a la mesa y volvió a su silla-. Ayer usted me dijo por teléfono que podría ayudarnos en este caso de asesinato múltiple.

-La prensa de Nueva York lo llama «Los asesinatos de Mansard House» -dijo Laski.

Empujó distraídamente las gafas hasta el borde de la nariz.

-¿Sí? -preguntó Gentry-. Bien, ostras, creo que es mejor que «La masacre de Charleston», aunque no es muy exacto. La mayor parte de la gente no estaba siquiera en Mansard House. Continúo pensando que es mucho ruido para nueve personas muertas. Me imagino que hay muchos más muertos en una noche en Nueva York

-Sí, seguramente -dijo Laski-, pero el tipo de crimen y los sospechosos no son tan... fascinantes como en este caso.

-Tiene razón -concedió Gentry-. Le quedaríamos muy agradecido si usted pudiera esclarecer esta confusión, doctor Laski.

-Me agradaría mucho poder ayudar. Desgraciadamente, no tengo mucho que ofrecer.

-¿Usted era el psiquiatra de la señora Drayton? -le preguntó Haines.

-Sí, digamos que sí. -Saul Laski hizo una pausa y se acarició la barba. Sus ojos parecían muy grandes y sus párpados, pesados, como si hiciera mucho tiempo que no dormía bien-. Vi a la señora Drayton sólo tres veces, la última en septiembre. Vino a hablarme por primera vez al acabar una conferencia que di en Columbia en agosto. Después de eso... tuvimos dos sesiones más.

-¿Pero era su paciente?.-La voz de Haines había asumido la insistencia monótona de un fiscal.

-Técnicamente, sí -respondió Laski-. Pero no ejerzo profesionalmente. Doy clases en Columbia, y ocasionalmente asesoro a algunos estudiantes en la clínica universitaria, cosa que la psicóloga residente, Ellen Hightower, cree beneficiosa para ellos.

-¿Quiere decir que la señora Drayton era estudiante?

-No, no lo creo. Ocasionalmente asistía a algunos cursos y a los seminarios nocturnos. Ella... manifestó interés por un libro que yo había escrito.

-Patología de la violencia -dijo el sheriff Gentry.

Laski parpadeó y se ajustó las gafas.

-No recuerdo haber mencionado el título de mi libro en nuestra conversación de ayer, sheriff Gentry.

Gentry dobló las manos sobre el estómago y sonrió.

-No lo mencionó, doctor. Lo leí la primavera pasada. Lo leí dos veces, para serle sincero. Sólo ahora he reconocido su nombre. Creo que es un libro terriblemente brillante. Deberías leerlo, Dick.

-Me asombra que haya conseguido un ejemplar -dijo el psiquiatra. Se volvió hacia el agente del FBI-. El libro expresa un punto de vista un poco pedante de algunos procesos psíquicos. Sólo se tiraron dos mil ejemplares. Academy Press. La mayor parte de los ejemplares vendidos fueron usados en cursos en Nueva York y California.

-El doctor Laski cree que algunas personas son receptivas a..., ¿cómo lo llama? Un clima de violencia. Es eso, ¿verdad? -preguntó Gentry.

-Sí.

-Y que otras personas, o lugares, o épocas, programan a estas personas receptivas para comportamientos que de otra forma serían impensables en ellos. Claro que esto es sólo un resumen simplista del libro.

Laski parpadeó de nuevo, asombrado.

-Un resumen muy agudo -dijo.

Haines se puso en pie y fue a recostarse contra un archivador. Cruzó los brazos y frunció el ceño ligeramente.

-Espere un momento, no acabo de entenderlo. Entonces, la señora Drayton fue a hablar con usted, porque estaba interesada en su libro, y se convirtió en su paciente. ¿Cierto?

-Acepté ofrecerle mi capacidad profesional, sí.

-¿Y tuvo también una relación personal con ella?

-No -respondió Laski-. Sólo estuve con ella tres veces. Una vez durante algunos minutos después de mi conferencia sobre la violencia en el Tercer Reich, y dos veces más, en dos sesiones de una hora, en la clínica.

-Ya veo -dijo Haines, aunque por su voz estaba claro que no lo veía-, ¿y piensa que en esas sesiones hubo algo que nos podría ayudar a esclarecer la presente situación?

-No -contestó Laski-. Me temo que no. Sin romper el secreto profesional, puedo decir que la señora Drayton estaba preocupada por su relación con su padre, que murió hace muchos años. No recuerdo nada en nuestras discusiones que pueda echar luz a los detalles de su asesinato.

-Mmmm -murmuró Haines, y volvió a su silla. Miró el reloj. Gentry sonrió y abrió la puerta, y vociferó: -¡Linda May, cariño!, ¿puedes traernos café? Gracias, querida. -Doctor Laski, seguro que está informado de que nosotros sabemos quién mató a su paciente -dijo Haines-. Lo que nos falta en

este momento es el motivo.

-Ah, sí -dijo Laski, y se tocó la barba-. Era un chaval de la ciudad,¿verdad?

-Albert LaFollette -aclaró Gentry-. Tenía diecinueve años y era botones del hotel.

-¿Y no hay ninguna duda sobre su implicación?

-Ni la más mínima -aseguró Gentry-. Según han declarado cinco testigos, Albert salió del ascensor, se dirigió a recepción y mató a su jefe, Kyle Anderson, el gerente de Mansard House; le pegó un tiro en el corazón. Le puso el revólver en el pecho. Tenemos las quemaduras de la pólvora en su traje. Llevaba un Colt 45. No una reproducción barata, doctor, sino un auténtico Colt, con número de serie de la fábrica del señor Colt. Una verdadera reliquia. El chaval puso el arma contra el pecho de Kyle y apretó el gatillo. De acuerdo con los testigos, no dijo nada. Después se gira y, sin pensárselo dos veces, le dispara a Leonard Whitney, a plena cara.

-¿Quién es ese Whitney? -quiso saber el psiquiatra.

Fue Haines quien se aclaró la garganta para responder.

-Leonard Whitney era un comerciante de Atlanta. Acababa de salir del restaurante del hotel cuando le dispararon. Por lo que sabemos, no tenía ninguna relación con las otras víctimas.

-Sí -añadió Gentry-. Después Albert puso el arma en su boca y apretó el gatillo. Ninguno de nuestros cinco testigos hizo nada para impedírselo. Claro que todo fue muy rápido.

-¿Y se trata de la misma arma que mató a la señora Drayton?

-Sí.

-¿Hubo testigos de ese asesinato?

-No exactamente -explicó Gentry-. Pero un par de personas vieron a Albert entrar en el ascensor. Le recuerdan, porque salía de la habitación de donde procedían los gritos. Alguien había descubierto a la señora Drayton después del disparo. Pero es curioso que nadie recuerde haber visto el revólver en la mano del chaval. Aunque es natural. Podrías llevar un cerdo bajo el brazo entre la multitud sin que nadie se diera cuenta.

-¿Quién descubrió el cadáver de la señora Drayton?

-No estamos seguros -dijo el sheriff-. Había una gran confusión y después empezó el jaleo en el vestíbulo.

-Doctor Laski -intervino Haines-, si no puede ayudarnos con alguna información sobre la señora Drayton, no sé qué utilidad puede tener esto.

El agente del FBI estaba evidentemente dispuesto a terminar la entrevista, pero fue interrumpido por la secretaria que entró con el café. Haines puso su vaso sobre el archivador. Laski sonrió, agradecido, y se bebió el líquido tibio. El café de Gentry venía en un gran tazón blanco con la palabra AMO escrita en uno de los lados.

-Gracias, Linda Mae.

Laski se encogió ligeramente de hombros.

-Quería sólo ofrecer toda la ayuda que pudiera -dijo en voz baja-. Me imagino que ustedes están muy ocupados. No les robaré más tiempo.

Puso el vaso de café sobre la mesa y se levantó.

-¡Eh! -gritó Bobby Joe Gentry-. Ya que está aquí, quiero saber sus ideas sobre algunas cosas. -Se volvió hacia Haines-. El profesor fue asesor del NYPD durante el caso del Hijo-de-Sam, hace un par de años.

-Uno entre muchos otros -matizó Laski-. Ayudamos a llegar a un perfil de la personalidad del asesino. Al final resultó del todo improcedente. El asesino fue detenido gracias al honesto trabajo de la policía.

-Sí -dijo Gentry-. Pero usted escribió un libro sobre este tipo de asesinato en masa. A Dick y a mí nos gustaría saber su opinión sobre este asunto. -Se levantó y se dirigió a una gran pizarra, cubierta por un trozo de papel de embalaje sujetado con cinta. Gentry levantó el papel para revelar una pizarra cubierta de diagramas, nombres y horas garabateados con tiza-. Probablemente ya haya leído alguna noticia sobre el resto de nuestro pequeño reparto de personajes.

-Sobre algunos -admitió Laski-. La prensa de Nueva York prestó especial atención a la chica, Nina Drayton y a su abuelo.

-Sí, Kathy -dijo Gentry. Señaló con un dedo el nombre en la pizarra-. Kathleen Marie Eliot. Diez años. Ayer vi su foto de cuarto curso en la escuela. Mona. Mucho más agradable de mirar que las fotos de las escenas de los crímenes de esa carpeta. -Gentry hizo una pausa y se frotó las mejillas. Laski bebió otro sorbo de café y esperó-. Aquí tenemos nuestros escenarios básicos -dijo el sheriff, y golpeó el diagrama de una calle-. Un ciudadano asesinado aquí en pleno día, en la calle Calhoun. Otro, aquí, una manzana más adelante, en el puerto deportivo de Battery. Tres cuerpos aquí, en la residencia Fuller -golpeó un pequeño cuadrado en el cual tres «equis» se apiñaban-, y nuestra gran escena final, con cuatro muertos, aquí en Mansard House.

-¿Hay alguna relación? -preguntó Laski.

-Ése es el problema -suspiró Gentry-. No tienen nada en común. -Hizo un gesto para señalar la columna de nombres-. El señor Preston, un hombre negro encontrado acuchillado en Calhoun, era fotógrafo y comerciante en el casco antiguo desde hace veintiséis años. Partimos del principio de que era un espectador inocente, asesinado por quien será el siguiente cadáver de la lista.

-Karl Thorne -leyó Laski en la pizarra.

-El criado de la mujer desaparecida -añadió Haines.

-Sí -dijo Gentry-, pero a pesar de lo que ponía en su carné de conducir, su nombre no era Karl Thorne. La identificación de las huellas digitales que hemos recibido hoy de la Interpol dice que antes era conocido como Oscar Felix Haupt, un ladrón de hoteles suizo de poca monta. Desapareció en Berna en 1953.

-Dios mío -murmuró el psiquiatra-, ¿guardan las huellas digitales de antiguos ladrones de hotel durante tanto tiempo?

-Haupt era más que eso -respondió Haines-. Parece que fue el principal sospechoso en un famoso caso de asesinato. El asesinado fue un barón francés de visita a un balneario. Haupt desapareció poco después. La policía suiza acabó por creer que Haupt había sido asesinado, probablemente por tipos del sindicato europeo.

-Parece que estaban equivocados -dijo el sheriff Gentry.

-¿Qué le hizo consultar a la Interpol? -preguntó Laski.

-Una corazonada -respondió Gentry, y volvió a mirar la pizarra--. Muy bien, tenemos a Karl Oscar Felix Thorne-Haupt muerto aquí en el puerto deportivo, y si la locura hubiese parado aquí, podríamos haber encontrado algún motivo, el robo de un barco, quizá... La bala en el cerebro de Haupt procedía del arma del vigilante nocturno, un 38. El problema es que Haupt estaba terriblemente magullado, además de tener dos balas en el cuerpo. Había dos tipos de manchas de sangre en sus ropas, además de la suya, quiero decir, y muestras de piel y tejido bajo las uñas que indican claramente que fue él quien atacó al señor Preston.

-Todo esto es muy confuso -dijo Saul Laski.

-Ah, profesor, aún no ha visto nada. -Gentry golpeó con los dedos junto a tres nombres más: Barrett Kramer, George Hodges, Kathleen Marie Eliot-. ¿Conoce a esa señora, doctor?

-Barrett Kramer -repitió Laski-. No. Leí su nombre en el periódico, pero no me suena.

-Bueno. Valía la pena intentarlo. Era la compañera de viaje de la señora Drayton. «Ayudante ejecutiva», parece que la identificó la gente de Nueva York que reclamó su cuerpo. Una mujer de treinta y pocos años. Morena. Fuerte. ¿La conoció?

-No -dijo-. No la recuerdo. No vino con la señora Drayton a ninguna de las sesiones. Puede haber estado en mi conferencia la noche que encontré a la señora Drayton, pero no me fijé en ella.

-De acuerdo. Bien, encontramos a la señorita Kramer que fue asesinada con el 38 S&W del señor Hodges. Pero el juez está seguro de que esa bala no la mató. Según parece, se rompió el cuello al caerse por la escalera de la casa Fuller. Aún respiraba cuando llegó la ambulancia pero fue declarada muerta en Urgencias. El encefalograma daba plano. Ahora bien, lo más terrible es que las pruebas del forense sugieren que el pobre señor Hodges ni siquiera le disparó. Fue encontrado aquí -Gentry golpeó otro diagrama-, en el vestíbulo de la casa Fuller. Su revólver fue encontrado aquí, en el suelo de la habitación de la señora Drayton, en Mansard House. ¿Qué tenemos entonces? Ocho víctimas, nueve si contamos a Albert LaFollette, cinco armas...

-¿Cinco armas? -preguntó Laski-. Perdóneme, sheriff. No quería interrumpir.

-No tiene importancia. Sí, cinco armas, por lo que sabemos. El viejo 45 que usó Albert, el 38 de Hodges, un cuchillo encontrado cerca del cuerpo de Haupt y un maldito atizador de chimenea que la Kramer usó para matar a la chica.

-¿Barrett Kramer mató a la chiquilla?

-Ajá. Por lo menos sus huellas cubrían toda la maldita cosa y encontramos sangre de la chica en las ropas de la señorita Kramer.

-Son sólo cuatro armas -dijo Laski.

-Ah, sí, hay también un bastón que encontramos en la puerta trasera del puerto deportivo. Tenía restos de sangre.

Saul Laski sacudió la cabeza y miró a Richard Haines. El agente tenía los brazos cruzados y miraba la pizarra. Parecía muy fatigado y disgustado.

-Una auténtica lata de gusanos, ¿eh, profesor? -terminó Gentry. Volvió a su silla y se dejó caer con un suspiro. Se inclinó hacia atrás y tomó un sorbo de café frío del tazón-. ¿Alguna teoría?

Laski sonrió con tristeza y sacudió la cabeza. Miró fijamente la pizarra, como si intentara aprender de memoria las informaciones que allí había. Un minuto después se rascó la barba y dijo en voz baja:

-Lo siento, sheriff, no tengo ninguna teoría. Pero tengo que hacerle una pregunta.

-¿Cuál?

-¿Dónde está la señora Fuller, cuya casa fue el escenario de esta matanza?

-Señorita Fuller -corrigió Gentry-. Según los vecinos, era una de las viejas solteronas de Charleston. Y para responder a su pregunta: no hay rastro de la señorita Melanie Fuller. Sabemos que una anciana no identificada fue vista en el vestíbulo superior del hotel inmediatamente después del asesinato de la señora Drayton, pero nadie pudo confirmar que se tratase de la señorita Fuller. Tenemos una alerta de tres estrellas para detener a esta señora, pero hasta ahora, ni una palabra.

-Parece que ella es la clave -sugirió Laski con timidez.

-Quizás. Además su bolso despedazado fue encontrado detrás del lavabo del puerto deportivo de Battery. Las manchas de sangre que encontramos se corresponden con las de la navaja de Karl-Oscar.

-Dios mío -suspiró el psiquiatra-. No tiene sentido.

Hubo un momento de silencio y después Haines se puso en pie.

-Quizás es más sencillo de lo que parece -dijo, y tiró de los puños de su camisa-. La señora Drayton estaba de visita en casa de la señora Fuller, perdón, señorita Fuller, el día antes de los asesinatos. Las huellas en la casa confirman que estuvo allí, y una vecina la vio entrar el viernes

por la noche. La señora Drayton cometió el error de contratar a esta Barrett Kramer como ayudante. Kramer está buscada en Filadelfia y Baltimore por acusaciones que datan de 1968.

-¿Qué acusaciones? -preguntó Laski.

-Vicio y narcóticos -exclamó el agente-. Todo parece indicar que, de una manera u otra, la señorita Kramer y el criado de Fuller, ese Thorne, planearon una conspiración contra sus viejos amos. Al fin y al cabo, se dice que los bienes de la señora Drayton valen casi dos millones de dólares, y la señora Fuller tenía una considerable cuenta bancaria aquí en Charleston.

-¿Pero cómo podrían ellos...? -empezó el psiquiatra.

-Concédame un minuto. Entonces Kramer y Thorne...; Haupt o como se llame, matan a la señora Fuller y tiran el cuerpo..., la patrulla del puerto ya está registrando la bahía. Sólo el vecino, el viejo guardia de seguridad, se interpone en sus planes. Dispara contra Haupt y vuelve a casa de Fuller, pero encuentra a Kramer allí. La nieta del viejo le ve desde el patio, corre a reunirse con él y acaba siendo asesinada también. Albert LaFollette, otro cómplice, pierde la cabeza cuando Kramer y Haupt no aparecen, mata a la señora Drayton y enloquece.

Gentry se balanceó en su silla, con las manos agarradas sobre el estómago. Sonreía ligeramente.

-¿Y Joseph Preston, el fotógrafo?

-Como usted mismo ha dicho, un inocente espectador -respondió Haines-. Puede haber visto dónde lanzó Haupt el cuerpo de la vieja. No hay duda de que el alemán la mató. La piel y muestras de tejido bajo las uñas de Preston coinciden con las marcas en la cara de Haupt. En lo que quedaba de la cara de Haupt.

-¿Y su ojo? -preguntó Gentry.

-¿Su ojo? ¿El ojo de quién? -El psiquiatra miró primero al sheriff y después al hombre del FBI.

-De Haupt -respondió Gentry-. Lo perdió. Alguien se lo arrancó con un palo.

Haines se encogió de hombros.

-De todas maneras, es la única puesta en escena que tiene sentido. Tenemos dos empleados, ex criminales, que trabajan para dos viejas adineradas. Intentan secuestrarlas o asesinarlas, les sale mal y la cosa acaba en una cadena de asesinatos.

-Sí -dijo Gentry-. Quizá.

En el silencio que siguió, Saul Laski podía oír las risas que llegaban de otros despachos del Ayuntamiento. Fuera, una sirena aulló y después enmudeció.

-¿Qué opina, doctor? ¿Alguna idea? -preguntó Gentry.

Saul Laski sacudió lentamente la cabeza.

-Lo encuentro realmente desconcertante.

-¿Y qué me dice de su idea de una «resonancia de violencia»? -preguntó Gentry.

-Mmmmm -dudó Laski-, éste no era precisamente el tipo de situación que yo tenía en mente. Claro que parece una «cadena de violencia», pero no encuentro el catalizador.

-¿Catalizador? -repitió Haines-. ¿De qué diablos estamos hablando?

Gentry sacó los pies de la mesa y se pasó un pañuelo rojo por el cuello.

-El libro del doctor Laski hablaba de ciertas situaciones que programan a las personas para matar.

-No comprendo -dijo Haines-. ¿Qué quiere decir «programar»? ¿Se refiere al viejo argumento liberal de que la pobreza y las condiciones sociales son las causas del crimen?

Era obvio por su tono de voz qué pensaba de ese punto de vista.

-De ninguna manera -dijo Laski-. Mi hipótesis es que hay ciertas situaciones, condiciones, instituciones, incluso individuos, que desencadenan en otros una reacción violenta, agresiva, que puede llegar al homicidio, sin que, aparentemente, haya relación causal inmediata alguna.

El agente del FBI frunció el ceño.

-Sigo sin comprender.

-Joder -dijo el sheriff Gentry-, ¿has visto nuestra cárcel, Dick? ¿No? Pues tienes que verla antes de marcharte. En agosto pasado la pintamos de color rosa. La llamamos nuestro Hilton Pepto-Bismal. Pero la cosa da resultado. Los incidentes violentos han descendido un 60 %

desde que cambiamos la pintura, y no es que tengamos una clientela más distinguida. Claro que esto es exactamente lo contrario de lo que estamos hablando, ¿verdad, doctor?

Laski se arregló las gafas. Cuando levantó la mano, Gentry vio unos números azules tatuados en el brazo justo encima de la muñeca.

-Sí, pero pueden aplicarse elementos de la misma teoría -dijo el psiquiatra-. Algunos estudios sobre colores han revelado cambios de actitud y de comportamiento perfectamente medibles. Las razones de la disminución de incidentes violentos en lugares pintados de un determinado color son, en el mejor de los casos, vagas, pero los datos empíricos están ahí, como usted mismo ha dicho, sheriff; y parece que implican una modificación de la reacción psico-fisiológica simplemente a través de una alteración de la variable color. Mi tesis sugiere que algunos de los incidentes menos comprensibles de crimen violento son el resultado de una serie más compleja de factores estimulantes.

-Ejem -murmuró Haines. Miró el reloj y a Gentry. El sheriff estaba sentado cómodamente con los pies sobre la mesa. Irritado, Haines se quitó una imaginaria pelusa de sus pantalones grises-. Me temo que no veo cómo puede ayudarnos esto, doctor Laski -dijo el agente-. El sheriff Gentry se enfrenta con una complicada serie de asesinatos, no con unos ratones de laboratorio que corren por un laberinto.

Laski asintió con la cabeza y se encogió de hombros.

-Yo estaba de visita -dijo-. Decidí contarle al sheriff mi relación con la señora Drayton y ofrecer la ayuda que fuera posible. Comprendo que debo de estar robándoles su precioso tiempo. Muchas gracias por el café, sheriff.

El psiquiatra se levantó y se dirigió hacia la puerta.

-Gracias por su ayuda, doctor -dijo Gentry, y se sonó la nariz

con su pañuelo rojo. Lo restregó de un lado a otro como para rascarse-. Oh, hay otra pregunta que me gustaría hacerle.

Laski se volvió con una mano en el pomo de la puerta y esperó. -Doctor Laski, ¿cree usted que estos asesinatos podrían ser el resultado de una riña entre las viejas..., Nina Drayton y Melanie Fuller,

quiero decir? ¿Podrían ellas haber puesto todo esto en marcha?

La cara de Laski no mostró ninguna reacción. Sus ojos tristes parpadearon.

-Es posible, pero eso no explica los asesinatos de Mansard House, ¿verdad? -murmuró.

-No, claro que no -asintió Gentry, y acabó de sonarse-. Muy

bien. Gracias, doctor. Le agradecemos que haya venido a vernos. Si recuerda algo más sobre la señora Drayton que pueda darnos una pista

sobre este asunto, llámenos, por favor, a cobro revertido, ¿de acuerdo?

-Sin duda -aseguró el psiquiatra-. ¡Suerte, caballeros!

Haines esperó a que la puerta se cerrase. -Deberíamos investigar a este tipo -dijo.

-Mmm -murmuró Gentry. Tenía en las manos su tazón de café

vacío y lo hacía girar lentamente entre sus manos-. Ya lo he hecho.

Es quien dice ser, ningún problema.

Haines parpadeó.

-¿Le comprobaste antes de que viniera aquí hoy? Gentry sonrió y dejó el tazón.

-Después de que me llamara ayer. No tenemos tantos sospechosos como para que sea perder el tiempo coger el teléfono y pedir información a Nueva York.

-Haré que el FBI compruebe su paradero a partir de...

-Dio una conferencia en Columbia -interrumpió Gentry-. El

sábado por la noche. Participaba en una mesa redonda sobre la violencia callejera. Después hubo una recepción que duró hasta después de

las once. Hablé con el decano.

-Sin embargo -dijo Haines-, comprobaré su ficha. Lo que ha

dicho de su relación con la vieja no me ha parecido del todo cierto. -Sí -murmuró Gentry-, te quedaré agradecido si me haces este

favor, Dick.

El hombre del FBI cogió su impermeable y su maletín. Se detuvo

cuando miró al sheriff. Las manos de Gentry estaban tan apretadas

que los dedos se habían vuelto blancos. Había en sus habitualmente joviales ojos azules una irritación que se acercaba a furia. Gentry lo miró.

-Dick, voy a necesitar toda la ayuda que pueda tener. -Claro.

-Mucha ayuda -dijo Gentry, y levantó un lápiz con las dos manos-. En mi ciudad nadie quedará impune después de cometer nueve malditos asesinatos. Alguien empezó todo esto y descubriré quién fue.

-Sí -dijo Haines.

-Descubriré a los culpables -continuó Gentry. Sus ojos estaban fríos. El lápiz se partió entre sus dedos sin que él se diera cuenta-. Y después los cogeré, Dick. Lo haré. Lo juro.

Haines asintió con la cabeza, dijo adiós, y se marchó. Gentry se quedó mirando el lápiz partido en su mano largo rato. No sonreía. Lenta, meticulosamente, continuó partiendo el lápiz en pedazos cada vez más pequeños.

Haines tomó un taxi hasta su hotel, pagó la cuenta y fue en el mismo taxi hasta el aeropuerto internacional de Charleston. Llegaba temprano. Después de registrar el equipaje, empezó a pasearse por el vestíbulo, compró el Newsweek y pasó por diversas cabinas telefónicas hasta detenerse en una serie de cabinas en un corredor lateral. Marcó un número con un prefijo de Washington.

-El número que acaba de marcar está temporalmente fuera de servicio -informó una voz grabada de mujer-. Por favor, inténtelo otra vez o contacte con un representante del área de servicios de Bell.

-Haines, Richard M. -dijo el hombre del FBI. Miró por encima del hombro a una mujer con un niño que pasaba en dirección a los aseos-. Coventry. Cable. Intenté llamar 779.491.

Se oyó un chasquido, un ligero zumbido y otra voz grabada.

-Hasta nuevo aviso este despacho está cerrado por inventario. Si quiere dejar un mensaje, por favor espere a oír la señal. No hay límite de tiempo.

Hubo medio minuto de silencio seguido por la señal.

-Soy Haines. Salgo ahora de Charleston. Un psiquiatra llamado Saul Laski ha aparecido hoy para hablar con Gentry. Laski dice que trabaja en Columbia. Es autor de un libro titulado Patología de la violencia, de Academy Press. Dijo que tuvo tres encuentros con Nina Drayton en Nueva York. Niega conocer a Barrett Kramer, pero puede estar mintiendo. Laski tiene un tatuaje de campo de concentración en el brazo. Número 4490182. Gentry ha investigado también a Karl Thorne y sabe que era en realidad un ladronzuelo suizo llamado Oscar Felix Haupt. Gentry va muy desaliñado, pero no es ningún estúpido.

Parece que está furioso con todo este asunto. Presentaré mañana mi informe. Entretanto, recomiendo que Laski y el sheriff Gentry sean sometidos a vigilancia. Como precaución, considero que se podrían cancelar las pólizas de ambos. Estaré en casa esta tarde a las ocho y espero más instrucciones. Haines, Cable. Coventry.

El agente Richard Haines colgó, cogió el maletín y fue rápidamente a unirse a la multitud que se dirigía hacia las puertas de embarque.

Saul Laski dejó el edificio del Ayuntamiento y se dirigió al callejón donde había aparcado su Toyota alquilado. Lloviznaba, a pesar de lo cual reparó en que el aire estaba caliente. La temperatura tenía que ser de poco menos de 20 grados. Cuando había dejado Nueva York la víspera, nevaba y la temperatura estaba bajo cero desde hacía días.

Se sentó en el coche y miró las gotas que caían sobre el parabrisas. El coche olía a tapicería nueva y a cigarro. Empezó a temblar a pesar del aire caliente. El temblor se transformó en fuertes sacudidas. Saul agarró con fuerza el volante hasta que el temblor dejó la parte superior de su cuerpo y se convirtió en un tenso estremecimiento en las piernas. Fijó con fuerza los músculos de las piernas y pensó en otras cosas: en la primavera, en un lago tranquilo que había descubierto en los Adirondaks el verano pasado, un valle abandonado que había

encontrado en el Sinaí, donde unas columnas romanas se erguían, solitarias, contra acantilados de esquisto.

Algunos minutos después puso el coche en marcha y condujo sin rumbo prefijado por las calles pulidas por la lluvia. Había poco tráfico. Quería seguir por la carretera 52 hacia su motel. Pero giró hacia el sur en East Bay Drive, en dirección al casco antiguo de Charleston.

Mansard House estaba señalada por una marquesina verde arqueada que iba hasta el bordillo. Saul echó una ojeada a la oscura entrada y continuó. Tres bloques más adelante torció a la derecha hacia una estrecha calle residencial. Cercas de hierro forjado separaban los patios y jardines de las aceras de ladrillo. Saul aminoró la velocidad, contó en voz baja para sí, buscó los números de las casas.

La casa de Melanie Fuller estaba en penumbra. El patio estaba vacío y la casa de al lado parecía cerrada, con las pesadas persianas bajadas. Había una cadena y un candado en la puerta del jardín. El candado parecía nuevo.

Saul torció a la izquierda en la calle siguiente y después de nuevo a la izquierda, volviendo casi a la calle Broad. Pero encontró un lugar para aparcar detrás de un camión de reparto. Ahora llovía con más fuerza. Sacó un sombrero de tenis blanco del asiento trasero, se lo encasquetó en la cabeza y se subió el cuello de su americana deportiva de pana.

El callejón se extendía por el centro del bloque y estaba bordeado por pequeños garajes, follaje espeso, vallas altas e innumerables cubos de basura. Había contado las casas mientras conducía, pero aún tuvo que comprobar los dos palmitos que parecían muertos cerca de la ventana sur para estar seguro de que aquélla era la casa. Caminó con las manos en los bolsillos, sabiendo que atraía la atención en el estrecho callejón, pero incapaz de hacer nada para evitarlo. La lluvia continuaba cayendo. La tarde gris se deslizaba hacia la oscuridad de una noche de invierno. No tendría mucho más de media hora de luz. Respiró hondo tres veces y se dirigió al camino de entrada, que no tenía más de tres metros y terminaba en lo que antes debía de haber sido una pequeña cochera. Las ventanas estaban pintadas de negro, pero era obvio que nunca había sido usada como garaje. La cerca trasera era una red alta de acero, entrelazada con parras y con las afiladas ramas del espeso seto. Una puerta más baja, en otros tiempos parte de una valla de hierro negra, estaba cerrada con una cadena y un candado. Una cinta de plástico envolvía la cadena y decía: «NO ENTRAR POR ORDEN DEL SHERIFF DE CHARLESTON.»

Saul vaciló. El único sonido era el golpeteo de la lluvia en el tejado de pizarra de la cochera y el agua que corría por el canalón de desagüe. Tendió la mano, cogió la alta valla, metió su pie izquierdo en el travesaño de la puerta, se balanceó precariamente durante un momento sobre las estacas de hierro oxidado y después cayó, al otro lado, en la losa del patio.

Poniéndose en cuclillas durante un segundo, con las manos abiertas contra la piedra mojada, y con un calambre en su pierna derecha, escuchó los latidos de su corazón y los súbitos ladridos de un pequeño perro en algún patio cercano. Los ladridos cesaron. Saul se movió rápidamente junto a las flores y a una pila para pájaros que se extendía hasta un porche trasero de madera, que naturalmente se había añadido mucho después de la construcción de la casa. La lluvia, la luz agonizante y las goteantes cercas parecían tapar sonidos distantes y amplificar el sonido de sus pasos y cada uno de los ruidos que hacía. Podía ver a su izquierda plantas detrás de los cristales, en un invernadero reformado que prolongaba el jardín. Intentó abrir la puerta de tela metálica que daba al porche. Ésta se abrió con un suspiro herrumbroso y Saul entró en la oscuridad.

El espacio era largo y estrecho y olía a moho y a tierra podrida. Saul podía ver las siluetas de macetas de barro vacías contra los ladrillos de la casa. La puerta interior, maciza, de cristal con tiras de plomo y bellas molduras, estaba bien cerrada. Saul sabía que habría diversas

barreras. También estaba seguro de que la vieja tenía algún sistema de alarma, pero tenía la certeza de que era una alarma interna, no conectada a la comisaría.

«¿Y si la policía la ha conectado?» Saul sacudió la cabeza y atravesó el espacio oscuro para espiar por las estrechas ventanas detrás de una estantería. Podía verse el bulto blanco de una nevera. De súbito, se escuchó un fragor distante de truenos y la lluvia redobló su asalto a los tejados y cercas. Saul movió macetas, colocándolas en espacios vacíos y ensuciándose las

manos de tierra negra, y después quitó una sección de un metro de estantería. Las ventanas, por encima del basto mostrador, estaban cerradas por dentro. Se puso en cuclillas, apretó los dedos contra el cristal durante un segundo y después se volvió para buscar el mayor y más pesado de los tiestos de barro.

El cristal, al romperse, hizo mucho ruido, más que los truenos que seguían a los reflejos de los rayos que convertían los cristales intactos en espejos. Saul se volvió de nuevo, rompió la silueta barbuda de su propio reflejo, arrancó los trozos de vidrio que quedaban y metió la mano en la oscuridad en busca del cerrojo. La idea súbita, infantil, de una mano tocando la suya hizo que se le erizara la piel del cuello. Encontró una cadena y tiró de ella. La ventana se abrió. Entró, pisó cristales y fórmica rotos, y saltó pesadamente al suelo de la cocina.

Se escuchaban ruidos en la vieja casa. El agua corría por los canalones junto a las ventanas. La nevera produjo un ruido sordo que hizo que el corazón de Saul le saltara a la garganta. Supuso que debía de estar aún enchufado. En algún lugar se escuchó un arañazo leve, como de uñas contra un cristal. En la cocina había tres puertas de batiente que daban a tres habitaciones distintas. Saul escogió la que tenía delante y salió a un largo vestíbulo. Incluso a la pálida luz pudo ver dónde se había astillado el suelo encerado, a pocos pasos de la puerta de la cocina. Se detuvo al pie de la amplia escalera, casi esperando ver las siluetas de los cuerpos dibujadas en el suelo como en las películas policíacas americanas que le gustaban tanto. No había nada. Sólo una gran mancha que teñía la madera cerca del primer peldaño. Saul miró por otro pequeño vestíbulo hacia el pasillo y después entró en una habitación grande pero excesivamente amueblada que parecía una sala de estar del siglo pasado. La luz se filtraba a través de los cristales de vidrio de color encima de una gran ventana salediza. Sobre la chimenea, un reloj estaba parado en las 3:26. Los muebles pesadamente tapizados y los altos armarios llenos de cristalería y porcelana parecían haber absorbido todo el oxígeno de la sala. Saul levantó el cuello de su americana e inspeccionó rápidamente la sala. La habitación desprendía un olor peculiar. Apestaba a años y a cera y a talco amargo y a decadencia, olor que Saul siempre asociaba con su vieja tía Danuta en su pequeño apartamento de Cracovia. Danuta tenía ciento tres años cuando murió.

Había un comedor vacío al otro lado del vestíbulo. Una lámpara de araña tintineó ligeramente al entrar Saul. En el vestíbulo había una percha para sombreros y dos bastones negros apoyados contra la pared. En la calle, un camión pasó lentamente y la casa tembló.

El invernadero, situado detrás del comedor, estaba menos oscuro que el resto de la casa. Saul se sintió expuesto allí. La lluvia había cesado y pudo ver las rosas en el invernadero del jardín. Se haría de noche en pocos minutos.

Alguien había reventado un magnífico armario. La madera de cerezo estaba astillada y aún había cristales rotos en el suelo. Saul se acercó y se puso en cuclillas. En el estante central había algunas estatuillas y platos de estaño volcados.

Se levantó y miró alrededor. Una sensación de pánico crecía en él sin ninguna razón aparente. El olor de carne muerta parecía haberle acompañado. Se dio cuenta de que su mano derecha se abría y cerraba espasmódicamente. Ahora podía irse, entrar directamente en la cocina por la puerta de batientes y salir en dos minutos.

Saul se volvió y caminó por el gran vestíbulo hasta la escalera. La barandilla le pareció suave y fría cuando la tocó. A pesar de una pequeña ventana circular en la pared delante de la escalera, la oscuridad parecía levantarse como aire frío y caer en la barandilla ante él. Se detuvo en lo alto. A la derecha, una puerta estaba casi arrancada de sus bisagras. Pequeñas astillas colgaban del marco como tendones rotos. Se obligó a entrar en el dormitorio. Notó un olor como de cámara frigorífica con carne, semanas después de que hubiese fallado la electricidad. Había un armario alto en un rincón, como un ataúd puesto de pie. Las ventanas estaban cubiertas por pesadas cortinas que daban al patio. Un cepillo y un peine de marfil muy caros ocupaban el centro de un viejo tocador. El espejo estaba descolorido y manchado. La gran cama estaba hecha con esmero.

Saul estaba a punto de salir cuando oyó un ruido.

Se quedó inmóvil, con las manos involuntariamente cerradas como puños. No había nada excepto el olor a carne podrida. Estaba casi a punto de moverse de nuevo, preparado para

atribuir el ruido al agua de los canalones atascados del exterior, cuando lo oyó otra vez, ahora más claramente.

Se oían pasos abajo. Alguien caminaba con un cuidado deliberado, y empezó a subir por la escalera.

Saul se volvió y dio cuatro pasos hacia el gran armario. La puerta no hizo ruido cuando la abrió y se metió entre las prendas de lana colgadas de la vieja. Sentía un ruido sordo, violento, en sus orejas. Las

puertas alabeadas no se cerraban del todo y por la hendidura que quedaba ante sus ojos entraba una fina línea vertical de luz gris cortada por la oscura línea horizontal de la cama.

Los pasos subieron por los últimos peldaños, vacilaron durante un largo rato de absoluto silencio, y después entraron en la habitación. Eran muy ligeros.

Saul contuvo la respiración. El olor de la lana y la naftalina se mezclaba con el olor de carne podrida que había impregnado su nariz y amenazaba con sofocarle. Los pesados vestidos y bufandas se pegaban a él, le rodeaban los hombros y el cuello.

No sabía si los pasos habían retrocedido o no, tan alto era el zumbido en sus oídos. Un pánico claustrofóbico se apoderó de él. No podía concentrarse en la fina rendija de luz. Recordó el fango cayendo sobre caras vueltas, los movimientos de un brazo pálido contra la caída de barro negro, el yeso en una mejilla herida y el peso de piernas, lana grisácea a la luz de invierno, colgado sobre el pozo donde miembros blancos empujaban como lentos gusanos el barro negro.

Saul hizo esfuerzos para respirar. Luchó contra la lana que lo asfixiaba y tendió la mano para abrir la puerta del armario.

Su mano no llegó a tocarla. Antes de que pudiese moverse, la puerta fue abierta bruscamente desde fuera.

5

Washington, D. C, martes 16 de diciembre de 1980

Tony Harod y María Chen llegaron al aeropuerto internacional de Washington, alquilaron un coche y fueron directamente a Georgetown. Era el inicio de la tarde. Cuando cruzaron el puente Mason Memorial, el Potomac parecía gris y lento. Árboles desnudos lanzaban finas sombras sobre el paseo. La avenida Wisconsin no estaba muy concurrida.

-Aquí -dijo Harod.

María giró hacia la calle M. A la pálida luz del invierno, las lujosas casas parecían apiñadas. La que buscaban era semejante a muchas otras de esa calle. No había zona de aparcamiento delante de la puerta amarillo pálido del garaje. Pasó una pareja, ambos envueltos en pesadas pieles, con un caniche tembloroso que tiraba de la correa.

-Esperaré -dijo María Chen.

-No -repuso Harod-. Ve a dar una vuelta. Pasa por aquí a intervalos de diez minutos.

Ella vaciló un momento cuando Harod salió y después arrancó, pasando delante de una limusina con chófer.

Harod ignoró la puerta delantera de la casa y se dirigió al garaje. Levantó un panel metálico, que reveló una ranura fina y cuatro botones sin indicaciones. Sacó una pequeña tarjeta de la cartera y la introdujo en la ranura. Se oyó un chasquido. Se acercó más a la pared y apretó el tercer botón cuatro veces y después tres, veces más. La puerta del garaje hizo un ruido metálico. Harod sacó su tarjeta y entró.

Cuando la puerta bajó de nuevo, estaba muy oscuro en el espacio vacío. No notó olor a gasolina o petróleo, sólo a hormigón frío y a perfume de resina, como es habitual en los espacios reducidos. Dio dos pasos hacia el centro del garaje y se quedó inmóvil, sin hacer ningún esfuerzo para encontrar una puerta o un interruptor. Se oyó un suave zumbido eléctrico y supo que la cámara de vídeo colocada en la pared le había examinado y había comprobado que no había entrado nadie más. Supuso que la cámara tenía rayos infrarrojos o lentes para aumentar la luz. En realidad, le daba igual.

Se abrió una puerta. Avanzó hacia la luz y entró en una habitación vacía que, por las tomas eléctricas e instalaciones de tuberías, era de suponer que había sido pensada para hacer las funciones de lavandería. Otra cámara de vídeo colgaba de una segunda puerta que se abrió para cerrarse tras él en cuanto hubo entrado. Harod bajó la cremallera de su chaqueta de cuero.

-Por favor, quítese las gafas de sol, señor Harod.

La voz procedía de un interfono en la pared.

-A tomar por el culo -dijo Harod amablemente, y se quitó las gafas oscuras de aviador. Volvió a ponérselas cuando la puerta se abrió y entraron dos hombres vestidos con trajes oscuros. Uno era calvo y macizo, la estereotipada imagen de un guardaespaldas. El otro era más alto, delgado, moreno, y, de una manera ambigua, infinitamente más amenazador.

-¿Puede levantar los brazos, por favor? -preguntó el fornido.

-¿Puede irse a tomar por el culo por diez duros? -preguntó Harod. Detestaba que los hombres le tocaran. Y odiaba la idea de tocarlos. Ambos se retaron con la mirada. Harod levantó los brazos. El fornido le cacheó profesionalmente, con fría distancia, e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza al hombre moreno.

-Por aquí, señor Harod. -El hombre delgado lo condujo a través de una cocina fuera de uso, hasta un vestíbulo iluminado y diversas habitaciones vacías, sin muebles, y se detuvo al fondo de la escalera-. Es la primera puerta a la izquierda, señor Harod -dijo, y señaló arriba-. Le están esperando.

Harod no dijo nada y subió por la escalera. El piso era de roble claro, estaba encerado y brillaba mucho. Al subir por la escalera, sus botas retumbaban en la casa. El edificio olía a pintura y a vacío.

-Señor Harod, estamos muy contentos de que haya podido venir.

Había cinco hombres sentados en sillas plegables colocadas en semicírculo. La habitación podía haber sido un dormitorio o un estudio grande. El piso tenía pocos muebles, las ventanas

con persianas eran blancas y la chimenea estaba apagada. Harod conocía a los hombres, o por lo menos, sus nombres: Trask, Colben, Sutter, Barent y Kepler. Llevaban trajes caros, de corte conservador, y estaban sentados en la misma posición: las espaldas derechas, las piernas y los brazos cruzados. Tres de ellos tenían maletines junto a la silla. Tres usaban gafas.

Los cinco eran blancos. Sus edades iban desde los cuarenta y tantos hasta los sesenta y tantos, y Barent era el más viejo. Colben era casi calvo, pero los otros cuatro parecían compartir el mismo peluquero de Capitol Hill. El que había hablado era Trask.

-Llega con retraso, señor Harod -añadió.

-Sí -admitió Tony Harod, y se acercó. No había silla para él. Se quitó la chaqueta de cuero y la sostuvo sobre el hombro con un dedo. Llevaba una camisa de seda de color rojo vivo, abierta en el pecho, sobre el que mostraba un medallón con un diente de tiburón colgado de una cadena de oro; pantalones negros de pana engalonados con la gran hebilla del cinturón R2-D2 de oro que le regaló George Lucas, y pesadas botas de polo con tacones macizos-. El vuelo se retrasó.

Trask asintió con la cabeza. Colben se aclaró la garganta como si estuviera a punto de hablar, pero se contentó con volver a ponerse las gafas de concha.

-Entonces, ¿qué sabemos? -preguntó Harod. Sin esperar una respuesta, fue al lavabo, cogió una silla plegable de metal y la puso ante el semicírculo. Se sentó a horcajadas y dejó la chaqueta sobre el respaldo-. ¿Hay alguna novedad? -preguntó-. ¿O he hecho este jodido viaje para nada?

-Queríamos preguntarle algunas cosas -dijo Barent. Su voz era refinada y bien modulada. Sus vocales guardaban algo del acento de Inglaterra. Barent no era evidentemente un hombre que necesitase hacer que su voz se oyera. Se le escuchaba.

Harod se encogió de hombros.

-Hice una de las loas en el funeral de Willi -dijo-. Forest Lawn. Muy triste. Unos doscientos famosos de Hollywood aparecieron para presentar sus respetos. Sólo diez o quince conocían realmente a Willi.

-Su casa -dijo Barent-. ¿Registró su casa como se le pidió?

-Sí.

-¿Y?

-Y nada -respondió Harod. Su boca se había convertido en una fina línea en su cara pálida. Las comisuras de sus labios, tan a menudo sarcásticas hasta la crueldad, estaban tensas-. Sólo dispuse de un par de horas. Pasé la mitad de ese tiempo quitándome de encima a varios de los viejos amantes de Willi que tenían llave y volvían como buitres en busca de carroña.

-¿Habían sido «usados»? -preguntó Colben. Había ansiedad en su voz.

-No, creo que no. Willi estaba perdiendo su poder, no lo olvidéis. Quizá los «usó» un poco, acondicionándolos. Tal vez les tocó un poco. Pero lo dudo. No lo necesitaba, le sobraba con su dinero y su influencia en los estudios.

-El registro -dijo Barent.

-Sí. Dispuse de una hora. Tom McGuire, el abogado de Willi, es un viejo amigo y me dejó mirar los papeles del cofre y la mesa de Willi. No había gran cosa. Algunas propiedades filmográficas y literarias. Algunas acciones, pero no lo que se podría considerar una cartera. Willi prefería mantener sus inversiones en la industria del cine. Una gran cantidad de cartas comerciales, pero casi nada personal. Su testamento fue leído ayer. Me ha tocado la casa..., si pago los jodidos impuestos. La mayor parte del dinero estaba comprometido en proyectos. Dejó el resto de su cuenta bancaria a la Protectora de Animales de Hollywood.

-¿La Protectora de Animales? -repitió Trask.

-Eso mismo. El viejo Willi estaba loco por los animales. Se estaba siempre quejando de la forma como eran usados en las películas y quería leyes más estrictas y reglas que protegieran a los caballos que hacían acrobacias y mierdas de ese tipo.

-Siga -dijo Barent-. ¿No había papeles que pudiesen revelar el pasado de Willi?

-No.

-¿Y nada que pudiera denunciar su «aptitud»? -No. Nada.

-¿Ni ninguna mención a ninguno de nosotros? -le preguntó Sutter.

Harod se puso más derecho en su silla.

-Claro que no. Ya sabéis que Willi lo desconocía todo sobre el Club.

Barent asintió con la cabeza y movió los dedos. -¿No hay ninguna posibilidad, señor Harod? -Ninguna.

-Pero él conocía la «aptitud» de usted.

-Bueno, sí, pero ustedes estuvieron de acuerdo hace años en que le informaríamos de eso. Me dijeron eso cuando me ordenaron que entrase en contacto con él.

-Sí, es cierto.

-Y por otro lado, Willi siempre creyó que mi «aptitud» era débil y poco segura en comparación con la suya. Porque yo no necesitaba «usar» a alguien constantemente como él, y por... por mis preferencias.

-Por no «usar» hombres -dijo Trask.

-Por mis preferencias -repitió Harod-. ¿Qué coño sabía Willi? Me despreciaba hasta cuando lo había perdido todo excepto el poder para mantener en orden a Reynolds y Luhar, sus dos adictos a la caricia. Y la mitad del tiempo ni siquiera tenía éxito.

Barent asintió con la cabeza.

-Entonces, ¿usted no cree que aún fuera capaz de «usar» a personas para cancelar a otras?

-Dios mío, no -contestó Harod-. Claro que no. Tal vez era capaz de «usar» a sus dos cretinos o a uno de sus amantes, pero no era lo

bastante estúpido para hacerlo.

-¿Y usted le dejó ir a Charleston a esa... reunión con las dos mujeres? -preguntó Kepler.

Harod se agarró con fuerza al respaldo de su silla a través de la chaqueta de cuero.

-¿Qué quiere decir con «le dejó»? Joder, sí, le dejé. Mi trabajo era vigilarle, no impedirle viajar. Willi viajaba por todo el mundo.

-¿Y qué cree que hacía en esas reuniones? --preguntó Barent.

Harod se encogió de hombros y dijo:

-Hablar de los viejos tiempos. Cotorrear con las dos viejecitas. Por lo que sé, aún se tiraba a las viejas brujas. ¿Cómo carajo quieren que lo sepa? Normalmente sólo estaba fuera dos o tres días. Nunca fue un problema.

Barent se volvió hacia Colben e hizo un gesto. El hombre calvo abrió el maletín y sacó un pequeño libro marrón, que parecía un álbum de fotografías. Lo hizo pasar de mano en mano hasta Harod.

-¿Qué mierda es esto?

-Míralo -ordenó.

Harod ojeó el álbum, rápidamente al principio, después muy lentamente. Leyó de principio a fin algunos de los recortes de noticias. Cuando hubo acabado, se quitó las gafas de sol. Nadie habló. Sonó una bocina en la calle M.

-No es de Willi -dijo Harod.

-No -intervino Barrett-. Pertenecía a Nina Drayton.

-Increíble. No puede ser real. La vieja puta debía de estar senil, con delirios de grandezas, soñando en buenos viejos tiempos.

-No -dijo Barent-. Parece ser que estaba presente en la mayor parte de los jaleos. Con toda probabilidad, son obra suya.

-Dios mío -murmuró Harod. Se puso las gafas y se masajeó las mejillas-. ¿Dónde han conseguido esto? ¿En su apartamento de Nueva York?

-No -respondió Colben-. Enviamos a una persona a Charleston el sábado pasado a causa del accidente de Willi. Pudo recuperar esto entre las cosas de Nina Drayton en el despacho del juez antes de que las autoridades locales tuvieran oportunidad de verlo.

-¿Están ustedes seguros? -preguntó Harod.

-El problema es -explicó Barent- saber si los tres aún jugaban alguna variante de su viejo «juego» de Viena. Y si es así, ¿tu amigo Willi podía tener documentos semejantes en su poder?

Harod sacudió la cabeza y no dijo nada.

Colben sacó una carpeta de su maletín.

-En los restos del avión no se encontró' nada concluyente. Claro que se encontraron pocas cosas reconocibles. Aún no se ha logrado recuperar más de la mitad de los cuerpos. Los que han sido sacados del pantano están, generalmente, demasiado fragmentados para poder ser identificados con rapidez. Fue una explosión muy fuerte. Las condiciones del pantano dificultan la recuperación. Es una situación difícil para los investigadores.

-¿Cuál de las viejas putas fue la responsable? -preguntó Harod.

-No estamos seguros -respondió Colben-. Pero parece que la amiga de Willi, la señora Fuller, no sobrevivió al fin de semana. Es el candidato lógico.

-Qué manera jodida de morirse para Willi -comentó Harod, sin dirigirse a nadie en particular.

-Si realmente murió -dijo Barent.

-¿Qué? -Harod se inclinó hacia atrás. Sus piernas se enderezaron y sus tacones hicieron marcas negras en el suelo de roble

¿Creen ustedes que no murió? ¿Piensan que no estaba a bordo?

-El agente recuerda que Willi y sus dos amigos embarcaron

-dijo Colben-. Willi y su colega negro, discutían.

-Jensen Juhar -especificó Harod-. Ese cabronazo sin cerebro. Barent dijo:

-Pero no hay garantías de que hayan permanecido a bordo. El agente salió de la zona de embarque algunos minutos antes del cierre del avión.

-Pero no hay nada que pueda sugerir que Willi no estaba a bordo -insistió Harod.

Colben dejó la carpeta.

-No, hasta que se encuentre el cuerpo del señor Borden, no podemos estar seguros de que haya sido... neutralizado. -Neutralizado -repitió Harod.

Barent se puso de pie y fue hasta la ventana. Corrió las cortinas que colgaban sobre las persianas blancas. A la luz indirecta, su piel parecía de porcelana.

-Señor Harod, ¿hay alguna posibilidad de que Willi von Borchert conociera el Island Club?

Harod se volvió como si le hubiesen abofeteado. -No. Es imposible.

-¿Está seguro?

-Totalmente.

-¿Nunca se lo mencionó? ¿Ni siquiera indirectamente?

-¿Por qué iba a hacerlo? No, joder, Willi no sabía nada de nada.

-¿Está seguro?

-Willi era muy viejo, Barent. Quiero decir «viejo». Estaba medio loco porque ya no podía «usar» a nadie. Especialmente «usar» para matar. Eso mismo, matar, Colben, m-a-t-a-r, no «neutralizar» o «cancelar pólizas» o «terminar con extremo detrimento» o cualquiera de los otros jodidos eufemismos de agencia. Willi mataba para mantenerse joven, y ya no podía hacerlo, y el pobre gilipollas se secaba como una ciruela dejada al sol. Si hubiera sabido algo de su maldito Island Club, se habría arrastrado de rodillas hasta aquí para pedirles que le dejaran entrar.

-También es su Island Club, Harod -dijo Barent.

-Sí, eso creo. Pero aún no he estado allá, y por eso no estoy seguro.

Barent dijo:

-Será invitado la segunda semana de este verano. La primera semana no es la... necesaria, ¿verdad?

-Quizá no. Pero creo que me gustaría codearme con los ricos y poderosos. Sin hablar de hacer también unas caricias.

Barent rió. Algunos otros lo imitaron.

-Dios mío, Harod -dijo Sutter-, ¿no tiene bastante con llegar a la ciudad de oropel?

-Por otro lado -intervino Trask-, ¿no le sería difícil? Quiero decir, dada nuestra lista de invitados en la primera semana..., quiero decir, por sus preferencias.

Harod se volvió y le miró. Los ojos de Harod se habían vuelto pequeñas rendijas en una máscara pálida. Habló muy lentamente; cada palabra estaba en su lugar como los cartuchos que entraran en una recámara.

-Sabe bien lo que quiero decir. No me joda.

-Sí -admitió Barent. Su voz era tranquilizadora, el acento inglés más evidente-. Claro que sabemos qué quiere decir, señor Harod. Y ésta puede ser su oportunidad. ¿Sabe quién estará en la isla este junio?

Harod se encogió de hombros y apartó la mirada de Colben.

-El habitual grupo de chicos ansiosos de vacaciones, supongo. Imagino que Henry K. estará allí de nuevo. Quizás un ex presidente.

-Dos ex presidentes -matizó Barent con una sonrisa-. Y el canciller de Alemania Occidental. Pero eso no es tan importante. Tendremos al próximo presidente.

-¿Al próximo presidente? ¡Dios!, ¿no es demasiado?

-Sí, pero es viejo -intervino dijo Trask, y los otros rieron como si fuera un chiste.

-En serio -dijo Barent-, éste es su gran año, señor Harod. Cuando nos ayude a aclarar los detalles de esta confusión de Charleston, no habrá nada en su camino que le impida ser miembro de pleno derecho. -¿Qué detalles?

-Primero, ayúdenos a comprobar que William D. Borden alias herr Wilhelm von Borchert, murió. Continuaremos con nuestras investigaciones. Quizá su cuerpo sea recuperado pronto. Usted nos ayudará simplemente eliminando otras posibilidades, si las hay.

-Muy bien. ¿Qué más?

-Segundo, haga un registro muy minucioso de la propiedad del señor Borden antes de que aparezcan más... buitres. Asegúrese de que no dejó absolutamente nada que pueda perjudicar a nadie.

-Volveré esta misma noche -aseguró Harod-. Y por la mañana iré de nuevo a casa de Willi.

-Magnífico. Tercero y último, necesitaríamos su ayuda para resolver un detalle final de Charleston.

-¿De qué se trata?

-De la persona que mató a Nina Drayton que con casi total seguridad es responsable de la muerte de su amigo Willi: Melanie Fuller. -¿Creen que aún está viva?

-Sí.

-¿Y quieren que les ayude a encontrarla?

-No -dijo Colben-. Nosotros la encontraremos.

-¿Y si ha dejado el país? Yo lo hubiera hecho en su lugar. -La encontraremos -insistió Colben.

-Si no quieren que la encuentre, ¿qué quieren que haga? -Queremos que esté presente cuando sea detenida -dijo Colben-. Queremos que «cancele su póliza».

-Que la «neutralice» -murmuró Trask con una leve sonrisa. -Que la «finalice con extremo detrimento» -dijo Kepler.

Harod parpadeó y miró la ventana, cerca de la cual Barent estaba

de pie. Barent se volvió y sonrió.

-Es hora de que pague su cuota, señor Harod. Nosotros la encontraremos. Lo que queremos es que mate a esa entrometida.

Harod y María Chen tuvieron que salir del Dullas International para conseguir un vuelo directo a Los Ángeles antes del Red Eye Special. El vuelo se retrasó veinte minutos a causa de problemas técnicos. Harod necesitaba una copa. Detestaba viajar en avión. Detestaba estar a la merced de otros y eso era precisamente lo que viajar en avión significaba para él. Conocía las estadísticas que mostraban lo seguro que era volar, pero para él no tenían ningún significado. Tenía claras imágenes de restos esparcidos por varias hectáreas, piezas de metal retorcidas aún al rojo vivo debido a las llamas, trozos de cuerpos, rosados y

rojizos, sobre la hierba, como lonchas de salmón secándose al sol. «Pobre Willi», pensó.

-¿Por qué no sirven las jodidas copas antes del vuelo, que es cuando uno las necesita? -dijo. María Chen sonrió.

Las luces de la pista estaban encendidas en el momento en que, por fin, el avión empezó a rodar para emprender el despegue, pero una vez se hubieron elevado por encima de la sólida capa de nubes, tuvieron unos minutos finales de luz solar. Harod abrió el maletín y extrajo un pesado montón de manuscritos. Puso cinco posibles guiones sobre sus piernas. Dos eran demasiado largos, más de ciento cincuenta páginas, y por eso volvió a meterlos en el maletín sin leerlos. Uno tenía la primera página ilegible y lo dejó aparte. Había leído ocho páginas del cuarto manuscrito cuando la azafata se acercó para saber qué querían tomar.

-Vodka con hielo -dijo Harod. María Chen no quiso tomar nada.

Harod miró a la joven azafata cuando volvió con su copa. Era de la opinión de que uno de los hechos más idiotas de la historia de la aviación ocurrió cuando las líneas aéreas se rindieron a las acusaciones de discriminación sexual y empezaron a contratar a hombres como azafatos. Últimamente, incluso las azafatas le parecían más viejas y más feúchas, aunque ésta no. Era joven y tenía un aspecto lozano, no era el habitual maniquí de línea aérea, sino una mujer atractiva como una campesina. Parecía escandinava. Tenía el pelo rubio, ojos azules y las mejillas ligeramente sonrosadas y llenas de pecas. Sus pechos llenos, quizá demasiado llenos para su estatura, se marcaban contra su chaqueta dorada y azul.

-Gracias, querida -dijo Harod cuando ella puso el vaso en la habitual bandeja, delante de él. Tocó la mano de la chica cuando ésta se enderezó-. ¿Cómo se llama?

-Kristen. -Sonrió, pero el efecto fue contrarrestado por la rapidez con la que apartó la mano-. Mis amigos me llaman Kris.

-Bien, Kris, siéntate aquí un segundo. -Harod dio una palmadita en el amplio brazo de su asiento-. Vamos a charlar un minuto.

Kristen sonrió de nuevo, una sonrisa superficial, casi mecánica.

-Lo siento. Vamos retrasados y tengo que preparar las comidas.

-Estoy leyendo un guión de una película -dijo Harod-. Probablemente acabaré produciéndola. Hay un papel que parece escrito precisamente para una bella madschen como tú.

-Gracias, pero tengo que ayudar a Laurie y Curt con las comidas.

Harod le agarró la muñeca cuando ella iba a apartarse.

-¿Te importaría traerme otro vodka con hielo antes de continuar con Curt y Laurie?

Ella apartó el brazo lentamente, resistiéndose a la tentación de friccionarse la muñeca, que ese pasajero le había cogido con cierta fuerza. No sonrió.

La segunda copa no había llegado aún en el momento en que una sonriente Laurie le trajo a Harod la cena, consistente en bistec y langosta. Él no comió. Fuera estaba oscuro y las rojizas luces de las alas parpadeaban. Harod encendió una luz de lectura sobre su cabeza, pero finalmente dejó a un lado el guión. Observó a Kristen que se movía eficientemente de un lado para otro. Fue Curt quien retiró la bandeja intacta de Harod.

-¿Desea un poco más de café?

Harod no contestó. Observaba a la azafata rubia que bromeaba con un hombre de negocios y llevaba una almohada a un niño de cinco años, medio dormido, dos filas más adelante.

-Tony -empezó María Chen.

-Calla -dijo Harod.

Esperó a que Curt y Laurie estuvieran ocupados en otro sitio y Kristen quedara sola cerca de los aseos delanteros. Entonces, se levantó. La chica se volvió en el pasillo para dejarle pasar, pero pareció no advertir su presencia. El lavabo estaba libre. Harod entró y después abrió la puerta y miró por la rendija.

-Por favor, señorita.

-¿Sí?

Kristen apartó los ojos de las bandejas que estaba guardando. -Parece que no hay agua aquí.

-¿No hay presión?

-Muy poca -dijo Harod.

Se puso de lado para dejarla pasar. Por encima del hombro podía ver a los pasajeros de primera clase escuchando música por sus auriculares, leyendo, o dormitando. Sólo María Chen los miraba.

-Parece que ya está arreglado -dijo la azafata. Harod entró tras ella y corrió el cerrojo. Kristen se puso derecha y se volvió. Harod le cogió el brazo antes que pudiese hablar.

«Callada.» Harod acercó su cara a la de la chica. El compartimiento era muy pequeño y la vibración de los motores de reacción latía en los mamparos y repisas de metal.

Los ojos de la chica se abrieron mucho y separó los labios para hablar, pero Harod «empujó» y ella no dijo nada. El la miró a los ojos tan violentamente que la fuerza de su mirada era mucho más intensa que la presión de su mano alrededor del brazo de la muchacha. Encontró resistencia y «empujó». Sintió la corriente de sus pensamientos y «empujó» aún con más fuerza, abriendo camino como un hombre que vadeara un río contra la corriente. Sintió que ella se debatía, físicamente

al principio, y después, en los confines de su mente. Sujetó su consciencia, que se retorcía, tan firmemente como había sujetado una vez a su prima Elizabeth en una lucha cuando eran pequeños y acabó accidentalmente encima de ella, cogiéndola por las muñecas, inmovilizándola contra el suelo, con su cuerpo entre sus piernas, entre sus muslos, resistiendo sus esfuerzos por escapar, empujando la pelvis con la fricción de su cuerpo, turbado por su súbita erección y por la vana y violenta resistencia que le oponía su impotente cautiva.

«Detente.» La resistencia de Kristen disminuyó hasta desaparecer. Para Harod aquello era como el calor chocante, penúltimo, de cuando penetraba físicamente a una mujer. Hubo una súbita calma y un debilitamiento casi alarmante mientras su voluntad se expandía en la mente de ella. La sensación que ella tenía de su ego se borró como una luz que se extingue. Harod dejó que se borrase. No hizo ningún esfuerzo para atravesar el tejido de sus pensamientos y llegar hasta el centro del placer. No perdió tiempo acariciándola. No buscaba placer, sino sumisión.

«No te muevas.» Harod acercó su cara aún más. Había un casi imperceptible vello dorado en las mejillas sonrosadas de Kristen. Sus ojos estaban muy abiertos y eran muy azules, las pupilas estaban totalmente dilatadas. Tenía los labios húmedos y abiertos. Harod pasó su boca por la de la chica, le mordió levemente el labio inferior y le introdujo la lengua.

Kristen no se movió, excepto para soltar una ligera exhalación que podría haber sido un suspiro o un gemido o un grito si hubiera estado libre. Su boca tenía gusto de menta. Harod le mordió de nuevo el labio inferior, esta vez con fuerza, y después se apartó y sonrió. La pequeña gota de sangre dejó su labio y se desplazó lentamente hasta la barbilla. Los ojos de Kristen miraban más allá de Harod, a través de él, pasivos, sin expresión alguna, pero con un parpadeo que denotaba miedo, como el que se puede intuir en la manera de moverse de un animal enjaulado detrás de los barrotes.

Harod le soltó el brazo y pasó su palma por la mejilla de la chica. Saboreó la impotente resistencia de la voluntad de Kristen, la total seguridad de su control.

El pánico de la muchacha le llegó en forma de poderoso perfume. Ignoró la profundidad de su angustia y siguió trillados caminos de oscuridad hasta el centro motor de su cerebro. Dio forma y moldeó su consciencia con tanta seguridad como unas manos fuertes podrían amasar arcilla. Ella gimió.

«No te muevas.» Harod le quitó la chaqueta y la dejó caer, arrugada, en una repisa detrás de ella. En la cabina resonaban su jadear ronco y la vibración de los motores. El avión se inclinó ligeramente y Harod fue lanzado contra ella y sus muslos se tocaron. Su excitación se unió a su poder sobre ella.

«No hables.» Ella llevaba un pañuelo de seda con los colores rojo y azul de la compañía aérea metido en la blusa beige. Harod ignoró el pañuelo y le desabotonó la blusa con dedos seguros. Ella empezó a temblar cuando él le sacó bruscamente la blusa del elástico de la falda, pero él aumentó su control mental y ella quedó inmovilizada.

Kristen usaba un sostén blanco sencillo. Sus pechos eran pálidos y pesados, redondos sobre la curva blanca del tejido. Harod sintió la inevitable ternura muy dentro de sí, la ola de amor y pérdida que nunca dejaba de sentir. Pero no interfirió en su control.

La boca de la joven se movió ligeramente. Saliva y sangre temblaron en su labio inferior.

«No te muevas.» Le quitó la blusa de los hombros y la dejó colgada de sus brazos inertes. Los dedos de ella se crisparon. Le desabrochó el sostén y se lo quitó. Abrió su chaqueta de cuero y desabotonó su propia camisa para frotar su pecho contra el de ella. Sus senos eran aún

más grandes de lo que se había imaginado, y firmes; su piel, tan blanca y los pezones, tan delicadamente rosados y pequeños que Harod sintió un nudo en su garganta por la fuerza de su deseo.

«Calla, calla, calla. No te muevas, puta.» El avión se inclinó considerablemente hacia la izquierda. Harod se curvó sobre ella, con todo su peso, y se frotó contra la curva suave de su vientre.

Hubo un ruido en el corredor: alguien intentaba abrir la puerta. Harod le levantó la falda sobre los amplios muslos hasta las caderas. Sus medias se rasgaron cuando se las bajó con brusquedad, las empujó con un pie, movió su pierna izquierda para bajarlas del todo con la rodilla. Llevaba bragas blancas tipo bikini. Había más vello suave y dorado en sus muslos. Sus piernas eran increíblemente suaves y firmes. Harod cerró los ojos, satisfecho.

-Kristen, ¿estás aquí? -Era la voz del azafato. Un golpe metálico sonó en la puerta-. ¿Kristen? Soy yo, Curt.

Harod le bajó las bragas blancas y se desabrochó los pantalones. Estaba dolorosamente erecto. Tocó su bajo vientre exactamente encima de la línea del vello púbico y ese contacto le hizo temblar. El avión se inclinó debido a una turbulencia. En algún lugar un carillón sonó con urgencia. Harod le cogió las nalgas, le separó las piernas y se deslizó dentro de ella cuando el avión empezó a estremecerse violentamente. Sintió el borde del lavabo bajo sus dedos cuando todo el peso de ella se asentó sobre sus manos. Hubo un segundo de resistencia firme y después, por segunda vez, tuvo la sensación abrumadora del calor del acto. Harod se movió con ímpetu contra ella. El medallón con el diente de tiburón se balanceó contra sus pechos aplastados.

-¡Kristen! ¿Qué demonios pasa? Tenemos un temporal. ¿Kristen?

El avión se inclinó hacia la derecha. El lavabo y las repisas vibraron. Harod arremetió con furia, levantó el peso de la chica contra sí y arremetió de nuevo.

-¿Buscan a la azafata? -La voz de María Chen llegó a través de la delgada puerta-. Estaba ayudando a una anciana que se sentía mal..., muy mal, me temo.

Hubo un murmullo ininteligible. El sudor brillaba entre los pechos de Kristen. Harod la sujetó con más fuerza, apretándola, cogiéndola en el tornillo tensor de su voluntad, dentro de ella, sintiéndose entrar y retroceder a través del agitado reflejo de los pensamientos de ella, saboreando el sabor salobre de su carne y la sensación de su pánico, moviéndola en respuesta como una gran marioneta flexible, sintiendo el orgasmo crecer en ella, no, en él, las dos corrientes de pensamiento y de sensaciones chorreando hacia una oscura caldera de reacción física.

-Yo hablaré con ella -dijo María Chen. Sonó un golpe ligero en la puerta a pocos centímetros de la cara de Harod.

Harod se tensó, estalló, sintió que el medallón los magullaba a ambos, y escondió su mentón en el hueco del cuello de la chica. La cabeza de ella estaba arqueada hacia atrás, tenía la boca abierta en un grito silencioso y sus ojos miraban fijamente el techo bajo.

El avión botó y viró. Harod besó el sudor de la garganta de la chica y se inclinó para recuperar sus bragas. Sus dedos temblaban mientras le arreglaba la blusa. Las medias estaban rasgadas. Las metió en un bolsillo de la chica y le alisó las arrugas de la falda. Sus piernas parecían lo bastante bronceadas como para disimular la ausencia de medias.

Poco a poco, Harod relajó su presión. Los pensamientos de la muchacha eran una confusión, memorias mezcladas con sueños. Harod la dejó inclinada sobre el lavabo mientras corría el cerrojo.

-El aviso de abrocharse el cinturón se ha encendido, Tony.

La figura delgada de María Chen llenó la puerta.

-Sí.

-¿Qué? -dijo Kristen distraídamente. Sus ojos aún estaban turbios-. ¿Qué?

Bajó la cara hacia el lavabo de metal y vomitó silenciosamente.

María entró y sostuvo a la chica por los hombros. Cuando terminó, le pasó una toalla húmeda por la cara. Harod se quedó en el pasillo, apoyado en el marco de la puerta, mientras el avión saltaba como un pequeño buque en un mar agitado.

-¿Qué? -preguntó Kristen, y se enfrentó a María Chen con la mirada vacía-. Yo no..., ¿por qué no... recuerdo?

María miró a Harod al mismo tiempo que acariciaba la frente de la chica.

-Es mejor que te sientes, Tony. Tendrás problemas por no abrocharte el cinturón.

Harod volvió a su sitio y cogió el guión que estaba leyendo. María Chen se reunió con él un momento después. La turbulencia se calmó. Delante, la voz preocupada de Curt podía oírse por encima de los motores.

-No lo sé -llegó la respuesta confundida de Kristen-. No lo sé.

Harod los ignoró y tomó unas notas en los márgenes del manuscrito. Algunos minutos más tarde, levantó los ojos para ver cómo María Chen le miraba. Sonrió, con las comisuras de los labios torciéndose hacia abajo.

-No me gusta esperar mi segunda copa -dijo en voz baja.

María Chen se volvió y miró afuera, la oscuridad y la parpadeante luz roja en la punta del ala.

Al día siguiente, muy temprano, Tony Harod fue a la casa de Willi. El guardia de la puerta reconoció el coche desde lejos y tenía la puerta abierta cuando el Ferrari rojo paró.

-Buenos días, Chuck.

-Buenos días, señor Harod. No estoy acostumbrado a verle por aquí tan temprano.

-No es habitual, desde luego, Chuck. Tengo que repasar unos papeles de negocios. Estoy intentando desenredar las finanzas de algunos nuevos proyectos en que Willi nos metió. Especialmente uno llamado

El tratante de blancas.

-Sí, señor, he leído algo sobre eso.

-¿La vigilancia va a continuar, Chuck?

-Sí, señor, por lo menos hasta la subasta del mes que viene. -¿McGuire te paga?

-Sí, señor. Con dinero de la herencia.

-Bien. Ya nos veremos, Chuck. No te lleves ningún recuerdo. -Usted tampoco, señor Harod.

Se apartó satisfecho y aceleró por el largo camino de entrada. El sol matinal creaba un efecto de estroboscopio a través de la hilera de álamos a lo largo del camino. Harod dio la vuelta alrededor de la fuente seca de la entrada principal y aparcó cerca del ala oeste, donde Willi tenía el despacho.

La casa de Bill Borden en Bel Air parecía un palacio transportado al norte desde alguna república bananera. Hectáreas de estuco y ladrillos rojos y ventanas de muchos cristales recibían la luz del sol. Las

puertas daban a patios con porches cubiertos que lindaban con habitaciones abiertas, espaciosas, enlazadas por corredores de ladrillos a otros patios. La casa parecía más un conjunto de añadidos, producto de diversas generaciones, que una construcción austera levantada durante el caluroso verano de 1938 para un pequeño magnate del cine que murió tres años después mientras veía las primeras pruebas de una película.

Harod usó su llave para entrar en el ala oeste. Las persianas venecianas proyectaban rayos amarillos sobre la moqueta del despacho de las secretarias. La sala estaba ordenada; las máquinas de escribir, con sus fundas; las mesas, limpias. Sintió una punzada inesperada cuando pensó en el caos habitual de llamadas y en el ajetreo que había dominado el lugar. El despacho de Willi estaba dos puertas más adelante, después de la sala de reuniones.

Harod sacó un trozo de papel del bolsillo y abrió la caja fuerte. Colocó las carpetas clasificadas y los documentos plegados en el centro de la gran mesa de Willi. Abrió el archivador y suspiró. Sería una larga mañana.

Tres horas después, Harod se desperezó, bostezó y apartó la silla de la mesa repleta de papeles. No había nada en los documentos de William Borden que pudiera molestar a alguien, excepto a algunos aprovechados y a algunos amantes de la calidad en el cine. Se puso de pie e hizo unos movimientos de boxeo contra la pared. Sus Adidas le hacían sentirse ligero y ágil.

Llevaba un traje azul de jogging, con las cremalleras abiertas en las muñecas y tobillos. Tenía hambre. Moviéndose con paso ligero, acompañado por el ruido blando de sus zapatos de lona sobre los ladrillos, siguió por el corredor del ala oeste, a través de un patio con una fuente, a lo largo de una terraza lo bastante grande como para contener una reunión del Sindicato de Actores, hasta entrar en la cocina por la puerta sur. Aún había comida en la nevera. Había destapado una botella de champaña de dos litros y estaba untando con mayonesa una rebanada de pan francés cuando oyó un ruido. Aún con la botella de champaña en la mano, atravesó el gran comedor hacia la sala de estar.

-Eh, ¿qué demonios está haciendo? -gritó Harod.

A unos seis metros, un hombre estaba inclinado, registrando las estanterías donde Willi almacenaba su videoteca. El hombre se enderezó rápidamente, su torso lanzó una sombra sobre la pantalla de cuatro metros que había en la pared.

-Oh, es usted -dijo Harod. El joven era uno de los novios de Willi, que Harod y Tom McGuire habían ahuyentado algunos días antes. Era muy joven, muy rubio, y tenía un tipo de bronceado perfecto que pocas personas en el mundo se podían permitir mantener. Medía más de un metro ochenta y llevaba sólo pantalones cortos apretados y zapatos de lona. Lucía los músculos de la desnuda parte superior de su cuerpo. Sólo los deltoides y pectorales testimoniaban centenares de horas de ejercicio de levantamiento de pesas y de lucha con una máquina Universal. Su estómago le pareció a Harod el de alguien que aplastaba regularmente piedras en él.

-Sí, soy yo. -Harod pensó que la voz del chico parecía más la de un marino que la de un marica de la playa de Malibú-. ¿Quiere crear problemas?

Harod suspiró, cansado, y tomó un largo trago de champaña. Se limpió la boca.

-Lárgate, chico. Está prohibido entrar aquí.

La cara del Cupido bronceado se abarquilló haciendo pucheros. -Oh, ¿sí? Willi era un buen amigo mío.

-Vaya, vaya.

-Tengo derecho a estar aquí. Teníamos una relación más que casual.

-Sí, eso ¿y qué más? -dijo Harod-. Ahora lárgate antes de que te echen.

-¿Si? ¿Y quién va a echarme?

-Yo -aseguró Harod.

-¿Tú y quién más? -El chico se levantó en toda su estatura y lució los músculos. Harod no sabía si miraba bíceps o tríceps; todos parecían correr juntos como jerbos apresurados bajo un peligro inminente.

-Yo y la poli -dijo Harod, y se dirigió a un teléfono próximo.

-Oh, ¿sí? -El chico le arrebató el auricular y después arrancó el cordón del teléfono. No contento con eso, gruñó y arrancó el cordón a lo largo de quince metros de la pared.

Harod se encogió de hombros y dejó la botella de champaña. -Calma, Brucie. Hay más teléfonos. Willi tenía muchos teléfonos. El chico dio tres pasos rápidos y se puso delante de Harod. -No tan deprisa, mal nacido.

-¿Mal nacido? Jesús, no oía eso desde mi graduación en el instituto de Evanston. ¿Sabes otros como ése, Brucie? -No me llames Brucie, cabrón.

-Eso, sí, lo he oído alguna vez -dijo Harod, y avanzó un paso.

El chico puso tres dedos contra el pecho de Harod y lo empujó. Harod se tambaleó hasta el brazo del sofá. El otro dio un salto hacia atrás y se puso en cuclillas, con los brazos en una extraña posición.

-¿Karate? -preguntó Harod-. Eh, no hay necesidad de ser violento.

Su voz sugería un cierto temblor.

-Cabrón -dijo el chico-. Cabrón mal nacido.

-Vaya, te repites. Eso es la edad -dijo Harod, y se volvió para huir. El chico saltó hacia delante. Harod completó su giro, con la botella de champaña de súbito de nuevo en su mano. La botella trazó un arco que acabó en la sien izquierda del chico. La botella no se rompió. Se oyó un golpe sordo que sonó como un gran campanazo contra un gato muerto y el chico cayó sobre la rodilla derecha, con la cabeza colgando. Harod avanzó e intentó un gol con la imaginaria

pelota que se encontraba justo debajo de la sólida mandíbula del chico-. ¡Aj! -gritó y se cogió su Adida. Saltaba sobre el pie derecho, mientras el chico saltaba sobre los gruesos cojines del sofá y aterrizaba sobre ambas rodillas delante de Harod como un pecador penitente. Harod lanzó una pesada lámpara mexicana desde el final de la mesa en dirección a la hermosa cara. Al contrario de la botella, la lámpara se rompió muy satisfactoriamente. Lo mismo pasó con la nariz del chico y otras estructuras menos prominentes, y el muchacho cayó de lado sobre la gruesa moqueta como un buzo con escafandra autónoma que estuviera en el agua.

Harod pasó por encima de él y fue hasta el teléfono de la cocina.

-¿Chuck? Soy Tony Harod. Pon a Leonard en la puerta principal y trae tu coche, ¿oyes? Willi dejó basura aquí que hay que llevar al vertedero.

Más tarde, después que el amiguito de Willi fue llevado a Urgencias y una vez que Harod hubo terminado su segunda copa de champaña y su foie-gras con pan francés, volvió a la videoteca. Había más de trescientas cintas en las estanterías. Algunas eran copias de los primeros triunfos de Willi, obras maestras del cine como Tres en ritmo, La chica de la fiesta en la playa, y Memorias de París. Al lado estaban ocho películas que Harod había coproducido con Willi, incluidas Masacre en el baile de gala, Los niños murieron y dos de la serie Noche de Walpurgis. Había también viejas películas, extractos y tres episodios de la participación fracasada de Willi en la serie de TV De ambos, una serie completa de películas de Jerry Damiano con clasificación X, algunos nuevos estrenos del estudio y una colección variada de otras cintas. El amiguito había separado diversas cintas y Harod se puso de rodillas para mirarlas. La primera tenía sólo la etiqueta A&B. Harod conectó la unidad de proyección y metió la cinta en el vídeo. El título de computador decía: «Alexander y Byron 4/23.»

Las imágenes de apertura eran de la gran piscina de Willi. La cámara giraba a la derecha, desde la cascada hasta la puerta de la habitación de Willi. Un joven delgado en traje de baño aparecía a la luz. Hacía un gesto a la cámara en el mejor estilo de una película de aficionados y se quedaba incómodamente de pie al borde de la piscina, con el aire, pensó Harod, de una versión anémica, sin pechos, de la Venus de Botticelli. De pronto, el musculoso amiguito aparecía venido de las sombras. Usaba un bañador aún más pequeño e inmediatamente empezaba una exhibición muscular. El joven delgado -¿Alexander?expresaba su admiración con mímica. Harod sabía que Willi tenía un buen sistema de micrófonos para su equipo de vídeo, pero esta especial incursión en el cine-documento era tan silenciosa como una de las primeras películas de Chaplin en dos bobinas.

El novio acabó su exhibición con una pose final en la que torcía el torso. En ese momento, Alexander estaba de rodillas, un adorador a los pies de Adonis. Adonis aún permanecía en su pose final, cuando el adorador alargaba la mano y bajaba el bañador de su deidad. El bronceado del chico era perfecto. Harod desconectó el vídeo.

-¿Byron? -murmuró Harod-. ¡Dios!

Volvió a las estanterías. Tardó quince minutos, pero finalmente encontró lo que buscaba. Con la etiqueta «En el caso de que muera», había sido colocada entre A sangre fría y En el calor de la noche. Harod se sentó en una otomana y jugueteó, nervioso, con la cinta. Sentía un vacío en sus tripas y tenía la tentación de largarse. Colocó la cinta en su lugar, presionó el botón y se inclinó hacia delante.

-Hola, Tony -dijo Willi-, saludos desde la tumba. -Su imagen estaba ampliada. Estaba sentado en una silla palmeada cerca de la piscina. Hojas de palma eran agitadas por la brisa detrás de él, pero no había nadie más, ni siquiera un criado. Su pelo blanco estaba peinado hacia delante, pero Harod podía ver el bronceado en las entradas. El viejo llevaba una camisa hawaiana holgada y pantalones cortos de color verde. Sus rodillas eran blancas. El corazón de Harod latió con fuerza-. Si has encontrado esta cinta -dijo la imagen de Willi-, entonces debo asumir que algún acontecimiento infeliz me ha alejado de ti. Confío en que tú, Tony, seas el primero en encontrar este... testamento final, y espero que lo estés viendo solo.

Harod cerró el puño. No sabía cuándo se había grabado la cinta, pero parecía reciente.

-Espero que te hayas encargado de cualquier negocio inconcluso que tengamos entre manos -dijo Willi-. Sé que la productora estará en buenas manos. Tranquilo, amigo, si ya

conoces mi testamento, no te preocupes. No hay codicilos sorpresa en esta cinta. La casa es tuya. Esto es un encuentro amistoso entre dos viejos amigos, ja?

-Joder -silbó Harod. Tenía piel de gallina en los brazos.

-... disfruta de la casa -decía Willi-. Sé que nunca te gustó mucho, pero puede ser fácilmente convertida en capital de inversión si hace falta. Quizá la puedas usar para nuestro pequeño proyecto de El

tratante de blancas, ¿no?

La cinta parecía muy reciente. Harod se estremeció a pesar del cálido día.

-Tony, tengo muy poco que decirte. Debes estar de acuerdo en que te traté como a un hijo, nicht wahr? Bien, si no como a un hijo, quizá como a un sobrino predilecto. A pesar de que no siempre fuiste tan honesto conmigo como deberías haber sido. Tienes amigos de los que no me hablaste..., ¿no es verdad? Ah, bien, ninguna amistad es perfecta, Tony. Quizá yo no te haya contado todo lo que hay que saber sobre mis amigos. Nosotros tenemos que vivir nuestras vidas, ¿verdad?

Harod se sentó muy rígido, muy quieto, sin apenas respirar.

-Ahora ya no importa -dijo Willi, y miró, lejos de la cámara, con los ojos entrecerrados, las manchas de luz que danzaban en la piscinaSi estás viendo esta cinta, es porque debo de haberme ido. Nadie vive para siempre, Tony. Lo entenderás cuando llegues a mi edad... -Willi miró de nuevo el objetivo de la cámara-. Si llegas a mi edad. -Sonrió. Su dentadura postiza era perfecta-. Quiero decirte tres cosas más, Tony. Primero, lamento que nunca hayas aprendido a jugar al ajedrez. Sabes cómo me gustaba. Es más que un juego, amigo mío. Ja, es mucho más que un juego. Una vez dijiste que no tenías tiempo para esos juegos porque tenías toda una vida que vivir. Bien, hay siempre tiempo para aprender, Tony. Hasta un hombre muerto puede ayudarte a aprender. Zwez; segundo, quiero decirte que siempre detesté el nombre de Willi. Si nos encontramos un día en el más allá, Tony, te pediré que me llames de manera diferente. Herr Von Borchert sería aceptable. O Der Meister. ¿Tú crees en un más allá, Tony? Yo sí. Estoy seguro de que existe. ¿Cómo te imaginas un lugar así, eh? Siempre me imaginé el paraíso como una isla maravillosa donde todas nuestras necesidades son satisfechas, donde hay mucha gente interesante con la que conversar, y donde puedes «cazar» hasta quedarte satisfecho. Una imagen agradable, ¿verdad?

Harod parpadeó. Había leído a menudo la frase «tener sudor frío», pero nunca lo había experimentado antes.

-Finalmente, Tony, tengo que preguntarte: ¿qué especie de nombre es Harod? Dices que vienes de una familia cristiana del Midwest y sin duda invocas a menudo el nombre de Cristo, pero creo que quizás el nombre Harod tenga otro origen. Creo que quizá mi sobrinito es judío. Ah, bien, ahora ya no importa. Podemos hablar de eso si volvemos a encontrarnos de nuevo en el Paraíso. Entre tanto, hay más en esta cinta, Tony. He añadido algunos extractos de noticias. Puedes considerarlos instructivos, aunque normalmente no tengas tiempo para esas cosas. Adiós, Tony. O mejor, auf wiedersehn.

Willi hizo un gesto a la cámara. La cinta quedó en blanco durante algunos segundos y después apareció una noticia local de cinco meses atrás sobre la captura del estrangulador de Hollywood. Siguieron más fragmentos de noticias, una selección de asesinatos que cubría el período de un año. Veinte minutos después, la cinta terminó y Harod desconectó el vídeo. Se quedó sentado mucho tiempo con la cabeza entre las manos. Finalmente, se levantó, rebobinó la cinta, se la guardó en el bolsillo de la chaqueta y se marchó.

Volvió a casa irritado y nervioso, tomando el camino más largo, cambiando las marchas con brutalidad, entrando en la autopista de Hollywood a más de 140 kilómetros por hora. Nadie le detuvo. Su chándal de jogging estaba mojado por la transpiración cuando llegó a casa y detuvo el coche bajo la mirada siniestra de su sátiro.

Harod entró en el bar que tenía junto al yacuzi y se sirvió un gran vaso de vodka. Se lo bebió en cuatro sorbos y sacó la cinta del bolsillo. La abrió y desenrolló la cinta en el suelo. Tardó varios minutos en quemarla en la vieja barbacoa de la terraza que había más allá de la piscina. Un residuo fundido quedó entre las cenizas. Harod golpeó repetidamente la cinta vacía contra la chimenea de piedra de la barbacoa hasta que el plástico se hizo pedazos. La echó al

vertedero de al lado de la cabaña y entró en la casa para tomarse otro vodka, esta vez mezclado con zumo de lima Rose.

Después se desnudó y se metió en el yacuzi. Casi dormía cuando María Chen entró con el correo del día y su dictáfono.

-Déjalo aquí -dijo él, y continuó dormitando. Quince minutos después abrió los ojos y empezó a seleccionar el montón de sobres del día, dictando ocasionalmente notas o escuetas respuestas al Sony. Habían llegado cuatro nuevos guiones. Tom McGuire había enviado un montón de papeles sobre la casa de Willi, los preparativos de la subasta y el pago de los impuestos. Había tres invitaciones a fiestas y Harod escribió una nota para aceptar una de ellas. Michael May-Dreinan, un joven escritor presumido, había enviado una nota manuscrita quejándose de que Schubert Williams, el realizador, ya estaba reescribiendo su guión, que ni siquiera estaba terminado. ¿Podría Harod, por favor, intervenir? De lo contrario, él, Dreinan, abandonaría el proyecto. Harod puso la nota a un lado y no dictó ninguna respuesta.

La última carta venía en un pequeño sobre rosa con sello de Pacific Palisades. Harod la abrió. El papel era igual al sobre y estaba ligeramente perfumado. La letra era apretada y muy inclinada, con círculos infantiles sobre las íes.

Estimado señor Harod:

No sé qué me pasó el sábado pasado. Nunca lo entenderé. Pero no le echo la culpa y le perdono, aunque no me puedo perdonar a mí misma.

Hoy, Loren Sayles, mi agente, ha recibido un paquete de impresos contractuales sobre su propuesta de película. Les he dicho a Loren y a mi madre que debía de tratarse de un error. Les he dicho que había hablado con el señor Borden sobre la película poco antes de su muerte, pero que no había ningún compromiso.

No puedo trabajar en ese proyecto en este momento de mi carrera, señor Harod. Estoy segura de que puede entender mi situación. Esto no significa que no podamos trabajar juntos en otra película en el futuro. Tengo la certeza de que usted comprende esta decisión y removería cualquier obstáculo o detalles embarazosos que pudieran perjudicar una futura relación.

Sé que puedo confiar en que usted actuará correctamente en esta situación, señor Harod. El sábado pasado usted dijo que sabía que yo era miembro de la Iglesia de Jesucrito de los Santos del Ultimo Día. Estoy segura de que también comprende que mi fe es muy fuerte y que mi compromiso con el Señor y Sus Leyes está por encima de las demás consideraciones.

Rezo para que Dios le ayude -y en mi corazón sé que lo hará- a encontrar el camino correcto en esta situación.

Muy sinceramente:

SHAYLA BERRINGTON

Harod metió la carta en el sobre. Shayla Berrington. Casi la había olvidado. Cogió la pequeña grabadora y habló para el micrófono incorporado: «María, carta a Tom McGuire. "Querido Tom: Me quitaré de encima estos papeles legales tan pronto como me sea posible. Haz la subasta según lo acordado. Punto y aparte. Estoy muy contento de saber que te han gustado los extractos X que te mandé para la fiesta de aniversario de Cal. Pensé que les haría gracia. Te envío otra cinta que creo que también le gustará. No me hagas preguntas, simplemente disfrútala. Puedes hacer todas las copias que quieras. Quizá Marv Sandborne y la pandilla de Four Star se quieran divertir un poco. Punto y aparte. Conseguiré la transferencia de escritura cuanto antes. Mis contables estarán en contacto. Punto y aparte. Recuerdos a Sarah y a los niños. Fin." María, quiero firmarlo hoy mismo, ¿de acuerdo? Adjunta VHS 165. Y, María..., por mensajero especial.»

6

Charleston, martes 16 de diciembre de 1980

La joven permaneció inmóvil, con los brazos extendidos, ambas manos alrededor de la pistola que apuntaba al pecho de Saul Laski. Saul sabía que si salía del armario ella dispararía, pero ningún poder de la Tierra podría haberlo mantenido en aquel espacio oscuro con el olor del pozo en las narices. Se tambaleó hacia la luz gris del dormitorio.

La mujer retrocedió y levantó más la pistola. No disparó. Saul respiró profundamente y se dio cuenta de que la mujer era joven y negra, y tenía gotas de humedad en el impermeable blanco y en su corto peinado afro. Tal vez era atractiva, pero Saul no podía concentrarse en otra cosa que en la pistola con la que ella continuaba apuntándole. Era una pequeña pistola automática -Saul pensó que era de calibre 32-, pero su pequeñez no impedía que el círculo oscuro del cañón atrajera toda su atención.

-Manos arriba -dijo ella.

Su voz era suave, sensual, con un acento educado del Sur. Saul levantó las manos y entrelazó los dedos detrás del cuello.

-¿Quién es usted? -preguntó la mujer. Seguía con la automática entre las manos, pero no parecía muy segura de cómo usar el arma. Se situó demasiado cerca de él, a poco más de un metro. Saul sabía que tenía alguna posibilidad de desviar el cañón antes de que ella pudiera apretar el gatillo. Pero no lo intentó-. ¿Quién es usted? -repitió ella.

-Me llamo Saul Laski.

-¿Qué hace aquí?

-Yo podría preguntarle lo mismo.

-Responda a mi pregunta.

Ella levantó la pistola como si eso pudiera forzarle a hablar. Saul sabía ahora que no estaba delante de una profesional, sino ante alguien que se-había dejado seducir por la televisión y creía que las armas eran varitas mágicas que podían hacer que las personas cumplieran sus órdenes. La miró. Era más joven de lo que al principio había pensado, debía de tener poco más de veinte años. Su voz era atractiva, su cara ovalada, de facciones delicadas, boca gruesa, y grandes ojos que parecían muy negros a la escasa luz. Su piel era color de café con leche.

-Estoy echando una ojeada -dijo Saul. Su voz sonaba firme, pero podía comprobar que su cuerpo reaccionaba como siempre al hecho de tener un arma apuntada: sus testículos intentaban volverse hacia dentro y tenía un deseo irresistible de esconderse detrás de alguien, incluso de sí mismo.

-Esta casa ha sido sellada por la policía -dijo ella. Saul se dio cuenta de que había dicho «policía» y no «pulicía», como pronunciaban los negros de Nueva York.

-Sí -respondió-. Lo sé.

-¿Qué hace aquí?

Saul vaciló. La miró a los ojos. Vio ansiedad, tensión y una gran intensidad. Esas emociones humanas le tranquilizaron y le convencieron de decirle la verdad.

-Soy médico -explicó-. Psiquiatra. Estoy interesado en los asesinatos que hubo aquí la semana pasada.

-¿Un psiquiatra? -La joven parecía dudar. La pistola no vaciló.

La casa estaba ahora muy oscura y la única luz procedía de una lámpara de gas en el patio-. ¿Por qué ha entrado aquí? Saul se encogió de hombros. Le dolían los brazos. -¿Puedo bajar las manos?

-No.

Saul asintió con la cabeza.

-Temía que las autoridades no me dejaran ver la casa. Tenía la esperanza de encontrar algo que ayudara a explicar los sucesos. No creo que lo haya.

-Debería llamar a la policía -dijo la mujer.

-¡Por supuesto! -convino Saul-. No he visto ningún teléfono abajo, pero debe de haber uno en algún lugar. Llamemos a la policía. Llame al sheriff Gentry. Yo seré acusado de violación de

domicilio. Me parece que usted será acusada de violación de domicilio, amenazas de muerte y tenencia ilícita de armas. No está registrada, ¿verdad?

La cabeza de la mujer se había levantado tras la mención del nombre de Gentry. Ignoró la pregunta.

-¿Qué sabe de los asesinatos del pasado sábado? -Su voz casi se quebró en las últimas palabras.

Saul arqueó la espalda para aliviar el dolor de cuello y brazos.

-Sólo sé lo que leí -contestó-. Aunque conocía a una de las mujeres, Nina Drayton. Creo que aquí hay mucho más de lo que la policía, el sheriff Gentry y el hombre del FBI, Haines, se imaginan.

-¿Qué quiere decir?

-Quiero decir que nueve personas murieron en esta ciudad el pasado sábado y nadie puede dar una explicación convincente -dijo Saul-. Pero hay un hilo común que las autoridades no han sabido ver. Me duelen los brazos, señorita. Voy a bajarlos, pero no se asuste, no haré ningún otro movimiento.

Bajó las manos antes de que ella pudiera responder. Ella retrocedió un poco. El ambiente de la vieja casa los envolvió. En la calle, la radio de un coche sonó un momento y después cesó.

-Creo que miente -dijo la joven-. Usted puede ser un vulgar ladrón. O una especie de profanador de recuerdos. O puede haber tenido algo que ver con los asesinatos.

Saul no dijo nada. Miró a la muchacha en la oscuridad. La pequeña automática apenas era visible en sus manos. Él podía sentir su indecisión.

Un momento después, habló:

-Preston -dijo-. Joseph Preston, el fotógrafo. ¿Es usted su mujer? No, su mujer no. El sheriff Gentry me ha dicho que el señor Preston vivía en el barrio desde hace... veintiséis años, me parece. Su hija, quizá. Sí, su hija.

La mujer retrocedió un poco más.

-Su padre fue asesinado en la calle -continuó Saul-. Brutalmente. Absurdamente. Las autoridades no le pueden decir nada definitivo y lo que le dicen es poco satisfactorio. Y usted decide esperar. Observa. Posiblemente ha vigilado esta casa durante días. Entonces llega un judío de Nueva York con un sombrero de tenis y salta la cerca. Usted piensa: «Ajá, éste me contará algo.» ¿Estoy en lo cierto?

La chica continuó callada, pero bajó la pistola. Saul pudo ver sus hombros moviéndose ligeramente y se preguntó si lloraba.

-Bien -dijo él, y le tocó levemente el brazo-, quizá yo la pueda ayudar. Quizá juntos podamos comprender esta locura. Venga, salgamos de esta casa. Apesta a muerte.

La lluvia había cesado. El jardín olía a hojas húmedas y tierra. La chica condujo a Saul al otro lado de la cochera, donde había una brecha entre el viejo hierro y el alambre nuevo. El la siguió a través del boquete. Saul se dio cuenta de que se había guardado la pistola en el bolsillo del impermeable blanco. Caminaron hasta el fondo del callejón, sus pies hacían crujir suavemente la carbonilla esparcida por el suelo. La noche era fría.

-¿Cómo lo sabía? -preguntó ella.

-No lo sabía. Lo supuse.

Llegaron a la calle y se quedaron un minuto en silencio.

-Mi coche está aparcado en la esquina -dijo finalmente la joven. -¿Sí? ¿Entonces cómo ha podido verme? -Le he visto al pasar en su coche. Miraba los números y ha parado casi delante de la casa. Cuando ha dado la vuelta, he entrado para

comprobar qué sucedía.

-Hmmm -murmuró Saul-. Yo sería un pésimo espía. -¿Es usted realmente psiquiatra?

-Sí.

-Pero no de aquí.

-No. De Nueva York. A veces trabajo en la clínica de la Universidad de Columbia.

-¿Es ciudadano americano?

-Sí.

-Su acento es... ¿Alemán?

-No, no es alemán -respondió Saul-. Nací en Polonia. ¿Cómo se llama usted?

-Natalie -respondió ella-. Natalie Preston, mi padre era..., ya lo sabe todo.

-No -dijo Saul-. Sé muy poco. En este preciso momento sólo sé una cosa con seguridad.

-¿Qué?

Los ojos de la joven miraban con intensidad.

-Que tengo hambre -respondió Saul-. No he tomado nada desde

el desayuno, excepto ese horrible café en el despacho del sheriff. Si

quiere acompañarme a cenar, podríamos continuar nuestra charla. -Sí, con dos condiciones -dijo Natalie Preston. -¿Cuáles?

-Primero, que me cuente todo lo que sabe del asesinato de mi padre.

-De acuerdo.

-Y segundo, que se quite ese sombrero de tenis empapado mientras cenamos.

-De acuerdo -aceptó Saul Laski.

El restaurante se llamaba Henry's y estaba pocas manzanas más adelante, cerca del viejo mercado. Desde fuera no parecía prometedor. La fachada blanqueada no tenía ventanas ni adornos, excepto un

único letrero iluminado sobre la estrecha puerta. Por dentro era vetusto y oscuro y le recordó a Saul un mesón cerca de Lodz donde su familia comía a veces cuando él era un chaval. Algunos negros altos con impecables chaquetas blancas se movían discretamente entre las mesas. El aire era espeso y con agradable olor a vino, cerveza y pescado.

-Excelente -dijo Saul-. Si la comida sabe tan bien como huele, será una experiencia maravillosa.

Lo fue. Natalie pidió una ensalada de camarones. Saul comió pez espada, shish kebab con vegetales a la brasa y patatitas hervidas. Ambos bebieron un vino blanco frío y hablaron de todo excepto de lo que habían venido a hablar. Natalie se enteró de que Saul vivía solo, aunque lo atormentaba una ama de llaves que era en parte yenta y en parte psiquiatra. Le garantizó a Natalie que no tendría necesidad de servirse de la cortesía profesional de sus colegas mientras Tema continuara explicándole sus neurosis y buscándoles curas.

-¿Entonces, usted no tiene familia? -preguntó Natalie.

-En Estados Unidos no -dijo Saul, y asintió con la cabeza al camarero mientras el hombre retiraba los platos-. Tengo una prima en Israel y muchos parientes lejanos.

Saul se enteró de que la madre de Natalie había muerto algunos años antes y que la chica frecuentaba una escuela para graduados.

-¿Dice que irá a una universidad en el Norte? -preguntó.

-Pues, no es exactamente el Norte. St. Louis, Universidad de Washington.

-¿Por qué ha elegido una facultad tan distante? Existe la Facultad de Charleston. Tengo un amigo que enseñó algún tiempo en la Universidad de Carolina del Sur en..., ¿es Columbia?

-Sí.

-Y el Wofford College. Eso está en Carolina del Sur, ¿verdad?

-Claro -dijo Natalie-. Y la Universidad Bob Jones está en Greenville, pero mi padre quería que yo fuera lo más lejos posible de lo que él llamaba «el cinturón negro». La Universidad de Washington, en St. Louis, tiene una excelente facultad de pedagogía, una de las mejores adonde puede ir una persona con un título de Bellas Artes. O por lo menos, conseguir una beca.

-¿Usted es artista?

-Fotógrafa -dijo Natalie-. Un poco de cine. Un poco de dibujo y pintura al óleo. También hice un curso de inglés. He estudiado en Oberlin, Ohio. ¿Lo conoce?

-Sí.

-De todos modos, una amiga mía, una buena acuarelista llamada Diana Gold, me convenció el año pasado de que enseñar sería divertido. Pero ¿por qué le estoy contando todo esto?

Saul sonrió. El camarero vino con la cuenta y Saul insistió en pagar. Dejó una propina generosa.

-No me contará nada, ¿verdad? -preguntó Natalie. Había un tono de dolor en su voz.

-Por el contrario -aseguró Saul-. Probablemente le contaré más de lo que jamás le he contado a nadie. El problema es..., ¿por qué? -¿Qué quiere decir?

-Quiero decir..., ¿por qué estamos confiando el uno en el otro? Usted ve a un desconocido entrando en una casa y dos horas más tarde está conversando con él después de una magnífica cena. Yo encuentro a una joven que enseguida me apunta con una pistola y al cabo de pocas horas estoy dispuesto a compartir con ella cosas que no he contado a nadie desde hace muchos años. ¿Por qué, señora Preston?

-Señorita Preston. Natalie. Y sólo puedo hablar por mí.

-Hágalo, por favor.

-Usted tiene una cara honesta, doctor Laski. Quizás «honesta» no sea la palabra justa. Una cara de persona que se preocupa por los otros. Usted ha conocido la tristeza...

Natalie se calló.

-Todos conocemos la tristeza -dijo Saul en voz baja. La chica asintió con la cabeza.

-Pero algunas personas no aprenden de la experiencia. Yo creo

que usted ha aprendido. Lo veo en sus ojos. No sé qué más decir. -¿Es en eso pues en lo que basamos nuestra apreciación y nuestro futuro? -preguntó Saul-. ¿En los ojos de una persona? Natalie le miró.

-¿Por qué no? ¿Tiene algún método mejor? No era un desafío, sino una pregunta.

Saul sacudió la cabeza.

-No. Puede que no haya ningún método mejor. Al menos para empezar.

Dejaron el Charleston histórico en dirección al sudoeste, Saul seguía en su Toyota alquilado al Nova verde de la chica. Atravesaron el río Ashley por la autopista 17 y pararon algunos minutos después en una zona llamada St. Andrews. Las casas allí eran blancas, un barrio limpio pero de clase trabajadora. Saul aparcó en el caminito, detrás del coche de Natalie.

La casa de la chica era limpia y confortable, un hogar. Un sillón de orejas y un pesado sofá ocupaban casi toda la pequeña sala de estar. La chimenea estaba preparada; el paramento blanco estaba cubierto por una maceta de hiedra sueca y numerosas fotografías de familia en marcos metálicos. Había más fotografías enmarcadas en la pared, pero eran artísticas, no vulgares instantáneas. Saul miró las fotos una por una cuando Natalie encendió las luces y colgó el abrigo.

-Ansel Adams -dijo Saul mirando una notable fotografía en blanco y negro de un pequeño pueblo del desierto con un cementerio a la luz del crepúsculo bajo la pálida luna-. He oído hablar de él.

En otra foto, una niebla espesa se movía sobre una ciudad en una colina.

-Mi padre lo conoció en los años cincuenta -explicó Natalie.

Había fotos de Imogen Cunningham, Sebastian Milito, George Tice, André Kertész y Robert Frank. Saul contempló largo rato la foto de Frank: un hombre con un traje oscuro y un bastón ante el porche de una casa antigua u hotel. Un tramo de escalera hasta el segundo piso ocultaba la cara del hombre. Eso hizo que Saul deseara dar dos pasos a la izquierda para identificarlo. Alguno en la foto le causaba una profunda tristeza.

-Siento no conocer esas firmas -dijo Saul-. ¿Son fotógrafos muy conocidos?

-Algunos sí -dijo Natalie-. Las fotos valen ahora cien veces más de lo que mi padre pagó por ellas, pero nunca las venderé.

La chica hizo una pausa.

Saul cogió una foto de una familia negra en una merienda en el campo. La mujer tenía una sonrisa afectuosa y franca, y el pelo rizado al estilo de los años sesenta.

-¿Su madre?

-Sí -dijo Natalie-. Murió en un inesperado accidente en junio de 1968. Dos días después del asesinato de Robert Kennedy. Yo tenía nueve años.

La chiquilla de la foto estaba de pie en la mesa de picnic, y sonreía y miraba de reojo al padre. Había otro retrato del padre de Natalie, un retrato de él más viejo, serio y bastante guapo. El bigote fino y los ojos luminosos hicieron que Saul pensara en Martin Luther King sin papada.

-Un hermoso retrato -dijo.

-Gracias. Lo hice el verano pasado.

Saul miró alrededor.

-¿No hay fotos de su padre enmarcadas?

-Aquí -dijo Natalie, y lo condujo hacia el comedor-. Mi padre no quería ponerlas en la misma sala que las otras.

Sobre la espineta, en la larga pared que había delante de la mesa del comedor, vio cuatro fotografías en blanco y negro. Dos eran estudios de luz y sombra en los muros de viejas casas de ladrillos. Una foto de una playa y el mar en un ángulo abierto increíblemente iluminado que se prolongaba hasta el infinito. La última era un camino en el bosque y un estudio de planos, sombras, y composición.

-Son maravillosas -dijo Saul-, pero no hay personas.

Natalie rió bajo.

-Es cierto. Mi padre se ganaba la vida haciendo fotos y decía que no estaba dispuesto a hacer lo mismo como afición. Y por otro lado, era una persona tímida. Nunca le gustó hacer fotos indiscretas, y siempre insistió en que yo consiguiera un permiso por escrito si tenía que hacerlo. Detestaba la idea de invadir la intimidad de alguien. Y además, mi padre era realmente... tímido. Si había que llamar para encargar una pizza, siempre me pedía a mí que telefoneara. -La voz de Natalie se hizo poco clara y la chica se volvió durante un segundo-. ¿Le apetece un café?

-Sí -dijo Saul-. Sería agradable. -Había una habitación de revelado junto a la cocina. Originariamente debía de haber sido una despensa o un segundo lavabo-. ¿Usted y su padre revelaban las fotos aquí? -preguntó Saul.

Natalie asintió con la cabeza y giró una bombilla roja. El pequeño cuarto estaba perfectamente ordenado: ampliadora, bandejas, botellas de productos químicos, todo en estantes y con sus respectivas etiquetas. Sobre la pila había ocho o diez fotos colgadas de un hilo de nailon. Saul las estudió. Eran todas de la casa Fuller, hechas con luces diferentes y en distintos momentos del día, desde diversos encuadres.

-¿Suyas?

-Sí -dijo Natalie-. Sé que es estúpido, pero es mejor que quedarse sentado en el coche todo el día esperando que pase algo. -Se encogió de hombros-. He ido cada día a la policía o al despacho del sheriff y no ha servido de nada. ¿Quiere leche, o azúcar?

Saul meneó la cabeza. Fueron a la sala de estar y se sentaron cerca de la chimenea, Natalie en el sillón de orejas, Saul en el sofá. Natalie sirvió el café en tazas de porcelana tan finas que eran casi transparentes. Hurgó los troncos y las astillas y encendió una vela. El fuego prendió rápidamente y ardió bien. Se quedaron sentados un rato mirando las llamas.

-El sábado pasado yo había ido de compras de Navidad con unos amigos a Clayton -dijo finalmente Natalie-. Es un suburbio de St. Louis. Fuimos al cine... Popeye, con Robin Williams. Esa noche volví a mi apartamento en la ciudad universitaria hacia las once y media. En cuanto sonó el teléfono supe que había pasado algo. No sé por qué. Recibo muchas llamadas de amigos. De Frederick, un buen amigo, que normalmente no deja el centro de ordenadores antes de las once y a veces quiere ir a comer una pizza o cualquier otra cosa. Pero esa vez yo sabía que era conferencia y malas noticias. Era la señora Culver,

nuestra vecina de al lado. Ella y mi madre eran buenas amigas. De todos modos, sólo conseguía decir que hubo un accidente, era la palabra que ella usaba, «accidente». Tardé un minuto o dos en comprender que mi padre había muerto, que había sido asesinado.

»Cogí el primer vuelo del domingo. Aquí todo estaba cerrado. Había llamado al depósito de cadáveres desde St. Louis, pero cuando llegué estaba cerrado y tuve que recorrer todo el edificio para encontrar a alguien que me dejara entrar, y además no me esperaban. La señora Curver fue a recibirme al aeropuerto, pero no paraba de llorar y se quedó en el coche.

»No parecía mi padre. Y mucho menos el martes, en el entierro, con todos esos cosméticos. Yo estaba muy desconcertada. El domingo, en la policía, nadie sabía qué pasaba. Prometieron que un tal detective Holmann me visitaría esa tarde, pero no lo hizo hasta el lunes a primera hora de la tarde. En vez de eso, el sheriff..., usted me ha dicho que le conoció, el señor Gentry, vino al depósito de cadáveres el domingo. Me trajo a casa más tarde e intentó responder a mis preguntas. Todos los demás sólo las hacían.

»De todos modos, el lunes llegaron mi tía Leah y todos mis primos y estuve demasiado ocupada para pensar hasta el miércoles. Vino mucha gente al entierro. Yo había olvidado lo apreciado que había sido mi padre. Muchos comerciantes y gente del casco antiguo estaban allí. El sheriff Gentry también.

»Leah quería quedarse una semana o dos, pero su hijo, Floyd, tenía que volver a Montgomery. Le dije que no se preocupara y que quizá los iría a ver por Navidad. -Natalie hizo una pausa. Saul estaba inclinado hacia delante, con las manos juntas. Ella respiró hondo e hizo un gesto vago hacia la ventana que daba a la calle-. Este es el fin de semana en que mi padre y yo acostumbrábamos poner el árbol. Es muy tarde, pero él decía siempre que era más divertido si el árbol no estaba en casa muchas semanas. Casi siempre lo comprábamos en el solar de Dairy Queen, en Savannah. ¿Sabe?, el sábado le había comprado una camisa escocesa en Pendleton. No sé por qué la traje conmigo. No sé por qué lo hice. Ahora tendré que llevármela. -Paró y bajó la cara-. Perdóneme un momento.

Entró rápidamente en la cocina.

Saul estuvo algunos minutos sentado, mirando el fuego, con los dedos apretados con fuerza. Después fue también a la cocina. La encontró apoyada en un rincón, con los brazos rígidos y un kleenex en la mano izquierda. Saul se mantuvo a cierta distancia.

-Me siento tan furiosa -exclamó ella, apartando todavía los ojos de Saul.

-Lo comprendo.

-Quiero decir, es como si él ni siquiera contara. Mi padre no era importante. ¿Entiende lo que quiero decir?

-Sí.

-Cuando yo era pequeña, solía ver películas de cowboys por televisión -dijo ella-. Mataban a alguien, no al héroe o al malo, sino a un cualquiera, y era como si nunca hubiese existido, ¿sabe? Y eso me preocupaba. Yo tenía sólo seis o siete años, pero eso me preocupaba. Al salir del cine pensaba en esa persona y en que debía de tener padres y en todos los años que le había llevado crecer y en cómo se habría vestido esa mañana, y después, bang, ya no existe, porque el guionista quería mostrar cómo era de rápido el héroe con el revólver o algo por el estilo. Oh, mierda, no digo más que tonterías.

Natalie pegó en el mostrador con la mano derecha, la palma vuelta hacia abajo.

Saul dio un paso adelante y le tocó el brazo izquierdo. -No -dijo él-, no es así.

-Me pone tan furiosa -dijo ella-. Mi padre era real. Nunca perjudicó a nadie. Jamás. Era el hombre más amable que he conocido, y alguien le mató y nadie tiene ninguna idea de por qué. Simplemente no lo saben. Oh, ¡joder!, lo siento...

Saul la abrazó y la sostuvo mientras ella lloraba.

Natalie había calentado el café. Estaba sentada en el sillón de orejas. Saul se quedó junto a la chimenea, tocando distraídamente las hojas de la hiedra sueca.

-Eran tres -empezó a explicar-. Melanie Fuller, Nina Drayton, y un hombre llamado Borden, de California. Eran asesinos, los tres.

-¿Asesinos? Pero la policía dijo que la señorita Fuller era una señora mayor..., bastante vieja, y que la señora Drayton era la víctima.

-Sí -dijo Saul-, y los tres eran asesinos.

-Nadie ha mencionado el nombre de Borden -dijo Natalie.

-Borden estaba allí -aseguró Saul-. Y estaba a bordo del avión que estalló el viernes por la noche..., el sábado de madrugada, de hecho. O mejor, se suponía que estaba a bordo.

-No comprendo. Eso fue horas antes de que mi padre fuera asesinado. ¿Cómo podía ese Borden, o cualquiera de esas otras personas, estar implicado en el asesinato de mi padre?

-Usaron gente -explicó Saul-. Controlaron a otras personas.

Todos ellos tenían empleados y los usaban. Es difícil de explicar.

-¿Quiere decir que estaban asociados con la Mafia o algo así? Saul sonrió.

-Ojalá fuera tan simple.

Natalie meneó la cabeza.

-No comprendo.

-Es una historia muy larga -dijo Saul-. Y a veces fantástica, realmente increíble. Sería mejor si no la escuchara. Pensará que estoy loco o usted misma se verá envuelta en algo de terribles implicaciones.

-Ya estoy implicada -dijo Natalie.

-Sí. -Saul vaciló-. Pero no hay necesidad de más complicaciones.

-Yo continuaré implicada, por lo menos hasta que encuentren al asesino de mi padre. Lo haré con usted y su información o lo haré sin usted, doctor Laski. Lo juro.

Saul miró a la joven durante un momento muy largo.

-Sí, creo que lo hará. Aunque quizá cambiará de idea cuando escuche mi historia. Me temo que para poder explicarle cómo eran esos tres viejos, los tres asesinos responsables de la muerte de su padre, tendré que contar también mi historia personal. Nunca se la había contado a nadie antes.

-Adelante -dijo Natalie-. Tengo todo el tiempo del mundo.

-Nací en 1925, en Polonia -dijo Saul-, en la ciudad de Lodz. Mi familia era relativamente acomodada. Mi padre era médico. Éramos judíos, aunque no ortodoxos. Mi madre había pensado convertirse al catolicismo cuando era más joven. Mi padre se consideraba primero médico, después polaco, ciudadano de Europa en tercer lugar y judío en cuarto. Y tal vez ni siquiera pusiera su condición de judío tan alto.

»Cuando yo era un chaval, Lodz era un lugar tan agradable como cualquier otro para un judío. Una tercera parte de los seiscientos mil habitantes eran judíos. Muchos ciudadanos importantes, comerciantes y artistas, eran judíos. Algunos de los amigos de mí padre pertenecían al mundo de las artes. Su tío tocó en la orquesta sinfónica municipal durante años. Cuando yo cumplí diez años, las cosas habían cambiado bastante. Los partidos políticos locales habían sido elegidos después de prometer la eliminación de los judíos de la ciudad. Como si estuviera poseído por la epidemia antisemítica que hacía estragos en la vecina Alemania, el país se volvía contra nosotros. Mi padre echaba la culpa a los tiempos duros que acabábamos de pasar. No se cansaba de resaltar que los judíos europeos estaban acostumbrados a olas de pogromos seguidas por generaciones de progreso. "Todos somos seres humanos -decía-, a pesar de nuestras diferencias.» Estoy seguro de que mi padre murió creyendo en esto.

Saul calló. Midió la habitación con sus pasos y después apoyó las manos en el respaldo del sofá.

-Mire, Natalie, no estoy acostumbrado a contar estas cosas. No sé

qué es necesario y qué no. Quizá sea mejor esperar a otra ocasión. -No -dijo Natalie-, ahora. Tómese el tiempo necesario. Me

dijo que ayudará a explicar por qué murió mi padre. -Sí.

-Adelante. Cuéntemelo todo.

Saul asintió con la cabeza y dio la vuelta para sentarse en el sofá. Apoyó los codos en las rodillas. Sus manos eran largas y hacían gestos en el aire cuando hablaba.

-Yo tenía catorce años cuando los alemanes entraron en la ciudad. Era septiembre de 1939. Al principio no fue especialmente terrible. Organizaron la formación de un Consejo judío para asesorar al gobierno sobre esa nueva zona conquistada por el Reich. Mi padre me explicaba que eso demostraba que todos los hombres podían entenderse a través de negociaciones civilizadas. Mi padre no creía en demonios. A pesar de las protestas de mi madre, mi padre se ofreció para participar en el consejo. Pero no participó. Treinta y un judíos preeminentes ya

habían sido nombrados. Un mes después, a principios de noviembre, los alemanes deportaban a los miembros del consejo a un campo y quemaban la sinagoga.

»En nuestra familia se habló entonces de marcharse a la granja de nuestro tío Moshe, cerca de Cracovia. En Lodz ya había escasez de alimentos. Solíamos pasar el verano en la granja, y la idea de estar allí con el resto de la familia era muy atractiva. Por el tío Moshe teníamos noticias de su hija Rebecca, que se había casado con un judío americano y pensaba ir a Palestina, a una granja. Durante años había incitado a los jóvenes de la familia a reunirse con ella. A mí, la verdad es que me hubiera gustado irme a una granja. Ya me habían expulsado, como a los otros judíos, de mi escuela en Lodz. El tío Moshe había sido profesor en la Universidad de Varsovia y yo sabía que le habría gustado darme clases particulares. Las nuevas leyes restringieron el ejercicio profesional de mi padre sólo a judíos, y casi todos vivían en barrios lejanos, más pobres. Había pocas razones para quedarnos, muchas para marcharnos.

»Pero nos quedamos. Decidimos visitar al tío Moshe en junio, como hacíamos siempre, y entonces decidiríamos si íbamos a volver a la ciudad. ¡Qué ingenuos éramos!

»En marzo de 1940, la Gestapo nos echó de nuestras casas y creó un gueto judío en la ciudad. El día de mi cumpleaños, 5 de abril, el gueto fue completamente acordonado. Los judíos tenían totalmente prohibido viajar.

»De nuevo, los alemanes formaron un consejo, el Judenrat, y esta vez mi padre fue elegido para formar parte de él. Uno de los ancianos,

Chaim Rumkowski, venía a menudo a casa -una habitación en la que dormíamos ocho personas- de visita, y se pasaba la noche hablando, con mi padre de la administración del gueto. Aunque parecía increíble, a pesar del hacinamiento y el hambre, el orden se mantenía. Yo volví a la escuela. Cuando mí padre no estaba reunido con el consejo, trabajaba dieciséis horas al día en uno de los hospitales que él y Rumkowski habían creado a partir de nada.

»Durante un año sobrevivimos así. Yo era menudo para mi edad, pero no tardé en aprender a sobrevivir en el gueto, aunque eso significase robar, acaparar o hacer trueques con los soldados alemanes para conseguir comida y cigarrillos. En el otoño de 1941, los alemanes empezaron a traer a muchos miles de judíos occidentales a nuestro gueto. Algunos llegaban desde muy lejos, de Luxemburgo, por ejemplo. Muchos eran judíos alemanes, que nos despreciaban. Recuerdo una pelea que tuve con un muchacho, un judío de Francfort. Era mucho más alto que yo. Entonces yo tenía dieciséis años, pero no aparentaba más de trece. Pero lo derribé. Cuando intentó levantarse, le pegué con un madero y le hice una gran herida en la frente. Él había venido la semana anterior en uno de los trenes precintados y estaba todavía muy débil. No recuerdo por qué nos peleamos.

»Mi hermana Stefa murió ese invierno de tifus, como otros miles. Todos estábamos agradecidos de ver llegar la primavera, a pesar de los nuevos avances alemanes en el frente oriental. Mi padre consideraba la caída inminente de Rusia una buena señal. Estaba convencido de que la guerra terminaría en agosto. Esperaba que muchos de los judíos fuesen enviados a nuevas ciudades en el Este. "Quizá tengamos que ser agricultores para alimentar al nuevo Reich -decía-. Pero la agricultura no es una mala forma de vida."

»En mayo, la mayor parte de los judíos alemanes y extranjeros fueron enviados hacia el sur, a Oswiecim, Auschwitz. Pocos de nosotros habíamos oído hablar de Oswiecim hasta que los transportes empezaron a salir de nuestro gueto.

»Hasta esa primavera, nuestro gueto había sido usado como un depósito. Ahora los trenes salían cuatro veces al día. Como miembro del Judenrat, mi padre era obligado a ayudar, a supervisar la redada y expulsión de miles de moradores del gueto. Era muy disciplinado, y aunque odiaba ese trabajo, lo hacía. Y después trabajaba el día entero en el hospital, como para hacer penitencia.

»Nuestro turno llegó en junio, en la época en que normalmente solíamos ir a la granja del tío Moshe. Los siete recibimos orden de presentarnos en la estación de ferrocarril. Mi madre y mi hermano menor Josef lloraban. Pero fuimos. Creo que mi padre estaba contento.

»No fuimos enviados a Auschwitz, sino al norte, a Chelmno, un pueblo que estaba a menos de setenta kilómetros de Lodz. Yo había tenido un amigo, un chico provinciano llamado Mordechai, cuya familia era de Chelmno. Supe más tarde que fue en Chelmno donde los

alemanes realizaron sus primeros experimentos de asfixia por gas, precisamente durante el invierno anterior, cuando la pobre Stefa murió de tifus.

»Aunque habíamos oído terribles historias sobre los transportes precintados, nuestro viaje no resultó desagradable. Fueron sólo unas horas. Íbamos muy apretados en vagones, pero eran vagones normales de pasajeros. El día era muy bonito; 24 de junio. Cuando llegamos, era como si hubiéramos ido a casa del tío Moshe. La estación de Chelmno era minúscula, poco más que una estación de provincias rodeada por un espeso bosque. Los soldados alemanes nos llevaron hasta los camiones que nos esperaban, pero parecían relajados, casi joviales. Ni rastro de los empujones y gritos a que estábamos acostumbrados en Lodz. Recorrimos varios kilómetros en los camiones hasta una gran finca donde se había instalado un campo. Una vez allí, fuimos registrados -recuerdo perfectamente las hileras de mesas de los funcionarios fuera, en la grava, y el piar de los pájaros- y después fuimos separados por sexos para las duchas y la desinfección. Yo estaba impaciente por reunirme con los otros hombres y no vi a mi madre y a mis cuatro hermanas que desaparecían detrás de la valla de la zona de mujeres.

»Nos ordenaron que nos desnudáramos y formáramos en fila. Yo estaba muy avergonzado, porque apenas si había empezado a madurar ese invierno. No recuerdo que tuviese miedo. El día era cálido, nos habían prometido una comida después de la limpieza y el bosque cercano y los ruidos del campo creaban una atmósfera festiva, casi de carnaval. Más adelante, en un claro, pude ver una gran furgoneta con dibujos alegres de animales y árboles pintados a los costados. Nuestra fila había empezado a dirigirse hacia ese claro cuando un hombre de la SS, un joven teniente con gafas gruesas y apariencia tímida, se acercó a la fila para separar a los enfermos, los niños y los ancianos de los hombres sanos y fuertes. El teniente vaciló cuando me vio. Yo era aún pequeño para mi edad, pero había comido relativamente bien ese invierno y había empezado a crecer con fuerza durante la primavera. Sonrió y agitó un pequeño bastón de mando para enviarme a la fila de los hombres. Mi padre fue también enviado a esa fila. Josef, que sólo tenía ocho años, tuvo que quedarse con los niños y viejos. Josef empezó a llorar y mi padre se negó a dejarle. Yo volví a la fila para quedarme con mi padre y con Josef. El oficial de la SS hizo señas a un guardia. Mi padre me dijo que volviera con los otros. Me negué.

»Ésa fue la única vez que mi padre me pegó. Me empujó y dijo: "¡Ve!" Yo negué con la cabeza y seguí en mi lugar en la fila. El guardia, un sargento gordinflón, corría hacia nosotros. Mi padre me abofeteó

otra vez, con mucha fuerza, y repitió: "¡Ve!" Sorprendido, dolido, me

tambaleé y caminé hasta la otra fila antes de que el guardia llegara. El

oficial de la SS siguió con su trabajo. Yo estaba furioso contra mi padre. No comprendía por qué no podíamos ducharnos juntos. Me había

humillado delante de los demás. Miré, entre lágrimas de enojo, cómo

se iba y me fijé en su espalda desnuda, pálida a la luz de la mañana, y

en Josef que, junto a él, ya no lloraba y miraba alrededor. Mi padre se

volvió para mirarme una última vez antes de desaparecer con el resto

de la fila de niños y viejos.

»Nosotros, casi la quinta parte de los hombres que habían llegado

ese día, no fuimos desinfectados. Nos condujeron directamente a los barracones y nos dieron uniformes de tela basta de prisioneros.

»Mi padre no apareció esa tarde ni esa noche, y cuando me fui a dormir en los inmundos barracones, recuerdo que lloraba de soledad. Estaba convencido de que al separarnos en la fila, mi padre me había condenado a estar apartado de la zona del campo donde estarían las familias.

»Por la mañana nos dieron sopa fría de patatas y nos agruparon en destacamentos de trabajo. Mi grupo fue conducido al bosque. Habían hecho allí un pozo. Tenía más de sesenta metros de largo, doce de ancho y por lo menos cuatro metros y medio de profundidad. Se podía ver, por la tierra removida, que otros pozos habían sido llenados recientemente en las proximidades. El olor debería haberme abierto los ojos, pero seguí negándome a aceptar la idea, hasta que llegó la primera de las furgonetas del día. Eran las mismas furgonetas que había visto el día anterior.

»Mire, Chelmno había sido una prueba. Por lo que habían aprendido, Himmler había hecho instalar allí cámaras de gas prúsico, pero ese verano aún usaban monóxido de carbono en cámaras precintadas y las furgonetas de colores alegres.

»Nuestro trabajo era separar los cuerpos, realmente separarlos, lanzarlos al pozo y cubrirlos con tierra y cal antes de que llegaran las cargas siguientes. Las furgonetas de gas no eran eficaces. Muchas veces la mitad de las víctimas sobrevivían al gas del tubo de escape y tenían que ser abatidas a tiros al borde del pozo por los totenkopfverbdinde -la Brigada de la Muerte- que esperaban allá, fumando y bromeando entre tanda y tanda. Aun así, algunos sobrevivían al gas y a los tiros y eran enterrados cuando todavía se movían.

»Ese día volví a los barracones cubierto de excrementos y sangre. Esa noche pensé que sería mejor morir, pero después decidí que viviría. Viviría a pesar de todo. Viviría a pesar de todo, viviría sin otra razón que no fuera vivir.

»Me aproximé y dije que era hijo de un dentista y que yo mismo era dentista. Los kapos se rieron ante la idea de un dentista tan joven, pero una semana después me pusieron en la brigada de los dientes. Yo y otros tres judíos registrábamos los cadáveres desnudos en busca de anillos, oro o cualquier cosa de valor. Explorábamos anos y vaginas con ganchos de acero. Después yo usaba un par de alicates para arrancar los dientes de oro y los empastes. A menudo me mandaban abajo, al pozo, a trabajar. Un sargento de la SS que se llamaba Bauer a veces me lanzaba paladas de tierra a la cabeza y se reía. Él mismo tenía dos dientes de oro.

»Después de una semana o dos, los judíos de los destacamentos de entierro eran inevitablemente asesinados y se enviaba a los recién llegados para sustituirlos. Quizá porque yo era rápido y eficiente en mi trabajo, me quedé nueve semanas en el pozo. Cada mañana estaba seguro de que sería mi turno. Cada noche en los barracones, mientras los más viejos decían el Kaddish, podía escuchar gritos de "Eli, El¡" que salían de las literas en penumbra. Hice desesperados contratos con un Dios en el que ya no creía. "Sólo un día más -decía yo-, sólo un día más." Pero yo creía sobre todo en mi propio deseo de sobrevivir. Quizá sufría del solipsismo de la adolescencia, pero estaba convencido de que si creía con bastante fuerza que continuaría existiendo, eso acabaría por ser cierto.

»En agosto el campo fue ampliado y por un motivo cualquiera fui transferido al waldokommando, la brigada del bosque. Talábamos árboles, despedazábamos troncos y extraíamos piedras para construir carreteras. De vez en cuando, al regresar, toda una fila de trabajadores podía ser conducida a las furgonetas o directamente al pozo. De esa manera se cambiaba la brigada. Con las primeras nieves de noviembre yo había sido waldokommando más tiempo que cualquier otro excepto el viejo kapo, Karski.

-¿Qué es un kapo? -preguntó Natalie. -Un kapo es un judío con un látigo.

-¿Y ayudaban a los alemanes?

-Se han escrito tratados sobre los kapos y su identificación con sus amos nazis -explicó Saul-. Stanley Elkins y otros han estudiado este tipo de sumisión en los campos de concentración y cómo se puede comparar con la docilidad e identificación con sus amos de los esclavos negros en Estados Unidos. Precisamente este septiembre he formado parte de un grupo que ha discutido el llamado Síndrome de Estocolmo, a consecuencia del cual los rehenes no sólo se identifican con sus secuestradores, sino que les prestan apoyo.

-Ah, como esa, ¿cómo se llama...?, Patty Hearst -dijo Natalie.

-Sí. Y este..., este predominio por la fuerza de voluntad me obsesiona desde hace muchos años. Pero hablaremos de esto más tarde.

Ahora, déjeme añadir sólo que si tengo que alegar algo en mi favor durante el tiempo que estuve en los campos, es que no me convertí en kapo.

»En noviembre de 1942, las mejoras en el campo estaban terminadas y fui transferido a los barracones provisionales en el recinto principal. Me pusieron en el destacamento del pozo. Entonces los hornos ya estaban terminados, pero ellos habían subestimado el número de judíos que llegaban y por eso las furgonetas y el pozo aún estaban en funcionamiento. Ya no requerían mis servicios como dentista de los muertos. Yo echaba barro, temblaba con el frío del invierno, y esperaba. Sabía que era sólo cuestión de días que me reuniera con los que diariamente enterraba.

»Entonces, un jueves por la noche, el 19 de noviembre de 1942, sucedió algo. -Saul guardó silencio. Unos segundos después se levantó y caminó hasta la chimenea. El fuego estaba casi apagado-. Natalie, ¿tiene alguna bebida o alguna cosa más fuerte que café? Jerez, por ejemplo.

-Claro -dijo Natalie-. ¿Un coñac le parece bien?

-Maravilloso.

Cuando ella volvió con una gran copa casi llena de coñac, Saul había removido las brasas, añadido más madera y reavivado el fuego.

-Muchas gracias. -Agitó el líquido ambarino e inhaló profundamente su aroma antes de beber el primer trago. El fuego crepitaba y chisporroteaba de nuevo. Saul continuó su historia-: El jueves, estoy casi seguro de que era el 19 de noviembre de 1942, cinco alemanes entraron en plena noche en nuestro barracón. Era algo habitual y siempre se llevaban a cuatro hombres, que ya no regresaban. Los prisioneros de los otros siete barracones de nuestro recinto nos habían dicho que allí pasaba lo mismo. No teníamos idea de por qué los nazis escogían esta manera de liquidar a unos cuantos, cuando miles iban abiertamente al pozo diariamente, pero la verdad es que había muchas cosas que no entendíamos. Se hablaba de experimentos médicos.

»Esa noche vino un joven oberst, un coronel, con los guardias. Y esa noche me eligieron.

»Yo había decidido luchar si me sacaban del barracón en plena noche. Comprendo que esto parece ir en contra de mi decisión de vivir a pesar de todo, pero había algo en la idea de ser conducido hacia la oscuridad que me producía pánico, que me quitaba todas las esperanzas. Estaba preparado para luchar. Cuando los guardias me dieron la orden de salir de mi litera, sabía que sólo me quedaban unos segundos de vida. Estaba dispuesto a intentar matar por lo menos a uno de esos puercos antes de que me asesinaran.

»Pero no fue así. El oberst me ordenó que saliera y yo obedecí. O mejor, mi cuerpo me desobedeció. No era simplemente cobardía o sumisión: el oberst entró en mi mente. No conozco ninguna otra manera de decirlo. Lo sentí, tan cierto como que estaba preparado para sentir las balas que no me dispararon. Le sentí en mis músculos, moviendo mis pies, sacando mi cuerpo del barracón. Y los guardias de la SS no paraban de reírse.

»Es imposible describir lo que sentí en aquel momento. Sólo podía ser considerado como una violencia mental, pero eso no sugiere el sentido de violación. Entonces no..., ni ahora..., creía en la posesión diabólica o en sucesos sobrenaturales. Lo que pasó entonces fue el resultado de alguna aptitud psíquica o psicológica monstruosa pero muy real para controlar directamente los cerebros de otros seres humanos.

»Nos metieron en un camión. Esto de por sí ya era increíble. Excepto para el breve y terrible viaje, desde la estación de Chelmno, los judíos no podían ir nunca en vehículos. En Polonia, ese invierno, los esclavos eran mucho más baratos que la gasolina.

»Nos llevaron al bosque. Éramos dieciséis en el camión, incluyendo a una chica de los barracones de mujeres. La violación mental había terminado, pero había dejado en mi mente un residuo más fétido y vergonzoso que los excrementos que yo había lanzado diariamente en el destacamento del pozo. Por la actitud y los cuchicheos de los otros judíos, sabía que no lo habían sentido. Para ser honesto, en ese momento dudaba de mi salud mental.

»El viaje duró menos de una hora. Había un guardia en el camión con nosotros. Llevaba una pistola-ametralladora. Los guardias del campo casi nunca llevaban armas automáticas en el recinto por el peligro de que fueran robadas. Si no me hubiera estado recuperando de la terrible experiencia del barracón, habría hecho un intento de dominar al alemán, o por lo menos de saltar del camión. Pero la mera presencia del oberst en la cabina del camión me llenaba de un terror más profundo que el que había conocido durante meses.

»Pasaba de la medianoche cuando llegamos a una finca aún más grande que el palacete en torno al cual Chelmno había sido construido. Estaba muy adentrada en el bosque. Los americanos la considerarían un castillo, pero era más y menos que eso. Era el tipo de antigua casa solariega que a veces se encuentra en los bosques más oscuros de mi país: un gran montón de piedras viejas, más allá de nuestra historia, cuidadas y añadidas durante incontables generaciones por familias reclusas cuyo linaje se remonta a los tiempos antes de Cristo. Los dos camiones se detuvieron y fuimos conducidos a un sótano no muy alejado del salón principal. A

la vista de los vehículos militares aparcados en lo que quedaba de los jardines y por el ruido ronco que venía del salón, pensé que los alemanes habían convertido la casa en centro de descanso y entretenimiento para unidades privilegiadas. De hecho, una vez dentro y encerrados en un sótano sin luz, oí a un judío lituano del otro camión murmurar que conocía las marcas del regimiento de los vehículos. Pertenecían al Einsatzgruppe 3 -un Grupo de Acción Especial-, que había liquidado pueblos enteros de judíos cerca de su aldea, en Dvensk. Los einsatzgruppen eran tratados con recelo y temor hasta por las totenkopfverbünde que realizaban los exterminios del campo.

»Al cabo de un rato, los guardias volvieron con antorchas. Éramos treinta y dos en el sótano. Fuimos divididos en dos grupos iguales y conducidos a cuartos separados. Allí nuestro grupo fue vestido con túnicas bastas, rojas, con símbolos blancos delante. Los guardias nos obligaron a ponernos uniformes específicos. Mi símbolo -una torre o poste de alumbrado barroco- no significaba nada para mí. El hombre que estaba a mi lado llevaba la silueta de un elefante levantando su pata delantera derecha.

»Fuimos conducidos al gran salón. Allí nos recibió una escena medieval de Hieronimus Bosco; centenares de SS y asesinos de los einsatzgruppen descansaban y comían y jugaban y fornicaban con prostitutas en cualquier lugar. Chicas campesinas polacas, algunas casi niñas, eran las siervas y esclavas de los hombres de gris. Habían puesto antorchas en soportes en las paredes y el cuadro estaba iluminado como en una visión estremecedora del infierno. Había restos de comida escampados por toda la habitación. Los tapices, muy antiguos, estaban manchados de hollín de las chimeneas abiertas. Una mesa de banquetes, antes magnificente, había sido destrozada por los alemanes que habían grabado sus nombres con bayonetas. Había hombres yaciendo, durmiendo y roncando en el suelo. Vi a dos soldados orinando sobre un tapiz que debía de haber sido traído de la Tierra Prometida en una de las cruzadas.

»El salón era enorme, pero su centro, un área de unos once metros de largo por once de ancho, estaba ostensiblemente vacío. El suelo estaba embaldosado en blanco y negro, con baldosas de sesenta centímetros cuadrados. A ambos lados de este cuadrado, precisamente donde empezaban los balcones, habían sido colocadas dos pesadas sillas elevadas. En uno de esos tronos estaba sentado el joven oberst. Era pálido, rubio y ario. Sus manos eran blancas y finas. En la otra silla había un viejo, con un aire tan antiguo como el montón de piedras que nos rodeaba. Llevaba también un uniforme de la SS, de general, pero el efecto era más el de un muñeco de cera marchito vestido por niños malévolos con un uniforme holgado.

»El otro grupo de judíos había entrado por una puerta lateral. Llevaban túnicas azul claro con símbolos negros semejantes a los nuestros. Pude ver que la mujer de ese grupo usaba una túnica azul claro con el símbolo de una corona o diadema en la frente. Entonces comprendí lo que pasaba. En el estado de agotamiento y miedo constante al que había llegado, no había locura, por estrafalaria que fuese, que no pudiera creer.

»Nos mandaron a nuestras casillas. Yo era un peón, un peón de un alfil del rey blanco. Me quedé tres metros delante y a la derecha del trono del oberst, enfrentándome al judío lituano que tenía un aire terriblemente asustado y que era peón del alfil negro.

»Los gritos y cantos cesaron. Los soldados alemanes se reunieron alrededor del tablero, empujándose para conseguir un lugar cerca del límite del cuadrado. Algunos subieron la escalera o se agruparon en los balcones para tener una vista mejor. Durante medio minuto hubo un silencio absoluto, sólo roto por el chisporrotear de las antorchas y la respiración pesada de la multitud. Nosotros estábamos en las casillas que nos habían asignado, treinta y dos judíos hambrientos, pálidos y asustados, observando, expectantes, respirando profundamente, esperando cualquier cosa que pudiera suceder.

-El viejo se inclinó ligeramente hacia delante en su silla alta e hizo un gesto al oberst con la palma abierta. El otro sonrió y asintió con la cabeza. El juego empezó.

-El oberst hizo otra vez una señal con la cabeza y el peón situado a mi izquierda, un hombre mayor, delgado, con una barba corta, y gris en las mejillas, avanzó dos casillas. El viejo

respondió avanzando su peón de rey. Por la manera como los confusos prisioneros se movían supe que no controlaban sus actos.

»Yo había jugado un poco al ajedrez con mi padre y mi tío. Conocía las aperturas clásicas, así que no me sorprendieron los movimientos. El oberst miró a su derecha y un polaco rechoncho con la túnica correspondiente al caballo, avanzó y fue a colocarse delante de mí. El viejo envió su caballo al lado de la dama. El oberst movió nuestro alfil, un hombre pequeño con el brazo izquierdo vendado, desde detrás de mí hasta la quinta casilla de la fila del caballo. El viejo hizo avanzar una casilla el peón de dama.

»Deseé entonces que me hubiera correspondido cualquier otro símbolo en lugar del de peón. La figura achaparrada del campesino situado delante de mí, el caballo, ofrecía una sensación de escasa seguridad. A mi derecha, otro peón se volvió hacia atrás e hizo una mueca de dolor cuando el oberst le obligó a mirar adelante. Yo no me volví. Mis piernas empezaban a temblar.

»El oberst avanzó el peón de dama dos casillas, de manera que quedó al lado del viejo peón en la fila del rey. Nuestro peón de dama

era un chaval, apenas un adolescente, y miró furtivamente a izquierda y derecha sin mover la cabeza. El caballo campesino colocado delante de mí era la única protección que el chaval tenía frente al peón del viejo.

»El viejo hizo un gesto leve y su alfil saltó delante de la holandesa que era su dama. La cara del alfil estaba muy pálida. El quinto movimiento del oberst hizo salir a nuestro otro caballo. Desde mi posición, yo no podía ver la cara del hombre. Los SS reunidos alrededor empezaron a gritar y a aplaudir después de cada movimiento como si fueran espectadores en un partido de fútbol. Yo oía fragmentos de conversación en la cual se referían al oponente del oberst como Der Alter, "el viejo". El oberst era aplaudido como DerMeister.

»El viejo se inclinó hacia delante como una araña pálida y el caballo de su rey saltó delante del peón de alfil. El caballo era joven y fuerte, demasiado fuerte para poder estar en el campo más de unos pocos días. Tenía una sonrisa idiota en la cara, como si estuviera disfrutando de ese juego de pesadilla. Como en respuesta a la sonrisa del chaval, el oberst movió a nuestro frágil alfil a la misma casilla. Entonces reconocí al alfil. Era un carpintero de nuestro barracón que se había herido dos días antes serrando tablas para la sauna de los guardias. El hombrecillo levantó su brazo sano y tocó al caballo negro en el hombro, como un amigo que le da un golpecillo a otro cuando lo sustituye en el trabajo.

»No vi brillar el cañón del arma. El fusil disparó desde algún sitio en el balcón que había detrás de mí, pero el ruido fue tan fuerte que di un salto y empecé a volverme antes de que el tornillo del control del oberst cayera sobre mi cuello. La sonrisa del joven caballo desapareció en una niebla roja y gris y su cráneo explotó como consecuencia del impacto de la bala. Los peones situados detrás de él se agacharon aterrorizados antes de que los obligaran por la fuerza a ponerse de pie. El cuerpo del caballo se deslizó hacia atrás, casi hasta la casilla en la que había empezado. Entretanto, ya se había formado un charco de sangre en la casilla del peón blanco. Dos hombres de la SS avanzaron y retiraron el cuerpo, arrastrándolo. Esquirlas de cráneo y masa encefálica se habían esparcido sobre diversas piezas negras próximas, pero nadie más había sido herido. El salón aplaudió mucho.

»El viejo se inclinó de nuevo hacia delante y su alfil dio un paso en diagonal hasta donde esperaba el nuestro. El alfil negro tocó levemente el brazo vendado del carpintero. Esta vez hubo una pausa antes de que el fusil hablara. La bala hirió a nuestro alfil debajo del omóplato izquierdo y el hombrecillo se tambaleó dos pasos hacia adelante y después se quedó de pie un segundo, con su brazo derecho hacia atrás, como para rascarse, antes de que sus rodillas se doblasen y cayera sobre las baldosas. Un sargento entró en el tablero, colocó una Luger contra el cráneo del carpintero, disparó y retiró al alfil, que aún se movía. El juego continuó.

»El oberst avanzó dos casillas nuestra dama. Sólo una casilla vacía me separaba de la dama y pude ver cómo se había mordido las uñas hasta sangrar. Eso me recordó a mi hermana, Stefa, y me sorprendí, al notar que las lágrimas me empañaban la visión. Era la primera vez que lloraba por Stefa.

»El viejo hizo su movimiento acompañado del rugido de la multitud ebria. El peón de su rey se movió rápidamente para comer el peón de nuestra dama. Nuestro peón era un polaco con barba, evidentemente un judío ortodoxo. El fusil disparó dos veces en sucesión rápida. El peón del rey negro estaba cubierto de sangre cuando tomó el lugar del peón de nuestra dama en la casilla.

»Ahora no tenía a nadie delante. Miré, a sólo tres casillas, la cara del caballo negro. La antorcha lanzaba largas sombras. Los hombres de la SS animaban a gritos a los jugadores desde el borde de las baldosas. Yo no me atrevía a volverme para mirar al oberst, pero observé cómo el viejo se movía en su trono. Debía de haber comprendido que estaba perdiendo el dominio del centro del tablero. Volvió la cabeza y el peón del alfil de su rey avanzó una casilla. El oberst movió nuestro alfil superviviente a la casilla siguiente, bloqueando el peón enemigo y amenazando el alfil del viejo. La multitud ovacionó.

»Una vez completadas las aperturas, los dos contrincantes empezaron a desarrollar su juego. Ambos enrocaron. Ambos pusieron en juego sus torres. El oberst colocó su dama delante de mí. Miré sus omóplatos puntiagudos contra la tela de su túnica y los rizos de su pelo crespo que le caían sobre su espalda. Apreté y aflojé las manos. Un terrible dolor de cabeza formaba manchas móviles ante mis ojos y temí perder el conocimiento. ¿Qué pasaría entonces? ¿El oberst me permitiría que me desmayara, o mí cuerpo inconsciente sería mantenido derecho en su lugar? Respiré hondo y me concentré en observar el resplandor de la antorcha en un tapiz en la pared más lejana.

»En el movimiento catorce de las negras, el viejo mandó el alfil a donde estaba nuestro caballo campesino, en el centro del tablero. Esta vez no hubo disparo. El gordinflón sargento de la SS entró en el tablero y entregó su puñal de gala al alfil negro. El salón quedó en completo silencio. La luz de la antorcha danzó sobre el acero afilado. El campesino se retorció. Pude ver cómo los músculos de sus brazos se crispaban en un esfuerzo vano por liberarse del control del oberst. No lo logró. El alfil cortó su garganta con un rápido movimiento de la hoja. El sargento de la SS recuperó su puñal e indicó con un gesto a dos hombres que retiraran el cadáver. El juego se reanudó.

»Una de nuestras torres comió el alfil adversario. De nuevo fue usado el cuchillo. Yo continuaba detrás de la joven dama y apretaba

mucho los ojos. Los abrí unos movimientos más tarde cuando el oberst hizo avanzar nuestra dama una casilla. Yo quería sollozar, llorar, cuando ella se alejó de mí. El viejo llevó inmediatamente su propia dama, una chica holandesa, por la diagonal hasta la quinta casilla de la fila de torre. La dama enemiga estaba a sólo una casilla de mi posición, en diagonal. No había nada entre nosotros. Sentí mis tripas descargarse de miedo.

»El oberst empezó entonces su ataque. Primero avanzó su peón de caballo por el flanco izquierdo. El viejo apartó su peón de torre, un hombre sonrosado al que reconocí como perteneciente a la brigada del bosque, para contestar a nuestro peón. El oberst se enfrentó al movimiento con nuestro peón de torre. Era difícil para mí verlo. La mayor parte de los prisioneros eran más altos que yo, así que sólo podía ver espaldas y hombros y cabezas rapadas y sudadas, hombres aterrados y no piezas de ajedrez. Intenté reproducir el tablero en mi mente. Sabía que sólo quedaban nuestro rey y una sola torre en la fila detrás de mí. La otra pieza, situada en la misma fila que yo, era el peón de rey. Enfrente y a mi izquierda había un grupo de dama, peón, torre y alfil. Más a la izquierda, nuestro caballo superviviente estaba solo. A su izquierda, los dos peones de torre habían llegado a un punto muerto. La dama negra continuaba amenazándome desde la derecha.

»Nuestro rey, un judío delgado de unos sesenta años, dio un paso en diagonal a su derecha. El viejo afianzó sus torres en la fila de su rey. De repente, nuestra dama retrocedió hasta la segunda casilla de la fila de nuestra torre. Ahora yo estaba solo. Podía ver cuatro casillas vacías enfrente, donde el judío lituano miraba hacia atrás. Había un pánico animal en sus ojos.

»De súbito me adelanté, mis pies se arrastraron sobre el suelo de mármol. La terrible, irrefutable presencia estaba dentro de mi cráneo, empujándome, frenándome, cerrando mis mandíbulas con fuerza contra el grito que me subía desde la base de la columna. Paré donde

nuestra dama había estado antes, con un peón blanco a cada lado. El viejo movió su caballo negro frente a mí, saltando una casilla blanca vacía. La multitud gritaba ahora más alto. Oí gritos de `Meister! Meister!" transformándose progresivamente en un canto.

»Me adelanté de nuevo, esta vez sólo una casilla. Yo era ahora la única pieza blanca más allá de la línea media del tablero. Detrás de mí, a mi derecha, estaba la dama negra. Sentía su presencia con tanta fuerza como sentía la presencia del tirador en el balcón. Medio metro delante de mí estaban la cara sudada y los ojos demacrados del caballo negro. Detrás de él se encogía el judío lituano.

»La torre negra pasó a mi izquierda. Cuando entró en la casilla del peón blanco, los dos hombres lucharon cuerpo a cuerpo. Al principio pensé que eso significaba una pérdida del control del oberst o del viejo, pero después comprendí que era parte del juego. Los soldados alemanes gritaban, ávidos de sangre. La torre negra era más fuerte o no la restringían, y el peón blanco se inclinaba bajo sus manos. La torre tenía las dos manos en la garganta del peón y apretó con más fuerza. Se escuchó un sonido largo, seco, y el peón cayó al suelo.

»En cuanto hubieron retirado el cuerpo de nuestro peón, el oberst movió nuestro caballo superviviente hacia esa casilla y la lucha empezó de nuevo. Esta vez fue la torre negra la que fue arrastrada afuera, sus pies descalzos rozando las baldosas, los ojos dilatados y desorbitados.

»El caballo negro pasó junto a mí y de nuevo hubo lucha. Los dos hombres chocaron, clavándose los dedos en los ojos mutuamente, agitando las rodillas, hasta que el caballo blanco fue obligado a salir de su casilla hacia la casilla blanca de atrás. El fusil debía de haber sido disparado desde el balcón situado frente a mí. Sentí la ráfaga de aire cuando la bala pasó cerca de mi oreja y oí el impacto. El caballo moribundo tropezó contra mí al caer. Durante un segundo, su mano agarró débilmente mi tobillo como si buscara ayuda. No me moví.

»Nuestra dama estaba de nuevo detrás de mí. El peón negro a mi derecha avanzó para amenazarla. Lo habría eliminado si me lo hubieran ordenado, pero no fue así. La dama retrocedió tres casillas. El viejo hizo avanzar una casilla al peón de su dama. El oberst hizo intervenir a nuestro otro peón de alfil.

» "Meister! Meister!, cantó la multitud. El viejo hizo retroceder dos casillas a su dama negra.

»Entonces me movieron de nuevo. Quedé cara a cara con el judío lituano, que estaba rígido, paralizado por el miedo. ¿Sabría que yo no le podía hacer nada estando en la misma fila? Quizá no, pero yo era muy consciente de que la dama negra podría aniquilarme en cualquier momento. Sólo la presencia presentida de mi propia dama cinco casillas más atrás me ofrecía alguna seguridad. ¿Pero qué pasaría si DerAlter desease cambiar damas? Lo que hizo fue mover su torre de nuevo hacia la casilla original del rey.

»A mi izquierda hubo un alboroto mientras el otro peón de alfil comía un peón negro y era comido a su vez por el alfil negro que sobrevivía. Durante un momento quedé solo en territorio enemigo. Entonces el oberst situó la dama blanca en la casilla que había detrás de mí. Pasara lo que pasase ahora, no estaría solo. Contuve la respiración y esperé.

»No pasó nada. O mejor, el viejo bajó de su alta silla, hizo un gesto

y se marchó. Había abandonado. La multitud embriagada de soldados de los einsatzgruppen berreaba su aprobación. Un contingente de soldados con la insignia de la calavera corrió hacia el oberst y lo paseó en hombros por el salón. Yo me quedé allí de pie, delante del lituano, ambos parpadeando estúpidamente. El juego había acabado y yo sabía que de alguna manera había ayudado al oberst a ganarlo, pero estaba demasiado torpe para comprender cómo. Todo lo que podía ver eran judíos cansados que permanecían de pie en un alivio confuso mientras en el salón retumbaban gritos y cantos. Seis de nuestros hombres de blanco habían muerto. Faltaban seis de las piezas negras. Los que quedábamos podíamos movernos, vivir. Me volví para abrazar a la mujer que estaba detrás de mí. Lloraba. «Shalom , le dije, y le besé las manos. shalom' El judío lituano había caído de rodillas en su casilla blanca. Le ayudé a levantarse.

»Una brigada de soldados con pistolas-ametralladoras nos hizo atravesar la multitud hasta un vestíbulo vacío. Allí nos obligaron a desnudarnos y a dejar nuestras túnicas apiladas. Después nos llevaron hacia la noche, para matarnos.

-Nos dieron la orden de cavar nuestras propias tumbas. Había media docena de palas en un claro situado a unos cuarenta metros, detrás de la casa, y las usamos para cavar una zanja ancha, poco profunda, mientras los soldados aguantaban las antorchas o conversaban y fumaban cigarrillos en la oscuridad. Había nieve. La tierra estaba helada y dura como piedra. No pudimos cavar más de medio metro. Entre los golpes sordos de las palas, podía oír las risas que continuaban en el pabellón. De los ventanales salían haces de luz que lanzaban rectángulos amarillos en los gabletes cubiertos de pizarra. Sólo el ejercicio y nuestro miedo impedían que nos heláramos. Mis pies desnudos se habían vuelto azulados y no sentía los dedos. Casi habíamos terminado de cavar y yo sentía que debía decidir qué hacer. Estaba muy oscuro y pensé que la tentativa con más posibilidades de éxito sería intentar escaparme por el bosque. Habría sido mejor intentarlo todos al mismo tiempo, pero varios de los judíos más viejos estaban demasiado helados y cansados para correr, y además, no podíamos hablar entre nosotros. Las dos mujeres estaban de pie a varios metros de la zanja, intentando en vano cubrir su desnudez mientras los guardias hacían bromas groseras y les acercaban las antorchas.

»Yo no podía decidir si debía simplemente correr o usar la pala de mango largo en un intento de aporrear a uno de los soldados y coger una pistola-ametralladora. Eran einsatzgruppen totenkopfverb~inde, pero estaban también borrachos y relajados. Tenía que decidirme.

»La pala. Elegí al guardia, un joven bajo, que parecía dormitar a pocos pasos de mí. Cogí el mango con fuerza. »-Halt! Wo ist denn mein Bauer?

»Era el oberst rubio que venía hacia nosotros. Llevaba un pesado abrigo y su gorro de oficial. Cuando entró en el círculo de antorchas miró alrededor. Preguntaba por su peón. ¿Qué peón?

»-Sie! Kommen sie her.!

»Me hizo un gesto. Yo me encogí, esperando de nuevo la violación mental, pero no llegó. Salté de la zanja, le entregué mi pala a un guardia y quedé desnudo y trémulo ante el oberst, delante del que llamaban VDerMeister".

»-Acabad -le dijo en alemán al sargento-. Schnell!

»El sargento asintió con la cabeza y agrupó a los judíos en el borde de la zanja. Las dos mujeres se apiñaron en la punta, abrazadas con sus delgados brazos. El sargento les ordenó que se echasen en el fondo de la zanja. Tres hombres se negaron y fueron asesinados donde se encontraban. Uno de ellos, el hombre que había sido el rey negro, cayó, crispándose, a sólo dos metros de mí. Miré mis congelados pies e intenté no moverme, pero mis temblores iban en aumento. Los otros judíos recibieron orden de empujar los cuerpos hacia el agujero. Después se hizo el silencio. Las espaldas y nalgas pálidas de mis compañeros brillaban a la luz de las antorchas. El sargento dio una orden y los soldados dispararon. Pasó menos de un minuto. El sonido de las pistolasametralladoras y carabinas ligeras parecía sordo, inconsecuente; un ruido leve, como de descorchar una botella, y otra forma blanca, desnuda, se crispaba y sufría un espasmo durante un segundo en el agujero y después se quedaba inmóvil. Las mujeres murieron abrazadas. El judío lituano gritó en hebreo y se puso de rodillas, con los brazos tendidos hacia los guardias o el cielo -aún no sé a qué- y después fue casi cortado por la mitad por los tiros del fusil automático.

»Durante todo el rato que duró la matanza, yo permanecí de pie, temblando, mirando mis pies, rezando para volverme invisible. Pero antes de que hubieran acabado, el sargento se acercó a mí y dijo:

»-¿Éste, mein oberst?

»-Mein zuverlässiger Bauer? -dijo el oberst-. ¿Mi peón de con
fianza? Tenemos que hacer una partida de caza.

»-Eine Jagd? -preguntó el sargento-. Heute nacht? »- Wenn es ddmmert.

»-Auch DerAlter?

»--Ja.

»-Jawohl, mein oberst.

»Yo notaba que el sargento estaba contrariado. Esa noche no tendría tiempo para dormir.

»Cuando los guardias empezaron a echar una fina capa de tierra sobre los cadáveres, yo fui conducido de nuevo al pabellón y encadenado en el mismo sótano donde habíamos estado antes. Empecé a sentir un hormigueo en los pies, que después me noté muy calientes. Fue muy doloroso. A pesar de eso, dormitaba cuando el sargento volvió, me quitó las cadenas y me dijo que me vistiera: ropa interior, pantalones de lana azules, una camisa y un jersey, calcetines gruesos y botas fuertes que me estaban sólo ligeramente pequeñas. Aquellas ropas decentes me proporcionaban una sensación maravillosa después de meses con andrajos.

»El sargento me llevó afuera, hasta donde esperaban en la nieve cuatro hombres de la SS. Llevaban linternas y fusiles pesados. Uno de ellos sujetaba un pastor alemán con una correa y dejó que el animal me oliera mientras esperábamos. El gran salón estaba ahora oscuro, los gritos habían cesado. Había una incierta luz en la noche a medida que la aurora se acercaba.

»Los guardias habían acabado de apagar sus linternas cuando aparecieron el oberst y el viejo general. No llevaban uniforme, sino pesadas chaquetas verdes de caza y capas. Los dos llevaban fusiles de gran calibre no militar con mira telescópica. Entonces comprendí. Supe exactamente lo que iba a suceder, pero estaba demasiado cansado para preocuparme.

»El oberst hizo un gesto y los guardias se apartaron de mí y fueron a colocarse junto a los dos oficiales. Yo permanecí allí un minuto, vacilante, negándome a hacer lo que querían que hiciera. El sargento me gruñó en mal polaco: "¡Corre! ¡Corre, judío piojoso! ¡Ve!" Pero no me moví. El perro se lanzaba, estirando la correa, gruñendo. El sargento levantó el fusil y disparó un tiro que echó nieve entre mis pies. No me moví. Después sentí los primeros toques indecisos en mi cerebro.

»'Ve, kleiner Bauer. "El cuchicheo suave en mi mente me hizo tambalearme con asco. Me volví y corrí hacia el bosque.

»En mis condiciones, no podía correr mucho. Pocos minutos después jadeaba y me tambaleaba. Mis huellas eran claramente visibles en la nieve, pero no había nada que yo pudiera hacer al respecto. El cielo clareaba mientras yo me tambaleaba en lo que esperaba que fuese la dirección sur. Oía ladridos furiosos detrás de mí y sabía que el grupo de cazadores había empezado a seguir mi rastro.

»Había caminado poco más de un kilómetro cuando llegué a una zona abierta. Una franja de terreno de casi cien metros había sido liberada de árboles y maleza. Había rollos de alambre de espino en el centro de esta tierra de nadie, pero no fue el alambre el que me obligó a detenerme. En el centro había un letrero en alemán y polaco que decía: "¡ALTO! ¡CAMPO DE MINAS!"

»Los ladridos se acercaban. Me volví hacia la izquierda y empecé a trotar, sintiendo un terrible dolor y jadeando. Ahora sabía que no había ninguna salida. El perímetro minado debía de cercar toda la propiedad, su coto de caza privado. Mi única esperanza era encontrar la carretera por donde habíamos venido esa noche, hacía una eternidad. Sabía que me encontraría con puertas y guardias, pero de todas formas iba a intentar la carretera. Mejor que me cogieran los guardias que los asesinos que me perseguían. Decidí que prefería atravesar el campo de minas antes que permitir que los cazadores me dispararan.

»Acababa de llegar a un riachuelo cuando la violación mental empezó. Yo estaba inmóvil, mirando el riachuelo medio helado, cuando lo sentí entrar en mí. Durante unos segundos luché, cogiéndome las sienes, cayendo de rodillas en la nieve, pero entonces el oberst ya estaba en mí, llenando mi mente de la misma manera que el agua llena la boca y la nariz y los pulmones de un hombre que se ahoga. Era peor que eso. Era como si una gran serpiente entrara en mi cráneo y se abriera camino por mi cerebro. Grité, pero no salió ningún sonido de mi garganta. Me puse de pie.

» Komm her, mein kleiner Bauer!"La voz del oberst cuchicheó sin sonido dentro de mí. Sus pensamientos cayeron sobre los míos, forzando a mi voluntad a entrar en un pozo hondo. Vislumbré imágenes de caras, lugares, uniformes y salas. Recorrí olas de odio y arrogancia. Su amor a la violencia llenó mi boca con el sabor cobrizo de la sangre. Komm!" El cuchicheo mental era seductor, repugnante, como la lengua de un hombre entrando en mi boca.

»Me vi corriendo hacia el riachuelo, volviendo al oeste, hacia el grupo de cazadores, corriendo muy deprisa, jadeando en arranques leves, dolorosos. El agua helada salpicó mis piernas e hizo pesados mis pantalones de lana. Me sangraba la nariz y la sangre me corría libremente por la cara y el cuello.

» «Komm her!"

»Dejé el riachuelo y fui, tambaleándome, a través del bosque hacia una pila de cantos rodados. Mi cuerpo se crispaba y saltaba como una marioneta mientras yo subía para meterme en un resquicio entre las rocas. Me quedé allí con la mejilla contra la piedra, mientras la sangre caía sobre el musgo helado. Oí voces que se aproximaban. El grupo de cazadores no estaba a más de cincuenta pasos entre los árboles. Pensé que rodearían mi montón de rocas y entonces el oberst me ordenaría que me pusiese de pie para que pudieran disparar. Hice un esfuerzo para mover las piernas, para desplazar el brazo, pero era como si alguien hubiese cortado los cables que ligaban mi cerebro a mi cuerpo. Estaba inmovilizado allí con tanta seguridad como si los cantos rodados hubiesen caído sobre mí.

»Escuché un murmullo de conversaciones y entonces, increíblemente, los hombres siguieron el camino que yo había seguido diez minutos antes. Podía oír al perro que ladraba mientras seguía mi rastro. ¿Por qué el oberst jugaba conmigo? Hice un esfuerzo para comprender sus pensamientos, pero mis débiles intentos fueron apartados como uno apartaría un insecto molesto.

»De súbito, yo estaba de nuevo en movimiento, corriendo, agachado, entre los árboles, después arrastrándome sobre el vientre a través de la nieve. Sentí el olor de humo de cigarrillo antes de descubrirlos. El viejo y el sargento estaban en un claro. El viejo estaba sentado sobre un tronco caído. Tenía el fusil de caza sobre las rodillas. El sargento estaba de pie de espaldas a mí, sus dedos golpeteando distraídamente la culata de su fusil.

»De súbito, me puse de pie y corrí, moviéndome más deprisa que nunca. El sargento se volvió para mirar en el momento en que yo saltaba y le pegaba con mi hombro. Yo era más pequeño que el sargento y mucho menos pesado, pero la velocidad del impacto lo tiró al suelo. Me revolqué una vez, gritando silenciosamente, deseando sólo recuperar el control de mi propio cuerpo y huir hacia el bosque, y entonces cogí el fusil de caza del viejo y le pegué al sargento en la cara y en el cuello, usando la magnífica culata cincelada como porra. El sargento intentó levantarse y le pegué de nuevo. Buscó su fusil a tientas y le aplasté la mano con mi bota y después dirigí la pesada culata contra su cara hasta que los huesos se rompieron, hasta que ya no hubo cara. Después bajé el fusil y me enfrenté al viejo.

»El viejo estaba sentado en el tronco, y tenía en la mano la Luger que había sacado de la funda; el cigarrillo aún colgaba de sus finos labios. Parecía tener mil años, pero había una sonrisa en la expresión caricaturesca de su arrugada cara.

»-Sie! -dijo, y yo supe que no hablaba conmigo.

»-Ja,. Alter -dije yo, y me sentí admirado de oír las palabras saliendo de mi boca-: Das Spiel ist beendet "

»-Veremos -dijo el viejo, y levantó la pistola para disparar.

»Entonces yo salté y la bala atravesó mi jersey y pasó rozando mis costillas. Le agarré el puño antes de que pudiera disparar otra vez e hicimos una pirueta en la nieve, mientras el viejo se ponía de pie para unirse a mí en una estrafalaria danza: un joven judío demacrado, con sangre manando en la nariz, y un viejo perdido en su abrigo de lana. Su Luger disparó de nuevo, al aire, y después yo la noté en mi mano y retrocedí.

»Levanté el arma.

»-Nein -gritó el viejo, y entonces sentí su presencia como un martillo contra mi cráneo.

»Durante un segundo, yo no estaba en ninguna parte mientras aquellos dos oscuros parásitos luchaban por el control de mi mente. Después tuve la sensación de que contemplaba la escena desde alguna parte por encima de mi yo. Vi al viejo de pie, rígido, y vi mi propio cuerpo dando bandazos alrededor como dominado por un terrible ataque epiléptico. Mis ojos se salían de las órbitas y mi boca estaba abierta como la boca de un idiota. La orina manchaba mis pantalones y humeaba al contacto con el aire helado.

»Después pude mirar desde mis propios ojos y el viejo dejó de estar en mi mente. Retrocedió tres pasos y se sentó pesadamente en el tronco.

»-Willi -dijo-. Mein Freund...

»Mi brazo se levantó y le disparé dos veces en la cara y una vez en el corazón. Cayó hacia atrás y yo me quedé mirando las suelas con clavos de sus botas.

»'Ahora venimos, peón -cuchicheó el oberst en mi cabeza-. Espéranos. "

»Aguardé hasta que pude oír sus botas y el gruñido del pastor alemán detrás de los árboles. La pistola estaba todavía en mi mano. Intenté relajar mi cuerpo, concentrando toda mi voluntad y energía en un solo dedo de mi mano derecha. Ni siquiera pensé en lo que haría. El grupo de cazadores estaba casi a la vista cuando el control del oberst se deslizó sólo lo suficiente para que yo intentara algo. Fue la lucha más crucial y difícil de mi vida. Tenía sólo que encoger un dedo algunos centímetros, pero exigió toda la energía y determinación que quedaba en mi cuerpo y espíritu.

»Lo conseguí. La Luger se disparó y la bala trazó un camino en mi muslo y arrancó el dedo pequeño de mi pie derecho. El dolor fue como un fuego purificador. Pareció coger desprevenido al oberst y pude sentir cómo su presencia se replegaba durante algunos segundos.

»Me volví y empecé a correr, dejando huellas de sangre en la nieve. Hugo gritos muy cerca de mí. Un fusil automático empezó a castañetear y pude sentir los proyectiles de acero zumbando cerca de mí como abejas. Pero el oberst no me controlaba. Llegué al campo de minas y lo crucé sin vacilar. Aparté la alambrada con mis propias manos, tiré a un lado los alambres y continué mi huida. Increíblemente, inexplicablemente, conseguí atravesar el claro. Entonces el oberst volvió a entrar en mi mente.

» `Halt!"Me detuve. Me giré y vi a cuatro guardias y al oberst mirándome desde el otro lado de la zona de la muerte. "Vuelve, pequeño peón -murmuraba la voz de aquel ser-. El juego se ha terminado. "

»Intenté levantar la Luger hasta mi sien. No pude hacerlo. Mi cuerpo empezó a caminar hacia ellos, cruzando de nuevo el campo de minas. En ese momento el pastor alemán se soltó del guardia que lo

sujetaba y corrió hacia mí. El animal acababa de llegar al borde de la zona, a menos de veinte metros del oberst, cuando la mina explotó. Era una mina antitanque, muy poderosa. Tierra, metralla y pedazos del animal llenaron el aire. Vi cómo los cinco hombres caían y después algo blando vino contra mi pecho y me hizo perder el equilibrio.

»Me levanté y vi la cabeza del perro cerca de mis pies. El oberst y dos de los SS estaban en el suelo, a gatas, moviendo sus aturdidas cabezas. Los otros dos no se movían. El oberst no estaba conmigo. Levanté la Luger y vacié el cargador sobre el oberst. Estaba demasiado lejos. Yo temblaba mucho. Ninguna de las balas llegó cerca de los tres hombres. No perdí más tiempo mirando y me volví para huir.

»Hasta hoy no sé por qué el oberst me permitió escapar. Quizás estaba herido por la explosión. O quizás otra demostración de su control sobre mí podía hacer evidente que la muerte del viejo era obra suya. No lo sé. Pero aún hoy sospecho que pude escaparme porque convenía a las intenciones del oberst..

Saul calló. La chimenea se había apagado y ya pasaba mucho de la medianoche. Él y Natalie Preston estaban sentados casi en la oscuridad. Durante la media hora final de su narración, su voz había sido poco más que un gruñido ronco.

-Está cansado -dijo Natalie.

No lo negó. Hacía dos noches que no dormía, desde que había visto la foto de «William Borden» en el periódico del domingo por la mañana.

-Pero hay más, ¿verdad? -dijo Natalie-. Todo eso está relacionado con la gente que mató a mi padre, ¿no es así?

Él asintió con la cabeza.

Natalie salió de la habitación y volvió enseguida con edredones, sábanas y una almohada grande. Empezó a transformar el sofá en una cama.

-Quédese esta noche -dijo-. Puede terminar de contarme su historia por la mañana. Haré el desayuno para los dos.

-Tengo una habitación en el motel -dijo Saul con voz ronca. La idea de conducir hasta tan lejos por la carretera 52 le hizo querer cerrar los ojos y dormirse en aquel mismo momento.

-Pero me gustaría que se quedara -murmuró ella-. Quiero escuchar...; no, necesito conocer el resto de esta historia. -Hizo una pausa-. Y no quiero estar sola en casa esta noche.

Saul asintió con la cabeza.

-Bien -dijo Natalie-. Hay un cepillo de dientes nuevo en el cuarto de baño. Puedo darle un pijama limpio de mi padre, si quiere.

-No -dijo Saul-. No es preciso.

-Muy bien, de acuerdo -dijo Natalie, y se detuvo en la entrada del pequeño vestíbulo-. Saul... -empezó a decir, y se frotó los ojosTodo esto..., es todo verdad, ¿no?

-Sí.

-Y su oberst estuvo aquí en Charleston la semana pasada, ¿verdad? ¿Es uno de los responsables del asesinato de mi padre? -Creo que sí.

Natalie balanceó la cabeza, empezó a hablar, se mordió el labio levemente y dijo sólo:

-Buenas noches, Saul.

-Buenas noches, Natalie.

A pesar del cansancio, Saul Laski continuó sin poder dormir, y se quedó echado, observando en las fotografías de la pared el reflejo de la luz de los faros de los coches que pasaban. Intentó pensar en cosas agradables, en una luz dorada que tocaba los troncos de sauces cerca de un río o en un campo de margaritas blancas en una granja donde había jugado cuando era un chaval. Pero cuando finalmente se durmió, soñó con un bello día de junio y con su hermano Josef que le seguía hasta un circo situado en un maravilloso prado donde carros alegremente decorados llevaban bandadas de niños risueños hacia un pozo que los esperaba.

7

Charleston, miércoles 17 de diciembre de 1980

Al principio, el sheriff Bobby Joe Gentry se sintió encantado cuando descubrió que le seguían. Que él supiera, nunca le habían seguido antes. Había tenido su propia experiencia de seguir gente; precisamente en la víspera había seguido al psiquiatra, Laski; lo vio entrar en la casa Fuller, esperó paciente en el Dodge de Linda Mae mientras Laski y la chica cenaban, y después pasó una buena parte de la noche en St. Andrews tomando café y vigilando la casa de Natalie Preston. Había sido una noche particularmente fría e inútil. Esta mañana a primera hora había pasado por allí en su propio coche y el Toyota alquilado del psiquiatra aún seguía aparcado delante de la casa. ¿Qué relación podía haber entre ellos? Gentry tenía un claro presentimiento con respecto a Laski -había sentido sus punzadas la primera vez que había hablado con el psiquiatra por teléfono- y el presentimiento se estaba transformando en una de aquellas picazones de intuición imposibles de rascar, entre los omóplatos, que Gentry reconocía por experiencia como una de las armas necesarias en un buen policía. Por eso ayer había seguido a Laski. Y ahora, a él -el sheriff Bobby Joe Gentry de Charleston- le seguían.

Al principio le pareció difícil de creer. Ese miércoles por la mañana se había levantado a las seis, como de costumbre, cansado de dormir poco y de la excesiva cafeína de la noche anterior, había pasado por la casa de los Preston en St. Andrews para verificar que Laski había pasado allí el resto de la noche, había parado para tomar un donut en la cafetería de Sarah Dixon en la avenida Rivers y después había ido hasta el parque Hampten para entrevistar a una tal señora Lewellyn. El marido de esta mujer había salido de la ciudad la misma noche de los asesinatos de Mansard House, cuatro días antes, y había muerto en un accidente de coche en Atlanta la madrugada del domingo. Cuando la policía de Georgia la llamó para informarle de que su marido había chocado contra el pilar de un puente a una velocidad superior a ciento treinta kilómetros por hora en la carretera de circunvalación 1-285 cerca de Atlanta, la señora Lewellyn tenía una pregunta que hacer a la policía: «¿Qué diablos hacía Arthur en Atlanta, si había salido la noche pasada para comprar un puro y el periódico?»

Gentry pensó que era una pregunta pertinente. No conocía aún la respuesta cuando salió de la casa de ladrillos de los Lewellyn a las nueve, después de hablar durante media hora con la viuda. Entonces se percató de la presencia del Plymouth verde aparcado a mitad del bloque, a la sombra de los árboles altos que adornaban la calle.

Se había fijado antes en el Plymouth, cuando salía del aparcamiento de la cafetería esa mañana muy temprano. Le había llamado la atención sólo porque tenía matrícula de Maryland. Gentry sabía que un poli puede volverse medio loco por fijarse en detalles como ése, que la mayoría de las veces son totalmente inútiles. Mientras se sentaba al volante de su coche aparcado delante de la casa de los Lewellyn, ajustó el espejo para poder ver bien el Plymouth aparcado al final de la calle. Era el mismo coche. No podía ver si había alguien dentro a causa de los reflejos del parabrisas. Se encogió de hombros, se alejó de la curva, y torció a la izquierda a la primera señal de stop. El Plymouth empezó a moverse antes de que el coche de Gentry se perdiera de vista. Giró otra vez a la izquierda y se dirigió hacia el sur, intentó decidir si debía volver al edificio del Ayuntamiento para terminar con el papeleo o volver a St. Andrews. Atrás, podía ver el sedán verde separado por dos coches.

Gentry condujo lentamente, dando golpecitos en el volante con sus grandes manos enrojecidas y silbando una canción country entre dientes. Escuchaba distraídamente el chirrido de su radio de la policía y pensó en todas las razones que se le ocurrieron para que alguien le estuviese siguiendo. No había muchas. Excepto unos pocos malhechores que había enviado a la cárcel durante los dos últimos años, nadie tenía motivo para ajustarle las cuentas a Bobby Joe Gentry, mucho menos para perder el tiempo siguiéndole en sus meandros diarios. Se preguntó si estaría preocupándose por fantasmas. Había más de un Plymouth verde en Charleston. «¿Con matrícula de Maryland?», se burló el policía que había en él. Decidió volver al despacho por el camino más largo.

Giró a la izquierda hacia el tráfico de la calle Cannon. El Plymouth le acompañó, manteniéndose a tres coches de distancia. Si Gentry no hubiera sabido que estaba allí, ahora no lo vería. Sólo el vacío del pequeño callejón cerca del parque Hampten, donde vivía la señora Lewellyn, le había denunciado. Gentry viró en una rampa de la carretera 26, condujo hacia el norte un poco más de un kilómetro y después salió, tomando calles traseras hacia el este, hacia la calle Meeting. El Plymouth continuaba visible en el espejo, escondiéndose detrás de otros vehículos siempre que podía, retrasándose cuando no había tráfico.

-Bien, bien, bien -dijo el sheriff Gentry.

Continuó hacia Charleston Heights, pasando junto a la base naval. Podían verse enormes buques grises a través de una maraña de grúas. Giró a la izquierda, hacia la avenida Dorchester y después entró de nuevo en la 1-26, esta vez en dirección al sur. El Plymouth ya no estaba a la vista. Estaba casi a punto de salir cerca del centro y atribuir la cosa al hecho de ver demasiadas películas en la televisión por cable cuando un semirremolque cambió de carril ochocientos metros más atrás y Gentry avistó al sedán verde.

Gentry tomó la salida 221 y volvió a las calles estrechas cerca del edificio del Ayuntamiento. Había empezado a lloviznar. El conductor del Plymouth había puesto en marcha el limpiaparabrisas al mismo tiempo que Gentry. El sheriff intentó pensar en cualquier ley que pudiera estar siendo violada. No se le ocurrió ninguna. «Muy bien -pensó Gentry-, ¿cómo se despista a alguien que te sigue?» Pensó en todas las persecuciones a gran velocidad que había visto en el cine. No, gracias. Intentó recordar detalles de las muchas novelas de espionaje que había leído, pero todo lo que le venía a la mente eran imágenes de cambios de vagones en el metro de Moscú. Muchas gracias. No era de gran ayuda el hecho de que Gentry condujera su coche castaño con la inscripción «SHERIFF DE CHARLESTON» en ambos costados.

Gentry sabía que podía hablar por la radio de la policía, dar un par de vueltas al bloque y ocho coches de la policía y la mitad de las patrullas de carretera estarían esperando en el cruce siguiente. ¿Y después qué? Gentry se vio ante el juez Trantor respondiendo a la acusación de acosar a un visitante de otro estado que intentaba encontrar el transbordador para Fuerte Sumter y que había decidido seguir al policía local.

La cosa más inteligente que podía hacer, Gentry lo sabía, era no hacer nada. Dejar que le siguiera tanto como quisiera -días, semanas, años- hasta que pudiese descubrir de qué juego se trataba. El hombre del Plymouth -si era un hombre- podía ser un funcionario de los tribunales o un reportero o un testigo de Jehová persistente o un miembro del nuevo comité del gobernador contra la corrupción policial. La cosa más inteligente, Gentry estaba seguro de eso, era volver al trabajo, al despacho, no preocuparse y dejar que las cosas se arreglasen por sí mismas.

-Oh, ¡qué demonios! -dijo Gentry.

Nunca había sido conocido por su paciencia. Giró el coche en un patinazo de ciento ochenta grados sobre el pavimento húmedo, encendió las luces y la sirena y aceleró por la estrecha calle de dirección única directamente hacia el Plymouth que se aproximaba. Con su mano derecha sacó de su funda la pistola no reglamentaria. Echó un vistazo para asegurarse de que la porra estaba en el asiento donde la dejaba normalmente. Conducía muy deprisa y tocaba el claxon para aumentar la confusión.

El motor del Plymouth tenía aire de sorprendido. Gentry podía ver que sólo había un ocupante en el coche. El vehículo se desvió hacia la derecha. Gentry cortó a la izquierda para cerrarle el paso. El Plymouth hizo una finta más hacia la izquierda de la calle y después aceleró hacia la acera derecha para intentar pasar al lado del coche del sheriff. Gentry giró el volante hacia la izquierda, hizo saltar al coche cuando iba hacia la curva y se preparó para una colisión frontal.

El Plymouth patinó de lado, se llevó una hilera de cubos de basura con el parachoques posterior y chocó de lado con un poste telefónico. Gentry detuvo su coche delante del radiador humeante del otro, asegurándose de que estaba correctamente situado para impedirle la huida. Después salió, con la pesada porra en la mano izquierda.

-¿Puedo ver su carné de conducir y los papeles del coche, señor? -preguntó Gentry.

Una cara pálida, fina, le miró desde el interior del coche. El Plymouth había chocado con el poste telefónico de manera que la puerta había quedado bloqueada y el conductor

conmocionado. El hombre tenía una frente alta y el pelo muy negro. Gentry le situó en los cuarenta y tantos años. Llevaba un traje oscuro, camisa blanca y una corbata fina, oscura, que parecía de la era Kennedy.

Gentry miraba con cierta atención mientras el hombre buscaba la cartera.

-¿Puede hacer el favor de sacar el carné de la cartera, señor?

El hombre hizo una pausa, parpadeó y se volvió para obedecer. Gentry avanzó rápidamente y abrió la puerta con la mano izquierda, dejando que la porra colgara de su muñeca. Su mano derecha

tocaba la culata de su Ruger Blackhawk.

-Por favor, salga del... ¡Mierda!

El conductor dio la vuelta con la pistola automática apuntando ya hacia la cara del sheriff. Los ciento veinte kilos de Gentry pasaron por la puerta abierta del coche cuando se lanzó para agarrar la muñeca del hombre. La pistola disparó dos veces. Una de las balas pasó junto a la oreja del sheriff y atravesó el techo. La otra convirtió el parabrisas del Plymouth en una telaraña quebradiza. En ese momento, Gentry ya había agarrado al hombre por las muñecas y ambos estaban tumbados sobre el asiento delantero como una pareja de adolescentes en un aparcamiento. Ambos jadeaban. La porra de Gentry se había trabado en el volante, presionando el claxón, y el Plymouth bramaba como una bestia herida. El conductor levantó la mano izquierda para arañar la cara del sheriff. Gentry bajó su maciza cabeza y le dio un cabezazo; una, dos veces, hasta oír su quejido al tercer golpe. El conductor soltó la automática, que rebotó en el volante y en la pierna de Gentry y cayó en el pavimento, afuera. Con el pavor innato del deportista a las armas caídas, Gentry temía que se disparara, vaciando media recámara en sus espaldas. No lo hizo.

-Joder -dijo Gentry, y se echó hacia atrás arrastrando al conductor afuera del coche con él.

Agarraba el cuello del hombre con su mano derecha y después de comprobar que la automática estaba cerca, casi bajo el coche, tiró al conductor al suelo a unos dos metros. En el momento en que el otro consiguió ponerse de pie, Gentry lo encañonaba con la pesada Ruger Blackhawk que su tío le había regalado al jubilarse. El arma daba una sensación de solidez en su mano.

-Quieto ahí. No se mueva -ordenó Gentry.

Una docena de personas habían salido de las tiendas para ver qué pasaba. Gentry se aseguró de que estaban fuera de tiro y de que sólo había una pared de ladrillos detrás del conductor del Plymouth. Comprendió, al notar cierta sensación de náusea, que se estaba preparando para matar al pobre hijo de puta. Nunca antes había disparado un arma contra un ser humano. En vez de sostener el revólver con ambas manos y manteniendo las piernas separadas, como le habían enseñado, permaneció derecho, con el codo levantado y el arma apuntando hacia el cielo. La lluvia era una niebla suave en la cara colorada del sheriff.

-La pelea ha terminado -jadeó-. Relájate, hombre. Vamos a conversar un poco sobre el asunto.

El conductor sacó la mano del bolsillo con una navaja. La hoja apareció con un chasquido perfectamente audible. El hombre se puso casi en cuclillas, balanceándose ligeramente, con los dedos de la otra mano extendidos. Al sheriff no le gustó nada comprobar que el hombre empuñaba la navaja de la manera correcta, amenazadoramente, con el pulgar sobre la hoja de quince centímetros que ya se balanceaba en arcos cortos y flexibles. Gentry dio un puntapié a la pistola automática enviándola debajo del Plymouth y retrocedió tres pasos.

-Vamos, hombre -dijo Gentry-. No haga una estupidez. Suelte la navaja.

No subestimó la velocidad con la que el hombre podía cubrir los cinco metros que los separaban. Ni le cupo duda de que, a esa distancia, un cuchillo lanzado podría ser tan mortífero como una bala. Pero recordó también los agujeros de un palmo que el Blackhawk dejaba en el blanco de papel a cuarenta pasos. No quería pensar en cómo actuarían las balas del 357 en tejido humano a cinco metros.

-Suelte la navaja -repitió Gentry. Su voz sonaba monótona y suave, en absoluto amenazante, carente de cualquier argumento-. Vamos a tranquilizarnos y a discutir el caso.

El otro no había hablado ni una sola vez, únicamente emitía gruñidos desde que Gentry se había acercado al Plymouth. Ahora un silbido, como vapor de una olla que se enfría, venía de entre sus dientes apretados. Empezó a levantar la navaja verticalmente.

«¡Para!» Gentry le apuntó con una mano, dirigiendo el arma al centro de la fina corbata del hombre. Si la hoja llegaba hasta la altura de lanzamiento, Gentry dispararía. La tensión de su dedo en el gatillo era ya lo bastante fuerte para levantar el percutor.

Entonces Gentry vio algo que hizo que su corazón se detuviera en una parálisis dolorosa. La cara del hombre parecía temblar, no agitándose, sino fluyendo como una máscara de goma mal colocada que se deslizara sobre los rasgos más sólidos. Sus ojos se habían abierto mucho, como sorprendidos o aterrados, y ahora se movían hacia delante y hacia atrás como pequeños animales llenos de pánico. Durante un instante, Gentry vio cómo una personalidad diferente emergía en esa cara magra, apareció una mirada de terror total y visible confusión en esos ojos cautivos, y después los músculos de la cara y del cuello se pusieron rígidos, como si la máscara hubiese sido finalmente ajustada. La hoja continuó levantándose hasta llegar a la altura de la barbilla del hombre, lo bastante como para ser lanzada con precisión.

-¡Eh! -gritó Gentry. Relajó la tensión de su dedo sobre el gatillo.

El conductor había clavado la hoja en su propia garganta. No la apuñaló ni acuchilló, sino que introdujo los quince centímetros de acero como habría hecho un cirujano para realizar la incisión inicial o como alguien habría perforado cuidadosamente una sandía para abrirla. Después, con una fuerza deliberada, lentamente, empujó la hoja de izquierda a derecha a todo lo largo de la mandíbula.

-Oh, Jesús -murmuró Gentry. Se oyó gritar a alguien entre la multitud de espectadores.

La sangre corría por la blancura de la camisa del hombre como si un globo lleno de tinta roja hubiera reventado. El hombre se arrancó la navaja y se quedó de pie durante unos increíbles diez o doce segundos, con las piernas separadas y el cuello rígido, sin expresión, mientras una cascada de sangre empapaba su torso y empezaba a gotear audiblemente en la acera húmeda. Entonces cayó de espaldas, crispando las piernas.

-¡Atrás! -gritó Gentry a los mirones, y corrió hacia el hombre. Con su pesada bota sujetó la muñeca derecha y le quitó el cuchillo con la porra. La cabeza del conductor se había arqueado hacia atrás y el corte rojo en su garganta estaba abierto como una obscena boca de tiburón. Gentry podía ver cartílagos rasgados y las puntas desiguales de fibras grises y la sangre que burbujeaba de nuevo. El pecho del hombre empezó a subir y bajar mientras sus pulmones se llenaban de sangre.

Gentry corrió hasta el coche y pidió una ambulancia. Después gritó de nuevo a la multitud que se apartara y metió su bastón bajo el Plymouth para recuperar la automática. Era una Browning de nueve milímetros con una especie de cargador doble que la hacía pesada como el infierno. Encontró el seguro, lo cerró, se metió el arma en el cinturón y fue a arrodillarse junto al moribundo.

El conductor estaba echado sobre su lado derecho, acurrucado, con los brazos levantados con fuerza y los puños cerrados. La sangre formaba ahora un charco de un metro de ancho y seguía fluyendo a cada lenta pulsación del corazón. Gentry se arrodilló en el charco de sangre e intentó cerrar la herida con las manos, pero el corte era demasiado ancho. En cinco segundos su camisa quedó empapada. Los ojos del hombre habían adquirido una mirada fija, vidriosa, que Gentry había visto en la cara de demasiados cadáveres.

La respiración rota y burbujeante cesó en el momento en que la sirena de la ambulancia empezó a oírse a lo lejos.

Gentry se apartó, cayó de rodillas y se limpió las manos en los muslos. La cartera del conductor había caído sobre el pavimento durante la lucha y Gentry la recogió, salvándola del arroyo de sangre que avanzaba hacia ella. Ignorando el procedimiento correcto, la abrió y echó una rápida ojeada a su interior. La cartera contenía más de novecientos dólares en metálico, una pequeña foto en blanco y negro del sheriff Bobby Joe Gentry y nada más. Nada. Ningún carné de conducir, tarjetas de crédito, fotos de familia, carné de la Seguridad Social, tarjetas profesionales, recibos viejos, absolutamente nada.

-¿Alguien me puede decir qué está pasando aquí? -dijo Gentry en voz baja. Había parado de llover. El cuerpo del conductor yacía inmóvil sobre la calzada. Su fina cara era tan blanca que parecía de cera. Gentry meneó la cabeza y miró sin ver a la multitud nerviosa y a la policía que se acercaba y a los camilleros-. ¿Alguien puede decirme qué está pasando aquí? -gritó.

No hubo respuesta.

8

Bayerisch-Eisenstein, jueves 18 de diciembre de 1980

Tony Harod y María Chen se dirigieron en coche hacia el nordeste desde Munich, más allá de Deggendorf y Regen, internándose en los bosques y montañas de Alemania occidental cerca de la frontera checa. Harod conducía el BMW alquilado a gran velocidad, cambiando de marcha para coger las curvas, resbaladizas a causa de la lluvia, con patinazos controlados, y acelerando hasta llegar a los ciento veinte kilómetros por hora en las rectas. Esta concentración y actividad no bastaba para sacarle de encima la tensión del largo vuelo. Había intentado dormir durante la interminable travesía, pero ni un solo segundo había podido dejar de ser consciente de que estaba encerrado dentro de un tubo frágil y presurizado a miles de metros por encima del frío Atlántico. Harod temblaba, aumentó la calefacción del BMW y adelantó a otros dos coches. Había nieve alfombrando los campos y amontonada en los márgenes de la carretera mientras subían por una zona más accidentada.

Dos horas antes, cuando habían salido de Munich por la concurrida autopista, María había estudiado su mapa de carreteras Shell y había dicho:

-Oh, Dachau está a pocos kilómetros de aquí.

-¿Y qué? -preguntó Harod.

-Allí había uno de esos campos -dijo ella-. Donde enviaban a los judíos durante la guerra.

-¿Y qué? -preguntó Harod-. Eso es historia antigua.

-No tan antigua -matizó María Chen.

Harod tomó la salida número noventa y dos y cambió una autopista concurrida por otra. Maniobró el BMW hacia el carril izquierdo y mantuvo el velocímetro en cien kilómetros por hora.

-¿En qué año naciste? -preguntó.

-En el cuarenta y nueve -dijo María Chen.

-Nada de lo que pasó antes de tu nacimiento es digno de un pensamiento -dijo Harod-. Es pura historia antigua.

María Chen guardó silencio y miró el curso del río Isan. La última luz del atardecer se arrastraba en un cielo grisáceo.

Harod miró a su secretaria y recordó cómo la había conocido. Había sido cuatro años atrás, durante el verano de 1976. Él había viajado a Hong Kong para hablar con los hermanos Foy sobre un negocio de Willi para la financiación de una de sus estúpidas películas de kung-fu. Harod estaba contento de salir de Estados Unidos durante el furor de la histeria del Bicentenario. El joven Foy le había llevado a pasar una noche en Kowloon.

Harod no tardó en comprender que el bar y club nocturno al que lo llevaron, en la octava planta de un rascacielos de Kowloon, era en realidad un prostíbulo, y que las bellas y sofisticadas mujeres de cuya compañía habían estado disfrutando eran putas.

Harod había perdido el interés, y se habría marchado inmediatamente si no hubiese reparado en la bella mujer eurasiática sentada sola en el bar, en cuyos ojos descubrió una profunda indiferencia que no podía ser simulada. Cuando interrogó a Dos-Mordidas Foy sobre ella, el enorme asiático sonrió y le dijo:

-Ah, muy interesante. Una historia muy triste. La madre era una misionera americana; el padre, profesor en el continente. La madre murió poco después de llegar a Hong Kong. El padre también ha muerto. María Chen se quedó y es una modelo muy famosa, muy cara.

-¿Modelo? -preguntó Harod-. ¿Y qué hace aquí?

Foy se encogió de hombros y sonrió, mostrando sus dientes de oro.

-Gana mucho dinero, pero le hace falta mucho más. Gustos muy caros. Quiere irse a América..., es ciudadana americana, pero no puede volver a causa de sus gustos caros.

Harod meneó la cabeza.

-¿Cocaína?

-Heroína -aclaró Foy, y sonrió-. ¿Quiere conocerla?

Harod quería conocerla. Después de las presentaciones, cuando estaban solos en el bar, María Chen dijo:

-Le conozco. Usted hace carrera con malas películas y peores maneras.

Harod asintió con la cabeza.

-Y yo la conozco -dijo-. Es una adicta a la heroína y una puta de Hong Kong.

Vio llegar la botella y quiso detenerla con el cerebro. Pero falló. El ruido del golpe hizo que la gente dejase de hablar y volviese la cabeza.

Cuando el murmullo de las conversaciones volvió a elevarse, Harod sacó un pañuelo y se lo pasó por la boca. El anillo de la eurasiática le había cortado el labio.

Harod había conocido antes «neutrales», personas sobre las cuales la «aptitud» no tenía ningún poder. Pero eran raras. Y nunca le había sucedido intentando esquivar un golpe.

-Muy bien -dijo-, las presentaciones ya están hechas. Ahora tengo que hacerle una propuesta de negocios.

-No me interesa nada de lo que pueda ofrecerme -dijo María Chen. No había duda sobre la sinceridad de su declaración. Pero continuó sentada en el bar.

Harod meneó la cabeza. Estaba pensando rápidamente, recordando la preocupación que sentía desde hacía meses. Trabajar con Willi le aterraba. El viejo usaba raramente su «aptitud», pero cuando lo hacía no había duda de que sus poderes eran mucho mayores que los de Harod. Aunque Harod pasara meses o años condicionando cuidadosamente a un ayudante, no había duda de que Willi podría hacer de él un instrumento suyo en un segundo. Harod había sentido una creciente ansiedad desde que el maldito Island Club le había convencido que se acercara al viejo asesino. Si Willi lo descubría, usaría cualquier instrumento a su alcance para...

-Le doy un empleo en Estados Unidos -dijo-. Como mi secretaria personal y secretaria ejecutiva en la compañía de cine que represento.

María Chen le miró con frialdad. No había interés en sus bellos ojos castaños.

-Cincuenta mil dólares americanos al año -le propuso él-, más beneficios.

Ella ni parpadeó.

-Gano más que eso aquí en Hong Kong -dijo ella-. ¿Por qué iba a cambiar mi carrera de modelo por un trabajo de secretaria mal pagado?

El énfasis que puso en la palabra «secretaria» no dejó dudas sobre el desprecio que sentía por la oferta.

-Los beneficios -le recordó Harod. Como María Chen no dijo nada, continuó-: El suministro constante de..., el que usted necesita -dijo dulcemente-. Y no necesitará preocuparse más con el proceso de compra.

Entonces María Chen parpadeó. La confianza en sí misma la abandonó como un velo arrancado. Miró sus manos.

-Piénselo -dijo Harod-. Estaré en el hotel Victoria and Albert hasta el jueves por la mañana.

Ella no miró cuando Harod dejó el club nocturno. El jueves por la mañana, estaba preparándose para irse, de regreso a casa, el botones ya había bajado el equipaje, se daba un último vistazo al espejo abotonando la parte delantera de su americana safari de viaje, cuando María Chen apareció en la puerta.

-¿Cuáles son mis deberes además de los de secretaria personal? -preguntó.

Harod se volvió lentamente, se resistió al impulso de sonreír y se encogió de hombros.

-Todo lo que yo determine -dijo, y sonrió-. Pero no lo que está pensando. Las putas no me interesan.

-Habrá una condición -dijo María Chen. Harod miró y escuchó.

-El próximo año quiero... parar -dijo ella, y apareció sudor en la piel suave de su frente-. Quiero dejar la heroína por las buenas. Y cuando yo decida el momento, usted... lo arreglará.

Harod pensó durante un minuto. No estaba seguro de si, curada de su dependencia, María Chen serviría a sus objetivos, pero dudaba que alguna vez llegase a pedir desintoxicarse. Si lo hiciera, trataría del caso entonces. Entretanto, contaría con los servicios de una ayudante bella e inteligente a la que Willi no podría tocar.

-De acuerdo -dijo-. Vamos a arreglar su visado.

-No hace falta -dijo María Chen, y se hizo a un lado para dejarlo pasar adelante hacia el ascensor-. Todo está en orden.

Treinta kilómetros después de Deggendorf se acercaron a Regen, una ciudad medieval a la sombra de despeñaderos rocosos. Mientras bajaban por una carretera de montaña hasta las afueras, María Chen señaló hacia donde los faros habían iluminado un tablero oval plantado bajo los árboles cerca del borde de la carretera.

-¿Te has fijado en eso durante todo el camino? -preguntó ella.

-Sí -dijo Harod, y cambió de marcha ante una curva muy cerrada.

-La guía dice que se usaban para llevar a los aldeanos locales a sus funerales -dijo ella-. Cada tablero lleva escrito el nombre del muerto y unas oraciones.

-Hermoso -concedió Harod.

La carretera atravesó una pequeña ciudad. Harod avistó las luces de las calles que brillaban en la penumbra invernal, adoquines húmedos en los callejones y una estructura oscura, grande y pesada, sobre la ciudad, en una loma boscosa.

-Ese castillo pertenecía al conde Hund -leyó María Chen-. Hizo enterrar viva a su mujer después que ella ahogó a su bebé en el río Regen.

Harod no dijo nada.

-¿No es un elemento curioso de la historia local? -dijo María Chen.

Harod torció a la izquierda para seguir la autopista 11 hacia la zona de montaña boscosa. Se veía nieve en el haz de luz de los faros. Extendió la mano para quitarle la guía de las manos a María Chen y apagar su pequeña linterna.

-Haz un favor -dijo-. Cierra esa mierda.

Llegaron a su pequeño hotel en Bayerisch-Eisenstein después de las nueve, pero las habitaciones estaban preparadas y la cena se servía aún en un comedor que apenas daba para cinco mesas. Una enorme chimenea calentaba la sala y suministraba la mayor parte de la luz. Comieron en silencio.

Por lo poco que vio antes de encontrar el hotel, Bayerisch-Eisenstein le pareció a Harod pequeña y vacía. Una única calle, unos pocos viejos edificios bávaros en un estrecho valle entre colinas oscuras; el lugar le recordaba alguna colonia perdida en los Catskills. Un letrero en las afueras de la ciudad les había informado de que estaban a sólo algunos kilómetros de la frontera checa.

Cuando subieron a sus habitaciones contiguas en el tercer piso, Harod dijo:

-Bajaré a la sauna. Tú prepara las cosas para mañana.

El hotel tenía veinte habitaciones, casi todas ocupadas por esquiadores que habían venido a explorar las pistas del Grossen Alter, la montaña de mil cuatrocientos metros, situada algunos kilómetros más al norte.

Varias parejas estaban en la pequeña sala común del primer piso, bebiendo cerveza o chocolate caliente y riendo con aquel tono alemán enérgico que siempre sonaba cansado a los oídos de Harod.

La sauna estaba en el sótano y era poco más que una caja blanca de cedro con bancos. Harod hizo subir la temperatura, se quitó la ropa en el pequeño vestuario, y entró en la sauna ya aclimatada, con sólo una toalla. Sonrió al pequeño aviso en inglés y alemán de la puerta:

«AVISO A LOS HUÉSPEDES: EN LA SAUNA EL VESTUARIO ES FACULTATIVO.»

Era evidente que habían pasado por allí turistas norteamericanos que se habían sorprendido por la indiferencia alemana a la desnudez en esas situaciones.

Estaba casi dormido cuando entraron dos chicas. Eran jóvenes

-no tenían más de dieciséis años- y alemanas, y se reían al entrar. No se detuvieron cuando vieron a Harod.

-Guten Abend -dijo la más alta de las dos rubias. Llevaban toallas enrolladas. Harod también llevaba una toalla; no habló mientras espiaba a las chicas por debajo de sus ojos de párpados pesados.

Recordó el día, casi tres años antes, en que María Chen le anunció que era el momento de ayudarla a dejar la heroína.

-¿Por qué debería hacerlo? -había preguntado.

-Porque me lo prometiste -había respondido ella.

Harod la había mirado fijamente, recordando los meses de tensión sexual, su frío rechazo a sus mínimas insinuaciones y la noche que él había ido silenciosamente hasta su habitación y había abierto la puerta. Aunque eran más de las dos de la madrugada, ella estaba despierta, leyendo en la cama. Cuando él asomó la cabeza por la puerta, ella había dejado el libro, cogido un revólver del calibre 38 del cajón de la mesilla de noche, lo había depositado sobre sus rodillas, y había preguntado:

-Sí, ¿qué pasa, Tony?

El había meneado la cabeza y se había marchado.

-Muy bien, lo prometí -dijo Harod-, ¿qué quieres que haga? María Chen se lo explicó.

Durante tres semanas no abandonó el cuarto cerrado del sótano. Al principio arañaba con sus largas uñas el acolchado que él había ayudado a colocar y que recubría paredes y puerta. Gritaba y daba golpes, rasgaba el colchón y las almohadas, que eran los únicos muebles en la pequeña habitación, y después gritaba de nuevo. Sólo Harod, sentado en el estudio de sonido junto a la celda, podía oír sus gritos.

No se comía lo que él le pasaba por la abertura baja de la puerta. A los dos días no se levantó del colchón y se quedó acurrucada, sudando y temblando alternativamente, gimiendo débilmente en un momento dado y gritando con una voz inhumana después. Al final, Harod se quedó en la habitación con ella durante tres días y tres noches, ayudándole a ir al cuarto de baño de al lado cuando ella ya podía sentarse, aseándola y cuidando de ella. Finalmente, después de quince días, durmió veinticuatro horas seguidas, y Harod la bañó y vendó los arañazos que se había infligido a sí misma. Mientras pasaba la toallita por sus mejillas pálidas, por sus pechos perfectos y por sus muslos cubiertos de sudor, pensó en todas las veces que había contemplado su cuerpo vestido de seda en el despacho y deseó que no fuera una «neutral».

Después de bañarla y secarla, la había vestido con un pijama suave, cambiado las sábanas y mantas sucias y dejado sola para dormir.

María Chen había salido de aquella habitación después de la tercera semana con su actitud y sus maneras ligeramente distantes tan intactas y perfectas como su pelo, vestido y maquillaje. No hablaron nunca de aquellas tres semanas.

La chica más joven se rió tontamente y levantó los brazos por encima de la cabeza, al mismo tiempo que le decía alguna cosa a la amiga. Harod las miró a través del vapor. Sus ojos negros eran agujeros bajo los pesados párpados.

La chica de más edad parpadeó varias veces y dejó la toalla. Sus pechos eran firmes y pesados. La más joven pareció sorprenderse, con los brazos aún por encima de la cabeza. Harod vio el vello suave bajo sus brazos y se preguntó por qué las chicas alemanas no se depilaban. La más joven comenzó a decir algo y empezó a desanudar su toalla. Sus dedos hurgaban como si estuvieran dormidos o no estuvieran acostumbrados a hacerlo. La toalla cayó en el momento en que la chica mayor levantaba las manos hacia los pechos de su hermana.

«Hermanas», pensó Harod mientras entrecerraba los ojos para saborear las sensaciones físicas. «Kirsten y Gabi.» Con dos no era fácil. Tenía que cambiar de una a otra constantemente, sin permitir nunca que una se escabullese mientras se ocupaba de la otra. Era como jugar al tenis contra sí mismo, un juego que no desearías prolongar durante mucho tiempo. Pero no era necesario que fuera un juego largo. Harod cerró los ojos y sonrió.

Cuando Harod volvió, María Chen estaba de pie ante la ventana, mirando a un pequeño grupo de cantores de villancicos situados alrededor del trineo de caballos. Se volvió en el momento en que una carcajada y un fragmento de Oh, Tannenbaum llenaban el aire frío.

-¿Dónde está? -preguntó Harod. Llevaba un pijama de seda y una bata dorada. Tenía el pelo húmedo.

María Chen abrió la maleta y sacó la automática del calibre 45. La puso sobre la mesilla de café.

Harod levantó el arma, la disparó una vez y asintió.

-Ya suponía que no te molestarían en la aduana. ¿Dónde está el cargador?

María cogió tres cargadores de metal de la maleta y los puso sobre la mesa. Harod empujó el arma sin carga sobre la superficie de vidrio hasta que quedó cerca de su mano.

-¡Oh! -dijo él-, echemos una ojeada a este jodido lugar. -Extendió el mapa topográfico verde y blanco sobre la mesa, usando la automática para aguantar una punta y los cargadores para las otras esquinas. Su corto índice señaló una serie de puntos a ambos lados de una línea roja-. Bayerisch-Eisenstein -dijo-. Nosotros. -El dedo se trasladó dos centímetros al noroeste-. La casa de Willi está aquí, detrás de esta colina.

-El Gróssen-Arber -indicó María Chen.

-Lo que sea. Aquí mismo en medio del bosque.

-El Bayerischer Wald -dijo María Chen.

Harod la miró un minuto y después volvió a fijar su atención en el
mapa.

-Forma parte de una especie de parque nacional..., pero aún es propiedad privada. Totalmente absurdo.

-En los parques nacionales americanos hay propiedades privadas -dijo María Chen-. Por otro lado, se supone que la finca no está ocupada.

-Sí -admitió Harod. Enrolló el mapa y se fue a su habitación a través de la puerta que les comunicaba directamente. Un minuto después volvió con un vaso de whisky de una botella que había comprado en Heathrow en la free duty shop-. Entonces -dijo-, ¿comprendes qué haremos mañana?

-Sí -respondió María Chen:

-Si no está allí, no hay problema -dijo Harod-. Si está y está solo y quiere hablar, no hay problema.

-¿Y si hay problema?

Harod se sentó, dejó el whisky sobre la mesa y colocó el cargador en la pistola. Se la acercó a María Chen y esperó a que ella la cogiera.

-En ese caso, le matas -dijo Harod-. Le matas a él y a quien esté con él. Le disparas en la cabeza. Dos veces, si tienes tiempo. -Fue hasta la puerta y vaciló-. ¿Otras preguntas?

-No -dijo María Chen.

Harod volvió a su habitación y cerró la puerta. María Chen oyó el ruido del cerrojo. Permaneció sentada durante un rato, con la automática en la mano, escuchando los sonidos ocasionales del Gemütlichkeit de fiesta que venía de la calle, y contemplando la pequeña faja de luz amarilla bajo la puerta de Tony Harod.

9

Washington, D. C, jueves 18 de diciembre de 1980

C. Arnold Barent dejó el hotel Mayflower y al presidente electo y se dirigió al aeropuerto pasando por el edificio del FBI. Su limusina iba precedida por un Mercedes gris y seguida por un Mercedes azul; ambos vehículos los había alquilado una de sus compañías y los hombres que iban en ellos estaban tan bien entrenados como los hombres de los servicios secretos que habían sido tan visibles en el Mayflower.

-Creo que la discusión ha sido muy interesante -dijo Charles Colben, el otro pasajero de la limusina.

Barent asintió con la cabeza.

-El presidente estaba muy abierto a tus sugestiones -dijo Colben-. Parece que hasta podrá volver al retiro del Island Club este junio. Eso sería interesante. Nunca hemos tenido allí a un presidente en ejercicio.

-Un presidente electo -dijo Barent.

-¿Qué?

-Has dicho que el presidente estaba muy abierto -dijo Barent-. Querías decir el presidente electo. El señor Carter es nuestro presidente hasta enero.

Colben emitió un sonido de mofa.

-¿Qué dice tu grupo de información sobre los rehenes? -preguntó Barent en voz baja.

-¿Qué quieres decir?

-¿Serán liberados durante las últimas horas del mandato de Carter o se esperará al próximo gobierno?

Colben se encogió de hombros.

-Somos el FBI, no la CIA Nuestro trabajo tiene que ser interno, no operamos en el extranjero.

Barent meneó la cabeza, aún sonriendo ligeramente.

-Y parte de nuestro esfuerzo interno -dijo- es espiar la CIA

Por eso pregunto de nuevo: ¿cuándo volverán a casa los rehenes? Colben frunció el ceño y miró los árboles desnudos de la avenida. -Lo mejor que podemos conseguir son veinticuatro horas de ambos lados para la inauguración -dijo-. Pero de la manera que el ayatollah ha estado confundiendo a Carter el último año y medio, no me

parece que le vaya a dar ahora su hueso.

-Estuve con él una vez -explicó Barent-. Una persona interesante.

-¿Qué? ¿Con quién? -preguntó Colben, desconcertado.

Los Carter habían estado en la finca de Barent en Palm Springs, y en el castillo de Thousand Islands varias veces durante los últimos cuatro años.

-Con el ayatollah Jomeini -dijo Barent pacientemente-. Fui desde París para verle poco después que empezara su exilio. Un amigo sugirió que yo podría encontrar al imán divertido.

-¿Divertido? -preguntó Colben-. ¿Ese cabrón fanático?

Barent frunció ligeramente el ceño, sorprendido por el lenguaje de Colben. No le gustaban las palabrotas. Se había acostumbrado a la palabra «puta» al principio de la semana que pasó con Tony Harod, porque había comprendido que era necesaria una frase vulgar para hacer entender las cosas a un hombre vulgar. Charles Colben también era un hombre vulgar.

-Me divertí -contestó Barent, arrepentido de haber hablado del caso-. Dispuse de quince minutos de conversación con el dirigente religioso..., con ayuda de un intérprete, aunque me habían asegurado que el ayatollah entendía el francés. Y no te puedes imaginar qué hizo ese hombrecillo exactamente antes de dar por concluida nuestra audiencia.

-¿Pedirte que dieras dinero para su revolución? -preguntó Colben, su tono de voz revelaba su falta de interés-. Me doy por vencido.

-Intentó «usarme» -dijo Barent, sonriendo de nuevo, realmente divertido al recordarlo-. Podía sentirlo buscando a tientas en mi cerebro, a ciegas, instintivamente. Tuve la impresión de

que creía ser el único en el mundo que poseía la «aptitud». También tuve la impresión de que pensaba que era Dios.

Colben se encogió de hombros otra vez.

-Se habría sentido un poco menos divino si Carter hubiese tenido cojones para enviar algunos B-52 la primera semana de la crisis de los rehenes.

Barent cambió de tema.

-¿Y dónde está hoy nuestro amigo, el señor Harod?

Colben sacó un inhalador de un bolsillo, lo aplicó en ambas ventanillas de la nariz e hizo una mueca.

-Él y su secretaria..., o lo que sea ella, se marcharon anoche a Alemania occidental.

-Para averiguar si su amigo Willi está vivo y coleando en der Vaterland, supongo -dijo Barent.

-En efecto.

-¿Y has enviado a alguien con él?

Colben meneó la cabeza.

-No hacía falta. Trask utiliza a algunos de sus contactos de Francfort y Munich, de los tiempos en la Compañía, para vigilar el castillo. Harod se dirige allí, de eso no hay duda. Controlaremos el tráfico de la CIA.

-¿Y él encontrará alguna cosa?

Charles Colben se encogió de hombros.

-No creerás que nuestro amigo Borden está aún vivo, ¿verdad?

-No. No veo cómo podría ser tan listo -dijo Colben-. Quiero decir, nuestra idea era conseguir que la Drayton lo eliminara. La votación fue unánime, ya que sus acciones se estaban haciendo demasiado públicas, ¿verdad?

-Y entonces descubrimos las pequeñas indiscreciones de Nina Drayton -añadió C. Arnold Barent-. Bueno, es una pena.

-¿Qué es una pena?

Barent miró al burócrata calvo.

-Es una pena que ninguno de ellos fuera miembro del Island Club -dijo-. Eran personas interesantes.

-Tonterías -le cortó Colben-. Eran unos lunáticos.

La limusina se detuvo. El cerrojo sonó en la puerta del lado de Colben. Barent miró a través de la ventanilla la entrada fea, lateral, del nuevo edificio del FBI.

-Tu parada -dijo, y después, cuando Colben estaba ya de pie en la curva y el motorista estaba a punto de cerrar la puerta, añadió-: Charles, tenemos que hacer algo con tu lenguaje.

Dejó al hombre calvo en la acera mirando la limusina que se alejaba. El viaje al aeropuerto nacional duró sólo unos minutos. El DC-9 convertido de Barent esperaba junto a un hangar privado; los motores del avión estaban en marcha, el aire acondicionado, funcionando, y un vaso de agua mineral helada esperaba junto a la silla favorita de Barent. Don Mitchell, el piloto, fue hasta el compartimiento de cola y saludó militarmente:

-Todo en orden, señor Barent -dijo-. Tengo que comunicar a la torre de control nuestro plan de vuelo. ¿Cuál es nuestro destino, señor?

-Me gustaría ir a mi isla -respondió Barent, después de beber varios tragos de su agua mineral.

Mitchell sonrió ligeramente. Era una vieja broma. C. Arnold Barent era propietario de más de cuatrocientas islas en todo el mundo y tenía residencias en más de una veintena.

-Sí, señor -dijo el piloto, y esperó.

-Informe a la torre de que el Plan de Vuelo E es el pertinente -le indicó Barent. Se levantó con el vaso en la mano y fue a la puerta del dormitorio-. Le avisaré cuando esté preparado.

-Sí, señor -dijo Mitchell-. Tenemos espacio libre en cualquier momento dentro de los próximos quince minutos.

Barent asintió con la cabeza y esperó a que el piloto saliera.

Cuando entró en el dormitorio, el agente especial Haines estaba sentado en la cama. Se levantó, pero Barent le indicó con un gesto que volviera a sentarse. Barent terminó su bebida y

se quitó la americana, la corbata y la camisa. Echó la camisa arrugada en un cesto y sacó una nueva de un cajón del armarito de cola.

-Dime, Richard -dijo Barent mientras se abotonaba la camisa-, ¿qué novedades hay?

Haines parpadeó y empezó a hablar:

-El supervisor Colben y el señor Trask se han encontrado esta mañana antes de su entrevista con el presidente electo. Trask está en el equipo de transición...

-Sí, sí -murmuró Barent, todavía de pie-. ¿Y la situación en Charleston?

-La oficina aún vigila -explicó Haines-. El equipo del accidente tiene la certeza de que el avión fue destruido por una bomba. Uno de los pasajeros, registrado con el nombre de George Hummel, usó una tarjeta de crédito que les llevó hasta un robo en Bar Harbor, Maine.

-Maine -repitió Barent. Neiman Trask era «ayudante» del senador decano de Maine-. Muy chapucero.

-Sí, señor -dijo Haines-. De cualquier manera, el señor Colben estaba muy preocupado con su orden de no interferirse en la investigación del sheriff Gentry. Estuvo ayer con el señor Trask y el señor Kepler en el Mayflower y estoy seguro de que enviaron su propio grupo o grupos a Charleston anoche.

-¿Uno de los fontaneros de Trask?

-Sí, señor.

-Muy bien. Continúa, Richard.

-Aproximadamente a las 9.20 de hoy, el sheriff Gentry interceptó a un hombre que le estaba siguiendo en un Plymouth Volaré 1976. Gentry intentó detenerlo. El hombre al principio se resistió y después se cortó la garganta con una navaja de muelle. Ingresó cadáver en el

Hospital General de Charleston. Ni la identificación de huellas ni el registro del coche han dado pistas. Los registros dentales se están comprobando, pero tardarán varios días.

-No encontrarán nada si es uno de los fontaneros de Trask -reflexionó Barent-. ¿El sheriff está herido?

-No, señor. No, según nuestro equipo de vigilancia.

Barent meneó la cabeza. Cogió una corbata de seda de un perchero y empezó a hacer el nudo. Dejó que su mente se extendiera y se introdujera en la mente del agente especial Richard Haines. Pudo sentir el «escudo» que hacía de Haines un «neutral», una concha sólida que rodeaba la ola de pensamientos, ambiciones e impulsos oscuros que era Richard Haines. Como tantos otros con la «aptitud», como el mismo Barent, Colben había elegido a un «neutral» como su ayudante más directo. Aunque no pudiese ser condicionado, Haines también era inmune a la amenaza de ser dominado por alguien con una «aptitud» más fuerte. O así lo creía Colben.

Barent se deslizó sobre la superficie del escudo mental hasta que encontró la inevitable grieta, se deslizó más profundamente a través del laberinto de las pobres defensas de Haines, pasó su propia voluntad por la deformación y el tejido del pensamiento del hombre del FBI. Tocó el centro de placer de Haines y el agente cerró los ojos como si estuviera siendo atravesado por una corriente.

-¿Dónde está la Fuller? -preguntó Barent.

Haines abrió los ojos.

-Aún no se sabe nada después del problema en el aeropuerto de Atlanta el lunes por la noche.

-¿Hubo suerte con la localización de la llamada?

-No. La telefonista del aeropuerto cree que era una llamada local.

-¿Crees que Colben, Kepler o Trask tienen acceso a otras informaciones sobre dónde se encuentra ella..., o Willi?

Haines vaciló un segundo.

-No, señor -respondió finalmente-. Cuando se encuentre a uno de los dos, creo que nos llegará de la manera habitual, a través de la oficina. Lo sabré al mismo tiempo que el señor Colben.

-Antes, si es posible -dijo Barent con una sonrisa-. Gracias, Richard. Como siempre, tu compañía es muy estimulante. Encontrarás a Foster en el lugar habitual si necesitas contactar

conmigo. En cuanto tengas cualquier información sobre el paradero tanto de la Fuller como del amigo de Alemania, quiero saberlo.

-Sí, señor.

-Oh, Richard. -Barent se estaba poniendo una chaqueta deportiva de cachimira azul-. Continúas pensando que el sheriff Gentry y ese psiquiatra...

-Laski -aclaró Haines.

-Sí -sonrió Barent-. ¿Aún piensas que los contratos de estas personas deberían ser formalmente cancelados?

-Sí. -Haines frunció el ceño y formuló su respuesta cuidadosamente-: Gentry es demasiado listo -dijo-. Al principio pensé que estaba irritado con los asesinatos de Mansard House porque le desprestigiaban en su propia ciudad, pero cuando me marché tuve la impresión de que se los tomaba como algo personal. Un poli estúpido, gordo y tozudo.

-Pero listo -dijo Barent.

-Sí. -Haines frunció de nuevo el ceño-. No conozco a Laski, pero está demasiado... complicado, de alguna manera. Conocía a la señora Drayton y...

-Sí, sí -interrumpió Barent-. Bien, tal vez tengamos otros planes para el doctor Laski. -Miró al hombre del FBI durante un rato largo-. ¿Richard?

-¿Sí?

Barent unió los dedos en pirámide.

-Hay una cosa que quiero preguntarte, Richard. Tú trabajaste para el señor Colben durante varios años antes de entrar en el club. ¿Es cierto?

-Sí, señor.

Barent tocó su labio inferior con la punta de sus dedos en pirámide.

-Mi pregunta, Richard, es... ¿por qué?

Haines se admiró de que el agente no comprendiera.

-Quiero decir -continuó Barent-, ¿por qué haces todas las cosas que Charles te pide..., aún te pide que hagas..., si puedes elegir? Haines se iluminó. Su sonrisa mostró unos dientes perfectos. -Bueno -dijo-, creo que me gusta mí trabajo. ¿Es todo por

hoy, señor Barent?

Barent lo miró durante un segundo y después contestó: -Sí.

Cinco minutos después de la salida de Haines, Barent usó el interfono para llamar al piloto:

-Donald -dijo-, por favor, despega ahora. Me gustaría ir a mi isla.

10

Charleston, miércoles 17 de diciembre de 1980

Saul se despertó con el ruido de niños jugando fuera, en la calle, y durante varios segundos no supo dónde estaba. No era su apartamento. Estaba en un sofá cerca de unas ventanas con cortinas amarillas. Durante un segundo las cortinas amarillas le recordaron su casa de Lodz, los gritos de niños... Stefa y Josef.

No, los excitados gritos eran en inglés. Charleston. Natalie Preston. Recordó que le había contado su historia y sintió un arrebato de vergüenza, como si la muchacha le hubiera visto desnudo. ¿Por qué le había contado todo aquello? Después de tantos años, ¿por qué...?

-Buenos días. -Natalie asomó la cabeza desde la cocina. Usaba un chándal rojo y pantalones vaqueros de un tono suave.

Saul se sentó y se frotó los ojos. Su camisa y sus pantalones estaban cuidadosamente dispuestos en un brazo del sofá.

-Buenos días.

-¿Huevos con bacon y tostada le parece bien? -preguntó ella.

Olía a café recién hecho.

-Es una gran idea -dijo Saul-, excepto el bacon.

Natalie cerró un puño y fingió que se golpeaba en la cabeza.

-Claro -dijo-. ¿Su religión...?

-Mi colesterol.

Durante el desayuno, conversaron sobre cosas triviales: cómo era vivir en Nueva York, ir a la universidad en St. Louis, haber crecido en el Sur.

-Es difícil de explicar -dijo Natalie-, pero de una forma o de otra es más fácil ser negro aquí que en una ciudad del Norte. El racismo aún existe aquí, pero ha... No sé cómo explicarlo..., ha cambiado mucho. Quizá porque aquí la gente ha tenido que enfrentarse con sus actitudes durante mucho tiempo y ha tenido que cambiar poco a poco, tal vez eso hace que todos sean un poco más honestos. En el Norte, las cosas parecen mucho más mezquinas.

-Yo no pienso en St. Louis como en una ciudad del Norte -dijo Saul con una sonrisa. Acabó el resto de su tostada y se bebió el café. Natalie rió.

-No, pero tampoco es una ciudad del Sur -dijo-. Creo que es simplemente una ciudad del medio oeste. Pensaba más en Chicago. -¿Ha vivido en Chicago?

-He pasado allí algún tiempo durante el verano -le explicó Natalie-. Mi padre me consiguió un trabajo como fotógrafa con un viejo amigo suyo en el Tribune.

Hizo una pausa, con la vista fija en la taza de café. Saul dijo tranquilamente:

-Es duro, ¿verdad? A veces lo olvidas y entonces mencionas el nombre de la persona, sin pensar, y todo vuelve... Natalie asintió.

Saul miró las frondas de un palmito por la ventana de la cocina. La ventana estaba un poco abierta y una cálida brisa entraba a través de la reja. Apenas se podía creer que estaban a mediados de diciembre.

-Usted estudia para ser profesora -dijo Saul-, pero su primer amor parece ser la fotografía.

Natalie meneó de nuevo la cabeza y se levantó para volver a llenar las dos tazas de café.

-Era un acuerdo que mi padre y yo teníamos -dijo, y ahora sonreía-. Continuaría ayudándome con la fotografía si yo estaba de acuerdo en prepararme para lo que él llamaba «un trabajo honesto».

-¿Será profesora?

-Quizá -dijo Natalie.

Le sonrió de nuevo y Saul notó la perfección de sus dientes. La sonrisa era al mismo tiempo cálida y tímida, una bendición.

Saul ayudó a lavar y secar los platos del desayuno, después hicieron más café y salieron al pequeño porche delantero. Había poco tráfico y el ruido de las risas de los niños había desaparecido. Saul se acordó de que era miércoles; los niños estarían en la escuela ahora. Se

sentaron en sillas blancas de mimbre, cara a cara, Natalie con un jersey fino sobre los hombros y Saul con su americana de pana arrugada.

-Prometió la segunda parte de la historia -dijo Natalie en voz baja.

Saul asintió con la cabeza.

-¿La primera parte no le pareció fantástica? -preguntó-. ¿Los delirios de un lunático?

-Usted es un psiquiatra -contestó Natalie-. No puede estar

loco.

Saul rió a carcajadas.

-Ah, le podría contar algunas historias... Natalie sonrió.

-Pero primero la segunda parte de esta historia.

Saul se quedó callado y miró el círculo negro del café de su taza. -Escapó del oberst -le incitó Natalie.

Saul cerró los ojos durante un minuto, los abrió y se aclaró la garganta. Cuando empezó a hablar había poca emoción en su voz, como

máximo un ligero toque de tristeza.

Natalie cerró los ojos algunos minutos después como para imaginar las escenas que Saul describía con su voz suave, agradable y un

poco triste.

-No había escapatoria para un judío en Polonia ese invierno de 1942. Durante semanas vagué por el bosque al norte y al oeste de Lodz. Mi pie acabó por dejar de sangrar, pero la infección parecía inevitable. Lo vendaba con musgo y con harapos y continuaba. Las heridas del muslo derecho me dolieron durante varios días, pero después se cerraron sin problemas. Robaba comida en las granjas, me mantenía alejado de las carreteras y evitaba las pocas bandas de guerrilleros polacos que operaban en esos bosques. Los guerrilleros habrían matado a un judío tan deprisa como los alemanes.

»No sé cómo sobreviví ese invierno. Recuerdo a dos familias de granjeros cristianos que permitieron que me escondiera en los montones de paja de sus graneros y que me traían comida a pesar de que casi no les alcanzaba para ellos.

»En la primavera fui hacia el sur, intentando llegar a la granja del tío Moshe, cerca de Cracovia. No tenía papeles, pero pude unirme a un grupo de obreros que volvían de construir defensas para los alemanes en el Este. En la primavera de 1943 no había dudas de que el Ejército Rojo muy pronto pisaría suelo polaco.

»Estábamos a ocho kilómetros de la granja del tío Moshe cuando los obreros me denunciaron. Fui detenido por la Policía Azul polaca que me interrogó durante tres días, aunque no crea que buscaban respuestas, sino sólo una excusa para apalearme. Después me entregaron a los alemanes.

»La Gestapo no estaba interesada en mí, tal vez porque pensaban que yo era sólo uno de los muchos judíos que habían huido de las ciudades o se habían escapado de un transporte. La red alemana contra los judíos tenía muchos agujeros. Como en tantos países ocupados,

sólo la cooperación espontánea de los mismos polacos hacía casi imposible que los judíos escaparan de su destino en los campos.

»Por una razón cualquiera, fui enviado al Este. No fui enviado a Auschwitz o Chelmno o Belzec o Treblinka, que estaban más cerca, sino que me hicieron atravesar toda Polonia. Después de cuatro días en el furgón precintado -cuatro días durante los cuales una tercera parte de los ocupantes del furgón murió-, las puertas se abrieron y salimos, tambaleándonos y parpadeando por el cambio de luz, para encontrarnos en Sobibor.

»Allí, en Sobibor, vi de nuevo al oberst.

»Sobibor era un campo de la muerte. Allí no había fábricas como en Auschwitz o Belsen, ningún intento de engaño como en Theresenstadt o Chelmno, ningún lema irónico de Arbeit Nacht Frei sobre las puertas, como en tantas de las otras puertas del infierno nazi. En 1942 y 1943, los alemanes tenían dieciséis enormes campos de concentración como Auschwitz, más de cincuenta de menor envergadura, centenares de campos de trabajo, pero sólo tres campos de la

muerte, Vernichtungslager, destinados sólo a la exterminación: Belzec, Treblinka y Sobibor. En sus breves veinte meses de existencia, más de dos millones de judíos murieron en ellos.

»Sobibor era un campo pequeño (más pequeño que Chelmno) y estaba situado junto al río Bug. Este río había sido la frontera oriental de Polonia antes de la guerra y en el verano de 1943 el Ejército Rojo estaba empujando a la Wehrmacht de nuevo hacia allí. Al oeste de Sobibor estaba el bosque Parczew, el "Bosque de los Búhos".

»Todo el complejo de Sobibor cabría en tres o cuatro campos de fútbol. Pero era muy eficiente en sus tareas, que eran simplemente acelerar la solución final de Himmler.

»Tenía la certeza de que moriría allí. Salimos de los transportes y fuimos conducidos tras una cerca alta al fondo de un corredor de alambre. Habían cubierto con paja el alambre y por eso no podíamos ver nada excepto una torre alta de guardia, las copas de los árboles y dos chimeneas de ladrillo más lejos. Había tres carteles a lo largo del

camino hasta el almacén: "CANTINA", "DUCHAS", "CAMINO AL CIELO". En

Sobibor alguien había expresado el sentido del humor de la SS. Fuimos enviados a las duchas.

»Los judíos de los transportes franceses y holandeses iban bastante tranquilos ese día, pero recuerdo que los judíos polacos tuvieron que ser conducidos entre culetazos y maldiciones. Un viejo situado cerca de mí gritaba obscenidades a todos los alemanes y sacudía el puño ante los hombres de la SS que nos obligaban a desnudarnos.

»No puedo decirle con exactitud lo que sentí cuando entré en el cuarto de las duchas. No sentía furia, y muy poco miedo. Quizás el

sentimiento dominante era el de alivio. Durante casi cuatro años había sido impulsado por un único imperativo ("viviré") y para satisfacer ese imperativo había contemplado cómo mis compatriotas, mis hermanos judíos y mi familia, habían sido devorados por esa monstruosa máquina de matar alemana. Lo había contemplado. De alguna manera, había ayudado. Ahora podía descansar. Había hecho todo lo posible para sobrevivir y ahora estaba acabado. Mi único pesar era no haber podido matar al oberst en vez de al viejo. En ese momento el oberst había llegado a representar toda la maldad que me había traído a este lugar. Era la cara del oberst lo que estaba en mi mente cuando cerraron las pesadas puertas de aquel cuarto de duchas en junio de 1943.

»Estábamos muy apretados. Los hombres empujaban y gritaban y gemían. Durante un minuto no pasó nada, hasta que las tuberías empezaron a vibrar e hicieron un ruido metálico. Llegó la ducha y los hombres se empujaban para alejarse. Yo no. Yo estaba directamente bajo un grifo y levanté la cara hacia él. Pensé en mi familia. Me gustaría haber podido decir adiós a mi madre y a mis hermanas. En ese instante el odio llegó, por fin. Me concentré en el rostro del oberst mientras la rabia ardía en mí como una llama viva y los hombres gritaban y las tuberías se sacudían y escupían su contenido sobre nosotros.

»Era agua. Sólo agua. Las duchas -esas mismas duchas que liquidaban tantos miles diariamente- eran también usadas como duchas normales para algunos grupos, de vez en cuando. El cuarto no estaba precintado. Fuimos conducidos afuera y despiojados. Nos afeitaron la cabeza. Recibimos uniformes de prisioneros. Me tatuaron un número en el brazo. No recuerdo haber sentido dolor.

»En Sobibor, donde eran tan eficientes en la exterminación de tantos miles de judíos al día, elegían a algunos prisioneros cada mes para la manutención del campo y otros trabajos. Nuestro transporte había sido elegido.

»En ese momento -aún paralizado, aún sin creer que había salido de nuevo a la dolorosa luz- comprendí que había sido elegido para cumplir alguna tarea. Todavía me negaba a creer en Dios; cualquier Dios que traicionara a su pueblo de esta manera no merecía mi fe. Pero a partir de ese momento creí que había un motivo para que yo continuara vivo. Ese motivo podía ser expresado por la imagen de la cara del oberst con la que me había preparado para morir. La inmensidad del mal que había soportado mi pueblo era tan excesiva que resultaba imposible que cualquier persona (mucho menos un chico de diecisiete años) pudiera comprenderlo. Pero la monstruosidad de la existencia del oberst cabía dentro de mi comprensión. Viviría. Viviría aunque ya no reaccionara a ese imperativo hacia la supervivencia. Viviría para cumplir, fuese

cual fuere, el destino que me esperaba. Me soportaría viviendo y soportaría cualquier cosa para un día hacer desaparecer esa monstruosidad.

»Durante los tres meses siguientes viví en el Campo I de Sobibor. El Campo II era un apeadero y nadie volvía del Campo III. Comía lo que me daban, dormía cuando me lo permitían, defecaba cuando me ordenaban que lo hiciera, y cumplía mis obligaciones como bahnhofkommando. Usaba una gorra y bata azules con las siglas BK. Varias veces al día íbamos a recibir los transportes que llegaban. Aún hoy, en las noches de insomnio, veo los lugares de origen escritos con tiza en aquellos furgones precintados: Turobin, Gorzkow, Wlodawa, Siedlce, Izbica, Markugzow, Karmorow, Zamosc. Descargábamos el equipaje de los aturdidos judíos y les dábamos recibos. A causa de la resistencia de los judíos polacos (que causaba retrasos en el proceso) se hizo de nuevo habitual decirles a los supervivientes de los transportes que Sobibor era una parada, una estación de descanso antes del viaje hasta los centros de reestablecimiento. Durante algún tiempo incluso hubo en el almacén carteles que indicaban las distancias en kilómetros hasta esos centros inexistentes. Los judíos polacos raramente se creían esto, pero al final iban a las duchas con los otros. Y los trenes continuaban llegando: Baranow, Ryki, Dubienka, Biala-Polaska, Uchanie, Demblin, Rejowiec. Por lo menos una vez al día distribuíamos postales entre los que llegaban de guetos elegidos. Los mensajes estaban escritos de antemano: "Hemos llegado a los centros de reestablecimiento. El trabajo en las granjas es duro, pero el sol es agradable y hay comida abundante. Esperamos volver a verte pronto." Los judíos ponían su nombre y su firma antes de ser conducidos a las duchas, para ser gaseados. Hacia el final del verano, como los guetos se estaban quedando vacíos, esta astucia ya no era necesaria. Konskowola, Jozefow, Michow, Grabowic, Lublin, Lodz. Algunos transportes llegaban sin carga viva. Entonces nosotros, el bahnhofkommando, dejábamos nuestros recibos de equipajes y arrancábamos los cadáveres desnudos de su hediondo interior. Era como las furgonetas de gas de Chelmno, pero aquí los cuerpos estaban enlazados por los abrazos de la agonía de días o semanas, mientras que los furgones se cocían al sol en alguna vía muerta rural. Una vez, cuando arrastraba el cadáver de una chica que estaba abrazada a un niño y a una mujer mayor, tiré y su brazo se quedó en mis manos.

»Yo maldecía a Dios y veía la cara pálida, burlona, del oberst. Viviría.

»En julio, Heinrich Himmler visitó Sobibor. Ese día hubo transportes especiales de judíos occidentales para que él pudiera ser testigo del proceso. Pasaron menos de dos horas desde la llegada del tren hasta que la última columna de humo se elevó desde los seis hornos.

Durante ese tiempo, todas las posesiones de los judíos eran confiscadas, clasificadas y almacenadas. Hasta el cabello de las mujeres era cortado en el Campo II y transformado en fieltro o tejido para forro de zapatillas para las tripulaciones de los submarinos.

»Yo estaba separando el equipaje en la zona de llegada cuando el grupo del kommandant llevó a Himmler allí. Recuerdo poco a Himmler (era un hombre pequeño con un bigote de burócrata y gafas), pero tras él venía un joven oficial rubio en el que me fijé inmediatamente. Era el oberst. El oberst se inclinó para hablar en voz baja al oído de Himmler en un par de ocasiones y en una de ellas el SS Reichsführer lanzó la cabeza hacia atrás en una risotada curiosamente femenina.

»Pasaron a unos cinco metros de mí. Inclinado sobre mi trabajo, alcé la vista una vez para ver al oberst mirándome directamente. Creo que no me reconoció. Habían pasado sólo ocho meses desde Chelmno y el juego de ajedrez, pero para el- oberst yo debía de ser sólo un prisionero seleccionando el equipaje de los muertos. Entonces vacilé. Era mi oportunidad y vacilé y todo se perdió. Creo que entonces podía haber llegado al oberst. Podía haber tenido mis manos en su garganta antes de que los disparos sonaran. Hasta podría haber arrancado una pistola a uno de los oficiales próximos a Himmler y disparar antes de que el oberst supiera que había una amenaza.

»Me pregunté más tarde si algo más que la sorpresa y la indecisión me detuvo. En ese momento no tenía miedo. Mi miedo había muerto con otras partes de mi espíritu semanas antes en la sala de las duchas. Sea por lo que fuese, vacilé varios segundos, quizás un minuto, y la oportunidad se perdió para siempre. El grupo de Himmler atravesó las puertas del cuartel general del kommandant, una zona conocida como "pulga alegre". Cuando yo miraba las

puertas por donde ellos habían desaparecido, el sargento Wagner empezó a gritarme para que trabajara si no quería ir al "hospital". Nadie volvió nunca del hospital. Incliné la cabeza y volví al trabajo.

»Me mantuve alerta el resto del día, estuve despierto esa noche, y esperé verlo durante todo el día siguiente, pero no volví a ver al oberst. El grupo de Himmler se había marchado durante la noche.

»El 14 de octubre, los judíos de Sobibor se sublevaron. Yo había oído rumores acerca de un alzamiento, pero parecía tan inverosímil que no les había prestado atención. Al final, sus planes, cuidadosamente orquestados, se resumieron en el asesinato de algunos guardias y en una loca carrera de más de mil judíos hacia la puerta principal. La mayor parte fueron abatidos por tiros de ametralladora en el primer minuto. Durante los momentos de confusión, otros atravesaron la alambrada de la parte trasera del recinto cercana. Mi destacamento de trabajo volvía del almacén cuando estalló la locura. El cabo que nos custodiaba fue abatido por la vanguardia de la multitud y yo no tuve más remedio que correr con los demás. Estaba seguro de que mi bata azul atraería el fuego de los ucranianos de la torre. Pero me escondí entre los árboles justo cuando dos mujeres que corrían junto a mí fueron abatidas por disparos de fusil. Una vez entre los árboles, me puse la túnica gris de un viejo que había llegado a la seguridad del bosque para ser abatido por una bala perdida.

»Creo que unos doscientos logramos escapar ese día. Estábamos solos o en pequeños grupos, la mayor parte sin jefes. El grupo que había planeado la fuga no había previsto nada para sobrevivir una vez estuviesen libres. La mayor parte de los judíos y prisioneros rusos fueron después cazados por los alemanes o descubiertos y abatidos por los guerrilleros polacos. Muchos se refugiaron en granjas próximas y fueron entregados. Algunos sobrevivieron en el bosque y otros pocos atravesaron el río Bug en busca del Ejército Rojo que avanzaba. Yo tuve suerte. Al tercer día en el bosque fui descubierto por miembros de un grupo de guerrilleros judíos que se llamaba Chil. Estaban comandados por un hombre de gran coraje que se llamaba Yechiel Greenshpan, que me aceptó en el grupo y dio orden a su médico de que me ayudara a recuperar el peso y la salud. Por primera vez desde el anterior invierno, mi pie fue debidamente tratado. Durante cinco meses estuve con Chil en el "Bosque de los Búhos". Era ayudante del médico, el doctor Yaczyk, y salvábamos vidas siempre que podíamos, incluso vidas de alemanes.

»Poco después de la evasión, los nazis cerraron el campo de Sobibor. Destruyeron los barracones, se llevaron los hornos y plantaron patatas en los campos donde los pozos habían recibido los miles de cadáveres que no fueron incinerados. Cuando el grupo de guerrilleros celebró el Hanukkah, la mayor parte de Polonia estaba en caos mientras la Wehrmacht se retiraba hacia el oeste y el sur. En marzo, el Ejército Rojo liberó la zona en la que operábamos y la guerra terminó para mí.

»Durante varios meses fui interrogado por los soviéticos. Algunos miembros del Chil fueron enviados a campos rusos, pero yo fui liberado en mayo y volví a Lodz. No había nada allí para mí. El gueto judío había sido más que diezmado; había sido exterminado. Nuestra vieja casa en la parte oeste de la ciudad había sido destruida en la batalla.

»En agosto de 1945 viajé hasta Cracovia y después fui en bicicleta hasta la granja del tío Moshe. Estaba ocupada por otra familia, una familia cristiana. La habían comprado a las autoridades civiles durante la guerra. Dijeron que no sabían nada del paradero de los antiguos propietarios.

»Durante ese mismo viaje volví a Chelmno. Los soviéticos habían

prohibido el acceso a la zona y no pude aproximarme al campo. Durante cinco días acampé cerca y recorrí en bicicleta todas las carreteras y caminos de la zona. Finalmente encontré los restos del gran pabellón. Había sido destruido por bombas o por los alemanes en retirada, y sólo quedaban unas piedras derribadas, vigas quemadas y el monolito chamuscado de la chimenea central. No había rastros del suelo de ladrillo del salón principal.

»En el claro donde había estado el pozo de la muerte, había señales de excavaciones recientes. Las colillas de numerosos cigarrillos rusos sembraban la zona. Cuando pregunté en la posada local, los campesinos insistieron en que no sabían nada de la exhumación de las

sepulturas colectivas. También insistieron (con enojo, esta vez) en que nadie en la zona había sospechado que Chelmno fuera otra cosa más que lo que los alemanes habían dicho que era: un campo de detención transitorio para criminales y presos políticos. Yo estaba cansado de acampar y habría pasado la noche en la posada antes de seguir hacia el sur, pero no pude. No aceptaban judíos. Al día siguiente cogí el tren de Cracovia para buscar trabajo.

»El invierno de 1945-46 fue casi tan duro como el invierno de 1941-42. Se estaba formando el nuevo gobierno, pero la realidad era la falta de alimentos, la falta de combustible, el mercado negro, los refugiados que regresaban a miles para recoger las capas rasgadas de sus vidas, y la ocupación soviética. Especialmente la ocupación. Durante siglos habíamos luchado contra los rusos, los habíamos dominado, habíamos resistido sus invasiones, habíamos vivido bajo su amenaza y después los habíamos recibido como liberadores. Ahora nos despertábamos de la pesadilla de la ocupación alemana con la mañana fría de la liberación rusa. Como Polonia, yo estaba exhausto, helado y en cierta manera sorprendido por mi propia supervivencia, y me dediqué sólo a pasar otro invierno.

»En la primavera de 1946 llegó la carta de mi prima Rebecca. Ella y su marido americano vivían en Tel Aviv. Había pasado meses escribiendo cartas, contactando con funcionarios, enviando cables a agencias e instituciones, en un esfuerzo por encontrar algún vestigio de nuestra familia. Dio conmigo a través de unos amigos de la Cruz Roja Internacional.

»Le mandé una carta en respuesta y no tardó en llegar un cable en el que me instaba a reunirme con ella en Palestina. Ella y David, su marido, se ofrecían para enviar telegráficamente el dinero para el viaje.

»Yo nunca había sido sionista (de hecho, nuestra familia nunca había pensado en Palestina como un posible estado judío), pero cuando salí de aquel buque de carga atestado en junio de 1946 y puse el pie en lo que un día sería Israel, tuve la sensación de que un pesado yugo se levantaba de mis hombros y, por primera vez desde el 8 de septiembre de 1939, pude respirar un aire de libertad. Confieso que ese día caí de rodillas y lloré.

»Quizá mi sensación de libertad era prematura. Algunos días después de mi llegada a Palestina, hubo una explosión en el hotel Rey David, en Jerusalén, donde estaba instalado el comando británico. Resulta que Rebecca y su marido David eran miembros activos de la Hagánah.

»Un año y medio más tarde me reuní con ellos en la guerra de la Independencia, pero a pesar de mi preparación y experiencia, fui a la guerra sólo como estudiante de medicina. No era a los árabes a quienes yo odiaba.

»Rebecca insistió en que yo acabara mis estudios. David era entonces el director en Israel de una compañía americana muy respetable y el dinero no era problema. Así fue como un estudiante indiferente de Lodz (un chaval cuya educación básica había sido interrumpida durante cinco años) volvió a clase como un hombre marcado y cínico, como un viejo de veintitrés años.

»Sorprendentemente, tuve éxito. Entré en la universidad en 1950 y pasé a la escuela de medicina tres años más tarde. Estudié durante dos años en Tel Aviv, quince meses en Londres, un año en Roma y una primavera particularmente lluviosa en Zurich. Siempre que volvía a Israel, trabajaba en un kibbutz próximo a la granja donde David y Rebecca pasaban el verano, y renovaba viejas amistades. Mi deuda con mi prima y su marido aumentó más allá de la posibilidad de pagarles, pero Rebecca insistía en que el único superviviente de la rama Laski de la familia Eshkol tenía que hacer algo en la vida.

»Elegí psiquiatría. Mis estudios de medicina nunca me habían parecido más que un requisito previo, estudiar el cuerpo, para después dedicarme por entero al conocimiento de la mente. No tardé en obsesionarme con teorías de violencia y dominación en los asuntos humanos. Estaba sorprendido de que hubiese tan pocos estudios sobre ese tema. Había abundantes datos sobre los mecanismos precisos de la jerarquía dominante en el orgullo de un león, había voluminosas investigaciones sobre la ley del más fuerte en la mayor parte de las especies de aves, cada vez había más informaciones de primatologistas sobre el papel de la dominación y la agresión en los grupos sociales de nuestros primos más cercanos, pero no se

conocía casi nada sobre los mecanismos de la violencia humana relacionada con la dominación y el orden social. Pronto empecé a desarrollar mis propias teorías y especulaciones.

»Durante esos años de estudio hice numerosas investigaciones sobre el oberst. Tenía una descripción suya, sabía que era oficial del Einsatzgruppe 3, le había visto con Himmler, y recuerdo que las últimas palabras de Der Alter habían sido "Willi, amigo mío". Entré en contacto con las Comisiones para Crímenes de Guerra aliadas en las diversas zonas de ocupación, la Cruz Roja, el Tribunal Permanente del Pueblo Soviético sobre Crímenes de Guerra Fascistas, el Comité judío, y numerosos ministerios y estructuras burocráticas. No había nada. Cinco años después fui al Mosad, la agencia de espionaje israelita. Por lo menos ellos se mostraron muy interesados en mi historia, pero entonces el Mosad no era la organización eficiente de hoy. Y además, contaban en sus listas con nombres más famosos, como Eichmann, Murer y Mengele, que tenían prioridad en las investigaciones frente a un desconocido oberst denunciado sólo por un superviviente del Holocausto. En 1955 fui a Austria para hablar con el cazador de nazis, Simon Wiesenthal.

»El "Centro de Documentación" de Wiesenthal era un piso de un edificio de aspecto lastimoso en un barrio pobre de Viena. El edificio, al parecer, había sido usado como alojamiento provisional durante la guerra. Wiesenthal tenía tres salas, dos llenas de archivadores y su despacho, que tenía sólo hormigón descubierto como suelo. Wiesenthal era una persona nerviosa, intensa, con unos ojos perturbadores. Había algo familiar en ellos. Al principio pensé que eran los de un fanático, pero después comprendí dónde los había visto antes. Los ojos de Simon Wiesenthal me recordaban los que yo veía todas las mañanas cuando me afeitaba.

»Le conté a Wiesenthal una versión abreviada de mi historia, sugiriendo sólo que el oberst había cometido atrocidades con los presos de Chelmno para diversión de sus soldados. Wiesenthal escuchó muy atento cuando le dije que había visto de nuevo al oberst en Sobibor en compañía de Heinrich Himmler.

»-¿Está seguro? -preguntó.

»-Del todo -respondí.

»Aunque estaba muy ocupado, Wiesenthal pasó dos días ayudándome a encontrar la pista del oberst. En la tumba desordenada y compleja que era su despacho, tenía cientos de índices y referencias, y los nombres de más de veintidós mil miembros de la SS. Estudiamos fotos de personal de los einsatzgruppen, fotos de graduaciones de academias militares, recortes de diarios y fotos de la revista oficial de la SS, El cuerpo negro. Al final del primer día, yo ya no podía concentrar la vista. Esa noche soñé con fotos de oficiales de la Wehrmacht recibiendo medallas de risueños dirigentes nazis. No había ninguna pista que me pudiese conducir hasta el oberst.

»Al final de la segunda tarde encontré algo. La foto de la noticia llevaba la fecha de 23 de noviembre de 1942. Era la foto de un tal barón Von Büler, un aristócrata prusiano y héroe de la Primera Guerra Mundial que había vuelto al ejército con el grado de general. De acuerdo con el pie de foto, el general Von Büler había muerto en acción cuando dirigía un heroico contraataque contra una división rusa en el frente del Este. Contemplé largo rato aquella cara arrugada y escarpada del descolorido recorte. Era el viejo. Lo coloqué de nuevo en el archivo y continué repasando otros documentos.

»-Si por lo menos tuviéramos su apellido -dijo Wiesenthal esa noche mientras comíamos en un pequeño restaurante cerca de la catedral de St. Stephen-. Estoy seguro de que podríamos encontrarlo si tuviéramos su apellido. La SS y la Gestapo tenían directorios completos de sus oficiales. Si tuviéramos su apellido...

»Yo me encogí de hombros y dije que por la mañana volvería a Tel Aviv. Casi habíamos agotado los recortes de Wiesenthal sobre los einsatzgruppen y el frente del Este y mis estudios pronto exigirían todo mi tiempo.

»-¡De ninguna manera! -exclamó Wiesenthal-. Usted es un superviviente del gueto de Lodz, de Chelmno y de Sobibor. Usted debe tener mucha información sobre otros oficiales, sobre otros criminales de guerra. Tiene que quedarse por lo menos la próxima semana. Le entrevistaré y guardaré transcripción de la entrevista en mis archivos. No se sabe qué datos valiosos puede usted poseer.

»-No -dije yo-. No estoy interesado en los otros. Sólo me interesa encontrar al oberst.

»Wiesenthal miró su café y después me miró de nuevo. Había una luz extraña en sus ojos.

»-Entonces, usted sólo está interesado en la venganza. »-Sí -respondí-. Como usted.

»Wiesenthal meneó la cabeza tristemente.

»-No -dijo-. Quizás ambos estemos obsesionados, amigo mío.

Pero lo que yo busco es justicia, no venganza.

»-En este caso son lo mismo -exclamé. »Wiesenthal meneó de nuevo la cabeza.

»-La justicia es exigida -dijo tan bajo que apenas pude oírle

Es exigida por millones de voces desde tumbas anónimas, desde hornos herrumbrosos, desde casas vacías en cientos de ciudades. Pero no

la venganza. La venganza no es digna.

»-¿Digna de qué? -le pregunté, con más violencia de la que pretendía.

»-De nosotros -contestó Wiesenthal-. De ellos. De su muerte. De nuestra existencia.

»Yo sacudí la cabeza rechazando la idea, pero después he pensado muy a menudo en esa conversación.

»Wiesenthal estaba decepcionado, pero aceptó continuar las investigaciones para encontrar cualquier información que concordara con mi descripción del oberst. Quince meses más tarde, pocos días después de haber recibido mi licenciatura, llegó una carta de Simon Wiesenthal. Me enviaba fotocopias de los documentos justificativos de los pagos de la Section IV Sonderkommando Sub-section IV-B para los "Asesores Especiales" de los eisatzgruppen. Wiesenthal había marcado el nombre del oberst Wilhelm von Borchert, un oficial en misión especial con el einsatzgruppen 3 del despacho de Reinhard Heydrich. Junto a esas fotocopias había un recorte de prensa que Wiesenthal había retirado de su archivo. Siete jóvenes y risueños oficiales posaban para la foto durante un concierto especial de la Filarmónica de Berlín en beneficio de la Wehrmacht. El recorte llevaba la fecha 23.6.41. Era un concierto de Wagner. Los nombres de los sonrientes oficiales estaban debajo. El quinto por la izquierda, apenas visible tras los hombros de sus camaradas, con el gorro encasquetado, era el semblante pálido del oberst. El nombre en el pie decía oberleutnant Wilhelm von Borchert.

»Dos días después yo estaba en Viena. Wiesenthal había pedido a sus corresponsales que investigaran los antecedentes de Von Borchert, pero los resultados eran decepcionantes. Los Von Borchert eran una familia con raíces aristocráticas en Prusia y Baviera oriental. La fortuna de la familia venía de la tierra, de intereses mineros y de la exportación de objetos de arte. Los agentes de Wiesenthal no pudieron encontrar el registro del nacimiento o bautismo de ningún Wilhelm von Borchert en torno a 1880 en los registros. Pero encontraron la noticia de una muerte. Según un anuncio en el Regen Zeitung del 19.7.54, el oberst Von Borchert, único heredero del conde Klaus von Borchert, había muerto en combate defendiendo heroicamente Berlín de los invasores soviéticos. La noticia había llegado al viejo conde y a su esposa a su residencia de verano, Waldheim, en el Bayerischer Wald, cerca de Bayerisch-Eisenstein. La familia buscaba el permiso de los aliados para cerrar la propiedad y volver a su casa cerca de Bremen para los funerales. Wilhelm von Borchert, continuaba el artículo, había recibido la codiciada Cruz de Hierro al valor y estaba recomendado para promoción a SS Oberstgruppenführer en el momento de su muerte.

»Wiesenthal había pedido a su gente que siguiera otras pistas. No había nada. En 1956 la familia Von Borchert se componía sólo de una vieja tía en Bremen y dos sobrinos que habían perdido la mayor parte del dinero de la familia en malas inversiones en la posguerra. La enorme propiedad en Baviera oriental estaba cerrada hacía años y gran parte del coto de caza había sido vendido para pagar los impuestos. Hasta donde los limitados contactos de Wiesenthal en el bloque del Este podían ir, los soviéticos y alemanes del Este no tenían ninguna información sobre la vida o la muerte de Wilhelm von Borchert.

»Fui a Bremen para hablar con la tía del oberst pero la mujer estaba senil y no recordaba a nadie de la familia que se llamara Willi. Pensó que yo había sido enviado por su hermano para llevarla a la Summerfest de Waldheim. Uno de los sobrinos se negó a recibirme. El otro, un joven presumido al que encontré en Bruselas, de camino a un balneario francés, dijo que había estado con su tío Wilhelm sólo una vez, en 1937. Tenía entonces nueve años. Recordaba sólo el

maravilloso traje de su tío y el sombrero de paja que lucía con aire desenvuelto. Sabía que su tío había sido un héroe de guerra y había muerto luchando contra el comunismo. Yo volví a Tel Aviv.

»Durante varios años ejercí mi profesión en Israel, aprendiendo, como todos los psiquiatras, que una licenciatura en psiquiatría sólo te califica para empezar a aprender las complejidades y debilidades de la personalidad humana. En 1960 mi prima Rebecca murió de cáncer. David me incitó a irme a Estados Unidos para continuar mis investigaciones en la mecánica de la dominación humana. Cuando protesté diciendo que en Tel Aviv tenía acceso a los materiales adecuados, David bromeó diciendo que en ninguna parte el espectro de la violencia sería más completo que en Estados Unidos. Llegué a Nueva York en enero de 1964. El país se estaba recuperando de la pérdida de un presidente y preparándose para ahogar su tristeza con la histeria adolescente ante la llegada de un grupo de rock británico llamado The Beatles. La Universidad de Columbia me había contratado como profesor invitado durante un año. Acabé por quedarme para terminar mi libro sobre la patología de la violencia y finalmente me hice ciudadano estadounidense.

»En noviembre de 1964 decidí quedarme en Estados Unidos. Estaba de visita en casa de unos amigos en Princeton, Nueva jersey, y después de la cena me pidieron por favor que, si no era mucha molestia, me quedase a ver una hora de televisión con ellos. Yo no tenía televisor y les dije que me encantaría. El programa que vimos era un documental emitido para celebrar el primer aniversario del asesinato del presidente Kennedy. El programa me interesó. Hasta en Israel, obsesionados como habíamos estado por nuestras prioridades, la muerte del presidente norteamericano había representado un gran choque para todos nosotros. Yo había visto fotos de la caravana de automóviles que acompañaba al presidente en Dallas y me había impresionado la especialmente tan reproducida imagen del pequeño hijo de Kennedy saludando el ataúd de su padre, y había leído descripciones del asesinato del presunto asesino llevado a cabo por Jack Ruby, pero nunca había visto las imágenes del asesinato de Oswald. El documental lo mostraba: aquel hombrecillo sonriente vestido con un jersey oscuro, los policías de paisano con sus tópicas caras norteamericanas, el

hombre rechoncho saliendo de la multitud con una pistola casi en el estómago de Oswald, el sonido agudo, llano, que me recordó los cuerpos blancos, desnudos, cayendo al pozo, Oswald haciendo una mueca y cogiéndose el estómago. Vi cómo los policías cogían a Ruby. En la confusión, las cámaras de televisión eran empujadas y recorrían rápidamente a la multitud.

»-¡Dios mío, Dios mío! -grité en polaco, y me puse de pie. El oberst estaba entre aquella multitud.

»Incapaz de explicar mi agitación a mis anfitriones, esa misma noche cogí el tren hacia Nueva York. A la mañana siguiente, muy temprano, fui a la oficina de Manhattan de la cadena que había transmitido el documental. Usé mis contactos en la universidad y las editoriales para obtener el acceso a las películas y vídeos de la cadena y lo que ellos llaman descartes. Aquella cara sólo aparecía en los pocos segundos de cinta que yo había visto en el programa. Un estudiante con quien yo trabajaba hizo fotografías del monitor de montaje de la cadena y me las amplió cuanto pudo.

»Vista de esa manera, la cara era aún menos reconocible que durante el segundo y medio que estuvo en la pantalla: una mancha blanca semioculta entre las alas de sombreros tejanos, la vaga expresión de una fina sonrisa, unos ojos tan oscuros como agujeros en un cráneo. La imagen no serviría como prueba ante ningún tribunal del mundo, pero yo sabía que era el oberst.

»Fui a Dallas. Las autoridades locales se mostraban aún susceptibles a las críticas de la prensa y a la opinión mundial. Pocas personas accedieron a hablar conmigo y las que lo hicieron, no querían hablar sobre los sucesos en el garaje subterráneo. Nadie reconoció las fotos de la cinta de vídeo o de la vieja noticia del periódico de Berlín que les mostré. No hablé con reporteros, sino con testigos. Intenté hablar con Jack Ruby, el asesino del asesino, pero no me autorizaron a hacerlo. La pista del oberst llevaba un año de retraso y estaba tan fría como el cadáver de Lee Harvey Oswald.

»Volví a Nueva York. Hablé con conocidos de la embajada de Israel. Negaron que las agencias de espionaje israelíes operaran en territorio americano, pero estuvieron de acuerdo en

hacer algunas investigaciones. Contraté a un detective privado en Dallas. Su cuenta ascendió a siete mil dólares y su informe podría resumirse en una sola palabra: nada. La embajada no me cobró nada por su informe negativo, pero estoy seguro de que mis contactos debieron de pensar que yo estaba loco para buscar a un criminal de guerra en el lugar de un asesinato político. Sabían por experiencia que en su exilio la mayor parte de los antiguos nazis buscaban sólo el anonimato.

»Empecé a dudar de mi cordura. La cara que me había obsesionado en mis sueños durante tantos años se había convertido en la obsesión central de mi vida. Como psiquiatra, podía comprender la ambigüedad de esta obsesión: ardiendo en mi conciencia en una cámara de la muerte de Sobibor, templada por el invierno más frío de mi espíritu, mi fijación de dar con el oberst había sido mi razón de vida; borra una y la otra desaparece. Reconocer la muerte del oberst habría sido reconocer mi propia muerte.

»Como psiquiatra yo comprendía mi obsesión. La comprendía pero no podía creer en mi propio análisis. Aunque lo comprendiera, no habría trabajado para "curarme". El oberst era real. La partida de ajedrez se había jugado. El oberst no era un hombre que pudiese morir en una fortificación improvisada cerca de Berlín. Los monstruos no mueren. Tienen que ser exterminados.

»En el verano de 1965, conseguí por fin una entrevista con Jack Ruby. No fue productiva. Ruby era un hombre adusto, de cara triste. Había perdido peso en la cárcel y de su cara y brazos pendía piel fláccida como pliegues de estopilla seca. Su mirada era vaga y abstraída, su voz, ronca. Ese día de verano intenté arrancarle de su estado mental, pero se limitaba a encogerse de hombros y a repetir lo que había declarado tantas veces durante los interrogatorios. No, no sabía que iba a matar a Oswald hasta el momento antes. Fue un accidente el hecho de haber podido entrar en el garaje. Alguna cosa le entró cuando vio a Oswald, un impulso que no pudo controlar; aquél era el hombre que había asesinado a su amado presidente.

»Le mostré las fotos del oberst. Meneó la cabeza con cansancio. Recordaba a varios de los detectives de Dallas y a varios reporteros, pero nunca había visto a ese hombre. ¿Había sentido alguna cosa extraña antes de disparar sobre Oswald? Cuando le hice esta pregunta, Ruby levantó durante un segundo su cansada cara de basset, y vi un estremecimiento de confusión en sus ojos, pero eso desapareció casi inmediatamente y respondió en el mismo tono monótono de antes. No, nada extraño, sólo furia ante la idea de que Oswald todavía estuviera vivo mientras el presidente Kennedy estaba muerto y la señora Kennedy y sus hijos estaban solos.

»No me sorprendí cuando un año después, en diciembre de 1966, Ruby fue ingresado en el hospital Parkland para tratarle un cáncer. Cuando lo entrevisté, me había parecido un hombre muy enfermo. Pocos le lloraron cuando murió en enero de 1967. La nación había expiado su dolor y Jack Ruby era sólo un recuerdo que era mejor olvidar.

»Durante el final de la década de los sesenta me dediqué cada vez más a mis investigaciones psiquiátricas y a la enseñanza. Intenté convencerme de que en mi trabajo teórico yo estaba exorcizando al demonio que la cara del oberst había simbolizado. Interiormente, estaba más convencido.

»A través de la violencia de esos años, seguí estudiando la violencia. ¿Cómo era posible que algunas personas pudieran dominar a otras con tanta facilidad? En mis investigaciones reunía a pequeños grupos de hombres y mujeres extraños con la excusa de realizar alguna tarea sin importancia, e, inevitablemente, el orden social del más fuerte empezaba a establecerse media hora después de la creación del grupo. A menudo los participantes ni siquiera tenían consciencia del establecimiento de una jerarquía, pero cuando eran interrogados, casi todos podían identificar al miembro "más importante" del grupo, o al "más dinámico". Mis alumnos y yo hicimos entrevistas, estudiamos transcripciones, y pasamos horas sin fin mirando cintas de vídeo. Simulamos confrontaciones entre sujetos y figuras de autoridad: decanos universitarios, policías, profesores, funcionarios de Hacienda, funcionarios de prisiones y ministros. Siempre la cuestión de la jerarquía y la dominación resultaba más compleja de lo que la mera posición social podría sugerir.

»Fue en esta época cuando empecé a colaborar con la policía de Nueva York en los perfiles de personalidad de homicidas. Los datos eran fascinantes, las entrevistas eran deprimentes. Los resultados, poco convincentes.

»¿Cuál era la fuente básica de la violencia humana? ¿Qué papel tenía la violencia y la amenaza de violencia en nuestras interacciones de cada día? Respondiendo a estas preguntas yo, ingenuamente, esperaba poder explicar un día cómo un psicópata brillante pero equivocado como Adolf Hitler pudo transformar una de las grandes culturas del mundo en una máquina de matar aberrante e inmoral. Empecé con el conocimiento de que las demás especies animales complejas de la Tierra tenían algún mecanismo para establecer la dominación y la jerarquía social. Normalmente esta jerarquía se establecía sin graves dificultades. Hasta depredadores tan feroces como lobos y tigres tenían señales precisas de sumisión que ponían fin a la más violenta confrontación antes de llegar a la muerte, o a causarse daños irreparables. ¿Y respecto al hombre? ¿A nosotros nos falta, como tantos han asumido, esta señal instintiva de reconocimiento de sumisión, y por eso estamos condenados a una lucha eterna, a un tipo de locura dentro de la especie determinada por nuestros genes? Yo creía que no.

»Mientras pasaba años reuniendo datos y desarrollando premisas, mantenía secretamente una teoría tan estrafalaria y poco científica que habría arruinado mi posición profesional si hubiera llegado a oídos de mis colegas. ¿Y si la humanidad hubiera evolucionado hasta que el establecimiento de la dominación pasara a ser un fenómeno (que algunos de mis amigos menos racionales habrían llamado "parapsicológico") psíquico? Ciertamente, el atractivo de algunos políticos, eso a lo que los órganos de información llaman "carisma" a falta de un término mejor no estaba basado en el tamaño, capacidad de reproducción o alarde de amenazas. ¿Qué pasaría, conjeturé, si en algún lóbulo o hemisferio del cerebro hubiera un área dedicada sólo a proyectar este sentido de dominación personal? Yo conocía muy bien los estudios neurológicos que sugerían que nosotros heredábamos nuestro sentido jerárquico de las zonas más primitivas del cerebro, el llamado "cerebro reptil". Pero ¿y si hubo avances evolutivos (mutaciones) que dieron a algunos humanos una capacidad semejante a la empatía o a la telepatía, pero infinitamente más poderosa y útil en términos de supervivencia? ¿Y si esta aptitud, abastecida por su propia sed de dominación, encontrase su expresión fundamental en la violencia? ¿Serían los humanos que manifestaran esa aptitud realmente humanos?

»Al final, todo lo que podía hacer era teorizar sin fin sobre lo que yo había sentido cuando la fuerza de voluntad del oberst había entrado en mí. Con el paso de las décadas, los recuerdos de esos terribles días se apagaban, pero el dolor de aquella violación mental, la repulsión y el terror, aún me producían pesadillas de las que despertaba sobresaltado. Continué enseñando, trabajando en mis investigaciones y moviéndome por entre las realidades grises de la vida cotidiana. La primavera pasada me desperté un día y descubrí que me estaba haciendo viejo. Hacía casi dieciséis años que había visto aquella cara en la cinta de vídeo. Si el oberst era real, si aún estaba vivo en cualquier rincón del mundo, sería un anciano. Pensé en los viejos desdentados, temblorosos, que todavía eran descubiertos como criminales de guerra. Lo más probable era que el oberst estuviera muerto.

»Había olvidado que los monstruos no mueren. Tienen que ser exterminados.

»Hace menos de cinco meses casi me topé con el oberst en una calle de Nueva York. Era una noche sofocante de julio. Yo estaba cerca de la entrada oeste de Central Park, paseando, pensando, componiendo mentalmente un artículo sobre la reforma de las prisiones, cuando el oberst salió de un restaurante a no más de quince metros de mí y cogió un taxi. Iba acompañado por una mujer, cuyo pelo blanco caía sobre un bello traje de noche de seda. El oberst llevaba un traje oscuro. Tenía un aspecto seductor y sano. Había perdido mucho pelo y el que le quedaba había pasado de rubio a gris, pero su cara, aunque más pesada y colorada por la edad, continuaba cincelada con la imagen de crueldad y control.

»Después de algunos segundos en que me quedé paralizado, mirando, corrí detrás del taxi, que entró en el tráfico, y tuve que eludir

varios vehículos en una loca tentativa de alcanzarlo. Los ocupantes, en el asiento trasero, no miraron atrás en ningún momento. El taxi se alejó con el tráfico y yo me quedé en una curva al borde del colapso.

»El maitre del restaurante no me supo decir nada. Sí, una pareja de edad muy distinguida había cenado allí esa noche, pero no los conocía. No, no tenían reserva.

»Durante semanas anduve por esa zona de Central Park, buscando por las calles, buscando la cara del oberst en cada taxi que pasaba. Contraté a un detective de Nueva York y otra vez pagué sin resultados.

»Entonces sentí lo que ahora reconozco como una terrible depresión nerviosa. No dormía, no podía trabajar y mis clases en la universidad eran canceladas o cubiertas por asistentes nerviosos. Usaba la misma ropa durante días, volvía a mi apartamento sólo para comer y pasear arriba y abajo por mi habitación devorado por los nervios. Durante la noche caminaba por las calles y varias veces fui interrogado por la policía. Sólo mi posición en Columbia y el título mágico de «doctor» me salvaron de ser enviado a Bellevue para ser examinado. Entonces, una noche que yo estaba echado en el suelo de mi apartamento, comprendí algo: la cara de la mujer no me era desconocida.

»Durante toda la noche y el día siguiente luché para arrancar el recuerdo de dónde la había visto antes. Había sido en una foto, de eso estaba seguro. A su imagen se asociaban vagos recuerdos de aburrimiento, inquietud y música suave.

»A las cinco y cuarto de esa tarde cogí un taxi y fui a la parte alta de la ciudad, a la consulta de mi dentista. Acababa de marcharse, y la recepcionista estaba cerrando el consultorio, pero me inventé una historia cualquiera y conseguí que me dejara mirar los montones de viejas revistas en la sala de espera. Había ejemplares de Seventeen, GQ Quarterly, Mademoiselle, U.S. News and World Reports, Time, Newsweek, Vogue, Consumer Reports y Tennis World. La recepcionista empezaba a ponerse nerviosa y a asustarse por mi estado maniático en el momento en que empecé a hojear las revistas por segunda vez. Sólo la profundidad de mi obsesión y la casi certeza de que los dentistas no cambian sus existencias de revistas más de cuatro veces al año me mantuvieron buscando mientras la cada vez más asustada mujer amenazaba con llamar a la policía.

»La encontré. Su foto era un pequeño recuadro en blanco y negro en las primeras páginas del montón de anuncios glaseados y adjetivos intensos que era Vogue. La foto encabezaba una columna de opinión y

tenía un pie: "NINA DRAYTON."

»A partir de ese hallazgo, en pocas horas Nina Drayton estaba localizada. Mi detective privado de Nueva York estaba encantado de poder trabajar con alguna cosa más tangible que mi escurridizo fantasma. Harrington volvió veinticuatro horas después con un buen informe sobre esa mujer. La mayor parte de la información era de fuentes públicas.

»La señora Nina Drayton era un nombre muy conocido en la industria de la moda de Nueva York, era propietaria de una cadena de boutiques, y era viuda. Se había casado en agosto de 1940, con Parker Allan Drayton, uno de los fundadores de American Airlines, que había fallecido diez meses después de la boda; su viuda había continuado invirtiendo con inteligencia y había entrado en diversos consejos de administración en los que ninguna mujer había estado antes. La señora Drayton ya no trabajaba, excepto en sus tiendas, pero participaba en las juntas de diversas asociaciones de caridad de prestigio, se tuteaba con numerosos políticos, artistas y escritores, y se rumoreaba que había tenido una aventura con un famoso compositor y director de orquesta de Nueva York, y era propietaria de un gran apartamento de una planta en Park Avenue, así como de varias casas de veraneo.

»No resultó muy difícil conseguir una presentación. Fue suficiente echar una ojeada a mis listas de pacientes y muy pronto encontré el nombre de una matrona rica y maníaco-depresiva que vivía en el mismo edificio que la señora Drayton y que se movía en los mismos círculos.

»Conocí a Nina Drayton el segundo fin de semána de agosto en una fiesta organizada por mi antigua paciente. Había pocos invitados. La mayor parte de la gente había salido de la ciudad hacia sus chalés en el cabo o en las Rocosas. Pero la señora Drayton estaba allí.

»Antes de estrechar su mano o mirar sus ojos azules y claros, supe, sin sombra de duda, que ella era una de ellos. Era como el oberst. Su presencia parecía llenar la terraza y hacía que las linternas chinas brillaran más. Tuve la certeza de ese hecho como notaría una mano fría cerrándose sobre mi garganta. Quizás ella sintiese mi reacción o quizá disfrutara hostigando

psiquiatras, pero Nina Drayton luchó conmigo verbalmente esa noche con una mezcla de irónico desprecio y desafío malicioso tan sutil como las uñas de un gato retraídas sobre terciopelo.

»La invité a una conferencia que yo daba esa semana en Columbia. Para mi sorpresa, acudió, arrastrando tras de sí a una mujercilla con aire malévolo llamada Barrett Kramer. Mi conferencia versaba sobre la política de violencia deliberada durante el Tercer Reich y cómo estaba relacionada con la de algunos regímenes de hoy en el Tercer Mundo. Estructuré la conferencia sugiriendo una premisa contraria al pensamiento actual: que, efectivamente, la inexplicable brutalidad de millones de alemanes se debía, por lo menos en parte, a la manipulación de un grupo pequeño y secreto de personalidades poderosas. Durante toda la conferencia pude ver a la señora Drayton sonriéndome desde

la quinta fila. Era el tipo de sonrisa que el ratón debe de ver en la cara del gato que está a punto de comérselo.

»Después de la conferencia, la señora Drayton quiso hablar conmigo en privado. Me preguntó si todavía ejercía con pacientes y me pidió que le tratara profesionalmente. Vacilé, pero ambos sabíamos cuál iba a ser mi respuesta.

»La vi dos veces, ambas en septiembre. Empecé la terapia. Nina Drayton estaba convencida de que su insomnio estaba directamente relacionado con la muerte de su padre hacía algunas décadas. Me contó que tenía frecuentes pesadillas en las que empujaba a su padre bajo un tranvía de Boston que lo mataba aunque ella, en realidad, estaba a kilómetros de distancia cuando eso sucedió. "¿Es cierto, doctor Laski -preguntó ella durante nuestra segunda sesión-, que siempre matamos a aquellos a quienes amamos?" Le dije que sospechaba que justamente lo contrario era lo más plausible; que intentábamos, por lo menos en nuestra mente, matar a quienes aparentábamos amar, pero en realidad, secretamente, despreciábamos. Nina Drayton se limitó a sonreír.

»Yo había sugerido que hiciéramos uso de la hipnosis durante nuestra tercera sesión, en una tentativa de revivir su reacción a la noticia del fallecimiento de su padre. Ella estuvo de acuerdo, pero no me sorprendí cuando su secretaria me llamó a principios de octubre para cancelar las demás sesiones. Para entonces, yo ya tenía a un detective privado vigilando con plena dedicación a la señora Drayton.

»Cuando digo detective privado, debo hacer una aclaración. En vez del ex policía cínico que se podría usted imaginar, siguiendo el consejo de unos amigos contraté a un ex estudiante de Princeton de veinticuatro años que escribía poesía en las horas libres. Francis Xavier Harrington llevaba en el negocio de la investigación privada dos años, pero tuvo que comprarse un traje nuevo para poder entrar en los restaurantes donde la señora Drayton comía. Cuando yo autoricé una vigilancia de veinticuatro horas, tuvo que contratar a dos viejos amigos para completar su agencia. Pero el chico no era tonto; trabajaba deprisa y con competencia, y había un informe a máquina sobre mi mesa cada lunes y viernes por la mañana. Algunos de sus éxitos no los conseguía por vías rigurosamente legales, como en el caso de su truco para obtener copias de las cuentas de teléfono de Nina Drayton. Ella llamaba a muchísima gente. Harrington controló los números listados por la telefónica y confeccionó una lista con los nombres y direcciones de estos abonados. Algunos eran muy conocidos. Otros eran curiosos. Ninguno me llevó al oberst.

»Pasaron semanas. Ya había gastado la mayor parte de mis ahorros para documentar lo que Nina Drayton hacía durante el día, sus preferencias gastronómicas, sus negocios y sus llamadas telefónicas. El joven Harrington comprendió que mis recursos eran limitados y se ofreció amablemente para interceptar su correo y su teléfono. Decidí no autorizarle a hacerlo, por lo menos durante algunas semanas más. No quería hacer nada que pudiera perjudicarnos.

»Entonces, hace sólo dos semanas, la señora Drayton me llamó. Me invitaba a una fiesta de Navidad en su apartamento el día 17 de diciembre. Llamaba personalmente, me dijo, para que yo no tuviera excusa para no ir. Quería que yo conociera a un querido amigo suyo de Hollywood, un productor de cine que tenía verdaderos deseos de conocerme. Le había enviado un ejemplar de mi libro, Patología de la violencia, y estaba loco por él.

»-¿Cómo se llama? -pregunté.

»-No se preocupe -me respondió ella-. Lo reconocerá cuando lo vea.

»Yo temblaba tanto cuando colgué que pasó un minuto entero antes de que pudiera marcar el número de Harrington. Esa tarde los tres chicos y yo nos reunimos para discutir nuestra estrategia. De nuevo examinamos a fondo las cuentas de teléfono. Esta vez llamamos a todos los números de Los Ángeles que no estaban en el listín de la ciudad. A la sexta llamada la voz de un joven respondió:

»-Residencia del señor Borden.

»-¿Éste es el teléfono de Thomas Borden? -preguntó Francis.

»-Se equivoca -dijo la voz-. Esto es la residencia de Bill Borden.

»Escribí los nombres en la pizarra de mi despacho. Wilhelm von Borchert. William Borden. Era tan propio de la naturaleza humana; el adúltero firma con una versión aproximada de su propio nombre en el registro del hotel; el criminal buscado por la policía usa seis alias falsos, cinco de los cuales llevan su nombre. Hay algo en nuestros nombres que nos impide abandonarlos completamente, por más que lo intentemos.

»Ese lunes, cuatro días antes de los sucesos de Charleston, Harrington fue a Los Ángeles. Quería ir yo mismo, pero Francis insistió en que sería mejor que fuera él para verificar a ese Borden, fotografiarlo y asegurarse de que era realmente Von Borchert. Yo quería ir, pero comprendí que no tenía ningún plan de acción. Después de todos esos años, no sabía qué haría cuando encontrara al oberst.

»El lunes por la noche, Harrington llamó para informar de que la película del avión había sido mediocre, que su hotel era decididamente inferior al Beverly Wilshire y que la policía de Bel Air tenía tendencia a interrogarte si pasabas por allí un par de veces con el coche o tenías la temeridad de aparcar en las calles tortuosas para mirar la casa de alguna estrella de cine. El martes telefoneó para saber si había novedades con la señora Drayton. Le dije que sus dos amigos, Dennís y

Selby, eran un poco más torpones de lo que cabía esperar, pero que la

señora Drayton actuaba como de costumbre. Francis continuó diciéndome que había estado en el estudio donde Borden solía trabajar, y

aunque tenía un gabinete allí, nadie sabía cuándo podía aparecer por

el lugar. La última vez que alguien lo había visto trabajando allí fue

en 1979. Francis había tenido la esperanza de obtener una foto de Borden, pero no había ninguna. Pensó mostrarle a la secretaria del estudio

la foto de Von Borchert en Berlín, pero decidió, según palabras suyas,

"que no sería muy prudente". Pensaba llevar la cámara con teleobjetivos a la casa de Borden en Bel Air al día siguiente.

»El miércoles, Harrington no telefoneó a la hora convenida. Llamé

al hotel y me informaron de que continuaba registrado pero no había

ido esa noche. El jueves por la mañana telefoneé a la policía de Los

Ángeles. Estuvieron de acuerdo en examinar el asunto pero, con las informaciones limitadas que yo les daba, pensé que había pocos motivos

para que sospecharan algo.

»-Esta ciudad es muy agitada -dijo el sargento con el que hablé-. Un chico joven podría verse envuelto en muchos líos y olvidarse de llamar.

»Durante todo ese día intenté ponerme en contacto con Dennis o Selby. Hasta el contestador automático de la agencia de Francis estaba desconectado. Fui al edificio de apartamentos de Park Avenue donde vivía Nina Drayton. El guardia de seguridad del vestíbulo me informó de que la señora Drayton estaba de vacaciones. No pude pasar de la puerta.

»Todo ese día, el viernes, estuve sentado en mi apartamento, a solas. A las 11.30 la policía de Los Ángeles telefonéo. Habían inspeccionado la habitación de Harrington en el hotel Beverly Hills. Sus ropas y equipaje habían desaparecido y no había el mínimo rastro de él. ¿Sabía quién era responsable de la cuenta del hotel, 329 dólares con 48?

»Esa noche hice un esfuerzo y fui a cenar a casa de un amigo. El paseo de dos bloques desde la parada de autobús hasta su casa en Greenwich Village me pareció interminable. La noche del sábado, la noche que su padre fue asesinado aquí, en Charleston, formé parte de una

mesa redonda, en la universidad, sobre la violencia urbana. Había varios políticos y más de doscientas personas. Durante la discusión, no paré de escrutar a la audiencia, esperando ver la sonrisa de cobra de Nina Drayton o los fríos ojos del oberst. Sentí que era otra vez un peón, pero ¿en el juego de quién?

»Este último domingo leí el diario de la mañana. Por primera vez tuve noticia de los asesinatos de Charleston. En otro lugar del diario, una columna corta anunciaba que el productor de Hollywood William D. Borden se encontraba a bordo del desafortunado vuelo que había estallado el sábado por la mañana en Carolina del Sur. Publicaban una extraña foto del productor. La foto era de 1960. El oberst sonreía.

Saul se calló. Las tazas de café estaban frías y abandonadas en la baranda del porche. Las sombras de los listones de la baranda se habían arrastrado por las piernas de Saul mientras relataba su historia. En el súbito silencio, los ruidos distantes de la calle se hicieron audibles.

-¿Cuál de ellos mató a mi padre? -preguntó Natalie.

Se había abrochado el jersey y ahora se frotaba los brazos como si tuviera frío.

-No lo sé -dijo Saul.

-¿Melanie Fuller era uno de ellos?

-Sí, casi seguro.

-¿Y podría haber sido ella?

-Sí.

-¿Y está seguro de que Nina Drayton está muerta?

-Sí. Fui al depósito. Vi fotos del escenario del crimen. Leí el informe de la autopsia.

-¿Pero ella podía haber matado a mi padre antes de morir? Saul dudó.

-Es posible -admitió.

-Y Borden, el oberst, parece que murió en el accidente aéreo del viernes.

Saul asintió con la cabeza.

-¿Se cree que haya muerto? -preguntó Natalie. -No.

Natalie se puso de pie y caminó por el pequeño porche. -¿Tiene alguna prueba de que pueda estar vivo? -preguntó. -No.

-¿Pero cree que lo está?

-Sí.

-¿Y él o Melanie Fuller podrían haber asesinado a mi padre? -Sí.

-¿Y todavía busca a Borden..., Von Borchert..., sea quien fuere? -Sí.

-¡Jesús!

Natalie entró en la casa y volvió con dos vasos de coñac. Le dio uno a Saul y bebió del otro un largo sorbo. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del jersey, buscó cerillas y encendió un cigarrillo con manos temblorosas.

-Eso no es bueno -dijo Saul tranquilamente.

Natalie soltó un ruido brusco, agudo.

-Son como vampiros, ¿verdad? -preguntó. -¿Vampiros?

Saul meneó la cabeza sin comprender.

-Usan a otras personas y después las tiran como embalajes de

plástico o cualquier cosa -dijo ella-. Son como esos malditos vampiros que se ven en las películas, con la diferencia de que éstos son

reales.

-Vampiros -dijo Saul, y se dio cuenta de que había hablado en

polaco-. Sí -admitió en inglés-, no es una mala analogía.

-Muy bien -exclamó Natalie-, ¿qué vamos a hacer ahora? -¿Vamos?

A Saul eso le cogió desprevenido. Se restregó las rodillas con las

manos.

-Vamos -repitió Natalie, y había furia en su voz-. Usted y yo.

Nosotros. No me ha contado toda esta historia sólo para pasar el rato.

Muy bien, ¿cuál va a ser nuestro próximo movimiento?

Saul meneó la cabeza y se rascó la barba.

-No sé por qué le he contado todo esto -dijo-. Pero... -Pero ¿qué?

-Es muy peligroso. Francis, esas personas...

Natalie se acercó, se puso en cuclillas y le tocó el brazo con su mano derecha.

-Mi padre se llamaba Joseph Leonard Preston -dijo ella, en voz baja-. Tenía cuarenta y ocho años. Hubiera cumplido cuarenta y nueve el 6 de febrero próximo. Era una buena persona, un buen padre, un buen fotógrafo y un pésimo comerciante. Cuando reía... -Natalie se detuvo durante un instante-. Cuando reía era muy difícil no reír con él.

Durante algunos segundos se quedó allí en cuclillas, tocándole la muñeca junto al número tatuado. Después dijo:

-¿Qué haremos ahora? Saul inspiró con fuerza.

-No estoy seguro. Este sábado tengo que ir a Washington a hablar con una persona que puede tener alguna información..., información que nos dirá si el oberst está aún vivo. Aunque es improbable que mi... contacto tenga esta información.

-Y después, ¿qué? -insistió Natalie.

-Después esperaremos -dijo Saul-. Esperaremos y vigilaremos, y buscaremos en los periódicos.

-¿En los periódicos? -dijo Natalie-. ¿Qué hay que buscar en los periódicos?

-Más asesinatos -dijo Saul.

Natalie parpadeó y volvió a ponerse en cuclillas. El cigarrillo que tenía en la mano se había consumido. Lo lanzó a las tablas del suelo.

-¿Habla en serio? Seguro que Melanie Fuller y su oberst saldrán del país..., se ocultarán..., harán algo así. ¿Por qué iban a meterse en este tipo de cosas de nuevo tan pronto?

Saul se encogió de hombros.

-Es su naturaleza -dijo-. Los vampiros tienen que alimentarse. Natalie se puso de pie y fue hasta la esquina del porche.

-Y entonces usted..., nosotros, cuando los encontremos, ¿qué haremos? -preguntó ella.

-Entonces lo decidiremos -contestó Saul-. Antes tenemos que encontrarlos.

-Para matar a un vampiro tienes que clavarle una estaca en el corazón -razonó Natalie.

Saul no dijo nada.

Natalie cogió otro cigarrillo, pero no lo encendió.

-¿Qué pasa si llegas cerca de ellos y ellos descubren que les buscas? -preguntó-. ¿Y si te buscan ellos?

-Eso podría simplificar mucho las cosas -dijo Saul.

Natalie iba a hablar cuando un coche blanco con la insignia del Ayuntamiento se detuvo en la curva. Un hombre fuerte, de cara colorada, salió del asiento del conductor.

-El sheriff Gentry -dijo Natalie.

Vieron cómo Gentry se quedaba primero de pie mirándolos y después se acercaba, casi vacilando. Se detuvo en el primer peldaño del porche y se quitó el sombrero. Su cara bronceada parecía la de un chaval que hubiese visto algo terrible.

-Buenos días, doctor Laski -saludó Gentry. -Buenos días, sheriff -dijo Natalie.

Saul miró a Gentry, la auténtica caricatura de un poli del Sur, y sintió la misma inteligencia aguda y sensibilidad que había sentido la víspera. Sus ojos desmentían por completo el resto de su apariencia.

-Necesito ayuda -dijo Gentry, y había un tono de sufrimiento en su voz.

-¿Qué tipo de ayuda? -preguntó Natalie. Saul podía notar afecto en su voz.

El sheriff Gentry miró su sombrero, dobló la copa con un movimiento gracioso de su mano rechoncha y rosada, y los miró a ellos.

-Tengo seis ciudadanos muertos -dijo-. La manera cómo murieron no tiene sentido lo mires por donde lo mires. Hace un par de horas hice parar a un tío que no llevaba nada en la cartera excepto una foto mía. En vez de hablar conmigo, ese tío se cortó la garganta. -

-Gentry miró a Natalie y después a Saul-. Y ahora, por una razón cualquiera -dijo-, por una razón cualquiera que no tiene más sentido que todo el resto de este horrible caso, tengo la corazonada de que ustedes, los dos, me podrán ayudar.

Saul y Natalie le devolvieron la mirada en silencio.

-¿Podrán? -preguntó finalmente Gentry-. ¿Me ayudarán?

Natalie miró a Saul. Saul se rascó la barba durante un segundo, se quitó las gafas y volvió a ponérselas, miró de nuevo a Natalie y meneó ligeramente la cabeza.

-Entre, sheriff -dijo Natalie abriendo la puerta-. Haré algo de comer. Esto puede durar un rato.

11

Bayerisch-Eisenstein, viernes 19 de diciembre de 1980

Tony Harod y María Chen desayunaron en el pequeño comedor del hotel. Bajaron a las siete, pero el primer turno de desayuno, el de los esquiadores más madrugadores, ya había acabado. El fuego chisporroteaba en la chimenea de piedra y Harod podía ver la nieve y el cielo sin nubes a través de la pequeña ventana de la pared sur.

-¿Crees que estará allí? -preguntó María Chen en voz baja después de beber el último sorbo de café.

Harod se encogió de hombros.

-¿Cómo cojones puedo saberlo?

La víspera había estado convencido de que Willi no estaría en la propiedad familiar, que el viejo productor había muerto en el accidente de avión. Recordaba la mención de la propiedad de la familia en una conversación que habían tenido cinco años antes. Harod estaba muy borracho; Willi acababa de volver de un viaje de tres semanas a Europa y, de súbito, con lágrimas en los ojos, había dicho: «¿Quién dice que no puedes volver otra vez a casa, eh, Tony? ¿Quién lo dice?», y después había empezado a describir la casa de su madre en el sur de Alemania. Mencionar la ciudad más próxima había sido un descuido. Harod había considerado el viaje como una manera de eliminar una posibilidad preocupante, nada más. Pero ahora, a la luz áspera de la mañana, con María Chen sentada frente a él con la Browning de nueve milímetros en el bolso, lo improbable parecía muy posible.

-¿Y en cuanto a Tom y Jensen? -preguntó María Chen. Iba vestida con unos elegantes pantalones de pana azul, calcetines altos y un pesado jersey azul y rosa de esquiar que le había costado seiscientos dólares. Su pelo oscuro estaba recogido en una pequeña cola y hasta con maquillaje parecía lozana y limpia. Harod pensó que parecía una chica eurasiática de excursión con los amigos de su padre.

-Si tienes que eliminarlos, encárgate de Tom primero -le dijo-. Willi tiene tendencia a «usar» a Reynolds antes que al negro. Pero Luhar es fuerte..., muy fuerte. Asegúrate de que si cae, sigue en el suelo. Pero si hay pelea, Willi deberá ser el primero que hay que eliminar. Acaba con él y Reynolds y Luhar dejarán de ser una amenaza. Están tan bien condicionados que no pueden hacer pipí sin permiso de Willi.

María Chen parpadeó y miró alrededor. Las otras mesas estaban llenas de parejas alemanas que reían y hablaban. Parecía que ningún oído indiscreto había escuchado las instrucciones de Harod.

Harod hizo una señal a la camarera para pedir más café, se lo bebió y frunció el ceño. No sabía si María Chen ejecutaría las instrucciones cuando llegase el momento de matar. Consideraba que sí -nunca había desobedecido una orden hasta ahora-, pero por un segundo deseó tener consigo una mujer que no fuera una «neutral». Pero si su agente no fuera «neutral», había siempre la posibilidad de que Willi la utilizara en su propio beneficio. Harod no se hacía ilusiones sobre la «aptitud» del viejo alemán -el mero hecho de que Willi controlara a dos peleles mostraba la fuerza del poder del gran cabrón-. Harod había llegado a creer que la «aptitud» de Willi se había realmente apagado -entorpecido por la edad, las drogas y muchos años de decadencia-, pero a la luz de los recientes acontecimientos, sería una locura y tremendamente peligroso continuar actuando sobre ese supuesto. Harod meneó la cabeza. Mierda. El jodido Island Club ya le tenía hasta las pelotas. Harod no tenía ningún interés en enredarse con aquella vieja de Charleston. Cualquier persona que hubiese jugado aquel maldito juego con Willi Borden -Von Borchert o como se llamase el jodido cabrón- durante cincuenta años no era alguien con quien Tony Harod deseara liarse. ¿Y qué harían Barent y sus amigotes cuando supiesen que Willi estaba vivo? Si realmente estaba vivo. Harod recordaba su reacción seis días antes cuando le habían llamado para anunciarle la muerte de Willi. Primero sintió una ola de inquietud: ¿Y los proyectos de Willi? ¿Y el dinero?

Después sólo alivio. El viejo hijoputa había muerto al fin. Harod había pasado años ocultando su secreto terror de que el viejo descubriera el Island Club, de que Tony le espiara...

«Yo imagino el Paraíso como una isla donde puedes "cazar" a gusto, ¿eh, Tony?» ¿Willi había dicho esto en la cinta? Harod recordó la sensación de hundirse en agua helada que había tenido cuando la imagen de Willi había pronunciado aquellas palabras. Pero no había manera de que Willi pudiese saberlo. Y por otro lado, la cinta había sido filmada antes de que el avión se estrellara. Willi estaba muerto.

Y si no murió entonces, pensó Harod, no tardaría en hacerlo. -¿Lista? -preguntó.

María Chen se pasó una servilleta de lino por los labios y asintió

con la cabeza.

-Vamos -dijo Tony Harod.

-Entonces, ¿eso es Checoslovaquia? -preguntó Harod. Mientras iban en el coche hacia el noroeste de la ciudad, avistó una barrera fronteriza, un pequeño edificio blanco y varios guardias con uniformes verdes y extraños cascos después de la estación de ferrocarril. Una pequeña señal en la carretera decía «Ubergangsstelle».

-Sí -asintió María Chen.

-Gran cosa -dijo Harod.

Subieron por la sinuosa carretera del valle, pasaron las señales de girar al Grosser Arber y al Kkine Albersee. En una colina distante pudo ver el latigazo blanco de una pista de esquí y los puntos móviles de un telesilla. Diminutos coches con cadenas en los neumáticos y portaesquís subían por carreteras que eran poco más que corredores de hielo y nieve batida. Harod tembló cuando el aire frío sopló a través de las ventanas traseras de su coche alquilado. Las puntas de dos juegos de esquís para practicar esquí de fondo que María había alquilado esa mañana en el hotel sobresalían por la ventana posterior del lado del pasajero.

-¿Crees que necesitaremos esas cosas? -preguntó él, moviendo el cuello en dirección al asiento trasero.

María Chen sonrió y levantó diez uñas pintadas.

-Quizá -dijo. Miró el mapa de carreteras Shell y lo cotejó con un mapa fotográfico-. La siguiente a la izquierda -indicó-. Después, seis kilómetros hasta el campo privado de acceso.

El BMW tuvo que deslizarse y resbalar los últimos diez kilómetros subiendo por el «camino de acceso», que no era más que un par de surcos en la nieve entre árboles.

-Alguien ha estado aquí arriba hace poco -dijo Harod-. ¿La casa está muy lejos?

-Un kilómetro más después del puente -respondió María Chen.

Detrás de una curva rodeada de árboles desnudos apareció el puente. Un pequeño tramo de madera con un aire más sólido que la barricada de la frontera checa. Había una pequeña cabaña de aspecto alpino unos veinte metros más abajo. Dos hombres salieron de ella y se dirigieron lentamente hacia el coche. Harod esperaba que en aquellas zonas rústicas cualquier persona vistiera trajes campestres y gorras de fieltro, pero aquellos dos hombres llevaban pantalones castaños de lana y americanas del mismo color. Harod pensó que parecían padre e hijo, el supuesto hijo, de menos de treinta años, sostenía un rifle de caza en el antebrazo.

-Guten Morgen, haben Sie sich verfahren? -preguntó el más viejo con una sonrisa-. Das hier ist ein Privatgrundstück. María Chen tradujo:

-Nos dan los buenos días y preguntan si nos hemos perdido. Dicen que esto es una propiedad privada.

Harod sonrió a los dos hombres.

El más viejo mostró dientes de oro en una sonrisa retributiva; el hijo no reveló ninguna expresión.

-No estamos perdidos -dijo Harod-. Venimos a visitar a Willi..., HerrVon Borchert. Nos invitó. Venimos de California.

Cuando el viejo frunció el ceño, mostrando incomprensión, María Chen tradujo rápidamente al alemán.

-Herr Von Borchert lebts bier nicht mehr -dijo el viejo-. Schon seit vielen Jahren nicht mehr.. Das Gut ist schon seit sehr lauger Zeit geschlossen. Niemand geht mehr dorthin.

-Dice que Herr Von Borchert ya no vive aquí -tradujo María Chen-. Desde hace muchos años la casa está cerrada. Nadie va allá. Harod sonrió y meneó la cabeza.

-Entonces, ¿cómo es que vosotros aún estáis de guardia, eh? - Warum lassen Sie es noch bewachen? -tradujo María Chen. El viejo sonrió.

-Wir werden von der Familie bezahlt so dasz dort kein Vandalismus eusteht -dijo el viejo-. Bald wird all das ein Teil des Nationalwaldes werden. Die alten Hduser werden abgerissen. Bis dahin schickt der Neffe uns Schecks aus Bonn, und wir hallen alle Wilddiebe und Unbefugte fern, so wie es mein Valer vor mir getan hazte. Mein Sohn wird sich ande re Arbeit suchen müssen.

-La familia nos paga para evitar el vandalismo -tradujo María Chen-. Ah..., muy pronto..., muy pronto, esto será parte del Bosque Nacional. La vieja casa será demolida. Hasta entonces, el sobrino..., el sobrino de Von Borchert, me parece, Tony..., el sobrino nos envía talones desde Bonn y nosotros mantenemos alejados a los cazadores furtivos y a los intrusos, tal como mi padre lo hizo antes de mí. Mi hijo tendrá que buscar trabajo. -Y ella añadió-: No nos dejarán pasar, Tony.

Harod le entregó al hombre un resumen de tres páginas de la próxima película de Bill Borden, El tratante de blancas. Un billete de cien marcos era ostensiblemente visible entre las páginas.

-Dile que venimos desde Hollywood para estudiar exteriores -le dijo Harod-. Dile que el viejo castillo sería un magnífico castillo encantado.

María Chen lo hizo. El viejo miró el prospecto y el dinero y los devolvió despreocupadamente.

-Ja, es wáre eine wunderbare kulisse für Binen Gruselfilm. Es besteht kein Zwifel, dasz es hier spukt. Aber ich glaube, dasz es keine weiteren Gespenster braucht. Ich schlage vor, dasz Sie umdrehen, so dasz Sie bier nicht stecken bleibeu. Grüsz Gott!

-¿Qué dice? -preguntó Harod.

-Está de acuerdo en que la propiedad sería un excelente escenario para una película de terror -dijo María Chen-. Dice que está realmente encantado. Le parece que no necesita más fantasmas. Nos dice que demos la vuelta aquí para que no quedemos atascados y nos desea buenos días.

-Diles que se vayan a tomar por el culo -dijo Harod sonriendo.

- Vielen Dank für Ihre Hilfe -dijo María Chen.

-Bitte sehr -respondió el viejo.

-De nada -dijo el joven del rifle.

Harod dio marcha atrás con el BMW por el largo camino, giró hacia el oeste en el equivalente alemán de una carretera provincial y condujo casi un kilómetro antes de aparcar el coche en nieve poco profunda a cinco metros de una cerca. Cogió las tenazas del portamaletas y cortó la cerca por cuatro sitios. Usó las botas para apartar los alambres. El corte no sería visible desde la carretera a causa de los árboles, y además había poquísimo tráfico. Volvió al coche, cambió sus botas de montaña por esquís de campo a través que enganchó a unas botas muy cómicas, y dejó que María Chen le ayudara.

Harod había esquiado dos veces, ambas durante excursiones en Sun Valley, una con la sobrina de Dino de Laurentiis y Ann Margaret, y no le había gustado nada aquello.

María Chen dejó el bolso en el coche, metió la Browning en el cinturón de su jersey, se metió un sujetador extra en el bolsillo, se colgó un par de prismáticos alrededor del cuello y dirigió la marcha a través del corte de la cerca. Harod se arrastró torpemente tras ella.

Se cayó dos veces en el primer kilómetro, y se maldijo mientras luchaba para ponerse en pie y María Chen observaba con una ligera sonrisa. No había ningún sonido excepto el chapotear suave de los esquís, el castañeteo ocasional de las ardillas, y los bramidos desacompasados de la respiración de Harod. Después de casi tres kilómetros de camino, María Chen paró y consultó su brújula y el mapa topográfico.

-Allá está el riachuelo -dijo, señalando una parte densa del bosque-. Podemos atravesarlo con ese tronco. El castillo debe de estar en el claro a un kilómetro en esa dirección.

«Tres campos de fútbol más», pensó Harod luchando por recobrar el aliento. Recordó el rifle de caza del joven y comprendió que la Browning sería inútil en una competición. Y, según sabía, Jensen y Luhan y una docena más de esclavos de Willi esperaban en el bosque con Uzis y Mac-10s. Harod se obligó a respirar hondo y notó la tensión en su vientre. «Cojones», pensó. Se había molestado en llegar hasta allí y no se iría sin saber si Willi estaba allá.

-Vamos -dijo.

María Chen asintió con la cabeza, metió el mapa en el bolsillo y esquió con elegancia hacia delante.

Había dos cadáveres delante de la casa.

Harod y María Chen se ocultaron detrás de una fina pantalla de píceas y se turnaron para mirar los cuerpos con los prismáticos. Desde una distancia de cincuenta metros, los dos bultos oscuros podían ser cualquier cosa -bultos de ropa abandonada quizá-, pero los prismáticos mostraban la curva de una mejilla blanca, la postura de miembros torcidos en un ángulo que habría producido dolores terribles a una persona que durmiera. Aquellos dos no dormían.

Harod miró de nuevo. Dos hombres. Abrigos oscuros. Guantes de cuero. Uno había usado una cazadora marrón, que estaba un metro y medio más adelante sobre la nieve. La nieve se hallaba salpicada de sangre alrededor de los dos cuerpos. Un rastro rojo unía las huellas a la gran contraventana de la vieja casa. Treinta metros más al este, había profundas marcas paralelas en la nieve, otra pista de huellas en dirección a la casa y grandes estrías circulares de nieve en polvo, como si un enorme abanico hubiese estado dirigido hacia abajo. «Un helicóptero», reflexionó Harod.

No había señal de coches, vehículos para la nieve o marcas de esquís. El camino que enlazaba con el de entrada donde él y María habían sido detenidos antes era poco más que un espacio de nieve entre los árboles. Desde allá no podían ver la cabaña alpina o el puente.

La casa principal era bastante más que una casa solariega típica, definitivamente menos que un castillo. Era un enorme montón de piedras oscuras y ventanas estrechas, tenía diversas alas y niveles y daba la impresión de que había empezado como un pabellón central imponente y se le habían ido añadiendo piezas generación tras generación. El color de la piedra y el tamaño de las ventanas cambiaba aquí y allá, pero el efecto general era triste: piedra oscura, pocos cristales, puertas estrechas, pesadas paredes que recubrían la sombra de árboles desnudos. Harod pensó que estaba más de acuerdo con la personalidad de Willi que el chalé de república bananera en Bel Air.

-Y ahora, ¿qué? -susurró María Chen.

-Calla -dijo Harod, y levantó los prismáticos para mirar de nuevo los dos cadáveres. No estaban muy separados. La cara de uno estaba vuelta hacia lo lejos, casi enterrada en la nieve, y por eso Harod sólo podía avistar un poco de pelo oscuro, corto, agitándose ligeramente cuando soplaba viento, pero el otro, el que estaba de espaldas, mostraba su cara pálida y unos ojos abiertos, blancos, mirando hacia la línea de árboles de hoja perenne como si esperara su llegada. Harod pensó que no llevaban mucho rato muertos. No parecía que algún animal carroñero hubiese llegado hasta los cadáveres.

-Marchémonos, Tony.

-Cállate.

Harod bajó los prismáticos e intentó ordenar sus ideas. Desde donde estaban no podían ver el otro lado de la casa. Si querían acercarse, era buena idea no abandonar la protección del bosque y esquiar en un círculo amplio para poder observar la casa desde todos los ángulos. Harod echó un vistazo al gran claro. Los árboles estaban esparcidos en las dos direcciones; tardaría una hora o más en entrar en el bosque y acercarse sigilosamente. Las nubes habían cubierto el Sol y se había levantado un viento frío. Había empezado a nevar ligeramente. Los tejanos de Harod estaban empapados después de las caídas y le dolían las piernas a causa del

ejercicio. La luz que desaparecía transmitía una sensación de crepúsculo, aunque todavía no era mediodía.

-Marchémonos de aquí, Tony.

La voz de María Chen no sonaba suplicante ni asustada, sólo tranquilamente insistente.

-Dame el arma -dijo él. Ella se la dio y él apuntó hacia la casa y hacia los bultos oscuros de la entrada-. Ve hasta allá -le dijo-. Con tus esquís. Te cubriré desde aquí. Creo que no hay nadie en la casa.

María Chen lo miró.

No había discusión ni desafío en sus ojos oscuros, sólo curiosidad, como si fuera la primera vez que lo veía.

-Adelante -ordenó Harod, y bajó la automática, sin saber qué haría si ella se negaba a obedecerle.

María Chen se volvió, se movió al lado de las píceas con un movimiento rápido del palo de esquiar y se dirigió hacia la casa. Harod se encorvó y se apartó del lugar en que habían estado, caminó por el bosque hasta situarse tras un gran árbol de madera dura rodeado de pinos jóvenes. Levantó los prismáticos. María Chen había llegado junto a los cuerpos. Se detuvo, clavó los dos palos y observó la casa. Después miró hacia el lugar donde había dejado a Harod y esquió hacia la casa, haciendo una pausa junto a la gran contraventana antes de girar a la derecha y esquiar a lo largo de la casa. Desapareció por el lado derecho -la esquina más cercana a la carretera de acceso- y Harod levantó los esquís y se puso en cuclillas en una zona seca bajo el árbol.

Los minutos se eternizaron hasta que ella apareció por el otro lado de la casa. Volvió a la contraventana central e hizo un gesto hacia donde creía que estaba Harod.

Harod esperó otros dos minutos, se puso derecho y se dirigió hacia la casa, corriendo agachado. Había pensado que podría maniobrar mejor sin los esquís. Fue un error. La nieve sólo le llegaba a las rodillas, pero le entorpecía enormemente los movimientos y le hacía perder el equilibrio; caminaba tres metros sobre la corteza helada y después se hundía y tenía que tantear el camino por delante. Se cayó tres veces, y en una de las ocasiones dejó caer la automática en la nieve. Comprobó que el cargador no estaba atascado, sacudió la nieve de la culata y siguió avanzando.

Se detuvo junto a los dos cuerpos.

Tony Harod había producido veintiocho películas, todas menos tres con Willi. Las veintiocho contenían amplias dosis de sexo y violencia, a menudo por partes iguales. Las cinco entregas de la Noche de Walpurgis -la más exitosa empresa de Harod- habían sido poco más que una sucesión de asesinatos, la mayor parte de chicos y chicas jóvenes, antes, después o durante el acto sexual. Los asesinatos eran mayormente vistos a través de la cámara subjetiva que simulaba el punto de vista del asesino. Harod había aparecido a menudo en el plató durante el rodaje y había visto personas apuñaladas, heridas por disparos, empaladas, quemadas, destripadas y decapitadas. Había estado en efectos especiales tiempo más que suficiente para aprender todos los misterios de las bolsas de sangre y de aire, los ojos arrancados y los trucos hidráulicos. Había escrito personalmente la escena de Noche de Walpurgis V• La pesadilla continúa, en la que la cabeza de la niñera estalla en mil fragmentos después de engullir la cápsula explosiva colocada en el frasco por Golon el asesino enmascarado.

A pesar de todo esto, Tony Harod nunca había visto una víctima real de un asesinato. Los únicos dos cadáveres a los que se había aproximado eran los de su madre y su tía Mira ya colocados en sus ataúdes y rodeados por la distancia protectora de las pompas fúnebres y de los acompañantes. Su madre fue enterrada cuando Harod tenía nueve años; su tía Mira, cuando tenía trece. Nunca nadie había mencionado la muerte de su padre.

A uno de los hombres que yacían junto a la casa de Willi Borden le habían disparado cinco o seis veces; el otro tenía la garganta abierta. Ambos habían sangrado mucho. La abundancia de sangre chocó a Harod por su absurdo exceso, como si algún director de cine demasiado entusiasta hubiese derramado cubos de tinta roja en el escenario. Simplemente echando un vistazo a los cuerpos, la sangre y las huellas en la nieve, Harod pensó que podía reconstruir parte de la escena: un helicóptero había aterrizado a unos treinta metros de la casa.

Ese par habían salido, aún con zapatos de ciudad, y se habían dirigido a la puerta viselada. Habían empezado a luchar allí, sobre las losas. Harod podía imaginarse al más bajo de los dos, el que tenía la cara contra la nieve, volviéndose súbitamente y saltando sobre su compañero, mordiéndole y arañándole. El más alto había retrocedido -Harod podía ver las huellas de los tacones en la nieve-, después había desenfundado la Luger y había disparado varias veces. El bajito había continuado avanzando, quizás incluso después de recibir un tiro en la cara. El cadáver más pequeño tenía dos agujeros de bala en la mejilla derecha y sobresalía de su boca un trozo de músculo y tejido aún entre sus dientes. El más alto se había tambaleado varios metros hacia atrás después de que el bajo hubiese caído; enseguida, como si comprendiera por primera vez que su garganta estaba medio destrozada, su arteria cortada y bombeando sangre a raudales, y su laringe rasgada, había caído, había rodado por el suelo y había muerto mirando la línea de árboles donde Harod y María Chen habían aparecido algunas horas después. El brazo del hombre alto estaba medio levantado, frenado en la rigidez esculpida del rigor mortis. Harod sabía que el rigor mortis empezaba y acababa después de un determinado número de horas del fallecimiento, pero no recordaba cuántas. Le daba igual. Los había imaginado como asociados, saliendo del helicóptero juntos, muriendo juntos. Las huellas no eran una prueba definitiva de eso. A Harod no le importaba. Otro grupo de huellas que iban desde la puerta hasta la depresión que podía haber sido una zona de aterrizaje, permitía intuir, que varias personas habían salido de la casa y habían subido al helicóptero. No había manera de saber de dónde había venido el helicóptero, quién viajaba en él, quién de la casa había subido él o adónde se dirigía. A Harod le daba igual.

-¿Tony? -dijo María Chen en un susurro.

-Espera un segundo -rogó Harod.

Se volvió, se apartó del enorme círculo de sangre y vomitó sobre la nieve. Se inclinó, sintió de nuevo el sabor del café y la espesa salchicha alemana que se había comido en el desayuno. Cuando acabó, cogió un poco de nieve limpia, se lavó la boca, se levantó y fue, evitando los cadáveres, a reunirse con María Chen en las losas.

-La puerta no está cerrada -murmuró ella.

A través de los cristales, Harod podía ver sólo cortinas. Ahora nevaba mucho y los densos copos oscurecían la línea de árboles que había a sesenta metros de la casa. Harod asintió con la cabeza e inspiró con fuerza.

-Ve allá fuera y coge el arma de ese tipo -ordenó él-. Y mira si lleva el carné.

María Chen miró a Harod durante un segundo y esquió hacia los cadáveres. Tuvo que abrir la mano del cadáver del hombre más alto para liberar el revólver. El hombre alto tenía el carné en la cartera; el otro cadáver tenía la cartera y el pasaporte en el bolsillo de la americana. María Chen tuvo que hacer rodar en la nieve los dos cadáveres para encontrar lo que Harod quería. Cuando volvió a las losas, su jersey azul y su chaleco estaban considerablemente manchados de sangre. Dejó los esquís y se frotó con nieve las mangas del jersey y el chaleco.

Harod hojeó las carteras y el pasaporte. El hombre más alto se llamaba Frank Lee, carné de conducir internacional, expedido hacía tres años en Miami, y domicilio provisional en Munich. El otro se llamaba Ellis Robert Sloan, 32 años, residente en Nueva York, visados y pasaporte para Alemania occidental, Bélgica y Austria. Ochocientos dólares americanos y más de seiscientos marcos alemanes entre ambas carteras. Harod meneó la cabeza y las dejó caer en las losas. No habían revelado nada importante. Sabía que estaba ganando tiempo, retrasando la entrada en la casa.

-Ven -dijo, y entró.

La casa era grande, fría, oscura, y estaba -Harod lo esperaba fervorosamente- vacía. Ya no quería hablar con Willi. Sabía que si encontraba a su viejo mentor de Hollywood, la primera reacción de Harod sería vaciarle el cargador de la Browning en la cabeza. Si Willi se lo permitía. Tony Harod no se hacía ilusiones sobre su «aptitud» en comparación con la de Willi. Podía haberles hablado a Barent y a los otros de la decadencia del poder de Willi -y creérselo él

mismo un poco- pero, desgraciadamente, sabía que, en su momento más flojo, Willi Borden podía dominar mentalmente a Tony Harod en diez segundos. El viejo bastardo era un monstruo.

Harod deseó no haber venido a Alemania, no haber salido nunca de California, no haber permitido nunca que Barent y los otros le obligaran a asociarse con Willi.

-Atención -murmuró, y condujo a María Chen hacia el interior de aquel oscuro montón de piedras.

Habitación tras habitación, los muebles estaban cubiertos por sábanas blancas. Como le había ocurrido con los cadáveres del exterior, Harod había visto eso en innumerables películas, pero en la realidad el efecto era desconcertante. Se encontró apuntando la automática a cada silla cubierta y a cada lámpara, esperando que se levantara y se dirigiera a él como la figura cubierta por una sábana de La noche de Halloween de Carpenter.

El vestíbulo de la entrada principal era enorme, con baldosas blancas y negras, y estaba vacío. Harod y María Chen caminaron sigilosamente, pero no pudieron evitar que sus pasos resonaran. Harod se sintió como un estúpido caminando con botas de esquí por la casa. María Chen le seguía tranquilamente, con la Luger manchada de sangre en la mano. Su expresión no mostraba más tensión que si caminara por la casa de Harod en Hollywood buscando una revista extraviada.

Harod tardó quince minutos en asegurarse de que no había nadie en el primer piso ni en el enorme, resonante, sótano. La casa parecía abandonada; si no hubiera encontrado los cadáveres en el exterior, Harod hubiera tenido la certeza de que allí no había entrado nadie durante años.

-Arriba -murmuró, aún empuñando la automática. Sus dedos estaban blancos por la presión sobre el arma.

El ala oeste estaba oscura, fría y no había en ella ningún mueble, pero cuando entraron en el corredor del ala este, Harod y María Chen se quedaron inmóviles. Al principio, el pasillo parecía tapado por una especie de enorme cristal de hielo ondulado -Harod pensó en la escena en que Zhivago y Laura vuelven a la casa de campo en invierno-, pero Harod siguió cautelosamente adelante y comprendió que la tenue luz se reflejaba en una fina y transparente cortina de plástico que colgaba del techo y cubría completamente una pared. Dos metros más adelante otra cortina del mismo tipo les hizo ir más despacio. Era un simple aislamiento térmico del ala este. El corredor estaba oscuro, pero se veía una pálida luz procedente de diversas puertas abiertas a lo largo de los quince metros de pasillo. Harod hizo una seña a María Chen y avanzó sigilosamente con ambas manos en la automática y las piernas flexionadas. Abrió puertas, preparado para disparar, alerta, con la actitud de un gato. Imágenes de Charles Bronson y Clint Eastwood danzaban en su cabeza. María Chen se quedó junto a la cortina de plástico sin dejar de mirarlo.

-Mierda -dijo Harod después de casi diez minutos de controlar habitaciones. Actuaba como si estuviera defraudado y, por los efectos secundarios del flujo de adrenalina, estaba un poco defraudado.

A menos que hubiera habitaciones ocultas, la casa estaba vacía. Cuatro de los cuartos a lo largo del corredor tenían señales de haber estado habitados recientemente: neveras llenas, hornillos, papeles dispersos sobre las mesas. Un cuarto en especial, un gran estudio con estanterías, un viejo sofá y una chimenea con cenizas aún calientes al tacto, le hizo pensar a Harod que no había encontrado a Willi por pocas horas. Quizá los inoportunos visitantes del helicóptero habían sido los causantes de la súbita partida. Pero no habían quedado ropas, ni otros objetos personales; quienquiera que estuviese allí estaba preparado para marcharse. En el estudio, cerca de una ventana estrecha, sobre una mesa robusta, había un enorme tablero de ajedrez con las figuras cinceladas desplegadas en mitad del juego. Harod se dirigió a la mesa y usó la automática para hurgar los pocos papeles que quedaban allí. El flujo de adrenalina estaba desapareciendo, sustituido por una respiración rápida, un temblor creciente y un enorme deseo de estar en otro sitio.

Los papeles estaban en alemán. Aunque Harod no lo entendía, tuvo la sensación de que trataban de cosas triviales: contribuciones de la propiedad, informes sobre el uso de la tierra, débitos y créditos. Los lanzó al suelo, buscó en los pocos cajones vacíos y decidió que era el momento de largarse.

-¡Tony!

Algo en la voz de María Chen le hizo volverse con la Browning apuntada.

Estaba de pie junto a la mesa de ajedrez. Harod se acercó, pensando que había visto algo por la estrecha ventana, pero la chica miraba el gran tablero de ajedrez. Harod miró también. Un minuto después bajó la automática, cayó sobre una rodilla y murmuró:

-Joder, Cristo.

Harod sabía poco de ajedrez. Sólo había jugado algunas veces de niño, pero podía entender que el juego sobre el tablero estaba en su fase inicial. Sólo tres piezas, dos negras y una blanca, se habían perdido y estaban al lado del tablero. Harod se curvó hacia delante, aún sobre una rodilla, y sus ojos quedaron a pocas pulgadas de las piezas más próximas.

El juego de ajedrez había sido cincelado a mano en marfil y ébano. Cada pieza tenía ocho centímetros de altura, estaba cincelada con suma delicadeza y debía de haber costado una fortuna. Harod sabía poco de ajedrez, pero lo que sabía le sugería que se trataba de una partida muy poco ortodoxa. El chaval al que había vencido Harod en su segunda y última partida, hacía casi treinta años, se había reído cuando Tony había movido su dama durante la apertura. El chaval se había reído burlonamente y había dicho algo sobre que sólo un aficionado usaba su dama durante la apertura. Pero aquí ambas damas habían sido claramente usadas. La dama blanca estaba en el centro del tablero, enfrentada a un peón blanco. La dama negra había sido apartada del combate y estaba sola en un lado. Harod se inclinó más. El rostro de ébano de la dama era elegante, aristocrático, aún bello a pesar de las marcas de la edad meticulosamente cinceladas. Harod había visto aquella cara cinco días antes en Washington D.C., cuando C. Arnold

Barent le había mostrado una foto de la vieja que había sido asesinada en Charleston y que había sido tan descuidada como para dejar su macabro libro de recortes en la habitación del hotel. Tony Harod estaba contemplando a Nina Drayton.

Examinó con urgencia cada uno de los rostros de las piezas de ajedrez. No reconoció la mayor parte, pero algunas se hicieron claras como con la asombrosa focal variable que Harod usaba en algunas de sus películas.

El rey blanco era Willi; no había duda, aunque la cara era más joven, las facciones más definidas, el pelo más espeso y el uniforme ya no estuviera vigente en Alemania. El rey negro era C. Arnold Barent, con traje de calle. Harod reconoció en el alfil negro a Charles C. Colben. El alfil blanco era el reverendo Jimmy Wayner Sutter. Kepler estaba tranquilamente sentado en la fila delantera de peones negros, pero el caballo negro había saltado sobre la fila de peones estáticos para entrar en la lucha. Harod giró la pieza ligeramente y reconoció los rasgos cansados y remilgados de Nieman Trask.

Harod no reconoció la cara de la vieja regordeta de la dama blanca, pero no tuvo ningún problema para adivinar su identidad. «La encontraremos -había dicho Barent-. Todo lo que queremos es que la mates.» La dama blanca y dos peones blancos estaban lejos, al fondo del lado negro del tablero. Harod no reconoció el peón, que parecía rodeado por amenazadoras piezas negras; era el rostro de un hombre entre los cincuenta y los sesenta años, con barba y gafas. Alguna cosa en su cara hizo que Harod pensara que era judío. Pero el otro peón blanco, el que estaba cuatro casillas delante del caballo de Willi y aparentemente expuesto al ataque de varias piezas negras al mismo tiempo, este peón, cuando lo giró lentamente, fue inmediatamente identificable. Tony Harod miraba su propia cara.

-¡Joder!

El grito de Harod parecía resonar en la enorme casa. Gritó de nuevo y pasó el cargador de la Browning sobre el tablero una vez, dos, tres veces, esparciendo piezas de marfil y ébano por el suelo.

María Chen retrocedió y volvió la mirada hacia la ventana. Fuera, la última luz del día parecía haber huido al bajar las nubes; la línea oscura de árboles había desaparecido, envuelta en una niebla gris, y la espesa nieve había cubierto suavemente los dos cadáveres como piezas de ajedrez caídas en el césped de la casa.

12

Charleston, jueves 18 de diciembre de 1980

-Parece que va a nevar -dijo Saul Laski.

Estaban los tres sentados en el coche del sheriff Gentry: Saul y Gentry en el asiento delantero, Natalie en el trasero. Lloviznaba y la temperatura no era superior a los diez grados. Natalie y Gentry llevaban americanas, Saul se había puesto un grueso jersey azul bajo una vieja americana deportiva de tweed. Ahora usaba su índice para empujar las gafas sobre el caballete de la nariz y miró de lado por el parabrisas mojado.

-Faltan tres días para Navidad -dijo- y no hay nieve. No sé cómo los del Sur pueden acostumbrarse a esto.

-Yo tenía siete años la primera vez que vi nieve -dijo Bobby Joe Gentry-. Cerraron la escuela. No había ni una pulgada de nieve, pero todos corrimos a casa como si fuera el fin del mundo. Tiré una bola de nieve..., la primera que hacía en mi vida, y fui a reventar la vitrina del salón de la vieja señorita McGilvrey. Para mí casi fue el fin del mundo. Cuando mi padre llegó a casa, hacía tres horas que le esperaba, no pude ni comer. Me sentí feliz de la paliza y no lloré.

Gentry tocó un botón y el limpiaparabrisas batió una vez, dos veces y volvió a su lugar con un chasquido. Los arcos del parabrisas súbitamente aclarados empezaron a mancharse con la lluvia.

-Sí, señor -dijo Gentry con aquella voz cavernosa y agradable que Laski ya conocía muy bien-, siempre que veo nieve pienso que recibo una paliza e intento no llorar. Me parece que los inviernos se están haciendo más fríos, la nieve se hace más fría.

-¿Ya ha llegado el médico? -preguntó Natalie desde el asiento trasero.

-No. Aún faltan tres minutos para las cuatro -dijo Gentry-. Calhoun se está haciendo viejo, aminora un poco la marcha, según me dicen, pero es puntual como el viejo reloj de la abuela. Regular como nadie. Si dice que estará aquí a las cuatro, estará aquí.

Como para recalcar el comentario, un largo Cadillac gris se detuvo y dio marcha atrás para meterse en un hueco cinco coches delante del coche patrulla de Gentry.

Saul miró el edificio. A varios kilómetros del casco antiguo, la construcción era atractiva, combinaba la elegancia de lo añejo con las comodidades modernas. Una vieja fábrica de conservas había sido transformada en un grupo de chalés adosados y despachos con garaje. El edificio brillaba: ladrillos limpios, madera añadida, reparada o pintada. A Saul le pareció que se había tenido mucho cuidado en la restauración y reorganización del espacio.

-¿Está seguro de que los padres de Alicia aceptan esto? -preguntó.

Gentry se quitó el sombrero y pasó el pañuelo por la faja interior de cuero.

-Del todo -dijo-. La señora Kaiser está muy preocupada con la chica. Dice que Alicia no come, se despierta chillando cuando intenta dormir y se pasa la mayor parte del día sentada y mirando las musarañas.

-Hace sólo seis días que vio a su mejor amiga asesinada -dijo Natalie-. Pobre muchacha.

-Y al abuelo de su mejor amiga -añadió Gentry-. Y quizás a otras personas, no lo sabemos.

-¿Cree que estaba en Mansard House? -preguntó Saul.

-Nadie recuerda haberla visto allí -respondió el sheriff-, pero eso no quiere decir nada. Si no están preparadas para hacerlo, la mayor parte de las personas no se da cuenta de lo que pasa a su alrededor. Claro que algunos se dan cuenta de todo. Pero nunca son los que están en el escenario de un crimen.

-Alicia fue encontrada cerca, ¿verdad? -preguntó Saul.

-Precisamente entre los dos escenarios -dijo Gentry-. Una vecina la vio en una esquina, llorando y con aire asustado, a medio camino entre la casa Fuller y Mansard House.

-¿Su brazo está mejor? -preguntó Natalie.

Gentry se volvió para mirar a la mujer del asiento trasero. Sonreía, y sus ojos azules y pequeños parecían más brillantes que la mustia luz invernal del exterior.

-Sí, señora. Es una simple fractura.

-Un «señora» más en su boca, sheriff -refunfuñó Natalie-, y le rompo un brazo.

-Sí, señora -dijo Gentry, sin aparente ironía. Miró de nuevo por el parabrisas- Es realmente el viejo doctor C. Compró ese maldito bombardero negro cuando fue a Inglaterra antes de la Segunda Guerra Mundial. Una serie de conferencias en el London City Hospital, creo. Participaba en el grupo de planificación de desastres antes de la guerra. Recuerdo que le dijo a mi tío Lee hace años que los médicos británicos estaban preparados para encargarse de cerca de cien veces las bajas semanales que tuvieron realmente cuando los alemanes empezaron a bombardearlos. No quiero decir que estaban preparados para más..., pero esperaban más.

-¿El doctor Calhoun tiene mucha experiencia de hipnotismo? -preguntó Saul.

-Parece que sí -dijo Gentry con voz cansina-. Sobre eso aconsejó a los ingleses en 1939. Parece que algunos de los especialistas de allá estaban convencidos de que los bombardeos serían tan traumáticos que todos los civiles quedarían afectados. Pensaron que Jack podría ayudarles con su sugestión poshipnótica y todo eso. -Empezó a abrir la puerta del coche-. ¿Viene, señorita Preston?

-Naturalmente -dijo Natalie, y salió hacia la lluvia.

Gentry salió y se quedó de pie junto al coche. La lluvia batió en el ala de su sombrero.

-¿Está seguro de que no quiere venir, profesor? -preguntó.

-No, no quiero estar allí -dijo Saul-. No quiero tener ninguna posibilidad de interferir. Pero estoy ansioso por saber qué dirá la niña.

-Yo también -murmuró Gentry-. Intentaré conservar la mente abierta, pase lo que pase.

Cerró la puerta y corrió -corrió graciosamente para un hombre tan pesado- para alcanzar a Natalie Preston.

«La mente abierta -pensó Saúl-. Sí, creo que la tienes, desde luego.»

-Le creo -había dicho el sheriff Bobby Joe Gentry cuando Saul hubo terminado de contar su historia el día anterior.

El psiquiatra había condensado la historia lo más posible, reduciendo la narración que había ocupado casi toda la mañana y la noche anterior a una sinopsis de cuarenta y cinco minutos. Varias veces Natalie le había interrumpido para recordarle una parte que se había saltado. Gentry hizo algunas preguntas puntuales. Comieron mientras Saul hablaba. En una hora la historia estaba terminada, habían comido y el sheriff Gentry había asentido con la cabeza, diciendo:

-Le creo.

Saul parpadeó.

-¿Así, por las buenas?

Gentry meneó la cabeza.

-Sí. -El sheriff se volvió para mirar a Natalie-. ¿Usted le creyó, señorita Preston?

La joven vaciló sólo un segundo.

-Sí, le creí. -Miró a Saul-. Y sigo creyéndole.

Gentry no dijo nada más. Saul se rascó la barba, se quitó las gafas para limpiarlas y volvió a ponérselas.

-¿No piensan que lo que yo explico es... fantástico?

-Claro que sí -dijo Gentry-, pero también pienso que es fantástico tener nueve personas asesinadas en mi ciudad y ni una sola pista sobre cómo se relacionan sus muertes. -El sheriff se inclinó hacia delante-. ¿No le había explicado esto a nadie antes? Quiero decir, toda la historia.

Saul se rascó la barba.

-Se lo expliqué a mi prima Rebecca -dijo en voz baja-. Poco antes de su muerte, en 1960.

-¿Y ella le creyó? -preguntó Gentry.

Los ojos de Saul fueron al encuentro de la mirada del sheriff.

-Ella me quería. Nos habíamos encontrado inmediatamente después de la guerra y me había ayudado a recuperarme. Me creyó. Dijo que me creía, y yo decidí creer que era sincera. Pero ¿por qué debería aceptar usted una historia como ésta?

Natalie no dijo nada. Gentry volvió a sentarse en su silla hasta que su espalda hizo crujir la madera.

-Bien, hablando por mí, doctor -dijo él-, tengo que confesar dos debilidades. Una, tiendo a juzgar a las personas por lo que me transmite lo que me dicen, el cómo me lo dicen. Por

ejemplo, ese hombre del FBI que conoció ayer en mi despacho, Dickie Haines, quiero decir, todo lo que él dice es cierto y lógico y todo lo que quiera. Parece correcto. Ostras, huele bien. Pero hay algo en ese tío que me hace confiar en él casi tanto como en una comadreja hambrienta. Nuestro señor Haines en cierta manera no está del todo con nosotros. Quiero decir, la luz de su porche está encendida y todo, pero no hay nadie en casa, si comprende lo que quiero decir. Hay mucha gente así. Cuando conozco a alguna persona en la que creo, mi tendencia es creerla, y punto. Lo que, por cierto, me ha metido en más de un lío.

»Segunda debilidad, tengo la manía de leer mucho. No estoy casado. Mi trabajo es mi afición. Antes pensaba que quería ser historiador, después divulgador de la historia, como Catton o Tuchman, después quizá novelista. Pero era demasiado perezoso para ser cualquiera de esas cosas, aunque todavía leo a toneladas. Me gustan las sandeces. Así que hice un contrato conmigo mismo: por cada tres libros serios

que leo, me entrego a alguna sandez. Sandeces bien escritas, de todas

formas, a pesar de ser sandeces. Por eso leo literatura de misterio: John

D. MacDonald, Parker, Westlake; y cosas de suspense: Ludlum, Treva

nian, LeCarré y Deighton; y literatura de terror, tipo Stephen King,

Steve Rasnic Tem, tíos como éstos. -Le sonrió a Saul-. Su historia no es tan extraña como todo eso.

Saul frunció el ceño y miró al sheriff.

-Señor Gentry, ¿intenta usted decirme que porque lee ficción fantástica no encuentra mi historia fantástica?

Gentry meneó la cabeza.

-No, señor, digo que lo que me ha contado encaja con los hechos y es la primera cosa que oigo que liga todos esos asesinatos.

-Haines tenía una teoría sobre Thorne -dijo Saul-. El criado de la vieja y la Kramer conspirando para robar a sus amos.

-Haines está lleno de mierda, perdone el lenguaje, señorita -espetó Gentry-. Y es imposible que ese muchacho, Albert LaFollette, el botones que perdió la cabeza en Mansard House, estuviese conchabado con nadie. Yo conocía al padre de Albert. Era un chico de tan pocas luces que apenas si sabía atarse los cordones de los zapatos, pero era un buen chico. No jugaba al fútbol en el instituto y les dijo a sus padres que no jugaba porque no quería hacer daño a nadie.

-Pero mi historia va más allá de la lógica..., hasta lo sobrenatural -dijo Saul. Se sentía ridículo discutiendo con el sheriff, pero no podía admitir su aceptación inmediata.

Gentry se encogió de hombros.

-Siempre detesté las películas de vampiros en las que aparecen cadáveres por todas partes con dos pequeños agujeros en el cuello y algunos de ellos vuelven a la vida y todo eso y el chico bueno se pasa noventa minutos de las dos horas de película intentando convencer a los otros chicos buenos de que los vampiros existen.

Saul se frotó la barba.

-Mire -dijo Gentry en voz baja-, sea por la razón que fuere, usted nos ha contado esto. De manera que ahora mis alternativas son: una, usted es parte de esto, de una manera o de otra. Quiero decir, sé que usted no mató a ninguna de esas personas personalmente. Participaba en una mesa redonda en Columbia el sábado por la tarde y por la noche. Pero podría estar implicado. Quizás hipnotizó a la señora Drayton o algo así. Ya lo sé, ya lo sé, la hipnosis no funciona de esa manera, pero normalmente la gente tampoco domina los cerebros de otros.

»Dos, usted puede estar como una regadera. Como uno de esos patanes que salen de la nada para confesarse culpables cada vez que se comete un asesinato.

»Tres, puede estar contando la verdad. Por el momento, me decanto por la número tres. Además, también yo he visto algo misterioso por ahí que encaja con su historia y no encaja con nada más.

-¿Qué algo misterioso? -preguntó Saul.

-El tío que me siguió esta mañana y que se mató en vez de hablar conmigo -dijo Gentry-. Y el libro de recortes de la vieja.

-¿Libro de recortes? -inquirió Saul.

-¿Qué libro de recortes? -preguntó Natalie.

Gentry se quitó el sombrero, lo plegó y frunció el ceño con los ojos fijos en él.

-Yo fui la primera autoridad que llegó al escenario del crimen tras el asesinato de la señora Drayton -dijo-. Los camilleros estaban sacando el cuerpo, los de homicidios aún estaban abajo contando los cuerpos y por eso tuve tiempo de echar un vistazo en la habitación. No debería haberlo hecho. Podría traerme problemas. Pero, ¡qué caray!, yo soy sólo un poli paleto. Pero de todas maneras, allí estaba aquel libro grueso de recortes en una de sus maletas, así que le eché una ojeada. Y allí estaban todos aquellos recortes sobre asesinatos, el de John Lennon y muchos otros. La mayor parte, en Nueva York. Llegaban hasta enero pasado. Al día siguiente la auténtica policía está haciendo la investigación, el FBI está por todas partes, aunque no sea un caso típico para ellos, y cuando voy al depósito el domingo por la noche no hay libro de recortes, nadie lo ha visto, no hay registro de su presencia en el escenario del crimen en los libros de la ciudad, no hay recibo del depósito de cadáveres, nada.

-¿Preguntó por él? -quiso saber Saul.

-Claro -dijo Gentry-. A todo el mundo, desde los camilleros a los chicos de homicidios. Nadie lo vio. Todo lo demás fue llevado al depósito y registrado el domingo por la mañana: la ropa interior de la vieja, trajes, píldoras para la tensión arterial, pero ningún libro de recortes con noticias de más de veinte asesinatos.

-¿Quién hizo el inventario? -preguntó Saul.

-Homicidios y el FBI -dijo Gentry-. Pero Tobe Hartner, el auxiliar administrativo del depósito, dice que nuestro querido señor Haines estaba mirando el material cerca de una hora antes de que llegara el equipo de homicidios. Dickie fue directamente al depósito.

Saul se aclaró la garganta.

-¿Piensa que el FBI está implicado en la ocultación de pruebas? El sheriff Gentry lanzó una mirada candorosa, con los ojos muy abiertos.

-¿Por qué razón el FBI haría algo así?

El silencio se prolongó. Por fin Natalie Preston dijo:

-Sheriff, si uno de esos..., esos seres fue responsable de la muerte de mi padre, ¿qué vamos a hacer?

Gentry cruzó las manos sobre el estómago y miró a Saul. Los ojos del sheriff eran de un azul intenso.

-Es una buena pregunta, señorita Preston -dijo-. ¿Qué le parece, doctor Laski? Si cogemos a su oberst o a la Fuller, o a ambos. ¿No le parece que será un poco difícil conseguir una acusación de un jurado?

Saul abrió las manos en un gesto de impotencia.

-Parece una locura, estoy de acuerdo. Si aceptas esto, ninguna lógica parece segura. Ningún asesino es condenado por una sombra de duda. Ninguna prueba es suficientemente amplia para separar a los inocentes de los culpables. Comprendo lo que quiere decir, sheriff.

-No -dijo Gentry-. No es tan malo como eso. Quiero decir, la mayor parte de los casos de asesinato son realmente asesinatos, ¿cierto? ¿O piensa que hay centenares o miles de esos vampiros de la mente corriendo por ahí?

Saul cerró los ojos ante esa idea.

-Sinceramente rezo por que no sea así -dijo.

Gentry asintió con la cabeza.

-Entonces lo que tenemos aquí es una especie de caso especial, ¿verdad? Lo que nos lleva de nuevo a la pregunta de la señorita Preston. ¿Qué vamos a hacer?

Saul inspiró profundamente.

-Necesito vuestra ayuda para... vigilar. Hay una posibilidad, una pequeña posibilidad, de que uno u otro de los dos supervivientes vuelva a Charleston. Quizá Melanie Fuller no tuvo tiempo de llevarse cosas de vital importancia de su casa. Quizá William Borden, si está vivo, vuelva a por ella.

-Y después, ¿qué? -preguntó Natalie-. Esa gente no puede ser castigada por los tribunales. ¿Qué pasa si los encontramos? ¿Qué puede hacer usted?

Saul inclinó la cabeza, se ajustó las gafas y se pasó sus dedos temblorosos por la frente.

-Hace cuarenta años que pienso en eso -dijo casi en un susurro-, y todavía no lo sé. Pero siento que el oberst y yo estamos destinados a encontrarnos de nuevo.

-¿Ellos son mortales? -preguntó Gentry.

-¿Qué? -exclamó Saul-. Sí, claro que son mortales.

-Alguien podría ir tras ellos y reventarles los sesos, ¿verdad? -dijo el sheriff-. No vuelven a levantarse con la próxima luna llena o algo así.

Saul se encaró al sheriff. Un minuto después, dijo:

-¿Qué pretende decir, sheriff?

-Mi opinión es..., aceptando su premisa de que esta gente puede hacer lo que usted dice que puede hacer, en ese caso son los tipos más terribles que conozco. Perseguir a uno de ellos sería como perseguir fantasmas en los pantanos con un saco. Pero si los podemos identificar serán un blanco tan fácil como usted o yo o John F. Kennedy o John Lennon. Cualquiera con un fusil con una buena mira telescópica puede abatir a uno de ellos fácilmente. ¿Cierto, doctor?

Saul devolvió la mirada plácida del sheriff.

-Yo no tengo un fusil con mira telescópica -dijo.

Gentry meneó la cabeza:

-¿Ha traído algún arma de Nueva York? Saul negó con la cabeza.

-¿Tiene un arma, profesor?

-No.

Gentry se volvió hacia Natalie.

-Pero usted sí, señorita. Usted dijo que le siguió a la casa Fuller ayer y que estaba preparada para detenerlo a punto de pistola si era necesario.

Natalíe se sonrojó. Saul se sorprendió al ver cómo su piel color café con leche podía volverse oscura cuando se sonrojaba.

-No es mía -dijo-. Era de mi padre. La tenía en su estudio de fotografía. Tenía licencia. Era para protegerse de robos. Pasé por allí el lunes y la traje.

-¿Puedo verla? -pidió Gentry delicadamente.

Natalíe fue hasta el armario del vestíbulo y sacó el arma del bolsillo del impermeable. La puso sobre la mesa, cerca del sheriff. Gentry usó el índice para girarla ligeramente hasta que quedó apuntada lejos de todos.

-¿Está acostumbrado a las armas, doctor? -preguntó Gentry. -No de este tipo -contestó Saul.

-¿Y usted, señorita Preston? -dijo Gentry-. ¿Está familiarizada con armas de fuego?

Natalie se frotó los brazos como si tuviera frío.

-Tengo un amigo en St. Louis que me enseñó a disparar -dijo-.

Se apunta y se apreta el gatillo. No es muy complicado. -¿Está familiarizada con esta arma? -preguntó Gentry. Natalie negó con la cabeza.

-Mi padre la compró después de que yo me fuera al colegio lejos de Charleston. No me parece que él la haya disparado nunca. No lo imagino capaz de disparar a una persona.

Gentry enarcó las cejas y cogió la automática, la apuntó al suelo y la tocó cuidadosamente por la protección del gatillo. -¿Está cargada?

-No -dijo Natalie-. Le quité todas las balas antes de salir ayer.

Esta vez fue Saul quien enarcó las cejas. Gentry meneó la cabeza y tocó la palanca para liberar el cargador de la culata negra de plástico. Cogió el cargador para mostrarle a Saul que estaba vacío.

-Calibre 32, ¿no? -preguntó Saul.

-Llama 32 automática -convino el sheriff-. Un arma pequeña y muy buena. Probablemente, nueva le costó al señor Preston unos trescientos dólares. Señorita Preston, a nadie le gustan los consejos, pero yo me siento obligado a darle algunos, ¿de acuerdo?

Natalíe asintió con la cabeza con un gesto escueto.

-Primero -dijo Gentry-, no apunte con un arma a nadie si no está dispuesta a dispararla. Segundo, nunca apunte con un arma vacía. Y tercero, si quiere tener un arma vacía debe asegurarse de que lo está.

Gentry hizo recular el mecanismo de la recámara y una bala cayó sobre la toalla. Rodó sobre la mesa hasta topar contra un salero. Era una bala, no un casquillo; no había sido disparada.

Natalie palideció, su piel se volvió de color ceniza.

-Es imposible -dijo en voz muy baja-. Conté las balas cuando las quité. Eran seis en total.

Gentry volvió a poner el cargador con un chasquido, comprobó que la palanca de seguridad estaba cerrada y apretó el gatillo. La recámara volvió a su lugar con un ruido seco.

-Sí, señorita -dijo-, pero la Llama 32 tiene un cargador de siete balas. Su padre debió de meter una en la cámara.

-¿Qué pretende ahora, sheriff? -preguntó Saul.

Gentry se encogió de hombros y puso la pistola automática de nuevo sobre la mesa, cerciorándose de que ambos seguros estaban fijados.

-Creo que si vamos a perseguir a estos asesinos, vale más saber alguna cosa de armas.

-Usted no lo entiende -dijo Saul-. Las armas son inútiles con esa gente. Pueden hacer que el arma se vuelva contra ti. Pueden hacer de ti un arma. Si los tres fuéramos tras el oberst, o tras la Fuller, en grupo, nunca podríamos estar seguros unos de otros.

-Lo comprendo -dijo Gentry-. Y también comprendo que si los encontramos, entonces ellos son vulnerables. Son peligrosos sobre todo porque nadie conoce su existencia. Ahora nosotros la conocemos.

-Pero no sabemos dónde están -dijo Saul-. Creía que estaba tan cerca. Estaba tan cerca...

-Borden tiene un pasado -intervino Gentry-, una historia, una productora cinematográfica, asociados y amigos. Es un lugar por donde empezar.

Saul meneó la cabeza.

-Yo estaba convencido de que Francis Harrington estaría seguro -dijo-. Había algunas preguntas. Si fue el oberst quien lo eliminó, podría haberme reconocido. Creí que Francis estaría seguro y ahora está con casi absoluta certeza muerto. No, no quiero que nadie más se implique directamente.

-Nosotros ya estamos implicados -respondió bruscamente Gentry-. Estamos metidos en esto.

-Es cierto -dijo Natalie.

Los dos hombres se volvieron hacia ella. La intensidad le había vuelto a la voz.

-Si no estás loco, Saul -dijo ella-, entonces esos monstruos mataron a mi padre sin ninguna razón. Con vosotros dos o sola, voy a descubrir a esos viejos asesinos y encontraré la manera de llevarlos ante la justicia.

-Entonces vamos a fingir que somos seres inteligentes -dijo Gentry-. Saul, ¿Nina Drayton le dijo alguna cosa en sus dos sesiones que nos pueda ayudar?

-No, creo que no -contestó Saul-. Habló de la muerte de su padre. Deduje que ella usó su «aptitud» para asesinarlo.

-¿No habló de Borden ni de Melanie Fuller?

-No directamente, aunque se refirió a unos amigos de Viena a principios de los años treinta. Por su descripción podían ser el oberst y Melanie.

-¿Alguna cosa útil en eso?

-No. Indicios de celos sexuales y competición. -Saul, usted fue usado por el oberst -dijo el sheriff. -Sí.

-Sin embargo, lo recuerda. ¿No sugirió que Jack Ruby y los otros sufrían de una especie de amnesia después de ser usados?

-Sí -contestó Saul-. Creo que las personas que el oberst y los otros han usado recuerdan sus actos, si los recuerdan, como se recuerda un sueño.

-¿No se relaciona con la manera como los psicópatas se acuerdan de episodios violentos?

-A veces -dijo Saul-. Otras veces, la vida normal de un psicópata es el sueño y sólo está realmente vivo cuando causa dolor o muerte. Pero las personas usadas por el oberst y los otros no son necesariamente psicópatas, sólo víctimas.

-Pero usted recordó con exactitud cómo era cuando el oberst... le poseía -dijo Gentry-. ¿Por qué?

Saul se quitó las gafas y las limpió.

-Era diferente. Era tiempo de guerra. Yo era un judío del campo. Él suponía que yo no sobreviviría. No había necesidad de gastar energía para apagar mi memoria. Además, yo me escapé por voluntad propia, pegándome un tiro en el pie, sorprendiendo al oberst...

-Quería preguntarle eso -dijo Gentry-. Usted dice que el dolor sorprendió al oberst, que le liberó de su control durante uno o dos minutos...

-Durante unos segundos -dijo Saul.

-De acuerdo, unos segundos. Pero todos los que fueron usados

aquí en Charleston deben de haber sufrido mucho. Haupt..., Thorne, el ex ladrón que Melanie Fuller tenía como criado, perdió un ojo y no por eso dejó de obedecer. La chica, Kathleen, fue golpeada hasta la muerte. Barrett Kramer cayó por la escalera y recibió un tiro. El señor Preston fue..., bueno, ya sabe lo que quiero decir...

-Sí -dijo Saul-. He pensado mucho sobre eso. Felizmente, cuando el oberst estaba... en mi cerebro, no hay otra manera de decirlo..., yo podía vislumbrar sus pensamientos.

-¿Telepatía? -preguntó Natalie.

-No -dijo Saul-, no, exactamente. No como generalmente se presenta en la ficción. Era como intentar capturar los fragmentos de un sueño que a veces recordamos vagamente al despertarnos. Pero yo sentí lo bastante los pensamientos del oberst para comprender que su fusión conmigo cuando me usó para matar al viejo de la SS... era inusual. El quería experimentarlo todo, saborear cada matiz de las impresiones de los sentidos. Tengo la sospecha de que, normalmente, él usaba a los otros como un simple amortiguador entre él y el dolor que su víctima sentía.

-Como ver televisión sin sonido -dijo Gentry.

-Quizá -dudó Saul-, pero en este caso no se pierde ninguna información de interés, sólo el choque del dolor. Sentí que el oberst disfrutaba no sólo del dolor indirecto de los que asesinaba, sino también del de los que usaba para cometer el asesinato...

-¿Piensa que recuerdos como ése pueden realmente ser borrados?

-¿En los cerebros de los que fueron usados? -preguntó Saul. Ante el asentimiento de Gentry, prosiguió-: No. Enterrados, quizá. Como la víctima de un trauma entierra su experiencia profundamente en el subconsciente.

Gentry se levantó entonces con una sonrisa amplia en la cara y le dio una palmada en el hombro a Saul.

-Doctor -dijo, aún sonriendo-, acaba de darnos la manera de saber lo que es verdad y lo que no lo es, quién está loco y quién cuerdo.

-¿De veras? -preguntó Saul, empezando a comprender mientras el sheriff Gentry sonreía ante la mirada interrogativa de Preston.

-De veras -dijo Gentry-, y mañana podremos hacer la prueba y saberlo de una vez por todas.

Saul estaba sentado en el coche del sheriff Gentry y escuchaba cómo caía la lluvia. Había pasado casi una hora desde que Gentry y Natalie habían entrado en la clínica con el viejo médico. Algunos minutos más tarde, un Toyota azul había parado al otro lado de la calle y Saul había visto a una chica rubia, con el brazo izquierdo en cabestrillo y ojos tristes y fatigados, conducida por una pareja vestida con el estilo impecable pero previsible de los jóvenes profesionales.

Saul esperaba. Era una cosa que sabía hacer muy bien; una cosa que había aprendido cuando era un adolescente en los campos de la muerte. Por vigésima vez recorrió el razonamiento de por qué había implicado a Natalie Preston y al sheriff Gentry. El razonamiento era débil, una sensación de haber llegado a callejones sin salida, una sensación súbita de confianza hacia esos dos improbables aliados después de años de sospechas solitarias y, en última instancia, la razón de haberles confiado la historia podía ser una simple necesidad de contarla a alguien.

Saul meneó la cabeza. Intelectualmente, sabía que era un error, pero emocionalmente el simple acto de contar la historia había resultado increíblemente terapéutico. La tranquilidad de

tener aliados, otras personas activamente implicadas, permitía que Saul estuviera plácidamente sentado en el coche del sheriff y se sintiera muy contento de esperar.

Saul estaba cansado. Reconoció el cansancio como algo más que la falta de descanso y los efectos secundarios del exceso de adrenalina; era un cansancio doloroso, tan doloroso como una herida en los huesos y tan viejo como Chelmno. Había en él un cansancio que era tan permanente como el tatuaje en su brazo. Como el tatuaje, llevaría ese cansancio doloroso hasta la tumba, entregándose a una eternidad de fatiga. Saul meneó otra vez la cabeza, se quitó las gafas y se friccionó el caballete de la nariz. «Deja eso, viejo -pensó-. Weltschmerz es un estado de ánimo muy pesado. Más pesado para los otros que para ti.» Pensó en la granja de David en Israel, en sus propias doce hectáreas lejos de los huertos y de los campos, en una merienda con David y Rebecca poco antes de marcharse a Estados Unidos. Los pequeños Aaron e Isaac, los gemelos de David y Rebecca, que ese verano no tenían más de siete años, habían jugado a indios y vaqueros entre las piedras y barrancos donde muchos siglos antes los legionarios romanos habían perseguido a guerrilleros israelíes.

«Aaron», pensó Saul. Tenía que encontrarse con ese chico el sábado por la tarde en Washington. Instantáneamente sintió que su estómago se le contraía ante la idea de otra persona que podía verse involucrada en la pesadilla; en este caso un familiar suyo. «¿Cuánto habrá descubierto él? -pensó Saul-. ¿Hasta qué punto le implico?»

Salieron de la clínica la chica y sus acompañantes; tras ellos apareció el médico, que apretó la mano del hombre, y después la familia se marchó. Saul se dio cuenta de que había parado de llover. Vio salir a Gentry y Natalie Preston, que hablaron un momento con el viejo médico y se dirigieron con paso resoluto al coche.

-¿Entonces? -preguntó Saul cuando el sheriff se sentó al volante y la joven estaba ya en el asiento trasero-. ¿Qué?

Gentry se quitó el sombrero y se limpió la frente con el pañuelo. Bajó completamente la ventana y Saul recibió el olor de césped mojado y mimosa que entró en el coche con la brisa. Gentry miró hacia atrás, hacia Natalie.

-¿Por qué no se lo cuenta usted?

Natalie inspiró hondo y asintió con la cabeza. Tenía un aire agitado, trastornado, pero su voz sonaba clara y firme.

-El consultorio del doctor Calhoun tiene una pequeña sala de observación -dijo-. Hay un gran espejo trucado. Los padres de Alicia y nosotros pudimos observar sin interferir. El sheriff Gentry me presentó como su asistente.

-Lo que, en el contexto de esta investigación, es técnicamente cierto -intervino Gentry-. Sólo puedo nombrar adjuntos en el caso de una emergencia, pues de lo contrario sería la «ayudante adjunto Preston».

Natalie sonrió.

-Los padres de Alicia no se han opuesto a nuestra presencia. El doctor Calhoun ha usado un pequeño aparato parecido a un metrónomo para hipnotizar a la chica...

-Sí, sí -dijo Saul, tratando de controlar su súbita impaciencia-. ¿Qué ha dicho la niña?

Los ojos de Natalie adquirieron un aire difuso mientras recordaba la escena.

-El doctor le hizo recordar el día..., el sábado pasado..., cada detalle. La cara de Alicia estaba rígida, inexpresiva, cuando ha llegado. Con la hipnosis se ha iluminado, ha cobrado vida. Ha hablado con su amiga Kathleen..., la chica que fue asesinada.

-Sí -dijo Saul, con impaciencia esta vez.

-Ella y Kathleen jugaban en la sala de estar de la señora Hodges. La hermana de Kathleen, Debra, estaba en la otra sala mirando la televisión. De repente, Kathleen dejó caer la muñeca Barbie con la que jugaba y corrió hacia fuera y atravesó el patio hacia la casa de la señora Fuller. Alicia corrió detrás de ella, se detuvo en medio del patio llamándola... -Natalie tuvo un escalofrío-. Entonces ha dejado de hablar. Su cara ha vuelto a perder la expresión. Ha dicho que no le permitían decir nada más.

-¿Estaba aún bajo hipnosis? -preguntó Saul. Gentry contestó:

-Estaba aún bajo hipnosis, pero no podía describir lo que pasó después. El doctor Calhoun ha intentado diferentes maneras de ayudarla. Ella ha continuado mirando el vacío y repitiendo que no le permitían contar nada más.

-¿Y esto ha sido todo? -preguntó Saul.

-No -dijo Natalie. Miró por la ventanilla la calle lavada por la lluvia y después volvió a mirar a Saul. Sus labios llenos estaban apretados por la tensión-. Entonces el doctor Calhoun ha dicho: «Ahora entras en la casa al otro lado del patio. Dime quién eres.» Y Alicia no ha vacilado un segundo. Ha dicho, con una voz distinta, vieja, quebrada: «Soy Melanie Fuller.»

Saul se sentó muy derecho. Un hormigueo recorrió su piel, como si alguien le tocara la espina dorsal con dedos helados.

-Y entonces el doctor Calhoun le ha preguntado si ella, Melanie Fuller, nos podía decir algo -continuó Natalie-. Y la cara de la pequeña Alicia ha cambiado, se ha ondulado, su piel se ha llenado de arrugas y pliegues que no estaban allí unos segundos antes..., y ha dicho, con la misma voz obscena de vieja: «Voy tras de ti, Nina.» Ha seguido repitiendo esa frase, cada vez más alto: «Voy tras de ti, Nina», hasta gritarla.

-Dios mío -dijo Saul.

-El doctor Calhoun estaba agitado -dijo Natalie-. Ha calmado a la chica y la ha despertado, diciéndole que se sentiría feliz y descansada cuando se despertara. Ella no era... feliz, quiero decir. Cuando ha salido del trance ha empezado a llorar diciendo que le dolía el brazo. Su madre ha dicho que era la primera vez que se quejaba del brazo desde la noche de los asesinatos.

-¿Qué piensan sus padres de la sesión con el doctor Calhoun? -preguntó Saul.

-Están trastornados -dijo Natalie-. La madre de Alicia ha querido salir de la sala de observación para estar con ella cuando la chica ha empezado a gritar. Pero cuando todo ha terminado, parecían muy aliviados. El padre le ha dicho al doctor Calhoun que hasta la molestia en el brazo y las lágrimas eran una mejora después del vacío que habían visto durante toda la semana.

-¿Y el doctor Calhoun? -preguntó Saul.

Gentry puso el brazo en el respaldo del asiento.

-El médico ha dicho que parece un caso de «transferencia inducida por traumatismo» -contestó ella-. Le ha recomendado un psiquiatra, un hombre de Savanah que él conoce..., especializado en casos infantiles. Han discutido sobre la cobertura del seguro de los Kaiser.

Saul asintió con la cabeza y los tres permanecieron sentados en silencio. Fuera, el sol de la tarde atravesó las nubes e iluminó los árboles, el césped, todo ese verdor humedecido por la lluvia que brillaba como un montón de joyas. Saul inspiró el aroma del césped recién cortado e intentó recordar que era diciembre. Se sintió a la deriva en el espacio y el tiempo, perdido en corrientes que le llevaban cada vez más lejos de cualquier orilla reconocible.

-Sugiero que cenemos temprano y hablemos de esto -manifestó Gentry de súbito-. Doctor, tiene que volver a Washington mañana muy temprano, ¿no es así?

-Sí -respondió Saul.

-Bien, en ese caso, vamos -dijo Gentry-. La policía invita.

Comieron en un excelente restaurante especializado en pescado en Broad Street, en pleno casco antiguo. Había una fila de gente esperando, pero cuando el gerente vio a Gentry los hizo pasar a una sala lateral con una mesa vacía que apareció como por milagro. La sala estaba llena a rebosar y por eso conversaron sobre generalidades, hablaron del clima de Nueva York y del clima de Charleston, sobre fotografía, sobre la crisis de los rehenes de Irán, sobre la política local de Charleston, la política de Nueva York y la política americana. Ninguno de ellos parecía muy contento con los resultados de las recientes elecciones nacionales. Después del café volvieron al coche de Gentry para recoger los jerseys e impermeables y después caminaron a lo largo de la muralla de Battery.

La noche era fría y clara. Las últimas nubes se habían disipado y las constelaciones de invierno podían verse a través del brillo ambiental de las luces de la ciudad. Las luces de Mount Pleasant eran visibles a través del puerto en dirección este. Un pequeño barco, con las luces de

navegación verde y roja encendidas, se dirigía al oeste del puente, siguiendo las boyas de la Vía Navegable Intercostal. Detrás de Saul, Natalie y Gentry, las altas ventanas de muchas casas majestuosas brillaban en la noche con un color naranja.

Se detuvieron en la muralla de Battery. Las olas rompían contra las piedras unos tres metros más abajo. Gentry miró alrededor, no vio entrometidos a la vista y dijo con voz suave:

-¿Y ahora, doctor?

-Una excelente pregunta -dijo Saul-. ¿Alguna sugestión?

-Su reunión del sábado en Washington ¿tiene relación con lo que... hemos estado discutiendo? -preguntó Natalie.

-Quizá -respondió Saul-. Probablemente. Lo sabré después del encuentro. Siento no poder ser más explícito. Implica... a mi familia.

-¿Y en cuanto a ese tío que me seguía? -preguntó Gentry.

-¿El FBI ha podido darle un nombre? -dijo Saul.

-Nada -dijo el sheriff-. El coche había sido robado en Rockville, Maryland, hace cinco meses. Pero ninguna pista sobre el fiambre. Ni huellas digitales, ni dentadura..., nada.

-¿No es un poco raro? -preguntó Natalie.

-Casi inaudito -dijo Gentry. Cogió un guijarro y lo lanzó a la bahía-. Hoy en día, todo el mundo está en algún registro.

-Quizás el FBI no se haya tomado demasiadas molestias -insinuó Saul-. ¿Es ésa su teoría?

Gentry lanzó otra piedra y se encogió de hombros. Había ido todo el día vestido de paisano -pantalones marrones y una vieja camisa escocesa-, pero antes de dar el paseo a lo largo de Battery había cogido del maletero del coche su chaquetón de sheriff y el sombrero tejano manchado de sudor y ahora era otra vez la imagen de un sheriff sureño.

-No creo que el FBI usara un vagabundo hambriento como ése -dijo-. Y si el tío no trabajaba para ellos, ¿quién lo estaba usando? ¿Y por qué demonios se mataría para no ser detenido?

-Sería coherente con la manera como el oberst usaría a alguien -dijo Saul-. O, más probablemente, Melanie Fuller.

Gentry lanzó otro guijarro y miró las luces de Fort Sumter, a unos tres kilómetros.

-Sí -aceptó-, pero es absurdo. Su oberst no puede estar interesado en acabar conmigo..., maldita sea, yo ni siquiera había oído hablar de él hasta que usted me ha contado su historia. Y si la señorita Fuller está preocupada con quién la persigue, haría mejor en habérselas con la Policía de Tráfico, los chicos de homicidios y el FBI. Ese tío sólo tenía en la cartera una foto de mí.

-¿La tiene aquí? -preguntó Saul.

Gentry asintió con la cabeza, la sacó del bolsillo de la americana y se la pasó al psiquiatra. Saul se acercó a una farola para tener más luz.

-Interesante -comentó Saul-. ¿Este edificio del fondo es el Ayuntamiento?

-Sí.

-¿Hay algo en la foto que pueda darnos una idea de cuándo fue tomada?

-Sí -dijo Gentry-. ¿Ve esta tirita en mi barbilla, aquí? -Sí.

-Yo uso la navaja de afeitar de mi padre, que perteneció antes a su padre, y no suelo cortarme a menudo cuando me afeito. Pero el domingo pasado me corté cuando Lester, uno de mis ayudantes, me llamó muy temprano y tuve que afeitarme a toda prisa. Ese día llevaba esa tirita en la cara.

-El domingo -dijo Natalie.

-Sí.

-Entonces, quienquiera que estaba interesado en seguirle tomó esta foto... parece hecha con una cámara de treinta y cinco milímetros, ¿cierto? -dijo Saul.

-Sí.

-Sacó la foto desde el otro lado de la calle el domingo y después, el martes, alguien empezó a seguirle.

-Sí.

-¿Puedo ver la foto, por favor? -pidió Natalie. La estudió un momento bajo la luz y dijo-: Quienquiera que la sacó usaba un fotómetro incorporado..., abrió más para la luz en esta puerta que en su cara. Probablemente tenía una lente de doscientos milímetros. Es muy grande. La foto fue revelada en una habitación de revelado y no en un laboratorio comercial.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó Gentry.

-¿Ve cómo fue cortado el papel? No es un trabajo comercial. Me parece que no cortaron esto..., por eso creo que era una lente larga, pero fue revelada deprisa. Las habitaciones de revelado privadas que trabajan con color son muy vulgares hoy en día, pero su oberst o la señorita Fuller deben de estar en casa de alguien que tiene una máquina propia, porque no la pueden haber revelado en el maletero del coche. ¿Ha visto últimamente a alguna persona con una SLR automática con lentes largas, sheriff?

Gentry le sonrió:

-Dickie Haines tenía un equipo como ése -dijo-. Una pequeña Konika con una gran lente Bushnell.

Natalie le devolvió la foto y frunció el ceño al preguntarle a Saul:

-¿Es posible que haya... otros? ¿Que haya más de esos seres?

Saul cruzó los brazos y miró la ciudad.

-No lo sé -dijo-. Durante años creía que el oberst era el único. Un monstruo terrible... producido por el Tercer Reich, si eso era posible. Entonces nuestras investigaciones sugerían que la aptitud para influir en las acciones y reacciones de otros no era algo tan fuera de lo común. Leí abundantes libros de historia y barajé la posibilidad de que figuras tan dispares como Hitler, Rasputin y Gandhi tuvieran ese poder. Quizás haya una especie de cadena y el oberst, Melanie Fuller, Nina Drayton, y sabe Dios cuántos más están en la fila...

-¿Entonces puede haber más?

-Sí -dijo Saul.

-Y, por una razón cualquiera, están interesados en mí -dijo Bobby Joe Gentry.

-Sí.

-Muy bien, de vuelta al punto de partida -suspiró el sheriff.

-No del todo -dijo Saul-. Mañana descubriré lo que pueda en Washington. Quizá, sheriff, usted podría seguir buscando el paradero de la señora Fuller y averiguar el estado actual de la investigación sobre-el accidente aéreo.

-¿Y yo? -preguntó Natalie.

-Sería sensato que volviera a St. Louis y... -Saul vaciló.

-No, si puedo ser útil aquí -insistió ella-. ¿Qué puedo hacer? -Yo tengo algunas ideas -dijo Gentry-. Podremos discutirlas

mañana después de acompañar al doctor al aeropuerto.

-Muy bien -dijo Natalie-. Me quedaré por lo menos hasta el

día uno.

-Les daré, a los dos, los números de mi casa y del despacho en Nueva York -dijo Saul-. Debemos ponernos en contacto por lo menos cada dos días. Y, sheriff, aunque todas nuestras investigaciones fueran nulas, hay una manera de buscarlos en los medios de comunicación.

-¿Sí? ¿Cómo?

-La metáfora de la señorita Preston de que son vampiros no está muy lejos de la verdad -dijo Saul-. Y, como los vampiros, son empujados por sus tenebrosas necesidades. Esas necesidades no pasan desapercibidas cuando son satisfechas.

-¿Se refiere a noticias de asesinatos? -preguntó Gentry. . Precisamente.

-Pero en este país se cometen diariamente más asesinatos que en Inglaterra durante todo un año -suspiró Gentry.

-Sí, pero el oberst y los otros tienen una inclinación por lo... estrafalario -dijo Saul en voz baja-. Dudo que puedan alterar sus costumbres tan completamente que no se note algún rastro de su peculiar enfermedad.

-Muy bien -dijo Gentry-. Si pasa lo peor, esperaremos hasta que esos..., esos vampiros empiecen a matar de nuevo y los descubriremos. Los encontraremos. ¿Y después qué?

Saul sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y miró las luces del puerto mientras limpiaba las gafas. Para él las luces eran prismas sin foco, difusas y mezcladas con la oscuridad de la noche.

-Los encontraremos y los seguiremos y los cogeremos -dijo-. Y entonces haremos lo que hay que hacer con todos los vampiros. -Volvió a ponerse las gafas y envió una sonrisita fría a Natalie y al sheriff-. Les clavaremos una estaca en el corazón. Les clavaremos estacas en el corazón, les cortaremos la cabeza y les meteremos ajo en la boca. Y si eso no da resultado... -la leve sonrisa de Saul se hizo infinitamente más fría-, pensaremos en alguna otra cosa que dé resultado.

13

Charleston, miércoles 24 de diciembre de 1980

Fue la Navidad más solitaria que Natalie Preston había pasado en su vida y decidió hacer algo al respecto. Cogió su bolso y su Nikon con las lentes de retratar de 135 mm, salió de casa y condujo lentamente hasta el casco antiguo de Charleston. Todavía no eran las cuatro de la tarde, pero la luz del día ya empezaba a desaparecer.

Pasaba junto a casas señoriales y tiendas caras, oía música de Navidad en la radio y dejaba que su mente vagase.

Notaba la ausencia de su padre. Aunque lo había visto cada vez menos durante los últimos años, la idea de que no estaba allí -no estaba en ninguna parte-, que no pensaba en ella, que no la esperaba, la hizo sentir que algo se había derrumbado dentro de ella, plegándose hacia dentro y tirando de la propia textura de su ser. Tenía ganas de llorar.

No había llorado cuando supo la noticia por teléfono. No había llorado cuando Fred la había llevado en el coche hasta el aeropuerto de St. Louis, él insistiendo en acompañarla, ella insistiendo que no, él dejando que ella le convenciera. No había llorado durante el funeral ni durante las horas y días de confusión que siguieron, rodeada de amigos y parientes. Hasta que cinco días después del asesinato de su padre, cuatro días después de su regreso a Charleston, en plena noche y sin poder conciliar el sueño, había buscado algo para leer y había encontrado un nuevo libro de humor de Jean Shepherd, en la edición Dell de bolsillo; el libro se le había caído y había quedado abierto en una página en cuyos márgenes, en la letra sinuosa, generosa, de su padre, leyó «Pasar esta Navidad con Nat», y a continuación leyó la página que describía una visita desmesuradamente divertida y aterradora de un chico al Papá Noel de un almacén -tan evocador como cuando los propios padres de Natalie la llevaron al centro cuando tenía cuatro años y esperaron en la cola toda una hora para que la hija huyera asustada en el momento crucial- y, al acabar de leer, había reído hasta que la risa se transformó en lágrimas y después las lágrimas en sollozos. Había llorado mucho esa noche, y había dormido sólo una hora o poco más antes de la madrugada hasta despertar con la salida del sol de invierno, y sintiéndose vacía, agotada, pero mejor de lo que una víctima de las náuseas se siente después del primer espasmo. Lo peor había pasado.

Natalie giró a la izquierda y pasó junto a las casas estucadas de Rainbow Row, con sus fachadas de vivos colores ahora apagados por la luz de gas que se encendía, para combatir la incipiente oscuridad. Natalie, el volante de su coche, meditó.

Había sido un error quedarse en Charleston. La señora Culver, la vecina, venía a su casa casi cada hora, pero Natalie encontraba la charla con la vieja viuda agotadora y dolorosa. Empezaba a sospechar que la señora Culver había tenido esperanzas de convertirse en la segunda señora Preston y esa idea hacía que Natalie deseara correr a su habitación y esconderse cuando oía el familiar y tímido golpeteo en la puerta.

Frederick la llamaba cada noche desde St. Louis, a las ocho en punto, y Natalie podía imaginarse la expresión de la cara oscura y triste del amigo y antiguo novio cuando le decía: «Cariño, vuelve. No sirve de nada que te quedes en la casa de tu padre. Te echo de menos, nena. Vuelve a casa con Frederick.» Pero su pequeño apartamento en la ciudad universitaria ya no le parecía una casa..., y la desordenada habitación de Frederick en la calle Alamo era poco más que un lugar para dormir entre sesiones de catorce horas en el centro de ordenadores donde él luchaba con las matemáticas de la distribución de masa en los grupos galácticos. Había oído hablar de Frederick, el chico listo pero mal preparado, a través de amigos comunes: que había vuelto de dos misiones en Vietnam con un mal genio asesino, una renovada ferocidad en defensa de la dignidad y un espíritu revolucionario que había empleado en convertirse en el extraordinario matemático que Natalie conocía y... al que, por lo menos durante gran parte del año anterior, ella había amado. O había creído amar. «Vuelve, cariño», le decía él cada noche, y Natalie -sola, sufriendo por las heridas de la pérdida dentro de sí- le rogaba: «Algunos días más, Frederick. Algunos días más.»

«¿Algunos días más?», pensó. Las ventanas de las enormes casas a lo largo del sur de Battery iluminaban filas de porches, palmitos, cúpulas y balaustradas. Siempre le había gustado esta parte de la ciudad.

Cuando era una niña venía con su padre a pasear por Battery. Tenía doce años cuando comprendió que aquí no vivían negros, que todas las magníficas casas señoriales y las antiguas tiendas pertenecían exclusivamente a los blancos. Años más tarde se asombró de que esa revelación pudiera llegarle tan tarde a una chica negra que crecía en plenos años sesenta. Tantas cosas llegaban naturalmente, tantas de las viejas maneras tenían que ser soportadas diariamente, que no podía creerse que nunca hasta sus doce años se hubiese dado cuenta de que las avenidas de su paseo nocturno -las viejas casas de sus sueños de niña estaban prohibidas para ella y los suyos, como algunas de las piscinas, cines e iglesias donde nunca pensó entrar. Cuando Natalie tenía edad para andar sola por las calles de Charleston, las señales más obvias de la discriminación habían desaparecido, las fuentes públicas eran realmente públicas, pero el hábito persistía, las fronteras marcadas por dos siglos de tradición aún continuaban vigentes, y ella consideraba increíble que pudiera aún recordar el día -un día húmedo y frío de noviembre de 1972- en que se había quedado pasmada, no lejos de este lugar en el viejo sur de Battery, al mirar las grandes casas y comprender que nadie de su familia había vivido ni viviría nunca allí. Pero ese pensamiento fue expulsado tan deprisa como había venido. Natalie había heredado los ojos de su madre y el orgullo de su padre. Joseph Preston había sido el primer comerciante negro que tuvo una tienda en la prestigiosa zona de la bahía. Y ella era hija de Joseph Preston.

Natalie bajó por la calle Dock, pasó por delante del renovado teatro con su tracería de hierro forjado que pendía del balcón del segundo piso como un derroche de hiedra metálica.

Hacía diez días que estaba en casa y toda su vida anterior parecía muy lejana. Gentry seguramente acababa el servicio en ese momento, deseando buenas noches y feliz Navidad a sus ayudantes y secretarias, y a los otros blancos del Ayuntamiento. Debía de estar a punto de visitarla.

Aparcó el coche cerca de la iglesia episcopal de St. Michael y pensó en Gentry. En Robert Joseph Gentry.

Después de acompañar a Saul Laski al aeropuerto el viernes anterior, habían pasado la mayor parte del día juntos, y también la mayor parte del día siguiente. La discusión del primer día había versado sobre la historia de Laski, sobre aquella idea de personas que podían usar mentalmente a otras. «Si el profesor está loco, no hará probablemente daño a nadie -había dicho Gentry-. Si no lo está, su historia explica por qué murió tanta gente.»

Natalie le había contado al sheriff que había espiado desde su habitación cuando el psiquiatra de Nueva York, exhausto, volvía del lavabo al sofá de su sala de estar. Iba descalzo, sólo con pantalones y lo que denominó «una camiseta de viejo». Había mirado su pie derecho. Le faltaba el meñique y se podía ver la marca de una vieja cicatriz,

-Eso no prueba nada -le había recordado Gentry.

El domingo habían hablado de otras cosas. Gentry hizo la cena para los dos en su casa. A Natalie le encantó la casa, una vieja estructura victoriana a unos diez minutos del casco antiguo. El barrio estaba en plena evolución; algunas casas estaban en ruina, otras eran completamente renovadas. El bloque de Gentry estaba habitado por parejas jóvenes -negras y blancas- con triciclos en la acera de enfrente, combas abandonadas sobre el pequeño césped y el sonido de risas en el patio trasero.

Tres salas del primer piso estaban llenas de libros: bonitas estanterías empotradas en el estudio cerca del vestíbulo, estanterías de madera hechas a mano a ambos lados de las ventanas saledizas del comedor y estanterías baratas de metal a lo largo de una pared de ladrillos de la cocina. Mientras Gentry preparaba la ensalada, Natalie había vagado, con la bendición del sheriff, de habitación en habitación, admirando los volúmenes antiguos, encuadernados en cuero, observando las estanterías de libros de historia, sociología, psicología y una docena de otras disciplinas, y sonriendo ante la fila de libros en rústica de espionaje, misterio y suspense. El estudio de Gentry le hizo desear sentarse allí inmediatamente a leer un libro. Comparó la enorme mesa llena de papeles y documentos, la gran silla y el sofá tapizados, y las paredes con las estanterías empotradas y llenas de libros con su espartano cuarto de trabajo en St. Louis. El

estudio del sheriff Bobby Joe Gentry tenía la atmósfera llena de vida que la habitación de revelar de su padre siempre le había comunicado.

Con la ensalada ya aliñada y la lasaña en el horno, se habían sentado en el estudio a tomar un magnífico whisky escocés y a conversar de nuevo sobre la fiabilidad de Saul Laski y de sus respectivas reacciones ante su historia.

-Toda la historia tiene la clásica atmósfera de la paranoia -había dicho Gentry-, pero si un judío europeo hubiese previsto los detalles del Holocausto una década antes de empezar, cualquier buen psiquiatra, incluso un psiquiatra judío, le habría diagnosticado como un probable esquizofrénico paranoide.

Habían contemplado cómo la última luz desaparecía tras las ventanas mientras cenaban sin prisas. Gentry había registrado un sótano bien surtido de botellas de vino y casi se había ruborizado, desconcertado por la sugerencia de Natalie de que él tenía una bodega antes de; aparecer con dos botellas de un excelente BV Cabernet Sauvignon para la cena. Ella consideró la cena excelente y le felicitó por ser un buen gastrónomo. Él había respondido con el comentario de que las

mujeres que sabían cocinar eran conocidas como buenas cocineras, y, en cambio, los solterones que podían hacer algo en la cocina tenían que ser gastrónomos. Ella rió y prometió tachar aquel estereotipo de su lista.

Estereotipos. Sola en Nochebuena, sentada en un coche que se enfriaba rápidamente cerca de St. Michael, Natalie pensaba en estereotipos.

Saul Laski le había parecido un ejemplo maravilloso de estereotipo: un judío polaco de Nueva York completo, con barba; ojos tristes, semitas, que parecían mirarla desde alguna oscuridad europea que Natalie ni siquiera podía concebir, ni mucho menos comprender. Un profesor..., un psiquiatra, con un suave acento extranjero que podía perfectamente ser el dialecto vienés de Freud, hasta donde el oído inexperto de Natalie podía detectar. Usaba gafas que se aguantaban enteras gracias a la cinta adhesiva. Dios mío, como la tía Ellen, que padeció demencia senil -ahora lo llamaban Alzheimer- durante doce años, casi toda la vida de Natalie entonces, hasta que finalmente murió.

Saul Laski tenía un aire diferente, actuaba de manera diferente, tenía un olor diferente de la mayoría de la gente -blancos o negros que Natalie conocía. Aunque el estereotipo de Natalie sobre los judíos era vago -trajes oscuros, costumbres extrañas, una mirada étnica, amor al dinero y al poder, todo lo contrario del desprendimiento de su propia gente en lo que respecta al dinero y al poder-, no le hubiese costado nada meter todo lo raro de Saul Laski en esos estereotipos.

Pero no lo hizo. Natalie no se engañaba pensando que era demasiado inteligente para reducir a las personas a estereotipos; tenía sólo veintiún años, pero conocía a personas inteligentes como su padre y Frederick que se limitaban a cambiar los estereotipos que decidían aplicar a las personas. Su padre -a pesar de lo sensible y generoso que era y de lo ferozmente orgulloso que estaba de la raza y la herencia había considerado el ascenso del llamado Nuevo Sur como una experiencia peligrosa, una manipulación de radicales de ambos colores para cambiar el sistema que había cambiado finalmente bastante en su propia estructura para permitir algún éxito y dignidad a los hombres de color trabajadores como él mismo.

Frederick consideraba a la gente como primos del sistema, administradores del sistema o víctimas del sistema. El sistema era claro para Frederick; era la estructura política que había hecho la guerra de Vietnam inevitable, la estructura de poder que lo mantenía, y la estructura social que le había echado en esas fauces que esperaban. La reacción de Frederick había sido doble: salir del sistema hacia algo tan improcedente e invisible como la investigación matemática y hacerse tan bueno en eso que tendría el poder de quedarse en la universidad y eludir el sistema durante el resto de su vida. Mientras, Frederick vivía para las horas que pasaba delante de sus ordenadores, evitaba complicaciones humanas, quería a Natalie tan feroz y competentemente como luchaba contra cualquiera que pareciera ofenderle, y le enseñó a Natalie a disparar el revólver del 38 que guardaba en su desordenado apartamento.

Natalie tembló y puso en marcha el motor para que el radiador pudiera trabajar. Pasó St. Michael, vio a la gente que iba a una especie de oficio temprano de Nochebuena y giró hacia la calle Broad. Pensó en los oficios matinales de Navidad a los que había asistido con su padre

durante tantos años en la iglesia bautista situada a tres manzanas de casa. Esta Navidad había decidido no acompañarle, no ser hipócrita. Sabía que su negativa le dolería, le enojaría, pero estaba preparada para insistir en su punto de vista. Natalie sintió que el vacío en ella parecía crecer con bandazos de tristeza que eran físicamente dolorosos. En ese momento hubiese dado todo para borrar la discusión e ir mañana por la mañana a la iglesia con su padre.

Su madre había muerto en un accidente el verano en que Natalie tenía nueve años. Fue un accidente monstruoso, le había contado su padre la misma noche de la tragedia, arrodillado junto a su cama, cogiendo las manos de Natalie en las suyas; su madre volvía a casa del trabajo, cruzaba un pequeño parque, a cien metros de la calle, cuando un descapotable con cuatro estudiantes blancos, todos borrachos, había cruzado el césped en una travesura. Dieron la vuelta a una fuente, perdieron tracción en el suelo resbaladizo del césped y atropellaron a esa mujer de treinta y dos años que volvía a casa para ir al encuentro de su marido y de su hija para la merienda al aire libre del viernes por la tarde, sin ver el vehículo sino en el último segundo en que miró al coche que se lanzaba sobre ella, con una expresión que un testigo describió como sólo de sorpresa, sin horror.

El primer día del cuarto curso, el profesor de Natalie les mandó hacer una redacción sobre sus vacaciones de verano. Natalie miró el papel con líneas azules durante diez minutos y después escribió, muy cuidadosamente, con su mejor letra y su nueva pluma estilográfica comprada el día anterior en Keener's Drugs: «Este verano fui al entierro de mi madre. Mi madre era muy dulce y bondadosa. Me quería mucho. Era muy joven para morir este verano. Algunas personas que no debían conducir un coche la atropellaron y la mataron. No fueron a la cárcel ni nada. Después del entierro de mi madre, mi padre y yo fuimos a pasar tres días con tía Leah. Pero después volvimos. Echo mucho de menos a mi madre.»

Después de terminar la redacción, Natalie había pedido permiso

para ir al lavabo, había caminado rápidamente por los corredores familiares y extraños al mismo tiempo y había vomitado tranquila y repetidamente en la tercera taza de los lavabos de las chicas.

Estereotipos. Natalie salió de la calle Broad hacia la casa de Melanie Fuller. Hacía aquel camino cada día, sintiendo el conocido dolor y furia, sabiendo que era el mismo instinto que enviaba a su lengua en busca de la muela que le dolía, pero pasando por allí de todos modos. Cada día miraba esa casa -tan oscura como la de al lado, ahora que la vecina, la señora Hodges, se había marchado- y pensó en el jueves pasado, cuando había seguido al hombre de la barba al interior de esa casa.

Saul Laski. Debería de ser fácil encajarlo en un estereotipo, pero no lo era. Natalie pensó en sus ojos tristes y su voz suave, y se preguntó dónde estaría Saul ahora. ¿Qué pasaba? Habían acordado llamar cada dos días, pero ni ella ni Gentry habían tenido noticias suyas desde que le acompañaron al aeropuerto de Charleston el viernes. Ayer, jueves, Gentry había telefoneado a los números de la casa y de la universidad. En su casa nadie contestó y una secretaria del departamento de psicología de Columbia dijo que el doctor Laski estaba de vacaciones hasta el 6 de enero. No, el doctor Laski no se había puesto en contacto con su despacho desde que había ido a Charleston el 16 de diciembre, pero volvería el 6 de enero. Sus clases se reanudaban ese día.

El domingo, cuando estaba con Gentry en su estudio, Natalie le había mostrado al sheriff una noticia de Washington D.C. sobre una explosión en el despacho de un senador la noche pasada. Habían muerto cuatro personas. ¿Podría tener algo que ver con la presunta desaparición de Saul ese mismo día?

Gentry había sonreído y le había recordado que un guardia del edificio había muerto en el mismo incidente, que tanto la policía de Washington como el FBI estaban seguros de que había sido un acto terrorista aislado, que ninguno de los cuatro muertos confirmados respondía a las señas de Saul Laski, y que parte de la estúpida violencia del mundo no tenía nada que ver con la pesadilla que Saul les había descrito.

Natalie había sonreído, y se había terminado su whisky. Tres días después aún no había noticias de Saul.

El lunes por la mañana, Gentry la había llamado desde el despacho.

-¿Le gustaría ayudarnos en la investigación oficial de los asesinatos de Mansard House? -había preguntado.

-Claro -dijo Natalie-. ¿Cómo puedo hacerlo?

-Bien, es cuestión de intentar encontrar una foto de la señorita Melanie Fuller -le explicó Gentry-. Según la gente de homicidios y la rama local del FBI, no hay fotos de esta señora. No se han encontrado parientes, los vecinos dicen que no tienen ninguna foto suya y en el registro de la casa tampoco ha aparecido ninguna. El boletín que se acaba de enviar trae una descripción. Pero me parece que sería útil tener una foto, ¿no le parece?

-¿Cómo puedo ayudar? -preguntó Natalie.

-Podemos encontrarnos delante de la casa Fuller dentro de quince minutos -dijo Gentry-. Me conocerá porque llevaré una rosa en la solapa.

Gentry llegó con una rosa en el ojal de la camisa del uniforme. Se la ofreció con un ademán pomposo cuando se acercaron a la puerta cerrada del patio delantero de la casa Fuller.

-¿A qué debo el honor? -le preguntó Natalie, oliendo la rosa pálida.

-Puede ser lo único que reciba en pago por una búsqueda larga, frustrante y probablemente inútil -dijo Gentry. Cogió un enorme llavero, eligió una anticuada y pesada llave, y abrió la puerta.

-¿Vamos a registrar otra vez la casa Fuller? -preguntó Natalie.

Era muy reacia a entrar de nuevo en ese lugar. Recordaba haber seguido a Saul cinco días antes. Tembló a pesar de que el día era templado.

-No -respondió Gentry, y la condujo a través del pequeño espacio hacia la otra vieja casa de ladrillos que compartía el patio. Buscó otra llave en el llavero y abrió la puerta de madera tallada-. Después del asesinato de su marido y de su nieta, Ruth Hodges se fue a vivir con su hija en la urbanización de Sherwood Forest, al oeste de la ciudad. Tengo su permiso para buscar fotos.

El interior, que olía a madera barnizada y estaba repleto de muebles viejos, estaba oscuro, pero no tenía la atmósfera mohosa característica de las casas deshabitadas, que Natalie había notado en la casa Fuller. En el segundo piso Gentry encendió una lámpara en una pequeña habitación con una mesa de trabajo, un sofá y grandes grabados enmarcados de caballos de carreras.

-Esto era el cuchitril de George Hodges -dijo. El sheriff tocó un álbum con una colección de sellos, pasó despacio las rígidas páginas y levantó una lente-. Pobre viejo, nunca hizo daño a nadie. Treinta años en correos y los últimos nueve como guardia de noche en el puerto deportivo. Después pasa esto... -Meneó la cabeza-. De todas maneras, la señora Hodges dijo que, hasta hace unos tres años, George tenía una cámara y la usaba mucho. Está segura de que la señorita Fuller nunca le dejó hacerle una foto, dijo que la señora se negaba rotundamente a ser fotografiada, pero George hizo muchas diapositivas y la señora Hodges no podía jurar que no hubiera una foto de Melanie Fuller en alguna parte.

-¿Y quiere que yo mire las diapositivas a ver si la encuentro? -preguntó Natalie-. De acuerdo. Pero yo nunca he visto a Melanie Fuller.

-Sí -dijo Gentry-, pero le daré una copia de la descripción que hemos hecho circular. Básicamente, separe todas las fotos de señoras de, aproximadamente, setenta años. -Hizo una pausa-. ¿Usted o su padre tienen una mesa de diapositivas o cualquier tipo de clasificadora?

-En el estudio -contestó Natalie-. Una gran mesa iluminada, de metro y medio. ¿Pero no puedo usar un simple proyector?

-Podría ser más rápido con la mesa -dijo Gentry, y abrió la puerta del gabinete.

-Dios mío -suspiró Natalie.

El armario era ancho y estaba lleno de estanterías. Las repisas de la izquierda tenían libros y cajas con una etiqueta que decía «sellos», pero el fondo y el lado derecho desde el techo hasta el suelo estaba forrado con cajas largas, abiertas, llenas de envases amarillos de diapositivas Kodak. Natalie se lo miró lentamente y se volvió hacia Gentry.

-Aquí hay miles de diapositivas -comentó-. Quizá decenas de miles.

Gentry levantó las manos y dedicó a Natalie su más amplia sonrisa de chaval.

-Ya le he dicho que se trataba de un trabajo para voluntarios -le recordó-. Puse un ayudante a trabajar en esto, pero mi único ayudante con tiempo libre es Lester y es una especie de cretino, un chico realmente simpático, pero tan torpe... Creo que no consigue concentrarse.

-Mmm -murmuró Natalie-. Un argumento de peso.

Gentry continuaba sonriéndole.

-¡Qué diablos! -dijo Natalie-. Yo no tengo nada que hacer y el estudio está libre hasta que Lorne Jessup, el abogado de mi padre, lo venda todo a la gente de las tiendas Shutterburg Shops o venda el edificio. Muy bien, manos a la obra.

-Le ayudaré a llevar estas cajas a su coche -propuso Gentry.

--Muchas gracias -dijo Natalie. Olió la rosa y suspiró.

Había miles de diapositivas y todas estaban al nivel de la fotografía de aficionados o por debajo. Natalie sabía que era realmente difícil sacar una buena foto -ella había pasado años intentando satisfacer a su padre después que éste le había dado su primera cámara, una Yashica barata, manual, cuando cumplió nueve años-, pero, ¡madre mía!, una persona que sacó miles de fotos durante lo que parecían dos o tres décadas de trabajo, debería de haber sacado una o dos diapositivas interesantes.

George Hodges no. Había fotos de familia, fotos de vacaciones, de meriendas en el campo durante las vacaciones, de casas y de barcos, de casas flotantes, de acontecimientos especiales, de fiestas -Natalie acabó por ver todos los árboles de Navidad de los Hodges desde 1948 a 1977- y fotos cotidianas de la vida diaria de los Hodges, pero todas tenían, con mucho, la calidad de una instantánea. En dieciocho años de hacer fotos, George Hodges no había sido capaz de entender que no se debían hacer fotos a contraluz, que no debía colocar a sus sujetos mirando el sol, que no debía colocarlos delante de árboles, postes u otros objetos que parecieran salir de sus orejas y permanentes o cortes de pelo obsoletos, que no debía dejar el horizonte inclinado, que no debía poner a sus sujetos humanos en poses sofocantes ni fotografiar sus objetos desde lo que parecían kilómetros de distancia, ni depender de su flash para objetos o personas muy cercanas o muy alejadas de las lentes, ni incluir a la persona de cuerpo entero en sus retratos.

Fue esta última costumbre de aficionado la que llevó a Natalie a descubrir a Melanie Fuller.

Pasaban de las siete de la tarde, Gentry había venido al estudio con comida china preparada y habían comido de pie junto a la mesa, mientras Natalie le mostraba su pequeño montón de posibilidades.

-No me parece que sea ninguna de estas señoras mayores -dijo-. Todas posan voluntariamente y la mayor parte parecen demasiado jóvenes o demasiado mayores. Por lo menos el señor Hodges marcó las cajas por años.

-Sí -dijo Gentry, cogiendo las diapositivas de la mesa para echarles un vistazo-. Ninguna de éstas se ajusta a la descripción. El pelo no se corresponde. La señora Hodges dijo que la señorita Fuller llevaba el mismo peinado desde los años sesenta, por lo menos. Un poco corto y rizado y azul. Como usted hoy.

-Gracias -dijo Natalie, pero sonrió mientras dejaba la caja de cartón con cerdo agridulce y quitaba la cinta de goma de otra caja amarilla. Empezó a poner diapositivas en orden-. Lo más duro del trabajo es resistir la tentación de echarlas a la basura después de vistas -ironizó-. ¿Cree que la señora Hodges lo hará algún día?

-Quizá no -respondió Gentry-. Me dijo que una de las razones por las que George acabó por desistir de la fotografía fue porque ella nunca mostraba interés en ver sus diapositivas.

-No sé por qué no -sonrió Natalie, y sacó la caja número trescientos que contenía las fotos del hijo Lawrence y de la nuera Nadine, nombres identificables debido a que la mayor parte de las diapositivas tenían etiquetas, de pie en el patio, de cara a la luz brillante del sol, cogiendo a un bebé de ojos entrecerrados, Laurel, mientras Kathleen, con tres años, tiraba de la falda

demasiado corta de la madre y también cerraba los ojos. Lawrence llevaba calcetines blancos con sus zapatos negros-. ¡Espera un momento! -exclamó.

Reaccionando a la súbita excitación de su voz, Gentry dejó las otras diapositivas y se inclinó para mirar.

-¿Qué?

Natalie clavó un dedo en la décima diapositiva de la serie.

-Aquí. ¿Ve? Estos dos. El hombre alto calvo, ¿no podría ser..., cómo se llamaba?

-El señor Thorne -dijo Gentry-, alias Oscar Felix Haupt. Y esta señora con el vestido amplio y rizos cortos azulados... Sí, la señorita Fuller.

Ambos se inclinaron más y usaron una gran lente para estudiar la imagen.

-Ella no se dio cuenta de que estaban tomando una foto -dijo Natalie en voz baja.

-Ajá -convino Gentry-. Me pregunto por qué no.

-Basándome en el número de diapositivas de este cuadro familiar tan peculiar -dijo Natalie-, me imagino que el señor Hodges los tenía allí de pie unos doscientos días al año. La señorita Fuller probablemente pensaba que eran estatuas del patio.

-Sí -sonrió Gentry-. Y podemos lograr una buena ampliación, ¿no? Sólo de ella, claro.

-Creo que sí -dijo Natalie en un tono muy diferente-. Parece que nuestro fotógrafo usaba Kodachrome 64 para luz de día que acepta mucha ampliación antes de que el grano distorsione la imagen. Haremos un corte internegativo para una prueba de mejor calidad. Cortaremos aquí y aquí y tendrás un buen perfil de tres cuartos.

-¡Magnífico! -exclamó Gentry-. Un gran trabajo. Vamos a... eh, ¿qué pasa?

Natalie lo miró y se apretó los brazos con más fuerza para no temblar. No paraba.

-No parece tener setenta u ochenta años -dijo.

Gentry miró otra vez la diapositiva.

-Fue sacada..., a ver..., hace unos cinco años, pero no, tiene razón. Parece tener... quizá sesenta años. Pero en el registro de propiedad consta que ella ya tenía la casa en los años veinte. Pero ¿qué le pasa?

-Nada -dijo Natalie-. He visto tantas fotos de la pequeña Kathleen. Me olvido de que la niña está muerta. Y su abuelo, que sacó las fotos, también.

Gentry asintió con la cabeza. Miró a Natalie mientras ella miraba la diapositiva. Su mano izquierda se levantó, se movió hacia su hombro, después se detuvo. Ella se inclinó aún más sobre la diapositiva.

-Y éste es el monstruo que probablemente los mató -dijo ella-. Esta viejecita de apariencia inofensiva. Inofensiva como una gran araña negra que mata a todos los que entran en su guarida. Y cuando sale de ella, hay aún más muertos. Incluido mi padre. -Natalie apagó la mesa, le entregó la diapositiva a Gentry y dijo-: Ya está, mañana daré una ojeada al resto de las diapositivas para ver si aparece alguna otra. Entre tanto, haga circular ésta y dicte una orden de detención o como se llame.

Gentry meneó la cabeza y cogió la diapositiva con sumo cuidado, desde lejos, como si fuera una araña aún viva y aún mortífera.

Natalie aparcó el coche delante de la casa Fuller, miró el viejo edificio como parte de su ritual y puso primera para ir a cualquier sitio y telefonear a Gentry para cenar esa noche, pero, de pronto, se quedó helada y paró el motor. Levantó la Nikon con manos temblorosas y miró por el visor, apoyando la lente de 135 mm contra la ventana parcialmente abierta del lado del conductor para mantenerla firme.

Había una luz en la casa Fuller. En el segundo piso. No en una de las habitaciones que daban a la calle, pero sí lo bastante cerca como para llegar al vestíbulo del segundo piso y a las persianas. Había pasado por allí los tres últimos días, después del anochecer. Nunca había visto luz.

Bajó la cámara e inspiró hondo. Su corazón bombeaba con fuerza. Tenía que haber una explicación racional. La vieja no podía haber vuelto a casa cuando la policía de una docena de estados y el FBI la buscaban por todas partes.

Pero ¿por qué no?

No, pensó Natalie, tenía que haber una explicación. Quizá Gentry o alguno de los otros investigadores estaban buscando algo. Podía ser alguien del Ayuntamiento; Gentry le había dicho que pensaban almacenar las cosas de la vieja hasta que terminaran las audiencias y las investigaciones. Había un centenar de explicaciones racionales posibles.

La luz se apagó. Natalie saltó como si alguien la hubiera tocado en la nuca. Cogió la cámara, la levantó. La ventana del segundo piso llenó el visor. La luz había desaparecido de entre las persianas pálidas.

Natalie colocó cuidadosamente la cámara en el asiento del pasajero y se recostó, tomó aliento, sacó el bolso de la guantera y lo puso

sobre su regazo. Sin apartar la vista de la oscura fachada de la casa, palpó el bolso, sacó la Llama 32 y volvió a poner el bolso en su sitio. Continuó allí con el cargador de la pequeña arma apoyado en la curva más baja del volante. Su pulgar encontró el seguro en la culata y lo soltó. Había aún un segundo seguro, pero se tardaba menos de un segundo en abrirlo. El martes por la noche, Gentry la había llevado a un campo de tiro privado y le había mostrado cómo cargar, manejar y disparar el arma. Ahora estaba cargada con sus siete balas ceñidas como huevos de metal en sus nidos de muelles.

Los pensamientos de Natalie corrían como ratones de laboratorio en busca de la entrada del laberinto. ¿Qué hacer? ¿Por qué hacer algo? Había habido merodeadores antes... Saul había sido un merodeador. ¿Dónde diablos estaba Saul? ¿Podría ser él de nuevo? Natalie rechazó esta idea antes de que se formara. ¿Quién, entonces? Tenía una imagen de Melanie Fuller y del señor Thorne gracias a la diapositiva. No, el señor Thorne estaba muerto. Melanie Fuller, posiblemente, también lo estaba. ¿Quién podía ser entonces?

Natalie apretó la culata del arma, cuidando de mantener el dedo lejos del gatillo, y miró la casa. Su respiración era rápida pero controlada.

«Márchate. Llama a Gentry. ¿Adónde? ¿A su despacho, o a su casa? Habla con un ayudante si tienes que hacerlo. Siete de la tarde de Nochebuena. ¿Cuánto tardaría el despacho del sheriff o de la policía urbana en contestar? ¿Y dónde estaba el teléfono más cercano?» Intentó imaginar uno y sólo recordó las tiendas cerradas y los restaurantes junto a los que había pasado con el coche.

«Entonces corre al edificio del Ayuntamiento o a casa de Gentry. Son sólo diez minutos. Quienquiera que esté en la casa se marchará en diez minutos.»

Una cosa que Natalie sabía que no haría era entrar en la casa. La primera vez había sido una estupidez, pero la había impulsado la ira, el dolor y una valentía nacida de la ignorancia. Ir allí esta noche sería criminalmente estúpido. Con arma o sin ella.

Cuando Natalie era una niña, le gustaba quedarse despierta hasta tarde las noches del viernes o del sábado para ver la película. Su padre la dejaba abrir el sofá para que pudiera irse a dormir inmediatamente después... o, más a menudo, mientras las últimas imágenes aún pasaban en la pantalla. A veces la acompañaba -él con su pijama a rayas azules y blancas, ella con su camisón de franela- y se recostaban comiendo palomitas y comentando la película. En una cosa estaban sinceramente de acuerdo: no compadecerse nunca de la heroína que actuaba estúpidamente. A la joven con camisón de encaje la avisaban repetidamente: «No abras la puerta cerrada al final del corredor oscuro.» ¿Y qué hacía en cuanto se quedaba a solas? Inmediatamente, su heroína del viernes por la noche abría la puerta prohibida y Natalie y su padre empezaban a alentar a cualquier monstruo que estuviera allí esperando. El padre de Natalie tenía una frase para ese comportamiento: «La estupidez tiene un precio y siempre se acaba pagando.»

Natalie abrió la puerta del coche y saltó a la calle. La automática era un peso extraño en su mano derecha. Se quedó allí un segundo, mirando las dos casas oscuras y el patio. Una farola a unos diez metros iluminaba los ladrillos y la sombra del árbol. «Sólo hasta la puerta», pensó Natalie. Si salía alguien, siempre podría correr. De todos modos, la puerta estaría cerrada.

Atravesó la calle y se acercó a la puerta. Estaba abierta, entornada. Tocó el frío metal con la mano izquierda y miró las oscuras ventanas de la casa. La adrenalina hizo que su corazón batiera contra sus costillas, pero también la hizo sentirse fuerte, ligera, rápida. Lo que tenía en la

mano era una pistola de verdad. Abrió el último seguro, como Gentry le había enseñado. Sólo dispararía si fuera atacada..., atacada de cualquier manera..., pero dispararía.

Sabía que era el momento de volver al coche, marcharse, llamar a Gentry. Abrió la puerta y entró en el patio.

La enorme y vetusta fuente lanzaba una sombra profunda que la protegió durante un largo minuto. Natalie permaneció allí y observó las ventanas y la puerta de entrada de la casa Fuller. Se sentía como una niña de diez años que se había atrevido a llamar a la puerta de entrada de la casa encantada local. Pero había visto una luz allí.

Si alguien había estado allí, podía haberse ido por la parte de atrás, por donde ella y Saul habían entrado. No iba a marcharse por la puerta principal, a la vista de todo el mundo. De todos modos, había llegado bastante lejos. Era hora de coger el maldito coche y ahuecar el ala.

Natalie caminó sigilosamente hasta el pequeño pórtico, levantando ligeramente la pistola. Allí pudo ver lo que las sombras del tejado del pequeño pórtico le habían ocultado: la puerta de entrada estaba parcialmente abierta. Natalie estaba sin aliento, casi jadeaba, pero no conseguía meter suficiente aire en los pulmones. Respiró hondo tres veces y aguantó el aire de la tercera. Su respiración y su pulso se estabilizaron. Alargó la automática y empujó ligeramente la puerta, que giró hacia dentro sin ruido, como sobre bisagras engrasadas, revelando la madera del vestíbulo y los primeros peldaños de la escalera del vestíbulo. Natalie creía ver las manchas donde Kathleen Hodges y la Kramer habían muerto. Alguien que bajaba por la escalera entraba en su campo de visión: primero dos pies, después unas piernas negras.

«Joder», pensó Natalie y se volvió y corrió. El peso de la automática la desequilibró y casi tropezó antes de llegar a la puerta. Recuperó

el equilibrio, lanzó una mirada asustada por encima del hombro a la puerta abierta, a la fuente oscura, a las sombras en los ladrillos, cristales y muros, y después ya estaba fuera y atravesaba la calle, abría torpemente la puerta del coche y se metió en él.

Cerró la puerta con fuerza, tuvo la presencia de ánimo de cerrar los seguros de la pistola antes de dejarla en el asiento del pasajero, y echó mano a la llave, rezando para que la hubiese dejado en la ranura de encendido. Sí. El motor se puso en marcha inmediatamente.

Natalie había puesto la mano en el cambio de marchas cuando dos brazos se abalanzaron sobre ella desde el asiento trasero, una mano le tapó la boca y la otra rodeó su cuello con la fuerza de un profesional. Gritó y volvió a gritar mientras la presión de la mano en su boca sofocaba el sonido y le impedía respirar normalmente. Tenía las dos manos libres y arañó un abrigo grueso y los pesados guantes que oprimían su cara y su garganta. Se puso derecha en su asiento en una tentativa desesperada de aliviar la presión, de llegar a su asaltante con manos y uñas.

«El arma.» Natalie alargó la mano derecha pero no pudo alcanzarla. Golpeó el cambio de marchas durante un segundo, después alargó las uñas otra vez hacia atrás. Ahora su cuerpo estaba rígido, casi fuera del asiento, con las rodillas por encima del fondo del volante. La cara de alguien, pesada y húmeda, estaba contra su cuello y su mejilla derecha. Los dedos de su mano izquierda se clavaron en algún tipo de gorra dura. La mano en su boca alivió la presión, pero le cogió el cuello. El largo brazo derecho del asaltante avanzó hacia el asiento de al lado y Natalie oyó el ruido de la pistola que cayó sobre la esterilla. Lanzó las uñas a los pesados guantes cuando la mano volvió a su cuello. Intentó arañar la cara de su agresor, pero éste le desvió fácilmente la mano. Su boca estaba libre ahora, pero ya no tenía aire con el que gritar. Veía puntos brillantes saltando delante de sus ojos y un estruendo retumbaba en sus oídos.

«Ser estrangulada es eso», pensó mientras aún daba zarpazos al abrigo y puntapiés al salpicadero, e intentaba levantar las rodillas lo bastante alto como para llegar a tocar el círculo de la bocina en el volante. Vislumbró en el espejo retrovisor unos ojos rojizos contra su cuello, un trozo rojo de mejilla, y entonces comprendió que su propia piel estaba roja, la luz era roja y su visión estaba llena de puntos rojos.

Algo raspó contra su mejilla, notó un aliento caliente contra su cara, una voz poco clara le murmuró al oído:

-¿Quieres encontrarla? Busca en Germantown.

Natalie se arqueó lo más alto que pudo y agitó la cabeza hacia atrás y hacia los lados con rapidez, sintiendo el dolor satisfactorio de su cráneo golpeando carne y hueso.

La presión se alivió durante una fracción de segundo. Natalie cayó hacia delante, forzó una respiración profunda en su garganta y pulmones doloridos, respiró de nuevo y se inclinó hacia la derecha, cayendo ahora hacia delante, buscando la automática detrás del cambio de marchas y bajo el asiento.

Los dedos se cerraron sobre su cuello, ahora más dolorosamente,

buscando algún punto crucial. Fue arrastrada de nuevo hacia atrás. Hubo un centelleo de puntos rojos, un dolor terrible en el cuello. Y después nada.

LIBRO SEGUNDO

MEDIO JUEGO

Oh, la mente, la mente tiene montañas; acantilados Espantosos, escarpados, insondables...

Gerard Manlei Hopkins

14

Melanie

«Para mí, ahora, el tiempo es enormemente confuso. Recuerdo tan claramente aquellas horas finales en Charleston y tan mal los días y semanas que siguieron... Otros recuerdos se abren camino hasta un primer plano. Recuerdo los ojos de cristal y los mechones de pelo que le faltaban al muñeco de tamaño natural, en Grumblethorpe, en la habitación encantada de los niños. Es extraño que recuerde eso; pasé tan poco tiempo allí. Recuerdo a los niños jugando y a todas las niñas cantando en el crepúsculo invernal en aquella ladera junto al bosque, la mañana en que el helicóptero chocó contra el puente. Recuerdo la cama blanca, claro, aquel extraño paisaje que contenía la verdadera prisión de mi cuerpo. Recuerdo a Nina despertando de su sueño de muerte, sus labios azules entreabiertos y sus dientes amarillos, sus ojos azules flotando en sus cuencas cada vez más llenas de gusanos, la sangre fluyendo una vez más desde el pequeño agujero en su pálida frente. Pero esto no es un auténtico recuerdo. No creo que lo sea.

»Cuando intento recordar las horas y los días inmediatamente después de aquella reunión final en Charleston, tengo primero una sensación de regocijo, de optimismo, de juventud restaurada. Entonces pensaba que lo peor había pasado.

»Qué estúpida era.»

¡Estaba libre!

Libre de Willi, libre de Nina, libre del «juego» y de todas las pesadillas que lo acompañaban.

Abandoné el ruido y la confusión de Mansard House y caminé lentamente a través del silencio de la noche. A pesar de los dolores que tenía ese día, hacía tiempo que no me sentía tan feliz y joven, muchos años. ¡Libre! Caminaba ligera, saboreando la oscuridad y el aire frío de la noche. Sonaban las sirenas con su tonada triste, pero no les presté atención. ¡Estaba libre!

Me detuve en el paso cebra de un cruce bastante concurrido. El semáforo se puso rojo y un largo coche azul -un Chrysler, creo- se detuvo. Di un golpecito en la ventanilla del lado del pasajero. El conductor, un hombre de mediana edad con un único mechón de cabellos, se inclinó para mirarme, desconfiado. Después sonrió y apretó el botón para bajar el cristal de la ventanilla.

-¿Le sucede algo, señora?

Yo asentí con la cabeza y entré en el coche. Los asientos eran de terciopelo artificial y muy mullidos.

-Sigue -le ordené.

Algunos minutos después estábamos en la autopista, alejándonos de la ciudad. Sólo hablé para dar instrucciones. Aunque estaba exhausta, casi no me exigió ningún esfuerzo mantener el control. Con mi sensación optimista de juventud recobrada me había llegado una fuente segura de poder que no experimentaba desde hacía años. Me recosté en el asiento y observé las luces de Charleston a lo lejos. Estábamos a varios kilómetros de la ciudad cuando noté que el conductor fumaba un puro. Odio los puros. El abrió la ventana y lo tiró. Le hice ajustar un poco la calefacción y continuamos en silencio hacia el noroeste.

Un poco antes de medianoche pasamos el tramo oscuro del pantano donde el avión de Willi había caído. Cerré los ojos y recordé aquellos días lejanos en Viena: la alegría de los biergartens iluminados con hileras de bombillas amarillas, los paseos por la noche a lo largo del Danubio, la excitación que los tres compartíamos al estar juntos, la emoción de aquellas primeras «alimentaciones». Durante esos primeros veranos habíamos encontrado a Willi en diversas capitales y balnearios, y llegué a pensar que quizá me estaba enamorando de él. Sólo mi dedicación a la memoria de mi querido Charles me impidió considerar cualquier sentimiento hacia nuestro elegante viajero de la noche.

Abría bien los ojos para espiar la pared oscura de árboles y maleza a la derecha de la carretera. Pensé en el cuerpo mutilado de Willi allá fuera, entre el fango y los insectos y los reptiles. No sentí nada.

Paramos para llenar el depósito en Columbia. Cuando el conductor pagó, le cogí la cartera y la registré. Sólo había treinta dólares y el habitual montón de tarjetas y fotos. Su nombre no tenía importancia, así que eché un vistazo al carné de conducir, pero no me preocupé de memorizarlo.

Conducir es casi una acción refleja. Necesitaba muy poca concentración para mantener al conductor en su tarea. Dormité un poco mientras seguíamos por la 1-20 por Augusta hasta Georgia. Él estaba agitado cuando desperté, empezaba a mascullar y a menear la cabeza, confuso, pero yo aumenté la presión de mi dominio y él se tranquilizó. Veía imágenes difusas de faros cuando cerré los ojos de nuevo.

Llegamos a Atlanta poco después de las tres de la mañana. Atlanta nunca me había gustado. Le faltaba la gracia y el encanto que caracterizaba a la cultura de las tierras bajas del litoral y, como para mostrar su desprecio continuo por el estilo sureño, se extendía ahora en todas direcciones, en una serie infinita de parques industriales y amorfas urbanizaciones. Salimos de la autopista cerca de un gran estadio. Las calles del centro estaban desiertas. Hice que mi conductor me llevara cerca del banco al que quería llegar, pero su fachada oscura de vidrio sólo intensificó mi frustración. Me había parecido una buena idea guardar los documentos de mi nueva identidad en una caja bancaria; ¿cómo iba a saber que los necesitaría a las 3.30 de un domingo?

Deseé no haber perdido mi bolso durante la masacre. Los bolsillos de mi impermeable castaño rebosaban de objetos que había colocado en ellos al rompérseme el abrigo. Examiné mi cartera para ver si la llave de la caja y mi tarjeta del banco aún estaban allí. Sí. Hice que mi conductor pasara por la zona del centro varias veces, pero parecía un acto inútil. Luces ámbar parpadeaban en la mayoría de los cruces y un par de coches de la policía pasaron lentamente, con el gas de escape caracoleando como humo en el aire frío.

Había varios hoteles decentes en el centro, cerca de mi banco, pero mi aspecto desaliñado y la falta de equipaje los eliminaba como posibles puertos para pasar la noche. Le indiqué a mi conductor, esta vez expresándome sin palabras, que me llevara por otra carretera hasta los suburbios. Fueron necesarios otros cuarenta minutos hasta encontrar un motel con habitaciones libres. Nos desviamos después de una señal luminosa verde en la que se leía «Sandy Springs» y nos acercamos a uno de aquellos horribles establecimientos con nombres tales como «Super 8» o «Motel 6» u otros igualmente absurdos, como si la gente fuera tan cretina como para no poder recordar el nombre sin el añadido de un número. Pensé enviar a mi conductor para concertar la habitación pero habría sido difícil; podría haber conversación y yo estaba muy cansada para «usarlo» en conversaciones. Sentí no tener tiempo para condicionarlo debidamente, pero ésta era la situación. Finalmente me peiné como pude, mirándome en el espejo retrovisor, y después fui a registrarme. La recepcionista era una mujer de ojos soñolientos con pantalones cortos y una camiseta Mercer U. Inventé nuestros nombres la dirección y el número de matrícula, pero la mujer ni siquiera hizo el esfuerzo de mirar el Chrysler parado fuera. Como era habitual en esos establecimientos tan inmundos, pidió el pago por adelantado.

-¿Una noche? -preguntó.

-Dos -dije-. Mi marido estará fuera mañana durante todo el

día. Es viajante de la Coca-Cola y visitará la fábrica. Yo voy a... -Sesenta y tres dólares con ochenta y cinco -recitó la mujer. Hubo un tiempo en que mi familia podía pasar una semana entera

en un buen hotel de Maine por ese precio. Le pagué a la mujer.

Ella me dio una llave con un llavero de plástico que representaba

un pino.

-Dos mil ciento dieciséis. Dé la vuelta y aparque junto a los depósitos.

Dimos la vuelta y aparcamos junto a los depósitos. El aparcamiento estaba absurdamente lleno, había varios semirremolques aparcados junto a la cerca trasera. Abrí la habitación y volví al coche.

El conductor estaba encorvado sobre el volante y temblaba. Tenía la frente cubierta de sudor y sus mandíbulas se estremecían mientras luchaba por liberar su voluntad cautiva. Yo estaba muy cansada, pero mi control permaneció firme. Notaba la falta del señor Thorne. Durante años no había necesitado expresar mis deseos en voz alta para que se realizaran. Usar a este gordinflón era muy frustrante, como tratar con escoria cuando se está acostumbrado a los metales más finos. Vacilé. Había ventajas en mantenerlo a mi lado hasta el lunes, y el coche era una de las principales. Pero los riesgos pesaban más que las ventajas. Su ausencia podía haber sido ya notada. La policía podía haber sido ya alertada para buscar su coche. Todo esto era importante, pero lo que finalmente me decidió fue la terrible fatiga que había ocupado el lugar de mi anterior regocijo. Tenía que dormir, que recuperarme de las heridas y tensiones de ese día de pesadilla. Sin un condicionamiento adecuado, no se podía confiar en que el conductor permaneciera pasivo mientras yo dormía. Me incliné sobre él y le toqué el cuello ligeramente con la mano.

-Volverás a la autopista -murmuré-. Da la vuelta a la ciudad. Cada vez que pases una salida, aumenta la velocidad en quince kilómetros. Cuando pases la cuarta salida, cierra los ojos y no los abras de nuevo hasta que te diga que lo hagas. Mueve la cabeza si comprendes.

El hombre movió la cabeza. Sus ojos estaban vidriosos y fijos. No sería adecuado «alimentarme» con éste, aunque lo estaba deseando.

-Ve -dije.

Seguí con la mirada el Chrysler que dejó el aparcamiento y torció a la izquierda, hacia la carretera. Cerrando los ojos, podía ver la larga capota, el brillo de los faros de los coches que venían en dirección con

traria cuando el coche aceleró la velocidad en la autopista. Podía sentir el zumbido del radiador y el roce de un jersey de lana contra sus brazos desnudos. Tenía un gusto rancio de puro en la boca. Me estremecí y retiré un poco mi control. El conductor aumentó la velocidad hasta noventa y cinco kilómetros por hora cuando pasó la primera salida. Ahora estaba a varios kilómetros de distancia y mis percepciones se hacían más débiles, mezclándose con los sonidos del aparcamiento y la brisa que golpeaba mi cara. Sólo sentí vagamente el momento en que el coche llegó a los ciento cuarenta kilómetros por hora y el conductor cerró los ojos.

La habitación del motel era tan insípidamente utilitaria como me había imaginado. No importaba. Me quité el impermeable y el rasgado vestido estampado. El corte en mi lado izquierdo era un arañazo muy leve, pero mi vestido y la combinación estaban destrozados. El corte en mi meñique daba punzadas mucho más dolorosas que el del costado. Me di un baño caliente y me lavé el pelo, antes de acostarme. Después me senté envuelta en dos toallas y sollocé. No tenía ni siquiera un camisón ni una muda de ropa interior. No tenía cepillo de dientes. El banco no abriría hasta el lunes por la mañana, más de veinticuatro horas después. Lloré, sintiéndome vieja y desesperada. Quería irme a casa y dormir en mi cama, y quería que el señor Thorne me trajera el café con cruasanes por la mañana, como siempre. Pero no era posible volver atrás. Mis sollozos eran más los de un niño abandonado que los de una mujer de mi edad.

Poco después, aún envuelta en las toallas, aparté la sábana y la manta y me dormí.

Me desperté cerca del mediodía cuando una camarera intentó entrar en la habitación. Fui al lavabo a beber agua, evitando cuidadosamente mi reflejo en el espejo, y después volví a la cama. La habitación estaba oscurecida por las espesas cortinas, el ventilador zumbaba suavemente y yo volví a dormir, como un animal herido vuelve a la oscura protección de su madriguera. No recuerdo haber soñado.

Esa tarde me desperté aún algo mareada y más dolorida que el día anterior, e intenté mejorar mi apariencia. Poco podía hacer. El vestido estampado estaba destrozado. Tenía que llevar el impermeable siempre que fuera posible. Necesitaba urgentemente una peluquera. A pesar de todo, había una cierta luminosidad en mi piel, una firmeza nueva de la piel bajo la barbilla, y una sorprendente suavidad donde las arrugas habían marcado antes las reivindicaciones del tiempo. Me sentía más joven. A pesar del horror de la víspera, la «alimentación»

me había ayudado mucho.

Había un restaurante al otro lado del enorme aparcamiento. Era un lugar inhumano: luces como las de una sala de operaciones, manteles de plástico a cuadros rojos aún húmedos de la última pasada con el trapo sucio del ayudante de camarero y enormes cartas de plástico con fotos en color de los «platos especiales» del establecimiento. Supuse que las fotos estaban allí para facilitarle las cosas a la clientela analfabeta que no era capaz de descifrar la prosa pomposa que vendía «deliciosas patatas fritas crujientes como las de casa» y «¡aquellos favoritos de siempre del Sur, delicioso maíz molido y a medio moler exactamente como la abuela solía hacerlo!» La carta estaba llena de apartes y exclamaciones jadeantes. Un aparte explicaba qué eran estos manjares exquisitos del Sur e incitaba a los turistas yanquis a que fueran atrevidos. Pensé cuán extraño era que la pesada dieta de subsistencia de un pueblo demasiado pobre o demasiado ignorante para comer bien se convierta inevitablemente en el tradicional «alimento del alma» de la generación siguiente.

Pedí té y un mollete inglés y esperé media hora a que llegara, todo el tiempo aguantando las disputas y ruidos de una enorme familia de patanes del Norte que comían en la mesa de al lado. Pensé, no por primera vez, que la cordura de la nación mejoraría mucho si los niños y los adultos fueran obligados por ley a comer en establecimientos públicos separados.

Estaba oscuro cuando volví al motel. Como no tenía nada más que hacer, encendí el televisor. Hacía más de una década que no miraba la televisión, pero poco había cambiado. Las estúpidas colisiones del fútbol ocupaban un canal. El canal «educativo» proponía contarme más de lo que yo quería saber sobre la estética de la lucha Sumo. Mi tercera tentativa me trajo un telefilme, frecuentemente interrumpido por anuncios, sobre una red de prostitución de adolescentes y un joven asistente social que se dedicaba en cuerpo y alma a salvar a la heroína de aquella vida de degradación. Ese estúpido programa me recordaba las escandalosas «revistas policíacas», muy populares cuando yo era joven; aparentando denunciar los ultrajes del comportamiento tabú -entonces era el «amor libre», ahora lo que me parece que los medios de comunicación llaman «porno infantil»-, nos permiten regodearme en escabrosos y excitantes detalles.

Las noticias locales eran en el último canal.

La joven locutora de color no dejó de sonreír ni un momento mientras leía la noticia sobre lo que llamó «los crímenes de Charleston». La policía buscaba sospechosos y motivos. Algunos testigos describieron la matanza que tuvo lugar en un hotel muy conocido de Charleston. La policía del Estado y el FBI tenían interés en conocer el paradero de una tal señora Fuller, que había vivido mucho tiempo en

Charleston y era ama de una de las víctimas. No había fotos de esa señora. Toda la noticia duró menos de cuarenta y cinco segundos.

Apagué el televisor, apagué las luces y me quedé temblando en la penumbra. Dentro de cuarenta y ocho horas, pensé, estaría segura en mi chalé del sur de Francia. Cerré los ojos e intenté ver las pequeñas flores blancas que crecían entre las losas que conducían al pozo. Durante un segundo casi pude sentir el olor de la sal del mar que llegaba con las tormentas de verano que soplaban desde el sur. Pensé en los tejados del pueblo cercano, trapecios rojos y verdes visibles por encima de los rectángulos verdes de los huertos que llenaban el valle. Estas imágenes agradables se superponían sobre mi última imagen de Nina, sus ojos azules abiertos, asombrados; su boca ligeramente abierta; el agujero en su frente no más espantoso que una mancha cualquiera que ella pronto se hubiera quitado con un gesto de sus dedos largos, perfectamente arreglados. Entonces, en mi ensueño antes de dormirme, la sangre brotó y empezó a fluir, no sólo de la herida sino de la boca y de la nariz y de los grandes y acusadores ojos de Nina.

Atraje las mantas bajo la barbilla y traté de no pensar en nada.

Me hacía falta un bolso. Pero si quería pagar el taxi que me llevaría al centro de la ciudad, hasta el banco, el dinero no me llegaba. Pero no podía ir al banco sin bolso. Conté de nuevo el dinero que tenía, pero aun contando el cambio no sería suficiente. Mientras estaba allí, en la

habitación del motel, el taxi que yo había llamado tocaba impacientemente el claxon desde el aparcamiento.

Resolví el problema haciendo que el chófer parara en un almacén barato de camino a la ciudad. Compré un «bolso de compras» de paja absolutamente atroz por siete dólares. El taxi, incluyendo la espera mientras compraba mi tesoro, me costó poco más de trece dólares. Di un dólar de propina y guardé el dólar que me quedaba.

Yo debía de ser todo un espectáculo, allí en la acera, esperando a que abriera el banco. Mi peinado estaba imposible. No llevaba maquillaje. Mi impermeable castaño, que aún olía un poco a pólvora, estaba abotonado hasta el cuello. Con la mano derecha cogía con fuerza mi nuevo bolso de paja. Sólo faltaban los zapatos de tenis para completar la imagen de lo que me parece que las personas consideran ahora como una «señora que va de compras». Entonces recordé que aún llevaba los zapatos de tacones bajos que parecían zapatillas de lona.

Sorprendentemente, el subdirector me reconoció y parecía encantado de verme.

-Ah, señora Straughn -dijo cuando me acerqué tímidamente a su mesa-, ¡qué placer verla de nuevo!

Yo estaba pasmada. Habían pasado casi dos años desde mi última visita a este banco. Mi cuenta no era tan importante como para que mereciera tal cortesía de un subdirector. Durante algunos segundos de pánico tuve la certeza de que la policía ya había estado allí y que aquello era una trampa. Miré a los clientes y empleados, intentando decidir quiénes eran los policías de paisano, cuando me di cuenta del aire relajado y de la sonrisa satisfecha del subdirector. Estaba delante de un hombre que tenía el orgullo de recordar los nombres de sus clientes, nada más.

-Hace mucho tiempo -dijo él con amabilidad, y miró rápidamente mi conjunto.

-Dos años -concreté.

-¿Su marido está bien?

¿Mi marido? Intenté desesperadamente recordar qué historia le había contado en las visitas anteriores. Con un sobresalto comprendí que se refería al caballero alto, calvo, que permanecía silencioso a mi. lado cada vez que estuve allí.

-Ah -dije-. Se refiere al señor Thorne, mi secretario. Ya no está a mi servicio. En cuanto a mi marido, el señor Straughn, murió de cáncer en 1956.

-Oh -murmuró el subdirector, su cara colorada sonrojándose aún más-. Lo siento.

Asentí con la cabeza y ambos guardamos algunos segundos de silencio por el fantasmagórico señor Straughn.

-Bien, ¿qué podemos hacer por usted, señora Straughn? Un depósito, espero.

-Un reintegro, lo siento -dije-. Pero primero desearía ver mi caja.

Presenté la correspondiente tarjeta, teniendo cuidado de no confundirla con la media docena de tarjetas bancarias que hacía tanto tiempo llevaba en la cartera. Pasamos por el solemne ritual de las llaves dobles. Después quedé sola en aquel reducido espacio que parecía un confesionario y levanté la tapa de mi nueva vida.

El pasaporte tenía cuatro años, pero aún era válido. Era un pasaporte del bicentenario -con el fondo de papel rojo y azul- y el hombre de Atlanta me había dicho que un día valdría mucho. El dinero, doce mil dólares entre billetes y valores, aún era válido también. Y pesado. Metí los paquetes de billetes en mi bolso de paja y recé para que la paja barata no se rompiera. Los títulos y bonos a nombre de la señora Straughn no servían para mis fines, pero quedaron muy bien sobre el magnífico montón de billetes. Ignoré las llaves del Ford Granada. No quería hacer el esfuerzo de sacar el coche del garaje, y habría investigaciones si fuera descubierto en el aparcamiento del aeropuerto. Lo último era la pequeña Beretta, destinada a ser usada por el señor Thorne

si los acontecimientos lo hubiesen exigido, pero a donde iba no la necesitaba.

Adonde pensaba que iba.

Después de guardar la caja con la misma solemnidad funeraria de

antes, me puse en la cola del cajero.

-¿Desea la totalidad de los diez mil hoy? -preguntó la chica que

masticaba chicle detrás de las rejas.

-Sí, como dice en la papeleta.

-¿Eso quiere decir, entonces, que cerrará su cuenta?

-Sí, naturalmente. -Era espantoso comprobar como años de entrenamiento podían producir tales modelos de eficacia. La chica miró hacia donde estaba el subdirector, de pie con los dedos cruzados sobre el estómago como una plañidera alquilada. Hizo una señal con la cabeza y la chica puso el chicle a un ritmo más rápido-. Sí, señora. ¿Cómo lo quiere?

En duros peruanos, tuve la tentación de decir.

-En cheques de viaje, por favor. -Sonreí-. Mil dólares en billetes de cincuenta. Mil de cien. El resto en billetes de quinientos.

-Hay un precio por los cheques -dijo la chica frunciendo ligeramente el ceño, como si esa perspectiva me fuera a hacer cambiar de idea.

-Magnífico -dije yo. El día apenas había empezado. Me sentía joven. En el sur de Francia haría fresco, pero la luz sería tan bella como mantequilla derretida-. Tómese el tiempo que haga falta. No hay prisa.

El Atlanta Sheraton estaba a dos bloques del banco. Me pidieron la tarjeta de crédito. En su lugar, pagué con un billete de quinientos dólares y me guardé el cambio en la cartera. La habitación era un poco menos vulgar que la del motel, pero no menos aséptica. Usé el teléfono de la habitación para establecer contacto con una agencia de viajes del centro. Después de consultar durante un rato su ordenador, la señorita me dio a escoger entre dejar Atlanta a las seis de la tarde de ese mismo día en un vuelo de la TWA con una escala de cuarenta minutos en Heathrow antes de seguir hasta París, o salir a las diez de la noche en un vuelo de la Pan Am directo a esta ciudad. En ambos casos podía coger el mismo vuelo nocturno de París a Marsella. Me recomendaba el vuelo de las diez porque era un poco más barato. Decidí ir en primera clase en el primero.

Había tres respetables almacenes a un corto viaje de taxi desde el hotel. Llamé a los tres y descubrí el menos sorprendido por la idea de entregar compras al hotel del cliente. Después pedí un taxi y fui de

compras.

Compré ocho vestidos con etiqueta de Albert Nipon, cuatro faldas -una de ellas con un bello diseño en lana verde de Cardin-, un juego completo de maletas Gucci, dos trajes Evan Picone, incluyendo uno que, algunos días antes, yo habría considerado apropiado para una mujer un poco más joven, cantidades adecuadas de ropa interior, dos bolsos, tres camisones, una confortable bata azul, cinco pares de zapatos incluyendo un par de escarpines negros de tacón alto de Bally, media docena de jerseys de lana, dos sombreros -uno ancho de paja que iba muy bien con mi bolso de paja-, una docena de blusas, artículos de tocador, una botella de perfume Jean Paton que pretendía ser «el perfume más caro del mundo» y bien lo podía ser, un despertador digital con calculadora incorporada por sólo diecinueve dólares, productos de maquillaje, medias (no aguanto esos horribles pantis, sólo me gustan las auténticas medias de nailon), media docena de éxitos literarios en rústica, una guía Michelin de Francia, una cartera más grande, un surtido de chocolates y galletas inglesas y un pequeño baúl de metal. Después, mientras el empleado buscaba a alguien que llevara las compras a mi hotel, fui al salón de Elizabeth Arden, al lado, para un tratamiento completo.

Más tarde, relajada, mi piel y mi cabeza aún hormigueando, con una confortable falda y una blusa blanca, volví al Sheraton. Pedí el almuerzo -café, un rosbif frío con mostaza de Dijon, ensaladilla y helado de vainilla- y di una propina de cinco dólares al ayudante del camarero cuando me lo trajo. Había un informativo en la televisión, pero no mencionó los acontecimientos del sábado en Charleston. Después volví a mi habitación y tomé un relajante baño caliente.

Para viajar preparé el traje azul oscuro. Después, aún en combinación, empecé a preparar las maletas. Puse una muda de ropa, un camisón, productos de maquillaje, unos bocados, dos libros y la mayor parte de mi dinero en mi pequeña bolsa de viaje. Tuve que llamar de nuevo al servicio de habitaciones para que me trajeran unas tijeras para cortar etiquetas e hilos. A las dos había terminado -aunque el pequeño baúl estaba lleno sólo a medias y tuve que acabar de llenarlo con una manta que encontré en el armario para impedir que las cosas se movieran- y me acosté a dormir un poco antes de que a las 4.15 la limusina me llevara al aeropuerto. Encontré

agradable observar los números negros cambiando fluidamente en la superficie gris de mi nuevo despertador de viaje. No tenía idea de cómo funcionaba aquello. Había muchas cosas en este último cuarto del siglo veinte que yo no comprendía, pero daba igual.

Me dormí con una sonrisa en los labios.

El aeropuerto de Atlanta era como todos los aeropuertos importantes donde había estado, y he estado en la mayoría. Echaba de menos las grandes estaciones de ferrocarril de algunas décadas atrás: la dignidad del mármol brillando al sol de la Grand Central en su albor, la majestad al aire libre de la terminal de Berlín de antes de la guerra, incluso la monstruosidad arquitectónica y el caos campesino de la Victoria Station de Bombay. El aeropuerto de Atlanta era la personificación del viajero sin clase: interminables vestíbulos de baldosas, asientos de plástico e hileras de monitores de vídeo anunciando de una manera muda las llegadas y salidas. Los corredores estaban llenos de hombres de negocios apresurados y ruidosos, y de sudorosas familias con ropas muy coloreadas. No me importó. En veinte minutos estaría libre.

Facturé el equipaje, excepto mi saco de viaje y mi bolso. Un empleado de la compañía aérea me llevó a través del vestíbulo en un pequeño coche eléctrico. Realmente mi artritis me incomodaba y las piernas me dolían mucho después de los esfuerzos del sábado. Me registré de nuevo en el área de partida, confirmé que no habría fumadores en mi sección de primera clase y me senté para esperar los últimos minutos previos al embarque.

-Señorita Fuller. Melanie Fuller. Por favor atienda al teléfono blanco más cercano.

Me quedé rígida, escuchando. El sistema de altavoces no había parado de hablar desde mi llegada, llamando a personas, amenazando que los coches aparcados en la zona de carga serían multados y retirados, negándose a aceptar la responsabilidad por los fanáticos religiosos que vagaban por la terminal como manadas de chacales repartiendo folletos. ¡Seguro que era una equivocación! Si hubiesen dicho mi nombre, lo habría oído antes. Continué sentada muy tiesa, sin apenas respirar, atenta a aquella voz sin sexo que recitaba su letanía de nombres. Me relajé un poco cuando oí llamar a una tal señorita Renée Fowler. Era una equivocación muy natural. Tenía los nervios de punta desde comienzos del otoño.

-Señorita Fuller. Melanie Fuller. Por favor coja el teléfono blanco más cercano.

Mi corazón se detuvo durante un segundo. Podía sentir el dolor en el pecho cuando los músculos se contraían. «Es una equivocación. Es un nombre muy vulgar. Estoy segura de que no he escuchado bien el aviso...»

-Señora Straughn. Beatrice Straughn. Por favor, coja el teléfono

blanco más cercano. Señor Bergstrom. Harold Bergstrom...

Hubo un momento en el que tuve la certeza de que estaba a punto

de desmayarme allí mismo, en la sala de partidas de la Trans World

Airlines. Bajé la cabeza mientras las paredes rojas y azules se desenfocaban y una miríada de pequeños puntos danzaban en la periferia de mi visión. Después me levanté y me moví con el bolso y la bolsa de viaje. Pasaba un hombre con una chaqueta deportiva y una placa con su nombre, y le cogí por el brazo.

-¿Dónde está?

Me miró.

-El teléfono blanco -casi grité-. ¿Dónde está?

Señaló una pared cercana. Me acerqué a él como si fuera una víbora. Durante un minuto -una eternidad- no conseguí cogerlo. Después dejé la bolsa de viaje en el suelo, levanté el auricular y murmuré mi nuevo nombre. Una voz extraña dijo:

-¿La señora Straughn? Un momento, por favor. Tiene una llamada.

Me quedé inmóvil mientras oía los sonidos huecos de las conexiones. Cuando la voz llegó, era también hueca, vacía, resonante, como si viniera de un túnel o de un cuarto vacío. O de una tumba. Reconocí perfectamente esa voz.

-¿Melanie? Melanie, cariño, soy Nina..., ¿Melanie? Cariño, soy Nina...

Dejé caer el auricular y me alejé. El bullicio que me rodeaba retrocedió hasta que no fue más que un zumbido distante, vago. Tuve la sensación de mirar por un largo túnel hacia minúsculas figuras que revoloteaban de un lado para otro. Me giré en un espasmo de pánico y huí por el vestíbulo, olvidando mi saco de viaje, olvidando el dinero que había allí, olvidando

mi vuelo, olvidando todo excepto la voz muerta que había sonado en mi oído como un grito en la noche.

Cuando me acerqué a la puerta de la terminal un mozo de equipaje corrió hacia mí. Ni siquiera pensé. Miré al negro que corría y el hombre cayó al suelo. No creo que antes haya «usado» alguna vez a alguien de manera tan brutal y rápida. El hombre se crispó, golpeando su cara repetidamente contra las baldosas. Yo me deslicé por las puertas automáticas mientras varias personas corrían hacia el mozo de equipajes.

Me quedé en la curva e intenté sin éxito dominar el torbellino de pánico y confusión que me azotaba. Cada cara que se acercaba amenazaba con transformarse en la máscara de muerte pálida y sonriente que casi esperaba ver. Giraba con mi bolso de paja apretado contra el pecho, una vieja patética al borde de la histeria. «Cariño, soy Nina...»

-¿Taxi, señora?

Me volví para mirar al que había hablado. El taxi verde y blanco había parado junto a mí sin que yo me diera cuenta. Otros esperaban atrás, en un carril especial para taxis. El chófer era blanco, de unos treinta y tantos años, bien afeitado pero con el tipo de piel translúcida

que revelaba la oscuridad de la barba del día siguiente.

-¿Quiere taxi?

Asentí con la cabeza e intenté abrir la puerta. El chófer se inclinó

hacia atrás y la abrió. El interior olía a humo rancio de cigarrillo, sudor, vinilo y orina. Me giré para mirar hacia fuera por el cristal trasero

cuando pasamos la curva. Rectángulos verdes de luz pasaron por los

cristales del taxi. Me era imposible saber si algún coche nos seguía. Había un tráfico increíble.

-¿Adónde? -gritó el chófer. Parpadeaba. Tenía la mente en blanco. -¿Al centro? -preguntó él-. ¿Hotel? -Sí.

Era como si yo no hablara su lengua. -¿Cuál?

Un gran dolor surgió detrás de mi ojo izquierdo. Lo sentí bajar

desde mi cráneo hasta el cuello y después llenar mi cuerpo como una

llama líquida. No podía respirar. Estaba sentada allí, agarrando mi bolso de paja y esperando que el dolor desapareciera.

-¿ ... o qué? -preguntó el chófer.

-¿Cómo? -Mi voz era el chirrido de tallos muertos de maíz al

viento seco.

-¿Debemos seguir por la autopista o qué? -Sheraton.

La palabra no tenía sentido para mí. El dolor empezó a amainar,

dejando un eco de náuseas.

-¿Centro o aeropuerto?

-Centro -dije sin tener la más mínima idea de lo que negociábamos.

-De acuerdo.

Me recosté en el asiento de vinilo. Fajas de luz se movían a través

del interior fétido del taxi con una regularidad hipnótica; me concentré en disminuir el ritmo de mi respiración. El sonido de neumáticos

sobre el pavimento mojado penetró lentamente en el zumbido que me

llenaba los oídos. «Melanie, cariño...» -¿Cómo se llama? -murmuré.

-¿Eh?

-¿Su nombre? -pregunté.

-Steve Lenton. Está en la tarjeta, aquí. ¿Por qué?

-¿Dónde vive?

-¿Por qué?

Estaba harta del tipo. «Empujé.» Incluso a través del dolor de cabeza, incluso a través del torbellino de la náusea, «empujé». El impacto fue lo bastante fuerte como para hacerle doblarse sobre el volante durante algunos segundos, y después permití que se pusiera derecho y dirigiera de nuevo la atención a la carretera.

-¿Dónde vive?

Imágenes, cuadros, una mujer de pelo fibroso, rubio, delante de un garaje.

«Expresa con palabras.»

-En Beulah Heights.

La voz del chófer era monótona.

-¿Estamos lejos?

-A quince minutos.

-¿Vive solo?

Tristeza. Pérdida. Celos. Una imagen llena de dolor de la rubia con un niño con la nariz llena de mocos en los brazos, voces gritando con rabia, un vestido rojo alejándose por la acera. La última imagen de su coche. Lástima de sí mismo. Palabras de una canción country diciendo la verdad.

-Vamos allá -dije yo. Creo que lo dije. Cerré los ojos y escuché el sonido de los neumáticos sobre el pavimento mojado.

La casa del chófer era oscura. Era un duplicado de todas las demás casas pobres que habíamos pasado en aquella urbanización: paredes estucadas, un único ventanal sobre un pequeño rectángulo de patio, un garaje tan grande como todo el resto de la casa junto. Nadie miraba cuando llegamos. El chófer abrió las puertas del garaje y metió el taxi. Había también allí un modelo nuevo de Buick, azul oscuro o negro, no lo sé exactamente a causa de la mala luz. Le hice poner el Buick en el caminito y volver. Dejamos el motor del taxi en marcha. El chófer bajó la puerta del garaje.

-Muéstrame la casa -dije yo amablemente.

Era tan previsible como deprimente. El fregadero estaba lleno de platos, había calcetines y ropa interior en el suelo del dormitorio, periódicos por todas partes y pinturas baratas de niños con ojos de liebre que miraban el desorden.

-¿Dónde está tu arma? -pregunté. No tuve que sondear para descubrir que él tenía un arma. Al fin y al cabo, estábamos en el Sur. El chófer parpadeó y me condujo abajo, a un taller mal iluminado. En las paredes sin revoco había viejos calendarios con fotos de mujeres desnudas. El chófer señaló en dirección a un armario barato de metal donde había una escopeta, un rifle de caza y dos pistolas. Las pistolas estaban envueltas en trapos aceitosos. Una era una especie de pistola de tiro al blanco de cañón largo, de un solo tiro y calibre corto. La otra

me resultaba más familiar, de calibre 38, cañón de nueve centímetros,

en cierta manera reminiscencia de la herencia de Charles. Puse tres cajas de cartuchos en mi bolso de paja con el revólver y volvimos a subir

la escalera hacia la cocina.

Él me trajo las llaves del Buick y nos sentamos los dos a la mesa de

la cocina mientras yo pensaba en la nota que él tenía que escribir. No

fui muy original. Soledad. Remordimiento. Incapacidad de continuar.

Las autoridades podrían notar la falta del arma y ciertamente buscarían el coche, pero la autenticidad de la nota y la elección del método apartaría toda sospecha de crimen. O así lo esperaba yo.

El chófer volvió al taxi. Incluso en los pocos segundos que la puerta de la cocina estuvo abierta al garaje, los humos me hicieron llorar. El motor del taxi me pareció absurdamente ruidoso. En la última imagen del chófer que tuve, estaba sentado muy tieso, con las manos firmes en el volante, mirando al frente el horizonte de alguna autopista invisible. Cerré la puerta.

Debía haberme marchado inmediatamente, pero tuve que sentarme. Las manos me temblaban, y también la pierna derecha, que enviaba punzadas de dolor artrítico a la cadera. Cerré los ojos. «¿Melanie? Cariño, soy Nina...» No me equivocaba con aquella voz. O Nina aún me perseguía o yo estaba loca. El agujero en su frente tenía el tamaño de una pequeña moneda y era perfectamente redondo. No había sangre.

Registré los armarios en busca de vino o coñac. Había sólo media botella de whisky Jack Daniels. Encontré un vaso limpio y bebí. El whisky quemó mi garganta y mi estómago, pero

mis manos estaban más firmes cuando lavé cuidadosamente el vaso para volver a ponerlo en el armario.

Durante un segundo pensé volver al aeropuerto, pero rechacé rápidamente la idea. Mi equipaje estaría en ese momento camino de París. Podía alcanzarlo cogiendo el vuelo de la Pan Am más tarde, pero sólo la idea de entrar en un avión me hizo estremecer. Imaginé a Willi relajándose, volviéndose para hablar con uno de sus vecinos. Después la explosión, los gritos, la larga, oscura, caída en la nada. No, no viajaría en avión durante algún tiempo.

El sonido del motor del taxi atravesaba la puerta del garaje, era un zumbido sordo, persistente. Llevaba así más de media hora. Era el momento de marcharse.

Me aseguré de que no había nadie cerca y cerré la puerta detrás de mí. Cuando me senté al volante del Buick apenas podía oír el motor del taxi detrás de la gran puerta del garaje. Durante unos pocos segundos de pánico no conseguí meter ninguna de las llaves en la ranura del contacto, pero insistí, me tomé mi tiempo, y el motor acabó poniéndose en marcha. Me llevó otro minuto ajustar el asiento y el espejo retrovisor, y encontrar el interruptor. No conducía un coche -directamente, quiero decir- desde hacía muchos años. Retrocedí por el caminito hasta la calle, y una vez allí conduje lentamente a través de esa horrible zona residencial. No sabía qué rumbo tomar, no tenía planes alternativos. Me había centrado en el chalé cerca de Toulon y en la identidad que me esperaba allí. La persona de Beatrice Straughn había sido una cosa temporal, un nombre de viaje. Con un sobresalto recordé que los doce mil dólares en metálico estaban en la bolsa de viaje que había dejado junto al teléfono en el aeropuerto. Aun tenía más de nueve mil dólares en cheques de viaje en mi bolso junto con el pasaporte y demás documentación, pero el vestido azul que llevaba era toda la ropa que me quedaba. Se me hizo un nudo en la garganta cuando pensé en las magníficas compras que había hecho esa mañana. Sentí el escozor de las lágrimas, pero meneé la cabeza y seguí cuando la luz cambió y un cretino detrás de mí tocó el claxon con impaciencia.

No sé cómo, pero conseguí encontrar la entrada de la autopista y seguí hacia el norte. Vacilé cuando vi la señal verde de la salida del aeropuerto. Mi bolsa de viaje podría estar aún cerca del teléfono. Sería fácil arreglar un vuelo alternativo. Seguí adelante. Nada en el mundo podía haberme hecho entrar en aquel mausoleo bien iluminado donde la voz de Nina me esperaba. Me estremecí de nuevo cuando la imagen de la sala de espera de la TWA donde había estado dos horas antes, una eternidad antes, se formó espontáneamente en mi cabeza. Nina estaba allí sentada, remilgada, aún con el vestido rosa pálido que llevaba la última vez, las manos sobre el bolso en su regazo, los ojos azules, la frente marcada por el agujero del tamaño de una pequeña moneda y una herida que se extendía, su sonrisa ancha y blanca. Sus dientes habían sido limados y estaban afilados.

Iba a embarcar. Me esperaba.

Mirando a menudo por el espejo, cambié de carril, alteré mi velocidad y tomé un par de salidas para volver por la rampa siguiente a la autopista. Era imposible saber con absoluta certeza si alguien me seguía, pero parecía que no. Los faros me cegaban. Mis manos empezaron a temblar de nuevo. Abrí un poco la ventanilla y dejé que el aire frío de la noche me refrescara la mejilla. Pensé qué estupendo sería tener una botella de whisky.

La indicación decía aI-85 NORTE, CHARLOTTE, N.D. Norte». Odiaba

el Norte, la concisión yanqui, las ciudades grises, el frío y los días nublados. Cualquier persona que me conociera sabía también que detestaba los Estados del Norte, especialmente en invierno, y que los evitaría si fuera posible.

Seguí el tráfico hasta la curva del cruce de salida. Un rótulo colgado decía: CHARLOTE, N.C. 360 km, DURHAM, N.C. 504 km, RICHMOND, VA 810 km, WASHINGTON, D.C, 975 km».

Cogiendo el volante con toda mi fuerza, intentando acompasarme a la velocidad loca del tráfico, me dirigí hacia la noche del Norte.

-¡Eh, señora!

Me desperté y miré la aparición a pocos centímetros de mi cara. El

sol iluminaba el pelo largo, fino, que cubría a medias unos rasgos de
roedor; ojos minúsculos, astutos; la nariz larga, la piel sucia, y labios finos, agrietados. La aparición forzó una sonrisa y vi un breve destello
de dientes agudos, amarillos. Uno de los dientes estaba fracturado. El
chico no podía tener más de diecisiete años.

-Eh, señora, ¿va en mi dirección?

Me incorporé e indiqué que no con la cabeza. Dentro del coche cerrado, la luz del último sol de la tarde era cálido. Miré alrededor el interior del Buick y durante un segundo no recordé por qué estaba durmiendo en un coche y no en casa, en mi cama. Después recordé la interminable noche conduciendo y el terrible peso del cansancio que me había obligado finalmente a detenerme en una zona de descanso vacía. ¿Hasta dónde había llegado? Recordaba vagamente que, precisamente antes de parar, había pasado una señal de salida a Greensboro, Carolina del Norte. La criatura golpeó en la ventanilla con un nudillo sucio.

-¿Señora?

Apreté el botón para bajar el cristal, pero no pasó nada. La claustrofobia me amenazó durante un segundo antes de pensar en darle al contacto. Todo en aquel vehículo absurdo era eléctrico. Me di cuenta de que el indicador de gasolina estaba alto. Recordé que había parado durante la noche, después de pasar varias gasolineras hasta encontrar una que no fuera del todo de autoservicio. Pasara lo que pasase, no estaba dispuesta a rebajarme hasta el punto de ponerme la gasolina. El cristal bajó con un zumbido.

-¿Acepta pasajeros, señora?

La voz del chico, un lloriqueo nasal, era tan repulsiva como su apariencia. Llevaba una chaqueta militar sucia y una pequeña bolsa y un saco de dormir como único equipaje. Detrás de él, los coches se movían por la autopista con el sol brillando en los parabrisas. Tuve la sensación súbita, liberadora, de estar jugando al hockey en la escuela. Fuera, el chico gangueó y se limpió la nariz con una manga.

-¿Hasta dónde vas? -pregunté.

-Al Norte -dijo el chico encogiéndose de hombros.

Me sigue dejando pasmada que fuésemos capaces de crear toda una generación incapaz de responder a una simple pregunta.

-¿Tus padres saben que estás haciendo autostop?

Se encogió de nuevo de hombros, en realidad se encogió a medias, levantando sólo un hombro, como si el gesto completo exigiera demasiada energía. Supe inmediatamente que ese chico se había escapado de casa, era probablemente un ladronzuelo y muy posiblemente un peligro para cualquiera lo suficientemente tonto como para recogerlo.

-Entra -dije, y toqué el botón para abrir la puerta del lado del pasajero.

Paramos en Durham para desayunar. El chico frunció el ceño ante
las fotos de la carta de plástico y después me miró.

-Ah, yo no puedo... Quiero decir, no tengo dinero para esto. Ya
sabe, no me alcanza para llegar a casa de mi tío y... -Bueno -dije yo-. Te invito.

Se suponía que ambos creíamos que él viajaba hasta la casa de su tío en Washington. Cuando le pregunté de nuevo hasta dónde iba, me lanzó una de sus miradas de hurón y dijo:

-¿Hasta dónde va usted?

Cuando sugerí Washington como mi destino me honró con otra mirada y con sus dientes sucios de nicotina y dijo:

-Muy bien, es ahí donde vive mi tío. Voy ahí, a la casa de mi tío. En Washington. Perfecto.

El chico murmuró su pedido a la camarera y empezó a juguetear con el tenedor. Como me pasaba con tantos jóvenes que encontraba últimamente, no me era posible saber si era realmente retrasado o sólo lamentablemente mal educado. La mayor parte de la población con menos de treinta años parece que entra en una u otra de estas categorías.

Bebí mi café y pregunté:

-¿Dices que tu nombre es Vincent?

-Sí.

Bajó la cara hacia la taza como un caballo en un pesebre. Los ruidos no eran diferentes.

-Es un bonito nombre. ¿Vincent qué? -¿Qué?

-Tu apellido, Vincent.

Él bajó la boca otra vez hacia la taza para ganar tiempo para pensar. Me volvió a lanzar su mirada de roedor. -Ah..., Vincent Pierce.

Asentí con la cabeza. Casi había dicho Vincent Price. Yo había conocido a Price en cierta ocasión, en una subasta de arte en Madrid a finales de los años sesenta. Era un hombre muy amable, verdaderamente refinado, con grandes manos suaves que nunca estaban quietas.

Discutimos sobre arte y cultura española. En esa ocasión compraba

arte para una monstruosa compañía americana. Lo consideré una persona encantadora. Sólo años más tarde descubrí que actuaba en todas

aquellas horribles películas de terror. Quizás hubiese trabajado en al

guna ocasión con Willi.

-¿Y vas en autostop hasta la casa de tu tío en Washington?

-Sí.

-Vacaciones de Navidad, sin duda -dije-. La escuela debe de

estar cerrada.

-Sí.

-¿En qué parte de Washington vive tu tío?

Vincent se inclinó de nuevo sobre su taza. Su pelo colgaba como un manojo de raíces grasientas. Cada pocos segundos levantaba una mano lánguida y se quitaba un mechón de los ojos. El gesto era tan constante y exasperante como un tic. Hacía menos de una hora que conocía a ese vagabundo y sus maneras ya me exasperaban.

-¿Un suburbio, quizá? -sugerí.

-Sí.

-¿Cuál, Vincent? Hay muchos suburbios alrededor de Washington. Quizá pasemos por allá y pueda dejarte en casa. ¿Es en una de las zonas más caras?

-Sí. Mi tío tiene mucha pasta. Toda mi familia es rica, ¿sabe?

No pude dejar de echar una mirada a su chaqueta sucia, ahora abierta, que mostraba una camiseta negra hecha jirones. Sus mugrientos pantalones vaqueros estaban desgastados en varios sitios. Yo comprendía, claro, que el atuendo no significa nada hoy en día. Vincent podía ser nieto de J. Paul Getty y andar vestido así. Recordé los trajes frescos, de seda, que mi Charles usaba. Recordé la elaborada manera de vestir de Roger Harrison en todas las ocasiones; capa de viaje y traje para los desplazamientos más cortos, pantalones de montar, corbata negra y frac para la noche. Estados Unidos sin duda había llegado a su auge igualitario en lo que al vestir se refiere. Reducimos las opciones de sastrería de todo un pueblo a los andrajos sucios del mínimo denominador común de la sociedad.

-¿Chevy Chase? -pregunté.

-¿Qué?

-El suburbio. ¿Es quizá Chevy Chase?

Meneó la cabeza.

-¿Bethesda? ¿Silver Springs? ¿Takoma Park?

Vincent arrugó la frente como si pensase en ello. Iba a hablar cuando le interrumpí.

-Oh, ya lo sé -dije-. Si tu tío es rico, probablemente vive en

Bel Air. ¿No?

-Sí, exactamente -convino Vincent, aliviado-, allí vive.

Llegaron mi tostada y mi té. Los huevos con salchicha, picadillo, jamón y pan tostado estaban también ante sus narices. Comimos en un silencio quebrado sólo por los ruidos de su masticación.

Después de Durham, la 1-85 giró de nuevo hacia el norte. Entramos en Virginia una hora y pico después del desayuno. Cuando yo era una niña, mi familia solía ir a Virginia a visitar amigos y conocidos. Tomábamos el tren, pero mi manera favorita de viajar era el pequeño pero

confortable paquebote que estaba atracado en el muelle en Newport News. Ahora me veía conduciendo un enorme Buick hacia el Norte por una autopista de cuatro carriles, escuchando música evangélica en la radio y con mi ventanilla un poco abierta para disipar el olor de sudor y orina seca que despedía mi pasajero, que en ese momento dormía.

Habíamos pasado Richmond y empezaba a anochecer cuando Vincent se despertó. Le pregunté si le gustaría conducir un rato. Me dolían los brazos y las piernas de la tensión de prestar atención al tráfico durante tantas horas. Nadie respetaba el límite de velocidad de ochenta kilómetros por hora. Notaba también la vista cansada.

-Eh, sí, ¿está segura? -preguntó Vincent.

-Sí -dije-. Conducirás con cuidado, supongo.

-Por supuesto.

Encontré una zona de descanso donde pudimos cambiar de asiento. Vincent condujo a una velocidad media de cien kilómetros por hora sólo con la muñeca en el volante y los ojos tan entrecerrados que durante un momento llegué a sospechar que se había dormido. Me tranquilicé al recordar que los coches modernos son tan simples que los puede conducir incluso un chimpancé. Bajé un poco el respaldo de mi asiento y cerré los ojos.

-Despiértame cuando lleguemos a Arlington, por favor, Vincent.

Él gruñó. Yo había puesto mi bolso entre los dos asientos delanteros y sabía que Vincent lo miraba. No había podido retirar los ojos con suficiente rapidez cuando yo había sacado el dinero para pagar el desayuno. Era arriesgado dormirse, pero estaba muy cansada. Una emisora de FM de Washington radiaba un concierto de Bach. Mecida por el zumbido de los neumáticos y el suave silbido del tráfico me dormí en menos de un minuto.

La ausencia de movimiento me despertó. Me desperté de golpe, con la mente alerta, de la manera como un depredador se despierta al notar la proximidad de su presa.

Estábamos aparcados en una zona de descanso. La inclinación del

sol en esa tarde de invierno me indicaba que había dormido cerca de una hora. El tráfico continuo sugería que estábamos cerca de Washington. La navaja de muelle en la mano de Vincent sugería cosas más oscuras. Levantó los ojos de los cheques de viaje que estaba contando. Le devolví, impasible, la mirada.

-Tiene que firmarlos -murmuró.

Le miré fijamente.

-Tiene que firmar esta mierda -silbó el chico. El pelo le cayó sobre los ojos y se lo apartó-. Tiene que firmarlos ahora.

-No.

Los ojos de Vincent se abrieron mucho, sorprendidos. Tenía los labios finos mojados con saliva. Después me mataría, tenía la certeza, a plena luz del día, con todo aquel tráfico pasando a veinte metros y sin ningún sitio donde dejar un cadáver excepto el Potomac, pero -y hasta el estúpido Vincent era capaz de entenderlo- necesitaba mi firma en los cheques.

-Escucha, viejo coño -dijo, y me cogió por la blusa-, o firmas estos papeles o te corto el morro. ¿Lo entiendes, zorra?

Detuvo la navaja a pocos centímetros de mis ojos.

Yo miré la mano sucia que apretaba mi blusa y suspiré. Durante un breve segundo recordé el día en que entré en mi suite de hotel tres décadas antes, en otro país, en un mundo diferente, y encontré a un caballero calvo pero atractivo, vestido con un frac, registrando la caja de mis joyas. Aquel ladrón había sonreído irónicamente y había hecho una pequeña reverencia al ser descubierto. Echaba de menos aquella gracia, la facilidad del «uso», la tranquila eficiencia que ningún condicionamiento podía transmitir.

-Vamos -silbó el desaliñado jovenzuelo agarrándome con fuerza. Acercó la navaja a mi cara-. Te lo estás buscando -amenazó.

Había un centelleo en sus ojos que no tenía nada que ver con el dinero.

-Sí -dije. Su brazo se detuvo en mitad de un movimiento. Durante varios segundos se torció hasta que se pudieron ver las venas de su frente. Hizo una mueca y sus ojos se abrieron mucho mientras su mano se inclinaba, se volvía y acercaba la navaja a su propia cara.

-Es hora de empezar -murmuré.

La hoja de acero giró hasta quedar en posición vertical. Se deslizó entre sus finos labios, entre los dientes manchados y rotos.

-Es hora de enseñarte algunas cosas -murmuré.

La navaja entró, cortando encías y lengua. Sus labios se curvaron y después se cerraron sobre el acero. La hoja quedó empapada en sangre cuando su punta tocó el velo del paladar.

-Es hora de aprender. -Sonreí y empecé la primera lección.

15

Washington, D. C, sábado 20 de diciembre de 1980

Saul Laski se quedó inmóvil durante veinte minutos mirando a la muchacha. Ella también le miraba, igualmente inmóvil, congelada en el tiempo. Llevaba un sombrero de paja, un poco inclinado hacia atrás, y un delantal gris sobre un traje blanco sencillo. Su pelo era rubio y sus ojos, azules. Tenía las manos cruzadas en el regazo y los brazos extendidos con la gracia torpe de la infancia.

Pasó una persona entre él y la pintura, Saul retrocedió y se movió hacia un lado para ver mejor. La muchacha con el sombrero de paja continuaba mirando el espacio vacío que él había dejado libre. Saul no sabía por qué esta pintura le conmovía tanto; la mayor parte de los cuadros de Marie Cassat le parecían demasiado sentimentales, con sus manchas de pastel desvaído, pero este cuadro le había conmovido hasta las lágrimas la primera vez que visitó la National Gallery hacía casi veinte años, y ahora no había viaje a Washington completo sin una peregrinación a la Muchacha con sombrero de paja. Pensó que quizá, de alguna manera, esa cara regordeta y la mirada triste le traían el recuerdo de su hermana Stefa -muerta de tifus durante la guerra-, aunque el pelo de Stefa fuera mucho más oscuro y sus ojos no fueran azules.

Saul se apartó del cuadro. Cada vez que visitaba el museo se prometía que vería nuevas secciones, que pasaría más tiempo con el arte moderno, pero siempre se quedaba embelesado con la chica. «La próxima vez», pensó.

Pasaba ya de la una y la multitud en el restaurante del museo estaba disminuyendo cuando Saul llegó a la entrada y empezó a examinar las mesas. Vio inmediatamente a Aaron, sentado en una mesita cerca del rincón de espaldas a una planta. Saul le hizo un gesto con la mano y fue al encuentro del joven.

-Hola, tío Saul.

-Hola, Aaron.

Su sobrino se levantó y le abrazó. Saul sonrió, apretó al chico y le miró. Ya no era un muchacho. Aaron cumpliría veintiséis años en marzo. Ya no era un muchacho, pero seguía siendo delgado, y Saul reconoció en él la sonrisa de David, la curva hacia arriba de las comisuras de los labios, y los rizos oscuros y los ojos grandes de Rebecca, que miraban detrás de sus gafas. Pero había algo en su piel más oscura y en las mejillas, que era una herencia adicional por ser sabra, un nacido en Israel. Aaron tenía trece años y era pequeño para su edad, cuando estalló la guerra de los Seis Días. Saul había llegado a Tel Aviv demasiado tarde para poder participar en la lucha, siquiera como enfermero, pero a tiempo de oír al joven Aaron contar una y otra vez las hazañas de segunda mano de su hermano mayor, tocayo de Saul, capitán de la fuerza aérea. Y Saul había escuchado también las heroicidades de Chaim, primo de Aaron, a la cabeza de su batallón en los altos del Golán. Dos años más tarde, el joven Saul moría abatido por un SAM egipcio durante la guerra de desgaste, y el agosto siguiente le tocó el turno de morir a Chaim, víctima de un campo de minas israelí mal colocado durante la guerra del Yom Kippur. Aaron tenía dieciséis años ese verano y estaba delicado a causa del asma que le había hecho sufrir desde la infancia. David, su padre, frustró todos los planes de Aaron para alistarse en el ejército.

Aaron quería ser comando o paracaidista. Cuando el ejército lo rechazó a causa de su asma y mala visión, el chico acabó sus estudios universitarios y después jugó su carta final. Aaron habló con su padre y le pidió a David, le imploró a David, que usara sus viejos contactos en el servicio de espionaje de la nación para buscarle una plaza. Aaron entró en el Mosad en junio de 1974.

No fue entrenado como agente de campo; Israel tenía demasiados ex comandos y otros héroes en el Mosad como para que necesitara poner a aquel joven delgado, cerebral, enfermizo, en un puesto tan duro. Aaron tuvo la preparación habitual en autodefensa y armas, llegando incluso a hacerse mínimamente experto en el uso de la Beretta 22, usada entonces por el Mosad, pero su auténtica habilidad técnica era la criptografía. Después de trabajar tres años en comunicaciones en Tel Aviv y otro año con un destacamento en misión especial en el Sinaí,

Aaron había llegado a Washington para trabajar en un destacamento en misión especial en la embajada de Israel. El hecho de ser hijo de David Eshkol no había perjudicado sus posibilidades para ese puesto.

-¿Cómo estás, tío Saul? -preguntó Aaron en hebreo.

-Bien -dijo Saul-. Habla en inglés, por favor.

-Muy bien.

No tenía el más mínimo acento.

-¿Cómo está tu padre?

-Todavía mejor que la última vez que hablamos -aseguró Aaron--. Los médicos dicen que podrá pasar algún tiempo en la granja

este verano.

-Bueno, bueno -dijo Saul. Miró los tres expedientes que su sobrino había puesto sobre la mesa. Intentaba pensar en cómo manipular los acontecimientos para no implicar al chico, pero al mismo tiempo poder recibir cualquier información que Aaron consiguiera.

Como si leyera su mente, Aaron se inclinó hacia delante y dijo en un murmullo apremiante:

-Tío Saul, ¿en qué estás metido?

Saul parpadeó. Seis días antes había llamado a Aaron y le había pedido que obtuviese alguna información sobre William Borden y sobre el paradero de Francis Harrington. Había sido una idea muy estúpida; durante muchos años Saul había evitado implicar a su familia o parientes, pero estaba muy turbado por la desaparición del joven Harrington, y desesperado, ya que si iba a Charleston podría perder alguna información crucial sobre Borden, sobre el oberst. Aaron le había llamado por teléfono seguro y le había dicho: «Tío Saul, es sobre tu coronel alemán, ¿verdad?» Saul no lo negó. Todos en la familia conocían la obsesión de Saul con el escurridizo nazi que había conocido en los campos durante la guerra. «¿Sabes que el Mosad nunca operaría en Estados Unidos?», había añadido Aaron. Saul no dijo nada y su silencio lo explicó todo. Había trabajado con el padre de Aaron cuando la Iragun Zvai Le'umi y la Haganah eran ilegales y activas, comprando armas americanas y fábricas de armas que serían embarcadas pieza tras pieza en dirección a Palestina para que fueran montadas de nuevo para tenerlas listas cuando los ejércitos árabes inevitablemente atravesaran las fronteras del recién nacido Estado sionista. «Muy bien -había respondido Aaron a su silencio-, haré lo que pueda.»

Saul parpadeó de nuevo y se quitó las gafas para limpiarlas con una servilleta.

-Nu, ¿qué quieres decir? -preguntó-. Tengo curiosidad por ese Borden. Francis fue alumno mío. Fue a Los Ángeles para descubrir alguna cosa sobre Borden; probablemente información para un divorcio, ¿quién sabe? Cuando Francis no volvió a tiempo y se dijo que Borden había muerto, un amigo me preguntó si podía ayudarle. Pensé en ti, Aaron.

-Ajá -dijo Aaron. Miró fijamente a su tío, meneó la cabeza y suspiró. Miró detrás de Saul para asegurarse de que nadie estaba cerca para ver nada. Después abrió el primer expediente-. Fui a Los Ángeles el lunes -le aclaró.

-¿Fuiste? -Saul se sobresaltó. Su deseo era que su sobrino se moviera en Washington, que usara los sofisticados ordenadores que la embajada de Israel tenía entonces, especialmente en la oficina donde trabajaban los seis agentes del Mosad, y quizás, incluso, que mirara los archivos secretos israelíes o norteamericanos. No había esperado que el chico fuera a la costa Oeste al día siguiente.

Aaron hizo un gesto con la mano y dijo:

-No fue ninguna molestia. Tenía semanas de vacaciones acumuladas. ¿Cuándo nos has pedido algo, tío Saul? De tu parte siempre ha sido dar y dar y dar, desde que yo era niño. El dinero de Nueva York me pagó la Universidad de Haifa, aunque nosotros nos lo podíamos permitir. Por eso, cuando me pediste un favor tan insignificante, ¿no iba a hacértelo?

Saul se frotó la frente.

-Tú no eres James Bond, Moddy -le recriminó, usando el diminutivo de Aaron en la infancia-. Además, el Mosad no opera en Estados Unidos.

Aaron no reaccionó.

-Fueron unas vacaciones, tío Saul -dijo-. ¿Quieres escuchar lo que averigüé durante mis vacaciones?

Saul asintió con la cabeza.

-Aquí estuvo el señor Harrington -dijo Aaron pasándole una foto en blanco y negro de un hotel de Beverly Hills.

Saul puso la foto sobre la mesa, la miró y la deslizó después sobre la superficie hacia su sobrino.

-Descubrí muy poco -dijo Aaron-. El señor Harrington se registró el 8 de diciembre. Una camarera recordaba que un joven pelirrojo que encajaba con la descripción de Harrington había desayunado en la cafetería del hotel la mañana del 9. Un botones recuerda haber visto salir del aparcamiento del hotel a las tres de la tarde del martes, a un hombre que conducía un Datsun como el que Harrington alquiló, aunque no estaba seguro. -Aaron le pasó dos hojas de papel más-. Aquí están las fotocopias del artículo del periódico..., un parágrafo..., y el informe de la policía. El miércoles, 10, el Datsun amarillo fue encontrado aparcado cerca de las oficinas de la Hertz en el aeropuerto. La Hertz mandó la cuenta a la madre de Harrington. Un giro postal anónimo de 329 dólares con 48 para saldar la cuenta del hotel llegó por correo el lunes, 15, el día que llegué allí. El sobre tenía el matasellos de Nueva York. ¿Tienes algo que ver con esto, tío Saul?

Saul le miró sin decir nada.

-Ya me parecía -dijo Aaron. Cerró el expediente-. Lo que hace que esto sea realmente extraordinario es el hecho de que los dos ayudantes a media jornada del señor Harrington en su agencia de detectives aficionados, Dennis Leland y Selby White, murieron en un accidente de coche esa misma semana. Viernes, 12 de diciembre. Iban de Nueva York a Boston después de recibir una conferencia telefónica.

¿Qué está pasando, tío Saul?

-Nada.

-Has tenido un aire como de enfermo durante un segundo. ¿Conocías a estos dos hombres? White había estudiado en Princeton con Harrington..., era de los Whites de Hyannis Port.

-Hablé con ellos una vez -dijo Saul-. Sigue.

Aaron miró de reojo a su tío, cuya expresión le recordó la de la cara de un niño cuando no está seguro de la veracidad de las historias fantásticas que su tío le cuenta antes de irse a dormir.

-Por lo que veo, todo parece muy profesional -comentó Aaron-. Algo que las familias americanas del crimen, la nueva Mafia, podrían ejecutar. Tres blancos perfectos. Muy limpio. Dos, en un accidente de coche; el camión que los sacó de la carretera aún no ha aparecido. El tercero, desaparecido. Pero el problema es, ¿qué hacía Harrington en California que pudiera molestar tanto al crimen organizado..., si fue la Mafia, hasta el punto de hacerles emplear su viejo estilo? ¿Y por qué los tres? Leland y White tenían empleos, su implicación en la agencia de detectives de Harrington era un trabajo ocasional de fin de semana. Harrington tenía unos tres casos al año, de los cuales dos eran casos de divorcio para amigos. El tercero era una búsqueda infructuosa de los padres biológicos de algún pobre idiota cuarenta y ocho años abandonado...

-¿Cómo supiste todo esto? -preguntó Saul en voz baja.

-Hablé con la secretaria a media jornada de Francis después de volver el miércoles, y pasé por la oficina una tarde.

-Retiro lo que he dicho, Moddy. Tienes una vena de James Bond.

-Ajá -sonrió Aaron. Miró alrededor. El restaurante ya no servía almuerzos y las mesas se estaban vaciando a medida que la gente salía. Quedaban unas cuantas personas que comían lentamente, gracias a lo cual Saul y Aaron no parecían sospechosos. No había nadie sentado a menos de tres metros de ellos. En el vestíbulo del sótano, fuera del restaurante, un niño empezó a lloriquear a voz en grito-. Aún no te he contado lo mejor, tío Saul -murmuró Aaron con su mejor voz cansina de cowboy.

-Sigue.

-La secretaria me dijo que Harrington recibía últimamente muchas llamadas telefónicas de un hombre que nunca se identificó -explicó Aaron-. La policía quería saber quién era ese tipo.

Ella les dijo que no lo sabía..., y Harrington no guardaba registros de los casos, excepto gastos de viaje, etcétera. Sea quien fuere, este nuevo cliente tenía a Francis tan ocupado que tuvo que pedir a sus viejos compañeros de facultad que le ayudaran.

-¡Ajá! -exclamó Saul.

Aaron tomó un poco de café.

-Dijiste que Harrington era un antiguo discípulo tuyo, tío Saul. Su nombre no consta en los archivos de Columbia.

-Asistió a dos cursos -dijo Saul-. La guerra y el comportamiento humano y Psicología de la agresión. Francis dejó Princeton porque se aburría..., era brillante y se aburría. Aunque no en mis clases, evidentemente. Ahora sigue, Moddy.

Aaron hizo un gesto con la boca que le recordó a Saul la expresión más tozuda de David Eshkol cuando ambos discutían la moralidad de la lucha de guerrilla, ya entrada la noche, en la granja cerca de Tel Aviv.

-La secretaria le dijo a la policía que el cliente de Harrington parecía judío -continuó Aaron-. Dijo que siempre distinguía a los judíos por cómo hablaban. Éste parecía extranjero. Alemán o húngaro quizá.

-Nu?

-¿Me quieres decir qué pasa, tío Saul?

-Todavía no, Moddy. Ni yo mismo lo sé.

La boca de Aaron continuaba con aquel gesto. Tocó los otros dos

expedientes. Eran más gruesos que el primero.

-Tengo aquí material que es mucho más interesante que el callejón sin salida de Harrington -dijo-. Me parece que sería un intercambio justo.

Saul levantó ligeramente las cejas.

-En ese caso es un intercambio, no un favor.

Aaron suspiró y abrió el segundo expediente.

-Borden, William D. Se supone que nació el 8 de agosto de 1906, en Hubbard, Ohio, pero no hay ninguna documentación entre la partida de nacimiento en 1906 y una afluencia súbita de cartillas de la Seguridad Social, carné de conducir, etcétera, en 1946. Es el tipo de cosa a la que los ordenadores del FBI normalmente prestan atención, pero nadie parece haberse preocupado por este caso. Supongo que si visitáramos los cementerios alrededor de Hubbard, Ohio, caiga donde caiga eso, encontraríamos una pequeña tumba del bebé Billy Borden, que los ángeles le lleven al descanso eterno, etcétera, etcétera. Entre tanto el señor Borden, ya adulto, parece haber empezado a existir en Newark, Nueva jersey, en el año cuarenta y seis. Se mudó a Nueva York el año siguiente. Sea quien fuere, tenía dinero. Era uno de esos comanditarios invisibles de Broadway durante las temporadas de 1948 y

1949. Estaba con los patrones, pero no comía ni bebía con ellos, al parecer..., por lo menos no puedo encontrar ningún chismorreo sobre eso

en los periódicos de la época, y ninguna de las viejas arpías que trabajan para algunos_ de los productores de antaño lo recuerda.

»De cualquier manera, Borden se mudó a Los Ángeles en 1950,

hizo su primera película ese mismo año y residió allí desde entonces.

Se hizo más visible en los años sesenta. En Hollywood le conocían

como "el Kraut" o "Bill Borden el magnífico". A veces daba fiestas,

pero nunca escandalosas hasta el punto de implicar a la poli. El hombre era un santo..., ni una multa de tráfico, ni por cruzar la calle imprudentemente..., nada. O eso o tenía suficientes influencias para ocultarlo

todo. ¿Qué te parece, tío?

-¿Qué más tienes?

-Nada -dijo Aaron-. Nada excepto algunas cosas sin importancia, una foto de la puerta de herr Borden en Bel Air..., no se puede visitar la casa..., y los recortes del L. A. Times y Variety sobre su muerte en

ese accidente de aviación el sábado pasado.

-¿Puedo verlos, por favor? -pidió Saul. Cuando acabó de leerlos, Aaron dijo: -¿Era tu alemán, tío Saul, tu oberst? -Quizá -dijo Saul-. Quería comprobarlo.

-¿Y mandaste a Francis Harrington a descubrirlo la misma semana que Borden murió en un atentado con bomba en el avión?

-Sí.

-Y tu ex alumno y sus dos amigos murieron en el mismo período

de tres días.

-De Dennis y Selby no sabía nada hasta que me lo has dicho tú

-aclaró Saul-. No tenía ni idea de que pudieran estar en peligro. -¿En peligro de qué? -insistió Aaron. -Honestamente, en este momento no lo sé -dijo Saul. -Dime lo que sabes, tío Saul. Quizá podamos ayudarte. -¿Podamos?

-Levi, Dan, Jack Cohen y el señor Bergman. -¿Gente de la embajada?

Jack es mi jefe y también un amigo -dijo Aaron-. Cuéntanos

qué pasa y te ayudaremos.

-No -se negó Saul.

-¿No? ¿No puedes contarme nada, o no lo harás? Saul miró por encima de su hombro.

-El restaurante cerrará dentro de pocos minutos -dijo-. ¿Vamos a otro sitio cualquiera?

La boca de Aaron se tensó.

-Tres de esas personas..., aquella pareja cerca de la entrada y el joven más próximo a ti, son de los nuestros. Se quedarán el tiempo que sea necesario.

-¿Entonces ya conocen el asunto?

-No. Sólo Levi. De todas maneras él hizo el trabajo de cámara. -¿Qué trabajo de cámara?

Aaron extrajo una foto del tercer expediente, el más grueso. Era la fotografía de un hombre bajo, de pelo oscuro, con una camisa abierta y americana de cuero, de ojos oscuros semicerrados y boca cruel. Cruzaba una calle estrecha con la americana abierta y suelta.

-¿Quién es? -preguntó Saul.

-Harod -dijo Aaron-. Tony Harod.

-El socio de William Borden -dijo Saul-. Su nombre venía en el artículo de Variety.

Aaron sacó dos fotos más del expediente. Harod estaba de pie delante de la puerta de un garaje, con una tarjeta de identificación en la mano, parecía que preparado para insertarla en el pequeño aparato que había en la pared de ladrillos. Saul ya había visto antes esas cerraduras de seguridad.

-¿Dónde fue tomada? -preguntó.

-En Georgetown, hace cuatro días.

-¿Estaba en Georgetown? -le preguntó Saul-. ¿Qué hacía en Washington? ¿Y que hacías tú fotografiándolo?

-Levi le fotografió -dijo Aaron con una sonrisa-. El lunes yo asistí a los funerales del señor Borden en Forest Lawn. Tony Harod pronunció el panegírico. La breve investigación que tuve tiempo de hacer sugería que Harod era muy íntimo de Borden. Cuando Harod se marchó a Washington el martes, le seguí. Pero era hora de volver.

Saul meneó la cabeza.

-¿Y lo seguiste hasta Georgetown?

-No tuve que hacerlo, tío Saul. Había llamado a Levi y él le siguió desde el aeropuerto. Me reuní con él más tarde. Entonces conseguimos las fotos. Yo quería hablar contigo antes de que les mostráramos las fotos a Dan y al señor Bergman.

Saul frunció el ceño mientras seguía mirando las dos fotos.

-No veo ningún significado especial en las fotos -dijo-. ¿La casa es importante?

-No -contestó Aaron-. Está alquilada a Bechtronics, una subsidiaria de HRL Industries.

Saul se encogió de hombros.

-¿Es importante?

-No -dijo Aaron-, pero éstas sí. -Puso cinco fotos más sobre el mantel-. Levi tenía su furgoneta de la Bell Telephone -explicó Aaron con tono satisfecho-. Subido a un poste, a unos nueve metros,

sacó estas fotos cuando salían por el callejón. El callejón está perfectamente protegido. Estos tipos pasan por la acera trasera cubierta, abren la puerta, entran en la limusina y se marchan. Los vecinos no podían verlos. No eran visibles desde el fondo del callejón. Perfecto.

Las fotos en blanco y negro mostraban a cada hombre en el preciso instante de pasar entre la puerta y la limusina; las fotos eran granulosas debido a la ampliación. Saul las estudió cuidadosamente y dijo:

-No tienen ningún significado para mí, Moddy.

Aaron se cogió la cabeza entre las manos.

-¿Cuánto tiempo hace que vives en este país, tío Saul? -Como Saul no dijo nada, Aaron clavó un dedo en la foto del hombre de ojos peqeños, grandes mandíbulas y una gran cabeza de pelo blanco ondulado-. Este es James Wayne Sutter, más conocido por los fieles como el reverendo Jimmy Wayne. ¿No te suena?

-No -dijo Saul.

-Es un evangelista televisivo -aclaró Aaron-. Empezó con una iglesia en un cine al aire libre en Dothan, Alabama, en 1964, y ahora tiene sus propios canales por satélite y por cable, y beneficios libres de impuestos de unos treinta y ocho millones de dólares al año. Su política está un poco a la derecha de Atila el huno. Si el reverendo Jimmy Wayne dice que la Unión Soviética es un instrumento de Satán, y lo dice cada día por la tele, cerca de doce millones de personas dicen «Aleluya». Hasta el primer ministro Begin le hace propuestas. Algunas de sus donaciones benéficas acaban por llegar a Israel en forma de compra de armas. Todo para salvar Tierra Santa.

-No es novedad que Israel tenga contactos con esos fundamentalistas de derecha -dijo Saul-. ¿Fue eso entonces lo que os entusiasmó a ti y a tu amigo Levi? Quizás el señor Harod sea un creyente.

Aaron estaba agitado. Guardó las fotos de Harod y de Sutter en la carpeta y le sonrió a la camarera que vino a llenar de nuevo su taza de café. El restaurante estaba ahora casi vacío. Cuando ella se alejó, Aaron dijo con una cierta excitación:

-Jimmy Wayne Sutter es la menor de las preocupaciones que tenemos aquí, tío Saul. ¿Reconoces a este hombre? -Señaló la foto de un hombre de cara fina, pelo oscuro y ojos hundidos.

-No.

-Nieman Trask -aclaró Aaron-. Consejero del senador Kellog, de Maine. ¿Recuerdas? Kellog casi fue escogido para candidato a la vicepresidencia el verano pasado.

-¿Realmente? -preguntó Saul-. ¿Por qué partido?

Aaron meneó la cabeza.

-Tío Saul, ¿qué te tiene tan ocupado para no prestar atención a las cosas que pasan a tu alrededor?

Saul sonrió.

-No gran cosa -dijo-. Tengo tres cursos cada semana. Aún participo en el claustro de la facultad, aunque no tendría que hacerlo. Tengo un horario completo de investigación en la clínica. Mi segundo libro tiene que estar en manos del editor el 6 de enero...

-Muy bien -dijo Aaron.

-Aún doy por lo menos doce horas a la semana de asesoramiento en la clínica. En diciembre participé en cuatro seminarios, dos de ellos en Europa, presenté ponencias en los cuatro...

-Muy bien -dijo Aaron.

-La semana pasada fue excepcional, porque sólo tomé parte en una mesa redonda universitaria -continuó Saul-. Normalmente el Comité del Ayuntamiento y el Consejo Asesor del Estado me ocupan por lo menos dos noches. Ahora, Moddy, ¿por qué el señor Trask es tan importante? ¿Porque es uno de los consejeros del senador Kellog?

-No «uno» de los consejeros -dijo Aaron-, sino «el» consejero. Se dice que Kellog no va al lavabo sin consultárselo primero a Nieman Trask. Trask fue también el gran recolector de fondos para el partido durante la última campaña. Se dice que dondequiera que vaya el dinero corre.

-Listo -dijo Saul-. ¿Y éste? -Tocó la frente de un hombre con el aire de un contable acosado y que trabaja demasiado.

-Joseph Phillip Kepler -informó Aaron-. Ex número tres de Lyndon Johnson en la CIA, ex mediador del Departamento de Estado y actualmente asesor de medios de información y comentarista en la BBS.

-Sí -dijo Saul-, me sonaba su cara. ¿Tiene un programa los domingos por la noche?

-«Fuego rápido» -le aclaró Aaron-. Invita a burócratas del gobierno para desconcertarlos. Este... -Aaron dio un golpecito en la foto de un hombre bajo que fruncía el entrecejo- es Charles C. Colben, ayudante especial del subdirector del FBI.

-Interesante posición -dijo Saul-. Puede significar o nada.

-Quiere decir muchísimo, en este caso -aseguró Aaron-. Colben es prácticamente el único de los cargos intermedios sospechosos del Watergate que no fue condenado. Era el contacto de la Casa Blanca en el FBI. Algunos dicen que era el cerebro detrás de las travesuras de Gordon Liddy. En vez de ser condenado se volvió aún más importante cuando todas las otras cabezas rodaron.

-¿Qué significa todo esto, Moddy?

-Un minuto, tío Saul, he guardado lo mejor para el final.

Aaron apartó todas las fotos excepto la de un hombre delgado, con

traje de sastre, de unos sesenta años. Su pelo gris era distinguido, su estilo impecable. Incluso en la granulosa foto en blanco y negro, Saul podía ver la impecable combinación de bronceado y ropas y un sentido subliminal de poder que sólo la riqueza daba.

-C. Arnold Barnet -dijo Aaron. Hizo una pausa durante un segundo y continuó-: El «amigo de los presidentes». Cada Primera Familia desde Eisenhower ha pasado por lo menos unas vacaciones en uno de los escondites de Barent. El padre de Barent trabajaba en acero y ferrocarriles..., un simple millonario, pobre en comparación con Barent hijo y sus miles de millones. Si vuelas sobre cualquier parte de Manhattan y señalas un rascacielos, cualquier rascacielos, tienes todas las probabilidades de que una de las corporaciones del último piso sea propiedad de una compañía filial que es subsidiaria de un conglomerado dirigido por un consorcio del que es principal accionista C. Arnold Barent. Medios de información, microchips, estudios de cine, petróleo, arte o alimentos infantiles, Barent es dueño de una parte de ello.

-¿Qué quiere decir la C? -preguntó Saul.

-Nadie tiene ni la más remota idea -respondió Aaron-. C. Arnold padre nunca lo reveló y el hijo no dice nada al respecto. De todos modos, el Servicio Secreto adora que el presidente y su familia le visiten. Las casas de Barent están normalmente en islas..., tiene islas en todo el mundo, tío Saul. Y la disposición, seguridad, facilidades de helipuerto, enlaces por satélite, etcétera son mejores que los de la Casa Blanca.

»Una vez al año -normalmente en junio- la Fundación Libertad de Barent, organiza sus "vacaciones de verano'..., una juerga de cinco días para algunos de los tipos más importantes del hemisferio occidental. Se va sólo por invitación, y para ser invitado tienes que ser como mínimo ministro..., o ser un anciano eminente, una leyenda en vida. Los rumores de los últimos años hablan de ex cancilleres bailando alrededor de fuegos de campamento y cantando canciones verdes con viejos secretarios de Estado norteamericanos y uno o dos ex presidentes. Se supone que es un lugar que frecuentan los dirigentes de todo el mundo.

Saul observó cómo Aaron dejó a un lado la última fotografía.

-Entonces, dime qué quiere decir esto, Aaron. ¿Por qué nuestro Tony Harod de Hollywood va a una reunión clandestina con esas cinco personas de las que yo debería tener noticias que me son completamente desconocidas?

Aaron metió los expedientes en el maletín y cruzó las manos. Las comisuras de sus labios se tensaron.

-Tú tienes que decírmelo, tío Saul. Un productor ex nazi, que tú piensas que es «tu» ex nazi, muere en un accidente aéreo, probablemente causado por una bomba. Mandas a un estudiante rico a jugar a los detectives a Hollywood, a meter la nariz en la historia del productor, y tu amigo es secuestrado, y muy probablemente asesinado, al igual que sus dos compinches aficionados. Una semana más tarde el socio de tu productor nazi, un hombre que, al

decir de todos, combina el encanto de un charlatán con el de un perseguidor de niñas, vuela a Washington y tiene un encuentro con el más extraño surtido de gente singular y poderosa desde que se celebró el primer Consejo Ejecutivo de Yasser Arafat. ¿Qué pasa, tío Saul?

Saul se quitó las gafas y limpió las lentes. Durante un minuto, no dijo nada. Aaron esperaba.

-Moddy -dijo Saul por fin-. No sé qué pasa. Yo estaba interesado sólo en el oberst..., en el hombre que creo que fue William D. Borden. Nunca oí hablar antes de ninguna de estas otras personas. No sabía quién era Borden hasta que vi su foto en el New York Times del domingo y lo reconocí como el oberst Wilhelm von Borchert, Waffen SS. -Saul calló, se puso las gafas y se tocó la frente con dedos temblorosos. Sabía que debía de parecerle a su sobrino un viejo conmocionado y confuso. En ese momento no estaba actuando.

-Tío Saul, puedes contarme qué pasa -dijo Aaron en hebreo-. Déjame ayudarte.

Saul meneó la cabeza. Sintió que le venían lágrimas a los ojos y los desvió rápidamente.

-Podría tener alguna importancia para Israel -insistió Aaron-, podría ser una amenaza..., tenemos que trabajar juntos, tío Saul.

Saul se puso muy derecho. Ser una amenaza. De súbito vio a su padre llevando al pequeño Josef en aquella fila de hombres y niños desnudos, pálidos; en Chelmno, sintió de nuevo la punzada de la afrenta y la humillación y supo exactamente, como lo supo su padre, que salvar a la familia, a veces, era lo prioritario. Cogió la mano de Aaron entre las suyas:

-Moddy, tienes que confiar en mí. Creo que aquí están pasando muchas cosas que no tienen nada que ver las unas con las otras. El hombre que yo pensaba que era el oberst que conocí en los campos probablemente no lo era. Francis Harrington era brillante pero inestable..., abandonaba todas las responsabilidades de la misma manera que abandonó Princeton hace tres años. Le di un anticipo muy grande para gastos para que pudiera investigar a William Borden. Estoy seguro de que, un día de estos, la madre de Francis..., o la secretaria, o la novia recibirán una postal suya con sello de Bora Bora o cualquier otro lugar.

-Tío Saul...

-Por favor, Moddy, escucha. Los amigos de Francis... murieron en

un accidente. ¿Nunca conociste a nadie que muriera en un accidente? Tu primo Chaim, quizá, conduciendo un jeep desde Golán para ir a ver a una chica.

-Tío Saul...

-Escucha, Moddy. Juegas a ser James Bond otra vez, como jugabas a ser Superman. ¿Te acuerdas? El verano que os visité, tenías nueve años, eras demasiado mayor para saltar de la terraza con una toalla alrededor del cuello. En todo el verano no pudiste jugar con tu tío favorito a causa de la escayola en la pierna.

Aaron se sonrojó y miró sus manos.

-Tus fotos son interesantes, Moddy. Pero, ¿qué sugieren? ¿Una conspiración contra Jerusalén? ¿Un comando de Al Fatah de Arafat preparado para enviar bombas a la frontera? Moddy, viste a un grupo de personas ricas y poderosas que se encuentran con un pornógrafo en una ciudad rica y poderosa. ¿Crees que era una reunión secreta? Tú mismo dijiste que C. Arnold Barent tiene islas donde incluso el presidente está más seguro que en su misma casa. Simplemente, no era una reunión pública. ¡Quién sabe en qué negocios sucios de películas invierte dinero esa gente o qué películas sucias paga tu renacido Wayne Jim!

-Jimmy Wayne -corrigió Aaron.

-Lo que sea -dijo Saul-. ¿Crees que valdría la pena incomodar a tus superiores de la embajada para que auténticos agentes se impliquen y quizá llamen la atención de David, enfermo como está, a causa de una reunión cualquiera, sin importancia, para discutir sobre una película porno o algo por el estilo?

La cara delgada de Aaron estaba muy roja. Durante un segundo Saul pensó que el joven iba a llorar.

-Muy bien, tío Saul, ¿no me contarás nada?

Saul tocó de nuevo la mano de su sobrino.

-Te juro por la tumba de tu madre, Moddy, que te he contado todo lo que tiene sentido para mí. Estaré en Washington un día o dos más. Quizá pueda ir a verte de nuevo, a ti y a Deborah, y podríamos hablar. A la otra orilla del río, ¿no?

-Alexandria -dijo Aaron-. Sí. ¿Qué te parece esta noche?

-Tengo una reunión -dijo Saul-. Pero mañana... Me gustaría mucho una comida casera. -Miró por encima del hombro a los tres israelíes que ahora constituían toda la clientela del restaurante-. ¿Qué les diremos?

Aaron se ajustó las gafas.

-Sólo Levi sabe por qué estamos aquí. De todas maneras, íbamos a comer fuera juntos... -Aaron miró intensamente los ojos de Saul-. ¿Sabes lo que estás haciendo, tío Saul?

-Sí -respondió él-. Lo sé. Y en este momento precisamente quiero hacer lo menos posible, relajarme un poco durante lo que queda de mis vacaciones y preparar las clases de enero. Moddy, ¿no harás que uno de ellos... -Saul levantó la cabeza- me siga o algo así? Podría ser embarazoso para una cierta..., ejem, una colega con la que espero cenar esta noche.

Aaron sonrió.

-De todas maneras, no tendríamos bastante personal -dijo-. Sólo Levi tiene categoría de agente. Harry y Barbara trabajan conmigo en códigos. -Los dos hombres se pusieron de pie-. ¿Mañana, tío Saul? ¿Paso a recogerte?

-No, tengo un coche alquilado -dijo Saul-. ¿A las seis?

-Más temprano, si puedes -rogó Aaron-. Tendrás tiempo para jugar con las gemelas antes de la cena.

-A las cuatro y media, entonces -concretó Saul. -¿Y hablaremos?

-Lo prometo.

Los dos hombres subieron por la escalera hacia la zona bajo la cúpula, se abrazaron y se separaron. Saul se quedó de pie dentro de la tienda de regalos hasta que vio marchar a Harry, Barbara y al hombre moreno que se llamaba Levi. Después subió lentamente por la escalera hacia la sección de impresionistas.

La muchacha con sombrero de paja aún le esperaba, mirando con su expresión ligeramente asustada, ligeramente intrigada, ligeramente herida, que removía algo dentro de Saul. Estuvo allí mucho tiempo, pensando sobre la familia y sobre la venganza y sobre el miedo. Se encontró interrogándose sobre su propia moralidad -o sobre su sensatez- al implicar a dos goyim en lo que nunca podría ser su lucha.

Decidió que volvería al hotel, tomaría una ducha muy larga y muy caliente, y leería un poco del libro de Mortimer Adler. Después, cuando las tarifas fueran más bajas, telefonearía a Charleston. Hablaría si era posible con Natalie y con el sheriff. Les diría que su encuentro había ido bien, que ahora sabía que el productor muerto en el vuelo de Charleston no era el coronel alemán que le perseguía de sus pesadillas. Reconocería que últimamente experimentaba una gran tensión nerviosa y dejaría que ellos llegaran a sus propias conclusiones en cuanto a sus teorías sobre Nina Drayton y los sucesos de Charleston.

Saul estaba aun delante del lienzo de la muchacha con sombrero de paja, inmerso en sus pensamientos, cuando aquella voz baja detrás de él dijo:

-Es un cuadro muy bonito, ¿verdad? Es muy triste que la chica que posó para él esté ya muerta y podrida.

Saúl se volvió.

Francis Harrington estaba allí, con un brillo extraño en los ojos, su pálida cara pecosa como una máscara de muerte. Sus labios flojos se torcieron hacia arriba como si alguien estirara de ellos con ganchos e hilos hasta que su mueca mostró una gran dentadura en una terrible simulación de sonrisa. Sus manos y brazos se levantaron como si fueran a abrazar a Saul.

-Guten Tag mein alter Freund -dijo la cosa que había sido Francis Harrington-. Wiegeht's, mein Kleiner Bauer?... Mi peón favorito.

16

Charleston, jueves 25 de diciembre de 1980

El vestíbulo del hospital tenía un árbol de Navidad plateado, de un metro de altura, en el centro de la zona de espera. Cinco cajas vacías pero envueltas en papeles de colores como si fueran regalos estaban esparcidas alrededor de la base y los niños habían hecho ornamentos de papel para las ventanas y el sol pintaba rectángulos blancos y amarillos en el suelo de baldosas.

El sheriff Bobby Joe Gentry saludó con la cabeza a la recepcionista cuando atravesaba el vestíbulo para dirigirse a los ascensores.

-Buenos días y feliz Navidad, señorita Howells -dijo.

Apretó el botón del ascensor y se quedó esperando con una gran bolsa de papel en los brazos.

-¡Feliz Navidad, sheriff! -exclamó la voluntaria de setenta añosOh, sheriff, ¿puedo hablarle un segundo?

-Naturalmente, señora. -Gentry ignoró las puertas del ascensor que se abrían y se dirigió hacia la mujer, que usaba una bata corta verde que desentonaba con el verde más oscuro de las ramas de pino de plástico que adornaban la mesa de fórmica tras la que trabajaba. Dos novelas románticas de la editorial Silhouette estaban, ya leídas y abandonadas, cerca de sus codos-. ¿En qué puedo ayudarla, señorita Howells? -preguntó Gentry.

La vieja se inclinó hacia delante y bajó sus bifocales hasta que quedaron colgando de su cadena de abalorios.

-Es sobre esa mujer de color que trajeron anoche, la del cuarto piso -empezó ella en un cuchicheo excitado que casi parecía una conspiración.

-¿Sí?

-La enfermera Oleander dice que usted pasó toda la noche sentado allí, como de guardia..., y que ha puesto a uno de sus ayudantes en la puerta esta mañana cuando ha tenido que salir...

-Es Lester -aclaró Gentry. Echó el peso de la bolsa contra la camisa-. Lester y yo somos los únicos en el despacho que no estamos casados. Solemos quedarnos de servicio los días de fiesta.

-Ah, bien -suspiró la señora Howell, un poco desconcertada-, pero nos preguntábamos, la enfermera Oleander y yo.., como es Nochebuena y mañana, bien..., ¿de qué está acusada esa chica? Quiero decir, comprendo que puede ser oficial y todo, pero ¿es cierto que es sospechosa de los asesinatos de Mansard House y que fue traída por la fuerza?

Gentry sonrió y se inclinó hacia delante.

-Señorita Howell, ¿es capaz de guardar un secreto?

La recepcionista se ajustó las gafas, apretó los labios, se sentó muy derecha y asintió con la cabeza.

-Claro, sheriff -aseguró-. Todo lo que me diga no pasará de esta mesa.

Gentry meneó la cabeza y se agachó aún más para murmurar cerca de su oído:

-La señorita Preston es mi novia. A ella no le agrada mucho la idea y por eso la tengo encerrada en mi sótano. Intentó huir anoche mientras estaba fuera de juerga y por eso tuve que darle una lección. Lester está arriba apuntándole con una pistola hasta que llegue yo.

Gentry miró hacia atrás para guiñarle el ojo antes de entrar en el ascensor. La postura de la señorita Howell no varió un ápice, pero sus gafas se habían deslizado hasta la punta de la nariz y tenía la boca completamente abierta.

Natalie miró a Gentry cuando entró en la habitación doble que ocupaba ella sola.

-¡Buenos días y feliz Navidad! -saludó él. Empujó la bandeja

con ruedas y puso en ella la bolsa que había traído-. Ho, ho, ho. -Feliz Navidad -dijo Natalie. Su voz era forzada y ronca. Hizo

una mueca y se llevó la mano izquierda a la garganta.

-¿Ya ha visto las contusiones que tiene ahí? -preguntó Gentry

inclinándose hacia delante para inspeccionarlas de nuevo. -Sí -murmuró Natalie.

-Quienquiera que lo hizo tenía dedos como Van Cliburn -dijo Gentry-. ¿Cómo está su cabeza?

Natalie tocó la gran venda del lado izquierdo de su cabeza. -¿Qué pasó? -preguntó con voz ronca-. Quiero decir, recuerdo que me estrangulaban, pero no que me hirieran en la cabeza...

Gentry empezó a sacar los cartones de comida del saco.

-¿Ya ha pasado por aquí el médico?

-No desde que me he despertado.

-El médico cree que usted se dio un golpe contra la ventanilla del coche cuando luchaba con aquel tipo -dijo Gentry. Quitó las tapas de los grandes vasos de plástico que contenía humeante café y de los que contenían zumo de naranja-. Sólo una herida que sangró un poco. Fue el estrangulamiento lo que la dejó fuera de combate.

Natalie se tocó la garganta e hizo una mueca de dolor ante el recuerdo.

-Ahora sé lo que es ser estrangulada -murmuró con una sonrisa.

Gentry meneó la cabeza.

-No. Ese tipo la dejó fuera de combate apretándole la garganta, pero por cortarle el riego sanguíneo del cerebro, no por cortarle el aire. Un poco más y se habrían podido producir daños cerebrales. ¿Quiere un panecillo inglés con huevos revueltos?

Natalie miró el gran desayuno esparcido delante de ella: café, panecillos tostados, huevos, bacon, salchichas, zumo de naranja y fruta.

-¿Dónde diablos ha conseguido todo esto? -preguntó con tono sorprendido-. Han traído ya un desayuno que no he podido comerme..., un huevo escalfado de goma y el té más insípido que he probado en mi vida. ¿Qué restaurante está abierto la mañana de Navidad?

Gentry se quitó el sombrero, lo puso sobre su corazón y fingió estar ofendido.

-¿Restaurante? ¿Restaurante? Señora, ésta es una ciudad cristiana y temerosa de Dios. No hay ningún restaurante abierto esta mañana, excepto, quizá, la cafetería de Tom Delphin en la autopista. Tom es agnóstico. No, señora, estos manjares vienen de la cocina de su seguro servidor. Ahora coma antes de que se enfríen.

-Gracias, sheriff -dijo Natalie-. Pero no puedo comerme todo esto...

-Ya lo supongo -sonrió Gentry-. Esto es también mi desayuno. Aquí está la pimienta.

-Pero mi garganta...

-El médico dice que le dolerá algún tiempo, pero quedará bien para comer. Coma.

Natalie abrió la boca, no dijo nada y cogió el tenedor.

Gentry extrajo un pequeño transmisor de la bolsa y lo colocó sobre la mesa. La mayor parte de las emisoras de FM daban música navideña. Finalmente, encontró una emisora de música clásica que radiaba ElMesías de Hándel.

Natalie parecía disfrutar de sus huevos revueltos. Bebió un poco de café y dijo:

-Está muy bueno, sheriff. ¿Y Lester?

-No siempre es muy bueno -dijo Gentry. -No, quiero decir, ¿aún está aquí?

-No -dijo Gentry-. Ha vuelto a la comisaría. Después vendrá Stewart a relevarle. No se preocupe, Lester ya ha desayunado.

-Buen café -repitió Natalie, y miró a Gentry por encima de los recipientes de comida-. Lester me ha dicho que usted pasó la noche aquí.

Gentry consiguió quitarse el sombrero y encogerse de hombros al mismo tiempo.

-Los malditos huevos se enfrían hasta cuando los ponemos en estos recipientes -dijo.

-¿Pensaba que él, quienquiera que fuese, volvería? -preguntó Natalie.

-No -contestó Gentry-, pero no tuvimos mucho tiempo para hablar antes de que la atacaran anoche. Pensé que no había nada de malo en que tuviera a alguien aquí con quien hablar cuando se despertara.

-Entonces usted pasó la Nochebuena en una silla de hospital -dijo Natalie.

Gentry le hizo una mueca.

-¡Qué diablos! Es mejor que ver por enésima vez a Mister Magoo haciendo de tacaño.

-¿Cómo me encontró tan deprisa anoche? -preguntó Natalie, con la voz aún ronca, pero no tan tensa como antes.

-Bueno, habíamos decidido encontrarnos, al fin y al cabo -dijo Gentry-. Como no estaba en casa y su contestador automático no tenía ningún recado, simplemente fui a la casa Fuller, de camino a mi casa. Sabía que usted tenía la costumbre de pasar por allí.

-Pero ¿no vio a mi atacante?

-No. Sólo a usted en el asiento delantero, más o menos en cuclillas y sosteniendo una cámara fotográfica manchada de sangre. Natalie meneó la cabeza.

-No me acuerdo de haberle pegado con la cámara -dijo ellaIntentaba coger la pistola de mi padre.

-Mmmm, eso me recuerda algo -dijo Gentry. Cogió su chaqueta, que había dejado en una silla y sacó una automática del calibre 32 de un bolsillo y la colocó en el extremo de la bandeja cerca del zumo de naranja de Natalie-. He puesto los seguros -le indicó-. Continúa cargada.

Natalie levantó una tostada pero no la mordió. -¿Quién fue?

Gentry meneó la cabeza.

-¿Dice que era blanco?

-Sí. Sólo le vi la nariz..., un poco de mejilla... y los ojos, pero estoy segura de que era blanco.

-¿Edad?

-No estoy segura. Me pareció que tenía más o menos su edad..., treinta y pico, quizá.

-¿Recuerda alguna cosa que no me dijo ayer? -preguntó Gentry.

-No, creo que no -contestó Natalie-. Estaba en el coche cuando volví. Debía de estar en el suelo de la parte trasera. -Natalie dejó la tostada y se estremeció.

-Rompió la luz del techo del coche -dijo Gentry acabando sus huevos revueltos-. Por eso usted no le vio cuando abrió la puerta. ¿Dice que vio una luz en el segundo piso de la casa Fuller?

-Sí. No la luz del vestíbulo ni de la habitación de la vieja. Quizás en la habitación de huéspedes del piso superior. Podía verla a través de las persianas.

-Tome, acábese esto -le ordenó Gentry empujando un platito con bacon hacia ella-. ¿Sabía que la electricidad estaba desconectada en la casa Fuller?

Las cejas de Natalie se arquearon.

-No -dijo.

-Quizás era una linterna -dijo Gentry-. Quizás una de esas grandes linternas eléctricas.

-Entonces, ¿me cree?

Gentry iba cerrando los recipientes del desayuno y los lanzaba a la cercana papelera. Hizo una pausa para mirarla.

-¿Por qué no iba a creerla? No se hizo usted sola esas marcas en su garganta.

-Pero ¿por qué alguien ha intentado matarme? -preguntó Natalie con una voz más fuerte de lo que el estado de su garganta permitía.

Gentry acabó de recoger los platos y recipientes de ella.

-¡Ajá! -exclamó-. Quienquiera que fuese, no quería matarla. Quería herirla...

-Y lo consiguió -aseguró Natalie, tocándose cautelosamente el cuello y la cabeza vendada.

-..- y asustarla.

-Eso también -dijo Natalie. Miró alrededor-. Dios mío, odio los hospitales.

-Y después está lo que él dijo. Repítalo de nuevo.

Natalie cerró los ojos.

-«¿Quieres encontrarla? Busca en Germantown.»

-Repítalo de nuevo -insistió Gentry-. Intente imitar su tono de voz, tal como lo oyó.

Natalie lo repitió con una voz llana, aséptica.

-Eso es -dijo Gentry-. ¿No tenía ningún acento especial? -No -dijo Natalie-. Era muy frío. Como un locutor de radio

dando el parte meteorológico.

-¿No tenía algún matiz local? -preguntó Gentry. -No.

-¿Una voz yanqui, quizá? -insistió Gentry. Repitió la frase con un acento de Nueva York tan fuerte y exacto que Natalie no pudo evitar reírse a pesar de su dolorida garganta.

-No -dijo ella.

-¿De Nueva Inglaterra?, ¿alemán? ¿judío-americano de Nueva Jersey? -preguntó Gentry e imitó a la perfección los tres acentos.

-No -rió Natalie-. Es usted muy bueno -dijo-. No, era simplemente... monótono.

-¿Y en cuanto al tono?

-Grave, pero no tan grave como el suyo -explicó Natalie-. Una especie de barítono ligero.

-¿Podría haber sido una mujer? -preguntó Gentry.

Natalie parpadeó. Pensó en lo que vislumbró en el espejo, con la luz roja dificultando ya su visión, la cara delgada, el trozo de cara, los ojos. Pensó en la fuerza de los brazos y las manos. «Podía haber sido una mujer -pensó-. Una mujer muy fuerte.»

-No -murmuró-. Es sólo una intuición, pero parecía el ataque de un hombre, si sabe lo que quiero decir. No es que haya sido atacada antes por hombres, ni fue un ataque sexual, pero...

Calló, nerviosa.

-Comprendo lo que quiere decir -dijo Gentry-. De todas maneras, es otra pista de que quienquiera que fuera no quería matarla. Normalmente no das recados a quien quieres matar.

-¿Un recado para quién? -preguntó Natalie.

-Quizás «aviso» sea más correcto -sugirió Gentry-. De todas maneras el ataque fue registrado como asalto y posible intento de violación. Era difícil clasificarlo como intento de robo, porque no se llevó su bolso ni nada. -Recogió todo excepto los vasos de café y sacó un pequeño termo de la bolsa-. ¿Un poco más de café?

Natalie vaciló.

-Sí -dijo finalmente, empujando la taza hacia delante-. Normalmente me pone nerviosa, pero parece que contrarresta los efectos de la inyección que me pusieron anoche.

-Además -comentó Gentry sirviendo café para los dos-, es Navidad.

Continuaron sentados en silencio, escuchando el apoteósico final de El Mesías.

Cuando hubo acabado, y mientras el locutor anunciaba el programa siguiente, Natalie dijo:

-No tengo que quedarme aquí esta noche, ¿verdad?

-Tenía un trauma muy grave -dijo Gentry-. Estuvo inconsciente por lo menos diez minutos. Su cuero cabelludo recibió ocho puntos de sutura.

-Pero podría irme a casa, ¿verdad?

-Probablemente -admitió Gentry-. Pero preferiría que se quedara. No sería buena idea que estuviera sola. Anoche no se encontraba en estado de aceptar mi invitación a cenar a mi casa, y yo no quería pasar la Nochebuena en mi coche cerca de la suya. Además, tiene que quedarse en observación. Incluso el médico lo ha dicho.

-Habría ido a su casa -dijo Natalie en voz baja. No había coqueteo en su voz-. Estoy asustada -añadió.

Gentry asintió con la cabeza.

-Sí. -Se acabó el café-. Yo también. Ni siquiera sé por qué, pero tengo la sensación de que estamos metidos hasta el cuello en algo que no entendemos.

-¿Entonces aún se cree la historia de Saul?

-Me sentiría mejor si hubiéramos tenido noticias suyas desde que nos dejó hace seis días -dijo Gentry-. Pero no tenemos que aceptar toda su historia para saber que algo está pasando aquí.

-¿Cree que cogerá al hombre que me atacó anoche? -preguntó Natalie. De súbito cansada, se recostó en las almohadas y ajustó la cama en una posición más vertical.

-No si dependemos de huellas digitales o material forense -contestó Gentry-. Hice analizar la sangre de la Nikon, pero no nos dirá mucho. La única manera de descubrir algo es continuar la investigación.

-O esperar a que ese hombre me ataque de nuevo -dijo Natalie.

-Bueno, no creo que lo haga. Creo que ya dio su recado.

-«¿Quieres encontrarla? Busca en Germantown» -salmodió Natalie-. ¿Se referiría a Melanie Fuller?

-¿Tiene alguna otra idea?

-No. ¿Dónde está Germantown? ¿En un lugar real? ¿Le parece que de alguna manera se relaciona con el oberst de Saul..., como una clave?

-Conozco un par de Germantowns -dijo Gentry-. Barrios de ciudades del Norte. Filadelfia tiene un barrio histórico con ese nombre, me parece. Pero puede haber centenares de ciudades por todo el país con un barrio con ese nombre. Mi reducido atlas no los muestra, pero iré a una biblioteca a investigar un poco. No me parece que sea

una clave.., sólo el nombre de un lugar.

-Pero ¿por qué tiene alguien que decirnos dónde está ella? -preguntó Natalie-. ¿Y quién lo sabe? ¿Y por qué decírnoslo?

-Grandes preguntas -dijo Gentry-. Aún no tengo respuestas. Si la historia de Saul es auténtica, parece que el asunto es mucho más complejo de lo que incluso él mismo piensa.

-¿El individuo de anoche podría ser... algo así como un agente de la señora Fuller? ¿Alguien que ella usó de la manera como Saul dijo que el oberst le usó? ¿Podría ella estar aún en Charleston intentando despistarnos?

-Claro -dijo Gentry-, pero cada argumento, como ése, que yo encuentro está lleno de lagunas. Si Melanie Fuller está viva y en Charleston, ¿por qué darnos una pista sobre ella misma? ¿Quiénes demonios somos nosotros? Hay dos departamentos municipales, tres divisiones estatales y el maldito FBI investigando esto. Las tres cadenas de televisión se refirieron al caso la semana pasada, había cincuenta reporteros en la rueda de prensa del fiscal el lunes de la semana pasada y algunos aún están olfateando por ahí..., aunque ya no se preocupan mucho de nuestra oficina. Otra razón por la que no dije que usted estaba aparcada delante de la casa Fuller anoche. Ya puedo ver los titulares en el National Perspirer «EL ASESINO DE CHARLESTON ATACA DE NUEVO.»

-Entonces, ¿cuál es la historia que tiene sentido para usted? -preguntó Natalie.

Gentry acabó de poner en orden la habitación, colocó la bandeja a un lado y se sentó al borde de la cama. Para ser un hombre grande, daba una extraña sensación de ligereza y gracia, como si hubiera un atleta oculto bajo su piel rosada y sus abundantes carnes.

-Aceptemos que la historia de Saul era auténtica -dijo Gentry en voz baja-. En ese caso tenemos la situación de que varios de esos vampiros de la mente se atacan entre sí. Nina Drayton está muerta... Yo he visto el cuerpo antes y después del viaje al depósito de cadáveres. Quienquiera que ella fuese, es un recuerdo ahora, cenizas, la gente

que reclamó su cuerpo la incineró.

-¿Quién reclamó el cuerpo? -preguntó Natalie.

-No era la familia -dijo Gentry-. Ni amigos, en realidad. Eran un abogado de Nueva York, ejecutor testamentario, y dos miembros

de una corporación de la que ella era presidenta.

-En ese caso, Nina Drayton no cuenta -dijo Natalie-. ¿Quien

nos queda?

Gentry levantó tres dedos.

-Melanie Fuller; William Borden, el oberst de Saul...

-Son dos -dijo Natalie, mirando el dedo que restaba-. ¿Quién falta?

-Una serie de millones de incógnitas -respondió Gentry, y agitó los diez dedos-. Eh, le he traído un regalo de Navidad.

Cogió su chaqueta y volvió con un sobre. Dentro había una tarjeta de Navidad y un billete de avión.

-Un vuelo de ida y vuelta a St. Louis -dijo Natalie-. Para mañana.

-Sí. No había nada para hoy.

-¿Me está expulsando de la ciudad, sheriff?

-Casi. -Gentry le sonrió-. Sé que es tomarse libertades, señorita Preston, pero me sentiría mucho mejor si estuviera lejos de aquí hasta que pase todo esto.

-No sé qué decir -titubeó Natalie-. ¿Por qué estaré más segura en St. Louis? Si alguien me persigue, ¿por qué no me seguirá hasta allí?

Gentry cruzó los brazos.

-Tiene razón, pero no creo que haya nadie que la persiga. -Como ella no dijo nada, él continuó-: De todas maneras, el otro día me dijo que tenía amigos allí, Frederick podría quedarse con usted.

-No necesito un guardaespaldas ni un canguro -protestó Natalie con voz fría.

-No -dijo Gentry-, pero allí estará ocupada y rodeada de amigos. Y lejos de lo que suceda aquí.

-¿Y respecto a encontrar al asesino de mi padre? -preguntó Natalie-. ¿Y qué tal vigilar la casa Fuller hasta que Saul se ponga en contacto con nosotros?

-Pondré a un ayudante allí -dijo Gentry-. Acordé con la señora Hodges que podía tener una persona en su casa, arriba, en el estudio del señor Hodges, que da al patio.

-¿Y usted qué hará?

Gentry cogió el sombrero, dobló la copa y se lo puso.

-Yo pienso tomarme unas vacaciones -aseguró.

-¡Unas vacaciones! -Natalie se sorprendió-. ¿En medio de todo esto? ¿Con todo lo que está pasando?

Gentry sonrió.

-Es casi exactamente lo que me dijeron en el despacho. Pero el caso es que hace doce años que no tengo vacaciones y el jefe me debe por lo menos cinco semanas. Me parece que puedo permitirme una semana o dos si quiero.

-¿Cuándo empieza? -preguntó Natalie.

-Mañana.

-¿Y adónde va?

Había más que curiosidad en la voz de Natalie. Gentry se fregó la mejilla.

-Bueno, pienso ir al Norte y visitar Washington durante unos días. Hace mucho tiempo que no voy allí. Después pienso pasar un día o dos en Nueva York.

-En busca de Saul -dijo Natalie.

-Es posible que le visite -murmuró Gentry. Miró el reloj-. Eh, se hace tarde. El médico vendrá a las nueve. Podrá usted dejar el hospital enseguida. -Hizo una pausa-. Volvamos a nuestra conversación de antes, cuando usted dijo que vendría a mi casa...

Natalie se incorporó en la cama.

-¿Eso es una invitación? -preguntó.

-Sí -dijo Gentry-. Me sentiría mejor si no pasara mucho tiempo en su casa antes de marcharse. Claro que podría pasar esta noche en un hotel y yo podría pedirles a Lester o a Stewart que me ayudaran a vigilar...

-Sheriff -le interrumpió ella-, antes de que yo diga sí, hay una cosa que quiero resolver.

Gentry la miró muy serio.

-Adelante, señorita.

-Estoy harta de llamarle «sheriff» y aún más harta de ser tratada de señorita -protestó Natalie-. O nos tuteamos o no acepto la invitación.

-Eso me gusta -sonrió Gentry-, señorita.

-Sólo hay un problema -dijo Natalie-. No consigo llamarte Bobby Joe.

-Mis padres tampoco -dijo Gentry-. El Bobby Joe surgió cuando me empezaron a llamar así siendo ayudante del sheriff aquí en Charleston. Y después lo mantuve cuando me presenté para el cargo.

-¿Cómo te llamaban los otros chicos y tus padres? -preguntó Natalie.

-Los otros chicos me llamaban «Gordo» -recordó Gentry con una sonrisa-. Mi madre me llamaba Rob.

-Sí -dijo Natalie-. Gracias por la invitación, Rob. Acepto.

Pasaron por la casa de Natalie para que ella pudiera hacer la maleta y telefonear al abogado de su padre y a algunos amigos. Los trámites de la herencia y la venta del estudio tardarían por lo menos un mes, No había razón para que Natalie se quedara.

El día de Navidad era cálido y soleado. Gentry condujo despacio y tomó el camino más largo de vuelta a la ciudad, cogiendo la avenida Cosgrove, cruzando el río Ashley y bajando la calle Meeting. Era jueves, pero parecía domingo.

Almorzaron temprano. Gentry hizo jamón cocido, puré de patata col con salsa de queso y crema batida de chocolate. La mesa redonda

fue colocada cerca de las grandes ventanas saledizas y los dos tomaron café y contemplaron el temprano crepúsculo entre las casas y árboles de la vecindad. Después, cuando salían las primeras estrellas, se pusieron las chaquetas y salieron a pasear. Se oían voces llamando a los niños que estaban entretenidos con sus nuevos juguetes. Las salas a oscuras parpadeaban con el relampagueo de las pantallas de televisión.

-¿Crees que Saul está bien? -preguntó Natalie.

Era la primera vez desde esa mañana que hablaban de cosas serias. Gentry metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

-No estoy seguro -dijo-. Pero tengo la sensación de que ha pasado algo.

-No me parece bien esconderme en St. Louis -dijo Natalie-. Pase lo que pase, creo que debo acompañarte, por mi padre.

Gentry no discutió.

-Vamos a hacer una cosa -propuso-. Déjame ver qué pasa con el doctor y después volveremos a estar en contacto y trazaremos nuestro siguiente plan. Creo que será más fácil que una sola persona se encargue de esta parte del asunto.

-Pero Melanie Fuller puede estar aquí mismo, en Charleston -dijo Natalie-. Ni siquiera sabemos qué pretendía el individuo de anoche.

-No creo que la vieja esté aquí -dijo Gentry. Le habló de Arthur Lewellyn y de cómo fue a comprar puros la noche de los asesinatos, una acción que acabó en una colisión a ciento cuarenta kilómetros por hora contra el contrafuerte de un puente en las cercanías de Atlanta-. El estanco del señor Lewellyn no estaba muy lejos de Mansard House -explicó Gentry.

-Entonces, si Melanie Fuller es capaz de hacer lo que Saul dice...

-Sí -interrumpió Gentry-. Es absolutamente irracional, pero es lógico.

-¿Piensas entonces que se oculta en Atlanta?

-No lo creo -contestó Gentry-. Demasiado cerca. Mi opinión es que debe de haber huido de allí lo antes posible, en avión o en coche. Por eso estuve llamando toda la semana. Hubo un jaleo en el aeropuerto internacional de Hartsfield el lunes de la semana pasada, dos días después de los asesinatos: una mujer abandonó una bolsa con doce mil dólares..., nadie podía describirla. Un mozo de equipajes, un hombre de cuarenta años con una salud casi perfecta, murió de un ataque de corazón. Comprobé todas las muertes de esa misma noche. Una familia de seis miembros muerta en un accidente en la 1-285 cuando su coche chocó contra un camión; el conductor del camión se había dormido. En Rockdale Park un hombre mató de un tiro al cuñado en una disputa acerca de a quién pertenecía un barco propiedad de la familia hacía años. Encontraron el cuerpo de un vagabundo cerca del estadio de Atlanta... La oficina del sheriff dijo que hacía casi una semana que estaba allí. Y un taxista llamado Steven Lenton se suicidó en su casa. La policía dijo que sus amigos pensaban que estaba deprimido desde que la mujer lo había abandonado.

-¿Cómo puede alguno de estos casos relacionarse con Melanie Fuller? -preguntó Natalie.

-Esa es la parte divertida -dijo Gentry-. Especulando. -Llegaron a un pequeño parque. Natalie se sentó en un columpio y se meció rápidamente hacia delante y hacia atrás. Gentry cogió la cadena del columpio siguiente-. Lo sorprendente del suicidio de Lenton es que sucedió cuando estaba de servicio. La mayor parte de la gente no se suicida mientras trabaja. ¿No adivinas dónde estaba cuando cogió a su

último cliente...?

Natalie dejó de balancearse.

-No... ¡Oh! ¿En el aeropuerto?

-Exacto.

Ella meneó la cabeza.

-No tiene sentido. Si Melanie Fuller iba a coger un avión en el aeropuerto de Atlanta, ¿por qué abandonaría el dinero o se molestaría en matar a un mozo de equipajes o a un chófer de taxi?

-Imaginemos que algo la alarmó -dijo Gentry-. Quizá cambiase de idea bruscamente. El coche particular del taxista desapareció. Su ex mujer ha molestado a la policía toda la semana hasta que, finalmente, el coche ha aparecido.

-¿Dónde?

-En Washington, D.C. -dijo Gentry-. En pleno centro.

-Nada de esto tiene sentido -murmuró Natalie-. ¿No es más probable que el hombre simplemente se suicidase y que alguna persona robase su coche y lo abandonase en Washington?

-Claro -dijo Gentry-. Pero lo interesante de la historia de Saul Laski es que sustituye una larga lista de coincidencias por una sola explicación. Siempre he sentido la atracción del filo de la navaja.

Natalie sonrió y volvió a columpiarse.

-Siempre que tengas cuidado -dijo-. Siempre que no cortes tu propia garganta.

-Mmmm -murmuró Gentry. Se sentía muy bien. El aire del crepúsculo, aquel sonido herrumbroso de la infancia, la presencia de Natalie, todo conspiraba para hacerle feliz.

Natalie se detuvo de nuevo.

-Continúo interesada en estar implicada en esto -dijo-. Que debería ir a Atlanta a examinar esos hechos mientras tú vas a Washington.

-Sólo unos días -rogó Gentry-. Vuelve a St. Louis y muy pronto te diré algo.

-Fue lo que dijo Saul Laski.

-Mira -dijo Gentry-. Yo tengo un contestador automático. Y tengo un aparato que me permite oír los recados por teléfono cuando no puedo ir a casa. Estoy siempre perdiendo cosas y por esto tengo dos de esos aparatos. Llévate uno. Llamaré a mi número cada día a las once de la mañana y de la noche. Si tienes algo que decirme, déjalo en el contestador. También puedes comprobar si hay algún mensaje.

Natalie parpadeó.

-¿No sería más fácil que, simplemente, me llamaras?

-Sí, pero si necesitaras ponerte en contacto conmigo te podría resultar difícil.

-Pero... tus recados privados...

Gentry le sonrió en la oscuridad.

-No tengo secretos para usted, señorita -dijo-. O mejor, no los tendré después que te haya dado ese cacharro electrónico.

-Estoy impaciente -exclamó Natalie.

Alguien les esperaba cuando regresaron a casa de Gentry. Desde las sombras del hondo porche brillaba un cigarrillo. Gentry y Natalie se detuvieron y mientras el sheriff se bajaba la cremallera de la chaqueta, Natalie avistó la culata de un revólver metido en el cinturón.

-¿Quién hay ahí? -preguntó Gentry en voz baja.

El cigarrillo brilló más y después desapareció mientras una forma oscura se ponía de pie. Natalie cogió el brazo izquierdo de Gentry mientras la alta sombra avanzaba hacia ellos y se paraba en los peldaños del porche.

-Hola, Rob -saludó una voz potente, áspera-, una buena noche para volar. Sólo pasé por aquí para ver si querías ir hasta la cuesta.

-Oh, Daryl -dijo Gentry, y Natalie pudo notar cómo se relajaba.

Los ojos de Natalie se habían adaptado a la oscuridad y ahora veía a un hombre alto, delgado, con el pelo largo, que se volvía gris a ambos lados. Vestía tejanos cortados y una camiseta con la inscripción «UNIVERSIDAD DE CLEMSON» en letras desteñidas. Su cara tenía un aire peñascoso y reflexivo que Natalie pensó que le recordaba a Morris Udall.

-Natalie -dijo Gentry-, éste es Daryl Meeks. Daryl tiene un servicio charter en el aeropuerto. Pasa la mayor parte del tiempo viajando con un grupo de rock and roll, los lleva en avión y toca la batería con ellos. Se cree que es en parte Chuck Yeager y en parte Frank Zappa. Daryl y yo fuimos a la escuela juntos. Daryl, ella es la señorita

Natalie Preston.

-Encantado de conocerla -dijo Meeks.

El apretón de mano del hombre era firme y amistoso, y le agradó a Natalie.

-Trae unas sillas -propuso Gentry-. Voy a buscar cerveza.

Meeks apagó el cigarrillo en la barandilla y lo echó a los arbustos mientras Natalie giraba una silla de mimbre para que quedara frente al balancín de la puerta. Meeks se sentó en el balancín y cruzó sus piernas huesudas, dejando que una correa le colgara del cinturón.

-¿En qué universidad estuvieron? -preguntó Natalie. Pensó que Meeks parecía más viejo que Rob.

-En la Noroeste -dijo Meeks con una cantinela amistosa-, pero Rob se licenció y a mí me suspendieron y me llamaron a filas. Fuimos compañeros de habitación durante un par de años. Dos chavales del Sur asustados en la gran ciudad.

-Ajá, claro -intervino Gentry cuando volvió con tres latas frías de Michelob-. Daryl en realidad creció en el sur, pero en el sur de Chicago. Nunca estuvo al sur de la línea Mason-Dixon excepto durante unas vacaciones de verano que pasó conmigo. Pero mostró su buen gusto mudándose a Charleston cuando volvió de Vietnam. Y tampoco lo suspendieron. Dejó la facultad para alistarse, aunque había estado en la marina antes de ir a la universidad y era un activo pacifista cuando estaba en la facultad.

Meeks bebió, miró la lata de cerveza e hizo una mueca.

-Jesús, Rob, ¿aún bebes este agua sucia? La mejor marca es la Pabst. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

-¿Entonces, estuvo en Vietnam? -preguntó Natalie. Pensó en Frederick y en su rechazo de hablar del año que pasó allí, su furia ante la sola mención del nombre del país.

Meeks sonrió y asintió con la cabeza.

-Sí. Fui controlador aéreo en el frente durante dos años. Sólo volaba por allá con mi pequeño Piper Cub y les indicaba a los más rápidos, los auténticos pilotos, en sus aviones de reacción, dónde tenían que dejar caer su material. No disparé un solo tiro durante todo el tiempo que estuve allá. Tuve mucha suerte.

-Daryl fue abatido dos veces -explicó Gentry-. Es el único hippie de cuarenta y dos años que tiene un cajón lleno de medallas.

-Las compré todas en el mercado negro -dijo Meeks. Acabó su cerveza, eructó y añadió-: Creo que esta noche no es el mejor momento para un vuelo, ¿eh, Rob?

-Otra vez será, amigo -dijo Gentry.

Meeks asintió con la cabeza, se levantó y saludó a Natalie con una inclinación de cabeza.

-Ha sido un placer, señorita. Si alguna vez necesita espolvorear las cosechas o un viaje charter o a un buen batería, puede encontrarme en el aeropuerto de Mt. Pleasant.

-No lo olvidaré -dijo Natalie con una sonrisa.

Meeks le dio una palmada en la espalda a Gentry y bajó por los peldaños hacia la oscuridad, silbando el tema de The High and the Mighty mientras se alejaba.

Durante la noche escucharon música, discutieron sobre la infancia,
jugaron al ajedrez, hablaron de crecer en el Sur y estudiar en el Norte,
lavaron los platos y, más tarde, tomaron un coñac. Natalie se dio
cuenta de que casi no había tensión entre ellos, como si conociera a
Rob desde hacía muchos años.

Natalie estaba encantada y sorprendida por el magnífico cuarto de

huéspedes que Gentry tenía limpio y preparado. La impresión de asepsia y austeridad espartana que producía la habitación se salvaba con un edredón de colores sobre la cama y con los delicados motivos de piñas en el papel de la pared.

Gentry le mostró a Natalie toallas limpias en el lavabo del vestíbulo, le deseó buenas noches, revisó una vez más las puertas y luces del patio y se retiró a su habitación. Se puso unos pantalones ajustados y una camiseta. Durante los últimos ocho años Gentry había sido hospitalizado en varias ocasiones a causa de piedras en los riñones. Los ataques siempre habían sido por la noche. Eran piedras de calcio -no evitables, aunque seguía una dieta baja de calcio- y

siempre el increíble dolor al inicio de un ataque le dejaba incapacitado para hacer otra cosa que llamar una ambulancia que le llevara a Urgencias. Le preocupaba mucho que pudiese quedar tan inútil que no pudiese hacer nada, pero desde hacía mucho tiempo había cambiado el pijama por pantalones estrechos y una camiseta para, en el promedio de una noche cada dos años que tenía que ser hospitalizado, no llegar en pijama al hospital.

Gentry colgó su funda con la Ruger Blackhawk 357 en la silla junto a su cama. Estaba siempre allí; podía cogerla con un simple gesto de la mano en la noche más oscura.

No se durmió inmediatamente. Era consciente de la atractiva joven que había en la habitación cerca del vestíbulo, y sabía también que esta noche no iría a su encuentro. Pensó en la magnitud de la agradable tensión que había surgido entre ellos, pudo separar la atracción que sentía por ella y -por una simple sustracción de esa atracción de la tensión sexual general entre ellos- llegar a una estimación aproximada de en qué medida esa atracción era correspondida. Gentry observaba los reflejos de los faros de los coches en el techo, frunció ligeramente las cejas. Esta noche no. Cualesquiera que fueran las

posibilidades de esa relación, éste no era el momento. Todos los instintos de la mente y del cuerpo del sheriff le decían que enviara a Natalie lejos de Charleston, lejos de cualquier locura que hubiese alrededor de ellos. Los instintos de Gentry siempre habían sido excelentes; le habían salvado la vida más de una vez. Ahora confiaba en ellos.

Se arriesgaba mucho dejándola quedarse en su casa, pero no tenía otra manera de poder vigilarla hasta que se marchara en el avión de mañana por la mañana. Alguien le seguía..., no, no alguien, sino varios. No tuvo la certeza de eso hasta ayer, miércoles, Nochebuena. Por la mañana había conducido durante más de noventa minutos para confirmar el hecho, identificando los vehículos. No era tan tosco como la semana anterior; realmente era un trabajo tan bueno y profesional que sólo el alto nivel de paranoia de Gentry le había permitido percatarse de ello.

Había por lo menos cinco coches implicados; uno de ellos, un taxi; los otros cuatro, tan anónimos como sólo Detroit podía fabricarlos. Pero tres de ellos eran los mismos con los que había jugado al ratón y al gato el día anterior. Un vehículo le seguía -desde lejos, sin acercarse- hasta que él hacía un cambio brusco de dirección, momento en el que otro relevaba al anterior. Pasaron dos días hasta que Gentry comprendió que a veces el vehículo de contacto estaba delante de él. Seguirle de una manera tan elaborada, lo sabía, supondría por lo menos una docena de vehículos, probablemente el doble de personal, y una conexión por radio. Gentry pensó en la posibilidad de que Asuntos Internos de la Policía estuviera implicado, pero rechazó inmediatamente la idea; primero, no había nada en su hoja de servicio, estilo de vida o casos presentes que lo justificara. Segundo, el presupuesto de la policía de Charleston no lo permitía. Tercero, los polis que conocía no seguirían a un sospechoso tan bien aunque sus vidas corrieran peligro.

Pero entonces, ¿quién podía estar siguiéndolo? ¿El FBI? A Gentry no le gustaba Richard Haines, pero no conocía ninguna razón por la que el FBI pudiera sospechar del sheriff de Charleston, tanto en la explosión aérea como en los asesinatos de Mansard House. ¿La CIA? Gentry meneó la cabeza y miró al techo.

Dormitaba ligeramente -soñaba que estaba de nuevo en Chicago, intentando encontrar un aula en la Universidad- cuando Natalie gritó.

Gentry cogió la Ruger y corrió por el vestíbulo antes de estar totalmente despierto. Hubo un segundo grito, un poco amortiguado, y después un sollozo. Gentry cayó sobre una rodilla junto a la puerta, comprobó si estaba cerrada por dentro -no estaba cerrada- y la abrió con cuidado. Cuatro segundos después entró en la habitación, con las piernas flexionadas, con la Ruger extendida y mirando a un lado y a otro.

Natalie estaba sola, sentada en la cama, sollozando, con la cara entre las manos. Gentry examinó la habitación, comprobó si la ventana estaba cerrada, dejó la Ruger en la mesilla de noche y se sentó al borde de la cama junto a ella.

-Lo... lo... lo siento -tartamudeó ella entre lágrimas. No había afectación en su voz, sólo miedo y desconcierto-. Ca... cada vez que... empiezo a dormir, los brazos... de aquel hombre

surgen desde el asiento del coche... -Se obligó a dejar de sollozar, hipó y buscó la caja de Kleenex en la mesilla de noche.

Gentry pasó su brazo derecho alrededor de ella. La chica se puso un segundo rígida y después se dejó caer blandamente contra él, su pelo tocando apenas la mejilla y la barbilla del sheriff. Durante algunos minutos su cuerpo continuó estremeciéndose con pequeños temblores de miedo que la iban despertando.

-Todo va bien -murmuró Gentry acariciándole la espalda-. Todo va bien.

Sosegarla era tan grato y dulce como acariciar a un gatito.

Al cabo de un rato, Gentry estaba casi dormido, seguro de que ella ya se había dormido, Natalie levantó lentamente la cabeza, le rodeó el cuello con sus brazos y le besó. El beso fue muy largo, muy suave y los dejó a ambos mareados. Los pechos de ella, suaves y llenos, se apretaban contra él.

Más tarde aún, Gentry la miró mientras ella se sentaba sobre él, con su cuello largo y su cara ovalada lanzando hacia atrás la cabeza en una pasión silenciosa, con sus dedos entrelazados con fuerza, y sintió de nuevo los temblores que la recorrían, que llegaban hasta él, pero esta vez no eran temblores de miedo...

El vuelo de Natalie a St. Louis salió dos horas antes que el avión de Gentry para Nueva York. Ella le dio un beso de despedida. Ambos nacidos, creados y condicionados en el Sur, eran conscientes de que una mujer negra y un hombre blanco besándose en un lugar público, incluso en el Sur de 1980, harían alzarse algunas cejas, provocarían reproches silenciosos. Les daba igual.

-Regalos de despedida -dijo Gentry, y le dio el Newsweek, un periódico de la mañana y el transmisor de tono para su contestadorEstableceré contacto esta noche.

Natalie asintió con la cabeza, decidió no decir nada y se volvió rápidamente hacia la rampa de embarque.

Una hora después, volando sobre Kentucky, dejó el Newsweek, cogió el periódico y encontró el artículo que cambiaría su vida para siempre. Venía en la tercera página.

FILADELFIA (AP)

La policía de Filadelfia aún no tiene pistas sólidas ni sospechosos del asesinato de cuatro miembros de pandillas juveniles acaecido en Nochebuena en Germantown. Un crimen que el teniente Leo Hartwell, de Homicidios, describió como «una de las cosas más espantosas que he visto en mis diez años en el cuerpo».

Cuatro miembros de la pandilla callejera juvenil Alma de la Fábrica fueron encontrados asesinados la mañana de Navidad en el área del mercado de Germantown. Aunque los nombres de las víctimas y los detalles de los múltiples asesinatos no fueron hechos públicos, se sabe que las cuatro víctimas tenían entre 14 y 17 años y que sus cuerpos estaban mutilados. El teniente Hartwell, encargado de la investigación, no confirma ni niega las informaciones de los testigos, según los cuales los cuatro chicos fueron decapitados.

«Estamos haciendo una investigación minuciosa», dijo el capitán Thomas Morano, comandante de la División de Homicidios de Germantown. «Seguimos todas las pistas.»

La zona de Germantown, en Filadelfia, tiene un largo historial de violencia de pandillas, con dos muertes anteriores en 1980, y seis asesinatos en 1979 atribuidos a una rivalidad entre las pandillas. «Los asesinatos de Nochebuena son sorprendentes», dijo el reverendo Paul Woods, director del Centro Alianza en Germantown. «La violencia entra las pandillas ha ido disminuyendo en los últimos diez meses y no tengo conocimiento de ninguna disputa o venganza actuales.»

La pandilla Alma de la Fábrica es una de las docenas de bandas juveniles del área de Germantown y se dice que consta de unos cuarenta miembros en plena dedicación y del doble de auxiliares. Como la mayoría de las pandillas callejeras de Filadelfia, tiene una larga historia de enfrentamientos con las autoridades locales, aunque en los últimos años hubo intentos de mejorar la imagen de estas pandillas a través de programas patrocinados por el Ayuntamiento, como la Casa de la Alianza y el Acceso Comunitario.

Los cuatro jóvenes asesinados eran miembros de la pandilla Alma de la Fábrica.

Natalie supo inmediatamente, instintivamente, y sin asomo de duda, que aquello tenía que ver con Melanie Fuller. No tenía idea de cómo la vieja de Charleston podía haberse implicado en una guerra de pandillas en Filadelfia, pero de nuevo sintió las manos en su cuello y oYo

el murmullo caliente, sibilante, junto a su oído derecho: «¿Quieres en

contrarla? Busca en Germantown.»

En el aeropuerto internacional de St. Louis -los nativos lo llamaban «Lambert Fields»- Natalie tomó una decisión y actuó en consecuencia antes de bloquearse por el miedo. Sabía que si telefoneaba a Frederick y veía a sus amigos, no se marcharía de nuevo. Cerró los ojos y recordó la imagen de su padre, solo, aún sin cosméticos en la cara, en las pompas fúnebres, y al irritado empleado repitiendo «Esperábamos a la familia mañana».

Natalie usó su tarjeta de crédito para comprar un billete para el próximo vuelo de la TWA a Filadelfia. Comprobó la cartera: aún tenía doscientos dólares en metálico y seiscientos cincuenta en cheques de viaje. Verificó si aún llevaba las credenciales de prensa de su trabajo del verano anterior en el Chicago Sun-Times y después llamó a Ben Yates, el editor fotográfico del diario.

-¡Nat! -llegó su voz por entre los ruidos ásperos del teléfono y el parloteo del aeropuerto-. Creía que no dejabas la facultad antes de mayo.

-Sí, Ben -dijo Natalie-, pero estaré en Filadelfia algunos días y me pregunto si te interesarían fotos de esos asesinatos de pandillas.

-Bueno -titubeó Yates-. ¿Qué asesinatos de pandillas?

Natalie se lo explicó

-Caramba -exclamó él-, eso no dará para fotos. Y si da, llegarán por agencia.

-Pero si consigo alguna cosa interesante, ¿las quieres, Ben?

-Sí, claro -dijo el editor fotográfico-. ¿Qué pasa, Nat? ¿Tú y Joe estáis bien?

Natalie sintió como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Ben aún no sabía nada de la muerte de su padre. Esperó hasta poder respirar y dijo:

-Después te contaré, Ben. Ahora, si la policía en Filadelfia o alguien te llama, ¿puedes confirmar que estoy trabajando como free-lancer para el SunTimes?

El silencio duró sólo unos segundos.

-Claro, Nat. Puedo hacerlo. Pero tienes que contarme qué pasa, ¿de acuerdo?

-De acuerdo, Ben. En cuanto me sea posible. Te lo prometo.

Antes de marcharse, llamó al centro de ordenadores de la universidad y dejó un mensaje para Frederick explicándole que le llamaría pronto. Después marcó el número de Gentry en Charleston, escuchó su voz en el contestador automático y dijo, después del pitido:

-Rob, soy Natalie. -Le contó su cambio de planes y los motivos. Vaciló-. Ten cuidado, Rob.

El vuelo directo a Filadelfia iba atestado. El hombre sentado a su lado era negro, extremadamente bien vestido y apuesto, de cuello grueso y mandíbulas alargadas. Estaba ocupado con la lectura de su ejemplar del Wall Street Journal y Natalie miró un poco por la ventana y después dormitó. Cuando se despertó, cuarenta y cinco minutos más tarde, se sintió mareada, vagamente desplazada y lamentó haberse metido en esa lata de sardinas. Tomó el periódico de Charleston y leyó el artículo por décima vez. Parecía que habían pasado días desde que había estado en Charleston... con Rob Gentry.

-Veo que lee una noticia de un problema que hubo en mi patio. Natalie se volvió. El hombre bien vestido había dejado el Wall

StreetJournal. Le sonreía por encima de un vaso de whisky.

-Usted estaba dormitando cuando ha pasado la azafata -dijo

él-. ¿Quiere que la llame?

-No, gracias -contestó Natalie. Estaba vagamente asqueada por

algo que había en las maneras del hombre, aunque todo en él..., su sonrisa, voz suave, actitud..., sugerían amabilidad-. ¿Qué quiere decir con

«un problema que hubo en su patio»? -inquirió.

Señaló con su vaso de whisky hacia el diario.

-Esa historia de la pandilla -dijo-. Yo vivo en Germantown.

Esa mierda sucede constantemente.

-¿Puede contarme algo del caso? -preguntó Natalie-. ¿Sobre las pandillas..., sobre los asesinatos?

-Sobre las pandillas, sí -dijo él con una voz grave que le recordó a Natalie la del actor James Earl Jones-, sobre los asesinatos, no. Estuve fuera los últimos días. -Le sonrió más abiertamente-. Además, señorita, yo vengo de un sector un poco más acomodado que el de esos pobres chicos. ¿Irá a visitar Germantown cuando esté en Filadelfia?

-No lo sé -dijo Natalie-. ¿Por qué?

La sonrisa del hombre se hizo aún más amplia, aunque sus ojos eran difíciles de escrutar.

-Tengo la esperanza de que sea así -dijo amablemente-. Germantown es un lugar histórico, interesante de visitar. Tiene belleza y riqueza además de tugurios y pandillas. Me gustaría que conociera los dos lados si va de visita a Filadelfia. ¿O quizá vive allí? No tendría que haber sacado conclusiones precipitadamente.

Natalie se esforzó en relajarse. No quería pasar todo el tiempo en un estado de ansiedad paranoica.

-No, voy sólo de visita -dijo-. Y me gustaría saber cosas sobre Germantown..., lo bueno y lo malo.

-Muy justo -admitió su compañero de asiento-. Voy a pedir otra copa. -Llamó a la azafata-. ¿Seguro que no quiere nada?

-Creo que me tomaré una coca-cola -aceptó Natalie.

Él pidió las dos bebidas y se volvió hacia ella con una sonrisa:

_Muy bien -dijo-. Si voy a ser su guía oficial en Filadelfia, supongo que por lo menos deberíamos presentarnos...

-Soy Natalie Preston -dijo ella.

-Encantado de conocerla, señorita Preston -dijo el hombre con un gesto delicado de la cabeza-. Me llamo Jensen Luhar. A su servicio.

El Boeing 727 continuaba hacia el este, deslizándose hacia la noche de invierno que se acercaba.

17

Alexandria, Virginia, jueves 25 de diciembre de 1980

Llegaron en busca de Aaron Eshkol y su familia poco después de las dos de la mañana de Nochebuena.

Aaron había estado durmiendo a rachas. Poco después de medianoche se había levantado y había bajado para comer un par de galletas que sus vecinos, los Wentworth, les habían dado. La noche había sido agradable; era el tercer año consecutivo que se habían reunido con los Wentworth y Don y Tina Seagram para la cena de Nochebuena. La mujer de Aaron, Deborah, también era judía, pero ninguno de los dos se tomaba su religión seriamente; Deborah no estaba de acuerdo con Aaron, que se consideraba sionista. Se adaptaba bien en Estados Unidos, pensaba Aaron a menudo. «Ve todos los aspectos de todos los problemas. Ve aspectos que ni siquiera hay», pensaba él. Aaron se sentía siempre incómodo en las fiestas de la embajada cuando Deborah defendía el punto de vista de la OLP. No, no de la OLP, Aaron se corrigió cuando acababa su tercera y última galleta, de los palestinos. «Sólo como hipótesis», decía ella, pero era buena elaborando hipótesis..., mejor que Aaron, que a veces pensaba que era bueno en pocas cosas excepto en códigos y claves. Al tío Saul siempre le agradaba discutir con Deborah.

El tío Saul. Durante cuatro días dudó en comunicar la aparente desaparición de su tío a Jack Cohen, su supervisor y jefe del Mosad en la embajada de Washington. Jack era un hombre bajo, calvo, de apariencia atolondrada ligeramente torpe. Había sido también capitán de paracaidistas había participado en la operación de Entebbe cuatro años antes y se decía que había sido el cerebro de la captura de todo un misil egipcio SAM durante la guerra del Yom Kippur. Jack sabría si la desaparición de Saul era grave o no. Pero Levi aconsejó cautela. El compañero de Aaron en claves, Levi Cole, había hecho las fotos y había ayudado a Aaron en la identificación. Levi estaba entusiasmado -estaba seguro de que el tío de Aaron había tropezado con algo grande-, pero no quería hablar con Jack Cohen o con el señor Bergman, el agregado del embajador, sin tener más informaciones. Levi había ayudado a Aaron el domingo anterior en una infructuosa búsqueda de Saul Laski por todos los hoteles de la ciudad.

A la una y diez de la mañana, Aaron apagó las luces de la cocina, revisó el panel de seguridad del vestíbulo y fue a acostarse y a mirar el techo.

Las gemelas estaban decepcionadas; Aaron les había dicho a Beck y Reah que el tío Saul llegaría el sábado. Saul no venía de Nueva York más de tres o cuatro veces al año, pero a las gemelas de cuatro años les encantaba verlo. Aaron lo comprendía; recordaba que también él esperaba con ansiedad las visitas de Saul cuando era un niño en Tel Aviv. Cada familia debería tener un tío que no se ocupara de los niños pero que prestara atención cuando dijeran alguna cosa importante, que siempre trajera el regalo adecuado -no necesariamente grande, pero que reflejara los auténticos y profundos intereses del niño- y que contara chistes y cuentos con ese tono seco y tranquilo que era mucho más divertido que la simpatía forzada de tantos adultos. No era propio de Saul perder una oportunidad como ésa.

Levi sugirió que Saul podía estar implicado en el atentado de ese sábado contra la oficina del senador Kellog. La relación con Nieman Trask era demasiado obvia para dejarla a un lado, pero Aaron sabía que su tío nunca participaría en la colocación de una bomba. Saul había tenido su oportunidad en los años cuarenta cuando todo el mundo, desde el padre de Aaron a Menachem Begin, estaba implicado en el tipo de actividades de la Haganah que aquellos mismos ex guerrilleros ahora condenaban como terrorismo. Aaron sabía que Saul había estado en el frente en tres guerras, pero siempre como enfermero, no como combatiente. Recordaba haberse dormido en el apartamento de Tel Aviv y durante muchas noches de verano en la granja oyendo las voces de su padre y del tío Saul discutiendo sobre la moralidad de las bombas, y a Saul señalando que los ataques de represalia con A-4 Skyhawks acababan con tantos bebés como los guerrilleros de la OLP con sus kalashnikovs.

Cuatro días de investigaciones acerca de la explosión del edificio del Senado no llevaron a Levi y a Aaron más cerca de la verdad. Las fuentes habituales de Levi en el Departamento de

justicia y en el FBI o no sabían nada o preferían no hablar del caso. Las llamadas de Aaron a Nueva York no habían proporcionado ninguna pista de Saul.

«Se encuentra bien -pensó Aaron, y añadió con la voz del tío Saul-: No juegues a lo James Bond, Moddy.»

Aaron estaba casi dormido, tejiendo un sueño con las imágenes de las gemelas jugando cerca del árbol de Navidad de los Wentworth, cuando oyó un ruido en el vestíbulo.

Se despertó inmediatamente. Apartó las mantas, se puso las gafas que estaban sobre la mesilla de noche y cogió la Beretta 22 del cajón.

-¿Qué...? -preguntó Deborah, soñolienta.

-Calla -susurró él.

No debía haber manera de que alguien entrara en la casa sin que sonara la alarma. En años anteriores, la embajada había usado la casa de Alejandría como casa de seguridad. Estaba en un callejón sin salida tranquilo, lejos de la carretera. El patio estaba iluminado, las puertas y paredes entrelazadas con sensores electrónicos que conectaban alarmas en los paneles de seguridad del dormitorio y del vestíbulo. La casa estaba protegida por puertas reforzadas de acero y por un sistema de cerraduras que haría desistir al ladrón más cualificado; había sensores en las puertas y ventanas también conectados al sistema de seguridad. Deborah se irritaba con las numerosas falsas alarmas desencadenadas por accidentes y había desconectado parte del sistema cuando fueron a vivir allí. Había sido una de las pocas veces desde su boda que Aaron le había gritado. Ahora Deborah aceptaba el sistema de seguridad como un precio que tenían que pagar por vivir tan lejos, en los suburbios. Aaron odiaba vivir tan lejos del trabajo, tan lejos de los demás funcionarios de la embajada, pero aceptó la situación porque a las gemelas les gustaba el lugar y la situación hacía a Deborah feliz. No consideraba posible que un extraño pudiera atravesar los dos niveles del sistema de seguridad sin disparar la alarma.

Hubo otro ruido en el vestíbulo, procedente de la escalera trasera y de la habitación de las gemelas. Aaron creyó oír un murmullo.

Hizo señas a Deborah para que se pusiera de pie al otro lado de la cama. Ella lo hizo, ocultando así el teléfono Princess. Aaron dio tres pasos hacia la puerta abierta de la habitación. Respiraba profundamente, se ajustó las gafas con la mano izquierda, levantó la Beretta con la mano derecha, metió la primera bala en la recámara y se dirigió al vestíbulo.

Había allí tres hombres, quizá más, a no más de cinco metros. Llevaban trajes de faena gruesos, guantes y pasamontañas. Los dos que estaban adelante apuntaban pistolas de cañón largo contra la cabeza de Rebecca y Reah; los ojos de las gemelas aparecían muy abiertos por encima de las manos que les tapaban la boca, sus piernas pálidas se balanceaban delante de las chaquetas oscuras.

Sin pensar, Aaron se puso en la posición de disparar, con las piernas flexionadas, con ambas manos en la pistola, como le habían enseñado. Podía oír la voz de Eliahu, y recordaba perfectamente las palabras tranquilas pero severas de su viejo instructor: «Si ellos no están preparados, dispara. Si están preparados, dispara. Si tienen rehenes, dispara. Si hay más de un blanco, dispara. Dos tiros a cada uno, dos. No pienses, dispara.»

Pero allí no había unos rehenes cualesquiera, sino que estaban sus hijas, Rebecca y Reah. Aaron pudo ver el dibujo del ratón Mickey en sus pijamas. Apuntó al primer pasamontañas. En el campo de tiro, incluso con mala luz, hubiera apostado lo que fuera a que habría podido clavar dos tiros en cualquier blanco del tamaño de la cabeza de un hombre, volverse con los brazos aún extendidos, girando todo el cuerpo, y acertar con dos balas más en un segundo blanco. A cinco metros, Aaron podía descargar sus diez balas en un círculo del tamaño de un puño.

Pero allí estaban sus hijas.

-Deje caer el arma. -La voz monótona del hombre estaba ahogada por el pasamontañas. Su revólver, un 38 de cañón largo con el tubo negro del silenciador, ni siquiera apuntaba exactamente a la cabeza de Becky. Aaron estaba seguro de que podría abatir a los dos hombres antes de que lograran disparar. Sintió las plantas de sus pies desnudos contra el suelo de madera. Habían pasado dos segundos desde que había entrado en el vestíbulo. «Nunca entregues tu arma -les había enseñado Eliahu aquel verano caluroso en Tel Aviv-. Nunca. Dispara siempre a

matar. Vale más que tú o el rehén seáis heridos o muráis y que el enemigo caiga muerto que entregar el arma.»

-Déjela caer.

Aun en cuclillas, Aaron puso la Beretta en el suelo y levantó las manos.

-Por favor. Por favor, no hagan daño a mis hijas.

Eran ocho. Le sujetaron las manos a la espalda con esparadrapo, arrancaron a Deborah de detrás de la cama y los llevaron a los cuatro abajo, a la sala de estar.

Dos de los enmascarados fueron a la cocina.

-Moddy, la línea estaba cortada -murmuró Deborah antes de que el hombre que la arrastraba pusiera esparadrapo sobre su boca.

Aaron meneó la cabeza. No sabía qué decir.

El jefe hizo sentar a Aaron en el taburete del piano. Deborah y las niñas estaban en el suelo, de espaldas a la pared. No habían puesto esparadrapo en las muñecas de las niñas ni en sus bocas y ambas sollozaban y abrazaban a su madre. Dos hombres con chaqueta de faena, pantalones vaqueros y pasamontañas estaban en cuclillas a ambos lados. A una seña del jefe, los seis se quitaron las máscaras.

«Oh, Dios, van a matarnos», pensó Aaron. En ese segundo habría dado todo lo que alguna vez poseyó o esperaba poseer para retroceder en el tiempo tres minutos. Habría disparado dos veces, se habría girado, habría disparado dos veces, se habría girado...

Los seis hombres visibles eran blancos, de piel bronceada, atléticos. No parecían agentes palestinos o terroristas de la Bader-Meinhof. Eran los hombres con los que Aaron se cruzaba cada día en las calles de Washington. El que estaba delante de él se inclinó de manera que sus caras quedaron separadas sólo por unos pocos centímetros. Los ojos del hombre eran azules; sus dientes, perfectos. Tenía un ligero acento del medio oeste americano.

-Queremos hablar con usted, Aaron.

Aaron asintió con la cabeza. Sus manos estaban tan apretadas que la sangre no circulaba. Si se inclinara hacia atrás en el taburete podría dar un buen puntapié al hombre apuesto que se inclinaba sobre él. Los otros cinco estaban armados y demasiado lejos para que pudiera llegar a ellos en cualesquiera circunstancias. Aaron notó un gusto de bilis y deseó que su corazón dejara de latir tan aceleradamente.

-¿Dónde están las fotos? -preguntó el hombre apuesto que estaba cerca de él.

-¿Qué fotos?

Aaron no podía creer que su voz funcionara, y mucho menos que saliera tan firme y pausada.

-Vamos, Moddy, no juegue con nosotros -dijo el hombre, e hizo una seña a un hombre delgado situado cerca de la pared. Sin mudar de expresión, el hombre abofeteó a Becky.

La niña rompió a llorar. Deborah luchó para liberarse e intentó gritar. Aaron se levantó del taburete.

-¡Hijo de puta! -gritó en hebreo. El hombre apuesto le dio un puntapié a Aaron, que aterrizó sobre el hombro derecho, la nariz y la mejilla contra el suelo encerado. Ahora ambas niñas lloraban. Aaron oyó cómo arrancaban cinta del rollo y cortaban los gritos. El hombre delgado avanzó, levantó a Aaron, y lo volvió a sentar en el taburete del piano.

-¿Están en la casa? -preguntó en voz baja el hombre apuesto.

-No -respondió Aaron. Le corría sangre de la nariz hacia su labio superior. Inclinó la cabeza hacia atrás y pudo sentir la magulladura de la mejilla. Tenía el brazo derecho entumecido-. Están en la caja de la embajada -dijo y lamió la sangre del labio.

El hombre apuesto asintió con la cabeza y sonrió ligeramente.

-¿Quién más las ha visto, además de su tío Saul?

-Levi Cole -respondió Aaron.

-Jefe de comunicaciones -dijo el hombre suavemente, en tono alentador.

-Interino -matizó Aaron. Quizá, después de todo, hubiese una posibilidad. Su corazón empezó a latir de nuevo aceleradamente, Uri David está de vacaciones.

-¿Quién más las ha visto?

-Nadie -consiguió decir Aaron.

El hombre apuesto meneó la cabeza como si estuviera decepcionado. Hizo una seña a un tercer hombre. Deborah gritó cuando la pesada bota cayó sobre su cuerpo.

-¡Nadie! -gritó Aaron-. ¡Lo juro! Levi no quería hablar con Jack Cohen hasta que tuviéramos más información. Lo juro. Puedo conseguirles las fotos. Levi tiene los negativos en la caja. Puede tener todos los...

-¡Cállese, cállese! -vociferó el hombre apuesto. Se giró cuando

los dos hombres volvieron de la cocina. Ambos asintieron con la cabeza. El hombre que estaba cerca de Aaron dijo: -Arriba.

Cuatro hombres subieron.

De repente, Aaron notó olor a gas. «Han abierto el gas -pensó-. Han abierto la espita. Oh, Dios mío, ¿para qué?»

Los otros tres pusieron esparadrapo en los brazos y piernas de las niñas, en las piernas de Deborah. Aaron intentaba desesperadamente pensar en algo con lo que pudiera negociar.

-Puedo llevarlo allí ahora -dijo-. Está casi vacía. Alguien puede venir conmigo. Retiraré las fotos..., todos los documentos que quieran. Dígame lo que quieren e iré con ustedes y juro...

-¡Cállese! -dijo el hombre-. ¿Hany Adam las ha visto?

-No -dijo Aaron con voz entrecortada. Estaban poniendo a Deb y a las gemelas en el suelo, con cuidado para que sus cabezas no golpearan contra la madera. Deborah estaba muy pálida, con los ojos en blanco. Aaron se preguntó si se habría desmayado.

-¿Barbara Green?

-No.

-¿Moshe Herzog?

La letanía continuó por todos los niveles de la embajada hasta los colaboradores directos del embajador. Era, lo comprendió Aaron desde el principio, un juego..., una manera inofensiva de matar el tiempo mientras el registro continuaba arriba y en el estudio. Aaron aceptaría cualquier juego, revelaría cualquier secreto, si eso significara algunos minutos más sin sufrimiento para Deborah y las gemelas. Una de las niñas gimió e intentó darse la vuelta. El hombre delgado le dio una patadita en su pequeño hombro.

Los cuatro que habían estado registrando la casa volvieron. El más alto meneó la cabeza.

El hombre apuesto suspiró y dijo:

-Muy bien, vamos a eso.

Uno de los hombres que había estado arriba traía una sábana blanca de la cama de una de las gemelas. La sujetó con esparadrapo en la pared. Pusieron a Deborah y a las niñas enfrente.

-Despiértala.

El hombre delgado sacó un frasco de sales aromáticas de su bolsillo y lo puso bajo la nariz de Deborah. Ella volvió en sí con un movimiento de cabeza. Dos hombres cogieron a Aaron por el pelo y los hombros y lo arrastraron hacia la pared, lo pusieron de rodillas.

El hombre delgado retrocedió, abrió una pequeña cámara Polaroid y tomó tres fotos. Esperó a que se revelaran y se las mostró al hombre apuesto. Otro hombre acercó una pequeña grabadora Sony a la cara de Aaron.

-Por favor, lea esto -dijo el hombre apuesto, desplegando una hoja mecanografiada. La mantuvo a unos veinte centímetros de los ojos de Aaron.

-No -se negó Aaron, y se preparó para recibir un golpe. Si pudiera cambiar los acontecimientos..., ganar tiempo de cualquier manera.

El hombre apuesto meneó la cabeza pensativamente y se volvió.

-Mata a una de las niñas -ordenó en voz baja a uno de sus secuaces-. A cualquiera.

-¡No, espere, por favor! ¡Lo haré! -Aaron gritaba. El hombre delgado había colocado el silenciador contra la sien de Rebecca y había levantado el martillo del 38. No se inmutó por los gritos de Aaron.

-Un segundo sólo, por favor, Donald -dijo el hombre apuesto. Puso de nuevo el papel ante los ojos de Aaron y accionó la grabadora.

-Tío Saul, Deb y las niñas están bien pero, por favor, haga lo que ellos dicen... -empezó Aaron. Leyó los pocos parágrafos. Tardó menos de un minuto.

-Muy bien, Aaron -dijo el hombre apuesto. Dos hombres cogieron de nuevo a Aaron por el pelo y le obligaron a inclinar la cabeza hacia atrás. Aaron jadeó e hizo un esfuerzo para ver por el rabillo del ojo.

Quitaron la sábana y se la llevaron. Uno de los hombres extrajo un rollo de plástico negro de su bolsillo y lo desenrolló en el suelo delante de Deborah. No tenía más que un metro por un metro veinte y olía a cortina barata de ducha.

-Traedle aquí -ordenó el hombre apuesto, y Aaron fue arrastrado de nuevo hasta el taburete del piano. En el segundo en que soltaron su pelo, Aaron trató de atacarles: sus piernas se dispararon como un resorte, su cabeza golpeó al hombre apuesto en la barbilla, se giró golpeó a otro en el vientre, se soltó de las seis manos que le cogían, dio un puntapié en la entrepierna de alguien, falló y después cayó con un hombre debajo de él y dos encima, que le golpearon de nuevo su mejilla derecha, con fuerza, pero le daba igual...

-Empecemos de nuevo -dijo el hombre apuesto sin perder la calma. Se palpaba el corte en la barbilla y abría la boca, probando los músculos de la mandíbula. La mayor parte de la magulladura era seguramente bajo la barbilla.

-¿Quiénes son ustedes? -dijo Aaron con voz entrecortada mientras le ponían de pie y le hacían sentarse en el taburete.

Alguien le ató los tobillos con esparadrapo. Nadie le contestó. El hombre delgado obligó a Deborah a inclinarse hasta que quedó de rodillas en el plástico negro. Dos hombres tenían en las manos trozos de hilo fino de unos quince centímetros, con una punta afilada y un mango de plástico en la otra. La sala olía a gas. El olor hizo que Aaron tuviera ganas de vomitar.

-¿Qué van a hacer? -La garganta de Aaron estaba tan seca que sus palabras eran poco más que chasquidos. Incluso cuando el hombre apuesto respondió, sentía que su cerebro patinaba como un coche en el hielo, se sintió ajeno a lo que sucedía como si despreciara todo aquello, no aceptando lo que pasaría seguidamente pero sabiendo lo que pasaría, sintiendo -en su incapacidad total para cambiar un segundo del pasado o del futuro- la increíble, total, implacable ola de impotencia que cien generaciones de judíos habían sentido antes de él, la sintieron a la puerta del horno, la sintieron a la puerta de las duchas, la sintieron cuando veían cómo las llamas se alzaban en las viejas ciudades y cuando escuchaban los gritos de los goyim elevándose con ferocidad en las proximidades. El tío Saul lo sabía, pensó Aaron cerrando los ojos, y forzaba su mente para no comprender las palabras.

-Habrá una explosión de gas -dijo el hombre apuesto. Tenía una voz paciente, una voz de profesor-. Un incendio. Los cuerpos serán encontrados en las camas. Carbonizados. Un fiscal o un médico forense muy buenos podrían darse cuenta de que las personas habían muerto poco antes de que el fuego carbonizara los cuerpos, pero eso

no se descubrirá. El hilo entra por el rabillo del ojo... directamente hasta el cerebro. Deja un agujero muy pequeño, hasta en un cuerpo que no haya sido quemado es casi imposible descubrirlo. -Habló a los otros-. Creo que el señor Eshkol será encontrado arriba, con una niña en cada brazo, casi consiguiendo escaparse de las llamas. La mujer primero. Después las gemelas.

Aaron se debatió, gritó, dio patadas. Manos y brazos lo mantuvieron en su lugar.

-¿Quiénes son ustedes? -gritó.

Asombrosamente, el hombre apuesto respondió.

-¿Quiénes somos? -dijo-. Nosotros no somos nadie.

Se apartó para que Aaron pudiera contemplar mejor lo que los otros hacían.

Aaron no protestó cuando finalmente se dirigieron a él con el hilo.

18

Melanie

Siguiendo hacia el Norte en el autobús, a través de los suburbios sin fin de Baltimore y la cloaca industrial de Washington, recordé una frase de los escritos de San Agustín: «El Diablo estableció sus ciudades en el Norte.»

Siempre he odiado las grandes ciudades del Norte: su tufo de locura inhumana, su polución, su tristeza, y la sensación de desesperación que parece revestir las calles mugrientas, y a sus habitantes, igualmente sucios. Siempre he pensado que el aspecto más visible de la traición de Nina fue el haber cambiado el Sur por los fríos desfiladeros de Nueva York. Yo no tenía intención de llegar tan lejos.

De súbito, una breve nevisca cortó la deprimente vista y presté atención al interior del autobús. La mujer del otro lado del pasillo me miró desde detrás de su libro, sonriendo furtivamente. Era la tercera sonrisa desde que habíamos dejado los suburbios de Washington. Meneé la cabeza y seguí con mi labor de punto. Ya sospechaba que la señora tímida del otro lado -una mujer de unos cincuenta años, pero que daba la impresión de ser una solterona decrépita de veinte años más- podría ser parte de la solución del problema.

De uno de mis problemas.

Estaba contenta de dejar Washington. En mi juventud esa ciudad soñolienta, con aire del Sur, me había agradado; incluso hasta la Segunda Guerra Mundial conservaba un aire de confusión relajada. Pero ahora aquella colmena de mármol me recordaba un mausoleo pretencioso lleno de insectos bulliciosos, ávidos de poder.

Miré la nieve que caía y durante un segundo no pude recordar en qué día y mes estábamos. Recordé primero el día: jueves. Había pasado las noches del martes y el miércoles en un motel horrible a varios kilómetros del centro de Washington. El miércoles hice que Vincent llevara el Buick a los alrededores del Capitolio, lo abandonara y volviera a pie al motel. El paseo duró tres horas, pero no se quejó. Tampoco en el futuro se quejaría.

Las compras que yo había hecho, dando un paseo ese miércoles por la mañana -algunos vestidos, una bata, ropa interior- eran muy deprimentes comparadas con las bellas cosas que había perdido en Atlanta. Aún tenía casi doce mil dólares en mi absurdo bolso de paja. Había, naturalmente, mucho más dinero a mi disposición en cajas y cuentas bancarias en Charleston, Minneapolis, Nueva Delhi y Toulon, pero no tenía intención de recuperar esos fondos por el momento. Si Nina conocía mi cuenta de Atlanta, también podía conocer las otras.

«Nina está muerta», pensé.

Pero su «aptitud» había sido la más fuerte de todos los nuestros. Había «usado» a uno de los peleles de Willi para destruir el avión mientras estaba hablando conmigo. Su «aptitud» era increíble, aterradora. Podía llegar hasta mí incluso desde la tumba, crecer en poder incluso mientras el cuerpo de Nina Drayton se podría en su ataúd. Mi corazón empezó a latir con fuerza y miré por encima del hombro las caras visibles en las filas en penumbra de asientos del autobús...

«Nina está muerta.»

Era un jueves, exactamente una semana antes de Navidad. Eso lo hacía 18 de diciembre. La reunión había sido el 12. Una eternidad separaba esas dos fechas. Durante las dos últimas décadas mi vida había sufrido pocos cambios exteriores, con la excepción de las necesarias satisfacciones que me había permitido. Ahora todo había cambiado.

-Perdón -dijo la mujer del otro lado del pasillo-, pero no puedo dejar de admirar lo que hace. ¿Será un jersey para un nieto?

Me volví y le concedí mi más resplandeciente sonrisa. Cuando yo era muy joven, antes de descubrir que había muchas cosas que una señorita no hacía, iba con mi padre a pescar. Los peces picaban en mi anzuelo antes que en ningún otro de toda la hilera de pescadores. Aquellos primeros tirones indecisos y los temblores del corcho me parecían lo más excitante. Era en ese momento, cuando el anzuelo aún no se había clavado del todo, cuando la pericia del pescador tenía que ponerse

en juego.

-Sí, sí -dije.

La idea de tener un nieto lloriqueante me daba verdadero asco pero hacía mucho que había descubierto las virtudes del punto como camuflaje psicológico ante la gente.

-¿Un nieto?

-Una nieta -respondí, y entré en la mente de la mujer. Fue como

entrar por una puerta abierta. No hubo resistencia. Fui tan cuidadosa

y sutil como me fue posible. Me deslicé por corredores y pasajes mentales, y atravesando más puertas abiertas, sin tener que forzarla en ningún momento, encontré el centro de placer de su cerebro. Me centré

en la imagen de acariciar un gato persa, a pesar de que los detesto, y la

acaricié, sintiendo la oleada de placer que corría por su interior y fuera de ella como un chorro inesperado de orina caliente.

-Oh -dijo, y se sonrojó, y después se sonrojó de nuevo sin saber por qué se sonrojaba-. Una nieta, ¡maravilloso!

Yo moderé la caricia, la modulé, la coordiné con las miradas tímidas que ella me echaba, la aumenté cuando ella oyó mi voz. Algunas personas nos sorprenden con esta fuerza naturalmente, cuando las encontramos. Con los jóvenes se llama enamorarse. Con los políticos, generar carisma. Cuando es manipulada por un gran orador que tiene un toque de «aptitud», tendemos a llamarla «histeria colectiva». Uno de los hechos mencionados a menudo, pero raramente observado, al que los contemporáneos y asociados de Adolf Hitler aluden, es que las personas se sentían bien en su presencia. Algunas semanas bajo el nivel condicionante que yo había iniciado en esta mujer crearían una dependencia mucho más fuerte que la causada por la heroína. Nos encanta estar enamorados porque es lo más parecido que podemos conseguir como humanos a esta propensión física.

Después de un par de minutos de conversación ociosa, la mujer solitaria, que parecía mucho más vieja de lo que en realidad era, como yo parecía más joven, dio unas palmaditas en el asiento vacío, a su lado, y dijo, sonrojándose de nuevo:

-Hay mucho espacio aquí. ¿Le gustaría sentarse para que pudiéramos continuar nuestra conversación sin tener que hablar tan alto?

-Me encantaría -dije yo, y metí la lana y las agujas en mi bolso de paja. Mi labor de punto había cumplido su objetivo.

Se llamaba Anne Bishop y volvía a su casa en Filadelfia después de una larga y poco satisfactoria visita a la familia de su hermana menor en Washington. Diez minutos de conversación me dijeron todo lo que me hacía falta saber. Incluso podía haber prescindido de las caricias mentales; la mujer se moría por hablar con alguien.

Anne venía de una familia bien considerada y acaudalada de Filadelfia. Sus principales ingresos provenían de un depósito hecho por su padre. Nunca se había casado. Durante treinta y dos años esta sombra desteñida de mujer se había ocupado de su hermano Paul, un parapléjico que se transformaba lentamente en cuadrapléjico a causa de una enfermedad nerviosa progresiva. El pasado mayo Paul había muerto y

Anne Bishop aún no se había adaptado a un mundo en el que ya no era responsable de su hermano. La visita a su hermana Elaine -su primer encuentro en ocho años- había sido muy triste, ya que Anne no podía soportar al palurdo marido de Elaine y a sus hijos mal educados, y la familia, naturalmente, estaba harta de las costumbres de una solterona como la tía Anne.

Yo conocía bien a la gente como Anne Bishop. Incluso me había disfrazado de este tipo de hembra vencida durante mi largo período de hibernación en vida. Ella era un satélite en busca de un mundo al rededor del cual pudiese girar. Cualquier mundo, mientras no exigiera el frío, solitario eclipse de la independencia. Los hermanos parapléjicos eran un regalo de Dios para estas mujeres; la devoción infinita y leal a un marido o a un hijo habría sido una alternativa, pero cuidar de un hermano enfermo ofrecía muchas más excusas para evitar los otros compromisos y marañas y detalles fastidiosos de la vida. En su infatigable servicio y desinterés, estas mujeres son invariablemente monstruos egoístas. En sus comentarios modestos, humildes

y amorosos sobre su querido difunto hermano, percibí el perverso fetiche del orinal y la silla de ruedas, la satisfacción inmoderada y enfermiza de negarse todo lo demás durante treinta años de un sacrificio de la juventud y la maternidad, para depender de las fétidas necesidades de un casi cadáver. Yo conocía bien a Anne Bishop: una profesional del suicidio en vida lento y masturbatorio. Esta idea me hizo sentir vergüenza de pertenecer al mismo sexo. A menudo, cuando me encuentro con estas pobres babosas, tengo la tentación de ayudarlas a meter las manos y los brazos por sus propias gargantas hasta que se ahoguen en su mismo vómito y acaben con todo.

-Sí, sí, lo comprendo -dije yo, y le di unas palmaditas en el brazo mientras ella lloriqueaba al contar sus desgracias-. Lo comprendo muy bien.

-Usted lo comprende -repitió Anne-. ¡Es tan difícil encontrar a alguien que pueda comprender el dolor de otra persona! Siento que tenemos mucho en común.

Asentí con la cabeza y miré a Anne Bishop. Cincuenta y dos años; y podría fácilmente pasar por una mujer de setenta. Vestía bien, pero era el tipo de alhelí encorvado que haría parecer una bata desaliñada cualquier vestido. Su pelo era castaño claro, con una parte central que ella peinaba de la misma manera desde hacía cuarenta y cinco años, Y cuyo flequillo colgaba sin gracia en su frente. Tenía ojeras: hechas para llorar.

Su boca era fina y remilgada; no tan firme como para ser considerada reprobadora, pero evidentemente poco dada a la risa. Sus arrugas corrían todas hacia abajo; el veredicto de la fuerza de la gravedad estaba profundamente grabado en ella. Su mente tenía la superficialidad frívola de una ardilla.

Era perfecta.

Le conté el cuento de Beatrice Straughn, ya que aún usaba a ese personaje: mi marido había sido banquero, con cierto éxito, en Savannah. Su muerte ocho años antes había dejado una herencia que fue mal administrada por el hijo de mi hermana, Todd, que, al parecer, consiguió perder todo mi dinero y el suyo antes de que él y su horrible esposa se mataran el otoño pasado en un dramático accidente de coche, dejándome con los gastos del entierro, deudas que pagar y la responsabilidad de hacerme cargo de su hijo, Vincent. Mi propio hijo y su esposa embarazada estaban en Okinawa, enseñando en una misión. Ahora había vendido la casa de Savannah, había pagado las últimas deudas de Todd e iba hacia el Norte en busca de una nueva vida para mi sobrino nieto y para mí.

La historia era absurda, pero ayudé a Anne Bishop a creerla con unas sutiles caricias de placer recalcando cada revelación.

-Su sobrino es muy guapo -dijo Anne.

Yo sonreí y miré al otro lado del pasillo, donde Vincent estaba sentado. Vestía una camisa blanca barata, corbata oscura, cazadora azul, unos pantalones arrugados y unos zapatos negros que habíamos comprado en una tienda K-Mart en Washington. Le había cortado sólo un poco el pelo, ya que decidí por capricho dejárselo largo; ahora estaba lavado y recogido detrás en una cola. Miraba sin expresión la nieve y el paisaje. No había manera de cambiar su cara de hurón sin mentón ni de hacer desaparecer las pústulas del acné.

-Gracias -dije-. Tiene cierto parecido con su madre... Que en paz descanse.

-Está muy quieto -dijo Anne.

Asentí con la cabeza y permití que me vinieran lágrimas a los ojos.

-El accidente... -empecé, y tuve que parar antes de poder continuar-: El pobre perdió parte de la lengua en el accidente. Me dicen que nunca volverá a hablar.

-Querida, querida -cloqueó Anne-. No podemos entender la voluntad de Dios, sólo aceptarla.

Nos consolamos mutuamente mientras el autobús silbaba al pasar por un tramo de autopista junto a los interminables suburbios de Filadelfia.

Anne Bishop estaba encantada de que hubiésemos aceptado su invitación a pasar algunos días con ella. El centro de Filadelfia estaba muy concurrido y era ruidoso y sucio. Con Vincent llevando nuestro equipaje, fuimos a pie hasta una estación de ferrocarril subterránea y Anne compró billetes para la avenida Chelten. Durante el viaje en autobús me había hablado de su encantadora casa de Germantown. Aunque había dicho que la ciudad se había deteriorado en las

últimas décadas con la aparición de «elementos indeseables», yo continuaba imaginando Germantown como una barriada separada de la masa de ladrillo y hierro de Filadelfia. No lo era. La débil luz de la tarde, más allá de la ventanilla del vagón, iluminaba hileras de casas, fábricas de ladrillos en ruinas, desembarcaderos, calles estrechas llenas de cadáveres metálicos de coches abandonados, solares, y negros. Excepto por varios pasajeros del tren y el vislumbre de alguna cara blanca en los coches de la carretera paralela a los raíles, la ciudad parecía habitada sólo por negros. Yo seguía sentada, exhausta y desalentada, mirando por la mugrienta ventana del tren a los niños negros que corrían por los solares vacíos, a las pequeñas caras negras que salían de parques miserables, a los hombres negros que deambulaban con su aire triste y amenazador por calles frías, a las gruesas mujeres negras que empujaban carritos de la compra robados; visiones de caras negras a través de cristales oscuros...

Recosté la cabeza contra la fría ventanilla y resistí el impulso de llorar. Mi padre tenía razón, en aquellos últimos días luminosos que precedían a la Gran Guerra, cuando vaticinaba que el país se podriría en cuanto los negros empezaran a votar. Habían transformado una gran nación en las ruinas de su propia perezosa desesperanza.

Nina nunca me encontraría aquí. Mis movimientos durante los últimos días habían estado guiados por el azar. Si pasaba una o varias semanas con Anne -aunque eso significaba bajar a este pozo de gente de color desempleada-, eso añadiría otro elemento de azar a un modelo ya fortuito.

Nos apeamos en la estación urbana de la avenida Chelten. Los raíles entre paredes de hormigón, la ciudad arriba. De súbito, cansada, demasiado cansada para subir por la escalera hasta la calle, hice que nos sentáramos y descansáramos algunos minutos en un incómodo banco color bilis. Un tren zumbó al pasar cerca de nosotros, de regreso al centro de la ciudad.

Un grupo de adolescentes de color saltaba por las escaleras, gritando obscenidades y empujando a quienquiera que se interpusiera en su camino. Podía oír los ruidos de la calle a lo lejos.

El viento era terriblemente frío. Empezó a nevar y el área de espera fue cubriéndose de copos de nieve. Vincent no se inmutó ni se abrochó la cazadora.

-Vamos a coger un taxi -dijo Anne.

Asentí con la cabeza, pero no me puse de pie hasta que vi dos ratones del tamaño de pequeños gatos que habían salido de una grieta en el hormigón de los raíles y empezaban a hurgar en la basura y la cuneta seca que allí había.

El chófer era de color y parecía triste. Nos cobró más de lo debido
por el viaje de ocho manzanas. Germantown era una mezcla de piedra y
ladrillos y neón y carteleras. La avenida Chelten y la avenida German
town estaban repletas de coches, bordeadas de almacenes baratos, salpicadas de bares y pobladas por la basura humana habitual en cualquier
ciudad del Norte. Auténticos tranvías corrían a lo largo de la avenida
Germantown y se deslizaban entre los bancos y los bares. Las tiendas
de baratijas eran magníficas y las antiguas casas de piedra o de ladrillos
del siglo pasado. Había un pequeño parque con una valla verde de hierro y varias estatuas. Dos siglos antes debía de haber sido un pequeño
caserío con magníficas casas y distinguidos granjeros o comerciantes,
que preferían vivir a unos diez kilómetros de Filadelfia. Cien años antes
había sido una pequeña y tranquila ciudad a pocos minutos de Filadelfia en tren; aún un lugar lleno de encanto con espléndidas casas al final
de calles frondosas y una que otra posada a lo largo de la carretera. Hoy
Filadelfia había engullido Germantown como una enorme carpa devoradora engulliría a un pez muchísimo más bello pero más pequeño, dejando sólo las espinas perfectamente blancas de su pasado mezclándose con la basura en los terribles jugos digestivos del progreso.

Anne estaba tan orgullosa de su pequeña casa que no paraba de sonrojarse mientras nos la mostraba. Parecía fuera de lugar: una casa agradable, blanca -podía haber sido en el pasado una

casa campesina- a pocos metros de la avenida Germantown, en una calle estrecha llamada Queen Lane. Tenía una cerca alta de madera llena de inscripciones, a pesar de los esfuerzos obvios por mantenerla limpia, un patio del tamaño de un sello postal, más pequeño que el patio de mi casa de Charleston; un porche minúsculo; dos ventanas de buhardilla que delataban un segundo piso, y un melocotonero que, aparentemente, no volvería a florecer. La casa se encontraba entre una lavandería que parecía hacer publicidad de las moscas muertas del escaparate y un edificio de apartamentos de tres pisos que daba la impresión de haber sido abandonado hacía muchos años, pero en el que aparecían de tanto en tanto caras negras que espiaban desde las ventanas. Al otro lado de la calle había una serie de pequeños almacenes, ruinosos edificios de ladrillo transformados en dúplex y el inicio de las omnipresentes hileras de casas, un poco más lejos.

-No es mucho, pero es mi casa -dijo Anne, esperando que yo contradijera la primera parte de su aclaración. Lo hice.

El gran dormitorio de Anne y un cuarto de huéspedes más pequeño estaban en el segundo piso. Una pequeña habitación próxima a la cocina había sido de su hermano y aún olía a medicamentos y puros, Naturalmente, Anne pensaba ofrecernos la habitación próxima a la cocina a Vincent y el cuarto de huéspedes a mí. Con mi poder, la ayudé a ofrecernos las dos habitaciones del segundo piso, mientras ella se quedaba con la de abajo. Examiné el resto de la casa mientras ella trasladaba abajo su ropa y objetos personales.

Había un pequeño comedor excesivamente solemne para su tamaño, una pequeña sala de estar con demasiados muebles y demasiados grabados en la pared, una cocina tan cursi y desagradable como la misma Anne, la habitación del hermano, un cuarto de baño y un pequeño porche trasero que daba a un patio interior no mucho más grande que el delantero.

Abrí la puerta trasera para dejar entrar un poco de aire en la casa mal ventilada y un gordo gato gris pasó por entre mis piernas.

-Oh, es Bombón -dijo Anne mientras llevaba un montón de ropa a la pequeña habitación-. Es mi pequeño. La señora Pagnelli ha cuidado de él, pero él sabía que mamá volvería a casa. ¿No es así? -Se dirigía al gato.

Yo sonreí mientras retrocedía. Se supone que las mujeres de mi edad adoran a los gatos, llenan de ellos sus casas a la menor oportunidad y, generalmente, se comportan como idiotas alrededor de esos animalejos arrogantes y falsos. Cuando era una niña -no tenía más de seis o siete años-, mi tía traía a casa a su gordo siamés cada verano que nos visitaba. Yo siempre tenía miedo de que el animal se pusiera encima de mi cara por la noche y me ahogara. Recuerdo que una tarde, cuando los mayores estaban tomando limonada en el patio, metí a ese gato en un saco de arpillera, lo ahogué en una cuba de agua detrás de la cochera del vecino y dejé el cadáver detrás de un granero donde se reunía a veces un grupo de perros. Cuando el condicionamiento de Anne se completara, no me sorprendería nada que su Bonbón sufriera un accidente semejante.

Para alguien que tenga la «aptitud» es relativamente fácil «usar» a cualquier persona, pero es mucho más difícil condicionarla. Cuando Nina, Willi y yo empezamos el juego en Viena, hace casi medio síglo nos divertíamos «usando» a otros, normalmente extranjeros, y no nos preocupábamos mucho de la necesidad que había siempre de desechar esos instrumentos humanos. Después, cuando nos hicimos más viejos y más hábiles en la utilización de la «aptitud», todos sentimos la necesidad de un compañero -en parte criado, en parte guardaespaldas que estuviera tan adaptado a nuestras necesidades que «usarlo» casi no exigiera esfuerzo. Antes de encontrar al señor Thorne en Suiza, hace unos veinticinco años, viajé con madame Tremont y, antes de ella, con un joven al que había dado el nombre -en un arrebato de sentimentalismo juvenil y superficial- de Charles, como mi difunto novio. Nina y Willi tuvieron también su larga sucesión de peleles, que culminó en la desastrosa presencia de los dos últimos compañeros de Willi y de la odiosa señorita Kramer de Nina. Ese condicionamiento tarda algún tiempo, aunque sólo los primeros días son críticos. El truco consiste en dejar por lo menos un núcleo vacío en la personalidad, sin dar ninguna posibilidad de acción independiente. Y aunque la acción no debe ser independiente, tiene que ser autónoma en el sentido de que deberes simples y rutinas diarios puedan ser iniciados y realizados sin necesidad de «uso» directo. Si

tenemos que viajar con esos ayudantes condicionados, es necesario que, por lo menos, quede un simulacro de la persona original.

Los beneficios de este condicionamiento son evidentes. Si es difícil -casi imposible, aunque Nina parece haberlo logrado- «usar» dos personas al mismo tiempo, en cambio, es relativamente sencillo dirigir las acciones de dos peleles condicionados. Willi nunca viajaba con menos de dos de sus «amiguitos» y, antes de su etapa feminista, Nina viajaba con cinco o seis hermosos y jóvenes cuerpos.

El condicionamiento de Anne Bishop no ofreció ninguna dificultad, pues su yo ansiaba ser subyugado. En los tres días que estuve en su casa, logré dominarla por completo. Vincent era un caso muy diferente. Mientras que mis «enseñanzas» originales habían destruido toda la voluntad de orden elevado, su subconsciente continuaba siendo una maraña desenfrenada, y en gran parte libre, de odios, miedos, prejuicios, deseos y turbios impulsos. Yo no quería quitárselos, pues eran fuentes de una energía que podría utilizar más tarde. Durante esos tres días del fin de semana anterior a la Navidad de 1980, estuve descansando en casa de Anne y exploré la jungla emocional de la mente baja Y Oscura de Vincent, dejando en ella senderos e influencias de utilización futura.

Domingo, 21 de diciembre: estaba tomando el desayuno que Anne me había preparado, más tarde que de costumbre, y le estaba haciendo preguntas sobre sus amigos, su renta y su vida. Resulta que no tenía amigos y llevaba una vida muy austera. La señora Pagnelli, una vecina que vivía al final de la calle, venía a veces a visitarla y, en ocasiones, cuidaba de Bombón. Al mencionar al desaparecido felino los ojos de Anne se llenaron de lágrimas y pude sentir cómo sus pensamientos patinaban como un coche sobre hielo. Intensifiqué mi dominio mental y la conduje de nuevo a su nueva y principal pasión: agradarme.

Anne tenía más de setenta y tres mil dólares en el banco. Como muchas viejas que se acercan al aburrido final de una vida aburrida, había vivido durante años al borde de la pobreza mientras guardaba dinero, acciones y bonos como una ardilla obstinada en acumular bellotas que nunca podría comerse. Sugerí que podría convertir los valores en dinero la semana siguiente. Anne lo consideró una excelente idea.

Discutíamos sobre sus rentas cuando ella mencionó Grumblethorpe.

-La sociedad me paga un pequeño salario por vigilarlo, dirigir a veces unas visitas oficiales y pasarme por allí cuando está cerrado largos períodos de tiempo, como ahora.

-¿Qué sociedad?

-La Sociedad de Filadelfia para la Preservación de Marcas -dijo Anne.

-¿Y qué tipo de marca es Grumblethorpe? -pregunté.

-Me gustaría mostrártelo -aseguró Anne, ansiosa-. Está a menos de una manzana de aquí.

Ya estaba harta de la maldita casa, después de tres días de reposo y de trabajo mental de condicionamiento de ese par, así que asentí con la cabeza.

-Después del desayuno -dije-. Me apetece caminar.

Me es muy difícil, incluso ahora, expresar el insólito encanto de Grumblethorpe. Está situado precisamente en la deteriorada avenida Germantown. Los viejos edificios lindan con bares, tiendas de baratias, tiendas de platos preparados y varios almacenes populares. Los callejones que desembocan en esta parte de la avenida pronto se convierten en auténticos barrios bajos, hileras de casas y solares vacíos. Pero en el 5267 de la avenida Germantown, detrás de varias zonas de aparcamiento y de dos olmos cubiertos de hollín y de marcas de cuchillos, a menos de tres metros del tráfico, de los tranvías y del desfile permanente de peatones de color, aparece la perfección de paredes de piedra, cerrada y cubierta de tablillas de Grumblethorpe.

Había dos puertas. Anne sacó un llavero y entramos por la puerta este. El interior estaba oscuro. Las ventanas estaban protegidas por pesadas cortinas y persianas echadas. La casa olía a antiguo: madera vid y cera de muebles. Olía como mi casa.

-Fue construida en 1744 por John Wister -explicó Anne, su vos subió de tono y asumió el de un guía turístico-. John Wister era un comerciante de Filadelfia que utilizaba la casa como residencia de verano. Más tarde se convirtió en el hogar de la familia durante todo el año.

Pasamos del pequeño vestíbulo al salón. Las anchas tablas del suelo estaban muy enceradas; la moldura del techo, elegantemente simple, era de estilo «Cinta de Boda», y había un único sillón de orejas cerca de la pequeña chimenea. Sobre una mesilla de época había una sola vela. No había lámparas eléctricas ni tomas de corriente.

-Durante la batalla de Germantown -dijo Ane-, el general británico James Agnew murió en esta habitación. Todavía son visibles las manchas de sangre.

Señaló el suelo.

Miré la decoloración pálida de la madera.

-No hay ningún letrero en el exterior -dije yo.

-Antes había un cartelito en la ventana -explicó Anne-. La casa estaba abierta al público las tardes de los martes y los jueves entre las dos y las cinco. La sociedad organizaba visitas privadas para aquellos que estuvieran interesados en la historia de la región. Ahora está cerrada y lo estará aún un mes más, hasta que tengamos fondos para terminar la restauración que se ha empezado en la cocina.

-¿Quién vive aquí ahora? -pregunté.

Anne rió como un ratón.

-Nadie -respondió-. No hay electricidad, ni calefacción, excepto las chimeneas, y no tiene lavabo. Yo visito la casa regularmente y

una vez cada seis u ocho semanas la señora Waverly, de la sociedad,

hace una visita de inspección.

Asentí con la cabeza.

-Hay una segunda puerta -señalé yo.

-Ah, sí -dijo Anne-. Ya conoce la costumbre; se utilizaba para los funerales.

-Enséñame el resto de la casa -ordené.

El comedor tenía una mesa rústica y sillas que recordaban la belleza sencilla del viejo estilo colonial. Había un increíble banco artesano que atesoraba toda la técnica de ebanistería. Anne señaló una silla hecha por Saloman Fussel, que fue el artífice de las sillas del Independence Hall.

La cocina daba al patio trasero y, a pesar de la helada tierra sin flores y de los vestigios de nieve, pude imaginarme el bello jardín que debía de florecer allí en verano. El suelo de la cocina era de piedra y la chimenea lo suficientemente grande como para que se pudiera entrar en ella sin tener que inclinarse. Había un conjunto de viejos utensilios Y herramientas dispares fijado a una pared -antiguas esquiladoras, una guadaña de casi dos metros, un azadón, un viejo rastrillo, tenazas de hierro, además de otras cosas por el estilo- y una gran piedra de amolar, en el suelo. Anne me mostró una parte de un rincón que había sido derruido; los cascotes estaban cubiertos por un plástico negro.

-Aquí había unas piedras poco firmes -aclaró Anne-. Durante las obras, en noviembre, los albañiles descubrieron una puerta de madera podrida bajo el suelo y un túnel en parte hundido.

-¿Un túnel secreto?

-Probablemente -dijo Anne-. Aún había indios por aquí cuando la casa fue construida.

-¿Y adónde lleva?

-Supusieron que el punto de salida debía de estar en el muro que hay cerca del garaje, aquí al lado -explicó Anne señalando los cristales llenos de nieve-. Pero la sociedad no tiene fondos suficientes para continuar las excavaciones hasta que llegue una subvención del Comité Histórico de Filadelfia, a finales de febrero.

-A Vincent le encantaría ver el túnel -dije.

-Oh -dudó Anne, pasándose una mano por la frente-, no sé si sería apropiado...

-Vincent quiere verlo -dije.

-Naturalmente -convino Anne.

Había una vela en el salón, pero tuve que mandar al chico por las cerillas a casa de Anne. Cuando le ordené que quitara el plástico y bajara por la pequeña escalera hacia el túnel, cerré los ojos para ver mejor con los suyos.

Barro, rocas, olor a humedad y a tumba. El pasaje había sido excavado unos tres metros y medio bajo el patio. Vigas nuevas apuntalaban el techo del túnel parcialmente restaurado. Cuando hice regresar a Vincent, abrí los ojos.

-¿Le gustaría ver el otro piso? -preguntó Anne. Asentí sin hablar ni hacer ningún gesto.

La habitación de los niños «me habló» en cuanto entré.

-Hay una leyenda que dice que esta habitación está encantada -dijo Anne-. Los perros de la señora Waverly nunca entran aquí.

Pensé que Anne había oído los murmullos, pero al examinar su mente no encontré consciencia de ellos, sólo el creciente deseo de agradarme.

Me adentré en la habitación. Las persianas de madera de la ventana que daba a la calle amortiguaban la luz. En la penumbra pude ver una cuna baja de metal, fea y desplazada, una jaula deslustrada para niño perverso. Había dos camitas y una silla infantil, pero lo que me llamó la atención fueron los juguetes, las muñecas y un maniquí de tamaño natural. Había una gran casa de muñecas en un rincón, que era también de otra época -debía de haber sido construida por lo menos un siglo después de la casa-, pero lo interesante es que se había -

derruido y derrumbado como una auténtica casa abandonada. Yo casi esperaba ver ratoncitos corriendo por las minúsculas salas. Cerca de la casa de muñecas, media docena de ellas estaban echadas en una cama baja. Una parecía del siglo dieciocho, otras parecían reales, cadáveres

enmohecidos de niños auténticos.

Pero era el maniquí el que dominaba la escena. Era del tamaño de un niño de siete u ocho años. Estaba vestido con una vieja reproducción del traje de un niño de la época de la Revolución; el tejido se había ido destiñendo a lo largo de los años, las costuras se habían deshecho y el olor a lana podrida llenaba la habitación. Manos y cuello y cara habían perdido su superficie rosada en muchos sitios, y mostraban la porcelana oscura. De la brillante cabellera de auténtico pelo humano sólo quedaban unos mechones desiguales, y el cuero cabelludo estaba muy rajado. Los ojos parecían absolutamente reales y comprendí que eran prótesis humanas. Sólo los ojos de cristal habían conservado su brillo y su calidad luminosa mientras el maniquí se descomponía: los ojos ansiosos de un niño en el cuerpo tieso de un cadáver.

Pensé que los murmullos emanaban del maniquí, pero cuando me acerqué, los vagos susurros disminuyeron. Eran las paredes las que hablaban. Mientras Anne y Vincent miraban pasivamente, me acerqué a las paredes de yeso y escuché. Los murmullos se oían por debajo del nivel en el que se pueden distinguir las palabras. Parecían provenir de más de una voz, y yo tenía la impresión de escuchar frases que iban dirigidas a mí y no la de estar espiando indiscretamente una conversación.

-¿Oye algo? -le pregunté a Anne.

Ella frunció el ceño, tratando de dar la respuesta que me agradara más.

-Sólo el tráfico -dijo finalmente-. Algunos chicos gritando en la calle.

Moví la cabeza y apliqué el oído otra vez a la pared. Los murmullos continuaban, ni apremiantes ni amenazadores. Pensé que podía percibir las sílabas de mi nombre en el fluir suave del sonido.

Yo no creo en fantasmas. No creo en lo sobrenatural. Pero a medida que me hago vieja, empiezo a creer que tal como las ondas de radio siguen viajando por el espacio mucho después de que sea desconectado el emisor, de la misma forma, las transmisiones de la fuerza de voluntad de algunos individuos continuarán siendo percibidas después de su desaparición. Nina me contó una vez que un arqueólogo había descubierto la voz de un alfarero, muerto hacía miles de años, grabada en las estrías de una olla; el hierro de la arcilla y las vibraciones de las huellas dactilares del alfarero actuaban como disco y aguja. No sé si era cierto, pero empecé a aceptar la idea. Las personas -especialmente nosotros, los pocos que tenemos la «aptitud»- podríamos imprimir nuestra fuerza de voluntad en objetos tal como lo hacemos en personas.

Pensé de nuevo en Nina y me aparté rápidamente de la pared. Los murmullos se apagaron.

-No -dije en voz alta-, esto no tiene nada que ver con Nina. Son voces amistosas.

Mis dos compañeros me miraron en silencio; Anne sin saber qué decir y Vincent incapaz de decir nada. Les sonreí y Anne me devolvió

la sonrisa.

-Vamos -dije-. Después de comer volveremos. Grumblethorpe me gusta mucho, Anne. Ha hecho bien en traerme aquí. Anne Bishop rebosaba satisfacción.

El lunes por la mañana Anne y Vincent llevaron una cama plegable y un colchón nuevo a Grumblethorpe, compraron velas y tres radiadores de queroseno, llenaron a medias las repisas de la cocina con latas de conservas y otros víveres, instalaron un hornillo en la enorme mesa de la cocina y limpiaron las habitaciones. Yo puse la cama en la habitación de los niños. Anne trajo sábanas limpias, mantas y su edredón Amish favorito. Vincent colocó nuevas palas y cubos contra una de las paredes de la cocina. Yo no podía hacer nada con respecto a la falta de instalaciones sanitarias, y por otro lado aún pensaba pasar la mayor parte del tiempo en casa de Anne. Trataba simplemente de que Grumblethorpe fuera más confortable en mis inevitables visitas futuras.

El lunes por la tarde Anne retiró todo su dinero del banco -casi cuarenta y dos mil dólares- y empezó a liquidar las acciones, bonos y títulos. En algunos casos tuvo que pagar una penalización, pero no nos importaba. Guardé el dinero en mi equipaje.

A las cuatro de la tarde -en un crepúsculo de invierno-, Grumblethorpe resplandecía con docenas de velas en todas las habitaciones. El salón, la cocina y el cuarto de los niños estaban caldeados por los radiadores de queroseno, y Vincent había trabajado tres horas en el túnel, llevando la tierra a un rincón apartado del patio trasero, bajo un enorme árbol. Era un trabajo sucio, difícil y posiblemente peligroso pero era beneficioso para Vincent hacerlo. Parte de su furia reprimida se liberaba en ese trabajo. Yo sabía que Vincent era muy fuerte -mucho más fuerte de lo que su cuerpo magro y su aire abatido podían sugerir-, pero ahora podía comprobar el auténtico despliegue de su fuerza y de su energía casi demoníaca. Casi dobló la longitud del túnel en esa primera tarde de trabajo.

No dormí en Grumblethorpe esa primera noche, pero, mientras apagaban las velas y desconectaban los radiadores al marcharnos, entré sola en la habitación de los niños y permanecí a allí un rato con una vela cuya llama se reflejaba en los ojos de botón de las muñecas de trapo y en los ojos de cristal del muñeco de tamaño natural.

Los murmullos eran ahora más altos. Yo podía sentir su gratitud en el tono, pero no en las palabras. Me deseaban suerte y me pedían que volviera.

El martes, el día antes de Nochebuena, Vincent sacó media tonelada de tierra. Después de limpiar más de tres metros y medio del pasadizo descubrimos que el resto del túnel estaba intacto, exceptuando pequeños montones de piedras sueltas y tierra que habían caído durante los últimos dos siglos. El miércoles por la mañana, Vincent despejó la mayor parte de la salida precisamente cerca del callejón que lindaba con los patios y la parte trasera de las casas del bloque situado inmediatamente detrás de nosotros. Puso unas tablas para cubrir la salida y volvió a Grumblethorpe. Vincent tenía un aspecto horrible, sucio, las ropas viejas que se había puesto para el trabajo estaban rasgadas y llenas de barro, su pelo largo suelto caía en mechones pringosos sobre una cara manchada y unos ojos desorbitados. Ese día yo tenía en Grumblethorpe sólo un gran termo de agua; le ordené a Vincent que se desnudara para lavarse y que se sentara cerca del radiador de la cocina mientras yo iba a casa de Anne para meter sus ropas en la lavadora.

Anne había trabajado toda la tarde preparando una cena especial de Nochebuena. Las calles estaban oscuras y casi vacías. Empezaba a nevar.

Así, pues, me vi caminando sola, indefensa. Normalmente nunca caminaba ni una sola manzana en cualquier ciudad sin un acompañante bien acondicionado, pero el trabajo de acondicionamiento de Grumblethorpe y el extraño tono de aviso de los murmullos de la habitación de los niños me tenían preocupada e hicieron que me descuidara. Y también pensaba en la Navidad.

La Navidad siempre ha sido importante para mí. Recordaba el gran árbol de Navidad y la cena,. aún más grande, que tenía cuando era una niña. Mi padre trinchaba el pavo; mi tarea era distribuir pequeños regalos entre los criados. Recuerdo que hacía planes, semanas antes, sobre las palabras exactas de las breves frases de aprecio que dirigiría al personal, casi todos hombres y mujeres mayores de color. Yo los elogiaba a casi todos y censuraba amablemente a algunos por falta de diligencia omitiendo cuidadosamente frases importantes. Los regalos más bonitos y las palabras más calurosas eran siempre para la tía Harriet, la vieja de grandes pechos que me había amamantado y criado. Harriet había nacido esclava.

Era interesante observar cómo, años más tarde, en Viena, Nina, Willi y yo podíamos encontrar elementos comunes en nuestra infancia, como el de la bondad con los criados. Incluso en Viena, la Navidad era una época importante para nosotros. Recuerdo el invierno de 1928, las carreras de trineos por el Danubio y un gran banquete en el chalé alquilado de Willi, al sur de la ciudad. Sólo en los últimos años no he celebrado la Navidad como me hubiera gustado. Nina y yo habíamos discutido la secularización del espíritu navideño precisamente dos semanas antes, en nuestra última reunión. La gente ya no conoce el significado de la Navidad.

Eran ocho chicos, todos de color. No sé qué edad tendrían. Eran todos más altos que yo; tres o cuatro de ellos tenían bozo sobre sus grandes labios superiores. Cuando dieron la vuelta a la esquina de la calle Bringhurst hacia la avenida Germantown, directamente hacia mí parecían sólo ruido y codos y rodillas y obscenidades estridentes. Uno de ellos llevaba una gran radio que resonaba con estrépito inexpresivo.

Miré, asustada, aún distraída por mis reflexiones sobre la Navidad y los amigos ausentes. Me detuve, todavía sin pensar, esperando que acabaran de doblar la esquina y se alejaran de mi camino. Quizá fue algo en mi cara o en mi actitud orgullosa, distinta de la deferencia servil que los blancos suelen adoptar en los barrios negros de las ciudades del Norte, lo que hizo que uno de ellos se fijara en mí.

-¿Qué miras, vieja? -preguntó un chico alto con una gorra roja. Su cara tenía toda la densidad del desprecio producido en su raza por siglos de ignorancia tribal.

-Espero que ustedes, chicos, se aparten y dejen pasar a' una señora -dije en voz baja, con tacto. En circunstancias normales no habría dicho nada, pero había estado pensando en otras cosas y estaba algo confundida.

-¡Chicos! -vociferó el de la gorra roja-. ¿Qué cojones son los chicos? -Los otros me rodearon formando medio círculo. Yo miré por encima de sus cabezas.

-Eh, ¿quién cojones crees que eres? -preguntó un gordo.

Yo no dije nada.

-Vamos -dijo un chico más bajo pero de aspecto menos toso Tenía los ojos azules-. Vamos, tío.

Empezaron a apartarse, pero el negro de la gorra roja tenía que decir la última palabra.

-Vigila a quién le dices que se aparte de tu camino, tía -a

nazó e hizo como si fuera a tocarme con la punta del dedo en el pecho o el hombro.

Yo me eché hacia atrás rápidamente para evitar su mano. El tacón de mi zapato debió de meterse en una grieta de la acera y perdí el

equilibrio, agité los brazos y caí, sentándome pesadamente sobre una

superficie cubierta de nieve y excrementos de perro entre la acera y la calzada. La mayor parte de los negros estallaron en carcajadas.

El chico más bajo, de ojos azules, les hizo apartarse con un gesto de la mano y se acercó.

-¿Se encuentra bien, señora?

Extendió el brazo para ayudarme.

Yo miré e ignoré su mano. Un segundo después él se encogió de hombros y encabezó la marcha del grupo. Su música vil resonaba en las fachadas de los almacenes y las silenciosas tiendas.

Continué sentada allí hasta que los ocho estuvieron fuera de mi vista y después intenté levantarme, desistí y a gatas conseguí llegar hasta el parquímetro, en el que me apoyé para ponerme en pie. Permanecí allí algún tiempo, agarrada al parquímetro y temblando. De tanto en tanto pasaba un coche -quizás alguien que volvía apresuradamente a casa para celebrar la

Nochebuena- y sus neumáticos me salpicaban de fango. Dos negras jóvenes y gruesas pasaron junto a mí conversando con sus voces campesinas. Ni se detuvieron para ayudarme.

Aún temblaba cuando llegué a casa de Anne. Después comprendí que podría haber hecho que ella saliera a ayudarme, pero en ese momento no podía pensar con claridad. El viento frío había hecho que me cayeran algunas lágrimas y se helaran en mis mejillas.

Anne me preparó un baño caliente, me ayudó a quitarme el vestido empapado y preparó una muda de ropa mientras me bañaba.

Cené a las nueve de la noche -sola, mientras Anne estaba sentada en la habitación contigua- y, cuando acabé el postre, tarta de cerezas, sabía exactamente qué tenía que hacer.

Recogí mi bata y otras cosas necesarias. Ordené a Anne que fuera a buscar una cama plegable para ella, una muda de ropa para Vincent, más comida y bebida, y la pistola que yo le había quitado al taxista de Atlanta.

El paseo de vuelta a Grumblethorpe fue rápido y sin incidentes. Nevaba mucho. Pasé por el sitio donde me había caído.

Vincent estaba sentado donde lo había dejado. Se vistió y comió con voracidad. No me preocupaba de si Vincent se perdía algunas comidas, pero había estado quemando miles de calorías durante los últimos dos días de excavaciones y quería que recuperase sus energías. Comió como un animal. Sus manos, brazos, cara y cabellos estaban aún sucios, endurecidos y embadurnados de tierra roja, y su aspecto y el ruido que hacía al comer eran, realmente, los de un animal.

Después de comer Vincent empezó a trabajar con una piedra de amolar, afilando la guadaña y una de las palas que Anne había comprado en una ferretería de la avenida Chelten dos días antes.

Era casi medianoche cuando subí a acostarme en el cuarto de los niños. Cerré la puerta y me puse la bata. Los ojos de cristal, brillantes y polvorientos, del niño maniquí me observaban a la luz vacilante de la vela. Anne estaba sentada abajo, vigilando la puerta principal, contenta, sonriendo ligeramente, con la pistola del calibre 38 cargada en el regazo.

Vincent se metió en el túnel. El barro y la humedad le ensuciaron más la cara y el pelo, pues se arrastraba con la guadaña por el oscuro pasadizo. Cuando salió a la calle, cerré los ojos y vi claramente la nieve que caía en esa noche cerrada junto al garaje, mientras arrastraba las herramientas por la calle.

El aire era limpio y frío. Yo podía oír el corazón de Vincent latiendo con fuerza y seguridad, podía sentir la jungla de su mente encresparse y restallar como sacudida por un viento fuerte, mientras la adrenalina se apoderaba de su cuerpo. Sentí los músculos de mi propia boca moverse componiendo una respuesta simpática cuando comprendí que Vincent sonreía satisfecho, dejando escapar un gruñido animal.

Nos movimos rápidamente por el callejón, me detuve a la entrada de una calle pobre, con hileras de casas oscuras, y corrí por la acera principal, donde había sombras más profundas. Paramos un momento e hice que Vincent levantara la cabeza para mirar hacia donde los ocho chicos negros habían desaparecido. Podía sentir cómo se dilataba la nariz de Vincent olfateando en el aire nocturno el olor de los negros.

Ahora nevaba mucho. La noche estaba tranquila, excepto por el distante repiquetear de campanas de las iglesias anunciando el nacimiento de nuestro Salvador. Vincent bajó la cabeza, se echó la pala y la guadaña al hombro y penetró en la oscuridad de un callejón.

En Grumblethorpe, yo sonreía, volví mi cara hacia la pared del cuarto de los niños y tuve una vaga consciencia del torrente de murmullos a mi alrededor, como el sonido de un mar que me invadía con violencia.

19

Washington, D. C, sábado 20 de diciembre de 1980

-No sabes nada de la verdadera naturaleza de la violencia -le dijo aquella cosa que había sido antes Francis Harrington a Saul Laski.

Caminaban a lo largo del paseo, hacia el Capitolio. Los mustios rayos del sol de la tarde iluminaban los edificios de granito y las volutas del vapor de los tubos de escape de autobuses y coches.

Saul sintió temblores en los músculos del estómago y de los muslos, y sabía que no era sólo una reacción al frío. Una gran excitación le había sacudido cuando dejaron la National Art Gallery. «Después de todos estos años...»

-Te consideras un experto en violencia -reiteró Harrington en alemán, un idioma en el que Saul nunca le había oído hablar-, pero no sabes nada.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Saul en inglés. Metió las manos en los bolsillos del abrigo. Su cabeza se movía constantemente, mirando a un hombre que salía del edificio este de la National Art Gallery, echando un vistazo a una figura solitaria sentada en un banco de un jardín distante, intentando espiar por el parabrisas polarizado de una limusina que avanzaba lentamente. «¿Dónde estás, oberst?» La idea de que el coronel nazi podía estar cerca indujo una contracción de los músculos del diafragma de Saul.

-Tratas la violencia como una aberración -continuó Harrington en un alemán impecable-, cuando realmente es la norma. Es la verdadera esencia de la condición humana.

Saul se esforzó en prestar atención a la conversación. Tenía que hacer aparecer al oberst encontrar alguna manera de liberar a Francis del control del viejo, encontrar al mismo oberst.

-Eso es absurdo -dijo Saul-. Es una equivocación normal, pero forma parte de la esencia de la condición humana del mismo modo que una enfermedad. Estamos erradicando enfermedades como la polio y la viruela. Podemos erradicar la violencia del comportamiento humano.

Saul había asumido su tono profesional. «¿Dónde estás, oberst?»

Harrington rió. Era una risa espasmódica, llena de flema, como la de un viejo. Saul miró al joven que caminaba junto a él y tembló. Pasó por su mente la terrible idea de que la cara de Francis -pelo rojizo y corto, pecas y pómulos salientes- parecía una máscara de carne colocada sobre el cráneo de otro hombre. El cuerpo de Harrington, bajo su largo impermeable, parecía extrañamente pesado, como si el chico hubiera engordado mucho o se hubiera puesto varios jerseys encima.

-No puede erradicarse la violencia como no pueden erradicarse el amor, el odio o la risa -expuso la voz de Willi von Borchert por boca de Francis Harrington-. El amor a la violencia es un aspecto de nuestra naturaleza humana. Hasta los débiles desean ser fuertes, sobre todo para poder empuñar el látigo.

-Absurdo -dijo Saul.

-¿Absurdo? -inquirió Harrington.

Habían cruzado Madison Drive hacia el paseo de más abajo del lago del Capitolio. Harrington se sentó en un banco del jardín delante de la calle Tres. Saul también lo hizo, volviéndose para escrutar los rostros de la gente que pasaba. No había mucha. Nadie se parecía al

oberst.

-Mi querido judío -prosiguió Harrington-, piense en el caso de Israel.

-¿Qué? -Saul se volvió para mirar a Francis. No era el mismo hombre que había conocido-. ¿Qué quiere decir?

-Su querido país de adopción es famoso por su hábil reparto de violencia entre sus enemigos -aseguró Harrington-. Su filosofía es «ojo por ojo», su política es de castigo, su orgullo es la eficacia de su ejército y su fuerza aérea.

-Israel se defiende -dijo Saul.

La calidad surrealista de esta discusión lo confundía, lo mareaba Sobre ellos, la cúpula del Capitolio recibía los últimos rayos de sol. Harrington rió de nuevo.

-Ah, sí, mi fiel peón. La violencia en nombre de la defensa es siempre más aceptable. De ahí la Wehrmacht. -Subrayó wehr (de* fensa)-. Israel tiene enemigos, nicht wahr? Pero el Tercer Reich tazabién los tenía. Y el menor de esos enemigos no eran, ciertamente, esos miserables que se presentaron como «víctimas desvalidas» cuando, en realidad, trataban por todos los medios de destruir el Reich y que

ahora se presentan como héroes mientras utilizan, sin reparos, la violencia contra los palestinos.

Saul no respondió a esto. El antisemitismo del oberst era una provocación infantil.

-¿Qué quiere? -preguntó Saul en voz baja.

Harrington levantó las cejas.

-¿Qué mal hay en visitar a un viejo conocido para tener una conversación interesante? -preguntó él en inglés.

-¿Cómo me ha encontrado?

Harrington se encogió de hombros.

-Yo diría que tú me has encontrado a mí -dijo en una extraña queja gutural que no era la voz de Francis Harrington-. Imagina mi sorpresa cuando mi querido peón llegó a Charleston. Mi joven judío Errante está muy lejos de Chelmno.

Saul iba a preguntar «¿Cómo me reconoció?», pero se abstuvo. A aquellas horas, hacía casi cuarenta años, cuando ambos habían compartido el cuerpo de Saul, habían creado una repugnante intimidad más duradera que la que puede conseguirse con palabras. Saul sabía que reconocería inmediatamente al oberst -tenía que reconocerlo- a pesar de la erosión del tiempo. En cambio, inquirió:

-¿Me ha seguido desde Charleston?

Harrington sonrió.

-Me encantaría escuchar una de tus conferencias en Columbia. Quizá podríamos debatir la ética del Tercer Reich.

-Quizá -dijo Saul-. Y quizá podríamos debatir la relativa salud mental de un perro rabioso. Pero sólo hay una solución para esa enfermedad: matar al perro.

-Ah, sí -recalcó Harrington-. La solución final convenientemente remodelada. Vosotros, los judíos, nunca habéis sido una raza sutil.

Saul se estremeció. Detrás de la voz tranquila y del títere humano actuaba un hombre que había matado personalmente a muchos -quizá miles- seres humanos. Saul pensaba que la única razón por la que el oberst le había buscado y le había seguido desde Charleston, era matarle. El oberst Wilhelm von Borchert, alias William Borden, había hecho grandes esfuerzos para convencer al mundo de que estaba muerto. No había ninguna razón para darse a conocer a la que con toda probabilidad era la única persona en el mundo que conocía su identidad, si no fuera para emprender el juego final entre el gato y el ratón. Saul metió la mano en el bolsillo y la cerró sobre un rollo de monedas que tenía allí. Era la única arma que llevaba desde lo que sucedió en el Bosque de los Búhos, hacía treinta y seis años.

Si conseguía liquidar a Francis -algo mucho más difícil de lo que sugieren los telefilmes y las películas, Saul lo sabía-, ¿qué hacer después? Huir. Pero ¿qué podría impedirle al oberst entrar en su mente? Saul se estremeció cuando pensó en sentir de nuevo la violación de su mente. No tendría que ser víctima de un asalto, simplemente engrosaría las estadísticas, un profesor distraído que paseaba entre el tráfico de Washington después del anochecer...

No dejaría a Francis allí. Saul cerró el puño sobre las monedas, empezó a retirar la mano lentamente. No sabía si era posible recuperar a Francis -una mirada a la máscara de la cara frente a él le hizo pensar que no-, pero sabía que tenía que intentarlo. ¿Cómo se transporta un cuerpo inconsciente una manzana y media a lo largo del paseo, hasta un coche alquilado? Conociendo Washington, Saul sospechaba que ya se había hecho eso alguna vez. Decidió que dejaría al chico en el banco, iría rápidamente hasta la calle Tres, pararía en la curva y pondría el cuerpo del joven en el asiento trasero.

Saul no sabía qué podría hacer para no ser dominado por el oberst. Daba igual. Sacó como casualmente del bolsillo el puño con las monedas, ocultándolo a la vista del oberst con la posición de su cuerpo.

-Quiero que conozcas a una persona -dijo Harrington.

-¿Qué?

El corazón de Saul latía con tanta furia que apenas podía hablar. -Quiero que conozcas a una persona -repitió el oberst, haciendo

que Harrington se levantara-. Creo que te interesará conocerla.

Saul continuó sentado donde estaba. Su brazo temblaba por la tensión del puño cerrado.

-¿Vienes, judío?

Las palabras alemanas y el tono eran casi idénticos a los que el oberst había usado en los barracones de Chelmno treinta y ocho años antes.

-Sí -contestó Saul, y se levantó, metió las manos en los bolsillos del abrigo y siguió a Francis Harrington en la súbita oscuridad de ese anochecer de invierno.

Era el día más corto del año. Algunos turistas osados esperaban autobuses o corrían a sus coches. Bajaron la avenida de la Constitución, pasaron por delante del Capitolio y se detuvieron cerca de la salida del aparcamiento del edificio de oficinas del Senado. Algunos minutos después, las puertas automáticas se abrieron y salió una limusina. Harrington bajó por la rampa corriendo y Saul lo siguió y entró cuando las puertas empezaban a cerrarse.

Dos guardias los observaban. Uno de ellos, un hombre gordo, de cara rojiza, gritó:

-Cojones, no pueden entrar aquí. Media vuelta y fuera antes de que los detenga.

-Perdón -dijo Harrington, y su voz sonaba ahora como la voz de Francis Harrington-. El caso es que tenemos pases para hablar con el senador Kellog, pero la puerta que él nos indicó estaba cerrada y no contesta nadie...

-Puerta principal -dijo el guardia, aún agitando las manos. El otro guardia estaba junto a una cabina cerrada. Tenía la mano derecha en el revólver y observaba a Saul y a Harrington con mucha atención-. Pero de todas maneras, no se reciben visitantes después de las cinco. Ahora lárguense o les detengo. Fuera.

-Claro -dijo Harrington amablemente y sacó una pistola de cañón largo de la americana. Disparó y acertó en el ojo derecho del guardia gordo. El otro quedó paralizado. Saul había retrocedido al oír el tiro y ahora se daba cuenta de que la inmovilidad del guardia no era una reacción natural de miedo. El hombre trataba, visiblemente, de mover el brazo derecho, pero su mano apenas vibraba como si estuviera bloqueada. La frente y el labio superior del guardia, que tenía los ojos casi fuera de sus órbitas, se cubrieron de sudor.

-Demasiado tarde -dijo Harrington, y le disparó cuatro veces en el pecho y el cuello.

Saul oyó el pift-pift-pift-pift y comprendió que parte del cañón largo era un silenciador. Empezó a apartarse y se quedó helado cuando Harrington le apuntó con el arma.

-Tráelos aquí.

Saul obedeció, su aliento se empañaba con el aire frío mientras arrastraba al guardia gordo por la rampa de salida hasta la cabina.

Harrington sacó el cargador vacío e introdujo otro nuevo con un golpe de la mano. Se puso en cuclillas para poder recoger los cinco cartuchos.

-Vamos arriba -dijo.

-Tienen cámaras de vídeo -jadeó Saul.

-Sí, un circuito cerrado -dijo Harrington, hablando una vez más en alemán-. Sólo hay un teléfono en el sótano.

-Notarán la ausencia de los guardias -dijo Saul con voz más

firme.

-Naturalmente -admitió Harrington-. Sugiero que subas más deprisa.

Llegaron al primer piso y se encontraron en un vestíbulo. Un guardia de seguridad que leía un periódico les miró sorprendido.

-Lo siento, señor, pero esta zona está cerrada después... Harrington le disparó dos veces en el pecho y arrastró su cuerpo

hacia la escalera. Saul se hundió contra una puerta. Le flaqueaban las piernas y se preguntó si se estaba mareando. Pensó en huir, pensó en gritar, pero no hizo nada más que recostarse contra la puerta.

-El ascensor -indicó Harrington.

La tercera sala estaba vacía, aunque Saul oyó conversaciones y risas en una esquina. Harrington abrió la cuarta puerta a la derecha.

Una mujer joven iba a ponerle una funda a una máquina de escribir IBM.

-Lo siento -dijo-, ya pasa...

Harrington trazó un arco con la pistola y disparó un certero tiro en la sien izquierda de la mujer, que cayó al suelo casi sin ruido. Harrington recogió la funda de plástico de donde ella la había dejado caer y la colocó sobre la máquina de escribir. Después cogió a Saul por el abrigo y le empujó a través de una sala de espera vacía y un despacho grande, oscuro. Saul vislumbró la cúpula iluminada del Capitolio entre unas cortinas oscuras.

Harrington abrió otra puerta y entró en un despacho.

-Hola, Trask -dijo en inglés.

El hombre delgado detrás de una mesa levantó sus ojos sorprendidos y en el mismo momento un hombre fuerte con traje marrón saltó de un sofá de cuero. Harrington disparó dos veces contra el guardaespaldas, cogió la pequeña automática que el hombre había dejado caer y después le disparó una tercera vez detrás de la oreja izquierda. El cuerpo tuvo un espasmo sobre la moqueta gruesa y quedó inmóvil.

Nieman Trask no se movió. Aún tenía un bloc de notas en la mano izquierda y una pluma Cross de oro en la derecha.

-Siéntate -dijo Harrington, y le señaló a Saul el sofá de cuero.

-¿Quién es usted? -le preguntó Trask a Harrington. Había en su voz un tono de curiosidad.

-Las preguntas y respuestas más tarde -dijo Harrington-, primero, debe comprender que mi amigo... -Hizo un gesto hacia Saul no debe ser molestado. Si él se mueve de ese sofá, abriré mi mano izquierda.

-¿Su mano izquierda? -inquirió Trask.

Al entrar, la mano izquierda de Harrington estaba vacía; ahora contenía un pequeño anillo de plástico con una bombilla en el centroUn cable con aislante subía por la manga de su impermeable. Su dedo apretaba el centro de la bombilla.

-Oh, ya lo veo -dijo Trask con voz cansada, y dejó el block de notas. Cogió la pluma de oro con ambas manos-. Explosivos.

-C-4 -aclaró Harrington, y usó la mano con la que sostenía la pistola para abrirse el impermeable. Llevaba un chaleco de pesca de jo y todos los bolsillos estaban repletos. Saul pudo ver pequeñas hileras de alambre-. Seis kilos de explosivo plástico -añadió Harrington.

Trask asintió con la cabeza. Parecía sereno, pero las puntas de sus dedos estaban blancas en torno a la pluma.

-¡Más que suficiente! -exclamó-. ¿Qué quiere?

-Quiero hablar -respondió Harrington sentándose en una silla a un metro de la mesa de Trask.

-Por supuesto -admitió Trask, y se recostó en su silla. Sus ojos se desviaron hacia Saul y regresaron a Harrington-. Por favor, empiece.

-Llame al señor Colben y al señor Barent por teléfono -ordenó Harrington.

-Lo siento -dijo Trask, y dejó la pluma. Extendió los dedos-. En este momento Colben viaja hacia Chevy Chase y el señor Barent está en el extranjero.

Harrington asintió con la cabeza.

-Contaré hasta seis -le amenazó-. Si no llama, aflojaré mi dedo. Uno..., dos...

En el número cuatro Trask cogió el teléfono, pero transcurrieron varios minutos hasta que se pudieron establecer las conexiones. Localizó a Colben en su limusina en la autopista de Rock Creek y a Barent volando sobre Maine.

-Ponga el altavoz -ordenó Harrington.

-¿Qué pasa, Nieman? -les llegó una voz suave con vestigios del acento de Cambridge-. Richard, ¿también estás allí?

-Sí -llegó el gruñido de Colben-. No sé qué cojones es esto. ¿Qué pasa, Trask? Me tienes esperando hace dos jodidos minutos.

-Tengo un pequeño problema -vaciló Trask.

-Nieman, esta línea no es segura -dijo la voz suave que Saul supuso que era de Barent-. ¿Estás solo?

Trask vaciló y miró a Harrington. Como Francis sólo sonrió, Trask añadió:

-No. Hay dos caballeros conmigo aquí en las oficinas del senador Kellog.

La voz de Colben estalló.

-¿Qué cojones pasa, Trask? ¿Qué es esto?

-Calma, Richard -intervino ahora la voz de Barent-. Adelante,

Nieman.

Trask levantó la mano, con la palma vuelta hacia arriba, hacia Harrington, en el gesto de «usted primero».

-Señor Barent, nos gustaría ser miembros de uno de sus clubes -dijo Harrington.

-Lo siento, no sé quién es usted -cortó tajante, Barent.

-Mi nombre es Francis Harrington -aclaró Harrington-. Mi amo es el doctor Saul Laski de la Universidad de Columbia.

-¡Trask! -gritó la voz de Colben-. ¿Qué pasa?

-Calla -ordenó Barent-. Señor Harrington, doctor Laski. Encantado de conocerles. ¿En qué puedo ayudarles?

En el sofá, Saul Laski lanzó un suspiro de cansancio. Hasta el momento en que el oberst dio su nombre tenía una cierta esperanza de salir vivo de aquella pesadilla. Ahora, aunque no tenía ni idea del juego que el oberst se traía entre manos o de la relación entre esa gente y el trío formado por Willi, Nina y Melanie Fuller, dudaba que el oberst mencionara su nombre si no estuviera dispuesto a sacrificarlo.

-Usted ha hablado de un club -dijo la voz de Barent-. ¿Puede ser más explícito?

Harrington sonrió de un modo horrible. Su brazo izquierdo permaneció levantado, con el pulgar sobre el detonador.

-Me gustaría entrar en su club -dijo. La voz de Barent sonó divertida:

-Yo pertenezco a muchos clubes, señor Harrington. ¿Puede especificar más?

-Sólo estoy interesado en el club más selecto -dijo Harrington-. Y siempre he tenido preferencia por las islas. El teléfono resonó.

-Como yo, señor Harrington, pero aunque el señor Trask es un garante excelente, la mayoría de los clubes a los que pertenezco exigen más referencias. Dijo que su amo, el doctor Laski, está ahí. ¿Quiere también una inscripción, doctor?

Saul no conseguía pensar en nada que pudiera mejorar su situación. Permaneció en silencio.

-Quizás usted..., ah..., representa también a alguien más -tanteó Barent.

Harrington sólo rió.

-Tiene seis quilos de explosivo plástico ligados a un detonador -dijo Trask sin emoción.

-Me parece que esa referencia es impresionante. ¿Por qué no acordamos encontrarnos en cualquier sitio para hablar de esto?

-Tengo hombres en camino -intervino la voz brusca de Colben-. Aguanta, Trask.

Nieman Trask suspiró, se frotó la frente y se inclinó más sobre el teléfono.

-Colben, miserable hijo de puta, si has puesto a alguien a diez manzanas de este edificio, yo mismo te arrancaré tu maldito corazón Barent, ¿me oye?, mantén a este cabrón fuera de esto. Barent, ¿me oyes?

C. Arnold Barent habló como si no hubiese oído nada del diálogo anterior.

-Lo siento mucho, señor Harrington, pero mi política personal es no pertenecer nunca a los comités de selección de ninguno de los clubes que frecuento. Aunque a veces soy garante de un nuevo miembro. Quizás usted sería tan amable de darme las señas de algunos eventuales miembros con los que yo podría ponerme en contacto.

-Dispara -dijo Harrington.

En ese momento Saul Laski sintió que Trask se deslizaba en su mente. Era exquisitamente doloroso, como si alguien metiera un alambre largo, puntiagudo, por su oído izquierdo. Se estremeció, pero no le permitieron que gritara. Sus ojos se movieron hacia la automática aún sobre la moqueta a treinta centímetros de la mano extendida del guardaespaldas muerto. Sintió cómo Trask calculaba fríamente sobre el tiempo y el esfuerzo: dos segundos para saltar, un segundo para levantarse y disparar a la cabeza de Harrington mientras le cogía simultáneamente el puño y sujetaba el gatillo como el detonador de una granada. Sintió que sus manos se cerraban y abrían con autonomía propia, vio que sus piernas se movían ligeramente, estirándose como las de un corredor antes de una carrera. Empujado cada vez más hacia las profundidades de su propia mente impotente, quería gritar, pero no tenía voz. ¿Era esto lo que Francis sentía las últimas semanas?

-William Borden -dijo Barent.

Saul casi había olvidado sobre qué se estaba discutiendo. Trask movió un poco la pierna derecha de Saul, cambió su centro de gravedad, tensó su brazo derecho.

-No lo conozco -aseguró Harrington alegremente-. ¿Quién más?

Saul sintió todos los músculos de su cuerpo tensos mientras Trask lo preparaba para un ligero cambio de plan. Trask prefería que disparara corriendo sobre Harrington, lo empujara, le cogiera la mano izquierda, se la cerrara y empujara a Francis hacia el despacho principal del senador. Después debía mitigar la fuerza de la explosión con su cuerpo mientras Trask se protegía tras la maciza mesa de roble. Saul quería gritar para avisar al oberst.

-La señorita Melanie Fuller -continuó Barent.

-Oh, sí -exclamó Harrington-. Me parece que está en Germantown.

-¿Qué Germantown es ése? -preguntó Trask, aunque continuaba preparando a Saul para el ataque.

«Ignora el arma. Coge su mano. Hazlo retroceder, lejos. Mantén tu cuerpo entre Harrington y la mesa de Trask. »

-El suburbio de Filadelfia -explicó Harrington amablemente-. No recuerdo las señas exactas, pero si pasa por Queen Lane podrá encontrar a esta señora.

-Muy bien -dijo Barent-. Una cosa más. Si pudiera...

-Perdóneme un segundo -le interrumpió Harrington. Soltó otra vez una carcajada de viejo-. Hombre, Trask -dijo-. ¿Piensa que no puedo sentir eso? Usted no podría dominar este artefacto ni en un mes... Mein Gott, hombre, usted se desliza y se esconde como un adolescente intentando sobar a una chica en las butacas de un cine. Deje en paz a mi amigo judío. En el momento en que él salte, yo detono esto. La mesa se hará diez mil astillas. Ah, así está mejor...

Saul se recostó en el sofá. Sus músculos sufrieron un espasmo, al ser liberados súbitamente del torniquete del control.

-Ahora, ¿en dónde estábamos, señor Barent? -preguntó Harrington.

Se produjo un zumbido durante diversos segundos antes de que la voz tranquila de Barent volviera al altavoz.

-Lo siento, señor Harrington, le estoy hablando desde mi avión privado y ahora tengo que irme. Me ha gustado su llamada y espero hablar de nuevo con usted pronto.

-¡Barent! -gritó Trask-. Maldito, quédate al...

-Adiós -dijo Barent-. Se ha cortado la comunicación. -¡Colben! -vociferó Trask-. Diga alguna cosa. La voz áspera de Colben surgió de nuevo. -Claro. Que te jodan, viejo amigo Nieman. Un nuevo corte y un zumbido.

Trask miraba con la expresión de un animal acorralado.

-Muy bien -suspiró Harrington-. Puedo darle mi mensaje a usted. Usted aún puede negociar, señor Trask. Pero prefiero que sea en privado. Doctor Laski, ¿le importa?

Saul se ajustó las gafas y parpadeó. Se levantó. Trask le miró. Harrington sonrió. Saul se volvió, caminó, presuroso, por la oficina del senador y corrió en el momento en que llegó a la primera sala de espera. Estaba fuera del despacho y corría por el vestíbulo cuando recordó a la secretaria. Vaciló un instante y volvió a correr de nuevo.

Delante de él, cuatro hombres se acercaban doblando la esquina. Saul se giró, vio a cinco hombres con trajes oscuros que corrían desde la dirección opuesta, dos torcieron hacia el despacho de Trask.

Miró alrededor a tiempo de ver a tres de los hombres, en el fondo del vestíbulo, levantar sus revólveres sincronizadamente, las manos juntas, los brazos extendidos; los círculos negros de las bocas de las armas se veían enormes incluso desde lejos. De repente Saul se halló en otro lugar.

Francis Harrington gritó en el silencio de su propia mente. Sintió vagamente la presencia súbita de Francis en la oscuridad con él. Juntos vieron a través de los ojos de Harrington a Nieman Trask gritando

algo, alzándose un poco de su silla, levantando las dos manos en una

súplica.

-Auf wiedersehn -dijo el oberst con la voz de Francis Harrington, y soltó el gatillo.

Las puertas que doblan al sur y la pared que daba al pasillo estallaron hacia fuera en un baile de llamas anaranjadas. Saul se encontró de súbito volando hacia los tres hombres con trajes oscuros. Sus brazos alzados retrocedieron, una de las armas se disparó. El sonido del tiro quedó apagado por el estruendo que dominaba el pasillo. Y ellos volaron también, tropezando hacia atrás y chocando contra la pared del final del pasillo un segundo antes que Saul.

Después del choque, en la oscuridad que lo envolvió, Saul Wieder oyó el eco, no de la explosión, sino de la voz del viejo diciendo «Auf wirdersehn».

20

Nueva York, viernes 26 de diciembre de 1980

Al sheriff Gentry le gustaba volar, pero se preocupaba muy poco de su destino. Le gustaba viajar en avión porque consideraba el hecho de estar apretado en un asiento, dentro de un tubo presurizado, suspendido algunos kilómetros por encima de las nubes, un incentivo para la meditación. Siempre consideró su destino, Nueva York, como una tentación hacia otros tipos de estupidez: el enjambre, la violencia callejera, la paranoia, la sobrecarga informativa o la locura de un ritmo trepidante. Gentry había decidido hacía mucho que él no era un hombre de gran ciudad.

Gentry conocía Manhattan. Cuando estaba en la universidad, unos doce años atrás, durante el momento crucial de la guerra del Vietnam, él y sus amigos habían pasado más de un fin de semana en la ciudad, en una de las ocasiones habían alquilado un coche en Chicago, donde su novia trabajaba en una tienda Hertz cerca de la universidad, y había fijado un recorrido de tres mil kilómetros y había hecho todo el viaje al volante. Después de cuatro días sin dormir, seis de ellos habían acabado conduciendo por los suburbios de Chicago durante dos horas, en la madrugada, para conseguir que el kilometraje marcara lo que se había precisado en el impreso de alquiler.

Gentry cogió un autobús hacia Port Authority. Allí tomó un taxi para el hotel Adison, cerca de Times Square. El hotel era viejo y empezaba a tener mala reputación; era frecuentado sobre todo por prostitutas y turistas engañados, pero conservaba un aire en cierta medida orgulloso. El cocinero portorriqueño del restaurante era ruidoso, malhablado y magnífico, y la habitación costaba un tercio del precio medio de la mayoría de los hoteles de Manhattan. La última vez que había estado en Nueva York, para llevarse a un chico de dieciocho años que había asesinado a cuatro empleados de los lavabos de almacenes de Charleston, el Ayuntamiento había pagado sus dietas y le había reservado la habitación. Gentry se quitó de encima algo del cansancio del viaje y se puso unos confortables pantalones de pana, un viejo jersey, su americana deportiva de pana marrón, una gorra y un abrigo que estaba bien para Charleston pero que apenas le protegía del viento helado de Nueva York. Dudó y después sacó la Ruger 357 de la maleta y se la guardó en el bolsillo del abrigo. No, demasiado grande y obvia. Se la metió en el cinturón. En absoluto. No tenía funda para la Ruger, siempre llevaba el cinturón y la pistolera con el uniforme y el 38 especial del departamento cuando no estaba de servicio. ¿Por qué demonios se había traído la Ruger en vez de un arma más pequeña? Finalmente, acabó por meter el revólver en el bolsillo derecho de su americana de pana. Tendría que llevar el abrigo abierto a pesar de la intemperie para disimular el bulto del arma. «Qué demonios -pensó Gentry-. No todos podemos ser Steve McQueen.»

Antes de dejar el hotel telefoneó a Charleston, a su casa, y conectó su contestador. No esperaba un recado de Natalie, pero había pensado en ella durante todo el vuelo y deseaba tener la oportunidad de escuchar su voz. El primer mensaje era de ella: «Rob, soy Natalie. Son cerca de las dos de la tarde, hora de St. Louis. Acabo de llegar a St. Louis, pero salgo en el próximo avión a Filadelfia. Creo que tengo una pista sobre Melanie Fuller. Lee la página tres del periódico de hoy de Charleston..., o busca en algún periódico de Nueva York, quizá también aparezca. Asesinatos de pandillas en Germantown. Sí, no sé por qué la vieja se habrá liado con una pandilla callejera, pero está en Germantown. Saul dijo que la mejor manera de localizar a esta gente era seguir una pista de violencia sin sentido, como ésta. Prometo ser discreta... Sólo echaré un vistazo por allí a ver si hay algo prometedor para seguir investigando más adelante. Dejaré un recado esta noche cuando sepa dónde me quedaré. Tengo que apresurarme. Cuídate, Rob.»

-Mierda -murmuró Gentry cuando colgó el teléfono. Marcó su número otra vez, suspiró cuando su propia voz le dijo que dejara el recado y grabó después de la señal: «Natalie, maldita sea, no te quedes en Filadelfia, ni en Germantown o donde estés. Alguien te vio en Nochebuena. Si no quieres quedarte en St. Louis, reúnete conmigo en Nueva York. Es una estupidez andar

por ahí separados haciendo de Joe Hardy y Nancy Drew. Llámame aquí en cuanto recibas este mensaje.» Añadió el teléfono de su hotel y el número de su habitación, y colgó.

-Mierda -dijo. Dio un golpe con el puño con fuerza suficiente para hacer que se tambaleara la inconsistente mesa. `

Gentry tomó el metro hasta el Village y salió cerca de St. Vincent's.

Abrió su cuaderno de notas durante el viaje y repasó todas las que había tomado: las señas de Saul, el comentario de Natalie de que Saul había mencionado a un ama de llaves llamada Tema, el teléfono de Saul

en Columbia, el número del decano al que Gentry había llamado hacía

casi dos semanas, el número de la difunta Nina Drayton. No era mucho, pensó.

Telefoneó a Columbia y confirmó que no habría nadie en el departamento de psicología hasta el lunes siguiente.

El barrio de Saul no se ajustaba a las ideas preconcebidas de

Gentry sobre el estilo de vida de un psiquiatra de Nueva York El sheriff recordó que Saul era más profesor que psiquiatra y entonces el barrio le pareció más adecuado. Los edificios eran casi todos de cuatro o cinco pisos, había restaurantes y tiendas de comida preparada por todas partes, y el conjunto tenía cierto aire de ciudad pequeña. Pasaban algunas parejas -una de ellas una pareja de hombres cogidos de la mano-, pero Gentry sabía que la mayoría de habitantes estaban lejos, escondidos en editoriales, despachos de correduría, librerías, y otras jaulas de acero y cristal, basculando entre la secretaria y el vicepresidente, ganando el dinero necesario para alquilar sus dos o tres habitaciones en el Village y esperando la gran jugada, la oportunidad, la inevitable ascensión al piso de arriba, el despacho más grande, las ventanas de esquina y el viaje en taxi a la casa de piedra de Park Avenue West.

Soplaba viento. Gentry se ajustó con fuerza el abrigo y caminó más deprisa.

El doctor Saul Laski no estaba en casa. Gentry no se sorprendió. Llamó al timbre de nuevo y esperó un rato en el estrecho rellano, escuchando el ruido amortiguado de televisores y gritos de niños, oliendo el tufo de la carne en conserva y de coles podridas. Después sacó una tarjeta de crédito de la cartera y abrió la cerradura. Gentry meneó la cabeza; Saul Laski era un experto en violencia nacionalmente reconocido, un superviviente de los campos de la muerte, pero la seguridad de su propia casa dejaba mucho que desear.

Era un apartamento grande para el Village, con una sala de estar confortable, una pequeña cocina, un dormitorio aún más pequeño, y un gran estudio. En todas las habitaciones -incluso en el cuarto de baño- había libros. El estudio estaba lleno de cuadernos de notas, muchos en alemán o en polaco. Gentry recorrió cada habitación, se paró un minuto para examinar un manuscrito junto a una máquina de escribir IBM y se preparó para salir. Se sentía como un intruso. El apartamento olía de una manera que hacía pensar que no había estado habitado desde hacía una semana o dos; la cocina estaba inmaculada; la nevera, casi vacía; pero no había polvo, ni correo acumulado, ni otras señales exteriores de ausencia. Gentry comprobó que no había mensajes cerca del teléfono, revisó rápidamente todas las habitaciones para asegurarse de que no había dejado pasar ninguna señal del paradero de Saul y salió sin prisas.

Había bajado un tramo de escalera cuando se cruzó con una vieja

con el pelo gris recogido en un moño.

Gentry se detuvo y dijo:

-Perdón, señora. ¿Es usted Tema?

La mujer se paró y le miró con desconfianza. Su voz tenía un fuerte

acento de Europa oriental.

-No le conozco.

-No, señora -dijo Gentry, y se quitó la gorra-. Y perdóneme por dirigirme a usted por su nombre, pero Saul no mencionó su

apellido.

-Señora Walisjezlski -contestó la vieja-. ¿Quién es usted? -Soy el sheriff Bobby Gentry -aclaró él-. Soy amigo de Saul y lo estoy buscando.

-El doctor Laski nunca mencionó a ningún sheriff Gentry.

Pronunció su nombre con una «g» dura.

-Es posible, señora. Nos conocimos hace un par de semanas cuando él vino a Charleston, en Carolina del Sur. Quizá le dijera que se iba allí a pasar unos días.

-El doctor Laski sólo dijo que iba a resolver un asunto -dijo la mujer. Bufó-. ¡Como si no hubiera dejado los billetes de avión en un sitio visible! Dos días, dijo. Quizá tres. Señora W, dijo él, si quiere tener la amabilidad de regar las plantas. Han pasado ya diez días y sus plantas estarían muertas si yo no siguiera viniendo puntualmente.

-Señora Walisjezlski, ¿vio al doctor Laski durante la semana pasada? -preguntó Gentry.

La mujer se estiró un poco el jersey y no dijo nada.

-Teníamos una cita -explicó Gentry-. Saul dijo que me llamaría cuando volviera..., quizás el sábado pasado. Pero no he tenido noticias suyas.

-Él no tiene sentido del tiempo -dijo la mujer-. Su propio Sobrino me llamó la semana pasada. «¿El tío Saul está bien?», preguntó. «Tenía que venir a cenar el sábado», me dijo. Conociendo al doctor Laski, supongo que se olvidó..., seguro que se marchó a a

su única familia. Sus seminarios. ¿Pero voy a decirle eso a su sobrino, Norteamérica?

-¿Ése es el sobrino que vive en Washington? -preguntó Gentry.

-¿Cuál podría ser si no?

Gentry asintió con la cabeza, notó por la postura de la mujer que

hablaba de una manera incómoda, preparada para continuar su camino.

-Saul me dijo que podría ponerme en contacto con su sobrino, pero he perdido el número de teléfono. ¿Está en el mismo Washington?

-No, no -dijo la señora Walisjezlski-. En Washington está la embajada. El doctor Laski dice que ahora viven en el campo.

-¿No podría estar Saul en la embajada polaca?

Ella le miró extrañada.

-¿Por qué habría de estar el doctor Laski en la embajada polaca? Aaron trabaja en la embajada israelí, pero no vive allí. ¿Dice usted que es un sheriff? ¿Qué asuntos tiene el doctor con un sheriff?

-Soy un admirador de su libro -dijo Gentry. Cogió un bolígrafo y escribió en el reverso de una de sus tarjetas profesionales mal impresas-. Aquí es donde pasaré la noche. El otro número es el teléfono de mi casa en Charleston. En cuanto que Saul vuelva a casa, dígale que me llame. Es muy importante. -Empezó a bajar por la escalera-. Ah, a propósito -añadió-, para cuando llame a la embajada, ¿el apellido del sobrino de Saul se escribe con una «e» o con dos?

-¿Cómo podría haber dos «ees» en Eshkol? -respondió la señora Walisjezlski.

-¿Cómo, realmente? -dijo Gentry, y siguió bajando.

Natalie no telefoneó. Gentry esperó hasta después de las diez, llamó a Charleston y no fue recompensado con nada más que con su propio mensaje grabado. A las once y diez telefoneó de nuevo. Aún nada. A la una y cuarto desistió e intentó dormir. El ruido a través de la delgada pared parecía el de media docena de iraníes discutiendo. A las tres de la mañana llamó a Charleston otra vez. Todavía nada. Dejó otro recado excusándose por sus palabrotas y remarcando la importancia de no vagar sola por Filadelfia.

Al día siguiente por la mañana, Gentry volvió a ponerse en contacto con su contestador, dejó el nombre del hotel de Washington donde había reservado habitación y cogió el vuelo de las 8.15. Este era demasiado breve para que pudiera meditar seriamente, pero cogió su cuaderno de notas y una carpeta del maletín y los estudió.

Natalie había leído la noticia del atentado del día 20 de diciembre en el edificio de oficinas del Senado y había considerado la posibilidad de que tuviera algo que ver con la historia de Saul. Gentry había objetado que no todos los asesinatos, accidentes y atentados en Estados Unidos se podían atribuir al anciano oberst de Laski. Le recordó que la noticia en la televisión sugería que los nacionalistas portorriqueños podrían ser los autores de la explosión que había matado a seis personas. Recalcó que el ataque a las oficinas del Senado había ocurrido sólo algunas horas después de la llegada de Saul a la ciudad, que su nombre no figuraba entre los

muertos, aunque el cadáver del propio terrorista no había sido identificado todavía, y que ella estaba paranoica. Natalie se había quedado más tranquila. Gentry aún tenía sus dudas.

Gentry llegó al edificio del FBI después de las once. No estaba seguro de que alguien trabajara allí en sábado. Una recepcionista le confirmó que el agente especial Richard Haines estaba en el edificio y después le hizo esperar algunos minutos hasta que le anunció que el agente especial Haines le recibiría. Gentry contuvo su alegría. Un joven con un traje caro y un bigote malogrado, una especie de versión Jimmy Olsen de un agente especial en los albores de su carrera, acompañó a Gentry a un área de seguridad, donde lo fotografiaron, grabaron los datos pertinentes, lo pasaron por un detector de metal, y le dieron un pase de visitante. Gentry se sintió contento de haber dejado la Ruger en el hotel. El joven condujo a Gentry, sin una sola palabra, por varios pasillos hasta un ascensor, por un área de mamparas, por otro pasillo, y después llamó a una puerta en la que claramente se leía «Agente especial Richard Haines». Cuando se oyó la voz de Haines diciendo «entre», el joven asintió con la cabeza y dio media vuelta: Gentry dominó el deseo de llamarlo para darle una propina.

El despacho de Richard Haines era la antítesis del de Gentry: grande y elegante, frente a su pequeño y desordenado cuchitril. Había fotografías en las paredes. Gentry vislumbró entre ellas a un hombre de mandíbulas fuertes y ojos de cerdo que podía ser el difunto J. Edgar Hoover apretando la mano de un Richard Haines un poco menos canoso. Haines le señaló una silla. No se levantó ni le saludó.

-¿Qué le trae a Washington, sheriff Gentry? -preguntó Haines en su tono suave de barítono.

Gentry equilibró su peso en la pequeña silla tratando de encontrar la posición adecuada, decidió que aquella cosa había sido diseñada para impedir que las personas se sintieran cómodas y se aclaró la voz'

-Unas vacaciones, Dick, y se me ha ocurrido pasar por aquí para saludarte.

Haines levantó una ceja. No paraba de revolver papeles. -Muy amable, sheriff, pero este fin de semana está un poco ajitado. Si es sobre los asesinatos de Mansard House, no tengo nada nuevo que no le haya enviado a través de Terry y de la oficina de Atlanta.

Gentry cruzó las piernas y se encogió de hombros.

-Simplemente pasaba por aquí y me ha parecido oportuno saludarte. Es muy impresionante todo esto, Dick.

Haines gruñó.

-Eh -dijo Gentry- ¿qué te ha pasado en la barbilla? Parece que alguien te ha pegado una fuerte. ¿Problemas en una detención?

Haines se tocó el mentón, donde era muy visible una venda sobre una gran magulladura amarillenta. Un maquillaje color carne no conseguía ocultarla. Sonrió tristemente.

-Por esto no hay medalla, sheriff. Resbalé al salir de la bañera el día de Navidad y me golpeé contra el toallero. Suerte que no me rompí la crisma.

-Sí, dicen que la mayor parte de los accidentes ocurren en casa -murmuró Gentry.

Haines asintió con la cabeza y miró el reloj.

-Eh -dijo Gentry-, ¿recibiste la foto que te enviamos?

-¿Foto? -inquirió Haines-. Ah, la de la mujer desaparecida. La señora Fuller. Sí, gracias, sheriff. La enviamos a todos nuestros agentes.

-Bueno, bueno -vaciló Gentry-. ¿No tienes ninguna información más de dónde podría estar?

-¿La señora Fuller? No. Sigo pensando que está muerta. Y estoy convencido de que nunca encontraremos su cuerpo.

-Probablemente -asintió Gentry-. Dime, Dick, he pasado por el Capitolio en el autobús cuando venía hacia aquí y en la esquina de enfrente había un gran edificio con algunas dotaciones de la policía fuera y una ventana del segundo piso con obras. Es ese el maldito...

-El edificio de oficinas del Senado -aclaró Haines.

-Sí, ¿no fue allí donde los terroristas hicieron volar a aquel senador hace una semana?

-Terrorista -dijo Haines-. Sólo uno. Y el senador de Maine ni siquiera estaba en la ciudad cuando ocurrió. El consejero político, un hombre muy importante llamado Trask, murió en el atentado. Los otros fallecidos no son relevantes.

-Supongo que llevas este caso, ¿no?

Haines suspiró y dejó los papeles.

-Ésta es una gran oficina, sheriff. Hay muchos agentes.

-Sí -dijo Gentry-. Claro. Dicen que el terrorista era un portorriqueño. ¿Es cierto?

-Perdón, sheriff. No podemos hablar sobre las investigaciones

que llevamos a cabo.

-Claro -admitió Gentry-. A propósito, ¿recuerdas a ese psiquiatra de Nueva York, el doctor Laski?

-Saul Laski -dijo Haines-. Profesor de Columbia. Sí, comprobamos su paradero durante el día 13. Estaba en una mesa redonda,

exactamente como sus fuentes sugirieron. Probablemente fue a Charleston para obtener alguna publicidad para su próximo libro.

-Puede ser -dijo Gentry-. Pero el caso es que él debía enviarme una información sobre ese asesinato en masa y ahora no lo encuentro. ¿No sabe dónde está, por casualidad?

-No -contestó Haines, volvió a mirar ostensiblemente el reloj-, ¿Por qué tendría que saberlo?

-No lo sé. Pero creo que Laski vino aquí, a Washington. El sábado pasado, me parece. El mismo día del atentado terrorista en las oficinas del Senado.

-¿Y qué? -preguntó Haines.

Gentry se encogió de hombros.

-Sólo tenía el presentimiento de que estaba intentando resolver las cosas personalmente. Pensé que podría haber aparecido por aquí.

-No -negó Haines-. Sheriff, me gustaría mucho seguir charlando con usted, pero tengo otra cita dentro de un par de minutos.

-Claro, claro -dijo Gentry levantándose y poniéndose la gorra-. Debería enseñarle eso a alguien.

-¿El qué? -preguntó Haines.

-Su barbilla -le aclaró Gentry-. Es una magulladura realmente fea.

Gentry bajó por la calle Nueva hasta el Mall, cruzó la avenida de Pensilvania y pasó por delante del Departamento de justicia. Cortó a la derecha, hacia Constitución, subió por la calle Diez, junto al edificio del IRS, giró a la izquierda de Pennsilvania de nuevo y corrió por los peldaños de la vieja central de Correos. Nadie parecía seguirle. Continuó subiendo por la avenida de Pennsilvania hasta el parque Pershing y vio enfrente la Casa Blanca. Se preguntó si Jimmy Carter estaría allí en ese momento, pensando en los rehenes y echándoles la culpa de su fracaso a los iraníes.

Gentry se sentó en el banco de un jardín y sacó el cuaderno de notas del bolsillo. Pasó las hojas llenas de su letra apretada, cerró el cuaderno y suspiró.

«Un callejón sin salida.

»¿Y si Saul era un fraude, un chiflado paranoico? »No.

»¿Por qué no?

»Porque no.

»Muy bien, en ese caso, ¿dónde está? Ve a la biblioteca del Congreso y examina los periódicos de la semana pasada, obituarios, accidentes. Llama a los hospitales. »¿Y si está en el depósito de cadáveres bajo el nombre de un Portorriqueño anónimo?

»No tiene sentido. ¿Qué tiene que ver el oberst con el asesor de un

senador?

»¿Qué tenía que ver con Kennedy y Ruby?»

Gentry se frotó los ojos. El asunto casi tenía sentido en Charleston cuando estaba en la cocina de Natalie Preston escuchando la historia de Saul. Todo encajaba; los asesinatos

cometidos aparentemente al azar se habían convertido en una serie de maniobras y arremetidas de dos o tres viejos adversarios con poderes realmente increíbles. Pero ahora nada tenía sentido. A menos que...

A menos que hubiese más gente como ellos.

Gentry se sentó muy tieso. Saul había dicho que tenía que hablar con alguien en Washington. A pesar de todas las confidencias compartidas recientemente, no quiso revelar con quién iba a encontrarse. Familia. ¿Por qué razón? Gentry recordó el dolor de Saul al referirse a la desaparición del detective que había contratado, Francis Harrington. Por eso, quizás, había pedido ayuda. ¿A un sobrino en la embajada de Israel? Pero quizás alguien más se vio implicado. ¿Quién? ¿El gobierno? Gentry no veía por qué motivo el gobierno federal protegería a un viejo nazi. ¿Y si había otros como el oberst, Fuller y Drayton?

El sheriff se estremeció y se cerró más el abrigo. Era un día claro y brillante. La temperatura rondaba los cero grados. La pálida luz invernal añadía un tono dorado al césped pardo y quebradizo del jardín.

Encontró una cabina en la esquina del hotel Washington y usó su tarjeta de crédito para llamar a Charleston. Aún no había ningún mensaje de Natalie. Gentry encontró el número que había copiado del listín de teléfonos de su habitación y llamó a la embajada de Israel. Se preguntó si alguien trabajaría allí en sábado.

Respondió una mujer.

-Hola -dijo Gentry, controlando un súbito deseo de decir «shalom»-. ¿Puedo hablar con Aaron Eshkol?

Hubo una breve vacilación y la mujer preguntó:

-¿Quién habla, por favor?

-El sheriff Robert Gentry.

-Un segundo, por favor.

El segundo se convirtió en dos minutos. Gentry permaneció con el teléfono al oído y mirando el edificio del Tesoro al otro lado de la calle.

Si había más... vampiros de la mente, como el oberst, eso lo explicaría todo. Como el motivo por el cual el oberst consideró necesario fingir su propia muerte. Y por qué seguían al sheriff de Charleston desde hacía una semana y media. Y por qué todo lo que un cierto agente del FBI decía, hacía que Gentry tuviera ganas de aplastarle los dientes. Y lo que había pasado con cierto libro de recortes macabros hallado en

el lugar del crimen...

-Dígame.

-Hola, señor Eshkol, soy el sheriff Bobby Gentry... -No, soy Jack Cohen.

-Oh, bueno, señor Cohen, querría hablar con Aaron Eshkol. -Soy el supervisor del departamento del señor Eshkol. ¿Puede

decirme de qué se trata, sheriff?

-La verdad, señor Cohen, es que es una especie de llamada personal.

-¿Es amigo de Aaron, sheriff Gentry?

Gentry notó que algo no iba bien, pero no sabía qué.

-No, señor -dijo-. Soy amigo del tío de Aaron, Saul Laski. Necesito hablar con Aaron.

Hubo un breve silencio.

-Sería mejor que viniera aquí personalmente, sheriff. Gentry miró el reloj.

-No estoy seguro de tener tiempo, señor Cohen. Si pudiera ponerme en contacto con Aaron, sabré si es necesario.

-Muy bien. ¿Desde dónde llama, sheriff? ¿Desde Washington? -Sí -dijo Gentry-. Desde una cabina.

-¿Está en la ciudad? Alguien le puede dar instrucciones acerca de

cómo llegar a la embajada.

Gentry intentó controlar su creciente ira.

-Estoy cerca del hotel Washington -dijo-. Póngame con Aaron Eshkol o déme el teléfono de su domicilio particular. Si necesito verlo en la embajada, puedo coger un taxi.

-Muy bien, sheriff. Llame de nuevo dentro de diez minutos.

Cohen colgó antes de que Gentry pudiera protestar.

Se paseó de acá para allá delante del hotel, irritado, tentado de coger sus cosas y volar directamente a Filadelfia. Esto era ridículo. Sabía qué difícil era encontrar a una persona desaparecida en Charleston donde tenía seis ayudantes y diez veces más contactos. Esto era absurdo. Llamó dos minutos antes de que se cumplieran los diez del plazo. La mujer respondió de nuevo.

-Sí, sheriff. Un segundo, por favor.

Gentry suspiró y se recostó en el marco de metal de la cabina. Algo afilado le rozó en un costado. Se volvió, vio a dos hombres cerca, demasiado cerca, y vio que el más alto le sonreía abiertamente. Entonces miró hacia abajo y descubrió el cañón de la automática de pequeño Calibre.

-Vamos hasta ese coche -dijo el hombre alto sin dejar de sonreír. Le dio una palmadita en la espalda como si fueran viejos amigos que se encontraban después de una larga ausencia. El cañón de la pistola se acercó más.

El hombre alto estaba demasiado cerca, pensó Gentry. Había muchas posibilidades de que pudiera apartar el arma antes de que el hombre llegase a disparar. Pero su compañero había retrocedido cinco pasos, con la mano derecha en el bolsillo del impermeable e, hiciera lo que hiciera Gentry, el segundo hombre tendría un magnífico ángulo de tiro.

-Andando -dijo el hombre alto.

Gentry los acompañó.

Fue un interesante recorrido turístico. Dieron la vuelta en la Ellipse, hacia el oeste del Lincoln Memorial, alrededor de Tidal Basin, después subieron Jefferson Drive hasta el Capitolio, delante de Union Station, y de nuevo de vuelta. Nadie dijo nada. La limusina era lujosa, grande y silenciosa. Las ventanillas eran opacas desde el exterior, las portezuelas se cerraban automáticamente desde el asiento del conductor, había una división de plexiglás detrás de éste, y los dos hombres estaban sentados uno a cada lado de Gentry. Delante de ellos, en un traspuntín estaba un hombre de pelo cano mal cortado, ojos tristes y cara granulosa, picada de viruelas, que poseía cierto atractivo.

-Voy a revelarles un secreto -dijo Gentry-. El secuestro es ilegal en este país.

El hombre de pelo cano dijo en voz baja:

-¿Puedo ver sus documentos de identificación, señor Gentry? Gentry consideró con indignación varias protestas airadas. Se encogió de hombros y le entregó la cartera. Nadie saltó cuando metió la

mano en el bolsillo; los dos hombres le habían cacheado al meterlo en

el coche.

-Usted parece ser Jack Cohen -tanteó Gentry.

-Soy Jack Cohen -dijo el otro, vaciando la cartera del sheriff-,

y usted tiene la documentación, tarjetas de crédito y papeles que lo

acreditan como un sheriff del Sur llamado Robert Joseph Gentry. -Bobby Joe para los amigos y electores -bromeó Gentry.

-No hay ningún lugar del mundo donde la documentación de

identidad signifique menos que en Estados Unidos -dijo Cohen. Gentry se encogió de hombros. Su instinto le dictaba explicarles

exactamente lo que le importaba eso y sugerir ciertos actos carnales

que podían llevar a cabo consigo mismos. Dijo:

-¿Puedo ver sus papeles? -Soy Jack Cohen.

-Ajá. ¿Usted es realmente el jefe de Aaron Eshkol?

-Soy el director de la Sección de Comunicaciones e Interpretaciones de la embajada -dijo Cohen.

-¿Es el departamento de Aaron?

-Sí -respondió Cohen-. ¿Es una novedad para usted?

-Por la situación supongo que uno de ustedes es Aaron Eshkol

-tanteó Gentry-. No le conozco. Y por lo que veo, no voy a conocerlo. -¿Por qué dice eso, señor Gentry?

La voz de Cohen era monótona y fría como una navaja.

-Tengo un presentimiento -respondió Gentry-. Llamo preguntando por Aaron y toda la embajada me entretiene mientras ustedes cogen un coche y gastan sus neumáticos para secuestrarme a punta de pistola. Y si ustedes son quienes dicen ser..., y quién demonios lo sabe ya, están actuando un poco fuera de su función de diplomáticos de nuestro leal y dependiente aliado en el Medio Oriente. Mi suposición es que Aaron está muerto o que ha desaparecido y ustedes están un poco preocupados..., hasta el punto de poner armas contra las costillas de funcionarios de la ley democráticamente elegidos.

-Adelante -dijo Cohen.

-Joder -suspiró Gentry-. Ya lo he dicho todo. Si me cuentan lo que pasa, les diré por qué motivo he llamado a Aaron Eshkol.

-Podemos rogarle que participe en esta discusión por..., ejem..., otros medios -dijo Cohen. La ausencia de amenaza en su tono era ya una amenaza.

-Lo dudo -dijo Gentry-. A menos que no sean quienes dicen ser. De todas maneras, no voy a decirles nada más hasta que ustedes decidan decirme algo que valga la pena saber.

Cohen miró por la ventanilla unas fachadas de mármol y volvió a mirar a Gentry.

-Aaron Eshkol está muerto -dijo-. Ha sido asesinado. El, su mujer, sus dos hijas.

-¿Cuándo? -preguntó Gentry.

-Hace dos días.

-El día de Navidad -murmuró Gentry-. Han sido unas fiestas horribles. ¿Cómo los mataron?

-Alguien les clavó un alambre en el cerebro -dijo Cohen.

Por el tono de voz, podía estar describiendo una nueva manera de arreglar el motor de un coche.

-Oh, Dios -suspiró Gentry-. ¿Por qué no he visto nada en la prensa sobre el caso?

-Hubo una explosión y un incendio -continuó explicando Cohen-. El jefe de policía de Virginia consideró las muertes accidentales... Una fuga de gas. La asociación de Aaron con la embajada no fue recogida por las agencias de noticias.

-¿Los médicos de la embajada descubrieron la auténtica causa de
las muertes?

-Sí -dijo Cohen-. Ayer.

-Pero ¿por qué todo ese lío cuando he telefoneado? -preguntó Gentry-. Aaron debe de haber..., no, espere. Yo he hablado de Saul Laski. Piensan, sospechan que Saul debe de estar relacionado de alguna manera con la muerte de Aaron.

-Sí -dijo Cohen.

-Muy bien -suspiró Gentry-. ¿Quién mató a Aaron Eshkol?

Cohen meneó la cabeza.

-Su turno, sheriff Gentry.

Gentry se quedó callado para ordenar sus ideas.

-Tiene que comprender -prosiguió Cohen- que sería realmente desastroso para Israel ofender a los contribuyentes americanos en este período tan delicado de la historia de nuestros países. Estamos dispuestos a arriesgarnos y a dejarlo libre cuando nos convenza de su inocencia. Si no nos convence, será mucho más fácil para todos los implicados que usted simplemente desaparezca.

-Cállese -dijo Gentry-. Estoy pensando. -Pasaron por delante del Jefferson Memorial por tercera vez y cruzaron un puente. El monumento a Washington apareció un poco después-. Saul Laski fue a Charleston hace diez días para informarse de los asesinatos de Mansard House..., la CBS se refirió a ello como la «Masacre de Charleston». ¿Han oído hablar de nuestro pequeño problema?

-Sí -contestó Cohen-. Varios ancianos asesinados por su dinero y algunos testigos inocentes eliminados, ¿no?

-Más o menos -dijo Gentry-. Uno de los viejos implicados era un viejo nazi que vivía bajo la identidad falsa de William D. Borden.

-Un productor de cine -dijo el israelí alto, de pelo crespo, sentado a la izquierda de Gentry.

Gentry se sobresaltó. Casi había olvidado que los matones podían hablar.

-Sí -dijo-. Y Saul Laski perseguía a ese nazi desde hace cuarenta años..., desde lo de Chelmno y Sobibor.

-¿Quiénes son ésos? -le preguntó el joven de la derecha de Gentry.

Gentry se sobresaltó. Cohen dijo alguna cosa en hebreo y el joven agente se puso colorado.

-El alemán, Borden, murió, ¿verdad? -preguntó Cohen.

-En un accidente de aviación -dijo Gentry-. Según todos los indicios. Pero Saul no lo creía así.

-Entonces el doctor Laski pensaba que su antiguo verdugo aún estaba vivo -reflexionó Cohen-. Pero ¿qué relación tiene Borden con los asesinatos de Charleston?

Gentry se quitó la gorra y se rascó la coronilla.

-Un ajuste de cuentas -dijo-. Saul no estaba seguro. Sólo creía que el oberst, así llamaba a Borden, estaba en cierta forma implicado. -¿Por qué se citó Laski con Aaron?

Gentry meneó la cabeza.

-Yo no sabía que se habían encontrado. Hasta ayer ni siquiera sabía que Aaron Eshkol existiera. Saul voló de Charleston a Washington el 20 de diciembre para encontrarse con una persona..., no quiso decirme con quién. Dijo que establecería contacto conmigo pero no volví a saber nada de él desde que salió de Charleston. Ayer fui al apartamento de Saul en Nueva York y hablé con su ama de llaves...

-Tema -intervino el hombre alto, y se calló después de una mirada dura de Cohen.

-Sí -dijo Gentry-. Ella me habló de Aaron. Y aquí estoy. -¿Sobre qué quería el doctor Laski hablar con Aaron? -preguntó Cohen.

Gentry puso la gorra en su regazo y abrió las manos.

-No lo sé. Tuve la impresión de que Saul esperaba obtener más informaciones sobre la vida de Borden en California. ¿Podría Aaron haberle ayudado?

Cohen se mordió el labio durante unos instantes antes de contestar.

-Aaron tuvo cuatro días de permiso antes de encontrarse con su

tío -dijo-. Pasó parte de ese tiempo en California. -¿Y qué averiguó allí? -preguntó Gentry. -No lo sabemos.

-¿Cómo saben que se encontró con Saul? ¿Saul estuvo en su embajada?

El hombre alto dijo algo en hebreo que sonaba como un aviso. Cohen no le dio importancia.

-El doctor Laski estuvo con Aaron, hace hoy una semana, en la National Gallery. Aaron y Levi Cole, un compañero de Comunicaciones, consideraban el encuentro importante. Según sus amigos del departamento, Aaron y Levi guardaban esa semana algunas carpetas que consideraban de gran importancia en la caja fuerte de criptografía.

-¿Qué contenían? -preguntó Gentry, sin creer realmente que fuera a obtener una respuesta.

-No lo sabemos -dijo Cohen-. Algunas horas después de que la familia de Aaron fuese asesinada, Levi fue a la embajada y se llevó las carpetas. Nadie lo ha vuelto a ver desde entonces. -Cohen se frotó la nariz-. Y nada de esto tiene sentido. Levi es soltero. No tiene familia en Estados Unidos, nadie de su familia ha salido de Israel. Es un ardiente sionista, ex comando. No puedo imaginarme cómo podrían haberle chantajeado. La lógica dice que era a él a quien deberían de

haber eliminado. A Aaron Eshkol podrían haberle chantajeado. Pero la cuestión es, claro, ¿quién son ellos?

Gentry no dijo nada.

-Muy bien, sheriff -rogó Cohen-. Por favor, díganos todo lo que pueda sernos de alguna ayuda.

-Eso es todo -aseguró Gentry-. A menos que quiera escuchar la historia de Saul Laski.

«¿Cómo voy a contarla sin citar los poderes del oberst y las "aptitudes" de las viejas? -pensó Gentry-. No me creerán, y si no me creen, soy hombre muerto.»

-Queremos saberlo todo -dijo Cohen-. Desde el principio.

La limusina pasaba delante del Lincoln Memorial y se dirigía hacia el Tidal Basin.

21

Germantown, sábado 27 de diciembre de 1980

Natalie Preston usó su Nikon con las lentes de 135 mm para fotografiar las contradicciones de la ciudad moribunda: casas de piedra, filas de casas de ladrillos, un banco destinado a armonizar con los edificios del siglo XVIII que tenía a ambos lados, tiendas de antigüedades llenas de trastos viejos, centros del Ejército de Salvación llenos de trastos, solares llenos de trastos, calles estrechas y callejones llenos de trastos. Natalie había cargado la Nikon con un rollo Plus-X blanco y negro, sin preocuparse por el grano, haciendo exposiciones largas, lentas, que cogerían todas las desportilladuras y grietas de todas las paredes. No había señales de Melanie Fuller.

Después de cargar la película, se llenó de gran coraje y cargó la Llama 32 automática, que estaba ahora en el fondo de su enorme bolso, bajo las tapas de las lentes y el falso fondo de cartón.

Durante el día la ciudad no era tan tenebrosa. La víspera, cuando caía la noche, sintiéndose desplazada y desorientada, permitió que su vecino de asiento en el avión -Jensen Luhar- la llevara a Germantown. Dijo que le iba de camino. Su Mercedes gris estaba en el aparcamiento del aeropuerto. Al principio estaba contenta de haber aceptado; el viaje fue largo: por una autopista concurrida, por un puente de dos niveles, hasta el corazón de Filadelfia, después otra autopista sinuosa paralela al río -o quizás era, ello mismo, otro río- y después la avenida Germantown, una avenida ancha, con casas de ladrillos, que pasaba por barrios pobres oscuros y tiendas vacías. Cuando se acercaban al corazón de Germantown y al hotel que él le había sugerido, Natalie estaba segura de que la propuesta no tardaría en llegar: «¿Qué tal si subo un minuto?» o «Me gustaría mostrarle mi casa..., está sólo un

poco más adelante». Probablemente la primera; él no llevaba alianza, pero eso no quería decir nada. Lo único que Natalie sabía era que surgiría la inevitable propuesta y después su torpe rechazo.

Estaba equivocada. Él aparcó delante del viejo hotel, la ayudó con el equipaje, le deseó suerte y se marchó. Natalie se preguntó si sería gay.

Natalie había telefoneado a Charleston antes de las once y había dejado el teléfono del hotel y el número de la habitación en el contestador de Rob. Esperaba que él la llamara a las once, probablemente para rogarle que volviera a St. Louis, pero no hubo llamada. Desilusionada, sintiéndose extrañamente herida, luchando contra el sueño, telefoneó otra vez a Charleston a las once y media y usó el aparato que Rob le había dejado. No había ningún recado de él, sólo sus dos llamadas. Se fue a dormir desconcertada y con un poco de miedo.

A la luz del día, todo parecía mejor. Aunque todavía no había ningún mensaje de Gentry, llamó al Filadelfia Inquirer e, invocando el nombre de su editor de Chicago, pudo obtener alguna información del editor local. Los detalles del crimen eran aún en gran medida desconocidos, pero era cierto que alguno de los pandilleros, o tal vez todos, había sido decapitado. La pandilla Alma de la Fábrica tenía su sede en una casa municipal cerca de la calle Bringhurst, sólo a un kilómetro y medio del hotel de Natalie, en la avenida Chelten. Natalie buscó el teléfono de la casa municipal, llamó y se identificó como una reportera del Sun Times. Un sacerdote llamado Bill Woods le concedió quince minutos a las tres de la tarde.

Natalie se pasó el día explorando Germantown, internándose en callejones oscuros y haciendo fotos. El lugar tenía un encanto extraño. Al norte y al oeste de la avenida Chelten, grandes casas antiguas se dividían en varios apartamentos donde familias negras y blancas llevaban una aparente vida de clase media, mientras al este de la calle Bringhurst el barrio se desmoronaba, convertido en una ruina de casas quemadas y coches abandonados ante la mirada impasible de los desheredados.

Pero había sol y durante algún tiempo fue acompañada por una risueña manada de niños que le pedían que les hiciera una foto. Natalie accedió. Un tren pasó zumbando arriba, una voz de mujer gritó desde una puerta a medio bloque de distancia y todo el grupo se dispersó como hojas al viento.

A las diez, a las doce, a las dos no había ningún mensaje de Rob. Esperaría hasta las once de la noche. Mierda.

A las tres llamó a la puerta de una gran casa estilo 1920 rodeada de escombros, edificios de apartamentos incendiados y patios de fabricad Parte de la verja del porche había sido arrancada. Las ventanas del tercer piso estaban tapiadas, pero alguien había dado una fina mano de pintura amarilla barata a algunas hacía poco. La casa parecía padecer ictericia.

El reverendo Bill Woods era pálido y de piel granulosa. La hizo sentarse en una desordenada oficina del primer piso y se quejó de la falta de fondos del Ayuntamiento, de la pesadilla burocrática que representaba administrar un proyecto de acción comunitaria como la Casa de la Comunidad y de la falta de cooperación de los grupos de jóvenes y de la comunidad en general. Se negó a usar la palabra «pandillas». Natalie vislumbró a jóvenes negros que entraban y salían de las salas y oía gritos y risas que venían del sótano y del segundo piso.

-¿Puedo hablar con alguien de los... grupos..., de Alma de la Fábrica? -preguntó.

-Oh, no -gritó Woods-. Los chicos no quieren hablar con nadie, excepto con la televisión. Les gusta aparecer en televisión.

-¿Viven aquí? -preguntó Natalie.

-Oh, cielos, no. Simplemente se reúnen aquí a menudo para estar juntos y divertirse.

-Necesito hablar con ellos -dijo Natalie, y se levantó.

-Lo siento, pero no será posible..., eh, ¡espere un momento!

Natalie caminó por el vestíbulo, abrió una puerta y subió un tramo estrecho de escalera.

En el segundo piso una docena de chicos negros se movían alrededor de una mesa de billar americano o estaban tumbados en colchones que habían en el suelo salpicado de yeso. Había contraventanas de acero en las ventanas y Natalie contó cuatro escopetas de aire comprimido apoyadas cerca de ellas.

Todo el mundo se quedó paralizado cuando ella entró. Un muchacho alto, increíblemente delgado, de poco más de veinte años, se apoyó en su taco de billar y exclamó:

-¿Qué quieres, tía?

-Quiero hablar con vosotros.

-Mierda -soltó un chico de barba desde uno de los colchones-. Escuchad eso: «Quieero hablar con vooosotros». ¿De dónde caray vienes, tía? ¿De algún estado del Sur?

-Quiero haceros una entrevista -dijo Natalie, admirada de que su voz y sus rodillas aún no la hubiesen traicionado-. Sobre los asesinatos.

Se hizo un largo silencio que acabó volviéndose incómodo. El chico alto que había hablado en primer lugar levantó el taco y caminó lentamente hacia Natalie. A poco más de un metro se detuvo, alargó el taco y pasó la punta de tiza entre las solapas abiertas de la chaqueta larga de ella bajó por la blusa y se detuvo en el cinturón.

-Te concederé una entrevista, tía. Una auténtica entrevista en profundidad, ¿entiendes?

Natalie se obligó a no acobardarse. Pasó su Nikon a un lado, sacó de su bolsillo la foto en color hecha por el señor Hodge y se la mostró a los chicos.

-¿Alguien ha visto por aquí a esta mujer?

El muchacho del taco la miró e hizo un gesto a un chico que no podía tener más de catorce años. Este miró, negó con la cabeza y volvió a su sitio junto a la ventana.

-Llama a Marvin -dijo el del taco-. Deprisa.

Marvin Gayle tenía dieciocho años, pestañas largas, la piel color café con leche y era un líder nato. Natalie lo supo en el momento en que lo vio entrar. En cierta manera el centro de la sala cambió de lugar, la postura de los otros se modificó, aunque ligeramente, y Marvin se convirtió en el centro. Durante diez minutos, Marvin exigió saber quién era la mujer blanca de la fotografía. Natalie se ofreció a contárselo después de que le hablaran de los asesinatos.

Finalmente, Marvin mostró su inmaculada dentadura en una amplia sonrisa.

-¿Estás segura de que quieres saber, monada?

-Sí -aseguró Natalie. Frederick la llamaba «monada». La desconcertaba oír ese tratamiento allí.

Marvin batió palmas.

-Leroy, Calvin, Monk, Louis, George -dijo él-. Los demás os quedáis aquí.

Hubo un coro de protestas.

-A callar -ordenó Marvin-. Todavía estamos en guerra, ¿sabéis? Alguien está aún allá fuera esperando para jodernos. Cuando descubramos quién es esta tía vieja y qué tiene que ver con esto, sabremos con quién nos las tenemos. ¿Lo entendéis? Claro. Ahora a callar.

Volvieron a sus colchones y a la mesa de billar.

Eran las cuatro de la tarde y se hacía de noche. Natalie cerró la cremallera de su chaqueta y culpó al viento de su súbito ataque de temblores. Fueron hacia el norte, a Bringhurst, bajo las vías del tren, y hacia el oeste, a una calle que Natalie había pensado que era un callejón. No había postes de alumbrado. Amenazaba con nevar. El aire nocturno olía a aguas residuales y hollín.

Se detuvieron a la entrada de un callejón. Marvin señaló al chico de catorce años.

_Monk, cuenta lo que pasó, tío.

El chico se metió las manos en los bolsillos y escupió sobre las hierbas heladas y los ladrillos derribados de un solar.

-Muhammed, con los otros tres, estaba aquí mismo, ¿sabes? Yo venía detrás, pero todavía no había llegado aquí, ¿sabes? Muhammed y Toby habían tomado un poco de coca, ¿sabes? Se habían ido sin mí hacia la casa del hermano de Zig, ¿sabes? En Pulaski Town, ¿de acuerdo? Pero yo estaba tan colocado que no los vi marcharse y salí corriendo atrás de ellos, ¿sabes?

-Habla del tío blanco -dijo Marvin.

-Un tío jodido, salió del callejón y atacó a Muhammed. Aquí mismo, más o menos. Yo estaba medio bloque atrás y oigo a Muhammed que dice: «Mierda, ¿te crees esta mierda?» El tío blanco estaba aquí mismo, delante de Muhammed y los tres hermanos.

-¿Qué pinta tenía? -preguntó Natalie.

-Calla -le cortó Marvin-. Yo hago las preguntas. Dile cómo era el tío.

-Era un mierda -dijo Monk, y escupió de nuevo. Aún con las manos en los bolsillos, se limpió la barbilla en el hombro-. Un gilipollas, como si hubiese estado metido en mierda, ¿sabes? Como si hubiera comido basura un año entero, tío. ¿Sabes? El pelo viscoso, eso. Como si tuviera sarmientos sucios colgándole por la cara, ¿sabes? Todo manchado, todo él, como con sangre o algo así. Mierda.

Monk se estremeció.

-¿Estás seguro de que era blanco? -preguntó Natalie.

Marvin la miró airadamente, pero Monk rió alto y dijo:

-Oh, sí, era blanco. Era un monstruo hijoputa blanco. Es la verdad.

-Habla de la hoz -dijo Marvin.

Mons asintió rápidamente con la cabeza.

-Sí, ese tío blanco corrió por este callejón. Muhammed, Toby y los demás estaban como si no comprendieran nada, ¿sabes? Entonces Muhammed dijo: «A cogerle», y todos corrieron, ¿sabes? Sin nada. Sólo los cuchillos, ¿sabes? Da igual. Rajarían un poco al hijoputa.

-Habla de la hoz.

-Sí. -Los ojos de Monk parecían vidriosos-. Yo oí el ruido y vine hasta aquí a mirar. No huí ni nada, ¿sabes? Estoy en condicional, por aquella cosa de King Liquor, no me hace falta un asesinato de mierda, ¿sabes? Por eso sólo miro para ver lo que pasa. Pero a ese tío blanco nada le importa, ¿sabes? Tiene esa gran hoz..., como en las historietas.

-¿Qué historietas?

-Mierda, sabes, el tío viejo con la calavera y el bastón con una

Z/I

hoz. También con un reloj de arena, ¿sabes? Viene a recoger a los muertos en la historieta. Mierda.

-¿Una guadaña? -preguntó Natalie-. ¿Con lo que antes cortaban el trigo?

-Sí, mierda -dijo Monk-. Sólo que ese hijoputa cortó a Muhammed y a los hermanos. Fue muy rápido. Oh, mierda, fue muy rápido. Lo vi todo, escondido allí... -Señaló una montaña de escombros-. Después esperé hasta el final, ¿sabes? Esperé mucho tiempo hasta que el tío se marchó. No me hace falta esa mierda, hombre. Entonces fui a contárselo a Marvin, ¿sabes?

Marvin cruzó los brazos y miró a Natalie: -¿Te enteras, monada?

Era ya casi de noche. Al fondo del callejón, Natalie vio las luces y

el tráfico de lo que tenía que ser la avenida Germantown. -Casi -dijo ella-. ¿El..., el tipo blanco los mató a todos? Monk se cruzó de brazos y rió.

-Ya lo sabes. Y se tomó su tiempo. Disfrutaba el cabrón. -¿Fueron decapitados?

-¿Qué?

-Ella quiere decir si el tío les cortó las cabezas -dijo Marvin-. Díselo, Monk.

-Mierda, sí, los decapitó. El tío les serró la cabeza con la hoz. Clavó las cabezas en los parquímetros de la avenida, ¿sabes?

-Dios mío -dijo Natalie.

Copos de nieve le caían en la cara y le helaban las mejillas y las pestañas.

-Eso no es nada -aseguró Monk. Su risa era tan salvaje que bordeaba el sollozo-. Les arrancó los corazones. Creo que se los comió. Natalie quiso huir del callejón. Se volvió para correr, pero sólo vio

ladrillos y oscuridad por todas partes y se quedó paralizada. Marvin la cogió por el brazo.

-¡Vamos, monada! Ahora vendrás con nosotros. Es hora de que nos cuentes cosas. Es hora de hablar.

22

Beverly Hills, sábado 27 de diciembre de 1980

Tony Harod estaba bien metido en una actriz madura cuando la conferencia llegó de Washington.

Tari Easten tenía cuarenta y dos años, por lo menos veinte más de lo que se exigía para el papel que pretendía conseguir en El tratante de blancas, pero, en cambio, sus pechos sí tenían la edad y la forma requeridas para el papel. Mirándolos desde abajo, mientras ella trabajaba encima de él, Harod pensó que podía ver las pálidas líneas rosadas, donde sus pechos se encontraban con la caja torácica, revelando dónde había sido inyectada la silicona. Los pechos eran tan artificialmente firmes que apenas se balanceaban mientras Tari trabajaba arriba y abajo, lanzando la cabeza hacia atrás en una excelente simulación de pasión, la boca abierta, los hombros tensos. Harod no la estaba «usando», sólo la utilizaba.

-Venga, cariño, dámelo. Venga. Dámelo -jadeaba la ingenua madura. Un Variety de 1963 la había considerado «la próxima Elizabeth Taylor». Todo lo contrario, había sido la próxima Stella Stevens.

-Dámelo -jadeó ella-. Dispara, querido. Dispara, dispara.

Tony Harod lo intentaba. En los últimos quince minutos su pasión había pasado de la mera fricción al auténtico trabajo. Tari conocía todos los movimientos exactos; actuaba tan bien como cualquier estrella Porno que Harod hubiera dirigido. Era una perfecta fantasía, adelantándose a todos sus deseos, dando puro placer a cada toque, centrando todo el acto alrededor del culto egocéntrico del pene, que ella había aprendido hacía mucho que existía en todos los hombres. Era soberbia. Harod pensó que podía perfectamente estar jodiendo con un trozo de madera por todo el envolvimiento y la excitación que sentía.

-Venga, querido. Dámelo ahora -jadeó ella, aún representando, meneándose arriba y abajo como una de esas vaqueras sobre el toro mecánico del Gilleys.

-Cállate -dijo Harod, y se concentró en llegar al orgasmo. Cerró los ojos y recordó a la azafata del vuelo de Washington dos semanas antes. ¿Había sido la última?

Las dos chicas alemanas jugando y acariciándose en la sauna..., no, no quería pensar en Alemania.

Cuanto más trabajaban los dos, menos erección lograba Harod. El sudor corría desde los senos de Tari hacia su pecho. Harod recordó a María Chen dejando la droga a palo seco, tres años antes, el sudor sobre su cuerpo moreno, desnudo, los pequeños pezones erectos por el agua fría con la que él la lavaba, las gotas cayendo en el triángulo negro de su pubis.

-Venga, venga -murmuró Tari, sintiendo el triunfo, arqueándose

como un poni perseguido al ver la cuadra cerca-. Dámelo, querido. Harod se lo dio. Tari gimió, se revolvió, dejó que todo su cuerpo

quedara rígido en un éxtasis simulado que le garantizaría un Oscar si

lo dieran a la mejor interpretación de un orgasmo.

-Oh, querido, cariño -tarareó ella, con las manos en su pelo, la

cara contra su hombro, sus pechos restregándose contra él. Harod abrió los ojos y vio la luz del teléfono parpadeando. -Apártate -ordenó.

Ella se arrellanó contra él mientras él le decía a María Chen que atendería la llamada.

-Harod, soy Charles Colben -gruñó la voz familiar. -¿Qué?

-Esta noche vuelas a Filadelfia. Te esperaremos en el aeropuerto. Harod apartó la mano de Tari de su ingle. Miró el techo. -Harod, ¿me oyes?

-Sí. ¿Por qué a Filadelfia?

-Tienes que ir allí.

-¿Y si no quiero ir?

Esta vez fue Colben el que se quedó callado.

-Ya les dije la semana pasada que estoy fuera de esto -le recordó Harod. Miró a Tari Easten, que fumaba un cigarrillo mentolado. Sus ojos eran tan azules y anodinos como el agua de la piscina de Harod.

-No estás fuera de nada -dijo Colben-. Ya sabes qué pasó con Trask.

-Sí.

-Eso quiere decir que hay una vacante en la junta de gobierno del Island Club.

-No estoy seguro de que aún me interese.

Colben rió.

-Harod, no seas gilipollas, vale más que nosotros no perdamos interés en ti. En cuanto eso suceda, tus amigos de Hollywood tendrán que correr a Forest Lawn para asistir a otro funeral. Te espero en el vuelo de la United de las dos.

Harod colgó cuidadosamente el auricular, dio media vuelta, se levantó de la cama y cogió su pijama naranja con monograma.

Tari apagó el cigarrillo y le miró a través de las pestañas. Su postura, tumbada en la cama, le recordó a Harod una película barata italiana medio porno que Jayne Mansfield interpretó poco tiempo antes de perder la cabeza en un accidente automovilístico.

-Cariño -suspiró ella, casi desbordada de satisfacción-, ¿quieres hablar de aquello?

-¿De qué?

-Del proyecto, claro, tonto -rió ella.

-Claro -dijo Harod, de pie junto al bar, echando zumo de naranja en un vaso alto-. Se llama El tratante de blancas, basado en ese libro que vendían en los supermercados el otoño pasado. Schu Williams será el realizador. Tenemos un presupuesto de doce millones, pero Alan ya da por hecho que lo sobrepasemos en un millón.

Harod sabía que ahora sí que Tari estaba al borde de un orgasmo no fingido.

-Ronny dice que yo soy perfecta para el papel -murmuró.

-Para eso le pagas -dijo Harod, y bebió un largo trago de zumo de naranja. Ronny Bruce era el agente y el caniche más estimado de esa putilla.

-Ronny me dijo que tú habías dicho que yo sería perfecta.

Se aclaró la voz, casi haciendo pucheros.

-Lo dije -admitió Harod-. Y lo eres. -Compuso su sonrisa de cocodrilo-. No para el papel principal, claro. Te sobran veinticinco años, tienes celulitis en el culo y parece que cada una de tus tetas ha engullido una pelota de béisbol.

Tari gritó como si le hubieran pegado en pleno estómago. Su boca se movió, pero no emitió palabra.

Harod acabó su bebida. Tenía los párpados muy pesados.

-El caso es que tenemos el papel de la tía de mediana edad de la Protagonista, la que le busca los ligues. No tiene mucho diálogo, pero sí una buena escena cuando varios árabes la violan en un bazar de Marraquech.

Las palabras empezaron a salir de su boca:

-Eres un hijoputa bastardo chupapollas...

Harod sonrió.

-Eso lo considero un «quizá». Piensa en ello, cariño. Que me llame Ronny; comeremos juntos un día de éstos. Se quitó las gafas y se dirigió al yacuzi.

-¿Por qué un vuelo a estas horas de la noche? -preguntó María Chen cuando sobrevolaban Kansas.

Harod miró la oscuridad exterior.

-Sospecho que sólo están probando mis hilos de marioneta.

Se recostó y miró a María Chen. Alguna cosa había cambiado entre

ellos desde que estuvieron en Alemania. Cerró los ojos, pensó en su

propia cara esculpida en una pieza de ajedrez, los abrió de nuevo. -¿Qué hay en Filadelfia? -preguntó María Chen.

A Harod se le ocurrió un comentario filosófico tipo W. C. Fields,

pero decidió que estaba demasiado cansado para ser frívolo. -No lo sé -dijo-. Estarán Willi o la señora Fuller. -¿Qué harás si está Willi?

-Huir como el demonio -aseguró Harod-. Espero que me ayudes. -Miró alrededor-. ¿Has puesto la Browning en el equipaje como te he dicho?

-Sí. -Dejó la calculadora con la que estaba sumando un presupuesto de vestuario-. ¿Y si está Melanie Fuller?

No había nadie sentado cerca de ellos. Los escasos pasajeros de primera clase dormían.

-Si está sólo ella -dijo Harod-, la mataré.

-¿La matarás, o la mataremos? -preguntó María Chen. -La mataré -contestó Harod. -¿Estás seguro de ser capaz?

Harod la miró y tuvo la clara imagen, casi táctil, de su puño golpeando esos dientes perfectos. Casi valdría la pena -detención, denuncia, todo-, sólo por acabar con esa jodida serenidad oriental. Sólo una vez. Pegarle una ostia y joderla, allí mismo en la primera clase de la United.

-Sí -dijo él-. Es una vieja podrida.

-Willi era..., es un viejo.

-Ya has visto lo que Willi es capaz de hacer. Debe de haber volado directamente de Munich a Washington sólo para liquidar a Trask

de aquella manera. Está loco.

-Tú no conoces a Melanie Fuller. Harod meneó la cabeza.

-Es una mujer -dijo-. No hay ninguna mujer en el mundo que

pueda ser tan ruin como Willi Borden.

Su vuelo de enlace llegó a Filadelfia una hora antes del amanecer. Harod no había podido dormir, la sección de primera clase había estado helada durante todo el viaje desde Chicago y el interior de sus párpados parecía forrado de grava y cola. Aumentó su disposición homicida al darse cuenta de que María Chen tenía un aire fresco y despierto.

Fueron recibidos por tres tipos del FBI horriblemente sanos. El jefe -un hombre apuesto con una herida en la barbilla- dijo:

-¿Señor Harod? Le llevaremos hasta el señor Colben.

Harod entregó su bolsa de viaje al apuesto agente.

-Sí, vamos. Me hace falta una cama.

El agente entregó la bolsa a otro y les condujo hacia unas escaleras, a través de unas puertas en las que se leía «PROHIBIDO EL PASO», y hacia una pista entre la terminal principal y un hangar privado. Una franja de tonos rojos y amarillos prometía la salida del sol en el nublado este, pero las luces de pista aún estaban encendidas.

-Joder -exclamó Harod.

Había allí un helicóptero de seis plazas, de líneas aerodinámicas, pintado de naranja y blanco; los rotores giraban lentamente, las luces de navegación parpadeaban. Un agente mantuvo la puerta abierta mientras el otro se encargaba del equipaje de Harod y María Chen. Charles Colben apareció tras la puerta abierta.

-Joder -repitió Harod.

María Chen meneó la cabeza. Harod detestaba volar en cualquier tipo de aparato, pero odiaba sobre todo los helicópteros. En una época en la que cualquier realizador de Hollywood de quinta categoría se gastaba una tercera parte de su presupuesto alquilando aquellas máquinas peligrosas y absurdas, que, zumbando, bajaban en picado y revoloteaban sobre todos los lugares de rodaje como ratoneras locas con complejo de testigo de Jehová, Tony Harod se negaba a volar en ellas.

-¿No hay ningún jodido transporte terrestre? -gritó él por encima del rugido de los rotores.

-¡Entre! -gritó Colben.

Harod hizo algunos comentarios en voz baja y siguió a María Chen al interior de aquella cosa. Sabía que los rotores estaban por lo menos a dos metros y medio del suelo, pero era imposible caminar bajo esas hojas invisibles sin agacharse.

Aún se estaban poniendo los cinturones de seguridad, ya instalados en el asiento trasero, cuando Colben se volvió y levantó el pulgar, mirando al piloto. Harod pensó que el hombre que iba a los mandos había salido directamente de un casting. chaqueta de cuero desgastada; cara delgada, rocosa; gorra roja; ojos de ex combatiente que miraban con tedio. El piloto habló por el

micrófono unido a sus auriculares, empujó hacia delante una palanca con la mano izquierda, tiró de otra palanca con la mano derecha y el helicóptero rugió, se levantó, inclinó el morro hacia abajo y empezó a avanzar a unos veinte metros del suelo.

-Ah, mierda -murmuró Harod. Era como si fueran en una tabla encima de mil cojinetes.

Llegaron a una zona libre de la terminal, conversaron con la torre y se lanzaron hacia delante y arriba. Antes de cerrar los ojos, Harod vislumbró abajo refinerías de petróleo, un río y la enorme silueta de un petrolero.

-La vieja está aquí -dijo Colben.

-¿Melanie Fuller? -preguntó Harod.

-¿Quién sí no? -respondió Colben-. ¿Helen Hayes? -¿Dónde?

-Ya lo verás.

-¿Cómo habéis dado con ella? -Eso es cosa nuestra.

-¿Qué hay que hacer?

-Te lo diré cuando llegue el momento. Harod abrió los ojos.

-Me encanta hablar contigo; es como hablar con tus propios sobacos.

El hombre calvo hizo una mueca a Harod y después sonrió.

-Tony, monada, personalmente creo que eres un pedazo de mierda de perro, pero por alguna razón que no entiendo el señor Barent cree que podrías pertenecer al Club. Es tu gran oportunidad. No la eches a perder.

Harod rió y cerró los ojos.

María Chen les observaba mientras volaban a lo largo de un río sinuoso, gris. Los edificios altos del centro de Filadelfia retrocedían a la derecha. Hileras de casas y la cuadrícula marrón de ladrillos de la ciudad, cortada por varias autopistas, se extendían a la derecha, mientras una extensión aparentemente infinita de parque, colinas bajas cubiertas de árboles desnudos y nieve, acompañaban al río a la izquierda. Estaba amaneciendo, la luz crecía entre el horizonte, y las nubes bajaban hacia centenares de ventanas en rascacielos y otros edificios reflejaban la luz. Colben puso su mano en la rodilla de María.

-Mi piloto es un veterano del Vietnam -dijo-. Es como tu.

-Yo nunca estuve en Vietnam -murmuró María Chen.

-No -dijo Colben, y movió la mano más arriba, hacia el muslo. Harod parecía dormitar-. Quiero decir que es un «neutral». Nadie se mete con él.

María Chen tensó las piernas, inmovilizó la mano del hombre

con la suya. Los otros tres agentes los observaban y el hombre de la herida en la barbilla sonreía ligeramente.

-Tío -dijo Harod, con los ojos todavía cerrados-, ¿eres zurdo o diestro?

Colben frunció el ceño.

-¿Por qué?

-Sólo siento curiosidad por saber si serás capaz de continuar cuando te haya aplastado la diestra -dijo Harod. Abrió los ojos. Los dos hombres se miraron.

Los tres agentes se desabrocharon las americanas con un movimiento que parecía ensayado.

-Hemos llegado -anunció el piloto.

Colben apartó la mano y se volvió hacia delante.

-Déjanos cerca del centro de comunicaciones -dijo. Era una orden innecesaria. Un pequeño bloque en el centro de un barrio en ruinas, todo hileras de casas y fábricas abandonadas, estaba rodeado por una valla de madera. Cuatro caravanas habían sido situadas cerca del centro del solar y algunos coches y furgonetas estaban aparcados en el lado sur. Una de las furgonetas y dos de las caravanas tenían antenas de ondas ultracortas en el techo. Había una pista de aterrizaje para helicópteros señalada por paneles de plástico naranja.

Todos, excepto María Chen, se agacharon al salir a causa de las palas de los rotores. La ayudante de Harod salió muy erguida, pisando cuidadosamente con sus altos tacones entre los charcos y el barro. Su postura no denotaba tensión. El piloto no descendió y los rotores siguieron girando.

-Es una breve parada -explicó Colben dirigiéndose a una de las caravanas-. Después tendrás trabajo.

-El único trabajo que haré esta mañana será encontrar una cama -dijo Harod.

Las dos caravanas del centro iban de norte a sur y estaban unidas en un extremo por una gran puerta común. La pared occidental era una masa de monitores de televisión y mesas de control. Ocho hombres con camisas blancas y corbatas oscuras estaban sentados ante los monitores y cuchicheaban de vez en cuando por los micrófonos.

-Parece un jodido control de operaciones -dijo Harod.

Colben asintió.

-Es nuestro centro de control y comunicaciones -confirmó con un leve toque de orgullo en la voz.

El hombre del primer monitor miró a Colben y dijo:

-Larry, éste es el señor Harod y ésta, la señorita Chen. El director les llamó para que participaran en nuestra operación.

Larry saludó con la cabeza a las supuestas estrellas y Harod comprendió que aquéllos eran agentes normales del FBI, sin duda ignorantes de su verdadera misión.

-¿Qué buscamos? -preguntó Harod.

Colben señaló el primer monitor.

-Ésta es la casa de Queen Lane donde el sospechoso y no identificado joven caucasiano vive con una tal Anne Marie Bishop, 53 años, soltera, que está sola desde que su hermano murió en mayo de este

año. El grupo Alfa estableció la base de vigilancia al otro lado de la calle, en el segundo piso de un almacén. El número dos muestra la parte

trasera de la misma casa, desde un tercer piso vacío del otro lado del callejón. El número tres, el callejón desde una furgoneta de la Bell Te_ lephone.

-¿Ella está allí ahora? -preguntó Harod señalando la imagen en blanco y negro de la pequeña casa blanca.

Colben meneó la cabeza y les condujo hasta el fondo, a un monitor,

que mostraba una vieja casa de piedra. La cámara evidentemente se encontraba en un primer plano y el tráfico a veces tapaba la vista. -Ahora está en Grumblethorpe -dijo. -¿Dónde?

-Grumblethorpe. -Colben señaló dos grupos ampliados de planos urbanos en la pared sobre el monitor-. Es una casa histórica. Casi siempre cerrada al público. Pasa mucho tiempo allí.

-A ver si lo entiendo -dijo Harod-. ¿La señora de la que hablamos está escondida en un monumento nacional?

-No es un monumento nacional -respondió Colben-, sólo una casa de interés histórico local. Pero sí, pasa la mayor parte del tiempo, allí. Por la mañana..., por lo menos las dos mañanas que los hemos observado, ella y la otra vieja y el chico van a Queen Lane probablemente para ducharse y comer caliente.

-Dios -dijo Harod. Miró a los hombres y el equipo de alrededor-. ¿De cuántos hombres dispones?

-De sesenta y cuatro -respondió Colben-. Las autoridades locales saben que estamos aquí, pero tienen órdenes de mantenerse al margen. Podemos necesitar un poco de control de tráfico cuando esto

se acabe.

Harod sonrió y miró a María Chen.

-Sesenta y cuatro agentes especiales, un maldito helicóptero, un millón de dólares de chatarra de guerra de las galaxias, todo para joder

a una tía de ochenta años. -Larry y otros dos agentes le miraron con curiosidad-. Continúen el trabajo, señores -dijo Harod con su mejor voz de VIP-, la nación está orgullosa de ustedes.

-Vamos a mi despacho -murmuró Colben fríamente.

Los despachos ocupaban la caravana articulada que iba de oeste a

este en el extremo sur del complejo. El despacho de Colben era un

poco más que un cuchitril, pero algo menos que una sala.

-¿Qué hay en el otro extremo de esta caravana? -preguntó Harod cuando él y María Chen y el ayudante del director del FBI se hubieron sentado alrededor de una pequeña mesa.

Colben vaciló.

-Instalaciones para detención e interrogatorio -dijo por fin. -¿Queréis interrogar a Melanie Fuller?

-No -contestó Colben-. Es demasiado peligrosa. Queremos matarla.

-¿Habéis detenido a alguien y lo estáis interrogando ahora? -Quizá -dijo Colben-. Pero a ti esto no te incumbe. Harod suspiró.

-Muy bien, tío, ¿qué me incumbe a mí? Colben miró a María Chen.

-Esto es confidencial. ¿No puedes funcionar sin Conn Chung,

Tony?

-No -dijo Harod-. Y si le pones la boca o la mano encima, te

lo advierto, Barent tendrá otra vacante en el Island Club.

Colben sonrió levemente.

-Hay una cosa que tenemos que arreglar tú y yo, pero más tarde.

Entre tanto, tenemos una misión por terminar, y tú tienes trabajo. Deslizó una foto sobre la mesa.

Harod la estudió. Instantánea de Polaroid, en color, con luz diurna,

de una atractiva joven negra -de veintidós o veintitrés años- delante

de un semáforo esperando que la luz cambiase. Tenía el pelo rizado,

demasiado corto para ser considerado afro, ojos grandes, cara oval delicada y labios gruesos. Harod se fijó en sus pechos, pero el abrigo de

camello que llevaba era demasiado abultado para permitirle hacerse

una idea.

-Una tía con buena pinta -dijo-. Sin categoría de estrella, pero

probablemente le haría una prueba cinematográfica para un papel importante. ¿Quién carajo es?

-Natalie Preston -contestó Colben. Harod le miró sin comprender.

-Su padre cayó en Charleston hace algunas semanas por haberse

cruzado en el camino de Nina Drayton y Melanie Fuller.

-¿Y?

-Y está muerto y de repente la señorita Preston aparece aquí, en

Filadelfia.

-¿Crees que busca a Fuller?

-No, Tony, pensamos que la hija desconsolada abandonó el cadáver del padre, abandonó sus estudios en St. Louis y cogió un avión hacia Germantown, Pennsylvania, debido a un súbito interés por la historia de Estados Unidos. Claro que está sobre la pista de la vieja, estúpido.

-¿Cómo la ha encontrado? -preguntó Harod. Seguía mirando la foto.

-Por los miembros de la pandilla -explicó Colben. Ante la sorprendida mirada de Harod, continuó-: Dios mío, ¿en Hollywood no hay periódicos ni televisión?

-He estado ocupado con un proyecto de doce millones de dólares -se excusó Harod-. ¿Qué asesinatos?

Colben le contó lo de los asesinatos de Nochebuena.

-Y dos más desde entonces -concluyó-. Horroroso.

-¿Y por qué este apetitoso trozo de chocolate habría de relacionar ciertos crímenes de Filadelfia con Melanie Fuller? -preguntó Harod-. ¿Y cómo descubriste que ella y la vieja estaban aquí?

-Tenemos nuestras fuentes -dijo Colben-. Y en cuanto a esta negrita, le hemos pinchado el teléfono, y también el de un sheriff chiflado con el que está en contacto. Se dejan cortos y divertidos mensajes en él contestador de él. Mandamos a un tipo allá para que dejara los recados que nos interesa dejar y borrara el resto.

Harod meneó la cabeza.

-No lo comprendo. ¿Qué tengo yo que ver con este jaleo? Colben cogió un abrecartas y empezó a jugar con él.

-El señor Barent decidió que esto es precisamente lo tuyo, Tony. -¿Qué?

Harod le pasó la fotografía a María Chen. -Cuidar de la señorita Preston.

-Ajá -dijo Harod-. Nuestro contrato se refería a Melanie Fuller. Sólo a ella.

Colben levantó las cejas.

-¿Qué pasa, Tony? ¿Te da miedo esta chica? ¿Qué más te da miedo, tío?

Harod se frotó los ojos y bostezó.

-Cuida de este detalle -dijo Colben- y es posible que no tengas que preocuparte de Melanie Fuller.

-¿Quién lo dice?

-Lo dice Barent. Caramba, Harod, esto es una entrada gratis al club más selecto de la historia. Sé que eres un cretino, pero esto es sencillo incluso para ti.

Harod bostezó de nuevo.

-¿Ya os ha pasado por vuestras cabezas de cuadrapléjicos intelectuales la idea de que no me necesitáis para hacer vuestro sucio trabajo? -preguntó él-. Tenéis a la vieja en las lentes de vuestra cámara

varias veces al día, me lo acabas de decir. Sólo hay que poner una mira

telescópica en una 30-06 y asunto resuelto. ¿Y qué problema hay con

Natalie..., cómo se apellida? ¿Tiene «aptitud» o algo semejante?

-No -contestó Colben-. Natalie Preston tiene una licenciatura

en arte de Oberlin y dos terceras partes de un diploma de Magisterio.

Una joven muy pacífica.

-Entonces, ¿por qué yo?

-Cuotas -dijo Colben-. Todos pagamos nuestras cuotas. Harod cogió otra vez la foto de manos de María Chen. -¿Qué quieres que haga? ¿Que la detenga y la interrogue?

-No es necesario -dijo Colben-. Conseguimos toda la información que ella podría darnos a través de otra fuente. Sólo la queremos

fuera de juego.

-¿Para siempre? Colben rió entre dientes.

-¿En qué otra cosa piensa, señor Harod?

-Pensaba que quizá le gustaran unas pequeñas vacaciones forzadas en Beverly Hills -dijo Harod. Tenía los párpados muy pesados.

Se humedeció los labios con un movimiento rápido de la lengua. Colben rió de nuevo.

-Lo que sea -dijo-. Pero al final la solución tendrá que ser definitiva en relación a ésta..., ¿cómo dirías?, este apetitoso trozo de chocolate. Lo que le hagas antes no nos importa, Tony. Sólo queremos que

no se escape.

-Eso no sucederá -aseguró Harod. Miró a María Chen y después de nuevo la foto-. ¿Sabes dónde está ahora?

-Sí -dijo Colben. Cogió un trozo de papel y miró lo impreso por

el computador-. Aún está en el Chelten Arms. Un pequeño hotel a

unas doce manzanas de aquí. Haines puede llevarte allí ahora mismo. -Ajá -exclamó Harod-. Primero quiero un hotel para mí..., un

buen hotel, una suite si es posible. Y después de siete u ocho horas de

sueño...

-Pero el señor Barent...

-A tomar por el culo C. Arnold Barent -dijo Harod con una

sonrisa-. Que liquide a la tía él mismo si no está satisfecho. Ahora

que Haines o quien sea nos lleve a un buen hotel.

-¿Y Natalie Preston?

Harod se detuvo en la puerta. -Supongo que también la vigiláis. -Claro.

-Bien, di a tus chicos que la entretengan ocho o nueve horas más.

-Se volvió hacia la puerta, pero se detuvo y miró a Colben-. No has respondido a mi pregunta. Has estado vigilando a Melanie Fuller durante varios días. ¿Por qué arrastrar más esta mierda? ¿Por qué no acabas con ella y te largas?

Colben cogió el abrecartas.

-Porque queremos comprobar si hay alguna relación entre la señorita Melanie y tu antiguo amo, el señor Borden. Estamos esperando a que Willi cometa un error, a que saque las garras.

-¿Y si lo hace?

Colben sonrió y pasó la hoja del abrecartas por su garganta.

-Si lo hace..., cuando lo haga, tu amigo Willi deseará haber estado en esa habitación con Trask cuando la bomba estalló.

Harod y María Chen alquilaron habitaciones en el Chestnut Hill Inn, un motel de lujo a diez kilómetros de la avenida Germantown, después de los últimos tugurios de la ciudad, en un sector de calles bordeadas de árboles y parques aislados. Colben también estaba registrado allí. El agente de la barbilla herida designó a un hombre rubio del FBI para quedarse allí con un coche. Harod durmió seis horas y se despertó desorientado y más cansado que cuando había llegado. María Chen le sirvió un vodka con zumo de naranja y se sentó al borde de la cama mientras Harod bebía.

-¿Qué vas a hacer con respecto a la chica? -preguntó. Harod dejó el vaso y se frotó la cara. -¿Qué te importa?

-Nada.

-Entonces no me hagas preguntas. -¿Quieres que te acompañe?

Harod pensó en ello. No se sentía bien sin alguien que le cubriera la espalda, pero en este caso podría no ser necesario. Cuanto más pensaba en eso, menos necesario le parecía.

-No -dijo-. Puedes quedarte aquí y trabajar en la correspondencia de la Paramount. No tardaré mucho.

María Chen salió de la habitación sin decir palabra.

Harod se duchó y se vistió con un jersey de seda de cuello alto, pantalones de lana caros y una americana negra con forro de vellólx Llamó al número que Colben le había dado.

-¿Natalie como-se-llame aún corre por ahí fuera? -le preguntó Harod.

-Se estuvo paseando por los barrios bajos, pero volvió al hotel para la cena -explicó Colben-. Pasa mucho tiempo con aquella pandilla de negros.

-¿La que ha estado perdiendo miembros?

Colben rió alegremente.

-¿Qué cojones es tan divertido? -preguntó Harod.

-Tu elección de palabras -rió Colben-. Perder miembros. Es exactamente lo que ha estado sucediendo. A los dos últimos los descuartizaron y les cortaron la polla.

-¿Joder! -exclamó Harod-. ¿Y tú piensas que lo hizo Melanie Fuller?

-No lo sabemos -respondió Colben-. No vimos a ese chico que está con ella salir de Grumblethorpe antes de los asesinatos, pero puede estar «usando» a otro.

-¿Qué tipo de vigilancia tenéis en Grumblethorpe?

-Podría ser mejor -dijo Colben-. No podemos tener una furgoneta de la compañía de teléfonos en cada callejón, incluso una vieja sospecharía. Pero tenemos una buena cobertura de la parte delantera, una cámara para el patio trasero y agentes alrededor de toda la manzana. Si la vieja asoma la cabeza, lo sabremos.

-Bueno -dijo Harod-. Mira, trataré de ese otro detalle esta noche, y después quiero estar fuera de aquí mañana por la mañana.

-Tendremos que consultarlo con Barent.

-Joder -protestó Harod-. No voy a quedarme aquí hasta que Willi Borden aparezca. Sería esperar mucho. Willi está muerto.

-No habrá que esperar tanto -dijo Colben-. Tenemos que encargarnos de la vieja.

-¿Hoy?

-No, pero pronto.

-¿Cuándo?

-Te lo diremos si es preciso que lo sepas.

-Encantado de hablar contigo -dijo Harod, y colgó.

Un agente, joven y rubio, llevó a Harod a la ciudad. Señaló el Chelten Arms y encontró un lugar para aparcar media manzana más adelante. Harod le dio una propina.

Era un viejo hotel que luchaba por mantener su dignidad en circunstancias degradantes. El vestíbulo era viejo, pero el bar-comedor ostentaba una agradable penumbra y había sido renovado recientemente. Harod pensó que el hotel hacía la mayor parte del negocio con los pocos comerciantes blancos que quedaban en la zona. Fue fácil reconocer a la chica negra, sentada en un rincón, comiendo una ensalada y leyendo un libro. Era tan atractiva como la instantánea Polaroid prometía, y más, pensó Harod, al ver sus pechos llenos que colmaban su blusa marrón. Harod pasó un minuto en el bar intentando descubrir a los hombres del FBI que vigilaban. Sólo el tipo joven del bar -traje de tres piezas caro y aparato para sordos- lo era con certeza. Harod tardó un poco más en identificar al negro pesado que comía sopa de almejas y miraba a Natalie constantemente. «¿Contratan negros en el FBI hoy en día? -se preguntó Harod-. Probablemente tienen una cuota.» Pensó que debía de haber por lo menos un agente más en el vestíbulo, quizá leyendo un diario. Cogió su vodka con tónica y se dirigió a la mesa de Natalie Preston.

-Hola, ¿le importa que le haga compañía un minuto?

La chica levantó los ojos del libro. Harod leyó el título: La enseñanza como profesión.

-Sí -contestó ella-. Me importa.

-De acuerdo -dijo Harod, y adornó con su americana el respaldo de una silla-. A mí no me importa.

Se sentó.

Natalie Preston abrió la boca para hablar y Harod extendió su mente y presionó... levemente, suavemente. No hubo palabras. Ella intentó ponerse en pie, pero se quedó paralizada en mitad del movimiento. Tenía los ojos muy abiertos.

Harod le sonrió y se recostó en su silla. No había nadie sentado cerca. Cruzó los brazos sobre el estómago.

-Te llamas Natalie -dijo-. ¿Qué te parece si nos divertimos un poco?

Relajó un poco su dominio para dejar salir un murmullo pero no un grito. Ella bajó la cabeza y jadeó.

Harod meneó la cabeza.

-No estás jugando bien, Natalie, guapa. He dicho: ¿qué te parece si nos divertimos un poco?

Natalie Preston levantó los ojos, aún jadeaba como si estuviera corriendo. Sus ojos castaños brillaban. Se aclaró la garganta, descubrió

que su voz funcionaba y murmuró: -Vete a la mierda..., hijo de puta... Harod se irguió.

-Ajá -dijo-, una respuesta equivocada.

Observó a Natalie mientras se doblaba por un súbito dolor de cabeza. Harod había sufrido terribles jaquecas cuando era niño; sabía lo

molesto que era. Un camarero que pasaba se detuvo y dijo: -¿Se encuentra bien, señorita?

Natalie se puso derecha lentamente, como una muñeca mecánica: Su voz era ronca.

-Sí -dijo-. Estoy bien. Son sólo dolores menstruales.

El camarero se alejó, desconcertado. Harod tuvo que sonreír. «Dios -pensó-, que buen ventrílocuo sería yo.» Se inclinó hacia de lante y le acarició la mano. Ella intentó apartarse. Necesitó una mayor concentración para impedírselo. Sus ojos empezaron a adquirir la ravia de animal acorralado que a él le gustaba.

-Empezemos de nuevo -murmuró Harod-. ¿Qué te gustaría hacer esta noche, Natalie?

-Me... gustaría... chupar... tu... polla.

Le arrancaba cada sílaba, pero así estaba bien para Harod. Los grandes ojos castaños de Natalie se llenaron de lágrimas.

-¿Qué más? -tarareó Harod. Fruncía la frente por el tremendo esfuerzo del control. Aquel trozo de chocolate requería más esfuerzo del que él estaba acostumbrado a emplear-. ¿Qué más?

-Quiero... que... me... jodas.

-Claro, guapa, no tengo nada más que hacer durante las próximas horas. Vamos a tu habitación.

Se levantaron.

-No te olvides de pagar -cuchicheó Harod. Natalie dejó un billete de diez dólares en la mesa.

Cuando salían, Harod guiñó el ojo a los dos agentes que estaban en el bar. Otro hombre con un traje oscuro bajó el periódico y les miró con atención mientras esperaban el ascensor. Harod sonrió, hizo un círculo con el índice y el pulgar izquierdos y pasó el dedo corazón de la otra mano por ese círculo seis veces en rápida sucesión. El agente se sonrojó y levantó el diario. Nadie les siguió en el ascensor ni en el vestíbulo del tercer piso.

Harod le quitó las llaves y abrió la puerta. La dejó allí de pie, con la mirada perdida, mientras examinaba la habitación. Limpia pero pequeña, cama, mesa, televisor en blanco y negro con un pie giratorio, una maleta abierta sobre un soporte bajo. Harod sacó de ella un par de prendas de ropa interior de la chica, se las pasó por la cara, miró el cuarto de baño y, por la ventana, la escalera de emergencia, el callejón, los tejados bajos más allá.

-¡De acuerdo! -dijo alegremente, dejando la ropa interior a un lado y apartando una silla verde baja de la pared. Se sentó-. El espectáculo va a empezar, guapa. -Ella quedó entre él y la cama. Sus brazos caían inertes en sus costados, pero Harod podía ver cómo se estremecía con el esfuerzo por liberarse. Harod sonrió e intensificó su dominio-. Un poco de striptease antes de la cama siempre es divertido, ¿no te parece? -sonrió.

Natalie continuó mirando al frente mientras sus manos subían y desabotonaban lentamente la blusa. Se la quitó y la dejó caer al suelo. Sus pechos grandes en un sostén blanco anticuado le recordaron a Harod a alguien..., ¿a quién? De repente se acordó de la azafata, dos semanas atrás. Su piel era tan pálida como la de ésta era oscura. ¿Por qué usarían esos sostenes tan simples, tan anodinos?

Harod meneó la cabeza y Natalie llevó las manos a su espalda para abrir los corchetes. El sostén se deslizó hacia adelante y cayó. Harod miró las areolas castañas y se lamió los labios. Podía hacer que jugara un poco antes de que empezara con él.

-Muy bien -dijo en voz baja-, creo que ya es hora de...

Hubo un gran estruendo y Harod se volvió a tiempo de ver cómo se desplomaba la puerta, cómo un gran bulto tapaba la luz que venía del vestíbulo, a tiempo de pensar que había dejado la Browning en la maleta de María Chen.

Harod había empezado a levantarse, había empezado a levantar los brazos, cuando algo del tamaño y el peso de un yunque le golpeó la cabeza y le hizo caer en la silla, en los cojines, sobre un suelo que tomaba la textura blanda de la tapioca, hasta una oscuridad sofocante que le esperaba.

23

Melanie

Era muy difícil mantener a Vincent limpio. Era uno de esos chicos que sudan suciedad por todos los poros. Sus uñas estaban negras una hora después de que yo se las hubiera limpiado. Era una lucha constante por conservar limpias sus ropas.

El día de Navidad descansamos. Anne hizo la comida, puso discos navideños en el gramófono e hizo la colada mientras yo leía pasajes de las Escrituras y reflexionaba. Era un día tranquilo. De vez en cuando Anne se dirigía al televisor para encenderlo -antes de conocerme veía de seis a ocho horas de televisión diarias-, pero ahora el condicionamiento la dominaba y siempre encontraba otra cosa que hacer. Yo misma dediqué algunas horas de ocio banal a mirar la televisión la primera semana que pasamos en casa de Anne, pero una noche, cuando daban las noticias de las once, hubo un flash de treinta segundos sobre lo que llamaban «Los asesinatos de Charleston». «La policía del Estado aún busca a la mujer desaparecida», leyó la locutora. Decidí que no habría más televisión en casa de Anne Bishop.

El sábado, dos días después de Navidad, Anne y yo fuimos de compras. Ella tenía un DeSoto de 1953 en el garaje; era un vehículo feo, verde, cuya forma me hacía pensar en un pez asustado. Anne conducía de una manera tan vacilante y cautelosa que antes de que pudiéramos salir de Germantown la hice cambiar de asiento y puse a Vincent al volante. Nos dirigimos fuera de Filadelfia, hacia un paseo de tiendas caras en una zona llamada King of Prussia -posiblemente el nombre más absurdo que he oído para un suburbio-. Estuvimos de compras durante cuatro horas y adquirí algunas prendas muy bellas, aunque ninguna tan bonita, estoy segura, como las que dejé en el aeropuerto de Atlanta. Encontré un agradable abrigo de trescientos dólares -azul oscuro con botones de marfil- que pensé que me ayudaría a soportar el horrible frío del invierno yanqui. Anne disfrutó pagándome esos caprichos y no quise oponerme a su felicidad.

Esa noche volví a Grumblethorpe. Era agradable andar por las habitaciones a la luz de las velas, sin otra compañía que las sombras y los cuchicheos. Esa tarde, Anne había comprado dos pistolas en una tienda de deportes del paseo. Al joven dependiente de grasiento pelo rubio y sucios zapatos de lona le divirtió la ingenuidad de aquella vieja que deseaba comprar una escopeta para su hijo. Recomendó dos pistolas caras de aire comprimido de calibre 12 o 16, según el tipo de caza que le interesase al hijo de Anne. Anne compró las dos, y también seis cajas de balas para cada una. Ahora, mientras yo recorría las salas de Grumblethorpe con la palmatoria para la vela, Vincent lubricaba y acariciaba las armas en la penumbra de la cocina.

Nunca había «usado» a nadie como Vincent antes. Comparé su mente a una jungla y entonces descubrí una metáfora aún más apta. Las imágenes que revoloteaban por lo que restaba de su consciencia eran casi exclusivamente de violencia, muerte y destrucción. Cogí visiones momentáneas de miembros de su familia -la madre en la cocina, el padre durmiendo, una hermana mayor en el suelo de baldosas de una lavandería-, pero no sé si eran realidad o fantasía. Dudo que el mismo Vincent lo supiera. Nunca se lo pregunté y él no me podría haber respondido si lo hubiera hecho.

«Usar» a Vincent era más bien como montar un buen potro fogoso; bastaba con aflojar las riendas para que la bestia hiciera todo lo que deseabas. Era increíblemente fuerte para su tamaño y constitución, de manera casi inexplicable. Era como si grandes oleadas de adrenalina llenaran el sistema de Vincent en cualquier situación, y cuando estaba realmente excitado su fuerza se hacía casi sobrenatural. Descubrí que era estimulante compartir esto, incluso de una forma un poco pasiva. Cada día me sentía más joven. Sabía que cuando llegara a mi casa en el sur de Francia, posiblemente el próximo mes, estaría tan rejuvenecida que ni Nina me reconocería.

Sólo las pesadillas sobre Nina estropeaban esos días posteriores a Nochebuena. Los sueños eran siempre los mismos: los ojos de Nina que se abrían, la cara de Nina como una máscara blanca con un agujero como una pequeña moneda en la frente; Nina sentándose en su ataúd, los dientes amarillos y afilados, los ojos azules levantándose en sus cuencas vacías en una marea de gusanos.

Esos sueños no me gustaban.

El sábado por la noche dejé a Anne en el primer piso de Grunblethorpe, vigilando la puerta, mientras yo me acurrucaba en la cama

plegable de la habitación de los niños y dejaba que los cuchicheos me condujeran hacia el sueño.

Vincent salió del túnel. Sugería imágenes de nacimiento: el túnel largo y estrecho; paredes estrechas, que apretaban; el olor dulce, fuerte de suelo no muy diferente del olor cobrizo de la sangre; la apertura estrecha al final; el aire nocturno tranquilo como una explosión de luz y sonido.

Vincent recorrió el callejón oscuro, saltó una valla, atravesó un solar vacío y penetró en las sombras de la otra calle. Las pistolas quedaban atrás, en la cocina de Grumblethorpe; él sólo llevaba la guadaña -su largo mango de madera reducido a treinta y cinco centímetrosy su navaja.

Estaba segura de que en verano estas calles estarían llenas de negros -mujeres gordas sentadas en los pórticos y conversando como babuinos o mirando estúpidamente cómo niños andrajosos jugaban por todas partes y hombres fláccidos sin trabajo, sin aspiraciones y sin medios de vida manifiestos andaban sin prisa hacia los bares y las esquinas-. Pero esa noche, en pleno invierno, las calles estaban oscuras y tranquilas, las persianas, echadas en las ventanas de las casas estrechas y las puertas, cerradas en las fachadas de las hileras de casas. Vincent no se movía como una sombra silenciosa, se convirtió en sombra, deslizándose de callejón a calle, de calle a solar, de solar a patio sin más alteración del silencio que una brisa oscura.

Dos noches antes había seguido a los miembros de la pandilla hasta una gran casa rodeada de solares, a poca distancia del tren elevado cuyo terraplén cortaba aquella parte del gueto como una enorme Gran Muralla, una tentativa inútil de algún grupo más civilizado de sitiar a los bárbaros. Vincent se escondió entre los hierbajos helados, cerca de un coche abandonado, y observó.

Formas negras se movían delante de ventanas iluminadas como caricaturas de un espectáculo de sombras chinescas. Por fin, cinco de ellos salieron del edificio. En la penumbra no los reconoció, pero no importaba. Vincent esperó hasta que casi desaparecieron de su vista al fondo del callejón, junto al terraplén del ferrocarril, y entonces los siguió. Era estimulante compartir aquella caza silenciosa, aquel deslizarse casi sin esfuerzo por la oscuridad. Los ojos de Vincent funcionaban casi tan bien en la penumbra como los de la mayoría de la gente a plena luz. Era como compartir la mente y los sentidos de un gato cazador, fuerte y sigiloso. Un gato hambriento.

Había dos chicas de color en el grupo. Vincent se paraba cuando el grupo se detenía. Olfateó el aire, para apoderarse del olor fuerte, animal, de los machos. En el Sur ya no se usa esa palabra para referirse a los negros, pero pocas palabras se aplican tan adecuadamente. Es sabido que el macho negro se excita rápidamente y sin prejuicios como un semental o un perro cerca de una perra en celo; Vincent observaba cómo copulaban en el sombrío terraplén, el tercer chico miraba hasta que llegó su turno, las piernas desnudas, negras, de las chicas se abrían y cerraban contra las caderas en febril movimiento de los machos penetradores. Todo el cuerpo de Vincent se encrespaba con la necesidad de actuar ya, pero yo le hice mirar a otra parte, esperar hasta que los chicos hubieran calmado su lascivia y las chicas se marchasen hablando a gritos y riéndose -tan inocentes y cándidas como gatos de callejón saciados- a casa. Cuando eso sucedió, liberé a Vincent.

Les esperaba cuando los tres chicos giraron por una esquina al fondo de la calle Bringhurst, cerca de una fábrica de zapatos abandonada. La guadaña cogió al primer chico por el estómago, le atravesó el cuerpo y le tocó la espina dorsal al salir. Vincent lo dejó allá y fue a por el segundo con la navaja. El tercero huyó.

Antes, cuando yo iba al cine, antes de la Segunda Guerra Mundial, antes de que las películas se convirtieran en la acumulación de charlatanería obscena y estúpida que son hoy, me gustaban las escenas de criados de color asustados. Me acuerdo de haber visto El nacimiento de una nación cuando era una niña y de haberme reído cuando los niños de color se asustaban de alguien con una sábana. Recuerdo que fui a un cine de cinco pfennigs en Viena con Nina y

Willi, a ver una vieja película de Harold Lloyd y que me reí con la multitud del absurdo miedo de Stepin Fetchit. Recuerdo una vieja película de Bob Hope que vi en la televisión -antes de que la vulgaridad de los años sesenta me hiciera desistir de la televisión para siempre- y la risa que me produjo la cara blanca de miedo del ayudante de color de Bob Hope en esa farsa de fantasmas. La segunda víctima de Vincent parecía uno de aquellos actores -enorme, blanco, ojos abiertos, una mano en la boca abierta, las rodillas juntas, los pies extendidos-. En Grumblethorpe, reí a carcajadas en el silencio de la habitación de los niños incluso cuando Vincent usó la navaja para hacer lo que había que hacer.

El tercer chico logró huir. Vincent quería perseguirle, se esforzó por ir detrás de él como un perro que tiraba con fuerza de la correa, pero yo lo contuve. El negro conocía las calles mejor y la eficacia de Vincent residía en su habilidad para esconderse y la sorpresa. Yo sabía lo arriesgado que era ese juego y no tenía intención de derrochar a Vincent después de lo que me había costado ponerlo a punto. Pero antes de hacerle volver, le dejé divertirse con los dos fiambres. Sus pequeños juegos no llevaron mucho tiempo y satisficieron algo que aún estaba al acecho en la zona más profunda de la jungla de su cerebro.

Fue después de haberle quitado la chaqueta al segundo chico que la foto cayó. Vincent estaba demasiado ocupado para notarlo, pero yo

le hice dejar la guadaña y cogerla. Se trataba de una foto del señor Thorne y de mí.

Me senté muy derecha en la habitación de los niños de Grumblethorpe.

Vincent volvió inmediatamente. Yo le esperaba en la cocina y cogí la foto de sus dedos sucios. No había duda, la imagen era borrosa, evidentemente una parte ampliada de otra foto, pero yo era perfectamente visible y no había confusión posible respecto al señor Thorne. Supe enseguida que debía de ser del señor Hodges. Durante años vi cómo ese hombrecillo miserable y su miserable cámara hacían instantáneas de su miserable familia. Creía haber tomado todas las precauciones necesarias para no entrar en sus fotos, pero era evidente que no fue así.

Me senté en la fría cocina de piedra y ladrillo de Grumblethorpe y sacudí la cabeza. ¿Cómo había llegado eso a las manos de un chico negro? Era evidente que alguien me estaba buscando. Pero ¿quién? ¿La policía? ¿Cómo podrían sospechar que yo estaba en Filadelfia? ¿Nina?

Nada de lo que yo pudiera pensar tenía sentido.

Hice que Vincent se bañara en una gran bañera galvanizada que Anne había comprado. Ella trajo un calentador de queroseno, pero la noche era fría y el vapor se levantaba de la carne blanca de Vincent mientras él se bañaba. Después le ayudó a lavarse el pelo. Qué imagen debíamos de componer los tres, dos tías muy dignas bañando a su valeroso sobrino recién llegado de una batalla, su carne echando vapor al aire frío mientras la luz de las velas creaba sombras de tres metros de alto en la tosca pared.

-Vincent, cariño -dije yo en voz baja mientras le ponía el champú-, tenemos que descubrir de dónde ha salido esa foto. No esta noche, querido, las calles estarán muy animadas esta noche cuando se descubra tu trabajo. Pero pronto. Y cuando descubras quién le dio la foto al chico de color, traerás a esa persona aquí...

24

Washington, sábado 27 de diciembre de 1980

Saul Laski yacía en su tumba de acero y pensaba en la vida. Se estremeció de frío por el aire acondicionado, levantó las rodillas hacia el pecho e intentó recordar detalles de una mañana de primavera en la granja de su tío. Pensó en la luz dorada que tocaba las pesadas ramas de los sauces, y en un campo de margaritas blancas más allá de la fortaleza de piedra del granero de su tío.

Saul tenía dolores; su hombro izquierdo y el brazo le dolían sin cesar, la cabeza le daba punzadas, sus dedos hormigueaban de dolor y la parte interior de su brazo derecho palpitaba por el dolor de todas las inyecciones que le habían dado. Saul se alegró de los dolores, eso lo animó. El dolor era el único guía que tenía en una niebla espesa de medicación y desorientación.

Saul había quedado un poco descolgado en el tiempo. A veces era consciente de ello, pero no podía hacer nada al respecto. Los detalles estaban allá -por lo menos hasta el instante de la explosión en el edificio de oficinas del Senado-, pero no podía ordenarlos y relacionarlos. Por un minuto yacía en su estrecha litera en la celda de acero -una litera empotrada, una reja de aire acondicionado, un banco y un lavabo de acero, una puerta de metal en la pared- y al momento siguiente intentaba esconderse en la paja, sentía el aire frío de la noche polaca entrando por la ventana agrietada y sabía que el oberst y los guardias alemanes vendrían pronto a buscarlo.

El dolor era un guía. Los pocos minutos de claridad en esos primeros días después de la explosión habían sido creados por el dolor. El dolor intenso después de que le hubieran encajado la clavícula fracturada: batas verdes en un espacio antiséptico que podría ser cualquier quirófano, cualquier sala de recuperación, pero después el choque frío de los corredores blancos y la celda de acero, hombres trajeados, distintivos de color sujetos en bolsillos y solapas, el dolor de una inyección seguida de sueños e interrupciones.

Los primeros interrogatorios habían resultado dolorosos. Los dos hombres -uno calvo y bajo, el otro con el pelo rubio cortado al cepillo. El hombre calvo había golpeado a Saul en el hombro con un bastón de metal. Saul había gritado, llorado, víctima de un dolor súbito, pero lo asumió, asumió el alivio de nieblas y vapores.

-¿Sabes mi nombre? -preguntó el hombre calvo.

-No.

-¿Qué te dijo tu sobrino?

-Nada.

-¿A quién más le hablaste de William Borden y de los otros? -A nadie.

Más tarde -o más temprano, Saul no estaba seguro- el dolor desapareció en la confusión que siguió a las inyecciones. -¿Sabes mi nombre?

-Charles C. Colben, asistente especial del subdirector del FBI. -¿Quién te lo ha dicho?

-Aaron.

-¿Qué más te dijo?

Saul repitió la conversación lo más completamente que podía recordar.

-¿Quién más está al corriente de la verdadera personalidad de Willi Borden?

-El sheriff y la chica.

Saul habló de Gentry y de Natalie.

-Cuéntame todo lo que sepas.

Saul le contó todo lo que sabía.

La niebla y los sueños iban y venían. La habitación de acero estaba a menudo allí cuando Saul abría los ojos. El catre estaba adosado a las paredes. El lavabo era demasiado pequeño y la cisterna no tenía palanca; se descargaba automáticamente a intervalos regulares. Las comidas, en bandejas de metal, aparecían mientras Saul dormía. Comía en el banco de metal, dejaba la bandeja y ésta había desaparecido cuando se despertaba de nuevo. A veces hombres con los uniformes blanco de los encargados entraban por la puerta de metal para ponerle inyecciones o llevarle por los corredores blancos hasta unos pequeños cuartos con espejos en las paredes. Colben o algún otro con un traje gris le hacían preguntas. Si se negaba a responder había más

inyecciones, sueños en los que deseaba desesperadamente ser amigo de esa gente, y les contaba todo lo que querían saber. Varias veces sintió que alguien

-¿Colben?- se deslizaba hacia el interior de su mente, y la vieja memoria de una violación semejante surgía desde cuarenta años antes. Eso era raro. Las inyecciones eran frecuentes.

Saul resbalaba hacia atrás y hacia delante en el tiempo; llamaba a su hermana Stefa en la granja de su tío Moshe, corría para acompañar a su padre en el gueto de Lodz, lanzaba paladas de cal sobre los cuerpos del pozo, bebía limonada y hablaba con Gentry y Natalie, jugaba con el pequeño Aaron, de diez años, en la granja de David y Rebecca cerca de Tel Aviv.

Ahora las discontinuidades inducidas por las drogas desaparecían. El tiempo se reorganizaba de nuevo. Saul se hizo un ovillo sobre el colchón -no había manta y el aire que pasaba por la reja de acero era muy frío- y pensó en sí mismo y en sus mentiras. Su búsqueda del oberst había sido una mentira, una excusa para no actuar. Su vida como psiquiatra había sido una mentira, una manera de eliminar sus obsesiones a una distancia segura, académica. Su servicio como médico en tres guerras de Israel había sido una mentira, una manera de evitar la acción directa.

Saul estaba echado en ese interior gris entre el nirvana inducido por las drogas y la dolorosa realidad, y veía la verdad de sus años de mentiras. Se había mentido a sí mismo sobre su fundamento para hablar con el sheriff de Charleston y con la señorita Preston sobre Nina y Willi. Había deseado secretamente que ellos actuaran, que ellos eliminaran el peso de la responsabilidad de su venganza. Saul le había pedido a Aaron que buscara a Francis Harrington no porque estuviera demasiado ocupado, sino porque secretamente deseaba que Aaron y el Mosad hicieran lo que tenía que hacerse. Ahora sabía que parte de sus razones para haberle contado a Rebecca veinte años atrás lo del oberst habían sido la secreta esperanza de que ella se lo contara a David y que David tratara las cosas de su manera fuerte, competente, americano-israelí...

Saul se estremeció, levantó las rodillas hasta el pecho y encaró las mentiras que constituían su vida.

Excepto algunos raros minutos, como cuando, en el campo de Chelmno, decidió matar para no ser sacado de su catre en plena noche, toda su vida había sido un himno a la inacción y al compromiso. Los que tenían el poder parecían sentirlo. Ahora comprendía que su trabajo en el destacamento del pozo en Chelmno y en el ferrocarril de Sobibor había sido más que una casualidad o una suerte; los hijos de perra en el poder habían intuido que Saul Laski era un kapo nato, un colaborador, alguien a quien se podía utilizar. De su parte no habría violencia, ni revuelta, ni sacrificio por los otros, ni siquiera para salvar su propia dignidad. Incluso su fuga de Sobibor, y del coto de caza

del oberst antes de eso, se había debido en gran parte a una casualidad que había permitido que los acontecimientos lo empujaran en esa dirección.

Saul salió de la cama y se quedó de pie, tambaleándose, en el centro de la pequeña celda de acero. Llevaba una bata gris. Le habían quitado las gafas y las superficies de metal que había allí parecían borrosas y vagamente insustanciales. Su brazo izquierdo había estado en cabestrillo, pero ahora estaba suelto. Intentó moverlo y el dolor subió por su hombro y por el cuello, un dolor insensibilizante, cauterizador, que le despejaba el cerebro. Lo movió otra vez. Y otra.

Saul se tambaleó hasta el banco de acero y se sentó pesadamente.

Gentry, Natalie, Aaron y su familia, todos estaban en peligro. ¿Pero de quién partía ese peligro?

Saul bajó la cabeza hasta las rodillas cuando un fuerte mareo lo dominó. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido para asumir que Willi y las viejas eran los únicos con ese terrible poder? ¿Cuántos más poseían - las aptitudes y aficiones del oberst? Saul rió de una manera discordante. Había reclutado a Gentry, Natalie y Aaron sin siquiera estudiar un plan serio para enfrentarse con el oberst. Había imaginado vagamente alguna trampa, al oberst ajeno a lo que le esperaba, a sus amigos y colaboradores seguros en su anonimato. Y después, ¿qué? ¿El sonido de las pequeñas Berettas de calibre 22 del Mosad?

Se recostó contra la fría pared de metal, apretó la cara contra el acero. ¿Cuánta gente tendría que ser sacrificada a causa de su cobardía e inacción? Stefa, Josef, sus padres. Ahora, con casi total certeza, el sheriff y Natalie. Y Francis Harrington. Saul soltó un gemido cuando recordó el gutural «auf wiedersehn» en el despacho de Trask y la explosión que siguió. Un segundo antes, el oberst le había conectado la mente con la de Francis, y Saul había sentido, en la mínima parte de voluntad que le quedaba, el terror del chico, prisionero en su propio cuerpo, esperando el inevitable sacrificio. Saul lo había enviado a California. Y a sus amigos, Selby White y Dennís Leland. Dos víctimas más en el altar de la cobardía de Saul Laski.

Saul no sabía por qué ahora dejaban que el efecto de las drogas se disipara. Quizás hubiesen acabado con él; la visita siguiente podría ser para matarlo. Le era indiferente. La rabia corrió por su cuerpo dolorido como una descarga de corriente eléctrica. Actuaría antes de que la inevitable y siempre pospuesta bala le entrara en el cráneo. Atacaría a alguien para desquitarse. En ese segundo, Saul Laski habría dado alegremente su vida por poder avisar a Aaron y a los otros dos, pero habría dado todas sus vidas por poder atrapar al oberst o a alguno de los arrogantes hijos de perra que dirigían el mundo y se burlaban del dolor de los seres humanos que eran utilizados por ellos como peones

La puerta se abrió. Entraron tres hombres altos con batas. Saul se puso de pie, se tambaleó hacia ellos, lanzó un fuerte puñetazo contra la cara de uno.

-Eh -rió el más alto cuando atrapó fácilmente el brazo de Saul y se lo torció en la espalda-, este viejo judío quiere jugar.

Se debatió, pero el hombre le cogió como si fuera un niño. Intentó no llorar cuando el segundo hombre le arremangó la bata.

-Vas a decirnos adiós -dijo el tercer hombre cuando clavó la jeringuilla en su brazo delgado, dolorido-. Disfruta del viaje, viejo.

Esperaron treinta segundos, lo soltaron, y se volvieron para marcharse. Saul se tambaleó, con los puños cerrados, tratando de alcanzarlos. Pero estaba inconsciente antes de que la puerta se cerrase.

Soñó que caminaba, que era arrastrado por alguien. Llegaba el sonido de aviones de reacción y el penetrante olor de humo de puro. Caminó de nuevo, manos fuertes en sus brazos. Las luces eran muy brillantes. Cuando cerró los ojos pudo oír el clic-clic-clic de ruedas de metal sobre los raíles el tren que los llevaba a Chelmno.

Volvió en sí en el confortable asiento de algún tipo de transporte. Podía oír el ruido constante, rítmico, pero tardó algunos minutos en comprender que se trataba del sonido de un helicóptero. Tenía los ojos cerrados y un cojín bajo la cabeza, pero su cara tocaba cristal o plexiglás. Notaba que iba vestido y llevaba gafas de nuevo. Sus acompañantes hablaban en voz baja y a veces se oía el zumbido de comunicaciones por radio. Saul continuó con los ojos cerrados, reunió sus pensamientos y esperó que sus captores no se dieran cuenta de que el efecto de las drogas estaba disipándose.

-Sabemos que estás despierto -dijo un hombre muy cerca de él. Su voz le era extrañamente familiar.

Saul abrió los ojos, movió el cuello con dificultad, se ajustó las gafas. Era de noche. Junto con otros tres hombres, viajaba en el interior de un helicóptero bien amueblado. El piloto y el copiloto estaban iluminados por la luz roja de los instrumentos de navegación. Saul no podía ver nada por la ventana a su derecha. En el asiento de su izquierda, el agente especial Richard Haines tenía un maletín en el regazo y leía unos papeles a la luz de un pequeño foco situado encima de su cabeza. Saul se aclaró la voz y se lamió los labios, pero, antes de que pudiera hablar, Haines dijo:

-Aterrizamos en un minuto. Prepárate.

El hombre del FBI mostraba los restos de una magulladura bajo la barbilla.

Saul pensó algunas preguntas pertinentes, pero las abandonó. Miró hacia abajo y descubrió que su muñeca izquierda estaba esposada a la muñeca derecha de Haines.

-¿Qué hora es? -preguntó, con una voz que era poco más que un graznido.

-Alrededor de las diez.

Saul miró de nuevo a la oscuridad y asumió que era de noche. -¿Qué día?

-Sábado -gruñó Haines con una ligera sonrisa. -¿Fecha?

El hombre del FBI vaciló, se encogió ligeramente de hombros. -Veintisiete de diciembre.

Saul cerró los ojos, víctima de un súbito mareo. Había perdido una semana. Parecía mucho más. El brazo izquierdo y el hombro le dolían enormemente. Se miró y vio que llevaba traje oscuro, corbata y camisa blanca. No eran suyos. Se quitó las gafas. La graduación era la correcta, pero la montura era nueva. Miró atentamente a los cinco hombres. Sólo reconoció a Haines.

-Usted trabaja para Colben -dijo Saul. Como el agente no respondió, continuó-: Fue a Charleston para evitar que la policía local descubriera lo que realmente pasó. Usted se llevó el libro de recortes de Nina Drayton del depósito de cadáveres.

-Abróchate el cinturón -ordenó Haines-. Vamos a aterrizar.

Era una de las vistas más bellas que Saul había presenciado. Al. principio pensó.que era un transatlántico comercial iluminado, blanco contra la noche, que dejaba una estela fosforescente en las aguas verdinegras, pero cuando el helicóptero descendió hacia la cruz naranja iluminada en la cubierta de popa, Saul comprendió que era un barco privado, un yate, elegante y del tamaño de un campo de fútbol americano. Algunos hombres con bastones de luz les indicaron con señales que bajaran y el helicóptero se posó suavemente en la cubierta iluminada por focos. Los cuatro hombres habían salido y se apartaban del helicóptero antes de que los rotores empezaran a reducir la velocidad.

Varios miembros de la tripulación vestidos de blanco se reunieron con ellos. Cuando se pudieron poner derechos, Haines abrió las esposas y las guardó en el bolsillo de su americana. Saul se frotó la muñeca justo debajo de donde estaban tatuados los números azules.

-Por aquí.

La procesión subió por una escalera, avanzó a lo largo de interminables pasillos. Las piernas de Saul se tambaleaban, a pesar de que el barco no se movía. En dos ocasiones Haines alargó el brazo para sugetarlo. Saul respiraba un aire cálido, húmedo, tropical -que le traía el olor distante de vegetación-, y miraba a través de puertas abiertas la elegante opulencia de las cabinas, camarotes y bares junto a los que pasaban. Todo era de teca, alfombrado con estilo y chapado con cobre u oro. El barco era un hotel de cinco estrellas flotante. Pasaron cerca del puente y Saul vislumbró hombres uniformados que montaban guardia, el brillo verde del equipamiento electrónico. Un ascensor los llevó hasta un camarote privado con balcón -quizá «terraza» era el término más adecuado-. Un hombre con una elegante chaqueta blanca estaba sentado en una silla de tijera con una bebida en un vaso alto. Saul miró más allá del hombre hacia una isla quizás a un kilómetro y medio de aguas oscuras. Palmeras y una exuberante vegetación tropical estaban festoneadas con centenares de farolillos japoneses, los caminos estaban perfilados por luces blancas, una larga playa estaba iluminada por numerosas antorchas, y, alzándose por encima de todo, más iluminado por los focos de los proyectores verticales que le recordaron a Saul las películas de los mítines de Nuremberg en los años treinta, un castillo de paredes de madera y tejado rojo parecía flotar sobre un acantilado de piedra blanca.

-¿Sabe quién soy? -preguntó el hombre de la silla de tijera.

Saul lo miró de reojo.

-¿Esto es un anuncio de tarjetas de crédito?

Haines dio un puntapié a Saul detrás de las rodillas, haciéndole caer en la cubierta.

-Puedes dejarnos, Richard.

Haines y los otros se fueron. Saul se levantó con esfuerzo.

-¿Sabe quién soy? -repitió el hombre.

-Usted es C. Arnold Barent -contestó Saul. Se había mordido el interior de la mejilla. En su mente, el sabor de su propia sangre se mezcló con el olor de la vegetación tropical-. Parece ser que nadie sabe qué significa la C.

-Christian -aclaró Barent-. Mi padre era un hombre muy devoto. Y también irónico. -Hizo un gesto hacia una tumbona que estaba cerca-. Siéntese, por favor, doctor Laski.

-No. -Saul fue hasta la barandilla del balcón, terraza o lo que demonios fuera. El agua se movía en un arco blanco nueve metros más abajo. Saul se agarró a la barandilla con fuerza y miró a Barent-. ¿No se está arriesgando al quedarse solo conmigo?

-No, doctor Laski -respondió Barent-. Yo nunca me arriesgo.

Saul movió ligeramente la cabeza hacia el distante castillo iluminado en la noche.

-¿Es suyo?

-De la corporación -dijo Barent. Tomó un sorbo largo de su refresco-. ¿Sabe por qué está aquí, doctor Laski?

Saul se ajustó las gafas.

-Señor Barent, yo ni siquiera sé dónde es «aquí». O si todavía estoy vivo.

Barent asintió con la cabeza.

-Su segunda declaración es muy pertinente -dijo-. Supongo que los efectos de la... medicación se habrán disipado lo bastante para que pueda llegar a algunas conclusiones sobre eso.

Saul se mordió el labio inferior. Tuvo consciencia de que realmente se tambaleaba mucho..., medio muerto de hambre, parcialmente deshidratado. Tardaría probablemente semanas en eliminar completamente las drogas de su sistema.

-Creo que usted piensa que yo soy su camino hacia el oberst -contestó.

-El oberst. Pintoresco. -Barent rió-. Me imagino que es así como usted lo ve, dada su... inusual relación. Dígame, doctor Laski, ¿los campos eran tan terribles como los presenta la prensa? Siempre he sospechado que había un intento, quizá subliminal, de exagerar un poco el asunto. ¿Quizás expiar una culpa subconsciente por la exageración?

Saul lo miró. Registró todos los detalles de su impecable bronceado, la americana deportiva, los mocasines Gucci, el anillo de amatista en el meñique. No dijo nada.

-Es igual -aceptó Barent-. Tiene razón, claro. Aún está vivo

porque es el mensajero del señor Borden y nos gustaría hablar con él.

-No soy su mensajero -dijo Saul lentamente. Barent movió una mano que había sido sometida a manicura. -Su mensaje, entonces -matizó-. Hay poca diferencia.

Sonó un carrillón y el yate tomó velocidad, viró como si quisiera

bordear la isla. Saul vio un largo muelle iluminado con lámparas de vapor de mercurio.

-Nos gustaría que le diera un recado al señor Borden -continuó Barent.

-No hay muchas posibilidades de hacerlo si me tiene drogado en una celda de acero -dijo Saul. Por primera vez desde la explosión sintió un rayo de esperanza.

-Muy cierto -aceptó Barent-. Trataremos de que usted tenga oportunidad de encontrarse con él de nuevo..., en un lugar que él mismo elija.

-¿Sabe dónde está el oberst?

-Sabemos donde... ha decidido operar. -Si lo veo -dijo Saul-, lo mataré.

Baren rió amablemente. Tenía unos dientes perfectos.

-Eso es muy improbable, doctor Laski. De todas maneras, le estaríamos muy agradecidos si le diera nuestro recado.

Saul inspiró profundamente el aire marino. No entendía por qué Barent y su grupo le pedían que llevara recados, no entendía por qué le permitían que usara su libre albedrío para hacerlo, y no conseguía imaginar que les fuese beneficioso mantenerle vivo una vez hubiese cumplido el encargo.

Se sintió mareado y ligeramente ebrio.

-¿De qué recado se trata?

-Dígale a Willi Borden que el club estaría encantado si él estuviera de acuerdo en ocupar la vacante del comité directivo.

-¿Es todo?

-Sí -dijo Barent-. ¿Le gustaría comer o beber algo antes de marcharse?

. Saul cerró los ojos durante un minuto. Podía sentir la tensión del barco en las piernas, en la pelvis. Se agarró a la barandilla con fuerza y abrió los ojos.

-Usted no es diferente de ellos -le dijo a Barent.

-¿A quiénes se refiere?

-A los burócratas -dijo Saul-, los comandantes, los funcionarios convertidos en comandos de einsatzgrüppen, los ingenieros de ferrocarriles, los industriales de la I. G. Farben y los sargentos gordos con aliento de cerveza que balanceaban los pies sentados al borde del pozo.

Barent meditó un momento.

-No -admitió por fin-, supongo que al final ninguno de nosotros es diferente. ¡Richard! ¡Acompañe al doctor Laski a su destino, por favor!

Fueron en helicóptero hasta la gran pista de aterrizaje de la isla, después hacia el norte y el oeste en un reactor privado mientras detrás el cielo palidecía. Saul dormitó durante una hora antes del aterrizaje. Era su primer sueño no inducido por drogas en una semana. Haines lo despertó.

-Mira esto -dijo.

Saul miró la foto. Aaron, Deborah y las niñas estaban atados, pero claramente vivos. El fondo blanco no daba ninguna pista sobre dónde se encontraban. El flash había cogido los ojos muy abiertos de las niñas y sus expresiones de pánico. Haines levantó un pequeño magnetófono.

-Tío Saul -llegó la voz de Aaron-, por favor, haz lo que te digan. No nos harán daño si haces lo que te dicen. Cumple sus instrucciones y nos dejarán marchar. Por favor, tío Saul...

-Si intentas entrar en contacto con ellos o con la embajada, los

mataremos -susurró Haines. Dos de los agentes dormían-. Haz lo que te dicen y no les pasará nada. ¿Comprendes? -Comprendo -dijo Saul.

Recostó la cara contra el frío plástico de la ventana. Descendían sobre el centro de una importante ciudad americana. Gracias al brillo de las luces vislumbró edificios de ladrillos y agujas blancas entre torres de oficinas. En ese segundo supo que no había esperanza para ninguno de ellos.

25

Washington, D. C, domingo 28 de diciembre de 1980

El sheriff Bobby Joe Gentry se sentía furioso. El Ford Pinto alquilado tenía transmisión automática, pero Gentry golpeó la palanca del cambio de segunda a tercera como si condujera un coche deportivo con una transmisión de seis velocidades. En cuanto salió de la carretera de circunvalación hacia la 1-95 aumentó la velocidad hasta los cien kilómetros por hora, desafiando al Chrysler verde que le seguía y a las patrullas de la policía. Gentry cogió la bolsa de viaje que llevaba en el asiento trasero, hurgó durante un minuto el bolso exterior, colocó la Ruger cargada en la consola del centro y lanzó la bolsa de viaje hacia atrás. Estaba furioso.

Los israelís habían estado con él hasta el alba, interrogándole primero en su maldita limusina, después en una casa franca en algún punto de Rockville, después de nuevo en el maldito coche. Había mantenido su historia original: Saul Laski persiguiendo un criminal de guerra nazi para desquitarse, Gentry intentando ligarlo a los asesinatos de Charleston. Los israelíes nunca recurrieron a la violencia, ni, después de las primeras observaciones de Cohen, a amenazas, pero trabajaron en turnos para cansarle por medio de la pura repetición. Si eran israelíes. Gentry sentía que lo eran..., creía que Jack Cohen era exactamente lo que decía ser, aceptaba el hecho de que Aaron Eshkol y su familia habían sido asesinados, pero ya no sabía nada con seguridad. Sólo sabía que un juego monstruoso y peligroso estaba en marcha y que la gente que lo jugaba debía de considerarle como poco más que una pequeña molestia. Gentry llevó el Pinto a ciento doce, miró la Ruger y bajó a los cien. El Chrysler verde estaba dos coches atrás.

Después de la larga noche, Gentry había deseado meterse en la enorme cama de su hotel y dormir hasta Nochebuena. Pero utilizó el teléfono del vestíbulo para llamar a Charleston. Ningún mensaje. Llamó a su despacho. Lester le dijo que no había nada y «¿qué tal las vacaciones?». Gentry explicó: «Magníficas, he visitado todos los monumentos.» Telefonéo al número de Natalie en St. Louis. Respondió un hombre. Gentry preguntó por Natalie.

-¿Quién caray es usted? -preguntó una voz áspera. -El sheriff Gentry. ¿Quién habla?

-¡Ostras! Nat me habló de usted la semana pasada. Su voz suena realmente como la de un jodido pasma del Sur. ¿Qué cojones quiere de Natalie?

-Quiero hablar con ella. ¿Está ahí?

-No, mierda, no está aquí. Y no tengo tiempo para perder contigo, poli.

-Frederick -dijo Gentry.

-¿Qué?

-Usted es Frederick. Natalie me habló de usted. -¿Qué quiere?

-Usted no llevó corbata durante dos años cuando volvió de Vietnam -dijo Gentry-. Piensa que las matemáticas son lo que más se acerca a la verdad eterna. Trabaja en el centro de ordenadores desde las 8 de la tarde hasta las tres de la mañana cada día salvo los sábados.

Hubo un silencio en la línea.

-¿Dónde está Natalie? -insistió Gentry-. Es un asunto de la policía. Se relaciona con el asesinato de su padre. Ella puede estar en

peligro.

-¿Qué caray quiere decir con que...?

-¿Dónde está?

-Germantown -dijo la voz enojada-. Pennsylvania.

-¿Le ha telefoneado alguna vez desde allí?

-Sí. El viernes por la noche. Yo no estaba en casa, pero Stan cogió

el recado. Dijo que estaba en un sitio llamado Chelten Arms. Llamé

seis veces pero nunca estaba. Y ella no ha vuelto a llamar. -Déme el número.

Gentry lo escribió en la pequeña libreta de notas que llevaba siempre consigo.

-¿En qué lío está metida Nat?

-Mire, señor Noble -dijo Gentry-. La señorita Preston busca a la persona o personas que mataron a su padre. Yo no quiero que ella encuentre a esa gente o que esa gente la encuentre.

Cuando vuelva a St. Louis, tiene que asegurarse de que primero: ella no se marche de nuevo, y segundo: que nunca se quede sola durante las próximas dos semanas. ¿De acuerdo?

-Sí.

Gentry sintió suficiente furia en la voz para saber que no le gustaría estar al otro lado de la línea.

Entonces quiso irse a la cama, empezar de nuevo fresco por la tarde. Pero llamó al Chelten Arms, dejó un recado para la señorita Preston que no estaba en ese momento, alquiló un coche -cosa que no le fue fácil en un domingo por la mañana-, pagó su cuenta, hizo la maleta y siguió hacia el norte.

El Chrysler verde continuó dos coches atrás durante sesenta kilómetros. Cuando salió de Baltimore, entró en la carretera de Snowden River durante un quilómetro y medio hasta la autopista 1 y paró en el primer restaurante barato que encontró.

El Chrysler paró al otro lado de la autopista, en el extremo de un gran aparcamiento. Gentry pidió café y un donut y paró a un ayudante de camarero que pasaba con una bandeja de platos sucios.

-Hijo, ¿te interesa ganar veinte dólares?

El chico lo miró desconfiado.

-Hay un coche allá fuera del cual me gustaría saber más cosas -dijo Gentry señalando el Chrysler-. Si tienes la posibilidad de dar una vuelta por allí, me gustaría saber el número de matrícula y cualquier cosa que puedas notar.

El chico había vuelto antes que Gentry acabara el café. Le informó sin aliento, y acabó con:

-Jesús, no creo que se dieran cuenta de mi presencia. Sólo llevé la basura como Nick me manda hacer cada mediodía. Dios, ¿pero quiénes son ellos?

Gentry le pagó, fue a los lavabos y utilizó la cabina para llamar a la policía de tránsito de Baltimore. La oficina estaba cerrada por ser domingo, pero una cinta le dio un número para emergencias. Respondió una mujer con una voz cansada.

-Mierda, no debería llamarla, porque ellos me matarán si se enteran -empezó Gentry-, pero Nick, Louis y Delbert acaban de marcharse para empezar la revolución haciendo volar el túnel de Harbour.

La voz de la mujer dejó de parecer cansada cuando le pidió el nombre. Gentry oyó un ruido de fondo cuando el grabador empezó a rodar.

-¡No hay tiempo para eso, no hay tiempo! -dijo excitadamente-. Delbert tiene armas y Louis tiene treinta y seis cartuchos de dinamita de la obra y los tienen escondidos en un compartimiento oculto en el maletero. Nick dice que la revolución empieza hoy. Les consiguió carnés falsos y todo.

La mujer graznó una pregunta y Gentry la interrumpió.

-Tengo que largarme. Me matarán si lo descubren. Van en el coche de Delbert..., un LeBaron 76 verde matrícula de Maryland DB7269. Delbert conduce. Es el de bigote, con traje azul. Oh, Dios, tienen armas y todo el maldito coche explotará.

Gentry colgó, pidió otro café, pagó la cuenta y se dirigió de nuevo al Pinto.

Estaba a pocos kilómetros del túnel y no tenía prisa por llegar. Por eso se dirigió a la Universidad de Maryland, llevó el Pinto por el cementerio de Louden Park y fue hacia el puerto. El Chrysler tuvo que quedarse muy atrás a causa del escaso tránsito del domingo, pero el conductor era bueno, nunca perdía completamente de vista el coche de Gentry ni se hacía excesivamente evidente.

Gentry siguió las señales hacia el túnel, pagó su peaje y miró por el espejo retrovisor cuando entraba lentamente en el túnel iluminado. El Chrysler no llegó a la cabina de peaje. Tres vehículos de patrulla, una furgoneta negra sin placa y una azul lo acorralaron a cincuenta metros de la entrada del túnel. Otros cuatro coches de la policía pararon el tráfico detrás. Gentry pudo ver hombres parapetados tras capotas con rifles y pistolas apuntadas, a los tres ocupantes del Chrysler agitando los brazos por las ventanillas; después estuvo muy ocupado en salir lo más rápido posible del túnel. Si sus perseguidores eran del FBI, se librarían en pocos minutos; que Dios les ayudara si eran israelíes e iban armados.

Gentry abandonó la carretera en cuanto salió del túnel, se perdió durante algunos minutos cerca del centro, se orientó cuando vio la Universidad John Hopkins y tomó la autopista 1 para alejarse de la ciudad. Había poco tráfico. Encontró una salida para Germantown, Maryland, algunos kilómetros después y se sintió contento. ¿Cuántas Germantowns había en Estados Unidos? Esperaba que Natalie hubiese elegido la equivocada.

Gentry llegó a las afueras de Filadelfia, por el suroeste, a las 10.30, y estaba en Germantown a las 11.00. Ni rastro del Chrysler, y si alguien más había continuado la vigilancia eran demasiado hábiles para que Gentry los notase en el tráfico. El Chelten Arms tenía el aire de haber visto mejores días, pero parecía que no tardaría a verlos volver. Aparcó el Pinto a media manzana de distancia, se metió la Ruger en el bolsillo de la americana y se dirigió al hotel.

Contó cinco vagabundos -tres negros, dos blancos- acurrucados en portales.

La señorita no contestaba a la llamada de recepción. El empleado era un blanco bajito, casi todo nariz, que peinaba sus tres últimas greñas desde la oreja izquierda a la oreja derecha. Chascó la lengua y me

neó la cabeza cuando Gentry pidió una llave maestra. Gentry le mostró su insignia. El empleado chascó la lengua de nuevo.

-¿Charleston? Amigo, tendrá que conseguir algo mejor, eso se puede comprar en cualquier tienda. Además, un policía de Georgia no tendría ninguna jurisdicción aquí.

Gentry asintió con la cabeza, miró el vestíbulo alrededor y agarró la corbata sucia del empleado diez centímetros por debajo del nudo. De un tirón atrajo hacia sí al conserje.

-Escuche, amigo -dijo Gentry en voz baja-. Estoy aquí trabajando de enlace con el capitán Donald Romano, comisaría de la calle Franklin, Homicidios. Esta mujer puede tener informaciones que ayuden a detener un hombre que asesinó a seis personas a sangre fría. Y he pasado sin dormir cuarenta y ocho horas en vela para llegar aquí. ¿Quiere que llame al capitán Romano después de machacarle la cabeza contra la mesa, o hacemos las cosas de una manera más simple?

El conserje hurgó detrás de sí y presentó una llave maestra. Gentry lo soltó y el hombre saltó como el muñeco de una caja sorpresa, se rascó la nuez y tragó saliva.

Gentry dio tres pasos hacia el ascensor, se giró, dio dos pasos largos hacia la recepción y cogió de nuevo la corbata del empleado antes de que el hombre pudiera retroceder. Gentry lo acercó hacia sí de nuevo, le sonrió y dijo:

-Además, muchacho, Charleston está en Carolina del Sur, no en Georgia. Recuérdalo. Habrá un concurso más tarde.

No había ningún cadáver en la habitación de Natalie. Ni manchas de sangre, exceptuando los restos de insectos aplastados en el techo y las paredes. No había notas de rescate. Su maleta estaba abierta en el soporte plegable; las ropas, pulcramente dobladas; y había un par de zapatos en el suelo. El vestido que llevaba en el aeropuerto de Charleston dos días antes estaba en un armario abierto. No había artículos de tocador en el cuarto de baño; la ducha estaba seca, aunque una pastilla de jabón había sido desenvuelta y usada. La bolsa con las cámaras no estaba allí.

La cama o había sido hecha ya o nadie había dormido allí esa noche. Sospechando de la eficiencia del Chelten Arms, Gentry pensó que nadie había dormido en ella.

Se sentó al borde de la cama y se frotó la cara. No sabía qué hacer. La única cosa que tenía sentido era empezar a caminar por Germantown a la expectativa de un encuentro por azar, volver al hotel cada hora y esperar que el empleado o el gerente no llamaran a la policía de Filadelfia. Bien una larga caminata con tiempo frío no le vendría mal.

Gentry se quitó el abrigo y la americana deportiva, se acostó en la cama, puso la Ruger cerca de su mano derecha y dos minutos después dormía.

Se despertó en una habitación oscura, desorientado, sintiendo que algo no funcionaba. Su Rolex le decía que eran las 4.35. Había una débil luz grisácea fuera, pero la habitación se había

hecho oscura. Gentry fue al cuarto de baño a lavarse la cara y después llamó al conserje. La señorita no había venido ni llamado para saber si había mensajes.

Gentry caminó media manzana hasta el coche, puso la maleta en el portaequipajes y fue a dar una vuelta. Caminó un par de manzanas hacia el sureste por la avenida Germantown, pasó junto a un pequeño parque con una cerca. Le habría gustado parar en algún sitio para tomar una cerveza, pero los bares estaban cerrados. No tenía la sensación de que fuera domingo, pero tampoco tenía claro qué otro día podía ser. Nevaba ligeramente cuando fue a recoger la maleta y regresó al hotel. Un conserje mucho más joven y más educado estaba de servicio. Gentry se registró, pagó treinta y dos dólares por adelantado e iba a seguir a un botones hasta su habitación cuando pensó en preguntar por Natalie. Gentry todavía tenía la llave maestra en el bolsillo; quizás el nariz de patata se había marchado sin hablar del asunto con nadie.

-Sí, señor -dijo el nuevo recepcionista-, la señorita Preston recogió sus recados hace quince minutos.

Gentry parpadeó.

-¿Aún está aquí?

-Ha subido a su habitación hace unos minutos, pero me parece que acabo de verla pasar hacia el comedor.

Gentry le dio las gracias y tres dólares por subirle la maleta, y se dirigió al pequeño bar-comedor.

Sintió que el corazón le saltaba cuando vio a Natalie sentada a una pequeña mesa al fondo. Se dirigió hacia donde estaba ella pero se detuvo a medio camino. Un hombre bajo, de pelo oscuro, con una chaqueta de cuero costosa estaba de pie junto a su mesa y le hablaba. Natalie le miró con una mirada extraña en la cara.

Gentry vaciló sólo un segundo, después se puso en la cola de la barra de las ensaladas. Sólo miró de nuevo en dirección a Natalie cuando se sentó. Pidió un café a un camarero que vino a tomarle nota. Empezó a comer lentamente, sin mirar directamente a la mesa de Natalie.

Algo iba mal. Gentry había conocido a Natalie Preston hacía menos

de dos semanas, pero sabía lo animada que era. Sólo había empezado aprender los matices de su expresión que eran una parte importante de su personalidad. Ahora no veía en su rostro ni vida ni matices. Natalie miraba al hombre que tenía ante sí como si estuviera drogada o lobotomizada. De vez en cuando hablaba y los movimientos rígidos de su boca le recordaban al sheriff a su madre durante el último año, después del ataque.

Gentry quería ver algo más de la cara del hombre, algo más que su pelo negro, la chaqueta y las pálidas manos cruzadas sobre el mantel. Cuando se volvió, vislumbró sus ojos finos, su tez cetrina y una boca pequeña, de labios finos. ¿Qué iba a hacer? Cogió un periódico de una mesa próxima y pasó varios minutos transformado en un gordo y solitario viajante de comercio comiéndose su ensalada. Cuando volvió a mirar a Natalie, tenía la certeza de que el hombre que estaba con ella era el centro de atención de por lo menos otros dos en la sala. ¿Polis? ¿Agentes del FBI? Gentry se acabó la ensalada y se preguntó por milésima vez en ese día en qué se habían metido él y Natalie.

¿Y ahora? El peor de los guiones: el hombre de ojos de lagarto era uno de ellos, uno de los monstruos mentales de Saul, y sus intenciones hacia Natalie no eran amistosas. El encuentro en el restaurante era un preparativo para lo que ese tío pretendía hacer, quizás en el vestíbulo mismo. Si se marchaba y Gentry los seguía, sería inmediatamente descubierto. Tenía que ir por delante para poder seguirlos, pero ¿por qué camino?

Gentry pagó su cuenta y volvió por su abrigo en el preciso momento en que Natalie y su acompañante se levantaban. Ella miró directamente a Gentry desde una distancia de dos metros, pero no hubo reconocimiento en sus ojos; no había nada en su mirada. Gentry se movió rápidamente por el vestíbulo y se detuvo cerca de la puerta para fingir que se ponía el abrigo.

El hombre condujo a Natalie hasta el ascensor y sólo se detuvo para hacer un gesto obsceno a otro hombre sentado en un viejo sofá. Gentry se arriesgó. Natalie estaba en la habitación 312. Gentry había pedido la 310. El hotel sólo tenía tres pisos. Si el hombre con los ojos muertos la llevaba a otro lugar que no fuera su habitación, los perdería.

Cruzó rápidamente en dirección a la escalera, subió por ella saltando dos y tres peldaños a la vez, estuvo jadeando diez segundos en el rellano y abrió la puerta a tiempo de ver que el hombre seguía a Natalie a la habitación 312. Se quedó en el pasillo casi un minuto, para comprobar si alguno de los hombres del vestíbulo los seguía. Cuando vio que no aparecía nadie, se movió sigilosamente por el vestíbulo y se detuvo ante la puerta de la habitación de Natalie. Encontró la culata de la Ruger, pero decidió no cogerla. Si ese hombre tenía los poderes del oberstde Saul, podría hacer que Gentry usara la pistola contra sí mismo. Si no los tenía, Gentry estaba seguro de que no necesitaría el arma.

«Dios -pensó Gentry-, ¿y si entro y se trata de un buen amigo de Natalie al que ella ha invitado a subir?» Recordó la expresión de su cara e introdujo silenciosamente la llave maestra en la cerradura.

Gentry entró rápidamente y llenó el pequeño pasillo. El hombre estaba sentado, se volvió y abrió la boca para hablar. Gentry tardó medio segundo en ver la semidesnudez de Natalie y el visible terror en su cara, y después levantó el brazo y lo bajó enseguida, para dejar caer el puño sobre la cara del hombre como si fuera a clavar un enorme clavo con la mano. El hombre trató de ponerse en pie, pero se hundió en el cojín, rebotó dos veces y cayó, inconsciente, sobre el brazo izquierdo de la silla.

Se aseguró de que su contrincante estaba fuera de combate y volvió hacia Natalie. Todo su cuerpo empezó a agitarse como si estuviera al borde de un ataque. Gentry se quitó la americana y la cubrió con ella justo cuando Natalie caía en sus brazos y su cabeza giraba de un lado a otro en una negación silenciosa. Cuando intentó hablar, sus dientes castañeteaban tanto que Gentry apenas pudo entender lo que decía.

-Oh..., Rob..., ah..., él ha intentado..., ah..., hacerme..., yo... no podía hacer... na...da.

La sujetó y le acarició el cabello. Se preguntaba febrilmente qué hacer ahora.

-Oh, Dios, estoy..., estoy... mareada.

Natalie corrió hacia el cuarto de baño.

Gentry oía el sonido de las arcadas y los vómitos detrás de la puerta cerrada cuando se agachó sobre el hombre inconsciente. Lo dejó caer en el suelo, lo cacheó rápida y eficientemente y le quitó la cartera. Anthony Harod, Beverly Hills. El señor Harod llevaba unas treinta tarjetas de crédito, una tarjeta del Playboy, una tarjeta que le identificaba como miembro de la Asociación de Escritores de América y otros trozos de plástico y papel que lo relacionaban con Hollywood En el bolsillo de la chaqueta llevaba una llave del Chestnut Hills Hotel. Empezaba a moverse muy levemente cuando Natalie salió del cuarto de baño con las ropas en orden y la cara aun húmeda de haberse lavado. Anthony Harod gimió y se inclinó sobre un costado.

-Cabrón -dijo Natalie, y le dio un puntapié en la ingle. Llevaba sólidos mocasines, de tacón bajo, y la energía tras el puntapié era digna de un gol de fútbol. Apuntó a los testículos de Harod, pero Harod rodó y el golpe le alcanzó sólo en el interior de la cadera, le hizo dar dos vueltas y su cabeza chocó con fuerza contra la pata de madera de la cama.

-Calma, calma -dijo Gentry, y se arrodilló para comprobar el pulso y la respiración del hombre. Anthony Harod de Beverly Hill

California, estaba todavía vivo, pero totalmente inconsciente. Gentry fue hasta la puerta. La habitación no tenía cerrojo y cadena; el pestillo estaba echado. Volvió y pasó el brazo alrededor de Natalie.

-Rob -jadeó ella-, él estaba en mi me... me... mente. Me obligaba a hacer cosas, me obligaba a decir cosas...

-Bueno -dijo Gentry-. Vamos a salir de aquí inmediatamente. -Guardó su otro par de zapatos, cerró la maleta, la ayudó a ponerse el abrigo y colgó la bolsa de la cámara sobre su propio hombro-. Hay una salida de incendios que pasa por ese callejón. ¿Crees que puedes seguirme?

-Sí, pero ¿por qué tenemos que...?

-Hablaremos cuando estemos fuera de aquí. Mi coche está a sólo una manzana. Ven.

La calle estaba oscura. La salida de incendios resultó tambaleante y resbaladiza. Gentry temía que la mitad del personal del hotel viniera corriendo cuando hizo bajar los últimos dos metros y medio de chirriante y oxidada escalera. Nadie apareció en la puerta trasera.

Ayudó a Natalie en los últimos escalones y corrieron por el oscuro callejón. Gentry sintió el olor a nieve y basura. Salieron a la avenida Germantown, caminaron treinta metros hacia el oeste y doblaron la esquina a diez metros del Pinto de Gentry. No había nadie allí; nadie salió de algún portal o del distante hotel cuando Gentry metió la llave de contacto, arrancó y giró hacia la avenida Chelten.

-¿Adónde vamos? -preguntó Natalie.

-No lo sé. Vamos a salir de este maldito sitio para poder hablar con tranquilidad.

-De acuerdo.

Gentry giró hacia el este por la avenida Germantown y tuvo que reducir la marcha a causa de un tranvía que iba en la misma dirección.

-¡Mierda! -exclamó.

-¿Qué pasa?

-He olvidado mi maleta en una habitación de tu hotel.

-¿Contiene algo importante?

Gentry pensó en las mudas de camisas y pantalones y sonrió.

-No. Y no voy a volver atrás.

-Rob, ¿qué está sucediendo?

Gentry meneó la cabeza.

-Creía que quizá me lo podrías explicar tú.

Natalie se estremeció.

-Nunca había sentido... nada parecido antes. No podía hacer nada. Era como si mi cuerpo dejara de ser mío.

-Ahora sabemos que Saul tenía razón -dijo Gentry.

Natalie rió un poco demasiado alto.

-Rob, la vieja..., Melanie Fuller..., está aquí. En algún lugar de Germantown. Marvin y los otros la vieron. Y anoche mató a otros dos miembros de la pandilla. Yo estaba con...

-Espera un momento -dijo Gentry adelantando al tranvía y a un autobús municipal. La adoquinada calle estaba ahora libre delante de ellos-. ¿Quién es Marvin?

-Marvin es el jefe de la pandilla de la fábrica -le explicó Natalie-. Él...

Algo golpeó al Pinto por detrás. Natalie saltó hacia delante y utilizó las manos para evitar golpearse con la cabeza contra el parabrisas. Gentry blasfemó y se volvió para mirar atrás. El enorme radiador del autobús municipal llenaba la ventana trasera del Pinto mientras aceleraba para golpearlo de nuevo.

-¡Agárrate! -gritó Gentry, y aplastó el acelerador. El autobús vino a gran velocidad y golpeó de nuevo la parte posterior del Pinto antes de que el pequeño coche pudiera acelerar de nuevo.

Gentry llevó el Pinto a ochenta, sacudiéndose y rebotando sobre la superficie irregular de adoquines y las vías del tranvía. Aunque tenía las ventanas cerradas, podía oír el rugido del diesel del autobús cuando el enorme vehículo aceleró para alcanzarles.

-Oh, maldita sea -dijo Gentry. Una manzana más adelante, un semirremolque retrocedía hacia un espacio de carga y obstruía temporalmente el paso. Gentry pensó en subirse a la acera derecha, vio a un viejo hurgando en un cubo de basuras y trazó una curva cerrada hacia un callejón, la parte trasera del Pinto rebotó en la curva en un desliz controlado. Por el sonido, Gentry pensó que el parachoques se había soltado en la primera colisión y se arrastraba. Las casas se sucedían a ambos lados.

Coches abandonados, modelos nuevos y sin volante se alineaban en una curva.

-¡Aún nos sigue! -gritó Natalie.

Gentry miró por el espejo retrovisor y vio al enorme autobús tomando la curva, montándose sobre la acera, arrancando dos señales de aparcamiento prohibido y un buzón, y después acelerando colina abajo tras ellos en medio de una nube de humo de diesel. Gentry vio la pequeña huella del primer golpe en el ancho parachoques.

-Realmente, no me lo creo -dijo.

La calle desembocó en un cruce en T al pie de la colina, con un terraplén de ferrocarril cubierto de nieve delante de ellos, solares abandonados y almacenes a un lado y a otro. Gentry giró bruscamente a la izquierda, oyó cómo el parachoques trasero se desprendía y escuchó al pequeño motor de cuatro cilindros al máximo de su potencia.

-¿Pueden alcanzarnos? -susurró Natalie cuando el autobús tomó la curva detrás de ellos y subió un poco por el terraplén antes de volver a la calzada.

Gentry vislumbró al conductor vestido de caqui girando el enorme volante y a varias siluetas que se agachaban tras él.

-No podrán alcanzarnos si no cometemos ningún error -dijo Gentry.

La estrecha calle doblaba bruscamente a la derecha delante de una fábrica abandonada, corría cincuenta metros colina abajo entre casas abandonadas y solares llenos de adoquines, y terminaba en el terraplén. No había señal de calle sin salida.

-¿Como éste?

-Sí.

Gentry paró el Pinto en la estrecha curva.

Sabía que no había manera de que el coche escalara treinta metros de colina llena de ladrillos. A la izquierda, un edificio abandonado presentaba una enorme puerta, rodeada por un cercado de alambradas de seis metros de alto, que separaba un aparcamiento lleno de barro de la calle. Gentry pensó que era posible que el Pinto lograra romper la alambrada, pero no estaba seguro de que el aparcamiento fuera a solucionar alguna cosa. A la izquierda, una hilera de casas de dos pisos abandonadas mostraba ventanas tapadas y puertas cubiertas de pintadas. Un callejón estrecho corría hacia el este desde la calle.

Tras de ellos, el autobús tomó la curva y se aproximó bajando por la colina. Rugió como una bestia abatida ante el cambio de marcha.

-¡Fuera! -gritó Gentry. Tuvo tiempo de coger la maleta de Natalie. Ella cogió la bolsa con la cámara. Corrieron por el callejón de la derecha.

El autobús iba muy deprisa cuando chocó contra el Pinto. El pequeño vehículo giró en redondo, el metal voló, la ventana trasera reventó cuando el autobús dio la vuelta y casi volcó al montarse las ruedas de la derecha en el terraplén, las luces de freno se encendieron cuando chocó contra la cerca de alambre y se detuvo en el barro helado del aparcamiento. Después el autobús retrocedió sobre la cerca aplastada, cogió al Pinto directamente en la puerta del pasajero y empujó el coche hacia atrás hasta que llegó a la curva a menos de veinte metros del callejón desde donde Gentry y Natalie observaban. El Pinto arrancó una boca de incendio y se volcó con un gran ruido de metal. De la boca de incendio no salió agua, pero el olor de gasolina llenó el aire de la noche.

-Esto es una pesadilla -dijo Natalie.

Gentry se dio cuenta de que había empuñado la Ruger con la mano derecha. Meneó la cabeza y se la guardó en el bolsillo del abrigo.

El autobús cambió de nuevo la marcha y se dirigió hasta el centro de la calle, arrastrando trozos de cromo y sumergiéndolos en humos de diesel. Gentry empujó a Natalie hacia el interior del callejón de poco más de un metro de ancho.

-¿Quién está haciendo esto? -murmuró Natalie. -No lo sé.

Por primera vez Gentry creía, más en sus entrañas que en su conciencia, que había seres humanos capaces de hacer lo que Saul y Natalie habían realmente experimentado. Recordó que había leído El exorcista años atrás y que había comprendido el júbilo del cura agnóstico al haber sido testigo de las acciones de un poder que sólo podía tener una naturaleza demoníaca. La existencia de demonios sugería, si no probaba, la existencia de Dios, de la que el cura había dudado. Pero ¿qué probaba esta increíble serie de sucesos? ¿La perversidad humana? ¿La perfección de algún poder parapsicológico que siempre había sido parte del ser humano?

-Ahora se detiene -dijo Natalie. El autobús retrocedió hasta el terraplén y giró a la izquierda lo suficiente para quedar recto en la calle inclinada.

--Quizá -dijo Gentry. Rodeó con el brazo a la chica que temblaba a su lado-. Pase lo que pase, el maldito autobús no puede llegar aquí.

Las puertas del autobús estaban en el lado del vehículo que ellos no veían, pero ambos oyeron el silbido del aire comprimido. Gentry pudo ver siluetas contra el brillo pálido de las luces interiores cuando los pasajeros se movieron hacia delante y hacia atrás. ¿Qué pensarán después de un viaje tan loco? ¿Qué hará el conductor? Gentry sólo podía vislumbrar una sombra alta sobre el volante. Después vio a siete pasajeros moviéndose vacilantes, tres en la parte delantera del autobús, cuatro en la parte trasera. Caminaban como víctimas de polio con aparatos ortopédicos de acero, como marionetas manipuladas torpemente. Todos los demás se quedaron quietos cuando uno arrastró los pies hacia delante; lo mismo sucedió cuando empezó a avanzar otro, Un viejo cayó a gatas y corrió hacia el callejón. Parecía que husmeaba

el pavimento mientras se acercaba.

-Oh, Dios mío -suspiró Natalie.

Corrieron por el estrecho callejón, saltando sobre escombros, arañándose brazos y hombros contra las paredes. Gentry se dio cuenta de que aún llevaba la maleta de Natalie en la mano izquierda mientras la cogía a ella con la derecha. Al fondo, el callejón estaba cerrado por una red de alambre oxidada. Detrás de ellos, Gentry oyó un jadeo pesado, animal, de alguien que había entrado en el estrecho pasaje. Dejó la mano de Natalie, usó la maleta y su cuerpo como ariete y rompió la

red de alambre.

Llegaron a una calle que no tenía salida a la derecha, pero a la izquierda bajaba la colina bajo un oscuro paso superior del ferrocarril y

continuaba hacia el norte junto a casas iluminadas. Gentry giró hacia

la izquierda y corrió, Natalie le alcanzó antes de que llegaran a la acera

destrozada. Alguien pasaba por la red tras de ellos. Gentry miró por

encima del hombro y vio a un hombre de pelo blanco y traje de calle

saltando sobre losas inclinadas de hormigón como un doberman enloquecido. Gentry empuñó la Ruger y corrió.

Había hielo en la oscuridad bajo el puente de ferrocarril. Natalie

llegó allí antes. Gentry vio que sus pies desaparecían debajo de ella y

la oyó hundirse en la oscuridad. Tuvo tiempo de detenerse, pero, aun

así, se tambaleó y cayó sobre una rodilla.

-¡Natalie! -Estoy bien.

Se dirigió hasta su voz y la ayudó. -Voy a dejar tu maleta aquí -dijo. Natalie rió.

-Vamos.

Salieron de la oscuridad hacia una calle que los coches aparcados,

muchos de ellos abandonados, hacían más estrecha. Edificios quemados se mezclaban con filas de casas con luces en las ventanas. No había farolas. Gentry podía oír pasos bajando por la colina, resonando

bajo el puente de ferrocarril. No había gritos ni reniegos cuando la figura cayó pesadamente, sólo unos sonidos escarbando en el hielo y los

ladrillos.

-Allí -gritó Gentry, y empujó a Natalie hacia la primera casa iluminada, a unos cien metros.

Jadeaba y se tambaleaba cuando llegaron al pequeño pórtico de

hormigón con tres peldaños, se volvió y permaneció en guardia mientras Natalie golpeaba la puerta y pedía ayuda. Una silueta oscura abrió

una persiana durante un segundo, pero no abrió la puerta.

-¡Por favor! -gritó Natalie. -Natalie -llamó Gentry.

El hombre con el traje de calle rasgado y sucio corría los últimos

diez metros hasta ellos. A la luz de la única ventana, Gentry pudo ver

sus ojos grandes, blancos, y la boca abierta y la saliva manando sobre

su barbilla y su cuello. Gentry apuntó la Luger e hizo fuerza para tirar

el percutor hacia atrás. Pero lo bajó, y también el arma.

-Al carajo -dijo, y bajó el hombro para recibir el ataque del

hombre.

El atacante golpeó el hombro de Gentry a toda velocidad, dio un capirotazo en el aire y cayó de espaldas entre la acera y el peldaño más bajo. Hubo un sonido terrible cuando su cabeza rebotó contra el suelo. Gentry se inclinó sobre él y el hombre se puso de pie inmediatamente, con su pelo revuelto y lleno de sangre; sus dientes castañeteaban cuando atacó la garganta de Gentry. El sheriff lo levantó por las solapas y lo lanzó al otro lado de la calle. El hombre cayó, rodó, soltó un gruñido inhumano que era en parte una carcajada y se puso inmediatamente de pie, para embestir. Gentry le pegó con el cañón de la Ruger. El cuerpo cayó de bruces, crispándose.

Gentry se sentó en el peldaño más bajo y se puso la cabeza entre las rodillas. Natalie daba puntapiés y golpeaba la puerta.

-¡Por favor, déjenos entrar!

-¡Soy de la policía! -gritó Gentry con su último aliento-. Déjenos entrar.

La puerta continuó cerrada.

Más pasos resonaron desde el puente.

-Dios mío -dijo Gentry-, pensaba..., Saul dijo... que el oberst sólo... podía... controlar uno... cada vez.

La figura de una mujer alta apareció de las sombras bajo el puente. Corría descalza y blandía algo afilado en la mano.

-Vamos -dijo Gentry. Habían recorrido diez metros colina arriba cuando oyeron el rugido del autobús municipal en la esquina de la calle. Los faros iluminaron las casas de ladrillos a su izquierda.

Gentry buscó con la mirada un callejón, un solar abandonado, cualquier salida, pero sólo había las sólidas fachadas de hileras de casas en los treinta y cinco metros ininterrumpidos hasta el puente del ferrocarril.

-¡Hacia allí! --gritó-. Vamos a subir por el terraplén hasta los raíles.

Se giró en el momento en que la rubia alta corría silenciosamente los últimos tres metros y se lanzaba sobre él. Cayeron rodando sobre la calle húmeda. Gentry soltó la Ruger para intentar apartar su cabeza y los dientes de su garganta y para intentar estrangularla. La mujer era muy fuerte. Giró la cabeza y le mordió profundamente la mano izquierda. Gentry cerró el puño, le golpeó la mandíbula, pero ella consiguió bajar la cabeza a tiempo para que su cráneo recibiera el golpe. Gentry la empujó, e intentaba decidir cómo ponerla fuera de combate sin herirla cuando su mano derecha volvió a golpearle. El sintió el choque frío y sólo vio cómo las tijeras le golpeaban una segunda vez. Ella retiró la mano para golpear una tercera vez y Gentry balanceó el brazo para asestarle un golpe que le arrancaría la cabeza si la tocara. No la tocó.

La mujer rubia retrocedió dos pasos y levantó las tijeras a la altura de los ojos en el momento en que Natalie le pegó con la bolsa de la cámara con todas sus fuerzas en su cabeza. Ella cayó al suelo como si no

tuviera huesos precisamente cuando Gentry conseguía levantarse sobre una rodilla. Su lado izquierdo y la mano izquierda ardían. Se oyó un rugido que se acercaba y los faros del autobús les helaron la sangre. Gentry buscó la Ruger a su alrededor. Sabía que debía estar por allí. El autobús estaba a quince metros y aceleraba.

Natalie tenía el arma. Había abandonado la bolsa de la cámara y ahora, con las piernas ligeramente abiertas y flexionadas, cogiendo el arma con ambas manos, disparó cuatro veces como Gentry le había enseñado.

-¡No! -gritó Gentry cuando la primera bala destrozó un faro. La segunda impactó en el parabrisas a la izquierda del asiento del conductor. El retroceso hizo que las otras dos fueran demasiado altas.

Gentry cogió la bolsa de la cámara y empujó a Natalie hacia el bordillo y el pórtico de una casa cuando el autobús se desvió hacia ellos. Hizo una carambola en el pórtico. Las ruedas derechas pasaron sobre la mujer rubia, inconsciente en el suelo, sin que ésta se inmutase. Natalie y Gentry se empujaron cuando el autobús tocó el hielo, giró noventa grados a la izquierda y se fue de costado bajo el puente del ferrocarril. Hubo un gruñido de metal contra madera.

-¡Ahora! -jadeó Gentry, y corrieron hacia el terraplén. Gentry corría un poco agachado, cogiéndose el brazo derecho.

El motor diesel rugió, los engranajes chirriaron y un solo faro, sesgado, cortó el lado más apartado del pasaje mientras las ruedas posteriores del autobús giraban, encontraban resistencia, giraban de nuevo. Una viga de madera se quebró estrepitosamente y la parte trasera del autobús apareció en el momento en que Gentry y Natalie llegaban al terraplén y empezaban a subir por el declive cubierto de hielo y de basuras. Una espira oxidada de alambre cogió el tobillo de Gentry y le hizo caer pesadamente. Durante un segundo, estuvo bajo la luz del faro del autobús y vio su chaqueta destrozada y abierta, la sangre que manaba de su brazo y de su mano. Miró por encima del hombro cuando Natalie lo cogió del brazo derecho y lo ayudó a levantarse.

-Dame la Ruger -dijo él.

El autobús empezaba a subir por el declive.

-El arma.

Natalie le dio la pistola cuando el conductor ponía el enorme vehículo en primera. Los dos cuerpos que yacían aún en la calle parecían ahora aplastados.

--;Vete! -ordenó Gentry.

Natalie se volvió y empezó a subir, usando ambas manos. Gentry la siguió. Estaban a menos de medio camino del declive cuando llegaron a la cerca.

El autobús tomó velocidad, con el ruido resonando en los edificios de ladrillos, su único faro sesgado en un ángulo que iluminaba a Gentry y a Natalie en el declive.

La cerca era invisible desde abajo. Se había aflojado y ondulado hasta parecer un acordeón. Natalie se enganchó el pantalón en la segunda hilera de alambre. Gentry arrancó alambre suelto del pantalón de Natalie, oyó cómo la tela se rasgaba y empujó a Natalie hacia arriba. Ella dio dos pasos y se detuvo, estorbada de nuevo. Gentry se volvió, apuntaló sus pies en el declive y levantó la Luger. El autobús municipal era casi tan largo como alto el terraplén. A Gentry le molestaba su chaqueta. Se la quitó y se volvió, levantando la Ruger, sintiendo que el brazo le obedecía.

El autobús rodó sobre los cuerpos, cambió la velocidad, botó en una curva invisible lo suficiente para no enterrar el morro en el suelo helado y empezó a subir por el terraplén.

Gentry bajó la mira para compensar la tendencia a disparar alto cuando disparaba hacia abajo. La luz reflejada desde la costa nevada iluminaba claramente al conductor. Era una mujer vestida de caqui, con los ojos muy abiertos.

«Ellos... él... no la dejará vivir de todas formas», pensó Gentry, y disparó las dos últimas balas. Dos agujeros aparecieron directamente delante del conductor e, inmediatamente todo el parabrisas se hizo añicos; Gentry se volvió y corrió. Estaba a diez pasos de Natalie cuando el autobús lo alcanzó, el radiador lo cogió con fuerza y lo hizo volar como a un niño descuidadamente lanzado al aire. Cayó pesadamente sobre su costado izquierdo, sintió a Natalie a su lado, se curvó sobre un raíl frío y miró.

El autobús llegó a un metro y medio del terraplén, perdió tracción y volvió atrás girando con su faro oscilando violentamente. El parachoques trasero derecho golpeó contra la calzada con un ruido sólido, final, y el autobús se tambaleó, su morro golpeó y botó treinta grados antes de rodar lentamente hacia la derecha, casi de espaldas, y quedó de lado con las ruedas aún girando.

-No te muevas -murmuró Natalie, pero Gentry trató de ponerse en pie. Miró abajo y casi se rió al ver que aún tenía la Ruger en la mano. Quiso guardarla en el bolsillo, descubrió que ya no llevaba abrigo ni chaqueta y la metió en el cinturón.

Natalie le ayudó a levantarse.

-¿Qué hacemos ahora? -dijo ella en voz baja.

Gentry intentó ordenar sus ideas.

-Esperar a la policía, los bomberos, las ambulancias -dijo. Sabía que algo no funcionaba en su idea, pero estaba demasiado cansado para examinarla mejor.

Se habían encendido luces en más ventanas, pero nadie salió.

Gentry estuvo apoyado en Natalie durante varios fríos minutos. Empezó a nevar. No había señal de ambulancias.

Abajo se oía un ruido sordo de golpeteo y una ventana del autobús derribado se desprendió y cayó al suelo. Aparecieron tres siluetas arrastrándose como enormes arañas sobre el armazón del autobús.

Sin decir nada, Gentry y Natalie se volvieron y empezaron a correr torpemente por los raíles. El tropezó y cayó; se oía un zumbido sólido y persistente. Natalie lo ayudó a levantarse y lo animó a correr. Podía oír pasos distantes detrás de ellos.

-¡Allí! -jadeó de súbito Natalie-. Allí. Sé dónde estamos.

Gentry abrió los ojos y vio una vieja casa de tres pisos entre dos solares abandonados. Había luces en una docena de ventanas.

Gentry tropezó y cayó en el escarpado declive. Algo aguzado le rasgó la pierna derecha. Se tambaleó y ayudó a Natalie cuando un tren rugió al pasar por encima de ellos.

Había gente en el pórtico. Voces de negros gritando desafíos. Gentry vio a dos jóvenes armados. Buscó la Ruger pero sus dedos no pudieron cerrarse sobre la culata.

La voz de Natalie llegó desde muy lejos, urgente, insistente. Gentry decidió cerrar los ojos durante un segundo o dos sólo para recuperar fuerzas.

Unas manos fuertes lo sostuvieron cuando se desplomó.

26

Germantown, lunes 29 de diciembre de 1980

Natalie vigiló a Rob durante todo el lunes. Tenía fiebre, estaba desorientado y, a veces, hablaba en sueños. Ella permaneció cerca de él durante la noche, cuidando de no rozar sus doloridas costillas o su vendada mano izquierda. Una vez, mientras dormía, él había alargado la mano derecha y le había acariciado suavemente el pelo.

Marvin Gayle no se había puesto muy contento cuando ella y Gentry habían aparecido ante la puerta de la Casa Comunitaria el domingo por la noche.

-¿Quién es este gordinflón, guapa? -había preguntado Marvin desde el peldaño más alto. Junto a él estaban Leroy y Calvin con escopetas de cañones recortados.

-Es el sheriff Rob Gentry -dijo Natalie, lamentando inmediatamente haberlo identificado como policía-. Está herido.

-Lo veo, guapa. ¿Por qué no lo llevas al hospital de los blancos?

-Vienen tras de nosotros, Marvin. Déjanos entrar. -Natalie sabía que si podía llegar hasta el carismático jefe de la pandilla juvenil, él la escucharía. Había pasado la mayor parte del fin de semana en la Casa Comunitaria. Estaba allí el sábado por la noche cuando se supo que Monk y Lionel habían sido asesinados. A petición de Marvin había ido con ellos para fotografiar los cuerpos mutilados. Después se había tambaleado hacia la esquina para recuperarse del mareo en la oscuridad. Sólo más tarde Marvin le había dicho que Monk llevaba una copia de la foto de Melanie Fuller para mostrársela a los miembros inactivos del barrio e intentar descubrir a la vieja. La foto había desaparecido cuando registraron los cadáveres. A Natalie se le había erizado la piel cuando lo supo.

Sorprendentemente, ni la policía ni los medios de información reaccionaron ante los asesinatos. No había testigos, salvo George, el chico de quince años que había logrado escapar, y George no se lo había contado a nadie excepto al Alma de la Fábrica. La pandilla lo mantuvo en secreto. Los dos cuerpos mutilados fueron envueltos en cortinas de baño y guardados en un frigorífico en el sótano de la casa de Louis Taylor. Monk vivía solo en un edificio abandonado cerca de la calle Pastorius. Lionel vivía con su madre en Bringhurst, pero la vieja estaba la mayor parte del tiempo atontada por el alcohol y no lo echaría de menos en muchos días.

-Primero liquidaremos al hijoputa ese que hizo esto, después se lo contaremos a la pasma y a la gente de la televisión -dijo Marvin ese sábado por la noche-. Si lo contamos ahora, no habrá espacio suficiente para andar por aquí.

La pandilla había obedecido. Natalie se había quedado con ellos hasta la tarde del domingo, repitiéndoles su descripción resumida de los poderes de Melanie Fuller una y otra vez, después escuchando sus planes de batalla: encontrarían a la Fuller y al «hijoputa ese» y los matarían.

El domingo por la noche, con la nieve cayendo pesadamente, estaba en la acera intentando aguantar el bulto semiconsciente de Rob Gentry y suplicaba:

-Vienen tras de nosotros.

Marvin hizo un movimiento con la mano izquierda. Louis, Leroy y'

un miembro de la pandilla al que Natalie no reconoció saltaron desde

el pórtico y desaparecieron en la noche. -¿Quién te persigue, guapa? -No lo sé. Gente.

-¿Son como el monstruo hijoputa? -Sí.

-¿La misma vieja es la responsable?

-Quizá. No lo sé. Pero Rob está herido. Nos persiguen. Déjanos entrar. Por favor.

Marvin la miró con aquellos hermosos y fríos ojos azules y después se apartó y les hizo señas para que entraran. Fue necesario llevar a Gentry hasta un colchón en el sótano.

Natalie había insistido en llamar a un médico o a una ambulancia pero Marvin sacudió la cabeza.

-No, no, guapa. Tenemos dos muertos de los que no queremos informar a nadie hasta que encontremos a la «Dama Vudú». Ni Pes en estropearlo todo a causa de tu amigo herido. Llamaré a Jackson

Jackson era el hermanastro de George, un hombre de treinta años callado, calvo, competente, que había sido enfermero en Vietnam

que había terminado dos años y medio de medicina antes de dejarlo. Llegó con una mochila llena de vendajes, jeringuillas y drogas.

-Dos costillas rotas -dijo en voz baja después de inspeccionar a Gentry-. Un corte profundo aquí, pero no ha sido eso lo que le ha roto las costillas. Un centímetro más abajo, dos centímetros más hondo y estaría muerto. También le han mordido la mano. Posible conmoción cerebral. No puedo saber si es grave sin rayos X. Dejad espacio, por favor, para que pueda curarlo.

Empezó por restañar la sangre, limpiar y vendar los cortes más profundos y los desgarrones, vendar las costillas quebradas y ponerle una inyección por la mordedura que casi le había cortado la membrana de su mano izquierda. Después quebró una cápsula bajo la nariz de Gentry y el sheriff volvió en sí casi inmediatamente.

-¿Cuántos dedos?

-Tres -dijo Gentry-. ¿Dónde estoy?

Hablaron durante algunos minutos, lo suficiente para que Jackson decidiera que no era una conmoción cerebral grave, después le puso otra inyección y le permitió que volviera a dormir.

-Se pondrá bien. Pasaré otra vez mañana.

-¿Por qué no acabó medicina? -preguntó Natalie, ruborizándose por su curiosidad.

Jackson se encogió de hombros.

-Mucha mierda. Preferí volver aquí. Despiértalo cada dos horas.

Ella despertó a Gentry cada noventa minutos en el rincón con cortinas del sótano donde Marvin les había dejado dormir. El reloj de Natalie marcaba las 4.38 cuando lo despertó por última vez y él le acarició suavemente el pelo.

-Una panda de gente extraña por los alrededores -dijo Leroy.

Una docena de miembros de la pandilla estaban sentados en torno a la mesa de la cocina, sobre el mostrador o apoyados en los armarios y paredes. Gentry había dormido hasta las dos de la tarde y se había despertado hambriento. A las cuatro se reunieron para discutir los planes de batalla y Gentry aún comía, mordisqueaba la comida china que le había encargado a uno de los chicos. Natalie era la única mujer presente, además de la silenciosa chica de Marvin, Kara.

-¿Qué tipo de gente extraña? -preguntó Gentry con la boca llena de cerdo agridulce.

Leroy miró a Marvin, recibió un meneo de cabeza y dijo:

-Policías blancos muy extraños. Pasmas. Como tú, hombre.

-¿De uniforme? -preguntó Gentry. Estaba de pie en un rincón y sus vendajes le hacían parecer aún más pesado.

-Mierda, no -dijo Leroy-. Van de paisano. Auténticos hijoputas. Pantalones negros, cazadoras, zapatos puntiagudos Florsheim. Hijoputas paseándose por el barrio.

-¿Dónde están?

Marvin respondió:

-Por todas partes, tío. Un par de furgonetas en cada punta de Bringhurst. Un falso camión de teléfonos en el callejón entre Green y Queen hace dos días. Doce cabrones en cuatro coches sin marca entre Church y aquí. Un puñado en el segundo piso de algunas casas de Queen y Germantown.

-¿Cuántos en total? -preguntó Gentry. -Unos cuarenta. Quizá cincuenta.

-¿Haciendo turnos de ocho horas?

-Sí, los hijoputas se creen que son invisibles, sentados allí fuera cerca de la lavandería automática de Ashmead. Es el único garito en el bloque. Fichando a entrada y salida como si trabajaran en los jodidos Aceros Bethelehem, tío. Uno de los cabrones no hace más que correr a comprarles donuts.

-¿Policía de Filadelfia?

El chico alto y delgado que se llamaba Calvin rió.

-Mierda, no, tío. Los locales usan esos trajes Banlon, calcetines blancos, zapatos «ortopédicos»..., toda esa mierda cuando están de guardia.

-Además -añadió Marvin-, hay demasiados. Toda la gente de Vicio y Homicidios y Narcóticos con los polis nuevos no llegarían a los cincuenta que hay en las calles. Deben de ser federales de Narcóticos o algo parecido.

-O del FBI -dijo Gentry. Se frotó distraídamente la sien izquierda. Natalie se dio cuenta de la ligera mueca de dolor.

-Sí. -Los ojos de Marvin perdieron su brillo intenso durante algunos minutos mientras perseguía un pensamiento-. Podría ser. No lo entiendo, tío. ¿Por qué tantos? Yo pensé, mira, quizá buscan a los asesinos de Zig y Muhammed y los otros, pero les importa un carajo quién jodió a unos cuantos negros. A menos que busquen a la «Dama Vudú» y al monstruo ese. ¿Puede ser, guapa?

-Puede ser -dijo Natalie-. Pero es más complicado...

-¿Cómo?

Gentry se dirigió a la mesa con la parte superior del cuerpo rígida. Puso la mano vendada sobre la mesa.

-Hay otros con el... poder vudú -dijo el sheriff-. Hay un hombre que es posible que se oculte en la ciudad. Otros en cargos importantes tienen el mismo poder. Hay una especie de guerra.

-Hombre, me gusta cómo hablas -resopló Leroy, e imitó el tono lento y suave de Gentry-. Haay uuna espeecie de gueerra.

-Yo también encuentro tu dialecto agradable -contraatacó
Gentry.

Leroy se levantó, amenazante. -¿Qué cojones dices, tío?

-Dice que te calles, Leroy -interrumpió Marvin-. Cállate. -Se
inclinó para mirar a Gentry-. Bien, señor sheriff, dime una cosa..., ese
hombre escondido, ¿es blanco?

-Sí.

-¿Los pasmas lo quieren coger, los blancos? -Sí.

-Puede haber otros polis metidos en esto. ¿Son blancos? -Ajá.

-¿Todos buscan a la «Dama Vudú» y a su monstruo hijoputa? -Sí.

Marvin suspiró.

-Ya veo. -Hurgó en el bolsillo de su chaqueta, sacó la Ruger de
Gentry y la puso sobre la mesa con un seco «clac»-. Un buen hierro
tiene aquí, señor sheriff. ¿Nunca ha pensado en ponerle balas?

Gentry no cogió el arma. -Tengo más balas en la maleta.

-¿Y dónde está tu maleta, amigo? Si está en el Pinto aplastado, ya
no hay maleta.

-Marvin fue a recoger mi maleta al callejón -dijo Natalie-. Había desaparecido. Como los restos de tu coche alquilado. Como el autobús.

-¿El autobús? -Las cejas de Gentry subieron tan alto que hizo
una mueca y se cogió la cabeza-. ¿Que el autobús ha desaparecido?
¿Cuándo has ido allá?

-Después de seis horas del jaleo -dijo Leroy.

-Tenemos que aceptar su palabra de que fuisteis perseguidos por
un autobús municipal -dijo Marvin-. Ella dice que tuviste que disparar y «matarlo». Quizá se arrastró y fue a morir en los arbustos, señor sheriff.

-Seis horas -dijo Gentry. Se inclinó contra la nevera para apoyarse-. ¿Y las noticias? En este momento debería estar en las primeras páginas.

-No ha habido noticias -dijo Natalie-. No ha habido cobertura por televisión. Ni siquiera una pequeña reseña local en las páginas
interiores del Philadelphia Inquirer.

-Jesús -dijo Gentry-. Esos tíos deben de tener unas relaciones
increíbles para poder tapar el asunto tan deprisa. Deben de haber

sido..., ¡si al menos cuatro personas han muerto!

-Sí, hombre, y se mearon en la SEPTA -dijo Calvin refiriéndose al ente público de transportes-. No te recomiendo que te ocupes del tránsito mientras estés aquí. Destrozar sus autobuses es realmente mearse en la SEPTA.

Calvin rió tanto que casi se cayó de la silla.

-Entonces, ¿dónde está tu maleta, macho? -preguntó Marvin. Gentry se estremeció.

-La dejé en el Chelten Arms. Habitación 310. Pero sólo pagué una noche. En este momento ya la habrán sacado de allí. Marvin se giró en su silla.

-Taylor, tú trabajas en el viejo Chelten Arms. ¿Puedes entrar en su depósito?

-Claro, tío.

Taylor era un chico de diecisiete o dieciocho años con la cara cruzada de cicatrices oscuras.

-Puede ser peligroso -dijo Gentry-. Puede no estar allá, y si está, probablemente la vigilan.

-¿Los puercos vudú? -preguntó Marvin. -Entre otros.

-Taylor -dijo Marvin.

Era una orden. El chico sonrió, saltó al suelo y se marchó. -Tenemos otras cosas que discutir -añadió Marvin-. Los blancos pueden esperar.

Natalie y Gentry estaban en el pequeño pórtico trasero de la Casa Comunitaria y contemplaban cómo la grisácea luz invernal se transformaba en oscuridad nocturna. Ante ellos tenían un gran solar lleno de montones de ladrillos rotos, cubiertos de nieve, y la parte trasera de dos edificios de apartamentos condenados. El brillo de las lámparas de queroseno a través de varias ventanas sucias evidenciaba que el edificio aún estaba ocupado. Hacía mucho frío. Aún se veían algunos copos de nieve alrededor de la farola intacta media manzana más adelante.

-¿Nos quedamos aquí? -preguntó Natalie.

Gentry la miró. Sólo su cabeza era visible fuera de la manta del

ejército que se había echado sobre los hombros.

-Por esta noche no tiene sentido hacer otra cosa -dijo-. Quizá

no estemos entre amigos, pero tenemos un enemigo común.

-Marvin Gaule es listo -dijo Natalie. -Como un azote -estuvo de acuerdo Gentry.

-¿Por qué crees que está derrochando su vida con una pandilla? –Dijo Natalie contemplando el sucio crepúsculo.

-Cuando yo estudiaba en Chicago, trabajé con las pandillas de

allá. Algunos de sus jefes eran idiotas, uno era un psicópata, pero la mayor parte eran chicos listos. Pon a una personalidad alfa en un sistema cerrado y subirá a la cima de ese sistema. En un lugar como éste, la cima es el liderato de la pandilla local.

-¿Qué es una personalidad alfa?

Gentry rió, pero paró inmediatamente, y, azuzado por el dolor, se tocó las costillas.

-Los estudiosos del comportamiento animal buscan la ley del más fuerte, el dominio del grupo, y llaman al carnero dominante, o pájaro o lobo o lo que sea, el macho alfa. No quiero ser sexista y por eso me refiero a ello en términos de personalidad. A veces creo que la discriminación y otras estúpidas barreras sociales producen un número desmesurado de personalidades alfa. Quizá sea una especie de selección natural mediante la cual los grupos étnicos y culturales marginados afirman sus posiciones en el seno de sociedades injustas.

Natalie alargó la mano y tocó el brazo de Gentry a través de la manta.

-Sabes, Rob, para ser un sheriff tienes algunas ideas interesantes.

Gentry la miró.

-Pero no muy originales. Saul Laski discutió algo semejante en su libro Patología de la violencia. Hablaba de cómo sociedades oprimidas y a veces poco prometedoras tienden a producir increíbles guerreros cuando la supervivencia nacional o cultural depende de eso..., una especie de personalidades alfa especializadas. Incluso Hitler encaja en esta descripción de una manera enferma, pervertida.

Un copo de nieve cayó sobre el párpado de Natalie. Ella lo apartó parpadeando.

-¿Crees que Saul está aún vivo?

-La lógica dice que no debería de estarlo -respondió Gentry. Había referido a Natalie lo que había pasado durante los últimos días en una larga conversación después de haberse despertado esa tarde. Ahora tiró con fuerza de la manta para taparse mejor y reposó su mano vendada en la barandilla astillada del pórtico-. Pero –prosiguió- algo me hace pensar que aún está vivo.

-¿Y alguien le retiene?

-Sí. A menos que pudiera desaparecer del todo. Pero nos habría avisado.

-¿Cómo? -preguntó Natalie-. Tú y yo dejamos recados en tu contestador y alguien los borró. ¿Cómo podría dejarlos Saul si nosotros no pudimos? Especialmente si está escondido.

-Es cierto -dijo Gentry. Natalie se estremeció. Gentry se acercó a ella y la cubrió con la manta-. ¿Piensas en ayer? -preguntó.

Ella asintió con la cabeza. Cada vez que empezaba a sentirse un poco segura, alguna parte de ella recordaba la sensación de la mente de Anthony Harod en su cabeza y todo su cuerpo se estremecía como si recordara una brutal violación. Había sido una brutal violación.

-Ya ha pasado -dijo él-. No te cogerán de nuevo.

-Pero aún están ahí fuera -murmuró Natalie.

-Sí. Y ése es otro motivo por el cual no debemos intentar salir de Filadelfia esta noche.

-¿Y continúas pensando que no fue... Harod... quien mandó el autobús..., quien nos persiguió?

-No veo cómo podría ser él -dijo Gentry-. El hombre estaba inconsciente cuando nos fuimos. Podría haber vuelto en sí diez minutos después, pero no estaría en condiciones de hacer gimnasia mental. Además, ¿no dices que tuviste la impresión de que él usaba su... poder vudú... sólo en mujeres?

-Sí, pero es sólo una impresión que tuve cuando él..., cuando él estaba...

-Confía en la impresión -dijo Gentry-. Quienquiera que utilizaba a aquella gente la noche pasada usaba hombres también.

-Si no era Anthony Harod, ¿quién era?

Estaba oscuro ahora. Se oyó una sirena. La farola, las ventanas poco iluminadas, el reflejo en las nubes bajas de las numerosas lámparas de vapor de mercurio, todo le parecía irreal a Natalie, como si la luz no pudiese existir entre los montones de ladrillos sucios, metal oxidado y oscuridad.

-No lo sé -dijo Gentry-. Pero sé que nuestra tarea ahora es ponernos en cuclillas y sobrevivir. La única cosa buena de ayer es que ahora que he pensado en ello estoy casi seguro de que quienquiera que nos perseguía quería retenernos aquí, pero no quería matarnos..., o por lo menos no quería matarte.

La boca de Natalie se abrió con sorpresa.

-¿Cómo puedes decir eso? ¡Mira lo que han hecho! El autobús..., aquella gente..., mira lo que te hicieron.

-Sí -dijo Gentry-, pero piensa que podrían haberlo hecho de una manera mucho más simple.

-¿Cómo?

Al formular la pregunta, Natalie ya había comprendido lo que Rob quería decir.

-Si podían vernos para perseguirnos -dijo Gentry-, podían vernos para controlarnos físicamente. Yo tenía un arma. Podían haber hecho que la usara contra ti y después, contra mí.

Natalie se estremeció bajo la manta. Gentry pasó el brazo derecho alrededor de ella.

-¿Entonces crees que realmente no querían matarnos?

-Es una posibilidad -dijo Gentry, y se calló bruscamente.

Natalie sintió que él no quería continuar la frase.

-¿Cuál es la otra? -inquirió.

Gentry frunció los labios y después sonrió levemente.

-La otra posibilidad, que también encaja, es que se sienten tan seguros que se están divirtiendo un poco con nosotros.

Natalie dio un salto cuando la puerta se abrió de repente. Era Leroy.

-Eh, Marvin dice que vengáis. Taylor ha vuelto y tiene tu maleta, tío. Louis también ha vuelto y trae buenas noticias. El y George y los otros saben dónde vive la misma «Dama Vudú» y esperaron que durmiera para joderla, tío. Y al monstruo hijoputa también.

El corazón de Natalie palpitó violentamente.

-¿Qué significa eso?

Leroy le sonrió.

-Los han matado, tía. Louis le cortó la garganta a la vieja «Dama Vudú» mientras dormía. George y Setch machacaron al monstruo hijoputa con los cuchillos. Diez, doce veces, tío. Lo hicieron mierda, tío. Ese cabrón no volverá a matar a nadie más del Alma de la Fábrica.

Natalie y Gentry se miraron y siguieron a Leroy hacia una casa llena de ruidos de celebración.

Louis Solarz era pesado y de piel clara, con grandes y expresivos ojos. Estaba sentado a la cabecera de la mesa de la cocina, mientras Kara y otra chica le ponían una venda en la garganta. La pechera de la camisa amarilla del chico estaba moteada de sangre.

-¿Qué te ha pasado en la garganta, tío? -preguntó Marvin. El jefe de la pandilla acababa de bajar-. Pensaba que habías dicho que le cortaste la garganta a él.

Louis asintió con la cabeza, excitado, intentó hablar, sólo consiguió graznar, y empezó de nuevo con un murmullo ronco.

-Sí, lo he hecho. El monstruo hijoputa me cortó antes de poderlo matar.

Kara apartó las manos de Louis del corte y colocó la venda.

Marvin se inclinó sobre la mesa.

-No lo entiendo, tío. Dices que mataste a la «Dama Vudú» mientras dormía, pero el monstruo hijoputa ha tenido tiempo de cortarte. ¿Dónde caray están George y Setch?

-Todavía están allá, tío.

-¿Están bien?

-Sí, están bien. George quiere cortarle la cabeza al monstruo hijoPuta, pero Setch dice que espere.

-¿Que espere qué? -dijo Marvin.

-Que te espere a ti, tío.

Natalie y Gentry estaban cerca de la retaguardia de la multitud. Ella miró a Rob con una ojeada interrogativa. Él se encogió de hombros bajo la manta.

Marvin cruzó los brazos y suspiró.

-Bien, cuéntalo todo de nuevo, Louis. Todo. Louis tocó su garganta vendada.

-Esto duele.

-Cuenta -ordenó Marvin.

-Muy bien, muy bien. George, Setch y yo fuimos a hablar con gente como nos dijiste y pensamos que ya era hora de volver, porque nadie había visto nada, ¿sabes? Entonces, estábamos en Germantown cuando la vimos salir de aquel almacén en la esquina de Wister.

-¿La charcutería de Sam? -preguntó Marvin.

-Sí, ése -dijo Louis, y sonrió-. Era la misma «Dama Vudú» en persona.

-¿La reconociste por mi foto? -preguntó Natalie. Todos se volvieron para mirarla y Louis le echó una mirada larga, extraña. Natalie se preguntó si las mujeres debían estar calladas en una reunión de la pandilla. Se aclaró la garganta y repitió-: ¿Mi foto ayudó?

-Sí, claro -dijo Louis con voz ronca-. Pero el monstruo hijoputa también la tiene.

-¿Estás seguro que era él?

-Sí, seguro -dijo Louis-. Y George le había visto antes, se acuerda. Un tío delgado. Pelo largo, mugriento. Ojos extraños. ¿Cuántos tíos como éste andan con una vieja? Son inconfundibles: la «Dama Vudú» y el monstruo hijoputa.

Hubo una carcajada general. Natalie pensó que era el tipo de risa que alivia la inquietud.

-Continúa -ordenó Marvin.

-Los seguimos, tío. Entran en una casa vieja. Los seguimos. Setdd

dice que a por ellos, pero yo digo que a ver qué pasa. George se sube a

un árbol junto a la casa y ve a la «Dama Vudú» durmiendo. Yo digo a por ellos. Setch dice: de acuerdo, abre la cerradura; entramos. -¿Dónde está la casa? -preguntó Marvin. -Te la mostraré, tío.

-Dímelo -ordenó Marvin, y cogió a Louis por el cuello.

El chico lloriqueó y se protegió la garganta.

-En Queen Lane, tío. No lejos de la avenida. Te la muestro, tío Setch y George nos esperan.

-Acaba -dijo Marvin en voz baja.

-Entramos muy callados -explicó Louis-. Son sólo las cuate}

¿sabes? Pero la «Dama Vudú» duerme arriba en una habitación llena

de muñecas...

-¿Muñecas?

-Sí, como el cuarto de una niña, ¿sabes? Pero no está realmente

durmiendo, sino como drogada, ¿sabes?

-En trance -intervino Natalie. Louis la miró.

-Sí, eso.

-Y después, ¿qué? -preguntó George. Louis sonrió a la concurrencia. -Después le corté la garganta, tío. -¿Está muerta? -preguntó Leroy.

La sonrisa de Louis se hizo más amplia. -Oh, sí. Está muerta.

-¿Y el monstruo hijoputa? -preguntó Marvin.

-Setch, George y yo lo encontramos en la cocina. Estaba afilando

aquella gran hoja curva.

Natalie intervino de nuevo: -¿La guadaña?

-Sí -dijo Louis-. Y tenía un cuchillo, ¿sabes? Fue con eso que

me cortó cuando se lo quitamos. Después Setch y George lo machacaron. Le cortaron la garganta.

-¿Está muerto? -Sí.

-¿Estás seguro?

-Joder, claro que estoy seguro. ¿Te crees que no sé cuándo alguien está muerto, tío?

Marvin miró a Louis. Había un brillo extraño en los ojos del jefe

de la pandilla.

-Ese monstruo mató a cinco buenos hermanos, Louis. ¿Cómo es

que tú y Setch y el pequeño George lo habéis tenido tan fácil?

Louis se encogió de hombros.

-No lo sé, macho. Cuando la «Dama Vudú» la ha palmado, el

monstruo ha dejado de ser monstruo. Era sólo un chiquillo blanco.

Lloraba cuando Setch le cortó la garganta.

Marvin meneó la cabeza.

-No sé, tío. Me parece demasiado fácil. ¿Y la pasma? Louis miró.

-Eh, macho -dijo por fin-. Setch dijo que te lleve enseguida.

¿Quieres verlos o no?

-Sí -dijo Marvin-. Sí.

-No irás -dijo Gentry.

-¿Qué quieres decir con que no iré? -protestó Natalie-. Marvin quiere fotos.

-No me importa lo que quiera Marvin -dijo Gentry-. Te quedarás aquí.

Estaban en el segundo piso, en la habitación con cortinas. Todos

los miembros de la pandilla estaban abajo. Gentry había subido su maleta y se estaba poniendo los pantalones de pana y un jersey. Natalie

vio que la sangre había empapado los vendajes de las costillas. -Estás herido -dijo ella-. Tampoco deberías ir. -Tengo que comprobar que la Fuller está muerta. -Yo también quiero verlo...

-No. -Gentry se puso un chaleco sobre el jersey y se volvió hacia ella-. Natalie... -Levantó una mano enorme y le acarició la mejilla-. Por favor. Tú...

Natalie lo abrazó tiernamente, con cuidado para no hacerle daño. Levantó la cara para besarle. Después, recostando la cabeza contra la lana, cuchicheó:

-Eres muy importante para mí, Rob.

-Muy bien. Volveré en cuanto sepa qué pasa. -Pero las fotos...

-Usaré tu Nikon, ¿de acuerdo?

-Muy bien, pero no me siento bien por...

-Mira -dijo Gentry, y adoptó su voz más cansina-, este Marvin no es tonto. No correrá riesgos.

-Tampoco los corras tú.

-No, señora.

La abrazó para un beso largo, que le hizo olvidarse de sus costillas.

Natalie vio cómo el grupo se marchaba desde la ventana del segundo piso. Con Louis fueron Marvin; Leroy; el joven alto que se llamaba Calvin; un miembro de la pandilla llamado Trout, más viejo, de cara triste; unos gemelos que Natalie no conocía, y Jackson. El ex enfermero había aparecido justo cuando la expedición partía. Todos iban armados, salvo Louis, Gentry y Jackson. Calvin y Leroy llevaban escopetas de cañones recortados bajo sus abrigos amplios. Trout, una 22 de cañón largo, y los gemelos, pequeñas pistolas de aspecto barato que Rob había designado como «especiales de sábado por la noche». Gentry había pedido la Ruger a Marvin, pero el jefe de la pandilla se había reído, acabó de cargar la pesada arma y se la metió en el bolsillo de su propia chaqueta militar. Gentry miró arriba e hizo un gesto a Natalie con la Nikon antes de irse.

Natalie se sentó en el colchón del rincón y luchó contra el deseo de llorar. Pasó revista a todas las posibilidades y permutaciones que le rondaban por la cabeza.

Si Melanie Fuller estaba muerta, quizá pudieran marcharse. Quizá. porque, ¿y la bofia de la que Rob había hablado? ¿Y el oberst?

¿Y Anthony Harod? Natalie se sintió mal cuando pensó en ese hijo de puta con ojos de lagarto. El recuerdo del miedo y del odio a las mujeres que había sentido durante aquellos pocos minutos bajo su control hizo que su estómago se revolviera. Deseó haberle dado un puntapié en su fea cara cuando tuvo la oportunidad.

Un ruido en la escalera la hizo ponerse de pie.

Alguien aparecía en la luz débil del rellano. En el segundo piso sólo estaba ella. Taylor estaba de guardia, algunos de los miembros de la pandilla habían ido a llamar a otros. Natalie oyó risas en el primer piso. La persona del rellano se movió vacilante hacia la luz y Natalie entrevió una mano blanca y una cara pálida.

Miró alrededor rápidamente. No habían quedado armas allí. Corrió hacia la mesa de billar muy iluminada bajo una única lámpara colgada, cogió un taco y lo balanceó un poco para probar su peso. Lo cogió con ambas manos y preguntó.

-¿Quién hay ahí?

-Sólo yo. -Bill Woods, el sacerdote que según cabía suponer dirigía la Casa Comunitaria, surgió a la luz-. Lo siento si la he asustado.

Natalie se relajó, pero no dejó el taco.

-Creía que se había marchado.

Aquel hombre de aspecto frágil se inclinó sobre la mesa para jugar con la bola blanca.

-Oh, he estado entrando y saliendo toda la tarde. ¿Sabe adónde han ido Marvin y los otros chicos?

-No.

Woods meneó la cabeza y se ajustó' las gafas.

-Es terrible la discriminación y explotación que estos chicos sufren. ¿Sabía que el paro entre los adolescentes negros en esta zona es superior al noventa por ciento?

-No -dijo Natalie. Se había movido alrededor de la mesa apartándose de aquel hombre delgado, apasionado, pero no sentía nada en él salvo un deseo ardiente de comunicación.

-Oh, sí -dijo Woods-. Las tiendas y los almacenes de la avenida son propiedad exclusiva de blancos. Principalmente judíos, que ya no viven aquí, pero continúan controlando el comercio. Nada nuevo.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Natalie. Se preguntó si Rob y el grupo ya estarían allá. Si la mujer muerta no era Melanie Fuller, ¿qué haría Rob?

-Los judíos, digo -respondió Woods. Se subió al borde de la mesa de billar y se bajó la pernera del pantalón. Se acarició su pequeño bigote, una remilgada línea negra que parecía una oruga nerviosa sobre su labio superior-. Hay una larga historia de los judíos como explotadores de los desvalidos en las ciudades americanas. Usted es negra, señorita Preston. Debe de entenderlo implícitamente.

-No sé de qué caray me habla -dijo Natalie justo cuando una explosión sacudió la parte delantera de la casa.

-¡Dios mío! -gritó Woods mientras Natalie corría hacia una de las ventanas.

Dos coches abandonados en la esquina ardían. Las llamas llegaban a nueve metros de altura e iluminaban los solares, las casas abandonadas al otro lado, y el terraplén del ferrocarril al norte. Una docena de miembros de la pandilla corrían hacia la acera, gritando y esgrimiendo escopetas y otras armas.

-Será mejor que vuelva al Centro de la juventud y llame a los bomberos -dijo Woods-. El teléfono no funcionaba cuando...

Natalie se volvió para ver por qué el sacerdote había dejado de hablar. Woods miraba algo en el rellano, justo en el borde del círculo de luz.

Era joven y delgado, casi cadavérico, con una chaqueta militar rasgada y sucia. Sus mejillas demacradas brillaban, blancas y largas; su pelo enredado le caía sobre unos ojos tan profundos que parecían brillar desde pozos en su cara. Tenía la boca muy abierta y Natalie pudo ver un trozo de lengua moviéndose como un ser pequeño, rosado, mutilado, en un agujero oscuro. Llevaba una guadaña más alta que él y cuando avanzó, su sombra dio un salto de tres metros en la pared manchada y estucada.

-Usted no es de aquí -empezó el reverendo Bill Woods. La guadaña silbó cuando terminó su arco. La cabeza de Woods no fue completamente seccionada. Harapos de tejido y una tira de médula espinal la conectaban al cuerpo que cayó lentamente sobre ella. Se escuchó un ruido sordo y la sangre se desbordó sobre el tapete verde de la mesa de billar y entró en uno de los agujeros. Aquella figura callada, de pelo largo, arrancó la guadaña del cuerpo y se volvió hacia Natalie.

Cuando Woods decía sus últimas y absurdas palabras, Natalie usaba ya el taco de billar para romper el cristal de la ventana. Había barras de metal en todas las ventanas. Gritó lo más alto que pudo y la histeria que notó en sus gritos la sorprendió, la hizo recuperar la conciencia. Las llamas y los gritos de fuera tapaban los suyos. Nadie miró:

Natalie giró el taco para que la punta más gruesa fuera la punta de lanza y corrió hacia la mesa. La cosa con la guadaña se acercó por la derecha; Natalie corrió hacia la izquierda, conservando la mesa entre ellos, como parapeto mirando hacia la escalera. No había manera de poder llegar hasta allí a tiempo. Sentía las piernas flojas, amenazando dejarla caer en el suelo. Natalie gritó, pidió ayuda, balanceó el pesado taco, sintiendo que la adrenalina empezaba a correr vertiginosamente por sus venas. La pesadilla de pelo largo corrió rápidamente hacia su derecha. Natalie cambió de dirección, conservando la mesa entre ellos, acercándose un poco a la escalera. La cosa levantó la guadaña, rompió la pantalla de cristal de la bombilla colgada, que empezó a balancearse.

Se oía el ruido de agua chapoteando. Natalie miró y vio que era la sangre que aún manaba del cuello del cadáver sobre la mesa de billar. Mientras ella miraba, el ruido cesó. La bamboleante luz lanzaba increíbles sombras sobre la pared y hacía que el rojo y el verde de la sangre y el tapete se convirtiesen en negro y gris a cada vaivén. Natalie gritó justo cuando la cosa al otro lado de la mesa saltó, pareció volar sobre la mesa de billar y bajó la guadaña en un gesto amplio.

Ella saltó bajo la hoja, al tiempo que giraba el taco y lo empuñaba como una lanza, sintiendo que la punta se hundía en la chaqueta de la cosa cuando se precipitó sobre ella. La

base del taco golpeó en el suelo cuando ella se apagó en una rodilla y la punta actuó como palanca, haciendo pasar a la figura sobre ella.

Cayó de espaldas con un ruido sordo y balanceó la guadaña hacia sus piernas rápidamente, con la hoja traqueteando por las tablas. Natalie dio un salto y escapó a la hoja por medio metro; corrió hacia la escalera cuando la sombra rodaba a sus pies.

Le lanzó el taco, sintió que le golpeaba y no esperó a ver el resultado. Natalie bajó por la escalera saltando los peldaños de tres en tres. Pasos pesados sonaron detrás de ella.

Entró en el vestíbulo, empujó a Kara a la entrada de la cocina y siguió corriendo.

-¿Adónde vas, chica? -gritó Kara.

-¡Huye!

El mango de la guadaña entró por la puerta de la cocina y cogió a Kara entre los ojos. La chica cayó sin un sonido, su cabeza golpeó contra la base del horno. Natalie atravesó la puerta trasera, saltó la barandilla, cayó y rodó por el suelo helado un metro abajo; se había levantado y corría de nuevo antes de que la puerta se abriera de nuevo.

Natalie corrió a través del frío aire nocturno, por el yermo revuelto detrás de la Casa Comunitaria, por un callejón oscuro, cruzó una calle, bajó otra. Tras de sí, los pasos se hacían más pesados y más cercanos. Oía una respiración pesada, jadeante, animal.

Natalie bajó la cabeza y corrió más rápido.

27

Germantown, domingo 28 de diciembre de 1980

El domingo por la noche Tony Harod sólo se enteraba a medias de lo que Colben y Kepler decían mientras lo llevaban de vuelta al Chestnut Hills Inn. Harod estaba medio reclinado en el asiento trasero del coche y mantenía la bolsa de hielo sobre su cabeza. Su atención parecía centrarse, difuminarse con las sucesivas oleadas de dolor que bajaban y subían por su cabeza y cuello. No estaba seguro de por qué Joseph Kepler estaba allí y de dónde había venido.

-Bastante flojo -dijo Kepler.

-Sí -admitió Colben-, pero no me digas que no te gustó. ¿Viste la mirada de los pasajeros cuando el chófer del autobús lo destruyó? Colben soltó una risa particularmente infantil.

-Ahora tienes tres civiles muertos, cinco heridos y un autobús destrozado para explicar.

-Haines se ocupa del asunto -dijo Colben-. No hay problema.

Esta vez tenemos apoyo todo el camino hasta el final, ¿recuerdas? -No puedo imaginar que a Barent le guste saberlo. -Barent se puede ir a la mierda.

Harod gimió y abrió los ojos. Estaba oscuro; las calles, casi vacías. Cada rebote en los adoquines o las vías del tranvía enviaba espasmos de dolor hasta la base de su cráneo. Empezó a hablar, pero descubrió que su lengua parecía demasiado gruesa y torpe para funcionar. Decidió cerrar los ojos.

-... una parte importante fue mantenerles en el área segura -decía Colben.

-¿Y qué tal si no hubiéramos estado allá para apoyar?

-Estábamos allá. ¿Crees que le confiaría algo importante a ese cretino que está en el asiento trasero?

Harod conservaba los ojos cerrados y se preguntó de quién hablaban.

La voz de Kepler llegó de nuevo:

-¿Estás seguro de que ese par son «usados» por el viejo?

-¿Por Willi Borden? -dijo Colben-. No, pero estamos seguros de que el judío sí. Y estamos seguros de que estos dos estaban mezclados con el judío. Barent piensa que el alemán busca algo más que cargarse a Trask.

-Pero ¿por qué Borden se cargó a Trask? Colben rió de nuevo.

-El viejo Nieman mandó a algunos de sus fontaneros a Alemania para eliminar a Borden. Acabaron en sacos de plástico, y ya has visto lo que le pasó a Trask.

-¿Y por qué está Borden aquí? ¿Para coger a la vieja? -¿Quién demonios lo sabe? Todos esos tíos están locos. -¿Sabes dónde está Borden?

-¿Crees que estaríamos husmeando por aquí si lo supiéramos? Barent dice que la Fuller es el mejor cebo que tenemos, pero estoy cansado de esperar. Cuesta mucho mantener a los polis locales y a las autoridades de la ciudad fuera de esto.

-Especialmente cuando utilizas autobuses municipales de la manera que lo haces -dijo Kepler.

-De la manera que lo hacemos -matizó Colben, y los dos hombres rieron.

María Chen miró sorprendida cuando Colben y un hombre al que ella no conocía dejaron a Harod en la sala de estar de la habitación del motel.

-Esta noche tu amo mordió más de lo que podía masticar -dijo Colben, soltando el brazo de Harod y dejando caer a éste en el sofá.

Harod intentó sentarse derecho en el borde del sofá, se tambaleó y cayó sobre los cojines.

-¿Qué ha pasado? -preguntó María Chen.

-Tony ha sido sorprendido en la habitación de una dama por un novio celoso -ironizó Colben.

-El médico del centro de operaciones le ha echado un vistazo -dijo el otro hombre, el que parecía una mezcla de Christopher Leer Michael Rennie-. Sospecha que es una ligera conmoción cerebral, nada serio.

-Tenemos que volver -dijo Colben-. Ahora que tu señor Harod ha jodido su parte de la operación, tenemos la ciudad llena de problemas. -Señaló a María Chen-. Que esté en el remolque de mando a las diez de la mañana. ¿Entendido?

María Chen no dijo nada, mostró una expresión vacía. Colben gruñó como si estuviera satisfecho y los dos hombres salieron.

Harod recordaba sólo partes de esa noche. Recordaba haber vomitado repetidamente en el pequeño cuarto de baño, recordaba a María desnudándole con ternura, y recordaba las sábanas frías contra su piel. Alguien había aplicado paños fríos en su frente durante la noche. Se despertó una vez y encontró a María en la cama a su lado, su piel morena sólo cubierta por el sostén blanco y las bragas. Quiso abrazarla, sintió un mareo y cerró los ojos un rato más.

Harod se despertó a las siete de la mañana con una de las peores resacas de su vida. Alargó la mano hacia María Chen, no encontró a nadie a su lado y se incorporó con un gemido. Estaba sentado al borde de la cama y se preguntaba en qué motel de Sunset Strip estaba cuando recordó lo que había pasado.

-Oh, Dios -murmuró.

Tardó cuarenta y cinco minutos en ducharse y afeitarse. Estaba razonablemente seguro de que cualquier movimiento súbito haría que su cabeza cayera al suelo, y no estaba interesado en andar a gatas en la oscuridad para encontrarla.

María Chen entró ruidosamente justo cuando Harod entraba en la sala de estar con su bata rosa.

-Buenos días.

-Mierda.

-Hace una mañana muy bonita.

-Joder.

-Te he traído el desayuno de la cafetería. ¿Por qué no comemos algo?

-¿Por qué no te callas?

María Chen sonrió y puso las bolsas blancas con el desayuno al fondo de la habitación. Hurgó en el bolso y sacó la Browning automática.

-Tony, escucha. Voy a sugerir una vez más que desayunemos juntos. Si recibo otra obscenidad..., o la mínima sugestión de una respuesta malhumorada..., vaciaré el cargador sobre la nevera. Estoy segura de que el ruido no te ayudará a aclararte la cabeza.

Harod la miró.

-No te atreverías.

María Chen hizo retroceder el cargador, apuntó el arma hacia la nevera, cerró los ojos y ladeó la cabeza, preparada para disparar. -¡Espera! -rogó Harod.

-¿Quieres desayunar conmigo?

Harod se llevó las dos manos a las sienes y se las frotó. -Me encantaría -dijo por fin.

_Joseph y yo hemos ido a correr juntos esta mañana.

-¿Está aquí?

-Habitación 1010. Al lado de Haines y del señor Colben.

Harod se levantó, se equilibró y corrió hacia el cuarto de baño. María Chen dijo:

-El señor Colben pidió que estuvieras en el remolque a las diez. Harod sonrió, volvió para recoger la automática y espetó: -Dile que se meta su remolque en el culo.

María había traído cuatro tazas de café tapadas y después de los huevos, con bacon y picadillo, tomaron un segundo café.

-Daría diez mil dólares por saber quién me pegó -dijo Harod. María Chen puso ante Harod el talonario y la pluma Cross que él utilizaba para rubricar contratos.

-El personaje en cuestión es el sheriff Bobby Joe Gentry. Viene de Charleston. Barent cree que está aquí detrás de la chica, ésta está aquí detrás de Melanie Fuller y todos tienen algo que ver con Willi.

Harod dejó la taza y se limpió las salpicaduras de café con la solapa de la bata.

-¿Cómo demonios sabes eso?

Joseph me lo contó.

-¿Y quién demonios es Joseph?

-Mmm... -murmuró María, y apuntó con un dedo a la nevera. -¿Quién es Joseph?

-Joseph Kepler.

-Kepler. Creía que había soñado que estuvo aquí. ¿Qué caray hace Kepler aquí?

-El señor Barent lo envió ayer -dijo María Chen-. él y el señor Colben estaban fuera del hotel ayer cuando los hombres de Haines enviaron el mensaje por radio diciendo que el sheriff y la chica se habían escapado. El señor Barent no quería que se marcharan. Fue el señor Colben quien utilizó primero el autobús.

-¿El qué?

María Chen se lo explicó.

-Jodidamente maravilloso -dijo Harod. Cerró los ojos y se masajeó el cuero cabelludo-. Ese maldito pasma me hizo un chichón del

tamaño del ego de Warren Beatty. ¿Con qué demonios me pegó?

-Con el puño.

-¡No me digas!

-¡Sí te digo!

Harod abrió los ojos.

-¿Y has sabido todo esto por esa almorrana hinchada del J. P. Kepler? ¿Has pasado la noche con él?

-Sí.

-Vete a tomar por el culo.

María Chen respondió a la segunda llamada esa tarde. Harod acababa de vestirse para ir a cenar en el momento en que sonó el teléfono. -Me parece que querrás responder, Tony -dijo ella. Harod cogió el aparato.

-Sí, ¿qué pasa?

-Me parece que querrás ver esto -dijo Kepler. -¿Qué?

-El sheriff que te hizo bailar el sábado ronda por aquí. -¿Sí? ¿Dónde está?

-Ven al remolque y te lo mostraremos. -¿No puedes mandarme un maldito coche? -Uno de los agentes está en tu motel para traerte.

-Sí -dijo Harod-. Mira, no dejes que ese mierda se escape.

Tengo que ajustar una cuenta con él.

-¡Entonces más vale que te des prisa! -exclamó Kepler.

Estaba oscuro y nevaba cuando Harod entró en el abigarrado centro de control. Kepler lo miró desde donde estaba inclinado sobre una

de las pantallas de vídeo.

-Buenas noches, Tony; señorita Chen.

-¿Dónde cojones está ese pasma? -preguntó Harod.

Kepler apuntó a un monitor que mostraba la casa de Anne Bishop

Y una calle desierta.

-Fueron a Queen Lane, cerca del puesto de observación Grupo Azul hace unos veinte minutos.

-¿Dónde está ahora?

-No lo sabemos. Los hombres de Colben no le han podido seguir.

-¿No le han podido seguir? -suspiró Harod-. Cielo santo. Colben debe de tener treinta o cuarenta agentes en la zona...

-Casi cien -interrumpió Kepler-. Washington ha mandado refuerzos esta mañana.

-Un centenar de jodidos agentes especiales y no consiguen seguirle la pista a un poli blanco y gordo en un gueto totalmente plagado de negritos.

Diversos hombres en las consolas lo miraron con desaprobación y Kepler indicó a Harod y María Chen que fueran al despacho de Colben. Cuando la puerta se cerró, Kepler dijo:

-El Grupo Oro recibió orden de seguir al sheriff y los chicos negros que estaban con él. Pero no ha podido ejecutar la orden porque su vehículo de vigilancia se averió temporalmente.

-¿Qué quiere decir eso?

-Alguien pinchó los neumáticos del falso camión AT&T donde estaban -dijo Kepler.

Harod rió.

-¿Por qué no los han seguido a pie?

Kepler se recostó en la silla de Colben y cruzó las manos sobre su voluminoso estómago.

-Primero, porque todos los hombres del Grupo Oro eran blancos y pensaron que serían demasiado visibles. Segundo, porque tenían orden de no abandonar el camión.

-¿Y eso por qué?

Kepler sonrió muy ligeramente.

-Es un mal barrio. Colben y los otros temían que se lo cargaran. Harod rió a carcajadas.

Por fin dijo:

-De todas formas, ¿dónde está Colben?

Kepler señaló un receptor de radio en la consola en la pared norte del despacho, del que emanaba el ruido de corriente estática y un Parloteo.

-Allá arriba, en su helicóptero.

-Imágenes, fotos -dijo Harod. Cruzó los brazos y frunció el ceño-. Quiero ver cómo es ese maldito sheriff.

Kepler pulsó el intercomunicador y habló en voz baja. Treinta Segundos después un monitor de vídeo en la consola se iluminó y mostró a Gentry y a los otros caminando por la calle. Una lente de

aumento de infrarrojos teñía la escena de una neblina verdusca, pero Harod pudo distinguir a Gentry entre los jóvenes negros. Números pálidos, códigos y un reloj digital se superponían en la pantalla.

-Voy a verlo de nuevo pronto -cuchicheó Harod.

-Tenemos otro grupo a pie, observando -dijo Kepler-. Y estamos seguros de que volverán al centro comunitario donde se reúne la pandilla.

De repente el monitor de radio empezó a graznar y Kepler aumentó el volumen. La voz de Charles Colben era casi un graznido de excitación.

-Jefe Rojo a Castillo. Jefe Rojo a Castillo. Tenemos un incendio en la calle cerca de CC-1. Repito, tenemos un..., negativo, son dos fuegos... en la calle cerca de CC-1.

-¿Qué es CC-1? -preguntó María Chen.

-Casa Comunitaria -aclaró Kepler cambiando de canal en el monitor-. La casa a la que me acabo de referir, el cuartel general de la pandilla.

El monitor mostró las llamas desde la distancia de media manzana. La cámara parecía filmar desde algún vehículo aparcado en la esquina. El equipo de infrarrojos transformaba los dos coches que ardían en hogueras de luz que manchaban toda la imagen hasta que alguien cambió las lentes. Entonces había todavía bastante luz y se podían distinguir varias siluetas que corrían desde la casa esgrimiendo armas. Kepler conectó la radio.

-... ah..., negativo, jefe Rojo. Aquí Grupo Verde cerca de CC-1. No se avista al intruso.

-Bien, mierda -dijo la voz de Colben-, que Amarillo y Gris cubran el área. Púrpura, ¿tenéis a alguien viniendo del norte?

-Negativo, jefe Rojo.

-Castillo, ¿has oído?

-Afirmativo, jefe Rojo -declaró la voz aburrida del agente en el control del remolque.

-Que la furgoneta E-M que usamos ayer vaya hasta allá para apagar ese fuego antes de que la ciudad meta las narices.

-Afirmativo, jefe Rojo.

-¿Qué es la furgoneta E-M? -preguntó Kepler.

-La Furgoneta de Emergencia Médica. Colben la trajo desde Nueva York. Es una de las razones por las que esta operación cuesta cuarenta mil dólares al día.

Harod sacudió la cabeza.

-Un centenar de polis federales. Un helicóptero. Furgonetas de emergencia. Para acorralar a dos viejos que ya ni siquiera tienen dientes.

-Quizá no -dijo Kepler, levantando los pies sobre la mesa de Colben y poniéndose cómodo-, pero por lo menos uno de ellos aún puede morder.

Harod y María Chen se giraron en sus sillas y se recostaron para ver el espectáculo.

El martes por la mañana Colben convocó una conferencia a las nueve a mil quinientos metros de altitud. Harod expresó su disgusto, pero subió al helicóptero. Kepler y María Chen se sonrieron, ambos aún ligeramente acalorados por la carrera de diez quilómetros por Chestnut Hill. Richard Haines se sentó en la silla del copiloto mientras el piloto neutral de Colben esperaba sin inmutarse detrás de sus gafas de aviador. Colben hizo girar su traspuntín y se volvió para encarar a los tres hombres que viajaban en el banco trasero mientras el helicóptero volaba hacia el sur, hacia el parque Fairmont, al este de la autopista, y después hacia el noroeste, de regreso a Germantown.

-Aún no sabemos el motivo de aquella pequeña lucha de la pandilla la noche pasada -dijo Colben-, con los negros disparándose entre sí. Quizás es algo en lo que están metidos Willi o la vieja. Pero el creciente índice de mortalidad por aquí debe de haber ayudado a Bairent a decidirse. Nos ha dado vía libre. La operación va a empezar.

-Magnífico -dijo Harod-, porque me largo de aquí esta noche.

-Negativo -cortó Colben-. Tenemos cuarenta y ocho horas para sacar a tu amigo Willi de su madriguera. Después iremos tras de Melanie Fuller.

-Ni siquiera sabéis si Willi está aquí -protestó Harod-. Yo sigo pensando que está muerto.

Colben sacudió la cabeza y apuntó a Harod con un dedo.

-No, no. Sabes tan bien como nosotros que ese viejo hijoputa está aquí y prepara algo. No sabemos si la Fuller trabaja con él o no, pero el jueves por la mañana ya no tendrá importancia.

-¿Por qué esperar tanto? -preguntó Kepler-. Harod está aquí Tu gente está lista para actuar.

Colben se encogió de hombros.

-Barent quiere usar al judío. Si Willi viene al cebo, nos ponemos en acción inmediatamente. Si no, borramos del mapa al judío, acabamos con la vieja y a ver lo que pasa.

-¿Qué judío? -preguntó Tony Harod.

-Uno de los viejos peleles de tu amigo Willi -dijo Colben-• Barent hizo con él uno de los trabajos baratos de condicionamiento Y quiere soltarlo contra el viejo alemán.

-Deja de llamarlo «mi amigo» -protestó Harod.

-Claro -aceptó Colben-. ¿«Tu amo» suena mejor?

-Dejad eso -dijo Kepler fríamente-. Dile a Harod cuál es el
plan.

Colben se inclinó y dijo algo al piloto. Quedaron suspendidos, inmóviles, a mil quinientos metros por encima de las geometrías grisáceas de Germantown.

-El jueves por la mañana aislaremos toda la zona -dijo Colben-. Nadie podrá entrar ni salir. Tendremos a la Fuller localizada
con total precisión. Ella pasa la mayor parte del tiempo en esa choza
de Grumblethorpe, en la avenida Germantown. Haines dirigirá un
grupo táctico que forzará la entrada. Los agentes cuidarán de Anne
Bishop y del chico que ella utiliza. Eso deja sola a Melanie Fuller. Será
toda tuya, Tony.

Harod cruzó los brazos y miró las calles vacías. -Y después, ¿qué?

-Después acabas con ella. -¿Tan simple como eso?

-Tan simple como eso, Harod. Barent dice que tú puedes «usar» a cualquier persona que quieras. Pero tienes que hacerlo tú.

-¿Por qué yo? -Cuotas, Harod. Cuotas. -Suponía que querrías interrogarla. Kepler habló:

-Pensábamos en eso, pero el señor Barent decidió que era mas importante neutralizarla. Nuestro auténtico objetivo es obligar al viejo a salir de su madriguera.

Harod se mordió la uña del pulgar y miró los tejados abajo. -¿Y si yo no consigo... acabar con ella? Colben sonrió.

-Entonces nos la llevamos y el club sigue con un asiento vacante. Nadie lo lamentará, Harod.

-Pero aún tenemos al judío para intentarlo -dijo Kepler-. No sabemos qué resultado puede darnos.

-¿Cuándo será eso? -preguntó Harod. Colben miró el reloj.

-Ya ha empezado -dijo. Hizo una señal para que el helicóptero descendiera-. ¿Quieres ver lo que pasa?

28

Melanie

Tuvimos un fin de semana tranquilo.

El domingo, Anne preparó una cena agradable para los tres. Las costillas de cerdo rellenas estaban muy ricas, pero ella tenía la tendencia de cocer demasiado la verdura. Vincent quitó la mesa mientras Anne y yo tomábamos té con sus mejores tazas de porcelana. Pensé en mi Wedgewood cubierta de polvo en Charleston y sentí un pinchazo de melancolía.

Estaba demasiado cansada para hacer que Vincent saliera esa noche a pesar de mi curiosidad por la foto. Todo podía esperar. Más importantes eran las voces en la habitación de los niños. Cada noche se hacían más claras, ahora casi llegaban a ser comprensibles. La noche anterior, después de bañar a Vincent y antes de irme a dormir, pude separar los murmullos en voces discretas. Había por lo menos tres: un niño y dos niñas. No parecía improbable que en una habitación de niños de dos siglos de antigüedad se oyeran voces de niños.

El domingo por la noche, después de las nueve, Anne y Vincent volvieron a Grumblethorpe conmigo. Se oían sirenas en las proximidades. Después de cerrar las puertas y persianas, dejé a Anne en el salón y a Vincent en la cocina y fui arriba. Era una noche fría. Me metí bajo las mantas y miré los filamentos de la estufa que brillaban en la habitación a oscuras. Los ojos del niño en tamaño natural reflejaban la luz y los pocos mechones de pelo que le quedaban tenían un brillo naranja.

Las voces eran muy claras.

El lunes hice salir a Vincent.

No me gustaba hacerle salir durante el día, porque era un barrio malo. Pero necesitaba saber qué pasaba con la foto.

Vincent llevó el cuchillo y el revólver del taxista de Atlanta. Estuvo escondido en el asiento rasgado de un coche abandonado durante varias horas, viendo pasar adolescentes de color. En una ocasión un borracho metió la cara por la ventana trasera y gritó algo, pero Vincent abrió la boca y silbó, y el borracho desapareció rápidamente.

Por fin Vincent vio a un viejo conocido: el tercer chico, el que había huido el sábado por la noche. Iba con un adolescente pesado y con un chico más mayor. Vincent los dejó pasar una manzana y los siguió.

Pasaron junto a la casa de Anne y siguieron hacia el sur, hasta donde las vías del ferrocarril creaban un cañón artificial. Caminaron por una calle estrecha que conducía al este y al oeste y entraron en un edificio de apartamentos abandonados. La estructura era una extraña caricatura de una gran casa de antes de la guerra: cuatro columnas desproporcionadas que caían desde un alero plano, ventanas altas con dinteles podridos y los restos de una cerca de hierro forjado deslindando un terreno de hierbas heladas y latas oxidadas. Las ventanas de la planta baja estaban tapadas y la puerta principal tenía cadenas, pero los chicos fueron a una ventana del sótano con los barrotes torcidos y el cristal roto, y entraron por allí.

Vincent corrió las cuatro manzanas de vuelta a casa de Anne. Le hice coger el gran cojín de plumas del dormitorio de Anne, meterlo en su gran mochila y volver al edificio de apartamentos. Era un día gris, triste. La nieve caía en copos inconexos desde un cielo bajo. El aire olía a humos de escape y puros viejos. Había poco tráfico. Un tren pasó cerca cuando Vincent metió primero la mochila y después se deslizó por la ventana rota.

Los chicos estaban en el tercer piso, en cuclillas en un círculo cerrado, entre trozos de yeso caído y charcos de agua helada. Había ventanas rotas y se entreveía el cielo gris a través del techo podrido. Todas las paredes estaban cubiertas de pintadas. Los tres chicos estaban arrodillados como si adoraran el polvo blanco que borboteaba en cucharas sobre una simple lata. Tenían los brazos izquierdos descubiertos, unas gomas estaban atadas con fuerza alrededor de los bíceps. Había jeringuillas sobre trapos sucios ante ellos. Miré a través de los ojos de Vincent y comprendí que eso era un sacramento, el sacramento más sagrado de la moderna «Iglesia de la Desesperanza» de los negros de las grandes urbes.

Dos de los chicos descubrieron a Vincent cuando éste salió de su escondite con el cojín en el pecho como escudo. El chico joven -el que había logrado huir el sábado por la noche- empezó a gritar algo justo cuando Vincent le disparó en la boca. Revolotearon plumas como nieve y olía a funda de cojín quemada. El chico más mayor giró e intentó huir, gateando sobre trozos de yeso. Vincent disparó dos veces más. El primer disparo le dio en el estómago, el segundo falló. El chico rodó cogiéndose el estómago y contoneándose como algún ser acuático lanzado en una costa inhóspita. Vincent colocó el cojín firmemente sobre la cara aterrada del negro, acercó la pistola y disparó de nuevo. Las contorsiones cesaron después de un violento y posterior puntapié.

Vincent levantó el revólver y se giró hacia el tercer chico. Era el más grueso. Continuaba arrodillado donde estaba antes, con la jeringuilla aún en su brazo izquierdo, los ojos abiertos. En su cara negra, gorda, había una mirada cercana al miedo y a la reverencia religiosa.

Vincent dejó caer la pistola en el bolsillo de su chaqueta y abrió su larga navaja. El chico empezó a moverse lentamente; cada movimiento tan desmesuradamente remarcado como si fuera bajo agua. Vincent le dio un puntapié en la frente que lo hizo caer hacia atrás, y se arrodilló sobre su pecho. La jeringuilla rodó por el suelo sucio. Vincent apretó la punta de la hoja sobre la piel de la garganta del chico, justo debajo de la nuez, sin llegar a hundirla.

En ese momento comprendí que tenía un problema. La mayor parte de mi energía estaba dedicada a controlar a Vincent. Necesitaba que el chico negro me hablara de la foto; quién la trajo a Filadelfia, cómo la había recibido esa gentuza negra y para qué la tenían. Pero Vincent no podía hacer preguntas. Había pensado en «usar» al chico directamente, pero ahora eso me parecía inviable. Es posible «usar» a alguien al que no has visto; es difícil, pero posible. Lo hice algunas veces cuando usaba a un pelele condicionado como instrumento para establecer contacto. La dificultad aquí era doble: primero, es extremadamente difícil, si no imposible, interrogar a alguien mientras lo «usas». Aunque había una chispa de la superficie de sus pensamientos, especialmente en el segundo de contacto, el mismo acto de suprimir su voluntad, tan necesario para usarlo», tiene el efecto de inhibir o eliminar los procesos de pensamiento racional del sujeto. Me era imposible leer las sutilezas de la mente de este negro gordo. «Usarlo» sería como conducir un vehículo repugnante pero necesario para un corto viaje; me llevaría a mi destino, pero no podría responder a mis preguntas. Segundo, si yo desviara mi enfoque lo suficiente para «usar» al chico -quizá para llevarlo a casa de Anne-, no estaba segura de que mi condicionamiento de Vincent fuera suficiente para impedirle seguir sus propios impulsos y cortarle la garganta al negro.

Un dilema.

Al final, hice que Vincent mantuviera al chico allá mientras yo enviaba a Anne a reunirse con ellos. No me gustaba quedarme sola -incluso en Grumblethorpe-, pero no tenía alternativa. No quería traer al chico de vuelta a ninguna de las casas mientras hubiera la posibilidad de que los descubrieran.

Anne condujo el DeSoto y lo aparcó al final de la calle. Tomó la precaución de cerrar el coche. Era difícil para ella entrar por la ventana del sótano y por eso hice que Vincent arrastrara al chico por la escalera, después mis dos ayudantes reventaron la cerradura de una puerta lateral. Estaba muy oscuro en el primer piso cuando Anne empezó a hacer preguntas.

-¿De dónde ha salido la foto?

Los ojos del chico se abrieron desmesuradamente y se lamió los labios.

-¿Qué foto?

Vincent le golpeó con fuerza. El negro jadeó, se debatió. Vincent le acercó la navaja a la garganta.

-La foto de la señora mayor. Estaba en el bolsillo de uno de los chicos que murieron el sábado -dijo Anne en voz baja. Gracias al condicionamiento, no era difícil «usarla» mientras contenía a Vincent

-¿Quieres decir la «Dama Vudú»? -dijo el chico, con voz entrecortada-. ¡Pero tú no eres ella!

Anne sonrió cuando yo sonreí.

-¿Quién es la «Dama Vudú»?

El chico intentó tragar. Su expresión era cómica.

-La tía que hace que el mons..., que hace que este tío haga lo que hace. Es lo que la mujer dice.

-¿Qué mujer es ésa?

-La que habla de una manera divertida.

-¿Cómo que de una manera divertida?

-Ya sabes -el chico jadeaba como si hubiese hecho carrera-, como el poli gordo. Son de algún lugar del Sur.

-¿Y ella trajo la foto, o el... policía gordo?

-Ella la trajo. Anteayer. Busca a la «Dama Vudú». Marvin vio la

foto y se acordó. Ahora todos la buscan.

-¿A la mujer de la foto? ¿A la... «Dama Vudú»?

-Sí. -El chico empezó a debatirse. Vincent le pegó sin miramientos, lo hizo rodar, lo tiró dos veces contra la pared y lo levantó agarrándolo por las solapas de su raída camisa. La hoja del cuchillo estaba a un centímetro de los ojos del negro.

-Hablaremos de nuevo -dijo Anne en voz baja-. Me dirás todo lo que quiero saber.

El chico no rechistó.

Al final mandé a Vincent fuera de la sala antes de «usar» al chico. No hubo dificultad. No conseguía imitar el estilo de caminar suelto, exagerado del chico, pero no había motivo para hacerlo. Otra fuente de preocupación eran sus patrones de habla, tono, vocabulario, sintaxis. Le obligué a hablar con Anne durante más de una hora antes de empezar a «usarlo» directamente. No hubo auténtica resistencia. Al principio la voz y las frases venían con dificultad, pero relajándome, permitiendo que pasara parte del instinto subconsciente del chico para el dialecto, logró hablar a través de él de una manera que confiaba resultase creíble.

Anne los trajo a Grumblethorpe y los dejó en la esquina. Vincent desapareció durante algunos minutos y después volvió con cartuchos para el revólver. Mandé a Louis, mi nueva adquisición, de vuelta a la Casa Comunitaria mientras Vincent regresaba por el túnel y Anne aparcaba el coche en el garaje detrás de su casa de Queen Lane.

La charla con los miembros de la pandilla fue muy bien. Una o dos veces sentí que mi control se deslizaba durante un breve segundo, pero lo oculté haciendo que Louis fingiera sentir dolor en la garganta. Reconocí inmediatamente al jefe de la pandilla, Marvin. Sus ojos azules me habían mirado despiadadamente la víspera de Navidad cuando me caí en los excrementos de perro. Quería ajustarle las cuentas a ese chico.

Durante la discusión, justo cuando empezaba a sentirme segura, una joven negra al fondo del grupo preguntó:

-¿La habéis reconocido por mi foto? -Y casi perdí el control de Louis. Su voz no tenía el acento llano, feo, del Norte. Me recordaba mi casa. A su lado, envuelto en una manta absurda, estaba un blanco cuya cara me resultaba conocida. Tardé un minuto en comprender que debía de ser de Charleston. Me parecía que había visto su foto en uno de los periódicos vespertinos de la señora Hodges, años atrás... Algo sobre una elección.

-Parece demasiado fácil -decía Marvin-. ¿Y la pasma?

Quería decir la policía. Por el interrogatorio a Louis yo sabía que había policías de paisano en las proximidades. El chico no tenía ni idea de por qué estaban allí, aunque yo ya había supuesto que la eliminación de cinco personas, aunque despreciables miembros de pandillas, produciría alguna reacción oficial. Pero el uso del término de argot «pasma» para referirse a la policía acabó de aclararme las cosas. El blanco coloradote era un policía de Charleston, el sheriff, si no recuerdo mal. Había leído un artículo sobre él años atrás.

-Eh, tío -obligué a Louis a decirle a Marvin-. Setch dice que vayas enseguida. ¿Quieres verlos o no?

Aunque la presencia de esas dos personas de Charleston y la confirmación de que había numerosos policías de paisano en la zona me creaban una profunda ansiedad, el torrente de preocupación era compensado por una sensación que se aproximaba al auténtico regocijo. El asunto resultaba excitante. Me sentía más joven a medida que avanzaba el juego.

El cronometraje era muy complicado. Vincent lanzó las bombas de gasolina en los vehículos abandonados justo cuando Louis conducía al jefe de la pandilla, al sheriff, cuyo nombre no recuerdo, y a otros seis negros hacia la calle próxima al edificio de apartamentos. Entonces me quedé con Vincent cuando él corrió alrededor de la Casa Comunitaria, eliminó al único miembro de la pandilla que se había quedado en el porche trasero y subió por la escalera con su poco manejable guadaña.

Yo esperaba que la chica fuera con Louis y los otros. Hubiera ayudado mucho, pero hace tiempo que aprendí a afrontar la realidad tal como es, no como yo desearía que fuera. Pero quería a la chica viva.

Hubo una breve pelea en el segundo piso de la Casa Comunitaria. Precisamente cuando Louis necesitaba mi atención, me vi obligada a contener a Vincent para que no fuera demasiado rudo. A causa de ese desbarajuste temporal, la chica huyó hacia las calles que daban a la parte trasera de la casa. Dejé que Vincent la persiguiera y dirigí mi atención al lugar donde Louis se tambaleaba en la esquina cerca del edificio de apartamentos.

-¿Qué coño pasa, tío? -preguntó el jefe de la pandilla, Marvin no-sé-qué-más.

-Nada, tío -le obligué decir a Louis-. Me duele la garganta. -¿Estás seguro que están aquí? -preguntó el que se llamaba Leroy-. No oigo nada.

-Están detrás -hice que dijera Louis.

El sheriff blanco estaba cerca de la luz de la única farola que funcionaba en la manzana. Hasta donde yo sabía, sólo estaba armado con una cámara parecida a la que el señor Hodges acostumbraba utilizar. Dos trenes rugieron cerca, fuera de la vista, en su cañón de hormigón

-La puerta lateral está abierta -le indicó Louis-. Vamos, te la enseño.

Se había bajado la cremallera de la chaqueta un poco antes. Bajo el jersey y la camisa basta de lana, yo podía sentir el acero frío del revólver del taxista. Vincent lo había cargado antes en el callejón oscuro.

Marvin vaciló.

-No -dijo-. Vamos, Leroy y Jackson y él y yo. -Señaló el shtriff con el pulgar-. Louis, tú te quedas aquí con Cal y Trout y G.R y G.B.

Hice que Louis se encogiera de hombros. El sheriff me lanzó una larga mirada antes de girarse y seguir a Marvin y los otros dos por la puerta lateral.

-¡Están en el tercer piso, tío! -hice que Louis les gritara-. ¡En la parte de atrás!

Desaparecieron en la oscuridad nevada. Yo no tenía mucho tiempo. Una parte de mi mente sentía el cálido brillo del calentador y los ojos fijos del maniquí en la habitación de los niños, otra parte de mí corría con Vincent por los callejones oscuros, oía el fatigoso jadeo de nuestra agotada presa más adelante, otra parte de mi atención tenía que estar con Louis en el momento en que el negro llamado Calvin se tambaleaba a un lado y a otro, y decía:

-Mierda, hace frío. ¿Tienes algo para fumar, tío?

-Sí -hice que contestara Louis-. Tengo algo bueno aquí. -Metió la mano bajo la camisa, sacó la pistola y disparó sobre el estómago de Calvin, que estaba a medio metro de él.

El chico alto no cayó. Se tambaleó hacia atrás, puso la mano en el agujero en la parte delantera del abrigo y dijo:

-Joder, tío.

Los gemelos echaron una ojeada y empezaron a correr hacia Queen Lane. El chico de veinte años que se llamaba Trout sacó un revólver de cañón largo del abrigo. Louis se volvió, levantó la pistola y disparó contra Trout, en su ojo izquierdo. No había manera de amortiguar el ruido.

Calvin había caído de rodillas en la calle, cogiéndose el estómago con ambas manos, con un aire irritado. Cogió la pierna de Louis cuando yo intentaba pasar cerca de él.

-Eh, joder, tío, ¿por qué lo has hecho?

Se escucharon tres sonidos agudos, pesados, procedentes de la zona por la que habían huido los gemelos, cerca de los coches aparcados en Queen Lane, y algo hirió a Louis cerca de su hombro izquierdo. Suprimí el dolor para ambos, pero sentí un agarrotamiento. Levantó la pistola y la vació apuntando hacia el lugar de procedencia de los disparos. Alguien gritó y se escuchó otro tiro, pero no hizo blanco.

Hice que Louis dejara caer el revólver y abriera el abrigo de Calvin para coger la escopeta. Dio otro paso y sacó la pistola de la mano cerrada de Trout. Tres disparos más vinieron desde Queen Lane y algo agarró a Calvin con el sonido de un martillo sobre un bistec. De una forma increíble, el chico alto aún no había dejado la pierna de Louis.

-Oh, joder, ¿por qué, tío? -repetía en voz baja.

Louis lo empujó, se metió la pistola en el bolsillo del abrigo, levantó la escopeta de cañones recortados y corrió hacia el edificio de apartamentos. No hubo más disparos desde Queen Lane.

Entre tanto, Vincent había acorralado a la chica en una casa quemada no lejos de la avenida Germantown. Se quedó en el quicio de la puerta y escuchó cómo ella se tambaleaba entre las vigas carbonizadas y la escalera derrumbada en la parte trasera de la estructura. Las ventanas estaban tapadas. Por lo que sabíamos, no había otra salida que la de esa puerta. Usé toda la fuerza de mi voluntad para obligar a Vincent a quedarse allá y acuclillarse en la oscuridad, escuchando, olfateando el aire, el olor leve y dulce del miedo de la mujer, y moviendo la guadaña levemente hacia delante y hacia atrás.

Louis entró por la puerta lateral del edificio de apartamentos, moviéndose rápidamente para no mostrarse a contraluz ante la puerta más iluminada. Los de dentro debían de haber oído los disparos, o encontrado los cuerpos en el tercer piso.

No hubo disparos mientras Louis caminaba rápidamente por el salón. Se detuvo ante la puerta abierta del primer cuarto y miró. No había luz. Algo se movía en el vestíbulo en dirección a la escalera principal y Louis disparó la escopeta. El culetazo le hizo subir el brazo. Apuntaló la culata contra el muslo para meter otra bala en la recámara y después se puso en cuclillas, mirando a las sombras.

Durante un segundo tuve la sensación simultánea de los dos jóvenes, Vincent y Louis, separados por más de un kilómetro, en cuclillas, en posiciones casi idénticas, los oídos esforzándose para coger el sonido más ligero. Después hubo un centelleo y el retumbar de un estruendo, cayó yeso sobre la cara de Louis, y Vincent y yo vacilamos reflexivamente mientras hacía que Louis se levantara y corriera hacia el centelleo, disparando, que se detuviese para meter otra bala y volviera a correr en busca de nuestros enemigos.

Se oyó el sonido de pasos en la escalera. Alguien gritó desde el segundo piso.

Louis se agachó al fondo de la escalera mientras yo pensaba qué hacer. Sus reflejos estaban ya embotados por el impacto de la bala de pequeño calibre en su brazo izquierdo. Me habría gustado «usar» a algún otro de los que estaban en el edificio, pero era pedir demasiado; ya me costaba un enorme esfuerzo mantener a Anne despierta en el primer piso de Grumblethorpe, conservar a Vincent controlado en la casa quemada y obligar a Louis a funcionar. Yo quería al negro de ojos azules. Lo quería en mis manos. También quería ver de nuevo al sheriff, tenerlo lo más cerca posible. Tenía preguntas que hacerle, y pobres usos para él después de recibir las respuestas.

Una gran pistola centelleó desde el rellano siguiente e hizo impacto en la barandilla, despedazándola. Louis se agachó más. Eran cuatro: Marvin, que había cargado un revólver pesado y se había reído cuando el sheriff pidió que se lo devolvieran en la Casa Comunitaria Leroy, el de la barba, que llevaba una escopeta de cañones recortados como la que Louis tenía ahora; el sheriff, que no tenía ningún arma visible, y Jackson, el negro de más edad, que llevaba una mochila azul. G.B. y G.R., los gemelos, también podían aparecer en cualquier momento con sus pequeñas pistolas baratas.

Louis corrió, subió por la escalera tropezando, perdió el equilibrio y cayó hacia delante en el rellano del segundo piso. Una escopeta disparó desde menos de cinco metros. Algo rasgó el cuero cabelludo y la cara de Louis. Suprimí el dolor, pero utilicé el dorso de la mano para tocar su mejilla y su oreja izquierda. Esta última había desaparecido. Louis extendió la escopeta con el brazo separado de su cuerpo y disparó en la dirección del centelleo.

-¡Maldito! -aulló una voz de negro en la que creí identificar a Leroy.

Una pistola retumbó desde la dirección opuesta y una bala agujereó la pierna de Louis y se incrustó en un listón de la barandilla. Lo hice correr en la dirección del centelleo de la pistola, cargando la escopeta contra el pecho. Alguien corría por el oscuro vestíbulo delante de él y de

pronto creó un enorme alboroto al tropezar y caerse. Louis se detuvo, descubrió una sombra menos oscura contra el fondo, levantó la escopeta. La figura rodó hacia el rectángulo negro de una puerta precisamente cuando Louis disparó. El brillo de la boca del arma mostró al chico que se llamaba Marvin desapareciendo mientras la puerta se astillaba.

Louis impulsó el arma, la extendió en la esquina y apretó el gatillo. Nada. La cargó y disparó de nuevo. Nada. Le hice tirar el arma inútil en el momento en que la pistola centelleaba de nuevo y algo tocó a Louis con fuerza en la clavícula izquierda y le hizo girarse. Chocó contra una pared y se deslizó hacia el suelo mientras sacaba la pistola de cañón largo cuando caía. Hubo otro disparo, alto, que impactó en la pared un metro por encima de la cabeza de Louis. Lo ayudé cuidadosamente, muy cuidadosamente, llevándolo hacia el lugar de donde había venido el centelleo.

La pistola no se disparó. Louis buscaba el seguro, encontró una palanca, la empujó hacia abajo. Disparó dos veces hacia el rincón y después rodó hacia la izquierda sobre su brazo agarrotado intentando ponerse en pie.

Louis chocó contra alguien, sintió que perdía el aliento y oyó huir a los otros mientras los dos caían en el rincón. Por el tamaño del hombre, supe que era el sheriff. Levanté la pistola hasta que tocó su pecho.

Una luz explotó en nuestros ojos. Louis retrocedió y yo tuve una imagen congelada del sheriff disparando el flash electrónico de la cámara. Hubo un segundo flash, un tercero; Louis intentaba apartar los ecos azules de la retina, y yo lo hice volverse hacia la verdadera amenaza, la pistola, pero demasiado tarde; cuando nos girábamos e intentábamos ver a través de la neblina azul, el jefe de la pandilla estaba agachado con el pesado revólver asido con ambas manos y empezó a disparar.

No sentí ningún dolor pero sentí el impacto cuando la primera bala le dio a Louis en la ingle y la segunda, en el pecho, con el ruido de costillas astillándose. Aún habría podido seguir «usándolo» si la tercera bala no le hubiera impactado en plena cara.

Después se escuchó un ruido impetuoso y perdí el contacto. Por más veces que haya sentido la muerte de alguien al que estaba «usando», resulta siempre una experiencia inquietante, como ser cortado en medio de una conversación telefónica.

Reposé un momento, sentía a mi alrededor el silbido del calentador, la cara del muñeco de tamaño natural y los cuchicheos ahora audibles de las paredes de la habitación de los niños. «Melanie -decían-, Melanie, hay peligro. Escúchanos.»

Escuché, aunque dirigí mi atención hacia Vincent.

Los ruidos en la parte trasera de la casa casi habían cesado. La chica no tenía por dónde escaparse.

Sentí la oleada de adrenalina recorriendo el cuerpo poderoso de Vincent cuando se puso de pie, levantó la guadaña y caminó, con seguridad, silenciosamente, hacia la chica en la oscuridad.

29

Germantown, lunes 29 de diciembre de 1980

Operaron a Saul Laski el lunes por la tarde. Estuvo inconsciente unos veinte minutos y mareado una hora. Cuando volvió de nuevo en sí -en la misma pequeña celda donde había estado desde el domingo por la mañana- se quitó las vendas e inspeccionó la incisión.

Le habían abierto la parte carnosa del interior del antebrazo izquierdo, unos nueve centímetros encima del tatuaje desteñido de su número del campo. La intervención quirúrgica y los puntos de sutura habían sido hechos con competencia. A pesar del dolor posoperatorio y de la hinchazón, Saul podía adivinar un bulto que no estaba antes allí. Habían insertado algo del tamaño aproximado de una pequeña moneda bajo el gran músculo de su antebrazo. Saul volvió a ponerse el vendaje y se acostó para pensar.

Había tenido mucho tiempo para pensar últimamente. Había sido una sorpresa que no le hubieran liberado o utilizado para algún asunto el domingo por la mañana. Estaba seguro de que lo habían traído a Filadelfia por algún motivo.

El helicóptero había aterrizado en un sector apartado de un gran aeropuerto y le habían vendado los ojos y transferido a un coche. Por las paradas y los ruidos amortiguados de la calle, estaba seguro que lo habían llevado por zonas concurridas de la ciudad. En una ocasión escuchó el zumbido de un puente metálico bajo los neumáticos.

Habían avanzado dando tumbos por una área accidentada antes de parar. Si no hubiera sido por los ruidos de la ciudad -una sirena lejana, el traqueteo de un tren-, Saul habría creído que estaban en el campo. Pero no era el campo, sino una zona abierta, fangosa, llena de baches, en medio de una ciudad. ¿Un solar? ¿Un solar en obras? ¿Terreno de un aparcamiento? Había subido tres peldaños antes de ser conducido por una puerta, hasta el final de un pasillo estrecho. Había chocado dos veces con una pared y algo en su tacto y los ecos del cuarto estrecho le hicieron creer que estaba en un remolque.

La celda era menos sólida e impactante que la de Washington. Había un catre, un aseo químico, la pequeña parrilla de un acondicionador de aire por donde llegaban voces amortiguadas, algunas risas. Saul habría matado a alguien por un libro. Era extraño cómo el organismo humano se adaptaba a casi todas las condiciones, pero él no se podía acostumbrar a pasar días enteros sin leer. Recordó que cuando era un niño, en el gueto de Lodz, su padre había organizado una lista de los libros disponibles y había organizado una especie de biblioteca de préstamos. A veces los que eran enviados a los campos se llevaban los libros y el padre de Saul tachaba el título de la lista con un suspiro, pero normalmente los hombres cansados y las mujeres de ojos tristes los devolvían religiosamente, a veces con una señal entre las páginas. «Lo acabará cuando vuelva», decía el padre de Saul, y ellos asentían con la cabeza.

Dos o tres veces, Colben había venido para someterlo a un interrogatorio poco entusiasta. Saul sintió su falta de interés. Como él, Colben esperaba. Todo el mundo en el complejo de remolques esperaba. Saul lo sentía. ¿Esperaban a qué?

Saul utilizaba el tiempo para pensar. Pensaba sobre el oberst, Melanie Fuller, Colben, Barent y los otros desconocidos. Durante años había trabajado bajo una percepción equivocada. Había creído que si podía comprender la psicología de ese mal, podría curarlo. Comprendió que había buscado al oberst no sólo por sus obcecadas razones personales, sino con la misma ávida curiosidad científica con la que un inmunólogo en el Centro de Control de Enfermedades intentaría descubrir y aislar un nuevo virus letal. Era interesante. Intelectualmente estimulante. Descubrirlo, entenderlo, curarlo.

Pero no había anticuerpos para el bacilo de esta peste.

Hacía años que Saul conocía las investigaciones y teorías de Lawrence Kohlberg. Éste había dedicado su vida a estudiar el desarrollo ético y moral. Para un psiquiatra empapado de las teorías psicoterapéuticas de la posguerra, las preocupaciones de Kohlberg parecían simplistas hasta el infantilismo, pero acostado en su celda y oyendo el murmullo de la

ventilación, Saul comprendió que la teoría del desarrollo moral de Kohlberg tenía sentido en esta situación.

Kohlberg había descubierto siete niveles de desarrollo moral, según cabe suponer en culturas, tiempos y lugares diversos. El primer nivel lo ocupaba el niño, sin sentido del bien y del mal, con todas sus acciones reguladas por necesidades y deseos, e inhibidas sólo por los

estímulos negativos; la clásica base de placer/dolor como fundamento de los juicios éticos. En el segundo nivel, los seres humanos respondían al «verdadero o falso» aceptando la autoridad del poder. Los adultos estaban por encima de los niños. Una persona del tercer nivel estaba fijada en reglas. «Obedecía órdenes.» La ética del cuarto nivel era dictada por la mayoría. Una persona ubicada en el quinto nivel dedicaba su vida a crear y defender leyes que servían al bien común más vasto, al mismo tiempo que defendía los derechos legales incluso de aquellos cuyos puntos de vista la persona de este nivel no podía aceptar. Las personas del quinto nivel solían ser magníficos abogados. Saul había conocido a muchos individuos pertenecientes a este nivel en Nueva York. Los del sexto eran capaces de transcender la fijación legalista de los del nivel precedente y preocuparse por el bien común y por realidades éticas más elevadas a través de las fronteras nacionales, culturales y sociales. Los del séptimo nivel respondían únicamente a principios universales. Las personas de este nivel eran representadas por algún que otro Jesús, Gandhi o Buda.

Kohlberg no era un ideólogo -Saul lo había encontrado en varias ocasiones y le gustaba su infantil sentido del humor- y el investigador disfrutaba señalando las simples paradojas derivadas de su propia jerarquía de desarrollo moral. Estados Unidos según había dicho Kohlberg en una fiesta en el Hunter College, como nación pertenecía al quinto nivel, y había sido establecida y fundada por el conjunto más increíble de personas prácticas y emprendedoras del sexto nivel de la historia de cualquier nación, y estaba poblada sobre todo por gente del tercer y cuarto nivel. Kohlberg subrayaba que en las decisiones de cada día a menudo actuábamos por debajo de nuestro nivel más alto de desarrollo moral, pero nunca estábamos por encima de nuestro nivel de desarrollo. Kohlberg se refería a la inevitable destrucción de todas las enseñanzas de los hombres pertenecientes al séptimo nivel. Cristo entregando su herencia a Pablo, persona del tercer nivel; Buda representado por generaciones de sacerdotes incapaces de superar el sexto nivel y, en muchos casos, sin siquiera llegar a él.

Pero si había algo sobre lo que Kohlberg nunca bromeaba, ese algo eran sus últimas investigaciones. Descubrió -para su espanto e incredulidad, aceptación y escándalo- que había un nivel cero. Había seres humanos más allá de la fase fetal que carecían de conducta moral, por primaria que fuese; ni siquiera el estímulo placer/dolor era una guía segura para esas personas, si realmente eran «personas».

Una persona de nivel cero podía dirigirse a otro ciudadano en la calle, matar a esa persona por puro capricho y marcharse sin el mínimo indicio de arrepentimiento o duda sobre su acto. Los hombres de este nivel no querían ser atrapados y castigados, pero no basaban sus acciones en el castigo. Ni podía considerarse tampoco su actitud como vinculada a la pulsión de placer, que genera el acto criminal prohibido y que desborda el miedo al castigo. Simplemente las personas del nivel cero no eran capaces de distinguir los actos criminales de los cotidianos; eran moralmente ciegas. Centenares de investigadores estaban estudiando para verificar o desbaratar las hipótesis de Kohlberg, pero los datos parecían sólidos; las conclusiones, convincentes. En cualquier momento, en cualquier cultura, el uno o dos por ciento de la población se encontraba en el nivel cero del desarrollo moral humano.

Vinieron a buscar a Saul el lunes por la tarde. Colben y Haines lo sujetaron mientras un tercer hombre le inyectaba. Perdió la conciencia tres minutos después. Cuando se despertó más tarde con dolor de cabeza y el brazo izquierdo dolorido, alguien le había insertado algo bajo la piel.

Saul inspeccionó la incisión y se acostó para pensar.

El martes, no sabía a qué hora, lo dejaron libre. Haines le vendó los ojos mientras Colben hablaba.

-Le dejaremos marcharse. No debe quedarse a menos de seis manzanas en cualquier dirección del lugar donde le dejaremos. No usará el teléfono. Alguien entrará en contacto con usted más tarde para decirle qué debe hacer después. No hable con nadie que no le hable primero. Si incumple cualquiera de estas reglas, lo pagarán su sobrino Aaron, Deborah y las niñas. ¿Lo entiende?

-Sí.

Lo llevaron en un coche. El viaje duró menos de cinco minutos. Colben le quitó la venda y lo empujó afuera de la puerta abierta.

Quedó de pie en una curva y parpadeó estúpidamente ante la luz pálida del atardecer. Parecía demasiado tarde para tomar nota de la matrícula del coche que se alejaba. Retrocedió. Chocó contra una mujer negra que llevaba una bolsa de la compra, se excusó y no pudo evitar sonreír.

Caminó a lo largo de la estrecha acera, tomando nota de todos los detalles de la calle, las tiendas viejas, las nubes grises..., un papel que revoloteaba alrededor de una farola verde. Caminó rápidamente, ignorando el dolor en su brazo derecho, cruzando con el semáforo en rojo, respondiendo con un gesto vacío a un conductor de tranvía que lo insultaba. Estaba libre.

Saul sabía que era una ilusión. Sin duda, algunas de las personas que veía a su alrededor lo vigilaban. Algunos de los coches y furgonetas que pasaban, sin duda, estaban ocupados por hombres tristes en trajes oscuros, que murmuraban en sus radios. El bulto en su brazo contenía probablemente un transmisor de radio o un artefacto explosivo o ambas cosas. No le importaba.

Los bolsillos de Saul estaban vacíos y por eso se dirigió al primer hombre que vio -un negro enorme con un viejo impermeable rojo y le pidió unas monedas. El negro miró al extraño personaje que le pedía limosna, levantó una mano enorme como para apartar a Saul y después meneó la cabeza y le entregó un billete de cinco dólares.

-Ayúdate, hermano -gruñó el gigante.

Saul fue hasta una cafetería, cambió el billete y llamó a la embajada israelí en Washington. No podían ponerle con Aaron Eshkol ni con Leví Cole. Saul dio su nombre. La telefonista no jadeó de una forma audible, pero el tono de su voz varió al decir:

-Sí, doctor Laski. Si puede esperar un minuto estoy segura de que al señor Cohen le gustará hablar con usted.

-Llamo desde un teléfono público de Filadelfia, Pennsylvania -explicó Saul. Dio el número-. No tengo monedas, ¿puede llamarme usted?

-Naturalmente -dijo la telefonista de la embajada israelí.

Saul colgó. Al poco rato el teléfono sonó, el auricular zumbó una vez cuando lo levantó y se cortó la línea. Fue hacia un segundo teléfono, intentó hacer una llamada a cobro revertido a la embajada y por segunda vez escuchó cómo se cortaba la línea.

Abandonó el teléfono y caminó sin rumbo. Moddy y su familia estaban muertos. Antes Saul lo sospechaba, pero ahora lo sabía. Ahora ya no le podían hacer gran cosa. Se detuvo, miró alrededor, intentó descubrir a los agentes que lo seguían. Había algunos blancos a la vista, pero eso no quería decir nada; el FBI también tenía agentes negros.

Un apuesto negro con un abrigo de piel de camello cruzó la calle y se acercó a Saul. Tenía rasgos fuertes, amplios; una gran sonrisa, y grandes gafas de espejo. Llevaba un lujoso maletín de cuero. El hombre sonrió como si conociera a Saul y se quitó un guante de gamuza antes de ofrecerle su mano. Saul se la estrechó.

-Bienvenido, mi pequeño peón -dijo el hombre en un polaco perfecto-. Es hora de que entres en el juego.

-Usted es el oberst. -Saul tuvo una extraña sensación, muy honda dentro de él. Sacudió la cabeza y esa sensación se desvaneció ligeramente.

El negro sonrió y habló en alemán.

-Oberst, un título honorario que ya no oigo desde hace mucho tiempo. -Paró delante de un restaurante Horn and Hardart e hizo un gesto-. ¿Tiene hambre?

-Usted mató a Francis.

El hombre se frotó la mejilla.

-¿Francis? Lo siento pero no..., oh, sí. El joven detective. -Sonrió y meneó la cabeza-. Vamos, le invito a comer.

-Usted sabe que nos vigilan -dijo Saul.

-Claro. Y nosotros los vigilamos a ellos. -Le abrió la puerta a

Saul-. Usted primero -dijo en inglés.

-Me llamo Jensen Luhar -dijo el negro cuando se sentaron en una mesa en el restaurante casi vacío. Luhar pidió una hamburguesa con queso, aros de cebolla y un batido de vainilla. Saul, una taza de café.

-Usted se llama Wilhelm von Borchert -dijo Saul-. Si alguna vez hubo un Jensen Luhar, hace mucho que fue destruido.

Jensen Luhar hizo un pequeño movimiento con la mano y se quitó las gafas.

-Una cuestión de semántica. ¿Le gusta el juego? -No. ¿Aaron Eshkol está muerto?

-¿Su sobrino? Sí, lo siento.

-¿Y su familia?

-También.

Saul suspiró profundamente.

-¿Cómo?

-Por lo que sé, su señor Colben mandó a su querido Haines y a algunos otros a casa de su sobrino. Hubo un incendio, pero estoy seguro que la infeliz familia estaba muerta antes de que la casa empezara a arder.

-¿Haines?

Jensen Luhar sorbió con su pajita. Mordió con ímpetu su hamburguesa, se limpió delicadamente la boca y sonrió.

-Usted juega al ajedrez, doctor. -No era una pregunta. Luhar ofreció a Saul un aro de cebolla. Saul le miró. Luhar se comió la cebolla y dijo-: Si ama el juego, doctor, debe de apreciar lo que pasa en este momento.

-¿Es todo lo que esto significa para usted? ¿Un juego?

-Claro. Mirar las cosas como algo más sería tomarse la vida y a uno mismo demasiado en serio.

-Le encontraré y le mataré -dijo Saul en voz baja.

Jensen Luhar asintió con la cabeza y mordió otra vez la hamburguesa.

-ein

-Si nos encontráramos personalmente, seguro que lo intentaría. Pero ahora no tiene opción.

__¿Qué quiere decir?

_Quiero decir que el estimado presidente de lo que es eufemísticamente conocido como el Island Club, un tal C. Arnold Barent, lo ha condicionado para cumplir un único objetivo: matar a un productor cinematográfico que el mundo cree que ya está muerto.

Saul bebió su café, ya frío, para ocultar su desconcierto.

-Barent no ha hecho eso.

-Claro que sí -dijo Luhar-. No tendría otra razón para verle personalmente. ¿Cuánto supone que duró su entrevista con él?

-Algunos minutos -contestó Saul.

-Es más probable que hayan sido algunas horas. El condicionamiento tendría dos objetivos: matarme nada más verme y asegurarse de que usted nunca sería una amenaza para el señor Barent.

-¿Qué quiere decir?

Luhar acabó sus aros de cebolla.

-Haga un simple juego. Piense en el señor Barent y después imagínese atacándole.

Saul frunció el ceño, pero lo hizo. Era muy difícil. Cuando recordó a Barent tal como lo había visto -lo vio relajado, bronceado, sentado en la cubierta del barco mirando al mar- se sintió sorprendido al descubrir dentro de sí una mezcla de amistad, simpatía y lealtad hacia Barent. Intentó imaginarse hiriendo a Barent, balanceando un puño hacia aquellas facciones suaves, apuestas...

Saul se dobló, pálido, víctima de un súbito dolor. Jadeó y estuvo a punto de vomitar. Sintió sudores fríos en la frente y las mejillas. Pidió un vaso de agua y se lo tomó convulsivamente, pensando en otras cosas, calmando el núcleo de dolor del estómago.

-Interesante, ¿verdad? -dijo Luhar-. Es la gran fuerza del señor Barent. Nadie que pase algún tiempo con él desea hacerle daño. Servir al señor Barent es una fuente de placer para mucha gente.

Saul terminó el agua y utilizó la servilleta para secarse el sudor de la frente.

-¿Por qué lucha usted contra él?

-¿Luchar contra él? No, no, mi querido peón. Yo no lucho contra él, yo le reto. -Luhar miró alrededor-. Todavía no hay micrófonos suficientemente cerca para escuchar nuestra conversación, pero dentro de un minuto una furgoneta aparcará fuera y nuestra intimidad desaparecerá. Es hora de ir a dar un paseo.

-¿Y si yo no voy?

Jensen Luhar se encogió de hombros.

-Dentro de pocas horas el juego se volverá muy interesante. Hay un papel en él para usted. Si quiere hacer algo contra la gente que se ha cargado a su sobrino y su familia, le será útil acompañarme. Le ofrezco romper su dependencia..., por lo menos de ellos.

-¿Pero no de usted?

-Ni de usted mismo, querido peón. Venga, es hora de decidirse. -Un día le mataré -afirmó Saul.

Luhar sonrió y se puso los guantes y las gafas de sol. -Claro. ¿Me acompaña?

Saul se levantó y miró por la ventana. Una furgoneta verde llegaba a la curva. Saul siguió a Jensen Luhar afuera.

Las calles que desembocaban a la avenida Germantown eran estrechas y tortuosas. En el pasado, los edificios altos, estrechos, podían haber sido casas agradables. Algunas le recordaban a Saul las casas de Amsterdam. Ahora eran habitáculos pobres y hacinados. Las pequeñas tiendas y comercios podían haber sido antes el núcleo de una auténtica comunidad, tiendas de platos preparados, colmados, zapaterías familiares, pequeños comercios. Ahora anunciaban moscas muertas en los escaparates. Algunos habían sido transformados en apartamentos baratos; una niña mugrienta de tres años estaba dentro de un escaparate y apretaba la mejilla y los dedos sucios contra el cristal.

-¿Qué quería decir cuando me dijo que usted «reta» a Barent? -preguntó Saul. Miró por encima del hombro, pero no avistó la furgoneta verde. Era igual, estaba seguro de que aún les vigilaban. Era al oberst al que quería encontrar.

-Jugamos al ajedrez -dijo Luhar.

El hombre giró la cara y Saul se vio reflejado en las gafas oscuras. -Y las apuestas son nuestras vidas -añadió Saul.

Intentaba desesperadamente pensar una manera de hacer que el

oberst revelara dónde estaba.

Luhar rió mostrando sus grandes dientes blancos.

-No, no, mi pequeño peón -dijo en alemán-. Vuestras vidas no tienen ningún significado. La apuesta es, nada menos, definir quien dicta las reglas del juego.

-¿El juego? -repitió Saul.

Habían cruzado a otra calle lateral. No se veía a nadie, salvo un par de gordas mujeres negras que salían de una lavandería automática al fondo de la calle.

-¿No está al corriente del Island Club y de sus juegos anuales? -preguntó el oberst-. Herr Barent y el resto de esos cobardes han tenido miedo de dejarme jugar. Saben que yo exigiría un ámbito más amplio para el juego. Algo digno de una raza de übermenschen.

-¿No tuvo bastante de eso durante la guerra?

Luhar rió de nuevo.

-Usted intenta provocarme -dijo en voz baja-. Una pretensión estúpida. -Se detuvieron delante de un edificio anodino al lado de la lavandería automática-. La respuesta es «no». No tuve suficiente durante la guerra. El Island Club piensa que tiene algún poder sólo porque puede influenciar a dirigentes, naciones, economías. Influenciar. -Luhar escupió en la acera-. Cuando yo determine las reglas del juego, verán todo el poder que tengo. El mundo es un trozo de carne podrida, llena de gusanos, peón. La limpiaremos con fuego. Les mostraré qué es jugar con ejércitos y no con sus pobres y pequeños sucedáneos. Les mostraré qué es ver ciudades exterminadas por la pérdida de una pieza, razas enteras capturadas y utilizadas en proyectos al antojo del «utilizador». Y les mostraré qué significa jugar este juego a una escala global. Todos morimos, peón, lo que herr Barent no comprende es que no hay razón para que el mundo nos sobreviva.

Saul se detuvo en la acera para mirarle. El viento frío le golpeaba la americana y le hacía sentir el hormigueo de la piel de gallina.

-Hemos llegado -le dijo Luhar, y sacó un llavero para abrir la puerta del anodino edificio. Entró en la oscuridad e hizo un gesto a Saul-. ¿Vienes, peón?

Saul tragó saliva.

-Usted está más loco de lo que pensaba -murmuró.

Luhar asintió con la cabeza.

-Quizá -dijo en voz baja-. Pero si viene conmigo tendrá una posibilidad de continuar en el juego. No en el juego mayor, desgraciadamente. Usted no tendrá lugar allí. Pero su inevitable sacrificio permitirá que el juego siga su curso. Si viene conmigo ahora..., por propia voluntad... Eliminaremos esos «impedimentos» que herr Barent le ha colocado, para que usted pueda continuar sirviéndome como un leal peón.

Saul estaba de pie en la oscuridad, cerraba los puños para calmar el dolor en el brazo izquierdo, donde sentía latir el injerto quirúrgico. Penetró en la oscuridad.

Luhar sonrió y cerró la puerta tras ellos. Saul parpadeó en la pálida luz. En el primer piso sólo había serrín y montones de rampas de descarga en una gran superficie de almacén. Una escalera de madera conducía a un desván. Luhar la señaló y Saul subió por ella.

-Dios mío -murmuró Saul. En el desván había una sola mesa y cuatro sillas a la luz pálida que se filtraba por una claraboya sucia. Dos cadáveres desnudos ocupaban dos de las sillas.

Saul se acercó y miró los cuerpos. Estaban fríos y bloqueados por el rigor mortis. Uno era un negro, más o menos del peso y la estatura de Luhar. Tenía los ojos abiertos y cubiertos por la película de la muerte. El otro cadáver era un hombre blanco algo más viejo que Saul, calvo y con barba. Tenía la boca abierta. Saul podía ver los vasos capilares reventados de las mejillas y la nariz que sugerían un alcoholismo en fase avanzada.

Vio a Luhar quitándose su caro abrigo de piel de camello.

-¿Nuestros Doppelgängers? -preguntó Saul.

-Claro -dijo el oberst a través de Luhar-. Ya eliminé todo o casi

todo el impulso que herr Barent colocó en su mente. ¿Estás dispuesto

a continuar, peón?

-Sí -admitió Saul.

«A continuar buscando una manera de matarte», pensó. -Muy bien -dijo Luhar.

Miró el reloj.

-Disponemos de unos treinta minutos hasta que el señor Colben decida reunirse con nosotros. Tendremos tiempo.

Colocó el maletín en la mesa, cerca del brazo izquierdo del cadáver del negro. Cuando lo abrió, Saul vio que estaba lleno del mismo tipo de explosivo plástico que había usado Harrington.

-¿Tendremos tiempo para qué? -preguntó Saul.

-Para los preparativos. Este edificio tiene un túnel que da al sótano de al lado. El sótano tiene acceso a un pequeño segmento del viejo sistema de alcantarillas de la ciudad. Sólo tenemos que caminar un bloque y estaremos fuera del círculo inmediato de vigilancia. Un coche me esperará. Usted podrá ir adonde quiera.

-Usted es tan listo que me provoca náuseas -dijo Saul-. No dará resultado.

-¿Por qué?

Luhar levantó sus pesados párpados.

Saul se quitó la chaqueta y se arremangó. Las vendas del brazo tenían un color ligeramente amarillo.

-Ayer me insertaron algo. Creo que es un transmisor de radio. -Claro que lo es -dijo Luhar. Sacó del maletín un paquete en

vuelto en tela verde y lo desenrolló. Una botella de yodo e instrumentos quirúrgicos brillaron a la pálida luz de la claraboya-. La intervención no durará más de veinte minutos.

Saul cogió un escalpelo en su embalaje esterilizado. -Y la hará usted, ¿no?

-Si insiste -aceptó Luhar-, pero debo advertirle que carezco de experiencia médica.

-En ese caso, lo haré yo -dijo Saul. Miró el maletín-. ¿No hay jeringuillas? ¿Algo para anestesiar localmente?

Las gafas de Jensen Luhar reflejaron la habitación. Su pesado rostro era absolutamente inexpresivo.

-Desgraciadamente, no. ¿Qué valor le da a su libertad, doctor Laski?

-Usted está loco, herr oberst -dijo Saul. Se sentó junto a la mesa, sacó los instrumentos y acercó la botella.

Luhar sacó una bolsa de gimnasia de debajo de la mesa.

-Primero nos mudamos de ropa -dijo-. Por si acaso no tiene ganas de hacerlo después.

Cuando los cadáveres estuvieron vestidos con las ropas de Luhar y Saul, se pusieron pantalones tejanos, viejos jerseys de cuello alto y pesados zapatos. Luhar dijo:

-Disponemos de dieciocho minutos, doctor.

-Siéntese -rogó Saul-. Voy a explicarle exactamente lo que tiene que hacer si me desmayo. -Sacó algodón y vendas de un paquete nuevo-. Tendrá que cerrarlo.

-Como quiera, doctor.

Saul sacudió la cabeza, miró el cielo a través de la claraboya, bajó la cabeza y, con un rápido y sencillo movimiento, hizo la primera incisión con el escalpelo...

Saul no se desmayó. Gritó dos veces y justo cuando los últimos filamentos se separaban del músculo se inclinó y vomitó. Luhar cerró la herida con puntos de sutura y vendas, enrolló gasa y esparadrapo alrededor del brazo y cubrió al semiconsciente psiquiatra con un pesado abrigo.

-Llevamos cinco minutos de retraso -remarcó Luhar-. Deprisa.

El suelo de hormigón aparentemente sólido tenía un escotillón cerrado con calzos de madera en un rincón. Cuando Luhar cerró la puerta, Saul pudo oír el zumbido de un helicóptero y un golpeteo lejano.

-¡Deprisa! -gritó el negro en la exigua oscuridad. Saul intentaba arrastrarse, aullar por el dolor del brazo, y se cayó. Arriba, una tremenda explosión sacudió la tierra y envió polvo y telarañas a la cara y el pelo de Saul-. ¡Deprisa! -silbó Luhar, y empujó a Saul delante de él.

Luhar apartó a puntapiés varios bloques de cemento sueltos, puso a Saul de pie en un sótano que olía a moho y periódicos viejos, lo obligó a moverse. Se deslizaron entre una reja y unos ladrillos y siguieron de nuevo a gatas en la oscuridad. Las manos y rodillas de Saul se mojaron de agua fría, tocaron cosas resbaladizas, viscosas, en la oscuridad. Saul intentó mantener su brazo izquierdo cerca del pecho y arrastrarse sobre tres miembros. Dos veces se deslizó y se golpeó el hombro izquierdo, mojándose la chaqueta. Luhar rió y lo empujó por detrás. Saul cerró los ojos y pensó en Sobibor, las masas gritando, el tranquilo Bosque de los Búhos.

Finalmente, pudieron ponerse de pie. Luhar guió durante un centenar de pasos, viró a la derecha por un conducto más estrecho y se detuvo bajo una reja. Sus fuertes brazos se tensaron para sacar el enrejado de hierro. Saul frunció los ojos ante la luz gris y se concentró en apartar el vértigo; metió la mano en el bolsillo para sentir el mango frío del escalpelo que había escamoteado mientras Luhar ultimaba la puesta a punta de la bomba del maletín.

-Ah, allí -jadeó Luhar, y arrancó el enrejado. Aún tenía los brazos en alto, la americana abierta y el vientre y el pecho expuestos bajo una ropa fina, cuando Saul se lanzó con el escalpelo, imaginándose un blanco para la hoja en un lugar detrás del hombre.

El brazo izquierdo de Jensen Luhar bajó como un resorte, una enorme mano cayó sobre el brazo de Saul y la hoja se detuvo a cinco centímetros del esternón del negro.

-No, no -dijo Luhar.

Con la mano derecha golpeó el sangrante brazo izquierdo de Saul, que jadeó y cayó de rodillas mientras unos círculos rojos nadaban en su estrecho campo de visión. Delicadamente, Luhar le quitó el escalpelo de su fláccida mano derecha.

-Muy malo, muy malo, mein kleiner Jude -cuchicheó-. Auf wiedersehn.

La luz quedó tapada durante casi un segundo y Luhar desapareció. Saul permaneció arrodillado en la oscuridad, bajó la cabeza hacia el agua y la fría piedra durante varios minutos, luchando por seguir despierto. «¿Por qué? -pensó-. ¿Por qué estar despierto? Duerme un rato.»

«Calla», se gruñó a sí mismo.

Después de una eternidad se levantó, levantó el brazo sano hacia el enrejado e intentó salir. Fueron necesarios cinco intentos, sus pantalones estaban empapados, pero acabó por abrirse camino hasta la luz.

La alcantarilla estaba detrás de un depósito de metal, unos tres metros en el interior de un callejón. No reconoció la calle donde se tambaleó. Las hileras de casas se extendían.

Caminó media manzana antes de sentirse mareado. Paró y levantó el brazo izquierdo. La herida se había abierto, la sangre había empapado la chaqueta y le corría por el brazo. Se volvió para mirar el camino recorrido y rió al ver una clara pista de salpicaduras rojas. Apretó el brazo y se tambaleó contra el cristal del escaparate de un almacén abandonado. La acera subía y bajaba como la cubierta de un pequeño barco en plena tempestad.

Se hacía de noche. Los copos de nieve brillaban como luciérnagas delante de una farola lejana. Una figura grande, oscura, bajaba por la acera en la que estaba Saul. Saul retrocedió tambaleándose, hasta la puerta de una tienda, se deslizó por la pared basta, se puso de rodillas e intentó ser tan invisible como cualquier vagabundo que alguna vez hubiera utilizado ese abrigo.

Justo cuando el hombre pasaba cerca lentamente, Saul sintió que algo le rasgaba los músculos del brazo izquierdo. Se apretó la herida y rechinó los dientes hasta que su chirrido se tornó audible. El hombre pasó llevando algo pesado y metálico en la mano derecha.

Saul sintió que la oscuridad le vencía cuando los pasos pasaron a algunos metros y después volvieron lentamente. Saul rodó hacia la izquierda y sintió muy lejos que su cabeza golpeaba una puerta. El brazo izquierdo le dolía terriblemente y sentía que la sangre le empapaba la muñeca y la mano.

Una linterna lo deslumbró. El hombre se inclinó sobre él y apagó la calle, el mundo. Saul cerró el puño derecho y luchó para vencer el torbellino de la inconsciencia. Una mano pesada cayó sobre su hombro derecho.

-Dios mío -dijo una voz lenta, conocida-. Saul, ¿es usted?

Saul meneó la cabeza y sintió que se iba hacia delante, con la barbilla en el pecho, sus ojos cerrándose, mientras aquella voz suave continuaba diciendo cosas que él no entendía; los brazos fuertes del sheriff Bobby Joe Gentry lo levantaron como si fuera un adormecido niño.

30

Germantown, martes 30 de diciembre de 1980

Gentry se preguntó si se estaba volviendo loco. Mientras corría hacia la Casa Comunitaria, deseaba que Saul estuviera consciente para que pudieran hablar. Gentry tenía la sensación de que el mundo se había convertido en una pesadilla paranoica donde las cadenas de causa y efecto se habían roto por completo.

El gemelo llamado G.B. obligó a Gentry a detenerse a medio bloque de la casa. El sheriff miró la pistola que le encañonaba y dijo:

-Déjame pasar. Marvin sabe que vuelvo.

-Sí, pero no sabe que traes un jodido fiambre contigo.

-No está muerto, y quizá nos pueda ayudar. Si se muere haré que Marvin te considere responsable. Ahora, déjame pasar.

G.B. vaciló.

-Jódete, poli -dijo por fin, pero lo dejó pasar.

Gentry tuvo que pasar el control de otros tres centinelas antes de entrar en la casa. Marvin había extendido su perímetro defensivo a cien metros en cada dirección. Cualquier vehículo desconocido que apareciera sería incendiado si no se apartaba. Una furgoneta verde con dos blancos delante y Dios sabe cuántos detrás tardó treinta segundos en considerar el ultimátum de Leroy antes de huir a toda velocidad. Quizá fue la botella en la mano de Leroy lo que los convenció.

El lunes por la noche se había entrado en una pesadilla.

Marvin y los otros habían vuelto a la Casa Comunitaria por callejones y patios, Leroy sangrando a causa de una docena de perdigones de escopeta, todos excepto Marvin medio histéricos después de la batalla en la penumbra del edificio de apartamentos. Habían arrastrado los cuerpos de Calvin y Trout al edificio y Marvin pensaba mandar a Jackson o Taylor con el camión de Jim Woods a recogerlos, pero con el caos del regreso se aplazó varias horas. Cuando mandaron un camión poco antes del alba, los cinco cuerpos habían desaparecido y sólo había unos anónimos charcos de sangre en el segundo y tercer piso. No había autoridades a la vista.

Cuando volvieron, la Casa Comunitaria estaba en una situación caótica. Se disparaba contra cualquier sombra. Alguien había apagado los incendios de los coches abandonados, pero el humo aún cercaba la manzana como una nube de muerte.

-Ha estado aquí el monstruo hijoputa, tío, aquí, en la casa, ha matado a Woods y ha herido a Kara, y después Raji lo ha visto persiguiendo a la fotógrafa por el patio, tío, y... -explicó, exaltado, Taylor cuando llegaron.

-¿Dónde está Kara? -gruñó Marvin. Era la primera vez que Gentry lo oía gritar.

Kara estaba arriba, según dijo Taylor, en el colchón detrás de la cortina, gravemente herida. Gentry los siguió arriba. La mayor parte de los miembros de la pandilla contemplaban absortos el cuerpo sin cabeza de Woods sobre la mesa de billar, pero Marvin y Jackson fueron directamente a donde Kara reposaba inconsciente, atendida por cuatro chicas.

-La veo mal -dijo Jackson. La bella cara de la chica era casi irreconocible, con la frente hinchada de una forma grotesca, los ojos nublados por la sangre-. Hay que llevarla al hospital. El pulso y la presión están bajando.

-Eh, tío -protestó Leroy, mostrando el brazo y la pierna derechos llenos de círculos de sangre-, estoy herido. Déjame ir contigo para curarme y...

-Te quedas aquí -respondió Marvin-. Y atención. Nadie debe alejarse más de medio bloque de aquí, ¿entendéis? Diles a Sherman y a Eduardo que vayan a Dogtown y avisen a Mannie. Queremos las tropas que nos prometió el invierno pasado cuando les ayudamos en el caso Pastorius. Las queremos ahora. Dile a Squeeze que queremos a todos los enanos y auxiliares en la calle ahora. Quiero saber dónde está la jodida «Dama Vudú».

Mientras Marvin continuaba dando órdenes y mientras Jackson llevaba tiernamente a Kara abajo, Gentry llevó a Taylor a un rincón. ¿Dónde está Natalie?

El chico sacudió la cabeza y dejó escapar un jadeo cuando Gentry cerró la mano en su brazo.

-Mierda, tío. El monstruo hijoputa la ha estado persiguiendo Raji los ha visto cruzar aquel patio, entre las casas, tío. Estaba oscuroHemos ido tras él, pero no veíamos una mierda.

-¿Cuánto tiempo hace? -Gentry apretó con más fuerza.

-Eh, mierda. Veinte minutos. Quizá veinticinco.

Gentry bajó por la escalera rápidamente y cogió a Marvin antes de
que se marchara.

-Quiero mi arma.

El jefe de la pandilla lo miró con sus ojos azul pálido tan fríos
como el hielo.

-Ese hijoputa persigue a Natalie y voy tras de él. Dame la Ruger. Alargó la mano.

Leroy hizo que su arma se deslizara hacia su mano derecha. El cañón se movió hacia Gentry y él miró a Marvin.

Marvin extendió la pesada Ruger y se la dio a Gentry. -Mátalo, tío.

-Lo haré.

Gentry fue arriba, cogió la otra caja de cartuchos y cargó el arma.

Las gruesas balas Magnum se deslizaron suaves y pesadas. Gentry notó
que le temblaba la mano. Se inclinó y respiró profundamente hasta que
los temblores cesaron, bajó por la escalera para buscar una linterna y
salió hacia la noche.

Saul Laski recuperó la consciencia al poco rato de que Jackson inspeccionara la herida.

-Parece que alguien haya intentado abrirle con un abrelatas -dijo el ex enfermero-. Déme el otro brazo. Le pondré una inyección de morfina mientras le arreglo esto.

Saul dejó caer la cabeza en el colchón. Tenía la cara y los labios pálidos detrás de la barba.

-Gracias.

-Nada de gracias. Recibirá mi cuenta. Hay hermanos por aquí que matarían por tener esta morfina. -Le puso la inyección con un movimiento rápido, seguro-. Vosotros, los tíos blancos, no sabéis cuidar de vuestros cuerpos.

Gentry habló rápidamente antes de que la morfina atontara al psiquiatra:

-¿Qué demonios hace aquí, Saul?

El hombre sacudió la cabeza.

-Es una larga historia. Hay más gente de lo que me imaginaba complicada en esto, sheriff...

-Lo estamos descubriendo -dijo Gentry-. ¿Sabe dónde está su oberst?

Jackson acabó de limpiar la herida y empezó a suturarla de nuevo. Saul echó una ojeada y después apartó la mirada.

-No exactamente. Pero está aquí, en alguna parte. Cerca. Acabó de encontrar a un negro llamado Jensen Luhar, que es desde hace años uno de los agentes del oberst. Los otros..., Colben, Haines..., me liberaron para que yo les condujera al oberst.

-¡Haines! -exclamó Gentry-. Maldito cabrón, ya sabía yo que no me gustaba ese hijoputa.

Saul se pasó la lengua por los labios. Su voz se estaba volviendo vaga y somnolienta.

-Natalie. ¿Está aquí?

Gentry apartó la mirada, lanzó una ojeada furiosa a las sombras. -Estaba aquí. Alguien la cogió..., se la llevó... hace veinticuatro horas.

-¿Viva? -consiguió decir Saul. Intentó sentarse. Jackson blasfemó y lo empujó contra el colchón.

-No lo sé. He estado buscándola por las calles durante las últimas veinticuatro horas -dijo Gentry. Se frotó los ojos. Hacía más de cuarenta y ocho horas que no dormía-. No hay motivo para pensar que Melanie Fuller haya conservado a Natalie viva cuando ha asesinado a tantos otros. Pero algo me hace continuar buscando. Tengo un presentimiento. Si me puede contar todo lo que sabe, quizá juntos podamos...

Gentry calló. Jackson casi había terminado. Saul Laski se había dormido.

-¿Cómo está Kara? -preguntó Gentry cuando entró en la cocina.

Marvin lo miró desde una silla. Un mapa de la ciudad estaba abierto sobre la mesa, fijado con latas de cerveza y bolsas de patatas fritas. Leroy estaba sentado a su lado. Se veían vendas blancas a través de su ropa rasgada. Varios hombres de confianza entraban y salían, pero la casa tenía una atmósfera tranquila, decidida, muy diferente del caos del día anterior.

-No se encuentra bien -dijo Marvin-. El doctor dice que está grave. Cassandra y Shelli están allí ahora. Mandarán a alguien para avisar si las cosas cambian.

Gentry asintió con la cabeza y se sentó. Podía sentir las toxinas del

cansancio trabajando dentro de sí, poniendo una cortina de luz mustia

sobre todas las superficies que miraba. Se restregó la cara. -¿El tío que está arriba te ayudará a encontrar a tu amiga? Gentry parpadeó.

-No lo sé.

-¿Puede ayudarnos a encontrar a la «Dama Vudú»?

-Quizá -dijo-. Jackson dice que podrá hablar dentro de un par de horas. ¿Alguno de vosotros tiene algo?

-Es sólo cuestión de tiempo, tío -dijo Marvin-. Sólo cuestión de tiempo. Tenemos a las chicas, a los auxiliares, todos de puerta en puerta. Ninguna vieja blanca como ella puede estar aquí sin que nadie lo sepa. Cuando la encontremos, estaremos preparados.

Gentry intentó concentrarse en lo que quería decir. Las palabras estaban volviéndose difíciles de manipular.

-¿Tienes en cuenta a los otros..., los polis federales?

Marvin rió. Era un sonido fino, frío.

-Sí, claro, están por todas partes. Pero mantienen a la gente y a la televisión al margen, ¿verdad?

-Seguro -dijo Gentry-. Pero mi opinión es que son tan peligrosos como la «Dama Vudú». Algunos de. ellos tienen los mismos..., los mismos poderes que ella. Y buscan a un hombre que es aún más peligroso.

-¿Piensas que han hecho algo al Alma de la Fábrica? -preguntó

Marvin.

-No.

-¿Tienen algo que ver con el monstruo hijoputa?

-No.

-Entonces que esperen. Si se cruzan en nuestro camino, entonces les atacamos.

-Hablas de cuarenta o cincuenta agentes federales de paisano -dijo Gentry-. Normalmente van armados hasta los dientes.

Marvin se encogió de hombros. Alguien entró corriendo y le habló en voz baja. El jefe de la pandilla dio órdenes rápidas, seguras, con voz calma. El mensajero salió.

Gentry levantó una lata, vio que quedaba un poco de cerveza tibia y se la bebió.

-¿Has pensado en desaparecer mientras puedas? -preguntó-. Quiero decir, poneros a cubierto y dejar que todos esos vampiros luchen entre ellos.

Marvin miró directamente a Gentry.

-Tío -dijo en una voz que casi no pasaba de un murmullo-, no comprendes muy bien las cosas. Los blancos, el gobierno, los polis, los políticos blancos de por aquí..., todos nos están jodiendo hace mucho tiempo. No hay nada nuevo en lo que el monstruo hijoputa hace a los negros, pero él nos lo hace a nosotros, en nuestro terreno, tío. Tú y Natalie decís que la «Dama Vudú» es la verdadera culpable y yo creo que es cierto. Parece cierto. Pero tampoco es sólo la «Dama Vudú». Con ella, hay otros dispuestos a cargarse a los nuestros. Esto pasa hace mucho, mucho tiempo. Pero esto es el Alma de la Fábrica. Las personas a las que mataron aquí, Muhammed, George, Calvin..., quizá Kara..., son de los nuestros, tío. Vamos a matar a ese monstruo hijoputa y la puta blanca por eso. No esperamos que nadie nos ayude. Pero si quieres colaborar, puedes hacerlo, tío.

-Quiero colaborar -dijo Gentry. Su voz sonaba lenta y cansina, un disco de 45 rpm que giraba a 33.

Marvin asintió con la cabeza y se levantó. Su fuerte mano ayudó a Gentry a ponerse de pie y lo empujó hacia la escalera.

-Pero lo que necesitas ahora, tío, es dormir. Te despertaremos cuando ocurra algo.

Jackson le despertó a las 5.30 de la mañana siguiente.

-Tu amigo está despierto -dijo el ex enfermero.

Gentry le agradeció el aviso y permaneció sentado al borde de su colchón durante varios minutos, cogiéndose la cabeza e intentando poner en orden sus ideas. Antes de ver a Saul bajó por la escalera con paso decidido, hizo café en una vieja cafetera de filtro y subió con dos humeantes tazas astilladas. Una docena de miembros de la pandilla roncaban echados en colchones en el suelo de varias habitaciones. No había señal de Marvin o Leroy.

Saul recibió el café con sinceras muestras de agradecimiento.

-Cuando me he despertado, he creído que lo había soñado todo -dijo-. Esperaba encontrarme en mi apartamento, con una clase en la universidad esperándome. Después he sentido esto. -Levantó el brazo derecho vendado.

-¿Cómo se lo hizo? -preguntó Gentry. Saul tomó café y dijo:

-Haremos un trato, sheriff. Yo empezaré con las informaciones más importantes y hablaremos un poco. Después usted hace lo mismo. Si nuestras historias concuerdan de alguna manera, continuaremos intentándolo. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

Hablaron durante una hora y media y después se interrogaron mutuamente otra media hora. Cuando acabaron, Gentry le ayudó a levantarse y caminaron hasta una ventana enrejada y contemplaron la primera luz del alba.

-Hoy es Noche Vieja -dijo Gentry.

Saul alargó la mano para ajustarse las gafas, vio que no las tenía. -Es todo tan increíble, ¿verdad?

-Sí -admitió Gentry-. Pero Natalie Preston está allí fuera y no abandonaré esta ciudad sin encontrarla.

Volvieron junto al colchón en el que había dormido Saul para recoger sus gafas y después bajaron juntos para ver si podían encontrar algo para comer.

Marvin y Leroy regresaron a las diez, hablando ardorosamente con

dos hispanos. Había tres coches en la esquina llenos de jóvenes chicanos mirando a los negros del pórtico de la Casa Comunitaria. Los

miembros de la pandilla negra les lanzaban miradas furiosas.

La cocina se había convertido en el estado mayor y sólo se podía

entrar por invitación. Veinte minutos después de que los hispanos se

marchasen, Saul y Gentry fueron llamados. Marvin, Leroy, uno de los

gemelos y media docena de miembros de la banda los miraron en silencio.

-¿Cómo está Kara? -preguntó Gentry.

-Ha muerto -dijo Marvin. Miró a Saul-. Le dijiste a Jackson

que querías hablar conmigo.

-Sí -admitió Saul-. Creo que podéis ayudarme a encontrar el

lugar donde estuve preso. No puede estar muy lejos de aquí.

-¿Por qué habríamos de hacerlo?

-Ese lugar es un centro de control de la policía desde donde vigila toda esta zona.

-¿Sí? Que se vayan a tomar por... Saul se tiró de la barba.

-Creo que la policía..., los federales... saben dónde está Melanie

Fuller.

Marvin levantó la cabeza. -¿Estás seguro?

-No -dijo Saul-, pero según lo que he visto y oído tiene sentido. Creo que el oberst les informó de su paradero. -¿El oberst es tu «Hombre Vudú»?

-Sí.

-Hay muchos puercos del gobierno en la calle. ¿Alguno de ellos sabe dónde está la «Dama Vudú»?

-Quizá -dijo Saul-, pero si podemos llegar al centro de control..., y hablar con alguien de allí..., creo que tendríamos más posibilidades de descubrirlo.

-Explícate, tío -dijo Marvin.

-Es un descampado a unos ocho minutos en coche desde aquí -empezó Saul-. Creo que un helicóptero ha estado aterrizando y despegando allá regularmente. Las estructuras son provisionales..., quizá casas desmontables o el tipo de remolques que se usan en las

obras.

Cuando abandonó la casa con Gentry y cinco de los miembros de la pandilla, Saul llevaba un pasamontañas y guantes. Si Colben y Haines creían que estaba muerto, Gentry había sugerido que no los desengañara. Utilizaron el camión de Woods para el corto viaje hacia la avenida Germantown y después hacia el sur, en Chelten, y después hacia el oeste, por una calle sin nombre, en dirección al barrio de los

almacenes.

-Nos sigue un Ford azul -dijo Leroy, que conducía. -Vamos allá -dijo Marvin.

El camión cruzó un aparcamiento lleno de basura y bajó por un callejón, luego se detuvo junto a una barraca de hojalata ondulada el tiempo suficiente para que Marvin, Saul, Gentry y uno de los gemelos G. salieran y se ocultaran en las sombras de la puerta abierta. El camión aceleró rápidamente por el callejón y giró hacia el este por una calle estrecha. Veinte segundos más tarde pasó un Ford azul con tres hombres blancos.

-Por aquí -indicó Marvin, y los condujo a través de un yermo lleno de bidones y trozos de metal hasta un pequeño depósito de chatarra donde había coches aplastados amontonados hasta una altura de nueve metros. Marvin y el chico más joven subieron rápidamente, Gentry y Saul tardaron un poco más-. ¿Es eso, tío? -preguntó Marvin cuando Saul se arrastró el último metro y medio, reposó un instante en la precaria cumbre, repleta de óxido, y se apoyó contra el jadeante sheriff. Marvin le pasó al psiquiatra un par de pequeños prismáticos.

Saul asentó el brazo izquierdo en la chaqueta abierta y miró por las lentes. Una cerca alta de madera rodeaba la mitad de una manzana. Hacia el sur, se habían excavado unos cimientos, llenos de hormigón: Dos excavadoras, un azadón y otras máquinas estaban alrededor. En el centro del espacio restante, tres remolques formaban una E sin el segmento del centro. Cuatro coches del gobierno y una furgoneta de la Bell Telephone estaban aparcados cerca. Antenas de ondas ultracortes salían del segmento central. En el solar había un círculo de luces rojas y una pequeña manga colgaba de un poste metálico.

-Tiene que ser esto -dijo Saul Laski.

Mientras observaban, un hombre en mangas de camisa salió del remolque del centro y caminó decididamente los veinte metros hasta uno de los tres lavabos instalados cerca de donde estaban aparcados

los coches.

-Te gustaría hablar con uno de esos tíos, ¿no? -le preguntó Marvin.

-Quizá -dijo Saul.

Casi con toda certeza no los podían ver entre los montones de metal viejo, pero Gentry y los otros se agacharon detrás de ejes, volantes y descapotables aplastados.

Marvin consultó el reloj.

-Tenemos unas cinco horas antes de que oscurezca -dijo-. Después lo haremos.

-`Tenemos que esperar tanto? -masculló Gentry.

Como respuesta, apareció un helicóptero, por el norte, dio la vuelta al descampado y aterrizó en el círculo de luces. Un hombre saltó afuera y corrió hacia el remolque de mando. Saul miró con los prismáticos de Marvin y vio la cara redonda de Charles Colben.

-Éste es un hombre al que no quiero encontrar -dijo-. Esperad hasta que se vaya.

Marvin se encogió de hombros.

-Larguémonos de aquí -propuso Gentry-. Voy a buscar a Natalie solo.

-No -dijo Saul, con la voz amortiguada por el pasamontañas-. Yo iré también.

-¿Busca su cuerpo? -preguntó Saul Laski cuando entraron en otra casa derribada.

Gentry se sentó en una pared de ladrillos de un metro de altura. La última luz triste del día era visible a través de los agujeros en el techo.

-Sí -admitió Gentry-. Supongo que sí.

-¿Cree que el asesino controlado por Melanie Fuller la mató y dejó el cuerpo en algún sitio como éste?

Gentry miró el suelo y sacó la Ruger. Estaba cargada. El seguro no estaba puesto. El arma había sido lubricada por la mañana. Suspiró:

-Por lo menos eso sería una confirmación. ¿Por qué iba a mantenerla viva la vieja, Saul?

Saul encontró un bloque de mampostería donde sentarse.

-Uno de los problemas de trabajar con psicópatas es que sus procesos mentales no son muy accesibles. Eso es bueno, me parece. Si todo el mundo comprendiera las acciones de un psicópata, sin duda estaríamos todos más cerca de la locura.

-¿Está seguro de que la Fuller es una psicópata?

Saul abrió los dedos de la mano derecha. Se había levantado el pasamontañas hasta convertirlo en una gorra.

-Según todas las definiciones que tenemos en este momento, está loca. El problema no es que se haya retirado hacia un punto de vista psicopático deformado y retorcido, sino que su poder le permite confirmar y mantener ese mundo. -Saul se ajustó las gafas-. Esencialmente ése era el problema de la Alemania nazi. Una psicosis es como un virus. Puede multiplicarse y extenderse casi a voluntad cuando es aceptada por el organismo que la acoge, y se transmite con facilidad.

-¿Quiere decir que la Alemania nazi hizo lo que hizo a causa de gente como su oberst y Melanie Fuller?

-De ninguna manera -dijo Saul, y su voz era muy firme-. Ni siquiera estoy seguro de si esa gente es verdaderamente humana. Los considero como mutaciones defectuosas, víctimas de una evolución que incluye casi un millón de años de reproducción dirigida a la dominación interpersonal junto con otros rasgos. No son los oberst o las Melanie Fuller, ni siquiera los Barent o Colben, los que crean sociedades fascistas orientadas hacia la violencia.

-¿Quién, entonces?

Saul hizo un gesto hacia la calle que se podía ver a través de los cristales rotos.

-Los miembros de la pandilla piensan que hay docenas de agentes federales implicados en esta operación. Sospecho que Colben es el único que tiene un toque de esta aptitud mutante estrafalaria. Los otros permiten que el virus de la violencia crezca porque sólo «obedecen órdenes», o son parte de una maquinaria social. Los alemanes son buenos para crear y construir máquinas. Los campos de la muerte eran una pieza de una gigantesca máquina de matar.

Gentry se puso de pie y se dirigió a un agujero en la pared trasera.

-Vamos. Podemos registrar el resto de este bloque antes de que anochezca.

Encontraron un pedazo de tejido entre las cenizas y los restos de dos casas que se habían quemado, pero no habían sido derribadas.

-Estoy seguro de que es de la camisa que llevaba el lunes -dijo Gentry. Señaló el fragmento de tejido e iluminó con la linterna para estudiar el lecho de cenizas-. Hay muchas huellas por aquí. Parece que lucharon allí, en el rincón. Este clavo podía haber rasgado la manga de su camisa si la lanzó contra esta pared.

-O si alguien la llevaba al hombro -matizó Saul.

El psiquiatra reposó el brazo izquierdo sobre la mano derecha. Estaba muy pálido.

-Sí. Busquemos señales de sangre o... cualquier otra cosa que pueda sernos útil.

Buscaron durante veinte minutos a la pálida luz del anochecer, pero no había nada más.

Estaban fuera, especulando sobre el camino que el secuestrador de Natalie podría haber seguido entre el laberinto de callejones y edificios vacíos, cuando el chico llamado Taylor

apareció corriendo por la calle haciéndoles señales. Gentry preparó la Ruger y esperó. El chico se paró a tres metros de ellos.

-Eh, Marvin quiere que volváis. Leroy ha cogido a uno de los hijoputas del remolque que nos ha soplado dónde podemos encontrar a la «Dama Vudú».

-Grumblethorpe -dijo Marvin-. Está en Grumblethorpe.

-¿Qué caray es Grumblethorpe? -preguntó Saul.

Gentry y el psiquiatra estaban amontonados en la cocina con más de treinta personas. Más miembros de la pandilla llenaban las habitaciones de abajo. Marvin estaba sentado a la cabecera de la mesa y reía.

-Sí, es eso... ¿Qué caray es Grumblethorpe? Ese tío me pregunta dónde caray es y yo digo, sí, conozco ese lugar.

-Es una vieja casa en la avenida -dijo Leroy-. Fue construida cuando los blancos llevaban aquellos sombreros de tres puntas.

-¿A quién habéis interrogado? -preguntó Saul.

-¿Qué? -dijo Leroy.

-¿A quién habéis agarrado? -tradujo Gentry.

Marvin hizo una mueca.

-Leroy, G.B. y yo hemos ido allá cuando oscurecía. El helicóptero se había largado, tío. Y hemos esperado junto a aquellos lavabos hasta que el tío ha salido. Tenía la cosa a punto de salir. G.B. y yo hemos dejado que se bajara los pantalones antes de decir hola. Leroy ha traído el camión. Le hemos dejado acabar la cosa antes de traerlo.

-¿Dónde está ahora? -preguntó Gentry.

-Aún en el camión del reverendo Woods. ¿Por qué?

-Quiero hablar con él.

-Ajá -dijo Marvin-. Ahora duerme. Dice que es un agente especial, técnico de vídeo. Dice que no sabe nada de nada. Dice que no nos dirá nada y que estamos jodidos por atacar a un puerco federal y todo eso. Leroy y D.B. le han ayudado a soltar la lengua. Jackson dice que se recuperará, pero ahora duerme.

-¿Y esa Fuller está en un lugar llamado Grumblethorpe en la avenida Germantown? -preguntó Gentry-. ¿El agente estaba seguro?

-Sí -contestó Marvin-. La vieja «Dama Vudú» ha estado con otra puta blanca en Queen Lane. Debía haber pensado en eso. Las viejas blancas se unen.

-¿Qué hace en Grumblethorpe?

Marvin se encogió de hombros.

-El poli federal nos ha dicho que esta semana ha estado allí casi siempre. Creo que es de allí de donde viene el monstruo hijoputa.

Gentry se abrió camino entre la multitud hasta quedar cerca de Marvin.

-Muy bien. Sabemos dónde está. Vamos.

-Aún no -dijo Marvin.

Se volvió para decirle algo a Leroy, pero Gentry lo cogió del hombro y le hizo volverse.

-Al diablo con ese «aún no» -dijo Gentry-. Natalie Preston puede estar aún viva allí. Vamos.

Marvin le miró con sus fríos ojos azules.

-Tranquilízate, tío. Cuando lo hagamos, lo haremos bien. Taylor está fuera hablando con Eduardo y sus chicos. G.R. y G.B. están en Grumblethorpe comprobando la cosa. Leila y las chicas estudian la situación de todos los puercos federales.

-Iré solo -dijo Gentry, y se volvió.

-No -dijo Marvin-. Si te acercas a esa casa, todos los federales, te reconocerán y nuestra sorpresa se irá a la mierda. Espera hasta que salgamos todos, tío.

Gentry se volvió. Marvin estaba de pie con el alto sheriff blanco a su lado.

-Tendrás que matarme para impedirme que vaya -dijo Gentry. -Muy bien -dijo Marvin-, lo haré.

La tensión en la habitación era palpable. Alguien enchufó una radio en alguna parte de la casa y, en los pocos segundos antes de cesar, el sonido de la Motown inundó el aire.

-Unas pocas horas, tío -dijo Marvin-. Comprendo tus motivos. Unas pocas horas. Vayamos juntos, tío.

La enorme forma de Gentry se relajó lentamente. Levantó la mano derecha y Marvin la cogió, entrelazando los dedos. -Unas pocas horas -aceptó Gentry.

-De acuerdo, hermano -dijo Marvin, y sonrió.

Gentry estaba sentado a solas en un colchón en el segundo piso vacío, limpiando y lubricando la Ruger por tercera vez ese día. La única luz en la habitación provenía de la lámpara de la mesa de billar con la pantalla rota. Unas manchas oscuras cubrían el tapete verde.

Saul Laski se acercó al círculo de luz, miró alrededor, vacilante, y se acercó hacia donde Gentry estaba sentado.

-¿Cómo va, Saul? -dijo Gentry sin mirar.

-Buenas noches, sheriff.

-Por la manera como hemos estado tanto tiempo juntos, me gustaría que me llamases Rob.

-De acuerdo, Rob.

Gentry volvió a poner el cilindro de la Ruger en su lugar y lo hizo girar. Cuidadosamente, muy concentrado, colocó los cartuchos uno a uno.

Saul dijo:

-Marvin está enviando los primeros grupos. De dos y de tres.

-Bueno.

-Yo he decidido ir con el grupo de Taylor..., al campamento de los federales -dijo Saul-. Lo he sugerido como distracción.

Gentry lo miró rápidamente. -De acuerdo.

-No es que no desee estar allá cuando cojan a la Fuller -dijo Saul-, pero me parece que no comprenden lo peligroso que puede ser Colben.

-Me parece bien -admitió Gentry-. ¿Sabe cuándo será?

-Poco después de medianoche -dijo Saul. Gentry dejó el arma a un lado y se recostó en el colchón. -Es Noche Vieja -dijo-. Feliz Año Nuevo. Saul se quitó las gafas y las limpió con un kleenex.

-Usted debe de conocer a Natalie Preston muy bien, ¿verdad?

-Estuvo en Charleston sólo unos días cuando usted se marchó -dijo Gentry-. Pero, sí, empezaba a conocerla.

-Una chica notable -reflexionó Saul-. Nos hace sentir como si la conociéramos desde hace años. Una joven muy inteligente y sensible.

-Sí -afirmó Gentry.

-Hay una posibilidad de que esté viva -dijo Saul.

Gentry miró el techo. Las sombras le recordaron las manchas en la mesa de billar.

-Saul -dijo-, si está viva, voy a hacerla salir de esta pesadilla.

-Sí -dijo Saul-, creo que lo hará. Si me perdona, voy a dormir una hora o dos antes de que empiece la fiesta.

Fue hasta un colchón próximo a la ventana.

Gentry estuvo mirando el techo durante algún tiempo. Más tarde, cuando lo llamaron, estaba preparado y esperando.

31

Germantown, miércoles 31 de diciembre de 1980

La habitación no tenía ventanas y era muy fría. Era más un armario que un cuarto, un metro ochenta de largo por uno veinte de ancho, con tres paredes de piedra y una gruesa puerta de madera. Natalie había golpeado la puerta hasta que los puños y los pies le dolieron, pero no consiguió nada. Sabía que el roble grueso debía tener bisagras fuertes y cerrojos por fuera.

El frío la mantenía despierta. Al principio el pánico le había venido como un vómito, más urgente y doloroso que los cortes y las heridas en su frente. Recordó inmediatamente cómo estuvo en cuclillas detrás de las vigas quemadas, el olor a cenizas y el miedo mientras la sombra enorme y pesada con la terrible guadaña apuntaba hacia ella en la oscuridad. Recordó que había saltado, lanzando el ladrillo que tenía en la mano e intentando correr cerca de la sombra que se volvió inmediatamente. Unas manos le habían cogido los brazos; ella había gritado, dado puntapiés furiosos. Después vino el golpe pesado en su cabeza y otro golpe contra su frente, la sangre corría hacia su ojo izquierdo y tuvo la sensación de ser levantada y llevada por alguien. Un vislumbre de cielo, nieve, una farola inclinada; después, la oscuridad.

Se había despertado con tanto frío y tanta oscuridad que se preguntó durante varios minutos si se había quedado ciega. Se arrastró desde un nido de mantas en el suelo de piedra y palpó su celda. El techo era demasiado alto para poder tocarlo. Había repisas de metal en una pared, como si antes hubiera habido estanterías. Después de varios minutos Natalie pudo reconocer finas líneas de oscuridad menos intensa en la parte superior e inferior de la puerta; no realmente luz, sino una oscuridad exterior mitigada por lo menos por una sugestión de luz reflejada.

Natalie había encontrado las dos mantas y se agachó temblando en un rincón. Le dolía mucho la cabeza y las náuseas se combinaban con el miedo para mantenerla al borde del mareo. Siempre había admirado el coraje y la calma ante las situaciones difíciles, había aspirado a ser como su padre -tranquilamente competente en situaciones que harían que otros parlotearan inútilmente-, pero en vez de eso se agachó, desesperada, en un rincón, temblando violentamente y rezando a ninguna divinidad en particular para que el monstruo no volviera.

El cuarto estaba frío, pero no con la frialdad helada de la calle; desprendía la humedad fría y regular de una cueva. Natalie no tenía idea de dónde podía estar. Las horas pasaban y estaba a punto de dormirse, aún temblando, cuando apareció una luz bajo la puerta, después se escuchó el sonido de varios cerrojos abriéndose y, finalmente, entró Melanie Fuller.

Natalie estaba segura de que era Melanie Fuller, aunque la inestable luz de la vela que la vieja llevaba le iluminaba la cara desde abajo y mostraba una extraña caricatura de humanidad: mejillas y ojos arrugados, el cuello lleno de tendones, una barbilla como de plastilina, los ojos como canicas mirando desde pozos oscuros, el párpado izquierdo caído, el etéreo pelo blanquiazul revoloteando a partir de un cuero cabelludo moteado como un nimbo de electricidad estática. Detrás de esta aparición, Natalie podía ver la forma delgada del monstruo, con la melena sobre su cara sucia de fango y sangre. Su estropeada dentadura tenía un brillo amarillo a la luz de la vela de la vieja. No llevaba nada en las manos y sus largos dedos blancos se torcían como si una corriente eléctrica le atravesara el cuerpo.

-Buenas noches, querida -dijo Melanie Fuller. Llevaba un camisón largo y una bata gruesa, barata. Sus pies se perdían dentro de mullidas zapatillas rosas.

Natalie se envolvió en la manta y no dijo nada.

-Hace frío aquí, ¿verdad? -preguntó la vieja-. Lo siento. Si es un consuelo, toda la casa está bastante fría. No sé cómo se podía vivir en el Norte antes de la calefacción central. -Sonrió y la vela hizo brillar sus dientes finos, perfectos-. ¿Quiere hablar conmigo un minuto, querida?

Natalie pensó en atacar a la mujer mientras estaba libre para hacerlo, después saltar sobre ella y entrar en la habitación oscura. Vislumbró una larga mesa de madera -ciertamente, una antigüedad--Y paredes de piedra al fondo. Pero entre ella y esa habitación estaba el chico de ojos demoníacos.

-Tú trajiste una foto mía desde Charleston, ¿verdad, querida?

Natalie la miró.

Melanie Fuller meneó la cabeza tristemente.

-No quiero hacerte daño, querida, pero si no me hablas de buena gana, tendré que pedirle a Vincent que te amoneste.

El corazón de Natalie latió al mirar el monstruo avanzar un paso y detenerse.

-¿Dónde conseguiste la foto, querida?

Natalie intentó encontrar suficiente humedad en la boca para poder hablar.

-El señor Hodges.

-¿El señor Hodges te la dio?

El tono de Melanie Fuller era escéptico.

-No. La señora Hodges nos dejó ver sus diapositivas. -¿A quién hay que incluir en «nos», querida?

La vieja sonreía. La luz de la vela iluminaba sus pómulos apretados contra su piel como hojas bajo un pergamino.

Natalie no respondió.

-Creo que ese «nos» os incluye a ti y al sheriff -dijo Melanie Fuller en voz baja-. Pero ¿por qué demonios tú y un policía de Charleston habéis venido a molestar a una vieja que no os ha hecho nada? Natalie sintió que la furia la atravesaba, llenando sus miembros de fuerza, destruyendo la debilidad del terror.

-¡Usted mató a mi padre! -gritó. Su espalda rozó la piedra áspera al intentar levantarse.

La vieja la miró, sorprendida.

-¿Tu padre? Debe de haber un equívoco, querida. Natalie sacudió la cabeza, luchando contra las lágrimas. -Usted usó a su maldito criado para matarlo. Sin motivo.

-¿Mi criado? ¿El señor Thorne? Lo siento pero estás equivocada, querida.

A Natalie le habría gustado escupir sobre aquel monstruo de pelo azul, pero en su boca no había saliva.

-¿Quién más me busca? -preguntó la vieja-. ¿Estáis solos, tú y el sheriff? ¿Cómo me seguisteis hasta aquí?

Natalie forzó una risa que sonó como semillas agitadas en una lata vacía.

-Todos saben que usted está aquí. Lo sabemos todo sobre usted y el viejo nazi y su otra amiga. Usted ya no puede matar a nadie más. No importa lo que me haga, pero está acabada...

Calló porque su corazón latía con tanta fuerza que le dolía el pecho. Por primera vez la vieja pareció alarmada.

-¿Nina? -preguntó-. ¿Nina te ha mandado?

Durante un segundo ese nombre no significó nada para Natalie y después recordó al tercer miembro del trío que Saul Laski había descrito. Recordó la descripción hecha por Rob de los asesinatos en Mansard House. Miró los ojos desmesuradamente abiertos de Melanie Fuller y vio en ellos la locura.

-Sí -dijo Natalie con firmeza, sabiendo que podría ser su fin pero deseando cogerla de alguna manera-. Nina me mandó. Nina sabe dónde estás.

La vieja retrocedió como si le hubieran abofeteado. Su boca se curvó en un rictus de miedo. Cogió la puerta para apoyarse, miró a la cosa que antes se llamaba Vincent, no encontró ayuda allí y jadeó. -Estoy cansada. Hablaremos más tarde. Más tarde. La puerta se cerró, los cerrojos entraron en su lugar. Natalie se agachó en la oscuridad y se estremeció.

El día llegó con finas líneas grisáceas por encima y por debajo de la gruesa puerta. Natalie dormitaba, febril. Le dolía la cabeza. Se despertó con una sensación de urgencia. Tenía que hacer sus necesidades y allí no había lugar para ello, ni siquiera un orinal. Golpeó la puerta y gritó hasta quedarse ronca, pero no hubo respuesta. Por fin encontró una loza suelta en un rincón, la golpeó hasta que salió, y usó el pequeño hueco como letrina. Cuando acabó, se colocó cerca de la puerta con las mantas y se quedó allí sollozando.

Estaba oscuro cuando se despertó sobresaltada. Los cerrojos retrocedían y la puerta se abría. Vincent estaba allí, solo.

Natalie se tambaleó hacia atrás, buscando la loza suelta como arma, pero el chico estaba ya sobre ella, agarrándola por el cabello y poniéndola de pie. Su brazo izquierdo le rodeó la garganta, cortándole la respiración y la voluntad. Natalie cerró los ojos.

El monstruo la sacó brutalmente de la celda y la arrastró y empujó hacia una escalera empinada y estrecha. Antes de ser obligada a subir por ella, Natalie tuvo tiempo de entrever una cocina oscura salida de los tiempos coloniales y una pequeña sala con un calentador de queroseno que brillaba en una pequeña chimenea. Arriba había un pequeñím vestíbulo oscuro. Vincent la empujó hacia una sala muy iluminada.

Natalie quedó sorprendida al mirar. Melanie Fuller estaba acurrucada en posición fetal entre una mezcla de edredones y mantas en una cama plegable baja. La habitación tenía el techo alto, una única ventana con persianas y cortinas, y estaba iluminada por unas tres docenas de velas dispuestas en el suelo, en las mesas, las molduras, los alféizares, la repisa y formando un cuadrado alrededor de la cama de la vieja Aquí y allá recuerdos rotos de niños muertos hacía mucho -una casa de muñecas, una cuna con barras de metal que la hacían parecer la

jaula de un pequeño animal, antiguas muñecas de trapo y un preocupante maniquí de un metro veinte de un niño con el aspecto de haber estado expuesto mucho tiempo a radiaciones: la falta de pelo en varias zonas de su cabeza y la pintura saltada, que hacía aparecer una especie de hematomas subcutáneos.

Melanie Fuller se volvió y la miró.

-¿La oyes? -murmuró.

Natalie giró la cabeza. No había ningún sonido, excepto la respiración pesada de Vincent y los latidos de su propio corazón. No dijo nada.

-Dicen que es casi la hora -silbó la vieja-. He mandado a Anne a casa por si necesitamos el coche.

Natalie miró hacia la escalera. Vincent le impedía la huida. Sus ojos recorrieron la habitación, buscando una posible arma. La cuna de metal era demasiado pesada. El maniquí, demasiado difícil de manejar. Si tuviera un cuchillo, algo afilado, podría saltar contra la garganta de la vieja. ¿Qué haría el monstruo si la «Dama Vudú» muriese? Melanie Fuller parecía muerta; a la vacilante luz, su piel parecía tan azul como su pelo y su párpado izquierdo estaba casi cerrado.

-Dime qué quiere Nina -murmuró Melanie Fuller, Sus ojos se movían de acá para allá, buscando la mirada de Natalie-. Nina, dime lo que quieres. Yo no quería matarte, cariño. ¿Puedes oír las voces, querida? Me han dicho que venías. Y me hablan del fuego y del río. Yo debería vestirme, querida, pero mis ropas están en casa de Anne, y está demasiado lejos. Tengo que descansar un poco. Anne las traerá cuando venga. Anne te gustará, Nina. Si la quieres, te la cedo.

Natalie estaba de pie, jadeando ligeramente, con un extraño terror visceral creciendo en sus entrañas. Podía ser su última oportunidad. ¿Debía hacer un esfuerzo para pasar junto a Vincent, bajar por la escalera y encontrar una salida? ¿O atacar a la vieja? Miró a Melanie Fuller. La mujer olía a edad, polvos infantiles y sudor. En ese momento Natalie supo sin asomo de duda que aquel engendro era responsable de la muerte de su padre. Recordó la última vez que lo había visto, despidiéndola en el aeropuerto dos días después de Acción de Gracias, su olor a jabón y tabaco, sus ojos tristes.

Natalie decidió que Melanie Fuller tenía que morir. Tensó los músculos para saltar.

-¡Estoy harta de tu impertinencia, muchacha! -gritó la vieja-. ¿Qué haces aquí? Ve a tu trabajo. ¡Ya sabes lo que papá les hace a los negros malos!

La vieja cerró los ojos.

Natalie sintió una enorme presión en su cabeza, como el golpe de un hacha. Su cerebro ardía. Giró, cayó hacia delante, intentó recuperar su equilibrio. Se tambaleó alrededor en una danza estática. Chocó contra la pared, chocó de nuevo y cayó contra Vincent. El chico puso sus manos sucias, asquerosas, en sus pechos. Su aliento olía a carroña. Le rasgó la camisa.

-No, no -dijo la vieja desde la cama-. Hacedlo abajo. Llévate el cuerpo a casa cuando te vayas.

La bruja se sentó sobre el codo y miró a Natalie con el ojo abierto, sellado el otro por el párpado caído.

-Me has mentido, querida. No tienes ningún recado de Nina. Natalie abrió la boca para decir algo, para gritar, pero Vincent la cogió por los cabellos y le puso la mano en la cara. La sacó a rastras de

la habitación y la empujó hacia la escalera. Aturdida, intentó arrastrarse, arañando las tablas. Vincent no tenía prisa. Tomó su tiempo para bajar por la escalera, la cogió cuando ella cayó de rodillas y le dio un violento puntapié.

Natalie rodó contra la pared, intentó acurrucarse en un rincón. Vincent la cogió por el pelo con ambas manos y tiró con fuerza.

Ella se levantó y le dio una patada en los testículos. Él le cogió fácilmente el pie y se lo torció. Natalie se giró, pero no con suficiente rapidez; oyó crujir su tobillo como una rama seca y cayó sobre ambas manos y el hombro izquierdo. El dolor le subió por la pierna derecha como un rayo.

Natalie miró hacia atrás justo cuando Vincent sacaba la navaja de su chaqueta del ejército y la abría, mostrando su larga hoja. Intentó arrastrarse, pero él la detuvo, la levantó cogiéndola por la camisa. El tejido se rasgó de nuevo. Natalie continuó arrastrándose por el oscuro vestíbulo, intentando encontrar cualquier tipo de arma. Allí lo único que había eran las frías tablas del suelo.

Rodó de espaldas cuando Vincent avanzó con un ruido de pesadas botas y se sentó sobre ella. Se giró y le mordió a través de sus pantalones inmundos, sintiendo cómo sus dedos se clavaban profundamente en el músculo de su pantorrilla. Él no se inmutó ni hizo ningún ruido La hoja pasó junto a la oreja de Natalie con un aspecto borroso, seccionando el tirante del sostén y dejando una larga línea de dolor en su espalda.

Natalie jadeó, rodó de nuevo sobre su espalda y levantó las manos en un intento fútil de detener el regreso de la hoja. Fuera, empezaron las explosiones.

32

Germantown, miércoles 31 de diciembre de 1980

-El problema es -dijo Tony Harod- que nunca he matado a nadie.

-¿A nadie? -preguntó María Chen.

-A nadie -repitió Harod-. Nunca.

María Chen meneó la cabeza y escanció más champaña en las copas. Estaban desnudos en la larga bañera de la habitación 2010 del Chestnut Hills Inn. Los espejos reflejaban la luz de una única vela perfumada. Harod se recostó y miró a María Chen a través de sus ojos de párpados pesados; las piernas morenas de la chica se extendían entre las fronteras blancas de sus rodillas, tenía los muslos separados, sus tobillos le tocaban las costillas en el agua cubierta de espuma. Las burbujas sólo descubrían la curva superior de su pecho derecho, pero él podía ver el otro pezón, tan dulce y pesado como un fresón en el agua oscura. Admiró la curva de su garganta y la caída de su pelo negro cuando ella lanzó hacia atrás la cabeza para beber de la rebosante copa de champaña.

-Es medianoche -anunció María Chen tras consultar el Rolex de oro de Harod, que estaba sobre la repisa-. Feliz Año Nuevo.

-Feliz Año Nuevo -dijo Harod. Brindaron. Habían estado bebiendo desde las nueve. Fue idea de María Chen tomar un baño-. Nunca he matado a nadie -murmuró-. Nunca fue preciso.

-Parece que ahora tienes que hacerlo -dijo María Chen-. Al marcharse, Joseph ha insistido en que el señor Barent quiere que seas tú quien...

-Lo sé.

Harod se puso de pie y dejó la copa en la repisa. Se secó con una toalla y alargó la mano. María Chen la cogió y se levantó lentamente de entre la espuma. Harod utilizó la toalla suavemente para secarla, pasando ambos brazos a su alrededor por detrás para hacer pasar la espesa felpa por sus pechos. Ella apoyó su peso en un pie y separó ligeramente los muslos mientras él le secaba la entrepierna. Harod dejó caer la toalla, cogió a María Chen en sus brazos y se la llevó hacia la habitación.

Era como la primera vez para Harod. No tenía una mujer como ella desde sus quince años. La piel de María Chen sabía a jabón y a canela. Ella jadeó cuando él la penetró y cuando rodaron sobre las sábanas; María Chen sobre él cuando pararon, aún unidos, aún moviéndose, sus manos y sus bocas acariciándose con ternura. El orgasmo de María Chen fue rápido y poderoso; sus gemidos, suaves. Harod eyaculó unos segundos más tarde, cerrando los ojos y abrazándola como un hombre a punto de caer se agarra al último asidero que puede detener su caída.

Sonó el teléfono, con insistencia.

Harod sacudió la cabeza. María Chen le besó la mano, se deslizó sobre las sábanas para contestar. Le entregó el auricular.

-Harod, tienes que venir inmediatamente -dijo la voz excitada de Colben-. ¡Ha empezado el jaleo!

Colben volvió a la sala de control. Había hombres sentados ante

monitores, tomando notas y cuchicheando en los micrófonos. -¿Dónde demonios está Gallagher? -gritó Colben.

-Todavía no ha aparecido -respondió el técnico del monitor dos. -Joder -dijo Colben-. Comunica al Grupo Verde que deje de

buscarlo. Colócalo en apoyo del Azul-2 cerca de Market.

-Sí, señor.

Colben caminó por el estrecho pasillo y se colocó detrás del último monitor.

-¿Los fantasmas aún están en casa?

-Sí, señor -dijo la chica que lo controlaba. Pulsó un interruptor y la toma cambió de la fachada de la casa de Anne Bishop al callejón trasero. Incluso con las lentes infrarrojas, las figuras próximas al garaje, cincuenta metros al fondo del callejón, eran simples sombras.

Colben contó doce hombres.

-Dame el Dorado-1 -dijo.

-Sí, señor.

La técnica le pasó unos auriculares.

-Peterson, ahora veo una docena. ¿Qué caray pasa? -No lo sé. ¿Quiere que intervengamos?

-Negativo -dijo Colben-. Espera.

-Ocho desconocidos más en Ashmead -dijo el agente en el Monitor Cinco-. Acaban de pasar junto al Grupo Blanco.

Colben se quitó los auriculares. -¿Dónde demonios está Haines?

-Acaba de recoger a Harod y a su secretaria -dijo el hombre del

Monitor Uno-. Llegará dentro de cinco minutos.

Colben encendió un cigarrillo y golpeó amigablemente a la técnica

en el hombro.

-Llama inmediatamente a Hajek y al helicóptero. -Sí, señor.

El agente James Leonard salió del despacho de Colben y le llamó. -El señor Barent en la línea tres. Colben cerró la puerta.

-Colben.

-Feliz Año Nuevo, Charles -dijo la voz de Barent. Por la estática y por el tono ahuecado, a Colben le sonaba como una llamada de

satélite.

-Sí -dijo Colben-. ¿Qué novedades hay?

-He hablado antes con Joseph -explicó Barent-. Está un poco

preocupado por la manera como se está desarrollando la operación. -¿Y qué? -dijo Colben-. Kepler está siempre protestando por

algo. ¿Por qué no se quedó aquí si estaba tan preocupado?

-Joseph nos dijo que tenía otras cosas que hacer en Nueva York

-contestó Barent. Hubo una pequeña pausa-. ¿Hay señales de nuestros amigos?

-¿Te refieres al viejo alemán? -preguntó Colben-. No, desde la

explosión de ayer en el almacén.

-¿Tienes alguna idea de por qué Willi podría sacrificar a uno de

sus hombres para acabar con el doctor Laski? ¿Y por qué ese exceso?

Joseph dijo que hubo que llamar a los bomberos.

-¿Cómo caray puedo saberlo? -respondió Colben-. Mira, ni siquiera tenemos la certeza de que Luhar y el judío estuvieran allá. -Pensaba que tus médicos estaban trabajando en ello, Charles. -Claro que sí. Pero mañana es fiesta. Además, según parece, Luhar y Laski estaban sentados sobre quince kilos de C-4. No quedó gran

cosa para los médicos forenses.

-Comprendo, Charles.

-Mira -dijo Colben-, tengo que irme. Tenemos aquí un problema en marcha.

-¿Qué problema? -preguntó Barent.

-Nada grave. Algunos de esos malditos chicos de la pandilla están

correteando por la zona de seguridad.

-Esto no nos complicará el trabajo matinal, ¿verdad? -preguntó Barent.

-Negativo -dijo Colben-. Tengo a Harod en camino. Si es necesario, podemos acordonar la zona en cinco minutos y ocuparnos de Melanie Fuller antes del momento marcado.

-¿Te parece que el señor Harod está a la altura de esta tarea, Charles?

Colben apagó el cigarrillo y encendió otro.

-A mí no me parece que Harod esté a la altura de limpiarse su propio culo -dijo-. La cuestión es: ¿qué haremos cuando él se encoja?

-Supongo que ya has estudiado las opciones -dijo Barent.

-Sí. Haines está dispuesto a intervenir y hacerse cargo de la vieja. Cuando Harod falle, me gustaría encargarme personalmente de ese cretino de Hollywood.

-Supongo que recomiendas la eliminación.

-Recomiendo que se le meta un cartucho de dinamita en la boca a ese desgraciado y se le haga reventar para esparcir sus sesos por todo Filadelfia -dijo Colben.

Hubo un breve silencio roto sólo por la estática.

-Lo que creas conveniente -dijo finalmente Barent.

-Oh -dijo Colben-, su secretaria china también tendrá que desaparecer.

-Claro -aceptó Barent-. Charles, sólo una cosa más... El agente Leonard se asomó y dijo:

-Haines acaba de llegar con el señor Harod y la chica. Están todos en el helicóptero.

Colben asintió con la cabeza.

-Sí, ¿de qué se trata? Perdón por la interrupción -dijo Colben.

-Mañana va a ser un día muy importante para nosotros -dijo Barent-. Pero no olvides que, en cuanto la vieja sea eliminada, el señor Borden es nuestro principal interés. Debes entrar en contacto para negociar si es posible, pero acaba con él si la situación lo exige. El Island Club confía mucho en tu apreciación de la situación, Charles.

-Sí -dijo Colben-. Lo recordaré. Hablaremos más tarde, ¿de acuerdo?

-Buena suerte, Charles -dijo Barent.

La línea silbó y calló. Colben colgó, cogió el chaleco y una gorra de béisbol y metió su 38 con la funda en el bolsillo delantero del chandal.

Las palas del rotor empezaron a girar más deprisa mientras él corría agachado hacia la puerta abierta del helicóptero.

Saul Laski, Taylor, Jackson y seis miembros más jóvenes del Alma de la Fábrica vieron cómo el helicóptero se elevaba y se alejaba hacia el nordeste. El camión había parado junto a la alta cerca a medio bloque de distancia de la entrada del recinto del control del FBI.

-¿Qué te parece? -le preguntó Taylor a Saul-. ¿Se va tu «Hombre Vudú»?

-Quizá -dijo Saul-. ¿Estamos cerca del solar?

-Muy cerca.

-¿Estás seguro de que puedes hacer funcionar el equipo sin llaves?

Jackson habló:

-Caray, tío. Tres meses en la sección de motores de un batallón de ingeniería en Vietnam antes de acabar. Podría poner en marcha a tu madre.

-Será suficiente con las excavadoras -dijo Saul.

-Eh -dijo Jackson-. Yo las pongo en marcha, pero ¿tú sabes trabajar con ellas?

-Cuatro años construyendo y trabajando en un kibbutz -contestó Saul-. Podría excavar a tu madre.

-Cuidado, tío -dijo Jackson, con una sonrisa ancha-. No empieces a jugar conmigo. Los chicos blancos no tienen la gracia de los buenos insultos.

-En mi grupo cultural -dijo Saul-, tenemos la costumbre de intercambiar insultos con Dios. ¿Qué mejor práctica se puede tener?

Jackson rió y le palmeó la espalda a Saul.

-Corta -dijo Taylor-. Llevamos dos minutos de retraso.

-¿Estás seguro que tu reloj va bien? -preguntó Saul.

Taylor pareció indignado. Alargó la muñeca para mostrar un elegante Lady Elgin completo con adorno de oro y trocitos de diamantes.

-Esto no llega a perder cinco segundos al año -dijo-. Tenemos que empezar.

-Magnífico -exclamó Saul-. ¿Cómo entramos?

-;Catfish! -En respuesta a la llamada de Taylor, uno de los chicos de atrás abrió la puerta, saltó al techo de la furgoneta, saltó hacia la cerca de madera de tres metros y desapareció por el otro lado. Los otros cinco le siguieron. Llevaban mochilas en las que tintineaban botellas.

Saul miró su brazo izquierdo vendado.

-Ve -silbó Taylor, saliendo de la cabina.

-Ese brazo te va a doler -dijo Jackson-. ¿Quieres una inyección o algo por el estilo?

-No -contestó Saul. Siguió a los otros.

-Eso no puede ser legal -dijo Tony Harod. Miraba las farolas, los rascacielos y las autopistas que sobrevolaban a sólo cien metros de altitud.

-Helicóptero de la policía -aclaró Colben-. Permiso especial.

Colben giró el asiento de forma que casi podía asomarse por la ventana que se había abierto a estribor. El aire frío entraba y cortaba a Harod y María Chen como hojas invisibles. Colben tenía un rifle militar Colt calibre 30 en un soporte especial montado en la ventana abierta. El arma parecía pesada, con su gran mira nocturna, un dispositivo de visión láser y una enorme pinza. Colben sonrió y murmuró algo hacia el micrófono de los auriculares. El piloto viró hacia la derecha, dando la vuelta sobre la avenida Germantown.

Harod cogió el asiento acolchado con ambas manos y cerró los ojos. Estaba seguro de que sólo el cinturón le impedía caer por la ventana abierta y precipitarse al vacío.

-Jefe Rojo a Control -llamó Colben-, informe de situación.

-Aquí Control -dijo la voz del agente Leonard-. Grupo Azul informa incursión de cuatro coches con hispanos en el área de seguridad de Chelten y Market. Más grupos no identificados en un callejón al lado del Castillo 1 y Castillo 2. Grupo de quince negros no identificados ha pasado cerca de Grupo Blanco 1 en Ashmead. Cambio.

Colben se giró y sonrió a Harod.

-Creo que es sólo ruido. Lucha de pandillas en Nochevieja. -Pasa de medianoche -aclaró María Chen-. Es Año Nuevo. -Da igual -dijo Colben-. Bien, qué caray. Que luchen mientras no interrumpan nuestra Operación Salida del Sol. ¿Verdad, Harod?

Tony Harod se agarró con fuerza a su asiento y no dijo nada.

El sheriff Gentry jadeaba pesadamente cuando corría para acompañar a los jefes. Marvin y Leroy conducían un grupo de diez miembros de la pandilla por un oscuro laberinto de callejones, patios, solares llenos de chatarra y edificios abandonados. Llegaron a la entrada de un callejón y Marvin hizo una señal para que todos se agacharan. Gentry pudo ver una furgoneta aparcada a sesenta metros, junto a unos cubos de basura y unos garajes derribados.

-Polis federales -murmuró Leroy.

El chico con barba miró el reloj y sonrió. -Un minuto de antelación.

Gentry reposó los brazos en las rodillas y jadeó. Le dolían las costillas. Tenía frío. Deseaba estar en su casa en Charleston, escuchando al cuarteto de Dave Brubeck en el estéreo y leyendo a Bruce Catton. Recostó la cabeza contra el frío ladrillo y pensó en algo que había pasado cuando salían de la Casa Comunitaria, algo que había cambiado su manera de mirar Germantown y el Alma de la Fábrica.

Un chico muy joven -no tenía más de siete u ocho años- había llegado corriendo justo cuando el último grupo estaba a punto de marcharse. El chico se dirigió directamente a Marvin.

-Stevie -le dijo Marvin-, te he dicho que no vinieras aquí.

El niño estaba llorando, se limpiaba las lágrimas con el brazo.

-Mamá dice que vengas a casa, Marvin. Mamá dice que ella y Marita te necesitan en casa y que debes venir.

Marvin había llevado al chico a otra habitación, con un brazo por sus hombros. Gentry le había oído decir:

-... dile a mamá que estaré en casa por la mañana. Marita que se quede y se cuide de todo. ¿Les dirás esto, Stevie?

Aquello había perturbado a Gentry. Hasta entonces la pandilla había formado parte de una pesadilla que él vivía desde hacía cinco días. Germantown y sus habitantes se habían correspondido perfectamente con la secuencia de pesadilla de dolor, oscuridad y acontecimientos aparentemente relacionados que pasaban a su alrededor. Sabía que los

miembros de la pandilla eran jóvenes -Jackson era una excepción-, pero él era un alma perdida, un visitante, un estudiante que volvía a su vieja guarida porque la vida no le había dejado ningún otro sitio adonde ir. Gentry había visto pocos adultos más en las calles frías; los que había visto eran hombres silenciosos; mujeres con aire derrotado, que andaban con prisa; viejos caminando hacia ninguna parte, espiando desde la puerta de las tabernas; los inevitables vagabundos durmiendo en los portales de los almacenes. Sabía que esto no era la auténtica comunidad, que en verano las calles y los pórticos estarían llenos de familias, niños jugando, adolescentes encestando, jóvenes riendo, recostados sobre coches bien lavados. Sabía que aquel vacío de pesadilla era el resultado del frío y de la nueva violencia de las calles y de la presencia de un ejército invasor que se creía invisible, pero con la llegada de Stevie ese conocimiento se había hecho realidad. Gentry se sintió perdido en un lugar extraño, inhóspito, luchando en compañía de niños contra poderosos adversarios.

-Están aquí, tío -murmuró Leroy.

Tres coches repletos rugieron en la calle en la otra punta del callejón. Varios adolescentes salieron, riendo, cantando y gritando en español. Algunos de ellos fueron hasta la furgoneta y empezaron a golpear sus flancos con bates de béisbol y tubos. Las luces del vehículo se encendieron. Dentro, alguien gritó. Tres hombres salieron por la puerta lateral del vehículo; uno de ellos disparó una escopeta al aire.

-¡Venga! -silbó Marvin.

La fila de miembros de la-pandilla corrió veinte metros por el callejón, manteniéndose junto a los garajes y las cercas. Se detuvieron en una zona vacía detrás de un almacén, rodeada por una cerca baja de metal. Se oyeron más disparos desde las proximidades de la furgoneta. Gentry oía los pasos que corrían hacia la avenida Germantown.

-Grumblethorpe -dijo Leroy, y Gentry miró a través de la cerca hacia un pequeño patio, un gran árbol desnudo y la parte trasera de una casa de piedra. Marvin se arrastró junto a él.

-Hay barrotes en las ventanas del primer piso. Una puerta en la parte de atrás. Dos en la fachada. Vamos por los dos lados. ¡Venga!

Marvin, Leroy, G.B., G.R. y otros dos saltaron la cerca como sombras. Gentry intentó seguirlos, se enganchó en un alambre y cayó pesadamente sobre una rodilla en el suelo helado. Sacó la Ruger del bolsillo y corrió para alcanzarlos.

Marvin y G.B. le hicieron señas para que fuera hacia el flanco de la casa. Ambos llevaban escopetas de aire comprimido, y Marvin se había atado un pañuelo rojo alrededor de la frente.

-Vamos por las puertas de la calle.

Había una cerca de madera de un metro veinte entre la casa y la tienda de platos preparados contigua. Los tres esperaron que un tranvía vacío pasara y después Leroy abrió la puerta de un puntapié y él y G.B. entraron impetuosamente, pasando con calma cerca de ventanas rotas en dirección de las dos puertas. Había una barandilla baja a ambos lados de cada puerta, como montantes. Había una puerta cerrada que daba al sótano y se inclinaba casi hasta la acera. Gentry retrocedió y miró la fachada de la vieja casa. No se veía luz en ninguna de las nueve ventanas. La avenida Germantown estaba desierta, excepto por el tranvía que se alejaba dos manzanas hacia el oeste. Las farolas brillantes «anticrimen» lanzaban una luz amarilla sobre las fachadas de los almacenes y las casas de ladrillos. Se percibía el olor a humedad de la noche.

-Vamos -dijo Marvin. G.B. se dirigió a la puerta oeste y le dio un contundente puntapié. El sólido roble no se movió. Marvin asintió con la cabeza y ambos prepararon las escopetas, retrocedieron y dispararon sobre los cerrojos. Volaron algunas astillas y Gentry se volvió, topándose instintivamente los ojos. Los chicos dispararon de nuevo y Gentry miró a tiempo de ver que la puerta oeste se abría. G.B. sonrió a Marvin y levantó el puño en señal de victoria justo cuando un ún punto rojo aparecía en su pecho y se movía hacia su cabeza. G. B. levantó los ojos, se tocó la frente e hizo aparecer el círculo de luz en el dorso de su mano y miró a Marvin con expresión de divertida sorpresa. El sonido del disparo fue mínimo y lejano. El cuerpo de G. B. cayó sobre la puerta de madera y después en la acera.

Gentry tuvo tiempo de ver que la mayor parte de la frente del chico había desaparecido y después corrió, gateando, arrastrándose hacia la puerta del patio lateral. Apenas se dio cuenta de que Marvin había saltado la barandilla y se había dirigido a la puerta abierta. Pequeños puntos

rojos bailaron en la piedra por encima de Gentry, dos disparos lanzaron polvo de piedra en su cara, y él cruzó la puerta, rodando hacia la derecha y chocando contra algo cuando varios disparos atravesaban la cerca y se clavaban en el suelo helado, a su izquierda. Gentry se arrastró a ciegas hacia la parte trasera del patio. Vinieron más disparos de la avenida, pero sin llegar a representar un peligro para él.

Leroy corrió, jadeando, y cayó sobre una rodilla.

-¿Qué cojones es esto?

-Tiros desde el otro lado de la calle -dijo Gentry, sorprendido al comprobar que aún tenía la Ruger-. Desde un segundo piso o desde un tejado. Tienen algún tipo de artefacto de visión nocturna.

-¿Marvin?

-Dentro, me parece. G.B. está muerto.

Leroy se levantó, corrió con su arma y desapareció. Media docena de sombras corrían hacia la fachada de la casa.

Gentry fue hacia el flanco de la casa de piedra y miró el patio trasero. La puerta de atrás estaba abierta y se podía ver una pálida luz en el interior. Entonces una furgoneta paró en el callejón; se abrió una puerta, la luz interior mostró por un instante la silueta de un hombre que se apeaba desde el asiento del conductor y media docena de disparos sonaron desde las zonas oscuras de las proximidades del almacén. El hombre se desplomó en el interior del vehículo y la puerta se cerró. Alguien gritó desde el almacén y Gentry vio sombras que corrían rápidamente hacia el gran árbol. Desde arriba se acercó el rugido de un helicóptero y, repentinamente, un foco de luz intensa iluminó la mayor parte del patio. Un chico que Gentry no conocía por su nombre quedó paralizado como un ciervo ante unos faros y miró el foco con los ojos semicerrados.

Gentry empuñó la Ruger con ambas manos y disparó tres veces hacia el proyector. El foco giraba frenéticamente, iluminando ramas, tejados y la furgoneta, cuando el helicóptero desapareció en la noche.

Se escucharon disparos que provenían de la fachada de la casa. Gentry oyó que alguien gritaba, con un tono débil. Hubo más explosiones y centelleo de armas en las proximidades de la furgoneta en el callejón y Gentry oyó otros coches cerca. Miró la Ruger, decidió que no había tiempo para volver a cargarla y corrió hacia la puerta abierta en la parte trasera de Grumblethorpe.

Saul Laski no conducía una excavadora desde hacía al menos veinte años, pero en cuanto Jackson puso la cosa en marcha, se sentó en el asiento acolchado y presionó el pedal del embrague con el pie izquierdo, intentando encontrar el acelerador y moviendo palancas con ambas manos.

El chico delgado llamado Catfish, que estaba agachado cerca del asiento a su lado, gritó:

-¿Sabes lo que haces?

-¡Naturalmente! -respondió Saul.

Encontró el acelerador, dejó el pedal del embrague, dio demasiada tracción a la oruga derecha y casi atropelló a Jackson, que estaba agachado poniendo en marcha la segunda excavadora a su izquierda. Enderezó la máquina, casi la paró y consiguió ponerla en dirección a los remolques, situados a unos sesenta metros. El escape y el humo negro soplaban en sus caras. Saul miró hacia la derecha y vio a tres de los miembros de la pandilla corriendo junto a la máquina.

-¿No puede ir más deprisa esta cosa? -gritó Catfish.

Saul oyó un fuerte ruido de rozadura y comprendió que aún no había levantado la pala. Lo hizo y la máquina avanzó con mucho más entusiasmo. Hubo un rugido tras ellos cuando la excavadora de Jackson salió del área de la obra.

-¿Qué vas a hacer cuando lleguemos? -gritó Catfish.

-¡Abre bien los ojos! -gritó Saul, y se ajustó las gafas. No tenía la mínima idea de lo que haría. Sabía que en cualquier momento los agentes del FBI saldrían afuera, se colocarían a

ambos lados de la máquina y abrirían fuego. Las lentas excavadoras serían blancos fáciles. Sus posibilidades de llegar hasta los remolques parecían increíblemente remotas. Saul no se sentía tan bien desde hacía décadas.

Malcolm Dupris condujo a ocho miembros del Alma de la Fábrica hasta la casa de Anne Bishop. Marvin estaba razonablemente seguro de que la «Dama Vudú» estaba en el otro lugar -la vieja casa de la avenida-, pero el grupo de Malcolm había sido designado para comprobar la casa de Queen Lane. No tenían radios; Marvin lo había arreglado para que cada grupo tuviera por lo menos dos enanos -miembros de la pandilla auxiliar, entre los ocho y los once años- como mensajeros. No había noticias del grupo de Marvin, pero en cuanto Malcolm oyó los disparos procedentes de la avenida, sacó a la mitad de su grupo del callejón y se dirigió al patio trasero de Anne Bishop. Los otros seis se quedaron atrás, vigilando la furgoneta de la compa de teléfonos aparcada al final del callejón.

Malcolm, Donnie Cowles y el pequeño Jamie -el hermano menor

- ACCO -

de Louis Solarz- fueron delante, abrieron la puerta de la cocina de un puntapié y entraron rápidamente. Malcolm empuñaba la brillante pistola automática de 9 mm que le había comprado a Muhammed por setenta y cinco dólares. Había colocado un cargador con catorce balas. Donnie llevaba una vieja escopeta con un único cartucho del calibre 22 en el cañón.

Jamie había traído sólo su navaja.

La vieja que vivía allí no estaba en casa y no había señales de la «Dama Vudú» o del monstruo hijoputa. Tardaron tres minutos en registrar la pequeña casa y después Malcolm volvió a la cocina mientras Donnie comprobaba el patio delantero.

-Mucha mierda en la cama de arriba -dijo Jamie-, como si alguien estuviera haciendo las maletas a toda prisa.

-Sí -corroboró Malcolm. Hizo un gesto al grupo del patio trasero y Jefferson, su enano mensajero de diez años, se acercó-. Ve a la casa de la avenida y mira qué hace Marvin...

Se oyó el sonido de las puertas del garaje que se abrían y del motor de un coche. Malcolm hizo una señal a los otros, atravesó la puerta trasera y llegó al callejón justo cuando un viejo coche con una reja extraña salía del garaje. El coche no llevaba los faros encendidos y la vieja que ocupaba el asiento del conductor cogía el volante con el aire desesperado de un conductor novato. Malcolm reconoció a la mujer blanca como la señorita Bishop; la había visto por el barrio toda su vida, hasta le había cortado las hierbas del patio cuando era niño.

Cinco de los miembros de la pandilla obstruyeron el camino del coche mientras Malcolm saltó al lado del conductor. La mujer, con aire asustado, miró alrededor y después bajó la ventanilla. Su voz tenía un tono extraño, sonámbulo.

-Tenéis que salir. Tengo que pasar.

Malcolm miró en el coche para asegurarse de que no había nadie más por allí; era sólo la señorita Bishop. Bajó la automática y se acercó más.

-Perdón, pero no puede ir a ningún sitio hasta que...

Las manos de Anne Bishop saltaron, con los dedos ganchudos como garras. Malcolm habría perdido los dos ojos si no hubiese retrocedido instintivamente. De todas formas, las largas uñas de la mujer dejaron ocho rayas en sus mejillas y párpados. Malcolm gritó y el viejo coche avanzó con un rugido, lanzando al pequeño Jefferson al aire y aplastando a Jamie bajo la rueda izquierda.

Malcolm blasfemó, buscó en el suelo su pistola, se afianzó sobre una rodilla cuando la encontró y disparó tres balas al coche antes que alguien le gritara «cuidado». Malcolm se volvió, aún sobre su rodilla. La furgoneta de la compañía de teléfonos que estaba aparcada al final del callejón corría directamente hacia él. Malcolm giró la pistola y, comprendió que haciendo eso estaba perdiendo los pocos segundos de que disponía con un movimiento equivocado. Abrió la boca para gritar.

La furgoneta del FBI iba por lo menos a noventa kilómetros por hora cuando el parachoques delantero golpeó a Malcolm en la cara

-¡Larguémonos de una jodida vez! -gritó Tony Harod cuando, algo tocó el alerón izquierdo del helicóptero con un ruido y un centelleo de chispas. Se mantenían a noventa metros sobre un edificio de tejado plano mientras Colben disparaba su rifle Guerra de las Galaxias, siempre con una amplia y estúpida sonrisa cruzando su rostro. Hajek, el piloto, naturalmente, estaba de acuerdo con Harod, pues tenía el helicóptero inclinado intentando ganar altitud antes de que Colben se volviera para dar una orden. Richard Haines seguía sentado estoicamente en el asiento del copiloto, mirando por la ventana como si estuvieran en una excursión turística nocturna. María Chen estaba a la derecha de Harod con los ojos cerrados con fuerza.

-Jefe Rojo a Control -llamó Colben. Harod y María Chen llevaban auriculares y micrófonos de comunicación interna a causa del rugido del viento, del motor y de los rotores-. ¿Jefe Rojo a Control!

-Aquí Control -dijo una voz de mujer-. Adelante, Jefe Rojo.

-¿Qué coño pasa? Tenemos fantasmas por todo Castillo 2.

-Afirmativo, Jefe Rojo. Grupo Verde confirma contacto con un número desconocido de negros armados intentando asaltar B y E en Castillo 2. Grupos Blanco, Azul, Gris, Plata y Amarillo, todos informan contacto con desconocidos hostiles. El alcalde ha llamado dos veces: Cambio.

-El alcalde -dijo Colben-. Dios. ¿Dónde demonios está Leonard? Cambio.

-El agente Leonard ha salido a investigar un jaleo en la obra., Se lo pasaré en cuanto vuelva, Jefe Rojo. Cambio.

-Maldita sea -dijo Colben-. Voy a poner a Haines en el suelo para supervisar las cosas en Castillo 2. Que los grupos Azul y Blanco acordonen el área desde Market a Ashmead. Diga a Verde y Amarillo que nadie debe entrar o salir de Castillo 2. ¿Entendido?

-Afirmativo, jefe Rojo. Tenemos una... -Se escuchó un fuerte chirrido y se perdió el contacto.

-Mierda -dijo Colben-. ¿Control? ¿Control? Haines, pasa a 2.5 Táctico. ¿Grupo Dorado?, habla jefe Rojo. Peterson, ¿me escuchas?

-Afirmativo, jefe Rojo -llegó una voz de hombre muy tensa.

-¿Dónde demonios estás? Cambio.

-Voy hacia el oeste de Germantown persiguiendo Blanco 2, jefe

Rojo. Cambio.

-¿La Bishop? ¿Dónde demonios...?

-Ah..., necesitamos ayuda, jefe Rojo -dijo la misma voz-. Dos vehículos con hispanos, mmm... Volveremos a entrar en contacto, jefe Rojo. Cambio.

Colben se inclinó hacia delante y le gritó al piloto:

-Baja.

El hombre, de una frialdad admirable, con gorra de béisbol, masticaba chicle.

-No hay espacio. Lo mantengo en triple cero.

-Joder! -dijo Colben-. Desciende en la avenida Germantown si hace falta. Ahora.

El piloto miró hacia la derecha, hizo girar el helicóptero y asintió con la cabeza.

Tony Harod casi gritó cuando la máquina empezó a descender como un ascensor sin cable. Las farolas parecían correr hacia ellos, hubo un vislumbre de algo ardiendo en una manzana a su izquierda, y el helicóptero se posó suavemente en los adoquines y el asfalto del centro de la calle.

Haines salió inmediatamente, corriendo hacia la acera elegantemente agachado.

-¡Arriba! -gritó Colben agitando el pulgar levantado como señal al piloto.

-¡No! -gritó Harod. Hizo una señal a María Chen y ambos hurgaron en los cinturones-. Nosotros también nos apeamos.

-Ni pensarlo -dijo Colben por el interfono.

Harod se quitó los auriculares cuando María Chen sacó la Browning del bolso y la apuntó al pecho de Colben.

-Salimos ahora -gritó Harod.

-Eres hombre muerto, Harod -murmuró Colben.

Tony Harod sacudió la cabeza.

-No puedo oírte -gritó-. Ciao!

Harod saltó por la puerta izquierda y corrió hacia un callejón, en dirección opuesta a Haines. María Chen esperó treinta segundos y después se deslizó hacia la puerta.

-Ambos estáis muertos -dijo Colben, y sonrió. Miró el rifle en la ventana y después se relajó.

María Chen asintió con la cabeza, saltó afuera y corrió.

-Treinta metros -dijo Colben por el micrófono.

El helicóptero evitó los cables y tejados, giró hacia la izquierda y se quedó diez pisos sobre la avenida. Colben cogió el rifle y recorrió los callejones con el visor nocturno. Nada se movía.

-Demasiados obstáculos -murmuró Colben.

El canal táctico llenó sus auriculares de conversaciones urgentes. Oyó la voz de Haines pidiendo respuesta al grupo de tiradores emboscados en Verde 1. Colben meneó la cabeza.

-Regresamos a Castillo 2 -exclamó-. Nos ocuparemos de esta mierda más tarde.

El helicóptero giró y avanzó hacia el este, ganando altitud, hasta perderse en la lejanía.

33

Germantown, jueves 1 de enero de 1981

Natalie Preston estaba de espaldas en el suelo, con ambas manos levantadas para intentar bloquear el cuchillo de Vincent, cuando algo explotó contra la puerta delantera de Grumblethorpe, a seis metros de distancia. Las astillas volaron en el estrecho pasillo. Hubo una segunda explosión y Natalie miró a la izquierda, por la puerta, hacia la pequeña sala y vio que la puerta de la calle estaba hecha pedazos.

En el súbito silencio, la cabeza de Vincent bajó y subió, girando como un robot mal programado. El cuchillo centelleó en su mano derecha. Natalie no se movió, ni siquiera habló o respiró.

Hubo una segunda serie de explosiones, esta vez más lejanas. De repente, una figura oscura se precipitó en la sala, cayendo sobre el sillón de orejas junto a la chimenea. Una escopeta pasó rozando sobre las tablas y chocó contra las patas de una mesa.

Vincent pasó sobre ella y se dirigió a la sala. Natalie vislumbró los ojos grandes, azules, de Marvin Gayle cuando Vincent se levantó y enseguida se puso de rodillas y se dirigió hacia la parte de atrás de la casa. Casi gritó por el dolor del tobillo, pero se mordió el labio hasta que sintió el gusto de la sangre y se quedó callada. Se escucharon más disparos en el exterior y ella oyó ruidos en la sala donde Marvin y el monstruo luchaban. Natalie se puso de pie sobre su pierna izquierda en la entrada de lo que debía de ser la cocina. Tenía ventanas con persianas, una gran chimenea, dos velas encendidas sobre una enorme mesa y una pesada puerta con cerrojo. Había una escopeta contra la pared, junto a la puerta.

Natalie soltó un gemido y se abalanzó sobre el arma. Casi la había cogido cuando hubo tres explosiones en sucesión en la parte exterior de la puerta. La cuarta y quinta explosiones destrozaron la cerradura de hierro y el cerrojo de madera, a Natalie se le clavaron astillas en la pierna y el brazo izquierdos. Dio un salto de lado, apoyó su peso sobre su pie derecho y se dejó caer sobre la mesa, que se desequilibró y cayó con ella al suelo de piedra. Hubo dos detonaciones más que dejaron la puerta visiblemente destrozada. A un metro y medio delante de Natalie, la puerta de la despensa donde había estado encerrada estaba abierta, ofreciendo una cierta protección. Se lanzó hacia delante, tropezando en la oscuridad, justo cuando alguien, con una patada, abría la puerta de la cocina desde el exterior.

Un chico que Natalie reconoció como uno de los gemelos de la pandilla de Marvin entró rápidamente, seguido por otro joven. Ambos llevaban escopetas. Ambos se protegieron detrás de la mesa volcada.

-¡No disparéis! -gritó Natalie-. ¡Soy yo!

-¿Quién? -gritó el gemelo. Se levantó moviendo la escopeta en arcos cortos.

Natalie volvió a la despensa justo cuando Marvin Gayle entraba tambaleándose en la cocina. Sus brazos y el pecho estaban llenos de sangre y arrastraba la culata de su escopeta por el suelo como si estuviera demasiado cansado para levantarla.

-¡Marvin! Joder, tío, ¿cómo has llegado aquí?

El gemelo se levantó y bajó el arma. El otro chico asomó la cabeza detrás de la mesa.

Marvin hizo girar la escopeta y disparó dos veces. El gemelo cayó hacia atrás, sobre la chimenea fría. El segundo chico rodó hacia el rincón, gritó algo, intentó levantarse. Marvin se volvió y disparó con el arma a la altura de la cadera. El chico chocó contra la pared, cayó hacia delante y simplemente desapareció en un agujero oculto entre sombras.

Natalie se dio cuenta de que estaba en cuclillas, aún aguantando en su lugar su sostén roto. Miró por la hendidura de la puerta de la despensa y vio que Marvin caminaba rígidamente hasta la chimenea para inspeccionar el cuerpo del gemelo. Se giró y miró hacia la entrada del túnel, bajó la escopeta hacia el agujero y disparó de nuevo.

Natalie saltó rápidamente por el vestíbulo dejando que el sostén le cayera y sintiendo la piel erizada de miedo en toda la parte superior de su cuerpo. Hubo un tremendo ruido de disparos procedentes del exterior.

«Todo esto es una pesadilla -pensó Natalie-. Tengo que despertarme.» El intenso dolor de su tobillo roto le negó la posibilidad de estar soñando.

Vincent entró en el vestíbulo, con las piernas separadas, y el largo cuchillo en su mano derecha.

Natalie se paró, se agarró a la barandilla para apoyarse. La empinada escalera que conducía al primer piso estaba ante ella.

Vincent dio un paso en su dirección.

Natalie dio un salto hacia la izquierda y gritó cuando su tobillo chocó contra un peldaño. Sollozando, subió por la escalera mientras oía la voz de Rob Gentry llamando desde la cocina.

Saul Laski había propuesto la idea de un asalto al centro de control como un ataque de hostigamiento: causar la mayor confusión posible y largarse. Idealmente no habría bajas, de preferencia no habría disparos. En secreto, esperaba encontrar a Colben o a Haines allí. Ahora, cuando la excavadora recorría los últimos veinte metros que le separaban del remolque, se preguntaba si su teoría tenía algún sentido.

Hubo un choque súbito a su izquierda y flores de llamas brotaron en el aire a unos seis metros cuando Taylor y los otros lanzaron sus cócteles Molotov contra los coches aparcados. El campo fue bruscamente iluminado por las llamas en el momento en que un hombre con camisa blanca y corbata oscura salía de la puerta del remolque principal. Miró las llamas y después las dos excavadoras que avanzaban, gritó algo inaudible y sacó una pistola de una pequeña funda en el cinturón.

Saul estaba a diez metros del remolque. Levantó la pala a modo de escudo y vio que realmente le tapaba la visión. No oyó los disparos por encima del ruido del motor y la súbita explosión de otro cóctel Molotov, pero algo sonó dos veces contra la pala y un ruido más alto vino del radiador. La excavadora no vaciló. Saul levantó la pala unos treinta centímetros y miró a tiempo de ver que el hombre retrocedía hacia el remolque.

-¡Aquí es donde me apeo! -gritó Catfish, y saltó y desapareció en la oscuridad.

Saul pensó saltar también, se encogió de hombros y se cogió al metal para apuntalarse. Hizo subir la pala treinta centímetros más.

Los últimos diez metros hasta el remolque eran en pendiente y la pala de la excavadora entró en el remolque unos dos metros y medio por encima del suelo, justo a la derecha de la puerta. La plataforma de madera de la entrada se astilló y se torció hacia un lado mientras Saul se inclinó, se mordió la lengua y se recostó en el ancho asiento cuando las orugas empezaban la tarea de derribar el gran remolque.

Todo el complejo se estremeció, y volvió a hacerlo cuando la excavadora de Jackson se abalanzó sobre el remolque a unos seis metros a la izquierda de la puerta. La fina capa de aluminio se torció y se resquebrajó. Toda una ventana se -desprendió y fue aplastada por la máquina de Saul. Durante algunos segundos, Saul estuvo seguro de que lograría aplastar el remolque, pero después la pala de acero entró en contacto con metal sólido, ambas excavadoras hicieron un gran esfuerzo y el remolque del centro se separó de los otros dos con un enorme chirrido cuando la larga caja empezó a volcarse.

La puerta principal se abrió a pocos metros del hombro izquierdo de Saul y apareció el torso de un hombre con un revólver en busca de un blanco; después el remolque encontró su centro de gravedad y se derrumbó. El hombre alzó un brazo, hizo dos disparos al aire y desapareció de la vista.

Saul puso la excavadora en punto muerto y saltó afuera. Jackson se alejaba de su máquina y ambos se miraron en un silencio cansado mientras se agachaban detrás del parachoques de uno de los vehículos del FBI.

-¿Y ahora? -preguntó Jackson un minuto después.

Salían hombres de los escombros del remolque volcado. Saul vio que ayudaban a una mujer a salir de un boquete del techo. Estaban aturdidos, sentados en el suelo o moviéndose sin objetivo como víctimas de un accidente de tráfico. Pero algunos habían empuñado sus pistolas.

Saul sabía que era una locura seguir allí. Taylor y los otros no estaban a la vista y Saul supuso que habían vuelto al camión.

-Busco a alguien -dijo.

Esperó hasta que, como hormigas de un hormiguero destruido, el último de los agentes hubo salido del remolque. No se veía a Charles Colben ni a Richard Haines. Sintió la decepción como bilis en su boca.

-Más vale que nos larguemos -murmuró Jackson-. Empiezan a recuperarse.

Saul asintió y siguió al muchacho en la oscuridad.

Leroy vio el cuerpo de G.B. en la curva y vislumbró los centelleos de los disparos desde un tercer piso al otro lado de la calle antes de tener que tirarse y rodar hacia el portal. Las balas atravesaron la cerca de su izquierda. Le pareció que algunos de los hermanos devolvían los disparos desde el flanco occidental de la casa y del fondo de la avenida, pero sabía que sus pistolas y escopetas no podían compararse con los fusiles de los federales. Leroy apretó la cara contra el suelo frío mientras más disparos atravesaban la cerca.

Joder -murmuró.

Había un cuerpo cerca de la pared de piedra, a unos veinticuatro centímetros del brazo derecho de Leroy. Hizo rodar la forma pesada oyendo tintinear botellas en su mochila barata. Había un fuerte olor

de gasolina.

Era Deeter Coleman, un chico muy joven de la parte alta de Germantown y miembro recién incorporado del Alma de la Fábrica. Deeter había salido un par de veces con la hermana de Leroy. Éste sabía que el chico estaba más interesado por el teatro de la escuela y por el ordenador que por la calle, pero durante años le había rogado a Marvin que le diera una oportunidad de entrar en la pandilla. El jefe le había dado una oportunidad sólo una semana antes. La bala le había arrancado la mayor parte de la garganta.

Leroy volvió a poner el cuerpo en el mismo lugar y hurgó las correas de la mochila, sin dejar de murmurar:

-Eres estúpido, Leroy. Un estúpido, tío. Siempre haciendo tonterías.

Abrió las correas, palpó la gasolina de la botella rota que ya le empapaba la espalda y meneó la cabeza. Se metió la pequeña pistola de 25 centímetros en el cinturón y, sin darse tiempo a pensar, abrió la puerta y corrió.

Sonaron dos disparos y algo tiró del talón de su zapato de lona, pero Leroy no se detuvo. Chocó contra una hilera de cubos de basura en la entrada del callejón y después saltó hacia la escalera de emergencia.

-Una idea bastante estúpida para empezar -murmuró mientras subía por ella.

No había ventanas en el tercer piso por el lado del callejón, sólo una puerta metálica y sin pomo exterior cerrada.

-Estúpido, estúpido -murmuró Leroy, y se agachó a la derecha de la puerta.

Palpó los bolsillos de los pantalones y de la chaqueta. No tenía cerillas, ni mechero, nada. Reía en voz alta cuando las tres sombras corrieron hacia el callejón desde la parte trasera del edificio. Desde el lugar donde se encontraba, unos ocho metros arriba, podía ver sus caras y manos blancas cuando le miraron y levantaron las armas.

-No hay adonde ir, tío -murmuró.

Cuando la primera bala chirrió en la reja con un centelleo de chispas, apretó la cara y el estómago contra la pared de ladrillos. La segunda tocó la suela de su zapato de lona derecho, levantando su pierna veinte centímetros. Leroy sintió el súbito entumecimiento y miró el agujero negro de salida en la parte superior de su zapato blanco.

-Mierda -murmuró.

La puerta metálica se abrió y un hombre con un traje oscuro salió a la escalera de emergencia. Llevaba un fusil muy extraño. Leroy le quitó el fusil y le pegó con él en el cuello, haciéndole caer sobre la barandilla. Con su entumecida pierna derecha impidió que la puerta

secerrara. Hubo más disparos desde la calle y Leroy pudo ver caras blancas moviéndose para conseguir ángulo de tiro. El hombre se retorció y farfulló debajo de él, clavó una mano en la cara de Leroy y con la otra tiró de la culata del fusil clavada en su cuello.

Leroy puso su peso y el hombro en acción empujando más al hombre sobre la barandilla.

-¿Tienes una cerilla, tío? -murmuró. Hubo pasos en la sala, detrás de ellos. Leroy metió la mano izquierda en el bolsillo de la americana del agente y encontró un mechero de oro-. Gracias, Dios -dijo en voz alta, y dejó caer al hombre y su fusil al callejón, a unos nueve metros abajo. Entró en la casa justo cuando los disparos empezaron a llegar de nuevo desde la calle.

-¿Has conseguido...? -empezó a decir otro agente con una pistola en la mano.

Otros tres estaban cerca de la ventana, en la que se habían montado extraños fusiles y telescopios en pesados trípodes. Leroy tuvo un vislumbre de sillas plegables, mesas de jugar con comida y latas, y algunas radios junto a la pared.

-¡Quieto! -gritó el agente y apuntó la pistola hacia Leroy.

Las manos del chico se levantaban ya. Su pulgar tocó el mechero.

Sintió el calor de la pequeña llama cerca de su oreja derecha.

-Qué suerte. Ha prendido a la primera -dijo Leroy y dejó caer

el mechero en su mochila llena de botellas de gasolina.

Anne Bishop estaba a media manzana de Grumblethorpe cuando se produjo la explosión. Continuó conduciendo a veintidós kilómetros por hora, con ambas manos en el volante del DeSoto, los ojos fijos en la calzada, sin un parpadeo. Todas las ventanas del tercer piso del edificio situado frente a Grumblethorpe volaron en mil trozos. Los cristales se rompieron y tintinearon al caer como nieve en la avenida Germantown. Treinta segundos después, aparecieron las llamas. Anne Bishop llegó a la curva delante de Grumblethorpe y detuvo el coche. Actuando con los mecánicos reflejos de un tercio de siglo atrás, aparcó cuidadosamente.

Las llamas del edificio incendiado eran ahora mucho más brillantes y lanzaban una incandescencia naranja sobre Grumblethorpe y toda la zona próxima de la avenida. Después se escuchó el traquetéo esparcido de disparos. Cincuenta metros adelante, media docena de figuras de largas piernas corrían cruzando la calle. Al lado de la rueda derecha del DeSoto había un chico caído boca abajo cerca de la curva; Había un pequeño charco negro bajo su cabeza destrozada, que fluía hacia la cuneta.

El edificio en llamas del otro lado de la calle producía un ruido fuerte, crepitante, como si centenares de pesados troncos estuvieran perdiéndose. De vez en cuando explotaban municiones, con un espantoso ruido de maíz convirtiéndose en palomitas. A lo lejos, alguien gritó. Se oyó el quejido de sirenas. Anne Bishop continuaba sentada en su DeSoto de 1953 con los ojos fijos hacia delante, las manos sobre el volante, esperando.

Gentry había atravesado rápidamente la puerta trasera, empuñando la Ruger. Una mesa volcada le ofreció protección y se parapetó tras ella, agachándose pesadamente sobre una rodilla, y miró alrededor.

La vieja cocina estaba iluminada por dos velas, una sobre una repisa y otra en el suelo. El gemelo llamado G.R. estaba muerto, en una enorme chimenea situada dos metros detrás de Gentry; su abrigo de plumas, rasgado desde la garganta a la entrepierna. La cara, el torso y las piernas del cadáver estaban cubiertas de plumas. El resto de la cocina estaba vacío. Una puerta estrecha que daba a la despensa estaba abierta cerca de la entrada del vestíbulo y tapaba la visión.

Gentry apuntó la Ruger a la puerta de la despensa. Oía voces en el vestíbulo que había a continuación. Comprendió que respiraba por la boca, demasiado rápido, acercándose a una hiperventilación. Aguantó aire en sus pulmones durante diez segundos. Hubo una pausa en el traqueteo de disparos fuera y en ese momentáneo silencio oyó un ruido suave en el rincón oscuro a sus espaldas. Se giró sobre la rodilla y miró cuando Marvin Gayle pareció salir del suelo de piedra, levantándose como un hombre que sale de una piscina. Incluso a la débil luz,

Gentry podía ver que la cara del jefe de la pandilla era absolutamente inexpresiva y que sus ojos eran poco más que rayas blancas con una leve sugestión de iris.

-¿Marvin? -dijo Gentry en voz baja al mismo tiempo que el muchacho levantaba una escopeta, la apuntaba a la cabeza de Gentry y apretaba el gatillo.

Hubo un chasquido cuando el percutor cayó.

Gentry levantó la Ruger cuando Marvin recargó la escopeta y disparó de nuevo. Otra vez el percutor cayó sobre la recámara vacía. Gentry había apretado el gatillo con fuerza suficiente para levantar el martillo de la Ruger; lo cogió con el pulgar y lo bajó.

-¡Mierda! -murmuró, y saltó adelante cuando la parodia de Marvin Gayle dejó caer la escopeta y salió de la boca del túnel.

El chico era más bajo y más ligero que Rob Gentry, pero era también más joven y más rápido, y'tenía la energía de un demonio. Gentry no sabía lo que le haría falta para vencerle, qué fuerza tendría que usar, pero no tardó en saberlo. Llegó al rincón donde Marvin aún estaba poniéndose de pie y movió la Ruger en un arco, golpeando al joven en la sien con el largo cañón. Marvin cayó, rodó y quedó inmóvil.

Gentry se puso en cuclillas, le buscó el pulso y levantó los ojos a tiempo de ver al monstruo hijoputa de pie en la puerta de la despensa Gentry disparó dos veces. El primer tiro tocó la piedra donde la aparición había estado un segundo antes, el segundo traspasó la puerta. Se oyeron pasos pesados en el vestíbulo. Desde fuera, llegó el sonido amortiguado de una explosión.

-Natalie -gritó Gentry.

Esperó un segundo, gritó de nuevo.

-¡Aquí, Rob! Cuidado, él es...

La voz de Natalie fue cortada. Sonó como si estuviera al fondo del vestíbulo. Gentry se puso de pie, empujó la mesa a un lado y corrió hacia su voz.

Natalie había subido el tramo de escaleras que sus fuerzas le habían permitido, esperando poder darle un puntapié en la cara a Víncent si no podía hacer otra cosa, cuando comprendió que no estaba sola. Se obligó a dejar de mirar por encima del hombro y levantó los ojos.

Melanie Fuller estaba en lo alto de la escalera. Llevaba un largo camisón de franela, una bata barata de color rosa y mullidas zapatillas rosadas. La luz de las velas de la habitación de los niños iluminaba una cara más allá de los años, con las arrugas mezcladas en pliegues y tendones, un cráneo que intentaba escaparse a una máscara de piel muerta. Su nimbo erizado de pelo azul parecía demasiado ralo, su cuero cabelludo moteado mostrando manchas, como si la quimioterapia o alguna droga hubieran hecho que su cabello cayera en mechones desiguales. El ojo izquierdo de Melanie Fuller estaba cerrado y grotescamente hinchado, su ojo derecho era sólo una órbita amarilla. Sonrió y Natalie vio que la dentadura postiza de la mujer estaba separada de sus encías. Su lengua parecía negra, como sangre seca, a la luz de las velas.

-Qué vergüenza, querida -dijo Melanie Fuller-. Cubre tu desnudez.

Natalie se estremeció y apretó los harapos de su blusa contra los pechos. La voz de la vieja era un estertor sibilante; su aliento llenaba la escalera de un olor de descomposición. Natalie intentó arrastrarse hacia ella, cerrar sus manos sobre ese cuello perlado.

-¡Natalie!

La voz de Rob. Se agarró a los peldaños de madera y le respondió.

Dónde estaba Vincent? Intentaba avisar a Rob cuando Melanie Fuller bajó tres peldaños y le tocó el hombro con una de sus zapatillas.

-Deprisa, querida.

Gentry llegó desde el vestíbulo, empuñando una pistola. Miró a Natalie y sus ojos se abrieron mucho.

-Natalie, Dios mío.

-¡Rob! -gritó ella, usando cada segundo de posesión de su cerebro-. ¡Cuidado! El monstruo está allí...

-Silencio, querida -dijo Melanie Fuller. La vieja inclinó la cabeza a un lado y miró a Gentry con el examen intenso de los locos-. Sé quién eres -murmuró. La dentadura suelta la hacía babear a cada palabra-. Pero no te voté.

Gentry miró el vestíbulo a sus espaldas, la sala y la otra habitación. Avanzó hacia la escalera, se apretó contra la pared y levantó el revólver hasta encañonar el pecho de Melanie Fuller.

La vieja meneó la cabeza lentamente.

El revólver bajó como si fuera empujado por una poderosa fuerza magnética, vaciló, se afirmó, quedó apuntado directamente a la cara de Natalie Preston.

-Sí, ahora -murmuró Melanie Fuller.

El cuerpo de Gentry sufrió un espasmo, con los ojos muy abiertos, y su cara se enrojeció más y más. Su brazo temblaba violentamente, como si todos los nervios de su cuerpo lucharan contra las órdenes de su cerebro. Su mano sujetaba la pistola, su dedo estaba rígido en el gatillo.

-Sí -silbó Melanie Fuller. Su voz sonaba impaciente.

En la cara de Gentry apareció el sudor, que empapó también la parte de la camisa visible a través de la chaqueta abierta. Los tendones se marcaban en su cuello y las venas se hinchaban en sus sienes. Su cara se había transformado en una máscara de esfuerzo y agonía que sólo visita a los que están en trance de realizar algún supremo esfuerzo, una tarea imposible de músculo, mente y voluntad. Su dedo se apretó contra el gatillo, se aflojó, se apretó de nuevo hasta que el martillo del revólver se levantó, cayó hacia atrás.

Natalie no se movió. Miraba aquella máscara de agonía y veía los ojos azules de Rob Gentry, nada más.

-Esto tarda demasiado -murmuró Melanie Fuller.

Se pasó la mano por la frente, como si estuviera cansada.

Gentry cayó hacia atrás como si estuviera en una disputa con titanes y sus adversarios hubieran dejado su punta de la cuerda. Se tambaleó hacia atrás por el vestíbulo y se deslizó contra la pared, dejó caer el revólver en el suelo, jadeando. Natalie vio el júbilo en la cara de Rob durante la fracción de segundo-en que sus ojos se encontraron.

Vincent salió de la sala y agitó el cuchillo dos veces al nivel de su cintura. Gentry jadeó y se rodeó la garganta, con las manos intentando tapar la herida haciendo presión. Durante tres segundos pareció dar resultado, pero después la sangre corrió entre sus dedos, corrió en cantidades inimaginables por sus manos, pecho y torso. Gentry se deslizó de costado por el vestíbulo hasta que su cabeza y su hombro izquierdo tocaron el suelo. Su mirada nunca abandonó la cara de Natalie, y sus ojos se cerraron lentamente, como los de un niño somnoliento dispuesto a hacer la siesta. El cuerpo de Gentry sufrió un espasmo y se relajó en la muerte.

-¡No! -gritó Natalie, y saltó en el mismo instante. Había subido ocho peldaños y ahora los bajó de cabeza, chocando en el último con tanta fuerza con su brazo izquierdo que sintió que algo se rompía en su hombro. Lo ignoró, ignoró el dolor, ignoró la sensación de dedos en su mente como moscas contra el cristal de una ventana, ignoró el segundo impacto cuando rodó sobre la dura madera, las piernas de Rob la parte posterior de las piernas de Vincent.

Natalie no pensaba. Dejó que su cuerpo hiciera lo que tenía que hacer, lo que le había ordenado que hiciera antes de saltar.

Vincent se balanceaba sobre ella, agitando los brazos para equilibrarse después de la colisión. Tenía que girar el torso para dirigir el cuchillo contra ella.

Natalie no paró para pensar mientras rodaba sobre la espalda, dejó que su mano derecha cayera para encontrar el pesado revólver donde sabía que tenía que estar, lo levantó. El tiro entró por la boca abierta de Vincent.

El culatazo hizo que su brazo golpeara contra el suelo; el impacto de la bala levantó a Vincent completamente en el aire, lo hizo chocar contra la pared y, al caer, dejó una gran mancha de goteante sangre.

Melanie Fuller bajó lentamente por la escalera. Sus zapatillas producían un ruido suave al pisar la madera.

Natalie intentó usar el brazo izquierdo para levantarse, pero cayó de costado sobre las piernas de Rob. Bajó el arma y se sentó. Tuvo que limpiarse las lágrimas para apuntar la pistola contra Melanie Fuller.

La vieja estaba a un metro y medio de distancia, dos peldaños por encima de ella. Natalie esperaba que los dedos en su cerebro la cogieran, la detuvieran, pero no pasó nada. Apretó el gatillo una vez, dos veces, una tercera vez.

-Hay que contar siempre los cartuchos, querida -murmuró la vieja. Bajó por la escalera, pasó sobre las piernas de Natalie y se dirigió hacia la puerta.

Se detuvo y miró hacia atrás.

-Adiós, Nina. Volveremos a encontrarnos.

Melanie Fuller echó una última mirada al vestíbulo y a la casa, abrió la astillada puerta, salió a la calle iluminada por las llamas y desapareció.

Natalie dejó caer la pistola y sollozó. Se arrastró hasta Rob, le tiró de los hombros hasta que lo liberó del cadáver de Vincent, que había caído sobre él, y apoyó la cabeza en su pierna. La sangre empapaba sus pantalones, los tablones del suelo, todo. Intentó utilizar los trozos de su blusa rasgada para limpiarle la chaqueta y la camisa, pero desistió.

Cuando Saul Laski y Jackson entraron cinco minutos después, apresurados por las llamas, las sirenas y más tiros fuera, la encontraron con la cabeza de Rob aún sobre su regazo, cantando suavemente y tocándole la frente con dedos suaves.

34

Melanie

No me gustaba nada dejar Grumblethorpe, pero en ese momento no podía hacer otra cosa. El barrio simplemente se había vuelto demasiado revoltoso. Los negros habían escogido Nochevieja para organizar uno de esos disturbios sobre los que había leído tanto. Estas cosas nunca pasaban antes de la llamada «agitación por los derechos civiles» de las últimas dos o tres décadas. Mi padre acostumbraba decir que si les concedes a los negros un centímetro, pedirán un metro y cogerán un kilómetro.

La mensajera de Nina -una muchacha de color que habría sido atractiva si no fuera por el pelo áspero que le daba un aire de negrita de hacienda- casi me había convencido de que Nina no la había enviado. Las voces me lo dijeron. Ese último día y esa última noche en Grumblethorpe fueron imperiosos. Confieso que tenía dificultad para concentrarme en cosas menos importantes mientras intentaba comprender lo que las voces -sin duda de un niño y una niña, con un acento extraño, casi británico- me decían.

Algunas cosas no tenían sentido. Me avisaban sobre el fuego, el puente, el río y el tablero de ajedrez. Me preguntaba si eran acontecimientos de sus vidas, quizá los desastres finales que habían arrebatado sus jóvenes vidas. Pero los avisos sobre Nina eran muy claros.

Al final, los dos emisarios de Nina -traídos desde Charleston no eran más que molestias. No me gustó perder a Vincent pero, hay que ser franco, ya había cumplido su servicio. No recuerdo claramente esos últimos momentos en Grumblethorpe. Recuerdo que tenía un terrible dolor en el lado derecho de mi cabeza. Cuando Anne hacía las maletas, antes de recogerme, le' hice traer una botella de Dristan. Costaba creer que mis senos trabajaran en aquel clima nórdico frío, húmedo, inhóspito.

En cuanto dejé Grumblethorpe, Anne se deslizó en el asiento delantero y abrió la puerta del coche. El edificio del otro lado de la calle ardía, sin duda por obra de los saqueadores negros. Cuando la señora Hodges venía a visitarme y parloteaba sobre las más recientes atrocidades del Norte, raras veces dejaba de hacer notar que las minorías supuestamente pobres, subalimentadas, discriminadas, robaban siempre televisores caros y trajes de lujo a la primera oportunidad. Ella consideraba que los negros ya robaban a los blancos cuando eran siervos y ahora que dependían de la beneficencia continuaban haciéndolo. Era una de las pocas opiniones que yo compartía con esa vieja entrometida.

En el asiento trasero del DeSoto de Anne había tres maletas. Una de las grandes contenía mis ropas; la otra, el dinero y las últimas acciones de Anne, y en-la más pequeña había un poco de ropa y cosas personales de Anne. Mi bolso de paja estaba también allí. En el suelo del asiento trasero estaba la escopeta del calibre 12 que Anne guardaba en su casa.

-Vámonos, querida -dije, y me apoyé contra el asiento.

Anne Bishop conducía como una vieja. Dejamos Grumblethorpe y el edificio en llamas y nos dirigimos lentamente hacia el noroeste por la avenida Germantown. Miré hacia atrás y me di cuenta de que había algún accidente o altercado cerca de donde Queen Lane entra en la avenida. Una furgoneta y dos coches bajos, feos, estaban enredados en el cruce. No se veía policía por ningún lado.

Habíamos pasado las calles Penn y Coulter y nos acercábamos a la calle Church cuando dos furgonetas que parecían comerciales atravesaron la calle e interceptaron nuestro camino. Yo y Anne nos desviamos sobre la acera izquierda y pasamos. Algunos hombres saltaron de los vehículos empuñando armas, pero se distrajeron inmediatamente cuando el hombre al que yo miraba fijamente giró su revólver y empezó a disparar contra sus compañeros.

Todo era absurdo. Si estaban allí para detener saqueadores negros debían hacerlo y dejar en paz a dos señoras blancas.

Llegamos a la calle Market y hasta en la oscuridad pude distinguir el soldado yanqui de bronce en lo alto del pedestal. Anne me había dicho en nuestra primera salida que el granito era de Gettysburg. Pense en el general Lee retrocediendo bajo la lluvia, batido ese día pero vencido,

llevando todo el orgullo de la Confederación intacto desde esa terrible matanza, y me sentí mejor respecto a mi propia retirada provisional.

Luces intermitentes de coches de bomberos, de la policía y de

otros vehículos de emergencia corrían en nuestra dirección por la avenida Germantown. Tras de nosotras, una de las furgonetas y un sedán oscuro aceleraban. Oí un ruido extraño y miré hacia arriba y vi luces rojas y verdes centelleando sobre los tejados.

-A la izquierda -dije. Cuando lo hicimos, estaba tan cerca que podía ver la cara del conductor con su casco en el camión de bomberos. Cerré los ojos y «empujé». El enorme vehículo se atravesó súbitamente en medio de la avenida, rebotó sobre las vías del tranvía y chocó contra la furgoneta, golpeando cerca de la puerta del pasajero. La furgoneta dio varias vueltas de campana y se detuvo boca abajo en el centro de la plaza Market. Vislumbré el sedán oscuro deslizándose para evitar el rojo costado del camión de bomberos que ahora cortaba la calle, pero bajábamos ya School House Lane y nos alejábamos del alboroto.

De todo lo que le había ayudado a hacer a Anne, conseguir que condujera a más de cincuenta por hora había sido lo más difícil. Tenía que concentrar toda mi voluntad para lograr que condujera como yo quería. Finalmente, era a través de sus sentidos que yo veía pasar las calles, oía el sonido de rotores aún arriba y observaba cómo el escaso tráfico que rodaba por las calles se apartaba, despavorido, de nuestro camino. School House Lane era una calle agradable, pero no había sido trazada para un DeSoto de 1953 a ciento veinte kilómetros por hora. Un coche verde derrapó al entrar en la calle para seguirnos. A veces vislumbraba el helicóptero rugiendo sobre los tejados, paralelo a nosotras, a nuestra izquierda o derecha. Hice que Anne frenara en un cruce, después que acelerara, y de repente la ventana trasera se rompió y el cristal estalló hacia dentro. Miré atrás y vi dos agujeros del tamaño de mi puño.

Un negro sin abrigo se tambaleaba por la acera cuando nos acercamos a la avenida Ridge. Empezó a correr cuando el coche verde se acercó y se lanzó delante del vehículo. Por el espejo vi que el coche verde giraba a la derecha, chocaba en la curva a cien kilómetros por hora y hacía una espiral completa en el aire antes de meterse por el escaparate de una hamburguesería Gino's.

Hurgué en la guantera buscando un mapa de Filadelfia mientras controlaba el coche a través de Anne. Buscaba una autopista para salir de esa ciudad de pesadilla y aunque había muchos letreros, flechas y pasos superiores en las proximidades, no sabía qué carretera tomar.

Se oyó un estruendoso zumbido a través de la ventana rota y el gran helicóptero rugió arriba a unos treinta metros a nuestra derecha. En el centelleo de las farolas que pasaban, pude ver al piloto y a un hombre con una gorra de béisbol inclinado sobre nosotras. El hombre tenía una sonrisa demoníaca y algo entre los brazos.

Hice que Anne girase a la derecha, hacia una rampa de entrada. La rueda trasera izquierda del DeSoto patinó en algo blando y durante un segundo me concentré exclusivamente en el volante y el acelerador para intentar evitar que nos estrelláramos.

El helicóptero rugió a nuestra izquierda cuando pasamos un cruce en trébol. Un punto rojo danzó un instante en la ventana de Anne y en su mejilla izquierda. Le hice pisar el acelerador, el viejo coche saltó adelante, el punto desapareció y algo golpeó contra el parachoques trasero izquierdo del coche con un sonido seco.

De repente estábamos en un puente alto sobre un río. Yo no quería estar en un puente, sino en una autopista.

El helicóptero estaba ahora a nuestra derecha, a nuestra altura. Una luz roja brilló en mis ojos durante un segundo y después hice que Anne girara a la izquierda y se pusiera al lado de un microbús Volkswagen para utilizarlo como escudo. El conductor del Volkswagen de repente cayó hacia delante y el coche se desvió hacia el antepecho. El helicóptero se acercó más, consiguiendo de algún modo volar de lado a cien kilómetros por hora.

Salimos del puente. Anne giró a la derecha y nos atravesamos delante de un semirremolque que nos tocó el claxon y salió por delante de un gran letrero en el que se leía «Apartamentos Presidencial». Teníamos cuatro carriles libres ante nosotras y las farolas de vapor de mercurio creaban una luz divina artificial. Hubo un centelleo de luces rojas y verdes

cuando el helicóptero pasó a no más de cinco metros por encima de nuestras cabezas, dio vueltas y revoloteó un centenar de metros delante de nosotras.

Era demasiado luminoso, demasiado simple, demasiado fácil. Era una larga galería de tiro y nosotros éramos los pequeños patos de metal.

Hice que Anne girase a la izquierda bruscamente. Los neumáticos del DeSoto produjeron un terrible chirrido sobre el asfalto y después encontraron tracción, lanzándonos en una estrecha carretera de acceso, no señalada, no más ancha que un camino vecinal.

La carretera iba hacia el sureste bajo una sección elevada de lo que el mapa decía que era la autopista Schuylkill. «Carretera» era un término demasiado generoso. Era poco más que un camino aplanado 'y cubierto con grava. Pilares y apoyos de hormigón pasaban delante de nuestros faros y de las ventanas. El vestido y el jersey de Anne estaban empapados de sudor y su cara tenía una expresión muy extraña. El helicóptero apareció a nuestra izquierda, volando bajo sobre una vía férrea que corría paralela a la autopista. Los pilares corrían entre nosotras y el helicóptero, aumentando la sensación de velocidad. Nuestro viejo velocímetro marcaba ciento cincuenta kilómetros por hora.

Delante de nosotras, la carretera de grava terminaba en un laberinto de cruces en trébol que por arriba formaba centenares de pilares, contrafuertes y tirantes. Era un bosque de acero y hormigón.

Puse especial cuidado en que Anne no bloqueara los frenos, pero debimos patinar a lo largo del equivalente a medio campo de fútbol americano, levantando una nube de polvo que nos cubrió y convirtió los haces de nuestros faros en dos rayos sesgados de luz amarilla. El polvo se dispersó. Nos habíamos detenido a menos de un metro de un pilar del tamaño de una casa pequeña.

El DeSoto se arrastró alrededor, rodó lentamente entre postes y se movió cautelosamente fuera de la zona cubierta por las carreteras que pasaban por encima del cruce hacia el escondite de otro. Habría por lo menos quince carriles de circulación en el cruce de arriba, muchos serpenteando hacia un puente que añadía más troncos al bosque de pilares de piedra y acero.

Rodamos cincuenta metros más, con gran estrépito, en ese laberinto, e hice que Anne se detuviera junto a una isla de hormigón, parara el motor y apagara las luces.

Abrí los ojos. Éramos como ratones violando una extraña catedral. Enormes pilares se levantaban cuatro metros y medio hasta una carretera aquí, veinticuatro metros allá, incluso más alto hasta las bases de tres puentes que atravesaban el río Schuylkill. Todo estaba silencioso, excepto por el zumbido del tráfico muy por encima de nosotras y el silbido, aún más lejano, de algún tren. Conté hasta trescientos antes de atreverme a esperar que el helicóptero nos hubiera perdido y se marchara.

El zumbido, cuando llegó de nuevo, era aterrador.

La infernal máquina flotaba unos nueve metros por debajo de la vía más elevada, el sonido de su motor y sus rotores rugía metiéndose por todas partes, un reflector cortaba la noche. El helicóptero se movía lentamente, los rotores nunca se acercaban a ninguno de los pilares o al terraplén, el fuselaje giraba como la cabeza de un gato vigilante.

El reflector acabó por encontrarnos y clavó sobre nosotras su mirada implacable. En ese momento Anne estaba fuera. Empuñaba torpemente la escopeta, apoyándola sobre el techo del DeSoto.

Yo sabía que era precipitado disparar ahora, que el helicóptero estaba demasiado lejos. El ruido del disparo se añadió al ensordecedor zumbido de las hélices, pero no sirvió para nada.

El culatazo la hizo retroceder dos pasos. El impacto de una bala de alta velocidad envió la escopeta por los aires e hizo caer a Anne. Yo estaba en el suelo cuando el segundo tiro hizo pedazos el parabrisas y llenó el asiento delantero de vidrio hecho trizas.

Anne consiguió levantarse, tambalearse hasta el coche y girar la llave de encendido con la mano. Su brazo derecho estaba inutilizado, casi separado del hombro. El hueso aparecía entre el tejido rasgado.

Condujimos directamente bajo el helicóptero -el ratón desesperado corriendo entre las piernas del sorprendido gato- y después subimos por un camino de grava, que nos alejaba del río y describía una curva hasta un puente oscuro.

El helicóptero vino tras de nosotras, pero los árboles a ambos lados del camino estaban suficientemente inclinados para protegernos mientras no nos detuviéramos. Salimos a una loma con árboles, con los carriles de la autopista del sur a nuestra derecha, la vía férrea y el río a nuestra izquierda. Vi que nuestro camino se desviaba a la izquierda, más al sur de los dos puentes. No teníamos elección; el helicóptero estaba de nuevo detrás de nosotras, los árboles eran demasiado escasos para cubrirnos y no había manera de que el DeSoto pudiera bajar por el terraplén escarpado y con árboles hasta la autopista, varios centenares de metros abajo.

Giramos a la izquierda y aceleramos hacia el puente oscuro. Y nos detuvimos.

Era un puente ferroviario muy viejo. Estaba bordeado por piedra baja y barandas a ambos lados. Carriles herrumbrosos, traviesas de madera y una estrecha vía de cenizas que se prolongaba en la oscuridad unos veinte metros por encima del río.

A unos nueve metros, una gran barricada nos cortaba el camino. No podíamos intentar atravesarla; la vía férrea resultaba demasiado estrecha, demasiado expuesta, demasiado lenta con todas sus traviesas.

No nos paramos más de veinte segundos, pero fue demasiado. Hubo una explosión, nos envolvió una nube de polvo y ramas y yo caí mientras una pesada masa tapaba el cielo. Aparecieron cinco agujeros en el parabrisas, el volante y el salpicadero se rompieron. Anne Bishop se agitó cuando las balas le acertaron en el estómago, el pecho y las mejillas.

Yo abrí la puerta del coche y corrí. Una de mis zapatillas cayó en la maleza del terraplén. Mi bata y el camisón ondulaban en la tempestad de los rotores. El helicóptero pasó con los patines a un metro y medio de mi cabeza y desapareció más allá del borde del terraplén.

Pude caminar, tambaleándome, por las traviesas de madera y alejarme del puente. Entre éste y la luz reflejada de la autopista, podía ver la relativa oscuridad del parque Fairmount. Anne me había dicho que era el mayor parque municipal del mundo, casi mil hectáreas de bosque a lo largo del río. Si pudiera llegar hasta allí...

El helicóptero se levantó por encima de la línea de árboles como una araña subiendo por su telaraña. Se deslizó de lado hacia mí. Por la ventana lateral podía ver un fino rayo rojo cortando el aire polvoriento.

Me volví y caminé de nuevo hacia el puente, hacia el DeSoto. Era exactamente lo que ellos querían que hiciera.

Un sendero escarpado atravesaba la maleza a la derecha, bajando por el terraplén. Me deslicé por allí, resbalé, perdí mi otra zapatilla, y me senté pesadamente sobre el suelo frío y húmedo. El helicóptero rugía arriba, quince metros sobre el río, y lanzó su proyector sobre el margen. Yo tropecé a lo largo del sendero, me deslicé seis metros por la ladera escarpada, sintiendo que la maleza y las ramas me arañaban la piel. El proyector me encontró de nuevo. Me levanté, me protegí los ojos y miré hacia la luz. Si pudiera «usar» el piloto...

Una bala tocó el dobladillo de mi bata.

Caí a gatas y caminé así doce metros a lo largo del declive bajo el puente. El helicóptero descendió y me siguió.

No era Nina la que iba en el helicóptero. Pero entonces, ¿quién? Me oculté detrás de un tronco podrido, sollozando. Dos balas tocaron la madera. Yo intenté acurrucarme. Tenía un terrible dolor de cabeza. Mi bata y mi camisón estaban sucios.

El helicóptero estaba casi a mi altura, a unos nueve o diez metros, casi bajo el puente. Giraba sobre su eje, jugando conmigo como un depredador hambriento a punto de acabar el juego.

Levanté la cabeza, concentré toda mi atención en la máquina y sus pasajeros. A través de la agonía de mi dolor de cabeza, extendí mi voluntad más a fondo que antes.

Nada.

Había dos hombres a bordo. El piloto era un «neutral»..., un agujero en el tejido del pensamiento. El otro era un «usuario»..., no era Willi..., pero era tan obstinado y deseoso de

sangre como Willi. Sin conocerlo, viéndolo, enfrentándolo, yo nunca podría dominar suficientemente su «aptitud» para «usarlo».

Pero él podía matarme.

Intenté arrastrarme hacia delante, hacia el pilar de un arco de piedra, a unos cinco metros. La bala se incrustó en la tierra, a quince centímetros de mi mano.

Intenté retroceder por el estrecho sendero hasta un espeso matorral. Una bala casi me arrancó la planta del pie.

Apreté las mejillas contra el suelo y mi espalda contra el tronco podrido, y cerré los ojos. Una bala atravesó la madera a pocos centímetros de mi columna. Otra cayó con un ruido sordo en el fango, entre mis piernas.

Anne había sido abatida por cuatro balas. Una le había atravesado el estómago y casi le había tocado la columna. Otra le había herido en la tercera costilla, había rebotado y le había destrozado el brazo izquierdo. La tercera le había atravesado el pulmón derecho y se había alojado en el omóplato derecho. La última bala la había herido en la mejilla izquierda, le arrancó la lengua y la mayor parte de los dientes, y salió por la mandíbula derecha.

Para «usarla» tuve que pasar por todo el dolor que ella sintió al morirse. Cualquier amortiguador habría sido suficiente para dejarla separarse de mí, de todo. Pero yo aún no podía dejar que se muriera. Tenía una última tarea para ella.

El encendido continuaba conectado. La transmisión automática estaba en punto muerto. Para ponerlo en marcha, Anne tenía que bajar la cara a través del volante roto y mover el pedal con lo que quedaba de sus dientes.

Su visión desaparecía constantemente. Yo la obligaba a volver por la fuerza de mi voluntad. Fragmentos de hueso de su mandíbula le tapaban el ojo derecho. Daba igual. Levantó los brazos rotos hacia el anillo metálico del claxon y clavó su mano derecha cerrada en el plástico quebrado del volante.

Abrí mi propio ojo. Un punto rojo danzó en la hierba muerta cerca de mí, encontró mi brazo, viajó hacia mi cara. El tronco podrido había sido pulverizado.

Intenté no ver el rayo rojo.

El ruido del DeSoto acelerando y chocando contra la barandilla de arriba podía oírse por encima del ruido del rotor. Miré a tiempo de ver dos faros que se encendían y después se apagaban. Hubo un vislumbre de la parte inferior del coche cuando el DeSoto 1953 cayó casi verticalmente.

El piloto era muy bueno, realmente bueno. En su visión periférica quizá entrevió algo por encima y reaccionó casi al instante. El motor del helicóptero aulló y el fuselaje se lanzó hacia delante en pendiente, aunque se dirigiera al río. El coche que caía sólo rozó la punta de un rotor.

Pero fue suficiente.

El rayo rojo había desaparecido de mi ojo. Hubo un grito casi humano de metal torturado. El helicóptero pareció transferir toda la energía de sus rotores al fuselaje mientras la pequeña cabina giraba en sentido opuesto a las agujas del reloj una vez, tres, cinco veces, antes de chocar contra el arco de piedra del puente del ferrocarril.

No hubo incendio. No hubo explosión. La masa de acero, plexiglás y aluminio cayó silenciosamente aquellos dieciocho metros hasta el agua, a menos de tres metros del lugar donde el DeSoto había desaparecido casi tres segundos antes.

La corriente era muy fuerte. Durante algunos extraños segundos el proyector del helicóptero continuó encendido, mostrando cómo la máquina se hundía más en el agua y era empujada por la corriente a gran velocidad. Después, la luz se apagó y las aguas oscuras se cerraron sobre el helicóptero como una mortaja fangosa.

Tardé un minuto en sentarme, media hora en intentar levantarme.

Todo estaba silencioso, a excepción del leve chapotear del río y los susurros lejanos, constantes, de la autopista, fuera del ángulo de visión.

Pasado algún tiempo me quité las ramas y el polvo del camisón, me abroché el cinturón de la bata y empecé a caminar lentamente por el sendero.

35

Filadelfia, jueves 1 de enero de 1981

Los niños tuvieron permiso para jugar fuera durante una hora antes del desayuno. La mañana era fría pero muy clara; el sol, una esfera naranja luchando por separarse de las numerosas ramas desnudas del bosque. Los tres niños reían, jugaban y tropezaban en el largo declive que daba al bosque y más allá del río. Tara, la mayor, había cumplido los ocho años tres semanas atrás. Allison tenía seis años. Justin, el pelirrojo, cumpliría cinco en abril.

Sus risas y gritos resonaban en la ladera arbolada. Todos miraron cuando una señora mayor salió de entre los árboles y se dirigió lentamente hacia ellos.

-¿Por qué lleva bata aún? -preguntó Allison.

La mujer se detuvo a un metro y medio de ellos y sonrió. Su voz sonaba extraña.

-Oh, hacía una mañana tan bonita que no he tenido ganas de vestirme antes de dar un paseo.

Los niños asintieron con la cabeza, comprendiendo. A menudo también les gustaba jugar fuera en pijama.

-¿Por qué no tiene dientes? -preguntó Justin.

-Calla -dijo Tara rápidamente.

Justin miró al suelo y se puso nervioso.

-¿Dónde vivís? -preguntó la señora.

-Vivimos en el castillo -dijo Allison. Señaló un viejo edificio de piedra gris en lo alto de la colina, en medio del parque. Una estrecha línea de asfalto serpenteaba alrededor de la loma y penetraba en el bosque.

-Mi papá es asistente del superintendente -recitó Tara.

-¿De veras? -preguntó la señora-. ¿Y vuestros padres están en casa ahora?

-Mi papá aún duerme -dijo Allison-. Estuvo con mamá hasta

muy tarde en una fiesta de Nochevieja anoche. Mi mamá está despierta, pero le duele la cabeza y está descansando antes del desayuno. -Vamos a tener tostadas francesas -dijo Justin. -Y a ver Rose Parade -añadió Tara.

La señora sonrió y miró hacia la casa. Sus encías eran muy pálidas. -¿Quiere verme dar una voltereta? -preguntó Justin tirándole de la mano.

-¿Una voltereta? -dijo la señora-. Sí, claro.

Justin se abrió la chaqueta, se puso en cuclillas y rodó torpemente hacia delante, aterrizando sobre la espalda con el ruido sordo de los zapatos de lona golpeando en el suelo.

-¿Le ha gustado?

-¡Bravo! -gritó la señora, y aplaudió. Miró de nuevo hacia la casa. -Me llamo Tara -dijo una de las niñas-. Ella es Allison. Justin es sólo un bebé.

-¡No lo soy! -protestó Justin.

-Sí, lo eres -dijo Tara remilgadamente-. Eres el más pequeño y por eso eres el bebé de la familia. Lo dice mamá.

Justin frunció el ceño, enfurecido, y cogió la mano de la vieja. -Tú eres una señora simpática -dijo.

Ella le acarició distraídamente la cabeza con la mano libre. -¿Tenéis coche? -preguntó la señora.

-Claro -dijo Allison-. Tenemos el Bronco y el Oval azul. -¿Oval azul?

-Ella quiere decir el Volvo azul -explicó Tara meneando la cabeza-. Justin le llama así y ahora mamá y papá también. Creen que es. divertido.

Hizo una mueca.

-¿Hay alguien más en la casa esta mañana? -preguntó la señora. -Ajá -dijo Justin-. Tía Carol tenía que venir, pero fue a otro sitio. Papá dice que mejor, «porque tía Carol es una pelmaza». -¡Cállate! -exclamó Tara, y amenazó con un cachete a Justin. El

niño se ocultó detrás de la señora.

-Apuesto a que os aburrís en el castillo -dijo la vieja-. ¿No tenéis miedo de los ladrones o maleantes?

-No -contestó Allison. Arrojó una piedra hacia la lejana hilera de árboles-. Papá dice que el parque es el lugar mejor y más seguro para los niños.

Justin echó una ojeada alrededor de la bata, mirando la cara de la señora.

-Eh -dijo-, ¿qué tienes en el ojo?

-Me duele la cabeza, querido -explicó ella, e hizo un gesto hacia la frente con sus dedos temblorosos.

-Como a mamá -dijo Tara-. ¿Anoche también fue a una fiesta de Nochevieja?

La señora mostró las encías y miró hacia la casa.

-Asistente del superintendente suena muy importante -dijo.

-Lo es -afirmó Tara.

Los otros dos habían perdido interés por la conversación y jugaban al escondite.

-¿Tu padre tiene algo para proteger el parque de maleantes? -preguntó la señora-. ¿Algo como una pistola?

-Oh, sí, tiene una -dijo Tara alegremente-. Pero no nos deja jugar con ella. La guarda en el armario. Tiene más balas en la caja azul y amarilla en su mesa.

La señora sonrió y asintió con la cabeza.

-¿Quiere oírme cantar? -preguntó Allison, dejando de jugar al escondite con Justin.

-Claro, querida.

Los niños se sentaron con las piernas cruzadas en la hierba. La señora continuó de pie. Detrás de ellos, el anaranjado sol se había liberado de la neblina matinal y de las ramas y flotaba en un cielo frío, azul. Allison estaba sentada muy derecha, cruzó las manos y cantó Hey Jude, de los Beatles, tres versos, cada nota y cada sílaba claras como los cristales de escarcha que reflejaban la rica luz de la mañana. Cuando acabó, sonrió, y los niños guardaron silencio.

Los ojos de la señora se llenaron de lágrimas.

-Creo que ahora me gustaría hablar con vuestros padres -dijo en voz baja.

Allison cogió la mano izquierda de la señora; Justin, la derecha, y Tara abrió camino. Justo cuando había llegado a la entrada de la cocina, la señora se puso la mano en la sien y se volvió.

-¿No entra? -preguntó Tara.

-Quizá más tarde -dijo, con una voz extraña-. De repente he tenido un terrible dolor de cabeza. Quizá mañana

Los niños miraban mientras la señora daba varios pasos vacilantes alejándose de la casa, soltaba un pequeño grito y caía sobre la rosaleda. Corrieron hacia ella y Justin tiró de su hombro. La cara de la vieja estaba gris y retorcida en una terrible mueca. Su ojo izquierdo estaba completamente cerrado, el otro sólo mostraba el blanco. Tenía la boca muy abierta, mostrando las encías sanguinolentas y una lengua blanca hecha un ovillo, como un topo que se metiera en su garganta. La saliva goteaba en su barbilla.

-¿Está muerta? -jadeó Justin.

Tara tenía el puño en la boca.

-No, creo que no. Voy a llamar a papá.

Se volvió y corrió hacia la casa. Allison vaciló un segundo y después siguió a su hermana.

Justin se arrodilló en la rosaleda, puso la cabeza de la inconsciente señora en su regazo y le levantó la mano. Estaba fría como el hielo.

Cuando los otros salieron de la casa, encontraron a Justin arrodillado allí, acariciando levemente su mano y repitiendo:

-No te mueras, señora simpática. Por favor, no te mueras, señora simpática.

LIBRO TERCERO

JUEGO FINAL

Me despierto y siento la caída de la noche, no del día.

Gerard Manlei Hopkins

36

Dothan, Alabama, miércoles 1 de abril de 1981

El Centro Bíblico Mundial, ocho kilómetros al sur de Dothan, Alabama, consistía en veintitrés edificios deslumbrantemente blancos esparcidos por seiscientos cuarenta mil metros cuadrados. El centro del complejo era el enorme Palacio del Culto, de granito y cristal, un anfiteatro lleno de alfombras y cortinas, con aire acondicionado, donde podían sentarse confortablemente seis mil fieles. A lo largo de la curva de ochocientos metros del bulevar de la Fe, cada ladrillo de oro representaba una donación de cinco mil dólares, cada ladrillo de plata una donación de mil dólares y cada ladrillo blanco una donación de quinientos dólares. Viniendo desde el aire, quizás en uno de los tres aviones de reacción Lear del Centro, los visitantes a menudo miraban el bulevar de la Fe y pensaban en una enorme sonrisa blanca acentuada por varios dientes de oro y una hilera de empastes de plata. Cada año la sonrisa se hacía más amplia y más dorada.

Delante del bulevar de la Fe, el Centro de Comunicaciones Bíblico podía ser tomado por una gran fábrica de ordenadores o un laboratorio de investigaciones si no fuera por la presencia de seis enormes antenas de satélite G1'k en el tejado. El centro afirmaba que sus veinticuatro horas diarias de emisiones, retransmitidas por uno o más de tres satélites de comunicaciones a televisiones por cable, compañías de televisión y estaciones terrestres de la Iglesia, llegaban a más de noventa países y a cien millones de telespectadores. El Centro de Comunicaciones contenía también una tipografía computarizada, la cadena de fabricación de discos, estudio de grabación y cuatro ordenadores conectados a la Red Mundial de Información Evangelista.

Precisamente donde la sonrisa blanca, dorada y plateada terminaba, donde el bulevar de la Fe abandonaba el área de alta seguridad y se convertía en la carretera 251, estaban la Facultad Bíblica Jimmy Wayne Sutter y la Escuela de Administración Cristiana Sutter. Ochocientos estudiantes frecuentaban estas dos instituciones no reconocidas oficialmente, seiscientos cincuenta de ellos vivían en el campus en dormitorios rígidamente segregados como el Roy Rogers Oeste, el Dale Evans Este, y el Adam Smith Sur.

Había otros edificios, con columnas de hormigón y fachadas de granito, que parecían una mezcla de iglesias bautistas modernas y mausoleos con ventanas. Contenían los despachos de las legiones de trabajadores encargados de la administración, la seguridad, los transportes, las comunicaciones y las finanzas. El Centro Bíblico Mundial mantenía en secreto sus ingresos y sus gastos, pero era de dominio público que ese complejo Centro, terminado en 1978, había costado más de cuarenta y cinco millones de dólares y se decía que las actuales donaciones correspondían a ingresos que rondaban el millón y medio de dólares a la semana.

Pensando en el rápido desarrollo financiero en los años ochenta, el Centro Bíblico Mundial se estaba preparando para diversificarse en el Centro Comercial Cristiano Dothan, una cadena de moteles de «reposo cristiano» y el parque de atracciones Mundo Bíblico, valorado en ciento sesenta y cinco millones de dólares, que se estaba construyendo en Georgia.

El Centro Bíblico Mundial era una organización religiosa no lucrativa. Iniciativas Fe era la persona jurídica imponible creada para controlar la futura expansión comercial y para coordinar las concesiones. El reverendo Jimmy Wayne era el presidente del Centro y el secretario y único miembro del Consejo de Directores de Iniciativas Fe.

El reverendo Jimmy Wayne Sutter se puso sus gafas bifocales con montura de oro y sonrió mirando la cámara 3.

-Soy sólo un predicador de provincias -dijo-, todas estas cosas financieras y legales son demasiado para mí...

Jimmy -intervino una mujer gorda con gafas de montura de concha y mejillas que se estremecían cuando se excitaba, como ahora--, todo esto..., la investigación de Hacienda, el proceso del FCC.., está tan claramente manipulado por el enemigo...

-... pero yo conozco las persecuciones cuando las veo -continuó Sutter, elevando la voz, sonriendo levemente cuando se dio cuenta,de que la cámara se centraba en él. Vio que las lentes se alargaban cuando la 3 daba un primer plano. El realizador, Tim McIntosh, conocía bien a Sutter, después de ocho años y más de diez mil programas-. Y sí sé

conocer el olor del Diablo cuando lo siento. Y esto huele a trabajo del Diablo. El Diablo desea impedir la propagación de la Palabra de Dios..., el Diablo desea usar al Gobierno para impedir que la Palabra de Jesús llegue hasta aquellos que necesitan Su ayuda, Su perdón y Su salvación...

-Y esta..., esta persecución es tan claramente obra de... -empezó ella.

-Jesús no abandona a sus fieles en un momento de necesidad! -gritó Jimmy Sutter. Ahora estaba de pie y en movimiento, arrastrando el cable del micrófono tras de sí como si pellizcara la cola de Satanás-. Jesús está con nuestro equipo..., Jesús apoya a nuestros jugadores y confunde al Enemigo y a los jugadores del Enemigo...

-¡Amén! -gritó la gorda ex actriz de televisión desde su silla. Jesús le había curado un cáncer de pecho durante una cruzada retransmitida en directo por televisión en Houston hacía un año.

-¡Viva Jesús! -dijo el hombre del bigote desde el sofá. En los últimos dieciséis años había escrito nueve libros sobre el inminente fin del mundo.

-Jesús da la misma importancia a estos... importantes burócratas del Gobierno... -Sutter casi escupió la frase-: ¡que un noble león a la picadura de una pulga!

-Sí, Jesús! -suspiró un famoso cantante que no lograba un éxito desde 1957. Los tres invitados parecían usar la misma marca de brillantina y hacer las compras en la misma sección de Sears de gangas de tejidos de punto.

Sutter se paró, tiró del cable del micrófono y se giró para mirar a la audiencia. El decorado era enorme en términos televisivos, mayor que la mayoría de los escenarios de la Broadway: tres niveles, alfombras rojas y azules, montones de flores blancas, frescas. El nivel superior, usado sobre todo para números musicales, parecía una terraza alfombrada con un fondo de tres ventanas estilo catedral a través de las cuales brillaban una eterna puesta o salida del sol. El nivel intermedio tenía una chimenea crepitante -crepitante incluso en los días que la temperatura de Dothan era de 37 grados a la sombra- y estaba centrada alrededor de un espacio de conversación/entrevista con un sofá y magníficas sillas de imitación, forrados con filigrana dorada, y una mesa Luis XIV detrás de la cual el reverendo Jimmy Wayne Sutter se sentaba normalmente en una silla de espaldar alto, ornamentada de una forma sólo un poco más imponente que el trono de un papa Borgia.

Ahora el reverendo Sutter había saltado al nivel más bajo del escenario, una serie de rampas alfombradas y espacios semicirculares del escenario principal que permitía al realizador tomas de cámaras suspendidas que mostraban a Sutter en el mismo plano que los seiscientos miembros de su audiencia. Este estudio se utilizaba para «La Biblia a la hora del desayuno», un programa diario, y para «El Programa Mundial de la Biblia con Jimmy Wayne Sutter», que ahora se estaba grabando. Los programas que exigían más personal o una audiencia mayor se grababan en el Palacio del Culto o en exteriores.

-Yo soy sólo un modesto predicador de provincias -dijo Sutter, pasando bruscamente a un tono familiar-, pero, con la ayuda de Dios y con vuestra ayuda, superaremos estas pruebas y tribulaciones. Con la ayuda de Dios y con vuestra ayuda, superaremos estos tiempos de persecuciones para que la Palabra de Dios llegue ¡más alta! Y ¡más fuerte! y ¡más clara! que nunca antes.

Sutter se secó la frente sudada con un pañuelo de seda.

-Pero si queremos continuar en el aire, queridos amigos..., si queremos continuar trayéndoos el mensaje del Señor a través de Sus evangelios..., necesitamos vuestra ayuda. Necesitamos vuestras oraciones, necesitamos vuestras cartas de desafío a los burócratas del Gobierno que nos persiguen, y necesitamos vuestras ofrendas... necesitamos lo que podéis dar en nombre de Cristo para ayudarnos a continuar llevando la Palabra de Dios hasta vosotros. Sabemos que no nos abandonaréis. Y mientras estáis respondiendo a esas donaciones..., dirigiendo esos sobres de ofrendas de amor que Kris y Kay y el hermano Lyle os han enviado

este mes..., podemos escuchar a Gail y las Guitarras Evangélicas con nuestros Cantores de la Biblia recordándoos que: «No necesitas entender, sólo su mano coger.»

El director de escena contó desde cuatro con los dedos para señalarle a Sutter con su bastón cuándo tenía que empezar de nuevo después del corte publicitario para recaudar fondos. El reverendo estaba sentado en la mesa; la silla a su lado estaba vacía. El sofá empezaba a estar lleno.

Con un aire relajado y en cierta manera optimista, Sutter sonrió hacia la cámara 2.

-Amigos, hablando del poder del amor de Dios, hablando del poder de la salvación eterna, hablando de la ofrenda de nacer de nuevo en nombre de Jesús... Me alegra mucho presentaros a nuestro siguiente invitado. Durante años nuestro siguiente invitado anduvo perdido en la telaraña del pecado..., durante años esta buena alma vagó lejos de la luz de Cristo en el bosque oscuro del miedo y de la fornicación que es pera a aquellos que no prestan atención a la Palabra de Dios..., pero esta noche estamos aquí para asistir a la infinita compasión y poder de Jesús; a Su infinito amor, que no permite que se pierda nadie que

pueda desear ser salvado... Tenemos entre nosotros al famoso director

y productor de Hollywood... ¡Anthony Harod!

Harod cruzó el gran escenario acompañado por los aplausos entusiásticos de seiscientos cristianos que no tenían la mínima idea de

quién era él. Extendió la mano pero Jimmy Wayne Sutter se puso de pie,

abrazó a Harod y le rogó que se sentase en la silla de los invitados. Harod se sentó y cruzó las piernas, nervioso. El cantante converso le sonrió desde el sofá, el escritor apocalíptico le miró fríamente y la actriz

gorda le dirigió una mueca de simpatía y le sopló un beso. Harod llevaba pantalones vaqueros, sus botas de cowboy de piel de serpiente favoritas, una camisa de seda roja, abierta, y su cinturón R2-D2.

Jimmy Wayne Sutter se acercó más y cruzó las manos. -Bien, Anthony, Anthony, Anthony.

Harod sonrió, inseguro, y echó una ojeada a la audiencia. A causa

de los focos sólo era visible el reflejo de algunas gafas.

-Anthony, has vivido en la ciudad del oropel..., ¿durante cuántos

años?

-Ah..., dieciséis años -dijo Harod, y se aclaró la voz-. Empecé

en 1964..., ah..., tenía diecinueve años. Empecé como guionista.

-Y, Anthony... -Sutter se inclinó hacia delante y su voz conseguía ser al mismo tiempo jovial y conspiratoria-, ¿es cierto lo que

oímos decir... sobre los pecados de Hollywood? No todo Hollywood,

naturalmente, no todo..., Kay y yo tenemos allí algunos amigos que son

buenos cristianos; tú mismo, Anthony... Pero hablando de una manera

general, ¿es tan pecadora la ciudad como dicen?

-Es bastante pecadora -respondió Harod, y descruzó las piernas-. Es..., ah..., es bastante mala.

-¿Divorcios? -preguntó Sutter. -Por todas partes. -¿Drogas?

-Todos las toman. -¿Duras? -Oh, sí.

-¿Cocaína?

-Tan habitual como los caramelos. -¿Heroína?

-Hasta las estrellas viajan, Jimmy.

-¿Personas pronunciando el nombre del Señor en vano? -Constantemente.

-¿Blasfemias? -Están de moda. -¿Culto a Satanás? -Corren rumores.

-¿Culto al «Todopoderoso Dólar»?

-Sin duda.

-¿Y sobre el Séptimo Mandamiento, Anthony? -Uh...

-¿No cometerás adulterio?

-Ah..., completamente ignorado, diría yo...

-¿Has visto esas frenéticas fiestas de Hollywood, Anthony?

-Estuve en bastantes...

-Abuso de drogas, fornicación, adulterio descarado, búsqueda del «Todopoderoso Dólar», culto al Demonio, desafío de los Mandamientos de Dios...

-Sí -dijo Harod-, y eso es sólo una de las fiestas más sosas.

La audiencia produjo un multitudinario sonido entre una tos y un jadeo reprimido.

El reverendo Jimmy Wayne Sutter levantó los dedos.

-Y, Anthony, cuéntanos ahora tu historia, tu descenso y elevación

final desde ese..., ese... pozo forrado de visón.

Harod sonrió levemente, por entre las comisuras de sus labios. -Bien, Jimmy, yo era joven..., impresionable..., deseoso de ser conducido. Confieso que la atracción por ese estilo de vida me llevó por el

camino oscuro durante algún tiempo. Años.

-Y había compensaciones mundanas... -incitó Sutter.

Harod asintió con la cabeza y dio con la cámara con la luz roja en

cendida. Lanzó a las lentes una mirada a la vez sincera y ligeramente

triste.

-Exactamente como has dicho, Jimmy, el Diablo tiene sus medios para tentarte. Dinero..., más dinero del que podía gastar, Jimmy. Coches rápidos. Enormes casas. Mujeres..., bellas mujeres..., estrellas famosas con caras famosas y bellos cuerpos...; me bastaba con coger el teléfono, Jimmy. Había una sensación de falso poder. Había la falsa sensación de posición. Había bebidas y drogas. El camino hacia el Infierno puede pasar directamente por una bañera caliente, Jimmy.

-¡Amén! -gritó la actriz gorda.

Sutter asintió con la cabeza con un aire sincero y preocupado.

-Pero, Anthony, la parte realmente espantosa..., el hecho que tenemos que temer más..., es que se trata de personas que producen películas, el llamado «entretenimiento» para nuestros hijos. ¿No es cierto?

-Exactamente, Jimmy. Y las películas que esas personas hacen están guiadas por una única consideración: obtener beneficios.

Sutter miró a la cámara 2 cuando ésta se abrió para un primer plano. Ahora no había ligereza en su expresión; su mandíbula fuerte, sus cejas oscuras, su largo cabello blanco ondulado podían pertenecer a un profeta del Antiguo Testamento.

-Y lo que nuestros hijos reciben, queridos amigos, es suciedad. Suciedad y basura. Cuando yo era niño..., cuando la mayor parte de nosotros éramos niños..., ahorrábamos nuestras monedas e íbamos al cine... si nos dejaban ir al cine..., íbamos a la primera sesión de los sábados y veíamos dibujos animados... ¿Qué pasó con los dibujos animados, Anthony? Y después de los dibujos veíamos una película de cow-boys.. ¿Se acuerdan de Hoot Gibson? ¿Se acuerdan de Hopalong Cassidy? ¿Se acuerdan de Roy Rogers? Dios le bendiga... Roy estuvo en nuestro programa la semana pasada..., un gran hombre..., un hombre generoso... O quizá veíamos una película de John Wayne. Y volvíamos a casa y sabíamos que los buenos ganaban y que América era una tierra especial..., un país bendito. ¿Se acuerdan de John Wayne en Los luchadores? Y volvíamos con nuestras familias... ¿Se acuerdan de Mickey Rooney en Andy Hardy? Volvíamos con nuestras familias y sabíamos que la familia era importante..., que nuestro país era importante..., que la bondad y el respeto y la autoridad y el amor al prójimo eran importantes..., que el control y la disciplina eran importantes... que ¡Dios ERA IMPORTANTE!

Sutter se quitó las gafas bifocales. En su' frente y en su labio superior brillaba el sudor.

-¿Y qué hacen nuestros hijos ahora? Ven pornografía y ateísmo y suciedad y basura y obscenidades. Ahora vamos a un cine..., a un cine normal, atención, ni siquiera quiero referirme a las películas con clasificación S y X que se extienden por todas partes, como el cáncer; cualquier niño puede entrar, no hay otro límite de edad, pues también eso es hipocresía... La suciedad es la suciedad..., lo que no es adecuado para nuestros chicos de dieciséis años no lo es tampoco para un ciudadano adulto y piadoso..., pero los niños van allí, sí, ¡van! Y ven películas aptas para todos los públicos que les muestran desnudez e impiedad..., palabrota tras palabrota,

impiedad tras impiedad... Las películas destruyen la familia, la hieren de muerte, y destruyen el país, lo infectan con el germen de la corrupción, y destruyen las Leyes de Dios y se mofan del Mundo de Dios, y les dan sexo y violencia y suciedad y excitación. Y vosotros os preguntáis: ¿qué puedo hacer? ¿Qué podemos hacer nosotros? Y yo os digo esto: acercaos a Dios, llenaos con la Palabra, llenaos tanto de Jesucristo que esta basura deje de atraeros..., y haced que vuestros hijos acepten a Jesús en sus corazones, acepten a Jesús como su Salvador, y entonces la suciedad de las películas no los atraerá, esta visión de Hollywood como Gomorra no tendrá atractivo... «Aunque el Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar..., porque llega la hora... en que cuantos están en los sepulcros oirán Su voz y saldrán los que han obrado bien para la resurrección de la vida, y los que han obrado mal... Los que han obrado mal... para la resurrección del juicio», Juan 5, 22-26-28.

La multitud gritó aleluyas.

-¡Jesús! -aulló el cantante.

El escritor apocalíptico cerró los ojos y asintió con la cabeza. La actriz gorda rompió a sollozar.

-Anthony -dijo Sutter en una voz baja que trajo la atención de nuevo hacia él-, ¿has aceptado al Señor?

-Sí, Jimmy. He encontrado al Señor...

-¿Y lo has aceptado como tu Salvador personal?

-Sí, Jimmy. He traído a Jesucristo a mi vida...

-Y le has permitido que te condujera fuera del bosque del miedo y la fornicación..., fuera del falso deslumbramiento de la enfermedad de Hollywood, hacia la luz curativa de la Palabra de Dios...

-Sí, Jimmy. Cristo ha renovado la alegría de mi vida, me ha dado el objetivo para continuar viviendo y trabajando en Su nombre...

-Que el nombre del Señor sea alabado -susurró Sutter, y sonrió beatíficamente. Meneó la cabeza como vencido y se volvió hacia la cámara 3. El director de escena movía los dedos en un círculo urgente-. Y nuestras buenas noticias..., en un futuro próximo, un futuro muy próximo, espero..., Anthony abocará su arte y su talento y competencia a un proyecto muy especial del Centro Bíblico..., ahora no podemos decir mucho más sobre esto, pero podéis estar seguros de que utilizaremos todo el arte maravilloso de Hollywood para llevar la Palabra de Dios a millones de buenos cristianos que tienen sed de entretenimiento familiar sólido.

La audiencia y los otros invitados reaccionaron con entusiásticos aplausos. Sutter se inclinó hacia el micrófono y habló por encima del ruido.

-Mañana, un servicio especial del Centro Bíblico de Música Sacra..., nuestros invitados especiales, Pat Boone, Patsy Dillon, los Cantores de la Buena Nueva, y nuestra Gail y las Guitarras Evangélicas.

Los aplausos aumentaron cuando los apuntadores electrónicos se encendieron. La cámara 3 se acercó para un último primer plano de Sutter. El reverendo sonrió.

-Hasta la próxima vez, recordad Juan 3,16: «Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su Unigénito Hijo para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna.» ¡Adiós! ¡Que Dios os bendiga!

Sutter y Harod dejaron el escenario en cuanto las luces rojas Se apagaron, antes que los aplausos terminaran, y caminaron rápidamente por los corredores con moqueta y aire acondicionado. María Chen Y la mujer del reverendo, Kay, los esperaban en el despacho de Sutter.

-¿Qué te ha parecido, querida? -preguntó Sutter.

Kay Ellen Sutter era alta y delgada, llevaba pesadas capas de maquillaje encima y un peinado que parecía esculpido y fijado desde hacía años.

-Maravilloso, querido. Excelente.

-Tendremos que sacarnos de encima las posibles consecuencias del monólogo de ese cantor idiota que ha empezado a delirar sobre los judíos en el negocio discográfico -dijo Sutter-.

Oh, bien, de todas formas, hay que cortar unos veinte minutos antes de transmitirlo. -Se puso sus bifocales y miró a su mujer-. Y vosotras, señoras, ¿adónde iréis?

-Pensaba mostrarle a María la guardería en el dormitorio de las estudiantes casadas -dijo Kay Sutter.

-¡Magnífico, magnífico! -exclamó el reverendo-. Anthony y yo tenemos una reunión más y después será el momento de acompañarles a la pista de aterrizaje para el salto a Atlanta.

María Chen echó una mirada a Harod, que se encogió de hombros. Las dos mujeres se marcharon; Kay Ellen Sutter parloteaba a gran velocidad.

El despacho del reverendo Jimmy Wayne Sutter era enorme, con moqueta gruesa, y estaba decorado con tonos beige y tierra suaves en contraste con el rojo, blanco y azul que dominaba el complejo. Una de las largas paredes era una ventana curva que daba a un césped y un pequeño bosque bien preservado. Detrás de la gran mesa de Sutter, nueve metros de pared de teca estaban literalmente cubiertos con fotos firmadas de famosos y poderosos, certificados de mérito, premios por servicios, placas y otra documentación sobre la posición y el enorme poder de Jimmy Wayne Sutter.

Harod se dejó caer en la silla y estiró las piernas.

-¡Vaya!

Sutter se quitó la americana, la dejó sobre el respaldo de su silla de cuero de ejecutivo y se sentó, se arremangó y cruzó las manos detrás de la cabeza.

-Bien, Anthony, ¿ha sido la broma que esperabas?

Harod se pasó las manos por su bien peinado pelo.

-Sólo espero que ninguno de mis capitalistas haya visto eso.

Sutter sonrió.

-¿Por qué, Anthony? ¿La asociación con la causa de Dios hace perder puntos en la comunidad cinematográfica?

-Parecer un cretino lo hace -dijo Harod. Miró hacia la pequeña cocina con bar en el extremo de la sala-. ¿Puedo tomar una copa?

-Claro -dijo el reverendo-. ¿Te importa preparártela tú mismo? Ya conoces el camino.

Harod atravesó la sala. Llenó una copa con Smirnoff y hielo y sacó otra botella del armario oculto.

-¿Bourbon?

-Por favor -dijo Sutter. Cuando Harod le entregó su copa, el reverendo dijo-: ¿Estás contento de haber aceptado mi pequeña invitación de hacernos una visita durante algunos días, Anthony? Harod probó su vodka.

-¿Te parece que ha sido acertado mostrarnos en el programa?

-Ellos sabían que estabas aquí -dijo Sutter-. Kepler te vigila y tanto él como el hermano C. me vigilan a mí. Quizá tu testimonio sirva para confundirlos.

-Por lo menos ha servido para confundirme a mí -aseguró Harod, y fue a llenarse la copa de nuevo.

Sutter rió y movió los papeles sobre su mesa.

-Anthony, por favor, no te quedes con la idea de que soy un cínico en lo que respecta a mi ministerio.

Harod se detuvo en el acto de dejar caer cubitos de hielo en su copa y miró a Sutter.

-No me jodas -dijo-. Esta organización es la más cínica trampa para palurdos que he visto en mi vida.

-De ninguna manera -dijo Sutter en voz baja-. Mi ministerio es real. Mi interés por la gente es real. Mi gratitud por la aptitud que Dios me ha concedido es real.

Harod meneó la cabeza.

-Jimmy Wayne, durante dos días me has mostrado esta Disneylandia fundamentalista y todo lo que he visto está destinado a sacar dinero de las carteras de piel auténtica de los retrasados mentales de provincias. Tienes máquinas que separan las cartas con talones de las vacías, tienes ordenadores que leen las cartas y escriben las respuestas, tienes bancos telefónicos controlados por ordenador, campañas por correo que harían que cualquier político entornara los

ojos y servicios religiosos por televisión que hacen que los reestrenos del señor Ed Parezcan programas altamente intelectuales...

-Anthony, Anthony -dijo Sutter, y sacudió la cabeza-, debes mirar más allá de la superficie, hacia las verdades más profundas. Los fieles de mi congregación electrónica son..., en su mayor parte..., simplones, paletos y tontos. Pero eso no hace mi ministerio falso, Anthony.

-¿No?

-De ninguna manera. ¡Yo quiero a esa gente! -Sutter dio un golpe en la mesa con su enorme puño-. Hace cincuenta años yo era un joven evangelista... con siete años y lleno de la Palabra..., de asamblea evangelista en asamblea evangelista con mi padre y mi tía Elly; supe

entonces que Jesús me había dado la «aptitud» por una razón..., y no sólo para ganar dinero. -Sutter cogió un papel y lo miró con sus bifocales-. Anthony, dime quién crees que escribió esto:

Predicadores... «temed el progreso de la ciencia como las brujas temen la aproximación del día y odian el presagio fatal anunciando la subversión de los engaños en que viven».

Sutter miró a Harod por la parte de arriba de sus bifocales.

-Dime quién crees que escribió esto, Anthony.

Harod se encogió de hombros.

-¿H. L. Mencken? ¿Madalay Murray O'Hair?

Sutter sacudió la cabeza.

-Jefferson, Anthony. Thomas Jefferson.

-¿Y?

Sutter le apuntó con un dedo largo, brusco.

-¿No lo ves, Anthony? A pesar de todas las palabras de los evangelistas de que esta nación fue fundada en principios religiosos..., de que es una nación cristiana..., la mayor parte de los fundadores eran como Jefferson..., ateos, intelectuales, «unitarios»...

-¿Y?

-Y el país fue fundado por un grupo de humanistas seculares de mentes retorcidas, Anthony. Es por eso que ya no podemos tener a Dios en nuestras escuelas. Es por eso que matan a un millón de nonatos al día. Es por eso que los comunistas se hacen más fuertes mientras nosotros hablamos de reducción de armamento. Dios me concedió la «aptitud» para que pueda agitar los corazones y las almas de la gente vulgar, para que podamos hacer de este país una nación cristiana, Anthony.

-Y es por eso que quieres mi ayuda a cambio de tu apoyo y protección del Island Club -dijo Harod.

-Tú me rascas la espalda, chico -sonrió Sutter-, y yo te los quito de la tuya.

-Me da la impresión de que aspiras a ser presidente algún día -dijo Harod-. Ayer me parecía que sólo hablábamos de reorganizar un poco el orden jerárquico en el Island Club.

Sutter abrió las manos con las palmas hacia arriba.

-¿Qué hay de malo en tener ambiciones, Anthony? El hermano C. Kepler, Trask y Colben hace décadas que están metidos en política. Conocí al hermano C. hace cuarenta años en una reunión política de predicadores conservadores en Baton Rouge. No hay nada malo en la idea de poner a un buen cristiano en la Casa Blanca para variar.

-Creía que Jimmy Carter era un buen cristiano -insinuó Harod.

-Jimmy Carter era un ingenuo -dijo Sutter-. Un auténtico cristiano habría sabido qué hacer con el ayatollah cuando ese pagano les puso la mano encima a los ciudadanos americanos. La Biblia dice: «Ojo por ojo, diente por diente.» Deberíamos haber dejado a esos bastardos chiítas sin dientes.

-Según el NCPAC, son los cristianos los que acaban de elegir a Reagan -dijo Harod.

Se levantó para servirse más vodka. Las discusiones políticas siempre le aburrían.

-Ni hablar -dijo Jimmy Wayne Sutter-. El hermano C., Kepler y ese otro estúpido, Trask, pusieron a nuestro amigo Ronald donde está. Dolan y los cretinos del NCPAC son prematuros.

El país está girando a la derecha, aunque habrá inversiones transitorias. Pero en 1988 o 1992 el camino estará preparado para un auténtico candidato cristiano.

-¿Tú? -preguntó Harod-. ¿No hay otros esperando antes de ti? Sutter frunció las cejas.

-¿Quién, por ejemplo?

-Como-sea-que-se-llame -respondió Harod-, el tío de la Mayoría Moral. Falwell.

Sutter rió.

-Jerry fue creado por nuestros amigos derechistas de Washington. Es un golem, un judío loco. Cuando sus financiaciones se acaben, todos se darán cuenta de que es un montón de fango con forma de hombre. Y muy poco listo.

-¿Y qué me dices de algunos de aquellos tíos más grandes? -preguntó Harod, intentando recordar los nombres de los curanderos por la fe y encantadores de serpientes que había leído en un cable de Los Ángeles-. Tex Hobart...

-Humbart -corrigió Sutter-, y Oral Roberts, supongo. ¿Has perdido el juicio, Anthony?

-¿Qué quieres decir?

Sutter sacó un habano de un humedecedor y lo encendió.

-Hablamos de gente con el fracaso en las botas -dijo el reverendo Jimmy Wayne Sutter-. Hablamos de los tíos que aparecen en televisión y dicen: «Poned la parte enferma de vuestro cuerpo contra la pantalla del televisor, amigos, y yo la curaré.» ¿Te imaginas, Anthony, todas las almorranas y furúnculos y heridas e infecciones..., y. el hombre que bendice toda esa biología recibiendo dignatarios extranjeros, durmiendo en la cama de Lincoln?

-Causa escalofríos en la mente -dijo Harod, empezando el cuarto vodka-. ¿Y qué tal algunos de los otros? ¿Sabes?, sus competidores.

El reverendo Sutter enlazó las manos de nuevo detrás de la cabeza y sonrió.

-Bien, están Jim y Tammy, pero están metidos todo el tiempo con el FCC..., hace que mis problemas parezcan una pérdida de tiempo. Además, se relevan para tener depresiones nerviosas. No censuro a Jim. Con una mujer como ésa, yo también las tendría. Después está Swaggart, en Luisiana. Es muy listo, Anthony. Pero me parece que lo que realmente quiere es ser una estrella de rock and roll como su primo...

-¿Su primo? -preguntó Harod.

-Jerry Lee Lewis -dijo Sutter-. ¿Y quién más hay? Pat Robertson, claro. Supongo que Pat se presentará en 1984 o 1986. Es formidable. Su red hace que mi pequeño Centro Bíblico parezca una pequeña lata y un rollo de hilos sueltos. Pero Pat tiene inconvenientes. La gente a veces se olvida que es un ministro, y lo mismo hace él...

-Todo eso es muy interesante -dijo Harod-, pero nos apartamos de la razón por la que he venido aquí.

Sutter se quitó las gafas, se quitó el puro de la boca y le miró.

-Has venido aquí, Anthony, porque tu culo inútil está en un apuro y si no consigues ayuda, el club acabará por usarte en uno de sus divertimientos de sobremesa en la isla...

-Eh -protestó Harod-, ahora soy miembro de pleno derecho de la junta de gobierno.

-Sí -dijo Sutter-. Y Trask está muerto. Colben, también. Kepler está parado y el hermano C. quedó muy desconcertado con el fracaso de Filadelfia.

-Con el que yo no tuve nada que ver -aseguró Harod.

-De lo que has conseguido desenredarte -dijo Sutter-. Dios, qué follón. Cinco agentes del FBI y seis de los agentes especiales de Colben muertos. Un sacerdote local asesinado. Incendios, destrucción de propiedad privada y pública...

-Los medios de información aún aceptan la historia de la guerra de pandillas -dijo Harod-. Se acepta que el FBI estaba allí para neutralizar el grupo de terroristas negros...

-Sí, y las repercusiones llegan al despacho del alcalde y más allá..., incluso a Washington. ¿Sabías que Richard Haines ahora trabaja en privado... y discretamente... para el hermano C.?

-¿Y a quién le importa? -dijo Harod.

-A nadie -sonrió Jímmy Wayne Sutter-, pero ¿ves por qué tu entrada a la junta de gobierno llega en un... momento delicado?

-¿Estás seguro de que quieren utilizarme para llegar a Willi? -preguntó Harod.

-Absolutamente.

-¿Y después se desharán de mí?

-Literalmente.

-¿Por qué? -preguntó Harod-. ¿Por qué quieren agarrar a un viejo psicópata asesino como Willi?

-Hay un viejo refrán del desierto que nunca fue incluido en las Escrituras, pero que era bastante antiguo para ser anotado en el Antiguo Testamento -dijo Sutter.

-¿De qué se trata?

-«Vale más tener un camello dentro de la tienda meando hacia fuera que fuera meando hacia dentro» -salmodió Sutter. -Gracias, reverendo -dijo Harod.

-De nada, Anthony. -Sutter miró el reloj-. Más vale que te des prisa si quieres llegar a Atlanta a tiempo para tu vuelo. Harod se tranquilizó.

-¿Sabes por qué Barent ha convocado esta reunión para el sábado?

Sutter hizo un gesto vago.

-Supongo que el hermano C. la ha convocado a causa de los acontecimientos de esta mañana.

-¿El atentado contra Reagan?

-Sí -dijo Sutter-, pero ¿sabías quién estaba con el presidente..., tres pasos atrás..., cuando le dispararon?

Harod levantó las cejas.

-Sí, el mismo hermano C. -dijo Sutter-. Me imagino que tendremos mucho de que hablar.

-¡Dios! -exclamó Harod.

Jimmy Wayne Sutter frunció el ceño.

-No dirás el nombre de Dios en vano en esta sala -dijo-. Ni te
aconsejo que lo hagas en presencia del hermano C.

Harod se dirigió a la puerta y se detuvo antes de abrirla. -Una cosa, Jimmy, ¿por qué llamas a Barent «hermano C»? -Porque a C. Arnold no le molesta que le trate sólo por su nombre -dijo Sutter.

Harod pareció sorprendido.

-¿Lo sabes?

-Claro -dijo Sutter-. Conozco al hermano C. desde los años treinta; cuando éramos poco más que niños. -¿Cuál es su nombre?

-C. Arnold se llama Christian -dijo Sutter con una sonrisa.

-¿Qué?

-Christian -repitió Sutter-. Christian Arnold Barent. Su padre
era creyente, aunque su hijo no lo es.

-Maldito sea -dijo Harod y salió antes de que Sutter pudiese
decir nada.

37

Caesarea, Israel, jueves 2 de abril de 1981

Natalie Preston aterrizó en el aeropuerto David Ben Gurion, cerca de Lod, en el vuelo de El Al procedente de Viena a las 10.30 hora local. La aduana israelí fue tranquila y eficiente, si no cortés.

-Bien venida de nuevo a Israel, señorita Hapshaw -dijo el hombre detrás del mostrador cuando comprobó sus dos bolsos. Era su tercera entrada en Israel con el pasaporte falso y su corazón aún latía mientras esperaba. No la tranquilizaba suficientemente el hecho de que el propio Mosad, la agencia de espionaje de Israel, hubiese falsificado los documentos.

Después de pasar la aduana, tomó el autobús de El Al hacia Tel Aviv y se apeó en la estación de Jaffa Road para ir al puesto de ITS/ Avis de la calle Hamasger. Pagó una semana y dejó un depósito de cuatrocientos dólares por un Opel 1975 verde con frenos que tiraban hacia la izquierda siempre que se detenía.

Era la primera hora de la tarde cuando Natalie dejó los feos suburbios de Tel Aviv y siguió hacia el norte a lo largo de la costa por la carretera de Haifa. Era un día soleado, la temperatura era casi de veinte grados y Natalie se puso las gafas oscuras porque el sol del mediodía se reflejaba desde la autopista y el Mediterráneo. A unos treinta y cinco kilómetros de Tel Aviv, Natalie pasó por un pequeño centro turístico en los acantilados sobre la playa. Algunos quilómetros más adelante vio el letrero de Or Akiva y dejó la autopista de cuatro carriles para rodar por una carretera de asfalto más estrecha que serpenteaba entre dunas de arena hacia la playa. Vislumbró el acueducto romano y las macizas murallas de la Ciudad de los Cruzados, después siguió la vieja carretera costera cerca del hotel Dan Caesarea con su campo de

golf de dieciocho hoyos protegido por una cerca alta y alambre de espino.

Giró hacia el este por una carretera de grava y siguió una señal hacia el kibbutz Ma'agan Mikhael hasta que se cruzó con otro camino más estrecho. El Opel viajó durante unos setecientos metros cuesta arriba entre bosques de algarrobos, contorneando bosques espesos de alfóncigos y algún ocasional pino, antes de detenerse delante de un portal cerrado. Natalie bajó del coche, estiró las piernas y gesticuló hacia la casa blanca en la cumbre de la colina.

Saul Laski bajó para dejarla entrar. Había perdido peso y se había afeitado la barba. Sus delgadas piernas saliendo de sus pantalones cortos y su pecho estrecho, bajo una camiseta blanca, lo hacían parecer una parodia de un prisionero de El puente sobre el río Kwai, y el efecto se acrecentaba con su piel muy bronceada sobre músculos flacos. Su calva era más pronunciada a causa del bronceado, pero el resto de su cabello se había vuelto más gris y había crecido, cayéndole sobre las orejas y la nuca. Había cambiado sus gafas de concha por unas de plata estilo aviador que parecían oscuras al sol brillante. La cicatriz en su brazo izquierdo estaba aún muy roja.

Saul abrió el portal y se abrazaron durante un momento. -¿Todo bien? -preguntó él.

-Muy bien -contestó Natalie-. Simon Wiesenthal te envía saludos.

-¿Está bien de salud?

-Muy bien para un hombre de su edad.

-¿Pudo dirigirte a las fuentes verdaderas?

-Más que eso -dijo Natalie-, se encargó él mismo de la búsqueda. Lo que no tenía en su extraño despacho, hizo que sus investigadores lo trajeran de las varias bibliotecas de Viena, de registros, etcétera.

-Excelente -dijo Saul-. ¿Y las otras cosas?

Natalie hizo un gesto hacia su gran maleta en el asiento trasero. -Llena de fotocopias. Es un material terrible, Saul. ¿Aún vas al

Yad Vashen dos veces a la semana?

-No -respondió Saul-. Hay un sitio no lejos de aquí, LohameHaGeta'ot, construido por polacos.

-¿Y es como Yad Vashem?

-En una escala más pequeña -dijo Saul-. Llegaré si tengo los nombres y las historias. Entra, cerraré el portal y vendré contigo.

Había una casa blanca muy grande en lo alto de la colina. Natalie siguió la carretera hasta el lado sur de la colina, donde había un pequeño chalé blanqueado al borde de un naranjo. La vista era magnífica. Al oeste, más allá de las arboledas y los campos cultivados, había dunas de arena y ruinas y las olas del azul Mediterráneo. Al sur, reluciendo en el deslumbramiento caliente de la lejanía, estaban los acantilados poblados de árboles de Neganya. Al este había una serie de colinas y el valle Sharon que olía a naranjas. Al norte, más allá de los castillos de los templarios, de fortalezas ya viejas en el tiempo de Salomón y de la loma verde del Monte Carmelo, yacía Haifa con sus calles estrechas de piedra lavada por la lluvia. Natalie estaba contenta de haber vuelto.

Saul mantuvo la puerta abierta mientras ella entraba con su maleta. El chalé estaba exactamente como ella lo había dejado ocho días antes; la pequeña cocina y el comedor combinados en un cuarto largo con chimenea: una sencilla mesa de madera y tres sillas, otro par de sillas cerca de la chimenea, pequeñas ventanas que dejaban entrar el sol contra las paredes blanqueadas; y dos dormitorios. Natalie llevó su equipaje a su habitación y los puso sobre la enorme cama. Saul había puesto flores frescas en el florero blanco de la mesilla de noche.

Preparaba café cuando ella salió.

-¿Buen viaje? -preguntó él-. ¿Sin problemas?

-Sin problemas -dijo Natalie.

Puso algunos expedientes sobre la madera áspera de la mesa.

-Sarah Hapshaw consigue ver todos los lugares que Natalie Preston nunca vio.

Saul asintió con la cabeza y puso un tazón blanco de café delante de ella.

-¿Algún problema aquí? -preguntó Natalie.

-Nada -aseguró Saul-. No esperaba nada.

Ella puso azúcar de un tazón azul y removió su café con una cucharilla. Se notaba cansada. Saul se sentó delante de ella y le dio una palmadita en la mano. Aunque su cara flaca estaba llena de planos y líneas, ella pensó que parecía más joven que cuando llevaba barba. Tres meses antes.

Siglos antes.

-Más noticias de Jack -dijo-. ¿Te gustaría dar un paseo?

Ella miró el café.

-Llévalo contigo -dijo Saul-. Iremos hasta el hipódromo.

Se levantó y fue un segundo a su dormitorio. Cuando volvió llevaba una camisa holgada caqui con los faldones fuera. No escondía del todo la protuberancia de la automática del 45 en el cinturón de sus pantalones cortos.

Fueron hacia el oeste, bajando por la colina, pasando junto a las cercas y naranjales hasta donde las dunas de arena llegaban a los caropos cultivados y los terrenos privados de los chalés. Saul pasó por encima de una duna hacia la superficie de un acueducto que se levantaba unos siete metros encima de la arena y se extendía varios kilómetros hacia el grupo de ruinas y nuevos edificios cerca del mar. Un joven con una camisa blanca vino corriendo hacia ellos, gritando y gesticulando, pero Saul le habló en voz baja en hebreo y el hombre asintió con la cabeza y se marchó. Saul y Natalie siguieron a lo largo de la superficie áspera del acueducto.

-¿Qué le has dicho? -preguntó Natalie.

-Que conocía el trío de Frova, Avi-Yona y Negev -contestó

Saul-. Han estado excavando por aquí desde los años cincuenta. -¿Es todo?

-Sí -dijo Saul. Se paró y miró alrededor. El Mediterráneo estaba a la derecha; un derroche de nuevos edificios bajos reflejaban el sol de la tarde más de un kilómetro adelante.

-Cuando me hablaste de tu casa aquí, me imaginé que sería una choza en el desierto -dijo Natalie.

-Es lo que era cuando vine después de la guerra -aseguró Saul-. Primero construimos y aumentamos los kibbutzim Gaash, Kfar Vitkin y Ma'agan Mikhael. Después de la guerra de la Independencia, David y Rebecca construyeron su granja aquí...

-¡Es una mansión! -dijo Natalie.

Saul sonrió y se bebió el resto del café.

-La casa del barón de Rothschild sí que es una mansión. Ahora es
el hotel Dan Caesarea, de cinco estrellas, allí abajo.

-Adoro las ruinas -dijo Natalie-. El acueducto, el teatro, la
Ciudad de los Cruzados, es todo tan... antiguo. Saul asintió con la cabeza.

-En Estados Unidos echaba de menos la sensación de superposición de las edades.

Natalie se quitó el bolso de bandolera rojo que llevaba y puso los tazones de café vacíos dentro, envolviéndolos cuidadosamente en una servilleta.

-Yo echo de menos Estados Unidos -dijo. Se frotó las rodillas y miró sobre la extensión de arena que saltaba contra el acueducto amarillo de piedra como un mar tostado e inmóvil-. Creo que la echo de menos -dijo-. Aquellos últimos días fueron una pesadilla...

Saul no dijo nada. Estuvieron sentados en silencio durante varios relajados minutos.
Natalie habló primero.
-Me pregunto quién estuvo en los funerales de Rob.
Saul la miró, sus gafas polarizadas reflejaban la luz.
-Jack Cohen escribió diciendo que el sheriff Gentry fue enterrado en un cementerio de Charleston con la asistencia de miembros
de varias agencias locales y fuerzas de la policía.
-Sí -dijo Natalie-, pero me refiero a personas allegadas. ¿Había
algunos familiares? ¿Su amigo Daryl Meeks? ¿Alguien que le hubiese...,
que le hubiese querido?
Saul le pasó su pañuelo.
-Habría sido una locura que fueras allá -dijo en voz baja-. Te habrían reconocido. Además, no estabas en condiciones de ir. Los médicos del Hospital de Jerusalén dijeron que tu tobillo estaba muy mal. -Saul le sonrió y aceptó de nuevo su pañuelo-. Hoy casi no he notado cojera.
-No -dijo Natalie-, estoy mucho mejor. -Le devolvió la sonrisa-. Muy bien, ¿quién empieza?
-Tú, me parece -dijo Saul-. Jack tenía algunas noticias muy interesantes pero antes quiero saber cosas de Viena.
Natalie asintió con la cabeza.
-Los registros de los hoteles confirmaron que estuvieron allí... la señorita Melanie Fuller y Nina Hawkins..., que era el nombre de soltera de Nina Drayton... Hotel Imperial... 1925, 1926, 1927. Hotel Metropole en 1933, 1934, 1935. Podrían haber estado allí otros años, en otros hoteles que perdieron sus registros a causa de la guerra o por otros motivos. El señor Wiesenthal aún investiga.
-¿Y Von Borchert? -preguntó Saul.

-No hay registros de hotel -dijo Natalie-, pero Wiesenthal confirmó que Wilhelm von Borchert alquiló un pequeño chalé en Perchtoldsdorf, a las afueras de la ciudad, entre 1922 y 1939. Fue demolido después de la guerra.

-¿Y sobre... los otros? -preguntó Saul-. Crímenes.

-Asesinatos -dijo Natalie-. El habitual surtido de crímenes callejeros, asesinatos políticos, crímenes pasionales, etcétera. En el verano de 1925, tres asesinatos extraños, inexplicables. Dos hombres importantes y una mujer, una destacada mujer de la alta sociedad vienesa, asesinados por conocidos. En todos los casos los asesinos no tenían motivos, ni coartadas, ni excusas. Los periódicos los denominaron «locura de verano», porque todos los asesinos juraron que no recordaban sus actos. Los tres fueron considerados culpables. Un hombre fue ejecutado, otro se suicidó y el tercero, una mujer, fue enviada a un asilo donde se ahogó en un estanque con peces una semana después de ser internada.

-Parece que nuestros jóvenes vampiros de la mente empezaban su juego -suspiró Saul-. Probando el gusto de la sangre.

-El señor Wiesenthal no entendía las conexiones con nuestra historia -dijo Natalie-, pero continuó investigando para nosotros. Siete asesinatos inexplicables durante el verano de 1926. Once entre junio y agosto de 1927..., pero ése fue el año del putsch fracasado; hubo ochenta obreros muertos en una manifestación descontrolada. Las autoridades de Viena tenían otras cosas de que preocuparse, la muerte de algunos ciudadanos de las clases bajas no era un asunto de primer orden.

-Así, nuestro trío cambió sus blancos -dijo Saul-. Quizá la muerte de miembros de su círculo social pusiera sobre ellos demasiada presión.

-En el invierno o verano de 1928 no encontramos noticias de crímenes que pudieran encajar -dijo Natalie-, pero en 1929 hubo siete desapariciones misteriosas en la estación balnearia austríaca de Bad Ischl. La prensa de Viena habló del «Hombre lobo de Zauner» porque todas las personas desaparecidas, algunas de ellas figuras muy importantes de Viena o Berlín, habían sido vistas por última vez en el elegante Café Zauner, en la Explanada.

-Pero ¿no se pudo confirmar que nuestro joven alemán ni sus dos compañeras americanas estuvieran allí? -preguntó Saul.

-Aún no -contestó Natalie-. Pero el señor Wiesenthal dice que había muchos chalés privados y hoteles en la zona que ya no existen.

Saul asintió con la cabeza, satisfecho. Ambos miraron arriba cuando una formación de cinco F-16 israelíes rugieron sobre el Mediterráneo, dirigiéndose hacia el sur.

-No es un mal comienzo -dijo Saul-. Necesitaremos más detalles, pero no es un mal comienzo.

Permanecieron callados algunos minutos. El sol bajaba por el suroeste, lanzando las complejas sombras del acueducto más allá de las dunas. Por fin, Saul prosiguió:

-Herodes el Grande, un sicofanta servil, empezó esta ciudad el año 22 antes de Cristo y se la dedicó a César Augusto. Era un centro de poder en el año 6 de nuestra era, con su teatro, su hipódromo y sus acueductos, todo muy blanco. Durante una década, Poncio Pilato fue prefecto aquí.

Natalie frunció el ceño.

-Me contaste todo eso cuando vinimos aquí en febrero -dijo.

-Sí -admitió Saul-. Mira. -Señaló las dunas que lamían los arcos de piedra-. La mayor parte de esto ha estado enterrado durante los últimos mil quinientos años. El acueducto donde estamos sentados sólo fue excavado en el inicio de los años sesenta.

-¿Y? -preguntó Natalie.

-¿Y qué vale el poder de César? -preguntó Saul-. ¿Qué pasó con los planes zalameros de Herodes? ¿Qué pasó con las recelosas aprensiones del apóstol Pablo cuando estuvo encarcelado aquí? -Saul guardó silencio unos segundos-. Todo está muerto -continuó-. Muerto y cubierto por las arenas del tiempo. El poder desapareció, los instrumentos del poder cayeron y fueron enterrados. No quedó nada excepto piedras y recuerdos.

-¿Qué dices, Saul? -preguntó Natalie.

-El oberst y Melanie Fuller deben de estar por lo menos en sus setenta años -reflexionó Saul-. La foto que Aaron me mostró era de un hombre en la sesentena. Como Rob Gentry dijo una vez, ellos son mortales. No se levantarán de sus tumbas en la próxima luna llena.

-¿Entonces nos quedaremos aquí? -le respondió Natalie levantando una voz furiosa-. ¿Nos agacharemos hasta que esos..., esos monstruos mueran de vejez o se maten entre ellos?

-Aquí o en cualquier otro lugar seguro -dijo Saul-. Ya sabes cuál es la alternativa. Tendríamos que matar también.

Natalie se levantó y caminó arriba y abajo junto a la estrecha pared de piedra.

-Olvidas, Saul, que yo ya he matado. Maté de un disparo a aquel chico horrible, Vincent, al que la vieja utilizaba.

-En ese momento él ya no era una persona, sino una cosa -dijo Saul-. No lo mataste. Melanie Fuller lo hizo. Tú liberaste su cuerpo del control de ella.

-Por lo que a mí respecta, todos ellos son cosas -matizó Natalie-. Tenemos que volver.

-Sí, pero... -empezó Saul.

-No creo que hables en serio de no ir tras ellos -dijo Natalie-. Todo el riesgo que Jack Cohen asumió por nosotros en Washington, usando sus ordenadores para desenterrar toda esta información; mis semanas de investigaciones en Toronto, Francia y Viena; los centenares de horas que has pasado en el Yad Vashem...

Saul se puso de pie.

-Era sólo una sugerencia -se disculpó-. Por lo menos no será necesario que vayamos ambos...

-Ah, entonces es eso -exclamó Natalie-. Bueno, ya puedes olvidarlo, Saul. Ellos mataron a mi padre. Mataron a Rob. Uno de ellos me manoseó con su mente obscena. Somos sólo dos y aún no sé qué podemos hacer, pero yo regresaré. Contigo o sin ti, Saul, regresaré.

-Muy bien -dijo Saul Laski. Le entregó el bolso y sus manos se tocaron-. Sólo quería asegurarme.

-Yo no tengo ninguna duda -aseguró Natalie-. Háblame del nuevo material de Cohen.

-Más tarde -dijo Saul-, después de cenar.

Ligeramente cogidos del brazo, volvieron de su largo paseo por el

acueducto. Sus sombras se mezclaban, se curvaban y se retorcían a lo largo de las altas lomas de arena por las que avanzaban.

Saul preparó una excelente cena consistente en ensalada con fruta fresca, pan hecho en casa que él llamaba bagele, cordero cocinado a la manera oriental y café turco dulce. Era de noche cuando fueron a la habitación de Saul para trabajar y encendieron la lámpara Coleman.

La larga mesa estaba cubierta de carpetas, montones de documentos fotocopiados y libros -los de encima mostraban víctimas de campos de concentración mirando pasivamente- y docenas de libretas llenas con la letra apretada de Saul. Hojas de papel blanco cubiertas con nombres, fechas y mapas de campos de concentración estaban pegadas con cinta adhesiva a las ásperas paredes blancas. Natalie se fijó en una foto de periódico al lado de una foto en color 8 X 10 de Melanie Fuller y su criado cruzando el patio de su casa de Charleston. La foto del diario mostraba el joven obersty a varios oficiales de la SS sonriendo.

Estaban sentados en pesadas y confortables sillas y Saul cogió un grueso expediente.

-Jack cree que han encontrado a Melanie Fuller -dijo. Natalie se puso derecha.

-¿Dónde?

-En Charleston -dijo Saul-. En su vieja casa. Natalie meneó lentamente la cabeza.

-Imposible. No puede ser tan estúpida.

Saul abrió la carpeta y miró las hojas mecanografiadas en papel de la embajada israelí.

-La casa Fuller estuvo cerrada hasta la decisión legal final sobre el estado de Melanie Fuller. Debió pasar bastante tiempo hasta que los tribunales la declararan legalmente muerta, y mucho más hasta que se decidiera el futuro de la casa. Parecía que no tenía parientes. Entre tanto, apareció un cierto Howard Warden declarando que era sobrino nieto de Melanie Fuller. Mostró algunas cartas y documentos -incluyendo un testamento con fecha del 8 de enero de 1978- dejándole la casa y todas sus posesiones a partir de esa fecha..., no en caso de muerte..., y concediéndole plenos poderes como apoderado. Warden explicó que la vieja había estado

preocupada por su salud y el comienzo de la senilidad. Dijo que había sido un tecnicismo y que hubiera esperado que su tía abuela viviera el resto de su vida en la casa pero, con su desaparición y presunta muerte, sintió que era importante que alguien se ocupara de la casa. Actualmente vive allí con su familia.

-¿Puede realmente ser un pariente lejano? -preguntó Natalie.

-Parece improbable -dijo Saul-. Jack consiguió obtener algunas informaciones sobre Warden. Se crió en Ohio y se mudó a Filadelfia hace unos catorce años. Había sido asistente del superintendente de Parques durante los últimos cuatro años y vivió los últimos tres en Fairmount Park...

-¡Fairmount Park! -jadeó Natalie-. Eso es cerca del lugar donde Melanie Fuller desapareció.

-Exactamente -dijo Saul-. Según fuentes en Filadelfia, Warden, que tiene treinta y siete años, tenía esposa y tres hijos, dos niñas y un chico. En Charleston, su mujer cuadra con esta descripción, pero tienen sólo un hijo..., un niño de cinco años llamado Justin.

-Pero... -empezó Natalie.

-Espera, hay más -dijo Saul-. La casa de los Hodges, al lado, fue también vendida en marzo. Fue comprada por un médico llamado Stephen Hartman. El doctor Hartman vive allí con la mujer y una hija de veintitrés años.

-¿Qué puede significar eso? -preguntó Natalie-. Comprendo perfectamente que la señora Hodges no quisiera volver a esa casa.

-Sí -dijo Saul, y empujó sus gafas de aviador hacia el nacimiento de su nariz-, pero parece que el doctor Hartman es también de Filadelfia..., un neurólogo de mucho éxito... que de repente dejó de ejercer, se casó y abandonó la ciudad en marzo. En la misma semana que Howard Warden y su familia sintieron la necesidad de mudarse al Sur. La nueva esposa del doctor Hartman, la tercera (y sus amigos quedaron sorprendidos de que se casara de nuevo), es Susan Oldsmith, la antigua enfermera jefe de la unidad de asistencia intensiva del Hospital de Filadelfia.

-No hay nada especialmente sorprendente en que un médico se case con una enfermera -dijo Natalie.

-No -admitió Saul-, pero según las investigaciones de Jack Cohen, la relación del doctor Hartman con la enfermera Oldsmith podía ser descrita como fríamente profesional hasta la semana en que ambos dimitieron y se casaron. Y aún más interesante, ninguno de los felices recién casados tenía una hija de veintitrés años...

-Entonces, ¿quién...?

-La joven que es conocida en Charleston como Constance Hartman se parece mucho a una cierta Connie Sewell, una enfermera de cuidados intensivos del Hospital de Filadelfia que dimitió la misma semana que la enfermera Oldsmith. Jack no pudo confirmarlo con precisión, pero la señorita Sewell dejó su apartamento y sus amigos sin decir nada sobre adónde se mudaba.

Natalie se puso de pie y empezó a caminar arriba y abajo en la pequeña habitación, ignorando el silbido de la lámpara y las inquietantes sombras que lanzaba contra la pared.

-Por eso deducimos que Melanie Fuller fue herida durante la locura de Filadelfia. Los periódicos hablaban de un coche y de un cuerpo encontrados en el río Schuylkill cerca del lugar donde se estrelló el helicóptero del FBI. No era ella. Yo sabía que ella estaba viva en algún sitio, podía sentirlo. Muy bien, está herida. Consigue que ese tío del parque la lleve al hospital. ¿Cohen comprobó el hospital?

-Claro -dijo Saul-. Descubrió que el FBI, o alguien haciéndose pasar por el FBI, había estado allí antes que él. Ningún registro de Melanie Fuller. Había montones de viejas en los hospitales, pero nadie que coincidiera con los rasgos de la señorita Fuller.

-Eso no importa -dijo Natalie-. El viejo monstruo borró sus huellas. Sabemos de lo que es capaz. -Natalie se estremeció y se frotó los brazos-. Así, cuando llegó el momento de convalecer, Melanie Fuller hizo que su grupo de zombies condicionados la trajera a su casa de Charleston. Déjame adivinar... El señor y la señora Warden tienen una abuela inválida con ellos...

-La madre de la señora Warden -confirmó Saul con una leve sonrisa-. Los vecinos no la han visto nunca, pero algunos le comentaron a Jack el equipo médico que habían traído con ellos al mudarse. Es doblemente extraño, porque las investigaciones de Jack en Filadelfia indican que la madre de Nancy Warden murió en 1969.

Natalie caminaba arriba y abajo, excitada.

-Y el doctor Como-se-llame...

-Hartman.

-Sí, el doctor Hartman y la enfermera Oldsmith están allá para mantener un servicio de salud de primera clase. -Natalie paró y le miró-. Pero, Dios mío, ¡es tan arriesgado! Y si las autoridades...

Calló.

-Exactamente -dijo Saul-. ¿Qué autoridades? La policía de Charleston no sospecha que la madre inválida de la señora Warden es la desaparecida Melanie Fuller. El sheriff Gentry podría sospechar, porque Rob tenía un cerebro increíble, pero está muerto.

Natalie miró rápidamente el suelo y suspiró profundamente.

-¿Y el grupo de Barent? -preguntó-. ¿Y el FBI y los otros?

-Quizá se haya acordado una tregua -insinuó Saul-. Quizás al señor Barent y a sus amigos supervivientes no les interese más publicidad como la que tuvieron en diciembre. Si tú fueras Melanie Fuller, Natalie, huyendo de otros seres de la noche que no quieren saber nada más de sus actos sangrientos, ¿adónde irías tú?

Natalie asintió lentamente con la cabeza.

-A una casa que dio mucho que hablar a causa de una serie de extraños asesinatos. Increíble.

-Sí -dijo Saul-, increíble, y una increíble suerte para nosotros'

Jack Cohen hizo todo lo que puede hacer sin provocar la ira de sus superiores. Le hemos enviado un mensaje en código dándole las gracias y pidiéndole que suspendiera las investigaciones hasta recibir noticias nuestras.

-Ah, ¡si los otros nos creyeran! -exclamó Natalie.

Saul meneó la cabeza.

-Incluso Jack Cohen sabe y se cree sólo parte de la historia. Lo único que sabe con certeza es que alguien asesinó a Aaron Ashkol y a toda su familia y que yo decía la verdad cuando aseguré que el oberst y las autoridades de Estados Unidos estaban implicados de una manera que no comprendía.

Natalie se sentó.

-Dios mío, Saul, ¿qué le pasó a los otros dos hijos de los Warden? Las dos niñas de las que Jack Cohen habló.

Saul cerró la carpeta y sacudió la cabeza.

-Jack no pudo descubrir nada -dijo. No hay señales de duelo. Ni noticias de Filadelfia o Charleston. Ni notas necrológicas en Filadelfia o Charleston. Es posible que las mandaran a vivir con parientes, pero Jack no consiguió comprobarlo sin hacerse visible a todo el mundo. Si están todos sirviendo a Melanie Fuller, parece posible que la vieja simplemente se cansara de tener tantos niños alrededor.

Los labios de Natalie se volvieron pálidos.

-Ese monstruo debe morir -murmuró.

-Sí -dijo Saul-. Pero creo que debemos seguir con nuestro plan. Sobre todo ahora que la hemos localizado.

-Estoy de acuerdo -dijo Natalie-, pero la idea de no detenerla...

-Todos serán detenidos -aseguró Saul-. Todos. Pero si queremos tener una oportunidad, tenemos que seguir un plan. Rob Gentry murió por mi culpa. Fue por mi culpa que Aaron y su familia murieron. Pensaba que habría poco peligro si nos podíamos acercar a esa gente sin ser advertidos. Pero Gentry tenía razón cuando dijo que sería como intentar coger serpientes venenosas con los ojos cerrados. -Acercó otra carpeta y pasó los dedos por la cubierta-. Si queremos volver al pantano, Natalie, tenemos que hacernos cazadores y no sólo esperar que esos monstruos asesinos ataquen.

-Tú no la viste -murmuró Natalie-. Ella no es... humana. Y yo tuve mi oportunidad, Saul. Ella estaba distraída. Durante algunos segundos tuve la pistola cargada en las manos..., pero disparé contra el blanco equivocado. No fue Vincent el que mató a Rob, sino ella. No pensé tan rápidamente como debía.

Saul le cogió el brazo con fuerza.

-Venga. Melanie Fuller es sólo una víbora en el nido. Si la hubieras eliminado en ese momento, los otros habrían seguido libres. Su número incluso sería el mismo si consideramos que fue Melanie Fuller la que mató a Charles Colben.

-Pero si yo hubiera...

-Basta por hoy -insistió Saul. Le acarició el pelo y la cara-. Estás muy cansada, amiga mía. Mañana, si quieres, puedes venir conmigo a Lohame HaGeta'ot.

-Sí -dijo Natalie-, me gustaría.

Se inclinó cuando Saul le besó la cabeza.

Más tarde, después que Natalie se fuera a dormir Saul abrió la carpeta marcada «HAROD, TONY» y leyó durante un rato. Por fin la dejó a un lado y fue hasta la puerta principal y la abrió. La luna había salido, bañaba la colina y las lejanas dunas de plata. La enorme casa de David Eshkol estaba oscura y silenciosa en lo alto de la colina. Llegaba del oeste un olor a naranjas y a mar.

Algunos minutos después, Saul cerró la puerta, comprobó las persianas y fue a su habitación. Abrió la primera carpeta que Wiesenthal le había enviado. Sobre las formas banales de palabras con doble sentido de la burocracia polaca y de la taquigrafía concisa de la Wehrmacht estaba la foto de una chica judía de dieciocho o diecinueve años, boca pequeña, mejillas pálidas, pelo oscuro oculto bajo un pañuelo de algodón y enormes ojos negros. Saul contempló la foto durante algunos minutos, preguntándose qué debía haber pensado aquella chica mientras miraba las lentes de la cámara oficial, preguntándose cómo y cuándo había muerto, preguntándose quién la había llorado y si algunas de las respuestas estaban en la carpeta; por lo menos los hechos básicos de cuando había sido detenida por el crimen de ser judía, cuando fue transportada, y quizá, sólo quizá, cuando su expediente fue cerrado en el momento en que todas las esperanzas, pensamientos, amores y posibilidades que habían constituido su corta vida fueron esparcidos como un puñado de cenizas al viento frío.

Saul suspiró y empezó a leer.

Al día siguiente se levantaron temprano y Saul preparó uno de los enormes desayunos que insistía en que eran la tradición israelí. El sol apenas aparecía sobre las colinas al este cuando pusieron una mochila en la parte trasera de su venerable Land Rover y se dirigieron hacia el norte a lo largo de la autopista costera. Cuarenta minutos más tarde llegaron a Haifa, en la base del Monte Carmelo.

-Tu cabeza es como el Carmelo y tus cabellos son púrpura real entretejida en trenzas -recitó Saul por encima de las ráfagas de viento.

-Muy bonito -dijo Natalie.

-Cantar de los cantares -respondió Saul.

Cuando se aproximaban a la curva norte de la bahía de Haifa, los letreros anunciaban «Akko» y lo traducían como Acre y San Juan de Acre. Natalie miró hacia el oeste la ciudad blanca, amurallada, que brillaba en la luz de la mañana. Sería un día caliente.

Una carretera estrecha condujo desde la autopista Akko-Nahariyya a un kibbutz donde un guardia de seguridad soñoliento saludó a Saul y le dejó pasar. Atravesaron campos verdes y el complejo del kibbutz hasta que se detuvieron delante de un gran edificio con un letrero que

anunciaba en hebreo: «LOHAME HAGETA'OT, CASA DE LOS LUCHADORES DEL

GUETO», e indicaba las horas de apertura. Un hombre bajo al que le faltaban tres dedos de la mano derecha salió y habló con Saul en hebreo. Saul metió algún dinero en la mano del hombre, que les acompañó sonriendo y diciendo repetidamente «Shalom» a Natalie.

-Toda raba -dijo Natalie cuando entraron en la sala central oscura-. Boker tov.

-Shalom -sonrió el hombre bajo-. L'hitra'ot.

Natalie le vio salir y después caminó entre las cajas con periódicos, manuscritos y reliquias de la desesperada resistencia del gueto de Varsovia. Fotografías ampliadas en las paredes mostraban la vida en el gueto y las atrocidades nazis que habían destruido esa vida.

-Es diferente del Yad Vashem -dijo ella-. No da la misma sensación de opresión. Quizá porque el techo es más alto.

Saul había tirado de un banco bajo y ahora se sentaba con las piernas cruzadas. Puso un montón de carpetas a su izquierda y un pequeño estroboscopio a pilas a la derecha.

-Lohame HaGeta'ot está dedicado más a la idea de resistencia que a la memoria del Holocausto -dijo.

Natalie miraba la foto de una familia descendiendo de un vagón de ganado, con sus posesiones amontonadas en el suelo. Se giró bruscamente.

-¿Podrías hipnotizarme, Saul?

Saul se ajustó las gafas.

-Sí. Tardaría mucho más. ¿Por qué?

Natalie se encogió de hombros.

-Creo que tengo curiosidad por saber qué se siente. Tú pareces hacerlo tan... fácilmente.

-Años de experiencia -dijo Saul-. Durante años he utilizado una forma de autohipnosis para combatir la jaqueca.

Natalie cogió una carpeta y miró la foto de la chica.

-¿Puedes realmente hacer de todo esto parte de tu subconsciente?

Saul se frotó la mejilla.

-Hay diferentes. niveles de conciencia -dijo-. En algunos niveles intento simplemente recuperar recuerdos que ya están allí intentando... bloquear los bloqueos, me parece que podría decirse. Hasta cierto punto intento perderme empatizando con otros que compartieron una experiencia común.

Natalie miró a su alrededor.

-¿Y todo esto ayuda?

-Sí. Especialmente con la absorción subliminal de algunas de las informaciones biográficas.

-¿Cuánto tiempo tienes? -preguntó ella. Saul consultó el reloj.

-Unas dos horas, pero Shmuelik me ha prometido que no dejará entrar turistas hasta que yo acabe.

Natalie cogió su pesada mochila.

-Daré un paseo y empezaré a cotejar y memorizar parte del material de Viena.

-Shalom -dijo Saul. Cuando se quedó solo leyó meticulosamente las tres primeras carpetas. Después se giró a un lado y conectó el pequeño estroboscopio para ponerlo en hora. Un metrónomo hizo tictac al ritmo de la luz que latía. Saul se relajó a fondo, vació su cerebro de todo, excepto del latido regular de la luz, y se abrió a otro tiempo y a otro lugar.

En las paredes que lo rodeaban, pálidos rostros miraban a través del humo y de las llamas y de los años.

Natalie se quedó en el exterior del edificio cuadrado y observó a los jóvenes kibbutzniks trabajando, un último camión de trabajadores dirigiéndose a los campos. Saul le había dicho que ese kibbutz había sido construido por supervivientes del gueto de Varsovia y de los campos de concentración de Polonia, pero la mayor parte de los trabajadores que Natalie vio eran sabras -nativos de Israel-, tan delgados y bronceados como los árabes.

Natalie caminó lentamente por el borde del campo y se sentó a la sombra de un único eucalipto mientras un aspersor lanzaba agua sobre las cosechas con un ritmo tan hipnótico como el metrónomo de Saul. Natalie sacó una botella de cerveza Maccabee del fondo de la mochila y utilizó el abrelatas de su nuevo cuchillo del ejército suizo para abrirla. Ya estaba tibia, pero le gustó, mezclándose con el calor impío del día, el sonido de los aspersores y el olor de la tierra húmeda y de las plantas creciendo.

La idea de volver a Estados Unidos le hizo sentir una opresión en el estómago y el pulso se le aceleró. Natalie tenía sólo un recuerdo nebuloso de aquellas horas y días que siguieron a la muerte de Rob Gentry. Recordaba las llamas y la oscuridad y las luces centelleando y las sirenas como si fuera un sueño. Recordaba haber maldecido a Saul y haberle censurado por dejar el cuerpo de Rob en aquella casa maldita, se acordaba de que Saul la llevó por entre la oscuridad, del dolor de su pierna haciéndola entrar y salir de la consciencia como un nadador irguiéndose y cayendo sobre la superficie de un mar encrespado. Recordaba -creía recordar- al chico más mayor, que se llamaba ackson, corriendo al lado de ellos con el cuerpo fláccido de Marvin Gayle sobre el hombro, como lo llevaría un bombero. Saul le había dicho después que Marvin estaba inconsciente pero vivo cuando los dos pares de supervivientes se separaron en esa noche de callejones oscuros y sirenas.

Recordaba estar en un banco de un jardín mientras Saul ponía una conferencia desde una cabina y después era de día -casi de día, una media luz fría, gris- y estaba en una furgoneta llena de hombres extraños, Saul iba en la parte delantera con alguien que más tarde supo que era Jack Cohen, el jefe del Mosad en la embajada de Israel en Washington.

Natalie no conseguía recordar las cuarenta y ocho horas siguientes. Una habitación de motel. Inyecciones de analgésico para calmar el dolor de su tobillo fracturado. Un médico poniéndole una extraña escayola hinchable. Sollozando Por Rob, diciendo su nombre mientras dormía. Gritando cuando recordaba el sonido que la bala hizo contra el cielo del paladar del monstruo Vincent, las manchas grises y rojas de cerebro en la pared. Los ojos enloquecidos de la vieja abrazando el alma de Natalie. «Adiós, Nina. Volveremos a encontrarnos.»

Saul dijo más tarde que nunca había trabajado tanto como durante aquellas primeras cuarenta y ocho horas de conversaciones con Jack Cohen. El agente de cabellos blancos y marcado con una cicatriz no aceptaría toda la verdad, pero tenía que convencerlo de la esencia de esa verdad con mentiras. Al final el israelí creyó que Saul y Natalie y Aaron Eshkol y Levi Cole, el jefe de códigos desaparecido, se habían enredado en algo grande y mortífero, algo que implicaba a importantes figuras de Washington y a un escurridizo ex coronel nazi. Cohen había recibido poco apoyo de su embajada y de sus superiores en Tel Aviv, pero en la mañana del domingo, 4 de enero, la furgoneta con Saul, Natalie y dos agentes israelíes nacidos en Estados Unidos atravesó el puente Peace de Niagara Falls, Nueva York, a Niagara Falls, Canadá. Cinco días después volaban de Toronto a Tel Aviv con sus nuevas identidades.

Las dos semanas siguientes tenían pocas referencias para Natalie.

Su tobillo empeoró inexplicablemente en su segundo día en Israel, tuvo. fiebre y sólo tenía una vaga imagen del corto vuelo en un avión privado hasta Jerusalén, donde Saul pidió ayuda a viejos conocidos médicos para conseguirle una habitación privada en el Centro Médico ' Hadassah-Hebreo. El propio Saul fue operado del brazo durante esa semana. Ella estuvo allí cinco días y durante los tres últimos utilizó muletas al alba y al crepúsculo para visitar la sinagoga y contemplar las ventanas de vidrios de colores creadas por Marc Chagall. Natalie se sentía entumecida, como si todo su cuerpo estuviese bajo los efectos de una dosis masiva de novocaína. Cada noche cerraba los ojos y veía a Rob Gentry mirándola. Sus ojos azules estaban llenos de aquel terrible segundo de triunfo provisional antes de que apareciera la navaja y le cortara de un lado a otro...

Natalie se acabó la cerveza y guardó la botella en el bolso, sintiéndose vagamente culpable de beber tan temprano mientras los demás trabajaban. Cogió el primer bloque de carpetas: grupos de fotos fotocopiadas e informaciones escritas sobre Viena en los años veinte y treinta, informes de la policía traducidos por los ayudantes de Wiesenthal, una escueta biografía de Nina Drayton mecanografiada por el difunto Francis Harrington y con añadidos en la letra salvaje, casi indescifrable, de Saul.

Natalie suspiró y empezó a trabajar.

A primera hora de la tarde siguieron en el coche hacia el sur y pararon en Haifa para una comida tardía antes de que todo cerrara para la fiesta del sábado. Compraron falafeles en un puesto de la calle HaNevi'im y los mascaron mientras caminaban hasta el puerto. Varios

negociantes del mercado negro corrían cerca, intentando vender pasta dentífrica, tejanos y Rolex, pero Saul dijo algo en hebreo y se fueron enseguida. Natalie se inclinó sobre una barandilla y observó un gran carguero que se hacía a la mar.

-¿Cuándo volveremos a Estados Unidos, Saul? -preguntó. -Estaré preparado dentro de tres semanas. Quizás antes. ¿Cuándo te parece que lo estarás tú?

-Nunca -dijo Natalie.

Saul asintió con la cabeza.

-Pero ¿cuándo querrás volver?

-En cualquier momento -aseguró Natalie-. Cuanto antes mejor, realmente. -Suspiró-. ¡Dios!, la idea de volver hace que me tiemblen las piernas.

-La sensación es compartida -dijo Saul-. Vamos a revisar nuestros datos y supuestos a ver si hay algún punto débil en nuestro plan.

-Yo soy el punto débil -murmuró Natalie.

-No -dijo Saul. Miró el agua con los ojos entrecerrados-. De acuerdo, supongamos que la información de Aaron era correcta y que había, por lo menos, cinco de ellos en la camarilla central: Barent, Trask, Colben, Kepler y el evangelista llamado Sutter. Yo vi a Trask morir a manos del oberst. Supongamos que el señor Colben murió como resultado de las acciones de Melanie Fuller. Eso nos deja tres en ese grupo.

-Cuatro si cuentas a Harod -matizó Natalie.

-Sí -aceptó Saul-, sabemos que parecía actuar de acuerdo con la gente de Colben. Entonces son cuatro. Quizá también el agente Haines, pero sospecho que éste es un instrumento y no un iniciado. Pregunta: ¿por qué el oberst mató a Trask?

-¿Venganza?

-Quizá, pero tuve la impresión de que por debajo había un juego por el poder. Supongamos por el momento que toda la charada de Filadelfia estaba destinada más a encontrar al oberst que a Melanie Fuller. Barent me dejó vivir sólo porque yo debía ser otra arma apuntada contra el oberst. Pero, ¿por qué me dejó vivir el oberst... y os introdujo a ti y a Rob en la ecuación?

-¿Para crear confusión? ¿Una diversión?

-Posiblemente -dijo Saul-, pero volvamos a la primera suposición y digamos que estaba utilizándonos indirectamente como instrumentos. No hay duda de que Jensen Luhar era asistente de William Borden en Hollywood. Jack Cohen confirmó las notas de Harrington sobre eso. Luhar se identificó ante ti en el avión. No había necesidad de eso si el oberst no quería que nosotros dos supiéramos que nos estaba manipulando. Y el oberst se esforzó en convencer a Barent y Colben de que yo había muerto en la explosión e incendio de Filadelfia.

-Te tiene más usos reservados -insinuó Natalie.

-Exactamente. Pero ¿por qué no nos utilizó directamente?

-Quizás era demasiado difícil -dijo Natalie-. La proximidad parece ser importante para esos vampiros de la mente. Quizás él nunca estuvo en Filadelfia.

-Sólo sus representantes condicionados -aceptó Saul-. Luhar, el pobre Francis y su asistente blanco, Tom Reynolds. Fue Reynolds quien te atacó delante de la casa Fuller por Navidad.

Natalie jadeó. No había pensado antes en esta suposición.

-¿Por qué dices eso?

Saul se quitó las gafas y las limpió en el faldón de su camisa.

-¿Qué motivo tenía el ataque, excepto poneros a ti y a Rob sobre la pista? El oberst os quería en Filadelfia cuando llegara el momento decisivo con la gente de Colben.

-No comprendo -dijo Natalie. Sacudió la cabeza-. ¿Y dónde entra Melanie Fuller?

-Continuemos con el supuesto de que la señora Fuller no colabora ni con el oberst ni con sus enemigos -dijo Saul-. ¿Tuviste la impresión de que ella sospechaba la presencia allí de cualquiera de los grupos?

-No -dijo Natalie-. Ella se refirió sólo a Nina..., Nina Drayton, supuse.

-Sí. «Adiós. Nina. Volveremos a encontrarnos.» Pero, si seguimos la lógica de Rob, y no veo motivo para no hacerlo, fue Melanie Fuller quien mató a Nina Drayton en Charleston. ¿Por qué pensaría Melanie Fuller que tú eras el agente de una muerta, Natalie?

-Porque está como una regadera -dijo Natalie-. Tendrías que haberla visto, Saul. Sus ojos eran... los de una loca.

-Esperemos que sea así -dijo Saul-. Aunque Melanie Fuller sea la víbora más mortal de todas, su locura podrá sernos útil. ¿Y nuestro querido Tony Harod?

-Desearía que estuviese muerto -dijo Natalie, recordando su presencia pegajosa, insistente, en su mente.

Saul asintió con la cabeza y se puso las gafas.

-Pero el control de Harod fue interrumpido..., tal como el del oberst conmigo hace cuatro décadas. Como resultado, ambos podemos recordar un poco la experiencia y la impresión de los... pensamientos del otro.

-No exactamente -dijo Natalie-. Sensaciones. La persona.

-Sí -aceptó Saul-, pero sea lo que sea, quedaste con una clara sensación de que Tony Harod tenía aversión a utilizar su «aptitud» con hombres.

-Estoy segura de eso -dijo Natalie-. Sus sentimientos hacia las mujeres eran muy morbosos; pero sentí que sólo... atacaba... a mujeres. Era como si yo fuera su madre y él necesitara tener contacto sexual conmigo para probar algo.

-Adecuadamente freudiano -dijo Saul-, pero aceptaremos tu sensación de que Harod tiene la «aptitud» sólo para influenciar a mujeres. Si esto es cierto, este nido de monstruos tiene por lo menos dos puntos débiles: una mujer poderosa que no forma parte del grupo Y que está loca como una regadera y un hombre que puede ser o no parte de su grupo, pero que es incapaz o no está dispuesto a utilizar su «aptitud» con hombres.

-Magnífico -dijo Natalie-. Suponiendo que todo esto sea verdad, ¿adónde nos lleva?

-Al mismo plan que discutimos en febrero -contestó Saul. -Que hará que nos maten -concluyó Natalie.

-Es muy posible -dijo Saul-. Pero si vamos a quedarnos en el pantano con esos seres venenosos, ¿prefieres pasar el resto de tu vida esperando a que ellos te muerdan o el peligro de ser mordida mientras los cazas?

Natalie rió.

-Una terrible elección, Saul.

-No tenemos donde escoger.

-Bien, vamos a procurarnos el saco de arpillera y a ejercitarnos en coger serpientes -dijo Natalie. Miró la cúpula dorada del santuario Baha'i en el Monte Carmelo y volvió a mirar el carguero que desaparecía en el mar-. Sabes -dijo-, no tiene sentido, pero siento que a Rob le gustaría esta parte. La planificación. La tensión. Aunque es todo una locura, Rob sabría ver el humor que tiene.

Saul le acarició el hombro.

-Entonces empecemos con nuestros locos planes -dijo-, y no defraudemos a Rob.

Caminaron juntos hacia la carretera de Jaffa, hasta el Land Rover, que les esperaba.

38

Melanie

Era agradable volver a casa.

Me había cansado del hospital, incluso en una habitación privada, con el ala cerrada para mi comodidad y todo el personal para servirme. Al final, no hay sitio como tu casa para levantarte el ánimo y ayudarte en el proceso de recuperación.

Hacía años, había leído algo sobre los llamados acontecimientos fuera del cuerpo supuestamente experimentados por pacientes clínicamente muertos en la mesa de operaciones antes de la resucitación, etcétera, y no me había creído esas historias, que consideraba producto del periodismo sensacionalista más absurdo tan común hoy en día. Pero ésa fue precisamente la sensación que sentí al volver en mí en el hospital. Durante algún tiempo me pareció que flotaba cerca del techo de mi habitación, sin ver nada, pero sintiéndolo todo. Tenía conciencia del cuerpo arrugado, acurrucado en la cama, y de los sensores y tubos y agujas y catéteres conectados a él. Tenía conciencia del ajetreo de las enfermeras, médicos y demás personal sanitario haciendo todo lo posible para mantenerme viva. Cuando finalmente volví al mundo de la luz y del sonido, comprendí que lo hacía a través de los ojos y los oídos de esas personas. Y ¡tantos a la vez! Nunca me había sido posible -a Willi y a Nina tampoco, lo sabía- «usar» a alguien de forma tan absoluta que los datos sensoriales vinieran de más de una persona a la vez. Aunque era posible, con experiencia, «usar» a un extraño mientras se mantenía bajo control a un pelele condicionado o, aún con más esfuerzo y experiencia, «usar» a dos extraños alternando el control rápidamente de uno a otro, el acceso a una vista, sonido y tacto tan claros; la facilidad de control que sentía ahora era simplemente inaudita. Más que eso,

nuestro «uso» de los otros envolvía siempre la conciencia de nuestra presencia en los «usados», dando como resultado la destrucción del instrumento o el bloqueo de toda memoria más tarde; un proceso muy simple, pero que dejaba un hueco inexplicable en la memoria del sujeto. Ahora yo veía desde media docena de puntos de vista y sabía que los observadores no tenían conciencia de mi presencia.

Pero ¿podría «usarlos»? Probé cuidadosamente con sutiles ejercicios de control, haciendo que una enfermera levantase un vaso aquí, un sanitario cerrase una puerta allá; ayudando a un médico a decir algunas palabras que de otro modo no habría dicho. Nunca interferí tan completamente que su competencia médica quedara comprometida. Ninguno de ellos sintió mi presencia en su mente.

Los días pasaron. Descubrí que mientras mi cuerpo se encontraba en un aparente coma, mantenido vivo por máquinas y una constante vigilancia, aparentemente confinado al mínimo espacio imaginable, en realidad erraba y exploraba con una facilidad que nunca antes había soñado. Dejaba la habitación en los ojos de una joven enfermera, sintiendo su fuerza animal y su vitalidad, sintiendo el gusto del chicle Speamint que masticaba, y al final del corredor transfería un zarcillo más de conciencia -¡sin perder nunca el contacto con mi joven enfermera!- al cerebro del jefe de cirugía, bajaba en el ascensor con él, entraba en su Continental y conducía diez kilómetros hasta el suburbio y su mujer que le esperaba..., sin haber dejado a la enfermera, la máquina de caramelos del vestíbulo, el interno mirando los rayos X en el piso de abajo y el segundo médico que estaba ahora en mi habitación observando mi cuerpo comatoso. La distancia había dejado de ser una barrera para mi «aptitud». Durante décadas, Nina y yo nos habíamos admirado del poder de Willi para «usar» a sus sujetos a distancias mayores de la que nosotras éramos capaces, pero ahora yo era mucho más poderosa.

Y cada día mis poderes aumentaban.

El segundo día, precisamente mientras probaba mis nuevas percepciones y aptitudes, la familia volvió. No reconocí al hombre alto, pelirrojo ni a su delgada y rubia mujer, pero miré en el vestíbulo por los ojos de la recepcionista y vi a los tres niños y los reconocí enseguida: eran los niños del parque.

El hombre pelirrojo pareció alarmado por mi aspecto. Yo estaba en la unidad de cuidados intensivos, una red de cubículos en forma de pastel alrededor de un núcleo central de enfermeras. Dentro de esa red yo estaba ligada a una red aún más apretada de tubos intravenosos e hilos sensores. El médico apartó al pelirrojo de la mampara.

-¿Es de la familia? -preguntó el médico. Era un hombre hábil con una melena de cabello gris. Se llamaba Hartman y yo sentía el placer, la ansiedad y el respeto de las enfermeras cuando estaban con él.

-Uh, no -dijo el pelirrojo alto-. Me llamo Howard Warden. La encontramos..., esto es, mis hijos la encontraron ayer por la mañana, errando en nuestro... uh..., nuestro patio. Cayó cuando...

-Sí, sí -dijo el doctor Hartman-. Leí su informe. ¿No tiene idea de quién puede ser?

-No, sólo llevaba la bata y un camisón. Mis hijos dicen que salía del bosque cuando...

-¿Y no tiene idea de dónde vino?

-No -dijo Warden-. Yo estaba..., bien, no llamé a la policía. Creo que debería haberlo hecho. Nancy y yo esperamos aquí algunas horas y cuando se supo que ella..., la vieja... no..., quiero decir, se estabilizaba..., nos fuimos a casa. Era mi día de fiesta. Iba a ir a la policía esta mañana, pero he pensado pasar por aquí antes a ver cómo estaba...

-Ya hemos informado a la policía -mintió el doctor Hartman. Era la primera vez que yo lo «usaba». Era tan fácil como ponerse un abrigo viejo y apreciado-. Ya vinieron a hacer un informe. Parecía que no tenían idea de dónde vino la señora Doe. Nadie denunció una pariente desaparecida.

-¿Señora Doe? -dijo Howard Warden-. Oh, como Jane Doe. Claro. Muy bien, es un misterio para nosotros, doctor. Vivimos unos tres kilómetros dentro del parque y por lo que dicen los niños ella ni siquiera iba por el camino de acceso. -Miró hacia la unidad de cuidados intensivos-. ¿Cómo está, doctor? Tiene un aspecto... terrible.

-La señora sufrió un ataque muy grave -explicó el doctor Hartman-. Quizás una serie de ataques. -Ante la mirada vacía de Howard, el doctor continuó-: Tuvo lo que llamamos un ACV, un accidente cerebrovascular, conocido como hemorragia cerebral. Hubo un corte temporal de suministro de oxígeno al cerebro. Por lo que hemos observado, el incidente parece localizarse en el hemisferio derecho del cerebro del paciente, resultando en una interrupción de la función cerebral y neurológica. La mayor parte de los efectos se localizan en el lado izquierdo del cuerpo: el párpado caído, parálisis de brazo y pierna..., pero en cierto sentido eso puede ser un buen indicio, ya que la afasia..., los problemas del habla... se asocian generalmente con accidentes que afectan al hemisferio izquierdo. Le hicimos una exploración EEG y TAC y, para ser honesto, los resultados son un poco confusos. Mientras la exploración TAC confirmó infarto y probable obstrucción de la arteria cerebral mediana, las lecturas EEG no son lo que se podría esperar después de un episodio de esta naturaleza...

Perdí interés por aquella conversación médica y llevé de nuevo mi consciencia primaria a la recepcionista de mediana edad del vestíbulo. La hice levantarse y dirigirme a los tres niños.

-Hola -le hice decir-. A que sé a quién venís a visitar.

-No la podemos visitar -dijo la mayor, la niña que había cantado Hey, Jude al salir el sol-. Somos demasiado pequeños.

-Pero a que sé a quién os gustaría ver -dijo la recepcionista con una sonrisa.

-Quiero ver a la señora simpática -dijo el niño. Tenía lágrimas en los ojos.

-Yo no -dijo la chica mayor, inexorable. -Yo tampoco -dijo su hermana de seis años. -¿Por qué no? -pregunté.

Estaba dolida.

-Porque es rara -contestó la chica mayor-. Pensaba que me

gustaba, pero cuando toqué su mano ayer, fue muy raro.

-¿Qué quieres decir con raro? -pregunté.

La recepcionista llevaba gafas gruesas y yo veía mal. Nunca había

necesitado gafas, excepto para leer.

-Raro -dijo la chica-. Extraño. Como una piel de serpiente o algo así. Le solté la mano muy deprisa, antes de que me pusiera enferma, pero fue como si yo supiera que ella era mala.

-Sí -confirmó su hermana.

-Calla, Allie -dijo la chica mayor, evidentemente arrepentida de haber hablado conmigo.

-La señora simpática me gustaba -dijo el chico de cinco años.

Parecía que había llorado antes de venir al hospital. Hice que las dos chicas se apartasen del niño, llevándolas hacia la recepción.

-Venid aquí, chicas. Tengo algo para vosotras. -Hurgué en el cajón y les extendí dos caramelos de menta. Cuando la chica mayor cogió uno, la cogí firmemente por la muñeca-. Antes déjame decirte la buenaventura -hice que dijera la recepcionista.

-Déjame -murmuró la chica.

-Calla -ordené-. Te llamas Tara Warden. El nombre de tu hermana es Allison. Vivís en una gran casa de piedra en la colina, en el parque, y la llamáis el castillo. Y una noche, muy pronto, un gran cocodrilo verde con los dientes afilados vendrá a vuestra habitación a oscuras y os cortará en trozos pequeños a las dos y se os comerá.

Las chicas se tambalearon, con la cara muy pálida y los ojos en blanco. Tenían la boca abierta de miedo y conmoción.

-Y si se lo decís a alguien..., a papá o a mamá, a alguien -obligué a susurrar a la recepcionista-, ¡el cocodrilo vendrá tras de vos~ esta noche!

Las chicas volvieron a sus asientos, mirando a la mujer como

Si fuera una serpiente. Un minuto después una pareja mayor llegó para pedir una información y permití que la recepcionista volviera a ser como antes, amable, sencilla y un poco oficiosa.

En el piso superior, el doctor Hartman había acabado de explicarle mi estado médico a Howard Warden. Al fondo del vestíbulo, la jefa de enfermeras Oldsmith verificaba la medicación de los pacientes, teniendo mucho cuidado de controlar todo lo que se destinaba a la señora Doe. En mi habitación, la joven enfermera Sewell me bañaba suavemente con compresas frías, dándome masajes en la piel casi con reverencia. La sensación era muy distante, pero me sentía mejor sabiendo que me daban la mejor atención posible.

Era agradable estar de nuevo en familia.

El tercer día, la tercera noche en realidad, yo reposaba... Había realmente dejado de dormir, sólo dejaba que mi conciencia flotara, moviéndome de receptor a receptor al azar, como en un sueño, cuando, de repente, tuve conciencia de una excitación física que no conocía hacía años, la presencia de un hombre, sus brazos cogiéndome, mientras mis pechos jóvenes se apretaban contra él, con los pezones erectos. Su lengua estaba en mi boca. Sentí sus manos hurgando en los botones de mi uniforme de enfermera mientras mis propias manos abrían el broche de su cinturón, tiraban de su cremallera y cogían su miembro erguido.

Era asqueroso. Era obsceno. Era la enfermera Connie Sewell en un armario de abastecimiento con algún interno.

Como de todas formas yo no podía dormir, permití que mi conciencia volviera a la enfermera Sewell. Me consolé con la idea de que yo no lo había iniciado, sólo participaba. La noche pasó rápidamente.

No sé realmente cuándo tuve la idea de volver a casa. El hospital había sido necesario durante aquellas primeras semanas, aquel primer mes, pero, a mediados de febrero, empecé a pensar cada vez más en Charleston y en mi casa. Empezaba a ser cada vez más difícil seguir en el hospital sin llamar la atención; en la tercera semana, el doctor Hartman me había pasado a una gran habitación privada en el séptimo piso y la mayor parte del personal tenía la impresión de que yo era una paciente muy rica que merecía una atención especial. Era cierto.

Había un administrador, un tal doctor Markham, que seguía haciendo preguntas sobre mi caso. Iba al séptimo piso cada día, olfateando por allá como un podenco. Hice que el doctor Hartman lo tranquilizara. Hice que la enfermera jefe le explicara las cosas. Finalmente, entré en el cerebro del hombrecillo y lo tranquilicé a mi manera. Pero el hombre era insistente. Cuatro

días más tarde volvió„ interrogando a las enfermeras sobre el servicio extra y los cuidados; que yo recibía, queriendo saber quién pagaba los medicamentos adicionales, las pruebas, las exploraciones TAC y las consultas de especialistas. Markham señaló que la administración no tenía registro de mi ingreso, no había hojas 26479B15-C, ni notas en el ordenador con los costes especificados, y tampoco tenía información sobre cómo se haría el pago. La enfermera Oldsmith y el doctor Hartman estuvieron de acuerdo en participar en una reunión la mañana siguiente con nuestro inquisidor, el director de la junta del hospital, el jefe de la administración y otros tres figurantes.

Esa noche me uní a Markham cuando conducía su coche a casa La autopista de Schuylkill estaba muy concurrida y me trajo recuerdos de Nochevieja. Justo cuando llegamos al cruce con la autopista Roosevelt hice que nuestro amigo metiera el coche en el arcén, pusiera las luces intermitentes de emergencia, saliera y se pusiera delante del Chrysler. Le ayudé a quedarse allí más de un minuto, rascándose la calva y preguntándose qué le pasaba al coche. Cuando llegó el momento, fue claro: los cuatro carriles llenos de tráfico a gran velocidad. Un gran camión en el andén.

Nuestro administrador dio un salto muy rápido con tres largas zancadas. Tuve tiempo de registrar el bramido de los claxones, de ver la expresión sorprendida de la cara del conductor del camión que se acercaba rápidamente, y la sensación de huida incrédula de los pensamientos de Markham antes de que el choque me devolviera a otros puntos de vista. Busqué a la enfermera Sewell y compartí su ansiedad por el rápido cambio y la llegada de su joven interno.

El tiempo significaba muy poco para mí durante ese período. Me movía atrás y adelante en el tiempo tan fácilmente como me movía de un punto de vista a otro. Me gustaba particularmente revivir aquellos veranos en Europa con Nina y nuestro nuevo amigo Wilhelm.

Recordaba las noches frescas de verano, los tres paseando a lolargo de la elegante Ringstrasse donde se podía encontrar a todas las personas importantes de Viena paseando con su mejor librea. A Willu le gustaba ir al cine Colosseum, en Nussdorferstrasse, pero las pelícu las allí eran siempre aquellos aburridos bodrios alemanes de propa' ganda, y Nina y yo siempre conseguíamos convencer a nuestro joven guía para ir al Kruger-Kino, donde pasaban las nuevas películas americanas de gángsters. Recordé que una noche reí hasta las lágrimas con el espectáculo de Jimmy Cagney escupiendo palabras en un alemán austríaco muy feo en la primera película sonora doblada que había visto.

Después a menudo tomábamos una bebida en el Reiss-Barr, cerca de Karntnerstrasse, saludando a otros grupos de jóvenes juerguistas y relajándonos en la comodidad elegante de las sillas de cuero auténtico mirando el juego de la luz en la caoba, el vidrio, el cromo y el oropel y las mesas de mármol. A veces algunas de las prostitutas más elegantes de la cercana Kruggerstrasse venían con sus amigos y añadían una sensación atrevida, ilícita, a la noche.

A menudo acabábamos nuestras noches con una visita a Simpl, el mejor cabaret de Viena. El nombre completo de ese establecimiento era Simplicissimus y puedo recordar perfectamente que lo llevaban dos judíos: Karl Frakas y Fritz Grunbaum. Más tarde, cuando los camisas castañas y las tropas de asalto hacían estragos en las calles de la ciudad vieja, esos-dos cómicos hacían que los clientes se rieran a carcajadas con sus sketches de estereotipos nazis haciendo disparates en un encuentro social o discutiendo puntos de doctrina fascista mientras hacían el Sieg Heil a perros, gatos y a transeúntes. Recuerdo a Willi riendo hasta las lágrimas. Una vez rió tanto que se atragantó y Nina y yo tuvimos que darle sonoras palmadas en la espalda y ofrecerle nuestras copas de champaña. Algunos años después de la guerra, Willi mencionó vagamente durante una de nuestras reuniones que Frakas o Grunbaum -no recuerdo cuál- había muerto en uno de los campos que Willi había administrado durante algún tiempo antes de su traspaso hacia el frente del Este.

En ese tiempo Nina era muy bella. Llevaba su pelo rubio cortado y rizado a la última moda y a causa de su herencia podía permitirse los mejores vestidos de seda de París. Recuerdo especialmente un vestido verde, muy escotado por delante, el suave tejido cayendo sobre sus

pequeños pechos y cómo el verde hacía resaltar el delicado sonrojo de su cutis de melocotón y complementaba el azul de sus ojos.

No recuerdo exactamente quién propuso el «juego» ese primer verano, pero sí nuestra excitación y la emoción de la caza llevada a cabo por otro. Hacíamos turnos «usando» a diferentes peleles, conocidos, amigos de nuestros pretendidos blancos, un error que no repetimos. El verano siguiente jugamos el «juego» aún con más ardor, sentados en nuestras habitaciones de hotel de Joseftadterstrasse y «usando» el mismo instrumento -un paleto estúpido y de cuello grueso que nunca fue cogido, pero del que Willi dispuso más tarde- y el acto de los tres presentes en el mismo cerebro, compartiendo las mismas violentas experiencias era en cierta manera más íntimo y excitante que cualquier menage sexual que pudiéramos haber experimentado.

Recordé el verano que pasamos en Bad Ischl. Nina hizo una broma sobre la estación donde hicimos nuestro único cambio de tren desde Viena, un pequeño pueblo llamado Attnang-Puchheim. Repetido muy deprisa, Attnang-Puchheim pronto se convirtió en el sonido del mismo tren. Reímos hasta que no pudimos más y después empezamos de nuevo. Recuerdo las miradas severas de una vieja viuda delante de nosotros.

Fue en Bad Ischl donde me encontré sola en el Café Zauner una tarde. Había ido como siempre a mis lecciones de canto, pero el profesor estaba enfermo y cuando volví al café donde Willi y Nina siempre me esperaban, nuestra mesa habitual estaba vacía.

Volví al hotel donde Nina y yo nos hospedábamos, en la Explanada. Recuerdo que sentía cierta curiosidad sobre qué excursión improvisada habían hecho mis amigos y por qué no me habían esperado. Abrí la puerta y caminé la mitad de la sala de estar hasta que oí los ruidos en la habitación de Nina. Al principio los tomé por gemidos de aflicción y corrí hacia su habitación con la ingenua idea de ayudar a la doncella o quienquiera que estuviese en peligro.

Eran Nina y Willi, claro. No estaban afligidos. Me acuerdo de la palidez de los muslos de Nina y de los costados de Willi que se movían a la luz débil que se filtraba por las cortinas castañas. Me quedé allí todo un minuto, observando, antes de volverme y dejar silenciosamente la habitación. Durante ese largo minuto, la cara de Willi estuvo girada, oculta en el hombro de Nina y la almohada del edredón, pero Nina volvió hacia mí su cara y sus ojos azules claros casi enseguida. Estoy segura de que me vio. Pero no paró ni cesó el gruñido de sonidos animales que venía de su boca abierta, rosada y perfecta.

A mediados de marzo decidí que era hora de dejar el hospital y Filadelfia, y volver a casa.

Hice que Howard Warden se encargara de los detalles de la mudanza. Pero, aun con sus ahorros, Howard sólo podía reunir dos mil quinientos dólares. Nunca llegaría a ser nadie. Nancy, por otro lado, cerró la cuenta abierta con la herencia de su madre y apareció con unos reconfortantes cuarenta y ocho mil dólares. Estaban apartados para el colegio de los niños, pero eso ya no interesaba.

Hice que el doctor Hartman visitara el castillo. Howard y Nancy esperaron en sus habitaciones mientras el doctor visitaba la habitación de las niñas con sus dos jeringuillas. Después el médico se encargó-,de los detalles. Me acordé del pequeño y agradable claro en el bosque de Fairmont Park un kilómetro hacia el puente del ferrocarril. A la mañana siguiente, Howard y Nancy daban de comer al pequeño Justin de cinco años, y -por la fuerza de mi condicionamiento- no notaron nada extraño, excepto un relámpago ocasional de reconocimiento no muy diferente de esos sueños en los que uno descubre de repente que ha olvidado vestirse y que está sentado desnudo en la escuela o en algún otro sitio público.

Eso pasó. Howard y Nancy se ajustaron muy bien al hecho de tener sólo un hijo, y yo estaba muy contenta de haber decidido no utilizar a Howard en las acciones necesarias. El condicionamiento es siempre más fácil y tiene más éxito si no hay ningún vestigio de trauma ni resentimiento.

La boda del doctor Hartman y de la enfermera jefe Oldsmith fue un trabajo fácil; fue oficiada por el juez de paz de Filadelfia y actuaron como testigos la enfermera Sewell, Howard,

Nancy y Justin. Me pareció que eran una pareja encantadora, aunque hay quien dice que la enfermera Oldsmith tiene una cara seca y malhumorada.

Cuando se decidió la mudanza, el doctor Hartman contribuyó al fondo colectivo. Tardó un poco en vender ciertas acciones e intereses en propiedades, así como en deshacerse del absurdo Porsche nuevo que tanto le gustaba, pero después de hacer los depósitos para continuar pasándoles la pensión alimenticia a sus dos ex esposas, aún pudo contribuir con 185.600 dólares a nuestra aventura. Considerando que el doctor Hartman, de hecho, pronto se jubilaría, llegaba para los gastos básicos durante el futuro inmediato.

Pero no llegaba para resolver el problema de comprar mi vieja casa y la de los Hodges. Yo no tenía ningún interés en permitir que vivieran extraños al otro lado del patio. Como idiotas que eran, los Warden no tenían aseguradas a las hijas. Howard tenía una póliza de diez mil dólares sobre su propia persona, pero eso no era nada en relación con el precio de las propiedades en Charleston.

Al final fue la madre del doctor Hartman, con ochenta y dos años, que vivía en Palm Springs, quien ofreció la mejor solución. Era Miércoles de Ceniza, el doctor estaba operando cuando llegó la noticia de la súbita embolia de su madre. Él fue a la costa Oeste esa misma tarde. El entierro se llevó a cabo el sábado, 7 de marzo, porque había algunos detalles legales que resolver. Volvió a casa el miércoles, 11. Yo no vi motivo para que Howard no pudiera volver en el mismo vuelo. La herencia fue de un poco más de cuatrocientos mil dólares. Hicimos la mudanza una semana después, el día de San Patricio.

Había algunos detalles finales que resolver antes de dejar el Norte. Yo me sentía bien con mi pequeña familia -Howard, Nancy y el pequeño Justin-, así como con nuestros futuros vecinos, el doctor Hartman, la enfermera Oldsmith y la señorita Sewell, pero sentía que faltaba seguridad. El doctor era un hombre pequeño, de metro sesenta, y delgado, y aunque Howard era alto y fuerte, resultaba algo torpe por. que era lento de pensamiento, y gran parte de su peso lo sumaba la grasa. Necesitábamos uno o dos miembros más en el grupo para ayudarme a sentirme más segura.

Howard trajo a Culley al hospital el fin de semana anterior a nuestra marcha. Era un gigante de más de un metro ochenta y cinco, que pesaba como mínimo ciento cuarenta kilos, todos visibles en una masa compacta de músculo. Culley era medio idiota, incapaz de hablar con coherencia, pero rápido y ágil como un tigre. Howard me explicó que Culley había sido capataz asistente de Parques antes de ser encarcelado por asesinato siete años atrás. Había vuelto el año anterior para trabajar en el nivel más bajo y duro de manutención: limpiando tocones, arrancando viejas estructuras, pavimentando senderos y caminos, sacando nieve. Culley había trabajado sin quejarse y ya no estaba en libertad condicional.

La cabeza de Culley se estrechaba desde su punto más ancho en la coyuntura de la mandíbula y el cuello al punto más estrecho en la cima de un cráneo casi puntiagudo y con un pelo tan desastrosamente rapado casi al cero que parecía cortado por un peluquero ciego y sádico.

Howard le había dicho a Culley que había una oportunidad de empleo única para él, aunque se lo dijo con palabras más simples. Traerlo al hospital había sido idea mía.

-Ésta será tu ama -le dijo Howard apuntando hacia la cama donde yo reposaba-. La servirás, la protegerás, darás tu vida por ella si es necesario.

Culley hizo un sonido parecido al de un gato aclarándose la garganta.

-¿Esta vieja aún vive? -preguntó-. Parece muerta.

Entonces entré en él. Había poca cosa en aquel cráneo apretado excepto motivaciones básicas: hambre, sed, miedo, orgullo, odio y un deseo de agradar basado en una sensación vaga de querer pertenecer ,1 alguien, de querer ser amado. Fue en esa necesidad final en la que me centré, fue con ella que trabajé. Culley se quedó sentado en mi habitación dieciocho horas seguidas. Cuando se marchó para ayudar a Howard a empaquetar y a hacer otros preparativos, no había nada del Culley original excepto su tamaño, fuerza, rapidez y necesidad de agradar. De agradarme.

Nunca supe si Culley era su nombre o su apellido.

Cuando yo era joven, tenía una debilidad siempre que trabajaba no podía resistir recolectar recuerdos. Incluso en Viena, con Willy y Nina, mis compras compulsivas de recuerdos pronto se transformaron en una fuente de humor para mis compañeros. Llevaba muchos años viajando, pero mi debilidad por los recuerdos no había desaparecido del todo.

La noche del 16 de marzo, hice que Howard y Culley fueran en coche a Germantown. Aquellas calles tristes eran para mí como el paisaje de un sueño medio recordado. Creo que Howard se hubiera puesto nervioso en ese barrio negro -a pesar de su condicionamiento- sin la tranquilizadora compañía de Culley.

Yo sabía lo que quería; recordaba su primer nombre y la descripción, pero nada más. Los primeros cuatro chicos a los que Howard se dirigió o rehusaron contestar o lo hicieron con epítetos coloridos, pero el quinto, un desaliñado chico de diez años, vestido sólo con una camiseta rasgada a pesar del frío, dijo:

-Sí, hombre, hablas de Marvin Gayle. Acaba de salir de la cárcel, hombre, por incitar a un motín o a una mierda parecida. ¿Qué quieres de Marvin?

Howard y Culley consiguieron la dirección de su casa sin responder a esa pregunta. Marvin Gayle vivía en el segundo piso de un edificio carcomido, cubierto con tablillas, entre dos casas más altas. Un chico pequeño abrió la puerta y Culley y Howard entraron en una sala de estar con un sofá viejo cubierto por una colcha rosa, una vieja televisión que mostraba las imágenes de un concurso, paredes desconchadas con algunos grabados religiosos y una foto de Robert Kennedy; una adolescente recostada en el sofá miró a los visitantes.

Una negra gorda vino de la cocina secándose las manos en un delantal a cuadros.

-¿Qué quieren?

-Nos gustaría hablar con su hijo, señora -dijo Howard.

-¿Sobre qué? -preguntó la mujer-. Ustedes no son de la policía. Marvin no ha hecho nada. Dejen a mi chico en paz.

-No, señora -dijo Howard, zalamero-. Sólo queríamos ofrecerle un trabajo a Marvin.

-¿Un trabajo? -La mujer miró, con suspicacia, a Culley y después de nuevo a Howard-. ¿Qué tipo de trabajo?

-Todo va bien, mamá -dijo Marvin Gayle desde la puerta del cuarto interior, vestido con unos pantalones cortos y una camiseta enorme. Tenía una expresión tranquila y sus ojos estaban indecisos, como si acabase de despertarse.

-Marvin, tú no tienes que hablar con estos tipos si...

-Todo va bien, mamá. -La miró con esa cara inexpresiva hasta que ella bajó los ojos. Entonces Marvin miró a Culley y después desvió la mirada hacia Howard-. ¿Qué quieres, tío?

-¿Podemos hablar fuera? -preguntó Howard.

Marvin se encogió de hombros y nos siguió afuera a pesar de la oscuridad y del viento helado. La puerta se cerró sobre las protestas de su madre. Miró a Culley y después se acercó a Howard. No había la mínima expresión en sus ojos, pues sabía lo que pasaría enseguida y casi lo deseaba.

-Te ofrecemos una nueva vida -murmuró Howard-. Una vida completamente nueva...

Marvin empezó a hablar, pero desde quince kilómetros de distancia yo «empujé» y la boca del chico de color se aflojó y no terminó la primera palabra. Técnicamente hablando, yo ya había «usado» a este chico con anterioridad, brevemente, en esos últimos minutos locos antes de decir adiós a Grumblethorpe, y eso podía haber hecho la cosa más fácil. Pero eso no tenía realmente importancia. Nunca podría haber echo lo que hice esa noche antes de mi enfermedad. Trabajando a través del filtro de las percepciones de Howard Warden, mientras controlaba simultáneamente a Culley, a mi médico y a otra media docena de peleles condicionados en otros tantos sitios, aún podía proyectar mi fuerza de voluntad tan poderosamente que el chico de color jadeó, se tambaleó hacia atrás, miró vagamente y esperó mi primera orden. Sus ojos ya no parecían drogados y vencidos; ahora reflejaban la mirada brillante, transparente, de su cerebro gravemente dañado.

Cualquiera que hubiera sido la triste existencia de Gayle, sus pensamientos, recuerdos y pobres aspiraciones habían desaparecido para siempre. Nunca antes había llevado a cabo este tipo de condicionamiento total de un solo golpe, y durante un largo minuto mi casi olvidado cuerpo se torció en el tornillo de la parálisis total en la cama del hospital donde la enfermera Sewell me hacía un masaje.

El receptáculo que había sido Marvin Gayle esperaba tranquilamente en medio del viento helado y la oscuridad.

Finalmente hablé a través de Culley, sin necesitar la orden verbal, pero deseando oírla a través de la conciencia de Howard.

-Vístete deprisa -dijo él-, dale esto a tu madre. Dile que es un anticipo del sueldo.

Culley le entregó al joven negro un billete de cien dólares.

Marvin se metió en casa y salió tres minutos después. Llevaba sólo pantalones vaqueros, un jersey, zapatos de lona y una cazadora negra de cuero. No llevaba equipaje. Así era como yo lo quería; le conseguiríamos ropa adecuada cuando nos marchásemos.

En todos mis años de pubertad, no recuerdo ninguna época en que no tuviéramos criados de color. Parecía apropiado que volviera a ser así a mi regreso a Charleston.

No podía dejar Filadelfia sin llevarme un recuerdo a casa.

El convoy de dos coches y la furgoneta alquilada con mi cama y los aparatos médicos hizo el viaje en tres días. Howard había ido por delante en el Volvo de la familia, al que Justin llamaba «el Oval azul», para hacer los arreglos finales, ventilar la casa y preparar el camino para mi regreso.

Llegamos mucho después del anochecer. Culley me llevó arriba, con el doctor Hartman asistiéndome y la enfermera Oldsmith caminando al lado con la botella intravenosa.

Mi habitación brillaba, llena de luz; el edredón estaba girado; las sábanas eran limpias y frescas; la madera oscura de la cama, del escritorio y del armario olían a cera de limón, y mis cepillos para el pelo estaban en perfecto estado sobre el tocador.

Todos lloramos. Las lágrimas corrían por las mejillas de Culley cuando me colocó tiernamente, casi reverentemente, en la larga cama. El olor a ramas de palmito y mimosa entraba por la ventana entreabierta.

Trajeron el equipo y lo instalaron. Resultaba extraño ver el brillo verde de un osciloscopio en mi habitación de siempre. Durante un minuto, todos estuvieron allí: el doctor Hartman y su nueva esposa, la enfermera Oldsmith, llevando a cabo sus últimas tareas médicas; Howard y Nancy con el pequeño Justin entre ellos, como si estuvieran posando para una foto de familia; la joven enfermera Sewell sonriéndome desde la ventana, y, junto a la puerta, Culley llenando todo el espacio, con un aire no menos macizo a pesar de su uniforme blanco de enfermero, y, apenas visible en el vestíbulo, Marvin con frac, corbatín y guantes blancos en sus bien lavadas manos.

Howard tuvo un pequeño problema cuando se encontró con la señora Hodges, que no quería vender la casa de al lado, sino sólo alquilarla. Yo no podía aceptar eso.

Pero me ocuparía de eso por la mañana. Por el momento estaba en casa -en mi casa- y rodeada de mi cariñosa familia. Por primera vez en semanas dormiría de verdad. Es posible que hubiese algunos pequeños problemas -la señora Hodges era uno de ellos-, pero los resolvería mañana. Mañana sería otro día.

39

Diez mil metros por encima de Nevada, sábado 4 de abril de 1981

-Otra vez, Richard -dijo C. Arnold Barent.

La cabina adaptada del Boeing 747 se oscureció y una vez más las imágenes danzaron en la gran pantalla de vídeo. Hubo gritos, confusión. Un agente del Servicio Secreto saltó hacia delante, parecía que era levantado en puntillas por un hilo invisible. Los tiros parecían poco peligrosos. Una metralleta Uzi apareció en las manos de otro agente como por encanto. Varios hombres dominaban a un joven en el suelo. La cámara cambió el plano y pasó a un hombre caído con sangre en la cabeza calva. Un policía estaba boca abajo. El agente con la Uzi se agachó y dio órdenes como un policía de tráfico mientras los otros luchaban con el sospechoso. El presidente había sido empujado hacia su coche por una oleada de agentes y ahora el largo coche negro aceleraba para alejarse del lugar, dejando la confusión y el ruido atrás.

-Muy bien, para aquí, Richard -dijo Barent. La imagen del coche retrocediendo quedó bloqueada en la pantalla mientras las luces de la cabina se encendían-. ¿Señores? -dijo Barent.

Tony Harod parpadeó y miró alrededor. C. Arnold Barent estaba sentado al borde de su ancha mesa curva. Detrás de él brillaban teléfonos y terminales de ordenadores. Fuera de la cabina estaba oscuro y el ruido de los motores de reacción era amortiguado por la teca del interior de la cabina. Joseph Kepler estaba sentado delante de Barent. El traje gris de Kepler parecía recién planchado, sus zapatos negros brillaban. Harod miró su cara granulosa y pensó que Kepler se parecía mucho a Charlton Heston y que ambos eran unos pelmazos. Hundido en una silla cerca de Barent, el reverendo Jimmy Wayne Sutter cruzaba

las manos sobre su amplio estómago. Su largo cabello cano centelleaba al brillo de las luces del techo. La única otra persona presente era el nuevo asistente de Barent, Richard Haines. María Chen y los otros esperaban en la cabina delantera.

-Me parece -empezó Jimmy Wayne Sutter, y su voz entrenada en el púlpito rodó y se alzó- que alguien intentó matar a nuestro amado presidente.

La boca de Barent se crispó.

-Eso es evidente. Pero ¿por qué Willi Borden se arriesgaría tanto? ¿Y el blanco era Reagan, o era yo?

-No te he visto en el vídeo -dijo Harod. Barent miró al productor.

-Estaba a menos de cinco metros del presidente, Tony. Acababa de salir por la puerta lateral del Hilton cuando oí los disparos. Richard y otros hombres de seguridad me empujaron rápidamente hacia el edificio.

-Yo sigo sin creer que Willi Borden haya tenido algo que ver con este asunto -dijo Kepler-. Hoy sabemos más de lo que sabíamos la semana pasada. Ese Hinckley tenía un largo pasado de problemas mentales. Llevaba un diario. Todo giraba alrededor de su obsesión por Jodie Foster, por el amor de Dios. No encaja en el perfil. El viejo podía haber usado a uno de los agentes del propio Servicio Secreto de Reagan, o a un policía de Washington como el que resultó herido. Y el viejo fue oficial de la Wehrmacht, ¿verdad? ¡Debería saber usar algo más sólido que una pistola de juguete del calibre 22!

-Cargada con balas explosivas -le recordó Barent-. Sólo por accidente no explotaron.

-Fue sólo un accidente que la bala que rebotó en la puerta del coche cogiera a Reagan -dijo Kepler-. Si Willi estuviera implicado, habría esperado hasta que tú y el presidente estuvierais cómodamente sentados y después habría hecho que el agente con la Uzi o la Mac-10 o lo que fuera os abatiera sin ningún riesgo de fracaso.

-Una idea reconfortante -dijo Barent secamente-. Jimmy, ¿que piensas?

Sutter se pasó un pañuelo de seda por el cuello y se encogió de hombros.

-Joseph tiene un punto a su favor, hermano C. El muchacho es un chiflado reconocido. Parece un esfuerzo excesivo y absurdo crear una historia como ésa y después no dar en el blanco.

-Él no falló -dijo Barent en voz baja-. El presidente recibió una bala en el pulmón izquierdo.

-Quiero decir no darte a ti -matizó Sutter con una sonrisa-. Al fin y al cabo, ¿qué tiene que ver el amigo de nuestro productor con nuestro pobre Ronnie? Ambos son productores de Hollywood.

Harod se preguntó si Barent querría saber su opinión. Era, al fin y al cabo, la primera vez que participaba en una reunión como miembro de la junta del Island Club.

-¿Tony? -preguntó Barent.

-No lo sé -dijo Harod-. Simplemente, no lo sé.

Barent hizo una señal a Richard Haines.

-Quizás esto nos ayude en nuestras deliberaciones -dijo Barent.

Las luces disminuyeron y en la pantalla apareció una película temblorosa y granulosa que había sido pasada a vídeo. Se vieron varias escenas de una multitud expectante. Pasaron varios coches de la policía y un desfile de coches y vehículos del Servicio Secreto. Harod comprendió que asistía a la llegada del presidente al Washington Hilton.

-Encontramos y confiscamos todas las fotos y películas que fue posible -continuó Barent.

-¿Quién las confiscó? -preguntó Kepler.

Barent enarcó una ceja.

-Aunque la muerte de Charles fue una gran pérdida, Joseph, todavía tenemos algunos contactos con ciertas agencias. Mira esto.

La película mostraba sobre todo la calle vacía y algunas nucas. Harod pensó que había sido tomada a unos treinta o cuarenta metros del lugar del atentado, al otro lado de la calle, por un ciego con parálisis cerebral. Al idiota que había filmado eso parecía traerle sin cuidado mantener la cámara mínimamente estabilizada. No había sonido. Cuando se produjeron los disparos, se notaron sólo por un aumento de la conmoción en la pequeña multitud; el videoaficionado en ese momento no apuntaba al presidente.

-¡Aquí! -dijo Barent.

La película se bloqueó en un fotograma congelado en la gran pantalla de vídeo. El ángulo era extraño, pero se veía una cara de viejo entre los hombros de otros dos espectadores. El hombre, que parecía tener unos setenta años, de cabello blanco que afloraba por debajo de una gorra deportiva, observaba atentamente la escena que acontecía al otro lado de la calle. Tenía los ojos pequeños y fríos.

-¿Es él? -preguntó Sutter-. ¿Estás seguro?

-No se parece a las fotos de él que he visto -dijo Kepler.

-¡Tony! -gritó Barent.

Harod sintió gotas de sudor en el labio superior y la frente. Aquella imagen congelada era granulosa, estaba distorsionada por las lentes de mala calidad y la película barata. Había un octágono de brillo de luz en la parte inferior de la imagen. Harod comprendió que podía decir que la película estaba demasiado borrosa, que realmente no lo sabía. Podía mantenerse al margen.

-Sí -dijo Harod-, es Willi.

Barent hizo una señal y Haines apagó el vídeo, encendió las luces y se marchó. Durante algunos segundos se escuchó sólo el zumbido tranquilizador de los motores de reacción.

-¿Quizás una coincidencia, Joseph? -le preguntó C. Arnold Barent.

Dio una vuelta y se sentó detrás de su mesa baja y curva.

-No -dijo Kepler-, pero sigue sin tener sentido. ¿Qué intenta probar él?

-Quizá que todavía está aquí -propuso Jimmy Wayne Sutter-. Que espera. Que puede llegar hasta nosotros, hasta cualquiera de nosotros, cuando quiera. -Sutter bajó la cabeza y sus mandíbulas y barbilla se arrugaron, sonrió a Barent por encima de las bifocales-. Supongo que no harás más apariciones personales durante algún tiempo, hermano C. -dijo.

Barent levantó los dedos.

-Éste será nuestro último encuentro antes del campamento de verano del Island Club en junio. Estaré fuera... por negocios... Hasta entonces, os pido que toméis las precauciones adecuadas.

-¿Precauciones ante qué? -preguntó Kepler-. ¿Qué quiere él? Ya le ofrecimos ser miembro del Club por todos los canales imaginables. Hasta le enviamos a ese psiquiatra judío con un mensaje, y estamos seguros de que estuvo en contacto con Luhar antes de la explosión que los mató a los dos...

-La identificación fue incompleta -dijo Barent-. El registro dental del doctor Laski desapareció del archivo de su dentista de Nueva York.

-Sí -admitió Kepler-, ¿y qué? El mensaje le fue transmitido con casi total certeza. ¿Qué quiere Willi?

-¿Tony? -dijo Barent. Los tres hombres miraban a Harod. -¿Cómo demonios voy a saber lo que quiere?

-Tony, Tony -dijo Barent-, tú fuiste colega suyo durante años.

Comiste con él, bromeaste con él... ¿qué es lo que quiere? -El juego.

-¿Qué? -preguntó Sutter.

-¿Qué juego? -preguntó Kepler inclinándose-. ¿Quiere entrar en el juego de la isla después del campamento de verano? Harod meneó la cabeza.

-No -dijo-. Conoce vuestros juegos en la isla, pero éste es el juego que le gusta. Es como en los buenos viejos tiempos en Alemania creo, cuando él y las dos viejas eran jóvenes. Es como el ajedrez. Willi está loco por el ajedrez. Una vez me contó que sueña con el ajedrez Cree que estamos todos en un jodido juego de ajedrez.

-Ajedrez -murmuró Barent, y golpeó en la mesa con los dedos juntos.

-Sí -dijo Harod-, Trask hizo un mal movimiento, internó demasiado a un par de peones en el territorio de Willi. Paf. Trask es sacado del tablero. Lo mismo con Colben. Nada personal, sólo... ajedrez.

-Y la vieja -dijo Barent-, ¿era una dama espontánea o sólo otro de los muchos peones de Willi?

-¿Como cojones quieres que lo sepa? -respondió Harod. Se levantó y dio unos silenciosos pasos sobre la gruesa alfombra-. Conociendo a Willi -dijo-, sé que no confiaría en nadie como aliado en este tipo de asunto. Quizá la temía. Una cosa es cierta: nos llevó a ella porque sabía que la habíamos infravalorado.

-Lo hicimos -dijo Barent-. Tenía una «aptitud» extraordinaria.

-¿Tenía? -preguntó Sutter.

-Disponemos de pruebas que demuestran que todavía está viva -dijo Joseph Kepler.

-¿Qué hay sobre la vigilancia de su casa en Charleston? -preguntó el reverendo-. ¿Alguien ha continuado la vigilancia de Nieman y del grupo de Charles?

-Mi gente está allá -dijo Kepler-. No hay novedad.

-¿Las compañías aéreas y cosas así? -insistió Sutter-. Colben estaba seguro de que ella intentaba salir del país antes de que algo la asustara en Atlanta.

-El problema no es Melanie Fuller -les interrumpió Barent-. Como Tony ha señalado muy correctamente, ella era una diversión, una pista falsa. Si está viva podemos ignorarla, y además es irrelevante preguntarse el papel que ella tuvo en todo eso. El problema al que nos enfrentamos ahora es saber cómo tenemos que reaccionar ante este reciente... gambito... de nuestro amigo alemán.

-Sugiero que lo ignoremos -dijo Kepler-. El incidente del lunes era sólo la forma que tuvo el viejo de mostrarnos que aún tiene dientes. Todos estamos de acuerdo en que si hubiera querido matar al señor Barent, podría haberlo hecho. Entonces, que el viejo gilipollas se divierta. Cuando esté satisfecho, hablaremos con él. Si comprende las reglas, podrá tener el quinto asiento en el club. Si no..., quiero decir, mierda, señores, entre los tres..., perdóname, Tony, entre los cuatro... contamos con centenares de agentes de seguridad a nuestras órdenes. ¿Cuántos tiene Willi, Tony?

-Dos cuando dejó Los Ángeles -dijo Harod-. Jensent Luhar y Tom Reynolds. Pero no eran pagados, eran sus animales de compañía.

-¿Veis? -dijo Kepler-. Esperamos hasta que se canse de jugar este juego unilateral y después negociamos. Si no negocia, mandamos a Haines y alguno de los vuestros, o a algunos de mis fontaneros.

-¡No! -vociferó Jimmy Wayne Sutter-. Hemos puesto la otra mejilla demasiadas veces. «¡El Señor se venga de sus enemigos y es inflexible para con sus adversarios. El Señor es paciente y grande en poderío y no deja a nadie impune... Su furor se difunde como fuego, y ante El se quiebran las rocas... Destruye enteramente a los que se le resisten, a sus enemigos, y los lanza a las tinieblas!» Nahum 1, 2.

Joseph Kepler contuvo un bostezo.

-¿Quién habla del Señor, Jimmy? Hablamos de cómo enfrentarnos a un nazi senil con una resaca de ajedrez.

La cara de Sutter se puso roja y apuntó un dedo a Kepler. El gran rubí en su dedo absorbió la luz.

-No me tomes el pelo -avisó con un gruñido bajo-. El Señor me habló y no será negado a través de mí. -Sutter miró alrededor-. «Si alguno de vosotros se halla falto de sabiduría, pídala a Dios, que a todos da largamente, y sin reproche, y le será otorgada» -concluyó con voz cavernosa-. Santiago 1, 5.

-¿Y qué dice Dios sobre este asunto? -preguntó Barent en voz baja.

-Este hombre puede perfectamente ser el Anticristo -aseguró Sutter, su voz ahogaba el zumbido de los motores de reacción-. Dios dice que tenemos que encontrarlo y destruirlo. Tenemos que aplastarlo totalmente. Tenemos que encontrarlos a él y a sus secuaces..., «beberá el vino de la ira de Dios, y será atormentado con fuego y azufre en la presencia de los ángeles sagrados, y en la presencia del Cordero; y el humo de sus tormentos subirá para siempre».

Barent sonrió ligeramente.

-Jimmy, ¿debo suponer por lo que dices que no estás a favor de negociar con Willy y ofrecerle ser miembro del Club?

El reverendo Jimmy Wayne Sutter bebió un largo sorbo de su bourbon con agua.

-No -dijo con una voz tan baja que Harod tuvo que inclinarse para oírlo-, pienso que debemos matarlo.

Barent meneó la cabeza y giró su gran silla de cuero.

-Votación empatada -anunció-. Tony, ¿qué piensas?

-Me abstengo -dijo Harod-, pero creo que una cosa es decidir,
pero encontrar a Willi y liquidarlo es otra. Basta con ver la confusión
que creamos con Melanie Fuller.

-Charles cometió ese error y Charles pagó por él -sentenció Barent. Miró a los otros dos hombres-. Bien, como Tony se abstiene en este asunto, parece que yo tengo el honor del voto de desempate.

Kepler abrió la boca como si fuera a hablar pero se lo pensó mejor. Sutter bebió su bourbon en silencio.

-Sea lo que fuere que nuestro amigo Willi quería hacer en Washington -dijo Barent-, no me gustó. De todas formas, lo interpretaremos como un acto de resentimiento y lo dejaremos así por ahora. Quizás el conocimiento de Tony de la obsesión de Willi por el ajedrez sea el mejor guía que tenemos en este asunto. Tenemos dos meses antes del campamento de verano en la isla Dolmann y nuestras..., ah..., subsiguientes actividades allí. Tenemos que mantener claras nuestras prioridades. Si Willi se abstiene de hostigarnos más, podremos estudiar una negociación más tarde. Si sigue resultando molesto..., un solo incidente más..., usaremos todos nuestros recursos públicos y privados para encontrarlo y destruirlo de una manera..., ah..., consistente con el consejo de Jimmy sobre la Revelación. Era la Revelación, ¿verdad, hermano J?

-Precisamente, hermano C.

-Bueno -dijo Barent-. Creo que me iré delante a dormir un poco. Tengo un encuentro mañana en Londres. Todos vosotros encontraréis compartimientos para dormir ya preparados. ¿Dónde os gustaría apearos?

-Los Ángeles -dijo Harod.

-Nueva Orleans -dijo Sutter.

-Nueva York -dijo Kepler.

-Hecho -dijo Barent-. Donald me informó hace algunos minutos que estábamos sobre Nevada. Por eso dejaremos primero a Harod. Siento que no puedas pasar la noche con nosotros, Tony, pero quizá quieras cerrar los ojos un momento antes del aterrizaje.

-Sí -aceptó Harod.

Barent se levantó y Haines apareció abriendo la puerta del corredor delantero.

-Hasta nuestro próximo encuentro en el campamento de verano del Island Club, caballeros -dijo Barent-. Ciao, y buena suerte a todos.

Un criado con una chaqueta deportiva azul condujo a Harod y a María Chen a su compartimiento. La parte trasera del 747 había sido transformada en el gran despacho, un salón y el dormitorio del millonario. Después del despacho, a la izquierda de un pasillo que a Harod le recordó los trenes europeos en los que había viajado, estaban los grandes compartimientos, decorados con tonos sutiles de verde y coral, con baño privado y dormitorio con una cama grande, un sofá y un televisor en color.

-¿Dónde está la chimenea? -murmuró Harod al criado.

-Creo que es el avión del jeque Muzad el que tiene chimenea -respondió el elegante muchacho uniformado sin el menor indicio de sonrisa.

Harod se había servido otro vodka con hielo y se había reunido con María Chen en el sofá cuando se oyó un golpe suave en la puerta. Una chica con una chaqueta idéntica a la del chico de antes dijo:

-El señor Barent pregunta si usted y la señorita Chen gustarían de reunirse con él en el Salón Orión.

-¿El Salón Orión? -dijo Harod-. Claro, qué caray.

Siguieron a la chica por el pasillo y a través de una puerta sólo manejable con tarjeta de seguridad hasta una escalera de caracol. En un 747 comercial, Harod lo sabía, la escalera conducía al salón de primera clase. Cuando llegaron al final de la oscura escalera, Harod y María Chen se detuvieron, atemorizados. La chica se volvió atrás, bajó por la escalera, cerró la puerta al final y cortó el último reflejo de luz de abajo.

La sala tenía el mismo tamaño que el salón normal del 747, pero era como si alguien hubiese quitado la parte de arriba del avión para dejar una plataforma abierta a los cielos a diez mil metros de altura. Miles de estrellas brillaban arriba y a aquella altitud parecía que no centelleaban; Harod podía ver a izquierda y derecha del borde oscuro de las alas el centelleo rojo y verde de las luces de navegación y una moqueta de nubes iluminadas por las estrellas un kilómetro o más abajo. No había ningún sonido ni sensación de separación entre el sitio donde ellos estaban y la extensión del cielo nocturno. Sólo unas siluetas bajas sugerían la presencia de algunos muebles oscurecidos y de una sola persona sentada. Detrás y debajo estaba la larga masa del avión, el lomo del fuselaje brillaba ligeramente a la luz de las estrellas, con un único faro brillando en lo alto de la cola.

-¡Dios! -murmuró Harod. Oyó el súbito jadeo de María Chen cuando se acordó de respirar.

-Me alegra que les guste -dijo la voz de Barent desde la oscuridad-. Siéntense.

Harod y María Chen se dirigieron, con precaución, hacia un grupo de sillas alrededor de una mesa circular mientras ajustaban los ojos a la luz de las estrellas. Detrás de ellos, la entrada de la escalera de caracol tenía sólo una faja roja de aviso en el último peldaño y la mampara del compartimiento de la tripulación era un hemisferio negro contra el campo de estrellas occidental. Cayeron sobre blandos almohadones y continuaron contemplando el cielo.

-Es plástico translúcido -explicó Barent-. Mas de treinta capas, realmente, pero casi perfectamente transparente y mucho más fuerte que el plexiglás. Hay muchos arcos de apoyo pero son de fibra muy fina y no interfieren en la visión de la noche. La superficie exterior se polariza durante el día y desde fuera parece una pintura negra brillante. Mis ingenieros tardaron un año en crearlo y después tardé

otros dos en convencer a la junta de Aviación Civil de que valía la pena. Si lo dejáramos todo al arbitrio de los ingenieros, los aviones ni siquiera tendrían ventanas para los pasajeros.

-Es magnífico -dijo María Chen. Harod podía ver la luz de las estrellas reflejadas en sus ojos oscuros.

-Tony, os he invitado a los dos a venir aquí porque esto os interesa a los dos -dijo Barent.

-¿Qué?

-La..., ah..., dinámica de nuestro grupo. Debes de haber notado cierta tensión en el aire.

-Me di cuenta de que todos estaban a dos dedos de perder la cabeza.

-Exacto -dijo Barent-. Los acontecimientos de los últimos meses han sido..., ah..., molestos.

-No comprendo por qué -dijo Harod-. La mayor parte de la gente no se excita cuando sus colegas vuelan por los aires o son lanzados al río Schuylkill.

-La verdad -dijo C. Arnold Barent- es que nos habíamos vuelto demasiado autocomplacientes. Teníamos nuestro club y nuestra manera de hacer las cosas desde hace demasiados años..., décadas realmente..., y puede que las pequeñas venganzas de Willi nos hayan ofrecido una... ah... poda necesaria.

-Mientras ninguno de nosotros sea podado también -intervino Harod.

-Precisamente. -Barent sirvió vino en una copa y la puso delante de María Chen. Los ojos de Harod ya se habían adaptado y ahora podía ver a los otros claramente, pero esto sólo hacía las estrellas más brillantes y la parte superior de las nubes más lechosa e iridiscente-. Entretanto -continuó Barent-, es natural que haya ciertos desequilibrios en un grupo dinámico que fue constituido de una manera muy precaria en circunstancias que ya no son operativas.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Harod.

-Quiero decir que hay un vacío de poder -dijo Barent, y su voz era tan fría como la luz de las estrellas que los bañaba-. O más exactamente, la percepción de un vacío de poder. Willi Borden hizo posible que cierta gente pequeña creyera que podía transformarse en gigante. Y por eso tendrá que morir.

-¿Willi? -dijo Harod-. Entonces, ¿todo ese discurso sobre posibles negociaciones para que él entre en el Club es un cuento?

-Sí -dijo Barent-. Si es necesario dirigiré el Club solo, pero de ninguna manera ese ex nazi se sentará nunca a nuestra mesa.

-¿Entonces por qué...? -Harod se calló y pensó un minuto-. ¿Crees que Kepler y Sutter están preparados para actuar?

Barent sonrió.

-Conozco a Jimmy desde hace muchos años. La primera vez que lo vi predicar fue en un campamento evangelista en Tejas, hace cuarenta años. Su «aptitud» no estaba enfocada, pero resultaba irresistible. Podía hacer que una tienda llena de sudorosos agnósticos hicieran todo lo que él quería, y que lo hicieran alegremente, en nombre de Dios. Pero Jimmy se está haciendo viejo y usa cada vez menos sus auténticos poderes de persuasión y se apoya en el aparato de persuasión que ha construido. Sé que estuviste en su pequeño reino mágico fundamentalista la semana pasada... -Barent levantó la mano para cortar la explicación de Harod-. No tiene importancia, Jimmy debe de haberte dicho que yo lo sabría... y lo entendería. No creo que Jimmy quiera volcar el carro, pero siente un posible cambio de poder y quiere estar en el lado adecuado cuando ocurra. La apariencia de Willi parece, en la superficie, haber cambiado una ecuación muy delicada.

-¿Pero no es así? -preguntó Harod.

-No -dijo Barent y esta sílaba suave fue tan definitiva como un disparo-. Se olvidan de hechos esenciales. -Barent extendió la mano hacia un cajón de la mesa baja delante de ellos y sacó una pequeña pistola automática-. Cógela, Tony.

-¿Por qué? -preguntó Harod, con piel de gallina.

-La pistola es auténtica y está cargada -dijo Barent-. Cógela, por favor.

Harod cogió el arma y la levantó sin apretar con ambas manos. -¿Y ahora?

-Apúntala hacia mí, Tony.

Harod parpadeó. Fuera cual fuese la demostración que Barent pretendía, no quería participar. Sabía que Haine y una docena más de guardias de seguridad estaban muy cerca.

-No quiero apuntarte -dijo Harod-. No me gustan estos jodidos juegos.

-Apunta el arma hacia mí, Tony.

-Joder -juró Harod, y se levantó para salir. Hizo un movimiento de despedirse con la mano y se dirigió hacia donde la luz roja mostraba el primer peldaño de la escalera.

-Tony-dijo la voz de Barent-, ven.

Harod sintió como si hubiera chocado contra una de las paredes de plástico. Sus músculos se tensaron como nudos y empezó a sudar. Intentó avanzar, apartarse de Barent, pero sólo consiguió caer de rodillas.

Una vez, cuatro o cinco años antes, él y Willi llevaron a cabo una sesión durante la que el viejo había intentado ejercer poder sobre él. Había sido un ejercicio entre amigos, en respuesta a una pregunta de

Harod sobre el «juego» de Viena del que Willi había hablado. En vez de sentir la ola caliente de dominación que Harod sabía que usaba con las mujeres, el ataque de Willi había sido como una vaga pero terrible presión en su cráneo, ruido blanco e intimidad claustrofóbica a la vez. Pero no hubo pérdida de control por parte de Harod. Había reconocido inmediatamente que la «aptitud» de Willi era mucho más fuerte que la suya -«más brutal» era la expresión que había pensado-, pero aunque Harod había dudado que pudiera «usar» a otra persona durante el ataque de Willi, no había tenido la sensación de que Willi podría haberle «usado». «Ja -había dicho Willi-, siempre es así. Podemos atacarnos, pero los que "usan" no pueden ser "usados", nicht wahr? Probamos nuestra fuerza con otros, ¿eh? Lástima, realmente. Pero un rey no puede tomar a un rey, Tony. Recuérdalo.»

Harod lo había recordado. Hasta ahora.

-Ven -dijo Barent. Su voz era aún suave, bien modulada, pero parecía reverberar, hasta que llenó el cráneo de Harod, llenó el salón, llenó el universo y las estrellas temblaron con su eco-. Ven, Tony.

Arrodillado, con los brazos, el cuello y el cuerpo tensos, Harod fue lanzado sobre la espalda como un doble arrancado de su caballo por un hilo invisible. El cuerpo de Harod sufrió un espasmo y sus botas batieron en la moqueta. Sus mandíbulas se cerraron y sus ojos sobresalieron de las cuencas. Harod sintió el grito formándose en su garganta y supo que nunca sería liberado, que aumentaría hasta que estallase, lanzando pedazos de su carne por todo el salón. De espaldas, las piernas rígidas y con espasmos, Harod sintió que los músculos de sus brazos se contraían y expandían, se contraían y se expandían, con los codos clavados en la moqueta, los dedos como garras, mientras se deslizaba hacia atrás, hacia la sombra sentada. «Ven, Tony». Como un niño de diez meses paralítico aprendiendo a andar a gatas, Tony Harod obedeció.

Cuando su cabeza tocó la mesilla baja de café, Harod sintió que el tornillo de control le liberaba. Su cuerpo tuvo un espasmo tan liberador que casi se orinó. Rodó y se puso de rodillas, con los brazos en el cristal negro de la mesa.

-Apunta el arma hacia mí, Tony -dijo Barent en el mismo tono familiar de antes.

Harod sintió que le entraba una rabia asesina. Sus manos se agitaron vivamente cuando cogió el arma, hizo fuerza en la culata, la levantó...

El cañón no se había aún levantado cuando vino el mareo. Tiempo atrás, durante su primer año en Hollywood, Harod había tenido una piedra en el riñón. El dolor había sido increíble. Más tarde un amigo le

había contado que imaginaba que era como ser apuñalado en la espalda. Harod sabía que no, pues había sido apuñalado en la espalda cuando pertenecía a una pandilla de Chicago cuando era un niño. La piedra en el riñón dolía más. Era como ser apuñalado de dentro hacia fuera, como si alguien pasara hojas de afeitar por tus entrañas y tus venas. Junto con el increíble dolor de la piedra había náuseas, vómitos,

retortijones y fiebre.

Esto era peor. Mucho peor.

Antes de que el cañón se levantara, Harod estaba acurrucado en el suelo, vomitando sobre su camisa de seda e intentando hacerse un ovillo. Junto con el dolor y el mareo y la humillación, notaba la agobiante idea de que había intentado herir al señor Barent. Esa idea resultaba insoportable. Era la idea más triste que Tony hubiese concebido alguna vez. Lloraba mientras

vomitaba y gemía de dolor. La pistola había caído de sus dedos fláccidos sobre el cristal negro de la mesa.

-Oh, no te sientes bien -dijo Barent en voz baja-. Quizá la señorita Chen pueda apuntarme el revólver.

-No -jadeó Harod, acurrucándose aún más.

-Sí -dijo Barent-. Quiero que lo haga. Dile que me apunte el arma, Tony.

-Apunta el arma -jadeó Harod-. ¡Apúntale!

María Chen se movió lentamente, como si estuviera bajo el agua. Levantó el revólver, lo apretó con sus pequeñas manos y apuntó a la cabeza de Harod.

-¡No! ¡A él! -Harod se dobló, pues los retortijones le atacaban de nuevo-. ¡A él!

Barent sonrió.

-Ella no tiene que oír mis órdenes para obedecerlas, Tony.

María Chen tiró del martillo con el pulgar. La boca negra estaba apuntada directamente a la cara de Harod. Harod podía ver el terror y el dolor detrás de los ojos castaños de María Chen. Ella nunca había sido «usada» antes.

-Imposible -jadeó Harod, sintiendo que el dolor y el mareo retrocedían y sabiendo que podían quedarle sólo algunos segundos de vida. Se tambaleó sobre las rodillas y alargó la mano como un escudo inútil contra la bala-. Imposible..., ¡ella es una «neutral»! -Casi gritó.

-¿Qué es un «neutral»? -preguntó C. Arnold Barent-. Yo nunca he encontrado ninguno, Tony. -Volvió la cabeza-. Aprieta el gatillo, por favor, María.

El martillo cayó. Harod oyó el clic. María apretó otra vez el gatillo. -Qué descuido -dijo Barent-. Olvidamos sacar el seguro. María, puedes ayudar a Tony a sentarse.

Harod se sentó, temblando, con el sudor y el vómito ensuciando su camisa, la cabeza baja, los brazos en las rodillas.

-Debra te llevará abajo y te ayudará a limpiarte, Tony -dijo Barent-. Y Richard y Gordon limpiarán esto. Si quieres subir más tarde a tomar una copa en el Salón Orión antes del aterrizaje, puedes hacerlo. Es un sitio único, Tony. Pero, por favor, recuerda lo que he dicho sobre la tentación que otros tendrán de.... ah..., reorganizar el orden natural de las cosas. Por lo menos en parte es culpa mía, Tony. Hace muchos años que la mayor parte de ellos no experimenta una..., ah..., demostración. La memoria se desvanece, incluso cuando es del mayor interés de la persona que eso no suceda. -Barent se inclinó hacia delante-. Cuando Joseph Kepler te haga una oferta, la aceptarás. ¿Entiendes, Tony?

Harod asintió con la cabeza. El sudor le caía sobre los pantalones sucios.

-Di sí, Tony.

-Sí.

-¿Y me lo comunicarás inmediatamente?

-Sí.

-Buen chico -dijo C. Arnold Barent y dio una palmadita en la mejilla de Harod. Giró su silla alta de manera que sólo se veía el espaldar, un obelisco negro contra las estrellas. Cuando la silla giró de nuevo, Barent había desaparecido.

Entraron varios asistentes a limpiar y desinfectar la moqueta. Un minuto después entró la chica con una linterna y cogió a Harod por el codo. Él le rechazó la mano. María Chen intentó tocarle en el hombro, pero él le dio la espalda y bajó por la escalera tambaleándose.

Veinte minutos después aterrizaron en el LAX. Un coche con chófer fue al encuentro del avión. Tony Harod no miró hacia atrás para ver cómo despegaba el 747.

40

Tijuana, México, lunes 20 de abril de 1981

Poco antes del anochecer, Saul y Natalie condujeron el Volkswagen alquilado hacia el nordeste, fuera de Tijuana. Hacía mucho calor. En cuanto dejaron la autopista 2, los suburbios se transformaron en un laberinto de carreteras sucias a través de pueblos de chozas de hojalata y cobertizos extendidos entre fábricas abandonadas y pequeños ranchos. Natalie leía el mapa dibujado por Jack Cohen mientras Saul conducía. Aparcaron el Volkswagen cerca de una pequeña taberna y fueron a pie hacia el norte a través de una nube de polvo y niños pequeños. Ardían hogueras en la ladera mientras el resto del crepúsculo rojo desaparecía. Natalie verificó el mapa y señaló un camino que bajaba por la ladera, cubierto de chatarra y pequeños grupos de hombres y mujeres sentados alrededor de hogueras o agachados en la oscuridad bajo los árboles. Más de medio kilómetro al norte, a través del valle, una cerca alta brillaba contra una ladera negra.

-Quedémonos aquí hasta que se haga completamente de noche -dijo Saul. Puso su maleta y una pesada mochila en el suelo-. Se dice que hay bandidos trabajando a ambos lados de la frontera. Sería irónico llegar tan lejos para ser asesinados por un bandido de frontera.

-Me va bien sentarme un momento -dijo Natalie. Habían caminado poco más de un kilómetro, pero su blusa de algodón azul estaba pegada a la piel y sus zapatos de lona estaban cubiertos de polvo. Los mosquitos zumbaban junto a sus oídos. Una única bombilla eléctrica que brillaba junto a un bar en la colina detrás de ellos había atraído tantas mariposas nocturnas que parecía que nevaba delante de ella.

Se quedaron sentados en un silencio exhausto durante media hora, agotados por treinta y seis horas de vuelo y la constante tensión de viajar con pasaportes falsos. El aeropuerto de Heathrow había sido el peor, tres horas de escala bajo la mirada de agentes de seguridad.

Natalie dormitaba a pesar del calor, de los insectos y de su incómoda posición agachada junto a una gran roca, cuando Saul la despertó con un zarandeo suave en el hombro.

-Se mueven -murmuró-. Vamos.

Por lo menos un centenar de ilegales se dirigían hacia la lejana cerca en pequeños y rápidos grupos. Habían aparecido más hogueras en la ladera, detrás de ellos. Lejos, hacia el nordeste, se veían las luces centelleantes de una ciudad estadounidense; por delante, sólo cañones y laderas. Un par de faros desaparecieron hacia el este en alguna carretera de acceso invisible del lado americano de la cerca.

-Una patrulla de frontera -dijo Saul, y siguió adelante por el sendero escarpado y subiendo después por otra colina. Pocos minutos después, ambos jadeaban audiblemente, sudando bajo las mochilas y debatiéndose con las grandes maletas llenas de papeles. Aunque intentaron permanecer lejos de los otros, pronto tuvieron que unirse a una larga fila de sudorosos hombres y mujeres. Algunos hablaban en voz baja y blasfemaban en español, otros caminaban impasibles en silencio. Delante de Saul, un hombre alto, delgado, llevaba a un niño de ocho años en la espalda mientras una mujer más pesada transportaba una gran maleta de cartón.

La cola se detuvo en el lecho de un río seco a unos veinte metros de una alcantarilla que corría bajo la cerca fronteriza. La carretera de grava estaba un poco más adelante. Grupos de tres o cuatro personas cruzaban el lecho del río y desaparecían en el círculo negro de la alcantarilla. Se oían gritos ocasionales desde el otro lado y una vez Natalie oyó un grito que debía venir justo del otro lado de la carretera. Natalie sintió que su corazón hacía minutos que latía y su piel estaba pegajosa de sudor. Cogió la maleta con más fuerza y se forzó a relajarse.

Toda la fila de cincuenta o sesenta personas se ocultó detrás de rocas, arbustos y otras cosas cuando un segundo vehículo de la policía de fronteras se acercó y paró. Un foco barrió el arroyo y pasó a tres metros del escuálido espino que Natalie y Saul intentaban usar como refugio. Unos gritos y el sonido de un disparo desde el nordeste hicieron que el coche patrulla arrancara a gran velocidad con la radio gritando en inglés policial, y la fila de ilegales empezó de nuevo su avance continuo hacia la alcantarilla.

Minutos después Natalie se encontró a gatas tras de Saul, empujando la pesada maleta contra ella mientras su mochila golpeaba el techo ondulado del túnel. Era negro como el carbón. La alcantarilla olía a orina y excrementos, y sus manos y rodillas encontraban blandura

- con -

húmeda esparcida entre vidrio roto y trozos de metal. En la oscuridad sofocante una mujer o un niño empezó a llorar hasta que la voz brusca de un hombre la hizo callar. Natalie estaba segura de que aquella alcantarilla no daba a ningún sitio y que se estrecharía cada vez más, el techo áspero bajaría y los aplastaría contra el fango y los excrementos, el agua les impediría respirar...

-Ya casi estamos -murmuró Saul-. Puedo ver la Luna.

Natalie comprendió que le dolían las costillas a causa del latir asustado de su corazón y de haber estado conteniendo la respiración. Exhaló precisamente cuando Saul saltó medio metro hacia un arroyo rocoso y la ayudó a salir del maloliente conducto.

-Bienvenida de nuevo a Estados Unidos -murmuró él mientras recogían las maletas y corrían hacia la seguridad oscura de un arroyo donde, sin duda, asesinos y ladrones esperaban a algunos de los inmigrantes esperanzados de la noche.

-Gracias -murmuró Natalie entre jadeos-. La próxima vez no me atreveré.

Jack Cohen los esperaba en lo alto de la tercera colina. Una vez cada dos minutos encendía los faros de la vieja furgoneta azul que había aparcado allá, y fue esa luz la que guió a Natalie y Saul. Cohen les dio un apretón de manos y dijo:

-Vayamos deprisa. Este sitio no es muy bueno para aparcar. He traído las cosas que pedías en tu carta y no quiero tener que inventar alguna historia para la patrulla fronteriza o la policía de San Diego. Deprisa.

La parte posterior de la furgoneta estaba llena a medias de cajas. Pusieron el equipaje allí, Natalie ocupó el asiento del pasajero, Saul se sentó en un cajón bajo, detrás, entre los dos asientos, y Jack Cohen condujo. Durante un kilómetro la furgoneta no dejó de rebotar a causa del mal estado del camino, después giraron hacia el este por un camino de grava y encontraron una carretera asfaltada que se dirigía hacia el norte. Diez minutos más tarde bajaron por una rampa de acceso a una autopista. Natalie se sintió desplazada y desorientada, como si Estados Unidos hubiese cambiado de diversas maneras sutiles durante los tres meses que había estado ausente. «No, es más como si nunca hubiese vivido aquí», pensó mientras miraba los suburbios y pequeños centros comerciales a través de la ventanilla. Miraba las farolas y los coches y se sorprendía del hecho increíble de que miles de personas se ocuparan de sus asuntos como si no pasara nada, como si hombres y mujeres y niños no se arrastraran por alcantarillas llenas de mierda a quince kilómetros de esas confortables casas de clase media, como si los jóvenes sabras de mirada intensa no estuvieran en ese preciso mo mento montando guardia en las fronteras de sus kibbutzim mientras asesinos enmascarados de la OLP -chicos también- lubricaban sus Kalashnikovs y esperaban en la noche, como si Rob Gentry no estuviese muerto y enterrado, tan inalcanzable como su padre que acostumbraba venir cada noche a arroparla en la cama y le contaba historias sobre Max, el curioso Dachshund que siempre...

-¿Conseguiste el arma en México en donde te dije? -preguntó Cohen.

Natalie se despertó. Había estado dormitando con los ojos abiertos. Se sentía muy fatigada. Tenía un zumbido amortiguado de motores de reacción en los oídos. Se concentró en oír a los dos hombres.

-Sí -dijo Saul-. No hubo ningún problema, aunque yo estaba preocupado por lo que pasaría si los federales me la encontraban.

Natalie se concentró más para mirar al agente del Mosad. Jack Cohen tenía poco más de cincuenta años, pero parecía más viejo, más viejo aun que Saul, sobre todo ahora que Saul se había afeitado la barba y se había dejado crecer el pelo. La cara de Cohen era flaca y estaba picada de viruelas, con grandes ojos y una nariz que, era evidente, se había roto más de una vez. Tenía el pelo blanco y fino, parecía como si hubiese intentado arreglárselo él mismo y hubiese desistido antes de acabar. El inglés de Cohen era fluido e idiomáticamente correcto, pero

dominado por un acento que Natalie no podía identificar, era cómo si un alemán hubiese aprendido inglés con un galés que hubiese estudiado con un profesor de Brooklyn. A Natalie le gustaba la cara de Jack Cohen. Le gustaba Jack Cohen.

Déjame ver el arma -dijo Cohen.

Saul se sacó del cinturón una pequeña pistola. Natalie no sabía que Saul tenía un arma. Parecía una pistola barata.

Estaban solos en el carril izquierdo de un puente. No había nada detrás de ellos en por lo menos un kilómetro. Cohen cogió la pistola y la lanzó a través de la ventana por encima de la barandilla hacia un barranco.

-Probablemente te habría explotado la primera vez que la hubieras usado -dijo Cohen-. Me arrepentí de habértelo sugerido, pero era demasiado tarde para enviar un cable. Tienes razón sobre los federales. Con papeles o sin papeles, si te hubieran encontrado esa arma te habrían colgado por los cojones y habrían venido a comprobar cada dos o tres años que aún gemías. No son gente muy simpática, Saul. Fue el maldito dinero lo que me hizo pensar que valía la pena el riesgo. ¿Cuánto dinero has conseguido traer?

-Treinta mil -dijo Saul-. Otros sesenta serán enviados al banco de Los Ángeles por el abogado de David.

-¿Es tuyo, o de David? -preguntó Cohen.

-Es mío -contestó Saul-. Vendí la granja que tenía cerca de Netanya desde la guerra de Independencia. Pensé que sería una locura intentar llegar a mi cuenta de ahorro de Nueva York.

-Pensaste bien -dijo Cohen. En ese momento pasaban por una ciudad. Las farolas de mercurio hacían pasar rectángulos iluminados por el parabrisas y hacían que la cara de Cohen pareciera amarillaDios mío, Saul -dijo-, ¿sabes lo difícil que fue obtener algunas de esas cosas de tu lista? ¡Cincuenta kilos de explosivo plástico C-4! Una pistola de aire comprimido. Dardos tranquilizadores. Dios mío, amigo, ¿sabes que sólo hay seis suministradores en todo Estados Unidos que venden dardos tranquilizadores y que tienes que ser un zoólogo cualificado para tener alguna idea de dónde encontrar esos lugares?

Saul sonrió.

-Perdón, pero no te puedes quejar, Jack. Eres nuestro deus ex machina permanente.

Cohen sonrió tristemente.

-Yo no sé nada de deus -dijo-, pero sin duda pasé por la machina. ¿Sabes que gasté dos años y medio de vacaciones acumuladas para hacer todo lo que me pediste?

-Intentaré pagártelo algún día -aseguró Saul-. ¿Tuviste más problemas con el director?

-No. La llamada del despacho de David Eshkol lo arregló casi todo. Espero tener esa influencia veinte años después de mi jubilación. ¿Y se encuentra bien?

-¿David? No, después de dos ataques de corazón no se encuentra bien, pero está ocupado. Natalie y yo estuvimos con él en Jerusalén hace cinco días. Nos dijo que te saludáramos de su parte.

-Sólo trabajé con él una vez -dijo Cohen-. Hace catorce años. Salió de su retiro para dirigir la operación en la que arrebatamos todo un emplazamiento de un SAM ruso bajo las narices de los egipcios. Salvó muchas vidas durante la guerra de los Seis Días. David Eshkol era un táctico muy hábil.

Ahora estaban en San Diego y Natalie miraba con una extraña sensación de separación cuando volvieron a la autopista 5 y se dirigieron hacia el norte.

-¿Cuáles son tus planes para los próximos días? -preguntó Saul.

-Instalaros -dijo Cohen-. Volveré a Washington el miércoles.

-No hay problema -dijo Saul-. ¿Podremos pedirte consejos?

-Siempre que sea necesario -dijo Cohen-, con tal que respondas a una pregunta.

-¿De qué se trata?

-¿Qué pasa realmente, Saul? ¿Cuál es la conexión profunda entre tu viejo nazi, este grupo de Washington y la vieja de Charleston? Por mucho que lo junte, no tiene sentido. ¿Por qué el gobierno de Estados Unidos protegería a este criminal de guerra?

-No lo protegen -dijo Saul-. Algunos grupos del gobierno lo intentan encontrar tanto como nosotros, pero para sus propios fines. Debes creerme, Jack: podría contarte más cosas, pero no te aclararía nada. La mayor parte de este asunto está más allá de la lógica.

-Maravilloso -dijo Cohen, sarcástico-. Si no me puedes decir nada más, no hay esperanza de implicar más a la agencia, por mucho que todos respeten a David Eshkol.

-Probablemente es mejor así -dijo Saul-. Viste lo que pasó cuando Aaron y tu amigo Levi Cole se implicaron. Finalmente comprendí que no habrá toque de trompeta ni carga de caballería por la colina justo a tiempo. He aplazado mi acción durante décadas mientras esperaba que la caballería llegara. Ahora comprendo que tengo que hacerlo..., y Natalie siente lo mismo.

-Todo esto huele a mierda -dijo Cohen.

-Sí -aceptó Saul-, pero todas nuestras vidas son gobernadas por un cierto grado de fe en la mierda. El sionismo era pura mierda hace un siglo, pero hoy nuestra frontera, la frontera de Israel, es la única frontera puramente política que es visible desde una órbita. Donde los árboles acaban y el desierto empieza, allí acaba Israel.

-Estás cambiando de tema -dijo Cohen rotundamente-. Hice esas cosas porque tu sobrino me gustaba y quería a Levi Cole como a un hijo y creo que persigues a quien los asesinó. ¿Es cierto?

-Sí.

-¿Y la mujer que crees que volvió a Charleston es parte del asunto, no es una víctima?

-Es parte del asunto, sí -dijo Saul.

-¿Y tu oberst aún está matando judíos? Saul vaciló.

-Aún está matando gente inocente, sí.

-¿Y ese putz de Los Ángeles está implicado? -Sí.

-Muy bien -dijo Cohen-, seguiré ayudándote, pero un-día pasaremos cuentas.

-Si eso ayuda -dijo Saul-, Natalie y yo le hemos dejado una carta cerrada a David Eshkol. Ni siquiera David conoce los detalles de esta pesadilla. Si Natalie y yo morimos o desaparecemos, David o sus ejecutores testamentarios abrirán la carta. Tienen instrucciones de compartir su contenido contigo.

-Maravilloso -dijo Cohen-. Apenas puedo esperar hasta que ambos estéis muertos o desaparecidos.

Rodaron en silencio hacia Los Ángeles. Natalie soñaba que ella y Rob y su padre paseaban por el casco antiguo de Charleston. Era una espléndida noche de primavera. Las estrellas ardían detrás de los palmitos con nuevos brotes; el aire olía a mimosa y a jacinto. De repente, un perro con la cabeza de un toro claro y el cuerpo negro salió de la oscuridad y les gruñó. Natalie tenía miedo, pero su padre le dijo que el perro sólo quería hacer amigos. Se arrodilló y extendió la mano para que el perro la olisqueara, pero el perro la mordió, la mordió y empezó a masticarla, gruñendo y engullendo hasta que la mano desapareció, el brazo desapareció y finalmente su padre desapareció. Entonces, el perro se transformó, se hizo más grande, mientras Natalie verificaba que ella se había empequeñecido, se había convertido en una niña. El perro se lanzó sobre ella con la cabeza inadecuadamente blanca brillando a la luz de las estrellas, y ella estaba demasiado aterrada para girarse o correr o gritar. Rob le tocó la mejilla y se puso delante de ella justo cuando el perro saltaba. El perro le golpeó en el pecho y lo hizo caer. Mientras luchaban, Natalie se dio cuenta de que la extraña cabeza del perro se hacía más pequeña y desaparecía. Entonces vio que el perro se había abierto camino por el pecho de Rob. Podía oír el sonido de las fauces del perro al masticar.

Natalie se sentó pesadamente en la acera. Llevaba patines y el vestido azul que le había regalado su tía preferida cuando había cumplido seis años. La espalda de Rob estaba ante ella, como una gran pared gris. Ella miró la pistola en la funda de la cintura de Rob, pero estaba fijada por una cinta de cuero y no se decidía a cogerla. Su cuerpo temblaba con la violencia de los movimientos del animal y podía oír muy claramente los sonidos de la masticación.

Natalie intentaba levantarse, pero cada vez que se ponía de pie los patines volaban y se caía de nuevo de espaldas. Uno de los patines se había soltado y colgaba de una correa verde. Se arrodilló y se encontró a sólo unos centímetros de la imposible espalda alta, gris, de Rob cuando

la cabeza del perro la atravesó. Hilos de carne colgaban de las mejillas y los dientes de la bestia, que empujó para ensanchar el agujero; sus ojos brillaban locamente, sus poderosas mandíbulas trabajaban como las de un tiburón.

Natalie se arrastró medio metro hacia atrás, pero no pudo moverse más. Su atención fue captada por el perro, que gruñía y mordía e intentaba llegar hasta ella. Su cuello y sus patas delanteras ya habían atravesado la abertura. La saliva y la sangre salpicaban a Natalie, que podía ver la piel oscura, enmarañada, de las patas de la bestia luchando para liberarse de su madriguera de carne. Era como asistir a-un nacimiento terrible, de pesadilla, sabiendo todo el tiempo que ese nacimiento significaba nuestra propia muerte.

Pero la cara que captó Natalie la paralizó e hizo que la debilidad del terror subiera a su garganta como un vómito. Porque sobre la piel oscura de aquellas patas poderosas y aquella mandíbula, donde la piel ensangrentada se tornaba azulada, donde empezaba la blancura, estaba la máscara de muerte del rostro de Melanie Fuller deformado por su sonrisa y el defectuoso encaje de los enormes dientes, que brillaban a pocos centímetros de los ojos de Natalie.

El ser monstruoso aulló, convulsionó todo su cuerpo en un- esfuerzo sangriento y nació.

Natalie se despertó tragando aire. Extendió la mano hasta el salpicadero de la furgoneta y se mantuvo firme. El viento que entraba por la ventana abierta traía un hedor de alcantarillado y de humos de diesel. Desde la autopista brillaban los faros de otros coches.

Saul decía en voz baja:

-Quizás el consejo que necesito es sobre cómo matar a alguien. Cohen le echó una ojeada sesgada.

-Yo no soy un asesino, Saul.

-Lo sé. Yo tampoco. Pero entre los dos hemos visto muchos asesinatos. Los vi fríos y eficientes en los campos, rápidos y breves en los bosques, calientes y patrióticos en el desierto y al azar y mezquinos en las calles. Quizás es el momento de aprender cómo se hace eso profesionalmente.

-¿Quieres un seminario sobre el arte de matar? -le preguntó Cohen.

-Sí.

Cohen asintió con la cabeza, sacó un cigarrillo de un paquete que tenía en el bolsillo de la camisa y utilizó el encendedor de la furgoneta para encenderlo.

-Esto mata -dijo Cohen, exhalando humo. Un semirremolque a cien kilómetros por hora pasó en un ímpetu de viento.

-Pensaba en algo más rápido y menos ofensivo para las personas inocentes que se encuentren cerca -dijo Saul.

Cohen sonrió y habló con el cigarrillo aún en la boca.

-La manera más eficiente de matar a alguien es contratar a un buen asesino. -Miró a Saul-. En serio. Todos lo hacen: el KGB, la CIA, y todos los peces pequeños a su alrededor. Los norteamericanos se indignaron hace algunos años cuando descubrieron que la CIA había contratado asesinos de la Mafia para eliminar a Castro. Cuando piensas en eso, tiene sentido. ¿Habría sido más moral preparar pero nal en una agencia de un gobierno democrático para asesinar gente Las historias de James Bond son un disparate. Los asesinos profesionales son psicópatas controlados; tan simpáticos como Charles Manson, pero más controlados. Utilizando asesinos de la Mafia se hacía el trabajo y, de paso, se impedía que esos psicópatas mataran a otros norteamericanos durante algunas semanas.

Cohen condujo en silencio durante algunos minutos. Su cigarrillo brillaba cada vez que aspiraba. Por fin echó la ceniza por la ventana y dijo:

-Cuando se trata de asesinatos premeditados, todos usamos mercenarios. Una de mis tareas cuando trabajaba en casa era conseguir que los jóvenes reclutas de la OLP llevasen a cabo ejecuciones de otros jefes palestinos. Yo diría que una tercera parte de los asesinatos en la comunidad terrorista son resultado de nuestras operaciones. A veces todo lo que tenemos que hacer para eliminar a A es disparar al azar contra D, después hacer llegar a D la información de que C fue sobornado por B para eliminar a D por orden de A y esperar los resultados.

-Ni hablar de contratar a alguien -dijo Saul.

Natalie comprendió, por el tono susurrante que utilizaban, que creían que ella estaba dormida. Se dio cuenta de que sus ojos casi se habían cerrado de nuevo. Los faros y las ocasionales farolas se filtraban a través de sus párpados. Recordaba que había dormitado en el asiento trasero del coche cuando era una niña, mientras escuchaba la monótona conversación de sus padres. Pero su conversación nunca fue parecida a ésta.

-Muy bien -dijo Cohen-, supongo que, por motivos políticos, prácticos o personales, no puedes contratar a nadie. En ese caso las cosas se complican. Lo primero que tenemos que decidir es si estás o no dispuesto a cambiar tu vida por la vida de tu blanco. Sí lo estás, tienes una gran ventaja. Los métodos tradicionales de seguridad resultan entonces esencialmente inútiles. La mayor parte de los grandes asesinos de la historia han estado dispuestos a dar sus vidas..., o por lo menos a ser arrestados inmediatamente..., para llevar a cabo sus sagradas misiones.

-Supón que en este caso el... asesino... prefiere salvar el pellejo después del asesinato -dijo Saul.

-Entonces la dificultad es mayor -siguió argumentando Cohen-. Opciones: acción militar...; nuestros ataques con F-16 en el Líbano no son más que tentativas indiscriminadas de asesinato; el uso selectivo de explosivos, fusiles desde lejos, pistolas en distancias cortas con una vía de fuga preparada, veneno, cuchillos o combate cuerpo a cuerpo. -Cohen lanzó la colilla del primer cigarrillo y encendió otro-. Actualmente los explosivos están de moda, pero son muy complicados, Saul.

-¿Por qué?

-Por ejemplo, el C-4, del cual tienes un proveimiento para diez años aquí atrás, es seguro como masilla, puedes hacerlo botar, moldearlo, sumergirlo, sentarte sobre él, disparar sobre él o usarlo para calafatear y no explota. Lo que lo hace explotar es el ácido nítrico, el explosivo colocado en los pequeños detonadores embalados con sumo cuidado en una caja especial metida en otra caja. ¿Has usado alguna vez plastique, Saul?

-No.

-Dios nos ayude -dijo Cohen-. Muy bien, mañana en casa impartiré un seminario sobre el plastique. Pero supongamos que tienes el explosivo colocado. ¿Cómo lo haces explotar?

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que las hipótesis son muchas: mecánica, eléctrica, química, electrónica..., pero ninguna es segura. La mayor parte de los expertos en explosivos mueren mientras preparan sus pequeñas bombas. Es el mayor asesino de terroristas después de otros terroristas. Pero supongamos que consigues colocar tu explosivo plástico, conectar el detonador, poner un gatillo eléctrico en tu detonador, para que sea activado por una señal de radio de un transmisor, y todo está listo. Tú estás en un coche a una distancia segura del blanco. Esperas hasta que su vehículo esté en el campo, lejos de testigos y de personas inocentes. Pero, con tu transmisor apagado, el coche explota cuando pasa un autobús escolar lleno de niños subnormales.

-¿Por qué?

Natalie podía oír el cansancio en la voz de Saul y comprendió que debía de estar tan cansado como ella.

-Los aparatos que abren las puertas de los garajes, las emisiones de aviones, los radioteléfonos, los radioaficionados -enumeró Cohen-. Incluso el control remoto de un televisor puede disparar un gatillo de éstos. Entonces trabajas con dos interruptores en tu plastique, uno manual para armarlo y otro electrónico para dispararlo. Las posibilidades de fallo son aún grandes.

-Otras maneras -dijo Saul.

-El fusil -dijo Cohen. El segundo cigarrillo casi se había consumido-. Proporciona la seguridad de la distancia, tiempo para la retirada; es selectivo, y casi siempre eficiente cuando es usado correctamente. El arma más utilizada. Avalada por Lee Oswald Harvey y Jai Earl Ray y muchos otros. Pero tiene algunos problemas. '=`

-¿Cuáles?

-Primero, olvida esa tontería de la televisión con el tirador, llevando el arma en un maletín y montándola mientras el blanco amablemente se pone en posición. Un fusil y su visor tienen

que ser aptos, ajustados para la distancia y el ángulo y la velocidad del viento, y están además los caprichos de la propia arma. El tirador tiene que conocer a fondo su arma y haber ensayado las relaciones de distancia y velocidad. Un tirador militar trabaja a distancias en las que el blanco tiene tiempo de dar tres pasos entre el disparo y el impacto. ¿Tienes experiencia con fusiles, Saul?

-No desde la guerra..., la guerra europea -reconoció Saul-. Y nunca para matar a un hombre.

-Es para eso que sirven los fusiles -dijo Cohen-. Yo tengo cosas de tu lista aquí atrás..., dieciocho mil dólares de tu dinero invertido en la más horrible colección de cosas que he tenido que reunir..., pero no hay un fusil.

-¿Y la seguridad? -preguntó Saul.

-¿La tuya, o la de ellos?

-La de ellos.

-¿Qué pasa con eso?

-¿Cómo se afronta?

Cohen cogía su cigarrillo a la manera europea y miró hacia el túnel de luz que los faros abrían en la noche.

-La seguridad es, como mucho, un intento condenado de aplazar lo inevitable si alguien quiere matarte. Si el blanco tiene una vida pública, compromisos, la mejor seguridad sólo puede hacer difícil que el asesino se escape después de haber hecho blanco. Ya viste el resultado el mes pasado cuando un mocoso inexperto decidió que quería dispararle al presidente norteamericano con una pistola de aire comprimido del calibre 22...

-Aaron me dijo que vosotros entrenáis a vuestros agentes con Berettas 22 -dijo Saul.

-En los últimos años, sí -admitió Cohen-; pero las usaban para distancias cortas, donde se podrían esperar cuchillos, en situaciones que exigen ausencia de ruido o ejecución rápida y no potencia de fuego. Si enviáramos a un equipo para matar a alguien, seguiría siendo un equipo después de semanas de seguir al blanco, ensayar la operación y probar la vía de huida. Ese chico que disparó contra vuestro presidente el mes pasado lo hizo sin más preparación de lo que tú o yo tendríamos para ir a la esquina a comprar un periódico.

-¿Y qué prueba eso?

-Prueba que no hay cuerpo de seguridad infalible cuando tus movimientos son previsibles -dijo Cohen-. Un buen jefe de seguridad no permitirá que su cliente siga horarios, siga rutinas, y asuma compromisos que puedan hacerse públicos. La imprevisibilidad salvó la vida de Hitler media docena de veces. Es la única razón por la cual no pudimos eliminar a los tres o cuatro palestinos que encabezan nuestra lista negra oficial. ¿De qué tipo de seguridad hablamos en esta discusión?

-Discutamos teóricamente la seguridad del señor C. Arnold Barent.

La cabeza de Cohen se giró rápidamente. Lanzó el cigarrillo por la ventana y no encendió otro.

-¿Es por eso que pediste la carpeta del campamento de verano de Barent?

-Hablamos en pura hipótesis -matizó Saul. Cohen se pasó la mano por el pelo.

-Has dicho que la seguridad no puede impedir lo inevitable --recordó Saul-. ¿El señor Barent es una excepción?

-Oye -dijo Jack Cohen-, cuando el presidente de Estados Unidos viaja adonde sea..., adonde sea, incluso para visitar otros países en zonas de seguridad aisladas... el servicio de seguridad se alarma. Si de ellos dependiese, el presidente nunca dejaría el segundo sótano de la Casa Blanca y aun así no están muy contentos con su situación. El único sitio..., la única situación en la que el Servicio Secreto da un suspiro de alivio es cuando un presidente pasa su

tiempo con C. Arnold Barent, cosa que los presidentes vienen haciendo durante los últimos treinta y pico años. En junio, la Fundación Patrimonio de Occidente, de Barent, organiza su campamento anual de verano y cuarenta o cincuenta de los hombres más poderosos del mundo se quitarán los zapatos y aparcarán su proverbial nerviosismo en su isla. ¿Eso te da una idea sobre la seguridad de Barent?

-¿Buena?

-La mejor del mundo -dijo Cohen-. Si Tel Aviv nos comunica mañana que el futuro del Estado de Israel dependía de la muerte súbita de C. Arnold Barent, yo llamaría a los mejores hombres que tenemos en Israel, daría la alerta a los comandos que hicieron que Entebe pareciera fácil, despertaría a los pelotones de venganza que hay en Europa, y sin embargo no tendríamos una posibilidad entre diez de acercarnos a él.

-¿Cómo lo harías? -preguntó Saul.

Cohen condujo en silencio durante varios minutos.

-Hipotéticamente -dijo por fin-, esperaría a una situación en la que dependiera momentáneamente de la seguridad de otro, como por ejemplo de la del presidente, y lo intentaría entonces. Dios mío. Saul, toda esta conversación sobre matar a Barent. ¿Dónde estabas al 30 de marzo?

-En Caesarea -dijo Saul-. Delante de muchos testigos. ¿Qué más intentarías?

Cohen se mordió el labio.

-Barent vuela constantemente. Cuando hay aviones implicados, hay vulnerabilidad. La seguridad en tierra con casi toda certeza impide el paso de explosivos a bordo, pero dejaría abierta la intercepción con misiles tierra-aire. Si supieras con antelación dónde debería encontrarse el avión, cuándo despegaría y cómo identificarlo en el aire.

-¿Puede hacerse eso? -preguntó Saul.

-Sí -dijo Cohen-, si tuviéramos todos los recursos de la fuerza aérea israelí conectados con servicios de espionaje electrónico y la ayuda del espionaje norteamericano por satélite y el NDA y si el señor Barent nos hiciera el favor de volar sobre el Mediterráneo o el extremo sur de Europa con un plan de vuelo entregado semanas antes.

-Tiene un barco -afirmó Saul.

-No -dijo Cohen-, tiene un yate de sesenta y cinco metros de eslora, el Antoinette, que le costó sesenta y nueve millones de dólares hace doce años cuando le fue vendido por un cierto magnate griego ya fallecido, más conocido como el segundo marido de una viuda norteamericana cuyo primer marido se acercó demasiado al fusil de un antiguo tirador de la marina. -Cohen tomó aire-. El «barco» de Barent tiene tanta seguridad a bordo y alrededor como una de sus islas residenciales. Nadie sabe adónde se dirige o cuándo estará él a bordo. Tiene cubierta de aterrizaje para dos helicópteros y lanchas motoras que sirven de escolta siempre que hay tráfico cerca. Un torpedo o un misil Exocet podrían hundirlo, aunque lo dudo. Tiene mejor radar, maniobrabilidad y sistemas de control de daños que la mayor parte de los destructores modernos.

-Fin de la discusión hipotética -dijo Saul.

Natalie sospechó por el tono de su voz que ya sabía todo lo que Cohen le había dicho.

-Es aquí donde salimos -dijo Cohen, y se dirigió a una rampa de salida.

La señal indicaba San Juan Capistrano. Se detuvieron en una gasolinera nocturna y Cohen pagó con su tarjeta de crédito. Natalie salió para estirar las piernas, aún luchando contra el sueño. El aire estaba frío ahora y pensó que olía a mar. Cuando ella se dirigió a la gasolinera, Cohen tomaba una taza de café.

-¿Estás despierta? -preguntó-. Bienvenida.

-Estaba despierta en el coche... casi todo el tiempo -contestó Natalie.

Cohen sorbió su café e hizo una mueca.

-¿Y sabes el tipo de cosas que hay en la furgoneta?

-Si son lo que había en nuestra lista, sí -contestó Natalie.

Cohen empezó a dirigirse al vehículo con ella.

-Bien, espero que ambos sepáis lo que hacéis.

-No lo sabemos -dijo Natalie, y le sonrió-, pero te agradeceremos la ayuda, Jack.

-Mmm -murmuró él, y le abrió la puerta-. Espero que mi ayuda no termine por hacer que os maten más deprisa.

Siguieron doce kilómetros por la autopista 74, alejándose del mar, giraron hacia el norte a través de una explanada de matorrales y se detuvieron delante de una granja. El edificio era oscuro, estaba situado a unos trescientos metros, al final de un estrecho camino.

-Era utilizada por nuestra gente de la costa Oeste como refugio seguro -dijo Cohen-. Nadie ha requerido sus servicios durante este último año, pero alguien se encarga de mantenerla limpia y corta la hierba. La gente de aquí cree que es la casa de verano de una pareja de jóvenes profesionales de Anaheim Hills.

Tenía dos pisos, con demasiadas camas baratas en las habitaciones de arriba. Entre las tres habitaciones podía dormir una docena de personas. Abajo, en un anexo detrás del viejo edificio, un espejo trucado permitía ver una pequeña habitación con sofás y una mesa baja de café.

-Esto fue añadido para un largo verano de interrogatorios a un miembro de Septiembre Negro que creía que se había entregado a la CIA. Le ayudamos a mantenerse lejos del Mosad malo hasta que nos dijo todo lo que sabía. Creo que esta habitación os puede ser útil para vuestros planes.

-Es perfecta -dijo Saul-. Nos ahorrará semanas de preparativos.

-Me gustaría estar aquí para la fiesta -dijo Cohen.

-Si resulta ser una fiesta -dijo Saul, ahogando un enorme bostezo-, un día te lo contaré sin olvidar un detalle.

-Cuento con eso -dijo Jack Cohen-. ¿Qué te parece si cada uno escoge una habitación y duerme un poco? Yo tengo un vuelo que sale de Los Ángeles mañana a las 11.30.

Poco después de las ocho, Natalie se despertó con el sonido de una explosión. Miró alrededor sin saber dónde estaba durante algunos segundos, después cogió los pantalones y se los puso. Llamó a Saul, pero no hubo respuesta de la habitación de al lado. Jack Cohen tampoco estaba en su habitación.

Natalie bajó por la escalera y salió por la puerta delantera, se sorprendió con el cielo azul y el aire caliente. Una especie de hierba baja se extendía hacia el camino por donde habían venido. Dio la vuelta

por detrás de la casa y encontró a Saul y a Cohen en cuclillas sobre una vieja puerta que habían puesto en un lado contra una cerca. Había un agujero de treinta centímetros en el centro de la puerta.

-Un seminario sobre plastique -le dijo Cohen cuando se acercó. Se volvió hacia Saul-. Esto ha sido menos de media onza. Imagínate lo que harían tus veinte kilos. -Se puso de pie y se quitó el polvo de los pantalones-. Vamos a desayunar.

La nevera estaba vacía y desconectada, pero Cohen trajo de la furgoneta un gran refrigerador y durante veinte minutos los tres estuvieron ocupados buscando cazos y cafeteras, haciendo turnos en la cocina y en general creando una gran confusión. Cuando se restableció, la cocina olía a café y huevos, y estaban todos sentados en la mesa del comedor cerca de la ventana. En medio de la conversación, Natalie sintió una profunda y súbita tristeza y se dio cuenta de que aquello le recordaba la casa de Rob. En ese momento Charleston parecía estar a diez mil kilómetros y el doble de años de distancia.

Después del desayuno descargaron la furgoneta. Tuvieron que colaborar los tres para trasladar el gran cajón con el electroencefalógrafo. El equipamiento electrónico también fue colocado en la sala del observador del espejo trucado. Pusieron las cajas de C-4 y el gran cajón de detonadores en el sótano. Cuando terminaron, Cohen puso dos pequeñas cajas sobre la mesa del comedor.

-Esto es un regalo -dijo. Contenía dos pistolas automáticas del calibre 32, aún envueltas en el plástico del fabricante. Cohen puso tres cajas de balas al lado-. Será imposible descubrir su origen -dijo-. Era parte de un cargamento del IRA interceptado, que se perdió en la lucha. -Levantó una caja más grande hasta la mesa y sacó un arma larga, pesada, que parecía una imitación de un arma hecha por un fabricante de juguetes. La culata era empequeñecida por el largo prisma rectangular de metal del cañón. Podía ser una especie de prototipo de una metralleta, excepto por la pequeña abertura de la boca y la ausencia del cargador-. Casi tuve que llamar a Marlin Perkins antes de encontrar una de éstas con un alcance de más de tres metros -dijo Cohen-. La mayor parte de la gente usa fusiles hechos especialmente. -Dobló el arma y sacó un dardo de la caja, lo insertó en la recámara-. Un cartucho de COZ da para unos veinte tiros -dijo-. ¿Queréis verlo operar?

Natalie salió al porche, miró la furgoneta y empezó a reír. La furgoneta tenía un letrero amarillo sobre fondo azul:

INSTALACIONES ACUÁTICAS JACK & NAT INSTALACIÓN Y REPARACIÓN ESPECIALIDAD: BAÑERAS Y PISCINAS.

-¿La encontraste así o la hiciste pintar? -preguntó Natalie.

-La hice pintar.

-¿No llama un poco la atención?

-Quizá, pero espero que servirá para el objetivo contrario.

-¿Cómo?

-Iréis a un barrio caro -dijo Cohen-. Tiene una de las policías más conscientes del país. Además, la gente está paranoica. Si estáis aparcados media hora, la gente se dará cuenta. Esto puede ayudaros a pasar desapercibidos.

Natalie rió y los siguió hasta el granero. Un cerdito corrió hacia ellos en la pocilga.

-Creía que la granja estaba desocupada -dijo Natalie.

-Y lo está -dijo Cohen-. Traje a este bicho ayer por la mañana. Fue idea de Saul.

Natalie miró al aludido.

-Pesa cerca de setenta kilos -dijo Saul-. Recuerdas los problemas sobre los que habló Itzak en el zoo de Tel Aviv. -Oh -dijo Natalie.

Cohen levantó la pistola de aire comprimido.

-Es poco manejable, pero se apunta como una pistola. Imagínate que el cañón es tu indicador, apunta y dispara. -Cohen levantó la pesada pistola y se oyó un pffft fuerte. El pequeño dardo con cola de plumas apareció en el centro de la puerta del granero a unos cinco metros. Cohen dobló la pistola y abrió la caja de dardos-. Los azules son los vacíos, para meterles tu propia dosis. Los rojos son las jeringuillas de 50 cc, los verdes son de 40 cc, los amarillos, de 20 cc. Saul tiene los frascos extra, por si quieres preparar los tuyos. -Levantó un dardo rojo y lo insertó en el cargador-. Natalie, ¿quieres intentarlo?

-Claro.

Cerró el arma y apuntó a la puerta del granero.

-Mmm -murmuró-. Intentémoslo con nuestro amigo.

Natalie se giró y miró, dubitativa, al cerdo, que la miró respirando ruidosamente.

-La base del compuesto es curare -advirtió Cohen-. Muy caro y de ninguna manera tan seguro como los especialistas en animales salvajes sugieren. Hay que poner la cantidad exacta para el peso del cuerpo. En realidad no los deja totalmente inconscientes..., no es un tranquilizante, es más bien como un tóxico que paraliza el sistema nervioso. Si la dosis es baja, el blanco siente una especie de entumecimiento de novocaína, pero puede escaparse. Si es excesiva, impide la respiración y el latir del corazón, así como las funciones voluntarias.

-¿Es ésta la cantidad adecuada? -preguntó Natalie, mirando la pistola de dardos.

-Sólo hay una manera de saberlo -dijo Cohen-. El cerdito tiene el peso que Saul especificó y el dardo de 50 cc se recomienda para animales de este tamaño. Pruébalo.

Natalie dio la vuelta a la pocilga para encontrar un buen ángulo de tiro. El puerco metió la cabeza entre los listones como si esperara algo de Saul y Jack Cohen.

-¿Alguna zona en particular? -preguntó Natalie.

-Intenta evitar el morro y los ojos -dijo Cohen-. El cuello puede traer problemas. Todo el torso es magnífico.

Natalie levantó la pistola y disparó a la grupa del cerdo desde una distancia de tres metros y medio. El cerdo saltó, chilló una vez y lanzó a Natalie una mirada de reproche. Ocho segundos después sus piernas traseras cedieron, trazó medio círculo con las piernas delanteras y cayó de lado, jadeando.

Saul puso la mano sobre el cerdo.

-Tiene el corazón enloquecido. Quizás esté un poco demasiado concentrado.

-Querías una acción rápida -dijo Cohen-. Esto es lo más rápido que se consigue sin matar el animal que quieres capturar.

Saul miró los ojos abiertos del cerdo. -¿Puede vernos?

-Sí -dijo Cohen-. El animal puede perder la conciencia y volver en sí, pero la mayor parte del tiempo sus sentidos funcionan. No puede moverse o hacer ruido, pero el cerdito toma nota de vuestros nombres para futura referencia.

Natalie dio una palmadita al puerco paralizado. -Su nombre no es Cerdito -dijo.

-Oh. -Cohen la miró con una sonrisa-. ¿Cómo se llama? -Harod -dijo Natalie-. Anthony Harod.

41

Washington, D. C, martes 21 de abril de 1981

Jack Cohen pensó en Saul y Natalie durante todo su vuelo hacia el este. Estaba preocupado por ellos, poco seguro de lo que estaban planeando y de su capacidad para realizarlo. En sus treinta años de experiencia en el espionaje, sabía que eran siempre los aficionados los que terminaban en la lista de bajas al final de una operación. Recordó que esto no era una operación. ¿Qué era?, se preguntó.

Saul había estado preocupado -excesivamente preocupado, pensaba Cohen- con los esfuerzos del agente para conseguir informaciones sobre Barent y los otros. ¿Había tomado Cohen todas las precauciones para no ser descubierto durante sus investigaciones por computadora? ¿Había sido bastante cauto durante sus viajes a Charleston y a Los Ángeles? Por fin Cohen tuvo que recordarle al psiquiatra que él hacía ese tipo de trabajo desde los años cuarenta.

Mientras el avión se acercaba a Washington, Cohen sintió la creciente ansiedad y la culpa vaga de haberse involucrado a una operación en la que se utilizaban civiles. Se repitió por quincuagésima vez que él no los estaba usando. «¿Me están usando ellos?»

Cohen estaba seguro de que un elemento granuja en el ala de Colben del equipo de contraespionaje del FBI había asesinado al sobrino de Saul Laski y a Levi Cole. Pero el asesinato de toda la familia de Aaron Eshkol era increíble e inexplicable. Cohen sabía que la CIA podía caer en una situación así si perdía el control de su gente bajo contrato -el mismo Cohen había visto una operación en Jordania que terminó mal por la muerte de tres civiles-, pero nunca había oído decir que el FBI actuara tan descaradamente. Pero Laski había señalado los lazos entre Charles Colben y el multimillonario Barent, que enseguida se hicieron visibles. Cohen se había comprometido a encontrar la última prueba sobre el asesinato de Levi Cole. Levi había sido protegido de Cohen, un joven operativo temporalmente colocado en comunicaciones y códigos para obtener la experiencia necesaria, pero destinado a grandes cosas. Levi tenía las calidades necesarias de esa especie rarísima que es un agente de campo con éxito. Levi era instintivamente cauteloso, pero era sensible al aliciente del puro juego, de la compleja y a veces aburrida lucha de ingenio entre adversarios que nunca se encuentran y probablemente nunca sabrán el verdadero nombre y la posición del otro.

Cohen miró abajo y vio el sol de la tarde sobre nuevos brotes y flores. Tenía su propia teoría sobre por qué el FBI había perdido la cabeza tan deprisa. Pensaba que era posible que las investigaciones de Aaron y Levi hubieran alertado a Colben sobre la Operación Jonás, una infiltración de siete años en las agencias de contraespionaje norteamericanas. En la arrogancia de los meses que siguieron a la guerra de los Seis Días, Tel Aviv propuso un plan de infiltración en los principales canales de espionaje norteamericanos colocando topos e informadores pagados en posiciones claves. La infiltración en la CIA y de otras agencias no era necesaria; el Mosad había estudiado dónde interceptar las fuentes de información del FBI y otras agencias sobre los grupos competidores. Además de dar acceso a fuentes de espionaje electrónico mucho más allá de la capacidad del Mosad, el argumento era que colocando topos en el FBI se conseguirían vías de información interna americana -especialmente expedientes sobre figuras políticas importantes que el FBI había organizado por su propio interés desde los primeros días de J. Edgar Hoover-, que tendrían una ventaja incalculable cuando el apoyo del Congreso o del ejecutivo fuese necesario en futuras crisis.

La operación había sido considerada demasiado arriesgada -tan loca como el plan Piedra Preciosa de Gordon Liddy-, hasta que la terrible sorpresa del Yom Kippur les reveló a los viejos de Tel Aviv que nada menos que la supervivencia de Israel dependía del acceso a ese espionaje extenso y mejorado que sólo los norteamericanos podían suministrar. La Operación Jonás había empezado en el mismo año que Jack Cohen había sido designado jefe del puesto de Washington, en 1974. Ahora Jonás se había transformado en la ballena que había engullido al Mosad. Habían invertido una cantidad desproporcionada de dinero en el proyecto, primero para desarrollarlo, después para ocultarlo. Los políticos en Tel Aviv vivían en el miedo constante de

que los norteamericanos descubrieran a Jonás en un momento crucial, cuando el apoyo de Estados Unidos fuera vital para Israel. Mucha de la información que llegaba de Washington no se podía utilizar, porque podría denunciar la existencia de la infiltración.

Cohen pensaba que el Mosad había empezado a actuar como el adúltero clásico, temiendo cada día que su aventura fuera descubierta, pero sintiéndose tan culpable y cansado de sentirse culpable que casi deseaba que se descubriera.

Cohen pensó en sus opciones. Podía seguir su aventura con Saul y Natalie, manteniendo una distancia formal entre el Mosad y sus enigmáticos esfuerzos particulares y ver lo que resultaba. O podría intervenir ahora. Hacer que por lo menos el puesto de la costa Oeste asumiera un papel más activo. No le había dicho a Saul que en el refugio había micrófonos ocultos.

Cohen podía hacer que tres hombres llevaran la furgoneta de comunicaciones de Los Ángeles a un bosque a un kilómetro de la casa y montar un enlace con líneas seguras. Significaría la dedicación activa de por lo menos media docena de hombres del Mosad, pero Cohen no veía alternativa.

Saul Laski había hablado de no esperar a la llegada de la caballería para ir a cazar a la colina, pero en este caso, pensó Cohen, la caballería llegaría tanto si los carros lo querían como si no. Cohen no veía ninguna conexión entre la Operación Jonás y los contactos Barent-Colben, o entre el ausente y posiblemente mítico nazi de Laski y el resto de la locura ocurrida en Washington y Filadelfia, pero algo pasaba, eso era evidente.

Cohen descubriría qué, y si el director ponía objeciones, se cargaría de paciencia.

Cohen había traído sólo una pequeña bolsa, pero no la había traído en mano porque contenía su automática 32. La seguridad del aeropuerto era, pensó Cohen mientras esperaba su equipaje en el aeropuerto Dulles, una molestia.

Se sintió contento por su decisión mientras llevaba la bolsa hasta el aparcamiento donde había dejado su viejo Chevrolet azul. Llamaría a

John o a Ephraim a Los Ángeles esa tarde, les informaría del uso del refugio y haría que empezaran la vigilancia.

Por lo menos Saul y Natalie tendrían el grupo de apoyo por si algo pasara.

Cohen se metió entre su coche y el coche contiguo, abrió la puerta y lanzó su saco al asiento del pasajero. Miró hacia atrás con irritación cuando alguien entró en el estrecho espacio con él. Debían esperar a

que él saliera...

Tardó un segundo hasta que sus viejos instintos le dominaron, otro

segundo hasta que distinguió la cara del hombre en la débil luz. Era

Levi Cole.

La mano de Cohen se dirigió hasta la norteamericana antes de recordar que la 32 estaba en la bolsa, bajo sus calcetines y los pantalones cortos. Extendió las manos en una posición defensiva, pero el hecho de que fuera Levi Cole lo confundió.

-¿Levi?

- Jack!

Era un grito pidiendo ayuda. El joven agente estaba delgado y pálido, como si hubiese pasado semanas en un cuarto cerrado. Sus ojos parecían asustados, casi vacíos. Levantó las manos vacías como si quisiera abrazarlo.

-¿Qué pasa, Levi? -preguntó Cohen en hebreo-. ¿Dónde has estado?

Levi Cole era zurdo. Cohen lo había olvidado. El resorte de muelle puso la navaja de hoja corta en la palma de Levi sin un sonido. El brazo y las manos de Levi subieron tan rápidamente que el movimiento fue casi espasmódico, seguido, dos segundos más tarde, por el propio espasmo involuntario de Cohen cuando la hoja penetró entre sus costillas hasta el corazón.

Levi dejó que el cuerpo se deslizara hacia el asiento delantero y miró alrededor. Un coche se detuvo detrás del Chevrolet, tapando la vista por detrás. Levi sacó la cartera de Cohen, sacó el dinero y las tarjetas de crédito, registró los bolsillos de la americana del muerto y la bolsa, lanzando la ropa al asiento trasero. Guardó la 32, los billetes de avión, el dinero, las tarjetas de

crédito y un sobre con recibos. Levi empujó el cuerpo hasta el suelo, cerró la puerta del Chevrolet y se dirigió hasta el coche que esperaba.

Dejaron inmediatamente el garaje y se dirigieron hacia Arlington por la autopista.

-No hay gran cosa -dijo Richard Haines por el radioteléfono-. Dos recibos de la gasolinera de la Shell en San Juan Capistrano. Recibos de hotel. ¿Significan algo?

-Pon a tu gente a trabajar con eso -se oyó la voz de Barent Empieza con el hotel y la gasolinera. ¿Es hora de que las golondrinas vuelvan a Capistrano?

-Creo que perdimos eso -dijo Haines por la línea de seguridad. Miró a Levi Cole que estaba sentado a su lado con la vista fija al frente-. ¿Qué hacemos con nuestro amigo?

-Estoy harto de él -dijo Barent.

-¿Por hoy o para siempre?

-Harto del todo, creo.

-Muy bien -dijo Haines-. Nos ocuparemos del asunto. -¡Richard!

-¿Sí?

-Empieza inmediatamente las investigaciones, por favor. Sea lo que fuera lo que atrajo la curiosidad y el interés del señor Cohen allá, también me interesa a mí. Espero un informe a más tardar el viernes.

-Lo tendrá -dijo Richard Haines.

Colgó el teléfono y miró el paisaje de Virginia tras la ventanilla. Un gran avión de reacción pasó por arriba, ganando altitud, y Haines se preguntó si sería el avión del señor Barent.

A través del cristal de tono muy oscuro, el cielo claro parecía del color de coñac, con un tono enfermizo de cobre que hacía pensar que una terrible tempestad se preparaba.

42

Cerca de Meriden, Wyoming, miércoles 22 de abril de 1981

La zona al nordeste de Cheyenne, Wyoming, era el tipo de paisaje del oeste que hacía que algunas personas se volvieran rapsódicas y causaba a otras agorafobia instantánea. Cuando la carretera local perdió de vista la autopista, sesenta kilómetros de conducción permitieron contemplar infinitos prados, vallas cubiertas de nieve azotadas por el viento con un aire empequeñecido y olvidado contra grandes extensiones de pradera, algunos ranchos a varios kilómetros de la carretera, árboles al norte y al este que se alzaban como una multitud de torres, un arroyo ocasional corriendo junto a una fila de álamos de Virginia y maleza, grupos asustadizos de antílopes y pequeños rebaños de ganado con un aire falto de nobleza de sus miles de hectáreas de pasto.

Y los silos de los misiles.

Los silos eran tan poco atractivos como lo sería cualquier cosa hecha por el hombre contra aquel extenso paisaje, eran pequeñas parcelas de grava, cuadradas, con cercas antihuracanes, usualmente situados a unos cincuenta o cien metros de la carretera. Las únicas indicaciones visibles de que los cuadrados con cercas eran más que una estación de bombeo de gas natural o un solar era la veleta de metal, los cuatro cañones con espejos reflectores y el tejado bajo, macizo de hormigón sobre los railes herrumbrosos. Los últimos detalles sólo podían ser vistos si alguien se acercaba lo bastante por el camino de grava para ver los

letreros que decían «PROHIBIDA LA ENTRADA-PROPIEDAD DEL GOBIERNO DE

ESTADOS UNIDOS -autorizado el uso de la fuerza dentro de este límite.» No

había nada más para ver. No había ningún sonido excepto el viento en la pradera y el ocasional mugir del ganado en los campos lejanos.

La furgoneta azul de la fuerza aérea salió de la base de Warren a las 6.05 y regresó con la última de sus escuadrillas a las 8.27, habiendo dejado a los miembros del siguiente turno en sus correspondientes estaciones de comando. En la furgoneta esa mañana viajaban seis jóvenes tenientes, dos para el cuartel general del ala de control de misiles SAC a doce kilómetros al sureste de Meriden y cuatro para el refugio a otros cincuenta kilómetros hacia Chugwater.

Los dos tenientes que viajaban en el asiento trasero miraban el paisaje con los ojos entristecidos por la rutina. Habían visto fotos de satélite que mostraban aquella zona de la manera como los soviéticos la veían: diez anillos de silos, círculos con un diámetro de doce kilómetros, cada uno de los dieciséis silos de cada círculo cargado con un misil MRV Minuteman III. En los últimos meses se había hablado de la vulnerabilidad de esos viejos silos, se había discutido la posición soviética de «estrategia inmóvil» que podía impedir que una cabeza nuclear explotara sobre estos prados una vez por minuto durante horas, y se hablaba de endurecer los silos o llenarlos con armas más modernas. Pero eso eran problemas de política de escaso interés directo para el teniente Daniel Beale o para el teniente Tom Walters, que eran simplemente dos jóvenes que iban a trabajar en una mañana fría de primavera.

-Tom, ¿hoy la tienes?

-Sí -contestó Walters. Su mirada no se apartó del lejano horizonte.

-¿De juerga con esas turistas hasta la madrugada? -Ajá -admitió, pletórico, Walters-. Volví a las ocho. Beale se ajustó las gafas de sol y sonrió.

-Sí, apuesto a que sí.

La furgoneta de la fuerza aérea aminoró la velocidad y giró a la izquierda, hacia dos caminos de grava por encima de la autopista que subían por una pendiente progresiva orientada al nordeste. Pasaron tres letreros que exigían que las personas no autorizadas se detuvieran y volvieran atrás. A unos trescientos metros de la estación de control, se detuvieron a causa de la primera verja con centinela. Cada hombre mostró su tarjeta de identificación mientras el centinela hablaba por radio. El proceso se repitió en la entrada del complejo principal. Los tenientes Beale y Walters siguieron a lo largo de un pasillo protegido hasta el edificio de acceso vertical mientras la furgoneta giraba y aparcaba de cara a la pendiente.

-Entonces, ¿fuiste a la piscina del Smitty? -preguntó el teniente Beale mientras esperaban la jaula del ascensor. Un hombre de la seguridad con una M-16 ahogó un bostezo, aburrido.

-No -contestó el teniente Walters.

-¡No me digas! Creía que estabas ansioso de gastar tu dinero.

El teniente Walters meneó la cabeza, entraron en la jaula más pequeña y bajaron tres pisos hasta el centro de comando de lanzamiento. Pasaron por dos controles antes de saludar al oficial de servicio en la antecámara de la sala de control de misiles. Eran las siete.

-El teniente Beale se presenta al servicio, señor.

-El teniente Walters se presenta al servicio, señor.

-Su identificación, señores -dijo el capitán Peter Henshaw. Comparó cuidadosamente las fotos de las tarjetas de identificación con los dos hombres, aunque los conocía hacía más de un año. El capitán Henshaw asintió con la cabeza y el sargento metió una tarjeta de seguridad codificada en la cerradura y la puerta exterior se abrió con un silbido. Veinte segundos más tarde la puerta interior giró y los dos tenientes de la fuerza aérea pasaron. Los cuatro hombres se saludaron y sonrieron.

-Sargento, anote que los tenientes Beale y Walters han relevado a los tenientes López y Miller a las... 7:01.30 horas -dijo el capitán Henshaw.

-Sí, señor.

Los dos agotados hombres entregaron sus armas de mano en sus fundas y dos gruesas carpetas.

-¿Alguna cosa? -preguntó Beale.

-El repaso de comunicaciones mostró algún problema con las líneas terrestres a las 03.50 -dijo el teniente López-. Gus trabaja en ello. Tuvimos una alerta a las 04.20 y una carrera a las 05.10. Terry tuvo una alerta de hilo en Seis Sur a las 05.35. Lo comprobé.

-¿Conejos otra vez? -preguntó Beale.

-Un fallo del sensor de presión. Nada más. ¿Estás despierto, Tom?

-Sí -dijo Walters, y sonrió.

Beale y Walters cerraron las dos puertas estancas cuando entraron en la larga y estrecha sala de control de misiles. Los dos hombres se ataron con correas a las sillas azules y almohadilladas que corrían sobre raíles a lo largo de los cuadros de control de las paredes norte y oeste. Trabajando eficientemente, hablando ocasionalmente a otras partes del centro de comando por los micrófonos de los auriculares, despacharon sus primeras cinco listas de comprobaciones. A las 07.43 hubo un enlace de comprobación con el comando de Omaha a través de Warren y el teniente Beale manipuló el reconocimiento de doce canales. Cuando el teléfono volvió a su caja azul, miró al teniente Walters:

-¿Estás seguro de que te encuentras bien, Tom?

-Me duele la cabeza.

-Hay aspirinas en el botiquín.

-Más tarde -dijo Walters.

A las 11.56, justo cuando Beale abría los termos y las bolsas marrones, una orden de alerta total llegó de la base aérea Warren. A la 11.58, Beale y Walters abrieron la caja roja cerrada por encima de la consola dos, sacaron sus llaves y activaron las secuencias de lanzamiento de misiles. A las 12:10.30 las secuencias de lanzamiento estaban terminadas, sólo faltaba armar y disparar los dieciséis misiles y sus ciento veinte ojivas. Recibieron un «bien hecho» desde Warren y Beale iba a empezar la secuencia de cuenta atrás de dos minutos cuando Walters se desabrochó la correa del hombro y empezó a apartarse de su consola.

-Tom, ¿qué haces? Tenemos que enviar esto a El Con 2 antes. de comer -dijo Beale.

-Me duele la cabeza -dijo Walters. Su cara tenía una palidez enfermiza y sus ojos estaban vidriosos.

Beale alargó el brazo hacia el botiquín, en la repisa donde estaba el termo.

-Creo que aquí hay un poco de Anacin extrafuerte...

El teniente Walters sacó su automática del 45 y le disparó al teniente Beale en la nuca, asegurándose de que la trayectoria de la bala iba hacia abajo y de lado para que si la bala salía no dañara la consola. La bala no salió. Beale tuvo un espasmo y cayó hacia delante, contra su

cinturón. La presión hidrostática hizo que la sangre le saliera por los ojos, las orejas, la nariz y la boca. Pocos segundos después del disparo, dos luces amarillas de intercomunicación empezaron a parpadear y un indicador luminoso revelaba que la puerta estanca exterior se abría.

Walters se dirigió sin prisa hacia la puerta interior y disparó dos balas en la cerradura electrónica. Volvió a la consola de Beale y giró el interruptor que dotaba a la autosuficiente sala de control de misiles de un ciento por ciento de reserva de oxígeno. Después volvió a su silla y estudió el manual durante varios minutos.

Cuando Walters se levantó, los golpes frenéticos apenas se oían a través de la gruesa puerta de acero. Dio siete pasos hacia el asiento de Beale, sacó la larga llave de ignición del bolsillo del cadáver y la insertó en el tablero correspondiente. Conectó los cinco interruptores para armar los misiles, hizo lo mismo en su propia consola e insertó su propia llave.

El teniente Walters movió el interruptor del intercomunicador.

-¿... demonios hace, teniente? -Era la voz del coronel And~ del centro de comando en Warren-. Sabe que son necesarios dos hombres en la llave. Ahora, ¡abra esa puerta inmediatamente!

Walters desconectó el intercomunicador y miró el reloj digital que estaba en noventa segundos y continuaba retrocediendo. De acuerdo

con el manual de operaciones, las enormes cubiertas de hormigón del silo se estarían replegando en ese momento, abriéndose para exponer los delgados pozos de acero y los conos del Minuteman inerte. En ignición menos sesenta segundos, sonarían bocinas en todos los emplazamientos, para avisar a cualquier equipo de reparación o inspección que estuviera por allá. En realidad esos sonidos sólo asustarían a los conejos, al ganado y a algún ranchero que pasara cerca en su camión. Los misiles Minuteman eran propulsados por combustible sólido y sólo esperaban la chispa electrónica que los encendiera. Las instrucciones de blanco, la programación de guía, los giroscopios y los accesorios electrónicos de lanzamiento habían sido accionados durante la secuencia de lanzamiento. A ignición menos treinta segundos los ordenadores detendrían la secuencia y esperarían la señal de las llaves gemelas de lanzamiento. Sin esas dos llaves la parada sería permanente.

Walters miró la consola de Beale. Las dos llaves estaban separadas por casi cinco metros de distancia. La fuerza aérea se había esforzado mucho para asegurarse de que sería imposible que un hombre solo pudiera activar su propia llave y después correr a la otra dentro del intervalo de tiempo necesario.

Las comisuras de los labios de Tom Walters se crisparon. Se dirigió a la consola de Beale, apartó la silla y el cadáver del camino a lo largo del raíl y sacó una cuchara y dos trozos de hilo de su bolsillo. La cuchara era una cuchara vulgar robada del comedor de oficiales en Warren. Walters ató la parte cóncava de la cuchara al reborde de la llave, colocó el mango en un ángulo recto y ató el hilo más largo a la punta del mango. Se dirigió a su propio tablero, estiró el hilo, esperó hasta que el reloj llegara a treinta, giró su propia llave y tiró con fuerza del hilo. La cuchara hizo suficiente palanca para hacer girar la llave de Beale.

El ordenador reconoció la señal de activación de lanzamiento, verificó el código de lanzamiento que él y Beale habían programado durante el ensayo y siguió con los treinta segundos finales de la secuencia de lanzamiento.

Walters sacó un cuaderno de notas y escribió unas rápidas líneas. Miró hacia la puerta. Una sección de acero cerca de la cerradura estaba al rojo del soplete con el que estaban haciendo un agujero. El metal tardaría por lo menos dos minutos más en abrirse.

El teniente Tom Walters sonrió, se abrochó el cinturón de su silla, colocó el cañón de su 45 tocando ligeramente el cielo de su paladar y apretó el gatillo con el pulgar.

Tres horas más tarde, el general Verne Ketchum, de la fuerza aérea de Estados Unidos, y su ayudante, coronel Stephen Anderson, salían del complejo del centro de control para respirar un poco de aire fresco y para contemplar el caos. Casi tres docenas de vehículos militares y tres ambulancias llenaban la zona de aparcamiento y se esparcían por la colina más allá de la zona interna de seguridad. Cinco helicópteros estaban posados en el campo detrás del perímetro oeste y Ketchum podía ver y oír dos más zumbando desde el suroeste.

El coronel Anderson miró el cielo sin nubes.

-Me pregunto qué pensarán los rusos que está pasando.

-A tomar por el culo los rusos -dijo Ketchum-. Hoy del vicepresidente para abajo todos me han jodido. Y cuando vuelva, le tendré al teléfono. Todo el mundo exige saber lo que ha pasado. ¿Qué les digo, Steve?

-Ya habíamos tenido algunos problemas antes -admitió Anderson-, pero nada como esto. Viste el último informe psicológico de Walters. Hecho hace sólo dos meses. Un hombre moderadamente inteligente, soltero; reaccionaba bien a la fatiga nerviosa; sólo era ambicioso dentro del servicio; obedecía las órdenes al pie de la letra; formaba parte del equipo vencedor, el otoño pasado, de las competiciones de lanzamiento, y tenía tanta imaginación como aquel trozo de artemisa que hay allí. Una descripción perfecta de un guardia de misil.

Ketchum encendió un puro y lanzó una mirada furiosa a través del humo.

-Entonces, ¿qué cojones ha pasado?

Anderson meneó la cabeza y miró hacia el helicóptero que se acercaba.

-No tiene sentido. Walters sabía que la secuencia final de activación de los misiles tenía que hacerse en tándem con otras dos llaves en un centro de control separado. Sabía que los ordenadores se detendrían en la segunda marca T-5 a menos que hubiera esa verificación. Se mató y asesinó a Beale para nada.

-¿Tienes esa nota? -gruñó Ketchum entre el puro. -Sí, señor.

-Dámela.

La última nota de Walters había sido envuelta en plástico aunque Ketchum no comprendía para qué. Seguro que no la investigarían para encontrar huellas dactilares. La letra era bastante clara a través del plástico:

WVB a CAC

Peón de rey a e6. Jaque. Tu jugada, Christian.

-¿Algún código, Steve? -preguntó Ketchum-. ¿Este coño de
ajedrez te dice algo?

-No, señor.

-¿Te parece que CAC es el Consejo de Aeronáutica Civil? -No tiene sentido.

-¿Y este Christian? ¿Ese Walters era evangelista o alguna de esas
cosas?

-No, señor. Según el capellán de la base, el teniente era unitario,
pero nunca asistía a los oficios.

-W y B podían ser Walters y Beale -murmuró Ketchum-, pero
¿qué quiere decir esa «V» entre ellas?

-No tengo idea, señor. Quizá los Servicios Secretos o la gente del
FBI puedan descubrirlo. Me parece que aquel helicóptero verde es el
que trae al tío del FBI de Denver.

-Preferiría que no les hubiéramos llamado -gruñó Ketchum. Se sacó el puro de la boca y escupió. -Es la ley -dijo Anderson-. Hay que hacerlo.

El general Ketchum se giró y echó al coronel una mirada que hizo
que el otro mirara hacia abajo y se interesara súbitamente por la raya
de sus pantalones.

-Muy bien -dijo Ketchum por fin, tirando el puro-, hablemos
con esos brillantes civiles. Qué carajo, el día no podrá empeorar. Ketchum giró sobre sus talones y se dirigió hacia la distante delegación.

El coronel Anderson corrió hacia donde el general había tirado su
puro, se aseguró de que estaba apagado y después se apresuró a alcanzarle.

43

Melanie

De algún modo el mundo parecía más seguro.

La luz entraba suavemente a través de mis cortinas y persianas, iluminando superficies familiares: la madera oscura del zócalo de mi cama; el armario alto que mis padres habían encargado el año del centenario; mis cepillos para el cabello sobre la mesa del tocador, donde siempre habían estado, y el edredón de mi abuela a los pies de la cama.

Era agradable estar simplemente allí y escuchar el ajetreo de la gente por la casa. Harod y Nancy ocupaban el cuarto de huéspedes contiguo a mi habitación. La enfermera Oldsmith dormía en una cama plegable, cerca de la puerta, en mi habitación. La señorita Sewell pasaba mucho tiempo en la cocina preparando las comidas para todos. El doctor Hartman vivía aparentemente en la casa al otro lado del patio, pero, como los demás, pasaba la mayor parte del tiempo aquí, ocupado con mis necesidades. Culley dormía en el pequeño cuarto al lado de la cocina que había ocupado el señor Thorne. No dormía mucho. Durante la noche se sentaba en la silla del vestíbulo, cerca de la entrada. El chico negro dormía en un catre que habíamos puesto para él en el porche trasero. Aún hacía frío allá fuera por la noche, pero le daba igual.

El niño, Justin, pasaba mucho rato conmigo, cepillándome el pelo, hojeando libros que yo debería haber leído, siempre cerca para cuando necesitaba que alguien me hiciera un recado. A veces simplemente lo mandaba a sentarse en la silla de mimbre en la sala de costura, para que disfrutara del sol y del cielo más allá del jardín, y del olor de las nuevas plantas que Culley había comprado y colocado en macetas nuevas. Mis Hummels y otras figurillas de porcelana estaban de nuevo en la caja de vidrio que hice que el chico negro arreglara.

Era agradable y un poco desconcertante pasar tanto tiempo viendo el mundo a través de los ojos de Justin. Sus sentidos y percepciones eran tan agudos, tan directos, tan libres de interferencia del yo consciente, que resultaba casi doloroso. Y podían sin duda convertirte en adicto. Hacía mucho más difícil devolver mi atención a los límites de mi propio cuerpo.

La enfermera Oldsmith y la señorita Sewell se mostraban optimistas respecto a mi recuperación y persistían en sus tentativas de terapia. Yo les permitía -e incluso las animaba a ello- seguir con esta actitud, porque quería caminar y hablar y volver al mundo, pero dudaba del progreso que ellas decían ver, porque estaba segura de que comportaría una disminución de mi intensificada «aptitud».

Cada día el doctor Hartman me sometía a pruebas, me examinaba y me hablaba animadamente. Las enfermeras me bañaban, me giraban cada dos horas y movían mis miembros para conservar sueltos los músculos y las articulaciones. Poco después de nuestro regreso a Charleston, empezaron una terapia que exigía una participación activa de mi parte. Yo podía mover mí brazo y mi pierna izquierdos, pero, cuando lo hacía, el control de mi pequeña familia se hacía muy difícil, casi imposible, y por eso pronto establecí que, durante las dos sesiones diarias de terapia, todos excepto las enfermeras y yo misma permaneciesen sentados o echados en la cama, inactivos, sin exigir más acción directa o control que los caballos en sus establos.

A finales de abril, la visión había vuelto a mi ojo izquierdo y, hasta cierto punto, pude mover los miembros. La sensación en todo mi costado izquierdo era muy extraña, como si me hubieran puesto inyecciones de novocaína en la mandíbula, el brazo, la cadera y la pierna. No era desagradable.

El doctor Hartman estaba muy orgulloso de mí. Decía que no era nada corriente que, aunque yo había sufrido una privación importante de los sentidos durante aquellas primeras semanas posteriores a mi accidente cerebrovascular y aunque era evidente una hemiplegia izquierda, no hubiese señales de paroxia o percepción visual. No tenía errores parafásicos ni perseverancia.

El hecho de que yo no hubiera hablado durante tres meses no significaba que el médico se equivocase al decidir que estaba libre de las disfunciones del habla que tan a menudo afligen a las víctimas de estos ataques. Yo hablaba cada día a través de Howard o Nancy, o de la señorita

Sewell o de alguno de los otros. Después de escuchar al doctor Hartman durante un rato, llegué a mis propias conclusiones sobre por qué esta facultad no había sido afectada.

El hecho de que el ataque fuera un infarto isquémico reducido fundamentalmente al hemisferio derecho del cerebro era, sin duda, una razón importante, pues, como en la mayor parte de las personas que usan la mano derecha, los centros del habla de mi cerebro estaban situados en el hemisferio izquierdo y no habían sido afectados. De todas formas, el doctor Hartman señalaba que las víctimas de ataques tan fuertes como el mío padecían a menudo algunos problemas de percepción y del habla hasta que las funciones eran transferidas hacia áreas nuevas, incólumes, del cerebro. Comprendí que esas transferencias ocurren constantemente conmigo a causa de mi «aptitud», y ahora, con mi «aptitud» intensificada, confiaba en poder retener todas las funciones del habla y personalidad aunque ambos hemisferios de mi cerebro hubiesen sido afectados. ¡Yo tenía una provisión ilimitada de tejido cerebral sano para usar! Cada persona con la que entraba en contacto se hacía donante de neuronas, sinapsis, asociaciones del habla y almacenamiento de memoria.

Sin duda, me había convertido en inmortal.

Fue entonces cuando empecé a comprender tanto las calidades aditivas como los beneficios para la salud de nuestro «juego». «Usar» nuestras «aptitudes», especialmente el «uso» definitivo que el «juego» exigía, nos había hecho más jóvenes. Tal como las vidas de muchos pacientes se renuevan ahora con trasplantes de órganos y tejidos, de la misma forma nuestras vidas se renovaban con el «uso» de otros cerebros, el trasplante de energía, el uso prestado de RNA y de neuronas y todos los otros compuestos esotéricos a que la moderna ciencia ha reducido el cerebro.

Cuando yo veía a Melanie Fuller a través de los ojos claros de Jason, veía. a una vieja que dormía en posición fetal, con las soluciones intravenosas goteando hacia un brazo demacrado, con la piel pálida tersa sobre el hueso, pero ahora sabía que esta apariencia era completamente engañosa, que ahora yo era más joven que nunca, absorbía la energía de los que me rodeaban, como los girasoles almacenan la luz. Pronto podría levantarme de la cama, resucitada por la renovación de energía radiante que podía sentir fluyendo dentro de mí, día tras día, semana tras semana.

Mis ojos se abrían durante la noche. Dios mío, quizá fue así como Nina sobrevivió a la muerte.

Si mi «aptitud» podía aumentar en fuerza y alcance a través de la muerte por oxígeno de una pequeña parte de mi cerebro, ¿qué podría haber conseguido la «aptitud» mucho mayor de Nina en ese microsegundo posterior al disparo? ¿Qué era la bala que yo le había disparado al cerebro con el Colt de Charles sino una versión mayor, más dramática, de mi accidente cerebrovascular? El control y la conciencia de Nina podían haber saltado a un centenar de cerebros serviles en las horas y días posteriores a nuestra confrontación. Yo había leído suficiente en los últimos años para saber que actualmente se podían mantener personas vivas en máquinas que sustituían, estimulaban o -simulaban las funciones del corazón, los riñones y sabe Dios qué otros órganos. No veía ninguna contradicción en la idea de que la pura y fuerte conciencia de Nina mantuviera su dominio de la vida a través de las mentes de otros.

Nina pudriéndose en su ataúd mientras su «aptitud» permitía que su cerebro se dispersara en la noche como un informe y malévolo espectro.

Los ojos azules de Nina saliendo de sus cuencas en una marea de gusanos mientras su cerebro destrozado se reparaba al mismo tiempo que se pudría.

La energía de todos aquellos que ella «usaba» fluyendo hacia ella hasta que Nina se levantaba en la misma explosión de juventud que yo sentí fluyendo hacia mí, sólo que Nina era un cadáver moviéndose en la oscuridad.

¿Vendría aquí?

Toda mi familia estuvo despierta esa noche, algunos conmigo, algunos entre yo y la oscuridad. Pero aún así yo no pude dormir.

La señora Hodges no quiso vender la casa hasta que el doctor Hartman ofreció -y pagó- una cantidad exorbitante. Yo podía haber interferido en las negociaciones, pero después de haber visto a la señora Hodges decidí no hacerlo.

Habían pasado menos de cinco meses desde que George, su marido, había sufrido su infeliz accidente, pero había envejecido veinte años. Siempre se había teñido el cabello de un tono marrón, pero ahora se lo'dejaba en mechones blancos sueltos. Tenía los ojos apáticos. Nunca había sido atractiva, pero ahora no se esforzaba en esconder las arrugas, las verrugas y el vello facial con maquillaje.

Pagamos un precio exorbitante. El dinero muy pronto dejaría de ser un problema y, además, en cuanto vi otra vez a la señora Hodges, pensé que podría serme útil en los días y semanas que vendrían.

La primavera llegó como siempre hace en mi querido Sur. A veces permitía que Culley me llevase a la sala de costura y una vez -sola una vez- afuera para recostarme en la tumbona mientras el chico negro trabajaba en el jardín. Culley, Howard y el doctor Hartman habían levantado cercas altas alrededor de todo el complejo, cercas de tres

metros, para que nadie pudiera vernos. Pero no me gustaba recibir la luz directa del sol. Era mucho más agradable compartir las percepciones de Justin cuando el niño se sentaba en la hierba o con la señorita Sewell, mientras ella tomaba el sol desnuda en el patio.

Los días se hacían más largos y más cálidos. La brisa entraba por mis ventanas abiertas. A veces creía oír los chillidos y las risas de la nieta de la señora Hodges y de su amiga desde el patio, pero después comprendía que debían de ser otras niñas, más lejos.

Los días olían a césped recién cortado y las noches a madreselva. Me sentía segura.

44

Beverly Hills, jueves 23 de abril de 1981

Una tarde de jueves, a primera hora, Tony Harod estaba acostado en una cama en el hotel Beverly Hilton y pensaba en el amor. Nunca le había interesado demasiado el asunto. Para Harod, el amor era la farsa que desencadenaba miles de banalidades, era la excusa de todas las mentiras, ilusiones e hipocresías que constituían las relaciones entre los sexos. Tony Harod se enorgullecía de haber jodido con centenares de mujeres, quizá miles, y nunca fingió estar enamorado de ninguna de ella, aunque en aquellos segundos finales de su sumisión, en el orgasmo, hubiese sentido algo que se acercaba al amor.

Ahora Tony Harod estaba enamorado.

Se descubría constantemente pensando en María Chen. Sus dedos recordaban la textura precisa de su piel. Soñaba con su dulce olor. Su pelo oscuro, sus ojos oscuros y su sonrisa suave flotaban al borde de su conciencia como una imagen en la periferia de la visión, escurridiza, que desapareciera cuando giraba la cabeza. Incluso sólo pronunciar su nombre le hacía sentirse extraño por dentro.

Harod puso las manos detrás de la cabeza y miró el techo. Las embrolladas sábanas aún guardaban el olor marino del sexo. En el baño, la ducha corría.

Harod y María Chen hacían su vida de siempre. Ella le traía el correo al yacuzi cada mañana, le pasaba las llamadas, escribía al dictado, después lo acompañaba al estudio para ver la filmación de algunas tomas de El tratante de blancas y revisar las de la víspera. Las secuencias de estudio, que debían rodarse en los estudios Pinehurst, se estaban realizando en los Paramount a causa de problemas con los sindicatos británicos, y Harod se sentía muy contento porque eso le permitía vigilar la producción sin tener que pasar semanas fuera de casa. El día anterior, Harod había visto las primeras pruebas de Janet Delacourte -la vaca de veintiocho años que interpretaba el papel escrito para una núbil de diecisiete años- y de pronto imaginó a María Chen en el papel principal.

Las expresiones súbitas de María Chen en vez de las emociones rudas de la Delacourte, la desnudez seductora y sensual de María Chen en vez de la pesada y pálida desnudez de la estrella.

Harod y María Chen habían hecho el amor sólo tres veces después de Filadelfia, una represión que Harod no comprendía pero que le inflamaba con un deseo hacia ella que se expandía desde lo físico a lo psicológico; ella estaba en sus pensamientos la mayor parte del día. El simple acto de verla atravesar la sala le proporcionaba placer a Tony Harod.

La ducha paró y Harod oyó los sonidos amortiguados de la toalla y el rugido de un secador del cabello.

Intentó imaginarse la vida sin María Chen. Entre ambos tenían dinero suficiente para poderse marchar y vivir confortablemente durante dos o tres años. Podrían ir a cualquier parte. Harod siempre había deseado mandarlo todo a paseo, encontrar una pequeña isla en las Bahamas o en cualquier otro sitio y ver si podía escribir algo, aparte de las películas baratas. Se imaginó dejando una nota grosera a Barent y a Kepler y simplemente largándose lejos de todo aquello; imaginó a María Chen volviendo de la playa en su bañador azul, a ambos hablando mientras desayunaban con cruasanes y café acabado de hacer mientras el sol se levantaba sobre la laguna. A Tony Harod le gustaba estar enamorado.

Janet Delacourte salió desnuda del cuarto de baño y se sacudió la larga cabellera rubia, que le caía sobre los hombros. -Tony, cariño, ¿tienes un cigarrillo?

-No. -Harod abrió los ojos para mirarla. Janet tenía la cara de una chica de quince años endurecida y pechos capaces de llenar un sueño húmedo de Russ Meyer. Después de tres películas, su talento de actriz continuaba piadosamente oculto. Se había casado con un millonario tejano de sesenta y tres años que le había comprado su propio pura sangre, que le había comprado un papel de diva por una noche de ópera que había sido el hazmerreír de Houston durante meses, y ahora estaba en vías de comprar Hollywood para ella. Schu Williams; el realizador de El tratante de blancas, la semana anterior le había sugerido a Harod después de

unas copas que Delacourte no produciría ninguna emoción si alguien la empujara por un acantilado. Harod le había recordado a Williams dónde se invertían tres de los nueve millones de dólares del presupuesto y sugirió que cambiaran el guión por quinta vez para eliminar las escenas en las que Janet tenía que hacer algo más allá de su alcance -como hablar- y añadir otro par de escenas de bañera y de harén.

-Muy bien, tengo uno aquí, en mi bolso.

Hurgó en un bolso de tela mayor que la bolsa de viaje habitual de Harod.

-¿No tienes más tomas hoy? -preguntó Harod-. ¿Otra tentativa de la escena de harén con Dirk?

-No. -Masticaba chicle y fumaba y conseguía hacer ambas cosas con la boca abierta-. Schuey dice que lo que filmamos el martes es lo mejor que podremos conseguir.

Se echó en la cama boca abajo, con los codos levantados, los enormes pechos por encima de las espinillas de Harod como pálidos melones en las rebajas de un supermercado.

Harod cerró los ojos.

-Tony, cariño, ¿es cierto que tienes el original de aquella cinta?

-¿Qué cinta?

-Ya lo sabes. Aquella en la que la pequeña Shayla Barrington manosea la polla de un tío.

-Oh, ésa.

-Dios, debo de haber visto esos diez minutos de vídeo en por lo menos sesenta fiestas en los últimos meses. La gente no se cansa de mirarla. Casi no tiene tetas, ¿verdad?

-Mmmm -murmuró Harod.

-Yo estaba en esa fiesta benéfica con ella, sabes, aquella para los niños con como-se-llame-eso. Estaba en la mesa de Dreyfus y Clint y Meryl. Creo que Shayla es tan presumida que se cree que su culo no huele, ¿sabes lo que quiero decir? Creo que se merece que todo el mundo se ría mirando eso.

-¿Se reían?

-Oh, sí. Don es tan divertido. Habla mucho, sabes, se burla de todos y cuando llega a Shayla dice alguna cosa como: «Y nos sentimos honrados con la presencia de una de las más hermosas jóvenes sirenas que ha habido desde que Esther Williams se quitó el gorro de baño», o algo así, ya sabes, sólo que más divertido. ¿Entonces la tienes tú?

¿Tengo qué?

-Ya lo sabes, la cinta original.

-¿Qué importa quién tiene el original si hay copias por toda la ciudad?

-Tony, querido, yo sólo soy curiosa, nada más. Creo que fue una especie de venganza si filmaste eso después de que Shayla rechazara el «tratante» ese.

-¿El «tratante» ese?

-Oh, es como Schuey lo llama. Más o menos como Chris Plummer llamando El sonido de la música, como El sonido del moco, ¿sabes? Todos lo llamamos así en escena.

-Divertido -dijo Harod-. ¿Quién ha dicho que a la Barrington se le ofreció alguna vez el papel?

-Oh, querido, todo el mundo sabe que fue la primera seleccionada. No tendría los veinte millones de presupuesto si la encantadora «señorita maravillas» hubiese firmado, creo. Janet Delacourte se sacó el cigarrillo de los labios y rió-. Claro que ahora no consigue nada. Me dijeron que la Disney canceló aquella gran comedia musical que pensaban hacer para ella y Donnie, y Marie la echó del especial que iban a rodar en Hawai. Su vieja madre mormona le echó una bronca y tuvo una enfermedad coronaria o algo así. Horrible.

Jugó con los dedos de los pies de Harod y meneó los pechos hacia adelante y hacia atrás sobre sus piernas.

Tony Harod retiró las piernas y se sentó al borde de la cama. -Voy a tomar una ducha. ¿Estarás aquí cuando vuelva?

Janet Delacourte reventó un globo de chicle, giró sobre la espalda

y le sonrió cabeza abajo.

-¿Quieres que esté, cariño?

-No especialmente -dijo Harod.

Ella recuperó su posición.

-Entonces que te jodan -dijo sin animosidad en la voz-. Me voy de compras.

Cuarenta minutos más tarde Harod salió del Beverly Hilton, bostezando y entregando sus llaves al chico de chaleco rojo y pantalones blancos.

-¿Cuál de ellos hoy, señor Harod? -preguntó el chico-. ¿El Mercedes o el Ferrari?

-Hoy el alemán gris, Johnny -dijo Harod. -Muy bien.

Mientras esperaba, Harod espió las palmeras y el cielo azul a través de sus gafas de sol. Pensó que Los Ángeles tenía quizá el clima más aburrido de todo el maldito mundo. Excepto, quizás, el sur de Chicago, donde había nacido.

Apareció el Mercedes, Harod miró alrededor, empezó a alargar la mano con el billete de cinco dólares y se encontró con la cara risueña de Joseph Kepler.

-Entra, Tony -dijo Kepler-. Tenemos que hablar.

Kepler condujo hacia Coldwater Canyon. Harod lo miró a través
de sus gafas.

-La seguridad del Hilton es realmente una mierda -dijo Harod-. Actualmente dejan entrar todo tipo de gente en tu coche. Kepler torció su sonrisa de Charlston Heston.

Johnny me conoce -explicó-. Le dije que era una broma. -Ja, ja -murmuró Harod.

-Tenemos que hablar, Tony. -Ya lo has dicho.

-Eres muy listo, ¿verdad, Tony?

-Acaba con eso. Si tienes algo que decirme, escúpelo.

Kepler conducía demasiado deprisa. Conducía con arrogancia,
sólo con el brazo derecho, la muñeca apoyada en el volante.

-Tu amigo Willi hizo otra jugada -dijo.

-Regla básica -cortó Harod-: podemos tener nuestra pequeña
conversación aquí y ahora, pero si te refieres a él como «tu amigo Willi» una vez más te tragarás los dientes. ¿De acuerdo, buen amigo Joseph?

Kepler le miró.

-Willi ha hecho su correspondiente jugada y es necesario que
haya alguna respuesta.

-¿Qué hizo esta vez? ¿Dar por el culo a la mujer del presidente o
algo así?

-Un poco más dramático y difícil que eso. -¿Quieres hacerme pasar un concurso de televisión?

-Da igual lo que hizo -dijo Kepler- y no leerás nada en los periódicos sobre el caso, pero es algo que Barent no puede pasar por
alto. Quiero decir que tu..., que Willi está dispuesto a hacer apuestas
altas y tendremos que responder de alguna forma.

-Entonces ahora vamos a una política de tierra quemada, ¿eh?
-dijo Harod-. Matar a todos los germano-americanos de más de cincuenta y cinco años.

-No, el señor Barent va a negociar.

-¿Cómo lo hará si no pueden siquiera encontrar al jodido cabrón? -Harod miró la ladera árida junto a la que pasaban-. ¿O aún
crees que yo estoy en contacto con él?

-Ellos no -contestó Kepler-, pero yo sí. Harod se puso derecho. -¿Con Willi?

-¿De quién sino estamos hablando? -¿Dónde..., cómo lo encontraste?

-No lo encontré -dijo Kepler-. Le escribí. Él me respondió.
Mantenemos una correspondencia muy agradable.

-¿Adónde escribiste, por Dios?

-Le envié una carta certificada a su casita en los bosques de Baviera.

-¿A Waldheim? ¿El viejo castillo cerca de la frontera checa? No hay nadie allí. Barent tenía gente vigilando la casa desde que yo estuve allí en diciembre.

-Es cierto -admitió Kepler-, pero los criados de la familia aún guardan la casa. Padre e hijo alemanes llamados Meyer. Mi carta nunca fue devuelta y algunas semanas después tuve noticias de Willi. Con sello francés. Y una segunda carta desde Nueva York.

-¿Qué dice? -preguntó Harod. Estaba furioso porque su corazón latía al doble de la velocidad habitual.

-Willi dice que quiere entrar en el Club y relajarse en la isla este verano.

-¡Ah! -gritó Harod.

-Le creo -dijo Kepler-. Creo que está ofendido porque no lo hemos invitado antes.

-Y puede estar un poco enfadado debido a que tú intentaste hacerle volar por los aires, y nunca mejor dicho, y poner a su vieja amiguita Nina contra él.

-Quizá -dijo Kepler-. Pero creo que está dispuesto a olvidar el pasado.

-¿Qué dice Barent?

-El señor Barent no sabe que he estado en contacto con Willi. -Dios -dijo Harod-, ¿no estás arriesgándote demasiado? Kepler sonrió.

-Él te dejó realmente perplejo con aquella sesión de condicionamiento el otro día, ¿verdad, Tony? No, no me arriesgo demasiado. Barent no hará nada demasiado insolente aunque lo descubra. Con Charles y Nieman fuera del fuego, la coalición de C. Arnold se está volviendo un poco inestable. No creo que Barent quiera tener su deporte de la isla sólo para él.

-¿Vas a decírselo?

-Sí -respondió Kepler-. Después de lo de ayer creo que Barent estará agradecido de que yo haya encontrado una manera de entrar en contacto con Willi. Si está seguro de que es fiable, Barent estará de acuerdo en incluir al viejo en las locuras del campamento de verano.

-¿Qué tipo de seguridad puede haber? -preguntó Harod-. ¿No ves lo que Willi puede hacer? El viejo hijoputa no se detendrá ante nada.

-Lo sé -admitió Kepler-, pero creo que he convencido a nuestro valiente jefe de que es más seguro tener a Willi con nosotros, donde podemos vigilarlo, que escondido por ahí y liquidándonos a uno tras otro. Barent aún se cree que cualquier persona con la que entra en..., ah..., contacto personal no volverá a ser una amenaza. -¿Crees que puede neutralizar a Willi? -¿No lo sabes?

La voz de Kepler sonaba sinceramente curiosa.

-No lo sé -dijo Harod finalmente-. La «aptitud» de Barent parece única, pero Willi..., bueno, no estoy seguro de que Willi sea completamente humano.

-Eso realmente no importa, Tony. -¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que es muy probable que el Island Club necesite
un cambio de dirigente.

-¿Quieres decir deshacernos de Barent? ¿Cómo lo haremos? -No tendremos que hacerlo, Tony. Todo lo que tenemos que hacer es estar en contacto con nuestro Wilhelm y garantizarle que nos

mantendremos neutrales en caso de alguna... desavenencia en la isla. -¿Willi vendrá al campamento de verano?

-En la última noche de la parte pública -dijo Kepler-. Después
se unirá a nosotros durante la cacería de la semana siguiente.

-No puedo creerme que Willi se ponga así en manos de Barent
-dijo Harod-. Barent debe de tener... ¿Cuántos? ¿Un centenar de
guardias de seguridad por allá?

-Más, unos doscientos -corrigió Kepler.

-Sí. La «aptitud» de Willi no vale nada contra un ejército como
ése. ¿Por qué va a hacerlo?

-Barent dará su palabra de honor de que Willi no correrá peligro
-dijo Kepler.

Harod rió.

-Ah, muy bien. En ese caso todo va bien. Willi pondrá la cabeza
en la guillotina si Barent le da su jodida palabra.

Kepler había bajado por Muholland Drive. Podían ver la autopista

abajo.

-Pero ya ves las posibilidades que plantea el asunto, Tony. Si Barent elimina al viejo, nosotros simplemente volvemos a la misma situación contigo como miembro de pleno derecho. Si Willi tiene alguna

sorpresa en la manga, lo recibimos con los brazos abiertos.

-¿Crees que puedes coexistir con Willi? -preguntó Harod. Kepler entró en un aparcamiento cerca de Hollywood Bowl. Un

coche con cristales oscuros esperaba.

-Después de dormir con serpientes tanto tiempo, Tony -dijo-,

no tiene mucha importancia qué variedad de veneno tenga la nueva

serpiente mientras no muerda a los compañeros.

-¿Y Sutter?

Kepler apagó el encendido del Mercedes.

-Acabo de tener una larga conversación con el reverendo. Aunque reconoce mucho valor sentimental a su larga relación con su amigo Christian, también está dispuesto a dar a César lo que es de César.

-¿Lo que significa?

-Lo que significa que podremos asegurarle a Willi que Jimmy Wayne Sutter no le guardará rencor si la cartera del señor Barent cambia de manos.

-¿Sabes una cosa, Kepler? -dijo Tony Harod-. No serías capaz de dar una explicación escueta y sin rodeos aunque tu jodida vida dependiera de ello.

Kepler sonrió y abrió la puerta. Por encima del zumbido de la alarma, dijo:

-¿Estás con nosotros o no, Harod?

-Si estar con vosotros es mantener la cabeza baja y fuera de esta mierda, estoy con vosotros -dijo Harod.

-Una respuesta escueta y sin rodeos -ironizó Kepler-. Tu amigo Willi necesita saber dónde estás. ¿Con nosotros o no?

Harod miró al espacio brillante del aparcamiento. De nuevo miró a Kepler, su voz sonaba cansada.

-Estoy con vosotros -dijo.

Eran casi las once de la noche cuando Harod decidió que quería dos perritos calientes con mostaza y cebolla. Dejó las revisiones del argumento en el que había estado trabajando y se dirigió al ala oeste, donde la luz de María Chen aún brillaba bajo la puerta. Llamó dos veces.

-Voy al Pinks. ¿Quieres venir?

Su voz llegó amortiguada como si hablara desde el cuarto de baño: -No, gracias.

-¿Estás segura?

-Sí. Gracias, de todas formas.

Harod cogió su chaqueta de cuero y sacó el Ferrari del garaje. Le plació conducir, mover los pedales, pasar apurando las luces ámbar y dejar atrás otros dos coches que habían cometido el error de desafiarlo durante tres manzanas en el Boulevard.

El Pinks estaba lleno. El Pinks estaba siempre lleno. Harod se comió sus dos perritos calientes en la barra y se llevó un tercero al aparcamiento. Dos adolescentes estaban entre una furgoneta oscura y su coche, uno de ellos apoyado sobre el Ferrari mientras hablaba con dos chicas. Harod se acercó y puso la cara a pocos centímetros de la del chico.

-Lárgate -dijo.

El chico era diez centímetros más alto que Harod, pero se apartó del coche como si fuera un horno encendido. Los cuatro se alejaron lentamente mirando a Harod, esperando encontrarse a una distancia conveniente antes de gritar comentarios sarcásticos. Harod estudió a las dos chicas. La más baja parecía chicana, con el pelo negro y la piel morena, envuelta en unos pantalones caros y una blusa sin espalda que parecía demasiado justa. Harod imaginó cómo se sorprenderían los dos chicos si ese pedazo de chocolate se reuniera con él en el Ferrari y decidiera quitarse un poco de tejido. «Al diablo con eso -pensó-. Estoy muy cansado.»

Acabó el tercer perrito caliente sentado al volante, rociado con el resto del Tab; había conectado el encendido cuando una voz suave dijo:

-Señor Harod.

La puerta de la furgoneta se había abierto a un metro de él. Una muchacha negra estaba sentada de lado en el asiento del pasajero. Había algo familiar en ella y Harod le había sonreído automáticamente antes de poder recordar dónde la había visto antes. Tenía algo en el regazo, le apuntaba.

Harod pisó el pedal y cuando iba a coger la palanca de cambios se escuchó un ruido blando, como los que hacían los silenciadores en sus películas de espías, y una avispa le picó en el hombro izquierdo.

-¡Mierda! -gritó Harod. Levantó la mano derecha para quitarse el insecto, tuvo tiempo de comprender que no era una avispa, después el interior del coche se abrió y el salpicadero y el asiento del pasajero se acercaron bruscamente para golpearle en la cara.

Harod no perdió completamente la consciencia en ningún momento, pero el efecto era el mismo. Era como si alguien le hubiera desterrado al subterráneo de su propio cuerpo. Le llegaban vislumbres y sonidos -vagamente-, pero era como ver una emisora distante de UHF en un televisor barato en blanco y negro mientras en otra sala una radio dejaba oír un sonido desvirtuado. Entonces alguien le puso una capucha sobre la cara. No había gran diferencia. De vez en cuando tenía conciencia de que rodaba un poco, como si estuviera en la cubierta de un pequeño barco, pero sus sensaciones táctiles eran flotantes y falsas, y era demasiado trabajoso ordenarlas.

Alguien le llevaba. Creyó notarlo. Quizás eran sus propias manos en sus brazos y piernas. No, sus manos estaban en algún lugar en su espalda, unidas por una faja de piel y cartílago que parecía haber salido de la nada.

Durante un período indefinido de tiempo Harod no estuvo en ningún sitio -ni consciente ni inconsciente-, flotó en alguna parte dentro de sí mismo en una agradable sopa primaria de falsas sensaciones y recuerdos confusos. Distinguía con claridad dos voces, una de ellas la suya, pero la conversación -si era una conversación- le aburría y pronto volvía a la oscuridad interior de la misma manera que un buzo permite que sus pesas y una suave corriente lo lleven más al fondo de las profundidades purpúreas.

Tony Harod sabía que algo iba mal, pero le daba igual.

La luz le despertó. La luz y el dolor en sus muñecas. La luz, el dolor en sus muñecas y el dolor que le hacía pensar en la película Alien de Rídley Scott, donde la cosa sale del pecho del pobre diablo. ¿Quién era el actor? John Hurt. ¿Por qué demonios tenía la luz en los ojos y por qué le dolían las muñecas y qué había bebido para tener la cabeza tan revuelta?

Harod se sentó..., intentó sentarse. Lo intentó de nuevo y gritó de dolor. El grito parecía liberar una última película entre él y el mundo. Se quedó allí, prestando atención a cosas que antes no le parecían importantes.

Estaba esposado. Yacía en una cama, esposado. Su brazo derecho estaba en la almohada, a su lado; las esposas alrededor de su muñeca derecha estaban atadas al pesado metal blanco de la cabecera. Su brazo izquierdo estaba extendido a lo largo de su cuerpo, pero las esposas allí estaban atadas a algo sólido bajo el colchón. Harod intentó levantar el brazo izquierdo; el metal hizo sonar el metal. El lateral de la cama, pues. O un tubo. O algo. Aún no estaba preparado para mover la cabeza y comprobarlo. Quizá más tarde.

«¿Con quién demonios estuve anoche?» Harod tenía algunas amigas muy adictas al sadomasoquismo suave pero él nunca se había colocado en el papel de víctima. «¿Demasiada bebida? ¿Vita me metió al final en su "cámara de los placeres"?» Abrió de nuevo los ojos y los mantuvo abiertos luchando contra el dolor de la luz en sus nervios ópticos.

Una habitación blanca. Una cama blanca -las sábanas, la estructura metálica pintada del mismo color-, paredes blancas, un pequeño espejo en la pared de enfrente con el marco pintado

de blanco, una puerta. Una puerta blanca con un pomo blanco. Una única bombilla -de diez millones de vatios a juzgar por el brillo- que pendía de un cable blanco. Harod llevaba un pijama blanco de hospital. Podía sentir la abertura en la espalda y que estaba desnudo de la cintura para abajo. De acuerdo, no era Vita. Su «cámara de los placeres» era de terciopelo y piedra. ¿A quién conocía él que tuviese un equipo de hospital? A nadie.

Harod hizo sonar las esposas y sintió la carne viva donde ya le habían herido las muñecas. Se inclinó hacia la izquierda y miró el suelo. Suelo blanco. La muñeca izquierda esposada a un armazón de cama metálico blanco. No necesitaría moverse de nuevo durante algún tiempo, a menos que tuviese necesidad de vomitar sobre el magnífico suelo blanco. Ya lo pensaría.

Harod perdió la consciencia durante un momento. Cuando comprendió dónde estaba un poco después -la luz era la misma; la habitación blanca, la misma; el dolor de cabeza había mejorado un poco- pensó en hospitales psiquiátricos. ¿Alguien le había encerrado mientras estaba distraído?

En los hospitales psiquiátricos no esposaban a la gente. ¿O sí lo hacían?

Una punzada de miedo le golpeó con fuerza suficiente para lanzarlo a debatirse y a dar patadas, haciendo sonar metal contra metal hasta que cayó sobre la espalda, jadeando. Barent. Kepler. Sutter. Esos hijos de puta le habían metido en algún sitio seguro donde podría pasarse el resto de su vida mirando las paredes blancas y meándose en las sábanas.

No, ese grupo simplemente le mataría y asunto concluido.

Entonces Harod recordó el Pinks, los chicos, la furgoneta, la muchacha negra. Era ella. ¿Qué había dicho Colben sobre ella en Filadelfia? Creían que Willi había estado «usándola», a ella y a aquel sheriff. Pero el sheriff estaba muerto... Harod aún estaba allá cuando Kepler y Haines hicieron que el cuerpo apareciera en una estación de autobuses de Baltimore para que no fuera asociado con el jaleo de Filadelfia.

¿Quién la «usaba» ahora? ¿Willi? Quizá. Quizá no estaba totalmente satisfecho con el mensaje transmitido a través de Kepler. Pero ¿por qué todo esto?

Harod decidió dejar de pensar durante un rato. Le dolía demasiado la cabeza. Esperaría a un visitante. Si la muchacha negra entraba y Willi o quienquiera que fuese no ejerciera un dominio fuerte sobre ella, alguien se iba a llevar una sorpresa.

Harod sentía la imperiosa necesidad de orinar y había intentado lanzar algunos gritos cuando la puerta finalmente se abrió.

Era un hombre. Llevaba un traje verde quirúrgico y un pasamontañas negro con gafas de espejo en lugar de ojos. Harod pensó en las gafas de Kepler, después en el asesino de las películas de Willi de la serie Noches de Walpurgis. Entonces casi se orinó allí mismo.

No era Willi. Eso lo podía ver enseguida. No era del tamaño ni de la edad de Tom Reynolds, el extraño pelele de Willi con dedos de estrangulador. Daba igual. Willi había tenido tiempo para encontrar legiones de don nadies.

Harod intentó atacarle. Lo intentó. Pero en el último segundo la vieja repugnancia le venció -más fuerte que la náusea y el dolor de cabeza anteriores- y se apartó antes de que su voluntad tocara el cerebro del otro. Habría sido más fácil y menos íntimo para Harod lamer el ano de otro hombre o chuparle el pene. Sólo la idea de tocarle el cerebro le hacía tener sudores fríos.

-¿Quién es usted? ¿Dónde estoy?

Las palabras de Harod eran casi ininteligibles y salían de una lengua tallada en madera barata.

El hombre se dirigió hacia el lado de la cama y miró a Harod. Después metió la mano en su blusa quirúrgica y sacó una pistola automática. La apuntó a la frente de Harod.

-Tony -dijo con un leve acento-. Voy a contar hasta cinco y

después dispararé. Si vas a hacer algo, vale más que lo hagas ahora. Harod tiró de las esposas con fuerza suficiente para mover la cama. -Uno..., dos..., tres...

El cerebro de Harod saltó, pero treinta años de autocondicionamiento le impidieron completar el contacto.

-... cuatro...

Harod cerró los ojos.

-... cinco.

El martillo cayó e hizo un clic.

-¿Necesitas algo? -preguntó la voz suave con acento. -Un orinal -murmuró Harod.

El pasamontañas asintió.

-La enfermera te lo traerá.

Harod esperó hasta que la puerta se hubo cerrado y entonces cerró los ojos con fuerza, concentrándose. «La enfermera -pensó-. Dios mío, que sea el tipo de enfermera a la antigua, con un par de tetas y una raja entre las piernas.»

Esperó.

La enfermera era la negra. La de Filadelfia. La que le había disparado y traído aquí.

Recordaba su nombre. Natalie. Le debía mucho.

No llevaba pasamontañas, pero parecía tener manchas blancas en las sienes, hilos en el cabello. Traía un orinal y lo colocó profesionalmente. Retrocedió para esperar.

Harod frotó su cerebro levemente mientras hacía sus necesidades.

Nadie estaba «usándola». No podía creer que ellos hubieran sido tan estúpidos -fueran quienes fueran ellos-. Quizá fueran sólo esta negra estúpida y un cómplice. Colben había dicho algo sobre que los dos iban tras Melanie Fuller. Evidentemente no sabían lo que él podía hacer.

Harod esperó hasta que ella retiró el orinal y se dirigió a la puerta. Tenía que estar seguro de que la puerta estaba abierta. Sería el tipo de broma propia de Willi conseguir tenerlos a ambos encerrados, para dar a Harod alguien para «usar» y ninguna manera de hacerlo. ¿Qué demonios eran aquellos pequeños hilos en su cabello? Harod los había visto en películas de hospitales, pero en pacientes, no en enfermeras. Algún tipo de sensores.

La chica abrió la puerta.

La atacó tan rápidamente y con tanta fuerza que ella dejó caer el orinal, derramando orina sobre su falda blanca. «Tetas espléndidas», pensó Harod, y le hizo cruzar la puerta, viendo a través de sus ojos.

«Coge las llaves -ordenó-. Mata a ese otro chupapollas de la manera que quieras, coge las llaves y sácame de aquí»

Había menos de dos metros de corredor y otra puerta, cerrada. Lanzó a Natalie contra ella hasta que sintió torcerse su hombro y sus uñas en la madera. La puerta no se movió. «Joder.» La trajo de nuevo a su habitación. No había nada que pudiera ser utilizado como arma. Ella se dirigió a la cama, tiró de las esposas. Si ella pudiera desmantelar la cama. Pero no había forma de hacerlo rápidamente mientras Harod estaba esposado a la armadura y a la cabecera. Se vio a través de los ojos de ella y vio la barba negra en sus pálidas mejillas, sus ojos muy abiertos, su pelo rizado.

El espejo. Harod lo miró sabiendo que tenía que ser uno de esos trucados para espiar. Haría que Natalie lo rompiera con sus propias manos si era necesario. Si no hubiera salida a través de él, la haría utilizar trozos de vidrio como arma cuando el gilipollas del pasamontañas entrase otra vez. Si el espejo no se rompía, era porque era de los trucados y haría que asestara golpes con su bonita cara hasta que sólo quedaran huesos saliendo de gachas negras. Daría a quien estuviera al otro lado un buen espectáculo. Después, cuando entraran, ella les rasgaría las gargantas con las uñas y los dientes que le quedaran, cogería el arma, cogería las llaves...

La puerta se abrió y entró el hombre del pasamontañas. Natalie giró, se agachó para saltar. Su rugido se oía a veces en los zoos cuando la hora de la comida se retrasaba.

El hombre con pasamontañas le disparó un dardo en la cadera con el arma que llevaba en la mano. Ella saltó, con las uñas extendidas. El hombre la cogió y la bajó hasta el suelo. Se arrodilló a su lado durante un minuto, tomándole el pulso, levantándole un párpado para observar su pupila. Después se levantó y se dirigió a la cama de Harod. Su voz temblaba.

-Eres un hijo de puta -dijo. Se giró y salió de la habitación. Cuando volvió, llenaba una jeringa de una botella. Hizo salir algunas gotas y se giró hacia Harod.

-Esto duele un poco, señor Harod -dijo con una voz baja, tensa.

Harod intentó apartar el brazo, pero el hombre clavó la jeringa a través del pijama, directamente en la cadera. Durante un segundo Tony Harod sintió un entumecimiento y después le pareció como si alguien hubiera derramado whisky directamente en sus venas. La llama se movió directamente desde su abdomen a su pecho. Jadeó cuando el calor le cruzó el corazón.

-¿Qué... es esto? -murmuró, con la certeza de que el hombre del pasamontañas le había matado. Una inyección letal, la prensa hablaba de ello. Harod siempre había estado a favor de la pena capital-. ¿Qué es eso?

-Cállate -dijo el hombre, y le volvió la espalda mientras la oscuridad daba vueltas y alejaba a Tony Harod como a un barco en medio de una tormenta.

45

Cerca de San Juan Capistrano, viernes 24 de abril de 1981

Natalie salió de la niebla de la anestesia con el contacto suave de Saul que le limpiaba la frente con un paño húmedo. Miró hacia abajo, vio las correas alrededor de sus brazos y piernas, y empezó a llorar.

-Ya está, ya está -dijo Saul. Se inclinó y besó su pelo tiernamente-. Ya ha pasado.

-¿Cómo...? -Se detuvo y se pasó la lengua por los labios. Se sentía lejana y elástica-. ¿Cuánto tiempo?

-Unos treinta minutos -dijo Saul-. Creo que fuimos demasiado discretos con la mezcla.

Natalie meneó la cabeza. Recordaba el horror de verse, de sentirse preparada para saltar sobre Saul. Sabía que le habría asesinado con sus propias manos.

-Tenía que ser... rápido -murmuró ella-. ¿Y Harod?

Apenas conseguía decir su nombre. Saul asintió con la cabeza.

-El primer interrogatorio ha ido muy bien. El encefalograma es extraordinario. Va a volver en sí muy pronto... Es por eso que... -Hizo un gesto señalando las correas.

-Lo sé -dijo Natalie. Ella misma había ayudado a montar la cama con las correas. Su pulso aún latía muy deprisa debido al increíble asalto de adrenalina que se había producido durante su posesión por Harod y al miedo que había sentido antes de entrar en la habitación. Entrar en aquella habitación había sido la cosa más difícil que había tenido que hacer en toda su vida.

-Creo que va muy bien -dijo Saul-. Según el encefalograma no hubo ninguna tentativa de utilizar sus poderes en ti o en mí mientras estaba bajo el Sodio Pentotal. Hace quince minutos que está volviendo en sí..., sus lecturas casi vuelven a la base que hemos establecido esta mañana... y no ha intentado restablecer contacto contigo. Me siento razonablemente seguro de que hay una línea de visión para el contacto inicial o para restablecerlo si el contacto se rompe. Naturalmente sería diferente para sujetos que él haya condicionado, pero no creo que Harod pueda establecer contacto contigo ahora sin verte.

Natalie intentó no llorar. Las correas no eran incómodas, pero le producían una angustiosa sensación de claustrofobia. De los electrodos en su cuero cabelludo salían hilos hacia el pequeño aparato de telemetría fijado a su cintura. Saul había conocido este equipo a través de colegas que hacían estudios sobre sueños y habían podido indicarle a Cohen exactamente dónde comprarlo.

-No lo sabemos -dijo ella.

-Sabemos mucho más de lo que sabíamos hace veinticuatro horas -matizó Saul. Cogió dos largas cintas de papel de la lectura del encefalograma. El estilete del ordenador había trazado una escritura enloquecida de picos y valles-. Mira esto. Primero, lo que parecen ser sus disparos al azar en su hipocampo. La cima de las ondas alfa de Harod bajan al mínimo y después van hacia lo que parece ser un estado REM. Tres coma dos segundos después..., mira... -Saul le mostró una segunda cinta donde los picos y los valles eran exactamente iguales a los primeros-. Una simpatía perfecta. Perdiste todas las funciones de orden más elevado, no tenías control de los reflejos voluntarios, incluso tu sistema nervioso autónomo se había hecho esclavo del suyo. Menos de cuatro segundos para unirte a él en este estado REM o lo que sea. Y, quizá la anomalía más interesante, aquí Harod genera un ritmo theta mientras el BEG neocortical se allanaba. Natalie, este fenómeno del ritmo theta está bien documentado en conejos, ratones, etcétera, en actividades específicas de la especie, como exhibiciones de agresión y dominio, pero ¡nunca se había descubierto en un primate!

-¿Quieres decir que yo tenía el cerebro de un ratón? -preguntó Natalie.

Era una broma simple y no le impidió sentir ganas de llorar.

-En cierta forma; Harod, y probablemente otros, genera esta excepcional actividad del ritmo theta tanto en su propio hipocampo como en el de su víctima -dijo Saul casi para sí. No se había percatado del intento de Natalie de hacer una broma-. El efecto simpático en su cerebro fue anular la actividad neocortical mientras generaba un estado REM artificial. Recibiste una entrada sensorial, pero no podías actuar sobre ella. Harod sí. Increíble. Aquí -señaló una bajada

súbita de los picos de su gráfico- es precisamente donde las toxinas nerviosas del dardo tranquilizador hacen efecto. Observa la falta de reciprocidad en el gráfico de Harod. Es evidente que lo que él deseaba podía ser transmitido a órdenes neuroquímicas en tu cuerpo, pero lo que tú sentías sólo le era indirectamente transmitido a Harod. Él sólo sentía tu dolor o parálisis como si estuviera en un sueño. Aquí, cuarenta y ocho segundos más tarde, es cuando le he inyectado la mezcla de Amatil-Pentotal. -Le mostró la zona donde las varias líneas de funciones de ondas cerebrales empezaban a abandonar su estado frenéticoDios, lo que yo daría por tenerlo en algún sitio durante un mes con un aparato CAT.

-Saul, y si yo... ¿Y si él restablece su control sobre mí?

Saul se ajustó las gafas.

-Lo sabré enseguida, aunque no esté mirando las lecturas. Programé el ordenador para dar la alarma a la primera señal de actividad errática de su hipocampo, la caída súbita de tus modelos de ondas alfa o la aparición del ritmo theta.

-Sí -dijo Natalie, y aspiró-, pero ¿qué harás entonces?

-Haremos los estudios tiempo-distancia como planeamos -explicó Saul-. Todos los canales de datos deben ser nítidos a treinta kilómetros si utilizamos el transmisor que compró Jack.

-Pero ¿qué pasa si él lo puede hacer a cien kilómetros, incluso a mil? -Natalie se esforzó por mantener calma la voz. Quería gritar: «¿Y si él ya no me deja?» Se sintió como si hubiese dado su consentimiento para participar en un experimento médico en el que se dejaba que un parásito repugnante creciera dentro de su cuerpo.

Saul le cogió la mano.

-Treinta quilómetros es todo lo que nos hace falta probar ahora. Si llega a ese punto, volveremos y le inyectaremos de nuevo. Sabemos que no puede controlarte cuando está inconsciente.

-No podría hacerlo nunca más si estuviera muerto -dijo Natalie.

Saul asintió con la cabeza y le apretó la mano para infundirle ánimos.

-Ahora está despierto. Esperaremos cuarenta y cinco minutos y si no intenta cogerte podrás levantarte. Personalmente no creo que nuestro amigo Harod pueda hacerlo. Cualquiera que sea la fuente de los poderes de nuestros monstruos, todas las indicaciones preliminares sugieren que Anthony Harod es, sin duda, un monstruo pequeño.

Fue hasta la pila, trajo un vaso de agua y sostuvo la cabeza de Natalie mientras ella bebía.

-Saul..., cuando me liberes, seguirás con la alarma del ordenador puesta y el arma de dardos a punto, ¿verdad?

-Sí -dijo Saul-. Mientras tengamos a esta víbora en la casa, lo mantendremos en su jaula.

-Segundo interrogatorio a Anthony Harod. Viernes, 24 de abril de 1981. 7.23 de la tarde. Al sujeto le ha sido inyectado Sodio Pentotal y Meliritin-C. Datos también en vídeo, lectura de encefalograma, polígrafo y canales biosensores.

-Tony, ¿puedes oírme?
-Sí.
-¿Cómo te sientes?
-Bien. Raro.
-Tony, ¿cuándo naciste?
-¿Qué?
-¿Cuándo naciste?
-En 17 de octubre.
-¿De qué año, Tony?
-Ah... 1944.
-¿Qué edad tienes ahora?
-Treinta y seis.
-¿Dónde creciste, Tony?
-En Chicago.

-¿Cuándo supiste por primera vez que tenías el poder, Tony? -¿Qué poder?

-Tu «aptitud» para controlar las acciones de la gente. -Oh.

-¿Cuándo fue la primera vez, Tony?

-Ah..., cuando mi tía me dijo que tenía que irme a la cama. Yo no quería. Le hice decir que podía quedarme hasta más tarde. -¿Qué edad tenías entonces?

-No lo sé.

-¿Qué edad crees que tenías?

-Seis años.

-¿Dónde estaban tus padres?

-Mi padre había muerto. Se suicidó cuando yo tenía cuatro años.

-¿Y tu madre?

-No me quería. Estaba furiosa conmigo. Me dejó con mi tía.

-¿Por qué no te quería?

-Dijo que era culpa mía.

-¿Qué era culpa tuya?

-Que mi padre hubiese muerto.

-¿Por qué decía eso?

-Porque mi padre me pegó..., me hizo daño..., me hizo daño justo antes de saltar.

-¿Saltar? ¿De una ventana?

-Sí. Vivíamos en un tercer piso. Mi padre cayó sobre una de esas cercas con púas.

-¿Tu padre te pegaba a menudo, Tony?

-Sí.

-¿Te acuerdas?

-Ahora sí.

-¿Recuerdas por qué te pegó la noche que se mató?

-Sí.

-Cuéntamelo, Tony.

-Tuve miedo. Yo dormía en la habitación delantera donde estaba el gran armario y el armario era muy oscuro. Me desperté y tuve miedo. Fui a la habitación de mi madre como siempre hacía, pero mi padre estaba allí. Normalmente no estaba allí, porque vendía cosas y estaba siempre de viaje. Pero esta vez estaba allí y le hacía daño a mamá.

-¿Cómo le hacía daño?

-Estaba sobre ella y no llevaba ropa y le hacía daño.

-¿Y tú qué hiciste, Tony?

-Lloré y le grité que parara.

-¿Hiciste algo más?

-No.

-¿Qué pasó después, Tony?

-Papá... se detuvo. Parecía muy nervioso. Me llevó a la sala de estar y me pegó con el cinturón. Me pegó mucho. Mi madre le dijo que parara, pero él continuó pegándome. Mucho.

-¿Y le hiciste parar?

-¡No!

-¿Qué pasó después, Tony?

-Papá de repente dejó de pegarme. Se cogía la cabeza y caminaba de una manera rara. Miró a mamá. Ella ya no lloraba. Llevaba la bata de franela de él. Acostumbraba a ponérsela cuando él no estaba, por que era más caliente que la suya. Entonces mi padre fue hasta la ventana y cayó.

-¿La ventana estaba cerrada?

-Sí. Hacía mucho frío fuera. La cerca era nueva. El dueño la había colocado hacía poco.

-¿Y cuándo fuiste a vivir con tu tía, Tony? -Dos semanas después.

-¿Y por qué piensas que tu madre estaba enfadada contigo? -Ella me lo dijo.

-¿Que estaba enfadada?

-Que yo le había hecho daño a papá. -¿Haciéndole saltar?

-Sí.

-¿Le hiciste saltar, Tony?

-¡No!

-¿Estás seguro?

-¡Sí!

-Entonces, ¿cómo sabía tu madre que podías obligar a la gente a hacer cosas?

-¡No lo sé!

-Sí que lo sabes, Tony. Piensa. ¿Estás seguro de que cuando hiciste que tu tía te dejara quedar hasta tarde fue la primera vez que controlaste a alguien?

-¡Sí!

-¿Estás seguro, Tony?

-¡Sí!

-Entonces, ¿por qué pensó tu madre que tú podías hacer eso, Tony?

-¡Porque ella podía!

-¿Tu madre podía controlar a la gente?

-Mamá sí. Lo hacía siempre. Me hacía sentar en el orinal cuando yo era muy pequeño. Me obligaba a no llorar cuando yo quería. Obligaba a papá a hacer cosas para ella cuando estaba allí y así hacía que las cosas continuaran. ¡Ella lo hizo!

-¿Le hizo saltar esa noche?

-No. Me hizo hacerle saltar.

-Tercer interrogatorio a Anthony Harod. 8.07 de la tarde, viernes, 24 de abril. Tony, ¿quién mató a Aaron Eshkol y su familia? -¿Quién?

-El israelí.

-¿Israelí?

-El señor Colben debe de haberte hablado del caso.

-¿Colben? Oh, no. Kepler me habló. Ya recuerdo. El chico de la embajada.

-Sí, el chico de la embajada. ¿Quién lo mató?

-Haines mandó a un grupo a hablar con él.

-¿Richard Haines?

-Sí.

-¿El agente Haines del FBI?

-Exacto.

-¿Haines mató personalmente a la familia Eshkol?

-Creo que sí. Kepler dijo que él dirigió el grupo.

-¿Quién autorizó esa operación?

-Ah..., Colben..., Barent.

-¿Cuál de ellos, Tony?

-Da igual. Colben era sólo una marioneta de Barent. ¿Puedo cerrar los ojos? Estoy muy cansado.

-Sí, Tony. Cierra los ojos. Duerme hasta nuestra próxima sesión.

-Cuarto interrogatorio a Anthony Harod. Viernes, 24 de abril de

1981. 10:16 de la tarde. Sodio Pentotal administrado intravenosamente.

Amobarbital reintroducido a las 10.04 de la tarde. Datos en vídeo, polígrafo, encefalograma y biosensor.

-¿Tony?

-Sí.

-¿Sabes dónde está el oberst?

-¿Quién?

-William Borden.
-Oh, Willi.
-¿Dónde está?
-No lo sé.
-¿Tienes alguna idea de dónde puede estar?
-No.
-¿Tienes alguna forma de saber dónde está?
-Ajá. Quizá. No lo sé.
-¿Por qué no? ¿Hay alguien que sepa dónde está?
-Kepler. Quizá.
-¿Joseph Kepler?
-Sí.
-¿Kepler sabe dónde está Willi Borden?
-Kepler dice que recibió cartas de Willi.
-¿Cuándo?
-No lo sé. Las últimas semanas.
-¿Crees a Kepler?
-Sí.
-¿De dónde vienen las cartas?
-De Francia. De Nueva York. Kepler no me lo contó todo.
-¿Willi empezó la correspondencia?
-No entiendo.
-¿Quién escribió primero: Willi o Kepler?
-Kepler.
-¿Cómo entró en contacto con Willi?
-Envió las cartas a los hombres que guardan su casa en Alemania. -¿Waldheim?
-Sí.
-¿Kepler envió una carta a Willi a través de los guardias de Waldheim y Willi respondió?
-Sí.
-¿Por qué le escribió Kepler y qué dijo Willi en la respuesta?
-Kepler está jugando con dos barajas. Quiere estar bien con Willi por si acaso Willi entra en el Island Club.
-¿Island Club?
-Sí. Lo que queda. Trask está muerto. Colben está muerto. Creo que Kepler piensa que Barent tendrá que negociar si William mantiene la presión.
-Háblame del Island Club, Tony...

Sólo después de las dos de la noche Saul se reunió con Natalie en la cocina. El psiquiatra parecía cansado y estaba muy pálido. Natalie le sirvió una taza de café y se sentaron a examinar el gran mapa de carreteras.

-Es el mejor que pude conseguir -dijo Natalie-. Lo encontré en un restaurante de camioneros en la 1-5.

-Necesitamos un auténtico atlas o informaciones de satélite. Quizá Jack Cohen pueda ayudarnos. -Saul pasó el dedo por la cuesta de Carolina del Sur-. Ni siquiera está aquí.

-No -admitió Natalie-, pero si está a treinta y cinco kilómetros de la costa como dice Harod, probablemente no saldría en este mapa. Supongo que debería estar por aquí, al este de las islas Cedar y Murphy..., no más al sur de Cape Romain.

Saul se quitó las gafas y se frotó la nariz.

-No se trata de un banco de arena -dijo-. Según Harod, la isla Dolmann tiene casi cinco kilómetros de largo y uno y medio de ancho. Tú has vivido la mayor parte de tu vida en Charleston. ¿No has oído hablar de ella?

-No -contestó Natalie-. ¿Estás seguro de que él duerme?

-Oh, sí -aseguró Saul-. No le podría despertar aunque quisiera durante las próximas seis horas. -Saul cogió el mapa que había hecho con las instrucciones de Harod y lo comparó con el mapa incluido en el informe de Cohen sobre Barent-. ¿Estás suficientemente despierta para revisar esto?

-Ponme a prueba -retó Natalie.

-Muy bien. Barent y su grupo..., los miembros supervivientes..., se encontrarán la semana del 7 de junio en el campamento de verano de la isla Dolmann. Es la parte pública. La gente que Harod dijo que estará allí es del calibre de los notables de que Jack Cohen nos habló. Todos hombres. No se permiten mujeres. Ni tan sólo Margaret Thatcher podría entrar si lo deseara. De acuerdo con Jack, habrá muchos guardias de seguridad. La diversión pública termina el sábado, 13 de

junio. El domingo, 14 de junio, de acuerdo con Harod, el oberst llegará y se reunirá con los cuatro miembros del Island Club, incluido Harod, para cinco días de deporte.

-¡Deporte! -jadeó Natalie-. Yo no lo llamaría así.

-Deporte de sangre -matizó Saul-. Tiene sentido. Esa gente tiene el mismo poder que el oberst, Melanie Fuller y Nina Drayton. El gusto de la violencia es adictivo para ellos, pero son figuras públicas. Es más difícil para ellos envolverse en el tipo de violencia indirecta de calle que parece que nuestros tres viejos iniciaron en Viena.

-Entonces se reservan para una terrible cita anual -dijo Natalie.

-Sí. Y también es una manera indolora, indolora para ellos, de restablecer su ley del más fuerte cada año. La isla es increíblemente privada. Técnicamente ni siquiera está bajo jurisdicción de Estados Unidos. Cuando Barent está allí, él y sus huéspedes están en esta zona..., la punta sur. Su casa está allí y también las llamadas instalaciones del campamento de verano. Los otros cuatro kilómetros y medio de senderos por la jungla y manglares están separados por zonas de seguridad, cercas y campos de minas. Es allí donde juegan su propia versión del viejo juego del oberst.

-Es extraño que él haya hecho tantos esfuerzos para ser invitado -dijo Natalie-. ¿Cuántas personas inocentes son sacrificadas durante esa semana de locura?

-Harod dice que cada miembro del Island Club recibe cinco sustitutos -explicó Saul-. Eso da uno al día durante los cinco días.

-¿Y dónde demonios encuentran esa gente?

-De acuerdo con Harod, Charles Colben suministraba la mayor parte -continuó explicando Saul-. La idea es que escogían a sus..., ¿cómo llamarlos? Sus piezas de juego. Las escogen al azar cada mañana para el divertimiento del día. El divertimiento de la noche, más bien. Harod dice que el juego no empieza hasta la caída de la noche. La idea es que deben probar su «aptitud» con algún elemento de azar. No quieren perder... piezas... que han condicionado durante largos períodos.

-¿Dónde obtenían sus víctimas este año? -preguntó Natalie. Fue hasta el armario y volvió con una botella de Jack Daniels. Añadió un buen chorro a su café.

Saul le sonrió.

-Como nuevo miembro o aprendiz de vampiro o lo que sea nuestro querido Harod, fue encargado de suministrar quince personas. Tienen que ser personas en un estado físico razonablemente bueno, pero personas que no serán echadas de menos.

-Eso es absurdo -dijo Natalie-. Casi todo el mundo es echado de menos.

-La verdad es que no -suspiró Saul-. Hay docenas de miles de fugitivos adolescentes cada año en este país. La mayoría nunca vuelve. Todas las ciudades importantes tienen hospitales psiquiátricos llenos de gente sin antecedentes, sin familia que la busque. La policía está desbordada de denuncias de maridos y esposas desaparecidos.

-O sea que simplemente cogen a una docena de personas, las envían a esa isla maldita y les hacen matarse unos a otros.

La voz de Natalie sonaba poco clara por el cansancio.

-Sí.

-¿Crees que Harod dice la verdad?

-Puede estar trasmitiendo falsa información, pero las drogas no lo han dejado en estado de poder construir mentiras. -Vas a dejarle vivir, ¿verdad, Saul?

-Sí. Nuestra mejor posibilidad de encontrar al oberst es que este grupo lleve adelante su locura en la isla. Eliminar a Harod, o incluso mantenerlo en cautividad mucho más tiempo, podría estropearlo todo.

-¿Crees que no se estropeará cuando este..., este cerdo les cuente todo sobre nosotros a Barent y a los demás?

-Creo que es probable que no lo cuente.

-Dios mío, Saul, ¿cómo puedes estar tan seguro?

-No lo estoy, pero estoy seguro de que Harod está muy confundido. Primero está convencido de que tú y yo somos agentes del

oberst. Después cree que hemos sido enviados por Kepler o Barent.

Simplemente no puede creer que somos actores independientes en

este melodrama...

-Melodrama está muy bien -dijo Natalie-. Mi padre me dejaba estar despierta para ver este tipo de cosas los viernes por la noche en la televisión. El juego más peligroso. Todo esto es de mal gusto, Saul.

Saul Laski golpeó la mesa de la cocina con la palma de la mano con tanta fuerza que el ruido resonó en la cocina como un disparo de fusil. La taza de café de Natalie saltó y se derramó su contenido sobre la mesa.

-¡No me digas que es de mal gusto! -gritó Saul. Era la primera vez en cinco meses que Natalie le oía levantar la voz-. No me digas que todo esto es un mal melodrama. ¡Díselo a tu padre y a Rob, con sus gargantas cortadas! ¡Díselo a mi sobrino Aaron y a su mujer y a sus hijas! ¡Díselo a todos ellos! ¡Díselo a las miles de personas que el oberst llevó a los hornos! ¡Díselo a mí padre y a mi hermano Josef...!

Saul se puso de pie tan rápidamente que su silla cayó hacia atrás. Se inclinó sobre la mesa y Natalie vio los músculos bajo la piel bronceada de sus brazos, la terrible cicatriz en su brazo izquierdo, el descolorido tatuaje. Cuando habló de nuevo, su voz era más baja pero no más calmada; simplemente ahora la ferocidad estaba controlada.

-Natalie, todo este siglo ha sido un miserable melodrama escrito por cerebros de poca monta a costa de las almas y vidas de otras personas. No podemos impedirlo. Aunque terminemos con estos..., estas aberraciones, nuestro éxito sólo desviará el foco hacia algún otro comedor de carroña de esta farsa violenta. Estas cosas se hacen cada día sin esta absurda aptitud psíquica..., gente que ejerce el poder violentamente por su posición, por la bala o el voto o la punta del cuchillo..., pero, Dios mío, estos hijos de puta han destrozado nuestras familias, han matado a nuestros amigos, y vamos a obligarles a parar.

Saul se calló, se inclinó sobre las manos y bajó la cabeza. Su sudor goteaba en la mesa.

Natalie le tocó la mano.

-Saul -dijo en voz baja-. Lo sé. Lo siento. Estamos muy cansados. Necesitamos dormir.

Él asintió con la cabeza y le acarició las mejillas.

-Duerme un rato. Yo dormiré en la cama plegable en la sala de observación. Tengo los sensores programados con la alarma para cuando Harod se despierte. Con suerte, podremos dormir unas siete horas.

Natalie apagó la luz y fue con él hasta el fondo de la escalera. Cuando ella empezó a subir, se detuvo y dijo:

-Esto significa que tenemos que pasar a la fase siguiente, ¿verdad? ¿Charleston?

Saul asintió con la cabeza, cansinamente.

-Creo que sí. No veo otro camino. Lo siento.

-Da igual -dijo Natalie, aunque su piel se erizó de miedo ante la idea de lo que les esperaba-. Sabía que tenía que llegar a eso.

Saul la miró.

-Sí -concluyó Natalie. Empezó a subir por la escalera lentamente, murmurando la última frase sólo para sí-: Sí, hay que hacerlo.

46

Los Ángeles, viernes 24 de abril de 1981

El agente especial Richard Haines utilizó un teléfono especial del FBI para entrar en contacto con el centro de comunicaciones de Barent en Palm Springs. Cuando el multimillonario respondió, Haines no tenía idea de dónde se encontraba.

-Richard, ¿qué novedades hay?

-No muchas, señor -dijo Haines-. El FBI ha vigilado el consulado israelí; el procedimiento normal. Pero no hay noticias de que Cohen haya visitado el consulado o la oficina de importaciones que es la tapadera en Los Ángeles de los operativos del Mosad. Tenemos un infiltrado y asegura que Cohen no ha estado allí en servicio.

-¿Es todo lo que tienes?

-Comprobamos el motel de Long Beach y confirmamos que Cohen estuvo allá. El recepcionista dijo que, la mañana que se registró, jueves, 16, conducía un coche alquilado, pero que tenía una furgoneta, el recepcionista estaba seguro de que era una Ford Econoline, cuando salió el lunes por la mañana. Una de las camareras recordaba que había varias cajas grandes, casi cajones, dijo ella, en la habitación el sábado y el domingo. Dijo que una de ellas llevaba la marca Hitachi.

-¿Electrónica? -preguntó Barent-. ¿Un equipo de vigilancia?

-Quizá -dijo Haines-, pero el Mosad suministra ese tipo de material sin necesidad de comprarlo en la tienda.

-¿Y si Cohen trabajaba solo..., o para otra persona?

-Partimos de esa hipótesis por el momento -dijo Haines.

-¿Pudiste comprobar si Willi Borden estuvo en la zona?

-No, señor. Vigilamos de nuevo su casa, que aún no ha sido vendida, pero no hay señal de él ni de Reynolds o Luhar.

-¿Y cómo está Harod?

-Bueno, no hemos podido entrar en contacto con él. -¿Qué quiere decir eso, Richard?

-Bueno, no vigilamos a Harod durante varias semanas y cuando hemos intentado llamarle ayer y hoy su secretaria nos dice que está fuera y que no sabe dónde está. Tenemos gente allá hoy, pero hasta ahora no ha salido de la casa ni ha aparecido en los estudios Paramount.

-Estoy un poco decepcionado, Richard.

Todo el cuerpo de Haines empezó a temblar ligeramente. Apoyó

los codos en la mesa y cogió el receptor con fuerza con ambas manos. -Lo siento, señor. Fue difícil dirigir la investigación en Wyoming

mientras supervisaba el grupo especial aquí, en California.

-¿Qué más se sabe de la investigación de Wyoming?

-Ah..., nada en concreto, señor. Estamos seguros de que Walters,

el oficial de la fuerza aérea que...

-Sí, sí...

-Bien, Walters estuvo en un bar de Cheyenne el jueves por la noche. El camarero está seguro de recordar a un grupo de hombres que incluía a alguien que coincide con la descripción de Willi...

-¿Seguro?

-Había mucha gente, señor Barent. Suponemos que era Willi. Comprobamos todos los hoteles y moteles en un radio que llega a Denver, pero nadie se acuerda de haberlo visto a él o a sus compañeros.

-Esto se está convirtiendo en una letanía de acciones fútiles, Richard. ¿Tienes alguna pista para descubrir el actual paradero de Willi?

-Bueno, señor, tenemos el ordenador Armtrak de líneas aéreas y autobuses en alerta por si alguien del grupo de Willi utiliza una tarjeta de crédito o vuela con su propio nombre. Hemos extendido esa alerta al psiquiatra judío que probablemente murió en Filadelfia y a la chica,

Natalie Preston. Tenemos las aduanas cubiertas; es una prioridad A-1 en la lista semanal del FBI. Y hay alertas en todas nuestras oficinas regionales y enlaces locales...

-Sé todo eso, Richard -dijo Barent en voz baja-. He preguntado si hay alguna pista nueva.

-No desde que descubrimos las incursiones de Jack Cohen en el ordenador el martes pasado.

-¿Todavía piensas que Cohen era «usado» por Willi?

-No conozco a otra persona que pudiese estar interesada en las relaciones entre el reverendo Sutter, el señor Kepler y usted.

-Quizá nos precipitamos cuando..., ah..., saludamos al señor Cohen del modo que lo hicimos a su regreso.

Haines no dijo nada. Los temblores visibles habían cesado, pero una leve capa de sudor brillaba en su frente y labio superior.

-¿Y el recibo de la gasolinera, Richard?

-Ah..., sí. Lo comprobamos. El dueño dice que está siempre muy ocupado, que no puede recordar todos los coches que se detienen allí. Confirmamos que era Cohen por las copias de su tarjeta de crédito. El chico que llenó el impreso de la tarjeta de crédito no trabajaba esta semana y está de excursión en algún lugar de las montañas de Santa Ana. De todas formas, es muy lejos...

-Me parece, Richard, que esta vez has seguido todos los asuntos desde muy lejos. Quiero encontrar a Willi Borden y quiero la conexión Cohen descubierta. ¿Está claro?

-Sí, señor.

-No me gustaría nada quedar tan decepcionado que tuviese que llamarte aquí para una acción disciplinaria, Richard.

Haines utilizó la manga de su americana deportiva Joseph Banks para limpiar el sudor de la cara.

-Sí, señor.

-Otra cosa, ¿no mencionaste la posibilidad de que los israelíes tuvieran un refugio, o más de uno, cerca de Los Ángeles, casas que tu FBI no hubiera descubierto aún?

-Ah..., dije que era posible, señor Barent. No parece muy probable.

-Pero ¿es posible?

-Sí, señor. Mire, hace un par de años hubo un palestino de Al Fatah de nivel mediano que había sido contable de Septiembre Negro. Aceptó huir a Estados Unidos, pero los agentes de la CIA con los que creía negociar eran en realidad del Mosad de Cohen. Así trajeron a este hombre a Estados Unidos, dejaron que se viera que estaba en Los Ángeles y después lo hicieron desaparecer en algún lugar donde ni la CIA ni el FBI pudieron encontrarlo.

-Richard, esto no tiene nada que ver. ¿Tú tienes razones para creer que puede haber otro refugio cerca de Los Ángeles?

-Sí.

-¿Y puede estar cerca de la gasolinera de San Juan Capistrano?

-Sí, señor, pero puede estar en cualquier otro lugar.

-Muy bien, Richard. He aquí lo que harás. Primero, irás inmediatamente a casa del señor Harod y harás una investigación minuciosa, y quiero decir mi... nu... ci... o... sa, Richard, de la señorita Chen. Si Harod está allí, interrógale. Si no está allí, encuéntralo. Segundo, utiliza todos los recursos de tu oficina de Los Ángeles y los que te hagan falta de otras oficinas locales para encontrar a ese ayudante de gasolinera campista y a cualquier otro testigo que puedas desear interrogar. Quiero saber exactamente qué vehículo conducía Cohen, quién estaba con él y qué dirección tomaron al dejar esa gasolinera. Tercero, empieza a investigar los almacenes de electrónica de Long Beach y alrededores, y averigua si Jack Cohen o Willi compraron algo allí. Cuarto, interroga a las camareras y empleados del motel de Long Beach para descubrir la más pequeña pista que pueda sernos útil. Puedes utilizar cualquier forma de persuasión que consideres necesaria.

»Por último, te ofreceré ayuda desde aquí. Esta tarde te enviaré una docena de fontaneros de Joseph para ayudarte en tus..., ah..., investigaciones confidenciales. Y también descubriremos ese refugio adicional. Te enviaré esa información dentro de veinticuatro horas.

Haines se frotó las cejas.

-¿Pero cómo...?

No acabó la frase.

A través de circuito, la risa de C. Arnold Barent parecía llena de electricidad estática.

-Richard, supongo que no creerás que tú y Charles sois mis únicas fuentes de información. Si todo el resto falla, llamaré a ciertos..., ah..., contactos que tengo en el gobierno israelí. Por la diferencia horaria, quizá hasta mañana por la mañana no tendré una dirección para ti. No esperes tanto. Empieza a investigar el área alrededor de San Juan Capistrano esta misma tarde. Comprueba las ventas de tierras, casas desocupadas la mayor parte del año... Si no encuentras nada por esa vía, simplemente recorre la zona y busca una furgoneta Econoline. Recuerda, buscas una casa privada en una zona segura, muy probablemente lejos de núcleos residenciales.

-Sí, señor -dijo Haines.

-Volveremos a hablar lo más pronto posible -dijo C. Arnold Barent-. Y una cosa, Richard...

-¡Diga!

-No me decepciones otra vez.

-No, señor -aseguró Richard Haines.

47

Los Ángeles, sábado 25 de abril de 1981

Harod estaba drogado y con los ojos vendados cuando lo dejaron a una manzana de Disneylandia. Cuando volvió en sí estaba sentado detrás del volante de su Ferrari, completamente vestido, con las manos libres, los ojos cubiertos por una simple máscara negra de dormir. El coche estaba aparcado detrás de un almacén de tapices baratos, entre un contenedor de basura y una pared de ladrillos.

Harod salió del coche y se inclinó sobre la capota hasta que las náuseas y el mareo empezaron a disiparse. Pasaron treinta minutos hasta que se sintió suficientemente despierto para conducir.

Evitando las autopistas, se dirigió hacia el oeste por entre el tráfico de sábado y después hacia el norte por Long Beach Boulevard. Harod intentó comprender lo que había pasado. La mayoría de las cuarenta y ocho horas anteriores eran confusas como en un sueño -largas conversaciones de las que sólo podía recordar fragmentos-, pero las marcas de las inyecciones y los restos del hormigueo del dardo tranquilizador final no permitían dudar de que le habían drogado, secuestrado y hecho pasar por un infierno.

Tenía que ser Willi. La última conversación -la única que podía recordar completamente- no dejaba dudas sobre eso.

El hombre del pasamontañas había entrado y se había sentado en la cama. Harod quería verle los ojos, pero las gafas de espejo sólo reflejaban su propia cara pálida y sin afeitar.

-Tony -dijo el hombre en voz baja con aquel acento irritante familiar-, te dejaremos marchar.

En ese momento estuvo seguro de que iba a morir.

-Tengo que hacerte una pregunta antes de dejarte marchar, Tony -dijo el hombre. Su boca era la única parte humana de su cabeza-. ¿Cómo vas a suministrar la mayor parte de las víctimas para los cinco días de competición del Island Club este año?

Harod intentó humedecerse los labios, pero no tenía saliva en la lengua.

-Lo ignoro todo sobre eso.

El pasamontañas negro se balanceó, las lentes de las gafas reflejaron la luz.

-Oh, Tony, es demasiado tarde para eso. Tú sabes que suministras los cuerpos, pero ¿cómo vas a hacerlo? Con tus preferencias por las mujeres. ¿Están realmente preparados para jugar sólo con mujeres este año?

Harod meneó la cabeza.

-Tengo que comprender esto antes de decirte adiós, Tony. -¿Willi? -gruñó Harod-. Por el amor de Dios, Willi, no tienes que hacerme esto. Dime algo.

Los dos espejos de las gafas se concentraron en la cara de Harod.

-¿Willi? No me parece que conozcamos a nadie que se llame Willi, ¿verdad? Ahora dime ¿cómo vas a suministrar personas de ambos sexos cuando tú y yo sabemos que no puedes?

Harod luchó contra las esposas, arqueando la espalda para dar un puntapié a la cabeza tapada del hombre. Sin prisa, el hombre se puso de pie y se acercó a la cabecera de la cama, lejos de los pies y las manos de Harod. Cogió suavemente los cabellos de Harod y le levantó la cabeza de la almohada.

-Tony, nos contestarás. Supongo que no lo dudas. Quizá ya nos hayas contestado. Lo que queremos ahora es que nos lo confirmes mientras estás consciente. Si tenemos que drogarte de nuevo, eso retrasará tu liberación.

«Retrasará tu liberación» le sonaba a Harod como un eufemismo por «aplazará el momento-de matarte», y eso era bueno para él. Si el silencio -incluso el silencio con dolor y coacción- podía aplazar la inevitable bala en el cerebro, Harod estaba dispuesto a estar tan callado como la jodida Esfinge.

Excepto que no se lo creía. Sabía por fragmentos de recuerdos que había contado todo lo que alguien podía desear; se había desfogado mientras estaba bajo un estímulo químico

cualquiera que le habían inyectado. Si era Willi, lo que parecía probable, lo descubriría. Podría incluso ser en interés de Harod que Willi lo supiese. Harod aún tenía la esperanza de que Willi tuviese algún otro uso para él. Recordó la cara del peón en el tablero de ajedrez de Waldheim. Si esos tres eran dirigidos por Barent o Kepler o Sutter o una coalición de estos tres, entonces querían una confirmación de cosas que ya sabían o podían descubrir fácilmente. De todas formas, lo que Harod necesitaba ahora era un diálogo.

-Pago a Haines para que me encuentre cuerpos -dijo-. Fugitivos, ex presidiarios, antiguos confidentes con nuevas identidades. Él lo organizará. Los contratará, prometiéndoles un buen sueldo y explicándoles que se trata de una especie de asunto del gobierno. Cuando descubran que el único pago que tendrán es una fosa, estarán en la isla en una de las celdas. Demasiado tarde para echarse atrás.

El hombre del pasamontañas rió.

-Pagando al agente Haines, ¿eh? ¿Y qué opina de eso su auténtico amo?

Harod intentó encogerse de hombros, comprendió que le era imposible a causa de las esposas y sacudió la cabeza.

-Me da igual y creo que a Barent también. Fue idea de Kepler encargarme esto. Es básicamente una prueba de QI, no una prueba de mi «aptitud»...

Las gafas de espejo bajaron y subieron.

-Cuéntame más cosas de la isla, Tony. La disposición. Las celdas. El campamento. La seguridad. Todo. Después voy a pedirte un favor.

Fue en ese momento cuando Harod tuvo la certeza de que se trataba de Willi. Entonces habló durante una hora. Y seguía vivo.

Cuando Harod llegó a Beverly Hills, había decidido contárselo todo a Barent y Kepler. No podía estar siempre en el medio; si Willi estaba detrás del secuestro, el viejo esperaba que se lo contara a Barent. Conociendo a Willi, probablemente formaba parte de su plan. Pero si era una prueba de lealtad preparada por Barent y Kepler, si no lo comunicara podría tener consecuencias funestas.

Cuando Harod había acabado de contar lo que sabía sobre la isla Dolmann y el deporte del club, el hombre del pasamontañas había comentado:

-Muy bien, Harod. Tu ayuda es valiosa. Sólo hay un favor que tenemos que pedirte como condición para tu liberación.

-¿Cuál?

-Dices que escogerás a los voluntarios de Richard Haines el sábado, 13 de junio. Entraremos en contacto contigo el viernes, 12. Habrá una o más personas que sustituirán a algunos de los voluntarios de Haines.

-¿Qué?

«Claro -había pensado Harod-. Willi está intentando marcar puntos de cualquier manera.» Después la realidad fue a su encuentro. «¡Willi piensa venir realmente a la isla!»

-¿De acuerdo? -preguntó el hombre detrás de las gafas de sol. -Sí, de acuerdo.

Harod aún no podía creer que le dejaban marcharse. Aceptaría lo que fuese y después haría lo que quisiera.

-¿Y no hablarás de la sustitución con nadie? -No.

-¿Comprendes que tu vida depende de que obedezcas? Depende de eso ahora y en el futuro. No hay estatuto de limitaciones en la traición, Tony.

-Sí, lo comprendo. -Harod se preguntó hasta qué punto Willi pensaba que él era estúpido. ¿Y hasta qué punto él mismo se había vuelto estúpido? Los «voluntarios», como ese tío los llamaba, estaban numerados y esperaban desnudos en una celda hasta que un sorteo determinaba quién y cuándo lucharía. Harod no veía cómo Willi podía apañar aquello, y si esperaba pasar armas a través de la seguridad de Barent, Willi se había vuelto el viejo senil por quien Harod lo había tomado antes-. Sí -repitió Harod-. Comprendo. De acuerdo.

-Sehrgut -dijo el hombre del pasamontañas.

Y le dejaron marcharse.

Harod decidió llamar a Barent después de bañarse, tomar una copa y discutir el caso con María Chen. Se preguntaba si ella le había echado de menos, si se había preocupado por él. Sonrió cuando la imaginó telefoneando a la policía para denunciar su desaparición. ¿Cuántas veces durante estos años él había desaparecido durante días -incluso semanas- sin decirle adónde iba?

La sonrisa de Harod desapareció cuando comprendió cómo, ese tipo de vida le había dejado vulnerable precisamente ante cosas como la que le acababa de pasar.

Detuvo el Ferrari justo bajo la mirada funesta de su fiel sátiro y se dirigió a la casa. Quizá pudiera llamar a Barent después de un baño, una copa, un masaje y...

La puerta delantera estaba abierta.

Harod permaneció inmóvil durante varios interminables segundos antes de entrar, tambaleándose, por la puerta abierta, sintiendo que el mareo de la droga aumentaba cuando evitaba cuidadosamente las paredes y los muebles, gritando el nombre de María Chen, sin apenas darse cuenta de los muebles volcados hasta que intentó saltar sobre una silla caída y cayó pesadamente sobre la moqueta. Se puso de pie y comenzó de nuevo a gritar y buscar.

La encontró en su despacho, acurrucada en el suelo detrás de su mesa. Su pelo negro estaba enredado con sangre en la frente y su rostro, hinchado, era casi irreconocible. La mueca que hacía mostraba unos labios púrpura y por lo menos un diente delantero roto.

Harod dio la vuelta a la mesa, se arrodilló y le acarició la cabeza. Ella gimió cuando él la movió:

-Tony.

Tony Harod descubrió que en medio de la furia más profunda que jamás había sentido no le vinieron a la cabeza obscenidades. Su voz, cuando pudo hablar, era poco más que un murmullo.

-¿Quién te ha hecho esto? ¿Cuándo?

María Chen empezó a hablar, pero su boca hinchada la hizo parar y contener las lágrimas. Harod se inclinó más para poder oír los susurros cuando ella lo intentase de nuevo.

-Anoche. Tres hombres. Te buscaban. No dijeron quién los enviaba. Pero vi a Richard Haines... en el coche... antes que el timbre sonara...

Harod la hizo callar con un gesto y la levantó en brazos con infinito cuidado. Mientras la llevaba a su habitación, comprendiendo que había sido sólo una gran paliza y que ella sobreviviría y se pondría bien, descubrió, para gran sorpresa suya, que las lágrimas le caían por las mejillas.

Si los hombres de Barent habían estado aquí la noche anterior buscándole, comprendió que no había duda sobre quién le había secuestrado. ¿Quién si no Willi?

En ese momento deseó poder coger un teléfono y llamar a Willi. Le habría gustado decirle que no había motivo para ese juego tan minuciosamente elaborado, para todas esas absurdas precauciones.

Fuera lo que fuese lo que Willi quería hacerle a Barent, Harod estaba dispuesto a ayudarle.

48

Cerca de San Juan Capistrano, sábado 25 de abril de 1981

Saul y Natalie volvieron al refugio esa tarde de sábado. El alivio de Natalie era bastante obvio, pero Saul mostraba ciertos sentimientos ambiguos.

-El potencial de investigación era terrible -dijo él-. La cantidad de datos que podría haber reunido si hubiera podido estudiar a Harod durante una semana.

-Sí -dijo Natalie-, y lo más probable es que él hubiera encontrado la manera de atraparnos con su poder.

-No lo creo -dijo Saul-. El simple uso de barbitúricos parece que inhibió su capacidad de generar los ritmos necesarios para entrar en contacto y controlar otros sistemas nerviosos.

-Pero si lo hubiéramos retenido una semana, la gente habría empezado a buscarle -dijo Natalie-. Por mucho que aprendieras, no podrías pasar a la fase siguiente del plan.

-Sí, es cierto -estuvo ahora de acuerdo Saul, pero había pesar en su voz.

-¿Crees realmente que Harod cumplirá su parte del trato de introducir a alguien en la isla? -preguntó Natalie.

-Hay una posibilidad de que sí -dijo Saul-. En este preciso momento parece que el señor Harod opera siguiendo una política de limitación de daños. Hay ciertos incentivos que lo mueven a cumplir el plan. Si no coopera, no estamos peor que antes.

-¿Y si coopera hasta el punto de llevar a uno de nosotros a la isla y después nos entrega a Barent y a los demás como un trofeo de caza? Es lo que yo haría en su lugar.

Saul se estremeció.

-En ese caso sí estaríamos peor que antes. Pero hay otras cosas que tratar antes de tener que afrontar esa posibilidad.

La granja estaba como la habían dejado. Natalie la inspeccionó mientras Saul revisaba fragmentos de las cintas de vídeo. Incluso la visión de Tony Harod en cinta la mareaba.

-¿Y ahora? -preguntó.

Saul miró alrededor.

-Bueno, hay algunas cosas que hacer: transcribir y evaluar los interrogatorios, examinar las cintas de los encefalogramas y sensores, empezar el análisis de ordenador y la integración de todos esos datos. Después podremos empezar los experimentos de reelaboración utilizando la información que vayamos obteniendo. Tú necesitas practicar las técnicas de hipnosis que hemos empezado a trabajar y estudiar tus carpetas sobre los años de Viena y Nina Drayton. Ambos necesitamos analizar críticamente nuestros planes a la luz de los datos sobre la isla Dolmann, posiblemente examinar de nuevo el papel que Jack Cohen debe tener en ellos.

Natalie suspiró.

-Magnífico. ¿Por dónde quieres que empiece?

-Por ninguna parte -sonrió Saul-. Por si no te has dado cuenta durante tu estancia en Israel, hoy es el Sabbath de mi pueblo. Hoy descansamos. Tú puedes irte arriba mientras yo preparo una magnífica comida para celebrar nuestro regreso a Estados Unidos, bistec, patatas al horno, pastel de manzana y cerveza Budweiser.

-Pero no tenemos nada de eso, Saul. Jack sólo nos ha dejado comida en conserva y congelada.

-Lo sé. Es por eso que, mientras tú duermes la siesta, yo iré de compras a aquel pequeño almacén al fondo del cañón. -Pero...

-Pero nada, querida. -Saul la hizo girar y le dio una palmadita

en la espalda-. Te llamaré cuando los bistecs se estén haciendo y podremos tomar una copa de ese Jack Daniels que tú guardas.

-Quiero ayudar a hacer la tarta -dijo Natalie.

-De acuerdo -aceptó Saul-. Tomaremos Jack Daniels y haremos la tarta.

Saul se tomó su tiempo en hacer las compras, empujando el carrito por las alas iluminadas, escuchando la música anodina del hilo musical y pensando en ritmos theta y agresión. Hacía mucho tiempo que había descubierto que los supermercados estadounidenses ofrecían una de las vías posibles más fáciles de autohipnosis. Hacía también mucho tiempo que tenía la costumbre de entrar en un leve trance hipnótico para afrontar problemas complejos.

Mientras recorría repisa tras repisa, Saul comprendió que había pasado los últimos veinticinco años siguiendo caminos equivocados para intentar encontrar el mecanismo de dominación en los humanos. Como la mayor parte de los investigadores, había postulado una complicada interacción de signos sociales, de sutilezas fisiológicas y comportamientos de orden elevado. Incluso con su conocimiento de la naturaleza primitiva de su posesión por el oberst, buscaba el gatillo en las circunvoluciones desconocidas de la corteza cerebral, bajando ocasionalmente al cerebro. Ahora los datos del encefalograma sugerían que la «aptitud» tenía su origen en el tronco cerebral primitivo y era emitida por el hipocampo juntamente con el hipotálamo. Saul hacía mucho que pensaba que el oberst y la gente como él eran algún tipo de mutación, una experiencia evolutiva o un capricho estadístico que ilustraba poderes humanos normales en un exceso enfermizo. Las cuarenta horas con Harod habían cambiado eso para siempre. Si la fuente de esta inexplicable «aptitud» era el tronco del cerebro y el sistema linfático de los primeros mamíferos, Saul comprendió que la «aptitud» del vampiro de la mente debía ser anterior al Homo sapiens. Harod y los otros eran burlas, retrocesos al azar a una fase evolutiva anterior.

Saul pensaba aún en los ritmos theta y el estado REM cuando se dio cuenta de que había pagado los comestibles y le entregaban dos bolsas llenas.

En un capricho, pidió que le cambiaran cuatro dólares en monedas. Mientras llevaba los comestibles a la furgoneta, pensaba si debería telefonear a Jack Cohen o no.

La lógica le decía que no. Aún estaba decidido a no meter en el asunto al agente israelí más de lo que era absolutamente necesario, para que no tuviera que compartir los detalles de los últimos días. Y no tenía otros pedidos que hacer al agente. Todavía no. Llamar a Jack sería pura autocomplacencia de simpatía hacia él.

Dejó los comestibles en la furgoneta y se dirigió a una cabina cerca de la entrada del supermercado. Quizá fuese el momento de un poco de satisfacción personal. Estaba con un humor triunfante y quería compartirlo con alguien. Sería circunspecto, pero Jack recibiría el mensaje de que esta vez su tiempo y esfuerzo habían dado buenos resultados.

Marcó el número del teléfono de la casa de Jack. No contestaba nadie. Recuperó sus monedas y marcó el número de la embajada israelí para pedirle a la telefonista la extensión de Jack. Cuando otra secretaria preguntó quién llamaba, Saul dio el nombre de Sam Turner, como Cohen había sugerido. Le había dicho que «Sam Turner» tenía prioridad inmediata.

Hubo una demora de casi un minuto. Saul luchó contra una angustiosa sensación de deja vu que crecía en él. Un hombre se puso al teléfono y dijo:

-Dígame, ¿quién habla?

-Sam Turner -dijo Saul sintiendo cómo la náusea crecía. Sabía que debía colgar.

-¿Y con quién desea hablar, por favor? -Con Jack Cohen.

-¿Puede decirme, por favor, la naturaleza del asunto que desea tratar con el señor Cohen?

-Personal.

-¿Es usted un pariente o un amigo personal del señor Cohen?

Saul colgó. Sabía que localizar una llamada telefónica era más difícil de lo que las películas y la televisión sugerían, pero había estado mucho rato en la línea. Llamó a información, pidió el número del Los Angeles Time y utilizó las últimas monedas para telefonear al periódico.

-Los Angeles Times.

-Sí -dijo Saul-, me llamo Chaim Herzog y soy ayudante del jefe de información del consulado israelí aquí en la ciudad y llamo para comprobar un error en un artículo que publicaron la semana pasada.

-De acuerdo, señor Herzog. Tiene que hablar con Archivos. Un momento, por favor.

Saul miró las largas sombras en la ladera del otro lado de la autopista y cuando la mujer dijo «Archivo» casi saltó. Le repitió su historia. -¿Qué día apareció ese artículo?

-Lo siento -se excusó Saul-, pero no tengo aquí el recorte y he olvidado el día.

-¿Y cómo se llama esa persona?

-Cohen -dijo Saul-, Jack Cohen.

Se apoyó en el teléfono y contempló los grandes pájaros negros que picoteaban algo más allá de la autopista. Arriba, un helicóptero se dirigía hacia el oeste a ciento cincuenta metros de altitud. Se imaginó, a la mujer de Archivos picando las teclas de su ordenador.

-Ya lo "tengo -dijo ella-. Es la edición del miércoles, 22 de abril, página 4. «Funcionario de la embajada israelí asesinado por sus asaltantes en el aeropuerto.» ¿Es a este artículo que se refiere?

-Sí.

-Es una noticia de Associated Press, señor Herzog. Cualquier error debe de tener su origen en el servicio de télex de Washington.

-¿Puede leérmelo, por favor? -pidió Saul-. Para que pueda ver si el error apareció realmente.

-Por supuesto. -La mujer le leyó el artículo de cuatro parágrafos, que empezaba: «El cuerpo de Jack Cohen, de cincuenta y ocho años, agregado de agricultura de la embajada israelí, fue encontrado esta tarde en el aparcamiento del aeropuerto internacional Dulles, aparentemente víctima de un robo con agresión», y terminaba: «Aunque por el momento no hay pistas, la policía prosigue las investigaciones.»

-Muchas gracias -dijo Saul, y colgó. Al otro lado de la carretera, los pájaros negros abandonaron su comida y aletearon hacia el cielo en una ancha espiral.

Saul subió por el cañón a cien kilómetros por hora, con la furgoneta al límite de su potencia y maniobrabilidad. Había pasado por lo menos un minuto cerca del teléfono, intentando construir un argumento lógico, tranquilizador, de que la muerte de Jack Cohen podía, realmente, haber sido debido a un atraco. Coincidencias de este tipo ocurrían constantemente en la vida real. Aunque no fuera así, parte de su cerebro argumentaba que habían pasado cuatro días. Si los asesinos habían podido asociar a Cohen con el refugio, ya deberían de haber llegado.

Saul no lo aceptó. Giró hacia el camino de la granja en medio de una nube de polvo y aceleró entre los árboles y cercados. No llevaba encima la automática del 32. Estaba en su habitación, arriba, junto a la de Natalie.

No había coches delante de la casa. La puerta principal estaba cerrada. La abrió y entró.

-¡Natalie!

No hubo respuesta desde arriba.

Miró alrededor. No vio nada fuera de su sitio, se dirigió rápidamente a través del comedor y la cocina hasta la sala de observación, encontró la pistola, cogió la caja con los cartuchos y corrió de nuevo hasta la sala de estar.

-¡Natalie!

Había subido tres peldaños de un salto, con el arma en la mano, cuando Natalie llegó a la barandilla.

-¿Qué pasa?

Se frotaba los ojos, somnolienta.

-Prepara la maleta. Recógelo todo rápidamente. Tenemos que largarnos enseguida.

Ella no hizo preguntas, se giró y se dirigió a su habitación. Saul fue hasta su dormitorio, cogió la pistola que estaba sobre la maleta, verificó el seguro y la dejó lista para disparar. Después se la metió en el bolsillo de su americana deportiva.

Cuando llegó con su mochila y la bolsa, Natalie tenía ya su equipaje en la furgoneta.

-¿Qué tengo que hacer? -preguntó ella. Su Colt 32 abultaba en el gran bolsillo de su falda campesina.

-¿Recuerdas aquellas dos latas de gasolina que Jack y yo encontramos en el granero? Tráelas al porche y quédate aquí por si acaso un coche entra en el camino o aparece un helicóptero. Espera, aquí tienes la llave de la furgoneta. Pon el motor en marcha. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

Volvió a entrar y empezó a desconectar hilos del material electrónico, sacando enchufes y metiendo piezas en cajas sin preocuparse de qué pertenecía a qué. Podía dejar el grabador de vídeo y la cámara, pero necesitaría el aparato de encefalogramas, las unidades de telemetría, las cintas, el ordenador, la impresora, el papel, los transmisores de radio. Llevó las cajas a la furgoneta. Saul y Natalie habían tardado dos días en instalar y calibrar el equipo y preparar la sala de interrogatorios. Les bastaron menos de diez minutos para desmontarlo y meterlo todo de nuevo en la furgoneta.

-¿Alguna novedad?

-Todavía nada -gritó Natalie.

Saul vaciló sólo un segundo y después llevó las latas de gasolina hacia la parte trasera de la casa y empezó a rociar con ella la sala de interrogatorios, la sala de observación, la cocina y la sala de estar. Le pareció en cierto sentido un acto bárbaro e ingrato, pero no tenía idea de lo que los hombres de Haines o de Barent podrían sacar de lo que dejarían atrás. Lanzó afuera las latas vacías, comprobó que los cuartos de arriba estaban vacíos y cargó las últimas cosas de la cocina. Cogió su mechero y se paró en el porche.

-¿Olvido algo, Natalie?

-¡El explosivo plástico y los detonadores, en el sótano!

-Dios mío -dijo Saul y corrió hacia la escalera. Natalie había hecho un nido en el centro de las cajas en la parte trasera de la furgoneta para el cajón de detonadores y cuando Saul volvió lo puso allí.

El psiquiatra hizo un viaje final a la casa, trajo la botella de Jack Daniels y prendió fuego a los regueros de gasolina. El efecto fue inmediato y dramático. Saul se protegió la cara del calor y pensó: «Lo siento, Jack.»

Natalie estaba detrás del volante cuando él llegó corriendo y no esperó a que cerrara la puerta para empezar a alejarse, lanzando grava

sobre la hierba al patinar las ruedas a causa del brusco acelerón. -¿Hacia dónde? -preguntó ella cuando llegaron a la carretera. -Hacia el este.

Natalie obedeció.

49

Cerca de San Juan Capistrano, sábado 25 de abril de 1981

Richard Haines llegó a tiempo de ver el humo que empezaba a salir del refugio israelí. Giró hacia la izquierda por el camino de la granja y condujo la caravana de tres coches hasta la casa a gran velocidad.

Se veían llamas en las ventanas del primer piso cuando Haines detuvo el Pontiac del gobierno y corrió hasta el porche. Se protegió la cara con el brazo, miró dentro de la sala de estar, intentó entrar, pero el calor le obligó a retroceder.

-¡Mierda!

Envió tres hombres hacia la parte trasera y a otros cuatro a registrar el granero y otras dependencias.

La casa estaba ardiendo totalmente cuando Haines salió del porche y se dirigió al coche.

-¿Debo llamar? -preguntó un agente cogiendo la radio.

-Sí, puedes hacerlo -dijo Haines-. Pero cuando llegue alguien todo habrá desaparecido.

Haines se dirigió a un lado y observó las llamas que aparecían en las ventanas del segundo piso.

Un agente con un traje oscuro vino corriendo, con la pistola en la mano. Jadeaba ligeramente.

-Nada en el granero ni en el cobertizo ni en el gallinero. Sólo un cerdo en el patio.

-¿En el patio? -preguntó Haines-. ¿Quieres decir, en una pocilga?

-No, señor. Está por allí suelto. La puerta de la pocilga estaba abierta.

Haines asintió con la cabeza y observó el fuego que llegaba al techo de la casa. Los tres coches se habían alejado de las llamas y los hombres se apiñaban alrededor con las manos en las caderas. Haines fue hasta el primer coche y habló con el hombre que estaba junto a la radio.

-Peter, ¿cómo se llama ese poli que dirige la búsqueda del chico de la gasolinera?

-Nesbitt, señor. El sheriff Nesbitt, de El Toro.

-Se encuentra al este de aquí, ¿verdad?

-Sí, señor. Creen que el chico y su amigo fueron a acampar a Travuco Canyon. Tienen al personal del Servicio Forestal participando en

la búsqueda y...

-¿Y aún tienen ese helicóptero?

-Sí, señor. Le oí hablando hace poco. No es sólo la búsqueda, señor. Hay un incendio en el Bosque Nacional de Cleveland y...

-Encuentra la frecuencia y llama a Nesbitt -ordenó Haines-. Después quiero hablar con el puesto de tráfico más cercano.

El primer coche de bomberos llegó cuando el agente le pasaba el micrófono a Haines.

-¿Sheriff Nesbitt? -dijo Haines.

-Afirmativo. ¿Quién habla?

-Agente especial Richard Haines, FBI. Soy quien autorizó la búsqueda que usted dirige del chico de Gómez. Ha surgido algo más importante y necesitamos su ayuda. Cambio.

-Adelante. Le escucho. Cambio.

-Necesito encontrar una furgoneta Ford Econoline de 1976 o 1978, oscura -dijo Haines-. El ocupante u ocupantes son buscados por incendio premeditado y asesinato. Pueden haber salido de este lugar a..., ah..., dieciocho kilómetros de San Juan. No sabemos si se dirigieron hacia el este o hacia el oeste, pero suponemos que hacia el este. ¿Puede poner barreras en la autopista 74 al este de nuestra localización? Cambio.

-¿Quién paga todo esto? Cambio.

Haines cogió el micrófono con fuerza. Detrás de él se desplomaron partes del techo de la granja y las llamas lamían el cielo. Llegó otro coche de bomberos y los hombres empezaron a desenrollar pesadas mangueras.

-Se trata de un asunto de seguridad nacional y de gran urgencia -gritó-. El FBI pide formalmente asistencia local en este asunto. Ahora, ¿puede montar las barricadas? Cambio.

Hubo una larga pausa ronca de electricidad estática. Después llegó la voz de Nesbitt.

-¿Agente Haines? Tengo dos coches al este de su actual posición,

en la 74. Estábamos comprobando el campamento Blue Jay y algunos caminos por allá. Haré que el agente Byers establezca una barrera en la carretera principal en el límite de la comarca, al oeste del lago Elsinore. Cambio.

-Muy bien -dijo Haines-. ¿Hay otras carreteras antes de ésa? Cambio.

-Negativo -contestó Nesbitt-. Sólo carreteras forestales. Le diré a Dusty que se lleve la segunda unidad e intercepte los cruces. Necesitamos una descripción precisa de los ocupantes del vehículo, salvo si sólo quieren que detengamos la Econoline. Cambio.

Haines miró hacia las llamas mientras la fachada de la granja caía hacia dentro. Los finos hilos de agua de las cuatro mangueras no lograban ningún resultado visible. Haines tocó el micrófono con el pulgar.

-No estamos seguros del número o descripción de los sospechosos -dijo Haines-. Posiblemente un hombre caucásico, de setenta años, acento alemán, pelo blanco..., acompañado por un hombre negro, treinta y dos años, un metro ochenta y dos de altura, cien kilos, y tal vez un hombre blanco de veintiocho años, pelo rubio, un metro setenta. Están armados y son extremadamente peligrosos. De todas maneras, en este momento la furgoneta puede ser conducida por otros. Localice y detenga la furgoneta. Mucho cuidado al acercarse a los ocupantes del vehículo. Cambio.

-¿Lo ha oído, Byers?

-Roger.

-¿Dusty?

-Afirmativo, Carl.

-Muy bien, agente especial Haines. Ya tiene sus carreteras interceptadas. ¿Alguna cosa más? Cambio.

-Sí, sheriff. ¿Su helicóptero aún está en el aire? Cambio.

-Ah..., sí, Steve aún prosigue la búsqueda en Santiago Peak. Steve, ¿escuchas? Cambio.

-Sí, Carl. Escucho. Cambio.

-Haines, ¿quiere nuestro helicóptero? Está en contrato especial con el Servicio Forestal y con nosotros. Cambio.

-Steve -dijo Haines-, a partir de este momento usted está en contrato especial con el Gobierno de Estados Unidos en un asunto de seguridad nacional. ¿De acuerdo? Cambio.

-Sí -fue la lacónica respuesta-, pensaba que el Servicio Forestal era del Gobierno de Estados Unidos. ¿Dónde me quiere? Acabo de poner combustible y tengo cerca de tres horas de vuelo a esta altitud. Cambio.

-¿Dónde se encuentra ahora? Cambio.

-Ah..., dirigiéndome hacia el sur, entre Santiago Peak y Trabuci Peak. A unos nueve kilómetros de su posición. ¿Quiere coordenadas de mapa? Cambio.

-Negativo -dijo Haines-. Quiero que me recoja aquí. Granja al norte de San Juan, a unos siete kilómetros de Misión Viejo. ¿Puede encontrar el sitio? Cambio.

-¿Está de broma? -dijo el piloto del helicóptero-. Puedo ver el humo que viene de allá. Una buena hoguera la que han preparado ustedes allá abajo. Llegaré en dos minutos. NL 167-B. Corto.

Haines abrió el maletero del Pontiac. Un bombero que pasaba miró el montón de M-16, fusiles, rifles, chalecos antibala y cargadores de munición y silbó.

-Joder -dijo a nadie en particular.

Haines sacó un M-16, golpeó un cargador contra el maletero para asentar las balas y lo colocó. Se quitó la americana, la plegó cuidadosamente, la dejó en el maletero, se puso un chaleco y llenó sus amplios bolsillos con más cargadores. Cogió un gorro de béisbol de encima del neumático de repuesto y se lo puso. El agente de la radio le llamó:

-Tengo al comandante de tráfico en la línea, señor.

-Dale la misma información que al APB -dijo Haines-. Intenta ver si puede extender la búsqueda de Orange County a toda la policía de carreteras.

-¿Carreteras interceptadas, señor?

Haines miró al joven agente.

-¿En la autopista 5, Tyler? ¿Eres tan estúpido como esa observación sugiere o te gustan los errores? Dile que queremos que comuniquen a todos los hombres que buscamos esa Econoline. Que los hombres se numeren, empiecen la búsqueda y entren en contacto conmigo a través del centro de comunicaciones del FBI en Los Ángeles.

El agente Barry Metcalfe de la oficina de Los Ángeles se acercó a Haines.

-Dick, confieso que no comprendo nada de esto. ¿Qué hace un comando terrorista libio utilizando un refugio israelí y por qué lo han incendiado?

-¿Quién ha dicho que sean terroristas libios, Barry?

-Bueno..., en tus instrucciones dijiste que eran terroristas del Medio Oriente...

-¿Nunca has oído hablar de terroristas israelíes?

Metcalfe parpadeó y no dijo nada. Detrás de él, la fachada de la granja se derrumbó hacia dentro, haciendo volar chispas. Los bomberos se contentaron con lanzar agua sobre las dependencias próximas para evitar la propagación del incendio. Un pequeño helicóptero que

parecía una burbuja de plexiglás se acercó desde el nordeste, dio una vuelta y descendió en el campo al sur de la casa. Metcalfe dijo:

-¿Quiere que vaya con usted?

Haines hizo un gesto hacia el helicóptero.

-Parece que sólo hay lugar para un pasajero en esa cosa, Barry.

-Sí, parece una cosa salida de MASH.

-Controla esto. Cuando tengan el fuego apagado, hay que examinar cuidadosamente las cenizas con un cepillo de dientes fino. Podría haber cuerpos allí.

-Caramba -dijo Metcalfe sin entusiasmo, y se alejó hacia sus hombres.

Mientras Haines corría hacia el helicóptero, un hombre llamado Swanson se acercó. Era el mayor de los seis fontaneros de Kepler que Haines había traído. Echó al hombre del FBI una mirada burlona.

-Es un poco arriesgado -gritó Haines por encima del ruido de los rotores-, pero tengo una corazonada que es una operación de Willi. Quizá no es él mismo, sino Luhar o Reynolds. Si puedes cogerlos, mátalos.

-¿Y la burocracia? -preguntó Swanson meneando la cabeza en dirección de Metcalfe y su grupo.

-Me encargaré de eso -dijo Haines-. Tú haz tu trabajo.

Swanson asintió lentamente con la cabeza.

Haines apenas había despegado, el pequeño helicóptero se elevaba aún entre el humo de la casa en llamas, cuando llegó el primer informe por radio.

-Habla el agente Byers de la unidad 3 en la barrera 74-este al agente Haines. Cambio.

-Adelante, Byers.

El paisaje montañoso se insinuaba bajo el helicóptero, la carretera del cañón se desplegaba como una pálida cinta gris. El tráfico era escaso.

-Ah, señor Haines, esto puede no ser nada, pero creo que hace pocos minutos he visto una furgoneta oscura..., podía ser una Ford... que volvía atrás a unos doscientos metros de mi posición. Cambio.

-¿Hacia dónde se dirigía? Cambio.

-Hacia usted, por la 74. Excepto si toma una de las carreteras forestales. Cambio.

-¿Podría evitarlos a ustedes pasando por esas carreteras? Cambio.

-Negativo, señor Haines. Todas son sin salida o se transforman en caminos de cabras, excepto la carretera de incendios del Servicio Forestal donde está Dusty. Cambio.

Haines se giró hacia el piloto, un hombre bajo, pesado, con una cazadora Dodgers y un gorro de béisbol de los Cleveland Indians: -Steve, ¿puedes oír a Dusty?

-Va y viene -dijo el piloto inclinándose sobre la radio-. Depende del lado de la colina en el que está.

-Quiero hablar con él -dijo Haines, y miró el campo que corría noventa metros abajo. Maleza y pinos pasaban por debajo en una mezcla de luz y sombra. Pinos más grandes y álamos de Virginia se alineaban a las orillas de riachuelos secos y en las zonas más bajas. Haines calculó que quedaba aún una hora y media de luz solar.

Llegaron a la cumbre del puerto y el helicóptero ganó altitud y dio una vuelta. Haines podía ver la neblina azul del Pacífico al oeste y la neblina anaranjada del humo por encima de Los Ángeles, al nordeste.

-La barrera está sobre la colina -dijo el piloto-. No he visto ninguna furgoneta oscura en la autopista. ¿Quiere ir hacia el sur, hacia el área de Dusty?

-Sí -dijo Haines-. ¿Ya lo tienes?

-No ha respondido a..., eh, ya lo tenemos. -Pulsó un interruptor en la consola-. En dos-cinco, señor Haines.

-¿Agente? Soy el agente especial Haines. ¿Me oye? Cambio.

-Sí, señor. Tengo aquí una cosa que quizá le interese mirar, señor Haines. Cambio.

-¿De qué se trata, agente?

-Una furgoneta Ford 1978 azul oscuro. Me dirigía a la carretera
principal cuando la encontré abandonada aquí. Cambio.

Haines tocó su micrófono de los auriculares e hizo una mueca. -¿Alguien dentro? Cambio.

-Negativo. Pero tiene muchas cosas dentro. Cambio.

-Coño, agente, sea más específico. ¿Qué cosas?

-Material electrónico, señor. No estoy seguro. Es mejor que venga
usted a echar un vistazo. Voy a comprobar el bosque.

-Negativo, agente -contestó Haines-. No abandone la furgoneta. ¿Cuáles son sus coordenadas? Cambio.

-¿Coordenadas? Dígale a Steve que estoy a setecientos metros del lago Coot por la carretera forestal. Cambio.

Haines miró al piloto. Steve asintió con la cabeza.

-Rogers -dijo Haines-. Quédese allá, agente. Tenga su revólver preparado y esté alerta. Estamos tratando con terroristas internacionales. -El helicóptero se inclinó hacia la derecha y se deslizó hacia las laderas arboladas-. Taylor, Metcalfe, ¿han oído esto?

-Roger, Dick -dijo la voz de Metcalfe-. Estamos a punto para venir.

-Negativo -dijo Haines-. Quédate en la granja. Repito, quédate en la granja. Quiero que Swanson y sus hombres se reúnan conmigo donde está la furgoneta. ¿Entendido?

-¿Swanson? -La voz de Metcalfe sonaba sorprendida-. Dick, esto es nuestra jurisdicción...

-Quiero a Swanson -insistió Haines bruscamente-. No me obligue a repetirlo. Cambio.

-Richard, estamos en camino -dijo la voz de Swanson.

Haines se asomó por la puerta abierta cuando volaban a ciento ochenta metros por encima del lago Coot y bajaron a un pequeño valle. Cogió el M-16 y sonrió. Estaba contento porque le daría una gran satisfacción al señor Barent y esperaba con ansiedad los minutos siguientes. Ahora sabía con casi absoluta certeza que no era Willi en persona..., el viejo habría «usado» al agente y habría pasado la barrera en vez de abandonar la furgoneta, pero fuera quien fuese, había perdido el juego. Había muchos centenares de kilómetros cuadrados de bosque nacional por allá, pero si la gente de Willi tenía que ir a pie, sería pan comido. Haines tenía recursos casi ilimitados a su disposición.

Pero Haines no quería utilizar recursos ilimitados ni esperar por la mañana para la búsqueda. Quería terminar esta parte del juego antes de la caída de la noche.

Podían no ser Luhar o Reynolds, pensó Haines. Podía ser la negra a la que Willi había utilizado en Germantown. Ella había desaparecido del todo. Incluso podía ser Tony Harod.

Haines recordó el interrogatorio a María Chen la noche anterior y sonrió. Cuanto más pensaba en ello, más sentido tenía pensar que podría ser Harod. Bien, ya era hora de que dejaran de complacer a ese idiota de Hollywood.

Richard Haines había trabajado para Charles Colben y C. Arnold Barent durante más de un tercio de su vida. Como «neutral» no podía ser condicionado por Colben, pero había sido bien recompensado con dinero y poder. Richard Haines consideraba el mismo trabajo una recompensa. Le gustaba su trabajo.

El helicóptero llegó sobre el claro a sesenta metros de altura y a cien kilómetros por hora. La furgoneta negra estaba aparcada ahí y tenía las puertas traseras abiertas. Muy cerca, el pesado vehículo todo terreno del sheriff estaba vacío.

-¿Dónde demonios está el agente? -exclamó Haines.

El piloto sacudió la cabeza e intentó llamar a Dusty por la radio. No hubo respuesta. Dieron varias vueltas sobre el claro. Haines levantó el M-16 y miró entre los árboles para vislumbrar algún movimiento o color sospechosos. Nada.

-Dé otra vuelta -ordenó Haines.

-Mire, capitán -dijo el piloto-, yo no soy policía ni agente federal y mucho menos héroe y ya tuve lo mío en Vietnam. Esta máquina es mi sustento, amigo. Si hay una posibilidad de que ella o nosotros recibamos algún impacto de balas, tendrá que alquilar otro pájaro y otro piloto.

-Cállese y dé otra vuelta -ordenó Haines-. Es un asunto de seguridad nacional.

-Sí -dijo el piloto-, también lo era Watergate y tampoco me preocupó demasiado.

Haines giró el fusil que tenía sobre las rodillas y encañonó al piloto.

-Steve, no se lo repetiré. Dé otra vuelta. Si no vemos nada, vamos a aterrizar en el lado sur del claro. ¿Comprende?

-Sí -dijo el piloto-, yo comprendo. Pero no porque usted me esté apuntando con este jodido M-16. Ni siquiera los cretinos federales matan pilotos a menos que ellos mismos sepan pilotar la máquina y estén seguros de que alguien no se va a cargar los mandos.

-Aterriza -dijo Haines. Habían dado cuatro vueltas y no había rastro del agente ni de nadie.

El piloto llevó el pequeño helicóptero hacia abajo, muy deprisa, incluso tuvo que levantarlo por encima de un árbol antes de asentarlo sólidamente sobre sus patines en el lugar exacto que Haines le había indicado.

-Fuera -ordenó el agente del FBI, e hizo un gesto con el fusil. -Está de broma -dijo Steve.

-Si tenemos que largarnos deprisa, quiero estar seguro de que nos largamos los dos -dijo Haines-. Ahora fuera antes de que le haga un par de agujeros a tu sustento.

-Usted está loco -protestó el piloto. Se tiró el gorro hacia atrásVoy a organizar un follón que hará que J. Edgar Hoover salga de su tumba para joderte.

-Fuera -le repitió Haines. Quitó el seguro y puso el arma en automático.

El piloto hizo ajustes en la consola del centro, los rotores redujeron la marcha, se desabrochó el cinturón y bajó. Haines esperó hasta que el piloto estuviera a nueve metros del helicóptero, de pie al borde del bosque y entonces salió de la máquina y corrió hacia el Bronco del sheriff, moviéndose con pasos sigilosos y rápidos, con el arma medio levantada. Se agachó detrás del Bronco, examinando las laderas para intentar ver un movimiento o un centelleo de sol en un cristal o metal. No había nada.

Haines levantó cuidadosamente la cabeza. Comprobó el asiento

trasero y después se deslizó hasta el lado del conductor y pudo ver que el asiento delantero estaba vacío. Había soportes para dos rifles en la mampara de metal entre los asientos delanteros y traseros. Ambos estaban vacíos. Haines probó la puerta delantera. Estaba cerrada. Cayó sobre una rodilla y examinó las laderas en el arco de ciento veinte grados que podía ver.

Si el estúpido agente había ido a caminar por el bosque, contraviniendo las órdenes, era lógico que se llevara el rifle y cerrara el coche. Si había un solo rifle. Si había algún rifle. Si el agente aún estaba vivo.

Haines examinó alrededor de la delantera del Bronco y la furgoneta a seis metros de distancia y de repente deseó haberse quedado en el aire hasta que Swanson y su grupo llegaran. ¿Cuánto tardarían? ¿Diez minutos? ¿Quince? Quizá menos, a menos que el lago estuviera más lejos de la carretera de lo que parecía desde el aire.

Haines tuvo una imagen súbita de la cabeza de Tony Harod en un plato. Sonrió y corrió los seis metros hacia la furgoneta.

Las puertas traseras estaban abiertas. Haines se deslizó a lo largo del metal caliente del lado de la furgoneta hasta que pudo mirar dentro. Sabía que era un blanco perfecto para alguien con un rifle en las colinas al sur del claro, pero no podía hacer nada al respecto. Había decidido ir en esa dirección porque con excepción de la franja de bosque donde estaba aún el piloto, la colina era casi toda hierba baja y pequeñas rocas y ofrecía pocas posibilidades de ocultación. Haines no había visto nada en los árboles durante sus cuatro pasos. Empuñó el M-16 a la altura de la cadera y dio la vuelta por detrás de la furgoneta.

Cajas, cables y material electrónico. Haines reconoció un transmisor de radio y un ordenador Epson. No había espacio suficiente para que un hombre se ocultara. Entró en la furgoneta y examinó los equipos y las cajas. La caja en el centro contenía lo que parecían treinta o treinta y cinco kilos de arcilla de modelar, cuidadosamente envuelta en varios paquetes de plástico.

-Oh, mierda -murmuró Haines.

Tenía que salir de allí cuanto antes.

-Eh, capitán, ¿podemos largarnos ya? -gritó el piloto, a unos treinta metros de él.

-Sí, ¡caliéntalo! -gritó Haines. Dejó que el piloto volviera a la máquina antes de empezar a agacharse y correr hacia la puerta abierta del costado derecho de la burbuja de plexiglás.

Estaba a medio camino cuando una voz demasiado retumbante para ser humana gritó desde la cuesta norte:

-¡HAINES!

Los primeros tiros llegaron un segundo después.

50

Cerca de San Juan Capistrano, sábado 25 de abril de 1981

Saul y Natalie aún no habían conducido ni quince minutos cuando vieron la primera barrera en la carretera. Era sólo un coche de la policía, con las luces girando, cruzado en la calzada de forma que dejaba un estrecho paso a cada lado. Cuatro coches estaban parados en dirección este, tres en dirección oeste, enfrentando a Saul y Natalie.

Natalie detuvo la furgoneta en el arcén unos trescientos metros antes.

-¿Un accidente? -preguntó.

-No me lo parece -dijo Saul-. Da la vuelta. Deprisa. Volvieron atrás hacia el puerto que habían pasado poco antes. -¿De nuevo por el cañón por donde hemos venido? -preguntó Natalie.

-No. Hay un camino de grava a unos dos o tres kilómetros. -¿Donde estaba la señal de campamento?

-No, un poco más de un kilómetro al sur de la carretera. Quizá podremos pasar la barrera al sur.

-¿Crees que ese policía nos ha visto?

-No lo sé -dijo Saul. Cogió una caja de cartón de detrás del asiento del pasajero, sacó la pistola automática Colt y se aseguró de que estaba cargada.

Natalie encontró el camino de grava y giraron a la izquierda, atravesando espesos bosques de pinos y algunos prados. Tuvieron que ponerse a un lado para dejar pasar a un camión que tiraba de un pequeño remolque. Algunos caminos laterales dejaban el principal, pero parecían demasiado estrechos sin utilización y Natalie mantuvo la furgoneta en el camino forestal cuando éste pasó de grava a fango y se dirigió hacia el sur y después hacia el este, y otra vez hacia el sur.

Vieron el vehículo de la policía aparcado en el claro doscientos metros abajo cuando bajaban por una colina cubierta de bosque en una serie de curvas en zigzag. Natalie paró la furgoneta en cuanto estuvo segura de que no estaban a la vista.

-¡Mierda!

-No nos ha visto -dijo Saul-. He podido ver al sheriff o quienquiera que sea fuera del vehículo, mirando hacia el otro lado con los prismáticos.

-Nos verá cuando crucemos ese espacio abierto para retroceder -dijo Natalie-. Es tan estrecho aquí que tendré que retroceder hasta lo alto de la colina para llegar a ese espacio abierto y girar. ¡Mierda!

Saul pensó durante un minuto.

-No vuelvas atrás -dijo-. Sigue bajando y a ver si nos hace parar.

-Pero nos arrestará -dijo Natalie.

Saul hurgó en la trasera hasta encontrar el pasamontañas y el arma de dardos que habían utilizado con Harod.

-Yo no estaré aquí -dijo-. Si no nos buscan, me reuniré contigo al otro lado del claro, donde la carretera gira al este para pasar sobre aquel paso.

-¿Y si nos buscan?

-Entonces me reuniré contigo antes. Estoy seguro de que este tío está solo. Quizá podamos descubrir qué demonios está pasando.

-Saul, ¿y si quiere registrar la furgoneta?

-Déjale hacerlo. Yo llegaré lo más cerca que pueda, pero manténle ocupado para que yo pueda cruzar ese último trozo de claro. Si puedo, vendré por el sur, por detrás de la furgoneta, por el lado del pasajero.

-Saul, ¿éste no puede ser uno de ellos?

-No lo creo. Deben de haber implicado a las autoridades locales. -Entonces es sólo... una especie de inocente. Saul asintió con la cabeza y dijo:

-Por lo tanto tenemos que asegurarnos de no hacerle daño. Y que él no nos lo haga a nosotros. -Miró la pendiente cubierta de árboles-. Dame unos cinco minutos para ponerme en posición.

Natalie le tocó la mano.

-Ten cuidado, Saul. Ahora sólo nos tenemos uno al otro.

Él acarició sus dedos fríos, finos; asintió con la cabeza, cogió su arma y se movió sigilosamente hacia los árboles.

Natalie esperó cinco minutos, puso en marcha la furgoneta y bajó lentamente por la colina. El hombre inclinado contra el Bronco oficial pareció sobresaltarse cuando ella llegó al claro. Desenfundó la pistola y la empuñó colocando su brazo derecho sobre la capota. Cuando ella estaba a seis metros de distancia le gritó por un megáfono eléctrico que tenía en la mano izquierda:

-¡DETÉNGASE!

Natalie se detuvo y mantuvo las manos sobre el volante.

-PARE EL MOTOR. SALGA DEL VEHÍCULO. MANTENGA LAS MANOS EN ALTO.

Ella podía sentir su pulso en la garganta cuando desconectó el motor y abrió la puerta del vehículo. El sheriff o quien fuera parecía muy nervioso. Mientras ella estaba al lado de la furgoneta con las manos levantadas, él miró su Bronco como si quisiera utilizar la radio pero no quisiera dejar ni el arma ni el megáfono.

-¿Qué pasa, sheriff? -preguntó ella.

Le producía una extraña sensación utilizar otra vez la palabra sheriff. Este hombre no se parecía nada a Rob; era alto; quizá de cincuenta años; una cara marcada por arrugas, como si hubiera pasado su vida mirando hacia el sol.

-¡SILENCIO! APÁRTESE DEL VEHÍCULO. ASÍ. MANTENGA LAS MANOS EN LA NUCA. AHORA ÉCHESE. TENDIDA. BOCA ABAJO. SOBRE EL ESTÓMAGO.

Echada sobre la hierba marrón, Natalie gritó: -¿Qué pasa? ¿Qué he hecho yo?

-¡CÁLLESE! TÚ, EL DEL VEHÍCULO: ¡FUERA! ¡AHORA!

Natalie intentó sonreír.

-Estoy sola. Mire, esto es un error, sheriff. Ni siquiera me han puesto una multa en mi vida...

-¡SILENCIO!

El policía dudó un segundo y después puso el megáfono sobre la capota. Natalie pensó que el hombre parecía un poco tímido. Miró de nuevo la radio, pareció pensar y dio rápidamente la vuelta alrededor del Bronco, sin dejar de encañonar a Natalie mientras observaba nerviosamente la furgoneta.

-No se mueva -gritó detrás de la puerta abierta-. Si hay alguien ahí, es mejor que le diga que salgan ahora.

-Estoy sola -repitió Natalie-. ¿Qué pasa? No he hecho nada...

-Cállese -ordenó el agente. En un movimiento súbito y torpe, el hombre entró en el asiento del conductor, giró la pistola hacia el interior de la furgoneta y se relajó visiblemente. Aún con medio cuerpo en el vehículo, apuntó de nuevo el arma a Natalie.

-Si hace un movimiento, señora, le vuelo los sesos.

Natalie yacía incómodamente con los codos en la tierra, las manos detrás del cuello, intentando mirar al agente por encima del hombro. La pistola que le apuntaba parecía imposiblemente larga. Un punto en la espalda entre los hombros le dolía por la tensión y el miedo de recibir un disparo. Y ¿si él era uno de ellos?

-Las manos detrás. ¡Ya!

En cuanto las manos de Natalie tocaron la parte baja de su espalda, él se abalanzó sobre ella y la esposó. La cara de Natalie tocó la tierra y se le metió polvo en la boca.

-¿No va a leerme mis derechos? -preguntó, sintiendo que la adrenalina y la ira empezaban a desbloquear la casi parálisis del miedo.

-Al diablo sus derechos, señora -dijo el agente mientras se enderezaba con un relajamiento evidente de su tensión. Metió la pistola de cañón largo en la funda-. Levántese. Vamos a llamar al FBI y a ver qué demonios pasa.

-Buena idea -dijo una voz amortiguada detrás de ellos.

Natalie se giró de lado y vio a Saul con el pasamontañas y las gafas dando la vuelta a la furgoneta. La automática Colt estaba extendida en su mano derecha y empuñaba la pistola de dardos con la izquierda.

-¡Ni siquiera lo piense! -dijo Saul, y el agente se detuvo a mitad del movimiento. Natalie miró hacia el arma apuntada, la máscara negra y las gafas brillantes, y ella misma sintió miedo.

-Boca abajo, échese. ¡Ahora! -ordenó Saul.

El agente pareció vacilar; Natalie sabía que su orgullo luchaba con su instinto de conservación. Saul levantó el martillo de la automática con un estallido audible. El agente se arrodilló y cayó boca abajo.

Natalie rodó y observó. Era un momento difícil. La pistola del agente estaba aún en su funda. Saul tenía que haberle obligado a lanzarla lejos antes que se echara. Ahora tenía que acercarse para cogerla. «Somos aficionados», pensó. Deseaba que Saul disparara al culo del agente con un dardo tranquilizador y acabara.

Por el contrario, Saul avanzó rápidamente y cayó sobre la espalda del hombre, aplastándolo con la rodilla y colocando el cañón del Colt sobre su sien. Saul lanzó la pistola del agente a tres metros y después le lanzó un llavero a Natalie.

-Una de éstas abrirá esas esposas -le dijo.

-Gracias -replicó Natalie luchando para pasar las manos bajo el trasero y para pasar las piernas una a una.

-Tiempo de hablar -le dijo Saul al agente, y apretó con más fuerza la pistola-. ¿Quién ha organizado estas barreras en las carreteras? -Al diablo -contestó el agente.

Saul se levantó rápidamente, dio cuatro pasos atrás, y disparó la automática contra el suelo a cinco centímetros de la cabeza del hombre. El ruido hizo que Natalie dejara caer las llaves.

-He formulado mal la pregunta -dijo Saul-. No le estoy pidiendo que revele secretos de Estado. Pregunto quién ha autorizado

estas barreras. Si no tengo una respuesta dentro de cinco segundos, le

meteré una bala en el pie izquierdo y empezaré a subir por su pierna

hasta oír lo que quiero saber. Uno... dos...

-Hijo de puta -dijo el agente.

-Tres... cuatro...

-¡El FBI! -dijo el agente.

-¿Quién del FBI?

-¡No lo sé!

-Uno.. dos... tres..

-¡Haines! -gritó el agente-. Un agente llamado Haines que ha

venido de Washington. Me ha hablado por radio hace unos veinte minutos.

-¿Dónde está Haines ahora?

-No lo sé..., lo juro.

El segundo tiro se incrustó en el suelo entre las largas piernas del

agente. Natalie cogió la llave más pequeña y las esposas se abrieron. Se

frotó las muñecas y gateó para recuperar el arma del agente que estaba

a varios pasos de ella.

-Está en el helicóptero de Steve Gorman sobrevolando la autopista -dijo el agente.

-Haines dio la descripción de personas o sólo de la furgoneta

-preguntó Saul.

El agente levantó la cabeza y les miró.

-De personas -dijo-. Chica negra de unos veinte años, acompañada de hombre caucásico.

-Miente -dijo Saul-. Usted nunca se habría acercado a la furgoneta si hubiera sabido que se buscaban dos personas. ¿Qué ha dicho

Haines que hicimos?

El agente murmuró algo. -¡Más alto! -exclamó Saul.

-Terroristas -repitió el agente en un tono firme-. Terroristas internacionales.

Saul rió detrás del tejido negro del pasamontañas.

-Tiene toda la razón. Ponga las manos atrás, agente. -Se giró hacia Natalie-. Espósalo. Dame la otra arma. Ponte a un lado. Si hace algún movimiento hacia ti, tendré que matarlo.

Natalie colocó las esposas y retrocedió. Saul le entregó el arma larga.

-Agente -dijo Saul-, vamos hasta la radio para hacer una llamada. Le diré lo que tiene que decir. Puede escoger desde ahora entre morir o llamar a la caballería y tener una posibilidad de salvarse.

Después de la charada por radio, Natalie y Saul condujeron al agente hasta la colina y lo esposaron con los brazos alrededor del tronco de un pequeño pino caído a sesenta metros de la pendiente sur. Había dos árboles caídos juntos; el tronco del mayor reposaba sobre una roca de un metro de alto. Las numerosas ramas ocultaban la roca y proporcionaban un excelente refugio y una buena vista del claro de abajo.

-Quédate aquí -dijo-. Vuelvo a la furgoneta para traer jeringas y pentobarbital. Después cogeré el fusil del Bronco.

-Pero, Saul, ¡ellos van a venir! -advirtió Natalie-. Vendrá Haines. ¡Utiliza el dardo tranquilizador!

-Esa droga no me gusta -dijo Saul-. Tu pulso iba demasiado rápido cuando tuvimos que utilizarlo. Si este tío tiene problemas de corazón, podría no resistir. Quédate aquí. Volveré enseguida.

Natalie se agachó detrás de la roca mientras Saul corría hacia el Bronco y después desaparecía dentro de la furgoneta.

-Señora -silbó el agente-, está metida en un buen lío. Quíteme estas esposas y déme mi arma, y habrá una posibilidad de que salga de esto con vida.

-Cállese -susurró Natalie.

Saul subía por la pendiente con el fusil del agente y la pequeña mochila azul. Ella podía oír el sonido de un helicóptero a lo lejos, acercándose. No tenía miedo, estaba sólo terriblemente excitada. Natalie dejó la pistola del agente en el suelo y quitó el seguro de la automática que Saul le había entregado. Practicó apoyando las manos en la roca lisa delante de sí y apuntando a la furgoneta, a sus puertas traseras abiertas, aunque supiera que era demasiado lejos para un disparo de pistola.

Saul entró por la pantalla de ramas y agujas muertas precisamente cuando el helicóptero rugía sobre la loma tras de ellos. Se puso en cuclillas, jadeando, y llenó una jeringa de una botella vertical. El agente blasfemó y protestó cuando le pusieron la inyección, se debatió durante un momento y se desplomó, dormido. Saul se quitó el pasamontañas y las gafas. El helicóptero dio otra vuelta, esta vez más bajo, y Saul y Natalie se abrazaron protegidos por el techo de ramas.

Saul sacó el contenido de la mochila, puso de lado una caja roja y blanca de balas de cobre y las metió una a una en el fusil del agente.

-Natalie, siento no haberte consultado antes de hacer esto. No podía perder la oportunidad... Haines está demasiado cerca.

-No te preocupes, has actuado correctamente -dijo Natalie. Estaba demasiado excitada para permanecer quieta y se movía arrodillándose y agachándose una y otra vez. Se humedeció los labios-. Saul, esto es divertido.

Saul la miró.

-Quiero decir, sé que da miedo y todo eso, pero es excitante. Vamos a coger a este tío y a largarnos de aquí y... ¡Ay!

Saul le había cogido el hombro y se lo apretaba con fuerza. Dejó el fusil contra la roca y la agarró también con la otra mano.

-Natalie -le dijo-, en este momento estamos rebosantes de adrenalina. Parece muy excitante. Pero esto no es televisión. Los actores no se levantarán para ir a tomar un café cuando acaben los tiros. Alguien será herido en los próximos minutos y no resultará más excitante que después de un accidente automovilístico. Concéntrate. Que el accidente le ocurra a otro.

Natalie asintió con la cabeza.

El helicóptero trazó un último círculo, desapareció durante un momento sobre la loma del sur y volvió para aterrizar entre una nube de polvo y agujas de pino. Natalie yacía boca abajo y apretó el hombro contra la roca mientras Saul apoyaba el fusil contra el hombro.

Saul respiró el olor de tierra tostada por el sol y de agujas de pino, y pensó en otro momento y otro lugar. Después de su fuga de Sobibor, en octubre de 1944, había estado con un grupo de guerrilleros judíos llamado Gil en el Bosque de los Búhos. En diciembre, antes que empezara a trabajar como ayudante y ordenanza del médico del grupo, le entregaron un fusil y lo pusieron como centinela.

Era una noche fría, clara -la nieve se veía azul por la luz de la luna llena-, cuando aquel soldado alemán se tambaleó en el claro donde Saul estaba emboscado. El soldado era poco más que un muchacho y no llevaba casco ni fusil. Sus manos y orejas estaban envueltas en trapos y tenía las mejillas blancas por la congelación. Saul supo instantáneamente por la insignia de su regimiento que el joven era un desertor. El Ejército Rojo había lanzado una importante ofensiva en la zona la semana anterior y aunque tardarían aún diez semanas más en atenazar a la Wehrmacht, este joven se había unido a otros centenares en una precipitada retirada.

Yechiel Greenshpan, el cabecilla del Chil, había dado instrucciones claras sobre lo que se debía hacer con los desertores alemanes aislados. Debían ser liquidados, sus cuerpos lanzados al río o dejados para que se pudrieran. No debía hacerse ningún esfuerzo por interrogarlos. La única excepción a esta orden de ejecución la constituía el caso de que el ruido del tiro pudiera revelar la posición del grupo guerrillero a las raras patrullas alemanas. Entonces los centinelas deberían utilizar puñales o dejar que los desertores se alejaran.

Saul le dio el «¿quién vive?». Podría haber disparado. La banda en la que estaba se encontraba oculta en una gruta a unos cien metros. No había ninguna actividad alemana en la zona. Pero le había dado el «¿quién vive?» al alemán en vez de disparar inmediatamente.

El muchacho se había arrodillado en la nieve y empezó a llorar, implorando a Saul en alemán. Saul había dado la vuelta por detrás del muchacho de forma que la boca de la vieja Mauser estaba a menos de un metro del pescuezo de la cabeza rubia. Saul había pensado entonces en el pozo, en los cuerpos blancos cayendo y la escayola en la cara del sargento de la Wehrmacht mientras fumaba un cigarrillo con las piernas balanceándose sobre el horror.

El muchacho lloró. En sus largas pestañas brillaba el hielo. Saul había levantado la Mauser. Y después retrocedió un paso y dijo «Ve» en polaco, mirando mientras el joven alemán miraba por encima del hombro, incrédulo, y tropezaba fuera del claro.

El día siguiente, cuando el grupo se dirigió hacia el sur, habían encontrado el cuerpo helado del muchacho boca abajo en un riachuelo. Fue ese mismo día que Saul había hablado con Greenshpan para pedirle que fuera designado ayudante del doctor Yaczyk. El jefe del Chil había mirado a Saul un rato antes de hablar. El grupo no tenía tiempo para judíos que no querían o no podían matar alemanes, pero Greenshpan sabía que Saul era un superviviente de Chelmno y Sobibor. Estuvo de acuerdo.

Saul había ido a la guerra de nuevo en 1948, en 1956 y en 1967 y, sólo durante unas horas, en 1973. Siempre como oficial médico. Excepto durante aquellas terribles horas bajo el control del oberst, cuando había liquidado a DerMeister, nunca había matado a un ser humano.

Saul yacía boca abajo sobre el blando lecho de agujas de pino calentadas por el sol y consultó el reloj mientras el helicóptero aterrizaba. Estaba en mal sitio, en el lado alejado del claro, parcialmente tapado por el Bronco del agente. El fusil del agente era viejo, culata de madera, cargador, con mira de muesca. Se ajustó las gafas y deseó que tuviera una mira telescópica. Todo en ese rifle era negativo de acuerdo con el consejo de Jack Cohen: un arma desconocida que nunca había disparado, un campo de tiro confuso y sin vía de retirada.

Saul pensó en Aaron y Deborah y las gemelas, y utilizó el cargador para meter una bala en la recámara.

El piloto salió primero y se alejó lentamente del helicóptero. Eso sorprendió y preocupó a Saul. El hombre que esperaba en el lado derecho de la burbuja iba armado con un fusil automático y llevaba gafas oscuras, un gorro largo y una chaqueta gruesa. A sesenta metros, con el brillo del sol poniente en el plexiglás, Saul no podía estar seguro de que el hombre fuera Richard Haines. No disparó. Sintió una súbita náusea junto con la certeza de que no debía hacer aquello. Había oído

a Haines llamando a Swanson por la radio del agente cuando estaba recogiendo el fusil. Este tenía que ser Haines. Pero todo lo que el hombre del FBI tenía que hacer era sentarse y esperar a que los otros llegaran. Saul colocó el megáfono cerca de su mano izquierda y bajó de nuevo el cañón. El hombre con la chaqueta gruesa se movió entonces, corrió en cuclillas, para evitar posibles disparos hasta parapetarse tras el Bronco. Saul no tenía un blanco claro, pero vio la mandíbula fuerte y el pelo bien cortado bajo el gorro. Tenía delante de sí a Richard Haines.

-¿Dónde está? -susurró Natalie.

-Silencio -susurró Saul-. Ahora está detrás de la furgoneta. Tiene un fusil. No salgas.

Puso el megáfono en el suelo delante de su cara, comprobó que estaba conectado y cogió el fusil con ambas manos.

El piloto gritó algo y el agente, detrás de la furgoneta, respondió. El piloto se movió lentamente hacia el helicóptero y cinco segundos después apareció la otra figura moviéndose con rapidez.

-¡Haines! -gritó Saul, y el sonido amplificado hizo saltar a Natalie y volvió, resonando, desde la ladera opuesta. El piloto corrió hacia los árboles mientras la figura de la chaqueta giraba, caía sobre la rodilla derecha y empezaba a barrer la ladera con su metralleta. Saul pensó que aquel sonido era bajo, como de un juguete. Algo zumbó entre las ramas, un metro por encima de ellos. Saul apretó la culata contra el hombro, apuntó y disparó. El culatazo fue sorprendentemente fuerte. Haines aún estaba disparando, moviendo el M-16 en pequeños círculos mortales. Dos balas impactaron en la roca tras la que se ocultaba Saul y otra se clavó en el tronco caído, encima de él, con el sonido de un hacha cortando madera. Saul deseó haber esposado al agente en un lugar más protegido de los disparos.

Saul había visto las agujas de pino saltar delante y a la izquierda de Haines. Levantó su mira y la puso más a la derecha, él había entrevisto con el rabillo del ojo que el piloto se había girado y había corrido hacia los árboles. Podía ver los centelleos del M-16 cuando Haines disparaba. Un traqueteo final de balas rebotó sobre la roca donde Natalie estaba acurrucada en posición fetal, pero los disparos cesaron abruptamente, la figura arrodillada lanzó fuera un cargador rectangular y cogió otro del bolsillo de la chaqueta; Saul apuntó cuidadosamente y disparó. El agente especial pareció ser empujado hacia atrás por un hilo invisible. Sus gafas oscuras y su gorro volaron cuando cayó de espaldas, con las piernas abiertas y el fusil a un metro y medio de su cabeza.

El súbito silencio era ensordecedor.

Natalie estaba arrodillada, mirando alrededor de la roca y respirando pesadamente por la boca.

-Oh, Dios -susurró.

-¿Estás bien? -preguntó Saul.

-Sí.

-Quédate aquí.

-Ni lo pienses -dijo ella, y se levantó tras él cuando empezó a bajar por la ladera.

Habían bajado doce metros cuando Haines rodó, se arrodilló, cogió el fusil y corrió hacia los árboles. Saul cayó sobre una rodilla y disparó, pero erró el tiro.

-¡Maldito! Por aquí.

Empujó a Natalie hacia la izquierda, por entre la espesa maleza. -Vendrán los otros -jadeó Natalie.

-Sí -dijo Saul-. No hagas ruido.

Continuaron hacia la izquierda, de árbol en árbol. Al otro lado del claro la ladera era demasiado pelada para que Haines pudiera moverse. Tendría que quedarse donde estaba o venir de frente. Saul se preguntó si el piloto iba armado.

Saul y Natalie se movieron lo más rápidamente posible por detrás de los árboles y manteniéndose lejos del claro. Cuando se acercaban al punto donde Haines había entrado en los árboles, Saul hizo un gesto a Natalie para que se detuviera en un soto espeso mientras él avanzaba agachado, mirando a izquierda y derecha después de cada paso. Tenía más cartuchos en los bolsillos de su americana. Bajo los árboles empezaba a hacerse oscuro. Los mosquitos pasaban, zumbando, cerca del rostro sudoroso de Saul. Sintió como si hubieran pasado horas desde que el helicóptero había aterrizado. Una mirada a su reloj le dijo que habían pasado seis minutos.

Un rayo de luz en el suelo del bosque iluminó algo brillante contra las oscuras agujas de pino. Saul se tiró al suelo y, boca abajo, avanzó sobre los codos. Se detuvo, cogió el fusil con la mano izquierda y alargó su mano derecha para tocar la sangre que había manchado las agujas y la tierra. Se veían otras salpicaduras a la izquierda, que desaparecían donde el follaje se hacía más denso.

Saul iba a retroceder cuando el rugido de fuego automático empezó a su izquierda y detrás de él, y ahora no parecía de juguete, era fuerte y frenético. Apretó la cara contra el suelo e intentó comprimir su cuerpo en la tierra mientras las balas rasgaban las ramas, cosían los troncos y zumbaban en el claro. Oyó cómo por lo menos dos balas impactaban en una superficie metálica pero no levantó la cabeza para ver cuál de los vehículos había sido tocado.

Se escuchó un grito terrible a menos de doce metros de donde estaba Saul y después un gemido que empezó bajo y parecía subir hasta el ultrasonido. Saul saltó y corrió hacia la izquierda, cogió sus gafas

cuando una rama se las quitó y casi tropezó con el cuerpo de Natalie, que estaba agachada contra un tronco podrido. Se dejó caer cerca de ella y susurró:

-¿Estás bien?

-Sí. -Ella hizo un gesto con la pistola hacia un denso grupo de pinos jóvenes y píceas donde la colina se inclinaba sobre un barranco a la izquierda-. El ruido provenía de allí. No disparaban contra nosotros.

-No. -Saul examinó sus gafas. La montura estaba doblada. Tocó los bolsillos de su americana. Las balas tintinearon. La pistola estaba aún en su bolsillo izquierdo. Tenía los codos llenos de tierra-. Vamos.

Se arrastraron hacia delante, Natalie tres metros a la derecha de Saul. Cuando se acercaron a un riachuelo que salía del barranco, la maleza se volvió más espesa, con pequeñas píceas y abetos, hileras de abedules y grupos de helechos. Natalie encontró al piloto. Casi puso el brazo sobre su pecho cuando rodeaba un espeso matorral de enebros. Estaba casi partido por la mitad por una ráfaga del M-16. Su pared abdominal caía en trozos sueltos de músculo rojo estriado y sus dedos estaban apretados alrededor de las tiras blancas y grises de los intestinos, intentando contenerlos. La pequeña cabeza del hombre estaba caída hacia atrás, con la boca muy abierta en un grito no terminado, sus ojos nublados fijos en una pequeña mancha de cielo azul entre las ramas, muy arriba.

Natalie se giró y vomitó silenciosamente sobre los helechos.

-Vamos -susurró Saul.

El ruido del riachuelo era bastante fuerte como para cubrir sonidos ligeros.

Había pequeños asteriscos de sangre en un tronco caído detrás de una pared de píceas jóvenes. Haines debía de haber estado agachado allí tres minutos antes, hasta que oyó el ruido provocado por el piloto, que se movía entre los arbustos buscando refugio.

Saul examinó las píceas. ¿Hacia dónde había huido Haines? Hacia la izquierda, después de unos siete metros de espacio abierto, el espeso bosque empezaba de nuevo, llenaba el valle y se levantaba sobre la loma baja al sudeste. Hacia la derecha, el barranco estaba lleno de árboles jóvenes que se estrechaban cuarenta metros arriba, en un hueco lleno de enebros de un metro de altura.

Saul tenía que decidir. Un movimiento en cualquiera de las direcciones lo expondría a la vista de alguien que hubiera ido por el otro lado. Fue la barrera sicológica del claro lo que le hizo pensar que Haines había ido por la derecha. Saul se deslizó hacia atrás y le entregó el fusil a Natalie, poniendo la boca casi contra su oreja mientras le susurraba:

-Voy allí. Métete debajo del tronco. Dame exactamente cuatro minutos y después dispara al aire. Manténte oculta. Si no oyes nada, espera un minuto más y dispara otra vez. Si no vuelvo dentro de diez minutos, regresa a la furgoneta y lárgate. Desde aquí él no puede ver la carretera. ¿Comprendes?

-Sí.

-Aún tienes el pasaporte -le susurró Saul-. Si las cosas van mal, utilízalo para llegar a Israel.

Natalie no dijo nada. Estaba muy tensa, pero la línea de sus labios era fina y firme.

Saul le bajó la cabeza y se arrastró a través de la barrera de abetos jóvenes, manteniéndose cerca del riachuelo mientras subía por la colina.

Podía oler la sangre. Ahora había más, mientras se arrastraba por túneles de enebros bajos. Se movía muy lentamente; pasaron tres minutos y no había subido mucho por el barranco. Su mano derecha sudaba alrededor de la empuñadura del Colt y sus gafas insistían en deslizarse por su nariz. Sus codos y rodillas estaban muy doloridos y la respiración le resonaba en el pecho. Las moscas zumbaban sobre otra mancha brillante de sangre y le golpeaban la cara.

Faltaba medio minuto. Haines no podía haber ido mucho más lejos a menos que corriera. Podía haber corrido. Diez metros marcaban toda la diferencia. El M-16 tenía veinte veces el alcance de la pistola de Saul. A Saul le quedaban ocho balas. Sus bolsillos estaban llenos de pesados cartuchos para el fusil del agente, pero había dejado los otros tres cargadores de la pistola en el sitio donde el agente estaba esposado. Daba igual. Veinte segundos para que Natalie disparara. Daba igual a menos que llegara bastante cerca. Saul avanzó sobre los codos y las rodillas, ahora jadeando audiblemente, sabiendo que hacía demasiado ruido. Cayó hacia delante bajo una rama saliente de enebro y jadeó a través de su boca abierta, intentando regular la respiración.

El disparo de Natalie resonó por el barranco.

Saul rodó sobre la espalda, quitando el seguro del Colt contra su pecho para amortiguar el ruido. Nada. No hubo tiros de respuesta ni ningún movimiento desde arriba.

Saul yacía sobre la espalda, con la pistola al lado de la cara, sabiendo que tenía que avanzar, llegar más arriba. No se movió. El cielo se oscurecía. Una ondulación de cirros recibía la última luz rosada de la tarde y una única estrella brillaba cerca del borde del barranco. Saul levantó su muñeca izquierda y miró el reloj. Habían pasado doce minutos desde que el helicóptero había aterrizado.

Saul respiró el aire frío. Olía la sangre.

Había pasado demasiado tiempo desde el primer tiro de Natalie. Saul levantó de nuevo la muñeca para comprobar la hora cuando se oyó el segundo tiro de Natalie, esta vez más cerca, rebotando desde una roca nueve metros arriba en el barranco.

Richard Haines se levantó de la maleza a menos de tres metros de Saul y disparó una ráfaga sobre el barranco. Saul podía ver el centelleo del arma sobre él y sentir el olor a pólvora. Las balas destrozaban los arbustos bajo los que se había arrastrado hacía poco. Los árboles jóvenes eran arrancados como si fueran podados por una guadaña invisible. Muchas balas rebotaron en la roca al este del barranco, sonaron de nuevo en el oeste y levantaron la tierra mucho más allá de la pared del este. El aire se llenó con el olor de savia y pólvora. El tiroteo parecía continuar sin parar. Cuando terminó, Saul estaba demasiado entumecido para moverse durante dos o tres segundos. Oyó el chasquido de un cargador expulsado del M-16 y el golpecillo de otro al colocarlo. Las ramas se movieron cuando Haines se puso otra vez de pie. Entonces Saul se levantó, vio a Haines a menos de tres metros, extendió el brazo derecho y disparó seis veces.

El agente dejó caer el fusil y se sentó con un gruñido. Miró, admirado, a Saul como si fueran dos niños jugando y Saul hubiera hecho trampas. El pelo de Haines estaba humedecido por el sudor y despeinado, tenía la cara llena de tierra y su chaleco colgaba de un lado. Su pernera izquierda estaba empapada de sangre. Tres de los disparos de Saul habían tocado el chaleco y lo habían arrastrado hacia atrás, pero el brazo izquierdo de Haines estaba herido a la altura del hombro y por lo menos una bala había penetrado por donde el chaleco colgaba de la garganta. Cuando avanzó por entre el bosque de enebro y se arrodilló a un metro de Haines, Saul vio esquirlas blancas de clavícula saliendo de la carne. Apartó el M-16 con su mano izquierda.

Haines estaba sentado con las piernas extendidas, los zapatos negros apuntando al cielo. Su brazo izquierdo, destrozado, colgaba en un ángulo patético, pero su mano derecha estaba sobre su rodilla en una posición relajada, casi casual. Abrió y cerró la boca varias veces y Saul vio sangre brillante en su lengua.

-Duele -dijo Richar Haines en voz muy baja.

Saul asintió con la cabeza. Se puso en cuclillas y lo miró, evaluando las heridas por instinto profesional y vieja costumbre. Haines con toda certeza perdería el brazo izquierdo, pero con atención inmediata, mucho plasma, y si se lo transportaba por vía aérea en los próximos veinte o treinta minutos, su vida podría salvarse. Saul pensó en la última vez que había estado con Aaron, Deborah y las gemelas, durante el Yom Kippur. Las niñas se habían dormido en el sofá mientras él y Aaron charlaban.

-Ayúdeme -susurró Haines-. Por favor.

-No, de ninguna manera -dijo Saul y le disparó dos veces en la cabeza.

Natalie subía por la colina con el fusil mientras Saul bajaba por el otro lado. Vio el M-16 en sus manos y los otros cargadores en su bolsillo y enarcó las cejas.

-Muerto -dijo Saul-. Tenemos que darnos prisa.

Habían pasado diecisiete minutos desde que el helicóptero había

aterrizado cuando Natalie puso de nuevo la furgoneta en marcha. -Espera. ¿Has echado un vistazo al agente después del tiroteo? -Sí -respondió Natalie-. Estaba dormido pero bien. -Espera -volvió a pedir Saul.

Saltó de la furgoneta con el M-16 y miró el helicóptero a unos doce metros. Se podían ver dos tanques de gasolina detrás de la burbuja. Puso el selector para un solo tiro y disparó. Hubo un sonido como de una palanca contra una caldera, pero no hubo explosión. Disparó de nuevo. El aire se llenó súbitamente del humo de combustible de aviación. El tercer tiro encendió un fuego que se tragó el motor y resplandeció hacia el cielo.

-Vamos -dijo Saul saltando a la furgoneta.

Botaron cerca del Bronco. Habían llegado a los árboles del lado

sudeste del claro cuando el segundo tanque lanzaba la carlinga de burbuja hacia los árboles e incendiaba el lado izquierdo del Bronco.

Dos coches negros pasaron por la carretera en zigzag a unos doscientos metros detrás de ellos.

-Deprisa -dijo Saul mientras se metían en la furgoneta en la oscuridad del bosque.

-No tenemos muchas posibilidades, ¿verdad? -preguntó Natalie.

-No -admitió Saul-. Tendrán a todos los polis de Orange y Riverside detrás de nosotros. Acordonarán la autopista entre aquí y el otro lado, cerrarán todas las rutas hacia la 1-15 y enviarán helicópteros y vehículos todo terreno al bosque antes de la primera luz.

Cruzaron un riachuelo y la furgoneta rugió sobre la loma a cien kilómetros por hora con una ducha de grava. Natalie hizo deslizar la furgoneta por una curva, dominó perfectamente el volante y dijo:

-¿Ha valido la pena, Saul?

Saul intentaba ajustarse las gafas y la miró: -Sí -dijo-. Ha valido la pena.

Natalie asintió con la cabeza y condujo por una pendiente hacia una extensión de bosque aún más oscuro.

51

Dothan, Alabama, domingo 26 de abril de 1981

El domingo por la mañana, en directo, ante una concurrencia de ocho mil personas y con una audiencia de unos dos millones y medio de telespectadores, el reverendo Jimmy Wayne Sutter recitó un sermón de fuego y azufre tan estremecedor que el público del Palacio del Culto estaba de pie y hablando directamente mientras los que estaban en casa corrían al teléfono a dar sus números de Visa y Master charge a los colaboradores que tomaban nota de sus donaciones. El servicio de culto por televisión duró noventa minutos, de los que setenta y dos consistieron en el sermón del reverendo Sutter. Jimmy Wayne leyó a los fieles extractos de la Carta a los Corintios y después continuó con una extensa exposición en la que imaginó a Pablo escribiendo cartas actualizadas a los corintios en las que les informaba sobre la situación moral y las perspectivas de Estados Unidos. Según el reverendo Jimmy Wayne ponía en la boca de Pablo, el actual clima de Estados Unidos era de ausencia de oración; abuso de la pornografía; progresivo humanismo profano que introducía a la juventud indefensa en los secretos ritos del socialismo pecaminoso, la permisividad, la promiscuidad, la posesión demoníaca representada por los vídeos de rock y por los juegos de Mazmorras y Dragones, y una corrupción general y penetrante manifestada muy visiblemente por el rechazo de los pecadores a aceptar a Cristo como su Salvador personal y a hacer generosas donaciones para todas las causas cristianas urgentes como el Ámbito Bíblico,

1-800-555-6444.

Cuando el coro evangélico cantó su apoteósico coro final las luces rojas se apagaron en las nueve enormes cámaras, el reverendo Jimmy Wayne corrió por los pasillos privados hasta su despacho, acompañado sólo por sus tres guardaespaldas, su contable y su asesor de medios de comunicación. Sutter los dejó a los cinco en su primer despacho y fue quitándose ropa a medida que caminaba por el espacio alfombrado de su sanctasanctórum, dejando una pista de ropas sudadas en el suelo hasta que quedó desnudo junto al bar. Mientras se servía un bourbon, la silla alta de cuero detrás de la mesa giró y un viejo sonrojado de ojos pálidos dijo:

-Un sermón muy estimulante, James. -Sutter se sobresaltó y derramó bourbon sobre su muñeca y su brazo.

-Ostras, Willi, creía que vendrías esta tarde.

-Ja, pero decidí llegar temprano -dijo Willi. Levantó los dedos y sonrió ante la desnudez de Sutter.

-¿Has entrado por el camino privado?

-Claro -dijo Willi-. ¿Preferías que entrara con los turistas y dijera buenos días a los hombres de Barent y Kepler?

Jimmy Wayne Sutter gruñó, acabó su bebida y se dirigió a su cuarto de baño privado para abrir la ducha. Gritó por encima del ruido del chorro de agua:

-Esta mañana he recibido una llamada del hermano Christian sobre ti.

-Oh, ¿de verdad? -dijo Willi, aún sonriendo ligeramente-. ¿Qué quería ese viejo amigo nuestro?

-Sólo quería decirme que habías estado ocupado -gritó Sutter. -Ja? ¿Y cómo?

-Haines -dijo Sutter. Su voz resonó en las paredes de azulejos cuando entró en la ducha.

Willi se dirigió a la puerta del cuarto de baño. Llevaba un traje

blanco de lino con una camisa color lavanda, con el cuello abierto. -Haines, ¿el tío del FBI? -preguntó-. ¿Qué pasa con él? -Como si no lo supieras -dijo Sutter, al tiempo que se frotaba su

enorme estómago y se enjabonaba los genitales. Su cuerpo era muy rosado y sin vello, en cierta manera como una enorme rata recién nacida. -Imagínate que no lo sé y dímelo -dijo Willi. Se quitó la americana y la colgó en una percha.

-Barent siguió la conexión israelí después de la muerte de Trask -empezó a explicar, farfullando mientras ponía la cabeza bajo el agua-. Descubrieron que alguien en la embajada

israelí había hecho pesquisas por ordenador en ficheros de acceso limitado. Pesquizas sobre el hermano C. y el resto de nosotros. Pero esto no es novedad para ti, ¿verdad?

-Sigue -dijo Willi. Se quitó la camisa y la puso en la percha junto a la americana deportiva. Se quitó sus mocasines italianos de trescientos dólares.

-Entonces Barent elimina al entrometido y Haines descubre las conexiones con la costa Oeste donde estuviste jugando a no sé qué juego. Anoche Haines casi coge a tu gente, pero tiene un accidente. Alguien lo atrajo hasta el bosque y lo mató. ¿A quién «usabas»? ¿A Luhar?

-¿No cogieron a los autores? -preguntó Willi. Plegó cuidadosamente sus pantalones sobre la cómoda. Llevaba unos ajustados calzoncillos azules de boxeador.

-No -respondió la voz del reverendo Jimmy Wayne-. Mandaron cerca de un millón de polis a esos bosques, pero aún no los han encontrado. ¿Cómo conseguiste sacarlos de allí?

-Secretos del oficio -dijo Willi-. Dime, James, ¿me creerías si te dijera que no he tenido nada que ver con eso?

Sutter rió.

-¡Claro! Tanto como tú me creerías si te digo que todas nuestras donaciones se destinan a la compra de Biblias.

Willi se quitó su reloj de oro.

-¿Esto tendrá un efecto adverso en nuestros horarios o planes, James?

-No veo por qué -dijo Sutter enjuagando el champú de su pelo largo, plateado-. El hermano Christian estará aún más deseoso de tenerte en la isla, donde puede tratar contigo.

Sutter abrió la puerta corredera y miró a Willi de pie y desnudo. El alemán tenía una terrible erección. La cabeza de su glande estaba casi púrpura.

-No fallaremos, ¿verdad, James? -dijo Willi, entrando en la ducha junto al evangelista.

-No -aseguró Jimmy Wayne Sutter.

-¿Cómo sabemos lo que hay que hacer? -preguntó Willi. Su voz tomó el deje de una letanía.

-El Apocalipsis -dijo Sutter y gimió cuando Willi le acarició suavemente los testículos.

-¿Y cuál es nuestra meta, meiner liebchen? -susurró Willi, acariciando el pene del reverendo.

-El Segundo Advenimiento -gimió Sutter con los ojos cerrados.

-¿Y cumplimos la voluntad de quién? -susurró Willi, besando la cara de Sutter.

-La voluntad de Dios -respondió el reverendo Jimmy Wayne, moviendo aceleradamente la cadera en respuesta al movimiento de la mano de Willi.

-¿Y cuál es nuestro divino instrumento? -inquirió Willi al oído de Sutter.

-ARMAGEDÓN -dijo Sutter en voz alta-. ARMAGEDÓN!

-¡Hágase Su Voluntad! -gritó Willi, bombeando el pene de Sutter con movimientos fuertes, rápidos.

-¡Amén! -gritó Sutter-. ¡Amén!

Abrió la boca a la lengua de Willi precisamente cuando se corría y las flojas cintas blancas de semen se arremolinaron en el suelo de la ducha durante algunos segundos antes de desaparecer para siempre por el tubo de desagüe.

52

Melanie

He tenido pensamientos románticos sobre Willi. Era quizá la influencia de la señorita Sewell, una chica sensual y llena de vitalidad con necesidades claras y la capacidad de disfrutar satisfaciéndolas. De vez en cuando, mientras esos impulsos la distraían de servirme completamente, le concedía algunos minutos de intimidad con Culley. A veces escuchaba esos breves y violentos interludios de la carne desde su punto de vista. Otras veces desde el punto de vista de Culley. Una vez me di el gusto de experimentarlo a través de ambos. Pero era siempre en Willi en quien yo pensaba cuando las mareas de pasión pasaban a mí a través de ellos.

Willi era tan guapo en aquellos días alciónicos antes de la guerra, la segunda guerra. Su cara fina, aristocrática, y su pelo rubio pálido proclamaban su herencia aria a la vista de todos. A Nina y a mí nos gustaba ser vistas en su compañía y creo que él se enorgullecía de pasear junto a aquellas dos atractivas y divertidas americanas: la rubia imponente con los ojos azules de aciano y la joven beldad más tímida, más callada, pero en cierta manera seductora, con rizos marrones y largas pestañas.

Recuerdo un paseo en Bad Ischl antes de que empezaran los malos tiempos. Willi contó un chiste y cuando yo reí cogió mi mano en la suya. El efecto fue inmediato y eléctrico. Mi risa cesó al instante. Nos inclinamos más uno hacia el otro, con sus bellos ojos tan conscientes de mí, nuestras caras tan próximas que reflejaban mutuamente el calor. Pero no nos besamos. No entonces. La abnegación era en aquellos tiempos parte de la danza de cortejo, una especie de ayuno antes del banquete, para abrir el apetito. Los jóvenes glotones de hoy no saben nada de estas sutilezas y del dominio de uno mismo; para ellos cualquier apetito es satisfecho inmediatamente. No me sorprende que todos los placeres tengan para ellos el gusto soso del champán abierto hace mucho, todas las conquistas el hueco de la decepción.

Ahora pienso que Willi se habría enamorado de mí ese verano si no hubiera sido por la burda seducción de Nina. Después de aquel terrible día en Bad Ischl me negué durante más de un año a jugar nuestro «juego» de Viena, incluso rechacé encontrarme con ellos en Europa el año siguiente, y cuando reanudamos las relaciones sociales, fue de una manera más formal. Comprendo ahora que la breve aventura de Willi con Nina había acabado hacía mucho. La llama de Nina ardió con brillo pero brevemente.

Durante nuestros últimos veranos en Viena, Willi estaba consumido por su obsesión por su partido y por su Führer. Recuerdo que llevaba su camisa marrón y aquel feo brazalete en el estreno de Das Lied von der Erde, cuando Bruno Walter la dirigió en 1934. Era aquel verano terriblemente caluroso que pasamos con Willy en una casa vieja y triste que él había alquilado en el Hohe Warte, cerca de donde vivía esa presumida Alma Mahler. Esa mujer pretenciosa nunca nos invitó a ninguna de sus fiestas y nosotros correspondimos su amabilidad. Más de una vez estuve tentada de concentrar mi atención en ella durante el «juego», pero entonces «jugábamos» muy poco a causa de las estúpidas preocupaciones políticas de Willi.

Ahora, mientras me recupero en la cama de mi casa de Charleston, a menudo recordaba esos días y mis pensamientos sobre Willi y me preguntaba cómo podrían haber sido las cosas si, con un ligero suspiro o con una mirada, le hubiera animado antes y le hubiera ayudado a evitar las insinuaciones destructivas de Nina.

Quizás esos pensamientos eran preparativos subconscientes de los acontecimientos que vendrían pronto. Durante mi enfermedad, el tiempo había empezado a significar cada vez menos para mí, y así quizás en este momento yo podía avanzar por el pasillo de los acontecimientos igual que retrocedía. Es difícil saberlo.

Durante el mes de mayo me había acostumbrado tanto a las atenciones del doctor Hartman y la enfermera Oldsmith, a la terapia suave de la señorita Sewell, a los servicios de Howard y Nancy y Culley y el chico negro, y al cuidado constante y tierno del pequeño Justin, que podría haberme quedado en ese status confortable durante más meses o años si alguien no hubiese venido a llamar a la puerta de hierro una calurosa tarde de primavera.

Era el mensajero que yo ya había encontrado antes. Se llamaba Natalie.

Nina la había enviado.

53

Charleston, lunes 4 de mayo de 1981

Más tarde, Natalie lo recordaría como un largo sueño.

Empezó con el milagro de la furgoneta.

Habían conducido toda la noche a través de la oscuridad del Bosque Nacional de Cleveland, por el camino forestal que abandonaban cuando veían luces delante desde una loma; seguían entonces hacia el sur por caminos poco mejores que veredas. Después las veredas habían terminado y sólo la abertura de aquella extensión de valle con árboles les permitió seguir adelante, primero siguiendo el curso de un riachuelo seco durante seis kilómetros, con la furgoneta rebotando y sonando con estrépito, con sólo las luces de posición para iluminar el camino, después subiendo y cruzando otra loma baja, chocando con troncos y rocas ocultos en la hierba. Las horas pasaban. Aquello ocurrió inevitablemente. En ese momento conducía Saul y Natalie estaba medio dormida a pesar de los violentos botes. La última roca oculta estaba a medio camino de una escarpada pendiente por la que la furgoneta subía en segunda. El eje delantero rebotó sobre la roca, pero ésta rasgó el carter, rompió parte del árbol de transmisión y los dejó balanceándose en lo que quedaba del eje trasero.

Saul se metió bajo el vehículo con una linterna y volvió treinta segundos después.

-Imposible arreglarlo -dijo-. Caminaremos.

Natalie estaba demasiado cansada para llorar, demasiado cansada incluso para tener ganas de llorar.

-¿Qué nos llevaremos? -preguntó.

Saul iluminó con la linterna el interior.

-El dinero -dijo-. En la mochila. El mapa. Algo de comida. Las pistolas, creo. -Miró los dos fusiles-. ¿Hay alguna razón para cogerlos?

-¿Vamos a disparar sobre policías inocentes? -preguntó Natalie. -No.

-Entonces dejemos también las pistolas. -Ella miró la noche estrellada que los envolvía y la loma negra de la colina y los árboles arriba-. ¿Sabes dónde estamos, Saul?

-Nos dirigíamos hacia Murrietta -dijo él-, pero hemos hecho tantos zigzags que ya no tengo la mínima idea. -¿Podrán seguirnos?

-No en la oscuridad -contestó Saul. Miró el reloj. Eran las cuatro-. Cuando haya luz encontrarán la pista que dejamos. Buscarán primero las carreteras forestales. Tarde o temprano un avión localizará la furgoneta.

-¿Vale la pena camuflarla?

Saul miró la colina. Había unos cien metros hasta los árboles más cercanos. Llevaría el resto de la noche cortar troncos de pino suficientes para cubrir la furgoneta.

-No -dijo-, tenemos que llevarnos lo que necesitamos y largarnos de aquí cuanto antes.

Veinte minutos más tarde jadeaban al subir por la colina, Natalie con la mochila y Saul con la pesada maleta llena de dinero y los expedientes que no había querido abandonar. Cuando llegaron a los árboles, ella dijo:

-Espera un minuto.

-¿Por qué?

-Porque tengo que ir al cuarto de baño.

Hurgó en la mochila buscando kleenex, cogió la linterna y se ocultó entre los árboles.

Saul suspiró y se sentó sobre la maleta. Descubrió que, si cerraba los ojos unos segundos, empezaba a dormir, y cada vez que se dormía la misma imagen flotaba en su mente: Richard Haines con su cara pálida y sus ojos sorprendidos, la boca moviéndose y el sonido llegando más tarde como en una película mal doblada. «Ayúdeme. Por favor.»

-¡Saul!

Se despertó, sacó la automática Colt que había traído consigo y corrió hacia la pantalla de árboles. Natalie estaba a unos nueve metros, jugando con la linterna sobre un Toyota todo terreno, rojo, brillante, fabricado para parecer un Land Rover británico.

-¿Estoy soñando? -preguntó ella.

-Si lo estás, tenemos ambos el mismo sueño -dijo él. El coche era tan nuevo que parecía pertenecer a una sala de exposición. Saul enfocó con su linterna el suelo. No había carretera ni camino alguno,

pero podía ver por dónde había venido el vehículo hasta allí. Probó las puertas laterales y la trasera: todo cerrado.

-Mira -dijo Natalie-, hay algo bajo el árbol de levas. -Cogió un trozo de papel y lo puso bajo la linterna-. Es un mensaje: «Queridos Alan y Suzanne: Ningún problema para llegar. Bajando seis kilómetros de Little Margarita. Traed la cerveza. Hasta luego, Heather y Carl.» -Apoyó la linterna contra la ventana trasera. Había una caja de cerveza Coors en la parte de atrás-. ¡Magnífico! -dijo-. ¿Hacemos un puente y nos largamos?

-¿Sabes hacer un puente en un coche? -preguntó Saul sentándose de nuevo sobre la maleta.

-No, pero parece siempre tan simple en televisión.

-Todo es simple en televisión -suspiró Saul-. Antes de tocar el sistema de ignición, que es probablemente electrónico y que no sabré controlar, pensemos un poco. ¿Cómo podrán Alan y Suzanne llevar la cerveza? Las puertas están cerradas.

-¿Otras llaves? -preguntó Natalie.

-Quizá -dijo Saul-, o quizás un escondite donde dejarlas.

Estaban en el segundo lugar donde Natalie miró: el tubo de escape. El llavero era tan nuevo como el coche y tenía el nombre del agente Toyota de San Diego.

Cuando abrieron la puerta, el olor de coche nuevo trajo lágrimas a los ojos de Natalie.

-Voy a ver si puedo llevarlo hasta abajo -dijo Saul.

-¿Por qué?

-Voy a transferir las cosas que necesitamos, el C-4 y los detonadores, el equipo de encefalógrafo.

-¿Piensas que lo necesitarás de nuevo?

-Lo necesito para el análisis -dijo Saul. Le abrió la puerta, pero ella retrocedió-. ¿Hay algo?

-No. Recógeme cuando vuelvas.

-¿Has olvidado algo? -preguntó Saul.

Natalie se retorció.

-Sí. Ir al cuarto de baño.

Encontraron una barrera. El Toyota rodó sin problemas incluso en terreno abierto con tracción en las cuatro ruedas y dos kilómetros después encontraron una serie de rodadas que se transformaron en un camino forestal que les condujo hasta una carretera local de grava. Algún tiempo antes del alba se dieron cuenta de que hacía rato que avanzaban paralelos a una cerca alta de alambre y Natalie le dijo a Saul que se detuviera mientras ella miraba un letrero colocado en el alambre.

«Propiedad del Gobierno de Estados Unidos. ¡Prohibido el paso! Orden del comandante, Campo Pendleton, USMC.»

-Estábamos más perdidos de lo que nos imaginábamos -dijo Saul.

-Amén -dijo Natalie-. ¿Quieres otra cerveza? -Aún no -contestó Saul.

Encontraron la barrera en la carretera de asfalto poco antes de un pequeño pueblo de Fallbrook. En cuanto llegaron a la carretera pavimentada, Natalie se acurrucó en el espacio entre los asientos y la parte de atrás, tapándose con una manta de la marina e intentando acomodarse sobre la protuberancia de la transmisión.

-No será por mucho rato -dijo Saul, arreglando la ropa y la caja de cervezas para disimular la presencia de Natalie-. Buscan a una joven negra y a un cómplice masculino no identificado en una furgoneta oscura. Espero que un tío solo en su Toyota nuevo pueda despistarlos. ¿Qué te parece?

Un ronquido de Natalie le contestó.

La despertó cinco minutos después cuando avistó la barrera de la policía. Un único coche patrulla se atravesaba en la carretera con dos policías soñolientos que, de pie detrás del vehículo, tomaban café de un termo de metal. Saul colocó el Toyota en la vía estrecha y se detuvo.

Uno de los policías permaneció en su sitio y el otro pasó el vaso a la mano izquierda y se dirigió lentamente hacia el coche. -Buenos días.

Saul saludó con la cabeza.

-Buenos días. ¿Qué sucede?

El agente se inclinó para mirar por la ventanilla. Miró hacia el material de la parte trasera de atrás.

-¿Viene del Bosque Nacional?

-Sí -dijo Saul. La tendencia del culpable, lo sabía, era parlotear, dar abundantes explicaciones para cada cosa. Cuando Saul había trabajado con el NYPD como asesor en los asesinatos del hijo de Sam, el teniente de la policía experto en interrogatorios le había dicho que siempre cogía a los culpables listos porque eran demasiado rápidos con sus historias fluidas, plausibles. Las personas inocentes tenían la tendencia a la incoherencia culpable, le había explicado el teniente.

-¿Sólo una noche por allá? -preguntó el policía retrocediendo un poco para mirar el espacio donde Natalie estaba oculta bajo la manta, la mochila y un paquete de latas de cerveza.

-Dos -dijo Saul. Miró al otro policía que se movía detrás del compañero-. ¿Qué pasa?

-¿Camping? -preguntó el primero. Bebió un poco de café.

-Sí -admitió Saul-, y probando el nuevo todo terreno.

-Es cojonudo -dijo el policía-. ¿Nuevo?

Saul asintió con la cabeza.

-¿Dónde lo compró?

Saul le dio el nombre de la agencia que figuraba en el llavero.

-¿Dónde vive usted? -preguntó el policía.

Saul vaciló un segundo. El pasaporte falso y el carné de conducir que Jack Cohen le había hecho daban una dirección de Nueva York.

-San Diego -dijo Saul-. Me mudé hace un par de meses.

-¿En qué parte de San Diego?

El agente parloteaba con amabilidad, pero Saul se dio cuenta de que su mano derecha se mantenía en la empuñadura de madera de la pistola y que la cinta de cuero había sido desabrochada.

Saul había estado en San Diego una sola vez, hacía seis días, cuando Jack Cohen les había conducido por la autopista. Su tensión y cansancio del viaje eran tan grandes que todos los sonidos y vistas le habían causado una gran impresión esa noche. Podía recordar por lo menos tres letreros de salida.

-Sherwood Estates -dijo-. 1990 Spruce Drive, cerca de la carretera de Linda Vista.

-Ah, sí -dijo el policía-. Mi cuñado tenía su dentista en Linda Vista. ¿Vive usted cerca de la universidad?

-No muy cerca -le contradijo Saul-. Supongo que usted no me dirá qué pasa.

El patrullero miró hacia la parte trasera del Toyota como si intentara descubrir qué había en las cajas.

-Un problema cualquiera cerca del lago Elsinore -dijo-. ¿Dónde ha dicho que acampó?

-No lo he dicho -respondió Saul-, pero he estado en Little Margarita. Y si no llego a casa pronto, mi mujer se perderá la misa y tendré serios problemas.

El policía asintió con la cabeza.

-¿Por casualidad no vio por allá una furgoneta azul o negra?

-No.

-Ya lo suponía. No hay ninguna carretera de enlace entre aquí y la zona del lago Coot. ¿Y gente a pie? ¿Una mujer negra? De unos veinte años. ¿Y un tío mayor, quizás un palestino?

-¿Palestino? -preguntó Saul-. No. Sólo encontré una pareja joven, blanca; se llamaban Heather y Carl. Están por allá de luna de miel. Intenté no acercarme mucho. ¿Ha habido algún atentado de terroristas de Oriente Medio por aquí?

-Quizá -dijo el agente-. Buscamos a una chica negra y a un palestino con un auténtico arsenal. Pero su acento, señor...

-Grotzman -dijo Saul-. Sol Grotzman. -¿Húngaro?

-Polaco -contestó Saul-. Pero soy ciudadano norteamericano desde la guerra.

-Sí, señor. ¿Esos números quieren decir lo que pienso que quieren decir?

Saul miró hacia donde su brazo se apoyaba en la ventanilla, con la manga arremangada.

-Es un tatuaje de un campo de concentración nazi -dijo.

El agente asintió con la cabeza lentamente.

-Nunca había visto uno, señor Grotzman. Siento mucho haberlo

entretenido, pero tengo que hacerle otra pregunta importante. -¿Sí?

El policía retrocedió, puso de nuevo la mano en el revólver y miró a la parte trasera del Toyota.

-¿Qué tal va una persona en la parte de atrás de uno de estos trastos japoneses?

Saul rió.

-De acuerdo con mi mujer, mal. La sacude demasiado. Meneó la cabeza en señal de saludo y siguió su camino.

Cruzaron San Diego, siguieron hacia el este por la 1-8, hacia Yuma, donde aparcaron el Toyota en un callejón y almorzaron en un gran McDonalds.

-Es hora de encontrar otro coche -dijo Saul mientras se bebía su batido de leche. A veces se preguntaba qué diría su abuela si le viera.

-¿Tan pronto? -dijo Natalie-. ¿Es con ése con el que aprenderemos a hacer puentes?

-Puedes hacerlo si quieres -dijo Saul-. Pero yo pensaba en una manera más fácil. -Meneó la cabeza hacia una agencia de coches usados al otro lado de la calle-. Podemos gastar parte de los treinta mil dólares que pesan en mi maleta.

-Muy bien -dijo Natalie-, pero que tenga aire acondicionado. Tenemos que cruzar mucho desierto durante los dos próximos días.

Salieron de Yuma en una furgoneta Chevrolet de tres años de antigüedad con aire acondicionado, dirección asistida, servofrenos y ventanas automáticas. Saul desconcertó al vendedor dos veces: primero cuando preguntó si tenía ceniceros automáticos y después cuando pagó el precio fijado por el vendedor sin regatear. Fue una buena cosa

que no hubieran perdido tiempo regateando. Cuando volvieron al callejón donde habían dejado el Toyota, un grupo de adolescentes de piel morena estaban entretenidos rompiendo la ventana lateral con una piedra. Huyeron riendo y haciendo gestos obscenos hacia Saul y Natalie.

-Eso sí sería divertido -dijo Saul-. Me pregunto qué harían ellos con el explosivo plástico y la M-16.

Natalie le miró.

-No me dijiste que traías la M-16.

Saul se ajustó las gafas y miró alrededor.

-Necesitamos un poco más de ventaja que lo que este barrio nos da. Sígueme.

Fueron hasta el centro comercial más cercano, donde Saul transfirió todo el material y dejó las llaves en el coche con las ventanas bajadas.

-No quiero que lo destrocen -explicó-, que se limiten a robarlo.

Después del primer día viajaron de noche, y Natalie, que siempre había deseado conocer el sudoeste de Estados Unidos, sólo conservó las imágenes de estrellas brillantes sobre la monotonía de las autopistas, increíbles salidas de sol en el desierto con pinceladas de rosa y

naranja e índigo que invadían un mundo gris y el ruido sordo y el latir del aire acondicionado en las pequeñas habitaciones de motel que olían a humo viejo de puro y a desinfectante.

Saul se concentró más, permitiendo que Natalie condujera la mayor parte del tiempo, deteniéndose más pronto cada mañana para poder pasar tiempo con sus carpetas y máquinas. Cuando llegaron al este de Tejas, Saul pasó la noche en la parte trasera de la furgoneta, sentado con las piernas cruzadas delante del monitor del ordenador y el encefalógrafo conectado a la batería que había comprado en Fort Worth. Natalie ni siquiera podía encender la radio para no molestarlo.

-El ritmo theta es la clave -decía él las pocas veces que le habló de eso-. Es la señal perfecta, el indicador infalible. No lo puedo generar, pero puedo reproducirlo por reelaboración y así conozco las indicaciones. Me preparo para reaccionar al ataque inicial de alfa. Puedo entrenar mi propio mecanismo de acción para las sugestiones poshipnóticas.

-¿Es una manera de contrarrestar los... poderes de ellos? -preguntó Natalie.

Saul se ajustó las gafas y frunció el ceño.

-No, no exactamente. Dudo que haya alguna manera de contrarrestar efectivamente esa aptitud si no la posees tú mismo. Sería interesante probar una serie de individuos de una forma controlada...

-Entonces, ¿de qué sirve? -gritó Natalie, exasperada.

-Da una posibilidad..., una posibilidad -dijo Saul- de crear una especie de sistema de alarma en la corteza cerebral. Cuando el debido condicionamiento funciona, creo que puedo utilizar el fenómeno del ritmo theta para disparar las sugestiones poshipnóticas y recordar los datos que he memorizado.

-¿Datos? -dijo Natalie-. ¿Quieres decir todas aquellas horas en Yad Vashem y en la Casa de los Combatientes del Gueto...?

-El Lohame HeGet'ot -dijo Saul-. Sí. Leyendo las carpetas que Wiesenthal te dio, memorizando las fotos y biografías y cintas mientras me autoinducía un recuerdo en un trance leve.

-Pero ¿para qué sirve compartir el dolor de todas esas otras personas si no es una defensa contra esos vampiros de la mente?

-Imagina un proyector circular de diapositivas -dijo Saul-. El oberst y los otros tienen la aptitud para hacer avanzar ese proyector circular a su gusto e insertar sus propias diapositivas, introducir su propia voluntad organizadora y su super-ego en ese montón de recuerdos, temores y predilecciones al que llamamos personalidad. Yo sólo intento insertar más diapositivas en el círculo.

-Pero ¿no sabes si funcionará?

-No.

-¿Y no crees que funcionaría conmigo? Saul se quitó las gafas y se frotó la nariz.

-Algo comparable podría ser posible contigo, Natalie, pero tendría que ser adecuado especialmente a tu propio pasado, experiencias traumáticas y caminos empáticos. No puedo crear las sesiones de inducción hipnótica que produzcan las necesarias..., ah..., diapositivas.

-Pero si esto funciona contigo, entonces lo lógico es que no funcione con cualquiera de los vampiros de la mente, sino sólo con tu oberst.

-Creo que así será. Sólo él compartiría el pasado común necesario para dar vida a las personas que estoy creando..., intentando crear en esas sesiones de empatía.

-Pero ¿no podrá detenerlo definitivamente? ¿Sólo confundirlo durante algunos segundos si realmente todos estos meses de trabajo y cacharros encefalográficos dan resultado?

-Exacto.

Natalie meneó la cabeza, miró los conos gemelos de los faros iluminando la infinita cinta de asfalto delante de ellos.

-Entonces, ¿cómo puede eso valer todo tu tiempo?

Saul abrió la carpeta de una muchacha que había estado estudiando,

su cara blanca, sus ojos asustados, con abrigo oscuro y pañuelo. En la parte superior izquierda de la foto se podían ver los pantalones negros y las botas altas de un hombre de la Waffen SS. La muchacha se giró hacia la cámara con suficiente rapidez para que su cara fuese

más que una mancha. En el brazo derecho llevaba una pequeña maleta y con el izquierdo apretaba contra el pecho una muñeca vieja, hecha en casa. Media página de alemán mecanografiado en papel de carta de Simon Wiesenthal era todo lo que acompañaba a la foto.

-Aunque falle, habrá valido la pena usar mi tiempo en ello -dijo Saul-. Los poderosos tuvieron la atención del mundo incluso cuando su poder era puro mal. Las víctimas continúan como masas anónimas. Tumbas en masa. Estos monstruos fertilizaron nuestro siglo sembrando los campos de tumbas y es hora de que las personas sin poder tengan nombre y rostro... y voz. -Saul apagó la linterna y se recostó-. Lo siento, quizá mi obsesión esté obnubilando mi razonamiento.

-Estoy empezando a comprender las obsesiones -dijo Natalie.

Saul la miró a la luz suave del salpicadero.

-¿Y aún quieres seguir adelante con la tuya?

Natalie soltó una risa nerviosa.

-No veo otra salida. Pero cuanto más nos acercamos, más asustada me siento.

-No tenemos que acercarnos más -dijo Saul-. Podemos ir hasta el aeropuerto de Shreveport y volar hacia Israel o América del Sur.

-No, no podemos -respondió Natalie.

Después de un minuto de silencio Saul dijo:

-No, tienes razón.

Cambiaron sus puestos y Saul condujo durante varias horas. Ella soñó con los ojos de Rob Gentry y su mirada de sorpresa e incredulidad cuando la hoja le cortó la garganta. Soñó que su padre la llamaba a St. Louis y le decía que todo era un equívoco, que todos estaban bien, que incluso su madre estaba en casa con buena salud, pero cuando llegaba a casa todo estaba oscuro y los cuartos estaban llenos de telarañas pegajosas y la pila estaba llena de un líquido oscuro congelado. Natalie, de súbito de nuevo una niña, corría llorando hacia la habitación de sus padres. Pero su padre no estaba allí, y su madre, cuando se levantó de sus sábanas llenas de telarañas, no era su madre. Era un cadáver que se desmoronaba con una cara que era poco más que un cráneo cubierto de carne con los ojos de Melanie Fuller. Y el cadáver reía.

Natalie se despertó con una sacudida y el corazón latiendo con furia. Rodaban por la autopista. Parecía que había luz fuera.

-¿Ya amanece? -preguntó.

-No -dijo Saul. Su voz sonaba muy cansada-. Aún no.

Camino del Viejo Sur, las ciudades eran constelaciones de suburbios a lo largo de las carreteras de circunvalación: Jackson, Meridian, Birmingham, Atlanta. Dejaron la autopista interestatal en Augusta y tomaron la autopista 78, cruzando el tercio sur de Carolina del Sur. Incluso de noche el paisaje se volvió familiar para Natalie: St. George, donde había estado en un campamento de verano cuando tenía nueve años, aquel verano sin fin y solitario después de la muerte de su madre; Dorchester, donde la hermana de su padre vivía antes de morirse de cáncer en 1976; Summerville, donde iba en coche los domingos por la tarde a sacar fotos de algunas de las viejas casas; Charleston.

Charleston.

Llegaron a la ciudad la cuarta noche de viaje, poco antes de las cuatro de la mañana, en aquella hora silenciosa de la noche en la que la mente parece alicaída. A Natalie los escenarios familiares de su infancia se le aparecían inclinados y distorsionados, los alrededores pobres, limpios, de St. Andrews en cierta manera tan inconsistentes como imágenes mal proyectadas sobre una pantalla mate. Su casa estaba oscura. No había letrero de «EN VENTA», ningún coche extraño en el camino de entrada. Natalie no tenía la mínima idea de quién se había encargado de la propiedad después de su repentina desaparición. Miró aquella casa extraña y familiar a un tiempo, con su pequeño porche donde, seis meses antes, ella, Saul y Rob se habían sentado a discutir el ridículo mito de los vampiros de la mente mientras tomaban una limonada. No sentía deseos de entrar. Se preguntó quién se había quedado las fotos -la Minor White, la Cunningham y la Milito y las de su padre- y se sintió sorprendida al sentir lágrimas en los ojos. Siguió adelante sin aminorar la marcha.

-No tenemos que ir esta noche al casco antiguo -dijo Saul. -Sí, tenemos -dijo Natalie, y se dirigió hacia el este, a través del puente, hacia la ciudad vieja.

En la casa de Melanie Fuller había sólo una luz. En lo que había sido su habitación, en el segundo piso. No era una luz eléctrica, ni siquiera el brillo suave de una vela, sino un pulso enfermizo de verde pálido, como la fosforescencia corrompida de madera pudriéndose en la oscuridad de un pantano.

Natalie agarró el volante con fuerza para dejar de temblar.

-Han sustituido la cerca por esta pared alta con puerta doble -dijo Saul-. Es una fortaleza.

Natalie observó el pálido latir verde entre las persianas.

-No sabemos con certeza si es ella -dijo Saul-. La información de Jack era circunstancial y tiene algunas semanas.

-Es ella -aseguró Natalie.

-Vamos -dijo Saul-. Estamos cansados. Hoy arreglaremos una manera de dormir y mañana ya encontraremos un lugar donde dejar nuestro material sin riesgo de que nos molesten.

Natalie paró el motor y se alejó lentamente por la calle oscura.

Encontraron un hotel barato al norte de la ciudad y durmieron como muertos durante siete horas. Natalie se despertó a mediodía, sintiéndose desorientada y vulnerable, huyendo de sueños complejos y urgentes en los que había manos que querían cogerla a través de los cristales rotos de una ventana.

Ambos estaban cansados e irritables, apenas hablaban, compraron pollo y comieron en un parque de Charleston Norte, cerca del río. El día era caluroso, con más de treinta grados, y la luz solar era tan intensa como las luces de una sala de operaciones.

-Supongo que no deberías salir durante el día -dijo Saul-. Alguien podría reconocerte.

Natalie se encogió de hombros.

-Ellos son los vampiros y nosotros acabaremos por vivir de noche -dijo ella-. No me parece justo.

Saul entrecerró los ojos por la intensidad de luz y miró el agua. -He pensado mucho sobre aquel policía y el piloto. -¿Qué pasa con ellos?

-Si yo no hubiera obligado al policía a llamar a Haines, el piloto aún estaría vivo -dijo Saul.

Natalie sorbió su café. -También Haines.

-Sí, pero en ese momento pensé que si tuviera que sacrificar al piloto y al policía, lo haría. Sólo a causa de un hombre.

-Ese hombre mató a tu familia -dijo Natalie-. Intentó matarte. Saul meneó la cabeza.

-Pero ellos no eran combatientes -dijo él-. ¿No ves adónde conduce esto? Durante veinticinco años he despreciado a los terroristas palestinos con sus kefiyas a cuadros que mataban ciegamente a inocentes porque eran demasiado débiles para levantarse y luchar abiertamente. Ahora adoptamos las mismas tácticas porque somos demasiado débiles para enfrentarnos a esos monstruos.

-Tonterías -protestó Natalie. Observó a una familia de cinco personas que merendaban cerca del agua. La madre le decía al chico que se apartara del borde del río-. No estás dinamitando aviones ni disparando contra autobuses escolares -dijo Natalie-. No matamos a ese piloto, lo hizo Haines.

-Pero fue por nuestra culpa -dijo Saul-. Piensa un minuto, Natalie. Imagina que todos ellos, Barent, Harod, Melanie Fuller, el oberst, todos ellos, van a bordo del mismo avión juntos con otros cien pasajeros. ¿Te atreverías a volar el avión con una bomba?

-No -dijo Natalie.

-Piénsalo -dijo Saul-. Estos monstruos han sido responsables de centenares, de miles de muertes. La muerte de otros cien inocentes supone acabar con todo esto. Para siempre. ¿No valdría la pena?

-No -dijo Natalie, rotunda-. Nuestra misión no debe funcionar así.

Saul asintió con la cabeza.

-Tienes razón, no debe funcionar así. Si pensáramos de esta manera, seríamos como ellos. Pero sacrificando la vida del piloto, hemos empezado a caminar por esta ruta.

Natalie se puso de pie, furiosa.

-¿Adónde quieres ir a parar, Saul? Ya hablamos de esto en Tel Aviv, Jerusalén y Caesarea. Conocíamos los riesgos. Mira, mi padre era inocente. Como Rob y Aaron y Deborah y las gemelas y Jack y... -Se calló, cruzó los brazos y miró el agua-. ¿Adónde quieres ir a parar?

Saul se enderezó.

-He decidido que tú no participarás en la siguiente parte del plan.

Natalie se volvió y le miró.

-¡Estás loco! ¡Es nuestra única posibilidad!

-Tonterías -dijo Saul-. Simplemente aún no tenemos una buena táctica. La tendremos. Pero vamos con demasiada prisa.

-¿Demasiada prisa? -gritó Natalie. La familia cerca del agua se volvió para mirarla. Ella bajó la voz, pero habló en un murmullo urgente-. ¿Demasiada prisa? Tenemos al FBI y a la mitad de los polis del país buscándonos. Sabemos que todos esos hijoputas estarán reunidos dentro de poco. Cada día se vuelven más fuertes y más cautelosos, y nosotros nos volvemos más débiles y más asustadizos. Estamos solos y yo estoy tan asustada que dentro de una semana más dejaré de funcionar... ¡Y tú dices que nos movemos con demasiada prisa!

Cuando terminó, Natalie gritaba de nuevo.

-Muy bien -dijo él-, pero he decidido que no tienes que ser tú.

-¿Qué dices? Claro que tengo que ser yo. Lo decidimos en la granja de David.

-Estábamos equivocados -dijo Saul.

-¡Ella me recordará!

-¿Y qué? La convenceremos de que fue enviado un segundo emisario.

-Tú, ¿verdad?

-Tiene sentido -dijo Saul.

-No, no lo tiene -respondió Natalie-. ¿Y todos esos montones de hechos, números, fechas, muertes y lugares que he estado memorizando desde el Día de los Enamorados?

-No son muy importantes -dijo Saul-. Si ella está loca como sospechamos, la lógica no quiere decir gran cosa. Si es fríamente racional, nuestros datos son escasos, nuestra historia es demasiado frágil.

-Oh, magnífico, ¡maldita sea! -dijo Natalie-. He estado enalteciendo mi coraje durante cinco meses para poder hacer esto y ahora me dices que no es necesario y que de todas formas no daría resultado.

-No digo eso -gritó Saul-. Sólo digo que deberíamos considerar otras alternativas y que no creo que seas la persona adecuada para hacerlo.

Natalie suspiró.

-Muy bien. ¿Qué dices si no volvemos a hablar de ello hasta mañana? Estamos cansados del viaje. Necesito una buena noche de descanso.

-De acuerdo -aceptó Saul. Le cogió el brazo y lo apretó levemente cuando se dirigían al coche.

Decidieron pagar dos semanas de alquiler de la cabaña con habitaciones anexas en el motel. Saul instaló su equipo y trabajó hasta las nueve, momento en que Natalie le hizo parar para comer.

-¿Va bien? -preguntó ella.

Saul meneó la cabeza.

-No es fácil. Estoy convencido de que las cosas que he entregado a la memoria están preparadas para ser recuperadas por sugestión poshipnótica, pero no he conseguido desencadenar el mecanismo de disparo. El ritmo theta es imposible de imitar y no he podido estimular la carga alfa.

-Entonces todo tu trabajo no ha servido para nada.

-Hasta ahora, no -concordó Saul.

-¿No vas a dormir? -preguntó ella.

-Más tarde -contestó Saul-. Voy a trabajar en esto algunas horas más.

-Muy bien -suspiró Natalie-. Haré café antes de volver a mi habitación.

-Magnífico.

Natalie fue hacia la pequeña cocina, hirvió agua en un hornillo, puso una cucharada extra de café en cada taza para hacerlo más fuerte y mezcló cuidadosamente la cantidad exacta de fentiazine que Saul le había indicado en California por si había que calmar a Tony Harod.

Saul hizo una pequeña mueca cuando lo probó.

-¿Qué pasa? -preguntó Natalie, sorbiendo de su taza.

-Bueno y fuerte -dijo Saul-. Exactamente como me gusta. Debes irte a la cama. Con esto es probable que me quede despierto hasta

tarde.

-Muy bien -dijo Natalie. Le besó la frente y cruzó la puerta hacia la habitación contigua.

Treinta minutos después volvió sin hacer ruido, con una falda larga, una blusa oscura y un jersey delgado. Saul dormía en la silla verde de vinilo, el ordenador y el encefalógrafo aún funcionaban y tenía un montón de carpetas en el regazo. Natalie apagó el equipo, colocó las carpetas sobre la mesa con una breve nota, le sacó las gafas a Saul y le tapó con una manta. Le tocó suavemente el hombro antes de marcharse.

Natalie se aseguró de que no quedaba nada valioso en la furgoneta. Habían colocado el C-4 en el armario de su habitación, los detonadores en el de la de Saul. Recordó la llave del motel y la dejó en su habitación. No se llevó consigo ni el bolso ni el pasaporte, nada que pudiera dar informaciones comprometedoras.

Natalie condujo cuidadosamente hasta el casco antiguo, obedeciendo los semáforos y límites de velocidad. Aparcó la furgoneta cerca del restaurante Henry's, exactamente donde le había dicho a Saul en la nota que estaría y caminó las pocas manzanas que la separaban de la casa de Melanie Fuller. La noche estaba oscura y húmeda, el pesado follaje parecía juntarse por encima de su cabeza para tapar las estrellas y absorber el oxígeno.

Cuando llegó a la casa Fuller, Natalie no vaciló. El alto portal estaba cerrado, pero tenía una aldaba ornamental. Natalie golpeó metal contra metal y esperó en la oscuridad.

No había luces en ninguna de las dos casas, excepto el centelleo verdusco en la habitación de Melanie Fuller. No se encendieron luces, pero un minuto después dos hombres se acercaron en la oscuridad. El más alto arrastraba los pies, era una montaña de carne sin pelo, de ojos pequeños, mirada estática y cráneo microcéfalo de retrasado mental.

-¿Qué quiere? -murmuró el gigantón, pronunciando cada palabra como si hubiera sido formada por un sintetizador de voz estropeado.

-Deseo hablar con Melanie -dijo Natalie en voz alta-. Dígale que está aquí Nina.

Ninguno de ellos se movió durante un minuto. Los insectos hacían ruido entre la vegetación y un pájaro nocturno salió de debajo de un alto palmito cerca de la ventana del segundo piso de la vieja casa. A algunas manzanas de distancia una sirena aulló una sola nota sostenida

de dolor y cesó repentinamente. Natalie se concentró en mantenerse de pie sobre sus piernas, que le temblaban de miedo.

Finalmente el gigantón habló:

-Entre.

Abrió la puerta girando la llave, empujó a Natalie hacia el patio y cerró el portal detrás de ella.

Alguien abrió la puerta principal desde dentro. Natalie sólo vio oscuridad. Entró caminando apresuradamente entre los dos hombres. El gigante aún la agarraba del brazo derecho.

54

Melanie

Ella dijo que la enviaba Nina.

Durante un minuto me sentí tan asustada que me refugié en mí misma, intenté arrastrarme fuera de mi cama, agitando el brazo y la pierna derechos, arrastrando el lado muerto de mi cuerpo como un montón de carne sobrante. Los tubos se separaron de mis brazos, los pies cayeron. Durante un segundo perdí el control de todos ellos -Howard, Nancy, Culley, el médico y las enfermeras, el chico negro que aún estaba en la oscuridad del patio lateral con el cuchillo-, después me relajé, dejé que mi cuerpo se deslizara hacia su acurrucada inmovilidad y volví a recuperar el control.

Mi primer pensamiento fue dejar que Culley, Howard y el chico de color la eliminaran en el patio. Podían utilizar agua de la fuente para lavar las posibles manchas en los adoquines del patio. Howard la llevaría al garaje, envolvería los restos en una cortina de ducha para conservar limpio el interior del Cadillac del doctor Hartman y Culley bajaría por el callejón y la dejaría en el vertedero en cinco minutos.

Pero yo no sabía lo suficiente. Aún no. Si venía de parte de Nina, yo tenía que saber más cosas. Si no venía de su parte, quería descubrir quién la enviaba antes de tomar una decisión.

Culley y Howard la trajeron a la casa. El doctor Hartman, la enfermera Oldsmith, Nancy y la señorita Sewell se reunieron alrededor mientras Marvin montaba guardia fuera. Justin me hacía compañía arriba.

La recién llegada miró a mi familia, que la estaba rodeando.

-Está oscuro -dijo en una voz baja, extraña.

En la casa se encendían muy raramente las luces. La conocía tan bien que podía caminar por toda ella con los ojos vendados, y los miembros de la familia no necesitaban bombillas eléctricas excepto cuando me cuidaban, y en este caso el brillo tenue, agradable, de los monitores médicos normalmente era suficiente.

Si esta chica de color hablaba por Nina, pensé que era extraño que Nina aún no estuviera acostumbrada a la oscuridad. Su ataúd sin duda debía de estar muy oscuro. Si la chica mentía, pronto se acostumbraría a la oscuridad.

El doctor Hartman habló por mí:

-¿Qué quieres, muchacha?

La negra se humedeció los labios. Culley la había ayudado a sentarse en el diván. Los miembros de mi familia estaban todos de pie. Leves pinceladas de luz caían sobre un rostro o sobre un brazo aquí o allí, pero el grupo en su conjunto, cuando lo miraba, debía de parecerle informes masas negras.

-Vengo a hablar contigo, Melanie -dijo la chica. Su voz tenía un temblor suave que nunca había conocido en Nina.

-Aquí no hay nadie con ese nombre -dijo el doctor Hartman desde la oscuridad.

La chica negra rió. ¿Había algo de la risa ronca de Nina en ese sonido? Sólo pensarlo me produjo escalofríos.

-Sé que estás aquí -dijo ella-. De la misma manera que supe dónde encontrarte en Filadelfia.

¿Cómo me había encontrado? Hice que las enormes manos de Culley se levantasen detrás de la chica.

-No sabemos de qué nos habla, señorita -dijo Howard.

La chica meneó la cabeza. ¿Por qué utilizaría Nina a una negra?, me pregunté.

-Melanie -dijo ella-. Sé que estás aquí. Sé que no te sientes bien. He venido a avisarte.

¿A avisarme de qué? Los murmullos me habían avisado en Grumblethorpe, pero ella no había tenido nada que ver con los murmullos. Ella había aparecido más tarde, cuando las cosas se pusieron mal. Espera, ella no me había encontrado: ¡yo la encontré! Vincent la cogió y me la trajo.

Y ella había matado a Vincent.

Si esta chica fuera realmente un emisario de Nina, quizá sería mejor eliminarla. Así Nina comprendería que no se podía jugar conmigo, que yo no permitiría que ella eliminara a mis peleles sin tomar represalias.

Marvin aún esperaba fuera, en la oscuridad, con un cuchillo que la señorita Sewell había dejado en la cocina. Sería mejor fuera. No quería tener manchas en la alfombra y los tablones del suelo.

-Señorita -hice que el doctor Hartman dijera-, lo siento, pero
aquí nadie sabe de qué está hablando. No hay nadie aquí que se llame
Melanie. Culley la acompañará a la puerta.

-¡Espere! -gritó la chica cuando Culley la levantó agarrándola
por el brazo. Él se volvió hacia la puerta-. ¡Espere un momento! -repitió ella con una voz que ni remotamente se parecía al habla cansina
de Nina.

-Adiós -dijeron los cinco al mismo tiempo.

El chico de color esperaba cerca de la fuente. Hacía semanas que
no me «alimentaba».

Cuando llegó a la puerta, la chica se retorció tratando de desasirse
de la mano de Culley.

-¡Willi no está muerto! -gritó.

Hice que Culley se detuviera. Ninguno de los míos se movió. Un
momento después el doctor Hartman preguntó:

-¿Qué ha dicho usted?

La chica negra nos miró con una expresión de insolente desafío. -Willi no está muerto -dijo ella tranquilamente. -Explícate -dijo Howard.

La chica meneó la cabeza.

-Melanie, hablaré contigo. Sólo contigo. Si matas a este mensajero, no intentaré entrar de nuevo en contacto. Las personas que in
tentaron matar a Willi y que también están planeando matarte tendrán
el campo libre.

Se volvió y miró hacia un lado, desinteresada, sin prestar atención
a la enorme mano de Culley, que le agarraba el brazo con fuerza. La
chica parecía una máquina que alguien hubiera puesto en marcha. Arriba, sólo acompañada por el pequeño Justin, yo me debatía indecisa. Me dolía la cabeza. Era todo como una pesadilla. Quería que
esta mujer simplemente se marchara y me dejara en paz. Nina había
muerto. Willi había muerto.

Culley la condujo de nuevo hasta el diván. Todos la miraron.

Pensé «usar» a la chica. A veces -a menudo-, durante la transición hacia otra mente, durante el segundo de dominio, se comparte el
fluir de pensamientos de superficie que acompañan a las impresiones
sensoriales. Si Nina la estaba «usando», quizá no fuera posible romper
el condicionamiento, pero yo podría sentir a la propia Nina. Si no era
Nina, podría vislumbrar sus verdaderas motivaciones.

Howard dijo:

-Melanie bajará enseguida. -Y en ese segundo de reacción, que
no sé si era de miedo o de satisfacción, me deslicé en la mente de la
chica.

No hubo oposición. Estaba preparada para arrancarle el control a Nina y la ausencia de una fuerza opositora me obligó a tropezar mentalmente como una persona en la oscuridad dejándose caer con todo su peso en una silla o tocador que no estaba allí. El contacto fue breve. Cogí el olor del pánico, la sensación de «nunca más» común en las personas que han sido «usadas» antes, pero no condicionadas en el intervalo, y una huida de pensamientos como una desbandada de pequeños animales en la oscuridad. Pero sin pensamientos coherentes. Hubo un fragmento de imagen -un viejo puente de piedra calentado por el sol, sobre un extraño mar de

dunas y sombras-. No significaba nada para mí. No podía asociarlo con ninguno de los recuerdos de Nina, aunque después de la guerra hubo muchos años en que no estuve con ella, y por lo tanto no podía estar segura de que no fuese un recuerdo suyo.

Me retiré.

La chica tuvo una convulsión, se sentó muy derecha, barrió con la mirada la sala en penumbra. ¿Nina recuperando el control o un impostor simulando serenidad?

-No hagas esto de nuevo, Melanie -dijo la negra, y en su tono señorial oí el primer eco convincente de Nina Drayton.

Justin entró en la habitación con una vela. La llama iluminó su rostro infantil por debajo y por un juego de luz hizo que sus ojos parecieran viejos. Y locos.

La chica negra le miró, me miró, como un caballo asustadizo miraría la aproximación de una serpiente.

Puse la vela sobre la mesilla de té georgiana y miré a la intrusa. -Hola, Nina -dije yo.

Ella parpadeó una vez, lentamente.

-Hola, Melanie. ¿No vas a saludarme en persona?

-De momento estoy un poco indispuesta -dije-. Quizá baje cuando te decidas a venir personalmente.

La chica negra mostró una leve sonrisa.

-Eso me sería muy difícil.

El mundo dio vueltas delante de mis ojos y durante varios segundos fue todo lo que pude hacer para tener a mi gente controlada. ¿Y si Nina no había muerto? ¿Y si había sido herida pero no mortalmente?

Vi el agujero en su frente. Y sus ojos azules entornándose en su rostro.

Los cartuchos eran viejos. ¿Y si la bala le había tocado el cráneo, incluso había penetrado, pero sin causar más daño en su cerebro que el que el accidente cerebro-vascular me hizo a mí?

Las noticias habían anunciado que había muerto. Yo había leído su nombre entre las víctimas.

Como el mío.

Junto a mi cama, uno de los monitores médicos disparó una alarma.

Forcé a mi respiración y a mi pulso a calmarse. La alarma cesó.

Desde mis otros puntos de vista yo podía ver que la expresión de Justin no había mudado durante los pocos segundos que habían pasado. Su rostro infantil estaba sometido a las distorsiones de la ondulante llama de la vela y se transformaba en la máscara de un joven demonio. Sus pequeños zapatos estaban sobre la almohada de la silla de

cuero que siempre había sido la preferida de mi padre.

-Háblame de Willi -dije yo a través de Justin. -Está vivo -aseguró la chica.

-Imposible. Su avión se estrelló con todos a bordo.

-Todos excepto Willi y sus dos guardaespaldas -dijo la negra-.

Salieron antes de que despegara.

-Entonces, ¿por qué te volviste contra mí si sabías que no habías

tenido éxito con Willi? -exclamé.

La chica vaciló un segundo. -Yo no destruí el avión -dijo.

Arriba, mi corazón latió y un osciloscopio presentó puntas que hicieron que la luz verde en la habitación oscilara al compás de los latidos de mi corazón.

-¿Quién lo hizo? -pregunté.

-Los otros -dijo ella categóricamente. -¿Qué otros?

La chica respiró hondo.

-Hay otro grupo de personas con nuestro poder. Un grupo secreto de...

-¿Nuestro poder? -interrumpí-. ¿Quieres decir la «aptitud»? -Sí -dijo ella.

-Tonterías. Nunca he encontrado a nadie con algo más que una

sombra de nuestra «aptitud».

Hice que Culley levantara las manos en la oscuridad. El cuello de

la chica salía, fino y derecho, de su jersey. Produciría un chasquido

como una rama seca.

-Estos la tienen -dijo la chica de color con una voz intensa

Intentaron matar a Willi. Intentaron matarte. ¿No te has preguntado

qué sucedió en Germantown? El tiroteo. El helicóptero en el río. ¿Cómo podía Nina saber aquello? ¿Cómo podía alguien saberlo? -Tú podías ser uno de ellos -dije yo astutamente. La chica asintió con la cabeza tranquilamente.

-Sí, pero si lo fuera, ¿vendría a avisarte? Intenté avisarte en Germantown, pero no me oíste.

Intenté recordar. ¿La chica negra me había avisado de algo? Los

murmullos eran tan altos entonces; había sido difícil concentrarme.

-Tú y el sheriff vinisteis para matarme -dije.

-No. -La cabeza de la chica se movió lentamente, como una marioneta de metal herrumbroso. La Barrett Kramer de Nina se movía así-. El sheriff fue enviado por Willi. También venía a avisarte.

-¿Quiénes son esos otros? -pregunté.

-Gente importante -dijo ella-. Gente poderosa. Personas con nombres como Barent, Kepler, Sutter y Harod.

-Esos nombres no significan nada para mí -dije yo. De repente yo estaba gritando con la voz aguda de Justin, con su voz de niño-. ¡Mientes! ¡No eres Nina! ¡Estás muerta! ¿Cómo podrías conocer a esa gente?

La chica vaciló como si dudase de si debería hablar.

-Conocí a algunos de ellos en Nueva York -dijo finalmente-. Me convencieron para hacer... lo que hice.

Hubo un silencio tan profundo y tan prolongado que, a través de todas mis seis fuentes, yo podía oír las palomas que pasaban la noche en el saliente de la ventana del segundo piso. Hice que el muchacho negro, que continuaba en el jardín, cambiara el cuchillo de su mano derecha, rígido por los calambres, a la izquierda. La señorita Sewell había retrocedido en silencio hacia la cocina y volvió ahora hacia las sombras de la puerta con el cuchillo de carne oculto detrás de su falda beige. Culley se movió y en su impaciencia hambrienta percibí un eco de el ansia afilada de Vincent.

-Te dijeron que me mataras -dije yo-, y prometieron eliminar a Willi mientras tú me liquidabas.

-Sí -admitió ella.

-Pero fallaron, y tú también.

-Sí.

-¿Por qué me cuentas esto, Nina? -pregunté-. Sólo me hace odiarte más.

-Ellos me traicionaron -dijo ella-. Me dejaron sola cuando tú viniste tras de mí. Quiero que los elimines antes de que vuelvan para acabar contigo.

Hice que Justin se inclinara hacia delante.

-Háblame, Nina -murmuré-. Háblame de los viejos tiempos. Ella meneó la cabeza.

-No hay tiempo para eso, Melanie.

Yo sonreí, sintiendo cómo la saliva humedecía los dientes infantiles de Justin.

-¿Dónde nos conocimos, Nina? ¿En casa de quién era el baile

donde comparamos nuestras parejas de baile?

La chica negra tembló ligeramente y se llevó una mano a la frente. -Melanie, mi memoria..., hay huecos..., mi herida.

-No parecía molestarte hace poco -respondí-. ¿Quién iba con nosotras a la isla Daniel en nuestras meriendas? Le recuerdas, Nina, ¿no? ¿Quiénes eran nuestros pretendientes ese lejano verano?

La chica se tambaleó con su mano aún en la frente.

-Melanie, por favor. Recuerdo y después olvido..., el dolor...

La señorita Sewell se acercó a la chica por detrás. Sus zapatos de enfermera de suela gruesa no hacían ruido sobre la alfombra.

-¿Quién fue el primero que entró en nuestro «juego» ese verano en Bad Ischl? -pregunté para dar tiempo a que la señorita Sewell diera los últimos dos silenciosos pasos. Yo sabía que

esta impostora de color no podía responder. Veríamos si podía imitar a Nina cuando su cuerpo continuara sentado en el diván mientras su cabeza rodaba por el suelo. Quizás a Justin le gustaría algo nuevo para jugar.

La chica negra dijo:

-La primera fue esa bailarina de Berlín..., creo que se llamaba Meier... No recuerdo todos los detalles, pero la vimos desde el Café Zauner, como siempre.

Todo se detuvo.

-¿Qué? -dije yo.

-El día siguiente..., no, fue dos días después, un miércoles, hubo aquel ridículo repartidor de hielo. Dejamos su cuerpo en la nevera..., colgado de aquel gancho de hierro... Melanie, duele. ¡Lo recuerdo y

después ya no!

La chica empezó a llorar.

Justin se arrastró hasta el borde de la alfombra, se puso en el suelo y fue alrededor de la mesilla de té para darle una palmadita en el hombro.

-Nina -dije yo-, lo siento, lo siento.

La señorita Sewell hizo té y lo sirvió en mi mejor porcelana de Wedgewood. Culley trajo más velas. El doctor Hartman y la enfermera Oldsmith subieron para comprobar mi estado mientras Howard, Nancy y los otros se sentaron en la sala de estar. El chico negro se quedó fuera, entre los arbustos.

-¿Dónde está Willi? -pregunté a través de Justin-. ¿Cómo está?

-Está bien -dijo Nina-, pero no sé dónde, porque tiene que continuar oculto.

-¿De esas mismas personas de las que me has hablado? -pregunté.

-Sí.

-¿Por qué quieren hacernos daño, Nina, cariño?

-Nos temen, Melanie.

-¿Por qué nos temen? No les hemos perjudicado.

-Temen nuestra «aptitud». Y estaban asustados porque los... excesos de Willi les podrían poner en evidencia.

El pequeño Justin asintió con la cabeza.

-¿Willi también conocía la existencia de estas personas?

-Creo que sí -dijo Nina-. Al principio quería entrar en su..., su

club. Ahora sólo desea sobrevivir.

-¿Su club? -pregunté.

-Tienen una organización secreta -explicó Nina-. Un lugar donde se encuentran cada año para cazar víctimas previamente escogidas...

-Comprendo que Willi quisiera entrar -dije-. ¿Podemos confiar en él ahora?

La chica hizo una pausa.

-Creo que sí -dijo Nina-. Pero tenemos que unirnos los tres

para protegernos hasta que cese esta amenaza.

-Háblame más de estas personas -pedí.

-Lo haré -dijo Nina-, pero más tarde. Me canso... fácilmente... Justin compuso su sonrisa más angelical.

-Nina, querida, dime dónde estás ahora. Déjame venir hasta ti,

déjame ayudarte.

La chica sonrió y no dijo nada.

-Muy bien -suspiré-. ¿Veré a Willi?

-Quizá -dijo Nina-, pero no tenemos que actuar en concierto con él hasta la hora fijada.

-¿La hora fijada?

-Dentro de un mes. En la isla.

La chica se pasó otra vez la mano por la frente, y por su temblor pude ver que estaba exhausta. Debía de haber requerido toda la energía de Nina hacer que se moviese y que hablase.

Tuve una súbita imagen del cadáver de Nina pudriéndose en la oscuridad de la tumba y Justin se estremeció.

-Cuéntanos cosas -rogué.

-Más tarde -dijo Nina-. Nos encontraremos de nuevo y hablaremos de lo que hay que hacer y de cómo puedes ayudar tú. Ahora tengo que irme.

-Muy bien -dije yo, y mi voz de niño no podía ocultar la decepción infantil que sentía.

Nina -la negra- se puso de pie, caminó lentamente hasta la silla de Justin y le besó -me besó- suavemente en la frente. ¿Cuántas veces me había dado Nina precisamente este beso de judas antes de una de sus traiciones? Pensé en nuestra última reunión.

-Adiós, Melanie -murmuró.

-Adiós por el momento, querida Nina -respondí.

Fue hasta la puerta, mirando a ambos lados como si Culley o la señorita Sewell pudieran detenerla en cualquier momento. Todos continuaron sentados sonriendo a la luz de las velas, con las tazas de té sobre las rodillas y regazos.

-Nina -dije cuando ella hubo llegado a la puerta.

Ella se volvió lentamente y me recordó al gato de Anne Bishop

cuando Vincent finalmente lo cogió en la habitación de arriba.

-¿Sí, querida?

-¿Por qué has enviado a esta chica negra, querida? La chica sonrió enigmáticamente.

-¿Por qué, Melanie? ¿Nunca has mandado a un criado de color

para hacer un recado?

Asentí con la cabeza. La chica salió.

Fuera, el chico de color con el cuchillo de carnicero se ocultó entre los arbustos y la vio pasar. Culley salió para abrirle el portal.

Ella giró a la izquierda y caminó lentamente por la calle oscura. Hice que el chico de color se deslizara en las sombras detrás de

ella. Un minuto después Culley abrió el portal y lo siguió.

55

Charleston, martes 5 de mayo de 1981

Natalie se obligó a caminar la primera manzana. Cuando cruzó la esquina y salió de la vista de la casa Fuller, sabía que se enfrentaba a la elección de dejar que sus rodillas se doblaran y caer en la acera o correr.

Natalie corrió. Cubrió la primera manzana en una rauda carrera, se detuvo en la esquina para mirar atrás y vislumbró una figura oscura cruzando un patio cuando los faros de un coche que giraba la iluminaron. El joven parecía vagamente familiar, pero desde esa distancia no pudo reconocerlo. Avistó otra figura, mayor, en la esquina. Natalie corrió hacia el sur una manzana y giró de nuevo hacia el este, ahora jadeando, con las costillas doloridas de cansancio pero sin prestar atención al dolor.

Había farolas más brillantes en la manzana donde había dejado la furgoneta, pero las tiendas y los restaurantes estaban cerrados; las aceras, desiertas. Natalie se detuvo, abrió la puerta del vehículo y se dejó caer en el asiento delantero. Durante un segundo un pánico más profundo, más estúpido, la poseyó cuando no encontró las llaves y comprendió que no tenía bolso ni bolsillos. Casi inmediatamente recordó que las había dejado bajo el asiento, donde Saul pudiera encontrarlas si venía a recoger el coche. Cuando se agachó para cogerlas, la puerta del lado del pasajero se abrió y entró un hombre.

Natalie se forzó a no gritar mientras se enderezaba y levantaba los puños en una reacción refleja.

-Soy yo -dijo Saul. Se ajustó las gafas-. ¿Estás bien?

-Oh, Dios -suspiró Natalie. Palpó alrededor, encontró las llaves y puso el coche en marcha con un rugido.

Una sombra se separó de los arbustos y corrió hacia la calle, quince metros delante de ellos.

-Espera -gritó Natalie. Entró en la calle, acelerando a setenta kilómetros por hora en el momento en que llegaban al final de la manzana. Los faros iluminaron al chico durante dos segundos antes de que saltara a un lado.

-Dios mío -dijo Natalie-, ¿has visto quién era ése?

-Marvin Gayle -dijo Saul, y se cogió contra el salpicadero-, gira aquí.

-¿Qué puede estar haciendo aquí?

-No lo sé -dijo Saul-. Es mejor aminorar la velocidad. Nadie nos sigue.

Natalie redujo la velocidad a cincuenta kilómetros por hora y llegó a la autopista que se dirigía hacia el norte. Descubrió que alternaba risas y lágrimas. Meneaba la cabeza, reía de nuevo e intentaba modular la voz.

-Dios mío, ha salido bien, Saul. Ha salido bien. Y nunca estuve en una escuela de teatro. Ha salido bien. ¡No me lo creo!

Decidió ceder a las risas y descubrió que le venían lágrimas. Saul le apretó el hombro y ella lo miró por primera vez. Durante un terrible segundo pensó que Melanie Fuller había sido más lista que ellos, que el viejo monstruo les había descubierto y conocía sus planes y había conseguido dominar a Saul y...

Dejó de reír y llorar.

Saul la miró sorprendido durante un segundo y meneó la cabeza. -No, todo está bien, Natalie. Me he despertado, he visto tu nota y

he cogido un taxi hasta la manzana del Henry's...

-La fenotiazina -murmuró Natalie, apenas capaz de mirar la carretera y a Saul al mismo tiempo.

-No me bebí todo el café -dijo Saul-. Demasiado amargo. Además, le pusiste las proporciones para Anthony Harod, que es más pequeño.

Natalie lo miró. Parte de su mente se preguntaba si estaba loca. Saul se ajustó las gafas.

-Muy bien -dijo él-. Hemos comprendido que esas... cosas... no tienen acceso a los recuerdos. Debería ser yo quien preguntara, pero podemos empezar por mí. ¿Quieres que

describa la granja de David en Caesarea? ¿Los restaurantes que frecuentábamos en Jerusalén? ¿Las instrucciones de Jack Cohen en Tijuana?

-No -dijo Natalie-. De acuerdo.

-¿Tú te encuentras bien?

Natalie se limpió las lágrimas con la muñeca y rió.

-Oh, Dios, Saul, ha sido terrible. La casa estaba muy oscura y ese

gigante retrasado y ese otro zombie me han llevado a la sala de estar o sala de visitas o lo que demonios sea y había media docena de ellos de pie en la oscuridad. Dios mío, eran como cadáveres que hubieran sido colocados allí..., una mujer se había abotonado mal el vestido blanco y su boca ha estado abierta todo el rato... Yo simplemente era incapaz de pensar, y estaba segura de que tampoco sería capaz de hablar, que mi voz no funcionaría, y cuando aquella pequeña..., pequeña... cosa ha entrado con una vela ha sido peor que en Grumblethorpe, peor de lo que me había imaginado, y sus ojos parecían..., eran los ojos de ella, Saul, locos, mirando..., oh, Dios, nunca he creído en demonios ni en Satanás ni en el Infierno, pero aquella cosa ha salido directamente de Dante o de una pesadilla cualquiera del Bosco, y ella no dejaba de hacerme preguntas a través de él y yo no podía contestarle y sabía que la enfermera, esa criatura vestida como una enfermera que estaba detrás de mí, iba a hacerme algo, pero entonces Melanie, el pequeño niño-demonio, pero que era de hecho Melanie, ha mencionado Bad Ischl y mi cerebro simplemente ha hecho un chasquido, Saul, sólo un chasquido, y todas aquellas horas de leer y memorizar las carpetas de Wiesenthal se han juntado y he recordado a la bailarina, la de Berlín, Berta Meier, y después ha sido fácil, pero yo estaba aterrorizada de que me hiciera preguntas de nuevo sobre los viejos tiempos, pero no lo ha hecho, Saul, creo que la tenemos, creo que está cogida, pero yo estaba tan asustada...

Natalie se detuvo, jadeando ligeramente.

-Para aquí -dijo Saul, señalando un aparcamiento vacío cerca de un Kentucky Fried Chicken.

Natalie detuvo el coche y entró en el aparcamiento, luchando por controlar la respiración. Saul se inclinó, le cogió la cara con las manos y la besó en ambas mejillas.

-Eres la persona más valiente que he conocido, querida. Si yo tuviera una hija, estaría orgulloso si fuera como tú.

Natalie se limpió las últimas lágrimas.

-Saul, tenemos que correr al motel y enchufar el encefalógrafo como planeamos. Tienes que hacerme preguntas. Ella me ha tocado..., lo he sentido..., ha sido peor que con Harod..., ha sido frío, Saul, tan frío y baboso como..., no sé..., como algo de ultratumba.

Saul asintió con la cabeza y dijo:

-Ella cree que tú eres alguien de ultratumba. Sólo podemos esperar que ella tema tanto otra contienda con Nina que no intente arrancarte a su supuesto control. Si hubiera querido usar su poder contigo, parece lógico que lo hubiese hecho mientras estabais en contacto.

-«Aptitud» -dijo Natalie,-, ella lo llamó «nuestra "aptitud"». . -Miró alrededor con miedo en los ojos-. Tenemos que volver, Saul, para someterme a las cuarenta y ocho horas de cuarentena como habíamos planeado. Tienes que hacerme preguntas, asegurarte de que yo... recuerdo cosas.

Saul rió en voz baja.

-Enchufaremos el encefalógrafo mientras duermes, y dormirás, pero no tenemos necesidad de preguntas y respuestas. Tu pequeño monólogo aquí en el coche me convence de que eres quien siempre has sido, o sea una joven muy valiente y guapa. Cámbiame el sitio, conduciré yo.

Natalie apoyó la cabeza contra el cabezal mientras Saul conducía los pocos kilómetros que les separaban del motel. Pensó en su padre, recordaba los momentos tranquilos pasados en la cámara oscura o cenando con él, recordaba la ocasión en que se había cortado la rodilla con un casco de metal herrumbroso detrás de la casa de Tom Piper -debía de tener cinco o seis años, su madre aún vivía- y había corrido hacia casa; su padre vino hacia ella por el patio, dejando el cortacéspedes y corriendo desde donde estaba para ir hacia ella, mirando afligido su pierna y el calcetín blanco manchado de sangre, pero ella no lloraba y él la levantó y la llevó hacia casa, repitiéndole: «Mi niña valiente, mi niña valiente.»

Y lo era. Natalie cerró los ojos. Lo era.

-Es el principio -decía Saul-. Es definitivamente el principio. Y es el principio del fin para ellos.

Con los ojos aún cerrados, con los latidos de su corazón recuperando su ritmo normal, Natalie asintió con la cabeza y pensó en su padre.

56

Melanie

A la luz del día era más difícil creer que Nina había entrado en contacto conmigo. Mi primera reacción fue de ansiedad y tuve una sensación de vulnerabilidad por haber sido descubierta. Pero esto pronto desapareció y fue sustituido por una sensación de resolución y renovada energía. No importa a quién representara la chica; me había estimulado a pensar una vez más en mi futuro.

Ese miércoles, creo que era el 6 de mayo, la negra no volvió y por eso tomé la iniciativa. El doctor Hartman fue de hospital en hospital, aparentemente estudiando la posibilidad de una nueva colocación, pero en realidad comprobando si había algún paciente de estancia prolongada que pudiera corresponder a la descripción médica de Nina. Recordando mi propia estancia en el hospital de Filadelfia, el doctor Hartman no interrogó al personal médico o de la administración sino que, con el pretexto de inspeccionar los medios del hospital, conseguía tener acceso a los ordenadores y podía revisar las listas de medicamentos, historiales quirúrgicos y materiales pedidos. La búsqueda continuó hasta el viernes y aún no había noticias de la chica negra ni de Nina. Durante el fin de semana el doctor Hartman había inspeccionado todos los hospitales, clínicas y centros médicos que reunían los requisitos necesarios para tratamientos a tan largo plazo. También había comprobado el depósito de cadáveres, donde insistían en que el cuerpo de la señorita Drayton había sido reclamado e incinerado por los ejecutores testamentarios, pero eso sólo confirmaba la posibilidad de que pudiera estar viva..., o su cuerpo ocultado..., porque cuando me deslicé rápidamente en las mentes de los encargados del depósito, topé con uno -un hombre torpe, de mediana edad, llamado Tobe- que presentaba las inconfundibles marcas mentales de alguien que ha sido «usado» y ha recibido la orden de olvidar el «uso».

Esa semana, Culley empezó a visitar los cementerios de Charleston, buscando alguna tumba con menos de un año que pudiera contener el cuerpo de Nina. La familia de Nina era de Boston y por eso, cuando la búsqueda en los cementerios de la zona de Charleston no dio resultados positivos, envié a Nancy al Norte -en esta ocasión no quería que Culley estuviese ausente-, y ella encontró el panteón de la familia Hawkins en un pequeño cementerio privado al norte del viejo Boston. Nancy entró en el panteón ese viernes por la noche, después de medianoche, y con una palanca y una piocha compradas en un K-Mart de Cambridge, realizó una búsqueda minuciosa. Había muchos Hawkins allí, once en total, nueve de ellos adultos, pero ninguno parecía estar allí hacía menos de medio siglo. Vi a través de los ojos de la señorita Sewell el cráneo aplastado del que tenía que ser el padre de Nina -pude ver el diente de oro sobre el que habíamos hecho bromas-, y me pregunté, no por primera vez, si ella le había obligado a lanzarse bajo las ruedas de ese tranvía en 1921 a causa de su resentimiento por el hecho de que él no la dejara comprarse un coche azul que deseaba ese verano.

Los Hawkins en exhibición esa noche eran todos huesos y polvo y restos podridos hacía muchos años de galas de entierro, pero, para estar absolutamente segura, hice que la señorita Sewell rompiera todos los cráneos y mirara dentro. No encontramos nada excepto polvo gris e insectos. Nina no se ocultaba allí.

A pesar de que estas búsquedas eran decepcionantes, yo estaba contenta de poder pensar con toda claridad. Mis meses de convalecencia me habían confundido un poco, habían reducido mis percepciones normalmente agudas de las cosas, pero ahora podía sentir. que el viejo rigor intelectual volvía.

Debía haber sospechado que Nina no querría ser enterrada con su familia. Odiaba a sus padres y detestaba a su única hermana, que había muerto joven. No, si Nina era realmente un cadáver, imaginé que la encontraría de cuerpo presente en algún palacete comprado hacía poco, quizás allí mismo, en Charleston, muy bien vestida y maquillada cada día, reclinada en el lujo almohadillado de un féretro cubierto en una verdadera necrópolis. Confieso que hice que la enfermera Oldsmith se pusiera su mejor vestido para ir a Mansard House para almorzar en su

Sala Hacienda, pero no había indicio de la presencia de Nina allí y aunque su sentido de la ironía había sido casi tan agudo como el mío, no sería tan estúpida como para volver allí.

No quiero dar la impresión de que mi semana estuvo completamente ocupada por la inútil búsqueda de una Nina posiblemente inexistente. Tomé precauciones prácticas. Howard voló a Francia el miércoles y empezó los preparativos para mi futura estancia allí. La finca estaba como yo la había dejado hacía dieciocho años. La caja fuerte de Toulon contenía mi pasaporte francés, al día y entregado por el señor Thorne hacía sólo tres años.

El hecho de poder captar impresiones recibidas por Howard incluso cuando estaba a más de tres mil kilómetros era una señal de mi «aptitud» enormemente aumentada. En el pasado, sólo peleles minuciosamente condicionados, como el señor Thorne, podían viajar tan lejos y actuar de una manera programada que no me permitía ningún control directo.

A través de los ojos de Howard contemplé las colinas arboladas del sur de Francia, los huertos y naranjales y los rectángulos de los tejados del pueblo en el valle cercano a mi granja, y me pregunté por qué la huida de Estados Unidos parecía tan difícil.

Howard volvió el sábado por la noche. Todo estaba preparado para que Howard, Nancy, Justin y la «madre inválida» de Nancy pudieran dejar el país en una hora de plazo. Culley y los otros irían después, a menos que fuera necesaria alguna acción de retaguardia. Yo no tenía intención de perder a mi personal médico, pero, si había que sacrificarlos, encontraría excelentes médicos y enfermeras en Francia.

Ahora que tenía garantizada una vía de retirada, no estaba segura de que quisiera retirarme. La idea de una reunión final con Nina y Willi no era del todo desagradable. Esos meses de errancia, dolor y soledad habían sido muy perturbadores a causa de la sensación de trabajo inconcluso que habían dejado. La llamada telefónica de Nina en el aeropuerto de Atlanta hacía seis meses me había hecho huir, presa del pánico, pero la llegada de la representante de Nina -si lo era- no había resultado tan perturbadora.

De una manera u otra, descubriría la verdad de todo el asunto.

El jueves, la enfermera Oldsmith fue a la biblioteca pública y buscó todas las referencias de nombres que la negra había mencionado. Había varios artículos de revistas y un libro reciente sobre el evasivo multimillonario C. Arnold Barent, menciones de Charles Colben en varios libros sobre la política de Washington, varios libros sobre un astrónomo llamado Kepler -pero no era ése, pues estaba muerto desde hacía siglos-, pero no se encontró ninguna referencia a los otros nombres a los que ella se había referido. Los libros y artículos no me convencieron de nada. Si la chica no había sido enviada por Nina, casi con toda certeza mentía. Si había sido enviada por Nina, sentí que era también posible que mintiera. No sería necesaria una provocación de otro grupo de gente con la «aptitud» para incitar a Nina a volverse contra mí.

¿Era posible -me pregunté- que la muerte hiciera que Nina enloqueciera?

El sábado me ocupé de un detalle final. El doctor Hartman había tratado con la señora Hodges y su yerno sobre la compra de la casa del otro lado del patio. Sabíamos dónde vivía. Sabíamos también que iba sola al mercado del casco antiguo cada sábado por la mañana a comprar verdura fresca, que era una obsesión para ella.

Culley aparcó al lado del coche de la hija de la señora Hodges y esperó a que la vieja saliera del mercado. Cuando apareció, con bolsas repletas de comestibles en ambas manos, se acercó a ella y le dijo:

-Eh, deje que la ayude.

-Oh -murmuró la señora Hodges-, no, yo puedo...

Culley cogió una bolsa de comestibles, le cogió el brazo izquierdo con fuerza y la condujo al Cadillac del doctor Hartman, lanzándola en el asiento delantero de la manera como un adulto exasperado haría sentarse a un niño reacio de dos años. Ella hurgó en la puerta cerrada, intentando salir. Cuando Culley se sentó al volante, extendió una mano tan grande como la cabeza de aquella vieja estúpida y apretó una vez. Ella se desplomó pesadamente contra la

puerta. Culley comprobó que respiraba y después se dirigió a casa, con Mozart en el radiocasete estéreo del coche e intentando estúpidamente tararear la melodía.

Domingo, 10 de mayo, la mensajera negra de Nina llamó al portal poco después del mediodía.

Mandé a Howard y Culley a abrir para dejarla entrar. Esta vez estaba preparada para recibirla.

57

Isla Dolmann, sábado 9 de mayo de 1981

Natalie y Saul dejaron Charleston en avión poco después de las 7.30 de la mañana. Era la primera vez en cuatro días que Natalie no llevaba el encefalógrafo y se sentía extrañamente desnuda -y libre-, como si hubiera sido realmente liberada de una cuarentena.

El pequeño Cessna 180 despegó del aeropuerto, cruzó el puerto de Charleston, giró hacia el sol matinal y después viró a la derecha de nuevo cuando atravesaban las aguas verdes y azules donde la bahía se convertía en océano. La isla Folly apareció por debajo del ala derecha. Natalie podía ver la Vía Navegable Intercostera que se dirigía hacia el sur a través de una confusa red de calas, bahías, estuarios y pantanos costeros.

-¿Cuánto cree que tardaremos? -le preguntó Saul al piloto. Saul estaba en el asiento delantero derecho; Natalie, atrás. Tenía una bolsa grande envuelta en plástico a sus pies.

Daryl Meeks miró a Saul y después, por encima de su hombro, a Natalie.

-Cerca de una hora y media -dijo-. Un poco más si el viento sopla en dirección sudeste.

El piloto tenía el mismo aire de hacía siete meses, cuando Natalie lo había conocido en el porche de Rob Gentry; llevaba gafas de sol baratas de plástico, zapatos de goma, pantalones vaqueros cortados y una camiseta con letras desteñidas que decían «WABASH COLLEGE». Natalie seguía pensando que Meeks parecía una versión más joven y melenuda de Morris Udall.

Natalie había recordado el nombre de Meeks, el viejo amigo de Rob Gentry, y, en su condición de piloto, había bastado con consultar las páginas amarillas para dar con la dirección de su despacho en un pequeño aeropuerto al norte de Mt. Pleasant, al otro lado del río de Charleston. Meeks la recordaba y después de algunos minutos de conversación, centrada sobre todo en anécdotas de Rob, había aceptado llevarlos a sobrevolar la isla Dolmann. Aparentemente, Meeks había aceptado su explicación: estaban escribiendo un artículo sobre el elusivo multimillonario C. Arnold Barent. Por otra parte, Natalie estaba segura de que estaba cobrándoles por debajo de su tarifa normal.

El día era cálido y nuboso. Natalie podía ver donde las aguas costeras más claras se mezclaban con las profundidades púrpuras del auténtico Atlántico a lo largo de más de un centenar de kilómetros de costa dentada, el verde y marrón de Carolina del Sur retrocediendo hacia el horizonte con neblina de calor al sudoeste. Hablaron muy poco mientras volaban, Saul y Natalie perdidos en sus pensamientos, Meeks ocupado con las llamadas ocasionales a los controladores y evidentemente contento por el simple hecho de estar volando en un día tan bello. Señaló dos manchas lejanas al oeste mientras su rumbo los adentraba más en el mar.

-La isla grande es Hilton Head -dijo-. Lugar favorito de las clases altas. Nunca he estado allí. El otro bulto es la isla Parris, un campamento de marines. Me regalaron unas vacaciones pagadas allí gracias a una redada de la policía. Entonces sabían transformar chicos en hombres y robots en menos de diez semanas. Todavía lo hacen, por lo que oigo.

Al sur de Savannah hicieron ángulo de nuevo hacia la costa, vislumbrando largas extensiones de arena y verdor que Meeks identificó como las islas de St. Catherines, Blackbeard y después Sapelo. Viró a la izquierda, se mantuvo en un rumbo de ciento doce grados y señaló otra mancha dieciocho kilómetros mar adentro.

-Aquello es la isla Dolmann -dijo Meeks con un gruñido que imitaba a un pirata.

Natalie preparó la cámara, una nueva Nikon con lentes de 300 mm, y la apoyó contra la ventanilla, utilizando un monopié para estabilizarla. Utilizaba película muy rápida. Saul colocó su bloc de dibujo y su sujetapapeles en el regazo y hojeó mapas y diagramas que había sacado de la carpeta de Jack Cohen.

-Nos acercaremos por el norte -gritó Meeks-. Bajaremos por el lado del mar, como os dije, después daremos la vuelta para mirar el viejo Presbiterio.

Saul asintió con la cabeza.

-¿Cuánto podremos acercarnos?

Meeks sonrió.

-Son realmente difíciles allá. Técnicamente la parte norte de la

isla es una gran reserva de fauna, está prohibido sobrevolarla. El hecho es que esa gran Fundación Patrimonio de Occidente es propietaria de toda la isla y la protege como si fuera una base rusa de misiles. La sobrevuelas y cuando aterrizas en cualquier lugar cerca de la costa te retienen, te piden el permiso sin demasiadas contemplaciones y verifican tu matrícula.

-¿Ha hecho lo que hablamos? -preguntó Saul.

-Sí -dijo Meeks-. No sé si se ha dado cuenta, pero muchos de los números están hechos de cinta roja. La cinta se despega y ya tenemos una matrícula diferente. Muy bien, mire allí. -Señaló un barco gris de mástil alto que se movía lentamente hacia el norte un kilómetro y medio al este de la isla-. Es uno de los barcos de vigilancia. Radar. Tienen lanchas rápidas de patrulla corriendo de un lado a otro y si a cualquier pobre loco se le ocurre ir a Dolmann de picnic o a ver los pájaros, se encuentra con una gran recepción.

-¿Y en junio, cuando hacen el campamento? -preguntó Saul.

Meeks rió.

-La guardia costera y la armada también participan -dijo-. Nada se acerca a Dolmann por mar si no tiene una invitación. Dicen que la CIA tiene helicópteros armados a reacción en una pista de aterrizaje que ya le mostraré en la costa sudoeste. Me dijeron unos amigos que hacen aterrizar a cualquier avión ligero que intenta llegar a cuatro kilómetros de la isla. Muy bien, ahí está la playa norte. Es la única extensión de arena además de la playa de natación alrededor del Presbiterio y del campamento de verano. -Meeks se volvió para mirar a Natalie-. Espero que esté preparada. Es una excursión que se hace una sola vez en la vida.

-¡Preparada! -gritó Natalie. Empezó a sacar fotos cuando volaban a cincuenta metros, a menos de un kilómetro de la costa. Estaba agradecida por el cargador automático y la película especial, aunque normalmente no los utilizaba.

Tanto ella como Saul habían estudiado los mapas de la isla enviados por Cohen, pero la realidad era más interesante, aunque pasara rápidamente como una mancha de palmeras, bancos de arena y detalles sólo entrevistos.

La isla Dolmann era la típica isla costera; una L mal dibujada que se extendía casi perfectamente de norte a sur, tenía diez kilómetros de largo y cuatro de ancho en la base, estrechándose hasta medio kilómetro justo donde se curvaba hacia el norte desde la base de la L.

Más allá de la larga playa en la punta norte de la isla, su costa este mostraba vislumbres de marismas, pantanos y bosques salvajes subtropicales que llenaban su tercera parte norte. Un centelleo de frenéticas alas blancas levantándose de las palmeras y cipreses confirmaron que las garcetas eran abundantes en aquel aparente refugio silvestre. Natalie tomaba foto tras foto tan rápidamente como el cargador automático lo permitía, cogiendo un vislumbre de ruinas de piedra quemada en la maleza justo al sur de una punta rocosa.

-Es lo que queda del viejo hospital de esclavos -gritó Saul, haciendo una marca en su mapa-. El bosque se tragó la plantación Dubose. En algún sitio hay un cementerio de esclavos... ¡Mira, allí está la zona de seguridad!

Natalie levantó los ojos del visor. La tierra se había levantado cuando se acercaban a la base de la L, el bosque era aún tan espeso que parecía impenetrable pero entregado ahora tanto a robles, cipreses y pinos como a palmitos y vegetación tropical. Más delante hubo un vislumbre de edificios bajos, medio enterrados, de hormigón, parecidos a los fortines a lo largo de la costa de Normandía, una carretera de asfalto negra y brillante entre palmeras y después una zona de cien metros de ancho entre cercas altas, una tala totalmente vacía de cualquier tipo de vegetación que atravesaba la isla. Daba la impresión de que el suelo estaba pavimentado con conchas de bordes afilados. Natalie giró las largas lentes y tomó fotos.

Meeks se quitó los auriculares.

-Dios, deberíais oír las cosas que el tío del barco de vigilancia con radar nos grita. Lástima que mi radio esté averiada. Hizo una mueca a Saul.

Se acercaban al segmento este-oeste de la isla y Meeks se inclinó mucho para evitar volar directamente por encima. -¡Más alto! -gritó Saul.

Cuando ganaban altitud, Natalie tuvo una vista mejor. Cambió de cámara, cogió la Ricoh con el teleobjetivo acoplado y la disparó manualmente, haciendo avanzar la película tan deprisa como podía, pegándose a la ventana izquierda para hacer algunas fotos de la larga costa que se extendía hasta el camino de donde venían.

El lado norte de la base de la L parecía una isla diferente: bosques de robles y pinos al sur de la zona de seguridad, el suelo se levantaba ligeramente hasta unas colinas arboladas sesenta metros por encima del nivel de la mar en el lejano lado sur, y señales de una construcción esmerada. La carretera de asfalto seguía a lo largo de la costa, desde la playa, una cinta perfectamente lisa de asfalto resguardada por palmeras y viejos robles. Entrevieron tejados verdes entre los árboles y un círculo de bancos en un claro cubierto de hierba cerca del centro de la isla se hizo visible cuando se estabilizaron a ciento cincuenta metros.

-Los dormitorios del campamento de verano y el anfiteatro -gritó Saul.

-¡Espérate! -dijo Meeks, y se inclinaron de nuevo mucho a la izquierda, sobre lo que parecía una guadaña púrpura de arrecifes, a fin de evitar volar directamente sobre el puerto artificial y el malecón de hormigón en la parte sudeste de la isla-. No creo que nos disparen -sonrió Meeks-, pero ¡qué demonios!

Más allá del puerto se inclinaron en pendiente hacia la derecha, siguiendo la costa alta, rocosa, al este. Meeks señaló un tejado más al sur, apenas visible por encima de una bóveda de viejos robles y magnolios en el punto más alto de la isla.

-Es la casa del pastor protestante -dijo-. Formaba parte de la plantación Vanderhoof. El viejo ministro se casó por dinero. Construido alrededor de 1770 con tablas de ciprés. Hay veintiuna buhardillas por encima del tercer piso..., se supone que hay más de ciento veinte habitaciones. Ha sobrevivido a huracanes, un terremoto y la guerra civil. Hay un helipuerto de este lado de los árboles..., allí, en el claro.

El Cessna se inclinó de nuevo hacia la derecha y perdió suficiente altitud para rugir paralelo a las cimas de las colinas blancas que bajaban sesenta metros hacia un mar encrespado. Natalie tomó cinco fotos con el teleobjetivo y dos con el gran angular. La casa del pastor era visible al fondo de un largo corredor de robles; un enorme edificio deteriorado con trescientos metros de césped cuidado hacia la pendiente vertical de las colinas.

Saul comprobó su mapa y miró los tejados de la casa del pastor que desaparecían detrás de los altos robles.

-Se supone que hay una carretera... o avenida hasta la casa viniendo desde el norte...

-La avenida de los Robles -dijo Meeks-. Más de un kilómetro y medio, directamente desde la base de la colina al otro lado de la casa, donde están los jardines. Pero no es una carretera; es un camino con césped, de treinta metros de ancho, entre robles de más de veinte metros de alto y con doscientos años de edad. Tienen luces suaves como faroles japoneses en los árboles..., los he visto de noche desde quince kilómetros de distancia... Cuando llegan, llevan a los VIP por la avenida de los Robles hasta la casa. ¡Ahí está la pista de aterrizaje!

Habían volado tres kilómetros hacia el oeste a lo largo de la base de la L y las colinas habían bajado hacia una costa baja, rocosa, y después hacia una playa blanca y ancha, cuando se avistó la pista de aterrizaje: una larga cinta oscura orientada hacia el nordeste, que se metía en el bosque.

-Llegan en avión, pero hacen el paseo de la avenida de los Robles -dijo Meeks-. Puede recibir aviones privados hasta el nivel de avión ejecutivo a reacción. Probablemente también un 727 en caso de necesidad. ¡Espérate!

Se lanzaron en pendiente hacia la derecha cuando dieron la vuelta al lado sudoeste de la isla y la playa desapareció detrás de ellos. Más adelante, la línea derecha de la L era destruida por una cala con la zona de seguridad cercana que se extendía hacia dentro por el istmo. Los cien metros de tierra de nadie parecían aterradores entre el verde tropical: el muro de Berlín en pleno paraíso. Al norte de la zona de seguridad, a lo largo del lado occidental de la isla, no había señal de objetos artificiales, ni siquiera ruinas, y la profusión de pequeñas palmeras, pinos marítimos y magnolias se extendían hasta el borde del agua.

-¿Cómo explican la zona de seguridad? -preguntó Saul. Meeks se encogió de hombros.

-Se supone que separa el refugio natural de la finca privada -explicó-. La verdad es que todo es privado. Durante su campamento de verano..., es un nombre estúpido, ¿verdad?..., traen aquí toneladas de primeros ministros y ex presidentes. Tienen esos tíos importantes al sur de la línea para hacer más segura su tarea de seguridad. No es que toda la isla no sea segura. Mirad, el barco de vigilancia de la costa occidental. -Meneó la cabeza hacia la izquierda-. Dentro de tres semanas habrá una docena más como ése. Un enjambre de lanchas de la guardia costera. Incluso si consiguieras llegar a la isla, no irías lejos. Hay fuerzas del Servicio Secreto y seguridad privada por todas partes. Si estás escribiendo un artículo sobre C. Arnold Barent, ya debes saber que a este hombre le gusta la intimidad.

Se acercaban a la punta norte de la isla. Saul la señaló y dijo: -Me gustaría aterrizar allí.

Meeks dirigió sus gafas de sol hacia él.

-Oye, amigo -dijo-, podemos escapar presentando un falso plan de vuelo. Puede incluso que no nos cojan entrando en el espacio aéreo de Barent. Pero si pongo una rueda en esa pista de aterrizaje, no volveré a ver mi avión.

-No hablo de la pista de aterrizaje -dijo Saul-. La playa en la

punta norte es recta y dura y parece suficiente para aterrizar.

-Estás loco -refunfuñó Meeks. Frunció el ceño y ajustó algo en

los controles. El océano era visible más allá de la punta norte de la isla. Saul sacó cuatro billetes de quinientos dólares del bolsillo de la camisa y los puso en el salpicadero.

Meeks sacudió la cabeza.

-Eso no llega para comprar un nuevo avión o pagar gastos de

hospital si tocamos una roca o arena blanda.

Natalie se inclinó adelante y tocó el hombro del piloto.

-Por favor, señor Meeks -dijo ella por encima del ruido del motor-, es muy importante para nosotros.

Meeks se volvió para poder mirar a Natalie.

-Esto no es simplemente un artículo para una revista, ¿verdad?

Natalie miró a Saul y después de nuevo a Meeks y meneó la cabeza.

-No, no lo es.

-¿Tiene que ver con la muerte de Rob? -preguntó Meeks.

-Sí -dijo Natalie.

-Lo suponía -asintió Meeks-. Nunca me quedé satisfecho con ninguna de las malditas explicaciones sobre qué hacía Rob en Baltimore y qué demonios tenía el FBI que ver con eso. ¿Este multimillonario Barent está de alguna manera implicado?

-Creemos que sí -dijo Natalie-. Tenemos que obtener más información.

Meeks señaló la playa que tenían debajo.

-¿Y aterrizar allí algunos minutos ayudará a descubrir algo?

-Quizá -dijo Saul.

-De acuerdo, mierda -murmuró Meeks-. Supongo que sois terroristas o algo por el estilo, pero los terroristas nunca me han perjudicado y los hijoputas como Barent hace años que me están jodiendo. ¡Allá vamos! -El Cessna se inclinó hacia la derecha hasta que dio otra vez la vuelta para pasar sobre la playa del norte a sesenta metros de altitud. La cinta de arena sólo tenía diez metros en su parte más ancha y estaba rodeada de espesa vegetación. Varios riachuelos y calas abrían desniveles profundos en la extremidad noroeste de la playa-. No puede tener más de ciento veinte metros -gritó Meeks-. Tengo que bajar exactamente al borde del agua y rezar para que no encontremos un agujero o una roca o algo de este tipo. -Comprobó los instrumentos y miró abajo, a las blancas líneas de espuma y las copas oscilantes de los árboles-. El viento viene del oeste -dijo-. ¡Allá vamos!

El Cessna se inclinó mucho, una vez más, hacia la derecha y dio la vuelta sobre el mar, perdiendo altitud. Saul se apretó el cinturón y se inclinó sobre el salpicadero. En el asiento trasero Natalie protegió la cámara, aseguró la automática Colt bajo su blusa suelta, comprobó su cinturón y cobró ánimo.

Meeks desaceleró para que el Cessna bajara lentamente y el avión pareció flotar sobre las olas al este de la isla durante un largo minuto. Saul vio que su trayectoria los llevaría a la

espuma y no a la arena, pero en los últimos segundos Meeks dio un impulso de aceleración al Cessna, se deslizó de lado sobre un grupo de rocas que aumentaban alarmantemente de tamaño a medida que caían hacia ellas y asentó la avioneta firmemente en la arena mojada tres metros más adelante.

El morro bajó rápidamente, agua de mar salpicó el parabrisas, Saul sintió que la rueda izquierda se inclinaba sobre un lado; después Meeks estuvo muy ocupado al parecer accionando acelerador, palanca del timón, frenos y alerones, todo al mismo tiempo. La cola bajó y el avión redujo la velocidad, pero no suficientemente deprisa y las calas que parecían tan alejadas, en la extremidad noroeste de la playa, avanzaban hacia ellos a través del disco borroso de la hélice. Cinco segundos antes de que tocaran el barranco, Meeks bajó la rueda derecha lo suficiente para salpicar la ventanilla de Saul, hizo eructar el acelerador y los frenos para hacer subir la cola mientras se deslizaban en un círculo, amplio que levantó la rueda izquierda del suelo y la rueda derecha pasó a pocos centímetros de la cala y de las dunas antes de que la avioneta se detuviera, con la hélice parada y el parabrisas mirando al este, se veían sobre la playa tres líneas paralelas nada rectas que marcaban el recorrido que había hecho la avioneta.

-Tres minutos -dijo Meeks tirando ya de la válvula-. Estaré en la punta este de la playa y si el viento baja o veo que el barco aparece en Slave Point, adiós. La señora se queda en el avión para ayudarme a girar la cola para la vuelta.

Saul asintió con la cabeza, se desabrochó el cinturón y salió, con su pelo largo agitado por el viento y el chorro de la hélice. Natalie sacó su bolsa larga, pesada, envuelta en plástico, con asas de cuero.

-¡Eh! -gritó Meeks-. No habíais dicho nada de...

-;Ve! -gritó Saul, y corrió hacia el borde del bosque, donde la cala desaparecía bajo espesas palmas y flores tropicales.

Era un pantano. Saul estaba metido en agua hasta las rodillas, a diez metros de la playa. El borde de magnolios y palmitos se transformaba en viejos cipreses y robles nudosos cubiertos de musgo. Un pigargo explotó desde un enorme nido a menos de dos metros de la cabeza de Saul y algo se alejó nadando tres metros a su derecha, dejando una ancha estela tras de sí y haciendo que Saul recordara lo que Gentry había dicho de coger serpientes en la oscuridad.

Los tres minutos de Saul casi se habían terminado cuando cogió la brújula y decidió que estaba ya bastante lejos. Llevaba la pesada bolsa en el hombro derecho y ahora miraba a su alrededor. Vio un viejo ciprés marcado por el fuego o por un rayo, cuyas dos ramas bajas se extendían sobre el agua salobre como los brazos carbonizados de un hombre. Vadeó hacia él y el agua ya le cubría hasta el pecho cuando llegó cerca del enorme tronco. El rayo había abierto en él una grieta dentada, exponiendo el podrido interior.

El lodo y las corrientes tiraban de la pernera izquierda de Saul bajo el agua mientras metía el largo saco en la grieta, para ponerlo fuera de la vista, apretándolo con fuerza y con una tranca hecha de pequeños trozos arrancados al tronco gris. Retrocedió diez pasos, satisfecho de que la pesada bolsa fuera invisible, y empezó a memorizar la forma y situación del viejo árbol en relación con la cala, con otros árboles y con la mancha de cielo visible entre el musgo y los troncos retorcidos. Entonces se giró e intentó correr hacia la playa.

El lodo lo detenía, parecía intentar derribarlo, y amenazaba con quitarle las botas o inmovilizarle los tobillos. Una capa de verdín salobre le cubría la camisa y el agua estancada olía a mar y a putrefacción. Frondas y helechos le golpeaban la cabeza mientras un enjambre de insectos revoloteaban en una nube espesa alrededor de su cara y hombros, cubiertos de sudor. La vegetación parecía mucho más espesa al salir; la lucha, infinita. Logró superar la última barrera de ramas y se tambaleó por la cala arenosa, honda, luchando en el fondo del barranco y comprendiendo que, aun con la ayuda de la brújula, había salido treinta metros más al oeste respecto al punto por el que había entrado.

El Cessna había desaparecido.

Saul se detuvo en un segundo de incredulidad y después corrió quince metros hacia delante y vio el destello del sol sobre metal y vidrio a una distancia aparentemente imposible

después de una curva de dunas bajas. Podía oír el motor mientras corría hacia allá sobre la arena mojada, observando con desinterés que la marea parecía estar subiendo; cubría ya la rueda del lado del mar y hacía disminuir rápidamente la extensión de playa utilizable como punto de despegue. Cuando había recorrido dos terceras partes del camino jadeaba con tal intensidad que no oyó el zumbido de una lancha antes de verla, la espuma blanca centelleando, rodeando la punta noroeste de la isla. Podían verse por lo menos cinco figuras oscuras con fusiles. Saul corrió más deprisa, sus botas chapoteaban en el agua mientras corría hacia el Cessna. Si el avión empezara a despegar ahora, Saul tendría que escoger entre lanzarse al agua o ser cortado por la mitad por la hélice.

Estaba a diez metros del avión cuando tres pequeños montones de arena saltaron bajo el ala izquierda; una cosa muy extraña, como si alguna criatura enterrada o una pulga de mar gigante se dirigiera a él. Oyó el agudo crac-crac-crac de tiros un segundo después. La lancha estaba a doscientos metros, a buena distancia para disparar. Saul asumió que sólo el balanceo del mar y la velocidad de la lancha habían perjudicado al tirador.

La portezuela izquierda se abrió cuando Saul corrió los últimos seis metros, saltó del montante al asiento del pasajero sobre el que cayó, empapado en sudor. El avión dio un salto adelante cuando él aún no estaba del todo dentro y aceleró por la estrecha línea de playa mientras Natalie luchaba por cerrar la puerta. Se escuchó el ruido seco de una bala contra el metal detrás de ellos y Meeks blasfemó, hizo algo con un control por encima de su cabeza, tiró totalmente la válvula hacia atrás y luchó con la palanca de mando, que vibraba.

Saul se sentó y miró por el parabrisas precisamente cuando el Cessna llegó al final de la playa, aún en el suelo, y rugió, saliendo por encima de la cala de agua salada y estrechos riachuelos. Rocas afiladas y follaje bajo les esperaban en el lado oeste.

El metro de aire por debajo fue decisivo. La rueda derecha salpicó una vez y ya estaban en el aire, pasando por encima de las rocas a menos de treinta centímetros e inclinándose hacia la derecha sobre las olas mientras subían a seis metros, después a nueve. Saul miró hacia la derecha y vio la lancha rápida que llegaba a la playa, rebotando con ímpetu. Las bocas de las armas centelleaban ante sus ojos.

Meeks pisó con fuerza los pedales y tiró de la palanca hacia él y después hacia adelante para lanzar al Cessna a un extraño arco deslizante hacia la izquierda que los dejó a un metro y medio por encima de las olas y ganando velocidad para poner la pared de la punta occidental y su pantalla de árboles entre ellos y la patrullera.

Con el cinturón aún desabrochado, Saul se golpeó la cabeza contra el techo, rebotó desde la puerta abierta y se agarró al asiento y la consola para no caer contra el piloto y la palanca de mandos.

Meeks lo miró agriamente. Saul se abrochó el cinturón y miró alrededor. Pasaban árboles a la izquierda. Aproximadamente un kilómetro delante de ellos, tres lanchas rápidas corrían en su dirección, con las proas completamente fuera del agua.

Meeks suspiró y se inclinó hacia la derecha tan en pendiente que Saul pudo distinguir la forma oscura de una raya en el mar justo debajo de la avioneta. Podía haber medido con el brazo la distancia entre el borde del ala y la ola.

Recuperaron la horizontalidad y se dirigieron hacia el oeste, dejando la isla y las lanchas atrás, pero volaban aún lo bastante bajo para que su sentido de la velocidad fuera tangible cuando aceleraron hasta doscientos veinte kilómetros por hora. Saul deseó que el Cessna tuviera tren de aterrizaje replegable y se sintió resistiendo al impulso de levantar los pies del suelo. Meeks cogió la palanca con las rodillas mientras sacaba un pañuelo rojo del bolsillo y se sonó la nariz.

-Vamos a tener que volar hasta el campo de aterrizaje privado de mi amigo Terence en Monck's Corner y llamar a Albert para que llene ese plan de vuelo alternativo -dijo Meeks-, por si esos tipos deciden comprobar los aeropuertos costeros hasta tan al norte. Vaya lío.

Meneó la cabeza, pero destruyó el efecto con una sonrisa.

-Sé que hablamos de trescientos dólares -dijo Saul-, no me parece que ése sea el precio de esta excursión.

-No -aseguró Meeks.

-No -dijo Saul. Miró a Natalie y ella hurgó en la bolsa de la cámara buscando los cuatro mil dólares en billetes de cincuenta y veinte.

Saul los colocó al borde del asiento del piloto.

Meeks los colocó sobre el regazo y los tocó con el pulgar.

-Mira -dijo-, si esto os ha ayudado a obtener cualquier información sobre quién mató a Rob Gentry, para mí está bien sin esta
prima.

Natalie se inclinó hacia delante.

-Ha ayudado -dijo ella-. Pero guárdate la prima.

-¿Me vais a decir qué tuvo que ver ese hijoputa de Barent con la
muerte de Rob?

-Cuando sepamos más -dijo Natalie-. Y podemos necesitar tu
ayuda otra vez.

Meeks se frotó la camiseta y sonrió.

-Claro, señorita. No deje que la revolución empiece sin mí, ¿de
acuerdo?

Meeks encendió un transmisor colgado por una correa de un botón del salpicadero. Se dirigieron hacia tierra firme al ritmo de bandas
de metal y canciones españolas.

58

Melanie

El pelele femenino de Nina llevó a Justin a dar un paseo.

Llamó al portal poco antes de las once de la mañana, cuando la gente decente debería estar en la iglesia. Declinó la invitación de Culley de entrar y pidió que Justin -ella dijo «el niño»- saliera para dar un paseo en coche.

Reflexioné un momento. La idea de que Justin saliera del recinto era perturbadora -de toda mi familia, él era mi favorito-, pero no dejar que la chica de color entrara en la casa tenía sus ventajas. Había también la posibilidad de que la excursión pudiese arrojar alguna luz sobre el misterio del paradero de Nina. Hice que la chica esperara cerca de la fuente hasta que la enfermera Oldsmith vistiera a Justin con su traje más bonito -pantalones cortos y una camisa marinera-, y se reuniera con la joven negra para el paseo.

Su coche no me dijo nada; era un Datsun casi nuevo con el aspecto y el olor de un vehículo de alquiler. La chica de color vestía falda marrón, botas altas y blusa beige, sin bolso ni señal de cartera que pudiera contener un carné de identidad. Claro, si era un instrumento condicionado de Nina ya no tenía identidad.

Subimos lentamente por East Bay Drive y después fuimos hacia el norte a lo largo de la autopista para Charleston Heights. Allí, en un pequeño parque que daba a los astilleros navales, la chica aparcó, cogió un par de prismáticos del asiento- trasero y llevó a Justin hasta una cerca negra de hierro. Estudió el bosque de pórticos y navíos grises al otro lado del agua y se giró hacia mí.

-Melanie, ¿vas a salvar la vida de Willi y a proteger la tuya?

-Claro -dije yo con mi tono de contralto infantil. Yo no estaba concentrada en lo que ella decía, sino en la furgoneta que había llegado al extremo del aparcamiento. Había un hombre en ella, con la cara oculta por sombras, gafas de sol y la distancia. Estaba segura de que había visto aquel vehículo siguiéndonos en East Bay Drive poco antes de girar a la izquierda desde la calle Calhoun. Había sido fácil ocultar las miradas de Justin bajo el disfraz de meneos infantiles.

-Bueno -dijo la chica negra, y repitió la inverosímil historia de otros poseedores de la «aptitud» organizando una versión estrafalaria de nuestro «juego» en una isla cualquiera.

-¿Cómo puedo ayudar? -pregunté, retorciendo la cara de Justin en lo que tenía la certeza que era una expresión de preocupación interesada. Es difícil desconfiar de un niño. Mientras la chica negra me contaba cómo podía yo ayudar, pensé en mis opciones.

Antes me habría beneficiado poco «usar» a la chica. Mi sondeo experimental me había mostrado que o Nina la «usaba» pero no mostraba ningún deseo de luchar para conservarla si yo intentase usurpar su control, o la chica era un pelele magníficamente condicionado, que no exigía la supervisión de Nina o de quienquiera que la hubiera condicionado, o nadie la «usaba».

Ahora las cosas habían cambiado. Si el hombre de la furgoneta estaba de cualquier manera asociado a la chica de color, «usarla» podría ser una excelente manera de obtener informaciones.

-Mira por los prismáticos -dijo ella, y se los pasó a Justin-. Es el tercer barco por la derecha.

Cogí los prismáticos y entré en su mente. Sentí su choque y la imagen de un extraño dibujo en una máquina llamada osciloscopio -que yo conocía porque era uno de los instrumentos que el doctor Hartman tenía en mi habitación- y después la cogí. La transición fue tan fácil como yo esperaba con mi «aptitud» intensificada. La chica negra era joven y fuerte; pude sentir su vitalidad. Pensé que su fuerza podría serme útil en los momentos que seguirían.

Dejé a Justin allí, con aquellos absurdos prismáticos, y me dirigí rápidamente a la furgoneta con la esperanza de que la chica de color hubiese traído algo que pudiese ser usado como arma. El vehículo estaba en el extremo del aparcamiento y a causa del sol que brillaba en el parabrisas yo estaba a medio camino cuando descubrí que estaba vacío y la puerta del conductor abierta.

Hice que la chica parase un momento y mirase alrededor. Había diversas personas en el parque; una pareja de color paseaba cerca de la reja, una chica con chándal de jogging se recostaba desvergonzadamente bajo un árbol, con los pezones claramente marcados bajo el fino tejido, dos comerciantes hablaban con entusiasmo cerca de una fuente, un hombre mayor con una pequeña barba me miraba desde cerca de

otro coche y una familia al completo estaba sentada en una mesa de picnic cercana.

Durante un segundo sentí algo como el viejo pánico dentro de mí mientras rastreaba la zona en busca de la cara de Nina. Era un mediodía de un domingo luminoso de primavera y sentí que en cualquier momento vería un cadáver pudriéndose sentado en una esquina del parque o mirándome desde el asiento delantero de un coche, con unos ojos azules repletos de gusanos.

Justin cogió una rama caída con el gesto despreocupado de un niño juguetón y, agitándola delante de sí, se acercó a la chica de color, manteniéndose detrás de ella cuando la hice acercarse a la furgoneta. Mirando por la ventana del lado del conductor, pude ver una profusión de instrumentos electrónicos y cables enrollados en el asiento y la parte de atrás del vehículo. Justin se giró para vigilar a la gente en el parque.

Hice que la chica de color mirase el asiento trasero. Hubo una impresión súbita, ligera, de dolor, que sofoqué rápidamente, y sentí que perdía el control sobre ella. Durante un segundo tuve la certeza de que Nina intentaba apoderarse de ella, pero después vi que la chica caía al suelo. Pasé mi conciencia a Justin a tiempo de ver que la chica caía pesadamente, con la cabeza deslizándose contra el metal de la puerta del coche.

Retrocedí en las cortas piernas de Justin, todavía con la rama que al principio me parecía tan formidable vista a través de los ojos de Justin, pero que ahora veía que era una ramita absurda. Los prismáticos aún colgaban de mi cuello. Retrocedí hacia la mesa de picnic desocupada, girando la cabeza, sin saber quién era mi enemigo o de dónde podía venir. Nadie parecía haberse dado cuenta de la caída de la chica de color ni había visto su cuerpo inerme entre la furgoneta y un coche deportivo azul. Yo no tenía idea de quién la había matado o qué método habían usado. Justin había entrevisto una mancha roja en la espalda de su camisa beige, pero no parecía suficientemente grande para ser un agujero de bala. Pensé en silenciadores y otros instrumentos exóticos de las películas que yo había visto antes de ordenarle al señor Thorne que sacara de mi casa el televisor, ya que no quería volver a saber de él.

No había sido una buena idea «usar» a la chica de color. Ahora estaba muerta -o lo parecía, no me interesaba que Justin se acercara a su cuerpo-, y Justin estaba atrapado en ese parque a kilómetros de casa. Me aparté más del aparcamiento y fui hacia la cera. Uno de los hombres con traje de ciudad se volvió y empezó a caminar en mi dirección y yo fui hacia él, levantando la rama y gruñendo como una fiera. El hombre simplemente me miró y siguió su camino hacia la zona de picnic donde se encontraban las salas de reposo. Hice que Justin se girara y corriera hacia la reja, deteniéndose en el extremo del parque, con la espalda contra el hierro frío.

No podía ver a la chica de color desde ese ángulo. Dos hombres desmontaron de grandes motos en mi extremo del aparcamiento y se dirigieron hacia donde yo estaba.

Culley y Howard corrieron hacia el garaje para coger el Cadillac. Howard tuvo que volver a salir del vehículo para abrir la puerta del garaje. Estaba oscuro allá.

La enfermera me puso una inyección para aminorar los desenfrenados latidos de mi corazón. La luz era extraña, caía sobre el edredón de mi madre a los pies de mi cama, reflejando el agua del río Cooper en los ojos de Justin, a través de la sucia ventana del garaje mientras Howard buscaba el cerrojo.

La señorita Sewell tropezó en la escalera, el chico de color gimió en la cocina y levantó la cabeza sin motivo, la visión de Justin se enturbió, se hizo otra vez clara. Había dos hombres más en el césped... Era difícil controlar a tantos al mismo tiempo, me dolía la cabeza, me senté en la cama, observándome a través de los ojos de la enfermera Oldsmith... ¿Dónde estaba el doctor Hartman?

¡Maldita Nina!

Cerré los ojos. Todos mis ojos excepto los de Justin. No había motivo para dejarse ver por el pánico. Justin era demasiado pequeño para conducir un coche, aunque encontrara las llaves, pero a través de él podía «usar» a cualquier persona que él pudiese ver para que le trajese a casa. Pero yo estaba tan cansada. Me dolía la cabeza.

Culley hizo retroceder el Cadillac con las puertas del garaje aún cerradas, casi atropelló a Howard y bajó por el callejón sin él, con trozos de madera podrida sobre el maletero y la ventana trasera.

«Ya voy, Justin. No hay de qué preocuparse. Y si te llevan, hay otros que se quedarán aquí conmigo. »

¿Y si todo esto era una distracción? Culley se ha ido. Howard se arrastra en el garaje intentando ponerse de pie.

-¿Y si agentes de Nina llegan a la puerta en este momento? ¿Y saltan la cerca?

Me concentré en enviar el chico de color llamado Marvin a la parte delantera con un hacha. Él luchó para resistirse. Duró sólo un segundo, menos de un segundo, pero luchó. Había descuidado el condicionamiento. Aún había mucho de él.

Obligué al chico de color a quedarse en el patio, cerca de la fuente. No había nadie allí. La señorita Sewell se reunió con ellos para vigilar. Desperté al doctor Hartman de su siesta en la sala de estar de los Hodges y lo traje a mi habitación corriendo. Culley estaba en la calle Meeting,

acercándose a la salida de la avenida Spruil, cerca de los astilleros navales. Howard vigilaba el patio trasero.

Me sentí mejor. Recuperaba el control. Había sido sólo ese viejo pánico que sólo Nina podía causarme. Pero ya había cesado. Si alguien amenazara a Justin, haría que esa persona se empalara a sí misma en la cerca de hierro. Le habría ayudado a arrancarse sus propios ojos y...

Justin había desaparecido.

Mientras mi atención se había distraído, le había dejado a su propio condicionamiento. Le dejé de pie con la espalda contra la cerca y el río, un niño de seis años manteniendo a raya el mundo con su rama.

Había desaparecido. No había ninguna impresión sensorial. Yo no había sentido ningún impacto, ninguna bala o cuchillo. Quizás había sido escondido por el dolor de Howard o la lucha con la señal de conciencia del chico de color o la torpeza de la señorita Sewell. No lo sabía.

Justin había desaparecido. ¿Quién me peinaría por la noche?

Quizá Nina no lo había matado, sólo se lo había llevado. ¿Para qué? ¿Como venganza porque yo había causado la muerte de su negrita mensajera? ¿Podía Nina ser tan mezquina?

Sí, podía.

Culley llegó al parque y caminó por allí pesadamente hasta que la gente empezó a mirarlo. Me miraban.

El coche de alquiler estaba aún allí, vacío. La furgoneta había desaparecido. El cuerpo de la chica de color y Justin también.

Incliné los macizos brazos de Culley contra la barandilla de metal y miré abajo, hacia el río, doce metros debajo de mis pies. La grisácea corriente se encrespaba y formaba remolinos.

Culley lloró. Yo lloré. Todos lloramos.

Maldita Nina.

Era muy entrada la noche, yo flotaba en el sopor de las drogas cuando golpearon furiosamente el portal. Medio atontada, hice que Culley, Howard y el chico de color salieran. Vi quién era y me quedé paralizada.

Era la chica de color de Nina, con la cara color ceniza, el vestido sucio y rasgado, los ojos muy abiertos. Llevaba el cuerpo fláccido de Justin en los brazos. La enfermera Oldsmith apartó las cortinas y observó a través de las persianas para proporcionarme otro ángulo de visión.

La chica de color levantó un dedo largo y con él apuntó a mi habitación, me apuntó a mí.

-¡Melanie! -gritó, tan alto que me pareció que despertaría a todo el vecindario-. Melanie, abre esta puerta inmediatamente. Quiero hablar contigo.

Su dedo continuó levantado, apuntándome. Pareció que pasara mucho tiempo. Las puntas verdes del monitor cerca de mi cama se movieron salvajemente. Todos cerramos los ojos y después miramos de nuevo. La chica de color aún estaba allí, aún me apuntaba con su dedo, aún miraba imperiosamente con una arrogancia que yo no había visto desde la última vez que había hecho fracasar uno de los planes de Nina Drayton.

Lentamente, vacilando, mandé que Culley avanzara y abriera el portal y le hice retroceder rápidamente antes de que la cosa que Nina había enviado le tocara. Ella entró bruscamente, atravesando la puerta abierta.

La dejamos pasar cuando entró en la sala de estar. Dejó el cuerpo de Justin en el diván.

Yo no sabía qué hacer. Decidimos esperar.

59

Charleston, domingo 10 de mayo de 1981

Saul observaba a Natalie y Justin en el parque y escuchaba su conversación a través del micrófono que ella llevaba en el cuello de la blusa cuando el ordenador dio la alarma. Sus ojos se fueron hacia la pantalla del ordenador portátil colocado en el asiento del pasajero de la furgoneta, pensando durante un segundo que tenía que ser un fallo del aparato de telemetría, de los sensores o de la batería situada en el asiento trasero y no el acontecimiento que ambos temían. Una ojeada le dijo que no era un fallo del equipo. El ritmo theta era inconfundible, el patrón alfa mostraba ya los picos y valles del REM. En ese segundo encontró la respuesta a un problema con el que había luchado durante meses y en el mismo instante comprendió que su vida estaba en peligro.

Saul miró y vio a Natalie volviéndose hacia él en el momento en que él cogía la pistola de dardos y salía del vehículo, alejándose e intentando conservar la furgoneta y los otros vehículos entre Natalie, el chico y él mismo. «No, no, Natalie», pensó y se detuvo detrás del último coche del aparcamiento, a siete metros de la furgoneta.

¿Por qué la vieja había decidido «usar» a Natalie ahora? Saul se preguntó si le habían descubierto siguiéndolas. Se había visto obligado a quedarse cerca -el transmisor del micrófono que había colocado en el cinturón de Natalie tenía un alcance máximo inferior a un kilómetro- y había poco tráfico. Se habían vuelto demasiado confiados a causa de los éxitos de la última semana y su expedición a la isla el día anterior. Saul blasfemó en voz baja y se agachó para mirar a través de la ventana de un Ford Fairmont blanco mientras Natalie se dirigía a la furgoneta.

El niño caminaba quince pasos detrás de Natalie, con una rama que había cogido del césped en las manos. En ese momento Saul sintió un agobiante impulso de matar al niño, vaciar todo el cargador del Colt que tenía en el bolsillo en aquel pequeño cuerpo, expulsar a los demonios matándolo. Aspiró profundamente. Había enseñado en Columbia y otras universidades sobre el tono peculiar y perverso de la moderna violencia en libros y películas como El exorcista, La maldición e innúmeras imitaciones hasta llegar a La semilla del diablo. Había considerado la abundancia de espectáculos demoníaco-infantiles como un síntoma de temores y odios ocultos más profundos; la incapacidad de la «generación del yo» de entrar en el papel de la paternidad responsable al precio de perder su propia interminable infancia, la transferencia de la culpa del divorcio -el niño no es realmente un niño, sino una cosa mala, más vieja, capaz de merecer cualquier abuso resultante de las acciones egoístas del adulto- y la furia de toda una sociedad en revuelta después de dos décadas de una cultura dominada por el aspecto juvenil, por la música orientada hacia la juventud, por las películas juveniles, y dominada por el mito creado por la televisión y el cine de que el adulto-niño era inevitablemente más sensato, más calmado, y más «sabio» que los infantilizados adultos de la casa. Por eso Saul había enseñado que el hecho de que el miedo y el odio a los niños se hicieran visibles en los medios de masas y los best-sellers hundía sus raíces irracionales en culpas comunes, inquietudes compartidas, y en el angst universal de la época. Había advertido que la racha nacional de agresión, negligencia e insensibilidad hacia los niños tenía sus antecedentes históricos y seguía su curso, pero que se tenía que hacer todo lo posible para evitar y eliminar ese tipo de violencia antes de que envenenase Estados Unidos.

Saul se agachó, observó por la ventana trasera del coche la presencia odiosa de aquella pequeña cosa que había sido el pequeño Justin Warden y decidió no abatirlo. Todavía no. Además, matar a un niño de seis años en un parque, un domingo por la tarde, no era la mejor manera de garantizar su anonimato en Charleston.

Natalie dio la vuelta a la furgoneta y se asomó, inclinándose ligeramente para mirar el asiento trasero, de espaldas a Saul. En ese momento el niño se volvió para mirar a la familia sentada en una mesa cercana. Saul se levantó, apoyó la pistola de dardos en la capota de un coche, disparó y se ocultó.

Durante varios segundos estuvo seguro de que había fallado, que la distancia era excesiva para el pequeño dardo disparado por aire comprimido, pero después vislumbró las plumas rojas en la espalda de la blusa de Natalie un instante antes de que ella cayera. Quería correr hacia ella para comprobar que no había sido dañada por la droga o el

golpe de la caída, pero Justin miró en su dirección y Saul se ocultó a gatas detrás del Ford, hurgando en la pequeña caja de dardos anestésicos y abriendo la pistola para cargarla.

Dos pequeñas piernas desnudas corrieron hasta detenerse a un metro y medio de la cara de Saul, que levantó la cabeza y vio a un niño de ocho o nueve años recuperando una pelota azul. El niño miró a Saul y la pistola de aire comprimido.

-Eh, señor -dijo-, ¿va a pegarle un tiro a alguien?

-¡Vete! -susurró Saul.

-¿Usted es un poli o algo así? -preguntó el chico, interesado.

Saul meneó la cabeza.

-¿Eso es una pistola Uzi o algo así? -preguntó el chico, colocándose la pelota bajo el brazo-. Parece una Uzi con silenciador.

-¡Vete al cuerno! -murmuró Saul, utilizando la frase favorita de los soldados británicos en la Palestina ocupada cuando se enfrentaban a chiquillos de la calle.

El niño se encogió de hombros y volvió a su juego. Saul levantó la cabeza a tiempo de ver a Justin corriendo también, de espaldas al aparcamiento, con la rama en la mano.

Saul tomó una decisión urgente y se dirigió rápidamente hacia la zona de picnic, lejos de los coches. Podía ver la falda oscura de Natalie desde donde estaba. Caminó rápidamente, conservando los árboles entre él y Justin. Nadie en el parque parecía haberse dado cuenta aún de la presencia de Natalie en el suelo, inerte. Dos motos entraron en el aparcamiento con una explosión de ruido.

Saul caminó enérgicamente y llegó a unos doce metros de donde Justin estaba con la espalda contra la cerca sobre el río. El niño tenía una mirada fija, vaga. Tenía la boca abierta y un hilo de saliva le corría hacia la barbilla. Saul recostó la espalda contra un árbol, aspiró profundamente y verificó la carga de COZ en el arma.

-Eh -dijo un hombre con un traje de verano Brooks Brothers gris-, está muy bien eso. ¿Tiene licencia para llevar esa cosa?

-No -dijo Saul, mirando alrededor para confirmar que Justin aún miraba sin ver nada. El niño estaba a quince o veinte metros. Demasiado lejos.

-Muy bien -dijo el joven con el traje gris-. ¿Dispara balas del 22, o bolitas, o qué?

El compañero del hombre de traje gris, un joven rubio con bigote, pelo despeinado y un traje de verano azul, dijo:

-¿Dónde se puede comprar una de ésas? ¿El K-Mart las tiene?

-Perdóneme -dijo Saul, y dio la vuelta al árbol y se dirigió abiertamente a la cerca. La cabeza de Justin no se giró hacia él. La mirada ausente del niño estaba fija en un lugar sobre la capota de los coches del aparcamiento. Saul tenía la pistola oculta en la espalda mientras caminaba a lo largo de la cerca hacia la figura inmóvil del niño de seis años. A veinte pasos se detuvo. Justin no se movía, sintiéndose como un gato persiguiendo a un ratón de juguete. Saul cubrió los últimos quince pasos, apuntó la pistola- y disparó un dardo azul a la desnuda pierna derecha del niño. Cuando Justin cayó hacia adelante, aún rígido, Saul estaba allí para cogerlo. Nadie parecía haberse dado cuenta de nada.

Se contuvo y no volvió corriendo al aparcamiento, pero de todos modos caminó bastante deprisa. Los dos melenudos que habían llegado en las motos estaban en la acera mirando el cuerpo fláccido de Natalie. Ninguno había hecho un movimiento para ayudarla.

-Perdónenme, por favor -dijo Saul, deslizándose cerca de ellos. Pasó sobre Natalie, abrió la puerta trasera izquierda de la furgoneta y colocó suavemente a Justin al lado de las baterías y el receptor de radio.

-Eh, tío -gruñó el más gordo de los dos motoristas-, ¿esta tía está muerta o qué?

-Oh, no -dijo Saul con una sonrisa forzada, suspirando por el esfuerzo de colocarla en el asiento delantero y metiéndola lo más a la derecha posible. Su zapato derecho cayó al suelo con un sonido suave. Lo cogió, sonriendo a los motoristas-. Soy médico. Ella tiene un pequeño

problema de ataques de petit mal producidos por un edema cardiopulmonar neurológicamente deficiente. -Entró en la furgoneta, dejó la pistola de dardos en el asiento, y continuó sonriendo a los motoristas-. Lo mismo pasa con el niño -dijo-. Viene..., ah..., de familia.

Saul puso el motor en marcha y se fue, casi esperando que un coche lleno de zombies de Melanie Fuller lo interceptara antes de llegar a la carretera. No apareció ningún coche.

Saul condujo durante algún tiempo hasta estar seguro de que no lo seguían y después volvió al motel. Su cabaña estaba casi oculta de la carretera, pero comprobó que no había tráfico antes de llevarlos adentro, primero a Natalie y después al niño.

Los sensores de encefalograma de Natalie estaban aún en su sitio, ocultos entre su pelo y funcionando. El micrófono y el aparato de telemetría aún trabajaban. Saul se detuvo un minuto antes de desconectar el ordenador y llevarlo adentro. El ritmo theta había desaparecido, los picos de REM estaban ausentes. La lectura del encefalógrafo era con secuente con un reposo profundo, sin sueños, inducido por una droga. Después de transportar el equipo, Saul puso cómodos a Natalie y Justin y comprobó sus constantes vitales. Activó el segundo aparato de telemetría, conectó elctrodos en el cráneo del chico y marcó un código

para iniciar un programa que mostraría ambas series de datos de encefalograma al mismo tiempo en la pantalla del ordenador. El de Natalie continuaba mostrando un patrón normal de sueño profundo. El del niño mostraba las líneas habituales de la muerte clínica del cerebro.

Saul comprobó el pulso, los latidos y la reacción retiniana del niño, le tomó la presión arterial y probó los estímulos de sonido, olor y dolor. El ordenador continuó sin indicar ninguna función neurológica. Saul cambió los aparatos de telemetría y los sensores, comprobó las baterías del transmisor, pasó a transmisión única en la pantalla y utilizó más masa electrolítica y otros dos electrodos. Las lecturas fueron idénticas a las primeras. Justin Warden tenía el cerebro clínicamente muerto, no tenía literalmente más que una mínima energía cerebral que mantenía el corazón bombeando, los riñones filtrando y los pulmones moviendo el aire a través de una envoltura de carne absurda.

Saul puso la cabeza entre las manos y permaneció en esa posición durante mucho rato.

-¿Qué hacemos? -preguntó Natalie, que iba por su segunda taza de café. El tranquilizador la había tenido inconsciente poco menos de una hora, pero necesitó quince minutos para poder pensar con claridad.

-Creo que es mejor mantenerlo drogado -dijo-. Si lo dejamos salir del sueño profundo, Melanie Fuller puede recuperar el control. El niño que era Justin Warden..., recuerdos, gustos, temores, todo lo que es humano..., se ha ido para siempre.

-¿Puedes estar seguro de eso? -preguntó Natalie, con la voz poco clara.

Saul suspiró, dejó a un lado su taza de café y añadió un poco de whisky.

-No -respondió-, no sin un equipo mejor, pruebas más complicadas y la posibilidad de observar el niño en una gama de condiciones mucho más amplia. Pero con indicaciones tan inactivas, diría que las probabilidades están abrumadoramente en contra de que vuelva a ser algo que se acerque a la conciencia humana, mucho menos memoria y personalidad.

Bebió un largo sorbo.

-Todos aquellos sueños de liberarlos... -empezó Natalie.

-Sí -dijo Saul, y dejó la taza vacía-. Tiene sentido cuando piensas en ello. Cuando más condicionamiento haya realizado la vieja, menos posibilidad hay de que sobreviva la personalidad. Sospecho que los adultos funcionan con un residuo de sus identidades..., personalidades..., ciertamente no le serviría de nada haber secuestrado personal médico como hizo si no tuviera acceso a sus conocimientos y técnicas aprendidos. Pero incluso en esos casos, el control mental prolongado, este vampirismo cerebral, tiene que matar la personalidad original al cabo de algún tiempo. Es como una enfermedad, un cáncer de cerebro, que crece con el tiempo; las malas células van eliminando las buenas.

Natalie se frotó la cabeza, le dolía.

-¿Es posible que algunos de los..., de los suyos... hayan sido menos controlados que otros? ¿Y menos infectados?

Saul abrió los dedos de una mano en un gesto extraño.

-¿Posible? Sí, supongo. Pero si son condicionados, desnaturalizados, lo suficiente para que ella pueda confiar en ellos como criados, me temo que sus personalidades y funciones superiores son gravemente dañadas.

-Pero el oberst te usó -dijo Natalie sin ninguna insinuación emocional-. Y yo fui atacada dos veces por Harod y por lo menos otras tantas por esta vieja bruja.

-¿Y? -dijo Saul, quitándose las gafas y frotándose la nariz. -Bueno, ¿y nos han dañado? ¿El cáncer está creciendo dentro de

nosotros en este preciso momento? ¿Somos diferentes, Saul? ¿Lo somos?

-No lo sé -contestó él. Permaneció sentado, inmóvil, hasta que Natalie apartó la mirada.

-Lo siento -dijo ella-. Pero es tan... horrible... tener a esa bruja vieja en el cerebro. Es la sensación de mayor impotencia que he experimentado en mi vida..., debe de ser peor que ser violada. Por lo menos cuando alguien viola tu cuerpo, tu cerebro sigue siendo tuyo. Y lo peor..., lo peor es... que cuando te ha pasado una o dos veces...

Natalie no pudo acabar la frase.

-Lo sé -dijo Saul, cogiéndole la mano-. Una parte de ti quiere repetir la experiencia. Es como una droga terrible con efectos secundarios dolorosos, pero igualmente adictiva. Lo sé.

-Nunca me habías hablado de eso...

-No es algo de lo que se tenga ganas de hablar. -No.

Natalie se estremeció.

-Pero ése no es el cáncer del que hablábamos -dijo Saul-. Estoy seguro de que la adicción viene con el condicionamiento intenso que esas cosas realizan en sus pocos elegidos. Lo que nos conduce a otro dilema moral.

-¿Cuál?

-Si seguimos nuestro plan, exigirá semanas de condicionamiento de por lo menos una persona, o quizá más, inocente.

-Sería lo mismo... Sería temporal..., sería temporal para una función específica.

-Para nuestro objetivo sería temporal -dijo Saul-. Por lo que sabemos ahora, los efectos pueden ser irreversibles.

-¡Mierda! -se exasperó Natalie-. Da igual. Es nuestro plan. ¿Tienes otro?

-No.

-Entonces tenemos que seguirlo -dijo Natalie con firmeza-. Lo seguiremos aunque nos cueste nuestras mentes y nuestras almas. Lo seguiremos incluso si otros inocentes tienen que sufrir. Lo seguiremos porque tenemos que hacerlo, porque se lo debemos a nuestros muertos. Nuestras familias y las personas a las que queremos pagaron el precio y ahora tenemos que seguir adelante, hacer que los asesinos sean castigados... Si paramos ahora no habría justicia. Da igual el precio que tengamos que pagar.

Saul asintió con la cabeza.

-Tienes razón, claro -dijo tristemente-. Pero es precisamente la misma necesidad que obliga al joven palestino enfurecido a poner la bomba en un autobús, al separatista vasco a disparar contra una multitud. No tienen opción. ¿Es tan diferente de los Eichmann que se limitaban a seguir órdenes aduciendo la ausencia de responsabilidad personal?

-Sí -contestó Natalie-, es diferente. Y en este momento estoy demasiado frustrada para preocuparme con tus sutilezas éticas. Sólo quiero saber qué hacer y hacerlo.

Saul se puso de pie.

-Eric Hoffer dice que, para los frustrados, la ausencia de responsabilidad es más atractiva que la libertad.

Natalie sacudió la cabeza con vehemencia. Saul podía ver los filamentos negros finos de los sensores del encefalógrafo corriendo hacia el cuello de la blusa de ella.

-Yo no busco liberarme de la responsabilidad -dijo ella-. Yo asumo la responsabilidad. En este preciso momento intento decidir si debo devolverle este niño a Melanie Fuller.

La sorpresa de Saul se reveló en su cara.

-¿Devolverlo? ¿Cómo podemos hacerlo? Él...

-Tiene el cerebro muerto -interrumpió Natalie-. Ella ya lo ha matado, como con toda seguridad hizo con sus hermanas.

-No puedes volver allí hoy -dijo Saul, mirándola como si no la conociera-. Es demasiado pronto. Ella está demasiado inestable...

-Por eso necesito ir ahora. Mientras ella está tambaleándose, insegura. Está como una regadera, pero no es estúpida, Saul. Tenemos que saber que se ha tragado nuestra farsa. Y no podemos volver a equivocarnos. Quiero dejar de ser lo que soy..., un mensajero..., un pelele, y transformarme en Nina Drayton para ese monstruo.

Saul meneó la cabeza.

-Trabajamos sobre premisas poco sólidas, basadas en una información inadecuada.

-Y es todo lo que tenemos -dijo Natalie-. Sigamos adelante con ello. Estamos comprometidos, no tiene sentido quedarnos entre dos aguas. Necesitamos hablar, tú y yo, hasta que yo encuentre algo que sólo Nina Drayton podría saber, algo que sorprenda incluso a Melanie Fuller.

-Los expedientes de Wiesenthal -dijo Saul, frotándose distraídamente la frente.

-No -dijo Natalie- algo más importante. Algo procedente de tus dos sesiones con Nina Drayton cuando te visitó en Nueva York. Ella jugaba contigo, pero tú funcionabas como terapeuta. Las personas se abren más de lo que ellas mismas suponen.

Saul levantó los dedos y miró el espacio durante un momento.

-Sí -dijo-, hay una cosa. -Sus ojos tristes se fijaron en Natalie-. Pero supone un enorme peligro para ti.

Natalie asintió con la cabeza.

-Para que podamos pasar a la fase siguiente en la que tú asumirás un riesgo que me pone enferma sólo de pensar en ello -dijo ella-. ¡Adelante!

Conversaron durante cinco horas, repasando los detalles que ya habían discutido innumerables veces antes, pero que ahora tenían que afilarse como una espada para la batalla. Terminaron a las ocho de la noche, pero Saul sugirió que esperaran todavía algunas horas.

-¿Crees que ella duerme? -preguntó Natalie.

-Quizá no, pero incluso un demonio tiene que ceder a las toxinas del cansancio, por lo menos sus peleles. Además, estamos tratando con una personalidad auténticamente paranoica y con la invasión de su espacio personal (su territorio), y hay pruebas de que estos vampiros de la mente son tan territoriales como sugiere su utilización primitiva del hipotálamo. Si es así, la invasión durante la noche será más eficaz. La Gestapo hizo de llegar en plena noche su práctica habitual.

Natalie miró el montón de notas que había tomado.

-Entonces, ¿trabajamos con paranoia? ¿Asumiendo que ella sigue la sintomatología del esquizofrénico paranoico?

-No exactamente -matizó Saul-. Tenemos que recordar que tratamos con un nivel cero de Kohlberg. En muchas zonas Melanie Fuller no ha ido más allá de una fase infantil de desarrollo. Quizá ninguno de ellos. Su aptitud parasíquica es una maldición que no les permite ir más allá del nivel de exigir y esperar una satisfacción inmediata.

Es inaceptable todo lo que frustre su voluntad, lo que conduce a la inevitable paranoia y adicción a la violencia. Tony Harod puede que sea el más avanzado..., quizá su aptitud síquica se desarrolló más tarde y con más éxito..., pero su utilización de ese poder limitado sólo sirve, en el mejor de los casos, para satisfacer las fantasías masturbatorias de la adolescencia. Combinado con el ego infantil de Melanie Fuller y su avanzada paranoia, tenemos la mezcla de envidias de colegiala y de atracciones homosexuales no reconocidas inherentes a su larga competición con Nina.

-Magnífico -dijo Natalie-, en términos evolucionistas son superhombres. En desarrollo sicológico son retrasados. En términos humanos son infrahumanos.

-No infrahumanos -matizó Saul-. Simplemente inexistentes.

Permanecieron sentados en silencio durante mucho rato. No habían comido desde el desayuno, doce horas atrás. El modelo de osciloscopio en la pantalla del ordenador mostraba los picos y valles activos de los pensamientos rápidos de Natalie.

Saul se estremeció.

-He resuelto el problema del estímulo disparador poshipnótico -aclaró.

Natalie se enderezó.

-¿Cómo, Saul?

-Mi error fue intentar condicionar una respuesta al ritmo theta o al pico artificial alfa. No puedo crear el primero y el segundo es demasiado inestable. El disparador tiene que ser el estado REM estando despierto.

-¿Puedes reproducirlo estando despierto? -preguntó Natalie.

-Quizá -dijo Saul-. Pero no de una forma tan segura. En su lugar crearé un estímulo provisional, quizás una campana baja, y utilizaré el estado REM natural para dispararlo.

-Sueños -reflexionó Natalie-. ¿Habrá tiempo?

-Casi un mes -dijo Saul-. Si conseguimos hacer que Melanie condicione a la gente que queremos, yo podré obligar a mi propio cerebro a condicionarse a sí mismo.

-Pero todos esos sueños que tendrás -dijo Natalie-. Las personas muriéndose..., la desesperación de los campos de la muerte...

Saul sonrió tristemente.

-De todas formas, ya tengo esos sueños -dijo.

Pasaba de la medianoche cuando Saul la llevó en el coche al casco antiguo y aparcó a media manzana de la casa Fuller. No había ningún equipo en la furgoneta; tampoco Natalie llevaba micrófono o sensores.

La calle y la acera estaban desiertas. Natalie levantó a Justin del asiento trasero, puso tiernamente hacia atrás un mechón de cabello que le había caído sobre la frente y le dijo a Saul por la ventana abierta:

-Si no vuelvo, adelante con el plan.

Saul asintió, mirando el asiento trasero donde veinte kilos de lo que quedaba del explosivo plástico C-4 habían sido divididos en paquetes atados a un cinturón.

-Si no sales -dijo-, vendré a buscarte. Si ella te daña, los mataré a todos y ejecutaré el plan lo mejor que pueda. Natalie vaciló y después dijo:

-Estupendo.

Se giró y llevó a Justin hacia la casa, que estaba iluminada sólo por un resplandor verde que salía del segundo piso.

Natalie colocó al inconsciente niño sobre el viejo sofá. La casa olía a moho y polvo. La «familia» de Melanie Fuller se reunió alrededor del niño como cadáveres ambulantes: el retrasado enorme al que la vieja llamaba Culley; otro hombre más bajo, más moreno, que Natalie pensaba que era el padre de Justin, aunque ni siquiera miró al niño; las dos mujeres con batas sucias de enfermera, una de las cuales tenía un maquillaje espeso tan mal aplicado que parecía un payaso ciego; otra mujer con una blusa a rayas rasgadas y una falda estampada mal emparejada. La única luz era el brillo de una única vela vacilante que Marvin había traído. El antiguo jefe de pandilla llevaba un cuchillo largo en la mano derecha.

Natalie Preston no se preocupó. Su cuerpo estaba tan lleno de adrenalina, su corazón latía con tal ímpetu, su cuerpo estaba tan lleno de las personas que había metido dentro de sí durante las últimas semanas y meses, que sólo quería algo para empezar. Cualquier cosa mejor que esperar, temer, huir...

-Melanie -dijo con su mejor voz cansina del Sur-, aquí tienes a tu niño. No vuelvas a hacerlo.

La masa de carne blanca llamada Culley avanzó sin prisa y miró a Justin.

-¿Está muerto?

-¿Está muerto? -lo imitó Natalie-. No, querida, no está muerto. Pero podría estarlo, y tú también. ¿En qué demonios pensabas?

Culley murmuró algo sobre sus dudas acerca de si la chica de color era realmente de Nina.

Natalie rió.

-¿Te molesta que «use» a esta negra? ¿O tienes envidia, querida?

Tú nunca te preocupaste con Barrett Kramer, que yo recuerde. ¿Cuántas de mis asistentas te han agradado durante estos años, querida?

La enfermera con el maquillaje de payaso habló:

-¡Prueba que eres tú!

Natalie revoloteó hacia ella.

-¡Demonios, Melanie! -gritó. La enfermera dio un paso adelante-. Elige la boca por la que hablarás y quédate en ésa. Estoy cansada de esto. Has perdido totalmente el sentido de la hospitalidad. Si intentas coger otra vez a mi mensajero, mataré a quien envíes y después vendré a ajustarte las cuentas. Mi poder ha aumentado enormemente desde que me disparaste, querida. Tú nunca fuiste mi igual en la «aptitud» y ahora no tienes la mínima posibilidad de competir conmigo. ¿Comprendes?

Natalie se lo gritó a la enfermera con maquillaje de payaso. La enfermera dio un paso hacia atrás.

Natalie se giró, miró todas aquellas caras pálidas y se sentó en la silla más cercana a la mesa.

-Melanie, Melanie, ¿por qué tienen las cosas que ser así? Querida, yo te perdoné por haberme matado. ¿Tienes alguna idea de lo doloroso que es morir? ¿Tienes idea de lo difícil que es concentrarte con ese trozo de plomo de tu estúpida pistola en el cerebro? Si yo puedo perdonarte por eso, ¿cómo puedes tú ser tan estúpida y poner en peligro a Willi y a ti misma..., a todos nosotros..., a causa de viejos rencores? Lo pasado, pasado está, querida, o juro por Dios que quemaré esta ratonera y continuaré sin ti.

Había cinco peleles de Melanie en la sala, sin contar a Justin. Natalie sospechaba que había más arriba, con la vieja, quizás aún más en la casa de los Hodges. Cuando Natalie dejó de gritar, los cinco retrocedieron perceptiblemente. Marvin tropezó con un armario alto de madera y cristal. Platos y figurillas delicadas, remilgadas, vibraron en las repisas.

Natalie avanzó tres pasos y miró la cara de la enfermera-payaso.

-Melanie -exclamó-, mírame. -Era una orden directa-. ¿Me reconoces?

La boca pintarrajeada de la enfermera se movió.

-Yo... no soy..., es tan difícil...

Natalie asintió con la cabeza lentamente.

-¿Después de todos estos años aún te cuesta reconocerme? ¿Estás tan metida en ti misma, Melanie, que no comprendes que nadie podría saber de ti..., de nosotras..., y si supieran, te eliminarían simplemente como un peligro para ellos?

-Willi... -consiguió decir la enfermera-payaso.

-Ah, Willi -dijo Natalie-. Nuestro querido amigo Wilhelm. ¿Te parece que Willi es lo suficientemente listo para esto, Melanie? ¿O sutil? ¿O que Willi habría resuelto las cosas contigo como lo hizo con ese artista del hotel Imperial de Viena?

La enfermera sacudió la cabeza. Sus ojos goteaban rimel. La sombra de los ojos estaba puesta tan pesadamente sobre los párpados que le daba la apariencia de una calavera a la luz de la vela.

Natalie se acercó más, murmurando cerca de la cara pintada de la mujer.

-Melanie, si yo asesiné a mi propio padre, ¿te parece que vacilaría en matarte si te entrometieras otra vez en mi camino?

El tiempo pareció detenerse en aquella casa a oscuras. Era como si Natalie estuviese en una sala con maniquíes estropeados, descuidadamente vestidos. La enfermera-payaso parpadeó, con las pestañas postizas torcidas y los párpados moviéndose lentamente.

-Nina, tú nunca me dijiste que...

Natalie retrocedió, sorprendida al sentir auténticas lágrimas mojando sus mejillas.

-Nunca se lo dije a nadie, querida -murmuró, sabiendo que su vida estaba perdida si Nina Drayton le hubiese contado a su amiga Melanie lo que le había confiado al doctor Saul Laski-. Estaba furiosa. Él esperaba el tranvía y yo lo empujé... -Levantó la mirada rápidamente, deteniendo sus ojos en la mirada ciega de la enfermeraMelanie, quiero verte.

La cara pintada se movió hacia adelante y hacia atrás.

-Es imposible, Nina, no me encuentro bien...

-No es imposible -respondió Natalie-. Si vamos a hacer este esfuerzo juntas..., para restablecer la confianza... tengo que saber que estás aquí, viva.

Todos los que estaban en la sala, excepto Natalie y el niño inconsciente, meneaban la cabeza al unísono.

-No..., no es posible..., no me encuentro bien... -dijeron cinco bocas.

-Adiós, Melanie -dijo Natalie, y se giró para salir.

La enfermera se precipitó tras ella para cogerle el brazo antes de que llegase al patio.

-Nina, querida, por favor, no te vayas. Estoy tan sola. No tengo a nadie para jugar.

Natalie se detuvo, sintiendo un hormigueo en la carne.

-Muy bien -dijo la enfermera con cara de calavera-, por aquí. Pero antes..., nada de armas..., nada...

Culley se acercó y cacheó a Natalie. Sus enormes manos le apretaron los pechos, se deslizaron entre sus piernas, palparon por todas partes, buscando.

Natalie no lo miró. Apretó los dientes sobre la lengua cuando un grito histérico intentó liberarse.

-Ven -dijo la enfermera y, con Culley llevando la vela, formaron un desfile desde la sala de estar al vestíbulo, desde el vestíbulo hasta la ancha escalera, desde la escalera hasta el rellano donde las sombras saltaban en una pared de casi cuatro metros de altura, donde el corredor era negro como un túnel. La puerta de la habitación de Melanie Fuller estaba cerrada.

Natalie recordó que había entrado en esa habitación seis meses atrás con la pistola de su padre en el bolsillo del abrigo, tras escuchar los ligeros movimientos en el armario donde descubrió a Saul Laski. Entonces no había monstruos allí.

El doctor Hartman abrió la puerta. La brusca corriente apagó la vela, dejando sólo el brillo verde de los monitores médicos a ambos lados de la cama con baldaquino. Cortinas finas de encaje colgaban del baldaquino como estopilla podrida, como una telaraña espesa.

Natalie dio tres pasos hacia delante y fue detenida ya dentro de la habitación por un movimiento rápido de la mano mugrienta del médico.

Estaba suficientemente cerca.

Aquella cosa que estaba en la cama había sido antes una mujer. El pelo se le había caído en gran parte, pero lo que quedaba había sido cuidadosamente peinado y reposaba sobre la enorme almohada como una corona de enfermizas llamas azules. Su cara era vieja, marchita, manchada por llagas y grabada con líneas crueles; el lado derecho colgaba como una máscara de cera que se hubiese acercado demasiado a las llamas. Su boca desdentada se abría y cerraba como las fauces de una tortuga con siglos de existencia. El ojo derecho de aquella cosa se movía sin parar y sin propósito claro, fijándose ahora en el techo y deslizándose un segundo después hacia arriba, mostrando sólo el blanco, como un huevo empotrado en un cráneo, cubierto por un colgajo suelto de pergamino marrón.

Detrás del encaje gris, su cara se volvió hacia Natalie, su boca de tortuga hizo ruidos acuosos, chasqueantes.

La enfermera-payaso, detrás de Natalie, murmuró:

-Estoy volviéndome más joven, ¿verdad, Nina?

-Sí -contestó Natalie.

-Pronto estaré tan rejuvenecida como cuando íbamos al Simpls antes de la guerra. ¿Te acuerdas, Nina?

-El Simpls -dijo Natalie-. Sí. Viena.

El médico los hizo retroceder a todos y cerró la puerta. Los cinco permanecieron en el rellano. De repente, Culley extendió su enorme puño y cogió suavemente la pequeña mano de Natalie.

-Nina, querida -dijo él, en un falsete afeminado, casi coqueto Haré todo lo que me pidas. Dime qué tengo que hacer.

Natalie se estremeció, miró su mano en la de Culley. Se la apretó, dándole una palmadita con la mano libre.

-Mañana, Melanie, te recogeré para dar otro paseo. Justin debe de estar despierto por la mañana si quieres servirte de él. -¿Adónde vamos, Nina, querida?

-A empezar a prepararnos -dijo Natalie.

Apretó una última vez la mano callosa del gigante y se forzó a caminar en vez de correr por la escalera infinitamente larga. Marvin estaba junto a la puerta, sus ojos sin vida, con un largo cuchillo en la mano, y no dio muestras de reconocerla. Cuando Natalie llegó al vestíbulo, le abrió la puerta. Ella se detuvo, utilizó lo que le quedaba de fuerza de voluntad para mirar la escalera, el absurdo cuadro reunido en la oscuridad, sonreír y decir:

-Adiós y hasta mañana, Melanie. No me decepciones de nuevo.

-No -dijeron los cinco al unísono-. Buenas noches, Nina.

Natalie se volvió y se fue, dejando que Marvin le abriera el portal, sin girarse ni mirar hacia atrás ni siquiera cuando pasó cerca de Saul en la furgoneta aparcada, respirando cada vez más profundamente, evitando romper en sollozos por pura fuerza de voluntad.

60

Isla Dolmann, sábado 13 de junio de 1981

Durante el fin de semana, Tony Harod estaba harto y cansado de estar con los ricos y poderosos. Estaba absolutamente convencido de que los ricos y poderosos tenían una marcada tendencia hacia la imbecilidad.

Había llegado con María Chen en avión privado a Meridian, Georgia, el lugar más horrible que Harod había conocido, el domingo anterior por la tarde, y le dijeron que otro avión privado los llevaría a la isla. A menos que quisieran ir en barco. No fue difícil decidir.

El viaje de cincuenta y cinco minutos en barco resultó accidentado, pero Harod prefería estar suspendido sobre la barandilla en espera de vomitar el gintónic y el piscolabis de la compañía aérea rebotando a cada vaivén a aguantar un vuelo de ocho minutos. El cobertizo, puerto deportivo o lo que fuera, de Barent, era la cosa más impresionante que Harod había visto. Con tres pisos, las paredes de ciprés gris curado, el interior tan cubierto y majestuoso como una catedral con ventanas de vidrio de color reafirmando esa imagen y lanzando rayos de luz colorida sobre el agua e hileras de lanchas motoras de cobre amarillo brillante y madera con resueltos gallardetes en la proa, era quizá la estructura más ostentosamente oscura en que había estado.

Las mujeres no estaban autorizadas a estar en la isla Dolmann durante la semana del campamento de verano. Harod lo sabía, pero aún así era una molestia apartarse quince minutos de su camino para dejar a María Chen en el yate de Barent, una embarcación brillante, blanca, del largo de un campo de fútbol, todo superestructura de formas aerodinámicas y protuberancias con forma de cúpula y aparatos de radar y -el omnipresente equipo de comunicaciones de Barent. Harod comprendió por milésima vez que a C. Arnold Barent no le gustaba perder el contacto con las cosas. Un helicóptero aerodinámico que parecía diseñado para mediados del siglo XXI reposaba en la popa, con el rotor parado pero no atado, evidentemente preparado para dirigirse a la isla a un silbido del amo.

El mar estaba repleto de barcos: elegantes motoras con hombres de seguridad armados con M-16, los enormes barcos de vigilancia con radar con las antenas girando, varios yates privados cercados por barcos de seguridad de media docena de países y, haciéndose visible cuando dieron la vuelta a la esquina de la isla hacia el puerto, un destructor de la marina de Estados Unidos a un kilómetro y medio de distancia. El navío era impresionante, color de pizarra y elegante como un tiburón, cortando el agua hacia ellos a toda velocidad, con los discos de radar girando y las banderas restallando al viento, dando la impresión de un galgo hambriento que corre tras un desventurado conejo.

-¿Qué caray es eso? -le gritó Harod al hombre que conducía su lancha.

El hombre de camisa a rayas sonrió mostrando sus dientes blancos contra su piel morena y dijo:

-Es el Richard S. Edwards. Destructor clase Forrest Sherman. Está de servicio aquí cada año durante el campamento de verano del Patrimonio de Occidente como un servicio a nuestros huéspedes extranjeros y dignatarios nacionales.

-¿El mismo barco? -preguntó Harod.

-El mismo barco, sí, señor -dijo el marino-. Técnicamente realiza maniobras de bloqueo e intercepción aquí cada verano.

El destructor había dado la vuelta y Harod pudo leer los números 950 en la proa.

-¿Qué es aquella cosa cúbica allá atrás? -preguntó Harod-. Cerca del cañón trasero o lo que sea.

-Es el ASROC -dijo el marino mientras llevaba la lancha hacia el puerto-, modificado para ASW quitándole el MK 42 de doce centímetros y un par de MK 33 de siete centímetros.

-Oh -dijo Harod, cogiéndose con fuerza a la barandilla, con la espuma mezclándose con el sudor en su cara pálida-. ¿Ya llegamos?

Un coche de golf con potencia extra y un conductor con cazadora azul y pantalones grises llevó a Harod del malecón a la casa del pastor. La avenida de los Robles era un largo paseo de césped abierta entre dos líneas de enormes robles que se extendían hasta donde parecía que se encontraban a lo lejos, con enormes ramas que se entrecruzaban a unos veinticinco metros de sus cabezas, creando un dosel movedizo de hojas y luz a través del cual los vislumbres del cielo y de las nubes de la tarde ofrecían un contrapunto al pastel del follaje verde. Mientras se deslizaban silenciosamente a lo largo del túnel creado por árboles más viejos que Estados Unidos, células fotoeléctricas medían la luz del crepúsculo y conectaban una serie de focos y linternas japonesas ocultas entre los altos troncos, la colgante hiedra y las enormes raíces, y creaban una ilusión de bosque mágico, una fantasía de bosque vivo con luz y música, ya que unos altavoces ocultos lanzaban el claro sonido de sonatas clásicas de flauta al aire de la noche que se acercaba. En otros lugares del bosque de robles, centenares de pequeños vibráfonos de viento añadían notas mágicas a la música, como una brisa marina que agitara el follaje.

-Unos árboles cojonudos -comentó Harod mientras se deslizaban por el último medio kilómetro del paseo de robles hacia el enorme jardín al lado norte de la casa, cuya fachada miraba al sur.

-Sí, señor -dijo lacónico, el conductor.

C. Arnold Barent no estaba allí para recibir a Harod. El reverendo Jimmy Wayne Sutter, con un vaso alto de bourbon en la mano y el rostro enrojecido, fue el encargado de hacerlo. El predicador cruzó un espacio de baldosas blancas y negras en un vestíbulo vacío que a Harod le recordó la catedral de Chartres, aunque nunca había estado allí.

-Anthony, querido amigo -gritó Sutter-, bien venido al campamento de verano.

Su voz resonó durante algunos segundos.

Harod se reclinó y miró tontamente como un turista, admirando un inmenso espacio cercado de entresuelos y balcones, desvanes y corredores; el espacio abierto que subía hacia un techo arqueado cinco pisos y medio arriba, sustentado por pares exquisitamente cincelados y un laberinto de brillantes contrafuertes. El mismo techo era un parqué de ciprés y caoba con una claraboya de vidrio de colores, oscurecido ahora, de forma que los rojos caían sobre la madera oscura con los tintes profundos de sangre seca; con buhardillas, y una enorme cadena que sostenía una araña central tan sólida que un regimiento de «fantasmas de la ópera» podría colgarse de ella sin peligro de romperse la crisma.

-Vaya maravilla, joder -exclamó Harod-. Si esto es la entrada de los criados, tienes que mostrarme la entrada principal.

Sutter frunció el ceño ante el lenguaje de Harod mientras un criado con americana azul y pantalones grises caminaba sobre unos cuatro mil metros cuadrados de baldosas para recoger la vieja bolsa de viaje de Harod y recibir órdenes.

-¿Prefieres quedarte aquí o ir a uno de los chalés?

-¿Chalés? -dijo Harod-. ¿Quieres decir cabañas?

-Sí -admitió Sutter-, si consideras una cabaña una casa de campo con comodidades de cinco estrellas atendido por Maxim's. La mayoría de los huéspedes prefieren los chalés. De todas formas es un campamento de verano.

-Olvídalo -dijo Harod-. Prefiero la habitación más cómoda

que tengan aquí. Ya he dejado atrás mis tiempos de explorador.

Sutter hizo una indicación al criado y dijo:

-La suite Buchanan, Maxwell. Anthony, te acompaño dentro de

un momento. Ven al bar.

Se dirigieron a una pequeña sala forrada de caoba al lado de la sala principal mientras el mayordomo cogía un ascensor hacia los pisos superiores. Harod se sirvió un vodka largo.

-No me digas que esto fue construido en 1770 -dijo-. Es demasiado grande.

-La estructura original del pastor Vanderhoof era impresionante para su tiempo -dijo Sutter-. Los siguientes propietarios ampliaron un poco la casa.

-¿Y dónde están todos? -preguntó Harod.

-Los huéspedes menos importantes empiezan a llegar -dijo Sutter-. Los príncipes, potentados, antiguos jefes de gobierno y jeques

del petróleo llegarán para el habitual desayuno de apertura mañana a

las once de la mañana. El miércoles tendremos un ex presidente. -Muy bien -dijo Harod-. ¿Dónde están Barent y Kepler? -Joseph se reunirá con nosotros esta noche -contestó el predicador-. Nuestro anfitrión llegará mañana.

Harod pensó en su última imagen de María Chen en la barandilla del yate. Kepler le había dicho antes que todos los auxiliares femeninos, ayudantes, secretarias, amantes y algunas esposas que no pudieran ser echadas antes eran recibidas a bordo del Antoinette mientras los hombres estaban en la isla Dolmann.

-¿Barent está en el yate? -preguntó Harod.

El predicador televisivo abrió las manos.

-Sólo el Señor y los pilotos de Christian saben dónde está cada día. Los próximos doce días son los únicos del calendario anual de nuestro anfitrión en que cualquier amigo o adversario sabe dónde encontrarlo.

Harod hizo un sonido rudo y bebió un sorbo.

-Aunque eso no es de gran ayuda para un adversario -dijo-.

Dios, ¿has visto el maldito destructor cuando venías?

-Anthony -le recriminó Sutter-, ya te he advertido que no digas el nombre del Señor en vano.

-¿Están de guardia contra qué? -preguntó Harod-. ¿Un desembarco de marines soviéticos?

Sutter se sirvió más bourbon.

-No estás muy lejos de la verdad, Anthony. Hace algunos años, una trainera rusa estuvo a una milla de la playa. Había venido de su puesto habitual cerca de Cabo Cañaveral. No tengo que decirte que, como la mayor parte de las traineras rusas cerca de las costas norteamericanas, se trataba de una embarcación de espionaje cargada con más aparatos de escucha de lo que podría suponerse en manos de los comunistas.

-¿Pero qué caray podían oír en el mar, a una milla? -preguntó Harod.

Sutter sonrió.

-Creo que eso es un secreto que quedará entre los rusos y su Anticristo -dijo él-, pero desconcertó a nuestros huéspedes y preocupó al hermano Christian, así como al perro que has visto patrullando por aquí.

-Y qué perro -suspiró Harod-. ¿Toda esta seguridad corre por aquí la segunda semana?

-Oh, no -dijo Sutter-, lo que transpira durante la cacería es sólo para nuestros ojos.

Harod miró fijamente a la rojiza cara del predicador.

-Jimmy, ¿crees que Willi va a aparecer el próximo fin de semana?

El reverendo Jimmy Wayne Sutter miró rápidamente con un centelleo de sus ojos pequeños y vivos.

-Oh, sí, Anthony. No tengo ninguna duda de que el señor Borden estará aquí en el momento convenido.

-¿Cómo lo sabes?

Sutter sonrió beatíficamente, levantó su bourbon y dijo en voz baja:

-Está escrito en el Apocalipsis, Anthony. Fue profetizado hace milenios. Todo lo que hacemos fue cincelado hace mucho en los corredores del tiempo por el Escultor que ve el grano de la piedra mucho más claramente de lo que nosotros lo haremos nunca.

-¿Sí? -preguntó Harod con un tono irónico.

-Sí, Anthony, es así -dijo Sutter-. Puedes apostarlo.

Los labios delgados de Harod se torcieron en una sonrisa.

-Creo que ya lo hago, Jimmy -dijo-. No estoy seguro de que esté preparado para esta semana.

-Esta semana no es nada -dijo Sutter cerrando los ojos y recostando el frío vaso de bourbon con hielo junto a su cara-. Es sólo un preludio, Anthony. Un simple preludio.

A Harod, el preludio de siete días le pareció infinito. Se mezcló con hombres cuyas fotos había visto toda su vida en el Time y el Newsweek y descubrió que -excepto por la aureola de poder que emanaba de ellos como lo hace el olor penetrante del sudor de un jinete campeón- eran visiblemente humanos, a menudo falibles y con demasiada frecuencia estúpidos en sus frenéticos intentos de huir de las juntas directivas y las salas de reunión que eran como los barrotes de hierro y las jaulas de sus vidas de hombres ricos y poderosos.

El miércoles por la noche, 10 de junio, Harod se encontró en la quinta fila del anfiteatro del fuego de campamento, mirando a un vicepresidente del Banco Mundial, un príncipe heredero del tercer país exportador de petróleo más importante del planeta, un ex presidente de Estados Unidos y su secretario de Estado en plena interpretación de una danza polinésica con greñas, mitades de cocos como pechos y faldas hechas apresuradamente de palmas, mientras ochenta y cinco de los hombres más poderosos del hemisferio occidental silbaban, gritaban y, en general, se comportaban como estudiantes novatos en su primera borrachera pública. Harod miró la hoguera y pensó en El tratante de blancas, aún en las bobinas de montaje, con tres semanas de retraso para la banda sonora. El compositor-director recibía sus tres mil al día por no hacer nada excepto pasearse por el Beverly Hilton esperando dirigir una orquesta con una partitura que, estaba garantizado, sonaría exactamente como las partituras que había hecho para sus seis bandas sonoras anteriores: todo instrumentos de viento y heroicos cobres convertidos en confusa charanga gracias al Dolby.

El martes y el jueves Harod había ido al Antoinette a ver a María Chen, a hacerle el amor entre los silencios de seda y lujo de su camarote. Y después a hablar con ella antes de volver a las festividades de la noche del campamento de verano.

-¿Qué haces tú aquí? -preguntó.

-Leo -contestó ella-. Pongo la correspondencia al día. Me tumbo al sol.

-¿Nunca ves a Barent?

-Nunca -dijo María Chen-. ¿No está en tierra contigo?

-Sí, lo veo por allá. Tiene todo el ala oeste de la casa..., es el personaje importante del día. Sólo me preguntaba si viene alguna vez por aquí.

-¿Preocupado? -preguntó María Chen. Rodó sobre la espalda y se apartó el pelo oscuro de la cara-. ¿O es que tienes celos?

-Joder -dijo Harod, y salió de la cama, caminando desnudo hasta el armario de las bebidas-. Sería mejor si él te jodiera. Entonces podríamos tener alguna idea sobre qué caray va a pasar.

María Chen se deslizó de la cama, caminó hasta donde Harod estaba de espaldas y pasó los brazos a su alrededor. Sus pechos pequeños, perfectos, se aplastaron contra la espalda de él.

-Tony -dijo ella-, eres un embustero.

Harod se volvió, furioso. Ella le apretó con más fuerza mientras su

mano izquierda lo acariciaba delicadamente.

-Tú no quieres compartirme con nadie -murmuró ella. -Eso es una tontería -dijo Harod-, pura tontería.

-No -murmuró María Chen pasando los labios por su cuello entre murmullos-. Es amor. Tú me amas y yo te amo.

-Nadie me ama -dijo Harod. Quería decirlo con una sonrisa,

pero le salió como un murmullo estrangulado.

-Yo te amo -repitió María Chen- y tú me amas, Tony. Él la apartó de sí y le lanzó una mirada furiosa. -¿Cómo puedes decir eso?

-Porque es la verdad. -¿Por qué?

-¿Por qué es la verdad?

-No -consiguió decir Harod-, ¿por qué nos amamos? -Porque tiene que ser así -dijo María Chen, y lo condujo a la

cama larga, suave.

Más tarde, mientras escuchaba el chapoteo del agua y los suaves

ruidos del barco, que no sabía identificar, con un brazo alrededor de

ella y la mano en su pecho derecho, los ojos cerrados, se dio cuenta de

que, quizá por primera vez desde que tenía uso de razón, no sentía

miedo absolutamente de nada.

El ex presidente se marchó el sábado después del mediodía y a las siete de la tarde los únicos huéspedes que quedaban eran pegotes de nivel medio y bajo, Casios y Yagos delgados y hambrientos en trajes de zapa y pantalones Ralph Lauren. Harod pensó que era un buen momento para volver al continente.

-La «cacería» empieza mañana -le dijo Sutter-. No querrás perderte la fiesta.

-No quiero perderme la llegada de Willi -matizó Harod-. ¿Barent está seguro de que vendrá?

-Antes de la puesta del sol -aseguró Sutter-. Fue su última palabra. Joseph ha sido muy discreto sobre sus líneas de comunicación con el señor Borden. Quizá demasiado discreto. Creo que el hermano Christian está empezando a enfadarse.

-Es problema de Kepler -dijo Harod. Salió del malecón a la cubierta del enorme yate.

-¿Estás seguro de que necesitas recoger a esos esclavos? -preguntó el reverendo Sutter-. Tenemos bastantes en los fondos comunes. Todos jóvenes, fuertes y sanos. La mayor parte ha salido de mi centro de rehabilitación para fugitivos. Incluso hay suficientes mujeres para que puedas escoger, Anthony.

-Quiero un par de los míos -dijo Harod-. Volveré por la noche, lo más tarde de madrugada.

-Bueno -dijo Sutter, y había un centelleo extraño en su voz-. No quiero que te pierdas nada. Este año podría ser un año excepcional.

Harod hizo un gesto de despedida con la cabeza y la lancha rugió y dejó el puerto lentamente. Empezó a acelerar en cuanto cruzó el rompeolas. El yate de Barent era el último gran navío que quedaba, además de los barcos de vigilancia y el destructor, a punto de partir. Como siempre, se acercó una lancha con guardias armados que confirmaron visualmente la identidad de Harod y a los que siguió mientras cubrían los últimos centenares de metros hasta el yate. María Chen esperaba junto a la escalera de popa, con el bolso en la mano.

La noche de la travesía hasta la costa fue bastante menos agitada que la del viaje de ida. Harod había pedido un coche y un pequeño Mercedes esperaba detrás del cobertizo de Barent, cortesía de la Fundación Patrimonio de Occidente.

Harod condujo. Fue por la autopista 17 hacia South Newport y después tomó la 1-95 durante los últimos cuarenta kilómetros hasta Savannah.

-¿Por qué Savannah? -preguntó María Chen.

-No me lo dijeron. El tío al teléfono sólo me dijo dónde debía
aparcar..., cerca de un canal, a las afueras de la ciudad.

-¿Y crees que era el hombre que te secuestró?

-Sí -dijo Harod-. Era el mismo. El mismo acento. -¿Piensas que es cosa de Willi? -preguntó María Chen. Harod condujo en silencio durante un minuto.

-Sí -dijo finalmente-, es la única posibilidad lógica. Barent y
los otros ya tienen los medios de meter gente precondicionada en los
fondos comunes si es lo que quieren. Willi necesita una ventaja.

-¿Y tú estas dispuesto a colaborar con él? ¿Aún sientes lealtad hacia Willi Borden?

-A la mierda la lealtad -dijo Harod-. Barent mandó a Haines a mi casa..., te apaleó..., sólo para tirar de mi cadena con fuerza. No acepto que nadie me trate así. Si esto es una ventaja para Willi, muy bien. Dejémosle seguir adelante.

-¿No puede resultar peligroso?

-No veo cómo. Nos aseguraremos de que no estén armados y cuando lleguen a la isla no tienen ninguna posibilidad de crear problemas. Incluso el ganador de esa jodida olimpíada termina un metro por debajo de las raíces de mangle de un viejo cementerio de esclavos en algún lugar de la isla.

-Entonces, ¿qué intenta hacer Willi? -preguntó ella.

-Ni idea -respondió Harod, saliendo a la 1-16-. Todo lo que tenemos que hacer es observar y seguir vivos. Lo que me recuerda..., ¿llevas la Browning?

María Chen sacó la automática del bolso y se la entregó. Conduciendo con una mano, Harod sacó el cargador, comprobó si tenía balas y lo colocó de nuevo, golpeándolo contra el muslo. Se metió la pistola en el cinturón, disimulándola con su camisa hawaiana.

-Odio las armas -dijo María Chen, terminante.

-Yo también -aseguró Harod-. Pero hay personas a las que odio aún más, y una de ellas es ese hijoputa del pasamontañas y acento polaco. Si es él el hombre que Willi me manda, haré todos los esfuerzos para reventarle los sesos antes de que empecemos.

-A Willi no le gustará -dijo María Chen.

Harod asintió con la cabeza. Giró por una carretera lateral que conducía desde la autopista a una zona del puerto a lo largo de una área cubierta del canal Savannah & Ogeechee. Una furgoneta los esperaba. Harod aparcó a unos quince metros como habían acordado y encendió las luces intermitentes. Un hombre y una mujer salieron del otro vehículo y se dirigieron lentamente hacia ellos.

-Estoy harto de preocuparme de lo que agrada a Willi o lo que agrada a Barent, que se vayan a la mierda -dijo Harod entre dientes. Salió del coche y sacó el seguro de la automática. María Chen abrió su bolso y sacó las cadenas y los candados. Cuando el hombre y la mujer estaban a seis metros, con las manos aún vacías, Harod se asomó sobre María Chen y sonrió-. Es hora de que empiecen a preocuparse de agradar a Tony Harod -dijo, y levantó la pistola, apuntándola a la cabeza del hombre de barba corta y cabello largo que caía sobre sus orejas. El hombre se detuvo, miró el cañón de la pistola de Harod y se ajustó las gafas con el índice.

61

Isla Dolmann, domingo 14 de junio de 1981

Para Saul Laski fue como si ya hubiese pasado por todo aquello antes.

Pasaba de medianoche cuando el barco llegó al malecón de hormigón y Tony Harod hizo salir a Saul y a la señorita Sewell. Permanecieron todos en el malecón, aguardando. Harod ya no empuñaba el arma pues esos dos eran peleles que se suponía que él controlaba. Dos coches de golf eléctricos se acercaron y Harod le ordenó a un hombre en cazadora y pantalones tejanos:

-Llévate a este par a las jaulas.

Saul y la señorita Sewell se sentaron pasivamente en el coche y un hombre con un fusil automático se encargó de vigilarlos. Saul miró a la mujer que viajaba junto a él; su cara no revelaba emociones ni interés. No llevaba maquillaje, tenía el pelo cogido atrás y su vestido estampado barato le caía holgadamente sobre el cuerpo. Cuando se detuvieron en el control del extremo sur de la zona de seguridad y después rodaron a través de una tierra de nadie pavimentada con conchas aplastadas, Saul se preguntó qué, si lo había, estaría siendo transmitido a Natalie a través del esclavo de seis años de Melanie Fuller.

La instalación de hormigón detrás de la cerca norte de la zona de seguridad estaba inundada de luces brillantes. Otras diez personas acababan de llegar y Saul y la señorita Sewell se reunieron con ellos en un patio de hormigón del tamaño de un campo de baloncesto rodeado de altas cercas de alambre de espino.

No había cazadoras azules y pantalones grises en este lado de la zona de seguridad. Hombres con monos verdes y gorras de béisbol de nailon empuñaban armas automáticas. Por las notas de Cohen, Saul estaba seguro de que eran hombres de la fuerza privada de seguridad de Barent, y por los interrogatorios a Harod dos meses antes estaba igualmente seguro de que hasta cierto punto todos habían sido condicionados por su amo:

Un hombre alto con un arma en el cinturón dio un paso adelante y exclamó:

-Muy bien, ¡desnudaos!

La docena de presos, la mayor parte hombres jóvenes, aunque Saul podía ver a dos mujeres -poco más que niñas- en primera fila, se miraron unos a otros torpemente. Todos parecían drogados o asustados. Lo había visto cuando se acercaban al pozo de Chelmno o cuando dejaban los trenes en Sobibor. Él y la señorita Sewell empezaron a tirar la ropa, pero la mayoría de los otros no se movieron.

-He dicho que os desnudéis -gritó el hombre con el arma en el cinturón, y otro guardia avanzó y golpeó al preso más cercano, un chico de dieciocho o diecinueve años, gordo y con gafas gruesas. El chico cayó sin una palabra, su cara chocó contra el hormigón. Saul pudo oír claramente que sus dientes se rompían. Los otros nueve jóvenes empezaron a desnudarse.

La señorita Sewell fue la primera en terminar. Saul se dio cuenta de que su cuerpo parecía más joven y terso que su cara, a excepción de la cicatriz lívida de una apendicectomía.

Colocaron a los presos en filas sin separar a hombres y mujeres y les hicieron bajar por una rampa de hormigón. Por el rabillo del ojo, Saul vislumbró puertas que daban a corredores de baldosas que salían de esa avenida subterránea central. Hombres de seguridad con monos se asomaban a las puertas para observar a los presos. En una ocasión las dos filas tuvieron que apretarse contra las paredes cuando un convoy de cuatro jeeps se acercó y llenó el túnel de ruido y humos de monóxido de carbono. Saul se preguntó si toda la isla estaría horadada por túneles de seguridad.

Les condujeron a una sala sin muebles, muy iluminada, donde hombres con batas blancas y guantes quirúrgicos examinaron bocas, anos y las vaginas de las mujeres. Una de las chicas empezó a sollozar hasta que un guardia la hizo callarse con una bofetada.

Saul se sentía extrañamente calmado hasta cuando se preguntaba de dónde habían venido los otros, si ya habían sido «usados», y cómo su conducta podría ser visiblemente diferente de la de ellos. De la sala de examen fueron conducidos por un largo y estrecho corredor que parecía tallado en la piedra de la misma isla. Las goteantes paredes estaban pintadas de blanco y unos pequeños nichos hemisféricos en la roca contenían formas desnudas, silenciosas.

Cuando la fila se detuvo para que la señorita Sewell entrara en su agujero en la roca, Saul comprendió que no eran necesarias celdas mayores porque nadie estaría en la isla más de una semana. Después le llegó el turno a Saul.

Los nichos estaban escalonados a diferentes alturas, gradas de aberturas con forma decreciente con barrotes de acero clavados en piedra blanca. El nicho de Saul estaba cerca de un metro por encima del suelo. Lo metieron en él. La piedra era fría, el espacio apenas daba para extenderse. Una cuneta y un agujero maloliente en la parte posterior de la repisa le mostraron dónde podía hacer sus necesidades. Los barrotes se deslizaron propulsados por un mecanismo hidráulico desde el techo del nicho hasta profundos agujeros en la roca, dejando una abertura por donde podían entrar las bandejas de comida.

Saul se acostó de espaldas y miró la piedra a cuarenta centímetros de su cara. Al fondo del corredor, un hombre empezó a llorar en un tono áspero. Se oyeron pasos y el ruido de golpes en metal y carne, y volvió el silencio. Saul se sintió tranquilo. Estaba encerrado. De una manera extrañamente íntima, se sentía más cerca de su familia -de sus padres, Josef, Stefa- de lo que se había sentido desde hacía décadas.

Saul sintió sus ojos cerrándose y se obligó a abrirlos, se los frotó y volvió a poner las gafas en su sitio. Intentó recordar si dejaban que los presos conservaran las gafas en el pozo de Chelmno. No. Recordó que había formado parte de un destacamento que ponía centenares de gafas, miles de gafas, montañas de gafas, en una cinta transportadora para que otros presos separaran el vidrio del metal, los metales preciosos del acero. Nada se desperdiciaba en el Reich. Sólo las personas.

Obligó a sus ojos a abrirse, se pellizcó las mejillas. La piedra era dura, pero sabía que podía dormirse sin dificultad, deslizarse hacia los sueños. Hacía tres semanas que no dormía debidamente, pues cada noche, al inicio del sueño, el REM disparaba las sugestiones poshipnóticas que ahora formaban sus sueños. Hacía ocho noches que ya no necesitaba el estímulo de la campana. El REM por sí solo disparaba los sueños.

¿Eran sueños o recuerdos? Saul ya no lo sabía con seguridad. Los sueños-recuerdos se habían hecho realidad. Sus días de preparativos, planes y conspiración junto a Natalie eran sueños. Por eso se sentía tan tranquilo. El corredor oscuro, frío, los presos desnudos, la celda, todo esto estaba mucho más cerca de su sueño-realidad, de los implacables, autoinducidos recuerdos de los campos, que los días cálidos de verano en Charleston observando a Natalie y Justin, a Natalie y la cosa muerta que parecía un niño...

Saul intentó pensar en Natalie. Apretó los ojos cerrándolos con fuerza hasta que se llenaron de lágrimas, los abrió mucho y pensó en

Natalie.

Había sido dos días antes, tres ya, un jueves, que Natalie había dado con la solución.

-Saul -gritó, dejando los mapas y girándose hacia él cuando estaban sentados en la mesita de la pequeña cocina del motel-, no tenemos que hacer esto solos. ¡Podemos tener a alguien en el origen mientras otro vigila en Charleston!

Detrás de ella, fotos ampliadas de la isla Dolmann convertían una pared de la cocina en un granado mosaico.

Saul había meneado la cabeza, demasiado abotargado por el cansancio para reaccionar ante su entusiasmo.

-¿Cómo? No nos queda nadie. Todos están muertos. Rob, Aaron, Cohen. Meeks pilotará el avión.

-No..., ¡alguien! -dijo ella, y se tocó la frente con la palma de la mano-. Todas estas semanas he estado pensando que hay alguien..., alguien con un interés personal. Y puedo tenerlos mañana. No volveré a ver a Melanie hasta nuestra sesión el sábado por la mañana en el parque.

Entonces se lo explicó detalladamente, dieciocho horas después la vio desembarcar del vuelo de Filadelfia acompañada de dos hombres negros. Jackson parecía más viejo que sólo seis meses antes, su cabeza calva brillaba bajo las resplandecientes luces de la terminal, su cara estaba marcada por líneas que declaraban un estado final, tácito, de desinterés por el mundo. El joven a la derecha de Natalie era todo lo contrario: alto, flaco, de miembros ágiles, una cara tan

fluida que sus expresiones y reacciones pasaban por ella como la luz sobre una superficie de mercurio. La risa alta, abierta, de aquel joven resonaba en el corredor de la terminal y hacía que las cabezas se volvieran. Saul recordaba que su apodo era Catfish `.

Más tarde, durante el viaje hacia Charleston, Jackson preguntó: -Laski, ¿está seguro de que es Marvin?

-Es Marvin -respondió Saul-. Pero es... diferente.

-¿La «Dama Vudú» también le cogió? -preguntó Catfish. Jugaba con la radio del coche intentando encontrar una buena emisora.

-Sí -dijo Saul, aún sin creerse que estaba hablando sobre todo eso con gente que no era Natalie-. Pero hay una posibilidad de poder recuperarlo..., salvarlo.

-Sí, tío, vamos a hacerlo -dijo Catfish-. Una palabra a nuestra gente y el Alma de la Fábrica sitiará esta ciudad.

-No -dijo Saul-, no dará resultado. ¿Natalie no os ha dicho por qué?

-Nos lo ha dicho -admitió Jackson-. Pero, ¿qué dice usted, Laski? ¿Cuánto tiempo tenemos que esperar?

-Dos semanas -dijo Saul-. De una manera o de otra, todo habrá terminado dentro de dos semanas.

-Tienes dos semanas -dijo Jackson-. Después haremos todo lo que tenemos que hacer para lograr que Marvin vuelva, tanto si tu parte ha terminado como si no.

-Habrá terminado -dijo Saul. Miró al hombre alto sentado en el asiento trasero-. Jackson, no sé si éste es tu nombre o tu apellido.

-Apellido -dijo Jackson-. Desistí de mi nombre cuando volví de Vietnam. Ya no me servía para nada.

-Mi nombre tampoco es Catfish, Laski -dijo Catfish-. Es Clarence Arthur Theodore Varsh. -Estrechó la mano que Laski le tendía-. Pero, mira, tío -añadió con una sonrisa-, como eres amigo de Natalie, puedes llamarme señor Varsh.

La víspera de la partida fue el peor día. Saul estaba seguro de que nada funcionaría, que la vieja no cumpliría su parte del trato o que no sería capaz de conseguir el condicionamiento que había dicho que estaba realizando desde hacía tres semanas, desde esa mañana de mayo en la que Justin y Natalie habían mirado al otro lado del río con los prismáticos. O Cohen estaba equivocado en su información, o estaba en lo cierto pero los planes habían cambiado durante los últimos meses. O Tony Harod no contestaría al teléfono a principios de junio, o se lo diría a los otros una vez estuviese en la isla, o no les diría nada pero mataría a Saul y a la persona que Melanie Fuller enviase en cuanto dejaran el puerto. O entregaría a Saul en la isla y después Melanie Fuller escogería ese momento para atacar a Natalie, para matarla mientras Saul permanecía encerrado esperando la muerte.

Entonces llegó ese sábado por la tarde y se dirigieron a Savannah, al aparcamiento cerca del canal cuando el crepúsculo aún lanzaba los últimos rayos solares.

Natalie y Jackson se ocultaron en la maleza sesenta metros al norte, Natalie con el fusil que habían cogido del vehículo del policía en California, y se mantuvieron separados cuando sacaron el M-16 y la mayor parte del explosivo C-4.

Catfish, Saul y la cosa a la que Justin se refería como señorita Sewell esperaron, los dos hombres bebiendo de vez en cuando café de un termo metálico. Una vez la cabeza de la mujer se volvió como la cabeza de un muñeco de ventrílocuo, miró directamente a Saul y dijo: -No te conozco.

Saul no dijo nada, miró atrás impávidamente, intentando imaginar

el cerebro tras tantos años de violencia absurda. La señorita Sewell había cerrado los ojos con la brusquedad de un búho mecánico. Nadie

habló más hasta que llegó Tony Harod poco antes de medianoche.

Durante un segundo Saul pensó que el productor dispararía durante el largo rato que estuvo encañonándole con su pistola. Los tendones se habían marcado en la garganta de Harod y Saul podía ver

cómo el dedo del gatillo se ponía blanco a causa de la tensión. En ese momento había tenido miedo, pero era un miedo claro, controlable, nada como la ansiedad de la pasada semana o el miedo rabioso, debilitante del pozo y la desesperación de sus sueños nocturnos. Pasara lo que pasase después, él había escogido estar allí.

Al final, Harod se había contentado con maldecir a Saul y pegarle dos veces en la cara. El segundo golpe con el revés de la mano le causó una herida leve en la mejilla derecha. Saul no habló ni se resistió y la señorita Sewell permaneció igualmente impasible. Natalie tenía órdenes de disparar desde su escondite sólo en caso de que Harod disparase sobre Saul o utilizase a otro para atacarlo y matarlo.

Saul y la señorita Sewell fueron colocados en el asiento trasero del Mercedes, con finas cadenas envolviendo sus piernas y muñecas. La secretaria eurasiática de Harod -Saul sabía por los informes de Harrington y Cohen que se llamaba María Chen- los ató eficientemente, pero tuvo el cuidado de no cortar la circulación cuando apretó las cadenas y colocó los pequeños candados. Saul la miró interrogativamente, preguntándose qué la había traído allí, qué la había motivado. Sospechaba que éste siempre había sido el mal de su pueblo, la eterna búsqueda judía de los motivos, los porqués de las cosas, los infinitos debates talmúdicos sobre los matices incluso cuando sus superficiales y eficientes enemigos los encadenaban y los conducían a los hornos; sus asesinos nunca se preocupaban por las cuestiones de los medios para llegar a los fines o por la moralidad siempre que los trenes fueran puntuales y la burocracia marchase como un mecanismo de relojería.

Saul Laski se despertó antes de deslizarse al estado REM disparado por sus sueños. Entraba en un centenar de biografías que Simon Wiesenthal había suministrado en el catálogo de personas hipnóticamente inducidas, pero sólo una docena volvía a los sueños que él se había condicionado hipnóticamente para tener. No soñaba con sus caras -a pesar de las muchas horas de mirar las fotos en Yad Veshem y Lohamei-Hageta'ot-, porque miraba por sus ojos, porque los paisajes de sus vidas, dormitorios y barracones, alambre de espino y caras mirando se habían hecho otra vez el verdadero paisaje de la existencia de Saul Laski. Comprendió, acostado en el nicho de piedra bajo la roca de la isla Dolmann, que realmente nunca había abandonado el paisaje del campo de la muerte. De hecho era el único país del cual era un auténtico ciudadano.

Entonces supo, mientras vacilaba al borde del sueño, qué sueños lo reclamarían esa noche: Shalom Krzaczek, un hombre cuya cara y vida él había memorizado pero que estaban perdidas para él, ahora que los detalles se habían vuelto realidad inducida, datos perdidos en la neblina de los verdaderos recuerdos. Saul nunca había estado en el gueto de Varsovia, pero ahora lo recordaba por la noche -la fila de refugiados huyendo de los incendios por las alcantarillas, los excrementos que caían sobre ellos cuando se arrastraban a lo largo de las tuberías oscuras y estrechas, de uno en uno, blasfemando y rezando por que nadie delante de ellos muriera y bloqueara el camino a otros muchos hombres y mujeres que, azuzados por el pánico, se arrastraban y abrían camino hacia las alcantarillas arias, más allá de los muros y alambres y líneas de Panzers-, Krzaczek llevando a su nieto de nueve años, Leon, por las alcantarillas arias donde excrementos arios llovían sobre ellos y flotaban alrededor de ellos cuando el agua subía y los ahogaba, y después una luz delante, y Krzaczek ya no llevaba a nadie, se arrastraba solo hacia la luz aria del sol, pero girándose entonces, girándose, volviendo su cuerpo de nuevo en aquel agujero estrecho, maloliente después de catorce días en las alcantarillas oscuras. Volviendo para encontrar a Leon.

Sabiendo que éste sería el primero de sus sueños que no eran sueños, Saul lo aceptó. Y se durmió.

62

Isla Dolmann, domingo 14 de junio de 1981

Tony Harod vio llegar a Willi una hora antes de la puesta de sol del domingo. El pequeño bimotor de reacción aterrizó en la pista pintada con la sombra de altos robles. Barent, Sutter y Kepler se reunieron con Harod en la pequeña terminal con aire acondicionado al final de los hangares. Harod estaba tan seguro de que Willi no vendría en el avión que cuando las conocidas caras de Tom Reynolds, Jensen Luhar y por último del propio Willi aparecieron allí, Harod casi jadeó de sorpresa.

Nadie más parecía sorprendido. Joseph Kepler hizo las presentaciones como si fuera un viejo amigo de Willi. Jimmy Wayne Sutter inclinó la cabeza y sonrió enigmáticamente mientras estrechaba la mano de Willi. Harod sólo podía mirar mientras se estrechaban las manos y Willi dijo:

-Ya lo ves, mi querido Tony, el paraíso es una isla.

Barent fue más que afable mientras le estrechaba la mano en señal de bienvenida, cogiendo el codo del productor en un abrazo de, político. Willi llevaba traje de noche: corbata negra de lazo y frac.

-Es un placer largo tiempo esperado -sonrió Barent, sin soltar la mano de Willi.

-Ja -dijo Willi-, ciertamente.

Todo el grupo se dirigió a la casa del reverendo en un convoy de coches de golf, recogiendo a ayudantes y guardaespaldas a medida que avanzaban. María Chen saludó a Willi en el gran salón, besándole en ambas mejillas, rebosante de satisfacción.

-Bill, estamos tan contentos de que hayas vuelto. Te echábamos terriblemente de menos.

Willi asintió con la cabeza.

-He echado de menos tu belleza y tu inteligencia, querida -dijo, y le besó la mano-. Si alguna vez te cansas de las malas maneras de Tony, por favor. piensa que puedo darte un empleo.

Sus ojos brillaban.

María Chen rió y le apretó la mano.

-Espero que trabajemos todos juntos pronto -dijo ella.

-Ja, quizá muy pronto -admitió Willi, y le cogió el brazo mientras seguían a Barent y los otros al comedor.

La cena fue un banquete que duró hasta mucho después de las nueve. Había más de veinte personas en la mesa -sólo Tony Harod se había traído un único ayudante- pero después, cuando Barent los guió hasta la sala de caza en la vacía ala occidental, quedaron sólo los cinco.

-No empezaremos inmediatamente, ¿no? -preguntó Harod, alarmado. No sabía si podía «usar» a la mujer que había traído de Savannah y aún no había visto a las otras.

-No, aún no -dijo Barent-. Es costumbre tratar las cosas del Island Club en la sala de caza antes de elegir a los esclavos para el juego de la noche.

Harod miró alrededor. La sala era impresionante: parte biblioteca, parte club victoriano inglés y parte sala de ejecutivo, dos paredes de libros con balcones y escaleras, sillas de cuero con lámparas de luz suave, mesas separadas de billar ruso y billar americano y -cerca de la pared más apartada- una enorme mesa circular con tapete verde iluminada por una sola lámpara. Cinco sillones de orejas de cuero estaban en la oscuridad alrededor de la circunferencia de la mesa.

Barent apretó un botón en un tablero y las pesadas cortinas se descorrieron silenciosamente revelando nueve metros de ventana sobre los jardines iluminados y el largo túnel de la avenida de los Robles. Harod estaba seguro de que el cristal ligeramente polarizado era opaco desde el exterior y a prueba de balas.

Barent extendió la mano con la palma hacia arriba, como si le mostrara la sala y la vista a Willi Borden. Willi asintió con la cabeza y se sentó en el sillón de cuero más próximo. La luz por encima de su cabeza transformó su cara en una máscara de arrugas y sus ojos en pozos oscuros.

-Ja, muy bien -dijo-. ¿De quién es este sillón?

-Era..., ah..., del señor Trask -dijo Barent-. Es apropiado que sea suya ahora.

Los otros se sentaron. Sutter señaló a Harod su sillón. Harod se dejó caer en el cuero viejo, lujoso, cruzó las manos sobre la superficie verde y pensó en el cuerpo de Charles Colben alimentando los peces durante tres días hasta que lo encontraron en las aguas oscuras del Schuylkill.

-No es una mala sede -dijo-. ¿Qué hacemos ahora? ¿Aprendemos el juramento secreto y cantamos canciones?

Barent sonrió con indulgencia y miró el círculo en torno a la mesa.

-Se reúne la vigésimo séptima sesión anual del Island Club -dijo-. ¿Hay algún asunto pendiente? -Silencio-. ¿Algún asunto nuevo que tenga que ser discutido esta noche?

-¿Habrá otras sesiones plenarias donde puedan ser discutidos nuevos asuntos? -preguntó Willi.

-Claro -dijo Kepler-. Cualquier miembro puede convocar una sesión en cualquier momento durante esta semana, excepto cuando se realizan los juegos.

Willi asintió con la cabeza.

-En ese caso, dejaré mi nuevo asunto para una próxima sesión. -Sonrió a Barent, con sus dientes brillando, amarillos, a la luz dura del techo-. ¿Debo recordar mi lugar como nuevo miembro y actuar de acuerdo a eso, nich war?

-De ninguna manera -dijo Barent-. Somos todos iguales alrededor de esta mesa..., pares y amigos. -Barent miró directamente a Harod por primera vez-. Como esta noche no hay nuevos asuntos,

¿están preparados para visitar las celdas y elegir para esta noche?

Harod asintió con la cabeza y Willi habló:

-Me gustaría utilizar a uno de los míos.

Kepler frunció el ceño.

-Bill, no sé si..., quiero decir, puedes si lo deseas, pero intentamos

no utilizar a nuestros..., ah..., hombres de confianza. La posibilidad de

ganar las cinco noches es..., ah..., muy baja, realmente, y queremos evitar ofensas o que se vaya con malos sentimientos por... haber perdido

un recurso valioso.

-Ja. Lo comprendo -dijo Willi-, pero de todos modos me gustaría utilizar a uno de los míos. Está permitido, ¿no?

-Sí -dio su conformidad Jimmy Wayne Sutter-, pero tienes

que tenerlo inspeccionado y en las celdas como todos los otros si sobrevive esta noche.

-De acuerdo -dijo Willi. Sonrió de nuevo, aumentando la impresión de Harod de que estaba escuchando a una calavera ciega

Es simpático que complazcáis a un viejo. ¿Vamos a las celdas a escoger

las piezas para el juego de esta noche?

Era la primera vez que Harod estaba al norte de la zona de seguridad. El complejo subterráneo le sorprendió, aunque sabía que tenía que haber una sede de seguridad en alguna parte de la isla. Aunque se podía ver a veinticinco o treinta hombres con monos en los puestos de guardia y salas de control,'la seguridad parecía casi inexistente comparada con la multitud de guardaespaldas durante la semana del campamento de verano. Harod comprendió que la mayor parte de la fuerza de seguridad de Barent debía de estar en el mar -acantonada en el yate o los barcos de vigilancia- para mantener la isla inaccesible. Se preguntó qué pensarían esos guardas de las celdas y los juegos. Harod había trabajado en Hollywood durante dos décadas y sabía que no había nada que la gente no hiciera a otros si el precio era el justo. Algunas veces hasta aceptaban hacerlo gratis. Harod dudaba de que Barent tuviese dificultades en encontrar gente para este tipo de trabajo, incluso sin utilizar su «aptitud» única.

Las celdas eran extrañas, talladas en la roca en un corredor mucho más antiguo y estrecho que el resto del complejo. Siguió a los otros en el recorrido por las repisas que contenían formas acurrucadas, desnudas, y pensó por vigésima vez que se trataba de auténtico material para películas baratas. Si un guionista le hubiera presentado un tratamiento como ése, lo habría estrangulado y habría hecho que le expulsaran póstumamente de la asociación de escritores.

-Estas celdas son anteriores a la primera hacienda Vanderhoof e incluso a la Dubose, que es más antigua -explicaba Barent-. Un arqueólogo e historiador que trabajó para mí tenía la teoría de que estas celdas eran utilizadas por los españoles para poner a buen recaudo a los elementos rebeldes de la población india de la isla, aunque los españoles raramente establecían bases tan al norte. De todos modos, las celdas fueron talladas antes del 1600. Es interesante saber que Cristóbal Colón fue el primer propietario de esclavos de este hemisferio. Envió varios miles de indios a Europa y esclavizó o mató a muchos miles más en las mismas islas. Habría aniquilado a toda la población indígena si el Papa no hubiera intervenido con amenazas de excomunión.

-El Papa probablemente le detuvo porque no estaba recibiendo una parte suficientemente grande de los beneficios -dijo el reverendo Jimmy Wayne Sutter-. ¿Podemos elegir a cualquiera?

-Cualquiera excepto los dos que el señor Harod trajo la noche pasada -dijo Barent-. Supongo que son para tu uso personal, Tony.

-Sí -admitió Harod.

Kepler se acercó y golpeó amigablemente a Harod.

-Jimmy me ha dicho que uno de ellos es un hombre, Tony. ¿Estás

cambiando tus preferencias o éste es un amigo tuyo muy especial? Harod miró el pelo perfectamente peinado de Joseph Kepler, sus

dientes perfectos y su piel perfectamente bronceada, y pensó seriamente en mermar alguna de las «perfecciones» de Kepler. No dijo nada.

Willi levantó las cejas.

-¿Un hombre, Tony? Te dejo sólo unas semanas y empiezas a sorprenderme. ¿Dónde está ese hombre que tú utilizarás?

Harod miró al viejo productor, pero no comprendió ningún mensaje en la expresión de Willi.

-Por allí -dijo señalando vagamente el fondo del corredor.

El grupo se paró e inspeccionó los cuerpos, como jueces en una exposición canina. O alguien había avisado a los presos de que estuvieran quietos o la simple presencia de los cinco hombres calmó inmediatamente cualquier ruido, porque los únicos sonidos eran los ecos de los pasos y un leve chorrito de agua desde la sección más oscura, sin usar, del viejo túnel.

Harod estaba nervioso, buscando de nicho en nicho a los dos que había traído de Savannah. ¿Willi jugaba con él de nuevo, se preguntó Harod, o no comprendía bien lo que pasaba? No, maldito, no tenía sentido para ninguno de los otros hacerle traer a la isla a gente especialmente condicionada. Excepto si Kepler o Sutter estaban preparando algo. O Barent hacía un juego particularmente brillante. O era simplemente una trampa para desacreditarle.

Harod se sintió mal. Corrió por el corredor, mirando a través de los barrotes las caras asustadas, preguntándose si su propia cara tenía un aire tan asustado.

-Tony -dijo Willi, a veinte pasos de distancia. Había un tono de orden en su voz-. ¿Es éste tu hombre?

Harod corrió y miró al hombre que yacía en la repisa a la altura del pecho. Las sombras eran profundas, una barba incipiente poblaba las mejillas magras del hombre, pero Harod estaba seguro de que era el hombre que había traído de Savannah. ¿Qué diablos pretendía Willi?

Willi se inclinó más sobre los barrotes. El hombre lo miró, con sus ojos enrojecidos de no dormir. Algo más allá del reconocimiento pareció establecerse entre ellos.

-Wilkomnen zum Holle, meiner Bauer -le dijo Willi al hombre.

-Gehn zum Teufel, oberst -dijo el preso a través de sus rechinantes dientes.

Willi rió, su risa resonó en el estrecho corredor, y Harod comprendió que algo iba mal.

A menos que Willi estuviese tomándole el pelo.

Barent se acercó. Su cabello gris brillaba suavemente a la luz de
una bombilla de sesenta vatios.

-¿Algo divertido, señores?

Wílli dio una palmada en el hombro a Tony y sonrió a Barent. -Un pequeño chiste que mi protegido me estaba contando, C. Arnold. Nada más.

Barent los miró, asintió con la cabeza y se alejó por el estrecho corredor.

Aún cogiendo a Harod por el hombro, Willi le apretó hasta que hizo una mueca de dolor.

-Espero que sepas lo que haces, Tony -silbó Willi, con la cara roja-. Hablaremos más tarde.

Se giró y siguió a Barent y los otros hacia el complejo de seguridad.

Desconcertado, Harod miró al hombre que, sin duda, era un pelele de Willi. Desnudo, su cara pálida casi tragada por las sombras, acurrucado sobre la fría piedra detrás de los barrotes de acero, el hombre parecía viejo, débil y gastado por la edad y las dificultades. Una cicatriz lívida corría por su brazo izquierdo y sus costillas. A Harod el viejo le parecía inofensivo; la única posible amenaza venía de la mirada de desafío que ardía en sus ojos grandes y tristes.

-Tony -le llamó el reverendo Jimmy Wayne Sutter-, deprisa, elige a los tuyos. Queremos volver a la casa del pastor y empezar nuestro juego.

Harod asintió con la cabeza, echó una última mirada al hombre detrás de los barrotes y se apartó, mirando fijamente las caras, intentando encontrar una mujer lo bastante joven y fuerte y fácil de dominar para las actividades de la noche.

63

Melanie

¡Willi estaba vivo!

Mirando a través de los ojos de la señorita Sewell por los barrotes de la jaula, lo reconocí enseguida, incluso con la bombilla detrás de la cabeza creando un nimbo de luz dura alrededor de los manojos de pelo que le restaban.

Willi estaba vivo. Por lo menos sobre eso, Nina no me había mentido. No comprendía casi nada de eso: Nina y yo aportábamos nuestras víctimas propiciatorias a esta fiesta pervertida mientras Willi -cuya vida Nina decía que estaba en peligro- reía y se movía libremente entre sus supuestos captores.

Willi parecía casi el mismo, quizás un poco más marcado por la satisfacción inmoderada de sus deseos que seis meses antes. Cuando su cara se iluminó a la luz clara en la sombra profunda del corredor, hice que la señorita Sewell se volviera, apartándose hacia las sombras de su celda antes de comprender lo estúpida que había sido. Willi habló en alemán con el hombre al que la negra de Nina había llamado Saul, dándole la bienvenida al infierno. El hombre le había dicho a Willi que se fuera al infierno, Willi había reído y había dicho algo a un hombre más joven con ojos de reptil, y después se acercó un caballero muy apuesto. Willi se dirigió a él llamándolo C. Arnold, y supe que tenía que ser el legendario señor Barent que la señorita Sewell había buscado en la biblioteca. Incluso a la luz dura y en las sórdidas condiciones de ese túnel, pude ver enseguida que era un hombre de gran refinamiento. Su voz tenía el acento educado de Cambridge de mi querido Charles, su cazadora oscura era de buen corte, y si las investigaciones de la señorita Sewell eran correctas, era uno de los ocho hombres más ricos del mundo. Sospeché que podría apreciar mi madurez y buena educación, podría comprenderme. Hice que la señorita Sewell se acercara a los barrotes, miré y entreabrí los ojos bajando provocativamente las pestañas. El. señor Barent al parecer no se dio cuenta. Se marchó antes que Willi y su amigo.

-¿Qué pasa? -preguntó la negra de Nina, la que se llamaba Natalie.

Hice que Justin se dirigiera a ella, furioso. -Míralo tú.

-Ahora no puedo -dijo la chica de color-. Como ya te he explicado antes, a esta distancia el contacto es imperfecto.

Los ojos de la chica eran luminosos a la luz de la vela de la sala de estar.

-Entonces, ¿cómo puedes controlar las cosas, querida? -le pregunté. El leve ceceo de Justin hacía mi voz aún más dulce de lo que deseaba.

-Condicionamiento -dijo la negra de Nina-. ¿Qué pasa? Suspiré.

-Aún estamos en las pequeñas celdas. Willi acaba de estar allí... -¿Willi? -gritó la chica.

-¿Por qué tan sorprendida, Nina? Tú misma me dijiste que Willi

había recibido órdenes de estar allá. ¿Me mentías cuando dijiste que habías estado en contacto con él?

-Claro que no -respondió la chica recuperando la compostura

de aquella manera rápida, segura, que me recordaba a Nina-. Pero no le veo hace algún tiempo. ¿Tiene buen aspecto?

-No -contesté. Vacilé y decidí ponerla a prueba-. El señor Barent ha estado allí también -dije.

-¿Sí?

-Es muy... impresionante.

-Sí. Lo es, ¿verdad?

¿Había en ella una sugestión de afectación?

-Veo que le permitiste que te convenciera de traicionarme, Nina, querida -dije yo-. ¿Tú... has dormido con él?

Odiaba ese absurdo eufemismo, pero no tenía ninguna manera menos basta de confrontarla con la cuestión.

La chica de color se limitó a mirarme y por centésima vez maldije a Nina por «usar» a esta... criada... en vez de una persona a la que yo pudiera tratar como igual. Incluso la horrible señorita Barrett Kramer habría sido preferible a esta interlocutora.

Estuvimos sentadas en silencio durante algún tiempo, la negra perdida en cualquier ensueño que Nina hubiera colocado en su cabeza y mi atención dividida por mi nueva familia. Las limitadas impresiones sensoriales de la señorita Sewell de la piedra fría y del corredor vacío, el control cuidadoso de Justin del pelele de Nina y, por último, los toques finales, muy tenues, con la mente de nuestro nuevo amigo en el mar. Este contacto era el más difícil de mantener, no sólo por la distancia, porque la distancia había dejado de ser un gran obstáculo desde mi enfermedad, sino porque la conexión tenía que conservarse tenue e invisible hasta el momento en que Nina decidiera lo contrario.

O así lo creía ella. Había aceptado el desafío a causa de mi necesidad de jugar con Nina de momento y a causa de su sarcasmo un poco infantil de que no me sería posible establecer y mantener contacto con alguien al que yo había visto sólo por los prismáticos. Pero ahora que yo había probado mis capacidades, no tenía necesidad de seguir el resto del plan de Nina. Esto era especialmente verdad ahora que yo comprendía mejor las severas limitaciones que la muerte había impuesto a la «aptitud» de Nina. Dudo que ella pudiera «usar» a alguien a una distancia de casi trescientos kilómetros antes de nuestro desacuerdo en Charleston hacía seis meses, pero estaba segura de que ella no revelaría su punto débil ni se colocaría en una situación dependiente de mí.

Pero ahora dependía de mí. La negra estaba sentada en mi sala de visitas, con un jersey holgado y extrañamente lleno de protuberancias sobre su vestido pardo, y Nina prácticamente estaba ciega y sorda. Todo lo que acontecía en la isla lo conocería -yo estaba cada vez más convencida de ello- sólo si yo se lo decía. No creí ni por un segundo que tenía un control intermitente sobre el pelele llamado Saul. Yo había tocado el cerebro de ese Saul una fracción de segundo durante el viaje en barco, y aunque recibí ecos de alguien que había sido «usado» -masivamente «usado» en algún momento del pasado-, también sentí otra cosa, algo latente y potencialmente peligroso, como si Nina hubiese colocado una bomba explosiva en su mente de alguna manera inexplicable, sentí también que no estaba en ese momento bajo su control. Yo sabía lo limitada que era la utilización incluso de los peleles más adecuadamente condicionados cuando las circunstancias cambiaban o surgían contingencias inesperadas. De todo nuestro alegre trío durante los años pasados, yo tenía el honor de tener la «aptitud» más fuerte cuando se trataba de condicionar a mi gente. Nina me hacía bromas diciendo que yo tenía miedo de pasar a nuevas conquistas; Willi despreciaba cualquier tipo de relación prolongada, moviéndose de pelele en pelele con la misma violencia superficial que le movía de un compañero de cama a otro.

No, Nina estaba condenada a la decepción si esperaba ser efectiva en la isla sólo a través de un instrumento condicionado. Y en este momento sentí que el equilibrio cambiaba entre nosotras -¡después de todos estos años!-, y así el próximo movimiento sería mío y lo podría hacer en el momento, el lugar y las circunstancias que eligiera.

Pero yo quería tanto saber dónde estaba Nina.

La negra sentada en mi sala de estar -¡en la sala de estar! ¡Mi padre se moriría!- sorbió su té ignorando estúpidamente que, en cuanto yo tuviese otra vía para encontrar el paradero de Nina, este instrumento de color tan embarazoso sería eliminado de una manera gracias a la cual incluso Nina quedaría impresionada de mi originalidad.

Yo podía esperar. Cada hora mejoraba la fuerza de mi posición y debilitaba la de Nina.

El reloj de mi abuelo tocó las once en el vestíbulo. Justin estaba casi dormido, cuando los carceleros con sus monos abrieron la vieja puerta de hierro al final del corredor y levantaron mediante el mecanismo hidráulico los barrotes de cinco jaulas. La celda de la señorita Sewell no fue una de las abiertas, ni la del pelele de Nina en el nicho de encima.

Vi a los cuatro hombres y una mujer que pasaban, evidentemente ya «usados» y comprendí con un fuerte impacto que el negro alto, musculoso, era el que Willi había tenido dificultad en manejar en nuestra última reunión, Jensen algo.

Sentí curiosidad. Utilizando todas las chispas de mi «aptitud» ampliada, disminuyendo mi conciencia de Justin, de la familia, del hombre dormido en su pequeña cabina de oficiales, de todos -incluso de mí misma- pude proyectarme hasta uno de los guardias con suficiente control para recibir por lo menos impresiones sensoriales borrosas, como una imagen pobre de un televisor mal sintonizado, mientras el grupo recorría el corredor, cruzaba las puertas de hierro y los viejos portones, pasaba por la misma avenida subterránea por donde habíamos entrado y subía por la rampa larga, oscura, hasta el olor de vegetación podrida y de la noche tropical.

64

Isla Dolmann, lunes 15 de junio de 1981

En la segunda noche, Harod no tuvo más alternativa que intentar «usar» al hombre que había traído de Savannah.

La primera noche había sido una pesadilla para él. Había sido muy difícil controlar a la mujer que había elegido, una amazona alta, fornida, de mandíbulas fuertes, de pechos pequeños y cabello cortado de una manera poco atrayente, uno de los renacidos de Sutter que él cada año mantenía aislados y bien alimentados en el Centro Bíblico Mundial hasta que el Island Club los necesitaba. Pero no era gran cosa; Harod tuvo que utilizar toda su «aptitud» sólo para hacer que acompañara a los cuatro hombres hasta el claro cincuenta metros más allá de la cerca norte de la zona de seguridad. En el suelo había un gran pentágono quemado con un círculo marcado con tiza en cada punta de la estrella. Los otros cuatro ocuparon sus sitios -Jensen Luhar se dirigió a su círculo con zancadas fuertes, seguras- y esperaron a que la hembra de Harod se tambalease como embriagada hasta su posición. Harod sabía que había muchas excusas: estaba acostumbrado a controlar mujeres a distancias más cortas, íntimas, ésta era demasiado masculina para sus gustos, y -no era menos revelante de los factores- él mismo estaba aterrorizado.

Los otros hombres en la gran mesa redonda de la sala de caza estaban cómodamente sentados en sus sillas mientras Harod se movía y se retorcía, luchando por mantener el contacto con la mujer y dirigirla a su sitio. Cuando consiguió mantenerla de pie y quieta en el aproximado centro de su círculo, volvió su atención a la sala y asintió con la cabeza, limpiándose el sudor de la frente.

-Muy bien -dijo C. Arnold Barent con mucha condescendencia en la voz-, una muerte son quince puntos, pero el sustituto será eliminado. Si tu sustituto consigue cien puntos eliminando a los otros antes de la salida del sol, éste..., o ésta..., podrá ser usado en el juego de mañana por la noche si el jugador lo desea. ¿Está claro para nuestros nuevos jugadores?

Willi sonrió. Harod asintió con un gesto rápido de la cabeza.

-Quiero recordarles -dijo Kepler, descansando el brazo en el tapete verde y girándose hacia Harod-, que si un sustituto es eliminado pronto, se puede ver el resto del juego en la sala de monitores contiguo. Hay más de setenta cámaras en la parte norte de la isla. La cobertura es muy buena.

-Aunque no tan buena como permanecer en el juego -añadió Sutter. Una película de transpiración adornaba de gotas la frente y el labio superior del reverendo.

-Señores -dijo Barent-, si estamos listos, la bengala será disparada dentro de treinta segundos. Con esa señal empezaremos.

La primera noche fue una pesadilla para Harod. Los otros habían cerrado los ojos y tomado inmediato control, mientras él había luchado sólo para restablecer el pleno contacto durante más tiempo que el período preparatorio de treinta segundos.

Entonces se sintió en la mente de la mujer, sintiendo la brisa de la jungla en su piel desnuda, sintiendo cómo sus- pequeños pezones se levantaban al aire fresco, y haciéndose vagamente consciente de que Jensen Luhar se inclinaba desde su círculo, a unos tres metros, señalándola -señalando a Harod- y diciendo con aquella mirada de soslayo tan característica de Willi:

-Serás el último, Tony. Te dejaré para el final.

Entonces la bengala roja explotó ochenta metros por encima de la bóveda de palmeras, los cuatro hombres se movieron y Harod giró a su sustituta y la hizo huir hacia la jungla del norte.

Las horas pasaron en un sueño febril de ramas e insectos y la adrenalina del miedo -suya y de la sustituta- y una carrera sin fin, angustiosa, por la jungla y el pantano. Varias veces estuvo

seguro de que estaba casi en la punta norte de la isla, pero cada vez salía de los árboles para encontrar la línea de la cerca de la zona de seguridad por delante.

Intentó desarrollar una estrategia, crear algún entusiasmo por una acción, pero todo lo que pudo hacer mientras las horas pasaban y se acercaba el amanecer fue bloquear su recepción de dolor de los pies sangrantes y piel lacerada por miles de ramas de su sustituta y hacerla huir con un pesado garrote colgando inútilmente de su mano.

El juego no llevaba aún treinta minutos cuando Harod oyó el primer grito en la noche, a menos de quince metros de donde la había escondido, en un pequeño cañaveral. Cuando hizo que su pelele saliera diez minutos más tarde, a gatas, vio el cadáver del hombre rubio y rechoncho que Sutter utilizaba, su cara apuesta vuelta hacia el fango, con el cuello torcido ciento ochenta grados.

Horas más tarde, poco después de haber salido de un pantano infestado de serpientes, la pieza de Harod gritó mientras el portorriqueño alto y delgado de Kepler saltaba de su escondite y le pegaba repetidamente con una pesada rama. Harod la sintió caer y rodar a un lado, pero no a tiempo, pues un segundo golpe cayó sobre su espalda. Harod bloqueó el dolor, pero sintió el espantoso amortiguamiento que la dominaba cuando el portorriqueño, riendo como un loco, levantó su arma para asestarle el golpe final.

Una jabalina -un árbol joven descortezado y afilado- voló desde la oscuridad para traspasar la garganta del portorriqueño y aparecieron veinte centímetros de punta ensangrentada por la nuez del cuello del hombre. La pieza de Kepler se llevó las manos a la garganta, cayó de rodillas, cayó hacia un lado en un nido espeso de helechos, dio dos puntapiés y murió. Harod obligó a su hembra a ponerse primero a gatas, después sobre una rodilla, mientras Jensen Luhar entraba en el claro, arrancaba la primitiva lanza del cuello del cadáver y levantaba su ensangrentada punta y lo examinaba con delectación.

-Uno más, Tony -dijo el enorme negro con una sonrisa que brillaba a la luz de las estrellas-, después será tu tanda. Disfruta de la cacería, mein freund.

Luhar dio una palmadita en el hombro de la hembra de Harod y desapareció en la oscuridad.

Harod la hizo correr a lo largo de la estrecha playa, sin importarle el peligro de que fuese descubierta, tropezando con rocas y raíces en la estrecha franja de arena, chapoteando en el agua donde el mar había devorado la playa, siempre alejándose de donde creía que podía estar Luhar, de donde podía estar Willi.

No había visto al hombre de Barent, de pelo cortado al cepillo y con el físico de un luchador, desde el inicio del juego, pero sabía instintivamente que no tenía ninguna posibilidad contra Luhar. Harod encontró un lugar perfecto para esconderse, entre las ruinas llenas de sarmientos de la vieja plantación de esclavos. Hizo que su sustituta apretase su cuerpo herido y arañado entre la telaraña de hojas, plantas trepadoras, helechos y viejas vigas de una pared quemada en el fondo de las ruinas. No recibiría puntos por una muerte, sino los quince puntos por sobrevivir hasta la salida del sol cuando la patrulla de seguridad de Barent la eliminase.

Era casi el alba, Harod y su sustituta dormitaban, mirando atontados por el agujero en el follaje hacia una pequeña mancha de cielo donde las nubes y las estrellas empañadas cambiaban de lugar, cuando la cara de Jensen Luhar apareció con su sonrisa ancha y canibalesca. Harod gritó cuando la enorme mano bajó, arrastró por el pelo a su presa y la lanzó sobre un montón de afilados escombros al fondo de la casa de los esclavos.

-El juego se ha acabado, Tony -dijo Luhar/Willy, y su cuerpo negro, lubricado con sudor y sangre, tapó las estrellas cuando se inclinó sobre Harod.

La pieza de Harod fue golpeada y violada antes de que Luhar cogiese su cara y su nuca y le rompiese el cuello con una brusca torsión. Sólo la muerte dio puntos a Willi, la violación estaba permitida, pero no puntuaba. El reloj del juego mostró que la sustituta de Harod murió dos minutos y diez segundos antes del alba, privándolo así de sus quince puntos.

El lunes los jugadores durmieron hasta muy tarde. Harod fue el último en despertarse. Se duchó y se afeitó, aún aturdido, y bajó a un elaborado bufete poco antes del mediodía. Había

risas y comentarios entre los otros cuatro jugadores, todos congratulando a Willi: Kepler reía y prometía vengarse esa noche, Sutter hablaba de la suerte de los principiantes y Barent estaba como siempre sincero y sonriente mientras le explicaba a Willi lo contento que estaba de tenerle a bordo. Harod cogió dos Bloody Mary preparados por el barman y se sentó en un rincón apartado para meditar. Jimmy Wayne Sutter fue el primero que le habló. Cruzó una extensión de baldosas negras y blancas cuando Harod iba por su tercer Bloody Mary.

-Anthony, querido amigo -dijo Sutter cuando se quedaron solos junto a las anchas puertas de la terraza que daba a los acantilados marinos-, esta noche tienes que hacerlo mejor. El hermano Christian y los otros buscan estilo y entusiasmo, no necesariamente puntos. «Usa» al hombre esta noche, Anthony, y demuestra que fue una buena decisión dejarte entrar en el Club.

Harod le miró sin decir nada.

Kepler se acercó cuando recorrían las instalaciones del campamento de verano para mostrárselas a Willi. Kepler subió los últimos diez peldaños del anfiteatro y le mostró a Harod su sonrisa de Charlton Heston.

-No está mal, Harod -dijo-, casi llegaste a la salida del sol. Pero deja que te dé un consejo, ¿de acuerdo? El señor Barent y los otros quieren ver un poco de iniciativa. Has traído a tu esclavo masculino. Úsalo esta noche..., si puedes.

Barent hizo que Harod le acompañara en su coche eléctrico cuando volvían a la casa del pastor.

-Tony -dijo el multimillonario, sonriendo levemente ante el silencio triste de Harod-, estamos muy contentos de que te hayas reunido con nosotros este año. Creo que a los otros jugadores les agradaría que jugaras con un sustituto masculino lo más pronto posible. Pero sólo si quieres hacerlo, claro. No hay prisa.

Continuaron en silencio hasta la casa.

Willi fue el último en ir a hablarle, se dirigió a Harod cuando éste dejaba la casa del pastor para reunirse con María Chen en la playa durante la hora previa a la cena. Harod se había deslizado por una puerta lateral y buscaba el camino a través de lo senderos del jardín, un laberinto complicado por altas pendientes de helechos y flores. Después de cruzar un pequeño puente ornamental, giró a la izquierda a través de un jardín zen en miniatura y encontró a Willi sentado en un banco largo como una araña pálida en una telaraña de hierro. Tom Reynolds estaba detrás del banco, y sus ojos tristes, lacio cabello rubio y largos dedos hicieron que Harod pensara -no era la primera vez- que el segundo pelele de Willi parecía una estrella de rock convertida en verdugo.

-Tony -murmuró Willi en un tono fuerte, con acento-, es hora de que hablemos.

-Ahora no -dijo Harod, y siguió su camino. Reynolds dio un paso a un lado y le impidió pasar.

-¿Sabes lo que haces, Tony? -preguntó Willi en voz baja.

-¿Y tú? -contestó Harod, sabiendo en ese mismo momento lo flojo que sonaba y deseando sólo alejarse de allí.

-Ja -murmuró Willi-. Sí. Y si tú estropeas las cosas ahora, estarás destruyendo años de esfuerzo y planificación.

Harod miró alrededor, comprendiendo que estaban fuera de vista de la casa del pastor y de las cámaras de seguridad de aquel florido callejón sin salida. No podía volver a la casa y Reynolds aún le bloqueaba la salida.

-Mira -dijo Harod, oyendo cómo su voz se alzaba con la tensión-. Todo esto me da igual y no tengo la mínima idea de qué hablas y no quiero mezclarme en tus líos, ¿de acuerdo?

Willi sonrió. Sus ojos no parecían humanos.

-Ja, está muy bien, Tony. Pero aquí estamos en los movimientos finales y no permito interferencias. ¿Está claro?

Algo en la voz de su antiguo socio le dio más miedo que nada en su vida. Durante un momento no pudo hablar.

El tono de Willi cambió, haciéndose casi familiar,

-Supongo que encontraste a mi judío cuando yo terminé con él en Filadelfia -dijo-. Tú o Barent. Da igual, incluso si te dieron órdenes de que jugaras este gambito por ellos.

Harod empezó a hablar pero Willi levantó la mano y lo hizo callar.

Juega con el judío hoy, Tony. Ya no me interesa y tengo un lugar para ti en mis planes después de esta semana..., si no me complicas las cosas. Klar? ¿Está claro, Tony?

Los ojos del verdugo, color pizarra, penetraron hasta el cerebro de Harod.

-Está claro -consiguió decir. En la visión vívida, alucinante, de un segundo, Harod comprendió que Willi Borden, Wilhelm von Borchert, estaba muerto, que él estaba mirando a un cadáver, y que no se trataba sólo de una calavera que le sonreía como algo esculpido en hueso afilado, sino de una calavera que era un depósito de millones de otras calaveras con fauces de afilados dientes que expelían el hedor del osario y de la tumba.

-Sehrgut-dijo Willi-. Nos veremos luego, en la sala de caza.

Reynolds se movió hacia un lado con el mismo simulacro de la sonrisa de Willi que Harod había visto en la cara de Jensen Luhar la noche anterior, segundos antes de que el negro le torciera el cuello a la hembra de Harod.

Harod fue hasta la playa y se reunió con María Chen. No podía dejar de temblar, incluso en la arena caliente y bajo el sol abrasador. María Chen le tocó el brazo.

-¿Tony?

-Joder -dijo él, con sus dientes castañeteando violentamenteJoder. Que se queden con el judío. Quienquiera que esté detrás de él, hagan lo que hagan, pueden tenerlo esta noche. Mierda. Que se jodan. Todos.

El banquete de la segunda noche fue contenido, como si todos estuvieran reflexionando sobre las horas que seguirían. Todos excepto Harod y Willi habían visitado las jaulas de peleles durante el día y habían elegido a sus favoritos con el cuidado habitualmente dedicado a la inspección de caballos de carrera de pura sangre. Barent había informado durante el almuerzo que utilizaría a un sordomudo jamaicano que había traído e inspeccionado, un hombre que había huido de su isla después de haber asesinado a cuatro personas en una disputa familiar. Kepler tardó algún tiempo en elegir a su segundo pelele, estuvo prestando especial atención a los hombres más jóvenes y pasó dos veces delante de la jaula de Saul sin mirar detenidamente. Al final eligió a uno de los huérfanos sin hogar de Sutter, un chico alto, elegante, de piernas fuertes y pelo hasta los hombros.

-Un galgo -dijo Kepler en el almuerzo-. Un galgo con dientes.

Sutter también confió esa segunda noche en un pelele condicionado y anunció que utilizaría a un hombre llamado Amos que había sido su guardaespaldas personal en el Centro Bíblico Mundial durante dos años. Amos era un hombre bajo, de aspecto potente, con un bigote de bandido y cuello y hombros de jugador de rugby.

Wílly pareció satisfecho de poder utilizar a Jensen Luhar una segunda noche. Harod sólo dijo que utilizaría a un hombre -el judíoy esa noche no participó en el resto de la conversación.

Barent y Kepler habían hecho apuestas de más de diez mil dólares sobre el resultado del juego de la noche anterior y las apuestas fueron dobladas esa noche. Todos estuvieron de acuerdo en que las apuestas eran extraordinariamente altas y la competición extraordinariamente feroz para ser sólo la segunda noche del torneo.

La puesta de sol del lunes fue oscurecida por nubes y Barent anunció que el barómetro estaba bajando rápidamente pues una tormenta se acercaba desde el sudeste. A las 10.30 de la noche se levantaron de la mesa de la cena, dejaron a los guardaespaldas y ayudantes y tomaron el ascensor privado forrado en caoba hasta la sala de caza.

Detrás de puertas cerradas, la única lámpara que pendía del techo iluminaba la gran mesa verde y hacía que las cinco caras pareciesen máscaras sombreadas. A través de la larga ventana, se veían los rayos en el horizonte. Barent había ordenado que apagaran las luces del complejo y del jardín para que no compitieran con el esplendor de la tormenta, y ahora durante la pausa antes de que Barent hablara todas las miradas estaban clavadas en los relámpagos.

-La bengala será disparada dentro de treinta segundos. Entonces empezaremos -dijo Barent.

Cuatro de ellos cerraron los ojos, las caras tensas de esperanza. Harod se volvió para ver cómo, al sudeste, la luz blanca de los relámpagos mostraba siluetas de árboles a lo largo de la avenida de los Robles e iluminaban el interior de las propias nubes oscuras de la tormenta.

No sabía qué pasaría cuando levantaran los barrotes de la celda del judío llamado Saul. Harod no tenía intención de tocar la mente de ese hombre y sin un pelele estaría sin contacto con los acontecimientos de la noche. Ya le venía bien. Pasase lo que pasara, fuera quien fuese el que quería desequilibrar las cosas trayendo al judío, sea como fuere que planeaban utilizar su ventaja, era una cosa que poco le importaba a Tony Harod. El sabía que no tendría nada que ver con los acontecimientos de las seis próximas horas, que se trataba de un juego en el cual estaría completamente fuera. De eso estaba seguro.

Harod nunca había estado tan equivocado.

65

Isla Dolmann, lunes 15 de junio de 1981

Saul estaba encerrado en la pequeña celda hacía más de veinticuatro horas cuando zumbó un mecanismo en las paredes de piedra y los barrotes de acero se abrieron. Durante un segundo no supo qué hacer.

Había estado extrañamente despreocupado por su encarcelamiento, casi contento, como si cuarenta años superfluos hubieran desaparecido, devolviéndole a los momentos esenciales de su vida. Durante veinte horas había estado en el frío nicho de piedra y había pensado en la vida, recordando detalladamente los paseos por la noche con Natalie cerca de la granja en Caesarea, el sol en la arena y los ladrillos y las olas del Mediterráneo. Recordó conversaciones y risas, confidencias y lágrimas, y cuando lloraba, los sueños lo envolvían inmediatamente, llevándole a otras afirmaciones de vida frente a las brutales abnegaciones.

Los guardias ponían comida por la abertura dos veces al día y Saul comía. Las bandejas de plástico estaban llenas de estofados deshidratados y congelados, carne y fideos. Comida de astronauta. Saul no se sorprendió de la ironía de la comida de vehículo espacial en una jaula de esclavo del siglo XVII se lo comía todo, bebía el agua y seguía con sus ejercicios para impedir que los músculos padecieran calambres y el cuerpo se le enfriase demasiado.

Su gran preocupación era Natalie. Ambos sabían hacía meses lo que tendrían que hacer y que sólo ellos podrían hacerlo, pero la separación había tenido el sabor de un final. Pensó en el sol en la espalda de su padre, el brazo de Josef sobre el hombro de su padre.

Saul yacía en una oscuridad que olía a cuatro siglos de miedo y pensó en el coraje. Pensó en los africanos y nativos americanos que habían estado en esas mismas jaulas de piedra oliendo -como él olíael aroma de la desesperación humana, sin saber que ellos triunfarían, que sus descendientes exigirían la luz y la libertad y la dignidad denegada a los que esperaban aquí la muerte o las cadenas. Cerró los ojos e inmediatamente vio los vagones de ganado llegando a Sobibor, los demacrados cuerpos entrelazados, cadáveres fríos buscando un calor que no podía encontrarse, pero incluso a través de esa imagen de carne fría y ojos acusadores vio también a los jóvenes sabras de los kibbutzim saliendo hacia el trabajo por la mañana en los huertos o armándose para la patrulla de ronda durante la noche, con los ojos austeros y confiados, demasiado confiados quizá, pero vivos, muy vivos; su simple existencia era una respuesta a los ojos interrogativos de los cadáveres de los vagones de ganado separados unos de otros en una vía muerta helada en 1944.

Saul estaba preocupado por Natalie y temía por su propia suerte, con el miedo terrible que trepaba por su espalda, que nublaba sus ojos y se convertía en frío acero en su boca, pero reconoció el miedo y le dio de nuevo la bienvenida -sabiendo muy bien que nunca le había abandonado- y lo dejó pasar a través de sí en vez de sobre sí. Mil veces ensayó lo que quería hacer y lo que podría detenerlo. Analizó sus opciones. Tuvo en cuenta las líneas de acción si Natalie lograba mantener a la vieja controlada exactamente como habían planeado y otras acciones en el caso más probable de que Melanie Fuller actuara imprevisiblemente como su locura hacía prever. Si Natalie muriese, él seguiría adelante. Si nada ocurriera como estaba planeado, él seguiría adelante. Si no hubiese ninguna esperanza, él seguiría adelante.

Saul yacía en la oscura grieta en la piedra, pensaba en la vida y contemplaba la muerte, la suya propia y la de otros. Examinó todas las posibles contingencias y después inventó más.

E incluso entonces, cuando los barrotes se abrieron y los otros cuatro se movieron y se deslizaron al exterior desde sus escondites y se dirigieron hacia la distante abertura, Saul Laski, durante un minuto eterno, no supo qué hacer.

Entonces se deslizó de su nicho y permaneció de pie. El suelo de piedra estaba más frío bajo sus pies desnudos. La cosa que había sido Constance Sewell le miró a través de los barrotes de acero y un velo de pelo enmarañado.

Saul se apresuró a seguir a los otros hacia la salida y la oscuridad.

Tony Harod estaba sentado en la sala de caza y miraba por debajo de sus párpados casi cerrados las caras de los cuatro hombres que esperaban el inicio de la competición de la noche. La cara de Barent era calma y serena, sus dedos estaban bajo su labio inferior, con una leve sonrisa moviendo los músculos de las comisuras de sus labios. La cabeza de Kepler se curvó hacia atrás mientras fruncía el ceño con el esfuerzo de la concentración. Jimmy Wayne Sutter estaba sentado hacia adelante, con los brazos sobre el tapete verde de la mesa, sudor en su frente arrugada y en su largo labio superior. Willi estaba recostado tan profundamente en su silla que la luz sólo le tocaba las cejas, las marcadas mejillas y la forma de su nariz. Pero Harod tenía la fuerte impresión de que los ojos de Willi estaban abiertos y le miraban.

Harod sintió pánico cuando comprendió lo absurdo de su posición; no tenía forma de saber qué pasaba. No quería ni tan sólo intentar tocar la conciencia del pelele judío y sabía que, aunque lo intentara, fuera quien fuese el que controlaba al judío no permitiría su acceso. Harod examinó las caras que lo rodeaban por última vez. ¿Quién podría estar controlando a dos peleles a la vez? La lógica decía que tenía que ser Willi -tanto el motivo como la extensión de la «aptitud» del viejo lo sugerían-, pero entonces, ¿por qué el ardid del jardín? Harod estaba desconcertado y asustado. En ese momento no le consolaba mucho saber que María Chen lo esperaba abajo ni que ella había conseguido traer su pistola en la barca que esperaba en el malecón de la isla por si hubiera necesidad de largarse súbitamente.

-¡Qué coño es esto! -gritó Joseph Kepler. Los cuatro hombres habían abierto los ojos y miraban a Harod.

Willi se inclinó hacia adelante. Su cara era una máscara roja de furia.

-¿Qué haces, Tony? -Su mirada fría recorrió a los otros hombres-. ¿O no es Tony? ¿Es así cómo jugáis vuestros juegos de honor?

-¡Espera! ¡Espera! -gritó Sutter, de nuevo con los ojos cerrados-. Mira. Corre. Podemos..., todos juntos podemos...

Los ojos de Barent se habían abierto como los de un depredador que despierta para la caza nocturna.

-Claro -dijo él en voz baja, con los dedos aún en la misma posición-. Laski, el psiquiatra. Debía haberme dado cuenta antes. La ausencia de la barba me engañó. Quien haya tenido esta idea sabe lo que es una buena broma.

-No es ninguna broma -dijo Kepler, de nuevo con los ojos cerrados con fuerza-. Cógelo.

Barent sacudió la cabeza.

-No, señores. A causa de las irregularidades que hay, está cancelada la competición de esta noche. Las fuerzas de seguridad nos traerán a Laski.

-Nein! -exclamó Willi-. Es mío.

Barent aún sonreía cuando se giró para enfrentar a Willi.

-Sí, puede ser suyo. Veremos. Entre tanto ya he pulsado el botón que avisa a Seguridad. Ellos comprueban la apertura del juego y sabrán a quién buscar. Usted puede ayudar a su captura, si lo desea, herr Borden, pero consiga que el psiquiatra no muera antes de ser interrogado.

Willi hizo un ruido que parecía un rugido y cerró los ojos. Barent giró su mirada mortalmente plácida hacia Harod.

Saul había seguido a los otros cuatro peleles por la rampa hacia una noche tropical cargada de humedad y de la sofocante amenaza de una tormenta. No se veían las estrellas, pero los relámpagos mostraban los árboles y un área descubierta al norte de la zona de seguridad. Había un enorme pentágono blasonado allí y los otros peleles ya habían ocupado sus lugares en las puntas de la estrella.

Saul se preguntaba si debía escaparse enseguida, pero se veían dos guardias con M-16 y miras infrarrojas delante de la zona de seguridad cada vez que los relámpagos centelleaban. Esperaría. Saul tenía que ocupar el círculo vacío entre Jensen Luhar y un joven alto y delgado de pelo largo. En cierta manera parecía apropiado que todos estuvieran desnudos. Saul era el único de los cinco que no estaba en una condición física excelente.

La cabeza de Jensen Luhar giró.

-Si puedes oírme, mi pequeño peón -dijo en alemán-, te diré adiós. No me ensañaré contigo. Será rápido.

La cabeza de Luhar se volvió hacia el cielo, esperando -como los otros- alguna señal. Los centelleos de los relámpagos grababan el perfil poderoso del negro de Willi de un plateado líquido.

Saul se giró, levantó el brazo y lanzó la piedra que había cogido cuando había tropezado deliberadamente un minuto antes. La piedra cogió a Luhar exactamente detrás de la oreja izquierda y lo hizo caer inmediatamente. Saul se giró y corrió. Cruzó la maleza hacia el bosque tropical antes de que los otros peleles pudieran hacer más que volverse y mirarlo. No hubo disparos.

Sus primeros cinco minutos de carrera fueron una fuga absurda, con agujas de pino y frondas caídas de palmito arañando sus pies desnudos, ramas y arbustos rastrillándole las costillas, y su respiración raspándole la garganta. Después se controló hasta el punto de parar, agacharse al borde de un pequeño cañaveral y escuchar. A su izquierda podía oír el chapoteo de las olas y el ruido más lejano de poderosos motores fuera borda. Un extraño chirrido podía ser el sonido de megáfonos eléctricos gimiendo a través del agua, pero las palabras eran confusas.

Saul cerró los ojos e intentó reconstruir los mapas y el fotomontaje de la isla, recordando las muchas horas pasadas en la cocina del motel con Natalie. Eran más de seis kilómetros en la punta norte de la isla. Sabía que el bosque pronto se convertiría en una auténtica jungla, abriéndose un poco hacia pantanos marinos un kilómetro antes de la punta norte, pero cerrándose de nuevo en pantano y jungla antes de poder llegar a la playa. Las únicas estructuras en el camino serían las ruinas del hospital de los esclavos, los cimientos cubiertos de hierba de la hacienda Dubose cerca de la punta rocosa en la costa Este, y las lápidas derribadas del viejo cementerio de esclavos.

Saul miró el cañaveral a la luz del resplandor de un relámpago de la tormenta que se acercaba y sintió un deseo aplastante de esconderse allí, simplemente arrastrarse y agacharse y colocarse en posición fetal y hacerse invisible. Sabía que moriría pronto si lo hacía. Los monstruos de la casa del pastor -tres de ellos por lo menos- habían pasado años cazándose en esos pocos kilómetros de jungla. Interrogado en el refugio, Harod le había hablado de la «cacería de huevos de Pascua» en la última noche cuando el Island Club liberaba a todos los peleles no utilizados aún -una docena o más de hombres y mujeres desnudos y desvalidos- y después utilizaban a sus favoritos para cazarlos con cuchillos y pistolas. Barent, Kepler y Sutter conocían todos los escondites y Saul no podía apartar de sí la sensación de que Willi podía sentir su paradero. Esperaba el toque asqueroso del viejo nazi en su cerebro en cualquier momento, sabiendo que ese contacto a esas distancias significaría el fracaso total de todos sus planes, meses de trabajo perdido, toda una vida de esperanzas sacrificada por nada.

Saul sabía que su única posibilidad era la fuga hacia el norte. Se alejó del cañaveral y corrió mientras la tormenta centelleaba y estallaba detrás de él.

-Allí -dijo Barent señalando la figura pálida, desnuda, que se tambaleaba en una pantalla de la quinta fila de monitores-. No hay duda de que es el psiquiatra, Laski.

Sutter sorbió un bourbon alto y cruzó las piernas en uno de los cómodos sofás de la sala de monitores.

-Nunca ha habido ninguna duda -dijo-. La cuestión es: ¿quién lo ha introducido en el juego y por qué?

Los otros tres miraron a Willi, pero el viejo observaba un monitor en la primera fila donde los guardias de seguridad arrastraban la forma aún inconsciente de Jensen Luhar. Los tres peleles restantes habían sido enviados a la jungla tras Laski. Willi se giró hacia los otros con una sonrisa:

-Habría sido una estupidez por mi parte haber incluido al judío -dijo-. Y yo no hago cosas estúpidas.

C. Arnold Barent se apartó de los monitores y cruzó los brazos. -¿Estúpido por qué, William?

Willi se frotó la mejilla.

-Todos asocian al judío conmigo, aunque fue usted, herr Barent, quien más recientemente lo condicionó y, de todos nosotros, es el único que no tiene nada que temer de él.

Barent parpadeó, pero no dijo nada.

-Si yo quisiera traer..., ¿cómo decirlo?..., un intruso a nuestros juegos, ¿por qué no traería a alguien completamente desconocido? Y en un estado físico mucho mejor, también. -Willi sonrió y meneó la cabeza-. No, sólo tenéis que pensar un minuto para comprender lo absurdo que sería para mí hacer esto. Yo no hago cosas estúpidas y vosotros seríais estúpidos si pensarais que las hago.

Barent miró a Harod.

-Tony, ¿mantienes tu historia de secuestro y chantaje?

Harod se hundió en el sofá y se puso muy serio. Había contado la verdad porque sospechaba que ellos estaban dispuestos a volverse en su contra si trataba de desviar sus sospechas. Ahora pensaban que era un mentiroso y había conseguido sólo mitigar parte de su natural miedo a la fuerza de Willi.

-No sé quién es el responsable -contestó Harod-, pero alguien aquí está jugando con esta mierda. ¿Qué ganaría yo con esto?

-¿Qué, realmente? -dijo Barent en un tono familiar.

-Creo que es una diversión de algún tipo -rechinó Kepler mirando a Willi con evidente tensión.

El reverendo Jimmy Wayne Sutter rió.

-¿Una diversión de qué tipo? -preguntó, riendo-. La isla está absolutamente protegida del mundo exterior. Nadie puede llegar a esta punta de la isla, excepto la fuerza de seguridad personal del hermano C., y todos son «neutrales». No me cabe duda de que, a la primera señal de irregularidades en el juego, todos nuestros ayudantes han sido..., ah..., acompañados a sus respectivas habitaciones.

Harod levantó la mirada, alarmado, pero Barent continuó sonriendo. Harod comprendió lo estúpido que había sido esperar que María Chen pudiera ayudarle en caso de crisis.

-¿Diversión de qué tipo? -repitió Sutter-. A este pobre y viejo predicador le parece que no hay motivo para ninguna diversión.

-Bien -contestó Kepler-, alguien tiene que controlarlo.

-Quizá no -dijo Willi en voz baja.

Todas las cabezas se giraron hacia él.

-Mi pequeño judío ha sido espantosamente persistente a través de los años -explicó Willi-. Imaginad mi sorpresa cuando lo descubrí en Charleston hace siete meses.

La sonrisa de Barent había desaparecido.

-Wilhelm, ¿quiere decir que este... hombre... vino aquí por su propia voluntad?

-Ja -sonrió Willi-. Mi peón de los viejos tiempos aún me sigue. Kepler estaba lívido.

-Entonces admites que eres la razón de su presencia aquí, aun

que viniera sólo para encontrarte.

-De ninguna manera -dijo Willi afablemente-. Fue usted quien

mandó matar a la familia del judío en Virginia.

Barent se golpeó el labio inferior con un dedo doblado. -Suponiendo que él sabía quién fue el responsable, ¿cómo descubrió los detalles del Island Club?

Incluso antes de terminar la pregunta, Barent se volvió para mirar

a Harod.

-¿Cómo podía yo saber que él trabajaba solo? -preguntó Harod

con voz lastimera-. Me atiborraron de drogas.

Jimmy Wayne Sutter se puso de pie y se acercó a un monitor en el

que lentes de infrarrojos mostraban una figura pálida, desnuda, luchando contra sarmientos y lápidas derribadas.

-Entonces, ¿quién trabaja con él ahora? -preguntó Sutter tan bajo que parecía que hablaba para sí mismo.

-Die Negerin -dijo Willi-. La chica negra. La que estaba con el sheriff en Germantown. -Rió, echando la cabeza hacia atrás, dejando ver empastes en las muelas gastadas por la edad-. Die üntermenschen se levantan exactamente como el Führer temía.

Sutter se apartó de la pantalla precisamente cuando el pelele jamaicano de Barent apareció, moviéndose rápidamente y con seguridad, en el cementerio cubierto de sarmientos donde Laski había desaparecido de la vista un momento antes.

-Entonces, ¿dónde está la chica? -preguntó Sutter.

Willi se encogió de hombros.

-Da igual. ¿Había negras en tus jaulas de peleles?

-No -dijo Barent.

-Entonces está en algún otro sitio -dijo Willi-. Quizá soñando con vengarse de la gente que asesinó a su padre.

-Nosotros no matamos a su padre -dijo Barent-. Fue Melanie Fuller o Nina Drayton.

-Exactamente -rió Willi-. Otra pequeña ironía. Pero el judío está aquí, y parece evidente que die Negerin le ha ayudado a llegar

hasta aquí.

Todos miraron los monitores, pero el único pelele visible era Amos, la pieza de Sutter, como un pequeño luchador de sumo mientras se abría camino entre la hierba alta al sur de la hacienda Debose. Los ojos de Sutter estaban casi cerrados por la concentración de controlarlo. -Necesitamos interrogar a Laski -dijo Kepler-. Tenemos que descubrir dónde está la chica.

-Nein -dijo Willi, mirando fijamente a Barent-. Tenemos que matar al judío lo más pronto posible. Aunque esté loco, puede tener alguna manera de atacarnos.

Barent desplegó los brazos y sonrió de nuevo. -¿Preocupado, William?

Willi de nuevo se encogió de hombros.

-Tiene sentido. Si todos cooperamos para matar al judío, eso elimina cualquier posibilidad de que haya sido traído aquí por alguno de nosotros para obtener alguna ventaja. Será fácil encontrar a la chica, ja? Sospecho que debe de estar de nuevo en Charleston.

-Las sospechas no nos bastan -contestó Kepler-. Propongo que lo interroguemos.

-¿James? -preguntó Barent.

Sutter abrió los ojos.

-Mátalo y volvamos al juego -dijo, y cerró los ojos. -¿Tony?

Harod lo miró sobresaltado.

-¿Quieres decir que yo tengo un jodido voto?

-Trataremos de los otros problemas después -dijo Barent-. En

este momento eres un miembro del Island Club y tienes derecho a

voto.

Harod mostró sus dientes pequeños y afilados.

-Entonces me abstengo -dijo-. Dejadme en paz y haced lo que queráis con ese tío.

Barent se golpeó ligeramente el labio y miró un monitor vacío; un relámpago cargó las lentes sensibles durante un segundo y llenó la pantalla de luz blanca.

-William -dijo Barent-, no consigo ver cómo este hombre puede ser una amenaza, pero estoy de acuerdo con tu lógica en que sería menos amenaza si estuviera muerto. Encontraremos a la chica y a cualquier otro supuesto vengador sin grandes problemas.

Willi se inclinó hacia delante.

-¿Puedes esperar hasta que Jensen, mi pelele, se recupere? Barent sacudió la cabeza.

-Sólo retrasaría el juego -dijo, y levantó un micrófono de la consola-. ¿Señor Swenson? -llamó, y esperó la respuesta en un pequeño auricular-. ¿Está siguiendo las huellas del pelele que ha huido hacia el norte? Bien. Sí, también lo veo en el Sector 2-7-Bravo-6. Sí, es hora de acabar con este intruso inmediatamente. Tenga las patrullas de la costa cerca y libere al helicóptero 3 del servicio de vigilancia. Sí, utilice el infrarrojo si es posible y conecte el sensor de suelo directamente con los grupos de búsqueda. Sí, estoy seguro de que sí, pero deprisa, por favor. Gracias. Corto.

Natalie Preston estaba sentada en la oscura casa de Melanie Fuller en el casco antiguo de Charleston y pensaba en Rob Gentry. Había pensado en él a menudo durante los últimos meses, casi cada noche antes de acostarse, pero en los dos meses que hacía que había salido de Israel había intentado empujar su dolor y hundirlo en el fondo de su conciencia para dejar sitio a la feroz determinación que sentía que debía llenar su mente. No había funcionado. Desde que había llegado a Charleston había pasado cerca de la casa de Rob cada día, normalmente por la noche. Había pasado sus pocas horas separada de Saul paseando por las calles tranquilas por las que ella y Rob habían paseado, recordando no los detalles triviales de sus conversaciones, sino los sentimientos profundos que habían nacido entre ellos, profundizándose y abriéndose a pesar de que ambos comprendían lo complicado e inoportuno que sería un romance entre ellos. Había visitado tres veces la tumba de Rob, dominada siempre por una sensación de pérdida que sabía que ninguna venganza vencería o compensaría y prometiéndose siempre que no volvería.

Cuando Natalie afrontó la segunda larga noche en la casa de los horrores de Melanie Fuller, sabía sin la mínima duda que si sobrevivía a las siguientes horas y días sería más a través del recuerdo del amor que por una determinación de vengarse.

Hacía poco más de veinticuatro horas que Natalie estaba sola con las fieras de cerebro muerto de Melanie Fuller. Había sido una eternidad.

El domingo por la noche había sido terrible. Natalie había estado en la casa Fuller hasta las cuatro de la mañana del lunes, marchándose sólo cuando le pareció seguro que Saul estaba a salvo hasta la matanza de la noche siguiente. Si aún estaba vivo. Natalie sabía sólo lo que la

monstruosa Melanie le contaba por boca del niño de cerebro muerto

que había sido Justin Warden. La historia de que Nina no podía controlar a Saul a aquella distancia -que Nina necesitaba la ayuda de

Melanie si querían salvar a Willi y a ellas mismas de la ira del Island

Club- parecía cada vez menos satisfactoria a medida que las horas se

arrastraban.

Durante largos períodos en la primera noche Justin permaneció

sentado y ciego; los otros miembros de la «familia» de Melanie también reposaban como maniquíes sin vida. Natalie supuso que la vieja

estaba ocupada controlando a la señorita Sewell o al hombre que habían observado por los prismáticos durante semanas mientras ella y Justin estaban en el parque sobre el río. No, era demasiado temprano para eso. Justin había dicho que Melanie había asistido a la matanza de la primera noche en la isla a través de los ojos de uno de los guardias de seguridad. Natalie había utilizado su capacidad para recrear a Nina para avisar a Melanie de que no interfiriera demasiado temprano para no revelar su presencia. Justin la había mirado ferozmente y no dijo nada durante una hora, dejando a Natalie desamparada, esperando informaciones. Esperando que la vieja se deslizara en su mente y la asesinara. Los asesinara a ambos.

Natalie estaba sentada en la casa que olía a basura y comida podrida e intentaba pensar en Rob, lo que Rob diría en esa situación, qué broma haría. Pasada la medianoche, utilizó el tono arrogante de Nina para exigir que se encendiera una luz. El gigante llamado Culley arrastró los pies para encender una sola bombilla de cuarenta vatios en una lámpara cuya pantalla estaba rasgada. El brillo crudo, llano, era peor que la oscuridad. La sala estaba llena de polvo, piezas de ropa olvidadas, telarañas y un desorden de comida pudriéndose. Podía verse una mazorca de maíz castaña, medio masticada, bajo el sofá. Había pieles de naranjas debajo de la mesa georgiana de té. Alguien, quizá Justin, había untado despreocupadamente mermelada de frambuesa o fresa en los brazos de la silla y del sofá, donde había dejado marcas resecas de manos que hacían que Natalie pensara en sangre seca. Oía ratones correteando por las paredes, quizás en los mismos corredores; tenían una fácil vía de acceso desde los palmitos a través de los cristales rotos de las ventanas, por donde Natalie podía ver el interior desde el patio siempre que se acercaba a la casa. A veces se oían ruidos en el segundo piso, pero eran demasiado fuertes para ser causados por ratones. Natalie pensaba en aquella cosa moribunda que había visto arriba, la anciana arrugada y torcida como una vieja tortuga sin caparazón, conservada viva con soluciones salinas intravenosas y máquinas despiadadas, y a veces -cuando pasaban largos períodos sin que nadie de su obscena «familia» se moviera o incluso pareciera respirar-

Natalie se preguntaba si Melanie Fuller habría muerto y aquellos autómatas de carne y sangre simplemente continuaban representando las últimas fantasías hediondas de un cerebro que se pudría, marionetas danzando al ritmo de los últimos espasmos del agonizante titiritero.

-Tienen a tu judío -ceceó Justin la segunda noche. Era medianoche pasada.

Natalie se estremeció, despertando de su letargo. Culley estaba de pie detrás de la silla del niño con la cara hinchada iluminada desde abajo por la bombilla. Marvin, Howard y la enfermera Oldsmith estaban en la sombra detrás de Natalie.

-¿Quién lo tiene? -jadeó.

La cara del niño pareció falsa a la fría luz, un rostro de muñeco moldeado en goma desconchada. Natalie recordó el muñeco de tamaño natural en Grumblethorpe y comprendió con una fría torsión interna que Melanie había, en cierta manera, transformado al niño en una imitación de aquella cosa en desintegración.

-Nadie lo tiene -dijo Justin-. Han abierto los barrotes hace una hora y lo han dejado salir para el divertimiento de la noche. ¿No tienes contacto, Nina?

Natalie se mordió el labio y miró a su alrededor. Jackson estaba en el coche a una manzana de allí, Catfish vigilaba la casa desde un callejón cercano. Era como si estuvieran en otro planeta.

-Melanie, es demasiado temprano -contestó-. Dime lo que pasa.

Justin mostró sus dientes de leche.

-Creo que no, Nina, querida -silbó-. Es hora de que me digas dónde estás.

Culley dio la vuelta a la silla. Marvin vino de la cocina. Traía un largo cuchillo que brilló a la luz de la bombilla. La enfermera Oldsmith rugió detrás de Natalie.

-Deténte -murmuró Natalie. Su garganta se contrajo en el último segundo y lo que debía ser una orden autoritaria de Nina salió como una súplica sofocada.

-No, no, no -silbó Justin, y se deslizó de su silla. Se acercó medio agachado y sus dedos tocaron la alfombra oriental sucia como si subiera por una pared como una mosca-. Es hora de que nos lo cuentes todo, Nina, o perderás a esta negrita. Muéstramelo, Nina. Muéstrame la «aptitud» que te queda. Si eres Nina.

La cara del niño estaba torcida en una máscara feroz, como si la cabeza de goma del muñeco se derritiera entre llamas invisibles.

-No -dijo Natalie, poniéndose de pie.

Culley le cerró el camino hacia la puerta. Marvin dio la vuelta al sofá y pasó la mano por la hoja del cuchillo y la hoja apareció manchada de sangre.

-Es hora de contármelo todo, Nina -murmuró Justin. Se escuchó el sonido de un golpe, de deslizamiento, en el segundo piso-. O

es hora de que esta negra muera.

El viento llegó antes de la lluvia, azotando a las palmeras hacia delante y hacia atrás en un frenesí, llevándose frondas y ramas por el aire en una avalancha de detritos afilados. Saul cayó de rodillas y se tapó la cabeza con los brazos mientras el follaje lo agredía con mil pequeñas garras. Un relámpago congeló el caos en una serie de imágenes estroboscópicas mientras los truenos se superponían hasta construir una sólida pared de ruido.

Saul estaba desorientado. Se acurrucó bajo un enorme helecho mientras la tormenta arreciaba e intentó encontrar algún sentido de dirección en la confusión de la noche. Había llegado a los pantanos salados, pero ahí perdió el norte; llegó a lo que debía de ser el trozo final de jungla, pero se encontró de nuevo, una hora después, en el cementerio de esclavos. Arriba, surgió un helicóptero con su proyector rastreando la selva con un rayo de luz blanca no menos intenso que los relámpagos de la tormenta.

Saul se arrastró más profundamente bajo los helechos, sin saber en qué lado del pantano salado se encontraba. Poco después de haber llegado de nuevo al cementerio de esclavos, horas antes, el pelele alto, desgarbado, había surgido de las sombras detrás de una pared caída y había atacado a Saul con uñas y dientes. Exhausto, aturdido por el cansancio y el miedo, Saul había cogido el objeto más cercano -una barra de hierro que podía haber sido el soporte de una lápida-

e intentado repeler a su agresor. La barra había golpeado su cabeza y le había abierto una amplia herida. El chico cayó inconsciente. Saul se arrodilló a su lado, le encontró el pulso y corrió hacia la jungla.

El helicóptero apareció de nuevo precisamente cuando Saul se ocultaba bajo los cipreses, más allá del pantano salado. El rugido del viento ahogaba el ruido de los rotores, a pesar de que el helicóptero estaba sólo cinco metros por encima de los árboles cuando se deslizó, luchando contra las rachas de viento. Saul sintió poco miedo del helicóptero; era demasiado inestable para ser utilizado como plataforma de tiro en medio de la tormenta, y dudaba de que pudiera descubrirlo excepto si lo sorprendía en un claro.

Saul se preguntó por qué razón el Sol no había nacido. Estaba seguro de que habían pasado horas más que suficientes desde que su tormento había empezado para que se agotaran doce noches. No había dejado de comer. Agachado cerca de la base de los cipreses, Saul jadeó, respirando con intensidad, y miró sus piernas y pies. Parecía como si alguien se los hubiera frotado con hojas de afeitar. Durante un segundo tuvo la ilusión de que llevaba calcetines a rayas rojas y blancas y calzoncillos carmesí.

El viento amainó y en la tregua, antes de que la lluvia empezara a caer, Saul levantó la cara al cielo y gritó en hebreo:

-¡Eh! ¿Qué otras bromas me tienes reservadas?

Un intenso haz de luz cortó horizontalmente la oscuridad hacia él desde el otro lado de los cipreses. Durante un segundo pensó que era un rayo y después se preguntó cómo había podido aterrizar el helicóptero, pero comprendió rápidamente que no era ni lo uno ni lo otro.

Más allá del muro de cipreses había una estrecha playa y más allá el océano. Las lanchas de vigilancia rastreaban la costa con proyectores.

Haciendo caso omiso de la luz, Saul se arrastró hacia la arena. La única playa en aquel lado de la zona de seguridad estaba en la punta norte de la isla. Había conseguido llegar. ¿Cuántas veces, se preguntó, había llegado a pocos metros de la playa y, desorientado, había vuelto al pantano y a la jungla?

Allí la playa era estrecha, no tenía más de dos o tres metros y las grandes olas rompían contra las rocas. Hasta la tregua de la tormenta, el viento y los truenos habían tapado el sonido de las olas. Saul cayó sobre las rodillas en la arena y miró el mar.

Más allá de la línea de rompientes había por lo menos dos pequeños barcos y sus poderosos proyectores rastrillaban la playa con penetrantes rayos de luz blanca.

Los relámpagos iluminaron los dos barcos durante un segundo y Saul pudo ver que estaban a menos de cien metros. Las siluetas de hombres con fusiles eran claramente visibles.

Uno de los proyectores se deslizó a lo largo de la playa y el muro de follaje hasta Saul, que corrió hacia la jungla, lanzándose a los helechos y hierbas altas en el instante en que la luz lo alcanzaba. A gatas detrás de una duna baja, reflexionó en su situación. El helicóptero y los barcos de vigilancia indicaban que Barent y los otros habían abandonado su juego con peleles y con casi total certeza sabían a quién estaban persiguiendo. Saul podía esperar que su presencia hubiese causado confusión o incluso disensión en sus filas, pero no contaba con esa posibilidad. Subestimar la inteligencia o tenacidad de los enemigos nunca es útil. Saul había vuelto a su país durante las peores horas de la guerra del Yom Kippur y sabía perfectamente que la complacencia a menudo podía ser fatal.

Saul se lanzó hacia delante, corriendo paralelo a la playa, a través de espesa maleza y tropezando con raíces de mangles, sin tener la certeza de ir en la dirección correcta. Cada minuto o dos se lanzaba al suelo, pues los proyectores se acercaban a su posición o el helicóptero rugía a lo largo de la playa. Sabía que habían descubierto su paradero en aquella punta de la isla. No había visto cámaras o sensores durante su fuga, pero no tenía duda de que Barent y los otros utilizaban toda la tecnología disponible para grabar sus juegos perversos y reducir la posibilidad de que un pelele listo pudiera esconderse durante semanas o meses en la isla.

Saul tropezó con una raíz y cayó hacia delante. Su cabeza chocó contra una rama gruesa antes de que su cara cayera en veinte centímetros de agua salobre de pantano. Aturdido, sólo pudo rodar hacia un lado, agarrándose a manojos de hierba para arrastrarse hacia la playa.

La sangre le corría por la cara hacia la boca abierta; tenía el mismo sabor que el agua del pantano.

Aquí la playa era más ancha, aunque no tan ancha como la faja donde el Cessna había aterrizado. Saul comprendió que nunca encontraría la cala de la marea y los riachuelos si continuaba en los árboles. Podía haberlos pasado ya sin darse cuenta, perdido en esa jungla de pesadilla, llena de aguas pantanosas y ramas. Si estaba muy lejos, a este ritmo tardaría horas en llegar allá. Su única esperanza estaba en la playa.

Se acercaban más lanchas a la zona. Desde donde se encontraba,

bajo las ramas bajas de un ciprés, Saul podía ver cuatro, y una de ellas

se acercaba a menos de treinta metros, sacudida por las olas de la tormenta. Ahora empezaba a llover y Saul rezó para que cayera una lluvia

tropical, un diluvio que redujera la visibilidad a cero y ahogara a sus

enemigos como a los soldados del faraón. Pero la lluvia proseguía en

forma de llovizna ligera que podía ser el preludio de la verdadera tempestad o podía acabarse sin mayores consecuencias, abriendo los cielos a una salida de sol tropical que decidiría el destino de Saul.

Esperó cinco minutos bajo las ramas, agachado detrás de hierba y un tronco caído mientras las lanchas se acercaban con sus luces o el helicóptero pasaba por encima. Tenía ganas de reír, de levantarse y lanzar piedras e insultos durante unos pocos segundos, antes de que las balas lo atrapasen. Saul continuó agachado, esperando, mirando cómo otra lancha pasaba bajo la lluvia con su cola de gallo aumentando la cortina de espuma que soplaba hacia la playa.

Detrás de él, en la jungla, se escucharon varias explosiones. Durante un segundo, Saul pensó que los relámpagos se habían acercado, pero después oyó el ruido de rotores y comprendió que estaban lanzando cargas explosivas desde el helicóptero. Las explosiones eran demasiado poderosas para que pudieran ser grabadas; Saul podía sentir la vibración de cada explosión en la arena y las temblorosas ramas del ciprés. Los temblores aumentaban cuando las explosiones eran mayores. Saul pensó que lanzaban las cargas desde más alto, quizás a veinte o treinta metros, en la jungla, a intervalos de sesenta u ochenta metros. A pesar de la llovizna, el olor del humo llegaba hasta él desde el fondo de la playa, por su derecha. Si la tempestad aún venía del sureste, comprendió Saul, la dirección del humo confirmaba que estaba cerca de la punta de la isla, pero todavía alrededor de la punta nordeste, aún no el punto de aterrizaje del Cessna y a casi un kilómetro de la cala de la marea.

Tardaría horas en abrirse camino a través de la jungla hasta la cala, y si intentaba encontrar un atajo por los pantanos se perdería de nuevo.

Una explosión rasgó la noche doscientos metros al sur. Hubo un increíble chillido cuando una bandada de garzas despegó y desapareció en el oscuro cielo, y después el grito más prolongado y terrible que un ser humano podía proferir. Saul se preguntó si sería un pelele. O eso o había patrullas terrestres por allí y alguien había sido alcanzado por el bombardeo del helicóptero.

Saul podía oír ahora más claramente el zumbido de las palas del rotor, cada vez más cerca. Se escuchó un traqueteo de armas automáticas cuando alguien en una de las lanchas que se movían a lo largo de la línea de las olas disparó al azar hacia la jungla.

Saul hubiera deseado no estar desnudo. La fría lluvia goteaba sobre él desde las hojas, sus piernas y tobillos estaban doloridos, y siempre que miraba hacia abajo la luz de la tormenta le mostraba su vientre arrugado, demacrado; las piernas blancas y huesudas, y los genitales contraídos de miedo y de frío. El panorama no le insuflaba confianza ni le hacía desear seguir avanzando y luchando. Sobre todo le hacía desear tomar un baño caliente, vestirse con ropa de abrigo y encontrar un sitio tranquilo donde dormir. Su cuerpo era arrastrado desde hacía horas por la adrenalina y ahora sufría los efectos de su descenso. Se sentía frío, perdido y aterrado, una cáscara de humanidad desprovista de casi todas las emociones excepto el deseo atávico, obsolescente, de sobrevivir por razones que había olvidado. En resumen, Saul Laski se había convertido de nuevo en la persona que había sido cuando trabajaba en el pozo cuarenta años antes, sólo que ahora el aguante y el optimismo de la juventud habían desaparecido.

Pero ésa no era la única diferencia, comprendió Saul cuando levantó la cara hacia la tormenta, cada vez más violenta.

-¡Yo elegí estar aquí! -gritó en polaco a los cielos, sin preocuparse de si sus perseguidores lo oían. Levantó un puño, pero no lo sacudió, sólo lo levantó alto, y él mismo no sabía si era una señal de afirmación, de triunfo, de desafío o de resignación.

Saul atravesó la pantalla de cipreses, giró a la izquierda después de los últimos brotes de hierba costera y corrió hacia la playa.

-Harod, ven aquí -rogó Jimmy Wayne Sutter.

-Un momento -dijo Harod. Era el único que quedaba en la sala de monitores. Aunque las cámaras en tierra ya no mostraban nada importante, había una cámara en blanco y negro en una de las lanchas que se movía a lo largo de la punta norte y una cámara en color a bordo del helicóptero que estaba lanzando cargas y botes de nápalm sobre los árboles. Harod pensó que el trabajo de cámara era horrible -necesitaban un Steadicam para las tomas aéreas y las palpitaciones

de ambos monitores lo mareaban-, pero tenía que admitir que la pirotecnia ultrapasaba cualquier presupuesto que él y Willi hubieran tenido alguna vez y se acercaba a la orgía de fuego de Coppola al final de Apocalypse Now.. Harod siempre había pensado que Coppola estaba loco por haber cortado las escenas de nápalm de la versión casi final, y no lo había apaciguado el verlas bajo los créditos en el trozo final. A Harod le hubiera gustado tener un par de Steadicams y una unidad Panavision con dolby para el trabajo de esta noche; utilizaría las tomas para algo, aunque él mismo tuviera que escribir la jodida película alrededor de los fuegos artificiales.

-Ven, Tony, te estamos esperando -insistió Sutter.

-Un minuto -dijo Harod lanzando otro puñado de cacahuetes en su boca y tomando un sorbo de vodka-. Según la charla de la radio, tienen a este pobre chiflado acorralado en la punta norte y queman la jodida jungla...

-¡Ven ahora mismo! -gritó Sutter.

Harod miró al predicador. Los otros cuatro estaban reunidos en la sala de caza desde hacía aproximadamente una hora, y por la cara de Sutter, algo iba mal.

-De acuerdo -dijo él-, voy enseguida.

Miró por encima del hombro cuando dejaba la sala, a tiempo de ver a un hombre desnudo corriendo a lo largo de la playa en el campo de visión de ambas cámaras.

El ambiente en la sala de caza transmitía tanta tensión como antes la matanza en los monitores de televisión. Willi estaba sentado delante de Barent, Sutter se colocó de pie al lado del alemán. Barent, con los brazos cruzados, tenía un aire muy disgustado. Joseph Kepler caminaba arriba y abajo delante del ventanal. Abrieron las cortinas, la lluvia caía sobre el cristal y, cuando estalló un relámpago, Harod entrevió la avenida de los Robles. Se oía el trueno incluso a través de la gruesa capa de cristal y de las espesas paredes. Harod miró el reloj; eran las 12.45 de la noche. Se preguntó cansinamente si María Chen aún estaba detenida o si los ayudantes habían sido liberados. Deseó no haber salido nunca de Beverly Hills.

-Tenemos un problema, Tony -comenzó C. Arnold Barent-. Siéntate.

Harod obedeció. Esperaba que Barent, o más probablemente Kepler, anunciara que su pertenencia al Club había terminado y que su propia vida podía también acabarse. Sabía que no tenía opción en una prueba de «aptitud» con Barent o Kepler o Sutter. No esperaba que Willi levantara un dedo para ayudarle. Quizá, pensó Harod con la súbita epifanía concedida a los condenados, quizá Willi había planeado lo del judío para desacreditarlo y provocar su caída. ¿Por qué?, se preguntó Harod. «¿De qué manera soy yo una amenaza para Willi? ¿Por qué mi supresión le beneficia?» Excepto María Chen, no había ninguna otra mujer en la isla a la que pudiese utilizar. Los treinta y pico hombres de seguridad que Barent dejaba pasar al sur de la zona de seguridad eran todos «neutrales» altamente remunerados, fieles al multimillonario. Barent no tendría que utilizar su «aptitud» para eliminar a Tony Harod; le bastaría con apretar un botón.

-Sí -dijo Harod cansinamente-. ¿Qué pasa?

-Tu viejo amigo herr Borden nos ha preparado una sorpresa para esta noche -dijo Barent fríamente.

Harod parpadeó y miró a Willi. Pensó que la «sorpresa» sería a su costa, pero no estaba seguro de qué papel interpretaba Willi en ella.

-Sólo sugerimos una enmienda en la agencia del Island Club -dijo Willi-. C. Arnold y el señor Kepler no están de acuerdo con nuestra idea.

-Es una locura -exclamó Kepler desde la ventana.

-¡Silencio! -ordenó Willi.

Kepler se calló.

-¿Nuestra? -preguntó Harod estúpidamente-. ¿De quiénes?

-Del reverendo Sutter y mía -aclaró Willi.

-Resulta que mi viejo amigo James es amigo de herr Borden desde hace algunos años -intervino Barent-. Un interesante giro de

los acontecimientos.

Harod sacudió la cabeza.

-¿Y sabéis qué está sucediendo en la punta norte de vuestra jodida isla?

-Sí -intervino Barent. Se quitó de la oreja un auricular color carne más pequeño que un aparato para sordos y golpeó el micrófono ligado a él por un fino filamento-. Poco importa para esta discusión. Por más absurdo que parezca, en tu primera semana en la junta de gobierno pareces detentar el voto decisivo.

-Yo ni siquiera sé de qué carajo estáis hablando -dijo Harod.

Willi le explicó:

-Hablamos de una enmienda para ampliar las actividades de caza del Island Club a..., ah..., una escala más apropiada, Tony.

-El mundo -dijo Sutter. La cara del predicador estaba enrojecida y cubierta de sudor.

-¿El mundo?

Barent compuso una sonrisa sardónica. -Quieren usar naciones en vez de peones -dijo. -¿Naciones? -repitió Harod.

Un rayo cayó más allá de la avenida de los Robles, oscureciendo el

control polarizado de la ventana.

Joder, Harod -gritó Kepler-, ¿no puedes hacer nada excepto repetir las cosas? Estos dos idiotas quieren destruirlo todo. Exigen que juguemos con misiles y submarinos y no con individuos. Países enteros destruidos por. ganar puntos.

Harod se inclinó sobre la mesa y miró a Willi y a Sutter. No podía hablar.

-Tony -dijo Barent-, ¿es la primera vez que oyes la propuesta? Harod asintió con la cabeza.

-¿El señor Borden nunca te había hablado de esto? Harod negó con la cabeza.

-¿Comprendes la importancia de tu voto? -dijo Barent con tranquilidad-. Esto cambiaría por completo el curso de nuestro entretenimiento anual.

Kepler soltó una risa extraña, rota.

-Destruiría todo el maldito mundo -dijo.

-Ja -dijo Willi-. Quizá. O quizá no. Pero la experiencia sería fascinante.

Harod se sentó.

-Me estáis tomando el pelo -consiguió decir con una voz cascada que no utilizaba desde la pubertad.

-En absoluto -dijo Willi con voz suave-. Ya he demostrado la facilidad con la que incluso los niveles más elevados de seguridad pueden ser burlados. El señor Barent y los demás hace décadas que saben lo fácil que es influenciar en dirigentes nacionales. Sólo tenemos que eliminar las limitaciones de tiempo y escala para hacer estas competiciones infinitamente más fascinantes. Significaría viajar un poco y contar con un sitio seguro para reunirnos cuando la competición..., ah..., se pusiese al rojo, pero estoy seguro de que C. Arnold puede ocuparse de estos detalles. Nichi wahr, herr Barent?

Barent se frotó la mejilla.

-Sin duda. La objeción no es por problema de infraestructura, ni siquiera por el tiempo que una competición de ese tipo consumiría, sino por el derroche de recursos, humanos y de otro tipo, acumulado durante tanto tiempo.

Jimmy Wayne Sutter soltó la risa típica, profunda, conocida de los millones de personas que lo veían por televisión.

-Hermano Christian, ¿crees en verdad que podrás llevarte todo esto contigo?

-No -dijo Barent en voz baja-, pero no veo motivo para destruirlo sólo porque no estaré aquí para disfrutarlo.

-Ja, pero yo sí -dijo Willi con franqueza-. Pero eso es otro asunto. La moción se somete a votación. Jimmy Wayne y yo votamos sí. Tú y ese cobarde, Kepler, votáis no. Tony, vota.

Harod pegó un bote. No podía resistirse a la voz de Willi.

-Me abstengo -dijo-. Que os jodan a todos.

Willi golpeó la mesa con el puño.

-Harod, maldito seas, pedazo de mierda amante de los judíos. ¡Vota!

Un enorme tornillo parecía sujetar la cabeza de Harod, clavándole grapas de acero en el cráneo. Se cogió las sienes y abrió la boca en un grito silencioso.

-¡Basta! -exclamó Barent, y el tornillo desapareció.

Harod casi gritó de nuevo de alivio.

-Ya ha votado -añadió Barent-. Tiene derecho a abstenerse. Sin mayoría, la moción no prospera.

-Nein -dijo Willi. Una llama azul parecía haberse encendido en sus fríos ojos azules-, sin mayoría estamos en tablas. -Se giró hacia Sutter-. ¿Qué dices, Jimmy Wayne? ¿Podemos dejar este asunto empatado?

La cara de Sutter estaba cubierta de sudor. Miró un lugar por encima y a la derecha de la cabeza de Barent y dijo:

-Los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas. Tocó el primer ángel la trompeta y hubo granizo y fuego mezclado con sangre, que fue arrojado sobre la Tierra, y quedó abrasada una tercera parte de los árboles, y toda hierba verde quedó abrasada.

»El segundo ángel tocó la trompeta, y fue arrojada al mar, como una gran montaña, ardiendo en llamas, y convirtióse en sangre la tercera parte del mar...

»Tocó la trompeta el tercer ángel, y cayó del cielo un astro grande, ardiendo como una tea, y cayó en la tercera parte de los ríos y en las fuentes de las aguas...

»Tocó el cuarto ángel la trompeta y fue herida una tercera parte del Sol, y la tercera parte de la Luna, y la tercera parte de las estrellas...

»Entonces vi y oí a un águila que lloraba, que volaba por el cielo diciendo con poderosa voz: "¡Ay, ay, ay de los moradores de la Tierra por los restantes toques de trompeta de los tres ángeles que todavía han de tocarla!"

»Y el quinto ángel hizo sonar su trompeta, y vi una estrella que
caía del cielo sobre la Tierra y le fue dada la llave del pozo del
abismo...

Sutter se calló, bebió el resto del bourbon y permaneció callado.

Barent preguntó:

-¿Y qué significa esto, James?

Sutter pareció salir de su ensueño. Se limpió la cara con un pañuelo de seda azul que tenía en el bolsillo del pecho de su americana
blanca.

-Significa que no puede haber empates -dijo en un susurro áspero-. El Anticristo está aquí. Su hora ha llegado finalmente. Todo lo que podemos hacer es lo que está escrito y observar como sea posible las tribulaciones que caen sobre nosotros. No tenemos alternativa.

Barent cruzó los brazos y sonrió.

-¿Y quién de nosotros es tu Anticristo, James?

Sutter miró primero a Willi y después a Barent con ojos de loco. -Dios me ayude -dijo-. No lo sé. Entregué mi alma para servirlo y no lo sé.

Tony Harod se apartó de la mesa.

-Todo esto es muy raro -dijo-. Me largo.

-Quédate donde estás -exclamó Kepler-. Nadie dejará esta sala hasta que hayamos resuelto esto.

Willi se recostó y cruzó las manos sobre el estómago. -Tengo una sugerencia -murmuró.

-Adelante -concedió Barent.

-Sugiero que terminemos nuestra partida de ajedrez, herr Barent -dijo Willi.

Kepler dejó de caminar y miró primero a Willi y después a Barent. -Partida de ajedrez -dijo-. ¿Qué partida de ajedrez? -Sí -intervino Tony Harod-. ¿Qué partida de ajedrez?

Se frotó los ojos y vio la imagen de su propia cara tallada en marfil. Barent sonrió.

-El señor Borden y yo hemos estado jugando una partida de ajedrez por correo desde hace algunos meses -dijo-. Una diversión inofensiva.

Kepler se recostó en la ventana.

-¡Oh, Jesucristo todopoderoso! -exclamó.

-Amén -dijo Sutter con los ojos desenfocados una vez más. -Meses -repitió Harod-. Meses. Quieres decir que toda esta

mierda... Trask, Haines, Colben..., ¿y vosotros dos jugando al jodido

ajedrez todo el tiempo?

Jimmy Wayne Sutter hizo un sonido entre el eructo y la carcajada.

-Si alguno adora a la bestia y su imagen y recibe su marca en la frente o en la mano, éste beberá del vino del furor de Dios -murmuró-. Y será atormentado con el fuego y el azufre delante de los santos ángeles y delante del Cordero, y el humo de su tormento se elevará por los siglos de los siglos. -Sutter repitió el mismo sonido-. Y hará que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, hombres libres y esclavos, reciban la MARCA en su mano derecha o en la frente..., y su número es seiscientos sesenta y seis.

-Cállate -dijo Willi amablemente-. Herr Barent, ¿está de acuerdo? La partida está casi terminada, sólo necesitamos acabarla. Si gano, ampliaremos la... competición... a una escala mayor. Si gana usted, me conformaré con que las cosas sigan tal como están.

-Nos habíamos quedado en el movimiento treinta y cinco -dijo

Barent-. Su posición no era..., ah..., envidiable.

-Ja -sonrió Willi-, pero la jugaré. No pido un nuevo juego.

-¿Y si termina en tablas? -preguntó Barent.

Willi se encogió de hombros.

-Si hay tablas usted gana -dijo-. Sólo ganaré si consigo una victoria clara.

Barent miró un relámpago fuera.

-No le sigas el juego -gritó Kepler-. Está completamente loco. -Calla, Joseph -dijo Barent. Se giró hacia Willi-. De acuerdo.

Terminaremos la partida. ¿Jugamos con las piezas disponibles?

-Eso es más que agradable -dijo Willi con una sonrisa ancha

que mostraba unos dientes perfectos-. ¿Pasamos al primer piso?

-Sí -dijo Barent-. Sólo un minuto, por favor. -Cogió los auriculares y escuchó un momento-. Habla Barent -dijo por el micrófono de gota-. Desembarquen un grupo y terminen con el judío inmediatamente. ¿Comprendido? Bien. -Dejó los auriculares sobre la mesa

Ya está.

Harod los siguió al ascensor. Sutter, delante, tropezó súbitamente,

se giró y cogió el brazo de Harod.

-Y en esos días, los hombres buscarán la muerte y no la encontrarán -murmuró con urgencia a la cara de Harod-. Desearán morir y

la muerte huirá de ellos.

-¡Vete a la mierda! -dijo Harod y se liberó de su mano.

Los cinco bajaron en silencio.

66

Melanie

Recuerdo las meriendas en las colinas de los alrededores de Viena: las colinas perfumadas por los pinos, prados de flores silvestres, y el Peugeot descapotable de Willi aparcado cerca de algún río de hermosa panorámica. Cuando Willi no llevaba la ridícula camisa marrón y el brazalete era la imagen del elegante esplendor, con sus trajes de seda de verano y un sombrero blanco aerodinámico, de alas largas, que le había regalado uno de los artistas de cabaret. Antes de Bad Ischl, antes de la traición de Nina, me gustaba simplemente estar en compañía de personas muy guapas. Nina nunca estuvo tan encantadora como durante esos veranos finales de nuestra felicidad, y aunque las dos entrábamos en'una edad en que ya no éramos chicas -ni siquiera señoritas, según las normas de antes-, sólo contemplar a Nina en su entusiasmo rubio y de ojos azules me hacía sentirme y actuar como joven.

Sé ahora que fue su traición en Bad Ischl, aún más que la traición inicial de Nina con mi Charles años antes, lo que marcó el punto en qué empecé a envejecer, mientras Nina permanecía joven. En cierto sentido, Nina y Willi han estado «alimentándose» de mí todos esos años.

Era hora de que eso acabara.

En la segunda noche de mi extraña vigilia con la negra de Nina, decidí terminar la espera. Tenía que hacer alguna demostración. Estaba segura de que incluso con la chica de color apartada de la escena, Willi podría informarme sobre el paradero de Nina.

Confieso que mi atención estaba dividida. Hacía días, mientras sentía la juventud y la vitalidad volviendo a mi cuerpo, mientras la parálisis dominaba lentamente mi brazo y mi pierna izquierdos, sentía una disminución proporcional del control de mi familia y otros contactos. En una ocasión, después de que la señorita Sewell viese a Jensen Luhar, el hombre llamado Saul y los otros tres dejando la zona de las celdas, le dije a la chica de color:

-Tienen a tu judío.

Sentí la falta de control de Nina en la confusión de la reacción de su pelele. Me concentré más en los míos y exigí que Nina me dijera dónde estaba. Ella se negó y dirigió a su patética criada hacia la puerta. Estaba segura de que Nina había perdido totalmente el contacto con su hombre en la isla y por eso había también perdido el contacto con Willi. La chica estaba literalmente a mi merced.

Dirigí a Culley hasta donde pudiese alcanzar a la negra con dos pasos y traje al chico negro de Filadelfia a la habitación. El chico traía un cuchillo.

-Es hora de contarlo todo -le dije a Nina-, o ésta morirá.

Sospeché que Nina sacrificaría a la chica. Ningún pelele -por más condicionado que estuviera- valdría la revelación de su escondite. Preparé a Culley para los dos pasos y el rápido movimiento de brazos y manos que dejaría a la chica sin vida sobre la alfombra con la cabeza torcida en un ángulo imposible como las gallinas que Mamá Booth mataba en la parte trasera de la casa antes de la cena.

Mamá Booth escogía a su víctima, la cogía, le torcía el cuello y lanzaba el cadáver desplumado al porche antes de que el ave supiera que la habían matado.

La chica hizo una cosa sorprendente. Yo esperaba que Nina la hiciera huir o luchar, o por lo menos que hubiera una lucha mental mientras Nina intentaba controlar a uno de mis peleles, pero la chica de color se quedó donde estaba. Se desabrochó el enorme jersey y mostró un cinturón absurdo -una especie de bandolera de bandido mexicano- lleno de lo que parecía arcilla de modelar envuelta en celofán. De un pequeño aparato que parecía un radiotransistor salían hilos que iban hasta los paquetes de arcilla.

-¡Para, Melanie! -gritó.

Me detuve. Las manos de Culley se inmovilizaron en el acto de levantarse hacia el delgado cuello de la negra. No me preocupé en este momento, sólo sentí una ligera curiosidad por esa nueva manifestación de la locura de Nina.

-Esto son explosivos -jadeó la chica. Su mano se dirigió a un interruptor en el radiotransistor-. Si me tocas, los disparo. Si tocas mi cerebro, este monitor se disparará automáticamente. La explosión destruirá totalmente esta casa maloliente.

-Nina, Nina -hice que dijera Justin-, estás sobreexcitada. Siéntate un minuto. Haré que el señor Thorne traiga el té.

Era una equivocación perfectamente natural, pero la chica negra mostró los dientes en algo que ni siquiera parecía una sonrisa.

-El señor Thorne ya no está aquí, Melanie. Tu cerebro se está volviendo fangoso. El señor Thorne, sea cual fuere su nombre auténtico, asesinó a mi padre y después uno de tus inmundos amigos lo mató. Pero siempre has sido tú, viejo saco de pus. Tú has sido la araña en el centro de cada..., ¡no lo intentes!

Culley apenas se había movido. Hice que bajara las manos lentamente y retrocediera. Pensé apoderarme del sistema nervioso de la chica, para bloquear sus movimientos. Llevaría sólo algunos segundos, lo suficiente para que uno de los míos la cogiera antes de que ella pudiera apretar el pequeño botón rojo. Aunque no creí ni por un momento que sus estúpidas amenazas fueran auténticas.

-¿Qué tipo de explosivo dices que es eso, querida? -pregunté a través de Justin.

-Se llama C-4 -respondió la chica. Su voz era firme y tranquila, pero yo podía oír su respiración rápida-. Es una cosa militar..., explosivo plástico, y aquí hay seis kilos, más que suficiente para enviaros a ti y a esta casa al infierno y destruir también la mitad de la casa Hodges.

No sonaba como si hablara Nina. Arriba, el doctor Hartman movió torpemente una sonda de mi brazo y empezó a girarme hacia la derecha. Le empujé con el brazo libre.

-¿Cómo podrías detonar este explosivo si yo te arrebatara a tu negrita? -hice que Justin preguntara. Howard levantó su pesada pistola del 45 de mi mesilla de noche, se quitó los zapatos y empezó a bajar silenciosamente por la escalera. Yo aún tenía un contacto ligero, a través de la señorita Sewell, con las percepciones de uno de los guardias de seguridad que llevaban el cuerpo inconsciente de Jensen Luhar de nuevo hacia el túnel mientras los otros continuaban la persecución del hombre que la negra había llamado Saul. Había alarmas audibles. hasta para la señorita Sewell en la zona de los peleles. La tempestad se acercaba a la isla; un oficial de cubierta anunció olas de dos

metros y aumentando.

La chica de color se acercó más a Justin.

-¿Ves estos cables? -preguntó, inclinándose hacia delante. Unos cables muy finos bajaban desde su cuero cabelludo hasta el cuello de su blusa-. Estos sensores transportan las señales eléctricas de mis ondas cerebrales hasta este monitor. ¿Lo entiendes?

-Sí -ceceó Justin.

Yo no tenía ni idea de lo que ella decía.

-Las ondas cerebrales tienen ciertos patrones -dijo la chicaEstos patrones son tan característicos como las huellas dactilares. En cuanto me toques con tu cerebro sucio, podrido, enfermo, crearás una cosa llamado ritmo theta, que se encuentra en ratas, lagartos y formas de vida inferiores como tú, y el pequeño ordenador que hay en este monitor lo sentirá y encenderá el C-4. En menos de un segundo, Melanie.

-Mientes -dije.

-Pruébalo -dijo la chica. Dio otro paso adelante y empujó a Justin con mucha fuerza, lanzando al pobre niño hacia atrás hasta que chocó con la silla preferida de papá y se sentó con un repiqueteo de sus talones-. Pruébalo -repitió ella, alzando la voz con ira-, pruébalo, vieja bruja disecada, y te veré en el infierno.

-¿Quién eres? -pregunté.

-Nadie -dijo la chica-. Sólo alguien a cuyo padre tú asesinaste. Nada importante para que lo recuerdes.

-¿No eres Nina? -pregunté. Howard había llegado al fondo de la escalera. Levantó la pistola preparado para aparecer y disparar.

La chica miró hacia donde estaba Culley y hacia el vestíbulo. El brillo verde que emanaba del rellano del segundo piso lanzaba una vaga sombra hacia donde estaba Howard.

-Si me matas -dijo la chica-, el monitor sentirá el cese de las ondas cerebrales y provocará inmediatamente la detonación. Matará a todos en esta casa.

No noté miedo en su voz, sólo algo que se parecía al júbilo.

La chica mentía, claro. O era Nina quien mentía. No había forma posible de que una chica de color de la calle pudiese saber todas aquellas cosas sobre la vida de Nina, sobre la muerte del padre de Nina, y conocer los detalles del «juego» de Viena. Pero esta chica había dicho algo sobre el hecho de que yo había matado a su padre esa primera vez que nos habíamos encontrado en Grumblethorpe. ¿O no? Las cosas se volvían muy confusas. Quizá la muerte había realmente enloquecido a Nina y ahora ella lo confundía todo hasta el punto de pensar que yo había empujado a su padre bajo aquel tranvía en Boston. Quizás en sus últimos segundos de vida, la conciencia de Nina hubiese buscado refugio en el cerebro inferior de esta chica -¿quizás era una criada de Mansard House?- y ahora los recuerdos de Nina se confundían y mezclaban con la memoria mundana de una criada de color. Casi hice que Justin riera ante esta idea. ¡Qué ironía habría sido!

Fuera lo que fuese, yo no tenía miedo de su imaginario explosivo. Había oído hablar de explosivo plástico, pero estaba segura de que no se parecía a esos terrones de arcilla. Ni siquiera parecían plástico. Además, recordaba cuando papá tuvo que dinamitar una presa de castores en nuestra propiedad de Georgia antes de la guerra; sólo él y el capataz pudieron ir al lago con la traicionera dinamita y tomaban muchas precauciones con los detonadores. Los explosivos eran poco seguros para

llevarlos en un estúpido cinturón. El resto de la historia de la chica -ondas cerebrales y ordenadores- simplemente carecía de sentido. Esas ideas pertenecían al reino de la ciencia-ficción que a Willi le gustaba leer en esas revistas alemanas sensacionalistas. Aunque si una idea como ésa fuera posible -y yo confiaba en que no lo fuese- no pertenecía al campo de comprensión de una negra. A"mí misma me costaba comprenderlo.

De todas maneras, era mejor no continuar empujando a Nina. Había siempre una remota posibilidad de que algo del aparato del pelele pudiera incluir auténtica dinamita. No veía razón para no seguirle el juego de Nina algunos minutos más. El hecho de que estuviese más loca que una cabra no la hacía menos peligrosa.

-¿Qué quieres? -pregunté.

La chica se humedeció los gruesos labios y miró alrededor.

-Que tu gente salga de aquí. Excepto Justin. Justin se quedará en la silla.

-Claro -ronroneé. El chico negro, la enfermera Oldsmith y Culley salieron por diferentes puertas. Howard retrocedió cuando pasó Culley, pero no bajó la pistola.

-Dime qué pasa -exigió la negra, que siguió de pie con el dedo cerca del botón rojo del aparato que llevaba en el cinturón.

-¿Qué quieres decir, querida?

-En la isla -exigió la chica-. ¿Qué pasa con Saul?

Hice que Justin se encogiera de hombros.

-He perdido el interés por eso -dije.

La chica dio tres pasos hacia delante. Pensé que iba a pegarle una bofetada al indefenso niño.

-Maldita -dijo ella-. Dime lo que quiero saber o hago estallar esto inmediatamente. Valdrá la pena, simplemente con saber que estarás muerta..., carbonizada en tu cama como una vieja rata sin pelo sobre las llamas. ¡Decídete, puta!

Siempre desprecié las palabrotas. Mi repugnancia por aquella vulgaridad no disminuía con las imágenes que ella utilizaba. Mi madre tenía un miedo absurdo a las inundaciones. El fuego siempre había sido mi béte noire.

-Tu judío le ha lanzado una piedra al pelele de Willi y se ha escapado hacia la jungla antes de que el juego empezara -dije-. Varios

peleles y guardias de seguridad lo han seguido. Dos guardias de seguridad han llevado el hombre llamado Jensen Luhar a la enfermería de

ese túnel absurdo. Está inconsciente hace horas.

-¿Dónde está Saul?

Justin hizo una mueca. Su voz fue un quejido que no pude controlar a mi gusto.

-¿Cómo puedo saberlo? No puedo estar en todas partes.

No veía razón para contarle que en ese momento el guardia con el que yo había contactado a través de la señorita Sewell había mirado hacia la enfermería a tiempo de ver que el negro de Willi se levantaba de la mesa y estrangulaba a los dos guardias que lo habían llevado allí. Aquello me proporcionó una sensación extraña de deja vu, hasta que recordé haber ido al cine Kruger de Viena con Willi y Nina a ver la película Frankenstein en el verano de 1932. Recuerdo que grité cuando la mano del monstruo se retorció en la mesa y después se levantó para estrangular al doctor que se inclinaba sobre él. Ahora no tuve ganas de gritar. Hice que mi guardia de seguridad siguiera adelante, cruzando la sala donde otros guardias miraban varias hileras de monitores de televisión y le hice detenerse cerca de las oficinas administrativas. No vi razón para contarle estas cosas a la negra de Nina.

-¿Hacia dónde ha ido Saul? -preguntó ella.

Justin cruzó los brazos.

-¿Por qué no me lo dices tú si eres tan lista? -pregunté.

-Muy bien -dijo la negra. Bajó los párpados hasta que se vio sólo una leve sugestión de blanco. Howard esperaba en las sombras del vestíbulo-. Corre hacia el norte a través de una jungla densa. Hay... una especie de edificio en ruinas. Lápidas. Es un cementerio.

Abrió los ojos.

Arriba, yo gemí y me revolví en la cama. Había estado tan absolutamente segura de que Nina no podía entrar en contacto con su pelele. Pero yo acababa de ver esa misma imagen en los monitores de los guardias de seguridad hacía menos de un minuto. Había perdido la pista del negro de Willi en el laberinto de túneles. ¿Sería posible que Willi estuviera «usando» a esta chica? Parecía que le gustaba «usar» gente de color y de otras razas menos desarrolladas. Si era Willi, entonces, ¿dónde estaba Nina? Podía sentir un dolor de cabeza que se acercaba.

-¿Qué quieres? -dije de nuevo.

-Realizarás el plan -dijo la chica aún de pie cerca de Justin-. Exactamente como acordamos.

Miró su reloj de pulsera. Su mano ya no estaba cerca del botón, pero estaba aún el problema de las ondas cerebrales y los ordenadores.

-Parece que no tiene sentido continuar con esto -sugerí-. La falta de espíritu deportivo de tu judío ha estropeado el programa de la noche y dudo que los otros estén...

-Cierra el pico -exclamó la chica, y aunque el lenguaje era vulgar, el tono era el de Nina-. Continuarás con el plan. Si no lo haces, el C-4 destruirá esta casa inmediatamente.

-Nunca te gustó mi casa -dije yo.

Justin alargó su labio inferior.

-Hazlo, Melanie -ordenó la chica-. Si no lo haces, yo lo sabré. Si no inmediatamente, muy pronto. Y no te avisaré cuando accione esta cosa. Adelante.

Casi hice que Howard la matara en ese momento. Nadie me habla de esa manera en mi propia casa, y mucho menos una chica de color que ni siquiera debería estar en mi sala. Pero me contuve, hice que Howard bajara lentamente la pistola. Había que tener en cuenta otras cosas, era importante no precipitarse.

Era muy propio de Nina -o de Willi, claro- provocarme de esa manera. Si la mataba ahora, habría que limpiar la porquería después, y yo no estaría más cerca de conocer el escondite de Nina. Y había siempre la posibilidad de que alguna parte de su historia fuera cierta. Sin duda el estrafalario Island Club que ella me había descrito era muy auténtico, aunque el señor Barent fuera mucho más caballero que lo que ella había sugerido. Parecía evidente que el grupo constituía una amenaza para mí, aunque yo no conseguía ver por qué estaba en peligro Willi. Si dejaba pasar esta oportunidad, no sólo perdería a la señorita Sewell, sino que tendría que vivir con la ansiedad e incerteza de lo que este grupo podría decidir hacer conmigo en los meses y años siguientes.

Así, a pesar del melodrama de la media hora anterior, yo había vuelto a mi incómoda alianza con la negra de Nina, a la misma situación en la que habíamos estado durante las últimas semanas.

-Muy bien -suspiré.

-Ahora -dijo la chica.

-Sí, sí, sí -murmuré. Justin permaneció inmóvil. Los miembros de mi familia parecían estatuas. Mis encías se frotaron cuando apreté las mandíbulas, cerré los ojos y mi cuerpo se tensó a causa del esfuerzo.

La señorita Sewell miró cuando se abrió la pesada puerta al fondo del corredor. El guardia de seguridad, sentado en un banco de su cabina, se puso en pie precisamente cuando el negro de Willi entró. El guardia levantó su ametralladora. El negro se la arrancó de las manos y golpeó al hombre en la cara, con la palma abierta, aplastándole la nariz y lanzando astillas de hueso a su cerebro.

El negro entró en la cabina y movió un interruptor. Los barrotes entráron en la pared y mientras los otros presos se agachaban en sus nichos, la señorita Sewell salió, se estiró para mejorar la circulación y se volvió para enfrentarse al hombre de color.

-Hola, Melanie -dijo él.

-Buenas noches, Willi -dije yo.

-Sabía que eras tú -dijo él en voz baja-. Es increíble cómo nos reconocemos a pesar de todos nuestros disfraces, incluso después de tantos años. Nicht wahr?

-Sí -dije yo-. ¿Puedes conseguir algo con que vestir a ésta? No es justo que vaya desnuda. -El negro de Willi sonrió, extendió el brazo y le arrancó la camisa a un guardia muerto. La puso sobre los hombros de la señorita Sewell y me concentré en manipular los dos botones que faltaban-. ¿Me llevarás a la casa grande? -pregunté.

-Sí.

-¿Nina está allí, Willi?

El negro frunció el ceño y enarcó una de sus cejas. -¿Esperas que esté? -preguntó.

-No.

-Estarán otros -dijo él, y de nuevo mostró los dientes del hombre de color.

-El señor Barent -dije-. Sutter... y los otros miembros del Island Club.

El pelele de Willi rió alegremente.

-Melanie, querida -dijo-, tú nunca dejas de sorprenderme. No

sabes nada, pero siempre consigues saberlo todo.

Yo mostré mí disgusto en las facciones de la señorita Sewell. -No seas cruel, Willi -dije-. No te favorece. El rió de nuevo.

-Sí, sí -tronó-. Esta noche sólo habrá amabilidad. Es nuestra última reunión, liebchen. Ven, los otros esperan.

Le seguí por los corredores hacia la noche. No nos topamos con más agentes de seguridad, yo mantenía mi leve contacto con el guardia que aún estaba de pie cerca de las oficinas administrativas.

Cruzamos una cerca alta sobre lo que el cuerpo de un guardia chisporroteaba y echaba humo, enganchado al alambre electrificado. Vi formas pálidas que se movían en la oscuridad mientras los otros presos, desnudos, huían hacia la noche. Arriba, las nubes corrían. La tormenta se aproximaba.

-Los que me dañaron lo han pagado esta noche, ¿verdad, Willi? -pregunté.

-Oh, sí -gruñó él por entre sus dientes blancos-. Oh, sí, seguro, Melanie, amor mío.

Nos dirigimos a la gran casa iluminada por una luz blanca. Hice que Justin extendiera un dedo hacia la negra de Nina.

-¡Tú querías esto! -le grité con mi voz aguda de niño de seis años-. Tú querías esto. ¡Ahora, mira atentamente!

67

Isla Dolmann, martes 16 de junio de 1981

Saul nunca había estado bajo una lluvia como ésta. Mientras corría a lo largo de la playa, el aguacero llenó el aire de un peso de agua que amenazaba pisotearlo contra la arena como una cortina maciza que aplastase a algún desventurado actor que sale a escena cuando no le toca. Los proyectores que apuñalaban el aire desde el embravecido mar o desde el desapacible cielo servían sólo para iluminar el curso del torrente que brillaba como líneas de granadas trazadoras en la noche. Saul corría, sus pies desnudos se deslizaban por la playa convertida en un lodazal y tenía que concentrarse para no resbalar y caer, sin duda de alguna postura imposible que no le permitiría levantarse de nuevo.

Tan súbitamente como arreció, el diluvio disminuyó de intensidad rápidamente. La lluvia le azotaba la cabeza y los hombros desnudos mientras el trueno y el golpeteo del agua en el follaje espeso ahogaban cualquier otro sonido, y de pronto la presión disminuyó, no podía ver más de diez metros a través de la espesa cortina de niebla; los hombres le gritaban. La arena saltaba en pequeños chorros delante de él y durante un segundo loco Saul se preguntó si era alguna reacción de almejas o cangrejos enterrados en la tempestad cuando comprendió que le estaban disparando. Arriba, el rugido de rotores dominó los sonidos de la tempestad y una forma enorme pasó cerca, una luz blanca atravesó la playa hacia él. El helicóptero se inclinó mucho y se deslizó por el aire espeso delante de él, girando de lado sólo cinco metros por encima de la arena y la espuma. Los motores fuera borda aullaron cuando dos lanchas cortaron la línea blanca de las olas.

Saul tropezó, recuperó el equilibrio antes de arrodillarse y siguió corriendo. No sabía dónde estaba. Recordaba claramente que la playa del norte era más pequeña que ésta, la jungla estaba más alejada. Durante un segundo, mientras los proyectores pasaban rápidamente delante de él y el helicóptero terminaba su vuelta, Saul tuvo la certeza de que había pasado ya su cala. Las cosas estaban cambiadas por la noche y la tormenta y la marea, y había pasado sin verla. Prosiguió, con su respiración como un hilo rasgado y caliente en la garganta y el pecho, oyendo ahora los tiros y mirando mientras la arena saltaba a su alrededor.

El helicóptero surgió detrás de él con sus patines avanzando hacia su posición, a la altura de su cabeza. Saul se lanzó hacia delante, arañándose el pecho, el vientre y los genitales contra la arena tan dura como papel de lija. Las ráfagas de las palas del rotor comprimían su cara más profundamente en la arena mientras el helicóptero pasaba por arriba. No sabía si el fuego de las armas automáticas destinadas a él le dieron a la máquina, pero se escuchó un sonido súbito, como una llave inglesa cayendo en un barril de acero, y el helicóptero se estremeció cuando pasaba sobre la figura tendida de Saul. Cincuenta metros más adelante intentó ganar altitud, pero sólo consiguió deslizarse hacia la izquierda sobre la espuma y después inclinarse mucho hacia la derecha mientras la cadena del rotor y el alerón de la cola intentaban girar al revés como enloquecidos. El helicóptero voló directamente hacia la línea de árboles.

Durante algunos segundos pareció que el helicóptero utilizaría sus rotores para cortar un camino a través de los últimos nueve metros de vegetación -hojas de palmeras y restos frondosos volaban sobre la línea de los árboles como cavadoras de zanjas apartándose a grandes saltos del camino de una motocicleta en una comedia de Mack Sennet-, pero segundos después el helicóptero apareció sobre el borde del bosque, completando un giro imposible, la cabina de plexiglás brillaba bajo la lluvia y reflejaba la luz de su propio proyector que ahora se dirigía al cielo desde su vientre invertido. Saul se lanzó de nuevo a tierra mientras empezaban a caer trozos del helicóptero en una extensión de cincuenta metros de playa.

La cabina cayó en la arena, rebotó, se deslizó sobre el agua como una piedra lanzada a ras de superficie y se hundió. Un segundo después algo provocó la detonación de las cargas explosivas que aún abía en la cabina, el cielo se iluminó como una llama abierta vista a través de un cristal verde espeso y un géiser de espuma blanca se levantó seis metros en el aire y sopló

hasta Saul. Pequeños trozos de restos continuaron cayendo sobre la arena durante medio minuto.

Saul se puso en pie, se sacudió la arena y miró estúpidamente a su alrededor. Acababa de descubrir que se encontraba en un pequeño riachuelo en una ancha depresión de la playa cuando la primera bala le golpeó. Sintió una picadura en su muslo izquierdo y giró a tiempo de recibir una segunda más sólida cerca del omóplato derecho que le envió al lodoso riachuelo.

Dos lanchas avanzaban a la línea de espuma mientras una tercera trazaba círculos a unos treinta metros. Saul gimió y rodó hacia un lado para comprobar el estado de su muslo izquierdo. La bala había hecho un surco precisamente debajo del hueso de la cadera, en la parte exterior de la pierna. Hurgó con la mano izquierda para encontrar la herida de la espalda, pero fuese lo que fuera lo que le había golpeado, había dejado su omóplato entumecido. Su mano se manchó de sangre, pero no logró saber qué tenía en la espalda. Levantó el brazo derecho y movió los dedos. Por lo menos el brazo aún le funcionaba.

«Al diablo con eso», pensó Saul en inglés y se arrastró hacia la jungla. Veinte metros más adelante, la proa de la primera lancha topó con arena y cuatro hombres saltaron al agua con los fusiles en alto.

Aún arrastrándose, Saul miró adelante y vio el borde rasgado de las nubes que pasaban por arriba. Las estrellas se hacían visibles mientras los relámpagos continuaban iluminando el mundo al norte y al oeste. Entonces, la última de las nubes pasó como una enorme cortina abriéndose para un tercer y final acto.

Tony Harod comprendió que estaba aterrorizado. Los cinco habían bajado al vestíbulo principal, donde los hombres de Barent ya habían dispuesto dos enormes sillas enfrentadas, una a cada lado de una extensión de suelo con baldosas. Los «neutrales» de Barent custodiaban todas las puertas y ventanas con armas automáticas que parecían incompatibles con sus chaquetas azules y pantalones grises. Un pequeño grupo rodeaba a María Chen; entre ellos estaba un hombre llamado Tyler, ayudante de Kepler, y el otro pelele de Willi, Tom Reynolds. Por las grandes puertas de cristal, a treinta metros, cerca del acantilado, Harod podía ver el sitio donde estaba el helicóptero de Barent con un pelotón de «neutrales» alrededor.

Barent y Willi parecían ser los únicos que realmente entendían lo que pasaba. Kepler continuaba midiendo la sala a pasos y retorciéndose las manos como un condenado mientras Jimmy Wayne Sutter tenía un aspecto vidrioso, sonriente, ligeramente aturdido, como si estuviera profundamente hundido en un sueño de peyote.

Harod dijo:

-Entonces, ¿dónde está el jodido tablero de ajedrez?

Barent sonrió y caminó hasta una larga mesa Luis XIV cubierta de botellas, vasos y un bufete de desayuno. En otra mesa había un equipo electrónico y el hombre del FBI con bigote llamado Swanson estaba cerca con auriculares y un micrófono.

-No es necesario un tablero de ajedrez para jugar, Tony -dijo Barent-. Al fin y al cabo es sobre todo un ejercicio mental.

-¿Y los dos habéis estado jugando por correo desde hace meses? -preguntó Joseph Kepler. Su voz sonaba tensa-. ¿Desde que desencadenamos a Nina Drayton en Charleston en diciembre pasado?

-No -dijo Barent. Hizo una señal con la cabeza y un criado con una chaqueta azul le sirvió una copa de champán. Bebió y asintió con la cabeza-. El señor Borden entró en contacto conmigo con el movimiento de apertura algunas semanas antes de Charleston.

Kepler rió ásperamente. El predicador miraba las puertas acostaladas con ojos vagos.

-El contacto del reverendo Sutter con el señor Borden es muy anterior -continuó Barent.

Kepler caminó hasta la mesa y se sirvió un vaso de whisky.

-Me has utilizado, como a Colben y a Trask. -Se tomó de un trago la mayor parte del whisky-. Exactamente como a Colben y a Trask. -Joseph -le aplacó Barent-, Charles y Nieman estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Kepler rió de nuevo y se sirvió otra copa.

-Piezas capturadas -dijo-. Sacadas del tablero.

-Ja -concordó Willi-, pero yo también perdí algunas piezas. -Puso sal en un huevo duro y lo mordió-. Herr Barent y yo no tuvimos mucho cuidado con nuestras damas en el inicio del juego.

Harod se había acercado a María Chen y ahora tomó su mano en las suyas. Ella tenía los dedos fríos. Los guardias de Barent estaban a pocos metros. Ella se acercó a Harod y susurró:

-Me han cacheado, Tony. Saben lo del arma en el barco. Ahora no hay forma de abandonar la isla.

Harod asintió con la cabeza.

-Tony -murmuró ella apretándole la mano-, tengo miedo.

Harod pasó su mirada por la gran sala. Los hombres de Barent habían colocado pequeños proyectores que sólo iluminaban una porción del gran salón con baldosas blancas y negras. Cada baldosa medía un metro cuadrado. Harod contó ocho filas de cuadrados iluminados, cada fila con otros ocho cuadrados. Comprendió que se trataba de un gigantesco tablero de ajedrez.

-No te preocupes -le murmuró a María Chen-, te sacaré de aquí. Lo juro.

-Te quiero, Tony -murmuró la bella eurasiática.

Harod la miró durante un minuto, le apretó la mano y volvió a la mesa de bufete.

-Hay una cosa que no comprendo, herr Borden -decía Barent-. ¿Cómo impidió usted que Melanie Fuller dejara el país? Los hombres de Richard Haines nunca descubrieron lo que pasó en el aeropuerto de Atlanta.

Willi rió y se quitó pequeñas partículas blancas de huevo de los labios.

-Una llamada telefónica -dijo-. Una simple llamada telefónica. Prudentemente yo había grabado ciertas conversaciones telefónicas entre mi querida amiga Nina y Melanie años atrás y había hecho un pequeño montaje. -Willi pasó a hablar en falsete-. Melanie, querida, ¿eres tú, Melanie? Soy Nina, Melanie.

Willi rió y cogió otro huevo duro.

-¿Y ya había elegido Filadelfia como el sitio para desarrollar nuestro juego medio? -preguntó Barent.

-Nein -dijo Willi-. Estaba preparado para jugar donde Melanie Fuller estuviera. Filadelfia era perfectamente aceptable porque permitía que mi asociado Jensen Luhar se moviese libremente en las barricadas negras.

Barent meneó la cabeza lastimosamente.

-Unos intercambios muy caros, allá. Algunos movimientos muy descuidados por parte de ambos.

-Ja, mi dama por un caballo y algunos peones -dijo Willi, y frunció el ceño-. Era necesario evitar tablas tan temprano, pero no estuvo a la altura de la calidad de mi juego.

El hombre del FBI, Swanson, se acercó y murmuró algo al oído de Barent.

-Perdóneme un segundo, por favor -dijo el multimillonario, y se dirigió a la mesa de comunicaciones. Cuando volvió, sonrió a Willi-. ¿Qué pretende usted, señor Borden?

Willi se humedeció los dedos y miró a Barent con unos ojos muy inocentes.

-¿Qué hay? -preguntó Kepler-. ¿Qué pasa?

-Varios peleles se han escapado de las jaulas -dijo Barent-. Por lo menos dos de los hombres de seguridad están muertos al norte de la zona de seguridad. Mis hombres acaban de detectar al negro del señor Borden y a una mujer, el pelele femenino que el señor Harod trajo a la isla, a menos de quinientos metros de aquí, en la avenida de los Robles. ¿Qué pretende, señor?

Willi mostró las palmas de sus manos con un gesto de inocencia.

-Jensen es un viejo asociado muy estimado. Sólo lo traje aquí para el juego final, herr Barent.

-¿Y la mujer?

-Confieso que pensaba utilizarla también -confesó Willi. El viejo echó una ojeada al vestíbulo y a las dos docenas de «neutrales» de Barent armados con fusiles automáticos y Uzis. Había más hombres de seguridad que eran sólo sombras en los balcones de arriba-. Estoy seguro de que dos peleles desnudos no constituyen ninguna amenaza para nadie -dijo, y rió.

El reverendo Jimmy Wayne Sutter se apartó de las ventanas. -Pero si, haciendo Yahvé algo insólito -empezó a recitar-, abre
la tierra su boca y se los traga con todo cuanto es suyo, y bajan vivos al
abismo, conoceréis que estos hombres han irritado a Yahvé. -Volvió
a mirar hacia la noche-. Números, 16 -añadió.

-Eh, gracias por toda esta mierda -dijo Harod. Sacó el tapón de
una botella de cuarto de vodka muy caro y bebió directamente de ella. -Silencio, Tony -exclamó Willi-. Bien, herr Barent, ¿me traerá
a mis pobres peones para que podamos empezar de nuevo el juego? Los ojos de Kepler estaban muy abiertos de ira o miedo cuando
tocó la manga de C. Arnold Barent.

-Mátalos -insistió. Señaló a Willi con un dedo-. Mátalo. Está loco. Quiere destruir todo el maldito mundo sólo porque se morirá pronto. Mátale antes de que pueda...

-Calla, Joseph -dijo Barent. Asintió con la cabeza hacia Swanson-. Tráelos y empezaremos.

-Espere -dijo Willi. Cerró los ojos durante medio minuto-. Hay otro. -Abrió los ojos. Su sonrisa se ensanchó mucho-. Ha llegado otra pieza. Este juego será mejor de lo que yo mismo esperaba, Herr Barent.

Saul Laski había sido herido por el sargento de la SS con el trozo de escayola en la barbilla y había sido lanzado en el pozo con centenares de otros judíos muertos y desnudos. Pero Saul no estaba muerto. En la súbita oscuridad se arrastró sobre la arena húmeda del pozo y la carne blanda, fría, de cadáveres que habían sido hombres, mujeres y niños de Lodz y un centenar de otras ciudades y pueblos de Polonia. El entumecimiento en su hombro derecho y la pierna izquierda se estaba transformando en nervios endurecidos de dolor. Le habían disparado dos veces y le habían lanzado al pozo, pero aún estaba vivo. Vivo. Y furioso. La furia que le atravesaba era más fuerte que el dolor, más fuerte que el cansancio o el miedo o el choque. Se arrastró sobre los cuerpos desnudos y el fondo húmedo del pozo y dejó que la furia alimentara su absoluta determinación de seguir vivo. Se arrastró hacia delante en la oscuridad.

Saul era vagamente consciente de que estaba experimentando una alucinación despierto y la parte profesional de su cerebro estaba fascinada, preguntándose si el choque de ser herido lo había disparado, asombrándose de la verosimilitud de la súbita superposición de realidades separadas por cuarenta años. Pero otra parte de su consciencia aceptaba la experiencia como la realidad misma, una resolución de la parte de su vida menos resuelta, una culpa y una obsesión que le habían dejado sin gran parte de su vida durante cuatro décadas, una fijación que le había denegado matrimonio, familia o idea de futuro durante cuarenta años de revivir su inexplicable fracaso en su búsqueda de la muerte, en su deseo de unirse a los otros en el pozo.

Y ahora lo había hecho.

Los cuatro hombres que habían desembarcado se gritaron unos a otros y se apartaron detrás de él para cubrir treinta metros de playa. Armas de fuego ligeras sonaron en la jungla. Saul se concentró en arrastrarse hacia delante en una oscuridad casi completa, palpando con las manos cuando la arena de la playa y la marga se convertían en más troncos caídos y un pantano más hondo. Metió la cabeza en el agua y la sacó con un jadeo, sacudiéndose gotas y ramitas del pelo. Había perdido las gafas, pero no parecía haber diferencia en la intensidad de la oscuridad; podía estar a tres metros o a tres kilómetros del árbol que buscaba, era imposible orientarse en aquella oscuridad. La luz de las estrellas no lograba traspasar el espeso follaje que cubría la selva y sólo un leve brillo de sus propios dedos blancos a pocos centímetros de su cara convenció a Saul, por absurdo que fuera, de que la bala en su hombro derecho no lo había cegado.

Como médico, se preguntó si estaría sangrando mucho, dónde estaría la bala -no había conseguido encontrar una herida de salida- y hasta cuándo podía esperar tratamiento para tener esperanzas de sobrevivir. Pero todo eso le pareció una cuestión académica cuando un segundo

disparo de fusil rasgó el follaje medio metro por encima de su cabeza. Algunas ramitas cayeron en el pantano con sonidos suaves, haciendo plaf. Diez metros atrás, una voz gritó:

-¡Por aquí! ¡El tío ha pasado por aquí! Kelty, Suggs, vengan conmigo. ¡Hoverholt, vaya por la playa para que no se escape por allí!

Saul se arrastró hacia delante, poniéndose de pie cuando el agua le llegó hasta la cintura. Unos fuertes proyectores iluminaban la jungla detrás de él con súbitos saltos de luz amarilla. Se tambaleó tres o cuatro metros hacia delante y de repente tropezó en un tronco sumergido y se arañó los muslos cuando cayó hacia delante, tragó agua con verdín cuando su cara se hundió en el agua.

Cuando luchaba para ponerse de rodillas y levantar la cabeza, un proyector brilló directamente contra sus ojos.

-¡Allí!

El proyector se deslizó un segundo y Saul apretó la cara contra el tronco podrido mientras las balas volaban a su alrededor. Una de ellas atravesó la blanda madera a menos de veinte centímetros de su mejilla y continuó su trayectoria, rozando el agua de la superficie del pantano con un zumbido de insecto. Instintivamente, Saul volvió la cara y en ese segundo uno de los tres proyectores que exploraban la zona iluminó el tronco de un árbol muerto marcado y abatido por un rayo.

-¡A la izquierda! -gritó uno de los guardias. El rugido de los fusiles automáticos era increíble. El espeso techo de follaje hacía que pareciese que tres hombres disparaban en una gran habitación cerrada.

Antes de que los proyectores volvieran, Saul se levantó y tropezó hacia el árbol seis metros más adelante. Uno de los proyectores dio con él y lo perdió de nuevo mientras uno de los hombres de seguridad levantaba su arma. Saul se dio cuenta de que las balas sonaban como enfurecidas abejas cuando pasaban cerca de sus orejas. El agua le salpicó cuando una ráfaga cayó en el pantano y tamborileó en el árbol con un sonido hueco.

Los proyectores lo encontraron en el momento en que llegaba al árbol y metía el brazo en su hendidura.

La bolsa que había metido allí había desaparecido.

Saul se sumergió bajo el agua mientras las balas rasgaban el árbol en la superficie, donde había estado un segundo antes. Más balas golpearon el agua haciendo un sonido extraño, cantante, mientras él se abría camino sobre el fondo, agarrándose a raíces, plantas acuáticas y cualquier cosa estable. Apareció detrás de un árbol, jadeando, rezando por encontrar un palo, una roca, cualquier cosa susceptible de usarse como arma, mientras huía en sus últimos y fútiles segundos de vida. Su ira era ahora algo trascendente, que acotaba el dolor de sus heridas. Saul la imaginó brillando como los cuernos de luz con los que dicen que Moisés bajó de la montaña, o como los rayos de luz que ahora brillaban a través del árbol hueco que las balas habían atravesado.

Al brillo de esos finos hilos de luz, Saul vio algo brillante en el árbol vacío, cerca de la línea de agua.

-¡Adelante! -gritó el hombre que había gritado antes, y los disparos cesaron mientras él y otro hombre empezaron a moverse, chapoteando por el pantano, dirigiéndose hacia la derecha para poder disparar abiertamente. El tercer hombre se movió hacia la izquierda, cogiendo firmemente la linterna.

Saul cerró el puño y golpeó la espesa madera donde la luz había hecho la corteza translúcida. Su mano penetró al tercer golpe y sus dedos cogieron el plástico mojado.

-¿Lo ves? -gritó un hombre a su izquierda. Los rayos de la linterna eran en parte oscurecidos por las telarañas colgantes del musgo de las ramas bajas.

-¡Mierda, acércate más! -gritó el hombre a su derecha. Era casi visible detrás de la curva del tronco.

Saul agarró el resbaladizo plástico e intentó arrancarlo a través de la pequeña grieta que había hecho. La bolsa era demasiado grande para pasar. La dejó y rasgó la corteza con ambas manos, haciendo una abertura con las uñas. La madera quemada y podrida salió en listones y tarugos, pero los trozos del tronco eran duros como acero.

-¡Le veo! -gritó un segundo hombre a su izquierda, y una ráfaga hizo que Saul se zambullese en el agua, aun arañando el tronco, mientras algunas salpicaduras se levantaban a su alrededor.

El ruido cesó al cabo de dos o tres segundos y Saul salió a la superficie y se sacudió el agua de los ojos.

-... Barry, ¡jodido idiota! -gritaba uno de los hombres a menos de siete metros a la izquierda de Saul-. Yo estoy en tu jodida línea de fuego, cabrón.

Saul metió la mano en el tronco y sólo encontró agua. La bolsa se había deslizado hacia abajo. Dio un paso hacia un lado y metió el brazo izquierdo tanto como pudo a través del agujero. Sus dedos se cerraron alrededor de la extremidad del bulto.

-¡Lo veo! -gritó el hombre a su derecha.

Saul retrocedió, sintiendo la presencia de los dos hombres detrás de sí como una tensión en su dolorido omóplato y tiró con toda su fuerza. La bolsa se movió y apareció, aún demasiado grande para la abertura.

El hombre a la derecha de Saul levantó la linterna y disparó un único tiro. Un rayo de luz atravesó el nuevo agujero en el tronco pocos centímetros por encima de la cabeza de Saul, que se agachó, cambió de posición las manos y estiró de nuevo. La bolsa no se movió. La segunda bala lanzó un rayo de luz entre su brazo derecho y sus costillas. Saul comprendió que los hombres detrás de él no disparaban porque su camarada estaba ahora delante y se acercaban chapoteando para su tercer tiro sin dejar nunca la linterna.

Saul cogió el plástico con ambas manos, se agachó y se lanzó hacia atrás con toda la fuerza que pudo reunir. Esperaba que el asa se rasgara y lo hizo, pero no antes de que la bolsa pasara por la abertura con una ducha de corteza y agua. Saul cogió la bolsa mojada, casi la dejó caer y la apretó contra el pecho mientras se giraba y corría.

El hombre a su derecha disparó una vez y después pasó a tiro automático mientras Saul huía del haz de luz de la linterna. Otro haz de luz desde la izquierda lo encontró, pero Saul se apartó súbitamente mientras el hombre gritaba y empezaba a maldecir. Una segunda arma abrió fuego a menos de cuatro metros desde donde habían disparado antes. Saul corrió y deseó no haber perdido las gafas.

Cuando tropezó con un tronco caído y cayó en una isla baja de matorral y detritos del pantano, el agua sólo le llegaba a las rodillas. Podía oír a por lo menos dos hombres chapoteando mientras él giraba la pesada bolsa; encontraba la cremallera, la abría y abría la bolsa impermeable del interior.

-¡Tiene algo! -le gritó un guardia de seguridad a otro-. ¡Deprisa!

Se acercaron más rápidamente por el pantano bajo.

Saul tiró del cinturón de C-4, lo puso a un lado, y sacó la M-16 que le había robado a Haines. No estaba cargada. Con cuidado, para no dejar caer la bolsa en el agua, hurgó en ella hasta encontrar uno de los seis cargadores, lo sacó, verificó por el tacto que estaba invertido y lo colocó en la abertura. Durante las muchas horas que había practicado desmontar, cargar y disparar el arma durante aquellas semanas en Charleston, no había comprendido el motivo del consejo de Cohen meses antes, de que alguien que usara un fusil debía saber cómo montarlo con los ojos vendados.

La luz de una linterna buscó en el tronco detrás del cual Saul se agachaba, y por los ruidos de chapoteo Saul supo que el primer hombre no estaba a más de tres metros y que se acercaba rápidamente. Saul rodó, pasó el selector a semiautomático con un movimiento nacido de la práctica, apoyó la culata de plástico contra el hombro y colocó una ráfaga de balas forradas de cobre en el pecho y el vientre del hombre desde una distancia de menos de dos metros. El hombre saltó hacia delante y pareció levantarse hacia atrás en el aire mientras la linterna caía en el pantano. Un segundo guardia de seguridad se detuvo a seis metros a la derecha de Saul y gritó algo ininteligible. Saul disparó directamente a la linterna. Se oyó el ruido de cristales y acero, hubo un solo grito y después la oscuridad.

Saul parpadeó, descubrió un brillo verde a muy poca distancia y comprendió que la linterna del primer hombre que había abatido aún estaba encendida bajo treinta centímetros de agua.

-¿Barry? -llamó un murmullo a unos doce metros a la izquierda de Saul, donde los dos hombres habían intentado flanquearle-. ¿Kip? ¿Qué cojones pasa? Estoy herido. Dejad de joder y decid algo.

Saul sacó otro cargador de la bolsa, volvió a poner en ella el cinturón de C-4 y se movió rápidamente hacia la izquierda, intentando permanecer en la oscuridad.

-¡Barry! -llegó de nuevo la voz, ahora a seis metros-. Me largo. Estoy herido. Me has disparado en la pierna, estúpido.

Saul se deslizó hacia delante, moviéndose cuando el hombre hizo ruidos.

-¡Eh! ¿Quién es? -gritó el hombre en la oscuridad.

A menos de cinco metros, Saul oyó claramente el sonido de un seguro que era abierto.

Saul se apoyó contra un árbol y murmuró:

-Soy yo. Overholt. Danos una luz.

El hombre dijo «Mierda» y encendió la linterna. Saul miró alrededor del árbol y vio a un hombre con un uniforme gris de seguridad ensangrentado en la pierna izquierda. Tenía en el brazo una metralleta Uzi y hurgaba con la linterna. Saul lo mató con una sola bala en la cabeza.

El uniforme de seguridad era un mono de una sola pieza con una cremallera delante. Saul apagó la linterna, desnudó al cadáver y se puso su uniforme. Se oían gritos distantes en la playa. El mono era demasiado grande, las botas demasiado pequeñas incluso sin calcetines, pero a Laski nunca en su vida le había hecho tanta ilusión un vestido. Buscó por el agua la gorra plana que el hombre llevaba, la encontró y se la puso.

Con la M-16 contra el pecho, la Uzi en la mano derecha y tres cargadores en el bolsillo del mono, la linterna sujetada en la presilla del cinturón, Saul vadeó hasta donde había dejado la bolsa. El cinturón de C-4, más cargadores para el fusil y la automática Colt estaban secos y en orden. Metió la Uzi, cerró la bolsa, se la puso al hombro y salió del pantano.

Una segunda lancha había llegado a la playa a unos veinte metros y el cuarto hombre había ido a reunirse con los cinco que llegaban. Se giró cuando Saul apareció al oeste de la cala y cruzó la playa.

-Kip, ¿eres tú? -gritó el hombre por encima del sonido del viento y las olas.

Saul sacudió la cabeza.

-Barry -exclamó con la mano en la boca.

-¿Qué tiroteo es ése? ¿Lo habéis cogido?

-¡Al este! -gritó Saul, y agitó la mano hacia el este. Tres de los guardias levantaron las armas y corrieron. El hombre que había gritado cogió una radio de mano y habló rápidamente. Dos de las lanchas que patrullaban más allá de las grandes olas se desviaron hacia el este y empezaron a recorrer la línea de los árboles con los proyectores.

Saul vadeó hasta la primera lancha en la playa, levantó la pequeña ancla de la arena, la dejó en la parte de atrás, saltó adentro y puso la bolsa en el asiento del pasajero. La sangre de su espalda había empapado la correa. Había dos enormes motores fuera borda montados, pero la lancha tenía ignición electrónica y necesitaba una llave que estaba en el salpicadero.

Saul puso el motor en marcha, se alejó de la playa con un rugido de espuma y arena, se dirigió hacia las grandes olas, y hacia mar abierto.

Doscientos metros más adelante giró hacia el este y empujó el acelerador a la velocidad máxima. La proa se levantó y Saul rodeó la punta norte de la isla y se dirigió hacia el sur a cuarenta y cinco nudos. Sintió la proa y la quilla contra las olas como si fueran sus propios huesos. La radio chirrió y la apagó. Una lancha que se dirigía al norte le parpadeó, pero la ignoró.

Saul hizo deslizar la M-16 más abajo para que las salpicaduras del agua salada no la mojaran. El agua le llenaba la cara de gotas y le refrescaba como una ducha. Sabía que había perdido sangre y que estaba perdiendo más. Su pierna continuaba sangrando y podía sentir la sangre pegajosa en la espalda, pero incluso en la bajada posdrenalínica, la determinación ardía en él como una llama azul. Se sentía fuerte y muy, muy furioso.

Un kilómetro y medio más adelante una luz verde parpadeaba al final del largo malecón que conducía a la avenida de los Robles y a la casa del pastor y al oberst Wilhelm von Borchert.

68

Charleston, martes 16 de junio de 1981

Pasaba de medianoche y Natalie Preston se sentía atrapada en una pesadilla que había tenido cuando era niña. Un acontecimiento que había ocurrido la noche del funeral de su madre la despertó llamando a su padre por lo menos una vez cada semana durante los meses de aquel distante verano y el subsiguiente otoño.

El funeral había sido a la antigua, con horas de visita en el viejo depósito de cadáveres. Los amigos y parientes habían llegado y desfilado cerca del ataúd abierto durante lo que a Natalie, sentada en silencio junto a su padre, le parecieron días. Había llorado los últimos dos días y estaba vacía de lágrimas mientras permanecía sentada cogiendo la mano de su padre, pero en cierto momento había sentido la imperiosa necesidad de ir al cuarto de baño y se lo había dicho a su padre. Él se levantó para acompañarla a los aseos, pero otro contingente de parientes más viejos se había acercado a él precisamente entonces y una vieja tía se ofreció a acompañarla. La vieja la cogió de la mano y la llevó por el vestíbulo, atravesaron después varias puertas y subieron por una escalera, antes de llegar ante una puerta blanca.

Cuando Natalie salió del lavabo bajándose la falda de su vestido azul oscuro, rígido, la anciana tía se había ido. Natalie caminó hacia la izquierda en vez de hacia la derecha, pasó varias puertas, salas y escaleras, y un minuto después estaba perdida. No tuvo miedo. Sabía que la capilla y las salas debían ocupar la mayor parte del primer piso y que si abría suficientes puertas encontraría a su padre. Pero no sabía que la escalera trasera bajaba directamente al sótano.

Natalie había mirado por dos puertas que daban a salas vacías, desnudas, cuando abrió otra y dejó que la luz del corredor iluminara mesas de acero, repisas de enormes botellas que contenían un líquido oscuro y largas agujas de acero ligadas a finas mangueras de goma. Se había tapado la boca con las manos y retrocedió hacia el corredor, volviéndose para atravesar una ancha puerta doble. Estaba en medio de una sala grande, llena de cajas, cuando sus ojos se acostumbraron a la luz débil que se filtraba a través de las pequeñas ventanas con cortinas.

Natalie se detuvo. El pesado aire no era perturbado por ningún sonido. Los objetos a su alrededor no eran cajas; eran ataúdes. La madera pesada, oscura, parecía absorber la difusa luz. Varios de los ataúdes tenían las tapas abiertas, como el de su madre. A poca distancia de Natalie se encontraba un pequeño ataúd blanco -exactamente de su tamaño- con un crucifijo. Años más tarde, Natalie comprendió que había entrado en un almacén o depósito de ataúdes, pero entonces estaba convencida de que estaba sola en la oscuridad entre una docena de ataúdes con sus respectivos cadáveres. Esperaba que los pálidos cadáveres se sentaran en cualquier momento, girando la cabeza y abriendo los ojos en su dirección como hacían los viernes por la noche en las películas de vampiros que veía con su padre.

Había otra puerta, pero parecía a kilómetros de distancia y, para llegar hasta ella, Natalie tendría que pasar muy cerca de cuatro o cinco ataúdes oscuros. Lo hizo, mirando hacia delante y caminando despacio, esperando que un par de manos y brazos pálidos avanzaran sobre ella, pero negándose a correr o gritar. Era un día demasiado importante; era el funeral de su madre y ella quería a su madre.

Natalie había cruzado la puerta, subido por una escalera iluminada y aparecido en el vestíbulo cerca de la puerta principal.

-¡Ah, por fin, cariño! -exclamó la tía y la condujo de nuevo hasta su padre, en la otra sala, advirtiéndole que no jugara de nuevo.

Hacía más de una docena de años que no pensaba en su vieja pesadilla, pero mientras estaba sentada en la sala de estar de Melanie Fuller delante de Justin, que la miraba con sus ojos enloquecidos de vieja en una cara pálida, redonda, la reacción de Natalie era la misma que había tenido en su sueño cuando las tapas de los ataúdes se habían abierto, cuando una docena de cadáveres se habían sentado rígidamente en sus ataúdes y cuando dos docenas de manos la

habían cogido y arrastrado -se resistía, pero sin gritar- hasta el pequeño ataúd blanco vacío que la esperaba.

-¿En qué estás pensando, querida? -dijo la voz de la vieja por boca del niño.

Natalie se despertó de sopetón. Era la primera vez que se hablaba desde los gritos del niño, veinte minutos antes.

-¿Qué pasa? -preguntó Natalie.

Justin se encogió de hombros, pero su sonrisa era amplia. Sus dientes de leche parecían haber sido afilados.

-¿Dónde está Saul? -exigió saber Natalie. Sus dedos fueron

hasta el monitor de su cinturón-. ¡Dímelo! -exclamó.

Saul había preparado el elemento telemétrico ligado a los explosivos, pero había dudado de que ella realmente lo utilizara cuando estuviera ante Melanie. Habían llegado a un compromiso con un monitor

que transmitía un aviso al segundo receptor en el coche de Jackson pero no hacía explotar el C-4. Había sido Natalie la que había conectado

de nuevo los hilos al C-4 de su cinturón después de que Saul se fuera a

la isla. Durante las últimas veintisiete horas había llegado a desear que

el monstruo intentara coger su mente y que la cosa disparara el explosivo. Natalie estaba exhausta, agotada por el miedo y a veces le parecía

simplemente preferible acabar con todo eso de una vez por todas. No

estaba segura de si el C-4 mataría a la vieja a esa distancia, pero estaba

segura de que los zombies de Melanie no la dejarían acercarse más a la

criatura que no abandonaba nunca su habitación en el piso de arriba. -¿Dónde está Saul? -repitió Natalie. -Oh, lo tienen -dijo el niño despreocupadamente. Natalie se puso en pie. En las otras salas, las sombras se movían. -Mientes -dijo.

-¿Sí? -sonrió Justin-. ¿Y por qué iba a hacerlo? -¿Qué ha pasado?

Justin se encogió de hombros y sofocó un bostezo.

-Ya ha pasado mi hora de dormir, Nina. ¿Por qué no continuamos esta conversación por la mañana?

-¡Dime qué pasa! -gritó Natalie. Su dedo encontró el botón del

monitor.

-Muy bien, de acuerdo -dijo el niño haciendo pucheros-. Tu

amigo hebreo ha logrado escaparse de los guardias, pero el hombre de

Willi lo ha capturado y lo ha llevado a la casa del pastor.

-La casa del pastor -jadeó Natalie.

-Sí, sí -respondió el niño. Dio puntapiés contra la pata de la silla-. Willi y el señor Barent quieren hablar con él. Están jugando. Natalie miró a su alrededor. Algo se movía en el vestíbulo. -¿Saul está herido?

Justin se encogió de hombros.

-¿Aún está vivo? -exigió saber Natalie. El niño hizo una mueca.

-He dicho que querían hablar con él, Nina. No pueden hablar

con un cadáver.

Natalie levantó su mano libre y se mordió una uña. -Es hora de hacer lo que planeamos -dijo.

-No -lloriqueó el niño-. No estamos en la situación en la que me dijiste que habría que actuar. Sólo están jugando.

-Mientes -dijo Natalie-. No pueden jugar si el hombre de Willi está fuera y Saul está en la casa del pastor.

-No es ese juego -dijo el niño, sacudiendo la cabeza por la estupidez de Natalie. Le era difícil recordar que él era sólo una marioneta de carne y hueso manipulada por la vieja arpía que estaba arriba-. Juegan al ajedrez .

-Ajedrez -repitió Natalie.

-Sí. El ganador decidirá el juego siguiente. Willi quiere jugar con apuestas más altas. -Justin meneó la cabeza en un gesto de vieja-. Willi siempre tuvo una preocupación wagneriana por Ragnarok y Armagedon. Le viene de su sangre alemana, seguro.

-Saul está herido y retenido en la casa del pastor y ahora juegan al ajedrez -dijo Natalie con una voz monótona. Recordó la tarde en que seis meses atrás, ella y Rob habían escuchado a Saul Laski contando su historia de los campos de concentración y del castillo en ruinas en el bosque polaco donde el joven oberst había desafiado a Der Meister en un juego final.

-Sí, sí -dijo Justin, contento-. La señorita Sewell juega también. En el equipo del señor Barent. El señor Barent es muy apuesto.

Natalie retrocedió. Saul y ella habían discutido qué haría ella si el plan se iba a pique. Saul le había recomendado que lanzara las cargas de la cartera con el cronómetro de cuarenta segundos y huyera, aunque eso significara dejar que Barent y los otros escaparan. La segunda posibilidad era seguir con el farol, forzar a Melanie, aún con la esperanza de coger a Barent y quizás a los otros miembros del Island Club.

Ahora Natalie veía una tercera posibilidad. Quedaban aún por lo menos seis horas de oscuridad. Comprendió que aunque la exigencia de justicia y venganza por el asesinato de su padre era aún muy fuerte en ella, su amor por Saul lo era más. Supo también que la discusión de planes de fuga con Saul habían sido sólo palabras; que él no confiaba en poder poner en práctica planes de fuga.

Natalie sabía que la justicia exigía que se quedara y siguiera con el plan, pero en ese momento la justicia estaba en segundo término en su corazón en relación al creciente deseo de salvar a Saul si hubiera alguna posibilidad de hacerlo.

-Voy a salir un rato -dijo ella firmemente-. Si Barent intenta marcharse o se cumplen las otras condiciones, haz exactamente lo que planeamos. No dejes de hacerlo, Melanie. No soporto fracasos aquí. Tu propia vida depende de esto. Si fallas, no me cabe duda de que el Island Club querrá matarte, pero llegarán tarde porque yo te mataré antes. ¿Comprendes, Melanie?

Justin la miró con una leve sonrisa en su cara redonda.

Natalie se volvió y se dirigió hacia el vestíbulo. Alguien se movió rápidamente en la oscuridad delante de ella, cruzando la puerta hacia el comedor. Justin la siguió. Alguien se movió en el rellano de la escalera y se escucharon ruidos en la cocina. Natalie se detuvo en el vestíbulo, su dedo aún en el botón rojo. Le picaba el cuero cabelludo bajo

la cinta redonda de los electrodos.

-Volveré antes del alba -dijo ella.

Justin le sonrió y su cara brilló levemente al pálido resplandor verde del segundo piso.

Catfish vigilaba hacía más de seis horas cuando Natalie salió de la casa Fuller. Eso no estaba en los planes para la noche. Apretó dos veces el botón del emisor y se agachó en la maleza para ver qué pasaba. Aún no había visto a Marvin, pero cuando lo viera intentaría salvar al antiguo jefe de su pandilla de la «Dama Vudú», pasase lo que pasara.

Natalie caminaba deprisa cuando cruzó el patio. Esperó mientras alguien, al que Catfish no podía ver, le abría el portal.

Cruzó la calle sin mirar hacia atrás y giró a la derecha después del callejón en el que esperaba Catfish en vez de girar a la izquierda hacia donde Jackson estaba aparcado, al final de la calle. Ésa era la señal de que quizá la seguían. Catfish pulsó tres veces el botón para que Jackson supiera que tenía que dar la vuelta al bloque hasta donde habían quedado que la recogería; después se agachó más y esperó.

Un hombre salió de las sombras del patio de la casa Fuller y cruzó la calle corriendo agachado en el momento en que Natalie desapareció. Catfish entrevió el brillo de la luz de la farola reflejada en el acero azulado del cañón del arma. Parecía una automática de gran calibre.

-Mierda -murmuró Catfish. Esperó un minuto para asegurarse de que nadie más la seguía y se deslizó por las sombras de los coches aparcados en el lado este de la calle.

Catfish no reconoció al tío con el arma, demasiado pequeño para ser el monstruo Culley, al que había vislumbrado en el patio y demasiado blanco para ser Marvin.

Catfish se movió sigilosamente y se arrastró a través de unas plantas para espiar. Natalie estaba en medio de la manzana, preparada para cruzar al otro lado. El tío blanco con el arma avanzaba muy despacio entre las sombras de su acera. Catfish pulsó el botón cuatro veces y siguió adelante. Sus pantalones y cazadora negros lo hacían invisible.

Esperaba que Natalie hubiese desconectado toda aquella mierda del C-4. Los explosivos ponían a Catfish nervioso. Había visto lo que había quedado de su amigo Leroy después de que el muy loco encendiera la dinamita que llevaba. A Catfish no le importaba morir -nunca había esperado llegar a los treinta-, pero quería que su cuerpo risueño fuera enterrado de una sola pieza, envuelto en su mejor traje de setecientos dólares, para que Marcie, Sheila y Belinda le lloraran.

Avisado por la señal, Jackson aceleró y giró hacia la izquierda de la calle para proteger a Natalie cuando la recogiera. El tío con el arma la empuñó con ambas manos sobre el techo de un Volvo aparcado y apuntó al reflejo de una farola en el parabrisas, a la derecha de la cara de Jackson.

«Algo no va bien con la "Dama Vudú" -pensó Catfish-. Hay que ponerla fuera de combate.» Avanzó, corriendo silenciosamente con sus Adidas de cincuenta dólares y le dio un puntapié en las piernas al tío blanco. El mentón del hombre dio contra el techo del Volvo y Catfish le golpeó la cara contra la ventana para asegurarse de que estaba fuera de combate. Cogió el arma con el pulgar y el índice en el martillo por si acaso. En las películas cogían las armas como juguetes, pero Catfish había visto hermanos heridos por armas que simplemente caían al suelo. «La gente no mata a la gente -pensó mientras tendía al tío blanco en la sombra de la acera- sino las jodidas armas.»

Jackson pulsó dos veces el botón mientras se alejaba con Natalie. Catfish miró alrededor, comprobó que el blanco estaba sin sentido pero aún respiraba y pulsó el botón de transmisión.

-Eh, hermano -dijo-, ¿qué pasa?

La voz de Jackson estaba deformada por el altavoz barato y el escaso volumen.

-La chica bien, tío. ¿Y tú?

-Un tío con una enorme 45, no le gustabas, tío. Ahora duerme.

-¿Duerme cómo? -preguntó la voz áspera de Jackson.

-Sólo una siesta, tío. ¿Qué quieres que haga?

Catfish tenía su cuchillo, pero habían decidido que si descubrían cuerpos en un barrio blanco no sería nada bueno para el negocio.

-Déjalo en algún sitio tranquilo -dijo Jackson.

-Sí, muy bien -dijo Catfish. Arrastró al hombre inconsciente hacia los arbustos bajo un sauce. Se sacudió las ropas y apretó el botón de transmisión-. ¿Volveréis, o vais a fugaros, o qué?

La voz de Jackson llegó desvanecida por la distancia. Catfish se preguntó adónde demonios se dirigían.

-Más tarde, tío -dijo Jackson-. Tranquilo. Volveremos. Calma.

-Mierda -juró Catfish por el transmisor-, tú vas de paseo con la gatita y yo me quedo sentado en los callejones.

-Antigüedad, tío -dijo Jackson. Su voz era apenas audible-. Yo era del Alma de la Fábrica cuando tú eras sólo un bulto en los pantalones de tu padre. Tranquilo, hermano.

-Joder -dijo Catfish, pero no hubo respuesta, y pensó que estaban fuera de alcance. Se metió el transmisor en el bolsillo y volvió rápidamente y sin ruido al callejón, comprobando todas las sombras para asegurarse de que la «Dama Vudú» no había enviado a más gente.

Estaba sentado en su agujero entre un cubo de basura y una vieja cerca hacía menos de diez minutos, y visualizado uno de sus recuerdos favoritos de Belinda en la cama en Chelten Arms, cuando se escuchó un leve susurro en el callejón, a sus espaldas.

Catfish se puso en guardia rápidamente y abrió su navaja mientras se levantaba. El hombre que tenía detrás era demasiado grande y demasiado calvo para ser real.

Culley arrancó la navaja de la mano de Catfish con un golpe de su enorme palma. Con la mano derecha lo cogió por el cuello y lo levantó del suelo.

Catfish sintió la respiración cortada y la vista nublada, pero cuando el enorme torno de carne lo levantó del suelo, le dio dos puntapiés en los testículos y una palmada en las orejas suficiente para reventarle los tímpanos. El monstruo ni siquiera parpadeó. Los dedos de Catfish iban hacia los ojos del hombre cuando la mano en su cuello apretó con más fuerza y se escuchó un fuerte crujido cuando la laringe de Catfish se rompió.

Culley dejó caer a aquel negro jadeante en la suciedad del callejón y lo miró impasible. Tardó casi tres minutos en morir, pues su garganta rota se hinchó impidiendo que pasara el aire. Al final, Culley tuvo que empujar con el pie el cuerpo que se debatía. Cuando terminó, Culley cogió la navaja y se aseguró de que el negro estaba muerto. Después fue hasta la esquina, cogió al inconsciente Howard y arrastró sin esfuerzo ambos cuerpos hacia el otro lado de la calle, a la casa donde la única luz era el brillo verde del segundo piso.

La lluvia empezó a caer de nuevo antes de que hubiera recorrido la mitad del camino a Mt. Pleasant. Jackson intentó llamar a Catfish por radio, pero la tormenta y quince kilómetros de distancia parecían derrotar a las pequeñas radios.

-¿Crees que estará bien? -preguntó Natalie. En cuanto había entrado en el coche, se había quitado el cinturón de C-4, pero conservó el monitor. Si el ritmo theta apareciera, sonaría una alarma. Eso no tranquilizó mucho a Natalie. Su principal esperanza estaba en la desgana de Melanie en ese momento para desafiar el control de Nina. Se preguntó si había firmado su propia pena de muerte cuando le confesó al viejo monstruo que no era un pelele de Nina.

-¿Catfish? -dijo Jackson-. Sí, él las ha visto de todos los colores. Y no es tonto. Además, alguien tenía que quedarse atrás para asegurarse de que la «Dama Vudú» no se larga. -Miró a Natalie. Los limpiaparabrisas batían monótonamente-. Tenemos un cambio de planes, ¿verdad, Nat?

Natalie asintió con la cabeza.

Jackson cambió un palillo de la izquierda a la derecha de su boca. -Vas a la isla, ¿verdad?

Natalie suspiró.

-¿Cómo lo sabes?

-El piloto vive por aquí. Ese al que llamaste esta tarde para decirle que no se moviera porque quizá tendrías trabajo para él. -Sí, pero pensaba en mañana, cuando todo esto terminase. Jackson movió el palillo en su boca.

-¿Todo esto terminará mañana?

La chica miró hacia delante a través de la ventana que la lluvia hacía opaca.

-Sí -dijo firmemente-, terminará mañana.

Daryl Meeks estaba de pie en la cocina de su remolque, su figura delgada envuelta en una bata, mirando a sus dos empapados visitantes.

-¿Cómo sé que vosotros no sois dos revolucionarios negros intentando implicarme en alguna conspiración estrafalaria? -preguntó.

-No lo sabes -dijo Natalie-. Tienes que aceptar mi palabra. Los malos son Barent y su grupo. Tienen a mi amigo Saul y quiero sacarlo de allí.

Meeks se frotó la barba.

-En el camino, ¿os habéis dado cuenta de que caía una lluvia con ráfagas de tempestad de fuerza dos?

-Sí -dijo Jackson-, nos hemos dado cuenta. -¿Y queréis volar?

-Sí -dijo Natalie.

-No estoy seguro de la tarifa de este tipo de excursión -dijo Meeks; abriendo una lata de Pabst.

Natalie sacó un sobre del jersey y lo puso sobre la mesa de la cocina. Meeks lo abrió, asintió con la cabeza y se bebió su cerveza.

-Veintiún mil trescientos setenta y cinco dólares con noventa -dijo Natalie.

Meeks se frotó la cabeza.

-Has roto la hucha, ¿eh? -Tomó un largo trago de cervezaQué demonios, la noche está magnífica para un vuelo. Esperad aquí mientras me cambio. Tomad una cerveza, si no va contra las reglas del

KGB.

Natalie contempló la lluvia que caía sobre la pista en sucesivas rachas que oscurecían el pequeño hangar iluminado a cuarenta metros de distancia.

-Yo también voy -dijo Jackson.

Ella lo miró y dijo, con voz preocupada:

-No.

-Tonterías -gruñó Jackson. Levantó la pesada bolsa negra que había traído del coche-. Tengo plasma, morfina, vendajes..., todo el botiquín. ¿Qué pasa si montas todo este jaleo y el tío necesita un médico? ¿Lo has pensado, Nat? Imagínate que consigues sacarlo y él se

desangra en el viaje de vuelta.

-De acuerdo -dijo Natalie.

-¡Listo! -gritó Meeks desde el fondo de la habitación. Llevaba

una gorra azul de béisbol con la inscripción « YOKOHAMA TAIYO WHALES»

en letras blancas cosidas, una vieja cazadora de cuero, pantalones tejanos, zapatos de lona verdes y un cinturón con un Smith and Wesson del 38 de cañón largo y culata de madreperla-. Sólo dos reglas -dijo-. Primera, si digo que no podemos aterrizar, quiere decir que no podemos aterrizar. Aun así me quedo con un tercio de la pasta. Y segundo, no saquéis ese maldito Colt otra vez del asiento trasero si no pensáis usarlo, y nada de intentar discutir mis argumentos con eso o volveréis a nado.

-De acuerdo -dijo Natalie.

Natalie había estado una vez en unas montañas rusas con su padre, y no había vuelto. Esto era mil veces peor.

La cabina del Cessna era pequeña y húmeda, el parabrisas era una pared de agua; Natalie ni siquiera sabía exactamente cuándo habían despegado excepto por el hecho de que las sacudidas, los saltos y los giros aumentaron y era cada vez más difícil mantenerse firme en el asiento. Iluminada desde abajo por el brillo rojo de los instrumentos, la cara de Meeks parecía a la vez demoníaca e idiota, con el elemento añadido del puro terror. De vez en cuando Jackson se giraba en el asiento trasero y decía: «Mierda, tío», y después había un largo silencio sólo roto por la lluvia, el viento diversos sonidos mecánicos torturados, los truenos y el ruido leve, terriblemente inadecuado, del motor.

-Hasta ahora todo bien -dijo Meeks-. No vamos a poder pasar por encima de esta mierda, pero la pasaremos antes de llegar a Sapelo. Hasta ahora todo cojonudo. -Se giró hacia Jackson y le preguntó-:

¿Vietnam?

-Sí?

-¿Qué destino?

-Médico, 101.

-¿Cuándo te licenciaste?

-No me licencié. A mí y a dos hermanos nos jodieron cuando intentábamos escaparnos de una emboscada.

-¿Los otros dos se salvaron?

-No. Los mandaron a casa con las cremalleras cerradas. Me dieron otra medallita y me dejaron en tierra a tiempo de votar por Nixon. -¿Votaste?

-Mierda -dijo Jackson.

-Sí -dijo Meeks-. Yo tampoco recuerdo la última vez que un político me hizo un favor.

Natalie los miró.

El Cessna fue súbitamente iluminado por un relámpago que pareció pasar por el ala de estribor. En el mismo instante una ráfaga de viento intentó lanzarlos patas arriba mientras el fondo parecía que desaparecía cuando bajaron sesenta metros como un ascensor sin cable.

Meeks ajustó algo por encima de su cabeza, golpeó un instrumento que mostraba una bola blanca rodando como ebria y bostezó.

-Una hora y veinte minutos más -dijo, ahogando un segundo bostezo-. Señor Jackson, allá atrás, cerca de sus pies, hay un gran termo. Y también algunos Twinkies, creo. ¿Por qué no reparte un poco de café? Yo haré de azafata. Señorita Preston, ¿quiere algo? La primera clase da derecho a un bocado en vuelo.

Natalie giró la cara hacia la ventana.

-No, gracias -rechazó. Los relámpagos atravesaban la atmósfera trescientos metros abajo, revelando fragmentos de nubes negras que corrían como harapos del vestido de alguna bruja-. De momento, no quiero nada.

Intentó cerrar los ojos.

69

Isla Dolmann, martes 16 de junio de 1981

Saul desaceleró y dejó que la lancha topara con el malecón. La luz verde al final del espigón parpadeaba enviando su señal sin respuesta al Atlántico vacío. Saul amarró la lancha, lanzó su bolsa de plástico al malecón y avanzó, agachado con la M-16 preparada. El malecón y sus aledaños estaban vacíos. Algunos coches de golf esperaban en el sitio donde la carretera de asfalto seguía hacia el sur a lo largo de la costa. No había otros barcos amarrados.

Saul se puso la bolsa al hombro y se movió con cautela hacia los árboles. Incluso si la mayor parte de los hombres de seguridad habían ido hacia el norte en su búsqueda, Saul no podía creer que Barent dejara sin protección la parte norte de la casa del pastor. Corrió hacia la oscuridad bajo los árboles, con el cuerpo tenso, casi esperando el impacto de balas. Nada se movía, excepto las hojas mecidas por la suave brisa marina. Las luces de la casa apenas se veían hacia el sur. En ese momento el único objetivo de Saul era llegar vivo a la casa.

A lo largo de la avenida de los Robles no había luces. Saul recordó al piloto, Meeks, explicando que el camino estaría iluminado para los dignatarios de visita y los VIP, pero esa noche el camino cubierto de hierba estaba completamente a oscuras. Correr de árbol en árbol, de arbusto en arbusto, era lento. Necesitó treinta minutos para cubrir la mitad de la distancia hasta la casa y aún no había señas de los hombres de seguridad de Barent. Tuvo un pensamiento que lo dejó helado con un miedo más frío y más profundo que su temor a la muerte: ¿y si Barent se hubiese marchado ya?

Era posible. Barent no era un hombre que se expusiera al peligro. Saul contaba con utilizar el exceso de confianza del multimillonario como arma -quienquiera que estuviese con él, incluyendo a Saul, era condicionado para ser incapaz de dañarle-, pero quizá la intervención de Willi en Filadelfia o la incongruencia de la fuga de Saul había cambiado eso. Haciendo caso omiso del peligro, Saul cogió el fusil con la mano y corrió a lo largo de la avenida cubierta de hierba entre los robles, con la bolsa chocando contra su hombro herido.

Había corrido sólo doscientos metros y jadeaba aprisionado por el dolor, cuando se detuvo, cayó sobre una rodilla y levantó el fusil. Entrecerró los ojos y deseó tener las gafas. Un cuerpo desnudo yacía boca abajo a la sombra de un pequeño roble. Saul miró a izquierda y derecha, se sacó la bolsa del hombro y siguió avanzando.

La mujer no estaba totalmente desnuda. Una camisa rasgada y ensangrentada le tapaba un brazo y parte de la espalda. Estaba boca abajo, con la cara girada y cubierta por el pelo, los brazos extendidos, los dedos clavados en el suelo, y su pierna derecha como si estuviera corriendo cuando la habían abatido. Mirando a su alrededor desconfiado, con la M-16 lista, Saul le tocó el cuello para sentir el pulso.

La cabeza de la mujer se volvió y Saul tuvo un vislumbre de los ojos grandes y enloquecidos de la señorita Sewell y de su boca abierta antes que los dientes de la mujer se clavaran con fuerza en la mano izquierda, produciendo un ruido que no era humano. Saul hizo una mueca y levantó la M-16 para encañonar a la mujer precisamente cuando Jensen Luhar cayó de las ramas del roble y agarró el cuello de Saul con un poderoso brazo.

Saul gritó y disparó la M-16, intentando girar el fuego hacia Luhar, pero sólo consiguió rasgar las ramas y hojas de arriba. Saul luchó, forzando la barbilla contra el brazo de Luhar para evitar ser estrangulado e intentó soltar su mano izquierda de los maxilares de la mujer. Su mano derecha se alargó por encima de su hombro en un intento de encontrar la cara y los ojos del negro.

Luhar rió de nuevo y levantó a Saul en un medio-nelson. Saul sintió que se rasgaba la carne de su mano izquierda y entonces Luhar se giró y lo lanzó dos o tres metros por el aire. Saul cayó sobre su pierna izquierda herida, rodó sobre un hombro que le dolía terriblemente y se arrastró a gatas hacia la bolsa donde había dejado el Colt y la Uzi. Una mirada por encima del hombro le mostró a Jensen Luhar agachado como un luchador, en su cuerpo desnudo brillaban el sudor y la sangre de Saul. La señorita Sewell estaba a gatas, tensa, como preparada para

saltar, el pelo revuelto sobre sus ojos. Le corrió sangre por la barbilla cuando escupió un trozo de la mano de Saul.

Llegó a menos de un metro de la bolsa antes de que Luhar se lanzara hacia delante, rápido y silencioso con sus pies desnudos, y le diera un fuerte puntapié en las costillas. Saul rodó sintiendo que el aire y la

energía salían violentamente de su cuerpo; intentó caer sobre las rodillas mientras su vista se nublaba y se estrechaba en un largo túnel oscuro por el que avanzaba Luhar.

Luhar le dio otro puntapié, lanzó la bolsa lejos, hacia la oscuridad, y agarró al psiquiatra por el pelo. Levantó la cara de Saul hasta la suya y le sacudió.

-Despierta, pequeño peón -dijo en alemán-. Es hora de jugar.

Los proyectores del gran salón iluminaban ocho filas de casillas. Cada casilla era una baldosa blanca o negra de un metro cuadrado. Tony Harod miraba un tablero de ajedrez que se alargaba ocho metros en cada dirección. Los hombres de seguridad de Barent hacían ruidos suaves en la sombra y había sonidos sordos que venían de la mesa con los aparatos electrónicos, pero sólo los miembros del Island Club y sus ayudantes estaban iluminados.

-Hasta ahora ha sido un juego interesante -dijo Barent-. Aunque hubo algunas veces que me pareció que sólo podría desembocar en tablas.

-Ja -dijo Willi saliendo hacia la luz. Llevaba una camisa de seda de cuello alto bajo un traje blanco lo que le daba el aspecto de un cura en negativo. Los proyectores hacían que su escaso pelo blanco brillara y acentuara la rubicundez de las arrugas de las mejillas y mandíbulas-. Siempre preferí la defensa Tarrasch. Ya no está de moda, aunque en mi juventud era muy popular; yo aún la considero buena cuando es utilizada con las debidas variaciones.

-Fue un juego posicional hasta el movimiento veintinueve -dijo Barent-. El señor Borden ofreció su peón de torre de rey y yo acepté.

-Un peón envenenado -admitió Willi, frunciendo el ceño y mirando el tablero.

Barent sonrió.

-Fatal para jugadores principiantes, quizá. Pero después de los

cambios, yo conservé cinco peones contra tres del señor Borden.

-Y un alfil -dijo Willi, mirando hacia donde estaba Jimmy

Wayne Sutter, cerca del bar.

-Y un alfil -repitió Barent-. Pero dos peones a menudo vencen

a un alfil solitario en un final de partida.

-¿Quién está ganando? -preguntó Kepler. Estaba borracho. Barent se frotó el cuello.

-No es tan simple como eso, Joseph. En este momento, las negras, que son mi color, tiene una clara ventaja. Pero las cosas cambian

rápidamente en el juego final. Willi fue hacia el tablero.

-¿Quiere cambiar lados, herr Barent? El multimillonario sonrió. -Nein, mein Herr.

-Entonces. prosigamos -dijo Willi.

Miró hacia las personas que estaban de pie al borde del tablero.

El hombre del FBI, Swanson, murmuró algo al oído de Barent. -Un momento -dijo el anfitrión. Se volvió hacia Willi-. ¿Qué

pretende ahora, viejo?

-Déjelos entrar -rogó Willi.

-¿Por qué? -respondió Barent-. Son suyos.

-Exactamente -admitió Willi-. Es evidente que mi negro está desarmado y he recuperado a mi judío para que me sirviera como estaba destinado a hacerlo.

-Hace una hora, usted dijo que debíamos matarle -le recordó Barent.

Willi se encogió de hombros.

-Puede matarle, si quiere, herr Barent. El judío ya está casi muerto. Pero es grato a mi sentido de la ironía que haya llegado tan lejos para servirme.

-¿Aún insiste en que vino a la isla por su libre voluntad? -rió Kepler.

-No insisto en nada -dijo Willi-. Pido permiso para utilizarlo en el juego. Me complacería hacerlo. -Willi echó una mirada de soslayo a su anfitrión-. Además, Herr Barent, usted debe de estar seguro de que el judío estaba bien condicionado por usted. No debería temer nada de él aunque viniera armado.

-Entonces, ¿por qué está aquí? -preguntó Barent. Willi rió.

-Para matarme -aclaró-. Vamos, tiene que decidirse. Quiero jugar.

-¿Y la mujer? -preguntó Barent.

-Ha sido peón de mi dama -dijo Willi-. Se la regalo.

-Peón de su dama -repitió Barent-. ¿Y su dama aún la dirige? -Mi dama fue sacada del tablero -dijo Willi-. Pero podrá preguntárselo al peón cuando llegue.

Barent chasqueó los dedos y media docena de hombres armados se adelantaron.

-Traedlos -ordenó-. Si hacen algún movimiento sospechoso, matadlos. Decidle a Donald que quizá vuelva al Antoinette más pronto de lo que me pensaba. Llamad a las patrullas y doblad la seguridad de

la zona sur.

Tony Harod no estaba nada interesado en los recientes acontecimientos. Por lo que a él se refería, no había forma de salir de la isla. Barent tenía su helicóptero, que esperaba al otro lado de las puertas correderas; Willi tenía su Lear de reacción en la pista de aterrizaje; incluso Sutter tenía un avión esperando; pero comprendía que él y María Chen estaban encallados. Ahora había entrado una nueva falange de hombres de seguridad conduciendo a Jensen Luhar y a los dos peleles que Harod había recogido en Savannah. Luhar estaba desnudo, todo él musculosa carne negra. La mujer llevaba sólo una camisa rasgada y ensangrentada que parecía de uno de los guardias de la zona de seguridad. Su cara estaba sucia de tierra y sangre, pero lo que le molestaba más a Harod eran sus ojos; estaban casi cómicamente abiertos, miraba alrededor desde detrás de mechones de pelo revuelto, con los iris completamente rodeados de blanco. Si la mujer tenía mal aspecto, el hombre llamado Saul, al que Harod había traído a la isla, tenía un aspecto terrible. Parecía que Luhar le aguantaba de pie cuando se detuvieron a diez pasos de Barent. El viejo pelele de Harod estaba hecho un desastre: de la cara le goteaba sangre que le empapaba la camisa y la pernera izquierda del pantalón. Su mano izquierda parecía haber pasado por una plancha con dientes de metal; la sangre goteaba sobre una baldosa blanca. Pero algo en su mirada sugería un estado de alerta y desafío.

Harod no podía comprender nada de esto. Era obvio que Willi conocía al hombre y a la mujer -incluso aceptaba que el judío había sido antes pelele suyo-, pero Barent parecía aceptar la idea de que los dos pobres presos habían venido a la isla por su propia voluntad. Willi había dicho antes que era Barent el que había condicionado al judío, pero el multimillonario no lo había traído a la isla. Parecía tratarlo como a un agente libre. El diálogo con la mujer fue aún más estrafalario. Harod estaba confuso.

-Buenas noches, doctor Laski -le dijo Barent al hombre que sangraba-. Siento no haberlo reconocido antes.

Laski no dijo nada. Su mirada fue hacia donde Willi estaba sentado en una de las sillas de espaldar alto y ni tan sólo se desvió cuando Luhar le giró la cabeza para que mirara al señor Barent.

-¿Fue su avión el que aterrizó en la playa del norte hace algunas semanas? -preguntó Barent.

-Sí -respondió Laski, sin dejar de mirar a Willi.

-Muy listo -admitió Barent-. Lástima que haya fracasado. ¿Confiesa que vino aquí para matarnos?

-No a todos ustedes -dijo Laski-. Sólo a él.

No señaló a Willi, pero no era necesario hacerlo.

-Muy bien -dijo Barent. Se frotó la mejilla y miró a Willi-. Doctor Laski, ¿aún pretende matar a nuestro huésped?

-Sí.

-¿Está preocupado, herr Borden? -le preguntó Barent. Willi sonrió.

Entonces Barent hizo algo increíble. Se levantó de la silla donde había estado sentado desde poco antes de la llegada de los tres peleles, se dirigió a la mujer, cogió y levantó su sucia mano derecha y la besó con galantería.

-Herr Borden me informa de que tengo el honor de dirigirme a la señorita Fuller -dijo con una voz más suave que margarina derretida-. ¿Es cierto?

La mujer de ojos salvajes sonrió.

-Sí -dijo con una voz cansina del Sur. Había sangre seca en sus dientes.

-Es realmente un gran placer, señorita Fuller -dijo Barent, cogiendo aún la mano de la mujer-. Siento mucho no haber podido conocerla antes. ¿Puedo preguntarle qué la ha traído a nuestra pequeña isla?

-Simple curiosidad, señor -respondió la aparición de ojos salvajes. Cuando ella se movió un poco, Harod pudo ver la espesa V de su vello púbico a través de la abertura de la camisa.

Barent estaba muy derecho, sonreía y aún acariciaba la mano mugrienta de la mujer.

-Comprendo -dijo-. No había necesidad de llegar de incógnito, señorita Fuller. Habría sido muy bien recibida en persona, en cualquier ocasión, y estoy seguro de que hubiera encontrado nuestro... ah..., alojamiento más confortable en el recinto de los huéspedes de la casa del pastor.

-Gracias, señor -sonrió Melanie a través de su pelele-. En este momento estoy indispuesta, pero cuando mi salud mejore, aprovecharé su generosa invitación.

-Excelente -dijo Barent. Dejó su mano y volvió a su silla.

Sus hombres de seguridad se relajaron un poco y bajaron las Uzi.

-Estamos terminando una partida de ajedrez -explicó-. Nuestros nuevos invitados se reunirán con nosotros. Señorita Fuller, ¿me haría el honor de permitir que su pelele juegue de nuestro lado? Le puedo garantizar que no permitiré que ninguna amenaza de captura estropee su participación.

La mujer alisó los harapos de su camisa y se pasó las manos por el pelo revuelto, apartando un mechón de delante de sus ojos.

-El honor será mío, señor -aceptó Melanie.

-Magnífico -dijo Barent-. Herr Borden, ¿supongo que desea
utilizar sus dos piezas?

-Ja -respondió Willi-. Mi antiguo peón me traerá suerte.

-De acuerdo -dijo Barent-. ¿Vamos a empezar en el movimiento 36?

Willi asintió con la cabeza.

-Yo me había comido su alfil en el movimiento anterior -le recordó-. Y usted avanzó centrando su rey con una respuesta Rd6. -Ah -dijo Barent-, mi estrategia es demasiado transparente para
un maestro.

-Ja -estuvo de acuerdo Willi-. Lo es. Juguemos.

Natalie respiró aliviada cuando salieron de las nubes de tormenta
al este de la isla de Sapelo.
El viento aún golpeaba el Cessna y la luz de las estrellas iluminaba
un océano encabritado abajo, pero por lo menos la montaña rusa parecía haberse aplanado.

-Faltan unos cuarenta y cinco minutos -dijo Meeks. Se frotó la
cara con la mano izquierda-. El viento añade una media hora al
vuelo.

Jackson se inclinó hacia delante y dijo en voz baja cerca del oído
de Natalie:

-¿Crees realmente que nos dejarán aterrizar? Natalie puso la mejilla contra la ventana.

-Si la vieja hace lo que dijo que haría, quizá sí. Jackson resopló y sonrió. -¿Crees que lo hará?

-No lo sé -respondió Natalie-. Simplemente pienso que hay
que intentar salvar a Saul. Creo que hicimos todo lo necesario para
mostrarle a Melanie que era de su interés actuar.

-Sí, pero ella está loca -dijo Jackson-. Y los locos no siempre actúan en su propio interés, guapa.

Natalie sonrió.

-Me parece que eso explica por qué estamos aquí. Jackson le tocó el hombro.

¿Has pensado qué harás si Saul está muerto? -le preguntó en voz baja.

La cabeza de Natalie se movió hacia arriba y hacia abajo.

-Lo sacaremos de allí -dijo-. Después volveremos y mataremos a esa cosa de Charleston.

Jackson se recostó, se acurrucó en el asiento trasero y un minuto después dormía y roncaba. Natalie miró el océano hasta que los ojos le dolieron y después se volvió hacia el piloto. Meeks la miraba de forma extraña. Enfrentado con su mirada, Meeks se tocó la gorra de béisbol y puso su atención de nuevo en los instrumentos.

Herido, sangrando, luchando por seguir de pie y consciente, Saul estaba contento de estar exactamente donde estaba. Nunca apartó la mirada del oberst más que algunos segundos. Después de casi cuarenta años de buscarle, él, Saul Laski, estaba en la misma sala que el oberst Wilhelm von Borchert.

No era la mejor de las situaciones. Saul se lo había jugado todo, incluso había permitido que Luhar le dominara cuando podía haber cogido sus armas a tiempo, con su leve esperanza de ser llevado en presencia del oberst. Era el guión que había compartido con Natalie meses atrás, sentados y tomando café en el crepúsculo israelí con olor a naranjas, pero no eran las mejores condiciones. Sólo tendría una posibilidad de enfrentarse al asesino nazi si era Willi el que usaba sus aptitudes psíquicas en Saul. Ahora todos los retrocesos mutantes estaban allá -Barent, el llamado Kepler, incluso Harod y Melanie Fuller- y Saul temía que uno de ellos pudiese intentar apoderarse de su cerebro y destruir así la única, escasa, posibilidad que podía tener de sorprender al oberst. Después estaba el hecho de que, en su plan, Saul siempre había imaginado una confrontación hombre a hombre con el viejo, y Saul era el más fuerte físicamente de los dos. Ahora Saul utilizaba la mayor parte de su fuerza de voluntad y de su cuerpo sólo para mantenerse de pie, con su mano izquierda sangrando e inútil y con una bala alojada en la clavícula, mientras el oberst estaba sentado, sano y descansado, con quince kilos más de músculo que Saul y con más o menos dos peleles magníficamente condicionados y con por lo menos media docena de personas cerca que podría utilizar a voluntad. Y Saul tampoco confiaba en que los hombres de seguridad de Barent le permitirían dar más de tres pasos no autorizados antes de abatirlo a sangre fría.

Pero Saul era feliz. No había ningún otro lugar en el mundo donde prefiriera estar.

Sacudió la cabeza para concentrar su atención en lo que pasaba. Barent y el oberst estaban sentados mientras Barent disponía las piezas de ajedrez humanas en sus lugares. Por segunda vez en ese día sin fin, Saul tuvo una alucinación despierto: mientras el gran salón relucía como un reflejo en un estanque rizado por el viento, de súbito vio la madera y las piedras de una torre de homenaje polaca, con sonderkommandos vestidos de gris divirtiéndose bajo tapices con siglos de antigüedad mientras el viejo Meister estaba sentado, acurrucado en su uniforme de general como una momia arrugada envuelta en harapos holgados. Unas antorchas enviaban las sombras danzando sobre piedras y baldosas y los cráneos afeitados de treinta y dos prisioneros de pie que miraban cansinamente a los dos oficiales alemanes. El joven oberst apartó su pelo rubio de la frente, colocó su codo en la rodilla y sonrió a Saul.

El oberst sonrió.

-Wilkommen, Jude -dijo.

-Vamos, vamos -decía Barent-, a jugar. Joseph tendrá sitio aquí, en f6.

Kepler retrocedió con una expresión de horror en la cara.

-Estás bromeando -dijo. Retrocedió en el bar lo suficiente como para hacer caer varias botellas.

-Oh, no -dijo Barent-, no bromeo. Deprisa, Joseph. Herr Borden y yo queremos resolver esto antes de que sea demasiado tarde.

-¡Vete al infierno! -gritó Kepler. Cerró los puños y se le tensó el cuello-. No voy a ser «usado» como un vulgar pelele mientras tú...

La voz de Kepler se detuvo como si una aguja saltara en un disco defectuoso. Su boca se movió un segundo pero no salió de ella ningún sonido. La cara de Kepler se puso roja, después morada y después se oscureció segundos antes de caer sobre las baldosas. Sus brazos parecían torcidos a sus espaldas por unas manos brutales, invisibles; sus tobillos, atados por cuerdas invisibles, mientras se lanzaba hacia delante con un movimiento espasmódico, corcovado, pesado -la imagen de un niño trastornado moviéndose como un gusano-, con el pecho y la barbilla tocando el suelo a cada espasmo absurdo. De esta manera Joseph Kepler se arrastró sobre su cara, pecho y muslos, los ocho metros del tablero, dejando un rastro de sangre de su barbilla herida en las baldosas blancas, hasta que llegó a su lugar. Cuando Barent relajó su control, los músculos de Kepler se torcieron y tuvieron un espasmo de alivio; se escuchó un sonido leve mientras la orina le empapaba la pernera y corría hacia la baldosa negra.

-Levántate, por favor, Joseph -dijo Barent en voz baja-. Queremos empezar la partida.

Kepler se puso de rodillas, miró, conmocionado, al multimillonario durante un momento y permaneció silenciosamente quieto sobre sus piernas temblorosas. Sangre y orina manchaban la parte delantera de sus pantalones italianos.

-¿Vas a «usarnos» a todos así, hermano Christian? -preguntó Jimmy Wayne Sutter. El predicador estaba al borde del improvisado tablero y la luz de los proyectores brillaba en su pelo espeso, blanco.

Barent sonrió.

-No veo motivo para «usar» a nadie, James -dijo-. Siempre que no sea un obstáculo para el juego. ¿Qué piensa, herr Borden?

-Ven aquí, Sutter -dijo Willi-. Como mi alfil, eres la única pieza superviviente fuera de reyes y peones. Venga, ocupa tu lugar al lado de la casilla vacía de la dama.

Sutter levantó la cabeza. El sudor había empapado su americana deportiva de seda.

-¿Tengo alternativa? -murmuró. Su entrenada voz sonaba tensa y áspera.

-Nein -dijo Willi-. Tienes que jugar. Ven. Sutter giró la cabeza hacia Barent.

-Quiero decir una alternativa sobre el lado donde sirvo -dijo. Barent enarcó las cejas.

-Tú has servido a herr Borden bien y durante un largo tiempo

-dijo-. ¿Quieres cambiar de bando ahora, James?

-No encuentro placer en la muerte de los malvados -recitó Sutter-. Creed en el Señor Jesucristo y seréis salvos. Juan 3, 16.17.

Barent rió entre dientes y se frotó la barbilla.

-Herr Borden, parece que su alfil desea desertar. ¿Tiene alguna

objeción a que termine el juego del lado de las negras?

La cara del oberst tenía la expresión malhumorada de un niño. -Quédatelo y vete al diablo -dijo-. No necesito a ese marica

gordo.

-Ven -le dijo Barent al sudoroso predicador-, te colocaré a la izquierda del rey, James.

Señaló una baldosa blanca situada un espacio delante de la posición de partida del peón de rey.

Sutter se colocó en su lugar en el tablero, al lado de Kepler.

Saul se permitió un resquicio de esperanza ante la idea de que el juego pudiera realizarse sin que los vampiros de la mente usaran su poder sobre sus peones. Cualquier cosa que aplazara el momento en que el oberst tocara su mente le infundía ánimos.

Inclinándose hacia delante en su gran silla, el oberst rió en voz baja.

-Si me deniegan la colaboración de mi aliado fundamentalista -dijo-, entonces me divertirá ascender a mi antiguo peón a la categoría de alfil. Bauer, verstehts du? Ven, judío, y acepta tu destino.

Rápidamente, antes de que fuera obligado a hacerlo, Saul cruzó el espacio iluminado de las baldosas hasta la casilla negra en la primera columna. Estaba a menos de tres metros del oberst, pero Luhar y Reynolds estaban entre ellos mientras un grupo de hombres de seguridad de Barent vigilaba todos sus movimientos. Ahora Saul sentía mucho dolor en sus heridas -su

pierna izquierda estaba rígida y le dolía, su hombro era una masa de fuego-, pero lo disfrazó mientras avanzaba.

-Como en los viejos tiempos, ¿eh, peón? -dijo el oberst en alemán-. Perdóname -añadió-. Quiero decir, herr alfil. -El oberst sonrió-. Ahora deprisa, aún tengo tres peones. Jensen en e3, bitte. Tony en a3. Tom será peón en b5.

Saul vio que Luhar y Reynolds ocupaban sus lugares. Harod no se movió.

-No sé dónde está el jodido a3 -dijo.

El oberst hizo un gesto impaciente.

-La segunda casilla delante de la baldosa de la torre de mi dama

-exclamó-. Schnell.

Harod parpadeó y avanzó hasta la casilla negra en el borde izquierdo del tablero.

-Llene sus últimos tres espacios de peones -le rogó el oberst a Barent.

El multimillonario asintió con la cabeza.

-Señor Swanson, si no le importa. Al lado del señor Kepler, por favor.

El hombre miró alrededor, dejó la automática y se dirigió hacia la casilla negra a la izquierda y detrás de Kepler. Saul comprendió que Swanson era el peón del caballo del rey, que aún no se había movido de su casilla original.

-Señorita Fuller -dijo Barent-, ¿permite que su encantadora esclava se coloque en su posición original del peón de la torre de dama? Sí, eso. -La mujer que había sido antes Constance Sewell caminó cautelosamente, descalza, y quedó de pie cuatro casillas delante de Harod-. Señorita Chen -continuó Barent-, al lado de la señorita Sewell, por favor.

-¡No! -gritó Harod cuando María Chen avanzó-. ¡Ella no juega!

-Ja, sí que juega -dijo el oberst-. Ella aporta una cierta belleza al juego, nicht wahr?

-¡No! -gritó Harod de nuevo, y se giró hacia el oberst-. Ella no forma parte de esto.

Willi sonrió e inclinó la cabeza hacia Barent.

-Muy conmovedor. Sugiero que Tony cambie su posición con su secretaria si la posición de ella se ve..., ah..., amenazada. ¿Le conviene esto, herr Barent?

-¡Sí, sí, sí! -dijo Barent-. Pueden cambiar cuando Harod lo desee, mientras no altere el flujo del juego. Empecemos. Aún tenemos que colocar nuestros reyes.

Barent miró los restantes ayudantes y hombres de seguridad.

-Nein -dijo el oberst, dirigiéndose al tablero-. Nosotros somos los reyes, herr Barent.

-¿Qué dices, Willi? -preguntó el multimillonario cansinamente.

El oberst abrió las manos y sonrió.

-Es un juego importante -dijo-. Tenemos que mostrar a nuestros amigos y colegas que apoyamos sus esfuerzos. -Ocupó su lugar dos cuadrados a la derecha de Jensen Luhar-. Además, herr Barent -añadió-, el rey no puede ser capturado.

Barent sacudió la cabeza, pero se puso en pie y se dirigió a la posición d6, al lado del reverendo Jimmy Wayne Sutter.

Sutter volvió sus ojos inexpresivos hacia Barent y dijo en voz alta:

-Y Dios le dijo a Noé: «Veo venir el fin de todos pues la Tierra está llena toda de sus iniquidades, y voy a exterminarlos a ellos con la Tierra.»

-Oh, calla, viejo maricón -dijo Tony Harod. -¡Silencio! -bramó Barent.

En la breve ausencia de ruido que siguió, Saul intentó imaginarse el tablero tal como estaba al final del movimiento treinta y cinco:

La dirección del juego final era demasiado complicada para poder pronosticar con la modesta habilidad de Saul para el ajedrez -sabía que estaba a punto de asistir a una partida entre maestros-, pero podía sentir que Barent había conseguido una fuerte ventaja en los últimos movimientos y parecía confiado en su victoria. Saul no veía cómo las blancas del oberst podrían conseguir algo más que tablas, aun con el mejor juego, pero había oído decir al oberst que las tablas supondrían la victoria para Barent.

Una cosa sabía Saul: como única pieza importante superviviente en un campo de tres peones, el alfil sería utilizado intensamente, incluso con gran riesgo. Cerró los ojos e intentó aguantar las súbitas y recurrentes olas de dolor y debilidad.

-Muy bien, herr Borden -le dijo Barent al oberst-. El movimiento es suyo.

70

Melanie

Willi y yo consumamos nuestro amor esa noche loca. Después de tantos años.

Fue a través de nuestros peleles, antes de nuestra llegada a la casa del pastor. Si él hubiese sugerido tal cosa, o incluso lanzado una indirecta antes de actuar, yo lo habría abofeteado, pero su agente en la forma del gigante negro no se entretuvo en preliminares. Jensen Luhar cogió a la señorita Sewell por los hombros, la empujó sobre la hierba suave, en la oscuridad, bajo los robles, y la poseyó brutalmente. Nos poseyó. Me poseyó.

Incluso mientras el peso del negro estaba aún sobre la señorita Sewell, yo no podía dejar de recordar aquellas conversaciones en voz baja entre Nina y yo durante nuestras siestas de adolescentes, cuando Nina, más mundana, sin aliento, me contaba historias, evidentemente escuchadas por casualidad, sobre la supuesta anatomía exagerada de los hombres de color. Seducida por Willi, aún aplastada boca abajo contra el suelo por el peso de Jensen Luhar, regresé mentalmente de la señorita Sewell a Justin antes de recordar en mi aturdimiento que la chica negra de Nina había dicho que no era de Nina. Era bueno saber que la chica mentía. Yo quería decirle a Nina que ella tenía razón.

No cuento esto porque sí. Excepto mis interludios inesperados y de ensueño a través de la señorita Sewell en el hospital de Filadelfia, ésta era mi primera experiencia con el lado físico del cortejo. De todas maneras, yo difícilmente consideraría la ruda exuberancia del hombre de Willi una extensión del cortejo. Era más como los espasmos frenéticos del siamés de mi tía cuando cogía a una desventurada hembra que estaba en celo sin proponérselo. Y confieso que la señorita Sewell parecía en celo permanente, pues respondió a las propuestas rudas y casi inexistentes del negro con una lubricidad que ninguna señorita de mi generación se habría permitido.

De todos modos, cualquier reflexión o reacción ante esta experiencia fue rápidamente cortada cuando el hombre de Willi se puso súbitamente en pie, girando la cabeza en la noche, sus grandes narices ensanchándose.

-Mi peón se acerca -murmuró en alemán. Empujó mi cara hasta el suelo-. No te muevas. -Y el pelele de Willi trepó a las ramas bajo del roble como un gran mono negro.

La absurda confrontación que se desarrolló a continuación fue de escasa importancia y se resolvió a nuestro favor. Willi llevó al supuesto pelele de Nína, el hombre llamado Saul, a la casa del pastor con nosotros. Hubo un momento mágico cuando, segundos después de que el pobre infeliz de Nina fuera dominado y antes de que los guardias de seguridad nos rodearan, todos los proyectores, luces y linternas exteriores de los árboles se encendieron: fue como si entráramos en un reino de hadas o nos acercáramos a Disneylandia por alguna entrada secreta, encantada.

La partida de la negra de Nina de mi casa de Charleston y el jaleo que siguió me distrajeron durante algunos minutos, pero después que Culley trajera el cuerpo inconsciente de Howard y el cadáver del entrometido negro, estuve lista para devolver toda mi atención al encuentro con C. Arnold Barent.

El señor Barent era un auténtico caballero y saludó a la señorita Sewell con la deferencia que ella merecía como mi representante. Sentí inmediatamente que él veía a través del velo cetrino de mi pelele la cara de la belleza madura que había debajo. Mientras yo yacía en mi cama en Charleston, iluminada por el brillo verde de las máquinas del doctor Hartman, sabía que el resplandor que yo sentía había sido transmitido a través de la infame señorita Sewell a la sensibilidad refinada de C. Arnold Barent.

Me invitó a jugar al ajedrez y acepté. Confieso que hasta ese momento nunca había sentido el mínimo interés por ese juego. Siempre había considerado el ajedrez pretencioso y aburrido -mi Charles y Roger Harrison acostumbraban jugar regularmente- y nunca me había preocupado por aprender los nombres de las piezas o cómo se movían. Me agradaban más las divertidas partidas de damas con mamá Booth durante los días lluviosos de mi infancia.

Pasó algún tiempo entre el inicio de su estúpido juego y el momento en que el señor C. Arnold Barent me decepcionó. Durante mucho tiempo mi atención estaba dividida, pues mandé a Culley y a los otros arriba a hacer preparativos para el posible regreso de la negra de Nina. A pesar de la molestia, parecía el momento apropiado para poner en acción el plan que había trazado algunas semanas antes. Durante ese rato, continué manteniendo contacto con la persona a la que vigilaba desde hacía tantas semanas durante las salidas de Justin a lo largo del río con la negra de Nina: Había abandonado ya mis planes de utilizarlo directamente, pero mantenía la charada de la consciencia con él y se volvió un continuo desafío a causa de la visibilidad de su posición y de las complejidades del vocabulario técnico de sus tareas.

Más tarde, me sentí muy satisfecha por haber hecho el esfuerzo de mantener este contacto, pero entonces me resultaba muy molesto.

Entretanto la estúpida partida de ajedrez entre Willi y su anfitrión continuaba como una escena surreal sacada de Alicia en el país de las maravillas. Willi se movía hacia atrás y hacia delante como un loco bien vestido, mientras yo permitía que la señorita Sewell siguiera en el juego y fuera movida alguna que otra vez -siempre confiando en la promesa del señor Barent de que ella no correría peligro- mientras los otros pobres peones y jugadores corrían de uno a otro lado, capturaban a otros, eran capturados, sufrían sus insignificantes muertes y eran retirados del tablero.

Hasta el momento en que el señor Barent me decepcionó, presté poca atención y me impliqué escasamente en su juego de chicos. Nina y yo teníamos que terminar nuestra propia competición. Yo sabía que su negra volvería antes del alba. Cansada como estaba, me di prisa en prepararlo todo para su regreso.

71

Isla Dolmann, martes 16 de junio de 1981

Harod deseaba desesperadamente encontrar un ángulo. Las malas situaciones lo eran lo bastante por sí mismas; le hacían sentirse terriblemente estúpido por no tener un ángulo. Hasta ahora Harod no había encontrado uno.

Que él supiera, Willi y Barent hablaban muy seriamente de jugar al ajedrez con apuestas más altas. Si Willi ganaba -y Harod raramente había visto al viejo hijoputa perder-, él y Barent continuarían su competición a un nivel que incluía eliminar ciudades y destruir países enteros. Si Barent ganaba, la idea era mantener el status quo, pero ese concepto no impresionó mucho a Harod, porque acababa de ver a Barent abandonar el status quo de todo el Island Club para montar el jodido juego. Harod permaneció en su baldosa negra a dos casillas del borde del tablero, a tres casillas de la enloquecida Sewell, e intentó pensar en un ángulo.

Se habría contentado con estar allí hasta que se le ocurriese algo, pero Willi hizo el primer movimiento y dijo:

-P a a4, bitte.

Harod miró. Los otros miraron hacia atrás. Era horripilante el hecho de que estuvieran allí veinte o treinta terroristas de seguridad en la oscuridad y ninguno hiciera un jodido sonido.

-Esto va por ti, Tony -dijo Barent en voz baja. El multimillonario, en su traje negro, estaba a tres metros, a tres baldosas en diagonal.

El corazón de Harod empezó a latir. Le aterraba que Willi o Barent pudieran «usarlo» otra vez.

-¡Eh! -gritó-. ¡No entiendo esta mierda! ¡Dime simplemente dónde tengo que situarme, por amor de Dios!

Willi se cruzó de brazos.

-Acabo de hacerlo -dijo, asqueado-. P a a4 quiere decir peón a a4, que es la casilla donde tienes que colocarte. Ahora estás en a3, Tony. Avanza una casilla.

Harod saltó rápidamente a la baldosa blanca delante de él. Ahora estaba a una casilla en diagonal del zombie rubio, Tom Reynolds, y sólo a tres casillas de la señorita Sewell. María Chen estaba silenciosamente en la casilla blanca al lado del pelele femenino de Melanie Fuller. Harod se giró en las sombras, intentando dominar el súbito temblor de su pierna derecha.

Barent habló rápidamente, arruinando la imagen que Harod tenía de reflexivos jugadores de ajedrez que meditaban largamente cada movimiento.

-Rey a d5 -dijo con una sonrisa irónica mientras daba un paso adelante.

A Harod le pareció un movimiento estúpido. Ahora el multimillonario estaba delante de todas sus otras piezas, sólo a un movimiento de situarse en una casilla contigua a Jensen Luhar. Harod tuvo que contener una risa histérica cuando recordó que se suponía que el negro era un peón blanco. Harod se mordió el interior de las mejillas y deseó estar en casa en su jacuzi.

Willi asintió con la cabeza como si esperara el movimiento -Harod lo recordaba diciendo algo antes sobre la posibilidad de Barent, de centrar su rey- y agitó su mano impacientemente hacia el judío, que aún sangraba.

-Alfil a a3.

Harod vio al pelele llamado Saul cojear las tres baldosas negras en diagonal hasta la casilla donde Harod había estado un momento antes. Desde cerca, el hombre parecía peor que desde lejos. Su mono holgado estaba empapado en sangre y sudor. Lo miró con la mirada dolorida, defensiva, de los miopes. Harod estaba seguro de que era el mismo hijoputa que lo había drogado e interrogado en California. Le daba igual lo que pudiera pasarle al judío, pero esperaba que el tío se comiera algunas de las piezas blancas antes de ser sacrificado. «Joder! -pensó Harod-, esto es demencial.»

Barent se metió las manos en los bolsillos y dio un paso en diagonal, para situarse directamente delante de Luhar. -Rey a e4 -dijo.

Harod no conseguía entender ese maldito juego. Las pocas veces que había jugado cuando era niño -sólo lo suficiente para aprender cómo se movían las piezas y para saber que el juego no le gustaba- él y sus brillantes adversarios manoseaban primero todos los peones y después empezaban a trocar las piezas mayores. Nunca movían los reyes si no era para un enroque, un truco cuyo mecanismo había olvidado, o porque alguien los perseguía. Ahora esos dos campeones mundiales no tenían casi nada, excepto peones, y dejaban sus reyes al descubierto como la polla de algún pervertido. «Joder», pensó Harod, y desistió de tratar de entender el juego.

Willi y Barent estaban separados sólo por un metro y medio. Willi frunció el ceño, se golpeó el labio inferior y dijo:

-Bauer... entschildigen... Bischric zum Bischric fünf -Miró a Jimmy Wayne Sutter, a tres metros de él, y tradujo-: Alfil a c5.

El judío detrás de Harod se frotó la cara y cojeó sobre las baldosas negras para colocarse a la derecha de Reynolds. Harod contó desde el borde del tablero y confirmó que era la quinta casilla de la columna o fila o como coño se llamase del alfil. Tardó algunos segundos más en comprender que el judío protegía ahora la posición de Luhar a la vez que amenazaba a la señorita Sewell por la diagonal. Aunque la mujer parecía no percibir el peligro. Harod había visto cadáveres que tenían más vida. La miró de nuevo, intentando ver su cuerpo desnudo bajo la rasgada camisa. Ahora que iba recordando las reglas básicas del ajedrez, se sentía más relajado. No veía que pudiera representar un peligro para él, siempre que Willi le dejara donde estaba. Los peones no podían comerse peones en una colisión frontal y Reynolds estaba un paso delante de él a su derecha, delante de María Chen, que protegía el flanco delantero de Harod, por decirlo así. Harod miró a la señorita Sewell y pensó que tendría mejor aspecto si le dieran un baño.

-Peón a a6 -dijo Barent, e hizo un gesto cortés.

Durante un segundo de pánico Harod pensó que tenía que moverse de nuevo, pero después recordó que Barent era el rey negro. La señorita Sewell vio el gesto del multimillonario y dio un remilgado paso hacia una baldosa blanca.

-Gracias, querida -dijo Barent.

Harod sintió que el ritmo de sus pulsaciones aumentaba de nuevo. El judío-alfil ya no amenazaba al peón-Sewell, que estaba a un paso en diagonal de Tony Reynolds. Si Willi no hacía que Reynolds la capturara, ella se comería a Reynolds en el próximo movimiento. Y entonces estaría a un movimiento en diagonal de Tony Harod. «Mierda», pensó él.

-Peón a b6 -respondió Willi inmediatamente. Harod giró la cabeza, intentando comprender cómo podría llegar allá desde su posición, pero fue Reynolds quien se desplazó antes de que Willi hablara. El pelele rubio avanzó hacia la casilla negra al lado de la señorita Sewell y frente a María Chen.

Harod se humedeció súbitamente los labios resecos. María Chen no estaba en peligro inmediato. Reynolds no podía capturarla por delante. «Dios -pensó Harod-. ¿Qué nos pasa a los peones si somos capturados?»

-Peón a f5 -dijo Barent fríamente. Swanson empujó cortésmente a Kepler y el miembro del Island Club parpadeó y avanzó una casilla. Barent parecía de súbito mucho menos solo que Willi.

-El movimiento cuarenta, me parece -dijo Willi, y se dirigió en diagonal hacia una casilla negra-. Rey a h4, Mein Herr.

-Peón a f4 -dijo Barent, y avanzó a Kepler otra casilla.

El hombre con el traje sucio avanzó un paso cautelosamente, deslizando el pie hacia la baldosa negra como si la casilla contigua a Barent fuera una trampa. Cuando estuvo completamente sobre la baldosa, se quedó en la parte de atrás, mirando al negro desnudo a poco más de un metro en la diagonal negra. Luhar miraba directamente a Barent.

-Peón come peón -murmuró Willi.

Luhar avanzó en diagonal y Joseph Kepler gritó y se giró para huir.

-No, no, no -dijo Barent frunciendo el ceño.

Kepler se detuvo, sus músculos quedaron rígidos, sus piernas se pusieron derechas. Se volvió para quedar inmóvil delante del negro que avanzaba. Luhar se detuvo en la casilla negra. Sólo los ojos torcidos de Kepler mostraban su terror.

-Gracias, Joseph -dijo Barent-. Me has servido bien. Le hizo una señal a Willi.

Jensen Luhar cogió la cara arrugada de Kepler con ambas manos, apretó, le torció con una furia primitiva la cabeza. El crujido del cuello de Kepler resonó en el gran salón. Dio un postrero puntapié y murió, ensuciándose de nuevo cuando cayó. A un gesto de Barent, los hombres de seguridad entraron en el tablero y arrastraron el cuerpo afuera por los pies, con la cabeza balanceándose suelta.

Luhar quedó sólo en la casilla negra, mirando el vacío ante sí. Barent se giró para mirarlo.

Harod no podía creer que Willi dejara que Barent comiera a Luhar. El negro había sido un favorito del viejo productor durante por lo menos cuatro años, compartiendo su cama por lo menos dos veces a la semana. Evidentemente, Barent tenía las mismas dudas; levantó el dedo y media docena de hombres de seguridad salieron de las sombras con sus Uzi apuntadas hacia Willi y su pelele.

-Herr Borden -dijo Barent, enarcando una ceja-. Podemos considerarlo tablas y seguir con la competición normal. ¿El próximo año..., quizá?

La cara de Willi era una máscara desapasionada de carne sobre el cuello vuelto y su americana del mismo tejido.

-Mi nombre es herr general Wilhelm von Borchert -dijo con voz apagada-. Juegue.

Barent hizo una pausa y después efectuó una señal con la cabeza a sus hombres de seguridad. Harod esperaba un tiroteo, pero ellos simplemente comprobaron que tenían el campo de fuego libre y se mantuvieron a la expectativa.

-De acuerdo -dijo Barent, y puso su pálida mano en el hombro de Luhar.

Harod pensó más tarde que podría intentar llevar a la pantalla lo que pasó después si tuviera un presupuesto sin límites, a Albert Whitlock y otra docena de técnicos de efectos especiales, pero que nunca conseguiría el sonido exacto ni la expresión de los otros extras.

Barent puso la palma de su mano nuevamente sobre el hombro del negro y un segundo después la carne de Luhar empezó a retorcerse, sus músculos pectorales se dilataron hasta que su pecho amenazaba explotar, los bordes musculosos de su liso vientre se torcieron como una tienda de campaña atacada por el viento. La cabeza de Luhar parecía levantarse en un periscopio de acero escondido, los tendones de su cuello se tensaban, se doblaron y finalmente estallaron con un sonido audible. El cuerpo del pelele osciló con un terrible espasmo -Harod pensó la imagen en un modelo de arcilla de un escultor apretado y aplastado en un ataque de resentimiento artístico-, pero lo peor eran los ojos. Los ojos de Luhar se habían entornado y ahora la esclerótica parecía del tamaño de bolas de golf, después de bolas de béisbol, después dos globos blancos a punto de explotar. Luhar abrió la boca, pero, en vez del esperado grito, le saltó sobre la barbilla y el pecho un torrente de sangre. Harod oyó sonidos que venían de dentro de Luhar como si los músculos de su cuerpo reventasen como cuerdas de piano estiradas más allá de sus límites. Barent retrocedió para que su traje oscuro, la camisa blanca y los zapatos lustrosos no se ensuciaran.

-Rey come peón -anunció, y se ajustó la corbata de seda.

Los hombres de seguridad entraron de nuevo en el tablero y retiraron el cuerpo de Luhar. Una simple casilla blanca vacía separaba ahora a Barent y Willi. Las reglas del ajedrez impedían que cualquiera de ellos la ocupara.

-Creo que es mi turno -dijo Willi.

-Sí, herr Bor..., herr general Von Borchert -dijo Barent.

Willi asintió con la cabeza, dio un taconazo y anunció su movimiento.

-¿No deberíamos haber llegado ya? -preguntó Natalie Preston. Se inclinó hacia delante para mirar por el parabrisas mojado.

Daryl Meeks había estado masticando un puro apagado y ahora se lo pasó de un lado de la boca al otro.

-El viento es más fuerte de lo que creía -dijo-. Tranquila. No tardaremos. Busque luces a la derecha.

Natalie se recostó y se resistió al deseo de alargar la mano y palpar el Colt por trigésima vez.

Jackson se deslizó hacia delante y se inclinó más hacia atrás en el asiento.

-Aun no comprendo qué hace una chica como tú en un lugar como éste -dijo.

Su intención era repetir el cliché, como broma, pero Natalie se giró y exclamó:

-Mira, yo sé lo que hago. ¿Qué haces tú, aquí, si eres tan listo? Como si se diera cuenta de su tensión, Jackson sólo sonrió ligeramente y dijo con voz calmada:

-El Alma de la Fábrica no puede permitir que esos tíos vengan a meterse con nuestros hermanos y hermanas en nuestro propio césped, guapa. Un día u otro hay que ajustar cuentas.

Natalie cerró un puño.

Jackson cerró la mano sobre su puño y apretó ligeramente.

-Escucha, guapa, sólo hay tres tipos de gente en el mundo: hijoputas ruines, hijoputas ruines negros e hijoputas ruines blancos. Los hijoputas ruines blancos son peores porque están en eso hace más tiempo. -Miró al piloto-. Sin querer ofender, tío.

-No hay ofensa -dijo Meeks. Cambió el puro de lado y apuntó hacia el parabrisas con un dedo corto-. Allí, en el horizonte, puede ser una de nuestras luces.

Meeks comprobó el indicador de velocidad.

-Veinte minutos -dijo-. Quizá veinticinco.

Natalie liberó su mano y tocó el bolso para sentir su Colt 32. Parecía más pequeño cada vez que lo tocaba.

Meeks ajustó la válvula de admisión y el Cessna empezó a bajar gradualmente.

Saul se forzó a prestar atención al juego a través de la neblina del miedo y del cansancio. Temía perder el conocimiento o -por falta de atención- obligar a Willi a utilizar sus poderes en él prematuramente. Cualquiera de las dos cosas desencadenaría el estado de sueño de Saul y el REM desencadenaría mucho más.

Más que cualquier otra cosa, en ese momento Saul deseaba acostarse y dormir un sueño largo, sin sueños. Hacía casi seis meses que no dormía sin soñar los mismos sueños persistentes y preprogramados y le parecía que si la muerte era el único sueño sin sueños sería bien venida como un amigo.

Pero no aún.

Después de la muerte de Luhar y la pérdida de la única pieza amistosa a su alrededor, el oberst -Saul se negaba en su mente a concederle una promoción- se había aprovechado de su movimiento cuarenta y dos para avanzar otra baldosa, moviendo el rey blanco a h5. El oberst parecía muy tranquilo para ser la única pieza blanca en el lado derecho del tablero, a dos casillas de Swanson, a trés de Sutter y a dos del propio Barent.

Saul era la única pieza blanca que podía acudir en ayuda del viejo alemán y se forzó en concentrarse. Si el siguiente movimiento de Barent representara el sacrificio del alfil del oberst, entonces Saul se avalanzaría sobre el viejo nazi. Estaba a casi seis metros del oberst. Su única esperanza era que la presencia de Barent bloqueara la línea de fuego a algunos de los hombres de seguridad. Además estaba el problema de Tom Reynolds, aparentemente un peón blanco, en la casilla negra a un metro de Saul. Incluso si ninguno de los hombres de Barent reaccionara, el oberst utilizaría a Reynolds para cogerlo.

El movimiento cuarenta y dos de Barent lo movió hasta f5, aún separado por una baldosa vacía del oberst y junto a la casilla de Sutter.

-Alfil a e3 -anunció el oberst y Saul se despertó de su estado de amnesia temporal y se movió rápidamente antes de que el oberst lo forzara.

Incluso después de haberse movido le era difícil ver los grupos de cuerpos cansados desde un punto de vista estratégico. Cerró los ojos e imaginó el tablero mientras Barent se movía hacia e4 y se situaba en la

casilla de delante:

Si el oberst no daba orden de que Saul se moviera inmediatamente, Barent lo tomaría en el siguiente movimiento. Saul conservó los ojos cerrados, obligándose a no correr, recordando la noche en el barracón de Chelmno, cuando se sentía preparado para luchar y morir y no ser llevado hacia la oscuridad.

-Alfil a f2 -ordenó el oberst.

Saul retrocedió y se dirigió hacia su derecha, una baldosa y un paso en diagonal lejos de Barent.

El multimillonario hizo una pausa para reflexionar sobre el movimiento. Miró al oberst y sonrió.

-¿Es cierto, herr general -preguntó-, que usted estaba con Hitler en los días finales?

Saul miró. Era una increíble infracción de la etiqueta del ajedrez hablar al adversario en pleno juego.

Al oberst no pareció importarle.

-Ja, estuve en el Fuehrerbunker durante esos últimos días, herr Barent. ¿Qué pasa con eso?

-Nada -meditó Barent-. Sólo me preguntaba si su talento para Gótterdamerung venía de esos años de formación. El oberst rió.

-El Führer era un mal poseur -dijo-. El 22 de abril..., recuerdo que era dos días después de su cumpleaños..., el Führer decidió ir al sur para asumir el comando de los grupos Schoerner y Kesselring del ejército antes de que Berlín cayera. Lo convencí de que se quedara. El día siguiente salí de la ciudad en un avión ligero, usando como pista una avenida que cruzaba el Tiergarten destruido. Haga su movimiento, herr Barent.

Barent esperó cuarenta y cinco segundos más y retrocedió en diagonal hasta la cuarta casilla de su alfil. Una vez más estaba cerca de Sutter.

-Rey a f5.

-Alfil a h4 -respondió el oberst.

Saul caminó en diagonal a través de dos casillas negras para situarse detrás del oberst. La herida de su pierna se abrió mientras recorría cojeando esa corta distancia y apretó el tejido del mono contra la cuchillada cuando se detuvo. Estaba tan cerca del oberst que podía olerlo, una mezcla de edad, colonia y mal hálito tan dulce y acre como imaginaba el primer y final olor del Zyklon-B.

-¿James? -dijo Barent, y Jimmy Wayne Sutter salió de su ensueño y avanzó una casilla para situarse en la columna de Barent.

El oberst miró a Saul e hizo un gesto abrupto señalando la casilla vacía entre Barent y él mismo. Saul se colocó allí.

-Alfil a g5 -anunció el oberst a la silenciosa concurrencia.

Saul miró la cara impasible del agente Swanson dos casillas adelante, pero sintiendo la presencia de Barent medio metro a su izquierda y del oberst a igual distancia a su derecha. Imaginó lo que se

sentiría si uno fuera lanzado en un pequeño agujero entre dos cobras enfurecidas.

La proximidad del oberst incitaba a Saul a actuar ahora. Todo lo que tenía que hacer era girarse y...

No. No era el momento adecuado.

Saul lanzó una mirada hacia su izquierda. Barent parecía casi desinteresado, observando el grupo de cuatro peones olvidados en la otra esquina del tablero. Tocó la ancha espalda de Sutter y murmuró:

-Peón a e4.

El predicador televisivo pasó al cuadrado blanco.

Saul vio inmediatamente la amenaza que Sutter representaba para el oberst.

Un «peón desertor» que avanzara hasta la última columna podía asumir los poderes de cualquier pieza.

Pero Sutter estaba solo en la cuarta columna. Como alfil, Saul controlaba la diagonal que incluía la casilla de la tercera columna. En ese momento parecía probable que él -Saul- fuera llamado a capturar a Sutter. Por más que detestara al odioso hipócrita, en ese instante decidió que nunca permitiría que el oberst lo utilizara de nuevo de esa manera. Una orden de matar a

Sutter significaría que Saul se lanzaría sobre el oberst tanto si hubiese posibilidad de éxito como si no.

Saul cerró los ojos y casi se deslizó hacia el sueño. Se despertó apretando su mano izquierda herida para que el dolor lo reanimara. Sentía un hormigueo en el brazo derecho, desde hombro hacia abajo, los dedos de la mano derecha apenas reaccionaban cuando intentaba moverlos.

Saul se preguntaba dónde estaría Natalie. ¿Por qué demonios no había obligado a la vieja a actuar? La señorita Sewell estaba lejos, en la tercera casilla de la columna de torre de dama, una estatuilla abandonada, con la mirada perdida en los pares del gran salón.

-Alfil a e3 -dijo el oberst.

Metiendo aire en sus pulmones, Saul se tambaleó hacia su posición anterior y obstaculizó el progreso de Sutter. No podía atacarlo mientras el peón negro estuviera en una baldosa blanca. Sutter no podía hacerle nada mientras se enfrentaran de esa manera.

-El rey se mueve a f6 -anunció Barent, retrocediendo una casilla. Swanson estaba detrás de él, a su izquierda.

-Rey blanco a g4 -salmodió el Obersi. Se acercó más a Sutter y a Saul.

-Y el rey negro no vacila -respondió Barent, casi divertidoRey a e5.

Avanzó en diagonal y quedó situado exactamente detrás de Sutter. Las piezas se estaban cerrando para la batalla.

Desde su posición, Saul miraba directamente a los ojos verdes del reverendo Jimmy Wayne Sutter. No encontraba pánico, sólo una gran interrogación, un aplastante deseo de comprender lo que estaba sucediendo.

Saul sintió que la partida entraba en sus momentos finales.

-Rey a g5 -anunció el oberst, moviéndose hacia la casilla negra de la misma columna de Barent.

Barent hizo una pausa, miró alrededor y pasó a una baldosa a su derecha, lejos del oberst.

-Herr general, ¿le gustaría una interrupción para tomar un refresco? Pasan de las dos y media de la madrugada. Podríamos volver dentro de treinta minutos, después de un bocado.

-¡No! -exclamó el oberst-. Me parece que es el movimiento cincuenta. -Avanzó un paso hacia Barent y se colocó en la casilla blanca al lado de Sutter. El predicador no se volvió ni miró por encima de su hombro-. Rey a f5 -dijo el oberst.

Barent se apartó de la mirada del oberst.

-Peón a a5, por favor -dijo-. Señorita Fuller, ¿le importa?

Un estremecimiento recorrió la mujer de la lejana columna de torre y su cabeza se giró como una veleta herrumbrosa. -¿Qué?

-Avance una casilla, por favor -dijo Barent. Había una punta de inquietud en su voz.

-Claro, señor -aceptó la señorita Sewell, y empezó a avanzar-. Señor Barent, ¿esto no pone en peligro a mi chica? -Claro que no, señora -sonrió Barent.

La señorita Sewell avanzó descalza y se detuvo a treinta centímetros de Tony Harod.

-Gracias, señorita Fuller -dijo Barent.

El oberst cruzó los brazos.

-Alfil a f2.

Saul retrocedió una casilla hacia la derecha. No comprendió el sentido del movimiento.

Barent sonrió.

-Peón a g5 -dijo inmediatamente.

El agente Swanson parpadeó y avanzó vigorosamente dos casillas -era su primer movimiento, único caso en que un peón puede avanzar dos casillas de una vez- para situarse en la misma columna que el

oberst.

El oberst suspiró y se giró para enfrentarse a la diversión.

-Se está desesperando, herr Barent -dijo él, y miró a Swanson. El agente no hizo ningún movimiento para huir o reaccionar. El poder mental de alguien, de Barent o del oberst, no le permitía el mínimo resquicio de voluntad. Pero la captura del oberst no fue tan dramática como

había sido la de Barent; Swanson estaba de pie y en un segundo estaba muerto, caído sobre la línea que separaba las casillas negra y blanca.

-Rey come peón -anunció el oberst.

Barent se acercó a Harod.

-Rey negro a c5 -dijo.

-Sí -aceptó el oberst. Pasó a la casilla negra al lado de Jimmy Wayne Sutter-. Rey blanco a f5.

Saul comprendió que el oberst se acercaba a Sutter mientras Barent determinaba el destino de Harod.

-Rey a b4 -dijo Barent, y pasó a la casilla al lado de Harod.

Saul observó mientras Tony Harod comprendía que era la siguiente víctima de Barent. El productor de tez cetrina se humedeció los labios y miró por encima del hombro como si pudiera huir hacia las sombras. Los hombres de seguridad de Barent se acercaron.

Saul devolvió su atención a Jimmy Wayne Sutter. Al predicador le quedaban unos segundos de vida; era inconcebible que el siguiente movimiento del oberst no fuera capturar a ese peón.

-Rey come peón -confirmó Willi von Borchert avanzando hacia la casilla blanca de Sutter.

-¡Un segundo! -gritó Sutter-. Un segundo. ¡Tengo algo que decirle al judío!

Willi sacudió la cabeza, aburrido, pero Barent dijo:

-Concédale un segundo, herr general.

-Deprisa -contestó el oberst, obviamente deseoso de terminar la partida.

Sutter buscó su pañuelo, no lo encontró y se limpió el sudor del labio superior con el dorso de la mano. Miró directamente a Saul, su voz era baja y firme, la antítesis del rugido modulado que utilizaba para las audiencias televisivas.

-Del Libro de la Sabiduría -dijo-. Versículo 3:

Las almas de los justos están en las manos de Dios,
y el tormento no los alcanzará.
A los ojos de los necios parecen haber muerto, y su partida es reputada por desdicha.
Su salida de entre nosotros, por aniquilamientos; pero gozan de paz.
Pues aunque a los ojos de los hombres fueron atormentados, su esperanza está llena de inmortalidad después de un ligero castigo serán colmados de bendiciones, porque Dios los probó y los halló dignos de sí
Como el oro en el crisol los probó,
y fueron aceptados como sacrificio de holocausto.
Al tiempo de su recompensa brillarán
y discurrirán como centellas en cañaveral; los que confían en Él conocerán la verdad, y los fieles a su amor permanecerán con Él,
porque la gracia y la misericordia son la parte de sus elegidos.

-¿Es todo, hermano James? -preguntó el oberst con una voz ligeramente divertida.

-Sí -dijo Sutter.

-Rey come peón -repitió el oberst-. Herr Barent, estoy cansado. Que su personal se ocupe de éste.

A una señal de Barent, un guardia de seguridad salió de la oscuridad, colocó una Uzi en la base del cráneo de Sutter y disparó.

-Es su movimiento -le dijo el oberst a Barent cuando retiraron el cadáver.

Saul y el oberst estaban solos en la parte central derecha del tablero. Barent esperaba entre su grupo de peones, miró a Tony Harod, de nuevo al oberst, y preguntó:

-¿Aceptaría tablas si fueran sólo tablas? Negociaré una competición ampliada con usted.

-Nein -dijo Willi-. Juegue.

C. Arnold Barent dio un paso y alargó una mano hacia el hombro de Tony Harod.

-¡No! ¡Espera un segundo, sólo un jodido segundo! -gritó Harod. Había retrocedido todo lo que podía sin abandonar la casilla blanca. Dos guardias de seguridad se movieron en los dos bordes para tener una línea de fuego clara.

-Es tarde, Tony -dijo Barent-. Sé un buen chico. -A uf wiedersehn, Tony -dijo Willi.

-¡Espera! -gritó Harod-. Has dicho que podía cambiar. ¡Lo has prometido!

La voz de Harod se había vuelto un gañido enojadizo.

-¿De qué hablas? -preguntó Barent, fastidiado.

La boca de Harod se abrió mientras jadeaba. Señaló a Willi.

-Tú lo has prometido. Has dicho que podía cambiar con ella...

-Harod sacudió la cabeza en dirección a María Chen sin quitar los ojos de la mano extendida de Barent-. El señor Barent lo ha oído y ha aceptado.

La expresión de Willi cambió de la irritación a un ligero tono de diversión.

-Tiene razón, herr Barent. Estuvimos de acuerdo en que podía cambiar.

Barent estaba furioso.

-Tonterías. Él hablaba de cambiarse por la chica en caso de que ella estuviera en peligro. Esto es absurdo.

-¡Lo has dicho! -lloriqueó Harod. Se frotó las manos y las extendió hacia el oberst como si rezara por una intercesión-. Díselo,

Willi. Ambos habéis prometido que yo podía cambiar si quería.

Díselo, Willi. Por favor. Díselo.

El oberst se encogió de hombros. -Decida usted, herr Barent. Barent suspiró y miró el reloj.

-Que la chica decida. ¿Señorita Chen?

María Chen miraba fijamente a Tony Harod. Saul no conseguía leer la expresión de sus ojos oscuros.

Harod se puso aún más nervioso, miró en su dirección, apartó la cabeza.

-¿Señorita Chen? -repitió Barent. -Sí -murmuró María Chen. -¿Qué? No la oigo. -Sí -dijo María Chen. Harod se hundió.

-Me parece una tontería -murmuró el oberst-. Su posición es segura, Fraülein. Termine como termine la partida, su peón está seguro.

Es una pena cambiar su posición con esta mierda de perro inútil. María Chen no contestó. Con la cabeza baja, sin mirar a Harod

cuando cambiaron los lugares, se dirigió a su casilla oscura. Sus tacones altos resonaron en las baldosas. Cuando se volvió, María Chen

sonrió a la señorita Sewell y volvió la cara hacia Harod.

-Estoy preparada -dijo ella.

Harod no la miró. C. Arnold Barent suspiró y tocó muy levemente su pelo negro como el azabache.

-Eres muy bella -dijo. Pasó a su casilla-. Rey come peón.

El cuello de María Chen se inclinó hacia atrás y su boca se abrió de una manera imposible. Se oyeron sonidos secos, traqueteantes,

mientras ella intentaba en vano respirar. Cayó hacia atrás, con los dedos hurgando la carne de su propia garganta. Los terribles sonidos y

movimientos continuaron durante casi un minuto.

Mientras sacaban el cuerpo, Saul intentó analizar qué hacían Barent y el oberst. Pensó que no estaban manifestando ninguna otra dimensión de su «aptitud», sino que sólo utilizaban su poder en una brutal manifestación de fuerza para asumir el control de los sistemas nerviosos voluntarios y autónomos y dominar la programación biológica básica. Era evidente que les cansaba mucho, pero el proceso tenía que ser el mismo: la súbita aparición del ritmo theta en la

víctima seguido del comienzo del estado REM artificial y la pérdida de control. Saul apostaría su vida a que era así.

-Rey a d5 -dijo el oberst y avanzó hacia Barent.

-Rey a b5 -contestó Barent, moviéndose en diagonal una baldosa negra.

Saul intentó ver una manera de que Barent pudiera salvar la situación. No vio ninguna. La señorita Sewell -el peón negro de Barent en la columna de torre- podía avanzar, pero no tenía posibilidad de llegar a la octava columna mientras el oberst controlara un alfil. El peón que era Harod estaba bloqueado por Tom Reynolds y era inútil.

Saul miró de una manera miope a Harod a unos cinco metros delante de él. Miraba hacia el suelo, aparentemente desinteresado del hecho de que, a su alrededor, la partida se encaminaba rápidamente hacia un final.

El oberst podía utilizar a Saul -su alfil- y podía acercarse al rey

negro a voluntad. Saul no veía salida posible para Barent.

-Rey a d6 -dijo el oberst pasando a una casilla negra en la columna de Reynolds. Una baldosa negra separaba a Willi y a Barent en

diagonal. El oberst jugaba con el multimillonario.

Barent sonrió y levantó tres dedos en un saludo burlesco. -Abandono, herr general.

-Ich bin Der Meister -dijo el oberst.

-Claro -dijo Barent-. ¿Por qué no? -Cruzó el intervalo de baldosas que los separaba y le dio un apretón de manos al oberst. Miró el gran salón a su alrededor-. Es tarde -dijo-. He perdido el interés por la fiesta. Entraré en contacto con usted mañana para tratar de los detalles de nuestra próxima competición.

-Me marcho a casa por esta noche -dijo el oberst. -De acuerdo.

-Supongo que se acuerda -dijo el oberst- de que dejé cartas e instruccioness en manos de ciertos amigos en Europa sobre sus empresas en todo el mundo. Salvaguardias, en cierta manera, de mi regreso sin percances a Munich.

-Sí, sí. No lo he olvidado. Su avión está autorizado para despegar y entraré en contacto por nuestros canales habituales. -Sehrgut -dijo el oberst.

Barent miró el tablero casi vacío.

-Como usted pronosticó hace meses -dijo-. Una noche muy estimulante.

-Ja.

Los pasos de Barent resonaron mientras caminaba vigorosamente hacia las puertas correderas. Una falange de hombres de seguridad lo rodeaba mientras los otros salían.

-¿Quiere que me ocupe del doctor Laski? -preguntó Barent.

El oberst se giró y miró a Saul como si lo hubiera olvidado.

-Déjelo -dijo finalmente.

-¿Y nuestro héroe de la noche? -preguntó Barent haciendo un gesto hacia Harod.

El productor se había sentado en su casilla blanca y se cogía la cabeza con las manos.

-Yo me encargaré de Tony -dijo el oberst.

-¿La mujer? -preguntó Barent meneando la cabeza hacia la señorita Sewell.

El oberst se aclaró la garganta.

-Tratar de mi querida amiga Melanie Fuller tiene que ser el primer punto de nuestra agenda cuando hablemos mañana -dijo-. Tenemos que mostrar todo el respeto. -Se frotó la nariz-. Mate a ésta ahora.

Barent asintió con la cabeza y un agente avanzó y disparó una ráfaga con su metralladora Uzi. Los impactos cogieron a la señorita Sewell en el pecho y estómago y la lanzaron hacia atrás como si una mano gigante la hubiera empujado fuera del tablero. Ella se deslizó por el resbaladizo suelo y se detuvo cuando sus piernas se abrieron y la única prenda que llevaba encima le cayó del cuerpo.

-Danke -agradeció el oberst.

-Bitte sehr -dijo Barent-. Gutten nacht, Meister.

El oberst bajó la cabeza. Barent y su séquito se marcharon. Un momento después el helicóptero despegó y se dirigió hacia el yate que los esperaba.

En el gran salón sólo quedaban Reynolds, la forma hundida de Tony Harod, los cadáveres de las piezas sacrificadas, el oberst y Saul.

-Entonces -dijo el oberst metiendo las manos en los bolsillos y mirando a Saul casi con tristeza desde cuatro metros de distancia-, es hora de decir adiós, pequeño peón.

72

Melanie

Era evidente que C. Arnold Barent no era el caballero que yo creía.

Yo había estado ocupada con otras cosas en Charleston y que el señor Barent asesinara a la pobre señorita Sewell fue un choque, para no decir otra cosa peor. No es agradable la sensación de tener balas en el cuerpo, aunque sea vivida por medio de un pelele, y a causa de mi momentánea distracción la sensación fue doblemente sorprendente y desagradable. Antes de entrar a mi servicio, la señorita Sewell era vulgar y bastante grosera y sus reacciones nunca estuvieron del todo liberadas de esos bajos instintos, pero había sido un miembro leal y útil de mi nueva familia y merecía una muerte más digna.

La señorita Sewell dejó de funcionar segundos después de ser abatida a tiros por el hombre de Barent, pero esos pocos segundos me dieron tiempo de transferirme al control consciente del hombre de seguridad que yo había dejado cerca de las oficinas del complejo subterráneo.

El guardia llevaba una metralleta complicada. Yo no tenía idea de cómo se manejaba aquel arma absurda, pero él sí. Permití que sus reflejos funcionaran mientras ejecutaba mis órdenes.

Cinco guardias de seguridad fuera de servicio estaban sentados alrededor de una larga mesa, tomando café. Mi pelele disparó en ráfagas cortas, derribando a tres de los guardias de sus sillas e hiriendo a un cuarto cuando saltó hacia su arma, que estaba en un armario cercano. El quinto hombre se escapó. Mi guardia dio la vuelta a la mesa, pasó sobre los cuerpos para llegar al herido que intentaba en vano arrastrarse hacia un rincón y le disparó dos veces. Una alarma disparó un lamento de muerte que llenó el laberinto de túneles.

Mi pelele se dirigió hacia la salida principal, dobló una esquina y fue inmediatamente abatido por un guardia de seguridad con barba y aspecto de mexicano. Salté hacia el mexicano y le hice subir la rampa de hormigón. Un jeep con tres hombres se acercó y el oficial de atrás gritó unas preguntas a mi mexicano. Abatí al oficial con un tiro en el ojo izquierdo, salté hacia el cabo al volante y observé desde el punto de vista del mexicano mientras el jeep aceleraba hacia la cerca de seguridad electrificada. Los dos hombres en los asientos traseros fueron lanzados sobre la capota del vehículo contra el alambre mientras el jeep pasaba por encima en una lluvia de chispas y hacía explotar una mina en la zona de seguridad.

Mientras mí mexicano caminaba lentamente por el camino pavimentado que cruzaba la zona, salté hacia un joven teniente que corría con sus nueve hombres. Mis dos nuevos peleles rieron a la vista de las caras de los guardias cuando el teniente volvió su arma hacia ellos.

Otro grupo volvía del norte con el último de los peleles del juego nocturno que había sido capturado después de la fuga de Jensen Luar. Hice que el mexicano lanzara una granada de fósforo en su dirección. Vislumbré figuras desnudass que corrían hacia la oscuridad. Se oían tiros alrededor mientras varios pequeños grupos, presas del pánico, abrían fuego unos sobre otros. Dos patrullas se acercaron a la costa para ver qué pasaba y yo hice que el joven teniente fuera hacia la playa a saludarlos.

Habría deseado observar los acontecimientos que ocurrían en la casa del pastor, pero la señorita Sewell era mi único contacto allí. Los «neutrales» de Barent estaban fuera de mi alcance, y el único jugador vivo en el gran salón que yo podía «usar» era el hebreo, pero yo sentía que había algo raro en él. Era de Nina y en ese momento no quería nada con ella.

El único contacto que renové en ese momento no fue en la isla. Durante las horas anteriores en Charleston casi había perdido contacto con él; sólo las muchas horas de condicionamiento a distancia me permitieron restablecerlo.

Yo había pensado que Nina estaba realmente loca cuando su negra había arrastrado a Justin a aquel parque que daba al río y a los astilleros navales, cuando día tras día mirábamos por los estúpidos prismáticos para vislumbrar el hombre. Asimismo, fueron necesarias cuatro observaciones antes de poder hacer los primeros contactos vacilantes. Fue la negra de Nina la

que incitó a ejercer más sutileza que nunca antes... ¡Como si Nina pudiese enseñarme algo sobre la sutileza!

Me enorgullecía el hecho de que había mantenido contacto durante tantas semanas sin que el sujeto tuviera la mínima consciencia de lo que le pasaba o de que sus colegas percibieran algún cambio. Es increíble lo que se puede aprender -los tecnicismos y la jerga que se pueden absorber- cuando se observa pasivamente a través de los ojos de otra persona.

Hasta el momento en que la señorita Sewell fue abatida, no había planeado utilizar este recurso a pesar de las súplicas y maquinaciones de Nina.

Todo eso había cambiado ahora.

Desperté al hombre llamado Mallory, lo hice levantarse de su litera y lo dirigí por el angosto corredor para subir por una escalera hasta una sala iluminada por bombillas rojas.

-Señor -dijo el hombre llamado Leland.

-Muy bien, señor Leland -hice que Mallory dijera decididamente-. Estaré en CIC.

Hice que Mallory saliera y bajara por la escalera antes de que ninguno de los hombres pudiera ver su cambio de expresión. Me sentí contenta de que no hubiese nadie en el corredor con luces rojas y así no pudiese ver la cara de Mallory cuando pasaba. Habría sido extraño, incluso desconcertante, que alguien hubiese visto la sonrisa de anticipación tan ancha que mostraba hasta sus muelas del juicio.

73

Isla Dolmann, martes 16 de junio de 1981

-Aguantad -dijo Meeks-. Ésta es la parte divertida.

Una pequeña caja en la consola del Cessna había silbado y Meeks lanzó inmediatamente el avión en picado, recuperando la horizontalidad a un metro y medio de las olas agitadas por el viento. Natalie se agarró a los bordes de su asiento mientras el avión volaba a toda velocidad hacia el bulto oscuro de la isla, nueve kilómetros más adelante.

-¿Qué es eso? -preguntó Jackson haciendo un gesto hacia la caja negra que había dejado de zumbar y silbar.

-Una alarma -le explicó Meeks-. El radar había empezado a rastrearnos. Ahora, o volamos demasiado bajo o he conseguido interponer la isla entre nosotros y el radar.

-Pero ¿saben que venimos? -preguntó Natalie. Le era difícil mantener la voz calmada mientras el agua vagamente fosforescente estallaba cerca del avión que volaba a ciento cincuenta kilómetros por hora. Natalie luchó contra el deseo de levantar los pies.

-Tienen que saber que estamos aquí -dijo Meeks-. Pero estamos en una ruta muy al este que nos haría perder la isla por el norte por siete u ocho kilómetros. Respecto a ellos, nosotros simplemente habremos desaparecido de su radar. Ahora estamos entrando por el nordeste, pues me parece que ellos vigilan mejor el lado occidental.

-¡Mira! -gritó Natalie. Se podía ver la luz verde del malecón y más allá un incendio. Se giró hacia Jackson-. Quizás es Melanie -dijo excitadamente-. ¡Quizás haya empezado!

Meeks les miró.

-He oído decir que hacen hogueras en un gran anfiteatro por ahí -dijo-. Quizá sea algún espectáculo.

Natalie miró su reloj.

-¿A las tres de la mañana? -preguntó.

Meeks se encogió de hombros.

-¿Podemos sobrevolar la isla? -preguntó Natalie-. Quiero ver la casa del pastor antes de aterrizar.

-No -dijo Meeks-. Demasiado arriesgado. Iremos por el lado este y volveremos por la costa sur como la primera vez.

Natalie asintió con la cabeza. El incendio ya no era visible, el malecón estaba fuera de la vista, y la isla podía estar deshabitada según lo que podían ver cuando volaron por la costa este. Meeks salió otros cien metros hacia el mar y ganó altitud cuando volvieron dando la vuelta al acantilado de la punta sudeste.

-¡Dios! -gritó Meeks, y los tres se inclinaron hacia la izquierda para obtener una vista mejor mientras el Cessna se inclinaba mucho a la derecha y caía en picado hacia la relativa seguridad del mar.

Hacia el sur, el océano estaba ardiendo con la luz de un hongo de llamas en expansión que se inflaban hacia el cielo mientras líneas de amarillo y verde intentaban lamer al mismo Cessna. Cuando se pusieron en horizontal a menos de dos metros por encima de la espuma, Natalie vio que dos llamaradas brillantes se encendían por el navío cuya silueta se presentaba contra las llamas al sur y se hacían más brillantes a medida que saltaban hacia el avión. Una se extendió hacia el mar y se apagó, pero la segunda corrió y chocó contra el acantilado cien metros detrás de ellas. La explosión levantó al Cessna dieciocho metros, de la misma manera que una buena ola levanta una tabla de surf, y lo trajo de nuevo precipitadamente hacia la superficie negra del agua. Meeks luchó con los controles, abrió por completo la válvula y soltó algo que parecía un grito de revuelta.

Cuando parte del acantilado cayó al mar, Natalie apretó la mejilla contra la ventana para ver la bola de fuego que se deshacía en mil fuegos más pequeños detrás de ellos. Giró la cabeza hacia la derecha a tiempo de ver más rayos de luz sobre el navío en el momento en que más misiles le caían encima.

-¡Demonios! -exclamó Jackson.

-¡Aguantad, chicos! -gritó Meeks, e inclinó el avión tan hacia la derecha que vio las palmeras pasando a seis metros de la ventanilla. Natalie aguantó.

C. Arnold Barent se sintió aliviado por salir de la casa del pastor. La turbina de reacción del helicóptero ejecutivo Bell rugió, los rotores cambiaron de tono y Donald, su piloto, los levantó por encima de la línea de árboles y del brillo de los proyectores del césped. A su izquierda, un helicóptero Bell HU-1 Iroquois «Huey», más grande y más viejo, transportaba a los nueve hombres del destacamento especial de seguridad de Barent -excepto Swanson- y a la izquierda de éstos despegaba la forma elegante y mortífera del único helicóptero de ataque Cobra de propiedad privada del mundo. El Cobra, pesadamente armado, proporcionaba la cobertura aérea y permanecería en posición hasta que su yate, el Antoinette, estuviera en alta mar.

Barent se recostó en el asiento de cuero y suspiró. La confrontación con Willi le había parecido una propuesta bastante segura, con sus tiradores «neutrales» en el balcón y en la oscuridad, pero Barent sentía alivio por estar lejos. Empezó a arreglarse la corbata y se sorprendió cuando se dio cuenta de que la mano le temblaba.

-Estamos llegando, señor -dijo Donald. Habían dado una vuelta alrededor del Antoinette y se dirigían suavemente a la plataforma de aterrizaje levantada. Barent estaba contento de ver que el mar se calmaba, aunque las olas de un metro no eran ningún problema para los eficientes estabilizadores del yate.

Barent había llegado a pensar en no permitir que Willi dejara la isla, pero las inconveniencias prometidas por los contactos europeos del viejo eran demasiado importantes. En cierta manera Barent estaba contento de que el juego preliminar hubiese acabado -anulados los viejos impedimentos- y a pesar de que él mismo esperaba con ansia la competición expandida que el viejo nazi había propuesto meses atrás. Barent estaba seguro de que podría negociar con el viejo algo muy satisfactorio pero no tan extremo: el Medio Oriente, quizá, o algo en África. No sería la primera vez que los juegos se hacían a escala internacional.

Pero no sería posible negociar con la vieja de Charleston. Barent hizo una nota mental para que Swanson la liquidara por la mañana y después sonrió ante su falta de memoria. Estaba cansado. Bien, si no Swanson, sería el nuevo subdirector, DePriest, y si no, había una multitud de candidatos para elegir.

-Bajamos, señor -dijo el piloto.

-Gracias, Donald. Por favor informa por radio al capitán Shires de que pasaré por el puente antes de entrar. Podremos salir en cuanto el helicóptero esté seguro.

Barent caminó los sesenta metros que lo separaban del puente con cuatro miembros de su destacamento especial de seguridad en la formación habitual. El otro helicóptero los había dejado sobre el barco antes que a Barent. Después de su 747, el Antoinette era el medio de transporte más seguro del multimillonario. Con una tripulación elegida de sólo veintitrés «neutrales» magníficamente condicionados y su destacamento de seguridad, el yate era aún mejor que la isla: rápido, secretamente armado, rodeado de lanchas rápidas de patrulla cuando estaba cerca de la costa, como esa noche, y privado.

En el puente, el capitán y dos oficiales saludaron respetuosamente a Barent cuando entró.

-Rumbo marcado a Bermuda, señor -informó el capitán Shires-. Zarparemos en cuanto recuperemos el Cobra y lo hayamos colocado en su compartimiento.

-Muy bien -dijo Barent-. ¿La seguridad de la isla ya ha informado del despegue del avión del señor Borden? -No, señor.

-Por favor, no deje de informarme en cuanto su avión esté en el aire. ¿De acuerdo, Jordan?

-Sí, señor.

El segundo oficial se aclaró la voz y se dirigió al capitán:

-Señor, el radar informa de un gran navío en la punta sudeste. Distancia cuatro millas y acercándose.

-¿Acercándose? -dijo el capitán Shires-. ¿Qué dice jalón 1?

-Jalón 1 no contesta, señor. Stanley informa de que el contacto está ahora a tres coma cinco millas y viene hacia nosotros a veinticinco nudos.

-¿Veinticinco nudos? -exclamó el capitán. Cogió un gran par de prismáticos y se acercó al primer piloto, en las ventanas de estribor. El brillo suave, rojo, de las luces en el puente computarizado, automatizado, no perjudicaba la visión nocturna.

-Identifíquenlo inmediatamente -dijo Barent.

-Ya lo he hecho -dijo Shires-. Es el Edwards. -Había alivio en su voz. El Richard S. Edwards era el destructor clase Forrest Sherman que había sido destinado a la vigilancia de la isla Dolmann durante la semana del campamento de verano. Lyndon Baines Johnson había sido el primer presidente que «prestó» el Edwards, y todos los presidentes desde entonces habían seguido la costumbre.

-¿Por qué ha vuelto? -preguntó Barent. No estaba nada aliviado-. Se suponía que tenía que dejar estas aguas hace dos días. Llame a su capitán por radio inmediatamente.

-Posición: dos coma seis millas -informó el segundo piloto-. El perfil del radar confirma que es el Edwards. No contesta por radio, señor. ¿Pasamos a semáforo?

Barent se dirigió a la ventana como en un sueño. No veía nada excepto la noche fuera del cristal.

-Se ha detenido a dos millas, capitán -dijo el segundo pilotoGirando de lado. Sigue sin contestar.

-Quizás el capitán Mallory ha pensado que había algún problema -dijo el capitán Shires.

Barent salió de su estado sonámbulo.

-¡Sáquenos de aquí! -gritó-. ¡Que lo ataque el Cobra! No, ¡espere! Dígale a Donald que tenga el Bell listo. Voy a la popa. ¡Deprisa, Shires!

Mientras los tres oficiales miraban atónitos, Barent salió, dispersando a su destacamento de seguridad, que le esperaba, y bajó por la escalera del puente a la cubierta. Perdió un zapato en los peldaños, pero no se detuvo para recuperarlo. Al acercarse a la plataforma iluminada del helicóptero, tropezó con un cable enrollado y se rasgó la chaqueta cuando rodaba por la cubierta. Pero estaba de pie y corriendo de nuevo antes de que sus guardias de seguridad pudieran ayudarle a levantarse.

-¡Donald, jodido estúpido! -gritó Barent. El piloto y dos miembros de la tripulación habían colocado los cables y estaban atando los rotores.

El Cobra armado con pequeños cañones y dos misiles buscadores por el calor, rugía nueve metros por encima del Antoinette, colocándose entre el yate y su antiguo protector. El mar fue momentáneamente iluminado por centelleos que a Barent le recordaron vagamente luciérnagas al borde del bosque de su infancia en Connecticut, y por primera vez vio el perfil del destructor y el Cobra explotó en el aire. Uno de sus misiles se disparó y dibujó una escritura sin objeto a través del cielo nocturno antes de caer inútilmente en el océano.

Barent se apartó del helicóptero y se tambaleó hasta la barandilla de estribor. Vio el brillo del cañón delantero de cinco pulgadas una fracción de segundo antes de oír el informe y el ruido del proyectil que se acercaba.

El primer disparo erró su blanco, por diez metros, produciendo el balanceo del yate con su onda expansiva y lanzando sobre la popa suficiente agua para hacer caer a Donald y a tres de los hombres de seguridad. El centelleo del segundo disparo llegó antes de que el agua del primero cayera.

Barent abrió mucho las piernas y agarró la barandilla hasta que el metal le cortó las palmas.

-Maldito Willi -dijo entre dientes.

El segundo proyectil, corregido y guiado por radar, cayó sobre la popa del Antoinette a seis metros de donde se encontraba Barent, penetró dos cubiertas y explotó en el compartimiento del motor de popa y en los dos tanques principales de combustible diesel.

La bola de fuego consumió la mitad del Antoinette y se elevó doscientos cuarenta metros antes de cerrarse sobre sí misma y empezar a desaparecer.

-Objetivo destruido, señor -informó la voz del oficial Leiland desde el puente.

En el Centro de Información de Combate del Richard S. Edwards, el capitán James J. Mallory, U.S.N., levantó el teléfono.

-Muy bien -dijo-, virad para que el SPS-10 pueda apuntar a nuestros objetivos terrestres.

Los oficiales de lucha antisubmarina miraron a su capitán. Estaban en el cuartel general hacía cuatro horas, y en situación de combate hacía cuarenta y cinco minutos. El capitán había dicho que se trataba de una emergencia nacional, alto secreto. Bastaba que los hombres miraran la cara pálida, sin vida, del capitán, para saber que algo terrible estaba sucediendo. Una cosa sabían con toda certeza; si la acción de esta noche era un error, la carrera del viejo estaba acabada.

-¿Buscamos supervivientes, capitán?

-Negativo -dijo Mallory-. Busque los blancos B-3 y B-4 y empiecen a disparar.

-¡Capitán! -gritó el oficial de defensa curvándose sobre su pantalla de radar SPS-40-. Acaba de aparecer un avión. Distancia: dos coma siete millas. Rumbo paralelo, señor. Velocidad: ocho nudos.

-¡Listos los Terriers! -ordenó Mallory. Normalmente, el Edwards sólo llevaba cañones Phalanx de 20 mm. para defensa aérea, a popa de las pesadas lanzadoras ASROC, con cuatro misiles superficie-aire Terrier/Standard-ER. Los hombres se habían quejado durante cinco semanas porque los Terriers habían robado el único espacio suficientemente grande y liso para sus campeonatos deportivos. Uno de los Terriers había sido utilizado para destruir el helicóptero de ataque tres minutos antes.

-Es un avión civil, capitán -dijo el oficial de radar-. De un solo motor. Probablemente un Cessna.

-Disparen los Terriers -ordenó el capitán Mallory.

Desde el apiñado CIC, los oficiales pudieron oír el disparo de los dos misiles, el tintineo del recargador, un segundo lanzamiento y el recargador tosiendo vacío.

CIC: Centro de Informaciones de Combate. (Nota del Traductor)

-Mierda -dijo el oficial de control de fuego-. Perdón, capitán. El blanco ha bajado por debajo de la línea del acantilado y Bird Uno lo ha perdido. Bird Dos se ha estrellado contra el acantilado. El Tres ha tocado algo, capitán.

-¿El blanco está en la pantalla? -preguntó Mallory. Sus ojos eran como los de un ciego.

-No, señor.

-Muy bien -dijo el capitán-. ¿Cañones?

-¡Señor!

-Empieza a disparar con ambas torres cuando se confirme la pista

de aterrizaje. Después de cinco salvas, fuego directo a la estructura llamada «casa del pastor».

-Muy bien, señor.

-Estaré en mi camarote -dijo Mallory.

Todos los oficiales miraron la puerta cuando el capitán salió. Después el oficial de control de fuego anunció:

-Blanco B-3.

Los hombres dejaron de lado sus preguntas y continuaron su trabajo. Diez minutos después, exactamente cuando el oficial Leland estaba a punto de llamar a su puerta, del camarote del capitán vino el sonido de un disparo.

Natalie nunca había volado antes entre árboles. El hecho de que fuera una noche sin luna no hizo la experiencia más agradable. Masas negras de follaje corrían hacia ellos y después caían cuando Meeks desviaba el Cessna sobre otra línea de árboles y bajaba en picado hacia otro claro. Hasta en la oscuridad, Natalie podía vislumbrar cabañas, senderos, una piscina y un anfiteatro vacío, que pasaban por debajo y al lado del avión.

Fuera cual fuese el radar mental que Meeks utilizaba, era evidentemente superior a los sensores meramente mecánicos del tercer misil, que hizo diana en un roble y explotó con una increíble ducha de corteza y ramas.

Meeks se inclinó hacia la derecha por encima de la franja desnuda de la zona de seguridad. Por debajo había fuegos, por lo menos dos vehículos ardiendo, y centelleos brillando en el bosque. Un kilómetro y medio al sur, empezaron a caer granadas en la pista de aterrizaje.

-Caramba -jadeó Jackson cuando los tanques de combustible cerca del hangar explotaron.

Sobrevolaron el malecón norte y se dirigieron hacia el mar.

-Tenemos que volver -dijo Natalie. Tenía la mano en su bolsa, con el dedo tocando el gatillo de la Colt.

-Dame una buena razón -dijo Meeks, levantando el avión a unos cinco metros seguros por encima del océano.

Natalie sacó la mano vacía de la bolsa.

-Por favor -dijo.

Meeks la miró y le guiñó un ojo a Jackson.

-Qué demonios -dijo. El Cesna se inclinó bruscamente hacia la derecha y dio la vuelta en una elegante curva hasta que el parpadeo verde del malecón surgió de nuevo ante ellos.

74

Isla Dolmann, martes 16 de junio de 1981

En el silencio que siguió a la partida del helicóptero de Barent, el oberst permaneció de pie con las manos en los bolsillos.

-Bien -le dijo a Saul-. Es hora de decir buenas noches, mi pequeño peón.

-Pensaba que ahora era un alfil -ironizó Saul.

El oberst rió y se dirigió a la silla de espaldar alto, donde Barent se había sentado antes.

-Una vez peón, siempre peón -sentenció el oberst, sentándose con la gracia de un rey asumiendo su trono. Miró a Reynolds y el hombre vino a colocarse al lado de la silla del oberst.

Saul no apartó los ojos del oberst, pero por el rabillo del ojo vio a Tony Harod arrastrándose hacia las sombras y poniendo en su regazo la cabeza de su secretaria muerta. Harod hacía sonidos enfermizos, parecidos al maullido de un gato.

-Entonces, un día productivo, nein?

Saul no dijo nada.

-Herr Barent dijo que has matado por lo menos a tres de sus hombres esta noche -dijo el oberst sonriendo ligeramente-. ¿Qué tal la sensación de ser un asesino, Jude?

Saul midió la distancia entre ellos. Seis casillas y otros dos metros, o casi. Unos nueve metros. Una docena de pasos.

-Eran inocentes -dijo el oberst-. Guardias de seguridad pagados. Sin duda han dejado esposas y familia. ¿Esto te molesta, judío?

-No -dijo Saul.

El oberst enarcó una ceja.

-¿Realmente? ¿Comprendes la necesidad de tomar vidas inocentes cuando es necesario? Sehr gut. Me temía que irías a la tumba con el mismo enfermizo sentimentalismo que sentí en ti cuando nos conocimos, peón. Esto es un progreso. Como tu nación mestiza, Israel, has aprendido la necesidad de matar inocentes cuando tu supervivencia depende de ello. Los hombres nacidos con mi «aptitud» son raros, quizá no más de uno en varias centenas de millones, unas pocas docenas en cada generación humana. A través de la historia, mi raza ha sido temida y perseguida. A la primera señal de nuestra superioridad nos acusan de brujos o demonios y las estúpidas multitudes nos destruyen. Echamos los dientes mientras aprendemos a esconder la llama brillante de nuestra diferencia. Si sobrevivimos al ganado temeroso, somos víctimas de los otros pocos que tienen nuestro poder. El problema de nacer tiburón entre bancos de atunes es que cuando nos topamos con otros tiburones no tenemos más alternativa que defender nuestros territorios de caza. Yo soy, como tú, sobre todo, un superviviente. Somos más parecidos de lo que queremos admitir, ¿eh, peón?

-No -dijo Saul.

-¿No?

-No -repitió Saul-. Yo soy un ser humano civilizado y tú eres un tiburón, una máquina de matar estúpida, sin moral, devoradora de basura, una obscenidad evolutiva que sólo sirve para masticar y engullir.

-Quieres provocarme -rió el oberst-. Tienes miedo de que prolongue tu final. No temas, peón. Seré rápido. Y pronto.

Saul aspiró profundamente, intentando luchar contra la debilidad física que amenazaba con hacerlo caer sobre sus rodillas. Sus heridas aún sangraban, pero el dolor se había transformado en un entumecimiento que consideraba mil veces más inquietante. Saul sabía que sólo tenía algunos minutos para actuar.

El oberst no había terminado.

-Como Israel, parloteas sobre moralidad mientras te comportas como la Gestapo. Toda la violencia deriva de la misma fuente, peón. La necesidad de poder. El poder es la única auténtica moralidad, judío, el único dios inmortal, y el apetito de violencia es su único mandamiento.

-No -dijo Saul-. Tú eres un ser desesperado y patético que nunca comprenderá la moralidad humana y la necesidad de amor que está detrás de eso. Pero tienes que saber esto, oberst. Como Israel, yo he llegado a saber que hay una moralidad que exige un sacrificio y un imperativo por encima de todos los otros, que es no permitir que seamos nunca más víctimas de los seres como tú o que sirven a los que son como tú. Cien generaciones de víctimas lo exigen. No hay elección.

El oberst sacudió la cabeza.

-No has aprendido nada -dijo-. Eres tan estúpidamente sentimental como tus parientes idiotas que fueron pasivamente a los hornos, sonriendo y empujando a sus compañeros y llamando a sus hijos idiotas para que los siguieran. Sois una raza perdida, sucia, y el único crimen del Fürer fue no haber conseguido su objetivo de eliminaros a todos. De todas maneras, cuando termine contigo, peón, no será nada personal. Serviste bien, pero eres demasiado imprevisible. Esa imprevisión ya no se adecúa a mis objetivos.

-Cuando te mate -dijo Saul-, será totalmente personal.

Dio un paso adelante hacia el oberst.

El oberst suspiró cansadamente.

-Ahora morirás -dijo-. Adiós, judío.

Saul sintió toda la fuerza del poder del oberst como un puñetazo en su cerebro y en la base de la espina dorsal, tan intrusa e irresistible como ser empalado en un palo afilado de acero. En un instante, Saul sintió que su conciencia era arrancada como una ropa leve rasgada del cuerpo de la víctima de una violación mientras cerca de la base de su cerebro el ritmo theta saltaba a la vida y disparaba un estado REM despertado en su cerebelo, dejando a Saul tan incapaz de controlar sus acciones como un sonámbulo, un cadáver andante, un Músselman.

Pero mientras la conciencia de Saul era lanzada al oscuro ático de su propia mente, era consciente de la presencia del oberst en su cerebro, un hedor fétido tan agudo y doloroso como la primera aspiración ardiente de gas venenoso. Y mientras compartía esa consciencia en ese primer segundo, Saul notó la sorpresa del oberst cuando la rápida arremetida del estado REM disparó el flujo de recuerdos e impresiones hipnóticamente enterrados en el subconsciente de Saul como minas en un campo de trigo.

Habiendo bloqueado la mente de Saul Laski, el oberst fue súbitamente confrontado por una segunda persona débil, sin duda, hipnóticamente inducida y envuelta alrededor de los delicados centros de control neurológico, como un patético traje de lata pretendiendo ser una verdadera armadura. El oberst había encontrado este tipo de cosa sólo en una ocasión anterior, en 1941, cuando estaba con los insaizgrüppen, durante el exterminio de varios centenares de pacientes de un hospital mental lituano. Por puro aburrimiento, el oberst se había deslizado en la mente de un esquizofrénico desahuciado segundos antes que la bala del soldado de la SS destruyese su cerebro y lo enviase rodando al pozo. La segunda personalidad existente allí había sorprendido también al oberst, pero no había sido más difícil de dominar que la primera. Esta segunda personalidad artificialmente creada no supondría ningún problema mayor. El oberst sonrió ante la patética futilidad de la pequeña sorpresa del judío y se perpetró algunos segundos para saborear el inútil trabajo de Saul antes de destruirlo.

Mala Kagan, veintitrés años, llevando a su hija de cuatro meses, Edek, hacia el crematorio de Auschwitz, conserva su puño derecho cerrado alrededor de la hoja de afeitar que ha escondido durante todos estos meses. Un oficial de la SS se abre camino entre la multitud de mujeres desnudas que se mueven lentamente. «¿Qué tienes aquí, puta judía? Dámelo.» Pasando el bebé a los brazos de su hermana, Mala se vuelve hacia el hombre de la SS y abre la mano. «¡Cógelo!», grita, cortándole la cara. El oficial grita y se tambalea hacia atrás, con sangre manando entre sus dedos cuando se toca la mejilla. Una docena de hombres de la SS levantan sus armas cuando Mala avanza hacia ellos con la pequeña hoja entre el índice y el pulgar. «¡Vida!», grita ella mientras todas las metralletas disparan a la vez.

Saul sintió la risa del oberst y la pregunta callada: «¿Intentas aterrorizarme con fantasmas, peón?»

Saul había necesitado treinta horas de esfuerzo hipnótico autoinducido para recrear ese minuto final de la existencia de Mala Kagan. El oberst destruyó la personalidad recreada en un segundo, con tanta facilidad como un hombre aparta telarañas en una sala a oscuras.

Saul dio un paso hacia delante.

Implacable, el oberst entró de nuevo en el cerebro de Saul y llegó a los centros de control, disparando fácilmente el necesario estado REM.

Shalom Krzaczek, de sesenta y dos años, se arrastra sobre sus manos y pies por el alcantarillado subterráneo de Varsovia. Estaba negro como el carbón y sobre la línea silenciosa de supervivientes caen excrementos cuando los «lavabos arios» se abren por encima. Shalom había entrado en los túneles catorce días antes, el 25 de abril de 1943, después de seis días de desesperada lucha contra miles de soldados nazis. Shalom había traído a su nieto de nueve años, Leon. El chico es el último superviviente de la familia de Shalom. Durante dos semanas la línea cada vez más mermada de judíos se arrastró por el laberinto humeante de estrechas alcantarillas mientras los alemanes lanzaban balas, fuego de lanzallamas y latas de gas venenoso en todas las bocas de alcantarilla y letrinas del

gueto. Shalom había traído seis panes y los había compartido con Leon entre la oscuridad y los excrementos. Durante catorce días se habían escondido y arrastrado, intentando llegar fuera de los muros del gueto, bebiendo gotas que esperaban fueran de lluvia; sobreviviendo. Ahora la tapa de una alcantarilla se levanta por encima de ellos y la ruda cara de un resistente polaco mira hacia abajo. «¡Ven! -dice élPuedes salir. Aquí estarás a salvo.» Con las fuerzas que le quedaban, cegado por la luz del sol, Shalom se arrastra afuera y yace en la superficie de adoquines de la calle. Otros cuatro salen. Leon no está entre ellos. A Shalom le corren lágrimas por la cara e intenta recordar dónde habló por última vez al chico en la oscuridad. ¿Hace una hora? ¿Un día? Empujando débilmente las manos de sus salvadores, Shalom baja a la cañería oscura y empieza a regresar por donde ha venido, gritando el nombre de León.

El oberst destruyó la gruesa membrana protectora que era Shalom

Krzaczek.

Saul dio un paso hacia delante.

El oberts se movió en su silla y atacó con la fuerza mental de un hacha torpemente manejada, perforando el cráneo de Saul.

Peter Gine, de diecisiete años, está sentado en Auschwitz dibujando mientras la larga fila de chicos pasa delante de él hacia las duchas. Durante los últimos años en Terezin, Peter y sus amigos han producido un boletín, Vedem (Dirigimos), que él y otros jóvenes artistas llenaron con sus poesías y dibujos. El último acto de Peter antes de ser transportado había sido darle las ochocientas páginas al joven Zdenek Taussig para que las ocultara en la vieja fundición detrás de los barracones de Magdeburgo. Peter no vio a Zdenek desde que los chicos llegaron a Auschwitz. Ahora Peter utiliza su última hoja de papel y cabo de carboncillo para dibujar la fila sin fin de chicos desnudos pasando delante de él en el aire frío de noviembre. Con trazos resueltos, seguros, Peter plasma las costillas salientes y los ojos desorbitados, las piernas temblorosas, sin carne, y las manos avergonzadas sobre genitales contraídos por el miedo. Un kapo con cálidas ropas y un garrote de madera se acerca. «¿Qué es eso? -pregunta-. Únete a los otros». Peter no aparta los ojos de su dibujo. «Un momento -dice-. Acabo enseguida.» Furioso, el kapo golpea a Peter en la cara con el garrote y, pisando la mano del chico con el tacón, le rompe tres dedos. Coge a Peter por el pelo, lo pone de pie y empuja al chico hacia la fila que avanza lentamente. Mientras Peter protege su mano, mira atrás por encima del hombro para ver cómo su dibujo es arrastrado por la fuerte brisa de noviembre. Se engancha durante un momento en un hilo de alambrada y después vuela libremente hasta caer y deslizarse hacia la línea de árboles al oeste.

El oberst apartó al nuevo personaje.

Saul dio dos pasos hacia delante. El dolor de la continuada violación mental del oberst le abrasaba como puntas de acero detrás de sus ojos.

En las celdas oscuras de Birkenau, la noche antes de que los asfixiaran con gas, el poeta Yitzhak Katznelson recita su poema a su hijo de dieciocho años y a una docena de otras formas amontonadas. Antes de la guerra, Yitzhak era conocido en toda Polonia por sus versos humorísticos y canciones infantiles que celebraban las alegrías de la juventud. Los hijos más pequeños de Yitzhak, Benjamín y Bension, habían sido asesinados con su madre en Treblinka dieciocho meses antes. Ahora él recita en hebreo, un idioma que ninguno de los judíos que le escuchan, excepto su hijo, comprende, y después traduce al polaco:

Tuve un sueño
Un sueño realmente terrible: Mi pueblo ya no existía, ¡no existía!

Me despierto con un grito. Mi sueño era real: Había acontecido, Me había acontecido.

En el silencio que se siguió al poema, el hijo de Yitzhak se acerca más en la paja fría. «Cuando yo sea más viejo -murmura el chico-, también escribiré grandes poemas.» Yitzhak pasa el brazo alrededor de los hombros delgados del hijo. «Lo harás», dice él y empieza a cantar una nana polaca lenta, suave. Los otros hombres la acompañan y pronto todo el barracón se ha llenado del sonido suave del canto.

El oberst destruyó a Yitzhak Katznelson con un movimiento rápido de su voluntad de hierro.

Saul dio un paso hacia delante.

Para los ojos aturdidos, desorbitados, de Tony Harod, era como si Saul Laski se moviera hacia Willi como un hombre que vadeara un río contra una terrible corriente o caminara contra una tempestad. La batalla entre ambos era muda e invisible, pero tan tangible como una tempestad eléctrica, y al final de cada combate silencioso, el judío levantaba una pierna, la movía hacia delante y ponía un pie en el suelo como un parapléjico aprendiendo a caminar. De esta manera aquel hombre magullado y sangrante había atravesado seis casillas y había llegado a la última columna del tablero de ajedrez, donde Willi parecía salir de su sueño despierto y mirar a Tom Reynolds. El asesino rubio saltó hacia el judío con sus largos y poderosos dedos extendidos.

A tres millas de distancia, el Antoinette explotó con suficiente fuerza para hacer pedazos diversos cristales de las puertas acristaladas. Ni Willi ni Laski se dieron cuenta. Harod vio que los tres hombres estaban cada vez más cerca, vio a Reynolds estrangulando a Laski y oyó más explosiones provenientes del aeropuerto. Suavemente, muy suavemente, Harod bajó la cabeza de María Chen hasta el suelo frío, le alisó el pelo y se levantó para dirigirse lentamente hacia las formas que luchaban.

Saul estaba a poco más de dos metros del oberst cuando la violación mental se detuvo. Fue como si alguien hubiese hecho cesar un increíble ruido entumecedor de los nervios que había llenado el mundo. Saul tropezó y casi cayó. Recuperó el control de su propio cuerpo como alguien que vuelve a la casa de su primera infancia; con indecisión, casi con tristeza, consciente de los años luz de tiempo y de la distancia que lo separaban del ambiente antes familiar.

Durante algunos minutos (eras) Saul y el oberst habían sido casi una sola persona. En el terrible choque de energía mental, Saul había estado en la mente del oberst tal como el oberst había estado en la suya. Saul había sentido cómo la poderosa arrogancia del monstruo se convertía en incertidumbre y la incertidumbre en miedo cuando el oberst comprendió que no se enfrentaba sólo con algunos adversarios sino con ejércitos, legiones de muertos levantándose en masa de las tumbas que él mismo había ayudado a cavar, gritando su desafío una última vez.

Y el propio Saul estaba asombrado y casi aterrado por las sombras que caminaban con él, levantándose para defenderlo antes de ser lanzadas de nuevo hacia la oscuridad. Algunas de

ellas ni siquiera recordaba haberlas construido -de una foto aquí, un expediente allí, un trozo de tela en el Yad Vashem- como había construido las otras: el joven cantor húngaro, el último rabino de Varsovia, la adolescente de Transilvania que se suicidó el Día de la Expiación, la hija de Theodor Herlz muriendo de hambre en Theresienstadt, la niña de seis años asesinada por las mujeres de los guardias de la SS en Ravensbruk (¿de dónde habían venido?). Durante un segundo aterrador, encerrado en las partes recónditas impotentes de su mente, Saul se preguntó si había tocado alguna imposible memoria racial que no tenía nada que ver con los centenares de horas de cuidadosa hipnosis y meses de pesadillas autodirigidas.

El último personaje que el oberst tuvo que apartar fue el mismo Saul Laski con catorce años, observando en Chelmno cómo su padre y su hermano Josef se alejaban en dirección a las duchas. Sólo una vez, en los segundos antes de que el oberst los expulsara, Saul recordó lo que su mente no le había permitido recordar antes -su padre girándose, cogiendo a Josef con fuerza con el brazo- y gritando en hebreo: «¡Escuchad, oh Israel! ¡Mi primogénito sobrevive!» Y Saul, que durante cuarenta años había buscado el perdón para ése, el más imperdonable de los pecados, ahora veía ese perdón en la cara de la única persona que podía concedérselo; el Saul Laski de catorce años.

Saul se tambaleó, se contuvo y corrió hacia el oberst.

Tom Reynolds corrió a intervenir, sus manos fuertes levantándose hacia la garganta de Saul.

Saul lo ignoró, lo hizo a un lado con la fuerza de todos aquellos que se sumaban a él en su lucha, y recorrió el último metro y medio que lo separaba del oberst.

Durante un segundo Saul tuvo la impresión de que era el oberst, con su cara sobresaltada y sus ojos pálidos, quien se abalanzaba sobre él, y después era Saul el que lo dominaba, sus dedos buscaban la garganta del viejo; la silla cayó hacia atrás cuando Saul y Reynolds se cayeron sobre el oberst.

Herr general Wilhelm von Borchert era un viejo, pero sus brazos eran poderosos cuando se lanzaron contra Saul, contra su cara y su pecho, aporreándolo en una tentativa desesperada de liberarse. Saul ignoró los golpes, ignoró las rodillas del viejo pegándole, ignoró los puños de Tom Reynolds mientras el pelele le golpeaba en la espalda y la cabeza. Saul dejó que su peso combinado juntara fuerza de gravedad al poder de sus brazos extendidos cuando sus dedos encontraron la garganta del oberst y la apretó. Sabía que no lo soltaría mientras estuviera vivo.

El oberst dio golpes, se retorció, dio zarpazos a los dedos de Saul y después a sus ojos. La saliva corrió desde su boca abierta hacia las mejillas de Saul. Su cara rubicunda se volvió roja, color de sangre, y pasó a colores más oscuros mientras su pecho jadeaba. Saul sintió una fuerza sobrenatural corriendo por sus brazos mientras sus manos se clavaban más en la garganta del nazi. Los talones del viejo sonaron con estrépito y repiquetearon en las patas de la enorme silla volcada.

Saul no se dio cuenta de otra explosión que hizo volar las puertas correderas y doce metros de ventanas, lanzando cristales por encima de ellos. No se dio cuenta de que una segunda granada causó destrozos en partes superiores de la casa del pastor e inmediatamente llenó el gran salón de humo cuando los viejos pares de cipreses se incendiaron. No se dio cuenta de que Reynolds doblaba y triplicaba sus esfuerzos, arañando, azotando, pegando a Saul como un juguete mecánico enloquecido, con demasiada cuerda. No se dio cuenta de que Tony Harod se abrió camino a través de los cristales rotos, llevándose dos pesadas botellas de Dom Perignon del 71 de la mesa del bufete, y golpeó a Reynolds en la cabeza con una. El pelele se desprendió de Saul, inconsciente pero aún retorciéndose y vibrando de los impulsos nerviosos generados por las órdenes del oberst. Harod se sentó en una baldosa negra, abrió la segunda botella y bebió largamente. Saul no se dio cuenta. Tenía las manos alrededor del cuello del oberst y apretó más, sin pensar en la sangre que emanaba de su propia cara y de su garganta lacerada y que corría sobre la cara oscurecida y los ojos protuberantes del oberst.

Pasó un período inmensurable de tiempo antes de que comprendiera que el oberst estaba muerto. Los dedos de Saul se habían clavado tan profundamente en la garganta del monstruo que incluso cuando forzó a sus manos a aflojarse, unos surcos profundos quedaron en la carne como marcas de las manos de un escultor en la arcilla blanda. La cabeza de Willi estaba

arqueada hacia atrás, su laringe aplastada como plástico quebradizo, sus ojos salientes, ciegos, en una cara hinchada, negra.

Tom Reynolds estaba muerto en una casilla contigua. Su cara era una caricatura retorcida de la agonía y muerte de su amo.

Saul sintió el final de sus fuerzas, que le desaparecían como agua de una vasija perforada. Sabía que Harod estaba en algún lugar de la sala y que era necesario enfrentarse con él, pero no ahora. Quizá nunca.

Con el regreso de la consciencia vino el regreso del dolor. El hombro derecho de Saul estaba roto y sangraba, y sentía como si trozos de huesos rotos se fregaran unos contra otros. El pecho y el cuello del oberst estaban cubiertos de sangre de Saul y marcaban la garganta del viejo donde las manos de Saul habían apretado.

Otras dos explosiones hicieron temblar el edificio. El humo llenaba el gran salón y diez mil trozos de cristal reflejaban llamas de algún sitio detrás de Saul. Sintió calor contra la espalda y supo que debía levantarse, ver de dónde procedía ese calor y marcharse. Pero aún no.

Saul bajó la mejilla hasta el pecho del oberst y dejó que la gravedad lo acompañara. Hubo otro ruido fuerte procedente de las puertas correderas, pero Saul no le prestó atención. Feliz, simplemente, de poder descansar un momento, necesitando sólo un corto descanso antes de continuar, cerró los ojos y dejó que la caliente oscuridad lo reclamara.

75

Isla Dolmann, martes 16 de junio de 1981

-Bien, ya está -dijo el piloto.

Cuando cesó el bombardeo, Meeks descendió sobre la pista de aterrizaje. El bombardeo sólo había excavado algunos cráteres que podían ser evitados con un buen pilotaje y aún mejor suerte, pero dos árboles habían caído cruzados sobre la superficie alquitranada cerca de la extremidad sur de la pista y la extremidad norte ardía con combustible de aviación. Un avión ejecutivo de reacción ardía en la pista delante de los hangares y otros varios aviones quemados llenaban el área y el montón de cenizas y vigas que había sido el hangar.

-Esto es todo por hoy -dijo Meeks-. Hemos hecho todo lo que hemos podido. El combustible dice que es hora de volver a casa.

-Tengo una idea -dijo Natalie-. Podemos aterrizar en otro sitio.

-No -dijo Meeks, sacudiendo la cabeza. El pico de la gorra de béisbol azul se movió lentamente-. Has visto la playa en la punta norte cuando hemos pasado hace algunos minutos. Hay marea y la tormenta no la deja tranquila. Imposible.

-Él tiene razón, Nat -dijo Jackson con voz cansada-. No podemos hacer nada más aquí.

-El destructor... -empezó Meeks.

-Tú mismo has dicho que ahora está a cinco millas al este de la punta del sudeste -le cortó Natalie.

-Tiene los dientes muy largos -dijo Meeks-. ¿Qué demonios pretendes hacer, guapa?

Se acercaban a la extremidad sur de la pista en su tercera vuelta.

-Gira hacia la izquierda -dijo Natalie-. Te lo mostraré.

-Estás bromeando -protestó Meeks cuando giraron algunos centenares de metros saliendo del acantilado.

-Yo creo que es perfecto -dijo Natalie-. Vamos allí antes de que el barco vuelva.

-Estás loca -exclamó Meeks.

La maleza aún ardía en el acantilado donde el misil se había autodestruido veinte minutos antes. El cielo, hacia el oeste, estaba iluminado por los incendios en la pista de aterrizaje. Tres millas atrás, restos del Antoinette aún ardían como ascuas en una tela negra. Después de que el destructor acabara con la pista de aterrizaje había vuelto al este, bordeando la costa de la isla y había colocado por lo menos media docena de proyectiles en la casa del pastor y sus alrededores. El techo de la enorme estructura estaba en llamas, el ala este había sido destruida, el humo flotaba en las luces que sobrevivían, y parecía que una granada había caído cerca del patio del lado sur, reventando las ventanas y acribillando la parte delantera de la larga zona de césped que corría hacia los acantilados marinos.

El césped parecía intacto, aunque algunas partes, donde faltaban las luces, estaban oscuras. El fuego en los acantilados mostraba arbustos bajos y árboles enanos al borde del acantilado que serían invisibles si no fuera por las llamas cercanas. Aproximadamente los últimos veinte metros iluminados de césped parecían bastante lisos, excepto por un cráter de granada y sus detritos cerca del patio reventado.

-Es perfecto -dijo Natalie.

-Es una locura -matizó Meeks-. Debe de tener una inclinación de treinta grados cuando llega al edificio.

-Perfecto para un aterrizaje -lo animó Natalie-. No necesitas una pista tan larga. ¿Los portaaviones ingleses no tienen cubiertas inclinadas precisamente por eso?

-Aquí ella tiene razón, tío -intervino Jackson.

-Demonios -dijo Meeks-. ¿Treinta grados? Además, aunque pudiéramos parar antes de llegar al edificio en llamas, las manchas oscuras en el césped..., y la mayor parte está a oscuras..., pueden tener desniveles y rocas ornamentales. Es una locura.

-Yo voto por que aterricemos -dijo Natalie-. Tenemos que intentar encontrar a Saul.

-Sí -apoyó Jackson.

-¿Qué coño de votación es ésta? -preguntó Meeks-. ¿Desde cuándo un avión es una democracia? -Se tocó la gorra de béisbol y miró el destructor, que se retiraba hacia el este-. Dime la verdad -pidió-. Esto es simplemente el inicio de la revolución, ¿verdad?

Natalie miró a Jackson y se arriesgó:

-Sí -dijo-. Claro que sí.

-Bueno -dijo Meeks-, lo sabía. Bien, entonces debo decirles, señoras y caballeros, que vuelan con el único socialista que paga cuotas de Dorchester. -Cogió el puro apagado del bolsillo de la camisa y lo masticó durante un momento-. Oh, mierda -dijo por fin-, de todos modos probablemente se nos acabará el combustible antes de poder volver.

Con el motor estrangulado, el avión parecía parado mientras se deslizaba hacia el acantilado que brillaba a la luz de las estrellas. Natalie nunca había estado tan excitada. Con su cinturón tan apretado que no podía respirar, se inclinó hacia delante y agarró la consola mientras los acantilados corrían hacia ellos con una rapidez asombrosa. Treinta metros después, Natalie comprendió que volaban demasiado bajo: el Cessna iba a estrellarse contra las rocas.

-El viento contrario ayuda terriblemente -gritó Meeks. Pisó el acelerador, tiró el volante hacia atrás suavemente. Pasaron a tres metros de los arbustos y del borde del acantilado y entraron en la oscuridad de la avenida entre árboles altos-. Señor Jackson, dígame si ese barco vuelve atrás.

Jackson hizo un ruido desde el asiento trasero.

Faltaban treinta metros hasta la primera faja iluminada y Meeks puso el motor del Cessna en punto muerto exactamente al inicio de la faja blanca de luz. Fue más arduo de lo que Natalie había pensado. Sintió el sabor de la sangre y comprendió que se había mordido la lengua. Segundos después rodaban en la oscuridad entre las fajas de luz. Natalie pensó en troncos caídos y rocas ornamentales de jardín.

-Hasta ahora todo va bien -los tranquilizó Meeks.

El avión saltó a través de la penúltima faja de luz y entró de nuevo en la oscuridad. A Natalie le parecía que subían por una pared vertical de adoquines. Algo chocó contra la rueda derecha, el Cessna giró y amenazó con volcarse a setenta kilómetros por hora; Meeks tocó el embrague, los frenos y la palanca de mando como un organista demente. El avión volvió a posarse y rodó a través de la última faja iluminada. La luz sembró el parabrisas de estrellas y los deslumbró. La pared sur del edificio en llamas se movía hacia ellos demasiado deprisa.

Rodaron sobre terrones sueltos de tierra y pegaron un bote que hizo pasar el ala de estribor por encima del borde del cráter de la granada. El patio estaba a unos cuatro metros. Una sombrilla rasgada voló con su impulso.

Meeks detuvo la máquina delante de la pendiente. Natalie estaba segura de que había estado sobre pistas de esquí de cuarta clase que eran menos escarpadas. El piloto se quitó el puro de la boca y lo miró como si acabara de descubrir que estaba apagado.

-Todos fuera para un descanso -dijo-. El que no vuelva en cinco minutos o a la vista del primer elemento hostil volverá a pie. -Sacó el 38 con mango de madreperla de la funda que había entre los asientos y se tocó con el cañón en la sien en un saludo tosco-. ¡Viva la revolución!

-Vamos -dijo Natalie, debatiéndose para abrir la puerta y desabrocharse el cinturón. Casi cayó del avión, soltó la bolsa y casi se torció el tobillo. Sacó el 32 y se apartó para que Jackson pudiera salir. Jackson llevaba sólo el botiquín y una linterna, y se había puesto un pañuelo rojo alrededor de la cabeza.

-¿Adónde vamos? -gritó él por encima del ruido de la hélice-. Es probable que nos hayan visto llegar. Mejor que nos demos prisa.

Natalie apuntó con la cabeza hacia el gran salón. Las luces estaban apagadas en esa parte de la casa, pero el brillo anaranjado de un incendio perfilaba formas vagas en la zona humeante, visible a través de las puertas correderas reventadas. Jackson se abrió camino a través de las piedras inclinadas del patio, abrió con un puntapié la puerta principal que había saltado y encendió su gran linterna. El rayo de luz atravesó el espeso humo e iluminó una enorme área

con baldosas cubiertas de cristales rotos y cascotes. Natalie avanzó con el Colt en alto. Se puso un pañuelo en la boca y la nariz para respirar más fácilmente con el humo. Al fondo y a la izquierda, más allá de una zona despejada de muebles, sobre dos mesas había abundante comida, bebidas y un montón de equipamiento electrónico repartido entre la mesa y el suelo. Entre la puerta y las mesas, había en el suelo lo que Natalie pensó durante un segundo que eran bultos de ropa sucia, antes de comprender que eran cuerpos. Jackson los enfocó y avanzó cautelosamente hacia el primero. La luz mostró la cara muerta de la bella eurasiática a la que habían visto en el coche con Tony Harod cuando Saul se había encontrado con él en Savannah tres días antes.

-No ponga esa luz en sus ojos -dijo una voz familiar desde la oscuridad, a la izquierda.

Natalie se agachó y giró el arma mientras Jackson dirigió la luz de la linterna hacia el sonido. Harod estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo al lado de una silla volcada, rodeado de varios cuerpos. Tenía una botella de vino medio vacía en su regazo.

Natalie se acercó a Jackson, hizo un gesto señalando a la linterna y le hizo coger el Colt.

-Él utiliza mujeres -dijo ella señalando a Harod-. Si se mueve o yo actúo de manera extraña, mátalo.

Harod meneó la cabeza, taciturno.

-Eso ha terminado -murmuró-. Todo ha terminado.

Natalie lo miró. Podía ver estrellas a través del techo tres pisos arriba. Por el sonido, un sistema automático de aspersión funcionaba en algún sitio, pero el incendio parecía dominar el segundo y tercer pisos. Lejos, podía oírse el traqueteo de pequeñas armas de fuego.

-¡Mira! -gritó Jackson. La linterna iluminó los tres cuerpos cerca de la enorme silla.

-¡Saul! -gritó Natalie, y corrió hacia él-. Oh, Dios. Jackson! ¿Está muerto? ¡Oh, Dios, Saul!

Lo separó del otro cuerpo, arrancando las manos de Saul de la camisa del otro hombre. Supo inmediatamente que el muerto tenía que ser el oberst -Saul le había mostrado fotos de prensa de William Borden de sus archivos-, pero la cara retorcida, oscurecida, y sus ojos hinchados, las manos con manchas de bilis y rígidas como garras, no parecían humanas, mucho menos reconocibles. Era como si Saul estuviera sobre el cadáver de un engendro, momificado.

Jackson se arrodilló al lado de Saul y le tomó el pulso, le levantó un párpado y acercó la linterna a sus ojos. Todo lo que Natalie podía ver era sangre; sangre que cubría la cara y los hombros y los brazos y el cuello y las ropas de Saul. Parecía obvio que estaba muerto.

-Está vivo -dijo Jackson-. Tiene pulso. Débil, pero lo tiene. -Rasgó el mono de Saul y giró despacio al psiquiatra, pasando la luz a lo largo de todo su cuerpo. Abrió su botiquín, preparó una jeringuilla, la clavó en el brazo izquierdo de Saul, le limpió la espalda y empezó a aplicar un vendaje-. Jesús -exclamó-, le han pegado dos tiros. Lo de la pierna no es nada, pero tenemos que detener la hemorragia del hombro. Tiene también problemas en la mano y en el cuello. -Miró el fuego-. Tenemos que salir de aquí, Nat. Le daré el plasma en el avión. Ayúdame, ¿de acuerdo?

Saul gimió cuando lo pusieron derecho. Jackson pasó el brazo izquierdo de Saul sobre sus hombros y lo levantó con gran esfuerzo.

-Eh -dijo Harod desde la oscuridad-. ¿Puedo ir también?

Natalie casi dejó caer la linterna cuando se detuvo apresuradamente para coger el Colt que Jackson había dejado en el suelo. Metió el arma en la mano izquierda de Jackson y levantó a Saul para que Jackson pudiera tener el brazo libre.

-Él va a usarme, Jax -dijo-. Mátalo.

-No. -Era Saul el que hablaba. Sus párpados se agitaron. Hasta sus labios estaban heridos e hinchados. Se los humedeció antes de intentar hablar de nuevo-. Me ha ayudado -gruñó, y movió la cabeza en dirección a Harod. Uno de sus ojos estaba cerrado por la sangre seca, pero el otro se abrió y se fijó en la cara de Natalie-. Eh -dijo en voz baja-. ¿Qué tal?

Su intento de sonreír hizo que Natalie cediera a las lágrimas. Empezó a abrazarlo, pero paró cuando le vio hacer una mueca de dolor por la presión en sus costillas.

-Vámonos -dijo Jackson.

El traqueteo de los tiros se acercaba.

Natalie asintió con la cabeza y pasó la linterna una última vez por el gran salón. Las llamas estaban ahora más cerca y el fuego dominaba los corredores al lado del segundo piso y el brillo rojo transformaba la escena en algo salido de los detalles del infierno de Hieronymus Bosco con trozos de cristal centelleando como los ojos de un número incalculable de demonios en la oscuridad. Miró por última vez el cadáver del oberst, arrugado por la muerte.

-Vámonos -repitió ella.

En la pendiente los tres proyectores restantes se habían apagado. Natalie avanzó con la linterna y la Colt mientras Jackson sostenía a Saul. El psiquiatra había perdido de nuevo el conocimiento antes de que hubieran atravesado las puertas correderas. El Cessna estaba aún allí, la hélice aún giraba, pero el piloto había desaparecido.

-Oh, Dios -jadeó Natalie, iluminando con la linterna el asiento trasero y el suelo cerca del avión.

-¿Sabes hacer volar esta cosa? -preguntó Jackson, colocando a Saul en el asiento trasero y agachándose a su lado. Rasgaba ya los vendajes estériles y preparaba el plasma.

-No -dijo Natalie. Miró por la vertiente. Lo que había sido una tosca versión de una pista de aterrizaje estaba ahora totalmente a oscuras. Deslumbrados por la linterna, sus ojos no podían vislumbrar siquiera dónde empezaba la línea de árboles.

Hubo un soplo, un jadeo de la vertiente y Natalie levantó la linterna a la altura de su mano izquierda y apoyó el Colt en el montante con la derecha. Daryl Meeks levantó la mano para protegerse de la luz

se inclinó para resollar y jadear.

-¿Dónde estabas? -preguntó Natalie, bajando la linterna. Meeks empezó a hablar, escupió, resolló un segundo y dijo: -Las luces se apagaron.

-Lo sabemos. ¿Dónde...?

-Entra -dijo Meeks, limpiándose la cara con la gorra de béisbol

YOKOHAMA TAIYO WHALES.

Natalie asintió con la cabeza y dio la vuelta al avión para entrar por su lado en vez de arrastrarse por los controles y arriesgarse a tocar los frenos de emergencia o cualquier otra cosa. Tony Harod esperaba bajo el ala al otro lado.

-Por favor -lloriqueó-. Tienen que llevarme. Yo salvé su vida, de verdad. Es cierto.

Natalie sintió una muy leve sensación de algo deslizándose hacia su consciencia, como una mano furtiva en la oscuridad; no esperaba aquello. Se había acercado a él en cuanto Harod había empezado a hablar y ahora le daba puntapiés en los testículos con todas sus fuerzas, contenta de haberse puesto zapatos de cuero y no de lona. Harod dejó caer la botella que aún llevaba y cayó sobre el césped con ambas manos entre las piernas.

Natalie subió al montante y hurgó para abrir la puerta. No sabía cuánta concentración necesitaba un vampiro de la mente, pero pensaba que era más de la que Tony Harod podía reunir en ese momento.

-¡Vámonos! -gritó ella, pero no hacía falta; Meeks tenía el avión rodando antes de que la puerta se cerrara.

Buscó el cinturón, no podía encontrarlo y se conformó con coger la consola con ambas manos, con el Colt en medio. Si el aterrizaje subiendo la vertiente había sido excitante, bajar era una montaña rusa y la carrera del Matterhorn juntas. Natalie comprendió inmediatamente lo que Meeks había hecho. Dos cohetes de señales ferroviarios chisporroteaban, rojos, separados unos nueve metros, al final del largo y oscuro corredor.

-¡Tengo que saber en dónde acaba el suelo y empieza la caída! -gritó Meeks por encima del rugido del motor y del tren de aterrizaje-. Daba resultado cuando jugaba a lanzar herraduras con mi madre a oscuras. Poníamos nuestros cigarrillos en las estacas.

No había más tiempo para hablar. Los saltos aumentaban, las señales corrían hacia ellos y de súbito los habían superado, y Natalie comprendió el gran miedo de la montaña rusa: ¿qué pasaría si llegabas a lo alto de una de esas colinas y los raíles simplemente se terminaban y el coche continuaba rodando?

Natalie había calculado -en un momento más calmoso en el que la información le había parecido poco interesante- que los acantilados por debajo de la casa del pastor tenían una altura de cerca de sesenta metros. El Cessna había caído la mitad de esa distancia y no mostraba señales de recuperarse cuando Meeks hizo una cosa interesante: puso el morro del avión hacia abajo y aceleró la válvula para que los llevara más rápido hacia las líneas blancas de espuma que llenaban el parabrisas. Más tarde, Natalie no recordó haber gritado o haber apretado por inadvertencia el gatillo del Colt, pero Jackson le aseguró después que el grito fue impresionante y el agujero en el techo del Cessna hablaba por sí mismo.

Durante gran parte parte del viaje de regreso, Meeks estuvo hosco. En cuanto salieron del picado que les dio suficiente velocidad y empezaron a subir hacia el oeste a altitud de crucero, Natalie prestó atención a otras cosas.

-¿Cómo está Saul? -preguntó, girándose en su asiento.

-Sin sentido -informó Jackson. Aún estaba arrodillado en el pequeño espacio. Había estado trabajando en Saul todo el tiempo. -¿Sobrevivirá? -preguntó Natalie.

Jackson la miró. Sus ojos apenas eran visibles en el débil brillo de los instrumentos.

-Si consigo estabilizarlo -dijo-, quizá. No puedo decir nada de otras cosas internas, como la conmoción cerebral. La bala en el hombro no es tan peligrosa como parecía. Parece que la bala ha hecho un gran viaje o ha rebotado antes de cogerlo. Puedo sentirla a unos cinco centímetros, cerca del hueso, aquí. Saul debía de estar curvado cuando lo cogió. Si hubiera estado de pie, le habría perforado el pulmón derecho a la salida. Ha sangrado mucho, pero le estoy bombeando bastante plasma. Tengo suficiente. ¿Sabes una cosa, Nat?

-¿Qué?

-El plasma fue inventado por un negro; un tío llamado Charles Drew. Leí en algún sitio que sangró mucho después de un accidente de automóvil en los años cincuenta porque un hospital de Carolina del Norte no tenía «sangre negra» en la nevera y se negó a darle «sangre blanca».

-Eso no parece importante ahora -respondió Natalie. Jackson se encogió de hombros.

-A Saul le habría gustado. Tiene más sentido de la ironía que tú, Nat. Quizá porque es psiquiatra.

Meeks cogió el puro.

-Detesto interrumpir esta conversación tan romántica -dijo-, pero ¿su amigo necesita llegar al hospital más cercano?

-¿Quiere decir que no sea en Charleston? -preguntó Jackson.

-Sí -dijo Meeks-. Savannah está una hora más cerca que Charleston y Brunswick o Meridian o uno de esos sitios está bastante más cerca que cualquiera de los dos. Y también lo preferiría por el combustible.

Jackson miró a Natalie.

-Dame diez minutos con él -le dijo Jackson a Meeks-. Deja que le meta un poco de sangre y compruebe sus constantes, y hablaremos.

-Si podemos volver a Charleston sin poner en peligro la vida de Saul, lo prefiero -dijo Natalie, sorprendiéndose a ella misma-. Lo necesito.

-Es tu viaje -dijo Meeks encogiéndose de hombros-. Puedo ir directo en vez de aprovechar la costa, pero si me equivoco sobre la situación del combustible, nos irá de pelos.

-No te equivoques -dijo Natalie.

-Sí -murmuró Meeks-. ¿Tienes chicle o alguna cosa por el estilo?

-Lo siento -contestó Natalie.

-Entonces mete el dedo en el agujero que hiciste en mi techo

-dijo Meeks-. Ese silbido me pone nervioso.

Al fin fue Saul el que decidió que volverían a Charleston. Después

de un litro y medio de plasma sus constantes estaban estabilizadas y él

puso fin a todas las discusiones abriendo su ojo sano y preguntando: -¿Dónde estamos?

-Volvemos a casa -dijo Natalie, arrodillándose a su lado.

Ella y Jackson habían cambiado sus sitios después de que el sanitario comprobara las constantes vitales de Saul y anunciara que se le habían dormido las piernas. A Meeks no le había gustado nada el cambio

y sugirió que las personas que se ponían de pie en canoas y aviones estaban locas.

-Te pondrás bien -añadió Natalie, tocando la frente de Saul. Saul asintió con la cabeza:

-Me siento un poco extraño -dijo.

-Es la morfina -explicó Jackson, recostándose y tomándole el

pulso.

-Pero me siento bien -dijo Saul, y parecía dispuesto a desmayarse de nuevo. De súbito hizo un esfuerzo por abrir ambos ojos y su

voz se volvió más fuerte-. El oberst. ¿Está realmente muerto?

-Sí -dijo Natalie-. Lo he visto con mis propios ojos. Saul aspiró con fuerza.

-¿Y Barent?

-Si estaba en su yate, la ha palmado -dijo Natalie. -¿Tal como planeamos?

-Más o menos -contestó Natalie-. Nada fue exactamente como

habíamos previsto, pero Melanie actuó al fin. No me imagino por qué.

Si no mentía, lo último que oí era que ella, el oberst y Barent se estaban llevando muy bien.

Saul movió sus labios hinchados en una sonrisa dolorosa.

-Barent eliminó a la señorita Sewell -dijo-. Eso puede haber

irritado a Melanie. -Movió la cabeza para fruncir el ceño directamente a Natalie-. ¿Qué haces tú? Nunca planeamos que vinieras a la

isla.

Natalie se encogió de hombros.

-¿Quieres que te llevemos de regreso a la isla para empezar de

nuevo?

Saul cerró los ojos y dijo algo en polaco.

-Me es difícil concentrarme -añadió en mal inglés-. Natalie, ¿podemos dejar la última parte? ¿Dejarla para más tarde? Ella es la peor de todos, la más poderosa. Creo que incluso Barent al final la temía. No puedes hacerlo sola, Natalie. -Su voz se arrastraba en el sueño-. Se ha terminado, Natalie -murmuró-. Vencemos.

Natalie le cogió la mano. Cuando sintió que se dormía, dijo en voz baja:

-No. Aún no ha acabado. Todavía no.

Volaban hacia el noroeste, hacia la incierta costa.

76

Charleston, martes 16 de junio de 1981

Con perfecta navegación y un fuerte viento de cola, aterrizaron en la pequeña pista de Meeks, al norte de Charleston, cuarenta y cinco minutos antes del alba. El tanque de reserva marcaba vacío durante las últimas diez millas, pero flotaron hacia un aterrizaje perfecto entre las hileras de luces de la pista.

Saul no se despertó cuando lo colocaron en una camilla de lona que Meeks guardaba en el hangar.

-Necesitamos un segundo vehículo -dijo Natalie, mientras los dos hombres sacaban al herido del avión-. ¿Ése está a la venta? -preguntó señalando con la cabeza un microbús VW con doce años aparcado cerca de la nueva furgoneta de potencia extra de Meeks.

-¿Mi viejo coche? -dijo Meeks-. Supongo que sí.

-¿Cuánto? -preguntó Natalie. El viejo vehículo tenía dibujos psicodélicos de los años sesenta que se podían ver a través de una pintura verde apagada, pero lo que ella consideró más útil fueron las cortinas en las ventanas y el hecho de que los asientos traseros fueran lo bastante anchos para la camilla.

-¿Quinientos?

-Vendido -dijo Natalie. Mientras los hombres ataban la camilla al asiento largo detrás del asiento del conductor, Natalie hurgó en las maletas en la parte de atrás de su furgoneta y salió con novecientos dólares en billetes de veinte que estaban ocultos en los otros mocasines de Saul. Era todo lo que les quedaba. Transfirió las maletas y bolsas al microbús.

Jackson estaba tomándole la presión arterial a Saul y la miró.

-¿Por qué dos coches?

-Quiero que tenga atención médica lo más pronto posible -dijo ella-. ¿Será demasiado arriesgado llevarlo a Washington? -¿Por qué a Washington?

Natalie sacó un expediente de la cartera de Saul.

-Aquí hay una carta de... un pariente de Saul. Explica lo suficiente para obtener para él ayuda en la embajada de Israel. Ha sido nuestra salida de emergencia, por decirlo de alguna manera. Si lo llevamos a un médico o a un hospital de Charleston, las heridas de bala llamarán la atención de la policía. No podemos arriesgarnos si no es absolutamente necesario.

Jackson se agachó y asintió con la cabeza. Tomó el pulso de Saul. -Sí, creo que llegará a Washington, si allí pueden darle una buena atención médica.

-Lo cuidarán en la embajada.

-Necesitará cirugía, Nat.

-Tienen una sala de operaciones en la embajada.

-¿Sí? Es extraño. -Hizo un gesto largo con las dos palmas hacia arriba-. Pero ¿por qué no vienes también?

-Tengo que recoger a Catfish -dijo Natalie.

-Podemos pasar por allá antes de dejar la ciudad -le propuso Jackson.

-Tengo que deshacerme también del C-4 y del material electrónico -dijo ella-. Márchate inmediatamente. Catfish y yo te encontraremos en la embajada esta noche.

Jackson la miró durante un largo minuto y asintió con la cabeza. Salieron de la furgoneta y Meeks fue a reunirse con ellos.

-En la radio no hay noticias de la revolución -dijo él-. ¿No está marcada para empezar inmediatamente?

-Sigue escuchando -dijo Natalie.

Meeks asintió con la cabeza y recibió los quinientos dólares.

-Si la revolución sigue así, me voy a forrar.

-Gracias por todo -dijo Natalie. Se dieron un apretón de manos. -Vosotros tres deberíais tener otro tipo de actividad si queréis

disfrutar de la vida después de la revolución -sugirió Meeks-. Tomáoslo con calma.

Silbando una melodía indescifrable, se dirigió a su caravana.

-Nos veremos en Washington -le dijo Natalie, parándose un momento junto a la puerta de la furgoneta para apretar la mano de Jackson.

El la cogió por los hombros, la tiró y la besó firmemente en los labios.

-Cuidado, guapa. No hay nada que tengas que hacer esta noche que los tres no podamos hacer después de cuidar de Saul.

Natalie asintió con la cabeza, pero no se atrevió a hablar. Condujo rápidamente la furgoneta, apartándose de la pista de aterrizaje en dirección a la carretera de Charleston.

Había mucho que hacer mientras conducía el coche a gran velocidad. En el asiento delantero, arregló el cinturón con el C-4, el monitor encefalográfico y los electrodos, la radio portátil, el Colt y dos cargadores extra, y la pistola de dardos tranquilizadores con una caja de munición. En el asiento trasero estaba el otro equipamiento electrónico y una manta que cubría un hacha que habían comprado el viernes anterior. Natalie se preguntó qué pensaría de todo aquello un policía de tránsito si la hiciera parar por exceso de velocidad.

La noche estaba convirtiéndose en el resplandor pálido, gris, que su padre llamaba «falso alba», pero otro banco de nubes hacia el este lo mantenía suficientemente oscuro para conservar encendidas todas las luces. Natalie condujo lentamente por las calles del casco antiguo, su corazón latía con demasiada fuerza. Paró a medio bloque de la casa de Fuller y encendió la radio, sin recibir respuesta. Por fin apretó el botón emisor y dijo:

-¿Catfish? ¿Estás ahí?

Nada. Después de intentarlo durante algunos minutos, pasó con el coche por delante de la casa, pero no pudo ver nada en el callejón donde Catfish debía estar esperando. Dejó la radio a un lado con la esperanza de que el chico estuviera durmiendo en algún sitio o hubiese ido a buscarlo, o, incluso, que hubiese sido detenido por algún motivo.

La casa Fuller y el patio estaban a oscuras bajo los altos árboles que aún goteaban a causa de la tempestad de la noche. Sólo se intuía un brillo leve a través de las persianas de la habitación de arriba.

Natalie condujo lentamente alrededor de la manzana. Su corazón latía tan rápidamente que le dolía. Las palmas de sus manos estaban sudadas y sus manos demasiado débiles para cerrarse. Estaba mareada por la falta de sueño.

Era absurdo seguir adelante sola. Debía esperar a que Saul mejorara, esperar a que Catfish y Jackson pudieran ayudarla a llevar a cabo el plan. Era mucho mejor dar media vuelta y dirigirse a Washington..., lejos de la enorme y oscura casa cien metros delante de ella, con su pálido brillo verde, como un hongo fosforescente centelleando en los lindes oscuros de algún bosque.

Natalie detuvo el coche mientras intentaba dominar su respiración descompensada por el pánico. Bajó la frente hasta el volante frío y obligó a su mente cansada a pensar.

Echaba en falta a Rob Gentry. Rob sabría qué hacer.

Pensó que era una señal de su cansancio que las lágrimas asomaran tan fácilmente. Se sentó abruptamente y se limpió la nariz moqueante con el revés de la mano.

Hasta ahora, pensó, todos habían corrido el kilómetro extra de esta pesadilla excepto la pequeña Natalie. Rob había hecho su parte y estaba muerto allí. Saul había ido a la isla solo..., solo..., sabiendo que allí tendría que enfrentarse a cinco de aquellos seres. Jack Cohen había muerto cuando intentaba ayudar. Incluso Meeks y Jackson y Catfish acabaron haciendo la mayor parte del trabajo cuando la señorita Natalie se lo pidió.

En las profundidades de su corazón, Natalie sabía que Melanie Fuller no estaría allí si tardaban algunas horas. Podría haber desaparecido ya.

Natalie cogió el volante con tanta fuerza que sus nudillos quedaron pálidos. Forzó a su mente cansada a analizar sus motivaciones. Natalie sabía que su sed de venganza había sido embotada por el tiempo que llevaba metida en esto y por los acontecimientos y las locuras de los últimos siete meses. No era la misma mujer impotente y perdida ante un depósito de cadáveres cerrado en un distante domingo de diciembre, sabiendo que el cuerpo de su padre

estaba allí dentro y prometiendo vengarse de su asesino desconocido. Al contrario que a Saul, ya no le guiaba una búsqueda de improbable justicia.

Natalie miró la casa Fuller media manzana más allá y comprendió que la fuerza que ahora la guiaba estaba más cercana del imperativo que la había hecho prepararse para ser profesora. Dejar a_ Melanie Fuller viva en el mundo era como huir de una escuela donde una serpiente venenosa se paseaba suelta entre los confiados niños.

Las manos de Natalie temblaban mucho cuando cogió el pesado cinturón de C-4. El monitor encefalográfico necesitaba baterías nuevas y pasó un terrible minuto cuando recordó que había dejado los recambios en una de las bolsas del microbús. Con dedos torpes abrió la radio y transfirió sus baterías al monitor.

Dos de las cintas de electrodos de los sensores no se pegaron y las dejó colgadas, conectando el disparador al detonador del C-4. El principal detonador era eléctrico, pero había un cronómetro detrás y también una espoleta enroscada que ella y Saul habían programado para treinta segundos. De nuevo con una sensación de pánico, palpó sus bolsillos, pero el encendedor que llevaba desde hacía tanto tiempo debía de haberse quedado en la isla con el resto del contenido de su bolso. Natalie hurgó en la guantera. Entre los mapas había una caja de cerillas de un restaurante en el que habían comido, en Tulsa. Estaba sin estrenar. Se la metió en el bolsillo.

Natalie miró las cosas en el asiento del pasajero y puso la furgoneta

en marcha conservando el pie en el freno. Una vez, cuando tenía siete años, una amiga la había desafiado a ir hasta el trampolín más alto cuando nadaban en la piscina municipal. El trampolín que su amiga había señalado era el más alto de los seis, tres metros por encima del penúltimo, en una torre reservada a adultos que fueran buceadores competentes. De todas formas, ella había salido inmediatamente de la parte baja, había pasado, llena de confianza, junto al monitor que estaba demasiado ocupado parloteando con una adolescente para prestar atención a una niña de siete años, subió la escalera que parecía no acabarse nunca, llegó a la punta de la estrecha tabla y saltó hacia una piscina tan lejana allá abajo que parecía haberse encogido con la distancia.

Natalie había sabido entonces, como sabía ahora, que pensar en eso era parar, que la única manera de seguir adelante era dejar el cerebro totalmente en blanco sin pensar en la acción siguiente hasta que empezara. Pero cuando aceleró por la tranquila calle, pensaba lo mismo que en ese instante en el que había saltado del trampolín sabiendo que no podía volverse atrás: «¿Estoy realmente haciendo esto?»

Desde el regreso de la vieja señora, el recinto Fuller había añadido una pared de ladrillos de un metro ochenta, con un metro de verja negra de hierro sobre los ladrillos. Pero el antiguo portal ornamental se había conservado con un metro de enrejado de hierro a cada lado. El portal tenía un candado, pero no profundamente clavado en el cemento. La furgoneta de Natalie iba a cincuenta kilómetros por hora cuando giró bruscamente hacia la derecha, saltó sobre la curva con una fuerte sacudida y chocó contra el hierro del portal.

La parte superior de la estructura metálica cayó y convirtió el parabrisas en una telaraña de rajas blancas, el parachoques derecho chocó contra la fuente ornamental y se soltó, y el vehículo patinó por el patio y a través de los arbustos y árboles enanos y se aplastó contra la fachada de la casa.

Natalie había olvidado ponerse el cinturón. Rebotó hacia delante, golpeó de frente contra el parabrisas y volvió hacia atrás; el golpe le hizo ver las estrellas y sentir náuseas. Por segunda vez en tres horas se había mordido la lengua con suficiente fuerza para sentir el sabor de la sangre. Las armas que habían sido dispuestas tan cuidadosamente en el asiento estaban desparramadas por el suelo.

«Magnífico comienzo», pensó Natalie, inquieta. Se curvó para coger el Colt y la pistola de dardos. La caja de dardos había caído debajo del asiento, así como los cargadores extra para la automática. Al diablo; ambas estaban cargadas.

Abrió la puerta de un puntapié y salió hacia la oscuridad que antecede al alba. Los únicos sonidos eran el agua que fluía de la fuente rota y del radiador aplastado del coche, pero estaba segura de que su entrada tenía que haber sido suficientemente ruidosa para despertar a todo el vecindario. Ahora tenía sólo algunos minutos para hacer lo que tenía que hacer.

La idea había sido llamar a la puerta principal de la casa con mil quinientos kilos de coche, pero Natalie falló por medio metro. Con la pistola del 32 en el cinturón, la pistola de dardos en la mano derecha, intentó abrir las puertas. Quizá Melanie facilitaría las cosas.

La puerta estaba cerrada. Natalie recordó haber visto una serie de cerraduras y cadenas en la parte interior.

Dejando la pistola de dardos en el techo de la furgoneta, sacó el hacha del asiento trasero y empezó a trabajar en la bisagra de la puerta. Seis hachazos y el sudor mezclado con la sangre del golpe que se había pegado contra el parabrisas empezó a caerle sobre los ojos. Ocho hachazos y la madera alrededor de la bisagra inferior se astilló. Diez y la pesada puerta saltó, aún sujeta en el lado izquierdo por los cerrojos y cadenas.

Natalie jadeó, dominó el nuevo acceso de náuseas y lanzó el hacha hacia los arbustos. Aún no había ningún sonido de sirenas ni ningún movimiento en la casa. El brillo verde del segundo piso lanzaba su luz enfermiza sobre el patio.

Natalie sacó el Colt y colocó una bala en la recámara, recordando que quedaban siete balas de las ocho iniciales a causa del disparo accidental en el Cessna. Recuperó la pistola de dardos y se detuvo un instante con una pistola en cada mano, sintiéndose absurda. Su padre habría dicho que parecía su cowboy favorito, Hoot Gibson. Natalie no había visto ninguna película de Hoot Gibson, pero también era su cowboy favorito.

Empujó la puerta hacia dentro con un puntapié y penetró en el oscuro vestíbulo, sin pensar en el paso siguiente o en el que vendría después de ése. Estaba asombrada de que un corazón humano pudiera latir con tanta fuerza sin salirse del pecho de la persona.

Catfish estaba sentado a horcajadas en una silla a un metro y medio de la puerta. Sus ojos muertos atravesaron a Natalie, el hilo de una nota colgaba de su mandíbula inferior abierta. A la tenue luz del patio, pudo leer las letras toscas del cartel: «VETE.»

«Quizá se ha largado, quizá se ha largado», pensó Natalie, rodeando a Catfish para dirigirse a la escalera.

Marvin apareció en la puerta del comedor, a su derecha, una fracción de segundo antes de que Culley ocupara el hueco de la puerta de la sala de estar, a la derecha.

Natalie le disparó a Marvin un dardo tranquilizador en el pecho y lanzó la pistola de dardos ya inútil. Su mano derecha saltó entonces rápidamente para coger la muñeca derecha de Marvin cuando éste balanceó el cuchillo de carnicero en un arco mortal. Pudo frenar su descenso, pero la punta de la hoja se hundió un centímetro en su hombro izquierdo mientras se esforzaba para mantener el brazo de Marvin hacia atrás, haciendo balancear al chico en un baile torpe mientras Culley los rodeaba a ambos con sus enormes brazos en un poderoso abrazo. Sintiendo que las manos de Culley se unían detrás de su espalda, sabiendo que el gigante necesitaría sólo dos segundos para romperle la columna, metió el Colt bajo el brazo izquierdo de Marvin, hundió el cañón en el vientre de Culley y disparó dos veces. El ruido sonó obscenamente amortiguado.

La suave cara de Culley tuvo de repente la expresión de un niño decepcionado, sus dedos se aflojaron detrás de ella, y se tambaleó hacia atrás, agarrándose al marco de la puerta de la sala de estar como si el suelo se hubiera súbitamente vuelto vertical. Con una presión que marcó sus enormes bíceps y astilló la madera, resistió a la fuerza invisible que lo tiraba hacia atrás y empezó a escalar esa imaginaria pared, dando un pesado paso en dirección a Natalie, con el brazo derecho extendido, como si intentara cogerla.

Natalie apuntaló el brazo en el hombro de Marvin, que se hundía súbitamente, y disparó dos veces más; la primera bala atravesó la palma de la mano de Culley y entró en su vientre, la segunda le arrancó el lóbulo de la oreja izquierda como en un truco de mágia.

Natalie se dio cuenta de que sollozaba y gritaba:

-¡Cáete! ¡Cáete!

No cayó, se agarró de nuevo del marco y se agachó lentamente hasta sentarse, moviéndose como sincronizado con la caída de Marvin a cámara lenta. El cuchillo cayó al suelo. Natalie cogió la cabeza del joven negro antes de que su cara diera contra la madera encerada; la puso cerca de los pies de Catfish y se levantó, girando la pistola en arcos cortos para cubrir la puerta del comedor y el pequeño vestíbulo hasta la puerta de la cocina.

Nada.

Aún sollozando, respirando hondo, Natalie empezó a subir por la larga escalera. Tocó un interruptor. La araña de cristal que pendía del techo del vestíbulo siguió apagada y el rellano en lo alto de la escalera continuó a oscuras. Cinco pasos más arriba pudo vislumbrar el brillo verde que rezumaba por debajo de la puerta de la habitación de Melanie Fuller.

Comprendió que sus sollozos se habían transformado en pequeños gemidos lloriqueantes. Los acalló. A tres pasos del rellano, se detuvo y se quitó el cinturón, puso las bolsas de C-4 sobre su brazo derecho con el cronómetro vuelto hacia arriba, preparado para treinta segundos. Un golpecito de la palanca de armar lo activaría. Miró su monitor del encefalógrafo. La luz verde aún parpadeaba, el gatillo estaba conectado aún con el detonador del C-4. Se detuvo otros veinte segundos para dejar que la vieja hiciera su movimiento, si iba a hacerlo.

Silencio.

Natalie miró el rellano. Una única silla Bentwood de mimbre estaba colocada a la izquierda de la puerta de la habitación de Melanie. Natalie supo inmediatamente y con una certidumbre irracional que era allí donde el señor Thorne se sentaba, vigilante, durante muchos años de vigilias nocturnas. No podía ver el oscuro vestíbulo más allá de la esquina que conducía a la izquierda del rellano, hacia la puerta trasera de la casa.

Oyó un ruido abajo y dio un salto, pero vio sólo los tres cuerpos en el suelo. Culley había caído hacia delante y su frente había hecho un ruido suave al chocar contra la madera encerada.

Natalie se giró de nuevo, levantó el Colt y pisó el rellano.

Esperaba algo desde el vestíbulo a oscuras, estaba preparada para eso, y casi disparó la pistola hacia la oscuridad cuando nada ocurrió.

El vestíbulo estaba vacío; las puertas, cerradas.

Se giró hacia la puerta de la habitación de Melanie, con el dedo, tenso, en el gatillo, el brazo izquierdo medio extendido con el pesado cinturón de C-4. Abajo, en algún sitio, un reloj hacía tictac.

Quizá fue un ruido lo que la alertó, quizás una leve corriente de aire contra su mejilla, pero algún aviso subliminal la hizo mirar hacia arriba en ese momento. El techo de tres metros, a oscuras, y el cuadrado más oscuro -una pequeña ventana de ventilación hacia el ático-, abierto, enmarcaban el cuerpo tenso, preparado para caer, y la cara locamente sonriente del niño de seis años y sus manos hechas garras y sus dedos hechos zarpas que reflejaban el brillo verde como acero afilado.

Natalie disparó la pistola hacia arriba al mismo tiempo que intentaba saltar de lado, pero Justin cayó con un fuerte silbido, la bala tocó sólo la madera y las garras de acero rastrillaron su brazo derecho, haciéndole perder el Colt.

Ella se tambaleó hacia atrás, levantando su brazo izquierdo con el cinturón de C-4 como escudo. Cada víspera de Todos los Santos, cuando era niña, Natalie iba a la tienda de la esquina a comprar «garras de brujas», puntas de dedos de cera con uñas pintadas de ocho centímetros. Justin llevaba diez de ésos. Pero los suyos eran de acero y las uñas eran rojas de escalpelo de ocho centímetros. Espontáneamente, le vino la imagen de Culley u otro de los sustitutos de Melanie

fabricando los dedales de acero, llenándolos de plomo fundido y observando cómo el niño metía los dedos en ellos, esperando que el plomo se enfriara y endureciera.

Justin saltó sobre ella. Natalie retrocedió contra la pared e instintivamente mantuvo el brazo izquierdo levantado. Las garras de Justin se clavaron profundamente en el cinturón, ocho estiletes perforando la lona, el forro de plástico y el mismo plástico C-4. Natalie rechinó los dientes cuando por lo menos dos de las hojas perforaron la carne de su brazo.

Con su inhumano silbido de triunfo, Justin arrancó el cinturón de explosivos de las manos de Natalie y lo lanzó sobre la barandilla. Natalie oyó el ruido sordo de la caída en el vestíbulo,

abajo, cuando seis kilos de explosivo inerte cayeron pesadamente. Miró el suelo, encontró el Colt entre dos columnas de la barandilla. Dio medio paso hacia allí, pero Justin saltó primero y envió la pistola volando sobre el borde con un puntapié rápido de su zapato azul.

Natalie hizo una finta hacia la izquierda y saltó a la derecha, intentando llegar a la escalera. Justin saltó también para interceptarla, forzándola a retroceder, pero no antes de que Natalie tuviera un vislumbre de Culley subiendo por la escalera y de su cuerpo macizo llenando los peldaños. Había subido una tercera parte y dejado atrás un reguero de sangre.

Natalie se giró para correr por el pequeño vestíbulo y se detuvo, segura de que eso era lo que la vieja había planeado. Sólo Dios sabía lo que la esperaba en aquellas salas oscuras.

Justin se dirigió rápidamente hacia ella, agitando las uñas. Natalie terminó su giro con un solo movimiento, cogiendo la silla Bentwood con su mano derecha ensangrentada. Una de las patas golpeó a Justin en la boca, haciéndole saltar algunos dientes, pero el niño no vaciló un segundo y avanzó como la cosa poseída por el demonio que realmente era, agitando las manos. Las hojas rastrillaron las patas de la silla, rasgaron el asiento. Justin se agachó y avanzó en cuclillas, buscando las piernas y los muslos de Natalie, buscando la arteria femoral. Ella hizo fuerza hacia abajo con la silla, intentando clavarlo contra el suelo.

Fue demasiado rápido. Las garras afiladas como escalpelos no alcanzaron los muslos de Natalie por pocos centímetros y él retrocedió antes de que ella pudiera cogerlo. El niño hizo una finta hacia la derecha, saltó arriba, danzó hacia atrás, saltó de nuevo. Las suelas de sus zapatos chirriaban en el suelo.

Natalie aguantó todos los ataques, pero sus brazos lacerados ya le dolían del cansancio. Una herida en su brazo izquierdo le daba la sensación de que había sido perforado hasta el hueso. Con cada ataque iba retrocediendo hasta que topó con la espalda contra la puerta de la habitación de Melanie Fuller. Sin tiempo para pensar, una parte de su cerebro insistía en generar una imagen gráfica instantánea de la puerta abriéndose, de ella cayendo en unos brazos que la esperaban y se agitaban, en unas manos que la apretaban y en unos dientes castañeteantes...

La puerta continuó cerrada.

Justin se agachó y corrió hacia ella, aceptando el castigo de las patas de la silla rompiéndose contra su pecho y su garganta, abriendo mucho los brazos en un intento de hacer llegar sus afilados dedos a las manos, brazos o pecho de Natalie. Sus brazos eran demasiado cortos para eso.

Justin hundió sus talones en el marco de madera de la silla y tiró, empujó de nuevo, intentando arrancarle la Bentwood de las manos o romperla.

Volaron astillas, pero el marco aguantó.

En alguna parte detrás del muro de pánico salvaje que había en ella, un círculo en calma en su mente intentaba enviarle un mensaje. Casi podía oírlo expresado en la voz seca, casi pedante, de Saul: está utilizando un cuerpo de niño, Natalie, de un niño de seis años. La ventaja de Melanie está en el miedo y la furia. Tu ventaja está en el tamaño y el peso, la fuerza y la masa. No los desperdicies.

Justin hizo un sonido como una olla a presión desbordándose y corrió de nuevo hacia ella, gateando por el suelo. Natalie pudo ver el extremo de la cabeza calva de Culley, que acababa de aparecer al borde del rellano.

Recibió el ataque de Justin extendiendo la silla con ambos brazos, poniendo todo su ímpetu, empujando con fuerza. Las patas astilladas de la silla lo cogieron por ambos lados de la garganta y del torso y lo lanzaron contra la barandilla encerada. La madera vieja de la barandilla crujió, pero no llegó a romperse.

Ágil como un visón, rápido como un gato con garras de acero, Justin saltó sobre la barandilla de quince centímetros de ancho, se balanceó durante un segundo y se preparó para saltar sobre ella. Sin la mínima vacilación, Natalie dio un paso adelante, cogió la silla como un garrote y la acompañó con un balanceo de todo el cuerpo que arrancó a Justin de la barandilla como una pelota de sangre y carne.

Un solo grito salió de las gargantas de Justin, Culley y numerosas voces detrás de la puerta cerrada de Melanie, pero el pequeño monstruo no estaba acabado.

Arqueándose en el aire, con el pelo revuelto por el aire, Justin se agarró a la enorme araña que colgaba a poco menos de dos metros por debajo del nivel del rellano. Sus uñas de acero se cerraron sobre la cadena de hierro, sus piernas se estrellaron contra prismas de cristal,

creando un caos musical, y un segundo más tarde gateaba sobre la araña, balanceándose a casi cinco metros por encima del suelo.

Natalie bajó la silla mientras miraba sin poderse creer lo que veía. La mano de Culley llegó al último peldaño y continuó alzándose. La cara redonda de Justin se ensanchó en una terrible burla mientras balanceaba la araña con el brazo izquierdo extendido y las uñas alargadas hacia la barandilla que se acercaba más a cada balanceo.

En su día -por lo menos un siglo antes- las cadenas de la araña habrían aguantado diez veces el peso de Justin sin problemas. La cadena de hierro y los tornillos del ancla aún podían aguantarlo. Pero la viga de madera de dieciocho centímetros en la que el hierro estaba clavado había sufrido más de cien años de humedad e insectos de Carolina del Sur y de negligencia benigna.

Natalie vio cómo Justin desaparecía de la vista; la araña también desapareció y le siguió un trozo de un metro y medio de yeso del techo, cables eléctricos, tornillos de hierro y madera podrida. El ruido de la caída fue impresionante. Trozos de cristal golpearon las paredes como fragmentos de granadas.

Natalie quería bajar para coger el arma y el C-4, pero comprendió inmediatamente que estaban enterrados entre los escombros.

¿Dónde estaba la policía? ¿Qué tipo de barrio era éste? Natalie recordó que muchas de las casas cercanas habían estado a oscuras las noches anteriores, los vecinos estaban ausentes o eran muy viejos. Su entrada había sido ruidosa y dramática, pero era posible que nadie se hubiese dado cuenta del coche o supiera de dónde había venido el ruido. El coche no podía dejar de verse desde la calle detrás de los muros de ladrillos de la casa Fuller. Dos de los cuatro tiros que había disparado tenían que haber sido lo bastante fuertes para que los oyeran, pero el espeso follaje tropical del bloque amortiguaba y distorsionaba los sonidos. Quizá simplemente nadie quería implicarse. Miró su ensangrentado reloj de pulsera. Habían pasado menos de tres minutos desde que había cruzado la puerta.

«Oh Dios», pensó Natalie.

Culley se puso de pie en el rellano. Su mirada pálida, idiota, se levantó para encontrar la de Natalie.

Llorando sin ruido, Natalie balanceó la silla contra la cabeza de Culley -una vez, dos veces, una tercera vez-. Una de las patas de la silla se partió y rebotó en la pared. La barbilla de Culley dio contra la madera cuando su corpulencia retrocedió cinco pasos.

Natalie vio que la cara ensangrentada de Culley se levantaba, con los brazos y las piernas torcidos, y el monstruo empezó de nuevo a levantarse.

Natalie se giró y golpeó la silla contra la maciza puerta.

-¡Maldita seas, Melanie Fuller! -gritó a plena voz. Después del cuarto golpe, la silla Bentwood se deshizo en sus manos. Y la puerta se abrió hacia dentro.

No estaba cerrada.

Las ventanas de la habitación tenían las persianas cerradas, pero permitían que entrara un poco del gris del alba. Los osciloscopios y demás equipo de mantenimiento de vida pintaban a los ocupantes con una luz pálida, eléctrica. La enfermera Oldsmith, el doctor Hartman y Nancy Warden -la madre de Justin- rodeaban a Natalie. Los tres llevaban trajes blancos sucios y tenían expresiones idénticas -expresiones que Natalie había visto sólo en documentales de supervivientes de los campos de muerte mirando desde el alambre de espino a los ejércitos que llegaban-, con los ojos redondos, las mandíbulas abiertas, atontados.

Detrás de esta última línea de defensa estaban el enorme lecho y su ocupante. La cama estaba envuelta con gasa de encaje y la visión era aún más distorsionada por el plástico de una cámara de oxígeno, pero Natalie podía vislumbrar fácilmente la figura arrugada perdida entre la ropa de la cama; la cara arrugada, distorsionada, y el ojo que miraba, la curva manchada por la

edad del cráneo aún orlado con pelo azul y ralo, y el esquelético brazo derecho que reposaba fuera de la colcha, sus dedos agarrados espasmódicamente a las sábanas y el edredón. La vieja se retorcía débilmente en la cama, reforzando la imagen anterior que Natalie tenía de un ser marino rancio arrancado de su elemento.

Natalie miró rápidamente alrededor, asegurándose de que no había nadie detrás de la puerta ni venía ningún pelele del vestíbulo. A su derecha había un antiguo aparador con un espejo de color. Un peine y un cepillo estaban cuidadosamente dispuestos sobre un tapete amarillento. Mechones de pelo azul estaban agarrados a las cerdas. A la izquierda de Natalie, entre tazas de té, platos sucios y ropa sucia en montones de un metro de alto, había un montón de bandejas de comida, el armario alto con las puertas abiertas y ropa desordenada en su interior, instrumentos médicos alrededor en la suciedad y cuatro largos tanques de oxígeno en carritos de dos ruedas. Los sellos de dos de los tanques estaban intactos, lo que sugería que eran recambios nuevos para los que ahora lanzaban aire en la cámara de plástico de la vieja. El hedor en la habitación excedía todo lo que Natalie había conocido hasta entonces. Oyó un leve ruido, miró hacia la izquierda y vio dos ratones hurgando entre el montón de platos y sábanas sucios. Los roedores no se preocupaban de las personas, como si no vivieran allí seres humanos. Natalie comprendió que ésa era la verdad.

Los tres cadáveres ambulantes movieron las bocas al unísono:

-Márchate -dijeron con un petulante lloriqueo infantil-. No quiero jugar más.

La cara de la vieja, deformada y alargada por las lentes onduladas de la cámara de oxígeno de plástico, se movía hacia atrás y hacia delante mientras su desdentada boca producía chasquidos húmedos.

Los tres peleles levantaron la mano derecha al unísono. Los escalpelos cortos se reflejaron en la luz verde de la pantalla del monitor. «¿Sólo tres?», pensó Natalie. Sentía que debía de haber más, pero estaba demasiado cansada y dolorida para pensar. Más tarde.

En ese momento quería decir algo, no estaba segura de qué. Quizás explicarles a aquellos zombies y al monstruo situado detrás de ellos que su padre era -había sido- una persona importante, demasiado importante para utilizarlo como un personaje secundario en una muy mala película. Cualquier persona -todos- se merecían más que eso. Algo así.

En vez de eso, la cosa que había sido un médico empezó a moverse hacia ella, las otras dos lo siguieron y Natalie se contentó con moverse rápidamente hacia su izquierda, romper el sello y girar el grifo del primer tanque de oxígeno y lanzarlo con toda su fuerza contra el doctor Hartman. Falló. El tanque era increíblemente pesado. Cayó al suelo con un sonido resonante, chocó contra las piernas de Nancy Warden y rodó bajo el lecho con dosel, lanzando oxígeno puro en la habitación.

Hartman balanceó el escalpelo hacia ella en un arco rápido, llano. Natalie dio un salto hacia atrás pero no con suficiente rapidez. Empujó un carrito con un tanque de oxígeno vacío para colocarlo entre ella y el neurocirujano y bajó la mirada para ver el corte en su blusa ya manchada de rojo por la leve incisión.

Culley se arrastró hacia la habitación, utilizando los codos.

Natalie sintió que la furia en su sistema nervioso llegaba a nuevas alturas. Ella y Saul y Rob y Cohen y Jackson y Catfish..., todos habían llegado demasiado lejos para que ella se detuviera aquí. Saul podría apreciar la ironía del caso, pero Natalie odiaba la ironía.

Con la oleada de adrenalina que permite a una madre levantar un coche de encima de su hijo, a un comerciante sacar cajas fuertes de acero de edificios en llamas, Natalie levantó el segundo tanque de oxígeno, de unos cuarenta kilos, por encima de su cabeza y lo lanzó directamente a la cara del doctor Hartman. La válvula se rompió cuando el tanque y el cuerpo del doctor cayeron por el suelo.

Nancy Warden se arrastraba hacia ella. La enfermera Oldsmith levantó su escalpelo y corrió directamente hacia ella. Natalie lanzó una sábana manchada de orina sobre la alta enfermera y la esquivó saltando hacia su derecha. La figura cubierta con la sábana chocó contra el armario. Un segundo después la hoja del escalpelo apareció, rasgando el tejido fino.

Natalie había cogido una almohada y la apretaba mientras corría cuando la mano de Nancy Warden saltó y le agarró el tobillo.

Natalie cayó con fuerza sobre la vieja alfombra, intentando liberarse de Nancy con el pie libre. La madre de Justin había perdido el escalpelo, pero usó ambas manos para agarrar la pierna de Natalie, en el aparente intento de arrastrarla con ella bajo el lecho.

A un metro de distancia, Culley entraba en la habitación. Sus heridas le habían abierto la pared abdominal, dejando una huella de vísceras que iban hasta el rellano oscuro.

La enfermera Oldsmith acabó de cortar la sábana y se giró como un payaso callejero desentrenado.

-¡Para! -gritó Natalie a voz en cuello. Sacó la caja de cerillas, la dejó caer, encendió una cerilla mientras Nancy Warden la arrastraba del pie hacia el lecho e intentó encender la almohada. Se chamuscó, pero no prendió. La cerilla se apagó.

Los dedos de Culley la agarraron por el pelo.

Con las manos aún libres, Natalie encendió una segunda cerilla, la dejó junto a la caja de cerillas y acercó la llama a la almohada, resistiéndose al impulso de dejarla cuando las llamas le quemaron los dedos.

La almohada se incendió.

Natalie utilizó un movimiento del brazo para lanzarla sobre el lecho endoselado.

Saturado por un chorro de oxígeno puro lanzado desde abajo, el baldaquino de encaje, la ropa de cama y el marco de madera explotaron en un géiser de llama azul que voló hasta el techo y se extendió lateralmente a las cuatro paredes en menos de tres segundos.

Natalie contuvo la respiración cuando sintió que el aire se sobrecalentaba, se liberó con un puntapié de la mujer en llamas que le cogía el tobillo y se puso en pie para huir.

Culley le había soltado el pelo, pero se había puesto de pie con ella. Ahora le impedía salir de la habitación como un cadáver casi sin entrañas que se erguía furioso de la mesa de autopsia.

Sus largos brazos cogieron a Natalie y la obligaron a dar la vuelta. Aún conteniendo la respiración, Natalie vio la forma de la vieja en la cama, agitándose y contorsionándose en una bola azul de llama concentrada; su cuerpo ennegrecido parecía que era todo articulaciones aguzadas y ángulos -un saltamontes friéndose y cambiando de forma ante los ojos de Natalie-, y en ese momento la mujer que estaba en el lecho soltó un único grito abrumador que un segundo después fue recogido por la enfermera Oldsmith, Nancy Warden, Culley, el cadáver del doctor Hartman y por la propia Natalie.

En un ímpetu final de esfuerzo, Natalie hizo girar a Culley y a sí misma y se lanzó por la puerta hacia el rellano precisamente cuando la segunda botella de oxígeno explotaba. Culley recibió toda la fuerza de la explosión detrás de ella y durante un segundo la casa se llenó del olor de la carne asada. Los brazos de Culley se abrieron forzadamente al chocar contra la pared junto a la curva de la escalera y Natalie se cayó por los escalones mientras el hombre en llamas hacía el salto de la carpa sobre la barandilla y caía en la carnicería de abajo.

Natalie rodó por los escalones cabeza abajo, la cara cerca de las columnas del balaústre. Podía sentir el calor del techo que ardía y ver el brillo de las llamas reflejándose en los cristales rotos abajo, pero estaba demasiado cansada para moverse.

Había hecho todo lo que había podido.

Unos brazos fuertes la levantaron y ella atacó con poca fuerza con sus puños flojos e inútiles como algodón.

-Calma, Nat. Necesito un brazo libre para Marvin.

-Jackson!

El chico negro la cogió con el brazo izquierdo y arrastró al antiguo jefe de su pandilla por la camisa con el otro brazo. Natalie tuvo visiones confusas de una sala acristalada con una pared rota, de ser llevada a través de un jardín, del túnel oscuro del garaje.

El microbús esperaba en el callejón y Jackson la levantó delicadamente hasta el asiento trasero y colocó a Marvin en el suelo de la parte de atrás.

-Dios -murmuró Jackson para sí-, qué día. -Se agachó al lado de Natalie y le limpió la sangre y el hollín con una toallita húmedaDios mío, chica -dijo por fin-, qué trabajo.

Natalie se humedeció los labios agrietados.

-Déjame ver -murmuró.

Jackson pasó el brazo por debajo de sus hombros y la ayudó a levantarse. La casa Fuller estaba totalmente envuelta en llamas y el fuego se había extendido a la casa Hodges. A través de los huecos entre los edificios, Natalie podía ver coches de bomberos, techos de coches y cabezas bloqueando la calle. Dos chorros de agua empezaron a caer inútilmente contra la conflagración mientras otras mangueras se giraban hacia los árboles y tejados de los vecinos.

Natalie miró hacia la izquierda y vio a Saul sentado, entrecerrando con mirada de miope los ojos contra las llamas. Saul se giró hacia Natalie, sonrió, meneó la cabeza con incredulidad somnolienta y volvió a dormirse.

Jackson puso una manta enrollada bajo la cabeza de Natalie y la cubrió con otra. Después salió, cerró las puertas y se sentó en el asiento del conductor. El motor arrancó sin demora.

-Si a los señores turistas no les importa -dijo-, tengo que largarme de aquí antes de que la pasma o los bomberos encuentren este callejón.

Estaban fuera del tráfico tres manzanas más allá, aunque los vehículos de emergencia todavía pasaban en la otra dirección hacia el humo.

Jackson llegó a la autopista 52 y se dirigió hacia el noroeste, pasó delante del parque que daba a los astilleros navales, después por el motel.

En la calle Dorchester cortó hacia la autopista 26 y salió de la ciudad pasando el aeropuerto principal.

Natalie descubrió que no podía cerrar los ojos sin ver cosas que no

quería ver y sintiendo un grito brotando dentro de ella.

-¿Cómo está Saul? -preguntó con voz temblorosa. Jackson respondió sin quitar los ojos de la carretera.

-Es un gran tío. Se despertó lo suficiente para decirme lo que

ibas a hacer.

Natalie cambió de tema.

-¿Cómo está Marvin?

-Respira -dijo Jackson-. El resto, lo veremos después.

-Catfish ha muerto -dijo ella en una voz no del todo controlada.

-Sí -dijo Jackson-. Mira, guapa, de aquí a pocos kilómetros, después de Ladson, el mapa dice que hay un área de reposo. Os limpiaré como Dios manda. Pondré vendajes en esas dos heridas incisas y un poco de crema en las quemaduras y los cortes. Y os pondré una inyección que os hará dormir.

Natalie asintió con la cabeza y se acordó de decir: -Bien.

-¿Sabes que tienes una gran contusión en la cabeza y no tienes cejas, Nat?

La miraba por el espejo retrovisor.

Natalie sacudió la cabeza.

-¿Quieres decirme qué ha pasado? -preguntó Jackson en voz baja.

-¡No!

Natalie empezó a sollozar. Se sentía muy bien llorando.

-Muy bien, guapa -dijo Jackson, y empezó a silbar una canción. Se interrumpió y dijo-: Mierda, todo lo que quiero es salir de esta ciudad loca y volver a Filadelfia. Es como la maldita retirada de Napoleón de la maldita Moscú. Bien, si alguien se cruza en nuestro camino entre aquí y la embajada israelí, lo lamentará.

Levantó un revólver del 38 con mango de madreperla y volvió a meterlo de nuevo bajo el asiento.

-¿Dónde has conseguido eso? -preguntó Natalie, limpiando las lágrimas.

-Se lo compré a Daryl -dijo Jackson-. No eres la única dispuesta a financiar la revolución, Nat.

Natalie cerró los ojos. Las imágenes estaban aún allí, pero el deseo de gritar era un poco menos intenso. Comprendió que -durante un

momento por lo menos- Saul Laski no era el único que había renunciado al derecho a sus propios sueños.

-He visto una señal -dijo la voz profunda y tranquilizadora de Jackson-. Aquí cerca hay un área de reposo.

77

Beverly Hills, sábado 20 de junio de 1981

Tony Harod se congratuló por haber sobrevivido.

Después del ataque no provocado de la negra en la isla, pensó que quizá su suerte se había agotado. Tardó media hora en ponerse de pie y ocupó el resto de esa noche loca en evitar los grupos de hombres de seguridad que tenían la tendencia de disparar sobre todo ser viviente que se les pusiese a tiro. Harod se había dirigido al aeropuerto de la isla, pensando que quizá pudiese convencer a los pilotos de los aviones privados de Sutter o de Willi, pero una mirada a la hoguera que se veía allá le hizo volver atrás rápidamente y dirigirse hacia los bosques.

Harod pasó varias horas escondido debajo de una cama en una de las cabañas del campamento de verano, cerca del anfiteatro. En una ocasión entró un grupo de guardias de seguridad borrachos; saqueó la cocina y las habitaciones principales, llevándose alcohol y objetos de valor y, se quedó por allí jugando al póquer en la sala de estar antes de volver tambaleándose a sus barracones. Fue por el parloteo excitado de los guardias que Harod supo que Barent estaba a bordo del Antolnette cuando el yate fue destruido.

Al este se veía una tonalidad grisácea en el cielo cuando Harod salió de la cabaña y corrió hacia el malecón. Había cuatro lanchas amarradas allí y Harod consiguió hacer un puente en una de ellas -una lancha de tres metros y medio-, utilizando una técnica que no practicaba desde sus días de las pandillas de Chicago. Un guardia que había estado durmiendo una resaca bajo los robles le disparó dos veces, pero Harod estaba ya quinientos metros dentro del mar y no hubo más señales de persecución.

Sabía que la isla Dolmann estaba a sólo veinte millas de la costa e incluso con sus limitados conocimientos de navegación pensó que no sería muy difícil llegar al continente si se dirigía hacia el oeste.

El día estaba cubierto, el mar en calma como un espejo, como para compensar la tormenta y la locura de la noche. Harod encontró una cuerda para atar el volante, arrastró la cubierta de lona hacia la caseta y se durmió. Se despertó a menos de dos millas de la costa, sin gasolina. Las primeras dieciocho millas las hizo en noventa minutos. Las dos últimas millas le llevaron ocho horas más, y probablemente nunca habría llegado si un pequeño barco de pesca no lo hubiese avistado. Ese pescador de Georgia recogió a Harod a bordo el tiempo suficiente para darle agua, comida, crema contra las quemaduras del sol y combustible suficiente para llegar a la costa. La siguió, entre islas y puntos arbolados que no parecían haber cambiado mucho respecto a cómo debían de ser tres siglos antes; finalmente amarró en un pequeño puerto cerca de un pueblo llamado St. Marys. Descubrió que estaba en el sur de Georgia, delante de un delta de Florida.

Harod se hizo pasar por un marinero de agua dulce que había alquilado su lancha cerca de Hilton Head y se había perdido, y aunque los locales no podían comprender que alguien fuera tan estúpido como para perderse de una forma tan estrepitosa, parecían dispuestos a creer su historia. Hizo todo lo posible por cimentar las relaciones entre las dos costas, invitó a sus salvadores, a los propietarios del puerto y a cinco mirones al bar más cercano -una tasca de mal aspecto al lado de la curva del camino de St. Marys State Park-, donde gastó doscientos ochenta dólares en señal de buena voluntad.

Aún estaba bebiendo a su salud cuando consiguió convencer a la hija del dueño del bar, Star, de que lo llevara a Jacksonville. Eran sólo las siete y media de la noche y aún quedaba una hora de luz de verano, pero cuando casi habían llegado, Star decidió que era demasiado tarde para desandar los cincuenta y dos kilómetros de regreso a St. Marys y empezó a pensar en la posibilidad de alquilar una habitación de hotel en Jacksonville Beach o Ponte Vedra. Star rondaba los cuarenta y dilataba sus pantalones de poliéster de una manera que Harod no había creído posible. Le dio una propina de cincuenta dólares, le dijo que fuera a visitarle cuando pasara por Hollywood e hizo que lo dejara cerca de la puerta de la United en el Jacksonville International.

Harod tenía casi cuatro mil dólares en la cartera -detestaba viajar sin dinero líquido en el bolsillo, y nadie le había dicho que no habría nada que comprar en la isla-, pero utilizó una de sus tarjetas de crédito para pagar un billete de primera clase a Los Ángeles.

Se durmió en el corto viaje de enlace hacia Atlanta, pero era evidente durante el vuelo más largo hacia el oeste que la azafata que le

trajo la cena y las bebidas pensaba que Harod se había sentado en la clase equivocada. Se examinó, se olió, y comprendió por qué la chica se comportaba así.

Su americana deportiva de seda marrón Giorgio Armani había escapado a la mayoría de la sangre de la noche anterior, pero olía a humo, aceite de motor y pescado. Su camisa negra de seda había absorbido suficiente sudor para tener ocupada a una fábrica de desalinización durante un mes. Sus pantalones Sarrgiorgio de lino y sus mocasines Polo de piel de cocodrilo estaban, para decirlo sin rodeos, hechos una mierda.

De todas formas, a Harod no le gustó que un coño estúpido como esa azafata lo tratara de aquella manera. Había pagado por su servicio de primera clase. Tony Harod siempre obtenía lo que pagaba. Miró el lavabo delantero; estaba vacío. La mayor parte de la docena de pasajeros de primera clase ya dormía o leía.

Harod miró de frente a la engreída azafata rubia.

-¡Eh, señorita! -llamó.

Cuando ella se acercó, Harod pudo ver todos los detalles de su pelo teñido, las capas de maquillaje y el rimel ligeramente corrido. Había una línea de barra de labios en sus dientes delanteros.

-¿Sí?

No había error en la condescendencia de su voz. Harod la miró durante algunos segundos más. -Nada -dijo por fin-. Nada

Harod llegó a Los Angeles el miércoles por la mañana, pero tardó tres días en llegar a casa.

Súbitamente cauteloso, alquiló un coche y fue hasta Laguna Beach, donde Teri Eastern tenía una de sus casas-escondites de playa. Había estado allá algunas veces cuando ella estaba entre amantes. Harod sabía que Teri estaba ahora en Italia, haciendo un spaghetti western feminista, pero la llave aún estaba allá, enterrada en la tercera maceta de rododendro. La casa necesitaba ser ventilada y estaba decorada en Nairobi-chic, pero había cerveza inglesa en la nevera y sábanas limpias en la cama de agua. Harod durmió casi todo el miércoles, miró viejas películas de Teri en el vídeo por la noche y subió por la costa cerca de la medianoche para ir a un restaurante chino. El jueves se disfrazó con gafas oscuras y una camisa tropical muy larga de uno de los novios de Teri y volvió a la ciudad para comprobar su casa. Las cosas parecían en orden, pero esa noche volvió a Laguna.

Los diarios del jueves publicaban una pequeña noticia, en la página seis, sobre el evasivo multimillonario C. Arnold Barent, que había muerto de un ataque de corazón en su propiedad de Palm Springs. Su cuerpo había sido incinerado y un funeral privado sería organizado por la rama europea de la familia Barent. Cuatro presidentes americanos habían enviado sus condolencias y el artículo continuaba hablando de la larga historia de empresas filantrópicas de Barent y especulaba sobre el futuro de su imperio.

Harod meneó la cabeza. No se hablaba del yate, ni de la isla, ni de Joseph Kepler o del reverendo Jimmy Wayne Sutter. Harod no dudaba de que sus obituarios aparecerían como flores tardías de verano un día de éstos. Alguien estaba tapando las cosas. ¿Políticos desconcertados? ¿Los lacayos permanentes del trío? ¿Alguna versión europea del Island Club? Harod no quería realmente saberlo, siempre que no se implicara de nuevo.

El viernes pasó delante de su propia casa sin atraer la atención de los polis de Beverly Hills. Todo parecía seguir igual. Se sentía bien. Por primera vez en varios años, Tony Harod sintió que podía hacer lo que quería sin miedo de arrastrar diez toneladas de mierda sobre sí, si se equivocara.

El sábado por la mañana, antes de las diez, se dirigió directamente a casa, saludó a su sátiro, besó a la criada española, y le dijo a la cocinera que podía tomarse el día libre después de prepararle un pequeño desayuno. Llamó al jefe del estudio a su casa y después a Schu Williams para saber qué demonios pasaba con El tratante de blancas -estaba en la última etapa de la fase de montaje, había que deshacerse de cerca de doce minutos que habían aburrido los pases previos-, llamó a otros siete u ocho contactos esenciales para informarles de que había vuelto y estaba trabajando, y recibió una llamada de su abogado, Tom McGuire. Le confirmó que se iría definitivamente a vivir a la vieja casa de Willi y que le gustaría mantener la seguridad. ¿Conocía Tom alguna buena secretaria? McGuire no podía creer que Harod hubiera realmente echado a María Chen después de tantos años.

-Hasta las chicas inteligentes acaban siendo excesivamente dependientes si las dejas demasiado tiempo a tu alrededor -dijo Harod-. Tuve que dejarla marcharse antes de que empezara a zurcir mis calcetines y a bordar su nombre en mis calzoncillos.

-¿Adónde fue? -preguntó McGuire-. ¿Volvió a Hong Kong?

-¿Cómo coño voy a saberlo, y qué me importa? -respondió Harod-. Dime si conoces a alguien que escriba taquigráficamente y sepa organizar las cosas.

Colgó, se sentó en su silenciosa sala de proyección durante varios minutos y después fue al yacuzi.

Relajado, desnudo en el manantial caliente, pensando en ir hasta la piscina a dar unos saltos, Harod cerró los ojos y casi se durmió. Casi podía imaginar los pasos de María Chen cuando le traía las cartas del día. Harod se sentó, encendió un cigarrillo del paquete que estaba al lado de su vaso alto de vodka y se recostó contra el chorro caliente de agua, dejando que sus doloridos músculos se relajaran. «No es tan terrible si mantienes la mente ocupada en otras cosas», pensó.

Estaba casi dormido de nuevo, el cigarrillo ardía cerca de su dedo, cuando oyó el sonido de tacones altos en el vestíbulo.

Los ojos de Harod se abrieron, se puso el cigarrillo en la boca y extendió los brazos, preparado para levantarse y moverse rápidamente si fuera necesario hacerlo. Su bata naranja estaba a menos de dos metros de él.

Durante un segundo no reconoció a la atractiva chica con un sencillo traje blanco que entró con su correspondencia, después enfocó sus ojos de ninfa en una cara de misionero, el labio inferior salido a lo Elvis, y el caminar de modelo.

-Shayla -dijo-. Mierda, me has asustado.

-Te he traído las cartas -dijo Shayla Berrington-. No sabía que también eras del National Geographic.

-Dios, chica, quería llamarte -dijo Harod apresuradamentePara disculparme por la terrible confusión del invierno pasado.

Aún no del todo cómodo, Harod pensó «usarla». No. Empezaría de nuevo. Las cosas podían ir bien sin usar esas armas.

-No tiene importancia -dijo Shayla.

Su voz siempre había sido suave y soñadora, pero ahora parecía

realmente somnolienta. Harod se preguntó si la pobre chica mormona

había descubierto las drogas durante los meses en que no había encontrado trabajo.

-Ya no estoy furiosa -dijo Shayla distraídamente-. El Señor me

ayudó a superar todo aquello.

-Ah, muy bien -le dijo Harod, sacudiéndose la ceniza del pecho-. Y tenías razón cuando decías que el Tratante no era para ti. Es

una auténtica mierda, años luz debajo de tu clase, chica, pero esta

misma mañana he hablado con Schu Williams que ha estado estudiando un proyecto para Orion para el que tú y yo somos perfectos.

Schu dice que Bob Redford y un chico llamado Tom Cruise estuvieron de acuerdo en hacer una nueva versión del viejo...

-Aquí tienes tu National Geographic -interrumpió Shayla, alargándole la revista y un montón de cartas.

Harod se puso el cigarrillo en la boca y extendió la mano para coger las cartas, para que no se mojaran. La pistola que de súbito apareció en la mano de la chica era tan pequeña que tenía que ser un juguete; incluso las cinco detonaciones que hizo eran de juguete y sonaron como una pistola de petardos de un niño.

-Eh, tú -dijo Tony Harod, mirando los cinco pequeños agujeros en su pecho e intentando quitárselos de encima. Miró a Shayla Berrington y su boca se abrió, su cigarrillo se agitó en las corrientes arremolinadas-. Oh, joder -dijo y se recostó cuidadosamente, con los dedos resbalando y los párpados pesados cerrándose mientras su cara se deslizaba lentamente bajo la superficie agitada del agua.

Shayla Berrington miró sin expresión durante diez minutos mientras el agua espumante se volvía primero rosada y después muy roja, y cuando los chorros lanzaron más agua fresca y los filtros hicieron su trabajo, se aclaraba de nuevo. Después se giró y se apartó lentamente, con una impecable elegancia, la cabeza alta, sus zapatos de tacones altos pulidos resonando por encima del sonido de los chorros de agua. Apagó las luces y se marchó. La habitación quedó muy oscura, pero la luz del sol reflejándose en el yacuzi lanzaba aleatorios reflejos de luz sobre la pared de yeso blanco, como una pantalla de cine cuando la película termina pero la lámpara de proyección sigue encendida sin imágenes.

78

Caesarea, Israel, domingo 13 de diciembre de 1981

Natalie condujo su Fiat hacia el norte a lo largo de la carretera de Haifa, parando a menudo, saboreando la vista y el sol del invierno. No sabía cuándo volvería a pasar por allí.

El lento tráfico militar la retrasó a lo largo de la carretera antes de llegar al camino que conducía al kibbutz Ma'agan Mikkael, pero estaba sola cuando empezó a subir la colina entre los bosques de algarrobos, bajo la casa Eshkol.

Como siempre, Saul la esperaba junto a la gran roca cerca del portal y bajó para abrirle la verja. Natalie saltó del coche y lo abrazó y después retrocedió para mirarlo.

-Tienes un aspecto magnífico -dijo ella.

Era casi verdad. Saul tenía mejor aspecto. Aún no había recuperado el peso que había perdido y su mano y muñeca izquierdas estaban vendados a causa de su última operación, pero su barba había crecido espesa y blanca como la de un patriarca, un bronceado oscuro había sustituido su palidez de siempre y su franja de pelo había crecido suficientemente para caerle casi hasta los hombros. Saul había sonreído y se había ajustado las gafas de concha, como Natalie sabía que haría. Como siempre cuando estaba nervioso.

-Tú también tienes un aspecto magnífico -dijo él, cerrando el portal y haciendo un gesto al joven sabra que vigilaba desde su puesto junto a la cerca-. Vamos a casa. La cena está lista.

Mientras conducían hasta la casa principal, Natalie miró la mano vendada de Saul.

-¿Cómo está? -preguntó.

-¿Qué? Oh, bien -dijo Saul, ajustándose las gafas y mirando los vendajes como si los viera por primera vez-. Puede parecer que el pulgar es indispensable, pero cuando lo pierdes ves lo fácil que es estar sin él. -Le sonrió-. Siempre que no le pase nada al otro.

-Es extraño -dijo Natalie.

-¿Qué?

-Dos heridas de bala, neumonía, conmoción, tres costillas rotas y suficientes cortes y heridas para hacer feliz a un equipo de fútbol toda una temporada.

-Los judíos son difíciles de matar.

-No, no quiero decir eso -dijo Natalie mientras aparcaba el Fiat en el cobertizo-. Quiero decir, todas esas cosas graves y fue la mordedura de esa mujer lo que casi te mató, por lo menos casi te hizo perder el brazo.

-Las mordeduras humanas son famosas por infectarse -explicó

Saul, dejando la puerta trasera abierta para ella.

-La señorita Sewell no era humana -matizó Natalie.

-No -aceptó Saul, ajustándose las gafas-. Supongo que en ese

momento no lo era.

Saul había preparado una comida deliciosa a base de cordero y pan recién hecho. Conversaron sobre cosas sin importancia durante la cena: los cursos de Saul en la Universidad de Haifa, el último trabajo fotográfico de Natalie para el Jerusalem Post, el tiempo. Después del postre, queso y fruta, Natalie quiso visitar el acueducto y llevarse el café; Saul llenó el termo de acero mientras ella iba a su habitación y sacaba un jersey grueso de la maleta. Las tardes de diciembre en la costa eran bastante frescas.

Bajaron lentamente por la colina, junto a los naranjales, comentando la luz suave e intentando ignorar a los dos jóvenes sabras que los seguían a una distancia respetable, con las Uzi colgadas de los hombros.

-Siento mucho la muerte de David -dijo Natalie cuando llegaron a las dunas.

El Mediterráneo, delante de ellos, se estaba volviendo color de cobre. Saul se encogió de hombros.

-Vivió una vida muy llena. El segundo ataque fue misericordiosamente rápido.

-Siento haberme perdido el funeral -dijo Natalie-. Intenté

todo el día salir de Atenas, pero había un enorme caos aéreo.

-No te lo perdiste -dijo Saul-. Pensé mucho en ti.

Hizo un gesto a los guardaespaldas diciéndoles que se quedaran donde estaban y tomó el camino del acueducto. La luz horizontal transformó sus sombras en gigantes sobre las dunas almenadas.

Se detuvieron a medio camino del largo tramo y Natalie le cogió por los codos. El viento era frío. Tres estrellas y una luna como una uña se veían al este.

-¿Te vas mañana? -preguntó Saul.

-Sí -dijo Natalie-. A las once y media del Ben Gurion.

-Te acompaño -murmuró Saul-. Dejaré el coche en casa de Sheila y ella o uno de los chicos me traerá de vuelta.

-Me gustaría -sonrió Natalie.

Saul echó el café y le entregó un vaso de plástico. El vapor se levantó en el aire frío.

-¿Tienes miedo?

-¿De volver a Estados Unidos, o de que aún haya más de ellos? -preguntó ella, sorbiendo el caliente café turco.

-De volver -aclaró Saul. -Sí -advirtió Natalie.

Saul asintió con la cabeza. Algunos coches corrían a lo largo de la carretera de la costa y sus faros se perdían en el brillo de la puesta de sol. Algunos kilómetros más al norte, las fortificaciones de la Ciudad de los Cruzados brillaban con tonos rojizos. Monte Carmelo apenas era visible, envuelto en una niebla violeta tan hermosa que Natalie no se hubiera creído que el color fuera real de haberla visto en una foto. -Quiero decir, no lo sé -continuó Natalie-. Lo intentaré durante algún tiempo. Estados Unidos era pavoroso incluso antes... de todo. Pero es mi tierra. Sabes bien lo que quiero decir.

-Sí.

-¿Has pensado alguna vez en volver a casa? ¿A Estados Unidos, quiero decir?

Saul meneó la cabeza y se sentó en una gran piedra. En las grietas había escarcha que el sol del día no había tocado.

-Siempre -dijo-. Pero hay tanto que hacer aquí.

-Aún no me explico la rapidez con que el Mosad... se lo tragó todo -dijo Natalie.

Saul sonrió.

-Nosotros tenemos una larga y noble historia de paranoia -dijo-. Creo que fuimos al encuentro de sus prejuicios. -Sorbió su café y vertió más para los dos-. Además, tenían una gran cantidad de informaciones que no sabían dónde colocar. Ahora tienen una estructura que puede explicar los hechos..., una estructura rara, naturalmente, pero es mejor que nada.

Natalie hizo un gesto hacia la mar que se oscurecía al norte.

-¿Crees que descubrirán...?

-¿Las misteriosas conexiones del oberst? -preguntó Saul-. Quizá. Pero creo que toparían con gente que ellos ya conocen.

Los ojos de Natalie se nublaron.

-Aún pienso en el otro..., en la casa..., el que faltaba. -Howard -dijo Saul-. El pelirrojo. El padre de Justin. -Sí.

Natalie se estremeció imperceptiblemente cuando el sol tocó el horizonte y se levantó viento.

-Catfish os había informado de que había «puesto a Howard a dormir» -dijo Saul-. Suponiendo que fuese él el que te siguió. Cuando Melanie envió a alguien, probablemente al gigante, para matar a Catfish, ése con casi toda certeza recuperó también a Howard. Quizás estaba aún inconsciente cuando la casa se quemó. Quizás era el que te esperaba en el cuarto trasero.

-Quizá -dijo Natalie poniendo las manos alrededor del vaso para calentarlas-. O tal vez Melanie lo enterró en algún sitio, pensando que estaba muerto. Eso explicaría por qué el número

de cuerpos de que habla la prensa no cuadra. -Miró las estrellas que aparecían en el firmamento-. ¿Sabes qué aniversario se cumple hoy? Hace un año de...

-De la muerte de tu padre -dijo él, ayudándola a ponerse de pie. Regresaron a lo largo del acueducto en el breve crepúsculo-. ¿No me habías dicho que habías recibido una carta de Jackson?

Natalie se alegró.

-Una carta enorme. Volvió a Germantown. Es el nuevo director de la Casa Comunitaria, pero se deshizo de aquella vieja casa, les dijo a los del Alma de la Fábrica que encontrasen una nueva sede para el club..., creo que pudo hacerlo porque aún es una especie de miembro..., y abrió una serie de auténticos servicios comunitarios a lo largo de la avenida de Germantown. Tiene una clínica gratuita en funcionamiento y más cosas.

-¿Hablaba de Marvin? -preguntó Saul.

-Sí. Jackson más o menos lo adoptó, me parece. Escribe que Marvin presenta indicios de progresos. Ahora está más o menos al nivel de un niño de cuatro años..., un niño de cuatro años muy listo, según Jackson.

-¿Lo visitarás?

Natalie se ajustó el jersey.

-Quizá... Es probable. Sí.

Salieron muy cuidadosamente del rellano desmoronado del antiguo tramo y miraron hacia atrás el camino por donde habían venido. Sin color, las dunas podían ser un mar helado que chapoteaba contra las ruinas romanas.

-¿Harás algunos trabajos fotográficos antes de volver a la escuela? -Sí. El Jerusalem Post me ha pedido que haga un trabajo sobre la

decadencia de las grandes sinagogas estadounidenses, y creo que empezaré por la de Filadelfia.

Saul hizo una señal a los dos hombres que esperaban al abrigo de dos pilares. Uno tenía encendido un cigarrillo que brillaba como un ojo rojo en la súbita penumbra.

-El ensayo fotográfico que realizaste sobre los árabes de clase obrera de Tel Aviv era excelente -dijo él.

-Bien -murmuró Natalie con una leve señal de desafío en la voz-, hay que reconocerlo. Son tratados como los negros de Israel.

-Sí -estuvo de acuerdo Saul.

Permanecieron en la carretera, al pie de la colina, durante algunos minutos, callados, con frío, pero poco dispuestos a subir hacia la casa bien iluminada, al calor, a la conversación fácil y al sueño. De súbito Natalie se lanzó hacia el círculo de los brazos de Saul, enterrando la cara en su americana, sintiendo su barba contra su cabello.

-Oh, Saul -sollozó.

Él le dio palmaditas torpemente con la mano vendada, satisfecho de dejar que ese momento se eternizara, aceptando incluso su tristeza como una fuente de alegría. Detrás de ellos, él oía el viento que movía suavemente la arena en su incesante esfuerzo por cubrir todas las cosas que el hombre había hecho o esperaba hacer.

Natalie retrocedió un poco, sacó un kleenex del bolsillo del jersey y se sonó.

-Dios -dijo-. Lo siento, Saul. Me parece que he venido a decir Shalom y no estoy preparada para eso.

Saul se ajustó las gafas.

-Recuerda -dijo-, que shalom no significa «adiós». Ni «hola».

Significa simplemente «paz».

-Shalom -dijo Natalie, retrocediendo en el círculo de sus brazos

contra el frío del viento de la noche.

-Shalom y L'chaim -dijo Saul tocando el pelo de la chica con su

mejilla y mirando cómo la arena se encrespaba y se desparramaba por

la estrecha carretera-. A la vida.

EPÍLOGO

21 de octubre de 1988

Ha pasado mucho tiempo. Me siento muy feliz aquí. Ahora vivo en el sur de Francia, entre Cannes y Toulon, pero no, me alegro de poder decirlo, demasiado cerca de St. Tropez.

Me recuperé casi completamente de mi enfermedad y ahora puedo moverme ya sin marchador, pero salgo raramente. Henri y Claude hacen las compras en el pueblo. A veces dejo que me lleven a mi casa en Italia, al sur de Pescara, en el Adriático, o incluso tan lejos como el chalé alquilado en Escocia, para vigilarlo, pero hasta estos viajes se han hecho cada vez menos frecuentes.

Hay una abadía abandonada en las colinas que hay detrás de mi casa y está lo bastante cerca como para que a veces vaya allá a sentarme y meditar entre las piedras y las flores silvestres. Pienso en la soledad y la abstinencia y en lo dependientes que somos unos de otros.

Siento mis años. Me digo que eso pasa a causa de mi larga enfermedad y el toque de reumatismo que me ataca en los días fríos de octubre como éste, pero me descubro soñando con las conocidas calles de Charleston y aquellos últimos días. Son sueños de hambre.

Ese día de mayo, cuando envié a Culley a secuestrar a la señora Hodges, no sabía exactamente para qué me serviría la vieja. A veces no parecía que valiera la pena el esfuerzo de conservarla viva en el sótano de la casa Hodges, mucho menos todo el trabajo de teñirle el pelo como el mío y experimentar con varias inyecciones para simular mi enfermedad. Pero al final valió la pena. Cuando yo esperaba en la ambulancia alquilada a una manzana de casa durante esos últimos minutos antes de que Howard me condujera al aeropuerto y a nuestro vuelo, comprendí hasta qué punto la familia Hodges me había sido útil durante el año anterior. Poco más podría pedirles. Parecía un detalle innecesario atar a la vieja a la cama dado su estado, pero ahora creo que si no hubiera estado tan firmemente atada, habría saltado de la pira y habría huido de la casa en llamas, arruinando así la cuidadosa escena en cuya orquestación yo había sacrificado tanto.

Mi pobre casa. Mi querida familia. La idea de ese día aún me trae lágrimas.

Howard fue útil en esos primeros días después del gran desastre, pero después de haberme instalado en el pueblo y una vez me hube asegurado de que nadie me seguía, me pareció mejor que tuviera un accidente lejos de mí. Claude y Henri son de una familia local que también me ha servido bien durante décadas.

Estoy sentada aquí y espero a Nina. Ahora sé que ella usurpó el control de todas las razas inferiores del mundo -los negros y hebreos y asiáticos y otras semejantes- y que sólo eso me impide volver a Estados Unidos. Willi tenía razón en esos primeros meses, cuando nos conocimos, cuando nos sentábamos a escucharlo cortésmente en un café de Viena mientras él explicaba en términos científicos cómo Estados Unidos se había vuelto una nación mestiza, un nido de subgente codiciosa a la espera de derrocar las razas más puras.

Ahora Nina los controla a todos.

Esa noche en la isla, estuve en contacto con uno de los guardias lo suficiente para ver lo que la gente de Nina le había hecho a mi pobre Willi. Ella había controlado incluso al señor Barent. Willi siempre había tenido razón.

Pero yo no me conformo con simplemente estar aquí sentada y esperar a que Nina y sus secuaces mestizos me encuentren.

Irónicamente, fueron Nina y su negra los que me dieron la idea. Esas semanas de observar al capitán Mallory por los prismáticos y la conclusión satisfactoria de aquella pequeña charada. La experiencia me había recordado un contacto anterior, un encuentro casi al azar, ese lejano sábado de diciembre -el mismo día en que por primera vez creí que Willi había sido asesinado y después Nina se volvió contra mí-, durante mi visita de despedida de Fort Sumter.

Primero lo vi, moviéndose en la oscuridad, silencioso, en las aguas de la bahía, y después llegó el contacto inesperado con el capitán mientras estaba en la torre gris con los prismáticos colgados del cuello.

Seis veces desde entonces lo encontré y compartí esos instantes. Son más agradables que los acoplamientos mentales que eran necesarios con Mallory. En mi chalé cerca de Aberdeen, puedo estar a solas en los acantilados marítimos y observar el submarino cuando se desliza hacia su puerto. Se enorgullecen de sus claves y códigos y procedimientos seguros, pero yo sé ahora lo que mi capitán sabe desde hace mucho tiempo: que sería muy, muy fácil. Sus pesadillas son mis manuales.

Pero si tengo que hacerlo, tiene que ser pronto. Ni el capitán ni su barco se hacen más jóvenes. Yo tampoco. Ambos podrían ser pronto demasiado viejos para funcionar. Y yo también.

Estos temores de Nina y los planes para tan enorme «alimentación» no me vienen cada día. Pero ahora me vienen cada día. Pero ahora me vienen más a menudo.

Algunos días me levanto con el sonido de cantos cuando las niñas del pueblo pasan cerca de casa camino de la granja. Esos días el sol es maravillosamente caliente, brilla sobre las pequeñas flores blancas que crecen entre las piedras caídas de la abadía, y me siento contenta sólo de estar aquí y compartir con ellas el sol y el silencio.

Pero otros días -días fríos y oscuros como éste, cuando las nubes vienen del norte- recuerdo la forma silenciosa del submarino moviéndose a través de las aguas oscuras de la bahía y me pregunto si la abstinencia que me he impuesto a mí misma ha servido de algo. En días como éste me pregunto si, al fin y al cabo, esa gigantesca «alimentación» no podría hacerme más joven. Como Willi decía cuando proponía alguna de sus pequeñas travesuras. ¿Qué puedo perder?

Se supone que mañana será un día más cálido. Estaré más alegre. Pero hoy tengo frío y estoy un poco melancólica. Estoy sola y no tengo a nadie con quien jugar.

Llega el invierno. Y tengo mucha, mucha hambre.